HISTORIA DE FELIPE II,

REY DE ESPAÑA.

FILIPE SEGUNDO,

REY DE ESPAÑA.

AL SERENÍSIMO PRÍNCIPE SU NIETO ESCLARECIDO,

D. FILIPE DE AUSTRIA,

LUIS CABRERA DE CÓRDOBA,

CRIADO DE SU MAJESTAD CATÓLICA Y DEL REY DON FILIPE TERCERO, NUESTRO SEÑOR.

Edicion publicada de Real órden.

TOMO SEGUNDO.

MADRID,

IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.ª

(SUCESORES DE RIVADENEYRA),

IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,

calle del Duque de Osuna, número 3.

1876.

LIBRO IX.

CONTIENE

LA PROSECUCION Y FIN DE LA GUERRA

DE GRANADA,

EL CASAMIENTO DEL REY CATÓLICO

CON LA INFANTA DOÑA ANA, HIJA DEL EMPERADOR,

LA CONFEDERACION

ENTRE SU SANTIDAD Y LA MAJESTAD CATÓLICA Y LA REPÚBLICA DE VENECIA,

Y SUS EFETOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

El Rey Católico envia por capitan general á su hermano D. Juan de Austria á la guerra de Granada desde Aranjuez.

A seis de Abril despachó el Rey á D. Juan para su jornada, sazon de primavera, en que daba alivio al ánimo en Aranjuez con el entretenimiento, cobrando fuerzas para que resultase tal consonancia entre el cuerpo y el alma, que el uno por el otro no quedase cansado. Eran sus cuidados en mayor número arduos y graves; habia menester recreacion, porque no le acabase el continuar sin intermision y pareciese imperio del ánimo desapacible al pueblo. En esto no fue reprehendido de lo demasiado, como alabado de la moderacion, mostrando poseia el reinado, no le ocupaba, y siempre era Príncipe. Para durar en el contínuo trabajo (sin estar por él inútil en el espíritu que tuvo hasta lo último de su vida larga) salia á recrearse por los bosques, gozando de la diversidad de animales, aves, plantas, rios, fuentes, lagos, segun los tiempos, acomodando el gozar de todo, como si en efeto se hiciera cada cosa para la sazon solamente. Cazaba y

BIBLIOTECA NACIONAL

monteaba, y allí con sus alcaides, guardas, ballesteros, monteros, hablaba con agrado, preguntando segun su exercicio, sin salir punto á otro diferente. En el campo no se trataba sino de lo que ofrecia, y con las personas diputadas para esto, siendo cada uno segun su grado y caudal visto y favorecido. Tal precision no se vió jamas con ellos, y los de mayor caudal y autoridad con quien se entretenia en su cámara cuando dexaba el despacho, por su buen ingenio, universal inteligencia y elocuencia, y con trazas de fábricas y máquinas militares que via en las horas de recreacion, y caballos y otros animales, armas, pinturas, joyas, tapicerías, telas que le traian, por no quitar un punto de tiempo al que tenía diputado para los negocios, conforme á su distribucion. Y áun daba audiencias en el de la suspension á embaxadores ó personas eminentes, tomando por recreacion el no menor trabajo por haber de ataviarse como para salir en público. No con ménos gusto asistia á las leticias públicas, señalando dia para ellas en que no habia correo ú ordinario que despachar, ni cosa muy forzosa que hacer, lo cual iba disponiendo algunos dias ántes. Los sabios príncipes, para ganar el amor de los súbditos, intervienen en los juegos públicos y vista dellos, hechos en dias que el prudente gobierno tiene señalados para moderar con los entretenimientos las ordinarias molestias. La medida en esto nacia del ánimo, no del cuerpo, cuya gallardía, vigor y fuerza entre los políticos no sucede como en los serviles: tiene cierto temperamento con que el alma, saliendo fuerte y vigorosa, no se quite de las obras grandes, y dellas y del placer se tome lo que basta para mantener sana la persona, que es mantenerse Rey. No lo es en efeto cuando le falta la salud, pues no se despachan los negocios, ni las personas se admiten; el gobierno va á poco más ó ménos, las jornadas se suspenden, todo pára cesando el primero movimiento y la mano que lo ordena. Desta suspension nacen las quexas, murmuraciones, palabras desmandadas, alteracion de las voluntades, impedimento de los grandes intentos, corta del hilo á las empresas famosas y no ménos necesarias que deseadas, soberbia de los ministros, desesperacion de los vasallos. Nada falta al príncipe que tiene salud, pues no hay placer verdadero sin ella, ni trabajo que con ella no sea tolerable.

Detúvose D. Juan en Aranjuez algunos dias despues de despachado, porque la princesa doña Juana, disparando en caza una ballesta, el caballo en que estaba se espantó, y descompuesta vino al suelo y se desconcertó un brazo y desrostró. Dió cuidado el suceso y su mal al Rey, que la amaba tiernamente. Mejoró, y D. Juan caminó á Granada. Fue recebido con gran demostracion, sin dexar ceremonia sino las que tocan á reyes, pues le llamó la lisonja Alteza, cuando los de su familia Ecelencia. Truxo libertad limitada y comision ampla, salvo para deshacer ó estorbar, comun á muchos, por ser ménos ayudado de la experiencia que del ingenio y habilidad,

ánimo y deseo de emplearse, atento al oficio de guerra, afable, modesto, amigo de complacer.

A ventiuno de Abril llegó el Duque de Sesa, y el Consejo comenzó á proveer en las cosas de la guerra. Visitó las murallas de la ciudad, ordenó los cuerpos de guardia, las escuchas y rondas en puestos necesarios para la seguridad, y que los moriscos no recibiesen daño. Tomó muestra general para saber el número de la infantería y caballería de Granada y la Vega, vecinos y forasteros. Eran los del Consejo el Arzobispo, el Presidente, el Duque de Sesa, el Marqués de Mondejar, el Comendador mayor de Castilla y Luis Quijada. Refirió el de Mondejar los sucesos de la guerra, lo que hizo en ella, y cómo procedió hasta traer los moros al estado de la reducion comenzada, facilitándola por el camino más breve y seguro remedio, corrigiendo la milicia y poniéndola en mejor diciplina, pues los lugares de la Alpujarra la deseaban. Recogidos todos en lo llano de las Taas de Berja y Dalias, donde él se ofrecia á ponerlos, tomándoles la parte de la montaña con la gente de guerra, teniendo la mar del otro cabo podria disponer dellos fácilmente el Rey. Si no se aprobase esto, se pusiesen presidios en los lugares convenientes como él habia deseado y los pueblos lo pedian, obligándose á sustentallos á su costa, para que los defendiesen de los daños que les hacian soldados, y luégo se prendiesen los más culpados. Si querian usar de mayor rigor con ellos, se le diese licencia para entrar en la Alpujarra con mil soldados y docientos caballos, y los que dexó en Orgiba, y daria el gasto á los panes, quemaria los bastimentos, que no hizo por aprovecharse dellos, y proveyéndole de los que hubiese menester, vendrian á pedir misericordia. El Presidente dixo convenia sacar los moros del Albaecin, Vega y Sierra, y meterlos la tierra adentro, porque favorecian y favorecerian con gente, avisos y armas á los alzados, y no se les podia estorbar. Para aplacar á Dios se hiciese castigo exemplar de los sacrílegos, y los que mayores daños hicieron estaban con los reducidos y salteaban por toda la tierra. Sobre estos dos pareceres encontrados, como los ánimos y voluntades, se confirió. El Duque de Sesa aprobó la saca de los moriscos del Albaecin; el Arzobispo y Luis Quijada no, por el escándalo, su gran número y de inocentes que se dexarian hacer pedazos ántes que salir. El de Mondejar decia no se debia despoblar un reino de tanto provecho, y seguíale el licenciado Birbiesca de Muñatones de la Cámara; y por los daños que los moros hacian saliendo de los lugares reducidos, aprobaban el extirpar los quintos. El Marqués envió con su hijo D. Iñigo de Mendoza su parecer al Rey por escrito, para que sobre ello se tratase.

Proveyó se prosiguiese la guerra y saliesen los moriscos del Albaecin, donde los llevasen, y los moros forasteros luégo, so pena de la vida. Solicitó con nuevas órdenes el servir las ciudades y señores con gente de guerra brevemente y dineros para su paga. Nombró por Maestres de Campo á

los capitanes Antonio Moreno, Hernando de Oruña y D. Francisco de Mendoza y otros, para que levantasen gente en Castilla y Andalucía. Dispuso el formar exército con advertencia y consejo de D. Francisco de Solís, comisario y veedor general, y de Francisco de Salablanca, contador del exército. Dexó en los presidios capitanes. Envió á D. Enrique Enriquez á Baza; á D. García de Villarroel á Almería; á D. Diego Ramirez de Haro, valeroso caballero, ilustre natural de Madrid, á Salobreña, su alcaidía; á D. Lope de Valenzuela á Almuñecar, que servia el oficio de comisario general en el Albaecin por el Marqués de Mondejar; á D. Luis de Valdivia á Motril; al capitan Navas de Puebla á la Calahorra; á don Juan Perez de Vargas á Fiñana; á D. Diego de Castilla á Gor; á Diego Ponce de Leon al Padul; á Hernan Carrillo encomendó la gente de Alhama; á D. Alonso Mexía la de las Sietevillas, alojada en Isnalloz para asegurar el camino desde Granada á Guadix; á Guecijar, cerca de la Sierra de Cogollos, al capitan Hernan Dalvarez Bohorques, que sirvió ántes á su costa con veinte caballos y algunos peones; á D. Antonio de Luna y don Luis de Cardona á recoger los ganados de los moros de paz, porque no los diesen á los de guerra. Con más curiosidad que necesidad reformaron los ecesos de los soldados y capitanes en los alojamientos, contribuciones, aprovechamientos de pagas, estrechando la costa y no atajando la causa de las desórdenes el Duque de Sesa y Luis Quijada, enseñados á mandar gente de regular milicia, mejores y más ordinarias pagas, léxos de sus tierras, mar en medio, á quien convenia esperar á que pagasen, y contentarse con los alojamientos. El Marqués de los Velez envió relacion del estado de las cosas en la parte de Terque con D. Juan Enriquez, y cómo entraba á proseguir la guerra en la Alpujarra. Para que las escoltas pasasen seguras desde Guadix, ordenó á Pedro Arias, su corregidor, hiciese un fuerte en lo alto del puerto de la Rahua, capaz de dos compañías. Sabido por D. Juan le ordenó que no entrase por allí, porque echaria los moros á la de Orgiba, donde estaba D. Juan de Mendoza flaco de gente, y le podrian desbaratar, aunque era porque no saliese por su autoridad, sino por el órden de D. Juan. Paró en Berja, pareciendo estar cerca de Almería, y valerse de los panes de aquella Taa y de la de Dalias. Gonzalo Hernandez, animoso, nacido y criado en Orán, vino con las compañías de Ubeda de Jorge de Ribera y Arnaldo de Ortega á hacer el fuerte, y la de Pedro de Benavides, vecino de Guadix. Comenzó algunas paredes baxas á manera de trinchea á tres de Mayo para recoger y cubrir su gente. Ferrer de Canteira y el Cerrea de Cajas con pocos más moros que los cristianos ocupados en la obra los acometieron. Las centinelas tocaron arma, y Gonzalo Hernandez puso una manga de ciento y cincuenta arcabuceros en el cuchillo de la Sierra, y ordenó que las banderas se pusiesen en escuadron fuera del fuerte. Pasó á reconocer los enemigos, y acometieron á los de la ordenanza con

tan grandes alaridos, que Juan de Benavides, creyendo eran más en número, los quiso recoger en los reparos contra la voluntad de los soldados viejos que le increpaban su flaqueza. En volviendo la frente entraron los moros tan presto como ellos, con tanta turbacion que ninguno les hizo rostro. Mataron á Juan de Benavides y á Pedrosa, alférez, y puestos en fuga llevaron tras sí los de la manga sin poderlos retener Gonzalo Hernandez. Los moros en el alcance mataron ciento y cincuenta, ganaron la bandera de Benavides, y Gonzalo Hernandez escapó por ventura, y los demas soldados entraron en Guadix con vituperio de su vil huida. Don Juan de Austria, sabido el caso, puso por cabo al capitan Francisco de Molina.

Porque Aben Humeya se acercaba á Orgiba, entendiendo tenía falta de vitualla, reforzó á D. Juan de Mendoza con peones, caballos, bastimentos, que llevó D. Luis de Córdoba á trece de Junio. Halló á D. Juan con su gente bien diciplinada, fortificando el lugar, segun la flaqueza del sitio. El Comendador mayor embarcó del tercio de Nápoles doce compañías en las galeras de la escuadra, y en la Especie una de Lombardía y otra de Piemonte, y vino á Marsella. Pasando el golfo, el narbonés, travesía, con tempestad afligió por tres dias los bajeles, rompiendo timones, árboles, remos, entenas. La Capitana aferró á Palamós, y los turcos y forzados quisieron ganarla, y fueron castigados cruelmente. Tres galeras dieron al traves en Córcega y Cerdeña, una tragó el mar, las demas arribaron á diversos puertos. Juntáronse en Cartagena con las de España, y allí se reparó la infantería de vestidos y armas, que echaron al mar aligerándolas. Volvió con las de Nápoles el Marqués de Santa Cruz á Italia, y el de los Velez pidió al Rey la gente que truxeron. Pero el Comendador mayor, informado de los muchos moros que en el peñon de Fixliana se fortificaban, quiso hacer la jornada de su combate primero.

Visto que los enemigos crecian en número y experiencia, y eran avisados por los moriscos de Granada, ayudados con vituallas y defendidos con gente, y con práticas trataban con los de la Vega de executar el primer trato en dia y hora señalada para acometer la ciudad golpe de gente, listada con los capitanes Giron, Nacoz, Farax, Coboon y Rendati, moros, Caracajal y Osebé, turcos, cuyo general era Dali, enviados del Virey de Argel, dieron aviso al Rey, encareciendo el peligro y la flaqueza de la gente, comun por la corrupcion de costumbres y órden de guerra. Mandó que sin escándalo se metiesen los moriscos la tierra adentro en la Andalucía. En la vigilia de San Juan la gente de las banderas, repartida por sus cuarteles, el Marqués de Mondéjar persuadió á los moros se recogiesen en sus parroquias. La vista en el suelo, con mayor tristeza que arrepentimiento, entraron en el hospital real, recogidos por el Marqués, Luis Quijada y D. Juan, en medio de la arcabucería, con su guion de Capitan General

delante y todos los entretenidos. Quedaron las mujeres en sus casas por algun dia para recoger, vender la ropa, buscar dineros y seguir á sus maridos, y daban gritos creyendo los llevaban á matar. Como culpados temian la muerte, y D. Juan les dió palabra de seguro y amparo del Rey. Salieron atadas las manos tres mil y quinientos con guardia, con sus comisarios, por órden para entregarlos por sus listas á las justicias. Muchos mozos huyeron á la sierra ántes que los juntasen, y en el camino murieron otros de tristeza, hambre, trabajo, cansancio, y á hierro por roballos. Transmigracion lastimosa y exemplo para que los vasallos obedezcan á sus reyes, y no intenten con que empeorar su fortuna, pues éstos, faltando á Dios y á su Príncipe, fueron castigados, destruidas sus casas, baños, cármenes, en que vivian regalados y acomodados. Entretuvieron la gente que alojaban los moriscos con socorros y raciones, ocasionando mayores robos de los enemigos y amigos y adolecer los soldados, y huian, y crecieron las desórdenes y composiciones por la Vega. No se tomaban muestras, porque los moros no supiesen el poco número de gente, importante donde hay pueblo enemigo, y decian se debian permitir las licencias y los ecesos porque no se amotinasen. En la ciudad era mucha y bien armada; los moriscos fuera, ménos los enemigos, guarda de á pié y de á caballo en la Vega, exército en Orgiba. Los moros de la Vega, no pudiendo sufrir los malos tratamientos, subian á la sierra.

Esta manera de gobierno duró muchos meses, dando materia para decir contentaba el crecer los inconvenientes y la necesidad. Los moros de Guejar á la parte de Granada, y á la de Guadix los del rio de Boloduy, huyeron á la sierra con su ropa y vitualla, y dexaron escondido lo que no pudieron llevar. Quiso D. Juan reconocer á Guejar con el Duque de Sesa y Luis Quijada. Trataron de fortificalla, y no executaron ó por no bastar la gente de sueldo de Granada á asegurarla y socorrer en necesidad á Guejar á un tiempo, no pensando la presidiáran los moros, ó por crecer la guerra, celosos del favor en que estaba el Marqués de los Velez, ó hartos de ociosidad, y por ambicion de ocuparse, aunque con mucho gasto de gente y de hacienda. Pareciendo al Rey ocupaba á D. Juan el defender á Granada y su comarca y el gobierno, dió la execucion al Marqués, á instancia de amigos y deudos, y por haberse ofrecido por cartas de acabar la guerra con cinco mil infantes y trecientos caballos pagados y mantenidos, causa más principal de encomendarle el hecho, sin gusto de los que asistian á D. Juan deseosos de la honra de la empresa.

Era el Marqués caballero valeroso de gran espíritu y discrecion, pero arrogante y ambicioso, de condicion áspero, inclinado al rigor demasiadamente, preciándose más de las manos que de la escritura, aunque fue enseñado en letras y estudios. Entrado en edad, con predominio de cólera, respetado y temido, atrevióse contra receptores y alguaciles de la Cancellería

muchas veces, por haber usado su oficio y comisiones contra él con afrentas y malos tratamientos, con tanta indignacion de los ministros y del Rey, que para poseer su casa fue menester templarle los favorecidos Duque de Feria y Rui Gomez, sus amigos.

Habia crecido en fuerzas Aben Humeya con turcos y capitanes práticos, moros berberis, armas, parte traidas, parte tomadas á los cristianos, vitualla en abundancia, la gente más y más exercitada. El Rey, cuidadoso del espacio y poco efeto de la guerra, para que las ciudades y señores de España se mostrasen con mayor calor y ayudasen con más gente y presteza con el nombre y autoridad de la venida de su Rey, cerca de Granada, y los señores de Berbería anduviesen detenidos en dar socorro ciertos de que la guerra se habia de tomar con mayores fuerzas, y acabada cargar con todas las de su monarquía sobre ellos, mandó que dos procuradores del reino celebrasen Córtes en la ciudad de Córdoba, plaza de armas de sus mayores para las guerras de la Andalucía. Salió el Marqués de los Velez de Terque á estorbar á los moros de Berbería el desembarcar el socorro que traian de gente y armas, que los de la Alpujarra recibian por la parte de Almería. Vino á Berja, donde esperó la gente de sueldo y la de las ciudades de la Andalucía. Antes que llegase determinó Aben Humeya combatirle, y dicen tenía prática con los esclavos de que escondiesen los frenos de los caballos, porque sin ellos fácilmente venceria, ó se retiraria sin la ofensa que recibió su exército en las peleas y retiradas. Temiendo tambien las picas y las lanzas, quiso combatille en el lugar ménos efetivas por la estrecheza de las calles y ántes del dia. Juntó diez mil del rio de Almería, Boloduy, Alpujarra, rio de Almanzora, los tres mil arcabuceros y ballesteros y los demas con diferentes armas. Dió tarde el Marqués aviso al Rey y á D. Juan, y como acaso, porque de mala gana dependia dél.

CAPÍTULO II.

Aben Humeya da encamisada al Marqués de los Velez en Berja y es vencido.

Con secreto el Marqués de los Velez esperaba la venida de Aben Humeya para rompelle, porque los soldados débiles y nuevos no huyesen con los que satisfechos y ricos del robo y hurtos de la guerra se volvian. Mas por no correr riesgo desapercebido, dixo á los más principales su cuidado, y ordenó que los capitanes tuviesen la gente en las banderas con las armas en la mano para ir á otro alojamiento. Algunos mal advertidos dixeron á los capitanes, que aunque oyesen las caxas no se alborotasen; porque so-

narían á recoger. El Marqués reforzó los cuerpos de guardia, dobló las centinelas, puso caballos á lo largo para avisar con tiempo, y armado á prueba y el caballo enfrenado esperó al enemigo. Partió de Uxixar Aben Humeya con Jerónimo el Malech, Juan Giron y otros capitanes, y diez mil de pelea, y llegando cerca de Berja á tiempo que los atambores del Marqués tocaban á recoger, aunque sospechaban fueron sentidos caminaron encamisados en la vanguardia dos mil con muchos berberis con guirnaldas de flores, porque habian jurado de morir mugehetines, ó mártires, ó vencer, usado en ellos; y así no temian peligros ni la muerte: y en la retaguardia venía Aben Humeya. Llegaron con tal denuedo á las centinelas, que entraron revueltos en el lugar, tocando arma, y con alaridos que atronaban y asordaban los valles, por el cuartel del capitan Barrionuevo y sus manchegos, especialmente Mojajar, secretario de Aben Humeya, con trecientos escopeteros escogidos, conjurados para matar al Marqués, y no hallando buena defensa en los apercebidos su furia, pasó tan adelante que apénas pudo subir á caballo cuando ya estaban cerca dél. Los soldados tomaban sus armas y hato para marchar: Cesó el primero temor que habia causado el ímpetu, y D. Diego su hijo, D. Juan su hermano, D. Bernardino de Mendoza, hijo del Conde de Coruña, D. Diego de Leiva, nieto del señor Antonio de Leiva y otros muchos caballeros, con los capitanes Galtero, Mora y Leon, con hasta quinientos resistieron, y acudiendo los demas á sus banderas pelearon bien con los que se tenian por vencedores, y con muertes y heridas los retuvieron.

En tanto el Marqués en la plaza de armas estuvo sin moverse con la caballería, esperando sazon para salir, y porque en ella tenía su confianza no la opuso á la primera furia. Aben Humeya, deseoso de vencer, reforzaba con gente, supliendo el ímpetu afloxado de la primera, rompida ya, arrojando tantas pelotas y saetas, que no habia parte segura. Cebados en la vitoria, y los cristianos animados para quitársela, pelearon reciamente. El Marqués acudió á favorecer los suyos, y encomendando el escuadron de la plaza á su hermano D. Francisco, salió por un portillo que hizo abrir en su casa; porque su calle estaba ocupada con bagajes, y acometió dos veces á los enemigos, mas fue detenido de D. Juan Enriquez, acordando le dixo la espía, venian conjurados á matarle, hasta ver si por lo llano habia mayor golpe de gente. Envió á D. Alonso Habez Venegas á ver si la polvareda al derredor del lugar mostraba haber más moros. A este tiempo tenía mejoría su gente y los rebeldes huian, y los rompieron del todo, y siguiendo á D. Diego Fajardo ya de dia claro, los cargaron subiendo á la Sierra, y el capitan Leon con docientos por el camino de Dalias. Quedaron atajados dentro del lugar en una calle sin salida sesenta y seis mugehetines, y los hicieron mártires del diablo. Perdieron diez banderas y algunos caballos y yeguas de silla, y muchos bagajes cargados de bastimen-

tos; y murieron mil y quinientos moros, ventidos cristianos, y los dos de á caballo, y hubo gran número de heridos.

Esta vitoria fue importante para reprimir la osadía de los rebeldes, castigar su atrevimiento que no acometiesen lugares, y especialmente á Almería, que tal era su intento, y de dar allí asiento y nombre de reino y de rey al tirano, y poco reputado por esta rota residia retirado en Valor y Poqueira, y en los más altos pueblos de la Alpujarra, mantenido con la vitualla guardada y sin dueño. Señaláronle rentas en el diezmo de los frutos, quintos de presas, y en lo que con tiranía quitaba á sus soldados. Usando de blandura general queria ser tenido por cabeza, no por rey, con que engañó á muchos y cubrió su crueldad y codicia, pero no á su tio Aben Jaguar. Y así tomando la mayor parte de sus bienes, y ocasion de pasar á Berbería del ir á levantar la Sierra de Bentomiz, murió en Portugos de mal de hijada, viejo, descontento, arrepentido D. Hernando el Zaguer Aben Jaguar, cabeza del levantamiento, inventor del nombre nuevo de Rey Moro en Granada, que hizo señor á quien le quitó la hacienda y causó la muerte, siéndole ingrato y áun muerto enemigo, tomando sus bienes con color de que le debia muchos dineros de quintos y rentas. Regalaba á los que venian á él; envió nueva embaxada al Rey de Fez, y gran presente á los mayores alcaides y alfaquís sus privados, para que le persuadiesen enviase gente en su ayuda, y entretenían con buenas esperanzas; decia esperaba la armada del turco, y acabar el exército de Orgiba mal proveido, y flaco por haberle desamparado muchos soldados.

Los moros de la Alpujarra comenzaron á poblar sus casas, labrar los campos, correr la tierra como sus pasados ántes que el reino se ganase. En Uxixar de Albacete tenian mercado de bastimentos, armas y municiones con abundancia de mercaderes de Tituan y otras partes, que allí concurrieron. Viéndose favorecido Aben Humeya con la mucha gente que le seguia, proveyó como rey alcaidías, oficiales y ministros de la justicia. A Jerónimo el Malech, alguacil de Ferreyra, encomendó el marquesado del Cenete, rio de Almanzora, la frontera de Guadix y Baza; á Diego Lopez Abenaboo, que ya estaba sano, el partido de Poqueyra y Ferreyra; á Miguel de Granada Jaba, la frontera de Orgiba; á Aben Moquenun, el de Xergal, las Taas de Luchar, Marchena, sierras de Filabres y Gador con el rio de Almería; á Giron y Rendati, el valle de Lecrin y fronteras de Almuñecar, Salobreña y de Motril, y á otros diferentes partidos. Mandó levantasen lugares, y á los que no quisiesen obedecer los matasen y confiscasen sus bienes para su cámara, y cobrasen el quinto de todas las presas para los gastos de la guerra. Para su consejo dexó al Dalaz, Moxarraf y Hernando Abaquí, que estuvo preso en Guadix por indiciado en la rebelion. Llamaba á su Estado renovado y reformado por la gracia de Dios.

Sólo Aben Farax faltó en esta junta, temiendo que lo ahorcára por amotinador y haber querido ser obedecido como rey.

CAPÍTULO III.

El Comendador mayor combate el Peñon de Fixliana.

El Peñon de Fixliana ó Fixniana entre el lugar de Competa y el mar tiene al levante el rio de Chillar, que entre asperísimas quebradas corre, y al poniente el de Lautin, por igual aspereza al mar; al norte la sierra de Bentomiz y una quebrada profunda, de donde comienza á subir el Peñon en mucha altura, y al mediodía vuelve á baxar riscosamente partido en dos lomas; la una va entre levante y mediodía al lugar de Fixliana, y la otra al poniente al castillo de Nerja, quedando el Peñon mucho más alto sin padrastro que de alguna parte le señoree. Su entrada es tan fragosa por riscos y peñas tajadas, que poca gente en lo alto la puede defender á cualquiera exército. Por la parte del rio de Chillar se sacaba una acequia para regar las huertas y hazas de Fixliana despoblada entónces, y pasa al pié del Peñon, causa principal de fortificarse los alzados en él; porque no se le puede quitar el agua sin gran dificultad, y la fuente del Alamo entre poniente y mediodía está más apartada. En lo alto del Peñon se hace espacio no muy llano, donde pudieran caber todos los moradores de la sierra de Bentomiz, y mayor número. Los rebelados se fortificaron esperando ser acometidos. Esta montaña de Bentomiz, en los términos de la ciudad de Velez, es brazo de la sierra mayor, que se aparta atravesando hácia el Iberio Mediterráneo por ocho leguas en largo y seis en ancho por algunas partes, tierra fragosa, mucho ménos fértil de pan que de ganados, y el cielo claro, aire puro, hace de gran aliento y valientes los habitadores.

Arévalo de Zuazo, corregidor de Málaga, para combatir este Peñon salió á ventiseis de Mayo de Velez con dos compañías de peones y con ochocientos concejiles y algunos caballeros de la ciudad. Llegó á Torrox en la marina, y los vecinos viendo banderas, y no acogiéndolos en el castillo, subieron á la sierra, y juntáronse con el Corregidor ciento y sesenta soldados de Almuñecar, que salieron á buscar su ganado robado de los moros. Al Peñon arribaron el dia siguiente, y en la fuente del Alamo habia espacio para la caballería, y hallaron algunos bagajes, ropa y bastimentos de los que huian al fuerte, y si vinieran en el dia ántes los alcanzáran. Retiráronse á lo alto los alzados, y viendo la gente se queria dar á partido mucha parte, la manga de arcabuceros reconociendo se alargó la cuesta arriba,

escaramuzando con algunos enemigos que se retiraban á la cumbre combatiendo tibiamente. Hizo Zuazo caminar la otra gente, y Durra, capitan, salió peleando con los que se retiraban con grandes voces, y los echó sobre los cristianos que porfiaban en subir. Estaban tres mil moros en la ladera en ala á la parte alta, y el número de honderos suplia el de arcabuceros, arrojando nube de piedras tan recio que una pasó una rodela y otra se fixó en ella. Retiráronse los asaltadores sin órden, dexando algunas banderas en peligro. Importó mucho para no baxar los moros cargando el miedo de ser acometidos de la caballería puesta en escuadron; porque pelearon hasta llegar á las espadas. Murieron muchos de balazos, y veinte cristianos, y hirieron ciento y cincuenta, con que Arévalo de Zuazo volvió mal contento.

Pareciendo al Comendador mayor este combate de consideracion, á seis de Junio le mandó apercibiese brevemente su gente, y al proveedor Pedro Verdugo municiones y bastimentos, y salió con mil infantes del tercio de Nápoles y con ochocientos de galera, acompañado de D. Juan de Cárdenas, D. Pedro de Padilla, maestre de campo, D. Juan Sanoguera y de otros caballeros y capitanes. Halló en Torrox en sitio fuerte á Arévalo de Zuazo con dos mil y quinientos peones y cuatrocientos caballos de Málaga, Velez y Antequera. Envió á D. Martin de Padilla, hijo del Adelantado de Castilla, mozo de valor y de grandes esperanzas con infantería suelta á reconocer el Peñon. Truxo algun ganado, y dixo era muy fuerte y de subida difícil, con trabajo y peligro; aprobólo el Comendador mayor, mas para animar la gente lo facilitó. El Corregidor tenía puesto áspero y poco seguro, entrada de la Alpujarra, y convino mantenerle. Estuvieron en arma en la noche, y otro dia se trabaron escaramuzas con los de Velez que defendian la acequia, y con D. Miguel de Moncada, que volvió á reconocer el fuerte por el levante con setecientos arcabuceros y cincuenta caballos; y llegó hasta la loma de Fixliana. Subió tanto escaramuzando, que descubrió en el llano de la cumbre del Peñon tantas tiendas y chozas de rama, que parecia alojamiento de gran exército. Retiróse habiendo muerto algunos moros.

En el dia de San Bernabé Apóstol, once de Junio, el Comendador mayor por la loma de los Pinillos donde estuvo el Corregidor, mandó ir por la frente á D. Pedro de Padilla con tres mangas de arcabucería de su tercio reforzadas con número de mil; por la parte de Fixliana y del mar á la mano derecha á D. Juan de Cárdenas con cuatrocientos ventureros y otros práticos de las banderas de Italia; á D. Miguel de Padilla con trecientos de galera, y algunos de Málaga y Velez por las espaldas, subida áspera y ménos guardada; por la umbría á Arévalo de Zuazo con los soldados de las tres ciudades alojados cerca della, y puso algunos caballos en guardia del agua. Habia de ser el acometimiento á un tiempo, y porque no se des-

cubrian unos á otros ordenó hiciesen humadas en llegando á sus puestos, y no se moviesen hasta oir disparar una pieza de su cuartel, porque los que rodeaban pudiesen llegar á los suyos. Don Pedro de Padilla, anteponiendo la impaciencia á su experiencia, llegó primero por el camino derecho. Los enemigos juntos estuvieron como prácticos á la defensa, y resistieron con daño de los cristianos. Los coseletes pegados con el fuerte le deshacian con las picas, y los arcabuceros bien arriesgados quitaban los traveses. El Comendador mayor prometió libertad á un turco de su galera si reconocia el fuerte animosamente. Dixo despues habia gran dificultad por donde era acometido, le diesen la carga por el lado y espaldas. Don Pedro de Padilla partió la gente y embistió como el turco dixo, y los enemigos se dividieron para resistir, hiriendo y matando con sus tiradores al prolongarse por el reparo. Afloxaron los de la frente, y D. Juan de Cárdenas en tanto subió y los de Málaga y Velez por la retaguardia de los moros apretados por todas partes (cosa que sufren mal) y salieron por el Maestral, parte áspera, y con porfiado combate vinieron á conflicto con las espadas. Los de Málaga y Velez caminaron una legua de subida, y llegaron los delanteros á la peña, y comenzaron á subir con muerte de algunos. Gonzalo de Vozmediano, vecino de Velez, alzó una toalla blanca con la punta del espada, y arbolaron banderas dos alférez de Velez y de Málaga, Hernando de Carauco y Gaspar Cerezo, y luégo subieron sus capitanes y soldados, y don Pedro de Padilla con los suyos al mismo tiempo, y arrojaron los moros por las peñas. La mayor parte cayó á Puertoblanco donde estaban los caballos de Arévalo de Zuazo, mataron mucha; otra donde la infantería la degolló: y así de cuatro mil murieron los dos, y de los que fueron á la Alpujarra heridos los más en el camino. Pelearon algunas moras como amazonas, y perdido el fuerte se despeñaron muchas, y otras se salvaron.

Captivaron tres mil personas, despojo grande de oro, plata, seda, aljófar, ganado mayor y menor, trigo, cebada y otros bastimentos, en que tenian sustento para muchos dias de su defensa. Murieron docientos cristianos y D. Pedro de Sandoval, sobrino del Obispo de Osma, y hubo más de ochocientos heridos, el mayor número de las galeras de Italia, y casi todos los capitanes, y entre ellos D. Juan de Cárdenas y D. Alonso de Luzon, D. Luis Gaitan, Cárlos de Antiñon y otros caballeros. El Comendador mayor pasó la noche en su alojamiento y encargó las captivas y el despojo á D. Alonso de Luzon. En el dia siguiente, desbaratados los reparos y destruidos los bastimentos que no se podian llevar, curados los heridos, volvió luego á Málaga, donde con caricia fueron guaridos de sus heridas. Los de Loja, Alhama, Alcalá la Real y Archidona llegaron tarde á la empresa, y con robo de ganado y ropa escondida por la sierra de Bentomiz tornaron aprovechados, sin herida ni trabajo. Los capitanes moros Garral y el Melib General vinieron destrozados á Valor, donde los recogió Aben-

Humeya, y mandó volver al fuerte que perdieron. Al Melilu rico y de ánimo ahorcó, y á Chacon que trataba con los cristianos, por una carta de su mujer que le hallaron, en que le pedia se reduxese. Dicen que los viejos en el peñon se ofrecieron á la muerte, porque los mozos se salvasen contra órden de naturaleza. Los lugares del rio de Almanzora (que la mayor parte tenian castillos, tierra fértil y viciosa) no se habian alzado por los exércitos de los Marqueses; mas apartado el de los Velez á doce de Junio por órden del Gorri y el Malech se rebelaron, y estos capitanes con cuatro mil dieron sobre Purchena, y los cristianos con peligro huyeron á Vera y Oria.

CAPÍTULO IV.

Refuerza D. Juan el campo del Marqués de los Velez, envia gente á asegurar á Tablate, y rompen los moros parte della.

Reforzó D. Juan el campo del Marqués de los Velez que estaba en Adra, despues de su vitoria en Berja, temiendo al de Aben Humeya aumentado mucho y armado. Envióle cuatro mil infantes y ciento y cincuenta caballos y las banderas de Nápoles, y mil y quinientos catalanes de los que llaman Delados, que truxo á servir en esta guerra antica Fabiera su cabeza, conducidos de D. Sancho de Leiva, cuyas armas eran arcabuz largo y dos pistolas cada uno, y setecientos soldados, la mayor parte hechos en Granada, con que Lorenzo Tellez de Silva, portugués, marques de la Fabara, pasó sin daño por la Alpujarra, y entre las fuerzas de los enemigos. Envió á Francisco de Molina con cinco banderas á Orgiba, á D. Rodrigo de Benavides con dos mil hombres á Guadix; á D. Antonio de Luna con mil y con docientos caballos á asegurar á Tablate, Durzal y Padul, amenazadas de los alzados del valle de Lecrin y de los que habian poblado las Albuñuelas, y estorbar el juntarse con los de la sierra de Guadix y Alpujarra, librando á Granada de correrías, quemar los panes del valle hasta las Albuñuelas. Halló los moros en el campo con sus armas, y reconociendo esta gente ayudados del sitio, salvaron sus mujeres gobernados de Rendati, hombre señalado, y de Lope del mismo lugar de las Albuñuelas. Acometieron á los cristianos ocupados en quemar y robar, y pudo D. Antonio recogerse con poca pérdida, resistir combatiendo y caminando por el valle abaxo, malo para la caballería. Empeñóse Céspedes, capitan de docientos hombres á su costa pagados, apartado de D. Antonio, quemando los panes y peleando con gran fuerza y ánimo, y huyeron sus soldados, y con veinte combatió gran rato, hasta que murieron, y él muy herido á manos del

Rendati, pudiendo con toda su gente recogerse á unos edificios viejos que tenía cerca. No fue socorrido por estar ocupadas las demas compañías sin podellos mandar D. Antonio, ni llegar por la aspereza D. García á tiempo, aunque no hubiera enemigos á todas partes; bien que si se mostrára en las eras con los caballos se retuvieran, pero díxose que D. Antonio le queria mal, y que por esto y haber salido de Tablate sin su órden no le socorrió. Era natural de Ciudad Real, de fuerzas ecesivas y nombradas por toda España, y acompañólas hasta el fin con ánimo, estatura, voz y armas descomunales. Ayudaron bien D. García Manrique, hijo del Marqués de Aguilar, y Lázaro de Heredia, capitan de Infantería, haciendo á veces de la vanguardia retaguardia, y al contrario, tomando con la arcabucería algunos pasos hasta salir á lo raso, que temiendo la caballería pararon en lo áspero los rebelados.

Estaba el Marqués de los Velez en Adra con casi doce mil peones y setecientos caballos armados, práticos españoles y buenos para cualquiera empresa; porque vinieron muchos particulares á buscar la guerra, acrecentando la calidad y número. La esterilidad del año, poco dinero y más en los que en Málaga fabricaban bizcocho, la poca gana por las reformaciones pasadas, falta de recuas, vianderos, la furia del mar para navegar, cargar y descargar en Adra las galeras, hizo hambrear el campo. Cesaron las ganancias de los soldados con la ociosidad, detenianse las pagas, muy descontentos y libres decian palabras sin respeto; un campo grueso, armado, lleno de particulares, que bastára á la empresa de Berbería, comenzó á entorpecerse, nadando en el mar, comiendo pescados, no siguiendo los enemigos rompidos, usando mal del favor de la vitoria, dexándolos engrosar, afirmar, romper los pasos, armarse, proveerse, criar guerra en las puertas de España, tener la gente en miedo y en codicia con poca perseverancia en ninguna diciplina, concejiles, ventureros, convidados del robo, flaqueza y pocas armas de los enemigos en el principio de la guerra para salir de sus pueblos cercanos sin órden, cabezas, banderas, nuevo señor, tanto capitan como soldados, que fácilmente huian con las presas, dormir en tierra, no beber vino, las pagas en vitualla: cesó como el interés el sufrir trabajo, hambre, desnudez; adolecian, morian, comunicado el miedo escogian ántes el captiverio ó muerte en la huida que el durar en la guerra, que no trae ganancia entre las manos, donde tanto se padecia y poco se aprovechaba, porque no se repartian las ganancias en comun, era de cada uno lo que tomaba, y huia con ello ó lo guardaba sin union, sin correspondencia. Los capitanes, algunos cansados de mandar, reprehender, castigar, sufrir, padecian. Hubo algunos soldados de las ciudades y señores de miramiento y buen servicio, escogidos, iguales, diciplinados, armados, y más los particulares movidos por obligacion de virtud, deseo de acreditarse, animosos, obedientes, presentes á cualquiera peligro.

Estas faltas estuvieron encubiertas en el tiempo que el Marqués de Mondéjar de ánimo, diligencia y conocimiento de los enemigos los truxo ocupados, sin descansar, pegado con ellos en toda hora, en todo lugar, por medio de sus hijos y de los caballeros que le seguian. Fué el de los Velez avisado destos daños, y rogado los buscase con vitualla para ocho dias: y respondia libre y descompuesto, arrogante y mal querido de los principales, y del pueblo por ello más aborrecido. No se halló tan bien proveido que le sobrase para otro dia; y así no salia en campaña. Escribió á D. Juan mandase proveer bien de bastimentos la Calahorra, porque con ellos y los del mar mantuviese el campo para echar los moros de la Alpujarra. Puso con las galeras el Comendador mayor en Adra vitualla de respeto, para tanto tiempo que ayudado el Marqués de otra parte, aunque fuera habido de los enemigos podia guerrear y esperar la de Guadix sin hambre; mas incierto de la provision que hallaria en la Calahorra se detenia. El Comendador mayor le daba priesa, tanto que en un consejo le dixo saliese de hecho, porque si no tomaria el exército y campearia. En Granada no se hizo diligencia en proveer la Calahorra, pareciendo no era menester, pues el Marques no replicaba, y ser corto el camino desde Adra y con ménos enemigos, y desde Granada con muchos, recuas pocas y tierra áspera. Decíase que los oficiales eran liberales en distribuir lo voluntario y en lo necesario estrechos. El detenerse en Adra disminuyó la opinion y la gracia de los pasados sucesos. Quexábase el Marqués del de Mondéjar; culpaba las faltas de los proveedores, la poca libertad de D. Juan, quiebra de su autoridad y la arrogancia de Luis Quijada.

No suele entrar la emulacion y enemistad en los consejos ni los descontentos, aunque tengan diferencia de pareceres; cada uno encamina el suyo á lo que conviene. Pero los escritores como no deben aprobar semejantes juicios, tampoco callarlos para exemplo. No cesaban las envidias y pláticas contra los Marqueses, y más contra el de Mondéjar; porque aunque sus compañeros eran iguales en la suficiencia, no en el conocimiento de la tierra y de la gente con quien vivió, y en las provisiones por el luengo uso de proveer armadas, y era su parecer provechoso, pero siempre perseguido, hasta que el de los Velez subió en favor, y tuvo las armas en la mano que luégo cargaron sobre sus efetos con juicios libres, pero no de pasion y emulacion. Mas afloxando en la guerra, temiendo que las armas volviesen al de Mondéjar, le excluian de los consejos, se oponian á su parecer, publicaban por una parte las resoluciones, y por otra le hacian autor del poco secreto, pareciendo que en algun tiempo habia de seguirse su opinion, cuanto al recibir los moriscos y despues oprimillos.

Desde los diez de Junio á los veinte de Julio estuvo en Adra el campo inútilmente, y porque se rehacia Aben Humeya partió con dos mil peones y docientos caballos exercitados y armados pero descontentos, y llevó vi-

tualla para ocho dias, y la vanguardia pegada con la retaguardia, guardando el lugar á los impedimentos; la caballería á un lado y otro; su persona en la batalla, porque los enemigos no tuviesen espacio de entrar. Vino á Berja, y en el llano mostró Aben Humeya su vanguardia, en que habia tres mil arcabuceros, pocos ballesteros, y subió al punto á la montaña. Los cristianos alojaron en el llano; el Marqués en Ujijar, donde se detuvo un dia, y dos en el camino, dando tiempo á los moros de salvar las mujeres, hijos, ropa, vitualla, y para esconderla y quemarla, todo á media legua y á su vista. En el dia siguiente salió del alojamiento, y mostróse en ala Aben Humeya, y dando gritos acometió á D. Pedro de Padilla en la vanguardia con determinacion de dar batalla con seis mil moros bien armados, acompañado en el medio y asistido de algunos alcaides y capitanes moros y turcos de nombre. Salió á ellos D. Pedro de Padilla con sos banderas y con los ventureros del Marqués de la Fabara, y resistiendo su ímpetu los hizo retirar casi rotos; pero siguiólos poco, porque al Marqués contentó el resistillos, ganalles el alojamiento, esparcillos y retirallos á la sierra con pérdida de veinte moros. Don Diego Fajardo y el Marqués de la Fabara siguieron á Aben Humeya, y con ocho caballos huyó á la cumbre y dejarretándolos se salvó á pié. El resto de su gente se repartió, hombres de paso, resolutos á tentar no venir á jornada, esperando ser socorridos de Berbería para resistir, ó tener navíos con que pasar á ella, flaqueza que los truxo á perdicion. Dixo el Marqués no los siguió, porque se aventuraba en dar batalla todo el reino. Pasó con docientos caballos á la Calahorra, donde por no hallar qué comer volvió á Valor el alto y baxo.

Aquí se detuvo diez dias comiendo la vitualla que truxo, y alguna que halló de los enemigos, sin hacer efeto, esperando la provision de Granada que habia de ir á la Calahorra, teniendo por escasa la de Adra. Asegurároule los ministros truxeron mucha las galeras, pero no los creyó, y mudóse á la Calahorra, fortaleza y casa de los Marqueses del Cenete, en tiempo de Godos patrimonio del Conde D. Julian, y en el de Moros habitacion de los Cenetes de Berbería de una de las cinco Cobeilas que poblaron la Africa. Tuvo por mejor consejo dexar á los rebeldes el mar y la montaña que seguillos por tierra áspera, sin vitualla, con gente cansada, descontenta, hambrienta, y asegurar tierra de Guadix, Baza, rio de Almanzora, y Filabres, que andaba para levantarse, y allanar el rio de Boloduy, que ya estaba levantado, comer vitualla de Guadix, y del marquesado. Mas la gente con la ociosidad, hambre, descomodidad de aposento adolecia y moria; habia corrillos, quexas, libertad, derramamiento de soldados por unas y otras partes, sin órden, sin respeto de capitanes á punto de amotinarse resolutamente, y huian hasta dexar solas sus banderas, de manera que cuatrocientos arcabuceros salieron, y porque D. Diego Fajardo con golpe de gente los detenia, le hirieron en un brazo con un tiro, y caminaron: tanto

era el ódio, disgusto y desacato. En la Calahorra comian á libra de pan escasa por boca, y á dos despues, y una de carne de cabra por semana. Las banderas de Nápoles sufrieron mucho y la gente particular, y no quedaron sino docientos caballos, y los enemigos eran señores de mar y tierra, y los vencedores ni de lo uno ni de lo otro.

¡Tanto puede el ocio en la gente de guerra y el andar el General della descontento y no favorecido, dependiendo de ajeno arbitrio el que gobernaba ántes con imperio, y sus hechos eran hijos de su consejo, cuidado y execucion! Por esto las cabezas de los exércitos los ocupan, cuando no campean, en obras de manos para divertirlos, aunque sea levantar terraplenos, abrir fosos, formar trincheas sin necesidad, con que, si llega, obran con arte y experiencia, útilmente en el servicio de su Príncipe, beneficio del país que defienden y seguridad propia. Y así no hay arte que ménos admite el descanso ó poca ocupacion que la militar, por esto más trabajosa, gloriosa y virtuosa y digna de premio.

CAPÍTULO VI.

Los moros desbaratan á D. Antonio Enriquez; ocupan el castillo de Seron: Don Juan refuerza á Oria y Velez, y Aben Humeya trata de ocupar á Almería, y el Abaquí va por gente y armas á Argel.

A socorrer el castillo de Seron, cercado del Mocebé con mucha gente, por órden de D. Juan iba D. Antonio Enriquez con quinientos arcabuceros y sesenta caballos por el paraje de Lucar, tres leguas del rio mismo de Almanzora. Las atalayas hicieron humadas, y temiendo junta de moros, determinó retirarse para no ser cargado. El Mocebé con mucha gente le asaltó, mató docientos cristianos, y con sus armas y despojos volvió á Seron. Visto el desastre, Diego de Mirones, alcaide del castillo, salió con treinta soldados de noche á buscar socorro, rompiendo por medio de los enemigos. Siguiéronlos por las cuerdas encendidas que llevaban y mataron bebiendo en el rio catorce, y los deciseis llegaron á Baza. Mirones iba á caballo, y anduvo toda la noche perdido sin camino por no ser prático en el país, dexando ir á su albedrío el caballo, y como criado en la tierra al amanecer le tenía en las viñas de Seron. Fue descubierto, preso y llevado á Mocebé y al Malech, y prometieron libertad á él y á su familia si rendia el castillo. Fue entregado por su órden á once de Julio, y tomaron las mujeres y niños por esclavos, mataron ciento y cincuenta hombres con dos

sacerdotes y cuatro viejas, conforme al mandato de Aben Humeya de no tomar cristiano á vida, y presentáronle á Mirones.

Otro dia llegó á vista de Seron D. Antonio Enriquez, y el macstre de campo Antonio Moreno, detenido enfermo en Baza, enviado de D. Juan al socorro de Seron. Con aviso del mal suceso volvieron á Granada y toparon á D. Luis de Córdoba, general de la caballería, que iba al mismo efeto, y entraron en la ciudad. Con esto quedaron los rebeldes señores de todos los lugares del rio de Almanzora. Sintió mucho esta pérdida D. Juan, y porque no hubiese otra en Oria y Velez Blanco, donde estaban las hijas del Marqués de los Velez, mal proveidas de gente y agua, avisó al licenciado Pedro del Odro, alcalde de córte de Granada, que estaba en Lorca, y envió cuarenta soldados solamente con D. Diego Ramirez y sesenta arcabuceros de Murcia, y socorrieron á Oria. No teniéndose por seguro allí, pasó á Velez, donde estaba D. Juan de Haro, capitan de los caballos del Marqués del Carpio, con su compañía enviado desde Granada. El Malech con tres mil tentó la fortaleza de Oria á venticinco de Julio, y hallando buena resistencia alzó el lugar y le llevó á la Sierra. Deseaba mucho Aben Humeya ganar á Almería para dar silla y nombre á su reino. Envió más de mil moros de noche á meterse en las huertas para ver si habia medio de entrar en la ciudad, que se hallaba como cercada de los lugares rebelados, y tan molestada que no osaba vecino salir de los muros, y tenía gente bastante para su defensa; porque en el mes de Marzo el Marqués de los Velez llevó la compañía de escuderos de D. García y una de infantería, y no las habia restituido. Alonso Lopez y Pedro Lopez ocuparon la fortaleza de Tabernas, y con buen número robaban: pidieron á Aben Humeya acometiese á Almería, mal proveida para su defensa. Con este intento juntó mucha gente en Andarax, y fue avisado D. García, aunque no muy de cierto, pareciendo era tambien para acometer á Adra. Dispuso la seguridad de la ciudad y provision de bastimentos, habiendo venido sus espías con relacion de lo que vieron y entendieron del campo é intento de los moros.

Salió de Almería á ventitres de Julio con docientos arcabuceros y treinta caballos, sin decir su intento, porque no avisasen los moriscos de la ciudad. Marchó hácia Inox, al levante, y dixo á sus soldados iba sobre Guecijar, cuatro leguas de Andarax. Caminó toda la noche por asperezas, y al amanecer dió sobre el lugar, y quedándose á la parte de afuera con cien arcabuceros y quince caballos en escuadron, D. Cristóbal de Benavides, su hermano, entró el lugar con la otra gente. Matando muchos moros siguió el alcance contra los que huian á la sierra, y porque no se alargase su gente, tocó á recoger, cuando las humadas avisaron á Aben Humeya cercano, para que los cargase en la retirada larga. Volvia D. García á Almería con ciento y treinta captivas y muchos bagajes con ropa; y tardó tan poco

en despachar el socorro Aben Humeya, que en el barranco del Ramon, dos leguas y media distante de Almería, los más ligeros alcanzaron la retaguardia, donde iban los dos hermanos y otros caballeros y soldados de nombre. Emboscados esperaron, más los enemigos tomaron lo alto y comenzaron á tirar, animados de un moro que con voces grandes los incitaba para que acometiesen, y derribado de un balazo, los demas afloxaron, y D. García llegó á Almería, mostrando á Aben Humeya, como pretendia, tenía buenas fuerzas para que no la acometiese como intentaba; y cuantos moriscos de la ciudad le venian á servir, descuartizaba, enterraba vivos y asaetaba, diciendo eran espías.

Hernando Abaquí, en Argel, instaba con el Virey para que socorriese los granadinos, intercediendo por ellos los morabitos por vía de religion. Echóse bando que los turcos y moros pudiesen socorrer libremente á los andaluces. Acudieron muchos, y alistólos para contra Túnez, y dió perdon á los delincuentes y foragidos que pasasen á España á la guerra, limpiando la ciudad de lo más dañoso. Con cuatrocientos escopeteros á cargo de Hoscein se embarcó el Abaquí en ocho fustas con armas, cuerda, municiones para venderlas á los rebeldes mercaderes berberis, y llegaron brevemente á Aben Humeya. Proveyó luégo, animado con el socorro, sus fronteras, y con el que truxeron de armas y municiones judíos mercaderes berberis. Los moros en sus pueblos sembraban y criaban seguros y reposados, llenos de esperanza que les dió Heyn de ser favorecidos del Gran Turco, porque Aluch Alí le enviaba á ver la disposicion de la tierra y número de gente que podia tomar armas. Vió los rios de Almanzora y Almería, la sierra de Filabres, la Alpujarra. Entró secretamente en Granada, en Guadix, en Baza, y las reconoció, y se informó de lo que quiso saber, diciendo iba á dar aviso al turco para que enviase su armada, engañando á los moros con embustes: y así le cargaron de preseas, joyas, captivos los partidos.

Los moros del Padul, á tres leguas de Granada, se quexaban de haber mantenido mucho tiempo tan gruesa guarnicion y que ya no lo podian sufrir, y pedian los dexasen ir á vivir á otro lugar ó á Castilla con sus familias. Aconsejados del beneficiado de Gojar con licencia se mudaron al mismo lugar. Los moros del valle de Lecrin, de las Guajaras y de otros lugares comarcanos se juntaron en número de dos mil con armas, y saliendo de las Albuñuelas con algunos del Padul á ventidos de Agosto la vuelta de Granada para desmentir las espías y coger los cristianos descuidados, marchando poco á poco como solian las escoltas, al alba se mostraron junto al Padul. La atalaya de la torre tocó á rebato, y señaló por donde venian los moros. No lo creyeron algunos, y luégo con su daño se desengañaron viendo once banderas; y habiendo muerto treinta de los que se recogian al fuerte, que tenian en torno de la iglesia, y tomado treinta

y seis caballos de la compañía de la gente de Córdoba que allí estaba de presidio con su capitan D. Alonso de Valdolomar, y saquearon las casas y llevaron buen despojo y dineros. Con la misma furia acometieron el fuerte, mas defendióle el Gobernador y D. Juan Chacon que llegó dos dias ántes con ciento y cincuenta soldados. Mataron muchos moros y los retiraron; pero quinientos truxeron espinos y paja con que pusieron fuego á las casas para quemar las del fuerte, y cubiertos con el humo le acometieron, y horadaban las paredes para tener entrada. En una casa grande fuera del pueblo vivia Martin Perez de Aroztigui, natural de Vergara, padre de Antonio de Aroztigui, hoy secretario de Estado, y comenzron á pegar fuego á la puerta y hacer portillo para entrar en la pared que miraba al campo con picos y azadones. Martin Perez, animoso, ayudado de tres criados y tres moriscos del Padul que no quisieron ir á Gojar, echó agua en la puerta y arrojó grandes piedras sobre los que abrian el portillo; mató con su escopeta siete moros; y habiendo defendido valerosamente su casa cuatro horas, se retiraron los enemigos porque su atalaya avisó venian caballos de Granada. Eran sesenta con que socorrió D. García Manrique desde Orrura de la Vega, avisado de la acometida de los rebeldes por un escudero de Córdoba. Junto D. García con once caballos del Padul, siguiólos y mató algunos desmandados y cansados.

CAPÍTULO VII.

Juzgan mal del Marqués de los Velez, y llama el Rey al de Mondéjar. Va el de los Velez á allanar el rio de Boloduy.

En Granada por los efetos del Marqués de los Velez juzgaban tuvo pocos enemigos, muchos soldados más de los con que se ofreció de allanar la tierra; perdió ocasion por haber salido fuera de tiempo, para dar á entender podian hollar caballos la Alpujarra, no por necesidad de bastimentos. Habiendo consumido doce mil peones y setecientos de á caballo, estaba en el alojamiento sin efeto, consumiendo la vitualla y la gente que habia quedado. El Marqués decia pidió cuarenta dias ántes á D. Juan le basteciese la Calahorra de comida, y no lo hizo, ni le provcian para salir de donde se iban cada hora los soldados. Daba grandes quexas del de Mondéjar, del Duque de Sesa y de Luis Quijada. Queriendo ser el Rey informado, el Presidente y el Corregidor, favorecedores del Marqués de los Velez, afirmaban que por ser su émulo el de Mondéjar y tener mano en los negocios, era mal proveido el de los Velez, y siendo malquisto en la ciu-

dad convenia saliese della, que en su ausencia de mejor gana contribuiria con dineros y vitualla. Sus compañeros gustaban dello porque les era superior en los consejos, en las resoluciones y con el pueblo en la autoridad. El Rey mandó ir á la Córte al de Mondéjar, diciendo que para que informase del estado de la guerra por carta de tres de Setiembre, y que el Consejo enviase relacion de todos los bastimentos y municiones que se habian de llevar á la Calahorra.

El Marqués partió de Granada á doce, y hubo en ella quien dixo lo que fue, que no volveria hasta ser ya acabada la guerra; y en Madrid satisfizo bien al Rey dudoso con los avisos encontrados, con que unos dificultaban la empresa, otros la facilitaban. Fue recebido con más cortesía que gusto, y de los ministros no llamado á Consejo. Por falta de mantenimiento quedó el campo del de los Velez con mil y quinientos peones, poco más, y docientos caballos; y así se trincheó y derribó casas, pareciéndole el sitio grande. Pocos dias despues llegó de Granada tanta provision, que no habiendo á quien repartilla, valian cien libras de pan un real, y andaba con notable desperdicio por mal gobierno de los ministros; porque en los exércitos bien reputados, ó que lo parecen, llevan número de horneros obligados á servir con el sueldo con ellos concertado por el Comisario general para masar la harina que les da el tenedor de bastimentos, y bizcochar y medio bizcochar el pan que sobra para la necesidad, como lo pudieran hacer ahora excusando la perdicion que habia. Aben Humeya campeaba con siete mil peones, quinientos turcos y berberis y sesenta caballos.

El Xargal en el rio de Almería del Conde de la Puebla se levantó á persuasion de Puertocarrero, mayordomo suyo; ocupó éste la fortaleza con poca artillería y armas, echando della al alcaide por descuido, y la guarneció. Estaba en arma el valle y rio de Boloduy, paso entre la tierra de Guadix y Baza y la mar, confin con la Alpujarra; y juntábase gente y era dañoso á tierra de Baza y para apretar á D. Antonio de Luna junto con Aben Humeya. El Marqués, por ocupar y dar ganancia á la gente y mantener la reputacion de la guerra, determinó ir sobre él y tuvo órden del Rey para ello. Con cinco mil peones y docientos de á caballo fué á Fiñana, llevando la vanguardia D. Pedro de Padilla, desde donde habia nueve leguas hasta el lugar en que los enemigos se recogian, y quedaron á dos leguas dellos, cansados y mojados por pasar el rio muchas veces no habiendo medido bien el camino y ser aquella tierra doblada. Los moros hicieron fuego por toda la sierra, alzaron la ropa y personas que pudieron. El Marqués se adelantó con la caballería y cuatrocientos arcabuceros en las ancas, pero cansáronse todos. Los enemigos esperando en los pasos del rio, segun se movian los caballos, subieron á la montaña dexando muchos bagajes, mujeres y niños en que se cebasen los soldados. Viéndolos embarazados en el robo sin espaldas de arcabucería, los cargaron de modo que los soldados

se retiraron con pérdida, diligencia y parte de la presa, y con alguna la caballería ántes de tiempo. Vió el Marqués era por conservar el robo poderoso con la gente, y envió persona con veinte caballos y algunos arcabuceros con nombre de justicia á quitar la presa á la caballería, para que despues se repartiese con los soldados de D. Pedro de Padilla, y volvió el Marqués á Fiñana. Cuadrillas de moros desasosegaban la tierra de Baza donde tenía su Estado, y partió para ella con mil infantes y docientos y cincuenta caballos, y ántes que llegase con licencia de D. Juan huyendo su poca blandura D. Antonio de Luna, dexándole la gente, vino á Granada á ser mandado ántes de su general. Él la defendia como sitiado, y esperaba órden del Rey para salir en campaña. Prendió una espía de los moros el doctor Matías de Cuevas Sarmiento, natural de Sigüenza, y que habia servido en Orán de soldado, alcalde mayor de Lorca, y dixo en el tormento entre otras cosas, cómo Aben Humeya á los primeros de Otubre daria con toda la gente sobre Vera, y venía á dar aviso dello á los del rio de Almanzora, porque se hallasen en aquel tiempo á punto con las armas para serville en la empresa. El Doctor avisó á los lugares de su juridicion de lo que decia la espía, y que estuviesen advertidos viendo humadas á la parte de Vera, de juntarse con los de Lorca y hacer el socorro. Para estar avisados brevemente puso atalayas en muchas partes á pié y á caballo: estuvo bien alerta y el lugar prevenido.

Aben Humeya con dos mil hombres acometió á Adra, y hallando buena defensa pasó á Béjar y corrió y estragó la tierra de las Cuevas, y baxó para ocupar á Vera al rio de Almanzora, y juntando de los lugares otros tantos soldados alzó el de las Cuevas. El castillo se le defendió y pasó á Vera la Vieja en el dia de San Mateo. Era alcalde mayor el licenciado Mendez Pardo, y avisó á Lorca y Murcia por las atalayas puestas para este efeto en muchas partes y con gente de á caballo. Plantó el moro dos pecezuelas á una cortina y la reventó. El Alcalde mayor de Lorca, prevenido, juntó brevemente novecientos y setenta peones y ochenta caballos bien en órden en el campo de Nuestra Señora de Gracia; envió el aviso á Murcia, Zenegra, Caravaca, Calasparra y Moratalla, Alhama, Sevilla, Almazarron, de como iba á socorrer á Vera, que hiciesen lo mismo. Al alba otro dia entró en ella, y los moros huyeron á las Cuevas y hasta su rio los siguió, cargándolos denodadamente. Volviendo á Lorca, en el camino encontraron tres mil infantes y trecientos caballos de los lugares convocados, y no siguieron los moros, discordes sobre quién habia de llevar la vanguardia, diciendo los de Lorca les pertenecia por privilegio en el reino de Granada, y los de Murcia por cabeza de reino, y se retiraron á sus ciudades. Acometió Aben Humeya á los Velez en sierra de Filabres, pero tornó á Andarax. Asentó casa en Auxar y vivia á su antojo, señor de las haciendas y personas; con rigor y codicia gobernaba. Hacíanle guardia sus capitanes

más amigos con dos mil soldados de dia y de noche, barreadas las calles para que no se entrase ni saliese sin registro. No se fiaba de los turcos por extranjeros, descontentos y mal pagados, y enviólos á la frontera de Orgiba con Abenaboo, recatándose dellos porque su tiranía era de temer y porque le traia imaginativo un sueño que hizo impresion en él, pronóstico entre los supersticiosos moros de su triste acabamiento á mano de forasteros. Hacian fuerzas y robos en bienes y personas, y para satisfacer las quexas escribióle que lo remediase y llevase los turcos á las Albuñuelas para que fuesen regalados, y con toda la gente tomase y quemase á Motril en la marina, abierto en llano y grande y muy importante.

Indignó á los turcos Abenaboo, refiriéndoles la quexa de Aben Humeya. Diego Alguacil, su enemigo, porque le habia tomado una dama viuda en la vida libre, que tenía con nombre de prima, hermosa, discreta y que tañia y cantaba bien, y por gozarla faltó al respeto de Alguacil, su amigo, y vivia con recelo de que le habia de matar. Para asegurarse trazó su venganza. Tomó la carta, mató el mensajero, contrahizo la firma y escribió volviese á Mecina luégo con los turcos con Diego Alguacil, y quitándoles las armas los matase por mano de cien hombres escogidos que enviaba para ello. La carta envió á Abenaboo, y maravillado de tal novedad se persuadió queria entregar la tierra Aben Humeya. En esta suspension llegó Diego Alguacil con los cien hombres y dixo á lo que venía; pero que no se hallaria en tal crueldad. Queriendo avisar á los turcos, dixo Abenaboo lo que mandaba su Rey á Hostein y Caracax sus capitanes, y les mostró la carta. Avisaron luégo á Nebel y Ali Arraez y á Mahomad Tiya el Hascen, y otros cabezas. Con alboroto cargaron sus escopetas, diciendo era mala paga aquella para los que vinieron á socorrellos. Abdalla Abenaboo los aseguró y aquietó. Alguacil sacó una hierba llamada Haxiz que da sueño, de otros ópio ó simiente de cáñamo, y la toman los turcos para ser alegres y borrachos, y les dixo se la dió Aben Humeya para que les diesen sueño.

Trataron de matar al Rey y de que lo fuese Hostein ó Caracax, animándolos con la indignacion y ambicion para efetuar mejor su traicion concertada. Decian ellos vinieron á favorecer al rey de los andaluces, y no á ser reyes; eligiesen uno de los nobles naturales que procurase el bien comun, en tanto que venía aprobacion de Argel. Nombraron al Abdalla Abenaboo contra su voluntad al parecer, y le prometieron de matar al tirano y á sus alcaides y capitanes amigos, y partieron con Alguacil y Rojas para el Aujar. Dixeron á las guardas eran turcos que venian á hablar al Rey, y dexáronlos pasar. Aben Humeya supo su venida, y cuando llegaron tenía á punto dos caballos para irse; pero su mal destino le detuvo en una zambra toda la noche. Prendiéronle, y él decia no podian sin licencia del Gran Señor ú del Virey de Argel; le carcerasen y le juzgasen. Tenía venticuatro

soldados en su casa, cuatrocientos de guarda, mil y seiscientos alojados en el lugar, y ninguno le valió ni tomó las armas, porque no supo disponer sus cosas con autoridad, prudencia y valor para ser estimado y no venir á tal estado, que mandasen á un rey unos foragidos, facinorosos, insolentes de Argel. Envió á llamar al Abaqui para justificarse en la acusacion del querer matar los turcos; y como gobernaba la traicion, la venganza, la fuerza, le metieron en un aposento Diego Alguacil y Diego de Arrós, y le ahogaron. Sacáronle muerto y enterráronle en un muladar arrastrado con grande menosprecio. Á Abdalla Abenaboo, tintorero y de los inventores del levantamiento, truxeron de su casa, donde cansado se recogió sin decir la traicion de los turcos, y hicieron con él la ceremonia de elecion y coronacion, poniéndole en la mano izquierda un estandarte, y en la diestra una espada desnuda; vistiéronle de colorado, levantáronle en alto, mostráronle al pueblo diciendo: «Dios ensalce al Rey del Andalucía y Granada, Abdalla Abenaboo.» Envió á Mahamet con Dauz por confirmacion á Argel con el aviso de su elecion y rico presente de captivos y oro, y á Caracax por más gente de guerra. Diéronle la obediencia los alguaciles y alcaides de las Taas; mas no quisieron Puertocarrero, hijo del que levantó á Gelgal, que se apartó con cuatrocientos al rio de Almanzora, y Giron hácia Archidona, y Garral en tierra de Almuñecar y Alminjama.

Escogió para su Consejo el nuevo Rey á los turcos Carcayz y Gidali; nombró su general al Abaqui (por cuyo parecer y de otros cinco se gobernaba) y alcaide de los rios de Almería, Boloduy, Almanzora, tierra de Baza y Filabres á Jerónimo el Malech, del marquesado de Cenete y de Guadix, y á Xoaybe de Gucjar en Sierra Nevada, tierra de Velez, valle de Lecrin, Alpujarra y Granada. Hizo alguacil (segunda persona del Rey) á su hermano Mahomad Abenaboo. Envió al turco Hosteyn con otro presente de captivos al virey Aluch Alí, y para el Monsfti de Constantinopla, porque dixese religiosamente á Selin convenia sooorrerle con gente y armas. Juntó exército de cuatro mil hombres arcabuceros; la cuarta parte alojó cerca de su persona, y para su guardia docientos fuera del lugar, las centinelas léxos con contraseño de los caminos. Puso atalayas por donde podian venir los enemigos con su alguacil de guarda, para que las requiriese, que hace justicia en el cuerpo de guardia. Daba de sueldo á los turcos ocho ducados al mes, á los moros la comida. Proveyó de armas y repartiólas á baxo precio, con que llegó á tener ocho mil tiradores. Cobró opinion y autoridad por la necesidad que tenian de cabeza, aunque de grosero entendimiento, bienquisto, respetado, obedecido como Rey generalmente.

Tardó tres meses en venir la confimacion de Argel, porque Aluch Alí estaba ocupado en la conquista del reino de Túnez.

Muley Asan, á quien el emperador Cárlos V Máximo restituyó en el

año mil y quinientos y treinta y cinco, venciendo á Barbarroxa, tirano, fue privado del reino por su hijo Hamida, y queriendo recuperarle vencido, preso y privado de la vista. Persiguió los amigos de su padre, y no pudiendo sufrir sus tiranías y de algunos sus ministros, hombres baxos que abatian la nobleza, pidieron algunas veces á Aluch Alí, luégo que llegó á Argel, por medio del alcaide de la caballería, Bengiobara, y de los alcaides Botaybo y Alcadar, fuese sobre Túnez, porque se le entregarian. Renovaron su peticion, y así en fin de Setiembre, dexando en su lugar al renegado Mami Corso, su chaya ó mayordomo, con cinco mil turcos y renegados escopeteros partió de Argel. Otros trecientos tomó en Bona y Constantina, y entre moros y vasallos del rey del Cuco y del de Labez y alárabes amigos seis mil caballos. Con esta gente y diez piezas de artillería llegó á Beja, dos pequeñas jornadas de Túnez. Aquí se le presentó Muley Hamida con treinta mil moros de á pié y de á caballo. Comenzada la batalla, los tres alcaides traidores y otros de su séquito pasaron al Aluch Alí como lo prometieron. Retiróse Hamida á Túnez, y el enemigo caminó á entrarla, y esperó en el Bardo, jardin de los Reyes, á media legua de la ciudad, el movimiento della. Como los moros estaban mal contentos y sobornados, y son de fe mudable y siempre dudosa, pocos á pocos se fueron al Aluch Alí. Hamida, mal seguro de su entrega, con sus mujeres, hijos, joyas, dinero, ropa y algunos criados se metió en la Goleta, debaxo de la proteccion del Rey, con esperanza de que le restituiria, como su padre hizo al suyo.

Entró en Tunez Aluch Alí, remuneró los principales, recibió los alárabes de los aduares sin ofrecimiento de tributo; estableciόse y hizo su virey á Rabadan, renegado sardo de buen juicio, y su belerbey de la caballería al alcaide Mahamet, con tres mil arcabuceros turcos de guarnicion. Don Alonso Pimentel, capitan á guerra de la Goleta, con sus barcas chatas y medios cañones vino por el Estaño, y con algunos caballos y buena mosquetería á Túnez, y dió sobre algunos turcos desmandados, mal contento de tales vecinos, y con un cañon mató á un secretario de Aluch Alí á su lado, juntos en una ventana. Para darle la batalla en el Estaño labró barcas, y D. Alonso, peleando gallardamente, las quemó, cerrando con muchos muertos y heridos los turcos en Túnez. Indignado por todo, el nuevo Rey juró habia de traer la armada del Gran Señor á conquistar la Goleta, porque nunca él ni los turcos serian pacíficos en Túnez habiendo cristianos en ella. Quedó con este intento, y le executó, como adelante se dirá; porque por entónces no podia ser, pues Selim juntaba exército para conquistar á Cipro, quebrando la paz á los venecianos, animado con la buena ocasion que se le ofrecia. Y fue que á ventitres de Setiembre en la noche se encendió fuego en la pólvora que en el gran arsenal de Venecia estaba en tres torrecillas de la municion que miraban hácia Murrano, y volaron más

de seiscientos piés de la muralla y un monasterio de monjas, con temblores de espanto terrible. Esparcióse por el mar la madera para la construccion de las galeras. Sospechóse fue por mandado del turco para dexar sin fuerzas de mar á venecianos, en que estaba la importancia y esperanza de la vitoria contra Cipro; pero no intervino en ello su consejo ni mano. La fama, haciendo las cosas mayores, llegó á Selim de haberse quemado tantos aprestos de guerra, que sin inmenso gasto de dinero y tiempo no los podia la República restaurar. Gozando deste caso mandó labrar armada con gran priesa, y juntar gente, máquinas, artillería, municiones y vitualla en la Caramania y costas del Ilírico, con resolucion de emplearlo en la conquista de la isla que le pertenecia, como Soldan de Egipto, y estaba en medio de sus Estados de Asia y Egipto con poca reputacion suya.

CAPÍTULO VIII.

Abenaboo sitia á Orgiba, y va á socorrella el Duque de Sesa, y se retira con pérdida.

Supo D. Juan la muerte de Aben Humeya y eleccion de Abdalla Abenaboo, y parecióle haria su entrada señalada, aconsejado y guiado de los turcos, y que la guerra sería mejor gobernada. Envió á visitar el presidio de Orgiba al capitan Pedro de Mendoza, porque estaba enfermo Francisco de Molina, y áun loco decian los soldados medio amotinados de cuatro banderas de cinco que tenía, con la insolencia que en ellos causa el humor perverso, porque apretaba las guardas con rigor y las requeria áun estando enfermo, sin dormir de noche, como recatado y falto de gente particular y de vitualla; y así la repartia por tasa temiendo ser sitiado. Mudaba cada mes los deste presidio por su mucho trabajo y descontento, y enviaba D. Juan desde Granada con las escoltas las compañías que habian de entrar, y con los bagajes volvian las que salian. Cumplido el mes vinieron seis banderas en una escolta con Gaspar Maldonado, sobrino del Obispo de Jaen, que servia á su costa con trecientos arcabuceros, y la de Antonio Moreno y Francisco de Escalante y Alonso de Araux, capitan de los de Sevilla, y con dos estandartes de caballos Juan Alvarez de Bohorques y Lorenzo de Leiva por D. Luis de la Cueva.

Para aquietar los soldados determinó que Pedro de Mendoza saliese á correr la tierra y traer vittualla contentando la gente, y envió la compañía de Antonio Moreno con Vilches, su alférez. Éste, engañado por una espía, fué á dar en una emboscada de moros en el barranco de la Negra, donde

solos tres se escaparon. Por quexas que le daba la tierra á Abenaboo de las correrías y robos deste presidio, le envió á reconocer por la gente que mató á Vilches, para ir sobre Orgiba. Animado más con esta pérdida, pareciéndole que habrian quedado pocos soldados, á ventiseis de Otubre salió de Cadiar con diez mil hombres y los capitanes Berchuz, Rendati, Macox y Dali con seiscientos turcos y berberís como cabeza de la empresa. A ventinueve llegó cerca de la fuente y emboscóse en una rambla. En el dia siguiente echó cuatro moros como que cazaban, para que saliendo contra ellos algun golpe de gente del fuerte, dar sobre ella, ó en los que venian á correr la campaña. Salió Francisco Hidalgo con una escuadra á descubrir, y como codicioso, poco prático y advertido de las estratagemas de los enemigos, los siguió hasta dar en la emboscada de golpe, donde fue muerto con cuatro soldados, y los demas se salvaron seguidos y retirados en la fortaleza. Francisco de Molina envió á reconocer los enemigos á Lorenzo de Leiva con seis caballos de los suyos y cuatro de Bohorques. Llegó donde estaban y deteniéndose en reconocellos hirieron su caballo, mataron otro, y fue seguido hasta el fuerte. Cercáronle en este dia, ventiocho de Otubre, por todas partes, y ocuparon los padrastros con tiradores y le acometieron furiosamente, mataron algunos cristianos y á Cristóbal de Zayas, alférez de D. Alonso de Arellano, y un escudero. El fuerte era de tierra, en parte de piedra seca, tan baxo que áun no cubria bien la gente á enhiesta hilera. Los tiradores dél mataron desde sus postas en los traveses y hirieron muchos rebeldes. Juan Alvarez de Bohorques defendia un portillo con su gente, áun no acabado de cerrar, entre el cuartel de Escalante y el de D. Alonso de Arellano, por donde si cargára el golpe de los moros, entráran fácilmente. Abenaboo repartió su campo en cuatro cuarteles y ordenó los combates; y Francisco de Molina por esto repartió los suyos en cuatro postas. Ocuparon los cercadores una casa sola por una calle apartada de la fuerza, y con faxina que echaron en otra incorporada con ella, procuraron ponerle fuego, porque desde unos traveses y troneras hechas en ellas los herian cada hora; pero de los capitanes con alcancías de fuego y balas eran retirados con daño. Por todas partes combatian y arrojaban tantas piedras sobre los cercados, que fue menester que los jinetes con las adargas los cubriesen. Desde un cerro, un palomar y unas casas mataron ocho caballos y hirieron algunos de los que atravesaban de una parte á otra, y para repararse hicieron trincheas y los moros una mina por debaxo de la iglesia, en el cuartel de Gaspar Maldonado, para volar los bastimentos y municiones, y él levantó un bastion desde donde los heria. Otra mina guiaron al cuartel del capitan Delgado, y él hizo contramina, en que mató los obreros; y otras dos cavaron contra el de D. Alfonso de Arellano, pero una peña las cortó. Los turcos comenzaron terrapleno con faxina y piedra en una casa junto á la muralla, que no habian tenido lugar de derribar los cercados, y desde

allí señoreaban otra casamata entre los cuarteles de Maldonado y Aorraez, y no lo pudieron impedir, y retiráronse al segundo muro de la casamata, dexando el ámbito della hecho plaza, donde formaron nuevos traveses, porque los enemigos hincheron la calle de tierra, piedra, rama; de manera que les pareció podrian entrar á pié llano por cima de los terrados. Desamparada la casamata, persuadiéndose Abenaboo que tambien dexarian la muralla, recogiéndose á la torre y á la iglesia los cristianos, los asaltó tan reciamente por allí con los turcos y los mejores moros con sus atabalejos y alaridos en el dia de Todos los Santos, que ántes que Francisco de Molina y sus capitanes que visitaban los cuarteles acudiesen, entraron muchos dentro del fuerte. Resistió su ímpetu y furia Jerónimo de Chaves, alférez de Aorraez, valerosamente envuelto en polvo y sangre; pereciera su gente si Francisco de Molina no se opusiera con Bohorques y Lorenzo de Leiva, y el alférez Portillo y otros soldados de los de á caballo. Pelearon con gran virtud animados de Molina con la voz y la espada, con que mató muchos enemigos, retirándolos y echándolos fuera, teniendo ya arboladas dos banderas en el muro los alféreces moros que allí murieron, y las ganaron y mataron docientos. Abenaboo enojado metió dos mil en unas casas desamparadas junto al muro, y cubiertos tiraban tantas piedras, que cayendo á plomo hirieron á Molina estando sin morrion y derribaron parte de una casa donde alojaba el capitan Delgado, con ser de ladrillo y de cal. El capitan Bohorques ordenó que los soldados les arrojasen las piedras á los moros, y como no tenian adargas ni morriones con que cubrirse, desampararon las casas, y huyeron y no tiraron más. Procuró Abenaboo quitar las escoltas, el agua del rio y de la acequia; hizo mina para llegar cubiertos. Envió Molina carta á D. Juan con un soldado que sabía la lengua arábiga, en que decia (por si le prendiesen los moros) no cuidase del fuerte, porque se defendia bien con mil y quinientos hombres que tenía y de comer para más de un mes; y á boca le habia de decir su estado y necesidad de socorro. Tocó arma por diferentes partes, y sacóle en tanto al camino.

Sabía D. Juan el sitio, y habia acordado que el Duque de Sesa hiciese el socorro, por la gracia y autoridad que tenía con la gente, ser del Consejo, y señor de Orgiba, y por la experiencia en la guerra. Detúvose más dias que convenia, esperando la vitualla. Era cabo de la infantería D. Pedro de Vargas, y de los caballos D. Miguel de Leon. Con seis mil infantes y trecientos de á caballo, más número de gente que de hombres, la mayor parte concejil, llegó al Padul y Acequia, donde enfermó de la gota como solia, inhabilitándolo todo. Don Juan quiso enviar á Luis Quijada á su peticion, y porque mejoró el Duque no partió. Envió á Vilches Pié de Palo y á Francisco de Arco práticos en la tierra y otros cuadrilleros con su gente á saber lo que pasaba en Orgiba. Emboscados prendieron de noche seis moros que venian con cartas de Abenaboo para los alcaides de

Guejar, Albuñuelas y Guajaras, en que les mandaba recoger la gente de sus partidos, y juntar con él para combatir y desbaratar al Duque de Sesa, que por esto dexaba el cerco y perecer los cristianos de hambre. El Xoaybe de Guejar con seis mil hombres tomase el barranco entre Acequia y Lanjaron, y cortase en pasando el campo del Duque el camino á las escoltas, porque faltando, se desharia. En partiendo Abenaboo, acudieron los cercados á su alojamiento, donde hallaron algunos bastimentos, y echaron la acequia en los fosos. Molina despachó con aviso del suceso dos soldados á D. Juan, y volvieron con carta en que pedia parecer sobre desamparar la plaza. Respondió, convenia mantenerla, porque los moros no tomasen ánimo, y socorrelle brevemente. El Duque le escribió le avisase cuándo sería forzoso el ir á sacalle de allí, porque llegaria hasta el paso de Lanjaron. Molina respondió era menester venir á Orgiba á llevar setenta heridos y algunas municiones, y traer bagajes para ello. Envió á Vilches con ochocientos hombres, para que dexando á mano derecha á Lanjaron por lo áspero de la montaña, desusado camino pero posible á la caballería, reconociendo el barranco que atraviesa el camino de Orgiba, tomase lo alto de la montaña, y se pusiese donde el camino de Lanjaron hace la vuelta de Orgiba, y desde allí diese vista á Francisco de Molina. Para asegurralle envió á sus espaldas otros ochocientos soldados, y él siguió con el resto del exército persuadido que todos habian menester ayuda. Los moros tenian aviso, no sólo desta salida, pero atalayas que avisaban con señas de los pasos de los cristianos hasta Orgiba. Hoscein y Dali fueron contra Vilches, y encubriendo parte de la gente se mostró Dali escaramuzando para entretener. Rendati se emboscó á las espaldas de Vilches con cuatrocientos, y Nacoz con docientos sin ser sentidos. Pasaba la tarde, y Dali reforzaba la escaramuza á la parte del barranco cerca del agua. Pareció á los cristianos retirarse, donde entendian venía el Duque. La primera emboscada los cargó tan reciamente, que hallándose léxos del socorro se recogieron á un alto cerca del barranco para esperarle hechos fuertes con daño, pero seguros, si el capitan Perea tuviera sufrimiento en no arrojarse al barranco, donde apretado de los enemigos fue muerto peleando y parte de los que le siguieron, y pasaron ya de noche cargando hasta llegar los que se retiraban al Duque. Mas dando en la emboscada de Nacox y apretado della incierto del camino y con la escuridad confuso por el miedo de la gente, hizo rostro valerosamente con D. Gabriel su tio, D. Luis de Córdoba, D. Juan de Mendoza y otros caballeros y particulares, los más á pié con la infantería, tomando cargas, seguidos hasta cerca del alojamiento. Si los moros apretáran como empezaron, estuvieran en peligro; porque Vilches midió mal el camino con el tiempo, que bien pudiera el Duque (si saliera ántes) llegar con sol á Orgiba.

Murieron ciento, perdieron cantidad de armas, con poco daño de los

rebeldes, y mucha reputacion. El Duque, aunque en la tiniebla apretado de los enemigos, proveyó bien en la resistencia y retirada, reteniendo los que habia ocupado el miedo y puesto en huida en tres leguas, y arribó á la media noche. Francisco de Molina salió á reconocer el puesto del enemigo al quinto dia despues que partió con algunos caballos, y llegó hasta el castillo de Lanjaron dos leguas de Orgiba, y supo estaban los cerros cubiertos de moros para defender el paso, y no volvian sobre Orgiba; porque en su combate y en la refriega de la noche perdieron gente, y tenian muchos heridos, pareciéndoles bastaba tener á Molina corto, con poca gente, y ellos hacer rostro al Duque y defender los lugares del valle de Lecrin, que mantenian como propios. Tuvo órden Molina del Duque para retirarse por el camino de Motril, y por no perderse con segundo cerco, recogió los enfermos, enterró el metal de dos piezas de campaña, puso cuatro soldados en la torre para que tañesen como solian, hasta que hubiesen pasado el rio, de que les harian seña con fuegos. Salió al segundo cuarto de la noche, y llegó á Motril en salvamento con gran placer de los vecinos medrosos; porque se llevaron los alzados por fuerza sus moriscos en aquella noche, y tenian el lugar alborotado y barreado, y por verlos libres del daño que pudieran recebir si fueran entrados de los moros.

En el dia siguiente Bohorques saqueó los lugares de Lobras, Pataura y Mulvicar para tener bastimentos. Alabó D. Juan el cuidado y valor de Molina, mandó quedase por cabo de la gente de Motril; hizo buenos efetos contra los enemigos, prudente y buen soldado. El Duque de Sesa destruyó las Albuñuelas, dexó allí mil de presidio, donde los turcos querian alojar. Don Luis de Córdoba quemó á Rectual, Valecox, Concha y otros del valle de Lecrin, que D. Antonio de Luna que salió á quemarlos (como diximos) dexó enteros. Vino á Granada el Duque, y los moros hicieron grandes alegrías, como por una gran vitoria, y por ser Orgiba el primero lugar y solo que tomaron por fuerza. En tanto que pasaba lo referido, baxaron por Guejar y el Puntal á la Vega muchos enemigos; llevaron ganados, quemaron á Moracena, corrieron hasta media legua de Granada, y se recogieron sin pérdida á la sierra. Don Juan obligado de las desórdenes reformó treinta capitanes, y los alféreces hacian las mismas, teniendo méiros gente en las banderas que en las listas, usado y casi forzoso con notable daño. Puso presidios en Pinos y Cenes en la ribera de Genil, y en el Cerro del Sol dos cuadrillas ordinarias para descubrir hasta Guejar. Mandó á Tello Gonzalez de Aguilar que en tocando arma, sin otra órden saliese con la caballería, y á D. Jerónimo de Padilla, hijo de Gutierre Lopez de Padilla, puso en Santa Fe con una compañía de caballos.

CAPÍTULO IX.

Levántase Galera lugar fuerte, y socorre el de los Velez á Oria.

Mucho deseaban los moros levantar á Galera, lugar fuerte y bueno para desasosegar y ofender la comarca en el paso del reino de Granada á Cartagena, y no léxos de Valencia donde hacer rebelar á sus moros, quietos entónces al parecer. Estaba en lo más alto de un cerro prolongado á manera de galera entre levante y mediodía, con edificios de un castillo antiguo cercado de terronteros muy altos y de peñas que suplian la falta de los muros arruinados, y su entrada por la misma villa. La cual, ocupando toda la cumbre y laderas del cerro, iba siempre baxando entre norte y poniente hasta llegar á un pequeño llano, donde á la parte de fuera estaba la iglesia con torre alta que le señoreaba, y un rio que baxando de la villa de Orce se junta con el de Huéscar, y rompe las aguas en la punta baxa de Galera, y desviándose luégo cerca el llano, donde estaba la iglesia, y poco á poco corre hasta Castilleja. No era cercada de muros, mas fuerte por la difícil y áspera subida de las laderas que habia entre los valles y las casas tan juntas que las paredes eran bastante defensa para cualquiera furioso asalto, no se pudiendo hacer en ella batería importante, porque sobrepujaban á otras en talus; de manera que los terrados de las primeras igualaban con los cimientos de las segundas y con el fundamento sobre peñas vivas, alzándose hasta la más alta cumbre; y así eran los terrados tan desiguales, que no se podia subir ni pasar de uno en otro sin muy largas escalas; y teniendo los moros hechos muchos reparos y defensas en las calles, tampoco andar por ellas sin gran peligro. Habia dos principales angostas, que subian desde la puerta de la villa que salia á la iglesia hasta el castillo, y las tenian barreadas de cincuenta en cincuenta pasos, y hechos varios traveses de una parte y otra en las puertas y paredes, para herir á su salvo á los que pasasen, y las habian horadado para socorrerse en la necesidad con agujeros tan pequeños, que apénas entraba un hombre. Esta fortificacion suplia por los mejores muros. No tenian agua, y para gozar de la del rio hicieron una mina. Habia tres mil moros con armas, y cien turcos y berberis gobernados del Malaqui, alcaide del partido, y los extranjeros de Carjal turco.

Era señor deste lugar D. Enrique Enriquez, vecino de Baza, y para que no le forzasen á levantarse los rebeldes, envió sesenta soldados con Almarrá, su criado, y se alojaron en la iglesia, porque Jerónimo el Malech y

Carjal con buen número de moros, levantaban los lugares y querian tener á Galera, por ser fuerte para recoger los de Orce y Castilleja. No osaban los naturales rebelarse estando allí los cristianos, y para matarlos cuando fuesen subiendo á la plaza y señorear la iglesia, metieron secretamente docientos moros. Enrique monfi para merecer alcanzar perdon librando los cristianos, arrojándose por una ventana los avisó de lo tratado. Almarrá envió dos soldados á Huescar, una legua distante, á decir al alcaide Francisco de Villa Pcallin, caballero del hábito de Calatrava y gobernador por el Duque de Alba, y al doctor Guerra, alcalde mayor, lo que pasaba. Juntaron á gran priesa los caballos y peones, y llegaron á Galera al tiempo que ya estaba alzada y combatian los enemigos la iglesia, y retiraron los cercados y volvieron á la ciudad. Procuraron matar los moros della, mas recogiólos el alcaide en las casas de las tercias, y saquearon las suyas. Con los de Veruela fueron contra Galera confusa y desordenadamente con poco efeto. Pidieron ayuda á los de Baza, y D. Antonio Enriquez á los alzados de parte de su señora doña Juana Fajardo dexasen las armas, y los africanos respondieron: «No reconocian sino á Dios y á Mahoma.» Indignados con esta voz los cristianos quisieron arremeter, y D. Antonio los detuvo, pero los más se arrojaron dentro y llegaron á la plaza con vitoria, y fuera del todo si acudieran los demas, y no costára la sangre que despues costó, y entónces porque no los favorecieron los capitanes, dudando en cómo se tomaria el caso, en que habia poco que dudar. Los rebeldes no osaron salir fuera temiendo los caballos; retiráronse á Huescar y pusieron fuego á las casas de los moros.

Supo el Marqués de los Velez que el Malech juntaba gente para combatir la fortaleza de Oria, mal proveida, y escribió á D. Juan de Haro á Velez el Blanco que la basteciese y pusiese en defensa con brevedad; y si el capitan Valentin queria crecer la guarnicion, le diese gente. Don Juan Enriquez salió de Baza con ciento y cuarenta de á caballo, y dando vista al campo del enemigo junto á Caniles, envió á su hermano D. Antonio con ciento y veinte, con tantos sacos de harina y basteció la fortaleza, y D. Juan de Haro le metió cuarenta caballos y cien arcabuceros con bastimentos y municiones. El Malech, con tres mil moros escogidos, fue á tomar el paso de la boca de Oria. Reconocióle Martin de Falces, beneficiado prático en la tierra, y dando en las emboscadas volvió apriesa y dixo á sus capitanes no pasasen adelante hasta que creciesen el número. Escribiéronlo á D. Juan de Haro y á Lorca para que socorriesen las ciudades y villas del reino de Murcia. Llegaron á Velez el Blanco ochocientos peones de Lorca y ciento y diez de á caballo, al tiempo que los moriscos tenian liada la ropa de los de las Cuevas para subir á la sierra con los de guerra, que los guiaban y aguardaban á Francisco Chelen, capitan que los habia de llevar,

Otro dia, con la gente que llegó de Totana y Librilla, llevando sus descubridores delante, caminaron con buena tropa de bagajes, con municiones y bastimentos para Oria, con que la socorrieron de noche, y al alba volvieron á Cantoria. Los moros pasaron el rio abaxo, y el alcalde mayor de Lorca envió una compañía á tomar un peñon á caballero de la plaza, y dél tiraron y mataron algunos enemigos. Desquiciaron las puertas del rebellin del castillo, donde tenian entre los dos muros la casa de las municiones, aunque de los traveses los herian; quemáronlas, sacaron dos mil y setecientas cabezas de ganado menudo, trecientas vacas, y se retiraron, porque sin artillería y escalas no se podia entrar la fortaleza. Encontraron en el camino buen número de moros que venian al socorro de Cantoria, y en el rio de Almanzora hizo alto en tanto que se adelantaba el ganado. Descubrió los moros el alcalde mayor con algunos caballos en cuatro banderas, y temiendo emboscada subieron á lo alto. Media legua más adelante llegaron en ala y reconocieron tres turcos á caballo; mas luégo dieron en una celada. Pareciéndoles pocos los cristianos, vinieron en su contra, y ellos, hecha su oracion, intrépidos les dieron la carga, y la caballería procuró atajarlos en tanto que venía la infantería. Con tanto ímpetu se acometieron, que sin tirar más de una ruciada llegaron á las espadas y mataron algunos turcos y moros de la vanguardia; pusieron en huida los otros, les quitaron las banderas y prendieron un alférez pasado de una lanzada. Murieron cuatrocientos y cincuenta, los demas se arrojaron por unas ramblas, y la noche impidió el alcance, y de los cristianos hubo treinta y siete heridos, y entre ellos cinco jinetes y catorce caballos muertos, y algunos de un moro con una lanzuela con que al pasar desde una peña los desbarrigaba, y llegaron á Guercal de Lorca.

Alzóse Orcé una legua de Galera, llamado Vici de los antiguos, y estando los de Huescar previniéndose para ir á reducirla, los moros metieron de noche al Malech con trecientos soldados, y quedaron emboscados hasta dos mil y con ellos trecientos turcos y berberis. Los de la ciudad echaron de Orcé los moros, y dieron sobre la emboscada en las viñas con setecientos arcabuceros y los caballos, rompiéronla y mataron más de seiscientos, y acabáran todos si los turcos no socorrieran y resistieran bien más de tres horas, acudiéndoles gente, retirando parte della con órden. Murieron cinco cristianos, y el Malech, roto, se recogió en Galera con los vecinos de Orcé, y dexando buena guarnicion y á Carjal con ciento y cincuenta turcos, pasó al rio de Almanzora. Es Huescar, ciudad grande, llana y abierta, sino es la villa vieja con su castillo, en los confines del reino de Murcia y Granada, y del Rey Católico D. Hernando dada por servicios al duque de Alba D. Fadrique, rica y á veces mal mandada, descontenta de ser sujeta sino al Rey. Para combatir á Galera llegaron allí quinientos peones y cuarenta caballos de Lorca, Cehegin y Moratalla; mas el Marqués quiso

la empresa con cuatro mil infantes y docientos caballos, y partió de Baza. Batióla con cinco piezas, y por el poco efeto y número de gente dexó la arremetida para mayores fuerzas. Los moros de Guejar corrieron hasta la casa de las Gallinas, cercana á Granada, y los caballos los cargaron, atropellaron, mataron cincuenta y huyeron dexando las armas, y del cerro de Guejar les tomaron cien vacas y trecientos bagajes. Puso D. Juan guardas concejiles en la puerta de los Molinos, en la de los Mártires, en los Pinillos, todas leves; reforzó la de Antequeruela y la caballería en Inelloz, estimando el peligro, sin atajar los caminos de Veas, el de Facar, el Puntal. Carjal estaba en esta frontera con cuatro mil moros, con Xoaybe, Macox y otros capitanes, y hacian presas y daños. Escribió D. Juan al Rey el peligro y el Comendador mayor se habia resfriado el de los Velez, y le mandó campear. Caminó á Guejar, llevando la vanguardia Luis Quijada con tres mil peones, y D. García Manrique la caballería en número de seiscientos, y él iba con su guion en la retaguardia, y con la artillería y bagajes D. Francisco de Solís. Por otro camino fue el de Sesa con cuatro mil infantes y trecientos caballos, y con humadas señalaba por donde iba, y llegó ántes á Guejar, y los moros subieron á la sierra con muerte de cuarenta, pasando el rio Genil, mostrando los turcos haber venido solamente á robar. La presa fue ganado y bastimentos. Arribó D. Juan poco despues, y con enojo dixo al Duque cómo no le habia esperado; mas con industria se adelantó, porque si habia peligro no le tuviese. Dexó guarnicion allí y volvió á Granada, y D. Luis de Córdoba y el capitan Oruña reduxeron á menor ámbito el fuerte porque ocupase ménos gente. Para volver á campear mandó apercebir bastimentos y municiones, y el Rey solicitó por caballeros de su casa las ciudades de la Andalucía y las de Castilla para que enviasen gente de guerra con brevedad á Granada.

CAPÍTULO X.

Prosigue la guerra de Francia, y los huguenotes son vencidos.

El almirante Coliñi, muerto el Príncipe de Condé en la batalla de Jornac, puso en el cargo de general á Enrique de Borbon, príncipe de Bearne, hijo de Antonio de Borbon, que murió sobre Roan, y de madama Juana de Labrit, duquesa de Vandoma, y todos los bandos se echaban en su nombre. Recebidos nuevos socorros y gruesos, tomó ánimo para campear. El rey Cárlos no podia sin dineros, como los contínuos exércitos acrecentaban los gastos, y el reino alterado diminuia las rentas, y muchas

tenian los huguenotes. Envió embaxadas por Italia, y sólo el Duque de Florencia socorrió con cien mil escudos, mil infantes y docientos caballos, y el Pontífice cuatro mil y quinientos peones y novecientos de á caballo á cargo del Conde Esforza de Santaflor. Hallábase pobre, y envió eclesiásticos que, representando por Italia la necesidad de la Iglesia, tomasen lo que cada uno daba graciosamente, y llegó el subsidio caritativo á cien mil escudos, y á otros tantos el del clero, y Roma ofreció los mismos, pero no acetó Pío. Mandó al Conde que entrando el rey Cárlos en cualquier acuerdo de paz en perjuicio de la Iglesia, volviese ó pasase á Flandres. En Piemonte se juntó con la gente de Florencia y caminó á Leon. Para recebille iba el Duque de Anjou, y en tanto que llegaba cercó á Angulema, y viendo poco fruto pasó á impedir el venirse el Almirante con los Vizcondes y gente de Languedoc y Gascuña.

En tanto el Duque de Dospuentes y el Príncipe de Orango, por no haber querido dar el Emperador el prohibitorio de salir del Imperio enojados y por la entrada del Duque de Houmala en él, caminaron con cuidado despues que supieron la rota y muerte del Príncipe de Condé de su secta, por cuya defensa decian tomaron las armas. Escaramuzaban con ellos los Duques de Houmala y de Nemours, deteniéndolos y consumiéndolos, y evitando grandes daños y sacrilegios que hacian en Borgoña, aunque con algun tiempo por ser inferiores en caballería. Pasaron el rio Loira de noche, y no sin daño, y ocuparon á Auserra y á Carite, en el medio del camino de Leon, con que quitaban la vitualla que iba á París. El Rey hizo plaza de armas y Córte á Orliens; y el de Houmala, porque los enemigos estaban ya juntos en el país de Limoges, caminó á unirse con el Duque de Anjou. Murió Dandalot, hermano del Almirante, y el Duque de Dospuentes, y con tristeza grande de los herejes, y queria gobernar los alemanes el Príncipe de Orange; pero desestimáronle por su flaqueza de ánimo y ofendidos de la mala paga cuando los llevó á Flandres, y así luégo se fueron, y nombraron por cabeza á Federico de Manzfelt, primo del conde Pedro Ernesto, soldado del Rey Católico. Era Filipe Estrozi general de la infantería francesa; de la caballería el Duque de Guisa; Mos de Biron, maestre de campo general. Tenía el Rey doce mil caballos y decinueve mil infantes italianos, franceses, zuiceros y valones. El Almirante once mil caballos y más de doce mil infantes tudescos y franceses. Pareciendo consumia al Rey y á los extranjeros, nervio de su exército, con alargar la guerra, para alcanzar condiciones de paz muy á su ventaja, se alargó con intento de sitiar á Putiers, ciudad importante y de las más principales de Francia. Metióse dentro el de Guisa con mil caballos y ochocientos arcabuceros italianos. El exército del Rey no la socorria, porque con el detenimiento en pelear, resfriados los señores, fueron á sus casas. No pudieron meter socorro Monluc, Biron ni Valeta, y así era forzoso que fuese

todo el exército. Defendíala bien Guisa con porfía que consumió mucha gente en las batallas, y tal hambre que comieron las bestias, ecto los caballos, porque esta nacion ántes comerá los hijos. De los maravillosos hechos en la defensa y sucesos más señalados de nuestra edad, en que Guisa mostró virtud igual á la de su padre, andan comentarios que los curiosos y soldados pueden leer. El exército real, para sacar al Almirante deste sitio, le puso á Casterelalto y partió á socorrelle, con que se libró Putiers al cabo de cuarenta y seis dias de aflicion y combates muchos y furiosos.

Estando los exércitos á la vista llegó á Enrique órden del Rey para pelear de poder á poder en campal batalla. Pasó el rio Viena, y poníase donde se levaba el Almirante, y hubo una gruesa escaramuza en la ribera del Pibe, triángulo con Putiers y Casterelalto. A San Clerí, villa fuerte, entró para necesitalle á venir á jornada. Afrontados los exércitos determinaron combatir. Guiaban la vanguardia de los católicos, en que iba su General, Monpensier y Guisa, Martinga, y Santaflor y sus hermanos con los italianos y zuiceros. El enemigo iba repartido en tres escuadrones con ménos caballería, porque en las escaramuzas perdió buena parte, y llevaban ambos delante la artillería, caminando derechos para embestirse en una campaña llana, limpia y abierta. Estando cercanos comenzó á jugar y dañar á los zuiceros del enemigo, que tenian ordenanza más firme y cerrada que los franceses, que por esta causa la tenian con largas hileras. El primero que rompió fue el señor de Martinga con los franceses y Santaflor con los italianos, y turbó el órden de los raitres. Por esto el Almirante, con el miedo y el peligro perdido el consejo, dixo á los Príncipes de Bearne y Condé se retirasen y salvasen, quitando el coraje á su gente. Juntábanse ya las batallas, y los huguenotes adelantaron los arcabuceros con órden del Almirante de no tirar sino á los caballos, y que los batiesen como llegaban. Comenzaron á tirar desde cincuenta pasos, mas no tan presto que los raitres no hubiesen (aunque con daño) abalanzádose, con que de la parte de los católicos perdieron más caballos y de la de los huguenotes más hombres. El Duque de Anjou se adelantó tanto, que pudiera ser preso si el Marichal de Cosse y los zuiceros no le socorrieran. Éstos se encrueleciéron contra los alemanes tanto, que no escaparon mil dellos; y de los raytres se salvó buena parte, porque se aventajaron en el órden de pelear. Estaba rota la infantería huguenota de los italianos y franceses, embestida por frente, y la degollaron toda, con que comenzó á declararse la vitoria. En la parte siniestra de la batalla, donde estaba Enrique, hubo peligro, porque faltó poco que su escuadron de caballos no fuese roto, y á él le derribaron, pero por haber dado el Marqués de Bada y el Conde de Manzfelt con sus raitres de traves sobre los enemigos, se mejoró hasta la infantería zuicera de la batalla. La cual, baxando las picas y cargando la arcabucería valona, y apretando Bada y Cosse con las lanzas francesas, volvieron los huguenotes

las espaldas, dexando enteramente la vitoria al Duque de Anjou, degollado todo el escuadron de la infantería.

En cinco leguas que duró el alcance, era todo sangre, armas, muertos, habiendo peleado porfiadamente franceses contra franceses, y alemanes contra alemanes, como enemigos áun de sí mismos. Murieron decisiete mil, y de los católicos quinientos. Ganáronse once cañones, novecientos carros de bagajes; hubo pocos prisioneros porque los mataban. Mos de Asier, general de los peones huguenotes, fue preso, y rescatado del Conde de Santaflor con dineros, de que pesó al Pontífice; porque le mandó que no diese vida á huguenote ni protestante. El Almirante herido huyó (como solia) con la mayor parte de la caballería. Murieron sus coroneles alemanes y ventisiete capitanes y setenta de los franceses, dos coroneles de raitres, el de Bada, el conde Francisco Sataleto, italiano, y dos capitanes desta nacion. Fue herido el Duque de Guisa y el conde Cárlos de Manzfelt. Todas las banderas de los vencidos se tomaron, y los italianos enviaron al Pontífice ventisiete y algunas cornetas, y las recibió Pío y puso solenemente en San Pedro y en San Juan de Letran. Dió limosnas, celebró procesiones devotas y alegres, con que dió gracias á Dios y alegró la ciudad. Los italianos quedaron en Francia, y hicieron facciones buenas, ganando tierras donde se recogian los huguenotes. Despedido el exército se puso ménos cuidado en acabar las reliquias de la guerra, y como de raíces escondidas brotó adelante; porque dexando otra vez Enrique de dar caza á los huguenotes cabezas, se acampó en el sitio de San Juan de Angeli, para dar luego sobre la Rochela perdiendo tiempo, en el cual los Príncipes de Bearne y Condé con tres mil berreruelos y dos mil franceses vagaban por el reino. Pasaron los rios Doidoña, Loto, Garauna, Ródano, y seguidos fácilmente se pudieran coger ó romper en los pasajes, ó traerlos al arbitrio del Rey. Uno es vencer, otro saber gozar de la vitoria. Alcanzó el Duque de Anjou esta de Jornac y la de Monconture, y por mala fortuna la tercera no se le concedió. El Almirante, viendo que no podia vencer con la fuerza al Rey, probó por la industria. Por Mos de Renti le pidió para el Príncipe de Bearne perdon, pues tomó las armas por causa de religion, no de imperio. Tratóse de las condiciones de la paz, que pedian los más principales del reino; mas los enemigos de la casa de Guisa para su oposicion sustentaban al Condestable.

Con la llegada á la Córte de los Príncipes de Bearne y de Condé con el Almirante, se concluyó la paz deseada destos príncipes, porque el Almirante no tuviese con ellos y por ellos tanta autoridad. Las feas condiciones para el Rey cubra el silencio, y la infamia del Cardenal de Lorena que las admitió enojó al Pontífice y al Rey Católico, aunque los reyes de Francia procuraron satisfacerlos con las causas y necesidad que los movieron; y porque Cárlos no tenía sucesion, y en esta paz efetuaria el casa-

miento con la hija del Emperador, que por la guerra no podia. Dieron secretamente palabra al Príncipe de Bearne de casarle con la Infanta doña Margarita su prima, que pedia el Rey de Portugal; y por esto no se la otorgó en este año mil y quinientos y setenta (1). El Emperador pedia sus hijos á D. Filipe, y respondió estaba de partida para Córdoba, y los queria tener á la vista en la ausencia de su Córte, aunque sentiria despues la suya; por que los amaba y quisiera gozar en tanto que tenía sucesion de la Princesa su hermana; y si era forzoso conformarse con su voluntad, le pedia otros dos en su lugar para criarlos como á hijos. Escribió á la Emperatriz en la misma conformidad, pidiendo no se le negasen, porque hiciesen compañía á su hermana, y le fuesen alivio para sentir ménos el no ver á su Majestad Cesárea. En esta sustancia escribió al Conde Chantoney, su embaxador, y para quexarse de que en la liga de Lanzperg, habiendo entrado el Duque de Baviera, no se comprehendian sus Países Baxos contra sus privilegios, y de que el Emperador los hubiese apartado della; como más largamente lo representaria el Conde de Monteagudo, que enviaba por embaxador ordinario, para que Chantoney (como le habia pedido) descansase en su casa.

CAPÍTULO XI.

Parte D. Juan para sitiar á Galera, vase á su casa el Marqués de los Velez, y prosigue la guerra.

Habian crecido los moros despues que los gobernaba Abenaboo en opinion y fuerzas, y el Marqués de los Velez disminuido tanto, que forzó al Rey á mirar con más cuidado en la provision de la guerra. Mandó á Don Juan hacerla con dos campos, el uno á cargo del Duque de Sesa. Vino nueva gente de las ciudades, previniéronse bastimentos, truxo el Comendador mayor en las galeras á Baza artillería gruesa, balas y municiones para ella, y las encaminó á Huescar. Puso en guardia de Granada cuatro mil á cargo del Duque de Sesa en tanto que partia. Llegó á Baza, donde desde Huescar sin órden le visitó el de los Velez, y le entregó su gente, dexando salida para que los moros se fuesen. Quexóse de que sin causa se le quitase la empresa, y partió para Mula. Hizo toda la gente número de doce mil. Envió con diez compañías al capitan Molina á Castilleja una legua de Galera para quitalle el socorro. La provision deste campo venía

(1) Año 1570, y el catorceno del reinado de Don Filipe.

por mar desde Cartagena, Guadix y Baza, y para el del Duque Sesa se hacía en Granada y su tierra. Llegó á Galera D. Juan, y ántes de acuartelarse la reconoció por su persona con el Comendador mayor y Luis Quijada con la caballería, y algunos arcabuceros sueltos por unos cerros altos que la señoreaban á lo largo. Parecióles plantarle tres baterías para ceñirla por la parte del castillo, y al levante por un padrastro que tomaba la villa por traves, y la última por la iglesia. Dispusieron los cuarteles de manera que se podian dar la mano fácilmente. Truxo de Huescar Francisco de Molina la artillería, y dos pontones para echar sobre el rio. Porque recebia daño desde la iglesia D. Pedro de Padilla, hecha una plataforma bien terraplenada, ántes de amanecer la comenzaron á batir con dos gruesos cañones. Abierto portillo, D. Pedro, el Marqués de la Fabara, D. Alonso de Luzon y otros caballeros y soldados entraron la iglesia y mataron los moros. Hicieron en la torre dos trincheas para que llegasen los soldados cubiertos, y pusieron dos escuadras. Pasaron con trinchea hasta el castillo, donde en otra plataforma se plantaron seis cañones para batir un golpe de casas, y en toño asistia D. Juan, hasta traer su haz de fagina desde muy léxos. En el padrastro se asestaron diez piezas, y batieron unas casas y defensas del castillo. Aconsejaron á D. Juan se diese un asalto por el cuartel de D. Pedro de Padilla, diciendo que pues los de Huescar entraron por allí hasta la plaza, tambien podrian ellos.

Dióse el asalto y hallaron gran resistencia, y se retiraron con daño, dexando dentro muchos principales que pasaron algo adelante temerariamente, y fue preso y muerto D. Juan Pacheco, del hábito de Santiago, natural de Talavera, que no habia dos horas que llegó como á morir al exército solamente. El capitan Molina hizo mina contra el castillo, por el poco efeto de la artillería, para hacer escarpe, arremetelle y volar los enemigos. Para traerlas sobre ella pusieron infantería que entrase por unos portillos que abrió la artillería por las casas que estaban á las espaldas. Don Juan con cuatro mil infantes se puso en su ayuda por frente de los enemigos. Para resistir se metieron setecientos en las casas sobre la mina, y comenzaron á tirar, y volada mató los seiscientos. Arremetieron los alféreces, y los de su séquito procuraban ocupar un portillo que hizo la batería en el muro del castillo, porque la mina fue corta y dexó más fortalecidos con su ruina los moros, de manera que era menester un combate para cada casa. Gran daño hacian los berberis con peñas desde una eminencia. Plantó el alférez del capitan Zapata la bandera en el muro, mas por ser estrecha la entrada, no socorrido fue derribado con ella, y la fortalecieron luégo con madera y fagina. Acometieron los capitanes D. Pedro de Sotomayor, D. Antonio de Gormaz y D. Bernardino de Quexada con sus arcabuceros para ganar la villa por los terrados, y en vano, y con pérdida de ciento y cincuenta, y ellos fueron heridos y retirados, habiendo peleado obstinadamente y los

moros. Al mismo tiempo asaltaron por otras tres partes y desgraciadamente, pues les mataron cuatrocientos, y entre ellos cinco capitanes y un alférez. Hirieron quinientos con D. Pedro de Padilla y su alférez Bocanegra, el Marqués de la Fabara, D. Antonio de Gormaz, el capitan Abarca, don Luis Enriquez, sobrino del Almirante de Castilla, Pagan Doria, D. Luis de Ayala y D. Luis de Luzon, Juan de Galarza, Lázaro de Heredia, don Antonio de Peralta y su alférez y sargento, y otros doce capitanes y alféreces. Fue muerto de un balazo D. Bernardino Perez de Castillejo, hermano de D. Juan Perez de Castillejo, venticuatro de Córdoba, que á su costa ventureros y D. Alonso, su hermano, sirvieron lucida y vistosamente desde el principio desta guerra hasta su fin. La vida de D. Bernardino, mozo gallardo, le tuvo, no su fama, con que ilustró su noble y antigua familia, clara con los servicios que hizo ella á sus reyes en la paz y en la guerra. La compañía de ecesivo número que truxo á ésta D. Pedro Fernandez de Valenzuela, se deshizo en la mayor parte por el trabajo y ganancia y empleos con el Marqués de Mondéjar, y el Duque de Sesa le dió patente de Comisario general del exército que gobernó, para las empresas que tuvo, y en el rencuentro del socorro de Orgiba fue herido en aquella noche y curado en Granada. Volvió á servir en este sitio de Galera, donde tambien le atravesó el brazo siniestro una jara. Don Juan mandó hacer otras dos minas, y los moros se reparaban, aunque les faltaba la municion y la mayor parte de los soldados muertos en los asaltos, y esperaban los socorreria el Malech. Salieron docientos de noche á dar en los que labraban las minas, donde asistia Molina y el alférez Rincon, y fue con tanta determinacion que hirieron algunos soldados, pero amedrentados con el arma volvieron con priesa á sus reparos. Estando para volar las minas, don Juan mandó continuar las baterías contra las defensas. Don Luis de Ayala, al mediodia, batió con cuatro cañones las casas y muros del castillo y Bernardino de Villalta y Alonso de Benavides por traves dél con otros cuatro; D. Diego de Leiva con dos las casas y defensas por el cuartel de D. Pedro de Padilla; al norte Molina, con otros dos por traves el castillo, unos paredones antiguos de la torre del homenaje. Don Juan metió la infantería en las trincheas, la caballería en cerco de la villa. Dióse fuego á la primera mina junto á la vieja, y voló las casas y peñas no el castillo, ni dañó los moros retirados de temor; y la otra hizo tanto ruido y terremoto, que estremeció todo el cerro, y los rebeldes medrosos no subieron á descubrir el castillo. Reconoció el capitan Loarte la batería y truxo una bandera, y los soldados se pusieron en lo alto, y tirando á caballero ganaron las calles y las casas, saltando de unos terrados en otros por donde los enemigos se retiraban, atemorizados del acometimiento que al mismo tiempo por la parte baxa hizo D. Pedro de Padilla con su tercio. Y pasando á lo largo de la villa por la ladera de poniente, animosamente entró por los

portillos que hizo la artillería en las paredes de las casas. Los moros, cercados y apretados por muchas partes, ciegos del temor, se metian por las armas y se recogian á una placeta principal donde murió la mayor parte. Las piezas con que batió Molina hicieron gran efeto abriendo por donde entrar los soldados, y con las escalas con que los moros subian de unos terrados en otros pasaron, y horadando los techos los herian y sacaban donde eran muertos. Murieron dos mil y cuatrocientos moros y cuatrocientas mujeres, y no quedára viva alguna, si los soldados no pidieran premio de su vitoria, y así recogieron cuatro mil y quinientos con los niños de Galera, Orce y Castilleja. Hallóse tanta cantidad de trigo y cebada que les bastára para sustentarse un año. Los soldados ganaron oro, plata, aljófar, seda, ropa y otras cosas de precio. La nueva halló al Rey en la santa casa de Nuestra Señora de Guadalupe caminando para Córdoba, y hizo dar gracias á Dios. Asoló D. Juan á Galera en memoria del suceso, y partió para el rio de Almanzora, y desde Baza envió á reconocer á Seron para sitialle.

En tanto Abenaboo, indignado por la pérdida de Guejar, quiso recompensar la fortuna y la reputacion, y con tres mil con escalas acometió á Almuñecar en la costa y á Salobreña á un tiempo. Pero D. Lope de Valenzuela resistió, aunque de noche, con tan gran teson y virtud con daño de los asaltadores, que dexando las escalas huyeron á la sierra, y los que asaltaron á Salobreña tambien maltratados del valiente y de gran nombre D. Diego Ramirez de Haro, aunque tenía poca gente. Por el mal suceso de sus empresas Abenaboo y ver tantas fuerzas juntas contra él con los capitanes tan grandes en nacimiento y valor, y que por esto venía á servir lo más y mejor de España, envió al alcaide Hozer á pedir gente á Argel y navíos en que pasar á Berbería, y otro moro á Constantinopla, aunque en Argel habia órden de Selin para socorrelle, para ocupar las fuerzas del rey Filipe en tanto que él conquistaba á Cipro, porque no pudiese ayudar á venecianos.

Teniendo aprestada su armada y embargadas las mayores naves venecianas para ello en Constantinopla y en otros puertos de la Grecia y Caramania, en número de trecientas velas á cargo de Piali baxá y de Ali y Mustafá baxá que fue del Cairo general de tierra, para dar color al rompimiento, le pareció que Mahamet dixese á Marco Antonio Barbaco, embaxador, le diese la señoría á Cipro, isla suya, por Soldan de Egipto, para evitar los daños de sus Estados, y concediese por bien lo que por fuerza habia de restituir. Acordaron de enviar por Chaus á la república á Cabat, y le respondió declarando la guerra contra el turco. Miguel Soriano, grave y prudente embaxador de Venecia en Roma, avisó de su cuidado á Pío. Dolióse del caso, dió gracias á Dios por la ocasion para efetuar liga entre los príncipes cristianos, cuya voluntad esperaba mover contra el comun enemigo. Dixo acudiria á la República, y confiaba haria lo mismo el Rey Católico. Para sustentar el peso de tan gran negocio envió á España al doctor D. Luis de Torres,

clérigo de Cámara, de buen ingenio y consejo, solícito y noble, de no vulgar ornamento de letras, gravedad y elocuencia, agradable al Rey sobre todo, como lo mostró despues la presentacion que dél hizo para el arzobispado de Monreal en Sicilia, y el más rico de Italia. Dióle Pío instruccion, gobernando el viaje y carta para el Rey, llenas de religion y causas del peligro general de la Cristiandad por las armas del pérfido Selin, pidiéndole ayudase á la república de Venecia en aquel verano con cincuenta galeras del mayor número que siempre mantenia. Dixo á Soriano estaba la salud comun en confederarse los príncipes cristianos, en cuyo efeto pondria su poder, consejo y pontifical autoridad. A su República importaba más, pues Selin movia ya las armas contra sus Estados más vecinos, y habian de ser la primera en la confederacion. Escribió las gracias á Pío remitiéndose á su voluntad Luis Mocenigo, duque de Venecia. Concedióle las décimas de los beneficios de su dominio á su peticion en consistorio. Dixo en su favor el cardenal Perenot de Granvela, y que no se debria perdonar á gasto alguno para que Cipro quedase en su poder, discurriendo en los daños de su pérdida por el bien público, no de venecianos indignos de la misericordia de todos, pues de ninguno la tenian, y abandonarian la liga con la misma inconstancia y mudable consejo que dexaron la de Paulo III y Cárlos V, emperador, en el año mil y quinientos y treinta y cinco, y merecian ser ahora dexados, siendo su propio consejo contra ellos. El cardenal Comenduno, veneciano, le procuró satisfacer con resentimiento de lo que en su carta propuso. Envió la República embaxadores á los príncipes de Europa, y solamente el Pontífice y el Rey Católico les prometieron ayuda.

En tanto proveyeron la isla flacamente, pusieron las fuerzas en el mar con ciento y treinta galeras y doce galeazas que armaron, y buen número de navíos para conducir vituallas y municiones y servir en la guerra guarnecidas con doce mil infantes de sueldo y mil ventureros nobles por nacimiento y deseos de señalarse en las armas. Crearon general á Jerónimo Zane, y proveedores á Antonio Canaleto y Jacobo Colfi, prácticos en las expediciones del mar por larga experiencia. Por consejo del Paravicino (aunque con grandes contradiciones) se acordó se hiciese la junta de la armada en Zara, y no se moviese sin las del Pontífice y del Rey Católico, para combatir en un cuerpo al enemigo. En Constantinopla, mal indignado Selin por la respuesta áspera y libre que los venecianos dieron á su Chaus, envió á Amurat, astuto cosario, á Rodas con parte de la armada para impedir el socorro que en Cipro podian meter en tanto que el resto y el exército salia en seguimiento della, advirtiendo cumpliesen todos con sus obligaciones para alcanzar vitoria, porque los que se señalasen tendrian cierta la remuneracion y el castigo los cobardes.

CAPÍTULO XII.

El Duque de Sesa sale de Granada contra la Alpujarra.

Para apretar á los moros por dos partes, y que los que escapasen de las armas de uno diesen en las de otro, en tanto que D. Juan combatia á Galera, se aprestó para salir el Duque de Sesa con su exército. Quedó en la ciudad por cabeza en paz y guerra el Presidente, con que su ambicion contentó, y número de cuatro mil en su guardia, las centinelas y presidios eran como si temieran. En el Padul y Albuñuelas alojaba infantería y caballería por tener las espaldas seguras de los enemigos, y el paso á las escoltas, y en las Guajaras para conservar los peñones. Caminó á Orgiba con ocho mil infantes y trecientos y cincuenta caballos y mucha nobleza de la Andalucía y Granada con oficios y de voluntad. Pasó de Lanjaron estando Abenaboo, aconsejado de los turcos, dexando el paso libre al Duque, para dar en su retaguardia y alojamientos, atajalle las escoltas entreteniéndole, porque la gente con el cansancio y poca ganancia le desamparase. Treinta dias gastó en fortificar á Orgiba, y pasó á Poqueira, y con Abenaboo junto á Jubiles trabó escaramuza recia y bien atacada, porque tenía el moro seis mil en cuatro batallas, y alargólos con la artillería; y aquí mataron el caballo peleando valerosamente á D. Alonso de Granada Venegas y á Don Pedro de Valenzuela que servia de comisario general por patente del Duque de Sesa. En tanto rompieron con otros mil Dali turco en la cuesta de Lanjaron y el Nacox al capitan Andrés de Mesa, que con cuatrocientos traia una escolta al exército sin perderse más de quince, porque pelearon poco. Derramaron la vitualla, mataron los bagajes, llevaron algunos, escapó D. Isidro de Velasco despachado del Rey para dar priesa al Duque y llevar relacion del campo y dexar órden en lo que se habia de hacer, y aprovechó la caballería del de Sesa enviada por sospecha de lo que fue á favorecer la escolta, y llegó (aunque tarde) á tiempo que salvó la gente rota, y parte de la escolta vino ya de noche al alojamiento; y Xoaybe con quinientos arcabuceros le acometió y tuvo en arma gran parte della, para que no se reparase del cansancio, llegando hasta el cuerpo de guardia y matando algunos desmandados; y si cargáran todos los enemigos, corriera gran riesgo. Resistieron los cristianos solamente con temor y confusion animados de los particulares, porque el Duque no queria aventurar, esperando deshacer á Abenaboo con el tiempo y falta de comida, como él al Duque, y lo hicieron: y así mandaron, que ninguno escaramuzase. Desde

Jubiles envió el de Sesa á D. Luis de Córdoba y al de Cardona, con cada mil infantes y ciento y cincuenta caballos á correr la sierra, y no hallaron sino mujeres y niños, y pasó á Uxixar y á Valor, corazon del Alpujarra. Abenaboo, porque le sucediese lo que al de los Velez, puso ochocientos entre el Duque y Orgiba, para quitarle las escoltas de Granada. Envió mil con Moxaxar á la sierra de Gador, Andarax, Adra y tierra de Almería, á Garral con seiscientos á la sierra de Bentomiz, de donde habia salido Don Antonio de Luna, dexando proveido el fuerte de Competa, para correr la tierra de Velez; otros á la Sierra Nevada y el Puntal á campear hasta Granada; y él con cuatro mil tiradores andaba siempre á la vista del campo cristiano. La escolta que robaron hizo falta, y para suplilla envió á la Calahorra con mil hombres y cien caballos por el puerto de la Rauha, camino de medio dia para traer bastimentos al Marqués de la Fabara. No admitia la gente de Sevilla, por ser la comun viciosa y mal reglada. Partió ántes de amanecer con ella y con setenta caballos, bagajes, enfermos, embarazos en medio, guarnecida la escolta con arcabucería. Adelantóse con trecientos infantes y cuarenta caballos en la vanguardia, y sin noticia de los enemigos ni de la tierra, sin ocupar lugares ventajosos, fiado en que la retaguardia le seguiria, midiendo el camino con la necesidad del campo, y la diligencia dañosa fuera de tiempo. La retaguardia abrió mucho espacio deteniéndose. Abenaboo, incierto del efeto, envió al alcaide del Cenete en seguimiento con quinientos moros á emboscarse. Paróse la gente á robar unas vacas y mujeres, quizá echadas para dividillos y desordenallos, y con cuatrocientos arcabuceros fueron acometidos del Arabi por la escolta con trecientos á sus espaldas, y puestos en confusion el resto los rompió sin resistencia, y Pecini la caballería, y Marcepal los últimos de la vanguardia del Marqués al arroyo del Bayacal sin ruido. Executaba el Peceni la retaguardia que parecia le huia, y lo mismo el Marzapal sin volver la caballería hasta cerca de la Calahorra, matando el Arabi enfermos y bagajes desviados. Llegó el arma con el silencio y miedo al Marqués tan tarde, que no pudo remediar el daño, aunque procuró socorrerlos con veinte caballos y algunos arcabuceros. Murieron casi mil personas, perdieron setenta moriscas, trecientas bestias sin las que mataron, captivaron quince, sin perder los moros un soldado. Llegó á deciseis de Abril el Marqués á la Calahorra con las sobras y lo que pudo salvar; y aunque los moros ocuparon el paso, rehaciéndose de gente de Guadix, salió donde estaba D. Juan. El Duque, para ser provcido de vitualla por la parte del mar desde Málaga, dado el gasto á los panes de la Alpujarra, y destruyendo los de Berja vino á Dalias para quitar el paso de Berbería. La hambre, poca ganancia, trabajo de la guerra, costumbre de servir á su voluntad, poco respeto, sin mirar al buen tratamiento, á los soldados induxo á desamparar las banderas, como los del Marqués de los Velez. Pasó á Adra, donde tuvo más

vitualla y ménos sosiego. Culpaban á D. Juan de Mendoza, amenazaban, protestaban, ponian boletines de quexas contra sus cabezas, señal de motin, porque justició un soldado (á parecer de los otros) sin razon. Salieron más de trecientos arcabuceros de Adra, y fueron los docientos y cincuenta muertos por el Araibi y Moxaxar, que no perdian ocasion en que dañar, y captivaron setenta, y los de Bentomiz unos mercaderes; los de la parte de Granada á D. Pedro Osorio que venía con despachos del Rey para D. Juan y el Duque, de lo que se habia tratado con los turcos y moros por el Abaquí cerca de la guerra; mataron veinte arcabuceros que traia, y él se soltó y vino á Adra. Por la parte de Castil de Ferro esperaban socorro los moros, y para impedirle truxo el Duque por mar de Almería piezas de batir. Sitióla el Marqués de la Fabara, y la entró con muerte de algunos turcos y de su alcaide, y otros huyeron de noche con Maelbal su capitan; porque estándole batiendo llegaron catorce fustas del socorro de Berbería, y se hicieron á la mar. El Duque volvió á Adra, y era bien proveido desde Málaga; mas los soldados, libres y disolutos, sin pagas y descontentos, se resumieron en mil y quinientos, y los más caballeros y particulares, y con ellos aseguraba el mar y la tierra.

Los negocios de las Córtes caminaban en Córdoba, y el Rey no perdonaba al trabajo; y considerando estaba sin sucesor varon, dixo concertó su casamiento con la princesa doña Ana, su sobrina, naciña en España, y habia dispuestó su efeto. Aconsejábanle se velase en Flandres y le visitase, pues con las fiestas y su vista olvidarian los trabajos, y asentarian las cosas con estabilidad, le servirian mejor con dineros para la fortificacion, y sería el remedió de la religion allí. Mas la guerra de España, estado del tiempo, dinero, reino y casa, no le dieron lugar. Pasó la Semana Santa en San Jerónimo, y la Pascua oyó misa en la catedral. Mirando su antigüedad y manera de edificio arábigo, quiso ver el sepulcro del señor rey D. Alonso, que murió en el cerco de Algecira, en el año primero en que se celebró el jubileo centésimo de cincuenta en cincuenta años, y el del rey D. Hernando. Tuvo la gorra quitada en tanto que estuvieron las caxas abiertas, no sólo con acato, sino con reverencia. Reparó en que D. Hernando tenía estoque, y D. Alonso no. Preguntando la causa, dixo el dean le sacó un sacristan, y le quebró en una ocasion. Mandó tener más cuidado, y que se le pusiese su estoque, diciendo no era razon ponerle al Rey su señor el que no fuera de Rey. Fue tan grande honrador de sus progenitores, que á sus túmulos y retratos quitaba la gorra, y sabía cómo se reverenciaban, y cumplian sus memorias. En sus Alcázares de Segovia vió que los bultos que hay en la sala, que llaman por ellos de los Reyes, tenian sus estoques como en fólfo, y el rey D. Pedro, sobrescrito *El Cruel*, la punta en la peana, inscribióle *El Justiciero*, y púsole su estoque en alto. Adornó su estatua con las demas con breves y elógicas narraciones de quien eran, y

de lo más considerable de su vida y hechos, que no tienen más renglones unas que otras, ni un renglon más letras que los compañeros. Por haber sido estos Alcázares famosos por su habitacion, los reparó y adornó con magnífico gasto y curiosidad, como se gozan.

La ciudad de Sevilla le suplicó la visitase, y favoreciese la voluntad que siempre tuvo de servir á sus Reyes, y túvolo por bien, y consultaba sobre el recebimiento. En Ecija le alcanzó el doctor Torres; y aunque tenía órden de no decir en la primera audiencia su comision, le dió las cartas del Pontífice con discreto y elegante razonamiento, porque el negocio no sufria dilacion. Era en sustancia, que gustase de entrar en liga defensiva y ofensiva con el Pontífice y República de Venecia; y para este efeto enviase Embaxadores á Roma con libre poder, ó le diese á los que por su parte tenía en ella. Por ser la negociacion grande, pedia tiempo largo para tratarse y el turco apretaba la guerra, ordenase á los generales de sus galeras de Italia se recogiesen luégo á Mesina en ayuda de venecianos, que componian armada grande y bien pertrechada, para que segun los enemigos hiciesen, guerreasen. Mandase á los Vireyes de Nápoles y Sicilia dar por su dinero libremente á venecianos vitualla y municiones para su provision y armamento. El Rey, loada la piedad y solicitud del Pontífice, dichas algunas cosas de la reverencia que le tenía y aficion á toda la cristiandad, que jamas desampararia con las fuerzas que Dios le habia dado, prometió de responder á Torres brevemente. En el siguiente dia el príncipe Rui Gomez de Silva le dixo de su parte, mandaria á sus Vireyes y á Juan Andrea Doria cumplir la voluntad de Pío, y les enviaria amplas comisiones. Deseaba satisfacerle con el efeto de la liga, mas por estar ocupada y repartida su potencia en Granada y en Flandres en dos guerras por respeto de la religion, convenia mirarlo; estuviese de buen ánimo, porque la peticion de su Santidad tenía para con él fuerza de mandato. Tratase della con los de su Consejo, y la diese bien á entender con sus discursos. Dixo el doctor Torres al cardonal Espinosa, y á otros Ministros del Estado:

«Era la confederacion necesaria para defensa de su monarquía, y tocaba »á su grandeza el hacer la guerra al turco, demas del oficio de cristiano, pi»diéndolo Pío á un Príncipe puesto en tan grande Imperio, para defender »á los venecianos unidos al Rey con el vínculo de la católica religion; pues »juntas sus fuerzas no sólo resistirian, mas desharian las de Selim ambicioso, »empleadas cuando las de España asistian contra tantos enemigos. Con »gran reputacion obligaria al Pontífice y ganaria su benevolencia para »muchas cosas y ocasiones de utilidad y honor á la corona de España, alu»diendo á lo de la precedencia, concesion del subsidio y Cruzada.»

Estas razones á la inclinacion del Rey movian fácilmente, no á la mayor parte del Consejo. Dixeron:

«Los tenía admirados la sequedad del Pontífice, pues en medio del furor

»de dos guerras presentes no se condolió de los trabajos y cuidados del »Rey, ni alabó siquiera su constancia en ponerse á tantos peligros y gastos »por la cristiandad, debaxo de su valor y poder mantenida, segura y firme. »Salian cada dia órdenes en diminucion de la juridicion y autoridad Real »en Nápoles y en Milan con novedades graves y acerbas á su Majestad. »La liberalidad de los Pontífices sus predecesores en tiempos ménos áspe»ros fue pronta y larga con D. Filipe, mas de Pío no habia tenido aún pa»labras buenas. Con los contínuos gastos en defensa de la religion estaban »sus reinos consumidos y al presente cargados de tantas guerras; y Pío, áun »rogado, no concedió el subsidio del clero, como si no le tocára tanto como »á su Majestad el reprimir los perseguidores y enemigos de la católica re»ligion: sólo impetró la Cruzada, poco útil por las condiciones. Ahora le »queria cargar de nueva guerra y tan apartada, acabando de sacar la sangre »sus pueblos, conjurándolo por su fe, virtud, religion, llamando por testi»gos á Dios y á los hombres de cómo le pedia no tardase en tomar armas »tan justas, sin considerar de dónde habia de sacar el dinero para tantos »gastos.»

El Rey dixo con su modestia acostumbrada:

«Se remitia en todo á la Sacra Silla, de cuya autoridad jamas apartó sus »consejos, invocando la liberalidad del Pontífice, pidiéndole socorro para »las empresas de mar y tierra. Segun él y sus mayores hicieron, seguiria »contra el comun enemigo la voluntad y órden de su Santidad. Escribiria »á los cardenales Granvela y Pacheco, de su séquito y Estados, y á don »Juan de Zúñiga, su embaxador ordinario en Roma, tratasen con Pío y »con la República de Venecia de la confederacion contra el turco con las »condiciones mejores, complaciendo á su Beatitud, conforme á la comi»sion y poderes que para ello les envió.»

Ya entre el Pontífice y los venecianos, con disputas várias, se trataba del modo del gobernar la guerra y de la union con las capitulaciones mismas que la del año mil y quinientos y treinta y cinco. Sólo querian tuviesen tres gobernadores de la armada el poder absoluto en todas las cosas, y el parecer de dos en las resoluciones prevaleciese, y los siguiese el Generalísimo, y éste nombrase el Pontífice. Ofreció Pío armar doce galeras, y pidió los vasos á venecianos.

Envió D. Juan á reconocer á Seron desde Baza á D. Jerónimo Manrique y á Tello Gonzalez de Aguilar con ciento y sesenta lanzas y cincuenta arcabuceros á caballo. Llegaron á Caniles de Baza al anochecer, y pasaron adelante con tan densa tiniebla, que la guía perdió el tino y por no ser reprendido huyó dexando los que guiaba. Don García se apartó con dos caballos á beber en una laguna cerca del camino, y no acertando á volver á él, dió voces con que fue sentido de las atalayas de los moros. Al alba envió á descubrir la tierra los que llaman atajadores, hasta

llegar á Fuencaliente. Los moros se emboscaron en una palizada que cerraba el camino que subia al rio de Seron, y echaron á la vista bestias, para que su robo desordenase los cristianos y pudiesen cargallos. Hiciéronlo contra algunos, y retirados á su capitan Tello de Aguilar, volvieron á Caniles en la retaguardia los arcabuceros. Los moros los siguieron con ochenta caballos y la infantería, para echallos en las emboscadas que ya habia en el camino que truxeron, y por otro se salvaron. Don Juan de Austria, con dos mil arcabuceros, acompañado del Comendador mayor y de Luis Quijada y otros caballeros y de tres compañías de caballos, á las nueve de la noche caminó y emboscó ántes de amanecer la infantería y de llegar á Seron, gobernada de D. Lope de Figueroa, D. Miguel de Moncada y Juan del Puche. Caminó D. García Manrique con cien lanzas con órden de entrar al galope por el rio abajo, y en llegando á la palizada volvió sin ver moro á la infantería. Don Juan mandó á D. Francisco de Mendoza que con sus cien lanzas y algunas más pasase de la otra parte de Seron á detener los moros de Tixola y Purchena, y con un escuadron de infantería fué Luis Quijada por la ladera derecha del rio, y con otro el Comendador mayor, y por el lecho del rio la caballería con el guion, y D. Juan quedó con sus alabarderos y algunos gentiles-hombres, y cien arcabuceros en un cerro, atalaya de toda la tierra. Los moros, avisados con humadas, salieron con sus banderas de Seron y de otros lugares, tirando á la caballería, y porque los entretenidos recebian daño, retiró su guion D. Juan. Luis Quijada buscaba puesto para acometer, y parte de la gente dió á Tello de Aguilar para que saliese derecho á una torre antigua, y él subió cercano al camino de Seron escaramuzando hasta retirar los moros á la sierra. Los de Seron entraron en el castillo, y con humadas pedian socorro. Don Lope de Figueroa entró hasta las puertas, y captivaron muchas mujeres los soldados, y se metian con el robo en las casas. El Comendador mayor y Luis Quijada reconocieron la villa y la disposicion de la tierra. Baxaron seis mil rebeldes con el Abaqui y el Malech y otros capitanes, y dieron sobre los escuderos de D. Francisco de Mendoza, que robaban. Socorrió D. Miguel de Moncada con la caballería y peones; llegó tarde á los desordenados que dexaban huyendo libre el paso á los moros. El Comendador mayor hizo un cuerpo de los peones y caballos que pudo recoger, donde se amparasen los desmandados. Juntos los moros del socorro con los de la villa mataron algunos cristianos robadores, y otros huyeron vilmente dexando las armas. Don Lope de Figueroa fue herido de una bala en un muslo, y le rematáran si los escuderos de Ecija no le socorrieran. Con temor y poca vergüenza huian los cristianos hasta el rio, y D. Juan, reparando este daño, se les mostró animosamente, mandándoles hacer rostro y retirarse con órden, metido en el peligro comun, porque los moros crecian en número y ánimo con la victoria. Luis Quijada, recogiendo la gente, fue herido de un balazo en el

hombro y por lo hueco mortalmente, y llevado á Caniles por mandado de D. Juan, retirado con tanto peligro suyo, que le dió una pelota en una celada fuerte, y volvió á Caniles con muerte de seiscientos cristianos y de cuatrocientos moros, pérdida de muchas armas y reputacion. Algunos soldados que robaban, cogidos en el lugar, hechos fuertes en las casas y en la iglesia, por tres dias se defendieron y acabaron con fuego. Tanto puede dañar la codicia y la insolencia de una milicia estragada. Supo el Rey el mal suceso por el desórden de los soldados, y encaminó á Caniles dos mil que iban del reino de Toledo, á cargo de D. Juan Niño de Guevara, y mandó al Duque de Sesa que reforzase á D. Juan con el mayor número que pudiese. Murió Luis Mendez Quijada del balazo con gran pesar de D. Juan, que le estimaba como padre, y de todo el exército por su valor y experiencia.

CAPÍTULO XIII.

Don Juan combate á Seron y á Tixola.

Partió D. Juan para combatir á Seron, y envió á darle una vista á Tello de Aguilar con sus caballos desde unos cerros de la otra parte del rio frontero de la villa, y conservar el puesto hasta que él estuviese alojado. Los moros en descubriendo la caballería huyeron á la sierra para aguardar el socorro, y revolver sobre los cristianos como en la vez primera; pero en aquella noche volvieron á sus casas. Otro dia marchó el campo el rio abaxo, llevando en la vanguardia el tercio de Antonio Moreno y la caballería, y los moros pusieron fuego á Seron y al castillo y subieron á la montaña. Don Juan mandó á Tello de Aguilar ocupar el paso que tuvo en el otro viaje Pedro de Mendoza, y que D. García Manrique con mil y quinientos arcabuceros tomase lo alto sobre la villa á la parte de Tixola, quitando la entrada al socorro. Los de Seron en Purchena se juntaron con otros siete mil, y guiados de Hernando Abaqui comenzaron á descubrirse caminando los cristianos la vuelta de la villa, tocando en escuadron guarnecido de arcabucería sus atabalejos con sus banderas tendidas, representando la batalla. Don Juan envió á D. Martin de Avila á reconocerlos con cien lanzas de Xerez de la Frontera, y dixo reconocidos era mucha gente resuelta á pelear. El Abaqui con ochenta caballos en la vanguardia se acercó á la caballería cristiana tirando apriesa; mas batidos de la artillería se retiraron á la sierra, por donde estaba D. García acometiéndole furiosamente; y llegando dos mil arcabuceros en su favor combatieron más de una hora. Mandó D. Juan que Tello de Aguilar con sus cien lanzas subiese á la sierra más

arriba, guiado de dos atajadores, aunque parecia no poder hollarla los caballos: llegó con cuarenta á dar sobre los moros á tiempo que ya perdian tierra y ánimo; y así huyeron matándolos y hiriéndolos, con gran número de presos y de siete banderas, y el Abaqui muerto el caballo escapó por las breñas. Recogida la gente, D. Juan alojó junto á unas viñas. Dexó en Seron con bastimentos y cuatro compañías de infantería y cuarenta caballos para asegurar las escoltas al capitan Antonio Sedeño, y en el castillo á Cristóbal Carrillo criado del Marqués de Villena con docientos soldados enviados por él á su costa, y caminó á Tixola. Los moros de la Vega daban avisos y bastimentos á los alzados y andaban para huirse; y así por mandado del Rey con mucha quietud los metieron la tierra adentro con los buenos medios que pusieron el Presidente y los capitanes. Mandó á don Juan sacar de Baza y Guadix los moros, pero dexóse para mejor ocasion.

Partió á combatir á Tixola una legua distante de Seron en el rio de Almanzora, puesta sobre monte áspero y fragoso, cerrado de peñas altas, con sólo una difícil subida á la parte de la sierra; pero las moradas tenian en lo baxo junto al rio, y por la guerra repararon y poblaron lo alto, y metieron á Caracaz con cincuenta turcos para su defensa, en perdiéndose Seron, con otros trecientos arcabuceros con muchos bastimentos. Don Juan alojó en las casas junto al rio, y D. Pedro de Padilla en la montaña de la parte de Purchena quitando el socorro, y mil arcabuceros del tercio de D. Lope de Figueroa á la de Seron, donde se habian de plantar las baterías. Subieron sobre maderos tirando con garruchas desencabalgados los cañones por industria de Francisco de Molina, y comenzó á batir por dos partes. En tanto escribió al Abaqui á Purchena se reduxese, ofreciéndole buenos partidos de parte de D. Juan: respondió se viesen. En la junta se quexaron los turcos de que se les hacía mala guerra, pues los ahorcaban en prendiéndolos; y concertaron se recogiesen las fuerzas del rio de Almanzora en la Alpujarra. Envió á decir á los de Tixola se rindiesen ó desamparasen el fuerte con secreto. Huyeron por los portillos de las baterías, siguiendo cada uno su fortuna, y muchos mataron las guardas en los pasos; y si la escuridad no los amparára escapáran pocos. Las escuchas sintiendo el ruido de la huida tocaron arma y entraron sin resistencia, captivaron mujeres y niños, y el despojo fue grande, porque allí habian los rebeldes puesto todos sus bienes, dando materia á un triste caso el haber desamparado las baterías y cuerpos de guardia para entrar á robar, si hubiera moros de socorro. Don Juan envió á tomar los pasos á los que huian con lo robado, y escribió á D. Juan Enriquez á Baza, y á Antonio Sedeño á Seron prendiesen los que desamparaban las banderas, y se los enviasen. Era el lugar tan fuerte, que si por asalto se hubiera de tomar, fuera con gran daño. Murieron y captivaron más de cuatrocientos moros, y los que llegaron á Purchena llenos de miedo le pegaron á los otros de manera que huyeron, y algunos se dieron á merced

del Rey á D. García Manrique, enviado por D. Juan á espiar lo que habia en la villa. Metió en la fortaleza las mujeres, niños, ropa, diciendo tocarle; pero D. Juan envió á D. Jerónimo Manrique con cuatro compañías de peones á ocupar la fortaleza y la presa para repartirla, como lo hizo loablemente en llegando á Purchena, dexando á Tixola arruinada. Encomendóla á D. Antonio Sedeño, que estaba en Seron con cuatro compañías y un estandarte de caballos, y en su lugar quedó el capitan Hernan Vazquez de Loaisa. El Alcaide de Oria trató de reducir unos moros y de prendellos; y D. Juan envió á reducillos y recogellos á D. Francisco de Córdoba con dos mil peones y algunos caballos, y mandó que ninguno saliese á correr la tierra, porque el Abaqui trataba la reducion. Los que estaban en la fortaleza de Cantoria la desampararon. Para reducir por hambre los alzados puso presidios en Tahalí y en Xergal sin resistencia. Tomóseles mucho ganado, trigo, escanda, escondido en silos, con que se avitualló el campo, y lo supérfluo se quemó. Mandó á D. Alonso de Granada Venegas tratase de la reducion. Escribiólo á Abenaboo, y pidió seguro del Rey para enviar al Abaqui á tratarlo, y que se viese con él D. Alonso en Guadix ó en Orgiba.

Caminó D. Juan contra el rio de Almería, reforzado de bastimentos de Ubeda, Baeza y Cazorla. Publicó por bando la reducion con veinte dias de término para hacella, y concesion de la vida á los que matasen los turcos y berberis y capitanes de la rebelion, y truxesen arcabuz ó ballesta, y á los caudillos que viniesen con ellos, y á los que no obedeciesen captivasen y matasen. Mandó que el Duque de Sesa admitiese los que venian á rendirse. Los moros ni bien se inclinaban á la paz, ni podian hacer la guerra. Pasó D. Juan á Terque, y envió contra algunos turcos y moros, que desde Filabres hacian daño, á Tello de Aguilar con sus cien lanzas, y á Jordan de Valdes con dos mil peones, con órden de dar sobre ellos ántes de amanecer y degollarlos para atemorizar á los que no se reducian. Llegaron á buen tiempo, y sentidos de las recelosas escuchas mal seguras dieron rebato, y huyeron á la sierra con sus mujeres. Alcanzados de la caballería pelearon gran rato, y cargando la arcabucería los desbarataron con muerte de ciento y captiverio de cuatrocientas mujeres. No se atreviendo á seguir el alcance por las humadas, saquearon el lugar, y con su despojo y mil cabezas de ganado volvieron á Terque. Don Alonso Venegas (apretando en el tratado de la reducion) á treinta de Abril partió para la Rambla de Canjayar, lugar en buena comarca para ello, y ser el campo proveido de bastimentos por la vía de Guadix y Adra, donde estaba el Duque de Sesa. Fué á los Padules de Andarax, y le reduxo brevemente á buena fortificacion, por estar cinco leguas de Uxixar, tres del puerto de la Rauha, cinco de Fiñana, ocho de Almería y cinco de Berja, y ser la tierra llena de arboledas y aguas. En el camino combatió y mató muchos moros en el campo y en las cuevas. Las escoltas iban con gran refuerzo seguras, porque no se va-

liesen dellas los alzados parar emediar su hambre; pues valia entre ellos ocho ducados una fanega de trigo. Abenaboo escribió á D. Juan se juntasen con él sus Comisarios en el Fondon, una legua de los Padules, á tratar de la reducion, dándose rehenes. Corrian la tierra D. Pedro de Padilla con mil y docientos de su tercio, y D. Diego de Argote con setenta lanzas de Córdoba y treinta de Ecija, y al tercero dia en un valle dieron sobre más de tres mil moros con muchas mujeres, bagajes, ganados. Hicieron rostro peleando, hiriendo y matando algunos soldados; pero rompidos y ahuyentados murieron cuatrocientos, y les captivaron más de cinco mil mujeres, niños y viejos, y las bestias y ropa; pero revolviendo cobraron la mayor parte con muerte de doce de á caballo y de muchos soldados.

Su Majestad determinó su partida de Córdoba, despidió los procuradores de Córtes; despachó las cosas importantes á la guerra, y dióse por muy servido de la insigne ciudad, cabeza de la monarquía árabe de España en sus felices años; y los señores y cortesanos quedaron muy agradecidos al regalo y buena acogida con que generalmente se les hospedó, y los dones que recibieron de los ilustres y medianos, especialmente muchos de caballos, jaeces, caxas de guadamaciles, obraje de la tierra, muy estimados en aquel tiempo y usados hasta el presente en el Real Palacio, y excluidos en los particulares por la abundancia de sedas y labores de lanas en la mayor parte extranjeras, dando principio al menosprecio de las naturales y menoscabo de los tratos de España, y con esto el de las rentas Reales con notable daño y ruina de la provincia. Los granadinos que pasaron á Africa, solicitaban el enviar navíos con armas y bastimentos, gente y municiones, llegaban cada dia á la costa para entretener los alzados de guerra, sabiendo trataban de reducirse y pasarlos á Africa por sus fletes, y en el viaje los despojaban. Ponia D. Sancho de Leiva con sus galeras cuidado en quitar la comunicacion, y no podia cerrar el mar siempre en camino tan corto, aunque les habia tomado en un mes trece fustas; y discurria de noche y de dia sin cesar, procurando ganar esclavos para el refuerzo de sus bajeles.

CAPÍTULO XIV.

Recebimiento que la ciudad de Sevilla hizo al Rey.

Pareció al Rey tocaba á su grandeza visitar la ciudad de Sevilla, miembro tan principal en ella por su poderío, que valen sus rentas lo que la mitad de los reinos, como diximos. Y porque para su recebimiento no estuviese el Cabildo sin cabeza, envió por asistente á D. Fernando Carrillo

de Mendoza, conde de Priego, que llegó de Portugal de una embaxada. Determinaron fuese la entrada por la puerta de Goles y no por la de Macarena, por donde los Reyes solian entrar y el emperador Cárlos V entró, porque se les representaba toda la ciudad, partiéndola por medio con una calle continuada casi hasta el alcázar; pero no era tan cómoda la disposicion del lugar, ni tan hermosa la vista. Y porque la grandeza de la ciudad le vino del rio, pareció bien que por él se celebrase la entrada; y así por agua y tierra la paseó, declarando el contentamiento que tan agradable rio le daba. Para hacer la fiesta los Duques vecinos vinieron á sus palacios y por ser alcaldes mayores. Entró por precursor el cardenal Espinosa recebido con toda adulacion, y á último de Abril el Rey en San Jerónimo, monasterio antiguo y grande, y en el dia de San Filipe y Santiago por el rio en la ciudad bien adornada; y quisiera y pudiera mucho más si el tiempo necesario no le faltára, porque jamas piensan faltó á quien tenía tanta opinion de riqueza y buenos ingenios. Mostráronse al recebimiento tres mil menestrales bien lucidos y armados, y quinientos de Triana á la vista de la huerta de Bellaflor, de donde salió el Rey y esperó en el toldo la venida del Cabildo eclesiástico y seglar, Audiencia, Universidad, Santa Hermandad, Casa de Contratacion, Consulado y oficiales de la flota. Llegando á la Torre del Oro se le descubrió admirable vista por tierra y agua para la paz y guerra, llena de todas las comodidades que los elementos forman. Fue saludado con grandes deprecaciones, reverencia y amor, felicidad deste Príncipe. Parecióle innumerable la gente en la llanura de la puerta del Arenal, ecelencia en los adornos de las calles, en los vestidos y libreas grandeza. En la puerta de Goles, de Hércules antiguamente y hoy Real, habia arcos suntuosos, estatuas de Hércules, del Betis, de Sevilla, de sus villas, sujetas con letras con inscripciones en curiosos versos castellanos y latinos. El Regimiento cerró la puerta, é hizo saber el Asistente al Rey cómo sus mayores juraron de guardar sus privilegios, y así suplicaron los imitase; y el Rey dixo: «Pláceme de muy buena voluntad, porque lo merece Sevilla»; y los juró y se actuó en forma. Entró debaxo del palio, delante el prior D. Antonio con el estoque al hombro, y por la espaciosa calle de las Armas, vestida de brocados y telas, las ventanas llenas de damas de hermosura y riqueza adornadas. Al pasar por la cárcel pidieron los presos misericordia, y de allí se dió el órden que despues les fue de grande beneficio para su libertad. Á la puerta de la catedral juró su inmunidad y privilegios recebido en solene procesion; oró ante el altar y pasó al Alcázar ya de noche, con luminarias y fuegos como en el dia claro. Gozó de ver la ciudad grande, hermosa, rica, noble, leal, aficionada á su Príncipe, compuesta de lo mejor que otras tienen, grandes señores, ilustres caballeros, letrados, mercaderes, ecelencia de artífices, de ingenios, templanza de aire, serenidad de cielo, fertilidad del suelo en todo lo que puede naturaleza desear el ape-

tito, procurar el regalo, inventar la gula, demandar la salud y apetecer la enfermedad. Sirvió al Rey para su viaje y casamiento con seiscientos mil ducados por vía de empréstido, y juzgóla y estimóla leal, noble y poderosa; y de allí por Jaen, Ubeda y Baeza volvió á Castilla.

CAPÍTULO XV.

Efetúase el casamiento del Rey Católico con la infanta doña Ana, su sobrina, su viaje, y lo que pasaba en Inglaterra en este tiempo y en la guerra de Cipro.

Habiendo el pontífice Pío V entendido el concierto del casamiento del Rey Católico con su sobrina, dixo á su Embaxador tenía escrúpulo en conceder dispensaciones de tal grado; le habia escrito, no sabía si dispensaria con su Majestad, y así le exhortaba que no lo pidiese. Mas considerando su Beatitud su grandeza y que le habia menester la cristiandad, y él mismo para la defensa della, de que trataba, y cuánto convenia la union y conservacion de la exaltada casa de Austria, concedió la dispensacion graciosa y bendixo los contrayentes como padre benignísimo y santísimo desde su Sacra Silla. Y así, á venticuatro de Enero de mil y quinientos y setenta, ante Gabriel de Zayas, secretario de Estado y notario, estando en Madrid presentes D. fray Bernardo de Frexneda, obispo de Cuenca, confesor del rey D. Filipe, y el príncipe de Éboli, Ruy Gomez de Silva, y D. Gomez de Figueroa, duque de Feria, todos del Consejo de Estado, y el doctor Martin de Velasco, del de la Cámara de Castilla, Adan de Diechtristayn, embaxador del emperador Maximiliano II, y en virtud de su poder fecho en el castillo de Posonio, y con el del rey D. Filipe el cardenal D. Diego de Espinosa, obispo, señor de Sigüenza, presidente de Castilla, segun lo acordado en Alemania con los Embaxadores, capitularon el casar su Majestad Católica con su sobrina la infanta Doña Ana, hija del Emperador, y segun su estilo con cien mil escudos de oro de dote, de á cuarenta placas, moneda de Flandres, pagados en Ambers ó Medina del Campo, y su valor se habia de asegurar sobre villas y lugares, y sus rentas y juridicion; y las arras habian de ser otro tanto. Y en caso de muerte sin hijos dispusiese del tercio; y el Rey le habia de dar cincuenta mil escudos de joyas de que pudiese disponer. Le consignaria renta estable para el sustento de su casa, en que habia de tener los criados que en calidad y número el Rey señalase conforme á su grandeza. Y si le sobreviviese, en cada un año se le habian de dar cuarenta mil ducados (no pasando á segundas bodas) de-

mas de su dote y arras, y villas donde residiese, no queriendo salir de España, con juridicion y provision de los oficios dellas en naturales; y ausentándose pudiese llevar sus criados, joyas y mueble. Renunciase la Reina ante notario, cuando se le pidiese la herencia, derechos paternales y maternales que le pertenezcan, contenta con la dote y arras solamente. Sería traida con la autoridad y decencia debida á su grandeza hasta Génova á costa de su padre, reservando el lugar donde se habia de conducir á la eleccion del Emperador y rey Filipe; y se actuó y firmó de los capitulantes. Con este tratado y la facultad por escrito del Rey, se desposó en su nombre con la infanta Doña Ana Luis Venegas de Figueroa, honrando su persona y servicios, y por haber sido el medio principal en Alemania para el efeto del casamiento. Pareció al Rey viniese la Reina á Italia desde Espira, donde el Emperador estaba en Dieta, para resolver fuese la eleccion y coronacion de Rey de Romanos en su hijo mayor Rodulfo, que se hallaba en España; y por no ocupar las galeras con que se prometió ayudar á los venecianos contra el turco, se acordó viniese por Francia con su hermana madama Isabel, y desde París hiciese el viaje qne la reina Doña Isabel de Valoes hizo cuando vino á entrar en Castilla por Roncesvalles; y así el Rey encaminó á esta parte al Arzobispo de Sevilla y Duque de Bexar, que para su recebimiento los habia mandado aprestar. Mas viendo no casaba el Cristianísimo á su hermana madama Margarita con el rey de Portugal, sino con Enrique de Borbon, huguenote, su primo, y porque estando en amistad con él y habiéndole ayudado para su conservacion maquinaba por consejo de los herejes contra los Países Baxos, determinó que por ellos viniese la Reina.

Partieron las Infantas de Espira á deciseis de Junio, y á Doña Isabel esperaban los reyes de Francia en Massiers, en los confines de Alemania, y en los mismos por la parte de Niemeghen y el Rhin el Duque de Alba á Doña Ana. Parecióle que los rumores de los franceses de romperle la guerra acabarian con la diversion de las fiestas del casamiento de su Rey, y juzgando ser industria la voz del confederarse con el Duque de Florencia para encaminar y aventajar sus cosas, y que los Países quietos se conservarian, pidió licencia al Rey para venir á España sirviendo á la Reina, quedando otro en aquellos Estados. Respondió lo habia determinado así, mas se entretuviese hasta instruir al sucesor y ver cómo se habia en el gobierno por algunos meses. Viniese con la Reina el Prior, su hijo, porque le habia proveido por gobernador y capitan general de Cataluña en lugar del Duque de Francavila. La causa principal para no darle licencia era por acudir en favor de los católicos de Francia y de Inglaterra.

La reina de Escocia María Estuart, por tiranía de los nobles herejes de su reino estuvo presa, y ya libre salió de su Estado para asegurarse en Francia. Contra el parecer de los más fieles aportó á Inglaterra, por haber

sido presos Jacobo I y Malcoltro y su hermano y otros recebidos bien de sus amigos fingidos. Fue acogida de la reina Isabel, calvinista, y despues metida en un castillo. Los católicos, procurando su libertad y dellos, acudieron en el año mil y quinientos y sesenta y ocho al pontífice Pío V por remedio. Movido de piadoso celo, por una bula que les dió, declaraba por escomulgada á la reina Isabel, porque le dixeron pondrian las armas en la mano á los católicos para algun buen efeto. Valiéndose del enojo justo y reciente del rey D. Filipe sobre la retencion de los cuatrocientos mil escudos que enviaba á Flandres por vía de mercaderes, le solicitó por un breve que llevó Roberto Rodolfi florentin, enviado de los señores principales católicos de Inglaterra á esta negociacion, en que le pedia entrase con él en liga y con el rey de Portugal para sacar de prision á la reina de Escocia, verdadera señora de Inglaterra, y casarla con el Duque de Sufolth, buen católico, prender á la intrusa Isabel, hereje, y restituir á la Iglesia romana aquel reino. Ordenó D. Filipe al Duque de Alba se dispusiese para meter exército en Inglaterra, y Rodolfi le solicitó y ofreció el dinero que el Pontífice le dió para este efeto. Parecióle bien, y envió á reconocer las marinas y pasos de Inglaterra, y disponia la jornada con gran secreto y la armada en las ciudades hampsiáticas de Alemania encubriendo el disinio. Dixo convenia, para justificar la entrada, que los conjurados tomasen las armas, porque se entendiese era en favor de la religion, y él echase de ver qué fuerzas tenian el Duque de Norfolch y el Conde de Nomberland, y como procediesen acudiria, pues lo habian de tener todo tan prevenido que sin dificultad se prendiese á la Reina y pusiese á la de Escocia en libertad. Fixaron la bula pontifical en las puertas del palacio de Juan Milcla, arzobispo de Lóndres, el dotor Juan Feltou, de la misma ciudad, y Pedro Vergas, catalan, capellan de la iglesia de Tarragona, para que diese como notario fe del hecho, y volvió éste á Flandres. Hubo por el reino muchos traslados della, y fue milagroso el trato y secreto, si á la execucion no faltára la suerte, que no faltaron la prudencia y determinacion, por ser entre muchos y en diversos Estados comunicada la conjuracion, difícil de salir bien, pues tan fácilmente podia ser descubierta, ó por relacion ó conjetura, poca fe ó prudencia, como fueron otras. La poca fidelidad es más comun en los amigos con quien se comunica, que se han de poner por amor de otros á peligro de muerte, ó en los malcontentos del Príncipe, de quienes podría serle uno ú dos fieles, mas no todos, como aquí se hallaron. Há menester que el ódio al Príncipe y el amor á la conjuracion sean tan en extremo, que el miedo de la pena ó peligro de muerte sea menor. El Conde tomó las armas, y no el dinero del Pontífice el de Alba por acuerdo de todos hasta ver el buen principio, y arrimóse á la parte de Escocia para recebir la gente que se habia enviado á asoldar. Alteróse grandemente la Reina, mas fiaba en que

no podria venir, porque el Prior de San Andrés, su amigo y dependiente en la tiranía y herejía que en Escocia contra Dios y su legítima Reina favorecia, no la dexaria salir. Los católicos, sin socorro de parte alguna, se deshicieron, y la Reina conoció deste movimiento habia muchos en su reino, y con ódio cruelísimo vertió la más noble sangre.

En tanto que venecianos trataban de su remedio revolviendo el mundo, Selin hacía la guerra. Arribaron sus galeras á Rodas á primero de Junio, donde se juntaron las escuadras de los cosarios, sino la de Aluch Alí, virey de Argel, donde habia llegado muy furioso por el estrago y afrentas que le hizo D. Alonso Pimentel, alcaide y capitan general de la Goleta. Parecíale que miéntras la poseyesen los cristianos, él ni los turcos serian pacíficos en Túnez, y determinó pedir á Selin, para conquistarla, su armada. Mami Corzo, su mayordomo, como le habia escrito, tenía aprestada su capitana, y juntas veintitres fustas de cosarios, y con ellos navegó al levante. Las galeras de Malta, por órden del Pontífice, iban á Corfú en ayuda de venecianos, y junto á la isla Fabiniana les avisó una fragata del Virey de Sicilia andaban los cosarios de Argel en la costa, y convenia se juntasen con las galeras del Rey en Mesina para asegurar su viaje, y pasaron la vuelta de Cabo-Pájaro. Prendió Aluch Alí un barco, y supo cómo estaban en la Alicata para ir á Malta; metió sus bajeles en el canal y desarboló, y con el remo en mano esperó hasta que se descubrieron. Algunos caballeros querian pelear, otros volver á Sicilia; la galera Santa Ana, embestida de ocho, fue presa; otra escapó la vuelta de Cabo-Pájaro, donde tomó un bergantin de turcos y otros dos, ayudada de una galeota de corso. Dos galeras embistieron en la Alicata, junto á una torre, y salieron á tierra los defensores y trataron de barrenallas, y no se hizo por mal consejo del general. Los turcos les dieron cabo, y llevaron con mucha y buena chusma esclavos, ropa y armas, de que estaban tan cargadas, que el amor ó codicia causó el no afondarlas y el perderlas. Volvió á Argel Aluch Alí contento con la buena presa, y en su memoria dentro de la puerta del Mar por trofeo colgó muchas rodelas con la cruz de San Juan y su imágen que llevaba la capitana.

Piali, habiéndose detenido en Rodas y Fenicia veinte dias, partió con ciento y sesenta galeras y cincuenta galeotas, ochenta bajeles de carga de nombres y formas diversas, y en todos iban cincuenta mil infantes de sueldo, y entre ellos siete mil genízaros, con más otros cincuenta mil turcos de miicia ordinaria, y á primero de Julio dió fondo en Cipro, junto á la ciudad de Limiso. Es isla más larga que ancha en figura, por sesenta leguas en el postrero Mediterráneo, de las mayores, y á ninguna menor en fertilidad, especialmente de tan buenos vinos, que inclinó á Selin á su conquista, dado al regalo, al vicio, ociosidad, embriaguez y propia voluntad. Al mediodía tiene á Egipto; al poniente á

Rodas en distancia igual; al oriente, por veinte leguas, la Siria; al setentrion la Caramania, ménos distante. Por su riqueza la llamaron los primeros griegos Bienaventurada, y por la lascivia de sus mujeres la consagraron á Vénus. Por sus pocas fuerzas para señorearse y defenderse siempre [estuvo] sujeta á tiranos y robos de poderosos. Primero los egipcios la quitaron á los príncipes naturales, los romanos á ellos, y quedó en el imperio griego. Dél la sacaron los ingleses; por su donacion la tuvieron los lusiñanos, caballeros franceses sujetos á la República de Génova y al Soldan de Egipto. Juan último dexó hijos Jacobo, bastardo, y Ana, legítima, casada con Luis el primero en el nombre y Duque segundo de Saboya; mas fue desposeida y puesto en su lugar Jacobo por el Soldan con reconocimiento de tributo, y casó con hija adoptiva de la República veneciana, de quien hubo hijo. Murió y la madre, y ocuparon los venecianos la isla por derecho de herencia de la adoptada. Selin I ganó el señorío de Egipto con muerte de los mamelucos, y decia el II le pertenecia Cipro como á Soldan I. Como sobre su defensa hay bien que escribir, se ha hecho tan particular mencion della.

Entraron los turcos en sus campos talando y quemando con su bruta fiereza y pérdida de algunos por la resistencia de los cristianos. Mustafá, deseoso de mostrar á su señor entraba venciendo, se presentó primero sobre Nicosia, áun no bien en defensa, y así ménos fuerte que Famagusta, con tal desórden y arrogancia que le pudieran romper los capitanes venecianos si no enfrenára el deseo y atrevimiento de los soldados impacientes por no acometer del todo á los turcos. Eran mil y quinientos italianos de sueldo, tres mil cipriotas, dos mil y seiscientos ciudadanos y mil y quinientos soldados pagados de la tierra. No estaba más fuerte Nicosia por el mal gobierno de Nicolao Dandalo, su gobernador, aunque fue requerido de los moradores, llenos de temor, que perficionase la fortificacion, amunicionase y guarniciese bien la ciudad para sustentar el peso de armada tan pujante; y no atendió bien á esto, mal persuadido á que no sería acometido. Mustafá luégo levantó cuatro bastiones de tierra, faxina y sacas de lana, y de allí batia los muros por las mañanas, porque el gran calor volvia inútiles los cañones, y ofendia con tiradores las defensas. Alzó montañas tan altas, que en igual altura combatia con los cercados. Éstos con una gran salida en lo ardiente del mediodía hicieron tan gran matanza en los cercadores, cogidos de rebato tendidos en sus ranchos y ocupados en su comida, que si la caballería y gente del pueblo los siguiera, se libráran gloriosamente del cerco. A Piali, por los muchos muertos del hierro y peste, socorrió Mustafá con frescos peones y cuatro mil caballos que señoreaban la campaña y talaban y saqueaban la isla.

El Emperador en Espira entregó á su hija, Reina de España, al Arzobispo de Munster y al gran Maestre de Prusia de la Órden de caballería

de los Teutónicos, y á sus dos hijos tercero y cuarto Alberto y Uvincislao, que los enviaba á criar en España, y en cambio de los dos mayores que habian de volver á su Majestad Cesárea. Dirigiendo el viaje en lo ceremonial y su distribucion Luis Venegas de Figueroa, navegó la Reina por el Rhin hasta Colonia, donde fue recebida del Elector Arzobispo con gran demostracion de amor en el cuidado de su servicio y regalo. Visitó los cuerpos de los tres Reyes y las demas reliquias de la iglesia mayor, muchas y preciosas, y el célebre monasterio de Santa Flor. Allí le dieron la bienllegada de parte del Duque de Alba, el de Arischot y el Obispo de Niemeghen y Mos de Noirquerme, y le besaron la mano, y supieron la hora en que sería su entrada en Niemeghen. El Duque de Alba, acompañado de lo más ilustre de los españoles y de los Países, en la barca le dió la obediencia, y puesta en el palafren debaxo de palio que llevaron los principales de la ciudad caminó, y el Duque tomó el lado de doña Leonor de Guzman como criado de su Majestad solamente, visto que el Maestre y el Arzobispo iban en el suyo y los Archiduques delante, y cediendo al ser ministros del Emperador, él habia de ir guiando, y que siendo á mujer el recebimiento, era el lugar detras del palio de su camarera mayor y mujeres. Entró en la iglesia á dar gracias á Dios de su buen viaje. Y en la cortina con sus hermanos y el Duque con los del Toison asistieron á las vísperas de la gran fiesta de la Asuncion al cielo de Santa María, Madre de Dios, Señora nuestra. Los Países Baxos la sirvieron con cien mil ducados para su camino, y los españoles solenizaron su venida con torneos de á pié y de á caballo, invenciones de fuego y otros festines. Tenian órden el Maestre y el Arzobispo de acompañar á su Majestad basta su embarcacion en el mar; y Luis Venegas conoció que era materia de muchos embarazos y desabrimientos causados de las preeminencias y cortesías y puntos de honor, encuentros de criados, que descomponen los más cuerdos (de que no podia dexar de alcanzar buena parte al Emperador, segun la condicion del Arzobispo, puntosa y vidriosa, aunque más le templase la prudencia y cortesía del Maestre, y á la Reina de cualquier disgusto, y no lo merecia, porque tenía todo lo bueno de sus padres y abuelos y de los Reyes Católicos, y de todos los que tuvieron más bondad, bastante para hacer bienaventurado á su marido, y tan bien casado como el Emperador su suegro) y que sería de encuentro al Duque de Alba y nota que acabada su comision prosiguiesen en el viaje: y así lo escribió á su Majestad Cesárea, y mandó que de Niemeghen no pasasen.

Puesta la Reina debaxo del dosel, arrimada á la silla, el Arzobispo hizo su oracion, y leidos los poderes y habiéndole respondido el Canceller de parte del Rey Católico, el Maestre á la diestra y el Arzobispo á la siniestra de la Reina tocaron á un tiempo en las mangas de la saya con muestra de hacer entrega por ellas; y el Duque de Alba ahinojado besó la mano á su Majes-

tad en testimonio del recibo, y los Notarios dieron fe dello. El Maestre y el Arzobispo se despidieron, dexando á la Reina muy agradecida y servida de ambos. El Duque y sus hijos y Luis Venegas les sucedieron en el cumplimiento del servicio y acompañamiento con toda buena gracia y satisfacion, y como tan grandes caballeros y palatinos, procurando en cuanto les fue posible, fuese mayor y el contento general. Partió para Vergas, y la ropa por el agua, y por Grave, Bolduque, Breda, llegó á Vergas Opzoon á veintiuno de Agosto. Enviaron á visitar á su Majestad los Reyes de Francia con un agente que tenian en Flandres con gran disgusto del Duque, pareciéndole indecencia, y acordó no darle audiencia aplazada como se diera á personaje que debiera venir, sino cuando la Reina saliese á misa de paso solamente. Hízose así, y mandó su Majestad responder al Duque á lo que no entendió bien, porque cuidó de todo muy sin embarazo y pesadumbre. Tenía prevenida la armada para el pasaje á España, y dentro la coronelía de Mondragon, y provcida en todo por el Conde de Bossu, almirante. Era el tiempo contrario para navegar, y daba cuidado al Duque por el disgusto de sus Majestades y el gasto de la armada, siendo forzoso despedilla si no pasaba ántes de la primavera del año venidero, y luégo el de hacer otra para el mismo efeto. Para dirigir su consejo y resolucion juntó marineros práticos en los mares de Flandres y de España, y dixeron tenian esperanza de abonanzar el tiempo por ciertas señales y haber tres meses que corrian vientos contrarios, y que esperando lo mismo el emperador Cárlos V en semejante alteracion del mar, vino el favorable casi inesperadamente, y se embarcó su Majestad Cesárea á deciseis de Setiembre. Se esperase hasta los quince de Otubre, en que podria ser á propósito la navegacion; y si no lo era, en las brisas de Enero ó mediado Marzo no tendria dificultad. Porque en el invierno cubrian á España nieblas, de manera que no se descubria para conocer de dónde se habian de guardar; y era más peligroso por ser los dias cortos y las noches muy largas. Al cuidadoso Duque dixo un piloto vizcaíno no dudase que habria buen tiempo en siendo llena la luna, para que su Majestad pudiese navegar seguramente á España.

CAPÍTULO XVI.

Trátase de la reducion de los moros de Granada y sin efeto.

Envió D. Juan á hacer la reducion de los moros á D. Alonso de Granada Venegas, por la mucha satisfacion que tenía de su celo en el servicio del Rey, su prudencia y gran calidad y autoridad con aquella nacion. Era

biznieto del Infante de Almería, hermano del Rey de Granada, que se baptizó habiéndole aparecido y amonestado el apóstol San Pedro estando defendiendo á Baza del Rey Católico, que la tenía cercada sin esperanza de ganalla y con mucho riesgo. Rindiósela teniendo veinte mil hombres en campaña el Infante, y le ayudó con ellos y su parcialidad á conquistar el reino y á Granada, y en el allanar los rebeldes de la Alpujarra, castigallos, confirmar los leales, y truxo al servicio del Rey al de Guadix, su primo y cuñado. Hízole señor de la Taa de Marchena, Jairena y Campotejar, y la Taa dió por muy tenue recompensa su hijo D. Pedro de Granada Venegas, del hábito de Santiago y del Consejo del Rey, primero alguacil mayor y regidor de Granada con tratamiento de rico hombre de Castilla, capitan de la armada que venció al Rey de Argel, y en Adra y la Vega y la torre de Romani ganó mucha reputacion, y sus decendientes le imitaron, y sirviendo en la paz y en la guerra merecieron premio de sus príncipes de toda estimacion y honor.

En el fondon de Andarax, por mandado de D. Juan, se juntaron para tratar de la reducion y rendimiento de los moros rebeldes el Abaqui, el Galio, hermano de Abenaboo y Pedro de Mendoza el Hosceni, un hijo de Jerónimo el Malech, Alonso de Velasco, el granadino, Hernando el Gorri y doce turcos de los principales con mil arcabuceros de guarda. Los diputados del Rey llegaron con el dotor María y los beneficiados Torrijos y Tamarin. Quexáronse los moros de las premáticas y de no haberles cumplido lo asentado con el Marqués de Mondexar. Pidieron se recibiesen en sus partidos los que se reduxesen, y dexasen pasar á su tierra los berberis, se les ayudase para el rescate de sus mujeres y hijos, y no se sacasen de Castilla, y darian luégo todos los cristianos cautivos, los dexasen vivir en el reino de Granada y volviesen á él los que dél llevaron, se les guardasen las provisiones antiguas, se diese perdon general. Respondió el Consejo truxesen poder de Abenaboo y de los otros caudillos en cuyo nombre venian á rendirse, y le presentasen con su memorial en forma de suplicacion, pidiendo lo que les convenia, como les diria el secretario Juan de Soto. Pidieron fuese con ellos á ordenarlo en su junta. Enviaron doce rehenes, presentó el Abaqui los poderes y memoriales, y los llevó Hernan Valle de Palacios con los comisarios. El Abaqui mandó por bando que ningun moro hiciese daño á la gente del Duque de Sesa, y le escribió mandase á su caballería no pasase de cierto límite. Pedro de Castro, ofendido de que limitase á su general, le escribió con enojo, amenaza y desestimacion. Quexóse á Juan de Soto, y D. Juan Enriquez le satisfizo. Concluyeron el tratado de la paz así. El Abaqui á los piés de D. Juan, en nombre de los moros, pedirá misericordia de sus culpas, rendirá las armas y banderas, lo admitirá su Alteza y hará que no sean molestados ni robados, y envie los reducidos con sus familias donde han de vivir fuera de la Alpujarra, con otras particularidades para Abenaboo, para

sus amigos y para sí mismo; y todo se le concedió. Para hacer la sumision el Abaqui vino con trecientos escopeteros, y recebido de cuatro compañías que le aguardaban, entregó la bandera de Abenaboo á Juan de Soto, y pasó por medio de los escuadrones de á pié y de á caballo sonando los atambores y trompetas con gran salva; entró en la tienda de D. Juan y se postró á sus piés diciendo: «Misericordia, señor, y en nombre de su Majestad se nos conceda perdon de nuestras grandes culpas»; y dándole una damasquina que desciñó, dixo: «Estas armas y bandera rindo á su Majestad en nombre de Abenaboo y de todos los alzados cuyos poderes tengo.» Don Juan, con gravedad y majestad imitada y heredada, le mandó levantar y guardar la bandera y cimitarra para servir con ella al Rey, y le hizo merced y favor. Volvió al Alpujarra á dar cuenta á Abenaboo y á los alcaides y ministros, y D. Juan pasó á Cobda de Andarax. Fué el Abaqui al campo, recibió los recados necesarios para la expedicion con bando firmado de D. Juan con ciertas declaraciones y prorogaciones de tiempo. Diéronse órdenes y patentes á los comisarios para que acudiesen á los partidos á juntar los moros y ordenar la salida. Don Alonso de Granada Venegas se vió con Abenaboo en Cadiar, dió sus disculpas de los sucesos pasados y resolvió haria lo que D. Juan mandase de su persona y armas y de lo demas que le tocaba. Mandó desarbolar las banderas, porque ya no habian de servir.

En tanto los moros de la sierra de Ronda, áspera y difícil y de pasos estrechos y atajados con piedras y árboles, querian alzarse. Antes que sucediese deseó el Rey deshabitar la tierra con palabras blandas y buenos tratamientos, y cometióse á D. Antonio de Luna. Partió de Antequera con cuatro mil infantes y sesenta caballos, y en Ronda se le juntaron otros ciento y cincuenta peones de la guarda de la ciudad y cincuenta caballos del Rey á cargo de Pedro Bermudez, y enviólos á Rubrique, lugar á propósito para hacer espaldas á los que habian de sacar los moros, y repartió las demas compañías por los otros lugares para que á una hora partiesen. Recatados y sospechosos, desamparando sus familias, huyeron á la sierra. Los soldados comenzaron á robar ropa y hacer esclavos, hiriendo y matando sin diferencia. Los moros dieron en ellos haciéndoles no pequeño daño. Bermudez ocupó un lugar fuerte donde recoger su gente y la desmandada, dexando en la iglesia con guarda las mujeres y niños. Los moros los sacaron, quemaron los soldados, dieron sobre Bermudez y pelearon con muertos y heridos de ambas partes. Don Antonio retiró las banderas vista la desórden con mil y docientas personas, y con esclavos, ropa y ganados volvió á Ronda, donde los soldados vendieron la presa, y fueron á sus casas como solian dexando deshecho su campo. Envió á dar su disculpa al Rey del cargo que le habian hecho en esto los moros de Ronda, y porque no dió al amanecer sobre los lugares, haber dividido la gente, dado órden confuso, libertad á los capitanes, quebrado el mandato del Rey y su palabra inviolable; y en

premio de su obediencia los robó y dexó por hacienda las armas en las manos y las montañas. Mandase restituirles la ropa y cautivos, y luégo irian donde se les mandase. Don Antonio decia repartió bien la gente en tierra áspera y no conocida, por donde se caminaba mal de noche, y pudiera ser salteada de enemigos avisados, práticos en los pasos cubiertos con la escuridad, los soldados libres, mal mandados, peor diciplinados, no conocer oficiales y capitanes, que áun el sonido de la caxa no entendian, sin órden, sin señal de guerra, solamente atentos al regalo de sus casas, al robo de las ajenas. Dióse la culpa á éstos en comun, y crédito á D. Antonio. Los moros, desembarazados y animados por los huidos de la Alpújarra que no querian reducirse, hacian la guerra libremente. Recogieron la ropa y bastimentos, fortificáronse en Sierra Bermeja y de Istan, tomaron la mar á las espaldas para recebir socorros de Berbería, y baxaban hasta las murallas de Ronda robando ganados y matando labradores como enemigos declarados. El Rey cometió á los Duques de Medina Sidonia y Arcos el volverles las mujeres y la ropa, para que se rindiesen y metiesen en Castilla. El de Arcos tenía allí parte de su Estado, dada á su casa por desigual recompensa de Cádiz en tiempo de tutorías. Vióse con el Arabey y el Ataifar, por cuya autoridad los demas se gobernaban, en Casares, lugar del Duque en una ermita, y con un comisario y cabeza de cada pueblo, y persuadióles el reducirse para entrar en Castilla á vivir. Firmaron para ello los capítulos y lo avisó al Rey.

CAPÍTULO XVII.

Abenaboo falta á lo capitulado, sigue la guerra; y lo que sucedió á las armadas en levante.

En la playa de Castil de Ferro embarcó el Abaquí algunos turcos con secreto, porque llevaban contra lo capitulado los cautivos, el castellano disparó una pieza, y acudiendo á la seña las galeras prendieron la fusta navegando, puso en libertad los cristianos, y todos los africanos al remo. Embarcó otros el Abaqui, y al tiempo arribaron más en bajeles de Argel, echaron en tierra docientos turcos y moros, y tomó los vasos y las cartas D. Sancho. Alborotaron la tierra diciendo esperaban en Argel la armada de levante en su ayuda, y Abenaboo mudable, sin fe y palabra, invidioso del favor que D. Juan hizo al Abaqui, y del provecho que esperaba, sospechoso de que no le trataba verdad y que le habian de matar, favorecia los turcos y berberis, aunque no impedia á los naturales el ir á reducirse,

porque pretendia quitar la negociacion al Abaquí y llevar las gracias y el premio asegurando su partido. El Abaquí lo dixo á D. Juan, y le pidió gente con que forzarle, y por no la aventurar le dió dineros con que asoldar cuatrocientos hombres. Llegó á Tegen, y diciéndole aguardaban órden de Abenaboo para irse á reducir, respondió con imprudencia y soberbia: «Reducios, que áun si él no quisiere, le llevaré atado á la cola de mi caballo.» Súpolo al punto, y envió ciento y cincuenta turcos á prendelle en Verchul, donde le ahogaron secretamente, diciendo que por traidor. Escribió Abenaboo quexas del Abaquí á D. Hernando de Barradas, y pidió le favoreciese con D. Juan; y porque no entrase contra él en el Alpujarra, hasta que estuviese en mejor defensa, tuvo secreta la muerte del Abaquí. Escribió por entretener con el trato de la paz á D. Alonso de Granada Venegas, se viesen para su conclusion, y á Argel pidiendo socorro y quexándose de la ida del Caracax. Envió al Galip á levantar los reducidos y los de paz, y cayó en manos de la gente de Adra, que le mató, y á ciento y ochenta arcabuceros que llevaba á la serranía de Ronda. Vendieron doce de los cautivos, y de su precio edificaron una ermita de la Veracruz en memoria de su vencimiento.

Los moros de la sierra, guiados de Alfor Lorenzo alfaquí, y el Jubeli, caudillos, juntos en Tolox dieron sobre Alozayna, lugar abierto de ochenta vecinos cristianos ricos por labranza y crianza, engañando las atalayas vestidos como cristianos. Ginés Martin, uno de diez escuderos del presidio, rompió por los moros y recogió las mujeres en el castillo, mal reparado por antiguo, donde estaba la iglesia y algunas casas, ayudado de D. Iñigo Manrique, vecino de Málaga, y del beneficiado Julian Fernandez. Animaron las mujeres y ocho hombres que solamente habia en el lugar, y pusiéronlas con los capotes y sombreros de sus maridos en los muros y en el campanario, y se mostraron á los moros. El Jubeli con dos banderas acometió la puerta; Lorenzo alfaqui con otras dos la plaza, y los de á caballo cercaron el lugar. Dieron tres asaltos al castillo, en que perdieron decisiete, y fueron heridos setenta, porque las mujeres pelearon como enojadas y encruelecidas. María de Sagredo, doncella, viendo muerto á su padre, con su vestido y armas defendió un portillo, mató un moro y hirió muchos con jaras, y tanto se señaló, que el Rey le hizo merced, para exemplo y ánimo de otras y premio de la virtud, de la hacienda de un moro rico de Tolox para su casamiento. Los rebeldes, vista la resistencia tan inesperada, y que acudia gente al rebato, quemaron treinta casas, y se retiraron con tres mil cabezas de ganado que partieron en Tolox y cuatro cautivas.

En lo ardiente de la canícula en año malsano, la armada veneciana, ociosa en la costa de Dalmacia, quebrantando sus fuerzas la discordia y emulacion de sus capitanes ambiciosos en ser autores y no seguir, con

mortal peste se desarmaba y consumia. Pasaron á Corfú, y el contagio y su ruina, aunque suplia la chusma que recogian en el Zante y el Cerigo. Nombró el Rey á Juan Andrea Doria por general de las galeras con que habia de ayudar á los venecianos, por la autoridad de su persona, larga prática, fama de prudencia, cumpliendo con lo que le prometió en el socorro de Orán, de que en Italia sería cabeza de la junta de sus galeras. Halló en Mesina las del Rey, recibió cartas del Pontífice, en que le decia se juntase luégo con la armada veneciana, que todo el estío le esperó con gran daño. Arribó á cabo de Otranto con tempestades, unióse con Marco Antonio Colona, y en Corfú con los venecianos con cuarenta y nueve galeras reforzadas y con cinco mil españoles y dos mil italianos en ellas, municiones y comida en abundancia. A treinta de Agosto dieron fondo en Candía en el puerto de Suda, donde á primero de Setiembre llegaron cincuenta galeras venecianas. Su general requirió á los de poniente fuesen á combatir la armada turquesca, único remedio de Cipro. Marco Antonio lo propuso en el Consejo, y Juan Andrea dixo:

«Culpaban su tarda venida, siendo muy presta por la mala provision de »la armada de la República, y el no tener aviso de las fuerzas del ene»migo, habiéndole reconocido. Ningun capitan sin esto acometió grandes »empresas, ni dió batalla, tanto despues por tiempo y naturaleza del pre»venir para ella. Suplida la falta que tenian de remeros y combatientes los »venecianos, medidas sus fuerzas con las de los turcos, entraba la resolu»cion del ponerse á la vária fortuna de combatir. Fuesen luégo dos gale»ras á reconocer, y en tanto con buena provision y diligencia corrigiesen »los defetos de sus bajeles, y para esto se visitasen todos comenzando por »los de su cargo Marco Antonio y los venecianos y luégo él veria sus »galeras. No siendo inferiores en fuerzas á Piali, se pelease; y si lo eran, »ni el Colona, ni los venecianos de tan buen consejo querrian con temeri»dad perderlos y á su República, y las esperanzas de la cristiandad con pre»cipitoso acometimiento y deliberacion furiosa, inconsiderada y ciega.» Enviaron á Ramagaz con dos galeras á espiar los consejos y progresos del enemigo, saber el estado de las cosas de mar y tierra, el número de bajeles, en qué lugar se hallaban y su intento.

Al cuarto asalto general porfiadísimo entró Mustafá á Nicosia, mató los italianos y cipriotas nobles, treinta mil del vulgo, hizo veinte mil cautivos, usando de la vitoria con la crueldad bestial y fiera tiranía de enemigo de toda piedad y del género humano. Perdióse á los cuarenta y ocho dias de su sitio por falta de soldados y capitan experto en la guerra defensiva, ya que no de vitualla y aparatos della. Culpaban en Europa á los venecianos cautos y tan prevenidores, por haber dispuesto tan mal un negocio tan importante. Ellos lo atribuian á su mala fortuna en aquel año, pues de la gente y capitanes que enviaron pocos llegaron á Cipro. Mustafá y Piali, sabiendo la llega-

da á Candía de la armada cristiana, se aconsejaban opuestos. Piali no aprobaba el venir á batalla, pues á su ventura metia la necesidad que no tenian. Bastaba la reputacion de haber quitado el socorro á Cipro puesto ya en sus manos. La armada enemiga no caminára sino muy reparada con la de España, fresca y entera; y como para pelear prevenida de florida gente italiana y española. Temia sus galeazas y naves de gran porte y momento para batir á caballero las galeras. Cedió á la autoridad de Mustafá y de Ali, y á sus razones. Decian se habian de encaminar todas las cosas de Selin á su gloria y reputacion, de que se haria pérdida si no esperase su armada á la cristiana, que la buscaba para combatir. Por esto Piali desembarazó sus galeras de los prisioneros y multitud inútil, y reforzadas de soldados, remeros y municiones fué á Limiso á esperar los cristianos con resolucion de pelear. Viendo Juan Andrea gran floxedad, contraria á su deseo en el hacer de las provisiones, por la infidelidad de los de Candía tan sin aficion á venecianos, que por fuerza hacian lo poco que se ponia en efeto, dixo á Marco Antonio, que si el tiempo de obrar pasaba, sería fuera de culpa, pues vino en órden, y la tendrian los que por negligencia y escaseza perdian las ocasiones; y que [por] los respetos de la armada de su Rey sufriria detenerse allí todo el mes de Setiembre solamente. Parecióle bastante á Marco Antonio. La mortandad en Candía forzó á los venecianos á reducir sus galeras á número de ciento y veinte, á once las del Pontífice, y con las del Rey Católico á ciento y setenta, once galeazas, un galeon con remos, siete naves bien artilladas. Ramagaz, con sus dos galeras, llegó á la isla de Escarpanto, truxo algunos isleños y griegos, que por la vecindad y comercio de los turcos sabian sus cosas, y por aborrecimiento á su tiranía dixeron reduxo Piali á ciento y cincuenta sus galeras por la enfermedad y trabajo padecido. Animáronse los venecianos, restauraron sus bajeles con gente y municiones, ni en el número ni en la calidad iguales á los muertos; instaban en partir, y resolvian el dar la batalla. Marco Antonio lo consultó en el Consejo, y Juan Andrea por escrito dixo:

«No haberse de dar crédito á aquellos pocos griegos: el enemigo reco»nociéndose era superior por la relacion de los que reconocieron la armada »cristiana, compuso de todas sus velas ciento y sesenta; vista ahora la »union, podria rehacerse de más número y gente en la tierra fácilmente »para pelear, ó excusándolo meterse en sus puertos, esperando mejores »avisos para aconsejarse mejor.»

Navegando de noche llevaba Juan Andrea su fanal encendido, y los venecianos seguian el de la capitana del Pontífice, y se resentian. Requerido del Colona el Doria no desistió, respondiendo eran caballeros valerosos y bravos, mas de poca experiencia en las cosas del mar. De aquí todos entre sí quedaron con disgustos y encuentros mal avenidos, desdeñando el Doria el obedecer á Marco Antonio Colona por su poca prática de gobernar y

mandar armadas grandes. En el puerto del golfo de Calamata llegó aviso de la pérdida de Nicosia con gran sentimiento de toda la armada, traido de las dos galeras que por segunda vez fueron á espiar. Con turbacion y duda se aconsejaban. En Castel Rojo, setenta leguas de Cipro, se les gastó el tiempo con tempestad, que forzó al Colona y á los venecianos á meterse en el golfo de Calamata, sujeto á varios vientos, travesía suya. El Doria, buscando seguridad, se metió á la mar para correr donde mejor le estuviese, huyendo el dar en la costa, y avisó de su derrota á Marco Antonio. Los venecianos, interpretándolo con su sospecha de desampararios por la mala satisfacion que tenian de genoveses sus antiguos enemigos, se quexaban dél y áun del Rey, que con cautela y en aparencia los socorria, pues tomaba por ocasion el temporal para dexarlos. Su buen conocimiento salvó la armada del naufragio y desbarate que padecieron los compañeros. Juntos los generales, el de Venecia con sus proveedores trataba de lo que convenia hacer segun la disposicion de las cosas de Cipro. Los proveedores querian pasar adelante, é interponiéndose en los pasos por donde habia de ser proveida la armada y exército de los turcos, consumirlos con hambre. No lo aprobó el general Jerónimo Zane ni el Paravicino, porque trabajarian en vano, pues los turcos vitoriosos no se meterian en dudosa batalla; si la daban, sería con esperanza cierta de vitoria, llena su armada de tres veces más gente que ellos tenian, soberbios con la presa de Nicosia. Para hacer algun efeto sitiasen á Negroponte no bien en defensa de soldados. Los proveedores contradecian, y fué á la capitana del Pontífice á tratar la propuesta. El Colona le dixo: ¿qué habemos de hacer, pues estamos tan adelante por vuestre respeto? porque para su resolucion no hallarian tardanza ni poca voluntad de executarla. Propuso su empresa de Negroponte, y el Doria no la aprobó por fuerte y muy dentro en las tierras enemigas para recuperarle Selin, y no ser dellos socorrido. Por la pérdida de Nicosia no se mudase el parecer de pelear en el mar. Mirasen los venecianos si se conocian suficientes de gente y ánimo y no interrumpiesen el curso de sus consejos; y si no, acometiesen alguna buena ciudad en Dalmacia ó Esclavonia, que entrada no se perdiese socorrida de los Estados del Rey Católico ó de su República. No se podia hacer efeto ya en aquel verano, dixo el Colona, y para salir en el venidero presto se retirasen á prevenirse.

Á veintiuno de Setiembre partieron, y en el dia siguiente junto á Escarpanto, veintitres leguas distantes de Candía, el mar furioso desunió la armada, forzando á seguir cada uno su consejo, fortuna y salvamento. Juan Andrea se apartó, y á fuerza de remos tomó tierra cerca del puerto de Tristan, y aferróle otro dia. Salió al mar á los veintitres, y al arribar á Candía el tiempo contrario le volvió al mismo puerto y á las galeras del Pontífice y de Venecia derrotadas y maltratadas de los golpes del mar é ímpetu de los vientos con pérdida de un bajel de Venecia. Pareció al Doria no podia ayudar

ya en cosa alguna á los venecianos, y propuso su vuelta á Italia. Ellos decian sería fácil la venida de Piali á combatirlos descansada su gente y reforzada su armada, y sólo el nombre del Doria le retendria. Respondióles era su peligro y temor tan vano, como cierto el de su armada por las súbitas y ordinarias tempestades de aquel mar de Escarpanto, y más en la presente sazon. En esto convenian los pilotos y en no haber puerto capaz de tantos bajeles en toda su ribera. Si los venecianos querian retirarse, para seguridad del peligro de Piali iria de retaguarda en su conserva. Hubo grandes diferencias, y porque cesasen dixo Marco Antonio al Doria: «Si yo en virtud de la comision que tengo le ordenáre que no se parta, ¿obedecerá?» Respondió Juan Andrea: «No habiendo ocasion de pelear ni de hacer empresa, tenía libertad para hacer lo que convenia al servicio de su Rey.» Tan en contrario dixo Marco Antonio, que pasó la desconformidad á enemistad declarada. Salieron los venecianos del puerto de Tristan y navegaron á Candía, y el Doria no, que antevia eminente tempestad. Con tramontana deshecha el mar amenazaba los montes con gran daño y trabajo de venecianos y del Colona, que dos galeras le despedazó. Cesando la furia continuaron su viaje y llegaron á Candía; entró parte del armada en el puerto, y parte caminando á Suda con recio norte, dieron en tierra con riesgo de algunas galeras.

El Doria llegó á Suda ántes, aunque partió despues que los venecianos. Entrados algunos dias de Otubre abonanzando el mar, habida licencia de Marco Antonio y despedido de los venecianos, partió para Mecina. Envió á disculparse con el Pontífice de las calumnias del Colona, y fue á España á tratar de lo sucedido en aquel verano y responder á las quexas de Pío V y República de Venecia. El general Jerónimo Zane procuraba enviar socorro á Famagusta, pero todo se disponia mal por los muchos impedimentos y discordia de los capitanes. Dexó en Candía parte de su armada para la guerra de Cipro, y al Morato calabrés con dos mil soldados en guardia de la ciudad. Ordenó á los proveedores enviasen socorro á Famagusta por mano de Marco Quirino y Luis Martinengo, y se avió á Corfú, donde tocó la peste en las galeras del Pontífice por la comunicacion de las venecianas y con el mismo estrago; de manera que reduxo á cinco sus doce bajeles el Colona, y entregó los buques á los ministros de la República, y con muchas gracias dellos y agradecimiento, habiendo cumplido con todos los oficios y obligaciones de su cargo, se encaminó á Italia. No le faltaron á su viaje desgracias y peligros del cielo, elementos, tempestades de agua, fuego, de los hombres, que á todos estuvo cercano. En la costa de Cataro, vecino á los montes Acroceraunos, probó la suerte del abominable lugar por la memoria antigua. Dió en su capitana un rayo y la abrasó, salvo á sí y al estandarte por diligencia y ventura. Detúvose en Cataro ocho dias por el mal tiempo. Partió con alegre cielo y mar en bo-

nanza, y súbitamente sobrevino tempestad que le llevó á Arragusa la vieja; y no pudiendo aferrar el puerto, un recio levante, á tres millas de la nueva ciudad, le arrojó con tanta furia que embistió en tierra la galera y se abrió. Con miedo de ser hallado de turcos pasó la noche, y en el dia siguiente puso fuego al vaso, y la artillería en una nave para que la llevase á Italia. Con algunos ménos de los suyos se retiró á Arragusa, donde con benignidad y cortesía fue recebido y regalado de aquella República. Tan poco despues que partió llegó una gran banda de caballos turcos, que apénas escapó de su codicia y crueldad, por la ventura que le saeaba de los peligros en que le ponia la mala andanza. Abonanzando el mar, con tres galeras que de las doce le quedaron, pasó á Italia, y por tierra llegó á Roma. Piali, ya en poniente la armada cristiana y el año tan adelante, por ser necesario reforzar el exército en gran parte consumido, que en el primero verano habia de combatir á Famagusta, dexando diez galeras para su guardia y provision, fué á Constantinopla. En las Salinas supo lo acaecido á la armada veneciana, y caminó en su seguimiento con intento de pelear: no la halló, y pasó adelante. Desto se infiere que no la buscó ántes por temor, y que si la de la República estuviera tan entera como salió junta con las galeras del Pontífice y del Rey Católico, pudiera acometer y vencer ó socorrer á Cipro. Mas su mala suerte en aquel año fue grande por el incendio del arsenal y peste que consumió su gente y Estados, impidiendo el hacer los efetos en su favor que se dexan considerar. Los capitanes obraron segun esto, y su gobierno y deseos fueron de encaminar los medios con prudencia militar al fin de socorrer á Cipro, aunque se interpusiese el de una dudosa batalla. Mas todo iba en daño y castigo de venecianos con desgracia terrible, pues murieron sobre sus bajeles de peste casi cuarenta mil hombres, que si combatieran no muriera la cuarta parte. La armada que salió poderosa y bien proveida, volvió deshecha, rota, falta de todas las cosas. Cayeron de ánimo los venecianos, lamentaban sus desdichas y el detenido socorro de las galeras de España, dudando de su fe y de tener mejores efetos con la liga. En España no se dudaba ménos de la constancia de los venecianos, diciendo se confederaban por estar más poderosos para sacar mejores condiciones en la paz con el turco y dexar al Rey en el juego de las armas. Todo dificultó la conclusion de la confederacion que se trataba en Roma.

Los proveedores de Candía pusieron en buena órden cuatro naves grandes con soldados, armas, municiones y vitualla, y sabida la partida de Piali, las encaminaron á Famagusta con doce galeras de guarda á cargo de Marco Quirino. Llegó al puerto y echó á fondo tres galeras de turcos, tomó una nave y una mahona con soldados que iban á Mustafá; hizo entradas en la tierra sin resistencia de los enemigos amedrentados, y volvió á Candía á invernar dexando con buen ánimo para defenderse á As-

tor Ballon, valeroso y experto, que defendia á Famagusta, sitiada de los turcos floxamente. Está en el fin de la isla opuesta á la Soria, ciudad fuerte marítima con puerto capacísimo, mercado del reino. Fue Papho, y donde se convirtió por la predicacion de San Pablo el procónsul de Asia Sergio Paulo, el primero cristiano del Senado romano y dignidad consular, quedando súbitamente ciego el mago Elimas, que impedia su conversion, segun el capítulo XIII de los Actos de los Apóstoles, y que fue el primero obispo de Narbona, electo por San Pablo, cuando volvió de España á Roma, dicen el obispo Esquilino y Vincencio, historiadores; y Usuardo en su Martirologio le pone á doce de Diciembre y el romano de Marzo, y la iglesia de Tarragona le celebra, y dice su legenda predicó allí, y vino con San Pablo á España.

CAPÍTULO XVIII.

El Pontífice juntó los Comisarios para el efeto de la liga, y se disputa sobre su conveniencia.

Deseaba el religiosísimo Pío V el efeto de la confederacion con el Rey Católico y República de Venecia, y variamente se habló sobre su conveniencia entre ellos y el Cardenal de Granvela con su larga experiencia y conocimiento de la presente materia sobre que se conferia; y dixo en sustancia:

«Si el celo con que vuestra Santidad quiere unir los príncipes cristianos »en su defensa, y el deseo de oprimir la monarquía turquesca pudiera con»seguir el fin que piden las necesidades universales, fuera generalmente »ayudado, para que tuviera la confederacion el efeto que V. Beatitud pre»tende. Mas los imposibles para alcanzar buenos sucesos en todo hacen su »diligencia y santa intencion infrutuosas. Son muchas las causas y conside»raciones que vuelven inútiles ó defectuosas de nuestros confederantes las »ligas para vencer á los turcos, no sólo difícil, sino casi imposible, segun »enseña la prudencia humana. Mueven á los príncipes el honor y el interes »preferido con el color de su conveniencia: no puede ser igual ni seme»jante entre los confederados que abrazan la guerra contra el enemigo co»mun, y la dificultad mayor está en la concordancia del tratado de la union, »difícil de componer. No confinan igualmente con el turco, y cuanto son »más léxos del peligro, tanto ménos pronto á moverse ó aparejarse para la »guerra, y á contribuir al gasto con el ardor que les infundiria el evidente »riesgo y temor por la confianza y el deseo de verse libres dellos. Mo-

»lesta la cercanía de Argel á España, la de Albania á Venecia, la de Hun»gría al Emperador y al Rey de Polonia. Al Rey Católico conviene hacer »la guerra en el mediodía, á los venecianos en levante; y así no podrán ser »con igual satisfacion empleadas. No conociendo gran utilidad en la em»presa la desearán, mas la dispondrán ménos bien; y la desigualdad del in»teres hará dificultoso el comenzar, incierto el proseguir, por las diversas »mudanzas y variedad de cada príncipe, segun la pasion ó aficion suya. De »aquí sale gran imposible en efetuar la confederacion con fundamentos tan »saludables, que sea bueno el principio, el medio y fin mejores. Los con»vidados á ella no son igualmente poderosos, diferencia que trae comodidad »á unos de defenderse y de ofender con sus fuerzas. Y las porciones no »pudiendo ser iguales en la cantidad ni en la materia, harán, quiera (como »mayor y que más puede, el que más contribuye) tener la autoridad, para »que las empresas se hagan por su consejo y asistencia. Si camina por su »eleccion, conviene á los demas seguirle; si le fuerzan sus negocios á mu»dar intento y se retira, es forzoso hacer lo mismo los otros, perdiendo los »gastos, fatigas, trabajos, y quedar vanos los intentos y disposicion, ex»puestos los compañeros al peligro cercano que procuraban apartar. Cuando »hayan tomado alguna tierra, el más poderoso la retendrá, como el em»perador Cárlos V, unido con esta Sacra Silla y República de Venecia, á la »Belona ó Durazo conquistada, con tal enojo de la Señoría, que ántes eli»gió torpes paces con Soliman, señor de los turcos, que amistad y liga con »el César. Parece insuperable hoy el poder turquesco por su grandeza, buen »gobierno, fieles y obedientes ministros, union de los Estados en cuerpo »sólido (como es el circular) para mantenerse contra el vacío por la conti»nuacion, que da fuerzas y hace guardia á todos. Tienen los turcos su in»tento y personal exercicio en la guerra, estudio en el manejo y menesteres »de las armas, sin atender á otras artes y ciencias; y su marcial inclinacion »no desdeña los menores exercicios, quiriendo más el parecer espantable, »fuerte, feroz, que política. Injuria los que dexa en el reposo la ocasion, »señálanse en sitiar, batir, expugnar plazas fortísimas, escaramuzar á pié y á »caballo, en batallas de mar y tierra, fortificar y reparar los muros, con que »no hay imposible á su incorrupta disciplina. No han puesto la seguridad »en las murallas, sino en el número y valor de su milicia exercitada desde la »cuna, y ocupada porque no se entorpezca. No son inferiores á los ro»manos en esto, ni en la buena eleccion de soldados de la flor de belicosas »naciones, en la satisfacion y paga del sueldo, recompensa de honras é in»tereses; que los más débiles hacen valerosos y obedientes, dando á los más »virtuosos los mayores cargos y mercedes, llegando á merecellas por gra»dos, imitando á Mahometo II y á Selin I sus señores. Es gran cosa seguir »al valor y servicio la remuneracion por mano de su Príncipe, y el conocer »á los que premian, y que ellos las mercedes reconozcan solamente de su

»mano. Usaron con gran presteza de las ocasiones y de sus enemigos, co»nociéndolas y disponiéndolas mejor que otros capitanes para guerra ofen»siva con gran reputacion, siguiendo en las empresas órden bonísimo, con »ecelentes aprestos, máquinas, provisiones sobradas, número de comba»tientes ecesivo, de manera que por falta de alguna cosa jamas desampararon »jornada. No tomaron una sin dar fin á la primera, por no tener divididas »las fuerzas, acabando la otra con el yerro ó concierto, y por no guerrear »largo tiempo contra un enemigo, para no darle conocimiento entero de »sus mañas, mover de las armas, disposicion y fuerza de sus exércitos, mez»clando la fraude, falta de fe, quiebra del juramento con barbarie y tiranía. »Jamas hicieron caso de ligas, sino de su poder, para vencer con propia »gloria, ni le emplearon en guerra de importancia poca. Todos los súbditos »tienen necesidad de su señor para alcanzar y conservar dignidades, hon»rosos cargos, en ser y vida dependiente de su gracia, y le fortifica y au»menta. La obediencia y gobierno de los grandes ministros que ocupa no »reconocen otro padre, otro bienhechor, que los llena de bienes y honras, »con que olvidan parientes, amigos, resentimientos de sangre, y dedican el »ánimo y el cuerpo al servicio de quien son criaturas. Parece á V. Santidad »harán levantamiento los griegos á la vista de nuestras armadas, disponién»dole, y tiene muchos imposibles. Pratica el turco por regla de la seguridad »de sus vasallos, y contra la inteligencia que podrian tener con los cristianos, »la separacion que mantiene la iglesia griega y la romana, cisma contra la »amistad y union dellos. Volvióle fácil la conquista de Constantinopla; »ayudó el curso de sus vitorias, y casi puso en su mano aquellas ricas pro»vincias, y así procura no haya dado al romano Pontífice obediencia el Pa»triarca griego. Los tratos de la comocion popular no se tientan sino con »la ayuda de los más poderosos en la provincia que de improviso se ha de »acometer, y no se mueven sin conocimiento cierto de próspero suceso, y »poder tener puesto en alguna plaza fuerte. Esta no sólo no tienen los »griegos abatidos, mas ni ánimo para moverse, oprimidos con tantos in»fantes y caballos, que al mínimo movimiento de rebelion los destrozarian »miserablemente. Todas las empresas nuestras por conservacion del Estado, »ó por nuevo movimiento de guerra, no han sido bien entendidas y dis»puestas, en cuanto fundadas en ayuda y favor de amigo, no en nuestras »fuerzas. Su promesa alienta el curso del esfuerzo y disminuye los aprestos »propios, que sin ella serian mayores á proporcion de su disinio, y más »prontos y dispuestos á gozar del tiempo, ántes que se descubran las prá»ticas, esperando el socorro que de muchas partes se ha de juntar, con poca »seguridad si ha de venir por el mar y disposicion de los vientos. La liga »del Pontífice Paulo III con el emperador Cárlos V y República de Ve»necia hecha con gasto y cuidado inmenso hizo inútil la dificultad de jun»tarse las fuerzas y en el lugar diputado en sazon conveniente, y se em-

»plearon al cabo en la empresa de poca importancia de Castelnovo. Por »esto y ser tan grande el poder del turco, que no se ha de venir á batalla »sin arriesgar todas nuestras fortunas, establecida la confederacion es nece»sario haga la guerra el Rey Católico á un tiempo en Africa, venecianos »y la Iglesia en la Albania, el Emperador con la Alemania y Rey de Polonia »en Hungría. Las galeras de Malta y Florencia harán que las de Rodas y »Alexandria no se muevan, y las de Argel tendrán sobre sí la armada de »España. Desta manera movidos de su comodidad, interes, autoridad, fal»tarian las diferencias, y se moverian con mayor ánimo y fuerzas cada uno »para su empresa por su consejo, reputacion, útil y seguridad particular. »Acometido desta manera el enemigo dividirá sus fuerzas en muchas partes, »que no ha hecho hasta hoy, y con que venció, y así ménos suficiente para »defenderse de todas partes. Y los oprimidos ayudarán entónces (y podrán) »las armas cristianas para salir de la tiránica servitud viendo la division del »poder turquesco. La armada de la Iglesia y de Venecia no tendrá oposi»cion en el mar, pues cuando Soliman acometió la Hungría contra el em»perador Cárlos V, Andrea Doria, su general, con poca armada tomó á »Coron y Patrás, hizo grandes daños en levante, y corrió sus mares sin re»sistencia ni contraste. Para tales empresas deben contribuir todos los Prín»cipes cristianos, que están fuera del peligro, aunque dixesen no habia de »ser para ellos el gasto, para otros las ganancias en que están fundadas. »Muévalos el servicio de Dios, exaltacion de su Iglesia, la autoridad desta »Sacra Silla, el ruego y pío celo de V. Santidad, que habia de tener fuerza »de mandato. Mas, Padre santísimo, ¿cómo se ha de confederar el Rey Ca»tólico con República acostumbrada á quebrar la fe de las ligas, cuando »puede alcanzar la paz, á que es naturalmente por el ocio inclinada, áun »con menoscabo de su reputacion y estado? A quien desaniman las pérdidas »y ensoberbecen tanto las vitorias, que por una que tuvieron del Rey de »Francia, le llamaban hijo de San Márcos; no estimaban la Iglesia ni po»tentado en Italia, ponian su ánimo en hacer la República como la roma»na. Mas poco despues por una rota que les dió el Rey Cristianísimo en »Bayla perdieron el ánimo y consejo, y no sólo el Estado por rebelion, mas »dieron parte dél al Pontífice y al Rey Católico, con tal flaqueza y humi»liacion, que por Embaxadores se hacian tributarios del Emperador, y es»cribieron al Pontífice con poquedad, sumision servil y debilidad de es»píritu, para moverle á su compasion. Y no fue la rota entera, sino que »retirándose combatió uno de dos proveedores, y el otro llegó á Venecia »con veintiocho mil hombres; de suerte que si tuvieran valor y consejo »pudieran fácilmente rehacerse y mostrar el rostro á la fortuna, y llegar á »tiempo de vencer ó perderse honradamente, ó tener acuerdo más repu»tado con el Rey. Mas deslumbró los verdaderos hijos deste siglo para »humillarlos, no para acabarlos.»

El Pontífice, atento á lo que así dixo el Cardenal, respondió en sustancia:

«Fueron los príncipes cristianos causa de la ruina de la Iglesia, y con»viene, arrepentidos de su culpa y desamparo, unirse para defendella. Te»neis que el turco no puede recebir daño considerable en fuerza abierta, »mas no debeis perder el ánimo y la esperanza de vencelle volviendo los »ojos á Dios, pues no ser invencible muestra la experiencia. A Bayaceto I »en el monte Estella venció Tamberlan, y murió en su prision en jaula de »hierro como fiera. Fue roto y deshecho Carambero, bajá y capitan de »Amurates II, de Ladislao, rey de Polonia, en el valle del monte Hemus, »que vino á vengar la rota, infamia y pérdida que recibió el Bajá de la Na»tolia por el valor de Juan Humniades, que iba á recuperar parte de la »Sérvia y toda la Moldavia, y quedó roto y preso de Ladislao y su exército »casi todo muerto. Bayaceto II envió á Calibero y Quercollia, su primo, »en Asia contra Coyte, soldan de Egipto, con grueso campo para vengar»se del acogimiento que hizo éste á Zizimo, su hermano, á quien habia »dado socorro de gente y dinero contra él, y fue roto junto á Aden, ciu»dad de Cilicia; de manera que de cien mil combatientes no se salvaron »treinta mil, y los que vencieron no eran uno para seis, ayudados de los »mamelucos. Soliman se retiró del cerco de Viena, con pérdida de sesenta »mil en veinte asaltos generales. Para cobrar su perdida reputacion volvió »más pujante, y huyó más temeroso encontrado de las banderas del empe»rador Cárlos V, por su prudencia gobernadas. No refiero las hazañas de »Escanderbeg contra los turcos en Epiro, y cuántas veces rompió grandes »exércitos dellos, guiados de buenos capitanes de Amurates II, y con qué »valor recobró su patria y Estados heredados: ni las vitorias de Humnia»des ni de Matías Corvino con bien poco número de soldados, ni las de »los portugueses por el Mar Rojo; y los tártaros, que les quitaron la Taurica »Chersoneso, ni las de los persas célebres. Sesenta mil turcos combatieron »cuatro meses á Malta, y con pérdida de la mitad huyeron vilmente del »socorro, no muy grande en el número, del Rey Católico. Los curiosos »investigadores de las historias turquescas hallaron que en docientos años »han tenido con sus vecinos treinta y seis batallas, y vencieron las deciocho »solamente, y habiendo genízaros siempre, sino sola una vez ántes de su »institucion; y así no son invencibles, y estuvo su fortuna igual casi entre »la ganancia y la pérdida. De suerte que se ha conocido no tiene el sober»bio tirano la cabeza tan gruesa y tan de acero que no la puedan quebran»tar los príncipes cristianos, unidos para el bien de todos. No siempre in»tentaron con la sagacidad que se ha referido por admirable las empresas, »pues con poca consideracion emprendió Mahometo II la de Italia, y So»liman la de Diu en la India y la de Ormuz. No hay príncipe que no »esté á peligro de las armas turquescas, por más antemurales de provincias

»ajenas que tenga su Estado. Cuando Amurates pasó de la Asia en la Eu»ropa sus exércitos, la Hungría que ahora sujetan, ¿no era más apartada de »los confines de los alemanes que ahora es la Saxonia ó Baviera? Dirán que »por tener una montaña, un rio, un mar en medio ó algun Estado que »los cubra, tendrán seguridad; mas siendo cristianos debemos amparar lo »que está en riesgo, y asegurallo movidos con caridad, con suma providen»cia, como querriamos nuestras cosas. Consideren que como los que hoy »se hallan en el peligro por la cercanía que les ha traido el haber subyugado »y tragado esta bestia espantable los que estaban delante, podrian venir á »lo mismo, conquistando á los que son antemural dellos. ¿De qué sirven »los tesoros de los príncipes italianos y alemanes, y ciudades libres y sus »rentas? ¿En qué más loable ocasion los podrian jamas emplear sino para »alcanzar gloria y alabanza inmortal, que dará la exaltacion del nombre »de Jesucristo? Pues parecerá flaqueza de ánimo mirar, sin deseo de ayu»dar la cristiandad, devorar sus reinos del enemigo mayor, más cruel y ti»rano, no consiga el fin de dividirla y arruinarla, favoreciendo Soliman »astuto con tanto dinero, promesas y esperanzas de mejorar de estado al »heresiarca Lutero y al Duque de Saxonia, deseoso de ser Emperador, des»membrando el cuerpo de la Alemania para su desolacion por él aumen»tado, y más fuerte con su lamentable division. Ya que no les mueve el »daño de la Iglesia, su peligro los advierta; aspira al señorío de Europa, y »por consiguiente de los príncipes alemanes en ella comprehendidos. No »fien de su amistad falsa, pues á la pública fe falta sin respeto á la ley na»tural ni de Imperio, pues sólo el hierro es su exercicio para castigar los »nuestros y tiranizar el mundo. Si dió á Italia el sitio de Malta gran es»panto y temor, mirad qué sería verle en la tierra firme della. Importa ani»marse naciones tan generosas y armígeras para encontralle, rompelle, que »Dios ayudará nuestra justicia, si ya con su cuchillo no quiere castigar »nuestros grandes pecados, quizá los mayores procedidos de no defender »su honra y sus pueblos cristianos. Vosotros mirad cómo se hará la guerra, »que á mí sólo toca sacrificar á Dios y pedille desde esta silla de San Pedro »nos ampare, y requerir de su parte á vosotros ampareis su Iglesia Católica que peligra, porque no os castigue Dios en perdella y en perderos »justamente por ello. Y alumbre el Espíritu Santo vuestros corazones, que »yo no apartaré el mio de vosotros, ni la oracion de toda la cristiandad »católica.»

Los consulentes quisieran más tiempo para resolverse, no en la conclusion de la liga, que la aprobaron, sino en el modo de hacer la capitulacion, y el santo Pontífice los exhortaba y solicitaba para que brevemente lo dispusiesen y asentasen, como se dirá.

CAPÍTULO XIX.

Viaje y casamiento de la Reina, y fin de la guerra de Granada.

La Reina se hizo á la vela á venticuatro de Setiembre, y la de Inglaterra, Doña Isabel, envió su Almirante con diez naves á visitalla y acompañarla, ofrecerle sus puertos y todo lo que en su reino le podia servir. Desembarcó en Santander á tres de Otubre, en que cumplieron dos años que falleció la reina Doña Isabel. Para prevenir el recebimiento y viaje estaban allí D. Gaspar de Zúñiga y Avellaneda, arzobispo de Sevilla, hermano del Conde de Miranda, y el Duque de Bejar, D. Francisco de Zúñiga y Sotomayor muchos meses ántes. Y porque fuese más calificado el Arzobispo, y su virtud y servicios premiados, le dió capelo Pío V en la creacion de Cardenales que hizo á decisiete de Mayo de este año de deciseis personas ilustres, religiosos y sabios. El prior D. Hernando de Toledo venía sirviendo á la Reina, y avisó de su arribada luégo, y el Rey le envió el parabien della con el Conde de Lerma. En la ciudad de Búrgos hizo su primera entrada solene y triunfal, por la magnificencia con que sirvió su Cabildo y los naturales, cuya riqueza por el comercio la habia ennoblecido, como ilustrado su antigüedad y varones claros, célebres por sus hazañas y lustre de sus progenitores, en paz y guerra siempre dignos de gran nombre y felice recordacion. En Santoveña, poco distante de Valladolid, la visitaron sus hermanos Rodulfo y Ernesto, y acompañada dellos y de los otros dos menores, Alberto y Wincislao, llegó á Segovia, donde el Rey esperó con su hermana Doña Juana, viuda del príncipe de Portugal. Hizo su entrada debaxo de palio, con suntuoso recebimiento de la ciudad, que la solenizó con ornamento de grande gasto, y las bodas con fiestas muy célebres, como suele, áun en menores casos con esplendor y magnificencia, mostrando es tan rica como noble y antigua. Era obispo de Segovia D. Diego de Covarrubias y Leiva, natural de Toledo, por nacido en ella, que habia sido colegial de San Salvador de Oviedo, y graduado y catedrático de Salamanca, oidor de Granada, obispo de Ciudad-Rodrigo, y con este título se halló en el Concilio de Trento, donde á diez de Junio mil y quinientos y sesenta y tres, premiando el Rey sus letras y virtudes le presentó en promocion por obispo de Segovia. Como su Majestad Católica era tan observante de las ceremonias, juridicion y cosas eclesiásticas, y sabía toca el administrar los sacramentos al párroco, hizo que D. Luis Manrique le dixese queria le diese las bendiciones nupciales el Arzobispo de Sevilla,

que habia traido á la Reina, y por hallarse en su obispado se lo enviaba á decir para que lo tuviese por bien. La misma prevencion hizo el Arzobispo, y respondió le placia mucho. Y así á doce de Noviembre, domingo, fiesta de San Julian, se celebraron las bodas por mano del Cardenal, habiendo estado viudo el Rey dos años, un mes y nueve dias, á los cuarenta y tres años, cinco meses y veinticuatro dias de su edad; y la Reina á los ventiuno ménos quince dias, porque nació en la villa de Cigales, dos leguas de Valladolid, en el dia de Todos los Santos, en el año mil y quinientos y cuarenta y nueve, gobernando estos reinos sus padres, Maximiliano y María, como ya escribimos. Fueron padrinos el príncipe de Hungría, Rodulfo y la Princesa su tia. El concurso de Grandes y títulos fue grande, así en este dia como en el tercero despues, en que los Reyes salieron á misa á la catedral, que de pontifical dixo el cardenal Espinosa. Asistieron el de Sevilla y el Arzobispo de Rosano, nuncio de su Santidad; el Obispo de Segovia y el Arzobispo de Casseli en Irlanda. Don Iñigo Fernandez de Velasco, condestable de Castilla; D. Luis Enriquez de Cabrera, almirante de Castilla; su hijo D. Luis, conde de Melgar; D. Iñigo Lopez de Mendoza, duque del Infantado; D. Francisco Lopez Pacheco de Cabrera, marqués duque de Escalona; D. Juan de la Cerda, duque de Medinaceli; D. Gomez de Figueroa, duque de Feria, y su hijo D. Lorenzo, marqués de Villalva; D. Pedro Giron, duque de Osuna; D. Manrique de Lara, duque de Nájara; el príncipe Ruy Gomez de Silva, duque de Pastrana; D. Antonio de Toledo, prior de Leon; D. Fernando de Toledo, prior de Castilla; D. Luis Manrique, marqués de Aguilar, cazador mayor; D. Francisco de Sandoval, marqués de Denia; D. Fernan Ruiz de Castro, marqués de Sarria, mayordomo mayor de la princesa Doña Juana; D. Pedro de Zúñiga y Avellaneda, conde de Miranda; D. Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Mondéjar; D. Diego Lopez de Guzman, conde de Alba de Aliste; Vespasiano Gonzaga, príncipe de Sabioneda y duque de Trayeto, general de italianos en mar y tierra, visorey de Navarra despues; D. Pedro Fernandez de Cabrera, conde de Chinchon, mayordomo y del Consejo de Estado del Rey y tesorero general de la Corona de Aragon; D. Enrique de Guzman, conde de Olivares, su contador mayor y presidente del Tribunal de Cuentas; D. Lorenzo de Mendoza, conde de Coruña; D. Pedro de Castro, conde de Andrade; D. Francisco de los Cobos, conde de Ricla, D. Antonio de Zúñiga, marqués de Ayamonte; D. Jerónimo de Benavides, marqués de Fromesta; D. Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Zahara; D. Juan de Saavedra, conde de Castellar; D. Francisco de Rojas, marqués de Poza; D. Luis Sarmiento, conde de Salinas; D. Francisco de Rojas, conde de Lerma; D. Francisco de Zúñiga, conde de Benalcázar; D. Fernando de Silva, conde de Cifuentes, alférez mayor de Castilla; D. Pedro Lopez de Ayala, conde de Fuensalida; D. Juan de Mendoza, conde de Orgaz; don

Gabriel de la Cueva y de Velasco, conde de Siruela; el conde Ferrante Gonzaga, marqués de Castellon; el conde Alfonso de la Sumaria, italianos; el conde Vinciguerra de Arcos; el conde Ludovico Lodron de Arcos, alemanes; el Conde de Tribulcio. A veinte de Noviembre partió la Reina del bosque de Segovia para hacer su enteada en Madrid á ventiseis dél. El corregidor D. Antonio de Lugo, del hábito de Santiago, le besó con el regimiento la mano, y le dixo: «La venida de vuestra Majestad sea tan próspera y tan felice y por tan largos años como el bien universal de estos sus reinos lo ha menester, y todos á Nuestro Señor suplicamos: vuestra Majestad reciba, con la clemencia que acostumbra, el servicio que esta villa tan aficionadamente, casa y morada de vuestra Majestad, hace, deseando en todo acertar, como tan fieles y leales vasallos.» El cardenal Espinosa, con el Consejo Real y Alcaldes de Córte, salió y los demas seis tribunales á besar la mano á la Reina, y comenzaron por el de Contaduría mayor de cuentas. Estaba su Majestad, acompañada de muchos Grandes y títulos, hermosa y con majestad natural; y debaxo del pálio, por arcos verdaderamente triunfales y calles de triunfo, con fiestas, música y público contento pasó hasta el alcázar, acompañada de los señores y caballeros costosamente ataviados y lucidos con libreas y criados, mostrando la grandeza de sus casas y la ecelencia de Castilla. Envió al Conde de Olivares á Francia á dar el parabién á los Reyes de su casamiento. Hizo su embaxada con grandeza, obligando con el buen servicio á su Rey, y con el grande gasto empeñando su casa.

Aunque su Majestad tuvo intento de que en la armada en que vino la Reina fuese á Flandres el Duque de Medinaceli á gobernar, no lo dispuso, y publicado causó inconvenientes en su administracion. Pidieron al de Alba con gran instancia las provincias enviase á Lombardía la caballería ligera que de allí sacó, pues habia paz en ellas y en los confines. Por consulta del Rey envió diez compañías de caballos y dexó quinientos que ántes de la guerra habia.

El Duque de Arcos, con cuatro mil peones y ciento y cincuenta de caballo, se puso á dos leguas de la sierra de Istan, donde los moros estaban fortificados en lugar asperísimo y de subida dificultosa, y quemaron la sierra para que las piedras corriesen más arrojadas desde arriba. Con mil infantes y algunos caballos reconoció, puesto en la montaña de Arbote, el lugar fuerte y alojamiento de los moros y lugar del agua. Mostráronse fuera sin ser acometidos, por venir la noche y esperar la gente que de Málaga traia Arévalo de Zuazo. Puso guarda en aquella montaña, aunque ochocientos arcabuceros y ballesteros lo impedian con escaramuza que duró tres horas, no muy apriesa, pero extendidamente; y viendo que dos banderas les tomaban la cumbre, se recogieron al fuerte con su daño y poco de los del Duque. Reforzóse la guardia de aquel sitio con otras dos banderas.

Llegó Zuazo con dos mil peones y cien caballos, y por el norte, subida ménos difícil, se combatió á los moros. Pedro Bermudez, con ciento y cincuenta infantes, haciéndoles dos banderas espaldas, subió á tomar las dos cumbres que subian al fuerte, y á la diestra Pedro de Mendoza con otra tanta gente y el mismo órden, dexando entre él y Bermudez parte de la montaña que los moros habian quemado. Zuazo con sus soldados seguia más á la derecha con los arcabuceros delante. Luis Ponce de Leon, con otros seiscientos, por un pinar ménos embarazado caminó. El Duque tomó con la artillería y caballería y mil y quinientos infantes el lugar entre Pedro de Mendoza y Zuazo, y el Mendoza con mil infantes y algunos gastadores disponia los pasos para la caballería, con que la montaña se cercó, caminando igualmente á corto paso, guardando el aliento para el combate, sino por la parte de Istan que no admitia su aspereza gente. Vian unos á otros, y casi podian darse la mano. Los moros, viendo á Mendoza más desviado y que no podia ser con presteza socorrido, le acometieron á la tarde con pocos y desmandados escaramuzando. Él contra el órden salió con demasiado calor á la escaramuza, sin aguardar unos á otros, y los moros, retirándose, le cebaban, y con recelo y desconfianza, viendo el peligro y poca obediencia de su gente; y puesto que envió á retirarla tres compañías, fue necesitado á tomar lo alto para reconocer el lugar, y con los que con él se hallaban y que pudo retirar á sí, atravesó los que subian, y retuvo los desmandados y cansados. Los moros, desemboscándose, huyeron á su fuerte. Viendo tan adelante la gente, y ser imposible retirarla toda, las celadas descubiertas, los moros en órden de cargar á los que subian fatigados y desordenados, aprovechándose de la desórden, arremetió y pegóse con el fuerte de manera que fue de los primeros al entrar. Los moros no osaron esperar, descolgándose por lugares ásperos y peligrosos, y se esparcieron por Rioverde, Istan, Monda, Sierrablanquilla, y dexaron cuatrocientos niños y mujeres en presa. Siguió el alcance con poco fruto el Duque, por ser la tierra y la noche muy cerrada. En el fuerte alojó sin ropa ni vitualla, y dió licencia á los de Málaga para que corriesen la sierra á una y otra parte. Caminó á Istan, envió cuatro compañías sin banderas. Las tres quemaron dos barcas grandes que habian fabricado para ir á Tituan; la cuarta, yendo con Murillo, su capitan, á Rioverde, y no guardando el órden, dió en los enemigos cerca de Monda, en el cerro del Alcornoque, á vista de Istan, y seguida y rota se retiró. Oyó el Duque los tiros, y mandó á Pedro de Mendoza salir á socorter y recoger la gente, y llegando á ver los enemigos hizo alto recogiendo alguno, ó temiendo emboscada en lugar abierto, ó poco ganoso de pelear, con que murió Murillo y los más de su compañía. En el mismo dia encontraron con el alcaide de Monda y capitan Ascanio con ciento y cincuenta soldados y otra gente, que sin órden del Duque salió, murieron, y la mayor parte de los soldados. Ordenó el Duque

tornase Arévalo de Zuazo á Monda con su gente, y á D. Sancho de Leiva enviase ochocientos infantes de su cargo, y con la de Ronda viniese Pedro Bermudez, y esperó en Monda. Llegaron D. Alonso de Leiva, hijo de don Sancho, con los ochocientos hombres de Galera, y ordenó el Duque á Pedro Bermudez que con mil arcabuceros tornase la siniestra, y á D. Alonso ir por el Negral, y él con su parte caminó derecho al Alcornoque. Corrieron la tierra sin hallar rastro demas que haberse esparcido por las sierras. Volvió D. Alonso á las galeras, Zuazo á Málaga, el Duque á Marbella ó Berbesula antignamente.

Los moros, repartidos por las montañas, no se afirmaban en puesto, pasaban á Berbería por travesía corta; no podia seguirlos exército formado, y guarneció los lugares de donde con facilidad podian ser perseguidos y echados de la tierra con cuadrillas; despidió la gente de las ciudades y señores, retuvo la de su Estado diestra y exercitada, aunque servia á su costa. Viendo D. Juan de Austria que Abenaboo queria ser moro y tenía siete mil infantes y armas á cumplimiento á doce mil, ordenó entrase el Comendador mayor en la Alpujarra con el exército. Llegó á Orgiba con cinco mil hombres bien armados, y allí recibió los estandartes de caballos de Córdoba, que estaban en las Albuñuelas, y setecientos y treinta soldados de las Guajaras, Almuñecar y Salobreña, á cargo del capitan Antonio de Berrio. Don Juan partió de Guadix y vino á la Calahorra, donde estaba junta la gente que habia de entrar por aquella parte, y don Pedro de Padilla y Juan de Soto, maestre de campo del tercio que llamaron de Francia, con tres mil y docientos peones y mil y quinientos bagajes mayores cargados de bastimentos, y D. Juan Antonio Moreno, D. Rodrigo de Benavides, Tello Gonzalez de Aguilar, D. Gomez de Agreda con la caballería en Andarax, y en Valor D. Lope de Figueroa con ochocientos peones y cuarenta caballos. La gente corria la tierra, talaba los panes, mató y prendió muchos moros y ganados, y vendida la presa se repartió; y el quinto del general tocaba al que gobernaba en el dia que se hacía. Retirábanse al valle del Infierno los moros, y escribió D. Juan al Presidente ordenase á D. Francisco de Mendoza los cargase con el presidio de Guejar y el mayor número de gente que pudiese. Corriendo el exército á Poqueira y Pitres de Ferreira, truxo mil y cien esclavos, mató quinientos, ganó ganados y bagajes en número grande, corriendo ocho tercios la Alpujarra. Sacaron trigo de las cuevas en gran suma, mataron ochocientos y captivaron docientos moros. Comenzaron fuertes en Mecina, Berchul, Cadiar, Cuxorio y Jubiles, para que su general corriese la campaña y no hubiese sierra, cueva ni valle seguro. En Mecina prendieron muchas personas en una cueva, y la mujer y dos hijas de Abenaboo, y él por un agujero se salvó. Matóle el Seniz y llevóle á Granada al Presidente. Farax, mucho tiempo ántes, huyendo de Aben Humeya que le queria matar porque pre-

tendia ser Rey, y la gloria de procurar la libertad y desagravio de su nacion, fue hallado enfermo de un capitan de monfis, y considerando fue autor del levantamiento y destruicion de aquel reino y muerte de tantos moros y cristianos, le mató, hiriéndole con una lancha en la cabeza. Y así estos dos perversos hombres, y Aben Jaguar ó el Zaguer, y el imprudente reyezuelo Aben Humeya, apóstatas, murieron miserablemente. Gran exemplo á los vasallos de los príncipes para que no se rebelen por mejorar de fortuna, pues tan adversa la tuvieron éstos, y á los que dexan la verdadera ley de Jesucristo, para que no duden los ha de castigar Dios con tan desastradas muertes como á los cuatro caudillos de los moros.

Ordenó el Rey al Duque de Arcos juntase gente de las ciudades vecinas para hacer la guerra si no se reducian, y juntóse buen número de á pié y de á caballo, tambien de los señores, y bastimento para mantenerla quince dias. Salió á reconocer el fuerte de Calabuc, en Sierra Bermeja, llamada Gebalhamar, descubriendo los pasos por la seguridad y poca certeza de la fortuna, y metió una compañía en el fuerte; y los moros, gozando de la concesion del Rey conforme á su peticion, comenzaron á reducirse. El Melique, atrevido y engañoso, les disuadió la reducion, diciendo los engañaba y vendia su tierra el Arabei por nueve mil ducados que le dió el Duque de Arcos (cosa contra verdad) y que los habia de echar al remo. Mataron al inocente Arabei y á Berberí, su compañero, y mudando de intento, aunque no todos; pero cerrólos con guarda el Melique. Los de Benabuz enviaron por perdon; llevóle Albarquoque, y una carta á los de Marbella para que guardasen el fuerte de Montemayor. Los de la escolta le mataron por roballe y que durase la guerra, y aunque el Duque los echó en galera, no pudo reducir los escandalizados del suceso y de haber muerto los de Roda cien moros. El Rey dispuso la salida de los que habian quedado, y la primera fue del reino de Granada, yendo las familias enteras con sus bienes seguras con sus comisarios y listas de los que llevaban para los distritos de los repartimientos. Muchos huyeron á Berbería, y algunos quedaron en la sierra, y perseguidos con las cuadrillas fueron presos y muertos. Don Juan despidió la gente y capitanes, y vino á Madrid á disponer su viaje para Italia, dando fin á la guerra.

«Esta fue al principio tenida en poco y liviana dentro en casa, y fuera »estimada y de gran coyuntura, y que tuvo en cuanto duró atentos y no »sin esperanza los ánimos de príncipes amigos y enemigos, léxos y cerca; »primero cubierta y sobresanada y al fin descubierta, parte con el miedo »y la industria, parte con arte y ambicion. Los rebeldes juntos, desasose»gados, ofendidos, representados en forma de exércitos, necesitada Es»paña á mover sus fuerzas para atajar el fuego, salir el Rey de su Córte »y acercarse, encomendar la empresa á su hermano, persona tan calificada »y señalada, pelearse cada dia con enemigos, frio, calor, hambre, falta de

»municiones y aparejos en todas partes, daños nuevos, muertes, hasta ver »los enemigos belicosos, enteros, armados, confiados en el sitio, en el fa»vor de los berberis y turcos vencidos, rendidos, sacados de su tierra, de»poseidos de sus casas y bienes, presos, atados hombres, mujeres, niños, »captivos, vendidos en almoneda, ó llevados á habitar tierras léxos de la »suya; captiverio y transmigracion no menor que de otras gentes se lee por »las historias; sucesos tan peligrosos, que se dudó alguna vez si éramos »nosotros ó los enemigos á quien Dios queria castigar, hasta que descu»brió el fin della éramos los amenazados, los otros los castigados.»

CAPÍTULO XX.

Dificultades en hacer y concluir la liga entre el Pontífice, el Rey Católico y los venecianos, y sus condiciones.

(Año 1571, y el quinceno del reinado de Don Filipe.)

Grandemente pesó al Pontífice del poco efeto de la armada en aquel año mil y quinientos y setenta, y con deseo de mejorar los sucesos instaba en la conclusion de la liga tratada con tan várias contiendas, que prolongaron el fin por ocho meses. Juntó en su Palacio los cardenales Granvela y Pacheco, y á D. Juan de Zúñiga parte del Rey Católico, y á Miguel Soriano de Venecia. Exhortólos á la union, representándoles los trabajos de la Iglesia, el aumento del turco pujante con las discordias de la cristiandad, olvidada de sus príncipes llevados de su interes y ambicion. Para la comun defensa y ofensa del tirano, procuraba unir sus fuerzas con las del Rey Católico y república de Venecia, aplacando á Dios airado por sus divisiones: quizá, pues, mezclaba misericordia con la ira, los despertaba con la invasion de venecianos para grandes empresas. Vencidos podian ser los bárbaros, cuya insolencia convenia reprimir. Los ánimos aparejados para hacer la liga de sus príncipes siguiesen sus ministros fieles, y la concluyesen para su propio bien. Movieron estas razones á los diputados, y luégo trataron de condiciones. La congregacion se hacía en San Pedro, donde posaba el cardenal Alexandrino, uno de los comisarios sobrino de Pío, y era de los cardenales Moron, Chiesia, Grassi, Celsi, Aldrobaldino y Jerónimo Rusticuche. Propuso el Pontífice y pidió condiciones, haciendo la causa comun, porque los del rey Filipe esperaban que los venecianos, á quien principalmente tocaba la defensa, pidiesen. Estos no querian humillarse, pareciéndoles importaba tanto al Rey Católico. Convinieron en que

las fuerzas fuesen docientas galeras, cien naves, cincuenta mil infantes, cuatro mil y quinientos caballos. Era la costa seiscientos mil escudos al mes, y en el repartimiento desconvenian. No querian pagar los venecianos más de la cuarta parte, el Rey más de la mitad, el Pontífice podia poco. Nombró Pío por su general á Marco Antonio Colona, el Rey á su hermano D. Juan, Venecia á Jerónimo Zane, con autoridad igual prevaleciendo el parecer de dos. Convenia crear cabeza con supremo grado executor de las deliberaciones, obedecido de los generales. Venecia alegaba competirle el nombramiento por ser la guerra publicada contra ellos: contradecian los del Rey por la reputacion de su Corona, y poner más fuerzas, nombrando en consentimiento del Pontífice y Venecia, porque no sin gran injuria suya y de su hermano hijo de Emperador mayor de los emperadores sería el nombrar otro, por la alteza de su sangre y grandeza del hermano. Fue nombrado general en mar y tierra D. Juan, y sobre su lugarteniente largamente se disputó. Decian los agentes del Rey que por la eminencia que se dió á D. Juan le tocaba el nombramiento. Contradecian venecianos, temiendo se hiciese en Juan Andrea sospechoso y poco amigo. Clamaban por él la importancia y ecelencia de su persona, los antiguos servicios suyos y de su tio por su grandeza ilustres é inmortales. Remitido al Pontífice nombró á Marco Antonio Colona, por la autoridad de general de la Iglesia, y seguro de que miraria al bien comun. No efetuaban los del Rey alargando con novedades el fin de la union, y Pío le escribió sobre ello con Pompeo Colona, diestro en las materias de Estado y guerra. Respondióle Filipe era su deseo el de su Santidad, y no cesaria hasta acabar la vida. Para cumplir con obras, de más del gran número de sus galeras juntó otro de navíos y gruesos baxeles, asoldó diez mil alemanes, ocho mil españoles, ocho mil italianos. Mandó á sus capitanes los juntasen, á sus vireyes y ministros de provision hacer grandes aprestos de vitualla, municion, aparato y máquinas de guerra en Génova, Nápoles y Sicilia. Escribió enviaria luégo en Italia á su hermano con órden de hacer animosa y solícitamente la guerra, segun el esfuerzo y fuerzas de la confederacion. Todo estaria á punto, porque si no se concluyese lo emplearia en la recuperacion de Argel. Algo pareció diverso el camino de los ministros del de su Príncipe, procurando hacer de consideracion su servicio, pues turbó la junta un papel en que Granvela propuso nuevas condiciones, con poca reputacion de venecianos, y alteró su República. Decian hasta cuándo serian burlados de los españoles con engaño entretenidos; porque despojados por el turco de su señorío, faltase á Italia el principal fundamento de su libertad, á cuyo imperio con desenfrenado deseo ya aspiraban. No tenian mejor consejo que el de la paz, tratándola por mano del Baxá Mahamet, de que les habia dado esperanzas. Se enviase á Constantinopla para ello á Jacobo Ragazzano, solícito, de buen ingenio y con-

sejo y prática en aquella córte y puerta della. Pío, cuidadoso para aquietar la República, envió á Marco Antonio Colona, y en el Consejo de Ciento, despues de haberle recebido con la honra de su ciudadano y Embaxador del Pontífice y caricia de amigo, les dixo así:

«Bien entendido debe tener esta Serenísima República el buen ánimo »cerca della del sumo Pontífice verdaderamente Pío y santo, y mi deseo de »su conservacion y aumento, honor y estabilidad, y de Italia, como celoso »del bien de la cristiandad, y como ciudadano de Venecia y ministro de »Príncipe tan bueno y justo. Crece el enemigo comun por la discordia de »Europa, y sabe vuestra Serenidad cuanto al presente sea en su daño. Para »retener su furioso ímpetu, soberbia y castigar su tiranía y atrevimiento, »es la confederacion forzosa, que pide Pío se efetue brevemente por esta »Señoría con su Beatitud y con el Rey Católico. Alaba el mundo el inten»to, y pone la esperanza de la salud universal en esta felicísima concordia. »Yerro sería notable por demandas y respuestas que hay entre los que tra»tan negocios de tanto peso, que se pueden y deben acomodar con pacien»cia y prudencia, pues se aventura el bien general, no efetuarse principal»mente por esta generosa y sábia República, y más interesada por su pro»pia defensa en las empresas que han de hacerse necesariamente. Pues no »sin secreta, sobrenatural causa ha venido al colmo de poder y gloria vene»rable y admirable, con que en todo el orbe es celebrada, por la diciplina »civil, temperamento de gobierno loable, por la perpetuidad procurada de »la paz, por la justicia y santidad de religion, por tantos y tantos siglos di»chosamente mantenida con escelencia de grandeza inmortal. Esto tomando »principio de la gente que acaso por necesidad ocupó las isletas, y con la »desolacion del Friuli y de Lombardía por los Humnos y por los Godos »arruinadas, recogiendo amigablemente las personas mejores que dexaron »por temor de los bárbaros sus propias casas: no para franquicia y asilo de »malhechores, como Roma, y ruina de sus confines, previniendo en el »acometer, sino contemporizando y atendiendo á las ocasiones, su dominio »amplamente ha extendido y perficionado la ilustrísima República con su »mejora, pasando de popular á nobilísima aristocracia. Muéstralo el Sere»nísimo Duque, dignidad y principado, en quien no tanto la autoridad y »el poder, cuanto la majestad y la grandeza de la República se representa »con este Senado, que parece como dixo del romano Cineas, orador de »Pirro, junta de príncipes de gallardos entendimientos por arte de la paz y »de la guerra eminentes, de consejo útil, alerto, maduro, uniforme, valor, »ánimo, amor, como quien trata y gobierna sus propias cosas, costumbre »de las repúblicas; pues pocos vasallos de los mayores reyes mataron sus »hijos por su libertad, como por la de las suyas Lucio Bruto y Tito Man»lio para establecer las reglas militares, y Decios, Callicratide, Leonida. »Esto, no como en tiempo que Italia estaba dividida cual la potencia de

»los romanos comenzó, sino cuando el Imperio y ella de gente extranjera »armígera horriblemente era trabajada, perdiendo la libertad y la vida con »el poderío de los Godos y Longobardos, por estar dividido el Imperio en »Occidental y Oriental; en cuyo medio fue bien menester á Venecia la »defensa. Enflaquecidos los dos Imperios de autoridad y fuerzas, gozando »luégo del beneficio del tiempo en mar y tierra gallardamente se extendió, »comenzando con la conquista de Padua fundamento de su ampliacion en »Lombardía y de su poder con Brescia, Cremasco, Polesine, Vicentini, »Trevigiano, Veronese, Bergamasco, las islas donde hay trecientos y cin»cuenta mil vasallos mantenidos en paz y justicia, asegurados con fortale»zas y armadas á costa de gran suma de tesoro, por su prontitud en servir »con dinero y armas, y por su riqueza natural y artificial. Fue Roma su»perior á Venecia en la multitud de vitorias, en el rigor de las armas, en la »gloria de los triunfos mayores, cuanto mayores los príncipes sujetados, en »la grandeza de las conquistas del Imperio; mas inferior en la industria de »mantener la paz, en la moderacion en el gozar de su poder y fortuna, y »en los medios de su duracion, por donde mereció llegar á su glorioší»sima cumbre. Es sabido su gran tesoro, y si es mayor en otros Estados, »está libre de sus gastos superfluos de familia y amigos, con que las rentas »no llegan á servir con la mitad ó tercio de lo que se dice. Con su copia »de dinero compró de Manuel Paleogolo á Lempoto ó Lepanto, Nápoles »de Romanía, Malbasia, y de Georgio Balsichio en empeño á Escutari, y »con emprestidos se hizo cabeza de la libertad de Italia, y la armó contra »la entrada poderosa y temida del rey de Francia Cárlos VIII. A Hungría »quitó con guerra la Esclavonia y la Dalmacia. A los emperadores griegos, »Saloniqui y la Morea. Aunque de Pipino, rey de Francia, fue guerreada »poderosamente, y en la empresa de Ferrara tuvo en su contra todos los »potentados de Italia, en su defensa dos exércitos mantuvo en los confines »de Milan y en el Ferrarés, armadas en el Pó y en el mar contra Nápoles, y »contra Luis XII, rey de Francia, cinco mil caballos y treinta mil peones. »Si con el exército de todos los príncipes de Europa coligados en Cam»brai, fue por Pádua acometida, quedó vitoriosa y franca, y con las des»dichas y trabajos creció de reputacion, de valor, y en el estado trabajoso »más que en el quieto, señal de gran poder, magnanimidad y prudencia. »Deciseis años guerreó contra el fiero y sangriento Mahometo II, señor »de los turcos, á cuya pujanza y tiranía no resistieron los Emperadores de »Trapezunda y Constantinopla, soldanes de Egipto, reyes de Persia y de »Hungría, y por su milicia y providencia insuperable resistió. Con las li»gas creció su señorío, pues teniéndola con Amadeo de Saboya, conde »Verde llamado, y con Ubaldo, conde de Campagna, con Ludovico, con»de de Bles, con Baldiuino, conde de Flandres, con Bonifacio, marqués »de Monferrat; lo primero recuperó á Zara, despues se hizo la empresa de

»Constantinopla, y la ganancia de tres octavos de lo conquistado le tocó, »y en particular Galipoli, Modon, Coron, Durazo, y casi todas las islas »de aquel mar, y entre ellas Candía y Corfú, y de lo más infeudó á ca»balleros valerosos. Confederada con Azzo Vizconte y con florentines »contra Mastino de la Escala ganó á Basano y Castebaldo; con Matía »Corbino, rey de Hungría, y con Georgio Escanderbeg enfrenó la po»tencia otomana, y lo prosiguió por sí ciento y cincuenta años. Con flo»rentines contra los Vizcontes alargó el Estado en Lombardía, y con el »rey de Francia Francisco I le restituyó á Brexia y Verona. Pues alcanzó »tantas vitorias y tantos Estados, tantas glorias con ligas esta poderosa »República, ¿en qué repara y duda ahora en concluir la presente tan nece»saria para su bien y defensa? Ni de la voluntad sincera del Rey Católico »pronta en beneficio comun, probada con el batallon de galeras con que »liberalmente ayudó á esta República en el verano pasado. Si los sucesos »fueron contrarios, en éste podrian ser tan prósperos que se recupere lo »perdido ahora y en la pasada edad de estado y nombre. Tiene tesoro y »arsenal ecelente por su buena disposicion, cumplimiento y antigüedad »de más de quinientos años en juntar en él la generalidad de las cosas que »le afama, donde admira la abundancia, la buena forma de galeras, el ar»mamento de cincuenta en un dia, aptas á navegar y combatir, el temple »de los metales que parece fábrica de Vulcano, y en la pez y fuegos Mon»gibelo. El negocio pide presta resolucion, y así espero la tomará esta »República, porque es sábia, poderosa y le está bien, por el amparo de la »cristiandad, porque lo pide el pontífice Pío, que le procura, y para ello »convoca el mundo, á quien se debe obedecer como á Vicario de Dios; y »porque Marco Antonio Colona, ciudadano de Venecia y capitan de la »Iglesia, con amor y consejo está pronto en ayuda y contínuo servicio de »vuestra Serenidad.»

Luégo envió la Señoría órden á su Embaxador en Roma para que se efetuase el concierto de la Liga. Concluyóse, juróse y publicóse con universal alegría y esperanza de grandes efetos y vitorias, desta manera:

«LIGA PERPÉTUA CONTRA EL TURCO Y SUS REINOS TRIBUTARIOS, ARGEL, »TÚNEZ, TRIPOL.

»Las fuerzas sean docientas galeras, cien naves, cincuenta mil infantes, »cuatro mil y quinientos caballos con municiones y aparatos. Los generales »estén en fin de Marzo ó Abril en los mares de levante con sus armadas. »Embistiendo el turco alguno de los coligados, envie la Liga ayuda sufi»ciente, ó vayan todos, si es necesario. Los confederados asistan en Roma »por sus embaxadores al otoño, para deliberar la jornada que se hará á la »primavera siguiente. Pague el Pontífice tres mil infantes, docientos y se-

»tenta caballos y doce galeras. El Rey Católico de lo restante contribuya »tres quintos, y dos Venecia. La República dé al Pontífice las galeras ar- »madas y artilladas, con que él las pague ó restituya salvas. Ponga cada »uno más fuerzas en tierra ó mar, segun tuviere aparejo, y satisfágase de »lo demas. La vitualla se compre de moderado precio, donde más abundan- »cia haya en los Estados de los confederados, sin que primero puedan los »señores hacer sacas, ecto el Rey Católico para Malta, la Goleta y sus »armadas. No se pueda imponer nuevo tributo ni acrecentarse sobre los »bastimentos, de modo que se encarezcan á la Liga. Si no se hiciere jornada »y el Rey ó la República fueren asaltados por el turco, acuda el otro con »cincuenta galeras. Si el Rey hiciere jornada á Argel, Túnez y Tripol, ó »la República á la Belona ó fortalezas del mar Adriático, ayude el otro con »cincuenta galeras, prefiriéndose el Rey Católico si acometieren en un »año. Si fuere asaltado el Pontífice, acudan los coligados con todas sus »fuerzas. Lo que votaren los dos generales del Pontífice, Rey ó República, »execútelo el de la Liga. No use el general estandarte propio, ni usurpe »otro nombre que general de la Liga. Déxese honradísimo lugar al Em- »perador, Reyes de Francia y Portugal, y la parte con que contribuyeren, »aumente las fuerzas de la Liga. Procure Pío se confederen el Rey de Po- »lonia y otros príncipes cristianos. El despojo divídase entre los coligados »y las provincias que se ganaren, segun lo capitulado con el Emperador en »el año mil y quinientos y treinta y siete. Ampárese Ragusa. De las dife- »rencias entre los confederados, sea juez el Pontífice. Ninguno pueda hacer »paz con el turco sin consentimiento de los demas coligados.»

Luégo Pío confirmó al Rey Católico el subsidio, y concedió de nuevo el Excusado y Cruzada, y dió el Breve al Embaxador, y á los venecianos cien mil ducados en cada un año sobre el clero de sus Estados. Con el fervor y santo celo que llenaba de admiracion el mundo, queria convocarle y unirle contra el turco. Envió embaxada al Emperador y Rey de Polonia con el cardenal Comenduno, y á los de Francia, Castilla y Portugal y señores de Italia, con su sobrino fray Miguel Bonelo, cardenal Alexandrino, mozo, pero de valor y buenas partes para el peso de las cosas que dél fiaba, de quien pendia la quietud de la cristiandad. Instruyóle bien en lo que habia de hacer para que se le diese crédito de que hablaba en su boca. Para esto le acompañó con los más graves de Roma por canas y dotrina venerables, nacidos y criados en las Córtes, para que su consejo le honrase y al que le enviaba á gentes que nunca vió el Cardenal. Mandóle que sin su parecer no hablase ni obrase. No recibiese dádivas de los príncipes, pues el premiar sus fatigas á él tocaba y á Dios mismo; y el mayor dón que le podrian dar sería condecender en lo que tocáre á su salud.

Larga materia de discurrir ofreció esta union, y más en Italia, donde se capituló. Prometia buenos sucesos y duracion el ser hecha en la autoridad

de la Sede Apostólica, jurada y firmada, y tan necesaria para la defensa de la cristiandad; y así alegremente daban gracias á Dios por su buena conclusion. Los más políticos fiaban poco della, y decian erraron los que se persuadian se guardaria la religion del juramento por la fe de la promesa, y por su respeto no buscarian lo que les estaba bien y usaban los príncipes de aquel tiempo, y los que manejan Estados grandes. Mostraron los exemplos antiguos y nuevos cuanta fuerza tenian las confederaciones juradas, cuya fe gobernada de los sucesos y variedad de ocasiones hace su firmeza ó instabilidad, pendiente del útil que gobierna los consejos de los monarcas, teniendo por documento y estable decreto que la fe y el juramento se acomodan á la utilidad pública y la razon del Estado; y duran estas uniones lo que el provecho, si no las hace el cuidado del bien de la cristiandad y la caridad misma más poderosa en siglos ménos estragados, y demas fieles y devotos cristianos.

CAPÍTULO XXI.

Sucesos de la armada del turco, y sitio de Famagusta.

Selin, atento á la guerra contra venecianos para proseguirla con todas sus fuerzas por tierra y mar, señaló á Amat baxá la Albania y la Dalmacia, y con sesenta mil hombres sitió á Dolcino, ciudad marítima y fuerte en la Albania. Hizo general del mar á Alí baxá, su yerno, porque Piali, ó por enfermedad ó descontento de la mala satisfacion que por calumnia de sus émulos dél tuvo Selin por no haber combatido la armada de venecianos en el verano pasado, estaba algo fuera de la gracia. Salió con cuarenta galeras de Constantinopla, y arribó á Xio á seis de Abril. Allí se le juntó Mahomat, gobernador de Negroponte, con otros cuarenta bajeles de la guardia del Arcipiélago. Antes que saliese de Constantinopla Selin hizo crucificar cuatro cristianos y desollar otros vivos en sacrificio á Mahoma por su buen suceso. Mandó á Alí buscar la armada cristiana y combatilla. Desde Xio fue á llevar gente y municiones á Cipro y rama á las trincheas que Mustafá hacía para combatir á Famagusta desde el golfo del Diablo y costa de Soria. Fué á Castel Rojo en el Arcipiélago para recibir á Farta baxá, que salió con el resto de la armada de Constantinopla á gobernar y asistir á los efetos de la jornada, porque su experiencia y valor en las guerras de Hungría le dieron gran nombre y autoridad. Allí llegó Aluch Alí, virey de Argel, con veinte galeras y galeotas, con buenos soldados y arraeces. Habíale mandado en el año ántes Selin aprestar para juntarse con su

armada; y así, á los primeros de Abril, salió de Argel huyendo de los genízaros que le querian matar, porque avaro naturalmente les detenia las pagas; de manera que bogando contra viento por llegar al cabo de Metafuz, reventaron algunos remeros. Mustafá, descansado en Cipro del trabajo del combate de Nicosia, cercó á Famagusta, sacó la gente de los alojamientos, y hechas trincheas, bastiones y explanadas, comenzó á batir á decinueve de Mayo al poniente la puerta de los Jardines, y con cinco baterías toda la ciudad. Marco Antonio Bragadino, que era general, y Astor Ballon, experto capitan, la fortificaron cuanto les fue posible con cuatro mil gastadores por la industria de Marco Juan Marmori, ingeniero. Pusieron en las defensas buenos soldados italianos y albaneses, asistidos de capitanes de experiencia y valor. Con sesenta y cuatro cañones y cuatro basiliscos batia Mustafá desde el Arsenal á Limiso, la torre de Androoi y la de Napa y el rebellin. Los de Famagusta le contrabatian con tan buena puntería, que desembocaron quince piezas. Llenó Mustafá el foso, ganó la contraescarpa y minó contra el rebellin y la torre de Napa, y el torreon de Camposanto, el de Andruci, la Cortina, la torre del Arsenal. El caballero Magi, industrioso y solícito, contraminó. Astor Ballon contrastaba la furia de los turcos con prudencia, arte, ánimo, diligencia, venerado y temido de los soldados. Dió Mustafá fuego á la mina de la torre fuerte, y arremetióla Jambolet Bey furiosamente, peleando por entrar, y los cercados por su defensa, asistidos de Astor Ballon por cinco horas con muerte de gran copia de turcos. Voló la del rebellin, y en saliendo arremetieron detenidos de los venecianos tan valerosamente, que hasta las mujeres peleaban, daban armas, tierra, fuegos, piedras, y al fin de muchas horas de pelea se retiró Mustafá con mortal estrago. Alí con su armada fué á Candía para combatir cien galeras de venecianos al socorro de Famagusta juntas; echó gente en el cabo de Maina, punta de sierra áspera sobre el mar de los Mainotos, generacion rústica y feroz que moran en cuevas, y su hacienda es la escopeta y arco. Mataron setecientos turcos y los forzaron á embarcar apriesa. Pasó la armada al Zante, isla de venecianos que boxa sesenta millas, combatió la fortaleza y sin efeto, y pasó á la Chefalonia, isla que boxa ciento y sesenta, abundante y de buenos puertos, captivó más de tres mil de todos sexos y edades, combatió el castillo de Argostoli, bien defendido. Aquí arribaron doce galeras de Venecia, y las de la guardia en la caza tomaron una, y su capitan dixo á Alí la publicacion de la Liga, y avisó á Selin. En el puerto de la Pescara estuvo algunos dias, y trató de pasar á Mecina á impedir la union de las armadas. Parecióle mejor ir al golfo, ayudar á Amat en la expugnacion de Dolcino. Tanto la apretaron, que se rindió con razonables condiciones, y Antibari en el Adriático. Tentó á Curzola, donde Aulato, lugar pequeño desamparado de los vecinos, se defendió con las mujeres, en quien la necesidad puso el valor de

los hombres. Cercó á Cataro por mar y tierra, mas temiendo la armada cristiana, alzó su campo.

Don Juan de Austria con el primero aviso de la conclusion de la Liga, partió de Madrid, por mandado del Rey, para Italia. Advirtióle á boca de muchas cosas, del gran cargo que llevaba y de la confianza que dél se hacía del gobierno de la armada, sin limitalle el gozar de la ocasion que pidiese el pelear en honra y defensa de la cristiandad. En Barcelona halló á don Luis de Requesens, su lugarteniente, enviado del Rey muchos dias ántes á aparejar su embarcacion y la de los archiduques de Austria Rodulfo y Ernesto, que volvian al Emperador su padre, y por haber enfermado el uno se detuvo D. Juan algunos dias. Los alemanes ya en Lombardía y las levas en ella la tenian abundante de soldados.

Viendo el Rey que los huguenotes de Francia por la parte de Prohenza se mejoraban cada dia para el mayor seguro de sus maldades y tentaron ocupar el Final, previno el disinio con diligencia. Está entre el ducado de Saboya y Genovesado, lugar marítimo sujeto á Marqueses. Echó dos veces ya los señores, incitado de genoveses, sus émulos: fueron restituidos la primera vez por sentencia y mano del emperador Ferdinando, señor del feudo, en el año de mil y quinientos y sesenta y uno, condenando á los genoveses en costas, daños é intereses; mas al mandato de su hijo el emperador Maximiliano no obedeció. Estaba á punto esta plaza de caer en manos de huguenotes, porque el Marqués, negociando en la Córte imperial, no alcanzando lo que deseaba, se entretenia, atendiendo al gobierno del Estado un hermano suyo, por su comodidad sujeto á cualquiera acometimiento de dineros, y buen asiento y entretenimiento en algun reino que se le ofreciese por los interesados y deseosos de la ocupacion del Final. Era gobernador del marquesado de Saluzo Alfonso Corzo, hijo de San Pedro Corzo, que en Córcega y Francia alcanzó buen nombre en la guerra, y general del Rey Cristianísimo y valiente soldado, de ordinario entendimiento, autoridad y término más de bandolero que de capitan, y muy para entre presas y negocios furtivos, bienquisto con grandes inteligencias con los de su jaez. Valia en Piemonte y Delfinado y parte de Provenza, en el resto de Francia apénas conocido, venal y llevado naturalmente del interes. Era amigo fingido de Ladiguera, con que se hacian tiro en ocasiones; mas el francés tenía gran resolucion y aficion á las armas, y opinion en el Delfinado de poca diciplina para fiarle exército, y por esto y su comun entendimiento poco estimado de los nobles, sino de soldados que vivian de rapiña. Tenía grandes práticas con los potentados de Italia, y así trató con él Alfonso Corzo de ocupar el Final, y la negociacion estaba muy adelante con los del Marquesado y con sus gobernadores, y daba que temer y cuidar al del Estado de Milan y á los genoveses; porque si le entraban los franceses causarian gran desasosiego á la pública paz de Italia por la

vecindad que el Marquesado tiene con ellos y con otros potentados, tan dañosa para el Piemonte y Lombardía, cuanto peligrosa y sospechosa á toda la provincia: principio en que podia la razon de Estado, aunque fuera entónces en Francia el Rey más religioso, fundar gran máquina. Escribió D. Filipe á D. Gabriel de la Cueva, duque de Alburquerque, gobernador del Estado de Milan, sitiase el Final con la infantería que allí aloxaba para servir en la Liga y la caballería ordinaria, si no quisiese entregarse, executando con cuidado y secreto y sin daño de los moradores. Tenía aviso de Praga como no restituia el Emperador á Alfonso del Carreto en su Marquesado por ser tirano, y le queria para sí; y hizo trato con franceses el Carreto de entregársele, y para el efeto atendia en Saluzo Alfonso Corzo con buen número de gente. El Duque ordenó á D. Beltran de Castro y de la Cueva, hijo de su hermano, que llevase siete mil italianos de las coronelías de Sigismundo Gonzaga y conde Esforza Moron, y mil y docientos españoles del tercio de Lombardía, y una compañía de arcabuceros á caballo para su guarda, artillería y municiones, y ocupase el Final, advirtiendo que si el Corzo hiciese movimiento en Saluzo, llamase las otras compañías de Lombardía y los seis mil alemanes que alojaban en ella, la caballería ligera y hombres de armas del Estado. Para que encaminase la accion envió al caballero Antonio de Olivera, soldado de experiencia y opinion. En el Final se le juntaron otros tres mil infantes italianos cuando caminaban á él los franceses, y prevenidos volvieron con desplacer del Rey de Francia. El Marquesado se ocupó brevemente, mas el castillo defendió un hermano del Marqués: batióse con decisiete piezas, con dificultad plantadas por la aspereza y mala disposicion del sitio, pues para las trincheas era menester llevar muy de aparte la tierra. Dióse priesa en rendir los defensores con razonables condiciones, porque los príncipes cercanos, que aborrecian el ver en el Estado á los españoles, solicitaron al Emperador para que se quexase de la invasion y la impidiese, como lo procuró. Venció la prudencia del Duque, difiriendo la respuesta hasta que supo quedaba el castillo á cargo de Antonio de Olivera, y el de Zucarelo con españoles guarnecidos. Quitóse la ocasion á franceses de poner pié en Italia para que gozase seguramente de la paz que el Rey Católico le dió, librándola ahora del peligro que podia tener de la vecindad de los herejes. La Provenza, con quien confina el Marquesado de Saluzo, fue la primera provincia que en Francia apostató y mantuvo la herejía, por ser grande y poderosa, y el Delfinado alto y baxo. Está el Final en medio de la Liguria, al poniente de Génova, trece leguas de Saluzo, ó tierras suyas, y de Francia por el mar veinticinco á Dantibo, y del Estado de Milan doce, pasando por el Monferrato y tierras de Milan. Tiene en no mucha distancia los reinos de Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Cataluña, Mallorca, Milan, Flandres, y los esclavona y ata y hace comunicables entre sí. Eran cuatrocientos los vecinos, buenos

en la mayor parte en mar y tierra, y con poca ayuda por la fortaleza del sitio, se puede defender de cualquiera enemigo. Las salidas son muy abiertas por todas partes, con casi dos leguas de playa. Al poniente hay lugar de hacer un puerto bueno á poca costa y en poco tiempo, conforme al parecer de ingenieros, porque la playa es cómoda y tan fondable, que sin puente desembarca la gente de guerra. Al levante hubo el de Barigote, y le cegaron los genoveses, y vaciado serviria. Era fácil al Rey el meter y sacar exércitos y municiones del Estado de Milan sin pagar provisiones ni alquileres, sin pedir paso á quien se lo podia negar en ocasion de aventurarlos y los Estados. Desconvenia á su monarquía no depender en todo de sí misma y tener paso libre en caso de necesidad, habiendo guerra ó peste en Génova, ó para eximirse de sus molestias. Importaba á la Iglesia, al bien público, pues de todo era el Rey Católico sustento y coluña, que si cayera en franceses ó allegados á ellos, revolvieran el mundo por ser inquietos, y tantos manchados de herejías, que dentro de un dia podia pasar de Provenza al Final por el mar, y de allí donde pudiese ó quisiese. Diligencias y gastos hicieron grandes príncipes para que no se apoderase del Estado, porque con él los enfrenaba y se libraba de haberlos menester, y tenía paso para Alemania por Milan desde España, causa porque el emperador Cárlos V tanto le procuró conservar. Por estas razones, aunque se quexaba gravemente el Emperador y era feudo del Imperio, no le restituyó el Rey.

Cuando la salud del príncipe Ernesto y el tiempo dieron lugar para navegar, embarcados los tercios de infantería de D. Lope de Figueroa y de D. Miguel de Moncada, D. Juan prósperamente navegó. A ventiseis de Junio llegó á Génova, y de allí fueron los Archiduques á Milan, y él despachó á Venecia á D. Miguel de Moncada á visitar la Señoría, darle ánimo y decir sería brevemente en Mecina para resolver lo que conviniese en beneficio comun. Al Pontífice envió á D. Hernando Carrillo de Mendoza, conde de Priego, su mayordomo mayor, á besarle el pié y darle gracias por su eleccion, y significalle cuánto le era agradable el servillo como aficionado y obediente hijo, deseoso de executar cuanto le mandase, teniéndolo por divino mandamiento. Holgó mucho Pío con la visita y reconocimiento, y en su respuesta le dixo que las esperanzas de su persona eran como de hijo de tan glorioso padre y prudente y poderoso hermano; pelease, que le aseguraba la vitoria de parte de Dios, y le prometia el primer Estado que se ganase al turco. El baston y estandarte, bendito de su mano, envió á Nápoles al Cardenal de Granvela para que lo recibiese de la suya; era Virey ínterin por muerte del Duque de Alcalá. Envió D. Juan al Marqués de Santa Cruz á Nápoles á solicitar los aprestos, reparar y armar los españoles nuevos en tanto que él llegaba, y los viejos que sirvieron con gran trabajo en la guerra de Granada. Mandó que don

Juan de Cardona con las galeras de Sicilia y Juan Andrea con las suyas y algunas naves, embarcasen en la Especie el regimiento de alemanes del Conde de Lodron y la infantería italiana del de Sigismundo Gonzaga. Partió á primero de Agosto, y llevó consigo al príncipe de Parma Alexandro Farnese y al de Urbino, y llegó á Nápoles. En San Francisco recibió el estandarte del generalato por mano del Cardenal de Granvela, legado para esto de Pío; era azul, con la imágen de Jesucristo crucificado y las armas del Pontífice al pié, y las del Rey y Venecia ligadas con una cadena, y abaxo las de D. Juan; díxole: «Toma, dichoso Príncipe, la insinia del verdadero Verbo humanado; toma el vivo señal de la santa fe de que en esta empresa eres defensor. Él te dé vitoria gloriosa del enemigo impío, y por tu mano sea abatida su soberbia.» Luégo el pueblo dixo: «Amén.»

CAPÍTULO XXII.

Viaje de Alexandrino, cardenal legado, y su efeto.

Con la bendicion pontifical partió Alexandrino de Roma para executar su legacía; atravesó á Italia y Francia, llegó á Barcelona en España, donde le esperaba, para recebille y guialle de parte del Rey Católico, D. Hernando de Borja, hermano del Duque de Gandía. En la entrada de Castilla le dió por el Rey el parabien de su llegada D. Enrique de Guzman, conde de Olivares, mostrando lo que estimaba las prendas de Pío. En Guadalajara le recibió el cardenal Espinosa, y juntos entraron en Madrid, en medio el Rey, que salió fuera de la villa á verle con todo el acompañamiento de la grandeza de su Córte. Trató de su embaxada, y con ella resolvió que por ganar tiempo para el año siguiente D. Juan invernase en Italia, y los ministros de la armada en mar y en tierra determinasen sin otra órden del Rey, y en el hacer las prevenciones obedeciesen al Generalísimo los gobernadores y vireyes de Italia, se cumpliesen las capitulaciones y las provisiones se hiciesen para el tiempo establecido; se nombrasen personas que tratasen de la empresa que se habia de hacer en el año siguiente. Trató del título de Gran Duque dado á Cosme de Médicis, pidiendo al Rey fuese medianero con el Emperador para que aplacase el sentimiento que dello tenía, pues habia dexado salvas al Imperio las razones de superioridad que tenía sobre el Duque. Hizo gran oficio y recomendacion por Marco Antonio Colona, en nombre de Pío, afirmando era caballero leal y gran servidor de la Corona de España. Dióle un largo memorial en defensa de las calumnias que sus émulos le habian puesto, y el Rey al cardenal Alexan-

drino gran satisfacion con su respuesta. Ultimamente le dixo pediria, como su Santidad ordenaba, al Emperador su hermano entrase en la Liga, pero sus fuerzas eran pocas, y lo mismo al Rey de Francia, su cuñado, aunque estaba cierto no entraria en la union por no perder la hermandad con el turco y porque su estandarte no estuviese debaxo del gobierno de persona de la Casa de Austria, por la discordia de sus Estados y por otros respetos. Pedia tambien Alexandrino al Rey de parte del Pontífice en largo escrito mirase que sus ministros de Milan, Sicilia y Nápoles diminuian la juridicion eclesiástica, les hiciese guardar el Concilio de Trento, se moderase el uso del que en el Consejo de Castilla llaman auxilio de la fuerza en defensa de la Real autoridad y poder, y presentacion de las bulas apostólicas. Para que se enmendase lo decia, no por quitar los privilegios que tenía su Majestad en aquellos Estados, sino por la obligacion de Pastor, por la seguridad dellos y de su propia conciencia. Volvia los efetos de su Consejo por esto á la conservacion general de su juridicion donde estaba enflaquecida, y queria defender lo que le tocaba con el cuidado que el magistrado de Castilla velaba y defendia esenta su autoridad, diciendo no recebian desta manera los súbditos violencia ni agravio, ni al tribunal eclesiástico se daba lugar para hacello, no dexándose perturbar por acto mayor ni menor, ni perder punto de la grandeza en que lo dexaron sus predecesores usando de las temporalidades, medio permitido por el derecho. El Rey respondió haeía lo que le tocaba como siempre, y habia sido en paz de la Iglesia, y algunas veces con várias contradiciones y conveniencias durables y fuertes, como era más ó ménos propia la voluntad de los Nuncios y término de religion escrupulosa, y con apariencia della algunos procuraron aumentar su dominio con discordia disimulada y conformidad sospechosa, el tiempo de los Nuncios de condicion blanda, llegando algunas veces hasta el peligro de autoridad cuanto á las preeminencias: cosas que cuando estiradamente se juntan son aborrecidas de los menores, sospechosas á los iguales. Decia Pío nacian del uso del *exequatur* de Nápoles y facultades del Capellan mayor, insufribles abusos con que se despojaban las iglesias de hecho de la posesion de sus bienes. Querian se acudiese al Tribunal de Legos con sus causas; impedian la reformacion del clero seglar y regular, con tal desobediencia de los mismos contra la Santa Silla, que se podia esperar que, menospreciadas las censuras y quitada la autoridad á la Iglesia, se aniquilase la religion. El Rey respondió eran antiguos los privilegios y facultad del Capellan mayor, y se usaba dellos bien. Advirtiese que los ministros eclesiásticos emprendian contra la juridicion Real la del *exequatur*, en que no habia de consentir mella, y el querer mudar fundaciones y cosas del Patronazgo Real sin comunicacion de su Majestad. Introducian con billetes lo que ántes pasaba por bulas y patentes, y segun la calidad se daba ó negaba el *exequatur*, contramina perjudicial contra su facultad por vías indirectas; y

así para su remedio usaban los ministros los medios de su defensa mucho ménos áspera y libremente que á su Santidad le habian sinificado. Decia Pío le tocaba proveer el oficio del ecónomo de Santa María de la Escala y prepósito de Milan. El Rey respondió tocaba á él y á su autoridad, que procuraban extinguir los ministros arzobispales, siendo tan necesaria su introducion por los Duques de Milan en tierra de tantos confines, donde por esto suele bullir la guerra, para que no se admitiese por la seguridad comun persona á la posesion de beneficio del Príncipe sin su beneplácito, informado primero de la vida y costumbres del propuesto. Asentóse nombrase y presentase el Rey, y confirmase el Pontífice.

Quexábase tambien de que los ministros Reales impedian al tribunal eclesiástico el exercitar su juridicion en las personas y bienes eclesiásticos como en materia de abundancia, poniendo el magistrado seglar en ello la mano de hecho; publicaron edictos de tasas y tributos extraordinarios, comprehendiendo los bienes de la Iglesia y sus labradores, colonos, mandando que ninguno se atreviese á decir ni hacer directa ni indirectamente en perjuicio de la juridicion Real so pena de lesa Majestad en primero grado. Con esto se desamparaba el tribunal eclesiástico, y daba cuidado á Su Santidad por él mismo, por el mal exemplo de los vecinos, por las contínuas y prolixas quexas que le enviaba Borromeo, cardenal de Santa Práxedes, arzobispo de Milan. El Rey, cuidadoso, se informó de las diferencias por relacion del Duque de Alburquerque y del Senado. Respondió estiraban su juridicion sin equidad los ministros arzobispales, y los Reales procuraban emendallo atajando mayores daños, proveyendo en algunas cosas de pura justicia por la calidad de los tiempos y manera de la gente, considerando privarian, si se disimulaba, al Rey de la mayor parte de la juridicion del Estado. Prendian legos por causas legas, llevándolos á su tribunal los clérigos contra la disposicion del derecho. Determinaban causas entre seglares y seglares en negocios civiles, valiéndose para ello de censuras. Todas las cofradías de legos, muchas y de infinita gente, metian en su juridicion respeto de bienes y personas, y cuanto á esto daban leyes y hacian reformaciones con violencia. A los arrendadores eclesiásticos, tercera parte del Estado, esentaban de condutas de artillería, repartimientos de gastadores, fortificaciones, reparos de caminos, aloxamientos y otras cosas de guerra y del servicio del Príncipe. Publicaban bandos en materia de abundancia y de armas absolutos, atribuyéndose el cuidado de las cosas temporales tocante al lugarteniente; daban licencias para llevar el trigo de un lugar á otro contra las prohibiciones del Estado; impedian los bailes y entretenimientos del pueblo en dia de fiesta, castigando los inobedientes. Respondió el Rey á Pío mandase aquietar al cardenal Borromeo y dexar novedades, siguiendo el camino usado: no permitiese Su Santidad alterasen sus ministros en todas partes los usos y costumbres antiguas, poniendo gran cuidado en usurpar juridicion, tomando de la

modestia con que se procedia por esta parte mano para intentar cuanto querian, por el respeto que en sus Estados se tenía á las cosas eclesiásticas. Deseaba servir á Su Santidad, y le advertia no faltaria á su obligacion para dexar á sus hijos y sucesores en la justa y legítima posesion que tenía en sus reinos y Estados; y siempre que se hallasen medios que pudiese venir en ellos lo haria. De otra manera no se perjudicaria con daño de sus reinos y de sus herederos, pues como señor soberano á ninguno reconociente en lo temporal, se haria á sí mismo justicia. Sobre todo escribia á sus ministros dispusiesen lo conveniente á la República, paz y bien comun, para que sea lo que es de César, de César; lo que es de Dios, de Dios.

CAPÍTULO XXIII.

Don Juan llega á Mecina y dispone su partida para levante, y lo que en tanto hacía la armada turquesca.

Don Juan de Austria embarcó en Nápoles la coronelía de Paulo Esforza, y mandó al Marqués de Santa Cruz embarcar en sus treinta galeras y algunas naves los tercios de españoles, cuando estuviesen un poco rehechos, la gente que conducia el Conde de Sarno, las municiones, vituallas y aprestos de la guerra. Arribó á Mecina á venticuatro de Agosto con treinta y cinco galeras, y fue recebido con mucho contento de los generales del Pontífice y venecianos, que le esperaban con gran deseo y cuidado. Antes de poner pié en la tierra siciliana llamó á Consejo, y les hizo razonamiento lleno de gravedad militar, dando gracias por haber hecho dél tan honrado juicio y eleccion en edad poco madura, encomendándole gobierno de cosas tan importantes, poniéndole en trabajo ecesivo el procurar el abono y satisfacion de su honrosa eleccion. Causaron su tardanza gravísimas ocupaciones y la conduccion de la gente y municiones de partes tan separadas. Traia ochenta galeras, veintidos naves, ventiun mil infantes efectivos de las tres naciones, con gran cantidad de artillería, vitualla y toda suerte de máquinas de guerra, y compañía de ilustres, que por generosidad de ánimo y celo del bien de la cristiandad le seguian, dedicando el ánimo y obras á la gloria y á la fama. No tenía el Rey Católico tan en el deseo el bien suyo como el de venecianos, segun él mostraria contra las sospechas y calumnias, poniéndose al efeto y fuerte de la batalla con el enemigo comun. Diéronle gracias los generales, y la respuesta agradecida y honorable que su persona, el negocio, el tiempo requerian. Apretó tanto Mustafá con baterías, asaltos, minas, máquinas á Famagusta, que, hallándose sin remedio de

defensa por la hambre que la apretaba, sin esperanza de socorro, ni aviso de que le podia haber, tendieron los cercados bandera blanca de parlamentar, y para ello dieron por rehenes á Hércules Martinengo y Mateo Colti, y Mustafá á su lugarteniente y al Agá de los genízaros. Capitularon el Bragadino y el Ballon se les concediesen las vidas, las banderas, ropa, armas, cinco piezas gruesas, galeras para irse á Candía, quedar los griegos en su ley en la isla. Firmaron y juraron el acuerdo con gran contento y liberalidad desusada de Mustafá, porque nada tenía en el ánimo de cumplir. Mandó que el Bragadino y el Ballon le viesen, Andrea Martinengo y Qulrini. Matólos luégo, burló del Bragadino, cortóle las orejas, desollóle vivo, colgóle en la punta de un entena, hizo grandes crueldades en los naturales y en los soldados restantes de los cuatro mil italianos y dos mil albaneses que defendieron á Famagusta. Escribió la vitoria á Selin y á Alí; reparó las baterías de la ciudad, dispuso el gobierno y guarda de la isla.

En tanto Alí con su armada tomó el castillo de la Xumarra y mató docientos italianos soldados de Venecia. Aluch Alí y Caid Charabi guardaban con sus galeras y descubrian el mar. Tomaron una nave que iba á Cipro con municiones, y una fragata que navegaba á Mecina á dar nuevas de la armada turquesca, y dellas supo Alí estaba ya junta la cristiana. Fué á despalmar, hacer panatica y refrescar su gente en Castelnovo y en la Belona, y en la Pescara embarcó ochocientos caballos y los echó en Corfú para destruirla y ver si la ocasion le ofrecia medio para ganar á Monte San Angelo y disponer la conquista della. Es importante para turcos y cristianos en el Mediterráneo, por el sitio en medio del Estado marítimo de la república de Venecia entre el Jonio y Adriático, en distancia casi igual de Venecia y Candía, apta por esto á impedir el dañar las otras islas, la tierra firme, socorrer á Candía combatida, molestar el levante, defender el poniente como antemural y bastion de Italia, y conquistar la Grecia, á quien está como á caballero, cómoda para unir las fuerzas y armadas de la cristiandad en las empresas contra infieles. Aunque no es copiosa de trigo, lo es de vino, ólio, miel, cera, frutas, y tan vecina á la Apulia fértil y al Epiro, que siempre estuvo bien bastecida. Por esto las armadas de los romanos hicieron cabeza á Corfú, y así Marco Bibulo, general de la de Pompeyo, residia en ella. Antiguamente sustentaba sesenta bajeles de guerra, no teniendo en largo mas de veinte leguas y en ancho ocho y de boxo cuarenta. Habia enviado Alí desde la Previsa á tomar nueva cierta de la armada de la Liga á Carafoxa, gran cosario, y desde la Belona á Aluch Alí. Carafoxa llegó á Sicilia, y volvió á Alí con que todas las fuerzas de la cristiandad estaban juntas para venir á combatirle. Aluch Alí, temiendo el suceso, queria retirarse á Túnez, y le retuvo Alí. Farta baxá despachó con aviso dello y de lo que habia hecho la armada á Preus agá á Constantinopla, y de su falta de gente de guerra, para que Selin avisase lo que mandaba hacer. Pareció á Alí que

para dar á entender su ánimo y deseo de pelear con los cristianos, los habia esperado quince dias, y era la mitad de Setiembre cercano al tiempo señalado por de antiguo para volver las armadas á Constantinopla por huir el peligro de las horribles tempestades ordinarias en aquellos mares en el otoño. Ufano partió para Coranto, donde entró á los veintinueve, y envió á Carafoxa segunda vez á tomar lengua de la armada de la Liga. No fue pequeña su ventura en no combatirle los cristianos allí, porque viniendo entera, y la gente poco habia embarcada, fuera superior á la turquesca falta de todas las cosas, y más de soldados, por los muchos muertos y enfermos de peste y heridas, y de lo que largamente habia padecido, que reforzada despues con frescos soldados en gran número, se conoció fuerte y gallarda para desear combatir la cristiana.

Aguardaba á D. Juan en Mecina monseñor Odescalco, obispo de Pera, con embaxada de Pío. Pedíale diese la batalla al enemigo interponiendo cuanta autoridad tenía de Dios, y como habia dicho al Conde de Priego y á Marco Antonio Colona, prometia de su parte la vitoria. Envióle grandes revelaciones y dos profecías de San Isidro en que contaba la batalla y vencimiento, interpretando bien á propósito en persona de D. Juan el capitan de que hablaban; prometió tenerle en lugar de hijo cuidadoso de su aumento. Le desembarazase el mar venciendo, que luégo iria con sus canas á la guerra á avergonzar la juventud que en el ocio quedase. Por su órden ayunó la gente tres dias imitando á su General, con tanta devocion y nueva mudanza de vida, que no quedaba soldado que no fuese á las procesiones y á recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Con bendicion les otorgó el Nuncio las indulgencias que acostumbra conceder la Iglesia á los conquistadores del sepulcro de Jesucristo. Proveyó los bajeles de religiosos que el exército corregian con amonestaciones. A todos los soldados dió reliquias ó granos benditos de grandes indulgencias, que los recibieron con devocion en su nombre; vedó el embarcar mujeres; mandó castigar con muerte la blasfemia. Esta bien diciplinada milicia puso gran confianza de vitoria en las promesas del Santo Pontífice. No se esperaba sino el resto de la armada veneciana para salir de Mecina. En tanto envió D. Juan á Gil de Andrade, caballero español, de la religion de San Juan, cuatralvo, y con él á Chico Pisano, gentilhombre de Venecia, prático en el mar de levante, á espiar la armada del turco, saber dónde se hallaba, qué hacía y su intento.

Desocupado el mar entre Candía y Mecina, partió Canaleto con setenta y cuatro galeras, y en Mecina se unieron con su general Sebastian Veniero, que tenía cincuenta y cuatro y seis galeazas. Estaba allí el Colona con las doce galeras del Pontífice; llegó Juan Andrea Doria con once; el Marqués de Santa Cruz con treinta, con que el gran puerto de Mecina estaba hecho un bosque. En la reseña halló D. Juan las de Venecia mal en órden; culpó

al Veniero y mandó meterles municiones, y dos mil y quinientos españoles, y mil y quinientos italianos de sueldo del Rey Católico con harta maravilla por mano del Marqués de Santa Cruz. Advirtióseles procediesen con modestia y amigable término por la paz y por no disgustar los venecianos puntosos y resentidos con exclamacion de cualquiera pequeño encuentro y disgusto. Era maestre de campo general Ascanio de la Corgna; general de los italianos el Conde de Santaflor, y de la artillería Gabrio Serbellon, sobrino del Conde de Malignano. Don Juan, con deseo de pelear con Alí, hizo Consejo con los supremos generales de las escuadras, con el Príncipe de Parma y el de Urbino, Paulo Jordan Ursino, y propusieron várias empresas, y nada resolvieron por no tener la confederacion todas las fuerzas de la capitulacion enteras, que habian de ser docientas y ochenta galeras, ventiecinco naos, seis galeazas, cuarenta fragatas. Habíale mandado el Rey que siguiendo el parecer del comendador mayor D. Luis de Requesens, de Juan Andrea Doria y del Marqués de Santa Cruz, pelease, si necesario fuese, medio para atajar los daños que se antevian. Venciendo ganaba gran reputacion la cristiandad, reprimia la soberbia turquesca arrogante por tantas vitorias. Cuando esta licencia no trajera D. Juan, poco importára quisiera el Pontífice y Venecia que se combatiera, pues no habia de aventurar la gracia de su hermano en que estaban su bien y ser. Es verdad que algunos en el Consejo mayor advirtiendo de lo mucho que se arriesgaba si perdian la armada, siendo á tantos accidentes de la fortuna ciega poderosa en las armas, sujeta una batalla, propuso que para no aventurar se podia hacer la guerra defensiva y diversiva en ayuda de venecianos, socorriendo á Cipro. A esto se le respondió se podia hacer sin ir adelante; habia fuerzas para romper al turco, y no siéndole inferiores, algo se habia de dexar en poder de la suerte. Tocaba á la reputacion pelear estando lleno el mundo de esperanzas y el mar de bajeles por la solicitud de los príncipes en unirse y prevenirse, y así para algo habian de ser tantos aparatos. En todo no hubo duda, sino en el Consejo que se hizo en el dia ántes de la batalla, sobre si para combatir esperarian las naves que por contrario tiempo no pasaron del Zante. Esto parece todo por los papeles que quedaron del secretario Juan de Soto, que hube en Nápoles en la secretaría del Virey, donde los dexó en guarda el Soto cuando vendió el oficio de secretario de Cancelería, premio de sus servicios, y fué á vivir en Sicilia.

A los quince de Setiembre, enviadas delante las naves á Corfú, donde habian de esperar, deseando que se hallasen en la batalla, comenzó toda la armada á salir al mar. El Nuncio la bendixo, y cada vaso como salian del puerto desde el muelle. Andrea Doria con cincuenta y cuatro galeras y órden de tomar el cuerno derecho, si se combatiese, iba en la vanguardia con su capitana, siete de Nápoles, diez de Génova del sueldo del Rey, y dos del Doria, dos del Pontífice, veintiseis de Venecia, cuatro de Sicilia, dos de Sa-

boya, mezcladas y entremetidas en un cuerpo de la diversidad solo y unido, y de las naciones entre sí, para que acompañados los bajeles débiles con los fuertes, se igualasen las fuerzas esparcidas igualmente sin haber en alguna parte falta, quitando la ocasion de tumultos y conspiraciones, estando divididas en escuadras las naciones. Llevaba la vanguarda banderolas verdes en el garcés para ser conocidas con distincion de los otros dos escuadrones. Batalla y cuerno izquierdo llevaba el Generalísimo con sesenta y cuatro galeras con banderolas azules, y la Real con el estandarte de la Liga: á su diestra la capitana del Pontífice en que iba Marco Antonio Colona; á la siniestra Sebastian Veniero con la de Venecia, la capitana de Saboya, en que asistia el Príncipe Urbino; tres del Pontífice, trece venecianas, tres de Juan Andrea, tres de España, dos de Nápoles, tres de Malta al lado de Marco Antonio, al de Veniero la capitana de Génova, y otras tres de España, trece de Venecia, tres genovesas del sueldo del Rey, dos de Juan Andrea, tres del Pontífice, una de Nápoles. El escuadron tercero que constaba de cincuenta y cinco galeras con banderolas amarillas tocó al proveedor Agustin Barbarigo en el cuerno izquierdo. Eran las treinta y cuatro venecianas, en que iba la mayor parte de los dos mil y quinientos españoles, ocho de Nápoles y de España, una de Lomelin, otra del Pontífice, dos del Doria. El cuarto se dió al Marqués de Santa Cruz con treinta galeras con banderolas blancas, las doce de Venecia, cuatro de España, dos del Pontífice, doce de Nápoles; diósele la retaguardia detras de la batalla, y su cuerno derecho llevaba D. Alonso Bazan, su hermano cuatralbo, y el izquierdo D. Martin de Padilla. Á Francisco Duedo, general de las galeazas, se ordenó que de dos en dos, con igual distancia apartadas, fuesen delante del filo de la armada una milla, y se remolcasen todas, si menester fuese, porque la siguiesen. A D. Cárlos Dávalos, que sus naves pusiese para combatir la mitad á un lado de cada cuerno, y procurase navegar en conserva de las galeras; cuando no pudiese pelear en este puesto, enviase con esquifes soldados á socorrerlas prestamente en la batalla.

Advirtió Juan Andrea Doria que ántes della cortasen los espolones, porque la artillería fuese más por derecho y baxo á batir el enemigo, y disparada una vez se cargase luégo para tirar trabada la batalla. Ordenóse á D. Juan de Cardona hacer la descubierta á la armada veinte ó treinta millas delante con ocho galeras, cuatro de su cargo, dos venecianas, dos de Juan Andrea, y avisase con una fragata de todo lo que viese, principalmente de la armada enemiga; en cada noche se recogiese distante ocho millas de la suya, tomando el nombre con fragata; y por la brevedad en el pelear se pusiese en la extrema parte del cuerno diestro el más cercano á la batalla, cerrándose y quitando el paso para tomarles la popa, dexando los espacios de dos cuerpos de galera entre dos escuadrones, porque si fuese necesario mudar lugar, no se embarazasen, y para

entrar, cuando fuese menester, el Marqués de Santa Cruz. En esta disposicion tuvo la mayor parte Juan Andrea con algunas contradiciones de los que procuraban ganar con ellas opinion en lo que ménos sabian. No pasó de la fosa de San Juan la armada procurando su union. Dexó atras los cabos de Espartivento y le Colone, y en el de Estilo la detuvo borrasca y á las naves; en la Caba de Castelo recibieron mil españoles del tercio de Nápoles, y Canaleto y el Marqués de Santa Cruz fueron á Taranto por algunas compañías de napolitanos de la coronelía de Mucio Brancacio. Llegaron á Corfú, y Gil de Andrade con aviso de que Alí estaba en la Previsa, volvió á reconocerle y espiarle con cuatro galeras. Embarcaron seis piezas gruesas y sus pertrechos, y la infantería italiana del cargo de Paulo Ursino, y pasó á los molinos de Corfú, y Alí caminó al levante. Don Juan, hecho nuevo Consejo, resolvió el combatir, y esforzando la gente dixo:

«Llegó el punto de alcanzar fama eterna con la prometida vitoria por el »Santo Pontífice: mostrasen brazos y corazones invencibles, que la alcan»zarian sin duda. No temiesen á los turcos, vencidos de sus padres y dellos »tantas veces; conociesen su mejora por las provincias en que nacieron, »por las familias, por los hechos, por las esperanzas de que habian llenado »el mundo, por sus pechos de leones, mejoría de las armas, por la justicia »de la causa, por la religion, por la falta de fe de Selin, por las tiranías de »sus capitanes, por estar su gente cansada de la embarcacion larga, muer»ta la mayor parte de la mejor. No vencieron jamas sino el temor sin causa »y la poca resistencia; y pues tantas veces fueron vencidos de pocos cris»tianos grandes exércitos suyos, lo podian ser y lo serian, si se persuadie»sen que los podian sin duda vencer. Los cristianos mal conformes los han »dexado ganar tantos reinos, ayudándolos y valiéndose dellos, como el rey »de Francia Francisco I y Ludovico Esforza con poca religion. En Hun»gría los venció Matías y Humniades muchas veces, y en Persia tambien »sus Reyes y sus capitanes, y en Grecia sus exércitos grandísimos destruyó »Jorge Castrioto. No eran inferiores á sus padres en fuerzas ni ánimos. La »armada era grande, defendida de fuertes soldados, no habia que temer. »La guerra habia de ser ofensiva, que traia reputacion y buenos sucesos; las »fuerzas de la cristiandad juntas, ¿qué se diria si no empleaban tantos gas»tos, cuidados, diligencia, aprestos? Y al fin habian de ver al enemigo y »probarse con él.»

Caminó buscando el rio de la Previsa en el golfo de Larta, y pasó á Lepanto, Lempoto ó Naupacto, ciudad cabeza de la Etolia, aunque menor que Calidonia, en otro tiempo grande y rica, y ya arruinada. En el golfo de Coranto los turcos hicieron consejo, y algunos desestimaban la armada cristiana. Farta baxá, de madura edad y prudencia, dixo pues los venian tan de aparte á buscar, era imposible no traer gran poder, gente fresca contra la que trabajó seis meses. Alí persuadia la batalla; Aluch Alí, astuto

neutral, usaba de cortesías con los baxaes; Hascen, hijo de Barbarroxa, esforzaba el deseo y parecer de Alí, despreciando los cristianos y refiriendo contra ellos las vitorias turquescas. Contradecíale Amet Bey, sanjaco de Negroponte, experto, y Jaloque, baxá de Alexandría, con razones no vulgares le seguia. Alí y los de su séquito, con su soberbia exagerando su poder, decian habia Selin mandado pelear, y se habia de hacer por su reputacion. Mahomat envió á recoger la gente que se pudiese por las marinas, de la de la guarda y milicia ordinaria, para reforzar la armada, áun no resuelto el dar la batalla.

CAPÍTULO XXIV.

Sucesos de las dos armadas, y disposicion para la batalla.

La armada de la Liga desde los Molinos vino en primero de Octubre á las Gumenizas, puerto de Albania, junto al rio Calamo, donde por el contrario tiempo se detuvo. Pareció al Generalísimo que Juan Andrea tomase muestra á las galeras puestas en figura de batallar. Los venecianos no le admitieron por visitador sospechoso á ellos; al Comendador mayor sí. Curcio Anticocio, capitan de la coronelía de Paulo Esforza, y dos soldados de su compañía riñeron en una galera veneciana, y queriéndolos prender se defendieron. Sebastian Veniero, con el extremo predominio de su cólera, precipitado llegó al ruido y ahorcó á Curcio y á los dos soldados de una entena. Los señores y capitanes se escandalizaron del atrevimiento, y don Juan lo sintió tanto, que hiciera gran demonstracion contra el Veniero, á no disponerlo con prudencia y templanza Marco Antonio Colona, el Doria, el Requesens y Barbarigo, cuya bondad y canas templaron la justa indignacion de D. Juan y á los capitanes del Rey Católico inclinados á la venganza, áun dando la batalla á los venecianos; y ordenóse al Veniero que no viniese á Consejo, sino Barbarigo. En Cabo-Blanco puso la armada otra vez en la ordenanza de batalla entre la tierra firme y la isla del Paxo, donde se supo venía de Lepanto Alí. Mahomat le entregó tres mil soldados de las fortalezas del golfo de Coranto, la mayor parte de á caballo, y poco despues el Sanjaco de la Morea mil y quinientos de los presidios marítimos, y no traian más que las armas, porque se les dixo sería la jornada breve. Disputóse otra vez entre los turcos sobre el dar la batalla; Farta dixo no creia los buscase un hermano de tan gran Rey sin fuerzas mayores, y si iguales con esperanza de vitoria, con fortísimos españoles é italianos resueltos de morir ó vencer, con mucho número de galeras ponen-

tinas, siempre de gran efeto. Se perdia reputacion con la retírada, mas se mirase la de Soliman en Hungría teniendo cuatro veces más gente que el emperador Cárlos, y con infinitas vitorias cobró y aumentó la reputacion menoscabada sin dexar perder el temor que siempre tuvieron los cristianos á los turcos. Al contrario, Alí y sus secuaces tenian la vitoria por cierta y querian pelear. Farta conocia la verdad y defendia constante y prudente su parecer. Advertíanle algunos pocos sabios y cuerdos compañeros en el útil consejo, especialmente Bayaceto, de gran experiencia y no vulgar opinion, aunque al presente oprimido de la envidia de sus émulos y ódio de sus enemigos.

Decian: «No faltase por complacer á los temerarios al grado de su au»toridad, mas refrenase la insolencia de los que le contradecian. Farta lo »deseaba, mas temia el mandato en contra de Selin. Para huir la culpa de »no guardarle, era solo remedio el consentimiento de todo el Consejo, que »ciego de rabia, como fatal, bramaba por dar la batalla. Si Piali, por no ha»ber seguido la armada cristiana en el año ántes, estaba casi del todo ar»ruinado con ser yerno do su señor, qué sería dél si viniendo los cristia»nos á provocarlos, aconsejando la pelea todos los ministros principales, y »él y ellos refutándola, recibiese daño ó vituperio. Queria poner su vida al »hierro enemigo ántes que á la envidia de la Córte y furia de Selin. Bra»maba acusando el caso, porque conociendo el eminente y cierto peligro, »le hubiese de buscar forzado de la temeridad del querer ajeno.» Decíanle: «Fue problema lleno de opiniones encontradas el de guardar el ór»den en la guerra dado del Príncipe. Papirio Cursor, dictador romano, »acusó á Fabio porque combatió con los samnites sin órden suyo, aunque »los venció. Fabio decia: si en las pérdidas no castigaba el pueblo romano »á sus capitanes, ménos en las vitorias. Era de los Cónsules tan grande la »autoridad en la guerra, que el Senado sólo tenía la deliberacion en el »mandarla hacer y en las paces. El Cónsul podia pelear y encaminar las »cosas como mejor le parecia. No dexándolo en su arbitrio, se hacía ménos »circunspecto mostrándose ménos osado, esperando órdenes del Senado que »se llevaba parte de la gloria de las vitorias y buenos sucesos. No estando »en el hecho, no saben, para aconsejar, los accidentes de los lugares y tiem»pos que se mudan cada hora. No se ha de condenar á capitan por cosa »que haya hecho, ó dexado de hacer, por ménos valeroso y prudente, no »pudiéndose juzgar justamente sus hechos de los que están en la ciudad. »Irrítanlos con lo contrario para tomar deliberaciones qne arriesgan el Es»tado quedándose en los cargos. Claudio, cónsul romano, afrontado con »Asdrúbal, capitan de Cartago en España, le cerró en sitio de donde no »podia salir sin combatir con gran ventaja del romano exército, ó morir »de hambre. Entretenido Claudio con práticas de concierto, se huyó As»drúbal, quitándole la ocasion de vencerle. Roma culpó la ignorancia y

»poco valor de Claudio. Resentido, estando á la vista de Aníbal en Italia »fué á combatir con Asdrúbal por cobrar su reputacion, y le venció. Es»perando temerosos en Roma el fin, le dixeron que aventuró á sí y á su »patria, y respondió fue por recuperar la opinion perdida cerca dellos en »España; y si fuera vencido, mostrar cómo se habia de vengar de sus ému»los que le habian injustamente ofendido. Farta respondió era la adverten»cia buena para el tiempo de los romanos, mas los turcos seguian diferente »razon de Estado y guerra.»

Pidiéronle fuese á Santa Maura por el presidio para dar la batalla en tanto. Entendió el engaño, y al fin condecendió muy forzado con su resolucion, con alegría general. Mandó apercebir las armas y las banderas para combatir en el dia siguiente, porque Carafoxa dixo que D. Juan estaba cerca. A seis de Otubre salia de Patras, ciudad de la Morea, no léxos de la boca del golfo de Coranto, y pasó de noche y arribó á Calonga en la Albania con docientas y treinta galeras reales, en que habia cuarenta de fanal, y setenta galeotas de á veinte bancos con gran contento por cumplir su deseo y el mandato de Selin. Persuadióse huirian los cristianos ántes que los llegase á ver, tanta era la confianza y arrogancia. Salió del puerto de Galata sábado en la noche con viento próspero, y mandó apercebir cuerdas para atar los cristianos confirmando á los turcos la esperanza de vencer. Don Juan partió del valle de Alexandría, y pasó á las islas Curzolares ó Equinades distantes tres leguas de Lepanto en el cabo Atio ó Pigolo, frontero del rio Aquelo ó Aspropotano, que divide la Etolia de la Caramania Thoas en Epiro. Quince leguas se apartó de la plaza de armas en que pelearon Augusto César y Marco Antonio sobre la corona del Imperio romano. En ella se presentaron, no combatieron, Andrea Doria con la armada cristiana de la Liga, y Barbarroxa con la de Soliman en el año mil y quinientos y treinta y cinco. La figura del mar parece un lago cercado de islas y de tierra firme de Albania, comenzando desde Santa Maura, que se aparta con pequeño seno, y con un puente se une y corre hasta la boca del golfo de Coranto por veinticinco leguas. Al levante está á un lado la Morea, que de la misma boca por anchura casi igual se extiende hasta el promontorio Cipariso y cabo Torneso frontero á la isla de Santa Maura y á la Chefalonia, isla de venecianos, que boja ciento y sesenta millas á su largo por tres leguas poco más por un brazo de mar. Partió Alí ántes que el sol con todas las galeras en un filo, y costeando la ribera se encaminaba á Santa Maura al tiempo que D. Juan estaba junto á las Curzolares, mas no entró en el puerto porque no habia agua para toda la armada, y fue á hacerla en el Dario, dos leguas adelante con intencion de volver á las islas. Mandó á D. Juan de Cardona que en tanto entrase en el puerto considerase el sitio y forma y lugares, porque la armada descansase del viaje de la noche, se uniese y reparase para la ba-

talla. Saliendo al mar abierto en el dia siguiente domingo al amanecer pasando sobre las Curzolares se comenzaron á descubrir doce millas apartados bajeles, al tiempo que la fragata Real que fué á reconocer en el dia ántes, dió á la banda, señal que habia de hacer en descubriendo el enemigo. Viéndola D. Juan dixo no habia ya sino morir ó vencer. Mandó luégo avisar á los generales, y puso una bandera verde en muestra dada para la batalla, metiéndose la armada en órden, y cada uno en su puesto señalado, y con boga larga esperó algunas galeras zorreras.

La fragata de Juan Andrea Doria vino á dar aviso de la descubierta de la armada, porque estaba su cuerno más á la mar; y le dixo, que pues tenía tiempo, sin priesa comenzase á disponer las galeras para combatir, y gobernase reposadamente excusando confusion y alteracion de los ánimos en executar lo acordado. Mandase al Marqués de Santa Cruz no se moviese de su posta con el socorro hasta ver si detras venian más galeras turcas, porque cualquiera bajel que fuese espantaria entrando de nuevo á combatir contra los cansados; y así era menester reservar alguna parte de las fuerzas enteras para cualquiera súbito accidente. Él de su parte haria lo que estaba obligado, y se alargaria á lo alto del espacio que mediria la vista ser suficiente dexándole así libre á las otras galeras, y comenzó á extender su cuerno derecho. Barbarigo con el siniestro á la banda de las Curzolares se alargó de modo que distaba una punta de otra legua y media.

Don Juan en medio con las galeras de la batalla, llevaba detras al Comendador mayor con la Patrona Real y al Marqués de Santa Cruz, y este escuadron cerraba Paulo Jordan Orsino de la diestra, y de la siniestra el Prior de Mesina, general de Malta. La posta última del cuerno siniestro junto á la batalla tocó á Marco Quirini, y la otra á Barbarigo. La de fuera del diestro al Doria cerrando la parte del mar; y la del dentro junto á la batalla á D. Juan de Cardona, y las capitanas llevaban sus patronas de socorro y refuerzo. De manera que la frente era de ciento y sesenta galeras. Todos los señores ventureros y los oficiales del exército tenian buen lugar, y fueron para el gobierno y ánimo en el pelear de grande importancia. Quitáronse de las popas todas las fragatas y falúas y la esperanza de huir. Las seis galeazas iban delante casi una milla dos por cada escuadron. Fue gran suerte el descubrir tan á tiempo la armada turquesca para poder concertarse las galeras, y ponerse bien en defensa con pavesadas y reparos en las proas y postas de entrada, dando lugar á que cada galera ocupase la suya. Don Juan, para hacer plaza de armas espaciosa para pelear su gente, y resolucion de morir ó vencer, como si sólo fuera el fin de aquel dia, hizo desembarcar su Real. Encomendó el gobierno y defensa de la medianía á Gil de Andrade, el cuartel de proa á Pedro Francisco Doria, las rumbadas á los maestres de campo D. Lope de Figueroa y D. Miguel de Moncada, y á los castellanos Andrés de Salazar y Andrés de Mesa, el fogon á

D. Pedro Zapata, el esquife á D. Luis Carrillo, la popa á D. Bernardino de Cárdenas, D. Rodrigo de Mendoza Cerbellon, D. Luis de Cardona, Don Luis de Córdoba, D. Juan de Guzman, D. Filipe de Heredia, Rui Diaz de Mendoza, con otros muchos caballeros y capitanes de valor insuperable. Executó el órden de D. Juan en disponer bien esto Juan Vazquez del Coronado, caballero del hábito de San Juan, capitan de la galera Real, de experiencia, ánimo y valor.

Alí traia una galera muy grande y alta de puntal, y en ella quinientos genízaros y turcos espacos, bravos flecheros y escopeteros, nata de su exército. En viendo la armada cristiana puso la suya en forma de media luna con igual frente sin dexar socorro; y en medio, lugar entre ellos del supremo imperio, Farta con escuadron de ciento y treinta galeras apartado dél por espacio de cincuenta; al lado diestro de la parte de tierra, Alí con ochenta; la punta de la tierra cerraba Mahamet Bay, gobernador de Negroponte, hijo de Selarraiz; y la otra punta Siroco Bay, gobernador de Alexandría; y la batalla por la parte de tierra Mahamet Bay y Sayn Bay, hijos del baxá Alí; y el cuerno de la mar Aluch Alí. Eran todas las galeras docientas y ochenta y seis. Hascen, nieto de Barbarroxa y Xabancherebi, gobernador de Tripol de Berbería, venian con veintidos galeras para dar socorro á los baxaes y cabezas de la armada. Con gran soberbia se maravillaba de la osadía en esperar de los de la Liga; mas cuando acabó de descubrir todas sus galeras perdió el color y afirmó le habian engañado y jamas pensó juntáran tantas fuerzas, y no sería la vitoria tan fácil como pensaban: y mirando á los cristianos remeros gozosos con la esperanza de su libertad, dixo no sin turbacion: «Cristianos, si hoy es vuestro dia, Dios os le dé, que yo fio en la fortuna otomana ha tantos años.»

Don Juan, en una fragata con D. Luis de Córdoba y Juan de Soto, discurrió por la armada reconociendo si ocupaba y guardaba cada uno su puesto, advirtiendo y corriglendo. Esforzaba la gente el verle tan gallardo y tan animoso, con semblante que ponia valor y espíritu militar y cristiano, y confianza de alcanzar vitoria, su rostro alegre, grave, desahogado. Díxoles: «Ea, soldados valerosos, teneis el tiempo que deseastes: lo que me tocaba cumplí; humillad la soberbia del enemigo, alcanzad gloria en tan religiosa pelea viviendo y muriendo siempre vencedores, pues iréis al cielo.» Respondieron con seguridad de ánimo sobrenatural y voz esforzada, acometiese y no difiriese la vitoria. Volvió satisfecho á su Real, y al mismo tiempo á sus capitanas Marco Antonio Colona y D. Luis de Requesens, habiendo hallado no menor desco en el uno que en el otro escuadron de pelear, animándolos con representalles la necesidad que habia de mover las manos valerosamente. Levantaron en la Real un Crucifixo con la imágen de Nuestra Señora, donde toda la gente devotamente oró en tanto que D. Juan pedia en alta voz favoreciese las armas de la cristian-

dad y á los soldados que le ofrecian sus ánimas y sus cuerpos, salvase sanos y enteros, destruyese los turcos con su poder, enemigos de su santísimo nombre y religion santísima, para que fuese ensalzado y alabado de todas las gentes. Publicóse al instante el jubileo é indulgencia del Pontífice para los que allí muriesen, é hízose la absolucion general. Era muy de ver el resplandor de las armas en que hacía el sol vislumbres, reflexos y espejos en el agua, diversidad de colores, banderas, estandartes, flámulas, gallardetes, ruido de las caxas, trompetas que llamaban y animaban á la batalla creciendo el espíritu y el deseo.

CAPÍTULO XXV.

Batalla con los turcos y vitoria de los cristianos.

Una milla ántes de embestir, Alí hizo disparar una pieza señalando donde iba; y D. Juan respondió con otra. De cerca consideró que el filo de las galeras turquescas era de docientas y sesenta, y que de la parte de tierra no podia extenderse más que la cristiana por no tocar, y tanto más en espacio se extendia por la del mar, como ocupaba su mayor número de galeras, cosa que no se pudo prevenir. Turbó al Doria luégo el venir la mayor parte de la armada sobre su escuadron y punta en que iba, estando los otros tan apartados dél por tanta distancia, que atentos al enemigo propio que tenian delante, no se acordarian de socorrelle. Con este intento Aluch Alí para darle por proa y popa, llevaba su cuerno á lo alto, porque tomando más espacio pudiese con más facilidad embestir superior en más de la mitad de galeras. Con el mismo artificio el Doria enderezó contra su galera saliendo al mar, encaminando sus consejos y hechos segun los del astuto cosario. Barbarigo se dió priesa para llegar á Malcanton ántes que los turcos, pareciéndole que por no encallar en los secaños y bajíos que hace allí la entrada del rio Aquelo perderian el órden. Pudiera la advertencia aprovechar más, si tuviera noticia del fondo, acercándose más á la tierra. A este tiempo de las galeazas jugaba su artillería con daño de los turcos deshaciendo su media luna; y fuera de mucho momento la carga, si se diera más pegada con ellos, porque luégo quedaron fuera de la batalla y sin efeto tanta artillería, pues no se disparó otra vez, y la buena gente no pudo pelear. Aunque se presentaron con gran ímpetu disparando su artillería los turcos dañó poco, porque sus vasos eran más altos de rueda y de trigante que los de poniente. Atacaron la batalla y primero en el cuerno de Barbarigo y la galera de San Francisco de España y su

capitan Cristóbal Suarez natural de la ciudad de Segovia. Lo que tardó la batalla turquesca en apartarse de las galeazas, se adelantó su cuerno diestro donde fue lo más recio del combate. Los turcos, dando segun la usanza suya grandes alaridos y vocería poniendo espanto á los enemigos, dispararon multitud de flechas, y comenzaron á pelear por el espacio que entre la ribera y la armada dexó libre Barbarigo, y pasaron algunas galeras y le asaltaron por la popa, dexando Mahamet Siroco y Caut Alí costeando la Etolia, ordenado que otras galeras embistiesen por la proa. Peleó con cinco bajeles el veneciano haciéndoles rostro con su riesgo y mucho daño, y su furia por gran rato valerosamente sostuvo. Llególe socorro y dió en los turcos recia carga, rindió algunas galeras con la prision de los dos capitanes, y hizo zabordar otras en la isla de Villamarin. No pudieron parte de las que lo intentaron, porque se embarazaban unas á otras. Mucha gente por las lagunas y bajíos se salvó en tierra firme, y se ahogó más, no igualándose en la fortuna. A Lepanto huyeron quince galeras y diez galeotas, y se llevaron vencida la galera Soranzo de Venecia acometida de ocho, y no socorrida. Erraron los capitanes turcos en no salir al mar alto apartados de la ribera amiga, para quitar la comodidad de embestir tan fácilmente.

En tanto que Barbarigo con furia y prosperidad combatia cercado animando á sus capitanes y soldados con su exemplo, descubriendo el rostro de la rodela para dar órdenes, fue herido de una saeta en el ojo derecho. Ya en la batalla con la misma braveza y atrocidad se combatia, y gallardamente las capitanas de D. Juan y de Alí, supremos generales; porque viéndole de léxos y reconociendo el estandarte D. Juan, mandó al timonero enderezase la vuelta dél, y con resolucion se le presentó y se embistieron por las proas. Por tener la galera de D. Juan cortado el espolon y ser la turca más alta, entró y cargó mucho sobre ella, levantando la popa, descubriendo la plaza de armas de Alí la mosquetería y arcabucería española, y como á caballero tiraba con mortandad de los genízaros. Don Alvaro Bazan, atento al conflicto, vió que Alí tenía siete galeras de refuerzo y D. Juan dos solamente; acercóse con su escuadron, dió ruciada con muerte de muchos turcos, metió docientos españoles en la Real, y volvió á su posta. La galera de los hijos de Alí, el uno de la primera barba, el otro que la esperaba, embistió por proa la capitana del Pontífice al tiempo que peleaba por el costado con otro enemigo. Combatíase con ira y obstinacion entre los dos generales, y dos veces pasaron los cristianos en la galera de Alí hasta el árbol, y tantas fueron rebatidos por el mucho socorro que le metian las siete galeras; y toda la habia menester, porque la arcabucería de los costados de la galera cristiana y la mosquetería los deshacian. Las capitanas del Pontífice, de Venecia, del Comendador mayor y la patrona Real, aferradas con grandes y reforzadas galeras, combatian porfiadamente. Cuando llegó D. Juan de Cardona con su escuadra á su posta,

halló que un batallon de galeras turcas iba á entrar por ella á tomar la batalla por la popa, resistió animosamente su acometida, y no pasaron; pero la carga que recibió le mató más de cutrocientos y cincuenta soldados, capitanes y oficiales. Don Martin Padilla rindió con sus cuatro galeras otras cuatro, y algunas al primero encuentro, sin que nadie le socorriese, peleando valerosamente los soldados y D. Diego de Mendoza, hermano del Duque del Infantado, D. Alonso Bazan y D. Bernardino de Velasco. Porque las catorce galeras de España, con grandes hechos notables en boca de todas las naciones, se mostraron de suerte que en ninguna entró enemigo. Jamas se vió batalla tan confusa, trabadas las galeras una por una, y dos y tres con otra, como les tocaba la suerte, aferradas por las proas, costados, popas, proa con popa, gobernando el caso. El aspecto era terrible por los gritos de los turcos, por los tiros, fuego, humo, por los lamentos de los que morian. El mar vuelto en sangre, sepulcro de muchísimos cuerpos que movian las ondas, alteradas y espumantes de los encuentros de las galeras y horribles golpes de la artillería, de las picas, armas enastadas, espadas, fuegos, espesa nube de saetas, como de granizo, volviendo erizos y espines los árboles, entenas, pavesadas y vasos. Espantosa era la confusion, el temor, la esperanza, el furor, la porfía, teson, coraje, rabia, furia; el lastimoso morir de los amigos, animar, herir, matar, prender, quemar, echar al agua cabezas, piernas, brazos, cuerpos, hombres miserables, parte sin ánima, parte que exhalaban el espíritu, parte gravemente heridos, rematándolos con tiros los cristianos. A otros que nadando se arrimaban á las galeras para salvar la vida á costa de su libertad, y aferrando los remos, timones, cabos, con lastimosas voces pedian misericordia, de la furia de la vitoria arrebatados les cortaban las manos sin piedad, sino pocos en quien tuvo fuerza la codicia, que salvó algunos turcos.

El Príncipe de Parma, con la capitana de la República de Génova, acometió otra de escuadra, pelearon porfiadamente y la entraron sus soldados, y él fue de los primeros. Murió Ector Espinola, general, y Gabriel Nin y Alonso de Avalos fueron heridos. Algunas galeras zorreras turcas de la escuadra de Aluch Alí, viendo la resistencia y ofensa de los cristianos, huyeron, y apretadas de la galeaza de Arubrosio Bragadino, sin probar la fortuna de la batalla, zabordaron en la marina cercana, y otras fueron á Negroponte. Las demas galeazas hicieron poco efeto despues que se embistieron las dos armadas, porque para conservar el filo mejor, D. Juan hizo bogar con demasiado espacio, y la capitana de Francisco Duodo, más obediente al refuerzo que tenía de remeros, solamente discurria y dañaba los enemigos. Las galeras del cuerno de Barbarigo, que no fueron embestidas, revolvieron con buen órden y cercaron los turcos, matando y hiriendo con gran pujanza. Aluch Alí, no pudiendo ganar el fuera al Doria en lo alto, esparcido el humo, aunque tardó en aclararse el horizonte por el viento

contrario, por no venir á las manos enderezó al dentro, y con doce galeras ligeras discurria sin embarazarse para escapar cuando le pareciese. Esto pensaron algunos quiso, alargándose con aparencia de ganar la popa á Juan Andrea, y fue por tener tiempo en que descubrir dónde inclinaba la fortuna de la batalla para disponer sus consejos. Alí dos horas combatió valerosamente, procurando entrar la galera de D. Juan; pero D. Lope de Figueroa se mejoraba contra él ayudado de D. Bernardino de Cárdenas y de D. Miguel de Moncada, que le socorrian como les tocaba, al tiempo que los turcos entraron una vez, y un esmerilazo que dió en la rodela, sin pasarla, á D. Bernardino de Cárdenas derribó y quebrantó mortalmente. Don Juan en el estanterol asistia proveyendo desahogadamente, asistido del Conde de Priego, D. Luis de Córdoba, D. Rodrigo de Benavides, D. Juan de Guzman, Ruy Diaz de Mendoza, D. Filipe de Heredia, y por baxo del estanterol gobernaban la galera Gil de Andrade y Juan Vazquez Coronado. La capitana de Malta rindió cuatro galeras, y acometida de otras cuatro, se defendia con su daño.

En tanto mataron de un arcabuzazo á Alí; avisó dello á D. Juan don Juan de Ayala, y los cristianos entraron del todo la galera con muerte de muchos genízaros. Quitaron el estandarte llamado el Sanjac, bandera de devocion del señor de los turcos, y pusieron en su lugar la imágen de Cristo crucificado, y la cabeza de Alí levantaron en una pica, porque la viesen las armadas, para animar, alegrar, glorificar los cristianos, y desmayar, entristecer, infernar los turcos. Este suceso aseguró el evento del horrible conflicto, no habiendo hasta aquel punto inclinado la vitoria, ni señalado á quién se habia de dar. El general Veniero envió luégo la galera de Onofre Justiniano á llevar la nueva á Venecia. Aluch Alí, oyendo los gritos de los cristianos por el vencimiento y los clarines, embistió para huir por el claro que dexó el Doria entre su escuadron y las galeras de Sicilia y Malta, y cargó sobre ellas con más de treinta, y embistió la de Malta por la popa con toda la artillería y escopetería, y ayudado de las otras la entró y mató casi todos los caballeros y soldados, y fray Pedro Justiniano, general, fue herido y preso, y la galera saqueada y ganado su estandarte, siendo fatal para la Religion este cosario, y la remolcára si la galera *Guzman de Nápoles* no la socorriera disparando dos piezas, con que apartó los enemigos y la libró. Quedaron vivos solamente seis caballeros mal heridos, como su general, y murió el Bailío de Alemania, y de los turcos en ella docientos y cincuenta. Mejor fortuna tuvieron las otras tres galeras suyas, que rindieron tres turquescas. Aluch Alí maltrató cuatro desabrigadas del cuerno derecho donde iban, por no haber seguido bien al Doria, no pudiendo ser presto socorridas, y viendo venía golpe de bajeles en su contra huyó. Farta baxá peleó dos horas con cuatro galeras; muerta su gente, llevada la suya de las olas sin regimiento y per-

dido el timon, como poco experto en cosas del mar, acusando la mala suerte que no perdona á los inocentes, castigando la locura de los temerarios, maldiciendo la pertinacia de Alí, precipitador de la armada de Selim contra su voluntad, entró en una fragata con su hijo y salió de la batalla, dexando en medio del incendio y rigor de la muerte la flor de gente y fuerzas de mar de la casa otomana. La galera de los hijos de Alí entró el Comendador mayor con gran mortandad de los turcos, y los prendió. Pelearon bien D. Juan de Saavedra, hijo del Conde de Castellar, y D. Juan de Velasco, hijo del de Nieva, y el capitan del bajel D. Juan de Torrellas con otros caballeros. Quedó herido D. Juan Mexía, hermano del Marqués de la Guardia. El Marqués de Santa Cruz ya discurria por todas partes despues de haber ayudado á la Real, socorriendo donde era el mayor aprieto. Acudió á D. Juan de Cardona, que estaba muy apretado de ocho galeras, peleando con gran furia y estrago, y su capitana muy maltratada, y le habian muerto ciento y veinte combatientes españoles y él atormentado de un pelotazo en el pecho y herido de un flechazo en un brazo con peligro, aunque peleaban bien el maestre de campo D. Diego Enriquez, D. Juan Osorio, D. Enrique de Cardona, D. Hernando del Aguila, D. Hernando de Mendoza y otros caballeros. En la capitana y otras cuatro de su cargo no quedaron sin heridas ciento. El estrago fuera mayor si no llegára en su ayuda la Real, el Comendador mayor y las capitanas del Pontífice y de Venecia, que acometiendo las que encontraban, las rendian y llevaban presas. Acudieron al cuerno derecho, donde fue la mayor carga de casi todo el número superior de los turcos, porque no estuviesen en peligro y los demas sin él. Viendo ya D. Juan vencidos los turcos y por la mayor parte aferradas y rendidas sus galeras, y que Juan Andrea Doria executaba con gran valor y gobierno adquirido y heredado, no pasó adelante. Embestíale por popa una galera, y le habia roto el estanterol, y la imperial de Sicilia la echó á fondo. Los demas vencedores, remolcando los trofeos, remataban las porfiadas batallas en que estaban otros.

Los turcos, aunque de todas bandas heridos con mala ventura, alargaron la batalla hasta el fin del dia, siempre furiosa y terrible por la esperanza de una parte y la desesperacion de otra. Metíanse en las galeras á recebir la muerte ántes que rendir las vidas, ciegos del furor, locos de rabia, vista miserable y espantosa. Los esclavos cristianos, conociendo la mejoría de su parte, combatian con los turcos en sus galeras en comenzando á ser entradas, procurando su libertad con venganza de sus injurias y fin alegre de su esclavitud. Los forzados de la Liga, desferrados de sus capitanes, compraron el salir de servidumbre vil y fatigosa con las muertes de los bárbaros, en cuyas galeras llevados de la promesa de sus generales y deseo de robar, saltaron furiosamente. Marco Quirini y Antonio Canaleto, proveedores, pelearon valerosamente y apretaron algunas

galeras hasta hacerlas embestir en Petala, llevando á salvar así las vidas de muchos y satisfaciendo á su deseo y esperanza. Viendo huir á Aluch Alí el Doria, le siguió encaminando á un cabo que descubrió á lo largo, por donde le era forzoso pasar al cosario, y le alcanzaria primero el que iba más por derecho. Llegó á él cuando habia pasado con siete galeras, tomó algunas, y cesó la caza por venir la noche muy escura y tempestuosa, y porque las galeras estaban flacas de chusma por los remeros que desferraron para pelear: que no es del todo consejo aprobado armar los forzados para alcanzar á quien huye ó huir de quien vence. Volvió con el Marqués de Santa Cruz, que rindió una capitana de escuadron contra las galeras que habian quedado de las de Aluch Alí, y las hicieron dar en tierra, y de sus turcos desanimados parte escaparon, parte se anegaron. Salváronse huyendo Caradeli Azan baxá, el Agá del Arsenal, Hazan agá, el Agá de Tripol; Aluch Alí con siete galeras llegó á Santa Maura, y temiendo de ser cogido pasó á Modon. Parecieron algunos navios del enemigo que seguian su armada; y fueron acometidos del Marqués de Santa Cruz y de otras treinta y cinco galeras que salian con el trinquete la vuelta de Galata; rindió algunas y pasó adelante, y tomó otras ayudado de la Real, de D. Alonso Bazan, D. Martin de Padilla, y las hicieron embestir, y solas cinco se salvaron. Perdióse la *Piamontesa*, con muerte de D. Francisco de Saboya; se anegaron dos galeras del Doria y de Sicilia, y en la patrona murió D. Juan de Miranda, y en la de Gil de Andrade Juan Ponce de Leon con catorce heridas. Murió el capitan Monserrat Guardiola, D. Juan de Córdoba, pasado por la garganta con una bala y D. Alonso de Cárdenas con una lanzuela y Agustin de Hinojosa. La *Florencia* del Pontífice fue rendida de cuatro galeras, con muerte de muchos caballeros de San Estéban y de Tomás de Médicis, su capitan, y la galera *San Juan* corrió la misma fortuna. Pelearon valerosamente los Príncipes de Parma y de Urbino, Paulo Jordan, el Conde de Santaflor, Ascanio de la Corgna, Otavio Gonzaga, Vicencio Viteli y el prior de Hungría, Pompeyo de Lanoy, hijo del príncipe de Sulmona, D. Pedro de Padilla, D. Agustin Mexía, D. Bernardino de Velasco, D. Martin de Padilla. Todas las naciones pelearon como leones. Fué á fondo la primera galera del turco, la en que iba á recreacion, la de Cara Alí, Cara Baine, Siroco, gobernador de Alexandría, Cara Peric, Maneta de Argel, Abagi Huscar, Cuzo Macamu, Yaaes, Agad, el hijo de Agimazor, el hijo de Alí Portuc, Hascen Gelubi, hijo de Cara Mustafá, Gayder Bey, gobernador de Xio, Hascen Bay, gobernador que fue de Rodas, Ginoves Alí, Donde Mamí, el Cayd de Galípoli y dos galeotas de Cayd Gelebi, y de un renegado de Cara Foxa, y otras. Murieron docientos turcos principales, treinta gobernadores de provincias, ciento y sesenta Bays y capitanes de fanal. Eran los más conocidos Alí, general, Guidor Bey, gobernador de Xio, Cara Bayac de Sofraso, Gafer

Chelubi de la Cabala, Verdo, agá del Arsenal, Mustafá Chelubi, tesorero general, el Caydel de Mitilene, Cayad Cheleby, virey de Esmitre, Peri Bexeli, Deli Suleiman, Ozman Bel, Durino, patron real, Tramontana de Alí, general; Siroco Bay, piloto mayor, Mahamet Sabay, Suf Agá, Day Bay, Agar, escribano mayor del arsenal, Cara Cadi el Negro, Cara Alí, cosario, Mahamet Bay, capitan de los genízaros, Cara Foxa, Hadag Arraez, Don Domani, Jafet Aga, Bay Cara Chulby, virey de Fratene, un hijo de Graca Bay. Los presos Mahamet Bay y Sayn Bony, sus hijos de Alí, Mahamet Bay, hijo de Salarraez, Caut Alí, capitan de fanal, Murat Arraez, cosarios, y otros muchos capitanes de galeras y de gente, y el Canceller mayor. Murieron treinta mil turcos, fueron presos diez mil; mas no parecieron sino tres mil y quinientos. Libertáronse quince mil cristianos de todas naciones: ganáronse ciento y setenta y cinco galeras; fueron treinta al fondo; noventa y nueve dieron en tierra y las quemaron, y en la reparticion hubo ciento y treinta. Don Juan despachó con diez galeras á D. Lope de Figueroa á llevar la nueva al Rey, y al Conde de Priego al Santo Pontífice; á los venecianos á D. Pedro Zapata, gentilhombre de su Cámara, y para darles el parabien de la vitoria y congratularse del triunfo que Dios á todos fue servido de dar. La galera patrona de Sicilia, cargada de cuatro de Aluch Alí, se defendió valerosamente; porque como los turcos, genízaros y leventos de Argel son cosarios exercitados y buenos escopeteros y flecheros, hicieron gran estrago, disparando por cuatro partes contra los cristianos; y así los defensores, aunque los más quedaron muertos y mal heridos y abrasados de los fuegos, fueron dignos de toda alabanza. Habiendo venido á buscar en ella D. Jerónimo de Valenzuela, comendador de Almazan y Portomarin, de la religion de San Juan, que habia combatido valerosamente, como suelen los de su hábito en sus galeras, á su hermano D. Diego de Valenzuela, no le conocia, segun estaba abrasado de una alcancía. Eran hermanos de D. Pedro Fernandez de Valenzuela, que acabada la guerra de Granada, en que trabajó y gastó mucho, volvió á descansar á su casa. Mas ellos, buscando las ocasiones en que señalarse, vinieron á servir en esta jornada, mostrando ser verdaderos decendientes de Juan Perez de Valenzuela y del prior de San Juan en Castilla D. Juan de Valenzuela, que perdieron la vida y caudales por ser fieles á sus Reyes, segun escriben sus coronistas, y de D. Pedro Fernandez de Castro, que se halló en la conquista de Córdoba, y le hizo el rey D. Fernando el Santo Alcaide de sus alcázares, bisabuelo de Martin Sanchez de Castro, que hubo en la señora de la villa de Valenzuela á Juan Perez de Valenzuela, que casado con doña Sancha Martinez fundó el mayorazgo de Valenzuela, y vendido despues por los sucesores, se subrogó en otros bienes.

Escribe D. Alonso de Fuenmayor, Salustio y Tácito español, por boca

de D. Francisco de Reinoso, de Pío V en este dia así: «Paseaba con el tesorero Donato Cesis, que despues fue cardenal en la segunda creacion, y súbitamente se apartó, abrió una ventana y estuvo mirando al cielo como atónito; cerróla de ahí á poco, y dixo al Tesorero: «Andad con Dios, que no es tiempo de negocios, sino de dar gracias á Jesucristo, porque nuestra armada venció en este punto», etc. Y añade adelante: dadas las gracias se salió al campo á pasear con rostro tan alegre, que lo advirtieron cuantos le seguian. Con tantos ayunos, suspiros y lágrimas pidió el buen suceso, que mereció ser oido: y el mismo dia de la batalla y en la noche ántes hizo doblar las oraciones en todos los conventos, y que á todas horas asistiesen á aplacar á Dios devotos religiosos. Murieron de los cristianos siete mil y quinientos, y entre ellos algunos capitanes de todas naciones, y llegaron á diez mil despues por la mala cura de las heridas de los flechazos, venenados los más, y dentro de dos dias Barbarigo, con sumo desplacer de la armada por sus virtudes. Este fue el fin del dia siete de Otubre, siempre memorable á los siglos presentes y venideros, por la gran batalla comenzada ántes de la una, despues de mediodia, y fenecida á la noche, habiendo sido á las dos horas de pelea muerto Alí, general, y presa su Real, hecho el juicio del fin en favor de los confederados, inferiores en sesenta galeras á los turcos.

CAPÍTULO XXVI.

Lo que hizo la armada despues que venció la turquesca.

A dar el parabien de la gran vitoria á D. Juan acudieron los Generales del Pontífice, de Venecia, los Príncipes de Parma y Urbino y los demas señores Maestres de Campo y capitanes principales, con increible contento de haber salido tan bien del peligro. Lloraba el venerable viejo Sebastian Veniero por el alegría y triunfo de todos. Celebraron la noche con la música, vocería y trompetas y luminaria con los fuegos de las galeras inútiles que encendieron, y eran muchas. Curaron los heridos, descansaron los trabajados, gozaron libertad los esclavos cristianos, quedaron en cadena los turcos, que la fortuna en la guerra tanto puede. En el siguiente dia se trató en Consejo, hecha reseña de las galeras y gente, lo que se podia hacer, y todos dixeron que llevar la armada á invernar, por los muchos muertos y heridos, faltar vitualla, entrar el invierno tan presto, que no daba lugar á deliberaciones de mucho tiempo. Bastaba lo hecho por aquel año respeto de la reputacion y del provecho, destruida tan grande armada,

con que la potencia turquesca quedaba abatida y deshecha en el mar. Era menester reparar la armada, rehacer los soldados, para salir á buen tiempo en el venidero verano. A esto se respondia ser fácil traer bastimentos de Sicila y Apulia con las naves que quedaron en el Zante guarnecidas con los alemanes, pues estaba desembarazada y segura la navegacion de enemigos. En Patras de la Morea habia grandes magacenes llenos de bizcocho, defendidos de pequeño presidio. Eran los muertos muchos, mas quedaban otros valerosos en número suficiente á tentar cualquiera empresa, principalmente porque habria poca resistencia, y todos los alemanes estaban en sér. El impedimento del invierno deshacia la vitoria, que lo aseguraba todo, habiendo en la Grecia capacísimos puertos y seguros para mayor armada donde reparar la suya, por la destruicion de los turcos y temor de las guarniciones, tal que sólo el nombre de vencedores rindiera cuantas tierras combatieran en la Morea. Los griegos tomarian las armas para cobrar su libertad en asomando las primeras velas al golfo de Nicomedia.

Este era consejo conveniente al gozar de la vitoria y deshacer los turcos, ganando los puertos donde habia de meter su armada para su defensa, las municiones, recompensa de los gastos de la liga, pues todo se les rindiera; porque el temor los habia puesto de manera que Constantinopla cayó de ánimo tanto que sólo del huir se pensaba, y pedian á los cristianos della esperando la armada los dexasen vivir con el mismo tributo que ellos dieron á Selin. A los que tenian comercio y crédito daban á guardar sus joyas y prendas más estimadas. Casas enteras pasaban á Asia. Pera, poblacion de ginoveses y de otros mercaderes cristianos, fuerte de sitio y murallas, como barrio de Constantinopla, que sólo un pequeño seno la divide, temiendo que los turcos volviesen contra ellos su ira, trató de nombrar por cabeza para su defensa á Jacobo Malatesta, general de Albania, en Eburio ántes preso por desórden de sus soldados. Éste con gran secreto se proveyó de armas y caballos, y conjuró con los esclavos pata que en asomando la armada, con el hierro y con el fuego acometiesen las casas de los turcos. Por esto queria Marco Antonio Colona, alargando el ánimo y el camino que fuesen contra la cabeza del Imperio, pues se entregarian por temor y trato que el Pontífice tenía con renegados de los Dardanelos del Canal de San Jorge en las estrechuras de Galipoli; el uno en Asia, donde fue habido; el otro en Europa, donde fue Sexto, célebre por el puente que allí hizo Xerxes. Quitaban el comercio á la ciudad, paso á su armada, socorro á la Grecia.

Salió D. Juan de Petala, y por mal tiempo entró en Puerto-Candela. Sobre el combatir á Lepanto hubo contrarios pareceres. Entendióse despues era fácil la empresa por la poca guardia que tenía. A doce de Otubre llegaron á Santa Maura, frontero del puerto de Goniza en Tierra Firme, y la reconocieron el Doria y el Corgna. Pareció ser necesario

quince dias para espugnalla, difícil la batería, no de mucha importancia la empresa. Allí D. Juan dió gracias á Dios por la vitoria con misa solene, sermon y procesion con mucha música de instrumentos y de clérigos y frailes que iban en la armada. Repartió los despojos así: la Capitana del turco al Rey; al Pontífice ventisiete galeras, nueve cañones gruesos, tres pedreros, cuarenta y dos sacres y docientos esclavos; al Rey Católico ochenta y un vasos, sesenta y ocho cañones grandes, doce pedreros, ciento y sesenta y ocho sacres, tres mil y seiscientos esclavos; á Venecia cincuenta y cuatro vasos, treinta y ocho cañones, seis pedreros, ochenta y cuatro sacres, dos mil y cuatrocientos esclavos. Cupieron al derecho de la décima del Generalísimo deciseis vasos, setecientos y veinte esclavos, y las piezas de diez una. Quedaron en su poder los dos hijos de Alí baxá y cuarenta y siete principales. La mayor causa de volver sin efeto con no poca nota se atribuia al general venecciano, cuyos grandes bríos y superabundantes espíritus humilló la herida en la pierna de una sacta enconada. Cerrado en su cámara atendia solamente á su cura, sin oir ni hacer otra cosa. Maravillaba el no pedir se prosiguiese la guerra ó la hiciera el Veniero por sí mismo, pues habia fuerzas. Don Juan tenía por disculpa el mandato de su Rey de no invernar léxos de sus Estados, y no le convenia detenerse, habiendo de ser la Morea y lo que cerca se ganase para venecianos por las capitulaciones, y no cuidando su General no habia para qué cuidase don Juan. Mas deseoso del bien comun quiso invernar en Corfú, porque para rehacerse estaba cerca de Sicilia y Calabria y Venecia, y era detenido de contrarios pareceres y dificultades propuestas. Las naves dieron bastimentos á las galeras, y fué á Mecina D. Juan con Maico Antonio, y los venecianos quedaron en su isla. Bragadino, proveedor del golfo, enviado de su república con tres galeazas con bastimentos á la armada llegó á Corfú. Condoliéndose del no haberse hallado en la batalla, pidió á su General cincuenta galeras para asaltar las provincias del enemigo, medrosas, desprovcidas, sin consejo y socorro, con que podria hacer buenos efetos. Nada pudieron con él sus ruegos, y dixo no le queria ceder su oficio, y que presto saldria él á tentar sus empresas. Fué á Venecia, dando ocasion al mundo para decir que deslustraron con su mala retirada los confederados la gloria de su vitoria grande, mostrando la diferencia y mejora de las armas cristianas contra los turcos para quedar vencedoras siempre que estuvieren conformes. Ninguna vitoria mayor, más ilustre y clara, abriéndoles camino para una gran fortuna, ninguna más infrutuosa por el mal uso della: así lo entendieron los más expertos de valor y consejo y prática en los Estados del turco: Veniero por repararse y entrar con triunfo en Venecia; el Colona en Roma; D. Juan, por obediente á su hermano y gozar de la gloria en Nápoles, donde deseaba y procuraba aficionadamente pagar bien á las damas su amor, inutilizaron su trabajo.

En el dia de Todos los Santos entró en Mecina, remolcando las galeras vencidas, sus estandartes y banderas, tremolando las vencedoras, y fue recebido del Obispo, clerecía y magistrado con gran aplauso, alegría y veneracion, por lo admirable que tiene la virtud militar vencedora, que parece algo de divinidad en los héroes. Dió otra vez gracias á Dios, celebró las exequias en nueve dias por los difuntos en la jornada con suntuoso túmulo, adornado de elogios, inscripciones, trofeos y armas propias y del enemigo, dándoles el postrer *Vale* con fiestas elegantes y curiosas en memoria gloriosa suya y de los vencedores. Fueron las escuadras de las galeras con la gente á invernar en sus provincias. Don Juan hizo mercedes á los que se señalaron y grandes limosnas al hospital de la armada. Recibieron al Colona los romanos con triunfo de ovacion, reservando el grande para D. Juan si viniese á Roma, y el Pontífice acompañado de los cardenales en Palacio, y con amor, y engrandecióle con alabanzas y honróle, y con rentas y dineros le premió. Dió á huérfanas dotes en lugar de los gastos de banquetes, y el Colona ofreció una lámpara de plata en Araceli con su inscripcion.

Estando en la octava de Todos los Santos el Rey Católico en las vísperas con sus frailes de San Lorenzo el Real, entró D. Pedro Manuel, gentilhombre de la Cámara, tan alborozado, que se conocia en su semblante habia alguna novedad, y desalentado de la priesa y de su gordura, dixo al Rey, cómo habia llegado allí Angulo, correo, con aviso de una gran vitoria que habia tenido el señor D. Juan. No hizo mudanza ni sentimiento, como jamas perdia la serenidad de su ánimo y rostro y la gravedad de su imperio por ningun caso: dixo á D. Pedro: «Sosegaos; éntre el correo, que lo dirá mejor.» Supo la vitoria dél, y acabadas las vísperas se metió en su tribuna á dar gracias á Dios lo primero, en tanto que para la procesion se recogia el convento y todo acabado recibió la enhorabuena. Hizo decir en el siguiente dia misa por los difuntos en la armada. Entregó en San Lorenzo el Sanjac, estandarte del turco traido de Meca, de tela de algodon y lino, como una sábana mediana, blanco, escrito por una parte de letras arábigas mayores y menores, muchas dellas doradas, lleno de círculos, cuadros y triángulos: que entre otros errores de aquella perniciosa secta es que no admite figuras ni imágenes vivas, y así usan desto en que están escritas muchas alabanzas de Dios omnipotente, sabio, ecelente, invencible. Partió para Madrid á hallarse en persona en la procesion general que á cuerpo y voz de corona celebró, y llevó á su lado al Embaxador de Venecia. Para que desta vitoria hubiese perpétua memoria y hacimiento de gracias, dotó fiesta en cada un año en la Santa Iglesia de Toledo, que se celebra con gran solenidad en siete dias del mes de Otubre. Tan agradecido era á las mercedes que Dios hizo á él y á sus mayores. Hablando al Rey Francisco de Villamizar, procurador

de Córtes de Leon y cabeza de su antigua y noble familia solariega en ella, le preguntó si celebraba en cada un año su ciudad, como debia, la fiesta llamada de las Doncellas cantaderas por los once dias hasta el de Nuestra Señora de Agosto, en memoria de la gran vitoria que hubo de los moros en Clavijo el rey D. Ramiro, quitando el tributo de las cien doncellas impuesto por Mauregato. Respondió con su acostumbrada libertad, que le desayudó para sus acrecentamientos, se hacía debaxo del nombre de la clarísima familia de Quiñones, habiendo de ser del de su Majestad, y el Conde de Luna llevaba el estandarte con sus armas. Disimuló el Rey, y luégo despachó cédula para que la ciudad sacase de sisas lo que hubiese menester para solenizar la festividad en su nombre; y mandó llevase el estandarte con las armas reales el Abad de la cofradía, y no se dexase de hacer aún por muerte de Rey, como no sucediese en los diez dias inmediatos á la fiesta. Hallóse en Madrid al recibir la nueva el cardenal Alexandrino, que habia venido de Portugal. Hizo el Rey muchas mercedes á los capitanes que sirvieron en la jornada, de hábitos, encomiendas, rentas, entretenimientos, ventajas, ayudas de costa, atrayendo á su servicio con el premio del valor, animando á los amigos del ocio para dexarle por alcanzar los triunfos honrosos de Marte, con cuidados, penas, trabajos, sudor, sangre.

A cuatro de Diciembre, fiesta de Santa Bárbara, á las dos y cuarto de la mañana, la Reina parió un hijo y casi sin sentido por el recio parto. Fue el suceso feliz, y se hallaron presentes á él su Majestad y su hermana, y entregó el niño á su aya doña María Chacon, y en su Cámara le besaron la mano los Grandes y señores, y acompañado dellos salió á la capilla á dar gracias á Dios con el himno *Te Deum laudamus*. Fue baptizado luégo en el templo de San Gil á deciseis del mismo mes, y fueron padrinos la princesa doña Juana y el príncipe Wincislao. Salieron por el pasadizo desde el aposento de la Reina, á las tres de la tarde, los maceros y los mayordomos de la Reina y de la Princesa y cuatro reyes de armas, y seguian el Duque de Gandía, el prior D. Antonio de Toledo, el Conde de Alba de Aliste, el Marqués de Aguilar y el de Mondéjar. El Duque del Infantado á un lado llevaba el capillo, de otro el Conde de Benavente la vela, y delante el Duque de Osuna el mazapan; el de Nájara el salero, que le derramó; el de Sesa un aguamanil y toalla; el de Medina de Rioseco una fuente y otra toalla; el de Béjar el niño envuelto en mantillo de terciopelo verde, bordado de cañutillo y forrado en tela de plata; á su diestra el Nuncio de su Santidad; á la siniestra el Embaxador del Emperador; delante los de Francia, Portugal y Venecia, y detras la Princesa y á su siniestra el padrino, y un poco adelante el Marqués del Adrada, mayordomo mayor de la Reina, y el Conde de Lemos de la Princesa; luégo su Camarera mayor en medio de doña María Chacon, aya del Prín-

cipe, y doña Teresa de Guevara, guarda mayor; las señoras de la Córte, las damas de la Reina y de la Princesa sin galanes. A la puerta del templo esperaba el cardenal Espinosa con cuatro obispos vestidos de pontifical, y dentro asistian los Consejos por su precedencia, y en medio de la capilla, debaxo de un doser, estaba la pila de plata baptismal. Fue nombrado Fernando. En Palacio dieron el parabien á la Reina los embaxadores, y le besaron la mano sus oficiales mayores y de la Princesa. Así acabó el acto más solene que se vió hasta aquel dia. Hallábase el Rey favorecido del cielo con la gran vitoria contra los turcos, con el hijo sucesor, con la prosperidad de la gran riqueza que truxeron las flotas de Nueva España y del Pirú, siendo feliz á la Monarquía este año 1571.

CAPÍTULO XXVII.

Lo mucho que sintió Selin la pérdida de su armada, y lo que hizo para su remedio.

La vitoria mayor que en el mar jamas alcanzaron los cristianos rompió la potencia del turco, tenida por invencible y sus fuerzas por insuperables della. Algunos la tuvieron por milagrosa, porque los turcos decian vieron ángeles con espadas sobre las galeras de la Liga, como está pintada en la sala del Vaticano. El discurso del hecho y haber muerto diez mil cristianos muestra no eran estos ángeles tan valientes como el que en una noche mató ciento y ochenta mil asirios. La nueva halló á Selin en Andrinópoli, y temiendo novedades por su ausencia en Constantinopla, con la alteracion, dolor y miedo, en seis dias se les presentó. Con ecesivo sentimiento decia á sus consejeros era el triste caso y desgracia (nunca tal) claro y fatal principio de la ruina de su monarquía: matasen los esclavos españoles y venecianos. Mahamet baxá con prudencia y valor le consoló y disuadió la crueldad y venganza vil, señal de flaqueza de ánimo indigna de persona tal, y dixo matarian los cristianos los esclavos turcos, y se irritaria á los que no se declararon enemigos: aunque la pérdida era grande, quedaba poderoso: se trabajase luégo en construir, armar y sacar otra armada con que en el año siguiente resistiese los ímpetus é impidiese los progresos de los confederados, reforzar los presidios de Rodas, Negroponte, la Morea y Albania con buena providencia y diligencia, pues le daban lugar los vencedores: olvidase el lastimoso suceso, y mandase que no se hablase dél más en su Córte. Lo postrero dixo con bien poca prudencia, pues cuando se prohibe el hablar de un mal suceso, se habla y tiene por peor; y permitido,

la verdad; y el príncipe que no sabe de guerra, ni qué sea ganar y perder en ella, sirve de menosprecio á sus capitanes, y de ponerles flaqueza, discordia y mal ánimo. Pocos dias despues arribó Aluch Alí con quince galeras, y una de Corfú que llevó presa cuando huyó. Presentóle el estandarte de Malta, diciendo destruyó sus galeras, por donde veria que los cristianos no podrian gloriarse, ofender ni resistir, y él sí con el reino de Cipro y ciudades conquistadas en la Dalmacia y Albania. Se labrase armada con que oponerse á los coligados y defender su Imperio. Consolóse mucho Selin, y dió á Aluch Alí el oficio de general del mar y cargo de la labor del Arsenal. Tanto puede la indignacion de un poderoso por los reveses de la fortuna mudable, que mandó matar á Farta, baxá de mucha autoridad y servicios, inocente, pagando la temeridad del mismo Selin y de sus capitanes; mas fue retenido del ruego de Piali baxá y de Mahamet: que tanto puede el consejo de dos ministros sabios y leales, que á un príncipe destemplado reducen á quietud saludable y á tomar medios convenientes á su conservacion y grandeza. Tanto puede la necesidad y calamidad presente con alguna esperanza de levantar la reputacion caida y defenderse, que habiendo de empalar á Aluch Alí, porque huyó como astuto y como vil, y por su parte perdió la armada, pues no peleó en el principio de la batalla, y siendo del Consejo erró por la ambicion con los demas, contra el uso de aquella Córte y milicia, precia y da el supremo cargo de su armada á un renegado calabrés, baxo en nacimiento, tiñoso, tosco en el cuerpo y en el rostro; poniendo el gobierno universal en mano de esclavos, no fiando de los turcos nobles, quitando el medio para aspirar al Imperio las cuatro familias iguales en antigüedad á la otomana, sospechosas por esto y de temor, con cautela, sin fuerzas, sin opinion, ni crecer llegando á ser baxaes ni belerbeis, como los renegados, apartados léxos de la Córte, ocupados en oficios medianos por no desdeñarlos en Tracia, Macedonia y Tesalia. Los Michalogos son generales de los Alcantis, caballos ventureros descubridores del enemigo delante del exército. Los de Turacan y Eurenes llevan las primeras banderas de los dos primeros Sanjacados, mandados de los belerbeis. Los Malcozos, primeros en antigüedad y reputacion de sangre, son ocupados algunas veces, y tuvieron un valiente capitan que hizo dos jornadas contra venecianos. Pirro baxá, turco de Caramania, no pudo perseverar en la grandeza de puesto de Soliman por el demasiado favor que hacía á Habrain baxá, su émulo, temiendo siempre de las casas antiguas turquescas.

El Pontífice exhortaba con fervor los príncipes cristianos para entrar en la Liga; porque acometido por mar y tierra el turco se deshiciese su arrogancia con grandes conquistas en su Imperio. Porque se quexó don Juan en Venecia de los malos términos del colérico y absoluto Sebastian Veniero, y por ellos no tuvo mayores efetos el año ántes, le dieron por su-

cesor á Jacobo Foscarini, y le avisaron por Leonardo Contarini. Las galeras de la guardia de Corfú tomaron algunos navíos cargados de captivos y despojos de Cipro que iban á Constantinopla. El Comendador mayor de Castilla, electo gobernador del Estado de Milan en sucesion del Duque de Alburquerque, difunto, que gobernó con mucha prudencia con su hermano D. Juan de Zúñiga y el Embaxador de Venecia en Roma, trataban con Pío del modo de hacer la guerra, proponiendo diversas empresas, juzgando que lo que se intentase acabarian felizmente. Don Juan de Austria, habiendo cumplido bien con la empresa que llevó de un brazo, que por nubada arrojaba un rayo, y la letra era *Qualis vibrans*, como el que le arroja, lleno de heroico espíritu se aprestaba tan acuciosamente, que le parecia detener cualquiera impedimento el curso de su gloria, dispuesto no ya con dudosa esperanza para batalla de incierto fin, más de segura vitoria. Solicitaba el aparato de la guerra, y el Rey le daba priesa; levantaba nuevos alemanes é italianos, y mandó fletar navíos de carga, recoger vitualla y municiones para que á la primavera estuviese la armada á punto y con la gente que descansaba en los alojamientos. Nombró para que le asistiesen al Marqués de Trevico, napolitano, y á Antonio Doria, práticos y de buen consejo en la guerra. Procuraba que el Duque de Medinaceli con la armada partiese para Flandres y que llevase al Marqués de Cetona Chapino Viteli para que pasase con el socorro á Inglaterra en favor de los católicos, con que defenderse de la tiranía de la Reina.

Fué á tratar el Duque de negocios con el cardenal Espinosa, y faltando á la gracia y á la cortesía con él, se quexó al Rey. Consultando sobre los despachos de Flandres, el Rey le habló tan ásperamente sobre el afinar una verdad, que le mató brevemente. Fue sepultado en Martimuñoz de las Posadas, donde nació, en la iglesia en que habia comenzado á fundar sepulcro y capellanías. Quedó imperfecto como el palacio que edificaba y subia en alto sus grandes pensamientos. Fue colegial del colegio de Cuenca en Salamanca, oidor en Sevilla, regente en el Consejo real de Navarra y del de Castilla y su Presidente y del de Italia, obispo de Sigüenza, inquisidor general y del Consejo de Estado, de gran privanza con el Rey por su valor y prudencia de ecesiva autoridad adquirida con gran juicio; gallarda persona, aspecto autorizado, nobleza de familia, tan bizarra condicion, alentado y elevado espíritu, como si naciera sólo para mandar, y tan pronto y asistente en el despachar, que algunas veces quedaron en ocio los Consejeros; y áun la consulta de las vacantes hacía en la mayor parte á boca, y con tal brevedad, que pidiendo al Rey D. Diego Fernandez de Córdoba, su caballerizo primero y su favorecido, hiciese oidor de la Cancellería de Granada en una vacante á un su encomendado, que le avisó dello con correo en toda diligencia, respondió: «Llegais tarde, que ya está proveida.» Replicando don Diego: «¿Pues cómo, Señor, acabo de recebir esta carta tan á tiempo des-

pachada con el aviso (segun su fecha) que si no es volando otro no le pudo preceder?» Y dixo su Majestad: «Puede ser, mas el cardenal Espinosa me consultó en saliendo del Consejo, y proveí la plaza.» Por esta celeridad y apresuramiento le mandó consultase por escrito siempre, porque hubiese tiempo para que se mirase lo que se le habia de proponer, y moderó el favorecer y comunicar al Presidente, y porque le cansaba el salir á recibille, quitalle la gorra, darle silla por igual y alguna libertad, desenfado y propiedad en el negociar y proveer como de sí mismo; que en Príncipe tan celoso de su inmunidad y oficio pareció increible su tolerancia hasta allí. Al fin cayó de su gracia, porque no andaba detras de su señor en la gloria, estimacion y despacho. Cuando el rey Agesilao vió á su Lisandro privado de igualdad, hizo merced dando audiencia de todo cuanto le pidieron, y seguíanle y no á Lisandro como solian todos, y despachaba el Rey tan por sí mismo, que apénas pasados dos meses pudo decirle á solas, ¿sabía hacer á sus amigos menores? y respondió: «A los que se le querian hacer mayores.» El favorecido viva más recatado, cuidadoso, recto, circunspecto, receloso, cauto. Están los supremos en mayor peligro, y cae en un momento el árbol que habia crecido en muchos años. Mas cuando andan envueltos con la fortuna, olvidan la consideracion, cortesía, humanidad, conocimiento, y miran como de alta roca, no discerniendo los que les fueren amigos, como los ven debaxo de menor ángulo. Es la felicidad al entendimiento cristal en que lo apartado no se divisa, y parece mayor lo cercano. La requestada gracia del Príncipe no es segura ni puerto bonancible; hay allí borrascas de sospechas, calmas de miedos, huracanes de la envidia y mayor inquietud poseyendo que esperando. Pues un gusanillo de un mal contento, de un mal oficio con razones arrojadas como al descuido en la oreja y ánimo del señor, y más si está sospechoso y es sabio, seca poco á poco la más verde y mayor gracia. El mapa continente el mundo roe un ratoncillo; el orin, que es nada, consume el hierro, y el leon suele ser cebo de las menores aves.

Tambien le acabaron de sacar de la gracia de D. Filipe al Cardenal quexas de los Grandes y desabrimientos con ellos por falta de cortesía en oir y despachar sus peticiones; porque como estaba ya al cabo de su fortuna y se disminuia su grandeza, usaba della destempladamente hallándose aún con fuerzas, por el oficio y dignidad, para executar sus antojos. Conviene huir de la soberbia, mirar por la autoridad, honor y hacienda de su Príncipe con amor y fidelidad, atribuirle los consejos y sucesos buenos. Así cuando se cele y azore no habrá que le quite para sí como al cardenal Espinosa, arrogante ya, aunque maravilloso Presidente, hallándole en la cueva de la humildad coronado con el laurel de la vitoria de sí mismo, gloriosa cuanto difícil de alcanzar. La furia del nublado de su indignacion y pujanza de sus rayos no le tocarán, pues en la cueva no rom-

pen, ni al laurel hieren, sino baten las torres altas y soberbias. No hay más cierta regla que volver la memoria á lo que plació y desplació en otros gobiernos, y conocerse á sí por lo que fue y verse en el mar de la Córte cuando está más quieto. Procure ser el ministro favorecido por su valor, ingenio, agrado, beneficencia, como el cardenal Espinosa; mas considere que tal contento adormece y encanta como sirena, para perderse en el océano de la privanza, y no sentir como hombres, ni acordarse de los menesterosos y compadecerse de los afligidos; y si acaso sucede al contrario, son como los que ven representar tragedias. Por esto se diee hace más sabios la fortuna adversa, y el que la tuvo siempre amiga, tiene ménos industria y buen consejo, porque salen de la experiencia y accidentes, y la ventura de la concurrencia del bien, sin que obre generosamente quien le recibe. Causó discursos en la Córte el decirse, que estando con el primero paroxismo mortal el Cardenal, como porque no les reviviese, apresuraron los médicos y algunos ministros presentes tanto el abrille para balsamalle, que tocó la navaja la mano del exánime, y abierto el pecho palpitó el corazon: cual si fuera para satisfacer al Príncipe, Grandes y Consejeros, porque la demasiada grandeza del que se tuvo por compañero es desagradable, y tal que desea sucesor que mejore el tratamiento, y menore el poder absoluto y ecesivo adquirido, ó con sus méritos invidiados y emulados, ó con el favor de su Príncipe.

Luégo D. Filipe mandó á un ministro de quien fiaba mucho, que despues fue Presidente de Valladolid, le advirtiese de las personas más á propósito, para elegir dellos sucesor del Cardenal, y dixo: «Era Obando, presidente del Consejo de las Indias inmediato á serlo del de Castilla, verdadero, entero, suficiente; sólo se le oponia el tener tan bien entendidas las materias de su oficio, que les haria falta. El doctor Martin de Velasco, del Consejo de Cámara, tenía mucho del gran expediente de Espinosa, y prática de los negocios de Italia y Flandres y de los de Castilla por sus oficios; mas sus hijos y nietos daban que pensar para dudar en elegille. Don Antonio de Padilla, presidente del Consejo de las Ordenes, procedia bien y como gran letrado, mas la persona pequeña le desfavorecia, y por entónces estaba bien premiado. Don Gaspar de Quiroga, obispo de Cuenca, tenía condicion más para la Inquisicion general, y así se la encargó el Rey. Don Diego de Covarrubias, obispo de Segovia, era de vida inculpable, sus estudios y letras los mayores de Europa, y tuvieron gran nombre en el Concillo de Trento, y sirvió en el Audiencia de Granada con gran aprobacion, aunque con encogido natural y temor escrupuloso de su conciencia, y la presidencia pedia expediente liberal y político. Èsto postrero no desplació al Rey, que no queria dar parte del gobierno ya, como verémos. Teníale ocupado en este tiempo en la visita y reformacion del ilustre monesterio de monjas de las Huelgas de Búrgos, y allí recibió el nombra-

miento del Rey. Consultado sobre el no acetar por el no residir en su obispado con Su Santidad del Pontífice Gregorio XIII, dispensó en la residencia, y mandó sirviese el oficio su amigo: así le llamaba desde que en el Concilio la igualdad de letras y virtudes ecelentes, unió sus ánimos, y hicieron juntos el cánon de la reformacion de los más dificultados y controvertidos en las congregaciones. A la réplica de Covarrubias sobre no acetar por el gran cuidado y cargo del infinito número de negocios, dixo el Rey que pues no habia de tener tantos como su predecesor, no dudase podria cumplir con sus obligaciones, teniendo por demasiado el número que á Espinosa habia acometido; bien que se podia referir al no ser inquisidor general, ni presidente de Italia y del Consejo de Estado entónces, como fue despues. Tomó la posesion de su presidencia, y cumplió con lo que le tocaba con igualdad, rectitud y exemplo á los sucesores, honrando los ministros, no apartándole humanos respetos de lo justo, honesto, conveniente en las provisiones, prefiriendo al favor la virtud y letras. Cuando se habian de sentenciar grandes pleitos, rogaba á Dios alumbrase al Consejo para acertar en el juicio de dar á cada uno lo que era suyo, y estudiaba con cuidado la justicia. Por esto aviando su casa desde Segovia, y diciéndole un criado no mudase su librería, dixo: «No quiera Dios dexe compañía de tantos años, y que tanta honra me ha hecho»; y no pasaba dia sin estudiar, áun en medio de las mayores ocupaciones.

Falleció tambien en este año á siete de Setiembre en la villa del Escorial D. Gomez de Figueroa, conde de Zafra, marqués de Villalba, primero duque sobre conde de Feria, del Consejo de Estado del Rey, de su Cámara, capitan de la guarda española, comendador de Segura de la caballería de Santiago, de gallarda persona, señoril presencia, muy respetable, de gran juicio, consejo, valor, humanidad y liberalidad increible, y más con los pobres, bien visto y comunicado de su señor, con amor adquirido y aumentado por muchos años de asistencia á su persona y servicio en todas sus jornadas de mar y tierra, de paz y guerra, en que gastó y empeñó sus Estados, digna por todo su memoria de veneracion y remuneracion. Y en lo que de tenerla pudo ser capaz la poca edad de su hijo D. Lorenzo, le dió su Majestad la encomienda de Segura en el mismo fallecimiento de su padre, que es de las más ricas de su órden, y habia menester su casa una gran ayuda de costa para su desempeño, y remitiólo su Majestad al ménos gasto que debia tener para acudir á esto en sus tutorías. Ya varon, ocupó su generoso espíritu y gran juicio cultivado con letras buenas y bien logradas y conocimiento de las materias de Estado, como en el segundo volúmen desta historia dirémos, y no brevemente.

Escribió Selin al rey Cárlos IX de Francia entendiendo era solicitado para que entrase en la Liga contra él, guardase la fe que debia á su hermandad heredada de sus padres y abuelos, no se confederase, ya que no le

ayudase, por lo que debia á su ley, al descubierto, diese lugar para que los huguenotes que trataban de favorecer los rebeldes de Flandres metiesen allí sus armas, para necesitar al Rey Católico á mirar por aquellos Estados, y salir de la union la mayor fuerza y parte más poderosa. El Rey respondió no faltaria á la hermandad, más podia poco por la desconformidad de sus vasallos. Selin puso eficaces medios en asentar esta paz en Francia, y efetuar para ello el casamiento de Margarita con el príncipe de Bearne. Los príncipes de la casa de Lorena advertian al rey Cárlos del engaño presente y mal futuro al reino, si no cuidaba de sí, de sus fieles retirados en sus casas y gobiernos, para atender y llorar desde allí los daños que se antevian; mucho más despues que trataba de casar á su hermana con su enemigo, pues casára mejor con el rey de Portugal, á gusto y peticion del Pontífice por su legado cardenal Alexandrino. Los franceses se valian del Duque de Florencia para negociar la dispensacion en el parentesco que negaba Pío, si no se reducia á su obediencia y era buen católico. Habiéndosela negado al Médicis, le pedia dispensase por su autoridad en breve secreto; porque convenia para la quietud de Francia y su seguridad y de los potentados de Italia el tener los franceses en cuidado al Rey Católico con este matrimonio. Pío, santo y prudente, dixo no dispensaria aunque le costase la vida, pues no miraba á puntos de Estado sino de la religion y justicia. Este intento esforzaban los Cardenales de Borbon, Lorena, Guisa, los Duques de su casa, y el de Florencia la amistad y paz del rey Cárlos con el Almirante y los de su séguito, por no venir el Rey de España en que el Emperador le enviase la corona de Gran Duque, ratificando la que le dió Pío. Parecíale que pacificado Flandres, y vitorioso el Rey Católico en el mar, y enojado el Emperador le moverian guerra, y le convenia ampararse de franceses, y que divertiesen al Rey por Flandres; y para esto traia inteligencia con el Almirante, y con el Rey de Francia, por medio de Galeazo Fregoso y Mos de Tellin, yerno del Almirante. Éste decia al Rey que para vivir todos en paz echase la guerra en los Estados de Flandres mal contentos y deseosos de su libertad y venganza de las crueldades que decian hacía el Duque de Alba contra los apóstatas que recaian, y de salir del poder de los españoles, con que se apoderó de los Estados de los Países sin órden del Rey con el consentimiento del Pontífice é inquisidores, con que no eran señores de sus casas ni de sus haciendas. Esta consideracion para un Rey Cristianísimo no era de buen fundamento, porque suele traer consigo el castigo por la ofensa de Dios: y así tarde ó temprano las centellas tocan á sus Estados, y á veces á sus personas.

En tanto que el Príncipe de Orange juntaba exército en Alemania con ayuda de los protestantes y dinero de los flamencos y de los foragidos dellos, que del todo tenian perdida la esperanza de volver, el conde Ludovico de Nassau en Francia trataba con el Almirante y Mos de Genlis, que por Mons

en Henault asaltase los Países, donde sería recebido prósperamente, porque estaban alterados con el tributo del décimo y veinteno dinero que tenía los ánimos enajenados del Rey. El almirante Coliñi daba priesa en el efeto del casamiento del Príncipe de Bearne con la infanta Margarita, y habia asentado la liga con la Reina de Inglaterra y el rey Cárlos, porque no ayudase á sus herejes; y ella por tener más fuerzas y reputacion contra el Rey Católico en favor de sus rebeldes de Flandres, con quien trataba del nuevo levantamiento de los Estados, para que desde sus puertos saliesen á acometer por el mar, y el Príncipe de Orange desde Alemania por tierra, y el conde Ludovico desde Francia para dia señalado: porque ántes que el Duque de Medinaceli llegase con la armada con que habia salido, y vuelto por mal tiempo á España, tuviesen los puertos ocupados, y las principales ciudades rebeladas, como lo habian prometido. Con esto se aseguraba del todo; pues teniendo la guerra en su casa el Rey Católico, no ayudaria la de las ajenas. Antonio Pintor, rey de armas de los Estados, por no faltar á esto en la rebelion trató en Mons, en Henault, con sus parientes y amigos de lo que convenia hacer para libertar el Condado, y acordaron que fuese á Francia á tratar con el conde Ludovico de Nassau de entregarle á Mons, luégo que á ella viniese con algunos soldados, y que ochocientos hombres della ayudarian al levantamiento y entrega para el dia que señalasen. Concertó en Francia, donde fue con licencia del Duque de Alba y órden de avisar de lo que traian en prática los foragidos, con el almirante Coliñi el hecho con el conde Ludovico de Nassau; y volvió de secreto á Mons á disponer la traicion, para que tuviese efeto á los venticuatro de Mayo, dia señalado para el de otras entradas en diversas tierras de Flandres, así por la parte de Francia, por donde habian de entrar el conde Ludovico á ocupar á Mons, plaza de las más leales y fuertes, segura (al parecer del Duque) de rebelion y trato, y el señor de Fama rebelde flamenco á Valencianes, y para este dia se habian de rebelar las villas de las islas y de tierra firme que pudiesen, disponiéndolo con astucia y secreto. Don Diego de Zúñiga, señor de Flores de Avila, embaxador ordinario en Francia, procuraba con los reyes que no se diese ayuda á los rebeldes de Flandres por la paz y deudo que habia entre las dos Coronas y deuda á la de España, por haber ayudado á Cárlos en tiempo que fue bien menester, por su menor edad y grandes fuerzas de los enemigos, y en otras dos ocasiones, como agradecidamente lo refieren sus historias. El Duque de Alba envió personas al mismo efeto; pero ser de ninguno estas diligencias mostraron las obras poco correspondientes á las palabras del Rey, y deseo que mostraba de conservar la paz: bien que la autoridad y crédito que tenian los huguenotes en la Córte por el favor y asistencia de los del Consejo sus amigos y parientes huguenotes, como ellos los más, era mucha, y la obediencia al Rey poca.

CAPÍTULO XXVIII.

Previénense los confederados para salir con la armada, y altéranse los Estados de Flandres, y los efetos de todos.

Don Juan de Austria, por mandado del Rey, llegó á Mecina á la entrada de Abril para llevar á Corfú su armada, donde se habian de juntar los generales. Los venecianos en tanto enviaron galeras á correr las tierras del enemigo, y tomaron la isla Margarita, y otras escuadras en corso para mirar y considerar las empresas que se podrian hacer en la costa de la Morea y Albania, y á ver el ánimo de los griegos para tomar las armas contra el turco. Ellos habian enviado á pedir á D. Juan acometiese la Morea, porque le recibirian y por su Rey, y llevase armas y guarnimientos de caballos, pues tenian muchos y buenos con que ayudar. El Rey mandó aprestarlo todo con grande abundancia y esperanza de próspero suceso. Aluch Alí, trabajando de dia y de noche, varó ciento y treinta galeras, aunque de leñame verde. Hundió artillería, juntó armas, municiones y vitualla, hizo levas de turcos y llamó espais; sacó los marineros de los navíos de carga, y con las quince galeras que salvó de la batalla y algunas fustas de cosarios hizo docientas velas. Partió á defender la Morea, porque se temia de su acometimiento y levantamiento, por haberle avisado del trato que traian con D. Juan para hacerle su Rey, bien que fiaba poco de su armada, y sólo pretendia estar en la defensa de todo. Entró en el Archipiélago, Escarpanto y otras islas, echó al remo los cristianos por reforzar su armada y por inclinados á los confederados, y en la Morea y Albania muchos, porque querian á D. Juan por Rey. Hizo crueles castigos en religiosos por inducidores de los pueblos al levantamiento. Donde se ve que si luégo que vencieron acometieran, fueran señores los confederados brevemente de la Grecia.

Teniendo los rebeldes de Flandres concertada su alteracion y entrada á señorear muchas ciudades de importancia, con quien tenian trato, y que habia de ser á venticuatro de Mayo, en saliendo para España el Duque de Alba, y tardaba en venir el Duque de Medinaceli, segun era su deseo de executar, lo hicieron á dos de Abril. Mos de Lumay, que se titulaba Conde de la Marcha y de los principales rebeldes, juntó ventiseis navíos de piratas flamencos, huidos por herejes á Inglaterra, y metió en ellos mil y cien soldados y marineros, y vino á la isla de Briele, en Holanda, para ocuparla por el trato que en ella tenía, haciendo entrada para ganar lo demas. El

Conde de Bosu, gobernador de Holanda, avisó de la llegada á la costa destos navíos al Duque de Alba y á D. Hernando de Toledo, hermano del Conde de Alba de Aliste, maestre de campo del tercio de Lombardía, y le pidió aviase las dos compañías de arcabuceros de su tercio á la Haya, donde estaba para impedir que los rebeldes no saqueasen algunas aldeas de la marina. Lumay se apoderó del puerto de la Briele, y pegando fuego á la puerta de la ciudad, sin hacer resistencia los naturales conforme al acuerdo, la entró, apellidando libertad y Príncipe de Orange. Saqueó las iglesias y monasterios, rompió las imágenes, apoderóse de la tierra y comenzó á fortificarla ayudado de los conjurados de dentro, y pasó á cuchillo los religiosos y católicos. El Maestre de campo, en barcas, llegó á Vienen y á Roterodam á cuatro de Abril; junto con el Conde en Ulaerdigen, á seis, navegaron á la Briele, y el alférez Diego de Felices, con buen número de arcabuceros, ganó el arrabal de la ciudad, dos leguas distante de la aldea de Geert Uliet, rompiendo tres cuerpos de guardia que halló en el camino, retirándose á la ciudad. Caminaron el Conde, y D. Hernando, y á su vista vinieron los enemigos por el rio avisados de Escoltete, traidor, que dixo al Conde estarian seguras las barcas, y las quemaron por no haber dexado guarda en ellas. Por no tener artillería volvieron donde desembarcaron, y allí Escoltete les dixo se retirasen en el dia siguiente con la baxa marea, porque no podrian despues, habiendo de pasar el rio de la Mosavieja por puente (pues iba por allí recogido) y despues faltaba media legua de mar muerta. Llegados á ella pasó siguiendo al Maestre de campo, y en Dordrech tomó barcas para llegar al dique de Roterodam. Hallóla alterada aunque procuraban aquietarla los capitanes D. Rodrigo Zapata y Francisco de Valdes, sargento mayor del tercio de Lombardía. Para ir á socorrer la Haya le concedieron barcas y paso por la villa en tropas de veinticinco soldados cada vez, guiados de un herrador capitan de los rebeldes, y pareciéndole entraban más quiso cerrar la puerta; y el Conde, porque no le degollasen los que pasaban ya, le mató, y se aloxaron los soldados matando y saqueando hasta que lo atajó el Conde. Caminó de allí á dos dias, y ganó á los rebeldes á Delfthaben que fortificaban, por ser puerto y paso de mucha importancia, degollando los que le defendieron, y le guarneció con otras compañías que llegaron y aseguraron las riberas del Mosa. Conoció el Duque habia nueva rebelion del fortificar la Briele, y envió á Osorio de Angulo para que metiese en Ulisingen, uno de los tres principales puertos, las tres banderas de su tercio de Sicilia que tenía en Breda, porque la guarnicion de walones salió á comer por las aldeas á título de que no les daban dineros. Ordenó al Conde de Bossu armase en Holanda los navíos que juzgase bastantes para ser superior al enemigo, y que levantasen seis coronelías de á seis banderas de walones cada una. Mos de Caprés, Filipe de Lanoy y Mos de Liques, en Ulisinghen no recibieron las compa-

ñías, porque para rebelarse dixeron no habian menester guarnicion, estando todos en paz, y para mostrar eran declarados cortaron la cabeza al capitan Pacheco, y la pusieron sobre las murallas. Ayudáronse de escoceses é ingleses, con quien de secreto traian Inteligencias, quitaron la obediencia y se pusieron en la proteccion del Príncipe de Orange, impidieron el profesar la fe católica, destruyeron las iglesias y cosas sagradas. Esto causó la guerra larga, gran costa y muchos daños que en ella y en la de Inglaterra se han tenido. Los gobernadores y capitanes generales son de más experiencia en el mar unos, otros en la tierra. El de Orange, conociendo estaba la importancia en señorear el mar, procuró ocupar los puertos y plazas más importantes de las marinas, cerrando la puerta á los socorros de España y tener la mano para meter los que esperaba de Inglaterra, Escocia, Francia, Alemania, con que iria la guerra á lo largo, como suelen las que no se han de acabar por ímpetu, obstinándose los hombres cada dia más y enseñándose á guerrear para padecer y hacer mucho más que dellos se esperaba; como acaece en el que muere de tísico, que su vida se alarga fuera de la opinion de los médicos y esperanza de los que los ministran. El Rey de Francia por ocupar la potencia del Rey Católico, los huguenotes porque no la emplease en ayuda de su Rey para su destruicion, la Reina de Inglaterra para que no favoreciese sus católicos y meter la herejía en los Estados para conservacion del suyo, y para hacer saca de gente, porque habia mucha, como ningun inglés era fraile y las guarniciones de Irlanda no pasaban de mil hombres, y convenia purgar la isla, previniendo que la multitud y ociosidad no engendrase alguna alteracion; los alemanes porque estaban indignados por no haber querido restituir á su peticion á los de la casa de Nassau, todos de secreto por su razon de Estado, provecho y conservacion, apartando la guerra de su casa la metian en los Países. Confirmaba esto ver que Felipe Estrozi armaba razonable número de navíos en la Rochela y Bordeos y Broage, y el Baron de la Guardia, sin decirse para dónde, aunque el embaxador de España lo procuró entender del Rey de Francia y de sus correspondientes. Y satisfaciendo á Selin le envió por embaxador al Obispo de Aix ó Aos, con órden de solicitar de camino á la República de Venecia para que hiciese la paz con el turco, ofreciéndose de alcanzarla. Llevó el Obispo consigo al Baylo para el efeto. Fue advertido el Rey Católico por sus embaxadores y vireyes reforzaban sus fronteras no asegurándose de los Reyes guiados por ministros diversos en persona, intencion y religion, cobrando autoridad para con él y reputacion en el reino la secta de los huguenotes con las paces suyas y casamiento del Príncipe de Bearne, y pretendiendo echar los españoles de Flandres, mayor fuerza de su Rey, y luégo á él y á su madre de Francia, como se lo afirmaban los fieles de la casa de Guisa.

En primero de Mayo murió Pío, á los seis años, tres meses y veinte

dias de su Pontificado, y á los sesenta y siete y catorce dias de su religiosa y santa vida, con sumo desplacer de la cristiandad y de Roma. Alegráronse en extremo los herejes y Selin, que dentro de nueve dias supo la nueva, tanto cuanto se entristeció el rey Filipe, porque la Iglesia perdia un buen pastor, recelando el fin de la Liga. Considerando podia ser la eleccion de sucesor en amigo de franceses, prudente y vigilante le pareció no debia alargar su armada para prevenir el daño que amenazaban tantos tratos, embaxadas, señales, aprestos y efetos de guerra en Flandres; y avisó á D. Juan no partiese de Mecina hasta que le avisase, porque si era forzoso en pocos dias meteria con su armada sus armas en el Piemonte, y con algunos más en Flandres, como se habia hecho. Don Juan de Zúñiga persuadla la breve eleccion con los Cardenales. Entrados en el cónclavi, en el segundo dia con maravillosa inclinacion en la primera proposicion adoraron al cardenal Hugo Boncompaño, boloniés, cosa hasta entónces pocas veces acaecida contra la tardanza, duda y contraste de varios pareceres por diferentes deseos é intereses. Tal consentimiento é igualdad de ánimos hicieron sus ecelentes virtudes, conocimiento de la jurisprudencia, gravedad, entereza, naturaleza sin artificio ni ambicion, inculpable vida, amigo de la justicia, señalado en el manejo de todos los oficios de Roma y gobierno de otros fuera della, porque habia pasado ascendiendo por grados de honor al esplendor de la púrpura, hecho Cardenal por el difunto Pío y santo, y ahora al supremo de la tiara del pontificado. Llamóse en su coronacion Gregorio XIII. Marco Antonio Colona en Sede vacante fué á Roma, por haber espirado con Pío su generalato, á ver cómo su provision y eleccion se disponia. Confimado por el nuevo Pontífice á los primeros de Junio, embarcado en Gaeta con Paulo Jordan Ursino, general de la gente italiana del Rey Católico, volvió á la armada, en cuyo apresto no habia cesado punto D. Juan. Envió al Marqués de Santa Cruz á embarcar en las galeras los españoles, italianos, alemanes, por los alojamientos en Sicilia, para llevarlos á Mecina. Avió veintidos naves á Corfú con gente y municiones, y despues al Marqués de Santa Cruz con su escuadra, con deseo de seguirlos brevemente. Los venecianos le solicitaban por medio de Jacobo Soranzo, proveedor general, y respondia estaba segun via junta la gente de las naciones y más de tres mil ventureros, y para salir de Mecina aguardaba al Duque de Sesa, su teniente, en vez del Comendador mayor de Castilla, y con treinta galeras venía con Juan Andrea Doria. Monseñor Odescalco, nuncio, esperaba la salida de la armada para bendecirla toda junta.

LIBRO X.

CONTIENE

LO QUE HIZO LA ARMADA DE LA LIGA

HASTA QUE ASENTARON LA PAZ

LOS VENECIANOS CON EL TURCO,

LA SEGUNDA REBELION

Y GUERRA EN FLANDRES, Y EFETOS DE LA DE FRANCIA CONTRA LOS HUGUENOTES,

PRESA DE TÚNEZ

POR LA ARMADA DEL REY CATÓLICO,

DIFERENCIA Y BANDOS DE GÉNOVA

SOBRE EL GOBIERNO DE SÍ MISMA.

CAPÍTULO PRIMERO.

El Pontífice procura el buen empleo de la armada de la Liga, y comienza nueva guerra en Flandres.

El sumo pontífice Gregorio Tredécimo quisiera hacer tan notable su entrada á pontificar como la salida de su predecesor, con algun grande efeto en la guerra comenzada. Sabiendo de D. Juan de Zúñiga el órden del Rey con que D. Juan de Austria se entretenia en Mecina, le dixo desordenaba la Liga, trazada bien y encaminada con tanta esperanza de prósperos sucesos. Respondióle ser más importante para la cristiandad no trabarse guerra entre Francia y España: no era su intencion de disolver la union. Trató el Pontífice el caso con los Cardenales de la congregacion de la Liga, y tuvieron pareceres como las intenciones. Soranzo, alterado en Mecina de la novedad, libremente dixo á D. Juan era color el decir que franceses rompian la guerra para desamparar su República. Ella lamentaba el caso, aunque inclinada á la paz, para emplear en tanto sus fuerzas juntas y dar el gasto, provecho ó mejora de las condiciones. Enviaron embaxada al rey Cárlos pidiendo, por Juan Michele, excusase por sí y por los suyos el hacer la guerra al Rey Católico, y no impidiese el progreso de la Liga y

su bien. A España despacharon á Antonio Trepolo á saber si el Rey tenía gusto en proseguir la confederacion, porque les parecia áspero estorbar los efetos y no los gastos. Don Juan despachó en una galera reforzada á Juan de Soto, su secretario, á decirle sería causa esta novedad de desconcertar la Liga. Para esto envió correo por tierra, exagerando lo mucho que sentia se le quitase el fruto de su vitoria, porque los humos que le habia puesto de rey Pío V con prometelle el primero reino que se ganase al turco, y los de la Morea con ofrecérsele, le desvelaban é incitaban para salir con la armada á procurar el cumplimiento de su deseo, esforzado de Juan de Soto, poco á satisfacion del Rey por esto. Tambien le escribió decia la congregacion de Cardenales diese cincuenta galeras con buena infantería al Colona, su teniente, para hacer la guerra, porque los venecianos afirmaban convenia socorrer sus islas del Cerigo, Candía y otras, porque no las acometiese Aluch Alí, y él no las daba, porque no era razon que otro gozase el fruto de lo que habia trabajado.

En Ulisinghen se comenzó á labrar para la cidadela junto al puerto al levante y mediodía por el Emperador un baluarte, obra señalada con que guardan la marina, y no se acabó, porque no se podia trabajar en él sino en ciertos tiempos del año y de calmas, por ser descubierto el sitio dél, y sujeto á los vientos que allí hay comunmente muy recios; y el castillo de Zeeburg, que hizo la reina María sobre el canal que viene de Ramua para Ulisinghen, en lugar conveniente. Mucho cuidado dió al Duque de Alba la rebeldía de Ulisinghen, porque los navíos pasaban por ella para el canal de Ramua, bueno y seguro, y habia en él más de cuatrocientos vasos, los más urcas, y convenia estuviesen en poder del Rey tales prendas, por ser la mayor parte de las villas más alteradas, para que no se declarasen del todo por propio interes. No era de poca consideracion el seguir á Ulisinghen, Ramua, Canfer y la Vere, casa de armas y magacen de municion de las armadas, en que habia mucha artillería, balas, pólvora, de que se valieron contra su dueño. A Mos de Soraz envió el Príncipe de Orange á gobernar y defender á Ulisinghen, y determinó sitiar á Mildelburg y el castillo de Rammekin, que guarda la entrada de su canal, y Ramua, que habian quedado solamente en la obediencia del Rey en la isla de Uvalckeren. Con esta empresa pensaban cercar las demas tierras de Zelandia de muchos navíos y mercaderías para sacar dineros. Sitiaron á Mildelburg, donde era gobernador Monsieur de Beauvoir, y tenía docientos valones, y para impedir el socorro hicieron un fuerte en la Poldra con artillería y dos banderas; batieron, con seis piezas que guardaban, seiscientos; y en la cabeza de Mildelburg estaba el mayor cuerpo de la gente metida en unos fuertes. El Duque aprestaba con gran priesa el socorro, porque con la misma apretaban la tierra los rebeldes, y encomendó el llevarle á Sancho de Avila, y envió á D. Fadrique, su hijo, y á Noirquer-

mes á Bergen. Partió con treinta navíos á fin de Abril, y en ellos quinientos arcabuceros españoles con Osorio, Angulo, Ovalle, Añasco, Medinilla, capitanes, y seiscientos valones con Monsieur de Briás, gobernador de Mariamburg, y Liques y muchos caballeros y particulares ventureros. No pudo desembarcar en la Poldra guiado de pilotos, sino en las Dunas, montañuelas de arena hechas del viento en la marina, en el crepúsculo de la noche, el agua á la cinta. Caminó en la vanguardia Liques con docientos arcabuceros valones, y entró al amanecer en Mildelburg, porque los rebeldes no la sitiaron por aquella parte, teniendo por imposible, siendo señores de Ramua y puertos de la isla, venir por allí el socorro. Quedó de guarnicion Liques con los docientos valones, y Sancho de Avila pasó en la vanguardia con el capitan Medinilla con ciento y cincuenta españoles, y el capitan Torres con docientos valones; y seguian las demas, y Beauvoir con algunos soldados de Mildelburg dieron sobre la artillería, y huyeron los que la guardaban á la cabeza de Mildelburg, y acometidos los fuertes mataron la mayor parte de los rebeldes y se ahogaron en el mar y los que huyeron á las Salinas atrincheadas, y con docientos hombres y cuatro piezas de artillería fueron executando y ganando pasos defendidos con poco ánimo, hasta que las sobras entraron en Ramua, fortificada con trincheas y artillería, y murieron cuatrocientos, y siguieron los que escaparon hasta Vere, como si no hubieran caminado toda la noche y el dia, y peleado y vencido con presteza increible y osadía, gozando de la ocasion que hacía su esfuerzo y valentía. Sancho de Avila, vitorioso, aloxó en Ramua y se apoderó de sus muchos navíos del canal, y ordenó su fortificacion, con que habia del Rey ya dos puertos en la isla para recebir las armadas de España que se esperaban y desembarcar gente con que ganar los demas brevemente, no dando lugar á los rebeldes para fortificar la Briele y Ulisinghen y hacerse fuertes en el mar. El Duque de Alba mandó crecer á diez banderas las tres coronelías de valones que se levantaban, y á Cristóbal de Mondragon, gobernador de Dembillers, llevar otra del mismo número, armar navíos en Ambers, y aumentaban el de los que se aprestaban en Holanda, y poner en órden la artillería de batir para sitiar lo primero á Ulisinghen, plaza importantísima, porque con este intento envió á Bergen dos compañías del tercio de Sicilia, que estaban en Diximude, y á D. Rodrigo de Toledo con las ocho banderas de su tercio de Nápoles y otras dos de arcabuceros dél, que le envió tambien, y en su lugar metió en Bolduque al maestre de campo D. Gonzalo de Bracamonte con ocho compañías de su tercio de Flandres, que estaban en Iperon.

Cumpliendo con el trato los rebeldes, á los veinticuatro de Mayo se rebeló la villa de Enckhuijsen, uno de los tres puertos principales de los Estados, y todo el Waterlant, y se apoderó de los navíos armados del Rey, y Valencianes recibió al señor de la Fama y cuatrocientos franceses, y

en la plaza del castillo comenzaron trincheas con sacas de lana para combatirle y ganarle por estar muy abierto, aunque le defendia bien el teniente Lumbrales, y con una surtida mató algunos franceses y ganó una bandera, con que probó era gente de poco valor. Para efetuar el trato de Mons entraron en ella, pocos dias ántes de los veinticuatro de Mayo, algunos franceses sin armas, por órden de Antonio Pintor, diciendo venian á servir en las banderas de valones que se levantaban; y él metió tres carros cargádos de botas llenas dellas con aparencia de mercaderías de Francia á los veintitres. A los veinticuatro llegó el conde Ludovico al alba á la puerta de Berneymont, como habia concertado con Pinor, con sesenta arcabuceros y ochenta caballos, y por su órden, hallando la puerta abierta fuera de lo acostumbrado, entraron muy cansados por haber caminado apriesa, entendido por ellos que el señor de la Fama habria ocupado á Valencianes. No viendo alteracion con su venida, y con haber dicho que en aquella hora estaria ya preso el Duque de Alba por el Príncipe de Orange, ni con ver bandas blancas apellidar Francia con el miedo ó contento suspendiendo el tomar las armas, temió dohle trato y salió á la campaña para ir á Valencianes, y al punto llegó Genlis con infantería y caballería, y volvió á entrar Ludovico, porque salió gente fuera á verle, y ocuparse el portero en reñir con un frances que le habia quitado un arcabuz. Al tercero dia llegaron otros cuatrocientos huguenotes que á la desfilada entraron en Mons, perficionando el trato y la rebelion.

Despertó el Duque de Alba, y su magnanimidad sacó su providencia, superiores en él en la adversa fortuna, no perdiendo la esperanza de resistir al enemigo por la traicion de los Estados y el ser acometido por tantas partes, señal de manifiesta traicion general. Antepuso la recuperacion de Mons y Valencianes á la de las tierras alteradas de Holanda y Zelandia, no sé si con buen consejo, por ser en todo tiempo recuperables aquéllas, éstas no, como se ha visto. Tuvo por mayor el daño que podian hacer los huguenotes por Mons que por las islas. Llamó á Sancho de Avila, que con navíos armados combatia desde Ramua con otros de los enemigos, y en la tierra de ordinario con mucho daño dellos. Con diez bajeles salió para Ambers, donde le esperaba el Duque, y embistió y rompió treinta y pasó en salvo. Pareció tener tan gran exército, que sitiando las dos plazas pudiese pelear con otro cualquiera en el mismo tiempo y presidiar las fieles para que no se perdiesen, como podrian fácilmente, envió á Alemania para que levantase el Conde de Hisemburg, arzohispo de Colonia, dos mil caballos, tres mil el duque Enrico de Brunsuvick, dos mil el duque Adolf de Holstain, mil y docientos el de Saxa, mil y quinientos el conde Pedro Ernest de Mansfelt, mil el conde Otho de Scauwenbourg, mil el conde Alberto de Loueystein, mil el coronel Antonio de Helk, baron de Santembourg, otros tantos Hanzwalhau, y trecientos el señor de Ambstenrode, y tres

regimientos de infantería alemana alta, otros tres de baxa. Mandó á don Juan de Mendoza, cabo de la caballería ligera, ir á juntarse en Tornay con las dos compañías de caballos que allí estaban, las dos que alojaban en Oudenarden, y las compañías de infantería que levantaba Mos de Caprés, y socorriese el castillo de Valencianes, para que se entretuviese en tanto que juntaba número bastante para cobrar la villa ántes que los huguenotes de Picardía la socorriesen, pues lo podian hacer breve y fácilmente, por ser la mayor parte del corto camino por bosques. Ordenó que las dos compañías de caballos que estaban en Terramunda y la de Tilemont viniesen á Bruseles, y que las de D. Bernardino de Mendoza y la de D. Pedro de Tasis entrasen en Maubeuge, del condado de Henaut, que está sobre el rio de la Sambra, y rompiesen los pasos por donde los huguenotes podian venir á Mons. Don Juan de Mendoza partió de Tornay para Valencianes, y ántes de llegar hizo de los mozos de la caballería un escuadroncete y tocar las caxas dél á la española, para dar á entender á los rebeldes eran todos españoles, y mostró la gente con gran frente desde una montañuela, y ser en más número. Huyeron los franceses y los rebeldes con muerte de algunos; y D. Juan metió la infantería en el castillo, y luégo, viendo la confusion de la huida, entró en el lugar y degolló alguna gente, tomó nueve banderas francesas, y no siguió el alcance porque la caballería se derramó á robar, y la de Maubeuge mató algunos franceses en el camino de Mons. En Walkeren Monsieur de Beauvoir con una emboscada procuró tomar un castillo que guardaban docientos rebeldes; escaramuzando los cerró y comenzó á batir, y se rindieron. Para recobrarle salieron de Ulisinghen y Canfer, pero en vano y con daño, y determinaron sitialle ayudados de los extranjeros; y por ser recuperable y entónces de poco provecho, le dexó Beauvoir.

En este año el Rey, para jurar en Castilla príncipe á su hijo D. Fernando á los deciocho meses ménos cuatro dias de su nacimiento, en domingo, último dia de Mayo, convocó los tres Estados de sus reinos. Vino en el dia ántes al monasterio á disponer lo necesario, y la princesa doña Juana por estar con poca salud, y la Reina llegó en el dia señalado por la mañana á la puerta del templo, donde la aguardaba el Rey, acompañada de sus hermanos los Archiduques y de las Infantas y de sus damas, rica y lucidamente vestidas y enjoyadas, y de todos los Grandes y Señores. Celebró la misa de Espíritu-Santo el presidente D. Diego de Covarrubias, y acabada, los que habian de jurar truxeron al Príncipe en brazos del Duque de Segorbe, precediendo los maceros, reyes de armas, procuradores de Córtes, ricoshombres y Grandes, y el Conde de Chinchon, que hacía oficio de mayordomo mayor por la ausencia del Duque de Alba, y por la del Conde de Oropesa traia el estoque al hombro el prior D. Antonio de Toledo, y el Marqués del Adrada, mayordomo mayor de la Reina. Puesto

su Alteza delante de su madre en un carretoncillo, llegó la Princesa y la recibió el Rey y metió en la cortina, y el Prior tomó puesto cercano á ella, y enfrente el Conde de Chinchon y los mayordomos del Rey y los de la Reina D. Pedro Laso y D. Gonzalo Chacon, y los reyes de armas y en las gradas los maceros. Ocupados los asientos sin precedencia por los que habian de jurar, D. Juan Manuel, obispo de Zamora y electo de Sigüenza, y D. Gaspar de Quiroga, obispo de Cuenca, y el de Avila junto al Presidente, se cantó el himno y oracion del Espíritu-Santo. Un rey de armas, puesto en la punta del estrado, dixo tres veces: «Oid la escritura que os será leida del juramento y pleito homenaje y fidelidad que la Serenísima princesa doña Juana, como infanta destos reinos, los prelados, Grandes, caballeros y procuradores de Córtes, que por mandado del Rey nuestro señor están juntos, prestan y hacen al Serenísimo y muy esclarecido don Fernando, su primogénito, como á Príncipe destos reinos durante los largos y bienaventurados dias de su Majestad, y despues dellos por Rey y señor natural propietario dellos.» En el mismo puesto el doctor Martin de Velasco, del Consejo de la Cámara, y Juan Vazquez de Salazar, secretario della, y el Escribano mayor de Córtes, para dar fe, estuvieron á un lado del sitial, y al otro, como testigos del juramento, los licenciados Fuenmayor y Francisco Fernandez de Liébana, del Consejo Real de Castilla, y tres del de Aragon. La Marquesa de Berlanga tuvo al niño en los brazos en tanto que le juraban, dormido hasta que le despertó la música del *Te Deum Laudamus*, y así dixo el Duque de Segorbe: «Mal sueño en tal ocasion; no reinaréis»; y aunque dicho acaso, no reinó. La Princesa juró y los demas llamados en la forma acostumbrada. El Presidente con los de la Cámara dixo al Rey si aprobaba y ratificaba todo lo que en cumplimiento de la carta de juramento ante su Majestad se habia hecho, y mandaba dar sus Reales cédulas para que los prelados, Grandes y ricoshombres ausentes hiciesen el juramento y pleito homenaje al Serenísimo príncipe don Fernando, como allí se habia hecho; y respondió lo aprobaba y ratificaba, dando fin al acto solene.

Murió á veinticinco del mes de Julio Rui Gomez de Silva, príncipe de Ébuli y primer duque de Pastrana, y escribí cuando entró en Castilla y en servicio y gracia del Rey. Conservóla, porque le asistia sin fastidiarle ni impedirle cuando queria soledad, midiéndose con la distribucion del tiempo que tenía hecha como sabio. Teníale igual reverencia en todas sus acciones, y crecia con el favor y merced que recebia. Hacía lo que le tocaba sin artificio, y con facilidad y agrado de su señor. Llevaba resuelto y advertido bien lo que habia de negociar, y con natural compostura hablaba lo necesario que le tocaba y sabía y con ocasion, atendiendo á lo que le respondia, mostrando entenderlo, ganando primero el nombre de inteligente y prudente con la pregunta oportuna y modesta y la respuesta breve

y cuerda, sin contar ni discurrir, diciendo bien de los que amaba el Rey. No entendia más de lo que decirle queria, con disimulacion honesta, forzosa y buena, cuando ni ofende la justicia ni la verdad niega. Lo que le decia tenía en secreto, y si lo decian otros disimulaba y era el último en decillo. No buscaba la gracia por malos medios, movíale buen celo, porque el mal consejo es malo para el que lo da, y cae sobre su cabeza cuando le toma por medio con que adquirir más honra, ó apartar á otros del lado del Príncipe, ó abatir sus émulos. Mostraba se siguió el favor á su agradable y útil servicio, sin desigualarse, frenando la emulacion, envidia, aborrecimiento. Hacía de los enemigos amigos, beneficiándolos para que conociesen su poder: acto generoso, noble y cristiano, difícil, duro; mas la dificultad asiste á la virtud. Conocia los émulos, vencíalos de cortesía, huyendo las ocasiones de romper, haciendo bien á sus allegados en amistad para que templasen su mala voluntad. Moderaba el acompañamiento cuando andaba por la Córte, entraba ó salia della, y no vestia, ni sus criados, más curiosamente que el Rey y los suyos, porque es desagradable, y áun le ofende, y se hace juicio de lo que obra y dice el privado, y más si hay concurrentes en el mismo grado, oposicion, celos, contradicion, envidia por su dignidad, ódio por su poder, aunque dél use bien, porque podria mal, hay aborrecimiento y muy poca seguridad, pues el ódio es de muchos. Cuando reprehendia de parte del Príncipe, huia el ímpetu y tenía juicio con gravedad y modestia, mirando el lugar, el tiempo, contra la culpa no contra la persona libre, igual en nacer y morir, que pone, sirviendo, su esperanza en la tempestad con privacion de su libertad y quietud. Porque se padece en los palacios grandes, sufre, duerme sin reposo, come con cuidado, vive con sobresalto, adora la ingratitud, alaba la ignorancia, lisonjea al enemigo, engaña al amigo, se desacredita al suficiente; se llama á la soberbia libertad, á la lisonja humildad y deseo de agradar, á la malicia prudencia, á la necesidad llaneza, á la venganza celo de justicia, gravedad á la sequedad, providencia á la codicia, continencia á la avaricia, constancia á la obstinacion, caridad al ódio. No presuma vencer todas las dificultades y adversidades alguno, ni del todo sin industria se dexe en arbitrio de la fortuna; considere es navegacion del mar y viaje en que pueda su prudencia y le sea favorable la mayor parte de los vientos; mas no podrá hacer tiempo determinado ni certeza en arribar sino donde otro señala. Algunos en el estío en bueno y bien guarnecido bajel se afondan ó tardan con admiracion; otros en débil y desarmado en el invierno llegan presto seguros al deseado fin y puerto que se proponen. Es la Córte golfo tan peligroso, que pocos le pasan sin tormenta; porque hay tanto de las esperanzas á su cumplimiento como de la virtud al premio: que los méritos sólo, porque pueden dar gracia, despiertan ódio. Fue Ruí Gomez el primero piloto que en trabajos tan grandes vivió y murió seguro, tomando siempre

el mejor puerto. Aconsejó y sirvió loablemente á su Príncipe, y en que no fuese su confesor Constantino, hereje; en hacer las paces con Francia en el año mil y quinientos y cincuenta y nueve con tantas honras y ventajas, y en haber instado en que Malta, sitiada del turco, fuese socorrida. No dexó hacienda restituible á la Corona ni á particular della; vivo conservó la gracia de su Rey; muerto le dolió su falta y la lloró su reino, que en su memoria le ha conservado para exemplo de fieles vasallos y prudentes privados de los mayores príncipes.

CAPÍTULO II.

Los de Valkeren hacen entrada en Flandres; rebélase Holanda y D. Fadrique de Toledo rompe y prende á Genlis.

Los de Flandres pidieron á los de la isla de Valkeren pasasen á ayudarlos, pues tenian buen número de ingleses y les llegaban cada hora por la facilidad y brevedad del paso y órden de la Reina de Inglaterra. Estaban asegurados de que en viéndolos serían recebidos en las villas más principales, y desde allí crecidos en fuerzas con los que se les llegarian, podrian campear y dar calor á los huguenotes de Mons. Zarazo por el rio pisó á Flandres con más de trece mil hombres, tomó tres aldeas caminando á Bruges con esperanza de ocupalla por su costumbre de rebelarse y por los muchos herejes que lo procuraban. Pasó á Gante para ver si las inteligencias que allí tenian salian mejor que en Bruges, mas surtieron en su ofensa, y teniendo junta de gente para romperlos y los pasos de su retirada, la hizo para tomar la isla de Zuitbeuelandt ó Targoes, fiando en los amigos que en ella tenía, y con daño se embarcó á la defensa de Ulisinghen, amenazada del socorro que D. Fadrique enviaba á Beauvoir para su defensa, y comenzar el sitio della. No recibió á Zarazo ni á los extranjeros, y en Soutlant, aldea, retirados las guarniciones de Ramua y Mildelburg los acometieron y degollaron buen número y un capitan. Entró en Valenciane el señor de la Motte, teniente de Caprés, con más banderas de su coronelía; y D. Juan de Mendoza con tres compañías de caballos fué á Maubeuge y Bave á impedir el entrar más huguenotes en Mons, porque Genlis salió para conducirlos, porque fiaba poco Ludovico de mil naturales y ladrones que tenía dentro con quinientos franceses, y con pocos caballos con casacas de la compañía del Duque de Arischot, llegaron venturosamente á Francia. La armada de España, de cincuenta y cuatro navíos con seis banderas y mil seiscientos hombres del tercio de Julian Romero, á los once

de Junio ancoró frontero de Ostende, y sabiendo el Duque de Medinaceli la rebelion de Ulisinghen, desembarcó en la Exclusa y los que venian en navíos pequeños, y Julian Romero metió allí docientos soldados, y once navíos gruesos navegaron á Mildelburg, y los enemigos quemaron tres que dieron en seco. En Bruseles dixo al Duque de Alba despues de ser recebido con grandes cortesías, venía á ser su soldado, y el Duque le satisfizo, diciendo él lo fuera suyo á no pedir la alteracion de los Estados su pericia y conocimiento dellos y de los enemigos, y haber pensado despacio en su remedio y tener ya para unir brevemente grandes aprestos de la execucion; y en fin, no quiso dexar el gobierno ni el baston, porque á la verdad no convenia al Rey ni á la reputacion del Duque el faltar su autoridad y nombre, temido de los naturales y extranjeros, y aunque aborrecido no serian de proveche en esta guerra y manifiesta su rebeldía para quietarlos la blandura y conocimiento del Duque de Medinaceli, como se habia esperado. Demas de que él no quiso entrar á guerra rota por otro y en Estados tan descompuestos, pues cuando se empeorasen los sucesos, no se atribuiria á su destemple y estragada manera de las cosas, sino á su mal gobierno. Veintitres urcas flamencas cargadas de mercaderías de Portugal dieron fondo baxo de Ulisingen, y los enemigos las tomaron, y hasta la artillería sacaron á tierra y gran suma de dinero de la venta, por no haberles topado los correos que se les despacharon avisando de la pérdida de Ulisinghen, derrotados con tormentas por muchos dias. El Conde de Vademberghe, con casi seis mil infantes y quinientos herreruelos, fué al Ducado de Gueldres. En Ruremunda el Príncipe de Orange formaba exército de rebeldes, salteadores, homicidas, por engaño y de voluntad; y Genlis venía de Francia con diez mil infantes, todos arcabuceros, y ochocientos caballos. Viendo en mar y tierra tan crecidos los enemigos, y al Duque de Alba en esperanza su exército, le pedian algunos asegurase en Anvers su persona y consejos. Mas conociendo sería de grandes inconvenientes y mayor pérdida de reputacion el mostrar que no podia resistir, y se rebelarian muchas tierras aumentando las fuerzas y opinion al enemigo, y debilitando las del Rey, y porque siempre tenía prontitud no sólo para esperar conservando la cabeza y córte de los Países, mas para ir á buscar para combatir al enemigo, quiso mantenerla, pues allí le tomó la voz de las alteraciones. Reforzó á D. Juan de Mendoza con las diez banderas de españoles que su maestre de campo D. Rodrigo de Toledo metió en Anvers; y en su lugar entraron otras diez de valones de Mondragon, y con once del señor de Caprés, tres de monsieur de Molein que levantó el Obispo de Cambray á su costa, tres del Conde de Reulx y tres compañías de caballos: con esta gente mandó á D. Fadrique acercarse á Mons para impedir la entrada de los huguenotes. Toda Holanda y el Vaterlant estaba ya rebelada, y solamente Amstelredan, Scoonhoven y villas que ocupaban las banderas del

tercio de D. Hernando de Toledo. Los enemigos enviaron ocho navíos desde la Briele con Robol, cosario, á saquear á Reinsburch, media legua de la marina, donde hay un monasterio de damas principales á tres leguas de la Haya. Don Rodrigo Zapata con cuarenta soldados en carros y cuatro caballos para que fuesen más descansados y presto, cargó sobre ellos, mató sesenta, prendió treinta y un capitan que dió avisos importantes. Para buscar vitualla y pólvora volvió á salir de la Haya con trecientos soldados arcabuceros, si no eran sesenta coseletes, picas y alabardas en carros. En el medio del camino de Amstelredan dexó á Juan Cepeda, alférez, con ciento para asegurar la puente para la vuelta, y caminando diez, degollaron la mayor parte de treinta enemigos que los acometieron yéndolos á reconocer. Creció su número y carga, y D. Rodrigo con ciento y diez reforzado trabó escaramuza recia al tiempo que cuatrocientos herejes con muchos villanos caminaban contra el puente, y por no poder ser socorrido sino de muy léxos con cien soldados, fue á retirar la guardia dexando con los otros ciento al alférez Felices, y degollando algunos con escaramuza, unió sus trecientos, heridos cuatro; y con los sesenta y cuatro carros caminó diez leguas en aquel dia, y á una de Amstelredan avisó á la villa de su venida y pidió vitualla y pasó por ella para Asperandan, pues no podia volver por el que vino porque habrian rompido los rebeldes algunas de setenta puentes que en él habia. Cargados sus carros de vitualla y pólvora con guías caminó á Asperandan, aunque la ocuparon los enemigos enviados desde Haerlen para impedirle el paso por todas partes, importante en mar y tierra por juntarse allí los rios Sparc y Tiere para pasar al Vaterlant, en la Zuiholanda, por agua sin entrar en el mar grande, impidiendo el no salir las diez banderas que se hallaban en Holanda, con que las tenian sitiadas á su parecer. Salieron en viéndose con banderas tendidas, y D. Rodrigo puso treinta mosqueteros delante de diez por hilera por la angostura del dique, y á sus espaldas los coseletes, en las laderas de los dos alféreces, con ochenta soldados cada uno, y con el resto un sargento guardó los carros. Los enemigos, en tanto que escaramuzaban, enviaron para herir de traves una barca con artillería; recibió tan viva ruciada que se retiró, y á los de la tierra cerraron en el lugar; en él entró por la fuerza y ánimo de los soldados, aunque no cabian para pasar más de dos ó tres por hilera, y degolló docientos, tomó dos banderas y la artillería de la barca, prendió á Robol con muerte de un soldado y otro herido. Declaró el cosario la resolucion de los de Haenen en tener fortificado aquel paso importante. Por esto D. Rodrigo puso fuego al lugar, y para impedirlo vinieron barcas de Haerlen, y acabado de quemar escaramuzando con ellas siguió su camino por la marina para aloxar en Sanfort, y envió á reconocerla con doce soldados y á pedir paz y aloxamiento. Estaban ya allí seiscientos rebeldes atrincheados, y con la artillería de un fuerte tiraron á los soldados sin daño por ser de noche. Don Rodrigo

envió á reconocer la entrada y fuerte; arremetieron por donde no habia fortificacion y huyeron, y en su alcance mató ochenta, tomó una bandera y metió su gente en el lugar yermo. Al alba le quemó, y caminó á Car Uvick, á una legua de Leiden, y halló cerca dél algunos caballos armados, atrincheados con carros, y veinte piezas de artillería, en número con los infantes de mil y quinientos. Dexó con treinta soldados los carros en unas dunas y un oficial al tiempo que por detras venian á acometerle mil y trecientos villanos, puso en otra con otro oficial sesenta y un escuadron de los mozos para crecer su número. Mandó que acercándose no saliesen más de cuatro ó cinco á escaramuzar, dando calor los de la retaguardia á los de la vanguardia en tanto que él cerraba con los del fuerte; y ganado marchase la retaguardia con los carros á meterse en él. Dividió el resto en tres partes y trabó escaramuza; y porque se acercaban los villanos, hecha oracion arremetieron y brevemente rompieron los enemigos con muerte de docientos y del caballo en que iba D. Rodrigo, y acudió á socorrer á los que en las dunas cargaban, y huyeron con su vista. Echó la artillería en el mar, reposó dos horas en la aldea, quemóla, llegó á la Haya y á Roterodam con las municiones y vitualla. De allí á dos dias salió con cincuenta soldados en carros á romper docientos hombres que estaban en un fuerte en el dique de Delfshaven, á media legua de la villa. Trabó escaramuza, y porque tiraba la artillería cerró con ellos y los rompió, y executó hasta meterse en unas barcas ahogando la priesa muchos, solamente con ser heridos dos soldados. El Conde Ludovico en el condado de Henaut tocó caxas, y deseaba que Genlis le enviase más franceses, porque fiaba poco de los naturales, y le avisó viniese presto, pues el Duque de Alba juntaba exército para cerrarle el paso.

Don Fadrique llegó á los veintitres de Junio con Noirquermes, gobernador de Henaut, y Chapino Viteli, maestre de campo general, á la abadía de Belian, á tiro de cañon de Mons á la parte de Francia y sobre el camino de Mabeuge, sitio fuerte y cómodo para acudir á cualquiera entrada de los enemigos, y no dexar salir á recebirlos á Ludovico; fortificó y guarneció con una bandera de españoles una casa á media milla de Mons, y á Sanguislain con otra de valones, á dos leguas en la ribera del Hayne, y repartió otras dos en la guardia del castillo de Bossu y de algunos pasos. Los enemigos, hasta donde los cubria su artillería se alargaban con las escaramuzas, y un dia con más fuerza con seiscientos arcabuceros y sesenta caballos, guardando los villanos que salian á segar los panes, comenzando los que estaban en la casa, y reforzando con cuatrocientos arcabuceros del tercio de D. Rodrigo de Toledo y seiscientos de valones, porque los rebeldes cargaron reciamente, hasta que, acometidos de la compañía de caballos de D. Bernardino de Mendoza y de docientos arcabuceros del tercio de Nápoles, huyeron desamparando unos

caminos hondos armados con arcabucería, y fue degollada y herida la mayor parte, executando los caballos hasta el foso con gran riesgo, por tener ruciadas sobre sí de la mosquetería y arcabucería de la muralla muy copiosas. Don Rodrigo de Toledo, guiando sus arcabuceros, recibió nueve heridas, y Chapino Viteli un arcabuzazo en una pierna. Mons de Genlis puso gran diligencia en juntar gente para socorrer á Mons con presteza, ántes que D. Fadrique creciese de fuerzas con las banderas y cornetas que le enviaba su padre. Su Rey envió un gentilhombre á decir á las tropas y banderas se deshiciesen, ó saliesen del reino, que fue decirles entrasen en Flandres, porque no se deshicieron, y entraron luégo, y á los catorce de Julio envió ochocientos arcabuceros Genlis y cuatrocientos caballos á reconocer á Chasteu en Cambresi, y el camino que entre él y Landreches pensaban tomar Genlis Ringrave y Tenislace. Los villanos del Artuoés tomaron sus armas siguiéndolos, y avisando por momentos de cuanto hacian. Los huguenotes, por órden del Almirante, no tenian intento de pelear, sino de socorrer á Mons, porque así aseguraban su vitoria en el condado y en las otras tierras que se le rindieron viéndolos vitoriosos. Don Fadrique caminó al encuentro con cuatro mil infantes y pocos más de mil caballos, con intento de pelear, aunque inferior, porque no socorriesen á Mons haciendo imposible su conquista, y disponiendo la de otros lugares para los rebeldes, aunque algunos decian no se debia combatir hasta tener junto su exército el Duque.

Porque Genlis volvió á entrar en Francia, estuvo en el aloxamiento don Fadrique hasta los decisiete, que el enemigo se puso á cuatro leguas dél. Envió veinte caballos con Figueroa, alférez de D. Bernardino de Mendoza, á reconocer al Genlis, y avisar de cuanto hiciese por momentos. De las treinta banderas de infantería hizo un escuadron mezcladas las naciones, asistidas de Julian Romero y de Caprés y Liques, coroneles; sobre la mano derecha puso los hombres de armas partidos en tres escuadroncetes, y en otros tantos la caballería ligera en la retaguardia, y á sus espaldas cuatrocientos arcabuceros españoles y la compañía de D. Bernardino de Mendoza, por si los de Mons acometiesen, y luégo se incorporó y la arcabucería en sus escuadrones, y la caballería pasó á la vanguardia delante de los hombres de armas. Avisó Figueroa cómo sobre el Haine hacian puentes los huguenotes para pasarle. Don Fadrique le pasó por Sanguislain, y les tomó la vanguardia para romperlos ántes de llegar á Mons. Por tener otro aviso de que no pasaron el rio, hizo que la infantería caminase para combatir con los enemigos guiada de Julian Romero. Luégo que llegó á verlos, metió entre unas arboledas espesas con sesenta mosquetes al capitan Juan de Salazar Sarmiento para trabar escaramuza con ellos. Cargaron dos con quinientos arcabuceros, necesitando á llegar en su ayuda á Caprés á socorrellos con docientos valo-

nes, y con otros docientos despues Liques, porque cargaron los huguenotes que estaban en una aldea, á tiempo que se descubria la caballería católica y hombres de armas, y llegaban docientos arcabuceros españoles y D. Fadrique con el resto. La escaramuza fue la más gallarda de ambas partes que los oficiales habian visto, en un llano rodeado de bosquecillos, y los huguenotes traian ya empeñada toda su arcabucería de la vanguardia, ayudada de la de la batalla, y parte de la retaguardia, sin perder punto en meter gente fresca por dos horas contínuas. Resolvieron luégo pelear, y con más de cuatro mil arcabuceros cerraron contra los de Flandres con buen órden las banderas tendidas y mucha resolucion, gritando: «¡Francia! ¡vitoria!», sin retenerlos la ruciada con que fueron recebidos, haciendo perder tierra á los católicos, alargándose de la aldea. La caballería cerró con sus escuadrones, y el primero D. Lope Zapata con su compañía, y la de D. Hernando de Toledo y D. Bernardino de Mendoza y D. Antonio de Toledo con las suyas contra cien caballos huguenotes, que huyeron luégo que se mezclaron, y los hombres de armas y la infantería dió principio al executar, gritando ¡vitoria! por el casar y campo, y los seiscientos villanos los seguian. Don Juan de Mendoza, por no haberse descubierto más caballería, estuvo alerta con su escuadron de dos compañías, como eran los demas. Repararon los villanos el puente que desbarataron los huguenotes en su huida, y en la retaguardia mataron más de cuatrocientos. Derramáronse por la tierra, porque faltó dia para seguir el alcance, dexando mucha gente muerta. Recogióse D. Fadrique en Sanguislain, donde en la abadía hizo gracias á Dios y á Santa Leocadia toledana que allí estaba en veneracion. Truxeron los villanos más de cuatrocientos prisioneros y un hombre de armas de Noirquermes á Genlis, y le llevó el capitan Tordesillas al castillo de Anvers, donde murió. Ganáronse treinta y dos banderas, y en las villas y aldeas se hicieron prisiones tantas, que llegaron á cuatro mil. Don Fadrique despachó á D. Francisco de Bobadilla á dar la nueva al Rey, y á Francisco Hernandez de Avila á su padre. Volvió á su aloxamiento, donde llegaron cuatro mil y quinientos infantes valones en trece banderas, y otras cinco de españoles que estaban en Mastricht, y las compañías de caballos italianos de Aurelio Palermo, Nicolao Basta y Jorge Machuca. El Duque llamó á D. Fadrique para tratar sobre lo que en la rebelion general se habia de hacer, y dexó en su lugar al Conde de Lalain.

Con esta nueva de la vitoria de Mons alentado el Rey Católico, y con la del nuevo Pontífice, respondió á Trepolo, embaxador de Venecia, se ofreció voluntariamente á su República y con las obras le correspondia, pues no irritado hacía la guerra á quien no se la hizo, cuando la mantenian ellos por alcanzar buenas condiciones de paz. Era costumbre de invidiosos, fuera del peligro, trabajo y gasto, calumniar la virtud y buc-

nos hechos. Escribiria luégo á su hermano partiese para levante, como deseaban, sin invernar allá por la contradicion de su Consejo y razon de Estado. Mandó que con sesenta y cinco galeras y treinta naves, seis mil españoles, seis mil italianos, tres mil alemanes saliese, dexando en Palermo el resto de su armada á cargo de Juan Andrea Doria, y la infantería al de Gabrio Cerbellon para dar calor á las cosas de Poniente.

CAPÍTULO III.

Lo que Marco Antonio hizo con la armada en levante. La muerte del Almirante de Francia y sus secuaces.

Antes que llegase este mandato con lo que se acordó en la Congregacion de Cardenales de la Liga, partió de Mecina Marco Antonio Colona, teniente general, á seis de Julio, con el estandarte de la union y con él Jacobo Soranzo, proveedor de Venecia, y llegó á Corfú. En la muestra de la armada halló ciento y cuarenta galeras, seis galeazas, veinte naves, con las que D. Juan envió delante. Detúvose doce dias allí, y pasando el pequeño canal navegaron la vuelta de Albania al puerto de las Gumenizas, donde llegó aviso de D. Juan como brevemente sería con ellos y órden de esperarle. Los venecianos decian pasaba el tiempo sin fruto, y Marco Antonio deseaba señalarse en su beneficio y gloria suya, y pasó á la Cefalonia. Envió á Ramagaz con dos galeras á quince de Julio á espiar al enemigo. En la Morea, en el promontorio Malio, hoy cabo ó brazo de Maina, entendió de los naturales y griegos estaba Aluch Alí con armada de docientas y veinte galeras y veinticinco galeotas en el puerto de Epidauro, ciudad en el seno Argólico ó Malvasia. Con algunos mainotes y soldados sobre el cabo puestos vieron la armada y el número, y volvió Romagaz á dar aviso. Encontró la suya en el Cerigo ó Citera opuesta al seno Lacónico frontero de cabo de Maina, que parte el seno Argólico del Lacónico, dividida la tierra por un estrecho de casi tres leguas, cuyo puerto de las Dragoneras, islas que le rodean, puesto á un lado, tiene á las espaldas al cabo de Maina, y así estaban deciseis leguas del enemigo. A siete de Agosto la descubierta avisó que su armada salia al golfo, y pasando el cabo iba al Cerigo; luégo Marco Antonio Colona tocó arma, salió del puerto, alargóse al mar, púsose en batalla con las veinticinco naves remolcadas y las galeazas delante. Tenía la diestra Soranzo, la siniestra Antonio Canaleto y la batalla Marco Antonio. Inferiores en el número de bajeles se presentaron tan cerca á Aluch Alí, que las armadas se cañoneaban. Re-

tiráronse los turcos considerando el órden de la batalla de los coligados sin volver las proas, por no dar señal de temor y huida, apartándose de la batalla á sotaviento con boga lenta. Los cristianos los cargaban, buscando ambos generales sus ventajas en tener ó no tener las naves en la pelea, procurando Aluch Alí con todo artificio apartarlas de su armada para quedar superior. Vino la noche sin esperanza de pelear, y el Colona, habiendo casi seis horas seguido cargando los turcos, se retiró á las Dragoneras, y Aluch Alí disparó toda su artillería para cubrirse con el humo, y fué á puerto Coalla, veinte leguas del Cerigo. Hecho Consejo, los confederados acordaron que el capitan Pedro Pardo con una galera avisase de lo acaecido á D. Juan, que estaria en Corfú, y le solicitase para unirse con su armada brevemente, y alcanzar segunda vitoria de los turcos. Para abrebiar y asegurar en la noche de San Lorenzo caminaron á Zante. Llegado habia á ella D. Juan con cincuenta y cuatro galeras, dos galeazas de Florencia y algunas naves á cargo de D. Rodrigo de Mendoza Cerbellon en seguimiento del Marqués de Santa Cruz, que envió delante con dos galeras para avisar á Marco Antonio de su viaje. No le halló, y con desplacer le envió á llamar, para que juntos peleasen con Aluch Alí, ó se hiciese alguna empresa en la tierra. En tanto que los confederados pasaban el promontorio Tenaro, ó cabo de Matapan, fueron descubiertos de los turcos, y dexando de hacer aguada se dispusieron para pelear saliendo la vuelta dellos, y con viento en popa fueron en su contra, hasta que se trocó, y remolcaron las naves, y estuvieron á tiro de cañon. Soranzo con su escuadron de la diestra cargó sobre su opuesto y le siguió, porque algunas galeras dél comenzaron á huir con industria, dexando atras las naves. Aluch Alí con fuerte boga acometió, mas conociendo su error los cristianos no se abalanzaron. Viendo que algunas galeras zorreras se retiraban tardamente, y vueltas las proas procuraban salir del peligro, arremetiendo al enemigo con su galera Marco Antonio, siguiéndole todos, poniéndose en contra del turco, en batalla esperaron á recebir su ímpetu. Vista su determinacion animosa, y que las naves remolcadas podian presto hallarse en el combate, se entretuvo escaramuzando con la artillería algunas horas, más amenazando que atacando la pelea. Apartóse Aluch Alí, y caminó á cabo de Maina, seguido algunas horas del Colona. Volvió al Cerigo para ir á Corfú, y desde la Cefalonia despachó con otro aviso á D. Juan, pidiendo no tardase en juntarse con su armada. Procurado lo habia, y fue de los vientos retenido y de la resolucion del Consejo, porque andando tan cerca la armada turca se metia en manifiesto peligro. Escribió á Marco Antonio viniese luégo á Corfú. El Marqués de Santa Cruz pasó del Zante, descubrió léxos la armada que venía al poniente con llenas velas; creyó ser la enemiga, púsose en fuga, aunque un veneciano, patron de una fragata, práctico, le decia, que en las naves y galeazas que no traian los turcos debia

conocer su armada. Despreciando el recelo y seguro la baxeza del que advertia, se retiró al Zante, debaxo del castillo. Poco despues llegó Marco Antonio á la Cefalonia, y á treinta y uno de Agosto á Corfú. Determinó don Juan la partida para combatir con Aluch Alí con las galeras solamente, envió las naves al Zante, pasó la armada al Canal, hizo agua y leña en las Gumenizas. Dixo á Foscarini iba mal proveido de combatientes, y recibiese españoles para su refuerzo. Excusóse con que no habia la necesidad que en el año ántes. Don Juan, resuelto en no pasar adelante, dió á Marco Antonio los españoles, y él los italianos al veneciano, porque los otros le desestimaban y no obedecian. Luégo que llegó la armada cristiana á la Grecia, por no dexar sus tierras desamparadas, resuelto de asistirlas Aluch Alí muy de cerca, avisó á Casan baxá y á Sirao agá, belerbei de la Grecia, que se hallase en Monesterio, ciudad de Macedonia. No partieron hasta tener órden de Selin. Mandóles ayudar la armada y lugares marítimos, y con trecientos genízaros, seiscientos caballos y otros tantos criados y entretenidos y secuaces caminaron. Dieron órden á los ocho mil caballos de la guarda que los siguiesen. El camino era áspero, y tan estrecho en partes, que sólo un caballo podia pasar, y para pacer se apartaban buen espacio dél, y así tardaron un mes en llegar á la costa de la Morea, haciendo muy buena diligencia.

El Almirante de Francia sintió mucho la pérdida de Genlis y de cuarenta caballeros que prendieron con él. Pidió al Rey escribiese al Duque de Alba los diese por rescate, y no los justiciase con voz de rebeldes de Francia por contravenir al mandato del Rey, porque si los hacía morir no habia de quedar vivo español en Francia, ni áun el Embaxador. El Rey lo tuvo por desacato, y arrepentido de su tolerancia, determinó matarle para su quietud y seguridad y de los Estados de los amigos persuadido que si los huguenotes vencian en Flandres, tomarian tanta arrogancia que debia temer. Para asegurralle le honraba, favorecia, admitia á los Consejos, y nada determinaba sin su parecer. Creció su soberbia y menosprecio de lo divino y humano con esto. El Rey solamente trataba de la muerte del Almirante con el Duque de Guisa por muy católico y fiel, y por deseoso de vengarle de la de su padre sobre Orliens, conforme se habia tratado y acordado en las vistas de Bayona, hecha por traza y mandado del Almirante. El señor de Tilini, su yerno, cuidadoso, mirando con recelo y prudencia la arrogancia insolente de su suegro, y cuán ofendida estaba desto la nobleza y los reyes, y que habian de procurar todos su libertad y seguridad, anteviendo algun mal suceso que hubo presto en cumplimiento del pronóstico de su previdencia, le aconsejaba el salir de la Córte, y el no fiar de la gracia y favores del Rey, encubridores de su mal ánimo y deseo de tomar satisfacion de sus ofensas con notable venganza. El almirante, desestimador de Cárlos y del

peligro, fiando en la liga que tenía con Inglaterra y los protestantes, no quiso dexar el lado del Rey, ni de asistir en su Consejo, para favorecer los de su séguito y secta y gobernar la paz y la guerra á su voluntad, instando continuadamente en que se rompiese la guerra al Rey Católico, que él la guiaria. Parecia que el poner las armas en su ambicion y desobediencia fuera la destruicion del reino y del Rey; y así contemporizaba, y ya cansado de sufrir, y apretado del temor y menosprecio del Almirante, trató con el Duque de Guisa de la execucion de lo tratado con el Duque de Alba en Bayona en el año mil y quinientos y sesenta y seis, dando fin á las cabezas de los huguenotes, y principalmente al Almirante, insufrible ya, y vengar la muerte de su padre. Dispuesto lo necesario en el gabineto con el Duque y el de Angulema, hermano natural del Rey, gran prior de Francia, el señor de Montruel desde una ventana encubierto, viniendo el Almirante de Palacio á pié, leyendo una carta, le hirió con un arcabuz en el dedo pulgar de la mano derecha y en el brazo izquierdo, siendo la mira al pecho. Fue llevado á su posada con grandes exclamaciones, y los huguenotes dixeron al Rey castigase el delito; porque si no ellos lo harian con las armas; y el Almirante le amenazaba, y á la casa de Guisa y Duque de Anjou, de cuya mano le habia sucedido su daño, y trataba de salir á Castellon á curarse por su seguridad y consejo de sus amigos. Envió gente que le guardase el Príncipe de Bearne, y el Rey su guardia, que tomó la primera puerta para que no se huyese, aunque con voz de su amparo. Visitóle, y díxole fuese á curarse en Palacio. Parecióle que si vivia y salia de París indinado haria á todos la guerra; determinaron de acaballe. Para ello por órden del Duque de Guisa el preboste de los mercaderes puso en arma dos mil hombres con órden de cargar el burgo de San German, alojamiento de mil y quinientos huguenotes, para matallos en aquella noche y prendellos á todos, y para ser conocidos llevasen una manga de camisa en el brazo izquierdo, y fuese el nombre «Viva Dios.» Él con el de Angulema, con Pedro Paulo Tosenghis y Achiles Petrucho, italianos, y otros cuarenta escogidos, salió ántes de amanecer de Palacio, dexando con el Rey los Duques de Mompensier y de Nemours y otros á caballo y á pié armados, y entró en casa del Almirante obedecido de la guarda del Rey; pero halló la segunda puerta barreada y con defensa. Rompióla, y dieron al Almirante muchas heridas, echáronle por una ventana, y del golpe acabó de morir. Metieron en una caballeriza como bestia al mayor enemigo de la Iglesia católica y del Rey de Francia, colgáronle de un pié de la horca, mataron más de tres mil sectarios, saquearon cuatrocientas casas, y llevaron grandísimo despojo. Huyeron el Vidame y Mongomeri á Inglaterra, y otros que salvó el Duque de Nevers con harto vituperio suyo. Llevaron á Palacio los Príncipes de Bearne y Condé, mataron sus criados, y dellos dixo el Rey haria lo mismo si no vivian católi-

camente como debian; y mostrando temor y arrepentimiento despues de largas persuasiones del Cardenal de Borbon, dixeron obedecerian á la Iglesia romana y al Rey, y pedirian absolucion de sus apostasías. Mataron en Francia más de treinta mil huguenotes por mandado del Rey, y fueran más si no se salváran en lugares fuertes, y pusieran crucecitas blancas en el brazo para ir á la misa como católicos. Por esto se persuadieron habia sido el estrago más por ódio que por venganza de los de la secta. Los hijos del Almirante fueron degradados y privados de su nobleza, y no pudieron ser habidos, porque huyeron á Ginebra. Algunos lugares de rebeldes viendo enflaquecida su parte se rindieron, y los más fuertes no. Acometió Filipe Estroci con la armada que tenía en Bordeos y Broage á la Rochela, y no le admitieron, porque allí se recogieron los mayores huguenotes y predicantes de Francia.

El Rey Católico holgó mucho con el aviso del suceso, envió el parabien al Rey Cristianísimo, y le pidió apretase con los huguenotes, que todos le ayudarian. El Duque de Alba, prefiriendo el ganar á Mons á la conservacion de Holanda, sacó della los españoles, los consejeros y todos los católicos que tenian la voz del Rey, dexando á los enemigos sus haciendas y las de la Iglesia, de que se valieron para hacer la guerra, y sin contrapeso en el acuerdo, é intentos seguros de enemigos domésticos, y de quien avisase de sus progresos y resoluciones, y metió pobres que sustentase el Rey, y dexó ricos y libres á los enemigos. Parecia más conveniente el cobrar á Ulisinghen, que á Mons, pero al Duque no, y el tiempo mostró que sí, pues nunca más se recuperó, causando el no poder venir los socorros por el mar, sino con grandísima costa por Italia. Para ver si podria tomar á Haerlen de camino el maestre de campo D. Hernando de Toledo, con las diez compañías de su tercio, viniendo cerca envió á reconocer un fuerte que estaba en el rio, defendido de una galeota con docientos arcabuceros á cargo de D. Rodrigo Zapata, valiente y bien afortunado. Junto con algunos alemanes que el Conde de Bossu enviaba al mismo efeto, arremetió con los españoles, y ganó el fuerte, degollando los que le defendian, y arrojándose al agua furiosos ganaron la galeota. Pasó á socorrer al Conde de Bossu acometido de los rebeldes con veinte caballos, apeó los diez, y avisó caminasen las banderas, porque peleaban con el enemigo. Ganó un molino y un reduto guarnecido bien, ayudado de cien arcabuceros y mosqueteros que le socorrieron, desampararon la aldea y degollaron más de ochocientos en el alcance que se siguió dos leguas sin muchos que hubo heridos. Llegó D. Hernando á Mons y siete banderas del Conde de Ebestain; y con esta gente se acometió y ganó la abadía de Espiuliu, batida desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde, llevando la vanguardia D. Rodrigo Zapata y el capitan D. Alonso de Sotomayor, y entraron en ella cuatro banderas de

valones. El Duque de Alba dexó en Ambers á Sancho de Avila y á Mondragon para su guarda, y socorrer las tierras que acometiesen los enemigos. Luégo los rebeldes se apoderaron en Holanda de todas las villas, sino fue de la de Amstelredan, capital della, que tenía la voz del Rey, populosa, católica, leal, rica por el buen puerto, comercio y concurso de navíos setentrionales, situada sobre el dique, que es la entrada que tiene por tierra, porque del un lado y del otro son prados aguosos, con creciente y menguante por las exclusas, á albedrío de los habitadores. Entra en ella el rio de Betk, que viene de Utrech en forma de canal. Mandaron los burgomaestres y el magistrado (por consejo de Pietre Soen, celoso de la religion católica y fidelidad de su Rey, de partes superiores á su calidad) que ningun hereje morase en la villa á pena de la vida y confiscacion de bienes. Levantaron á su costa cuatro compañías de los vecinos ociosos sin el comercio: y los de Scoenhoven, pequeña villa, corrieron con Amstelredan la misma fortuna con un intento. Enojados los rebeldes por esto las acometieron por mar, quemaron ochenta urcas y otros baxeles, y dexaron algunos armados sobre el canal, quitando el trato y bastimentos. Executaron en todos los lugares grandes crueldades contra las cosas y personas sagradas, imágenes, reliquias, Sacramentos, martirizaron cruelmente los sacerdotes naturales y frailes.

Monsieur de Hierghes no tenía fuerzas para resistir, mas con las banderas de su gobierno hizo buenas facciones, y cobró castillos con daño de los herejes. El Conde de Vandenberghe, de las principales cabezas dellos, cuñado del de Orange, con casi seis mil infantes y quinientos caballos, y la inteligencia que tenía en las islas, se apoderó de Zuphen y villas de su condado, y de otras de consideracion en el ducado de Gueldres. A diez de Agosto sitió la villa de Campien y otras de la provincia de Over Iseel, y por estar desguarnecidas se le dieron. En Deventer, su cabeza, estaba el capitan D. Francisco de Vargas con cuatro compañías, por ser importante paso para la caballería alemana que se esperaba. Los herejes más principales de Frisia huidos, tomaron por cabeza el señor de Neder Wenbourg y al Conde de Scou Wenbourg, y ocuparon muchas tierras. La Audiencia, que residia en Leen Worde, avisó á Mos de Bylli, gobernador de la provincia, que asistia en Groeninghen en la fábrica del nuevo castillo: salió con su coronelía y ventureros naturales, y dió en diversas partes sobre los rebeldes, mató muchos, cobró los lugares, y los arrendó para no acometer otros ni hacer correrías. Mos de Lumay, por mantener siete mil soldados, que le vinieron en pocos dias, entró en Flandres y sin efeto. Para ocuparlos porque no se amotinasen por mala paga, determinó sitiar la villa de Targoes ménos fortificada y bastecida que Mildelburg y Ramua, con mala comodidad de socorrerla el Duque, por haber vuelto totalmente su consejo y fuerzas en cobrar á Mons. Tomada

la isla, las plazas del Rey en la de Valckerem quedaban cerradas, difíciles á su ver de rendir sino con largo tiempo, y convenia abreviar la empresa, ántes que el Duque de la de Mons se desembarazase. Targoes estaba en la ribera del Escault, con lagunas al contorno, muralla de buena pasta, sin traveses, las puertas no fuertes, mal acomodadas, fosos pequeños. Fue tierra firme la que era isla, segun la opinion de los naturales, y las ordinarias avenidas del mar con los recios vientos grandísimas hicieron la isla. Gobernábala el capitan Isidro Pacheco, español bien reputado, y era la guarnicion de su compañía y de algunos valones. La armada de los enemigos echó gente en tierra á una legua de la villa, y Pacheco los reconoció y se retiró, y ellos se acamparon sobre ella, y comenzaron las trincheas á ventiseis de Agosto y á batir con ocho cañones las defensas y un molino de viento y casas de donde recibian daño, y la cortina junto al caballero nuevo y puerta de la cabeza. Era poco su efeto, y mudaron la batería contra la puerta del Emperador, y en tres dias abrieron buena entrada, aunque los cercados la reparaban. Metieron en un navío con sacas de lana cubiertos algunos soldados, para que desde la gavia, que por ingenio se baxaba, pegados al muro reconociesen lo batido y reparado, y tirasen desde allí á los de la defensa. Tres mil arremetieron, y al fin de dos horas de combate se retiraron con tan grande estrago, y herido en un ojo el Maestre de campo general, que pidieron socorro á Lumay, y Pacheco al Duque. Mandó á Sancho de Avila y á Mondragon que dexó en Anvers para acudir á las cosas de Holanda, cuando partió de Bruselas para Mons, que desde allí socorriesen á Targoes en todo caso y trance, aprovechándose (si necesario fuese) de los soldados del castillo y de los de Anvers y villas cercanas. Tentáronlo dos veces con navíos y en vano, porque los rebeldes tenian mayor número y era difícil echarlos del canal. Metieron en algunos buenas escuadras de gente y dos piezas para desancorar á los rebeldes, batiendo desde el dique á cinco urcas grandes armadas, que defendian el paso para tenerle libre los navíos del Rey más ligeros, gozando de la marea y tiempo si les sirviese. Las lluvias grandes los retiraron con pérdida de un cañon, que desaparejado quedó en el cieno del dique. Lumay reforzó los rebeldes con mil y quinientos alemanes, y él quedó guarnecido con buenas tropas de huguenotes, que escaparon de la víspera de San Bartolomé. Labraron nuevas trincheas contra la puerta de Sisquerque con su gran daño, y batiéronla de manera que á caballo se podia subir por la batería, y su forma era tal, que á su defensa no podian estar más de cuatro soldados. Otro dia gastaron en aconsejarse y repartir el exército en tres partes para dar el asalto por otras tantas, porque repartidas las fuerzas de los sitiados, pocos y cansados, pudiesen resistir ménos. En tanto éstos con diligencia á medida de su necesidad levantaron de tierra y fagina un caballero eminente con plaza tal que podian estar á la defensa y combate cincuenta sol-

dados. Desconfiados por esto los rebeldes de entrar por asalto la villa, retiraron su artillería, y en la noche llegaron con barriles de brea y haces de fagina á quemar el rastrillo de la puerta; pero defendiéronle bien los sitiados, y mataron muchos enemigos. Arrimaron cinco mantas cubiertas de sacas de lana al caballero nuevo para picarle, y sangraron el foso en mucho trecho; pero todo sucedia mal por la cuidadosa defensa de tan buenos defensores. Quemaron las mantas, arremetieron veinte á las trincheas de los franceses, mataron algunos: hicieron segunda salida contra el cuartel de los flamencos, dieron la muerte á muchos, huyeron los otros, saquearon sus barracas, y llevaron buenos tercios de carne salada para remediar su necesidad. Otro dia ahorcaron siete del muro, y los herejes en su venganza á la vista martirizaron con exquisitos modos de tormentos dos sacerdotes que habian prendido en las aldeas. Con carros cargados de brea y fagina procuraron quemar las puertas, pero fueron batidos y maltratados tanto que se retiraron con priesa. Comenzaron á labrar minas, y advertido por un rebelde, que en lengua española (como que cantaba) lo dixo á Pacheco, él con gran diligencia hizo contramina, con que volvió inútil el trabajo á los que minaban. Labraron otras tres minas en diferentes partes, porque les pareció que alguna saldria bien, y Pacheco, vigilante, procuró fuesen de tan poco provecho como las demas.

Los Duques de Alba y de Medinaceli caminaron recogiendo la gente y municiones para la expugnacion de Mons, y aviaron con buena escolta treinta cañones reforzados para batir, sacados de villas diferentes, especialmente de Valencianes. Llegaron á Mons, donde tuvieron aviso de la degollada que el Rey de Francia habia dado á los huguenotes, como valeroso y cristianísimo, y festeáronla en su alabanza y público contento por el bien general con muchas salvas, para que lo supiesen los de Mons y desmayasen sin esperanza de socorro. Esta ciudad es del condado de Henaut, que es Baxa Picardía, y se distingue del condado de Flandres por el Escault, y hace ribera con él desde donde nace hasta el monte de la Trinidad, encima del lugar de Chanun, que es de Tornay en Flandres, y así parte de la ciudad y Estado de Tornay entra en Henaut. Tiene al oriente parte á Brabante y Namur, y confina con el ducado de Luzeltburg al poniente. Al setentrion está el principado de Alost y parte de Brabante al mediodía. Divídese de la provincia de Reims por un monte, donde nacen el Escault, Sambra y Soma, que solia ser antiguamente término de Flandres, y confina por allí con los Bermandoys y Picardía Alta, y parte del condado de Arrás, hácia la villa de Bapamés. Los alemanes, que ocuparon gran parte de la Galia Bélgica, y áun la tienen, la llamaron Hanigau, que es tierra del rio Hania, que pasa por aquel Estado y recibe en sí el Trula, que viene por Mons y entra en la villa de Condé, en el Escault. Los franceses hamnones, quitando la I y la G, dixeron Hanau. Las poblaciones son ricas y

sus castillos fuertes, donde hay mucha gente de armas, nobleza y caballería, de hermosos rostros y buena estatura, de claro ingenio y entendimiento, fuertes, osados, belicosos, que representan bien los antiguos Nervios, de quien decienden. La lengua es francesa y flamenca, no elegante ni polida como en París, sino antigua romana corrupta, que dicen valona, de la cual usan tambien en Cambresi, Artoués, Namur, Lieja y en la parte de Brabante, que llaman romana ó gálica; en la cual entre Lobayna y Aldeburg y Oudenboche fueron los pueblos aduáticos.

La casa y linaje de los Condes Palatinos de Henaut fue antigua y generosa, y tuvo grandes guerras con Flandres, hasta que la ocupó Baldovino el Insulano, en el año de mil y cincuenta y uno. Duraron las guerras por muchos años, pero Teodorico el Sabio, conde de Flandres, les dió fin en el año mil y ciento y cincuenta, casando su hija Margarita, heredera, con Balduino, hijo de Baldovino, conde de Henaut, porque le venció en una batalla despues que volvió de la guerra de Siria, donde fué con el emperador Conrado. Despues casó Margarita, condesa de Henaut, Holanda y Zelanda, con el valeroso Juan, duque de Borgoña y conde Flandres, y sucedió en todo Filipe el Bueno, duque de Borgoña, conde Flandres, padre del bravo duque Charles, padre de María, bisabuela del rey Filipe II. Mons es poblacion antigua, y acabada con guerra por Julio César; la restauró Valtrude con magnífico gasto, y es la cabeza del condado de Henaut, por privilegio que le dió el emperador San Cárlos Magno, por haber muerto allí gloriosamente Santa Valtrude, princesa de Lorena y de Henaut, hija de los bienaventurados príncipes Waemberto II y Bertila, hermana de Bartario, rey de Turingia, y hermano el Waemberto de Ansberto ó Nicanor, primero marqués del Sacro Imperio, hijo de Siguberto, duque de Franconia, del cual decendió el emperador Cárlos Magno y Cárlos V, por la línea de Clodion Copilato, como por la de Meroveo, su hijo ó sobrino. Edificó Valtrude el insigne monesterio de Canoniquesas, damiselas ilustres que se pueden casar, y es su abad el Conde de Henaut, y tiene muchas rentas y privilegios. La villa era grande y fuerte de sitio, muralla y fortaleza con baluartes y fosos, y castillo antiguo, que edificó César cuando sitió la ciudad de Belgio, y se llamó de César, y al cabo de muchos años fundó la villa Breton Mont, y le dió su nombre.

CAPÍTULO IV.

El Príncipe de Orange hace entrada en los Estados; el Duque de Alba combate á Mons, y le entra, y á Malinas.

El Príncipe de Orange estaba en Ruremunda con su exército, y era llamado de muchas tierras para entregársele, elegido por cabeza y gobernador en nombre de su Rey, contra quien no tomaron las armas decian, sino contra el Duque y los españoles, tiranos de sus tierras, cuerpos y almas, pues los apremiaban á acomodarlas con su conciencia, quitándoles el albedrío que Dios les habia dado, cargando de tributos perpétuos sus provincias libres, y traian bandas roxas y cruces en las banderas, como soldados Reales. Derramaron muchos manifiestos dando la causa de su entrada en los Estados, y ser por su libertad procurada por requestas y por las armas, y con suspiros y oraciones á Dios sufriendo con paciencia hasta que le pluguiese ablandar los corazones de los tiranos. Al fin combinados y solicitados, llamados general y partieularmente por los habitadores, por las inhumanidades y agravios padecidos en el nombre de Dios, segun su conciencia, tomaban las armas contra la bárbara é insuperable opresion y sed insaciable y avaricia del Duque de Alba, movidos de piedad y compasion de tantas miserias y trabajos, sin hacer contra sus bienes ó Estados, aunque sean eclesiásticos, porque amigablemente los socorrian y ellos los debian ayudar para tan santa empresa. Segun su narracion la causa parecia justa, pero en su contra estaba el impedir los rebeldes en las tierras que ocupaban el exercicio de la religion católica, martirizar los sacerdotes, naturales, amigos y deudos, robar los templos y monasterios, aprovecharse de los bienes siempre, en la primera y en esta segunda rebelion. La guerra que el Rey hizo y al presente hacía era para conservar las honras de su patrimonio y la religion romana, como lo juró cuando lo reconocieron y juraron por sucesor del Emperador en el año mil y quinientos y cincuenta y en el de mil y quinientos y cincuenta y seis, en que le renunció los Estados. Estas artificiosas propuestas eran cubierta de sus pasiones y rebeliones contra Dios, contra su Rey, para engañar las provincias, para que les diesen fuerza para perder la libertad que tenian con voz de restituírsela, que nunca les quitaron los españoles, pues su causa justa y su injusticia aprueba sus acciones. Los accidentes de la guerra son varios, y no puede dexar de hacer daños la gente, aunque la nacion española donde ha militado con moderacion ha procedido en sus hechos, y más moderada respecto de las

insolencias que los franceses hacen en sus alojamientos, y los alemanes que con imperio quieren sujetarlo todo. Esta falsa voz era cubierta á su tiranía y usurpacion de los Países en lo que más pudiesen, y arraigar la herejía por este medio para que tuviese fundamento. Poseia el de Orange la villa de Ubert, en Brabante, y acometió al castillo, no muy fuerte, aunque bien defendido del capitan Juan Montiel de Zayas, alcaide, con algunos valones y treinta alemanes, con un alférez y doce españoles arcabuceros á caballo, y Francisco de Mendoza, teniente de su capitan Montero. Los enemigos echaron á para fuerza el puente levado, y Juan Montiel de Zayas los retiró con gran daño. Batieron con catorce cañones y dieron asalto sin fruto. Hicieron en los rebeldes gran destrozo los cercados con una salida, y ellos reforzados de gente los asaltaron por muchas partes, dificultando el valor de los del castillo su vitoria más que la fortificacion en aparencia de casallana. Ahorcó Juan Montiel de Zayas un valon, porque con otros tres querian dar entrada á los rebeldes por la puerta del jardin. Dieron un asalto general, y arriscadamente defendiendo el castillo pelearon como varones las mujeres de los soldados. Al cabo de cuarenta dias, cuando ya no tenía Zayas ni qué comer, ni qué tirar, habiendo muerto ochocientos rebeldes, y de los cercados ocho solamente, levantó el de Orange el sitio, porque se le entregó Dieste, y los de Malinas le llamaban. Metió en ella seis banderas y quinientos caballos Mos de Vandendorp, capitan de Malinas, en una noche que su compañía era de guarda, porque no habiendo querido recebir guarnicion del Rey, tenian algunas banderas de los naturales más para seguridad que defensa. En Terramunda y Oudenarden, villas del condado de Flandres, entró guarnicion de rebeldes á su peticion.

Tomó el de Orange á Tilemont y Lobayna, y caminó al socorro de Mons, derecho á Niveles, ayudado con gente, vitualla y dinero de las tierras por donde pasaba y de otras más apartadas. Batia el Duque de Alba á Mons con treinta piezas gallardamente, y habíala ceñido y hecho cortar los pasos en los bosques y atravesar árboles para impedir las entradas del socorro. Porque estaba cerca mandó á Caprés caminase con las banderas que tenía en el burgo de Nimy, y se embocasen de encamisada setecientos arcabuceros españoles con la tiniebla de la noche en el bosque vecino á San Sinphonien, en el cuartel de Mos de Polviller. Envió caballería á espiar los rebeldes, y dixeron iba el de Orange á alojar dos leguas de Mons en Perona, aldea, conociendo querian meter el socorro por Jumape, pasando por el rio que entra en Mons, porque sus casas llegan á las de Cuerne, y éstas á las de Bertaymont, arrabal vecino á Mons; de manera que casi vienen á ser una poblacion. El Duque, despues de reforzadas las trincheas, ordenó que Mos de Liques estuviese con sus banderas en su cuartel, y Polviller en el suyo con su regimiento, y Caprés atrinchease el

burgo de Nimy y dexase en él dos banderas de las suyas con cien arcabuceros españoles, y con las demas viniese á Jumape, en la montañuela de Bertaymont. Para cubrir la batería puso el regimiento del Baron de Fransberghe y banderas del Conde de Bestaya, y sobre su mano izquierda la caballería alemana en tropas con el Arzobispo de Colonia. En la misma hoya estaba la caballería ligera en dos escuadrones, y seguian tres de hombres de armas y otro de la infantería española, y en la montañuela de Jumape mandó hacer un fuerte en que poner dos piezas de artillería, y en guardia dos banderas de alemanes, y que Julian Romero, con docientos arcabuceros españoles, le socorreria si fuese necesário, asegurando con el fuerte que no ocupase el enemigo la montañuela, haciendo desde ella el socorro y pudiendo batir la plaza de armas y escuadrones cercadores. Ordenó á D. Fadrique tuviese seiscientos arcabuceros sueltos, para acudir con ellos á la parte más necesaria. A la trinchea y fuerte asistieron los Duques toda la noche hasta que se acabó. Viéndola monsieur de la Nove, dixo no serian socorridos. Era el Duque buen soldado, y así difícil no sólo de vencer con armas y consejo pero de combatir.

Venía Orange en el dia de Nuestra Señora de Setiembre al socorro con gallardos escuadrones de caballería, de seis á siete mil, mostrando por sus claros los de su infantería, en número de diez mil, y llegaron á tiro de cañon del alojamiento é hicieron alto en campaña rasa que descubria á Mons. De allí batieron al Duque, y él á la tierra más vivamente que otras veces, y ella á él con mayor daño de los amigos, matando muchos caballos firmes, sin dexar el puesto hasta que fué á alojar en aquella noche poco distante. Pedian los alemanes al Duque los soltase para dar en el enemigo, y dixo era acometido, esperasen, pues su vitoria estaba en conservar su puesto. En el dia siguiente volvió el de Orange, y el Duque puso su campo en batalla, como en el precedente, y mandó á D. Fadrique ocupase á Jumape con seiscientos arcabuceros, donde estaba el regimiento de monsieur de Caprés. Traia el de Orange en la vanguardia dos mil y quinientos caballos en tres escuadrones, y seguíanlos otros trecientos y la infantería y caballería que restaba. Hicieron alto á tiro de cañon del fuerte, mas no la vanguardia, que caminaba con nueve banderas de infantería á la siniestra en dos escuadrones de los más sueltos de su campo, y seguia el de tres banderas al de seis derechos á Jumape, guardados de su caballería, porque por aquella parte, como el Duque pensó, querian meter el socorro. Cuando se comenzó á tocar arma por allí, Sancho de Avila salió con cien arcabuceros, y siguió D. Hernando de Toledo con más número, y por verlos sin caballería en campaña rasa venian á cargarlos. Julian Romero, con docientos arcabuceros, salió al socorro, y con sesenta lanzas y los hombres de armas del Conde de Reulx, y la escaramuza se trabó y engrosó mucho, perdiendo tierra

los de Orange por la priesa que los arcabuceros del Rey les daban, aunque muy inferiores en el número, hasta que los cargaron tan bien que arcabuceros y banderas metieron en el bosque, sin pasar á rompellos del todo, por estar sus caballos tan cerca, y pararon en un barranco por esto. Dos escuadrones de caballería de mil y trecientos caballos, que naban calor á su infantería rota, á gran trote fueron á dar sobre los de Tassis y Reulx, mataron treinta infantes, hirieron al alférez de los hombres de armas y le quitaron el estandarte, y llegando cerca de la infantería católica les mató cien hombres, estando firme, y cargáronle los caballos hasta que hicieron alto. Daban calor á la escaramuza los Duques, y D. Fadrique arriscadamente. La infantería que se retiró al bosque volvió á salir en órden derecha á Jumape, amparada de su caballería, batida del fuerte y trincheas con mucho daño; pero con gran entereza asegurando sus infantes, y trabaron nueva escaramuza, en que rotos volvieron al bosque en fuga, y la caballería perdió trecientos, sin los heridos y tropa grande de caballos. Unidos los del Príncipe de Orange formaron nueve escuadrones, amparando su infantería que á la deshilada salia del bosque, y en otros tres se puso á la izquierda de su caballería. En tanto el de Orange, por no hallarse en estos encuentros más astuto que valiente, caminó á hacer el alojamiento en Fremeri, aldea; y así con poca esperanza de vencer.

En el dia siguiente se aconsejaron sobre socorrer á Mons por otra manera, y resolvieron fuese por la parte de San Sinphorien. Caminaron al alba algo más apartados de los cuarteles, y el Duque para ayudar al regimiento de Polviller envió cuatro compañías de lanzas y otra de arcabuceros y cinco banderas de españoles, y los seiscientos arcabuceros dellos que se traian sueltos por el campo para guardar el bosque. Orange puso mucha caballería en unas montañuelas de frente del aldea á una milla, y ya la tenía armada y el bosque con arcabucería tambien D. Fadrique y con dos banderas, y envió la caballería á escaramuzar con la del enemigo firme y entera, y con dos piezas tiraron en tanto que en la aldea Armen hacian el alojamiento. El Duque mismo la reconoció por ver si les podia dar una trasnochada. Para armar la aldea muy cerca de Armeny, donde se habia de dar la encamisada por estar el mayor cuerpo de su campo, envió con siete banderas al coronel Caprés y con docientos arcabuceros valones á Liques; porque si el enemigo cargase los que habian de executar, tuviesen las espaldas seguras. Don Fadrique con los españoles en la vanguardia puso los valones en su puesto con Noirquermes, y Julian Romero con cuatrocientos arcabuceros entró contra el enemigo, dexó puestos para ayudar y darse la mano á cuatrocientos pasos ciento y cincuenta arcabuceros, y más adelante otros tantos, y más cerca del alojamiento otros docientos y cincuenta alabardas para entrar en los cuarteles, y para retirarse acordaron se tocase una caxa á la española; envió algunos caballos sobre donde alojaba la caballería enemiga

con muchos trompetas, porque tocasen reciamente al entrar y creyesen estaba allí toda la del Duque, haciendo espaldas á los de la encamisada. Degollando las centinelas y cuerpos de guardia, atravesaron por todas sus postas matando, hiriendo, poniendo fuego á las barracas, desbarrigando caballos, con tanta confusion de los rebeldes, que duró casi una hora el estar en su campo sin darles lugar para hacer escuadron ni juntar cuerpo de gente, porque la confusion, desatiento, miedo en alguna, arrojamiento en otra turbó y no dexaba atinar donde estaban los enemigos, hasta que oida la señal se retiraron, dexando muertos más de trecientos sin los heridos y ahogados en un riachuelo, con pérdida de treinta de los encamisados por no guardar en la retirada el órden que se les dió de salir por donde entraron y por cebarse demasiadamente en los enemigos, y desatinarse con el fuego subiendo por una ladera donde tenian la guarda de su caballería, que no se movió, aunque oyó las trompetas enemigas, hasta que la claridad del fuego les dió ánimo y comodidad. Al amanecer se levó Orange con tanta priesa, que dexó pabellones, carros y parte del bagaje casi deshecho el campo, segun mostraban los despojos, peones muertos, caballos perdidos, armas arrojadas. En Malinas le dixeron ¿cómo venía tan mal parado un exército superior? Y respondió: «Gobernaba el inferior el Duque de Alba, eminente en el arte militar á los que él habia conocido.» Y así le alabó mucho viendo como disponia su campo, y desesperó luégo de meter el socorro.

Esto calla Jerónimo Franchi en su Historia, y que en aquellas escaramuzas los Duques hicieron oficio de valientes soldados, y el de Alba no vistió arnés, ántes discurrió por lo más peligroso de la batalla con balandran azul. Alábale porque no quiso darla con modo que parece procuró dar á entender se retiró y la rehusó, y que se la presentó el de Orange; siendo esto tan falso como lo que escribe que en aquella escaramuza dos veces se retiraron los de España. Y en el libro v, hablando de la rota de Genlis, como siempre ha motejado los españoles de crueles, dice fueron misericordiosos con palabras que tienen irrision, porque no puede narrar sin ponzoña caso ó hecho dellos, y de buena gana mezcla con vicios áun en los buenos sucesos. La primera ocasion en que los maltrata es en la rota del Conde de Aremberghe, llamándolos insolentes, temerarios, poco obedientes, disculpando al Conde, como si no hablasen los soldados siempre libremente de los generales, y nunca por esto acometen, cuando no conviene; y si lo hacen, no quedan culpados. Dice murieron dos mil, no siendo más de cuatrocientos; y habiendo en el dia ántes retirado al enemigo con mucho daño, cuenta que miéntras no llevan lo peor los españoles siempre dicen que vencen, y pone en boca suya entónces contra los flamencos palabras afrentosas, y en todo el libro tales que pudieran irritarlos en cualquiera tiempo; y con esta calumnia é injuria escribe toda su Historia.

El conde Ludovico y Lanove, por no ser asaltados, rindieron á Mons con razonables condiciones para todos: saliesen los extranjeros con sus armas y bienes y los naturales que quisiesen, y los que no, fuesen bien tratados y reputados como ántes de su rebelion, eceto los sectarios que libremente habian de salir como los demas, con que no tomasen las armas contra el Rey, en que no se comprehendian alemanes, franceses ni ingleses. Esto prometieron de ambas partes cumplir sobre su fe y honra, y que el Duque les daria escolta y seguridad hasta verse fuera de peligro en Ruremunda los alemanes, y los franceses en el árbol de Guisa, ó cerca de Avenés. En batalla se puso el campo, y por la batería entraron en Mons cinco banderas de Mos de Liques al tiempo que salian el conde Ludovico y los franceses al cabo de tres meses de cerco, y de sitio apretado ventitres dias. Avisó el Duque al Rey de la vitoria con D. Hernando de Toledo, capitan de caballos. Dexó cuatro banderas de valones en Mons, y por capitan á guerra al señor de Vaulx, y algunos cañones. Envió al Conde de Reulx con su coronelía sobre Oudenarden, y á Mondragon con su regimiento sobre Ruremunda, y se rindieron. Él caminó á cobrar á Malinas con el exército, pasó por Bruseles, de donde sacó las cuatro banderas del tercio de Sicilia. Porque no podia servir la caballería contra Malinas, envió los herreruelos á Lobaina, la caballería ligera con su teniente á Liere. Al llegar á Arscoth siguió los rebeldes, y pasado Diest degolló parte de su retaguardia y dos banderas de infantería que tenian de guarnicion, y recobró la villa libremente. Don Fadrique reconoció á Malinas y ganó los arrabales para plantarle luégo la batería. La gente que allí dexó el Príncipe de Orange le desamparó, y los vecinos coronaron la muralla. Mas los españoles sin resistencia entraron en la villa y la saquearon como á rebelde, satisfaciendo la necesidad por las muchas pagas que se les debian, causa de la desvergüenza de los soldados para desobedecer á sus cabezas.

Malinas era grande, rica, populosa, bien murada y fosada, buenas casas, anchas calles y plazas, suntuosos templos y monasterios principales, iglesia catredal de las mejores en edificio de Flandres. Entra por medio el rio Dilia. La gente es de agradable trato y cortesano, y la ciudad fue de Lieja, y guerreó mucho con Lobaina, Anvers y Brabante. Hízola Estado de por sí Filipe el Bueno, duque de Borgoña, y le apartó de Flandres, y puso el Consejo supremo en él Charles el Bravo, su hijo. Sancho de Avila y el coronel Mondragon trataron con soldados y marineros práticos de aquellos canales é islas sobre el modo de socorrer la de Targoes, y supieron como habia sido Tierra Firme, y poder vadear el brazo de mar que hacía. Reconocieron era así el capitan Blemmart, flamenco, y otros españoles de confianza vadeando, aunque con gran dificultad, por ser tres leguas y media de distancia y haber en el brazo tres canales ó rios donde la agua era más honda. Determinaron el vadearle y socorrer por aquella parte á Targoes. Tres mil es-

pañoles, valones y alemanes encaminaron á la ribera adonde era el paso, sin entender el motivo con que los llevaban, con sacos de lienzo con pólvora y bizcocho para que no les faltase la comida si tardaban en el camino y hecho. Mondragon, intrépido, valiente y bien afortunado, no perdonando á sus canas, se metió el primero en el agua con sus guías delante. Pasaron en cinco horas el brazo de mar y los rios con gran trabajo, y mayor de los de pequeña estatura con los frascos, sacos y cuerda sobre la cabeza con la menguante arriscadamente; porque si la creciente llegára, que es de una pica en alto, los anegára. Dios, cuya causa hacian, dió el ánimo, el tiempo, la comodidad; pues solamente se ahogaron nueve. Avisó Mondragon con fuegos de su arribada á Sancho de Avila, que en el molino de Ostendreche quedó cuidadoso, pero no desconfiado del vigor y fuerza de los soldados guiados de un leon, y Isidro Pacheco entendió estaba el socorro en la isla. Los enemigos no vinieron, con ser tantos en número, á pelear con los cansados y mojados con ser advertidos de los naturales atemorizados con hecho tal que un exército hubiese pasado por el mar á pié. Hicieron grandes fuegos, pidiendo por esta seña á los de Camfer y á su armada en qué embarcarse. Descansó la gente y se enxugó en la noche, y otro dia caminó á Targoes, y los enemigos marcharon la vuelta de la marina. Llegó Mondragon á un cuarto de legua de la villa, y Pacheco, porque no habia salido contra los rebeldes á cargarlos en la retirada, por tener poca gente, le pidió cuatrocientos arcabuceros para dar sobre setecientos herejes de su retaguardia. Con los capitanes Juan de Portes y el sargento mayor Vallejo se los envió, y ayudados de los de la villa los mataron casi todos, cargados y alcanzados en la huida. El capitan Mondragon volvió con la gente en salvamento ántes que se le impidiese y hambrease en la isla, por la armada de los rebeldes que corria el canal. Duró el sitio desde ventiseis de Agosto á ventiuno de Otubre.

Esta isla de Valckeren ó Walacria es la principal del condado de Zeelanda, que consiste en muchas islas que las mueve el mar, y hace más ó ménos. Boxa diez leguas, fértil y poblada de buenas villas y lugares. La cabeza del condado es Mildelburg, de muchos edificios, templos, palacio Real, fortaleza en medio de la isla. Está Ulisinghen una legua de Flandres, y afirman fue Tierra Firme con él, y que no habia sino un pequeño rio que se pasaba con la marea baxa, sobre puente hecha como rueda, y lo muestra el nombre de Diewielinghen, que es paso de rueda. Sacaron del agua los danos á Valckeren cuando guerreaba con los ingleses y franceses el fortísimo capitan Rholon, danés, y la llamó Valacria, porque los alemanes y saxones en su lengua llaman todos los extranjeros Walen Waelkens, y Zeeland á todas las islas juntas del nombre de una principal de su reino; y estuvieron apartadas del condado de Flandres más de docientos y cincuenta años, haciendo guerra con vária fortuna, tenien-

do diversos señores, hasta que el duque Juan de Borgoña, conde de Flandres, casó con Margarita, hija del duque Alberto de Baviera, conde de Holanda y Zeelanda, de quien decendia D. Filipe rey. El Duque de Alba con su exército siguió los rebeldes hasta Mastricht, y porque se esparcieron y el Príncipe de Orange con quinientos caballos pasó á Holanda, despidió la caballería alemana que venía con él por no ser necesaria para las empresas que habia de comenzar. Por la misma consideracion despidió la suya Orange, y con la infantería guarneció los lugares más fuertes y necesarios recebido en Holanda como padre de la patria, con ánimo de poner por él las vidas y las haciendas con grande amor y fidelidad, bueno y seguro fundamento para la tiranía. Mandó á D. Fadrique pasar con el campo de la otra parte del Mosa para ir al ducado de Gueldres, donde habia de entrar pasado el Rhin, encima de Talus ántes de dividirse, y que la artillería embarcase en el Mosa, y para su guardia las cinco banderas de monsieur de Liques. Él vendria por agua á Mocck, donde el capitan Gaspar Ortiz, gobernador de Grave, hacía un puente de barcas ó puestos con que se pasa de ordinario el Mosa sin dificultad por su curso tan sesgo, que apénas la vista juzga para donde mueve su corriente.

CAPÍTULO V.

Lo que la armada de la Liga hizo hasta volver á Italia.

La armada de la Liga pasó desde las Gumenizas á Ericusa ó el Paso, y supieron de dos galeras que Marco Antonio envió á espiar, como Aluch Alí con sus turcos temerosos y malsanos estaba en Puerto-Junco. Don Juan llegó á la Cefalonia, donde en disponer la armada para combatir gastó dos dias, trocando la forma de la disposicion. La batalla llevaba sesenta y cinco galeras con banderolas amarillas; el escuadron de su diestra con cincuenta dió al Marqués de Santa Cruz con gallardetes verdes; otras tantas, con flámulas azules en la siniestra, á Jacobo Soranzo; á D. Juan de Cardona treinta con banderetas blancas para el socorro. Las ocho galeazas iban delante, y detras las galeotas y bergantines, y las naves para valerse dellas cuando fuese menester. Caminaron toda la noche á remo, aunque con fresco viento, diciendo los venecianos disponia la huida del enemigo, pues los descubriria. Pasaron de las Estrofadas, distantes diez leguas de Puerto-Junco, y para encubrirse pararon allí todo el dia. La noche siguiente se trató de medir el tiempo con el camino para estar al amanecer sobre Modon, ó la armada enemiga, cuya mayor parte ó toda estaria en

Puerto-Junco para cerrarla allí. Enviaron tres galeras á reconocer, y si executáran como deliberaron, consiguieran su intento. Los pilotos de la Real, ó por inorancia ó negligencia, erraron desplegando y plegando las velas por no dar en la costa, y por ir á Modon fueron al poniente, ocho millas de Puerto-Junco, en la isla de Prete, perdiendo ocasion de tomar setenta galeras, que se salvaron con el resto de su armada en Modon. Allí, defendida del castillo, Aluch Alí miraba los disinios de D. Juan, y por los fanales, que no quitaron las capitanas como se acordó, fue descubierto. Con ochenta galeras salió media legua de Modon á esperarle. Envió á Márco Antonio con algunas, y queriéndole seguir otras al reconocer, no las dexó. Representó D. Juan la batalla, y dió señal porque Aluch Alí cargaba á algunas adelantadas, y con su Real arremetió animosamente, y el enemigo se retiró á Modon. Fue D. Juan á la isla de la Sapiencia á la vista por estrecho canal, dividida de Tierra Firme; y porque reforzaba el poniente se hizo á la mar. Aluch Alí, viendo deshecha la ordenanza, con impetuosa boga se mejoró contra los confederados. Ellos, volviendo las proas y á ordenarse, se metió en su puerto. Don Juan estuvo toda la noche sobre las áncoras, y el siguiente dia hizo agua en el rio de Coron por no dexar al enemigo libre el paso para Constantinopla. Llegaron tres mil turcos á impedir la aguada escaramuzando, cargando casi en rota á los cristianos. Don Juan envió á Paulo Esforza con buen número de soldados, entró con los turcos, peleó, y huyeron con algunos muertos de ambas partes. En el dia siguiente volvió á Modon la armada puesta en batalla; mas Aluch Alí, temiendo, con increible presteza guarneció el collado puesto sobre la ciudad, y el puerto con mucha artillería para batir la armada cristiana si se le arrimaba, quitando del todo la esperanza de venir á batalla. Don Juan volvió á Puerto-Junco, seguro de todos vientos y cómodo para hacer agua. Allí resolvieron esperar los movimientos de los griegos, de que daban esperanza, y las veinte naves que en el Zante quedaron con la vitualla, y dos mil y quinientos alemanes, municiones, pertrechos y máquinas de guerra, y deciocho galeras que enviaron á traellas, y á los deciocho de Setiembre arribaron.

En tanto se trataba de hacer la guerra, y nada resolvian por contrarios pareceres entre Marco Antonio y Antonio Doria, entre D. Juan y el Marqués de Trevico, y el mismo Antonio Doria. Queria D. Juan volver á embestir la armada dentro del puerto con la ventaja de la artillería de tierra. Decia que pues en el año ántes toda la enemiga con seis mil piezas que disparó, cuando peleó con ella, hizo muy poco daño, no se debian temer tanto veinte, y mucho ménos mezcladas las armadas. Si cuando se presentaron á la boca del puerto executáran esto, fuera fácil el efeto; porque los turcos medrosos estaban ahorrados ánn de zapatos para saltar en tierra. En el dia siguiente Aluch Alí desarmó muchas galeras y puso la

artillería en alto para guardar el puerto. Habiéndose de batir á Modon por tierra, parecia á Marco Antonio que la armada estuviese en Puerto-Junco con buena defensa, cerrando la boca con las naves y galeazas, y con doce mil infantes se ocupase el collado de Santa Veneranda, eminente á Modon, y la armada enemiga, de donde la ganaron los turcos, y los cristianos tenian puesto para impedir el socorro y hacer aguada. En el executarlo se decia habia cinco leguas de camino, largo, pedregoso, áspero en partes, en otras á propósito para la caballería turquesca, y desembarcando la gente de la armada acometeria Aluch Alí. Se tomase la vía del medio, y teniendo la suya en Puerto-Junco sacasen cincuenta galeras escogidas con las barcas de las naves, fragatas y otros navichuelos, de que habia gran número, y embarcados los soldados se hallasen al amanecer en un rio cercano, donde no podian ser vistos de los turcos, dos leguas apartados de Modon. Desembarcados en una hora, no tendrian los enemigos tiempo para salir contra las galeras, que volverian á Puerto-Junco. Ser esto de execucion difícil decia Antonio Doria, y convenir más que toda la armada costease la ribera y la Capraya y desembarcase la gente que más pudiese, y ésta hiciese esfuerzo para ocupar el collado donde los enemigos plantaron la artillería. Señoreado, pasasen al otro, con que se tenía debaxo la armada turquesca.

Don Juan, dudoso, decia era vergüenza sitiar á Modon y no tomarle, y partirse sin ganarle, ó tentar alguna cosa tambien. Volvió el ánimo é ímpetu contra Navarino por falta de mejor consejo, cuya ganancia era baxo precio de la tardanza y gastos. Dióse el cargo de sitiarla al Príncipe de Parma. Es Navarino la antigua Pilos, ciudad grande, patria de Nestor, griego de gran nombre en la guerra de Troya, en el promontorio Coripsiaco; su poblacion está al norte, casi toda sobre una peña. Salieron á tierra ocho mil infantes, escaramuzaron con los turcos, reconociendo el sitio. Plantaron ocho cañones gruesos en las explanadas en puesto á propósito, pero con dificultad, y las trincheas flaeamente por ser pedregoso. Batió el Príncipe tres dias con algun efeto. No ocupó con un cuerpo de guardia el camino de Modon, y socorrieron quinientos turcos á los sitiados en la noche primera del sitio. Aluch Alí, con cincuenta galeras reforzadas, salió á divertir, y volvió porque llegaron á Modon Casan baxá y Sorao agá, belerbey de la Grecia. Hallaron su armada sitiada de la cristiana y las cosas en gran dificultad, al cabo de haber caminado un mes para llegar allí con increible trabajo y descomodidad. Reprehendieron ásperamente á Aluch Alí por haber puesto en pérdida manifiesta la armada de Selin y tantas ciudades. Los Gobernadores de Coron y Modon le hacian cargo con emulacion de la venida allí de la de la Liga, porque su detenida reduxo las cosas al último peligro, consumida la vitualla que tenía la ciudad para su remedio, y más con la llegada del Baxá y Belerbey; todo por culpa de Aluch Alí, que truxo los amigos y enemigos.

No se encogió, y con ánimo les dixo: «No consistian las cosas de la guerra en palabras, era tiempo de obras: executasen lo que les tocaba en la tierra, que en el mar haria él lo mismo.» El batir á Navarino continuaba, y estaban mal los de la campaña, y sin esperanza de ganarle, porque era socorrido. No lo pasaban mejor los turcos con poca comida, mucha confusion, inorancia en salvar la armada, huyendo y peleando en igual peligro. Cargaban al general por esto tan apretadamente, que por huir la crueldad de Selin, irritada contra él por la relacion de los Sanjacos, sus émulos, congoxado y satisfecho de haber hecho lo que debia con armada débil, enferma, se inclinó á sacar sus ventiseis galeras que traia á sueldo y huir en Berbería, donde era poderoso, la indignacion y la envidia de la Córte, donde por cosas más leves descompusieron y áun mataron á muchos. La desgracia y consejo desigual, como los intereses y deseos de los cristianos sacó á los enemigos de miserable ruina inevitable, en que estaban con su presencia, inorando las descomodidades y faltas de los enemigos, no difíciles de saber por espías bien pagadas. Do se ve no es tan dificultoso entender los disinios del enemigo como las acciones, y no tanto cuando se hacen apartadas cuanto las presentes y más cercanas. Tal error hizo determinar contra la salud del general del exército, del reino. Nunca se matára Casio (con que se perdió todo) roto por Otaviano su cuerno de la batalla, si supiera que su compañero Bruto era vencedor, que por durar el combatir hasta la noche, del curso dél no se pudo conocer. Así sucedió peleando Sempronio, cónsul romano, con los equos: ninguno á su alojamiento volvió, sino donde en la noche estaria más seguro. El exército romano se dividió en dos partes, una con el cónsul, y con Tempiano Centurion otra. El cónsul y los equos volvieron á sus ciudades, Tempiano avisado desto por unos heridos, saqueó los reales y volvió á Roma con vitoria consistente en saber primero el estado del enemigo. Esto sucedió á los zuiceros dos veces en Italia. Consídérese cómo pueden ser afrontados dos exércitos, estar en el mismo desórden y con la misma necesidad: y que el que fue primero en el entender la del otro quede vencedor.

En el silencio de la noche escura y lluviosa levantó D. Juan el cerco de Navarino por falta de comida, y por ser fuerza invernar en poniente. Los venecianos se quexaban de ser dexados y puestos en tantos gastos sin fruto con la traza de traer bastimento para sólo un mes. Esperasen, pues, de Sicilia y Apulia la traerian segura y brevemente para hacer grandes efetos. A siete de Octubre partieron para el Zante. Tal fue el fin de tanto aparato, caminos y consejos en este año mil y quinientos y setenta y dos. Presentóse D. Juan en Modon, y Aluch Alí con cincuenta galeras salió á tomar dos naves de municiones echadizas para sacarle al mar. Acometióle D. Juan y retiróse. El Marqués de Santa Cruz cargó con su Loba, y prendió la galera del nieto de Barbarroxa; y si otros le imitáran tomáran algunas. Prosi-

guió D. Juan su viaje, y en las Gumenizas halló á Juan Andrea Doria y al Duque de Sesa con trece galeras que vinieron á servir por órden del Rey. Por cartas suyas supo la muerte del Almirante de Francia, la huida del Príncipe de Orange en Flandres, y díxolo á venecianos, y que para hacer en el año siguiente grande armada se esforzasen, que los efetos serian buenos, y la salida breve á buscar al enemigo. Sabido en Venecia resolvieron secretamente la conclusion de la paz y en Constantinopla. No se quexaban del Rey Católico, ni de su fe sincera, que tanto obligó á su República, dolíanse de que sus fuerzas divididas y ocupadas en tantas partes necesariamente no bastaban á todo, y más de que sus ministros les eran poco amigos.

Aluch Alí volvió á Constantinopla con gran reputacion por haber defendido los Estados de Selin con armada débil y enferma, presentando batalla á la armada cristiana; y cuando se conoció inferior haberse asegurado, cosas dignas de buen nombre estando el turco tan caido de ánimo, fuerzas de mar y reputacion. Trató de crecer su armada, labrando galeras en el mar mayor, y en otras provincias municiones y vitualla. El Rey Católico y los venecianos convinieron en sacar trecientas galeras á la primavera, las ciento y cincuenta por cuenta de la Corona de España, y en todos los arsenales se labraba, y en diversas provincias se hacian levas. Sospechábase que el esfuerzo veneciano era para sacar buenas condiciones en la paz que el Embaxador de Francia trataba para ellos en Constantinopla.

En este tiempo en España D. Gonzalo Chacon, hermano del Conde de Montalban, que fue gentilhombre de la cámara del príncipe D. Cárlos, y uno de los seis que en la prision le guardaron hasta el sepulcro, dió causa para que fuese una dama de la princesa doña Juana hallada en su posada, donde la dexó y huyó. Rebenga, dean de Sevilla, con no poca industria le llevó al monesterio de la Aguilera, de Recoletos franciscos, fundacion de los Condes de Miranda. El guardian le encubrió hasta que cansado de la clausura D. Gonzalo, persuadido habria campo seguro para salvarse en Francia, fué á un monesterio de San Benito donde estuvo algun tiempo; y fuera dél fue preso y traido á Madrid. Habiendo declarado donde habia estado escondido, por mandado del Rey traxo el alcalde Salazar, riguroso y executivo, á Palacio al Guardian; y postrado ante el Rey, le dixo: «Fraile, ¿quién os enseñó á no obedecer á vuestro Rey, y á encubrir un delincuente tal? ¿Qué os movió?» El Guardian levantó los ojos con grande humildad, y respondió: «La caridad.» El Rey oyéndole dió dos pasos atrás, y mirándole, repitiendo dos veces, la caridad, suspenso un poco volvió la vista al alcalde, y le dixo: «Luégo le enviad bien acomodado á su convento, que si la caridad le movió, ¿qué le habemos de hacer?» Salazar admirado de la mudanza, que pareció del cielo, porque esperaba cuándo se le mandaba echar en el rio, conociendo era tan religioso como justiciero, le veneró y temió más, y envió al Guardian como se le mandó. Era

aya del príncipe D. Fernando doña María Chacon, madre de D. Gonzalo; y siendo sentenciado á muerte, y que se pudiera temer la mujer airada por la condenacion del hijo, pudiendo hacer por esto ménos confianza della, no dudó el Rey de su fidelidad y nobleza ilustre, y con antiguos y grandes servicios y bondad de su persona, y la conservó en su oficio. Y ella con suma prudencia y entereza mereció se convirtiese la sentencia en destierro del reino y casamiento de los dos amantes delincuentes, cuyos yerros conocia el Rey, y sabía mejor que otro con experiencia en sí mismo eran dignos de perdon.

Tuvo la justicia y su templanza tan en su punto y uso igual, que se decia dél, aunque en ménos buen sentir, que de su risa al cuchillo habia poca distancia: como el vino dulce que acedo lo es mucho. Caminaban las determinaciones tan bien medidas, pesadas, ajustadas con lo justo y honesto, que iba con la justicia la templanza, y con ésta la justicia. La equidad de un príncipe es declarar ó corregir la ley, en un magistrado plegarla, y adulzar el rigor cuando era necesario, suplir el no haber la ley prevenido el caso, ó por su oficio ó demanda, no ajustando como el plomo á la piedra, el caso á la ley. Jamas quiso se perdonase delincuente por dineros ofrecidos en gran número, por las vidas y libertades en casos graves, diciendo no se habrian hecho las penas sino para los pobres: estaria la inocencia en las riquezas, quizá mal ganadas, y la libertad en haber vivido mal. Dexábase rogar sin enfado, porque si la humanidad es natural y no virtud, y pagar la deuda obligacion, y el que la defraudáre reo, tanto era más obligado á ser humano y clemente cuanto tenía de mayor y de mejor. Fue en el hacer justicia tan libre é igual, que no temieron los inocentes, ni los pecadores dexaron de traer siempre la pena delante de los ojos, y la prontitud del castigo igualaba los ricos á los pobres, los poderosos á los humildes, perdidos los viejos bríos, sujeta la voluntad al yugo de la razon y justicia. Graves pleitos se sentenciaron de dar y quitar Estados, dando exemplo el Rey de sí mismo, sujetándose á las leyes y juicio de sus tribunales con sentencias en contra y en favor, haciendo justicia recta entre el Rey y el vasallo, y entre el vasallo y vasallo. Era esto tan de su naturaleza, que estando en el Escorial en el año de mil y quinientos y setenta negociando con él el doctor Velasco, consejero de su Cámara, dado al interese del Estado, habiendo sido la consulta bien detenida, salió della santiguándose delante del príncipe Rui Gomez de Silva, don Antonio de Toledo, gran prior, [y] el Duque de Feria. Preguntándole de qué, respondió que comunicándole el negocio más grave é interesado para él, le despidió diciendo: «Doctor, advertid y al Consejo, que en caso de duda siempre contra mí.» Jamas permitió dar aviso de su parte á los jueces en negocio suyo, dexando el fiscal en manos de su juicio y de sus letrados: ni para cosa que desease fuera de tribunal quiso, tocando aparte

en materia de haber, se dixese que gustaria dello el Rey, porque sabía que la voluntad de los príncipes es violencia tácita. Estando en el bosque de Segovia despachando un correo una tarde para Flandres, se detuvo habiendo enviado al campo á que le esperase la Reina, y en tanto riñeron los dos cocheros que le habian de servir, y el uno al otro dió una cuchillada de manera que le vió el Rey desde su ventana. Llegando al coche miró al delincuente, y dixo á D. Diego de Córdoba cómo no le habia prendido, y respondiendo, que porque no habia quien llevase el coche sino él, dixo: «Metelde en prision porque sea castigado, y dadme un caballo.» Dió en el Palacio de Madrid una puñalada un criado de una dama á un mozo de oficio; y llevándole preso el alcalde Salazar, que saliendo del acompañamiento de la consulta del Presidente al Rey acaso lo vió, y dando voces hácia el terrero nombrando á su ama, ella lo advirtió, y pidió á su galan hiciese como no fuese á la cárcel. Dixo lo que mandaba la dama al alcalde, y que se le diese gusto, pues habia de ser. El alcalde forzado del caso y de la junta de muchos galanes entregó el preso, y refirió al Rey el hecho. Mesuróse, y díxole: «Vos anduvistes bien, porque el galan no pudo hacer ménos.» Mandó á la Camarera mayor castigase á la dama, para enseñar á no poner en riesgo á los caballeros por cosa en que podia haber otro medio para remediarla. Procuró con tanto cuidado que los súbditos no recibiesen agravio de los señores, ó injurla oprimiéndolos, ni daño de sus ministros, en cuanto le fue posible, que defendiéndolos castigaba sus jueces, ciudadanos poderosos y á los señores. No habia diferencia entre grandes y menores en el modo de la justicia civil, y en el fin de la criminal. La distributiva se regulaba bien con proporcion geométrica cuanto á la pena, y la criminal cuanto al fin universal, no con la aritmética por la diversidad que puso entre uno y otro la naturaleza y costumbre de todo el mundo. Los nobles y exentos se desesperan viéndose humillar con los inferiores; éstos, tratados como nobles, se hacen insolentes y soberbios. Con decir, si no se me hace justicia me iré al Rey, se turbaba un tribunal entero, cuanto más un juez ordinario ó delegado. Juan Soler, vecino de Elche, procurador en el pleito sobre la incorporacion en la Corona de Aragon del Marquesado, dixo al Rey cómo por complacer al Duque de Maqueda (contra quien él pleiteaba) el cardenal Quiroga, inquisidor general, le detenia el título de una familiatura del Santo Oficio de la Inquisicion tres años habia, que tuvo su padre y abuelo, y le suplicaba lo mandase remediar. Otro dia por la mañana le llamó el fiscal Arenillas y le dixo: «Tomad vuestra familiatura, que el Rey escribió al Cardenal no sólo mandando, más reprehendiendo.» Alonso Sanchez de Segura, ciudadano de Toledo, favorecedor del comun, se oponia contra los corregidores, y acudia con querellas justas al Rey. Conocíale y gustaba de oirle, y de hacerle luégo despachar. Habiéndole por esto los corregidores atrope-

llado, le mandó dar su Real provision para que no le molestasen ni prendiesen por caso que no tocase aparte, ó en defensa de la República. Tardando ocho meses en venir al Rey, cuando le vió le dixo: «Pues ¿cómo no habeis venido por acá? ¿Qué ha sido la causa?» Fue su virtud tan grande, que algunos recelosos della por sus inoficiosas vidas la llamaron severidad. El ser la ley universal y sin ecepcion de personas para obedecerla es ser severa. La justicia correctiva nació de las malas costumbres, necesaria contra los malhechores, para que por medio del castigo se conservase la República en paz satisfecha en él, quedando los ánimos de los ciudadanos en la quietud que ántes tenian, despues de castigado un delito. El decir algunos no se puede regir bien un Estado, si el que gobierna no usa de alguna severidad con que los súbditos teman, es bueno en cuanto es con moderacion. No es posible que el príncipe conserve órdenes civiles y militares sin severidad; porque si se espera fácilmente perdon, caen en varios errores: si se tiene cuenta con menudencias, se vive con temor y ódio; con ella acompañaba el Rey largueza en el premiar y reconocer las obras virtuosas, y engrandecer los hombres valerosos, con que la pena se convertia en reverencia y no en quexa, pues estaba en su mano el huir el castigo y merecer y conseguir el premio. El cruel se complace en hacer mal; el severo castiga los errores por convenir á la justicia y á la paz. Mas porque se ven algunos que merecen ó por causa de la culpa ó por otro respeto que se tenga compasion, conviene templar el rigor de la ley con equidad, que acrecienta la dignidad en los príncipes salutífera á la República, la crueldad contra Dios, contra la piedad, contra la humanidad, por leves causas de muerte, como el emperador Tiberio á los que quitaron un pavon á un villano á la entrada de Roma. No vale decir, no castigamos el hecho, sino la desobediencia, pues no es por desprecio, sino porque la cosa demas de ser de poca importancia, será las más veces natural á cualquiera el quererla, y ser comun en el deseo. Los príncipes violentos son por la mayor parte de tal naturaleza y costumbre; mas algunas veces los súbditos han usado mal de la templanza del príncipe, tentando novedad en el Estado, como vi en alguno del rey Filipe. El avisado del hecho dió muertes secretas y necesarias. Deseaba que fuesen buenos todos sus vasallos, mas por ser casi imposible por la naturaleza y costumbres, se contentaba con que lo que parecia fuese bueno, y que los errores no diesen escándalo menesteroso de la pública correccion de las leyes. Los que sabía que sin curiosidad no vendrian á luz disimulaba, porque los buenos por opinion no se quitasen la máscara perdida una vez. No dañaba la fama, y andaba seguro disimulando y perdonando; pero castigaba al que faltaba á la cortesía y respeto que se debia á los ministros por su grado. Honra es de la nacion el ser venoida de la justicia, digna de imperio por razon y dignidad. Para la execucion autorizó los ministros mayores y menores, y

hizo por su ofensa grandes castigos, pues por un desacato se deshacia una familia, una ciudad, una provincia. Con esto fue más señor de sus vasallos que pudiera con la mayor fuerza de armas, conociendo las enfermedades que padecian y los humores con la inteligencia con que penetraba su naturaleza, que los hizo sesudos en las cosas de razon y bien general. Pareció hubo eceso en la execucion de las leyes, mas como la buena ó mala manera de los executores hacía más ó ménos áspero lo que se mandaba, creian que removiéndolos cesaria la severidad, y se engañaban, porque por los sucesores se juzgaba se mudó la persona, no el gobierno. Bien que algunos usando grandes rigores adquirieron autoridad y criaron temor para mantener la República libre de delitos; mas no fue del todo seguro en otras provincias, porque á largo tiempo les puso las armas en la mano, por no haber mezclado ley, equidad, execucion de la ley, la distribucion con discrecion del magistrado.

CAPÍTULO VI.

El Rey Católico hace imprimir la Biblia Régia en Flandres.

El cardenal fray Francisco Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo, fundó la Academia de Alcalá de Henares, antiguo Compluto, y engrandeció su librería con la Biblia de várias lenguas, llamada por esto Complutense, que hizo imprimir con magníficas expensas, útil suceso y fin para la Iglesia romana, y así con razon estimada en mucho de los más sabios. Avisó al rey D. Filipe del deseo y falta que habia de sus volúmenes Cristóbal Plantino, impresor famoso y curioso en Flandres, y que tenía fundidos en su oficina caractéres más perfetos que los de aquel tiempo, y demostrándolo enviaba un pliego impreso con ellos en las lenguas antiguas, y suplicóle ayudase para la impresion de aquella Biblia (obra tan insigne) con dinero y asistencia de su amparo y autoridad. Como entre los mayores cuidados de la administracion de su inmensa monarquía preferia los de la perfeccion y aumento de la religion cristiana, consultó el aviso y peticion con los de su Consejo de la general Inquisicion, de quien era el mayor el cardenal Espinosa, presidente del de Castilla, y fue aprobado y el pliego de la muestra. Nombró su Majestad para la execucion á aquel incomparable varon en virtud y letras, el doctor Benedicto Arias Montano, extremeño, del hábito de Santiago, su capellan, y que sabía trece lenguas antiguas y modernas. Disponiendo el hecho le envió á comunicalle con los doctores del Claustro de la Academia de Alcalá, maestros eminentes de

la Teología escolástica y expositiva, por ser la materia propia de su facultad. Abonaron y loaron el intento, y pidieron con instancia su efeto. El Rey encaminó su execucion con la suficiencia del doctor Montano, y esperanza de cumplir su grave y onerosa comision acertadamente, con el celo que de servir á Dios y á su Príncipe conocian en él. Con su instruccion y cartas del Rey se presentó al Duque de Alba en Flandres, á quien iba encaminada su direccion y provision de dinero. Vitorioso entónces aseguraba la paz y religion católica, y reformaba lo estragado en el sentir y en el culto, y para hacer la visita y prohibicion por expurgatorio de los libros viciados y dañosos se valió del juicio y ocupacion del mismo doctor Arias Montano. Remitióle, conforme al órden del Rey Católico, al Retor y Claustro de doctores de la Academia de Lobaina, dió su carta y embaxada, ofrecieron su poder y saber á su encomienda grande, y al Rey con escrito con elegancia y obediencia.

Deputaron para la comunicacion de lo que se habia de estampar á Agustin Hinneo y Cornelio Gandabo, profesores de ambas Teologías, y al padre maestro Juan Harlemio, jesuita, catedrático de Escritura y lengua hebrea. Príncipes y sabios, por la importancia de la empresa, enviaron exemplares muchos y admirables para su cumplimiento, demas de los que Arias Montano llevó de España y juntó de otras provincias. Con ellos, la ayuda de peritísimos en las lenguas, varios y bien correctos originales, quedó la Biblia Complutense no sólo restaurada, sino aumentada en muchas partes y enriquecida, habiéndose consultado la disposicion y miembros desta obra con el Consejo de la general Inquisicion y Universidad de Alcalá en España, y con las de Lobaina y París, donde se hallaba en aquella sazon Genebrardo, docto y peritísimo en las lenguas antiguas, y gran celador de la religion católica.

Imprimió y dispuso la Biblia el doctor Montano en ocho tomos; los cuatro primeros contienen los libros del Viejo Testamento en la lengua original hebrea, con la version vulgata latina, y la griega de los setenta intérpretes con su version latina. Y porque en la Biblia Complutense no se habia impreso la paráfrasis caldea más de en los cinco libros de la ley, se acordó se prosiguiese en todos los demas del Viejo Testamento para la declaracion de la Sagrada Escritura y confutacion de los judíos y por otros buenos fines. El quinto tomo contiene el Nuevo Testamento en griego con la version vulgata y en siriaco con traducion latina, que no se habia impreso esto en la complutense. Los tres tomos restantes se llamaban el Aparato. El primero contiene todo el Viejo Testamento en hebreo con la interpretacion latina interlineal de Xantis ó Santes Pagnino, doctísimo dominicano, reducida más al rigor de la letra hebrea en muchas partes por el doctor Arias Montano, y el Nuevo Testamento en griego con version interlineal, ajustada palabra por palabra con el original griego por el mismo doctor Mon-

tano. El segundo tomo del Aparato contiene grammáticas y vocabularios de las lenguas hebrea, caldea, siriaca y griega. El tercero es todo obra del mismo Doctor, que contiene varios tratados doctísimos y necesarios para la inteligencia de la Sagrada Escritura, como su perpétuo comentario de toda. Todo hace compuesto eminente por su grandeza, admirable por la perfeta leccion, agradable á la vista por la belleza de los caracrtéres, forma de la regla y papel y vitelas en que se hizo la impresion, y el increible trabajo y vigilancia de los artífices en su profesion ecelentísimos, de quien era cabeza Plantino.

La sabiduría, solicitud y cuidado del doctor Arias Montano perficionó y logró la resolucion, providencia y liberalidad de su Majestad Católica, debaxo de cuyo nombre salió con principio loable, dándole por el feliz evento el parabien los sabios y los príncipes; y porque estando tan gravemente ocupado en materias y expediciones tantas y tan grandes, les antepuso su consejo y santa intencion para formar y publicar en beneficio universal los escritos de la veneracion de la divina palabra, cuya ecelencia en lo que se debe estimar nos muestra, envióles su aprobacion y bendicion el glorioso pontífice Pío V, cuando se estampaba, con el Nuncio que encaminó á Flandres á dar el parabien al Duque de Alba de su vitoria y asistirle en la reduccion de los Países, con órden de su Beatitud para que visitase á los que trabajaban en esta obra, y á ella y á ellos diese su apostólica bendicion. Tambien le dió la suya su sucesor Gregorio XIII, cuando su Majestad le presentó el precioso dón de la Biblia impresa en vitelas con el doctor Arias Montano, que en Roma, guiado del Embaxador de España, la dió á su Santidad con oracion latina, grave y elocuente, y referida con cierta gracia, que pareció tenía algo de sobrenatural su talento. Alabó y estimó la ofrenda importante, pía y costosa, y el dichoso empleo del Rey Católico. Complacióse en la vista y comunicacion de Arias Montano, y lo escribió á su Majestad cuando se le remitió, más favorecido que premiado por su modestia. Presentó el Rey la Biblia á todos los príncipes y repúblicas católicas, y le concedieron su privilegio y aprobacion.

Contra ella se atrevieron muerto el Doctor, porque lo más perfeto está más sujeto á la envidia y curiosidad demasiada, mas su integridad y verdad poderosa para mantenerla defiende y ampara, y defenderá á su autoridad y buena leccion. Si ya el no entenderla como se debe, ó el tentar con arrogancia mejoralla vanamente, no turbaren su perficion, pues no valdrá la injusticia para ofendella, principalmente teniendo en su amparo y abono el recto juicio y calificacion del Supremo Consejo de la Inquisicion de España, que habiendo consultado las Universidades de Salamanca y de Alcalá, declaró en favor de los lugares más acometidos.

CAPÍTULO VII.

El Duque de Alba mete exército para recuperar á Holanda y sus efetos.

El Duque de Medinaceli, viendo la revuelta de los Estados, y que la guerra iba á lo largo, para que la acabase quien la comenzó y entendia mejor, no quiso que le renunciase el gobierno el de Alba, y por Francia vino á España. Despues que hizo relacion al Rey del estado en que dexaba las cosas, se trató de sus causas y de su remedio, y persuadian algunos al Rey habia causado la rebelion segunda el rigor del Duque de Alba, y convenia darle sucesor más suave, porque quizá se mejorarian las cosas en saliendo él de Flandres cesando el ódio que por su respeto tenian al Rey; pues para librarse de su rigor decian que tomaron las armas con señal de soldados de su Majestad; y sobre quién sería á propósito guiar la paz y la guerra en aquellos Países Baxos, aconsejaban al Rey proponiendo algunos buenos sujetos, aunque pocos.

Por el puente de Grave pasó el carruaje y artillería el Duque para llevarla por tierra á Niemeghen, y embarcada allí en el Wal, rio arriba, hasta entrar en el Rhin, la llevaron á Aermhem. Quedó en Niemeghen por ser puesto más conveniente al abituallar el campo, y hacer las provisiones de dinero para su paga, y acabar de despedir la caballería alemana, de gran costa al Rey y poco provecho á la empresa, y de gran molestia su aloxamiento á los Estados. Don Fadrique rindió muchas villas en el ducado de Gueldres, y aloxó la mayor parte de la caballería ligera necesaria para la recuperacion de Zuphen, frontera y depósito de armas y municiones de aquella provincia, donde habia casi ochocientos soldados, muchos del rendimiento de Mons, porque la villa era buena, en ribera del Isel, con ancho foso con agua, y su fortificacion casamuro con torreones. No se rindieron requeridos por un trompeta, y D. Fadrique batió con trece cañones dos dias, y en tanto la mayor parte de la guarnicion huyó de noche por una puerta cerca del rio. Visto cuán poca gente parecia en la muralla, entraron por ella sin resistencia, y saquearon la villa. Puso tanto temor al Conde de Vandenberge, y á la guarnicion de las tierras del Condado y de la provincia de Tuvent y de Utrecht, que huyeron á Alemania, y D. Fadrique cobró las plazas y las guarneció y aloxó en Rhenem, Aenversfort y Utrecht tres compañías de hombres de armas. Por el dique rindió á Naerden, y porque fue despues de plantada la batería mostrando grande obstinacion, la saqueó por la repu-

tacion del exército del Rey, y para que sirviese de exemplo á las demas tierras rebeldes. Pasó el exército la vuelta de Amstelredam á ganar el paso de Asparendan, y entrar en Holanda impediendo la comunicacion de los lugares, sino por el mar grande. Intentó ganar los navíos de los enemigos por el hielo cubierto de una tercia de nieve, y sobre él se trabó recia escaramuza, aprovechándose los del país de los patines, con que segura y ligeramente caminan muchas leguas. Los de Amstelredam escribieron al Magistrado de Haerlen obedeciesen á su Rey, y se valiesen de su clemencia pronta á perdonar, como sus armas á castigar. Enviaron á reconciliarse por acuerdo al burgomaestre Thieri el Frison y á Cristóbal Sehage y el pensionario de la villa, y fueron de D. Fadrique amigablemente recebidos y satisfechos. Cuando volvieron habian enviado por socorro á Leiden al Príncipe de Orange, manteniendo la fe jurada con él por amonestacion del capitan Riperdá, y escribieron al coronel Lázaro Muller les enviase algunas de las diez banderas de alemanes, que por su cuenta y órden habia levado, y metió las cuatro en Haerlen con su teniente el capitan Stiemback, y al punto prohibieron el exercicio de la religion católica, y enviaron presos á Leiden el Burgomaestre y Pensionario.

Don Fadrique mandó al capitan D. Rodrigo Zapata reconociese el fuerte de Asparandam, hecho casi inexpugnable despues que le ganó. Con escaramuza exeeutó, y fue herido en el brazo izquierdo de un tiro de cañon. Los de Haerlen cortaron el dique entre Asperandan y Sparenvoude para aguar la campaña, pero no tan en hondo, que luégo no fue cerrado, y se atrincheó el campo contra el fuerte sobre su foso, y Julian Romero y don Hernando de Toledo con sus tercios le acometieron, por la frente del dique le entraron, y degollaron todos los trecientos que hallaron en él, y siguió hasta Haerlen una parte el executar contra más de mil rebeldes que de la villa y de Vaterlant con dos banderas venian á socorrer el fuerte, y desatinados del miedo se ahogaron en el hielo muchos. Murieron de los católicos tres, y pocos más fueron heridos. Ganó con quinientos arcabuceros D. Diego de Carvajal escaramuzando con los herejes el hospital de San Lázaro y algunas casas, y D. Fadrique aloxó en él los españoles con algunos alemanes á la puerta de Santa Cruz, los valones cerca, y el resto de los alemanes en el bosque, y los arcabuceros á caballo en la aldea Beuerwick, y dos compañías de lanzas para impedir el socorro de Alckmaer y Vaterlant, y la corneta de Skenck de trecientos herreruelos. Pararon por tres mil alemanes, ingleses y franceses que Lumay traia en socorro, salió y por la espesa niebla, solamente con la vanguardia de su arcabucería dió sobre los enemigos, degolló la mayor parte, tomó ocho banderas, cuatro piezas de campaña, y todos los carros de municiones y vituallas. Quisiera proseguir sus vitorias D. Fadrique por su reputacion y de su exército vencedor en todas partes, y podria aquí con la toma del fuerte de Asperandan y rota del socorro, por

la flaqueza que mostraron los soldados de los rebeldes al salir á escaramuzar, y así no tendrian entereza para defenderla, ni los vecinos ánimo, inexpertos en la guerra. Este engaño mostraron los efetos, y que no se ha de tener en poco al enemigo por ninguna razon, sino para pelear, y con ventaja buscada por su parte; pues defendieron por nueve meses su muralla, y con buen coraje hicieron surtidas á las trincheas, y consumieron tiempo y soldados valerosos que pudieran ganar reinos. No aprobaron el batir la villa por la parte del bosque, donde la muralla hacía á manera de esquina para cruzar con la batería por barba, acomodada cosa que debian desear, porque no se puede estar á la defensa; y por el mudar aloxamiento y llevar la artillería, ocupacion de tres dias, eligieron por mejor el batir la puerta de Santa Cruz y rebellin, donde estaba la artillería y cuarteles de los españoles y valones, que guardarian cubiertos desde las casas las trincheas, abreviando la batería para que el enemigo no se fortificase. Con catorce cañones la comenzaron, y contrabatieron el rebellin y puerta de Santa Cruz y los traveses, y los defensores hicieron nuevos reparos desde la puerta al puente de Santa Catalina, siendo poca la ruina de la batería, y no estar hechas trincheas más de para cubrir la artillería.

Reprobaron Julian Romero y otros capitanes el arremeter, como Noirquermes y Monsieur de la Cresionere querian, por no haber municion para continuar, y que ántes que se truxese de Utrecht se habrian fortificado de nuevo los enemigos, y se acordó el asaltar á Haerlen, y los soldados lo pedian con voces y libertad por su reputacion y comodidad de acabar presto sitio puesto en la bruma del invierno. Con puente, que para atravesar el foso lleno de agua, hizo el ingeniero Bartolomeo Campi sobre pipas, se encaminaron ciento y cincuenta españoles escogidos al rebellin batido, guiados del capitan D. Francisco de Vargas, para reconocer la batería, estando firmes los escuadrones hasta ver si se podia arremeter con órden, que si no estuviese para ello, se arrimasen al rebellin luégo á picarle, sin entrar en el asalto la demas gente. Arremetieron él por el puente y algunos soldados, y el capitan Alonso Galeas combatió con una alabarda con el capitan Stiembarck, que se atravesó con una pica. Las banderas de españoles sin órden arremetieron en viéndolo por el puente, en que se apiñaron, porque apénas cabian tres por hilera, por no haber plaza para pelear, reteniendo á los que estaban ya descubiertos al bordo del foso y á las piezas y arcabuces de los cercados, que dispararon contra ellos sin resistencia ni reparo, dándoles esto osadía tal, que mostrándose de medio arriba sobre la muralla, ruciaban apresuradamente. Julian Romero para remediar la pérdida de los soldados sin fruto, que ya era de ciento y cincuenta de los mejores, heridos y muertos, los quiso retirar, y le dieron un arcabuzazo en un ojo, y mataron al capitan Lúcas de Espila y su alférez, hirieron á D. Francisco de Vargas, y á la mañana le sacaron del foso y á tres alféreces y un sargento. Zarazo metió

en Haerlen seiscientos infantes. Don Fadrique batió de nuevo el rebellin, y desembocó en el foso con una trinchea toda de tierra, y le llenó con ella, zaparon, y los enemigos le defendian con armas, fuegos, tiros, hasta que le perdieron. Antonio Pintor, el de la traicion de Mons, vino de Leiden con mil hombres á romper el dique de Naerden y fortificarle para impedir el paso á las vituallas. Los de Amstelredan, guiados del capitan Francisco Vergudo, con algunos valones degollaron la mayor parte, y se ahogaron huyendo los más del resto, y la cabeza de Pintor llevaron al Duque de Alba. Para meter en la villa los trineos que traian cargados de municiones y vitualla, de noche acometian las trincheas para ocupar los soldados dellas, con pérdida suya las más veces. Entraron veintisiete trineos y docientos soldados en una noche, y dentro de pocos dias vinieron por el hielo dos mil de sus naciones apóstatas, y desatinaron con la espesura de la niebla, de manera que no pudieron llegar, aunque guiados con fuegos y fanales desde la torre de la iglesia y con el toque de las campanas. Más adelante entraron muchos trincos y soldados encaminados desde Sasen, mudando el camino sobre los lagos helados para que no los esperasen en paso determinado, y reforzados, hacian salidas cada noche con mucho daño de los cercadores, de manera que parecia estar en menor fortuna.

Por esto, y porque el frio, el trabajo, la mala paga, la muerte diminuia el exército, caminó con las minas D. Fadrique mucho por los maestros que de Lieja envió el Duque. De los enemigos salieron seiscientos alemanes á desaloxar los que ocupaban el rebellin y clavar la artillería, y junto á ella murieron los que traian el aparejo y muchos en la retirada; pero su falta suplian los contínuos socorros, y así hacian muchas salidas gallardeando con ellos, sin poderlos impedir, durando los hielos y frios con eceso en aquella sazon en toda Europa. Este rigor, las heridas, las minas, los que huian, apocaban el campo. El enemigo vino á tener cuatro mil soldados, sin dos mil vecinos que tomaban las armas, y bastimentos y municiones más en abundancia que los cercadores. Sobre el rebellin, con sacos de lienzo de dos palmos en largo, llenos de tierra, y uno de ancho, puestos unos sobre otros, levantó D. Fadrique una plataforma y plantó una pieza, y batió con ella los traveses y cortinas, limpiando la batería de la gente y descubriendo los reparos. Los rebeldes derribaron la torre de San Juan, porque si venía al suelo estando tan cercana la batería del rebellin, no les hiciese daño, y fortificaron la cortina muy bien, y en todas partes hicieron muchos reparos, ayudados del tiempo que se les habia dado, y de la largueza de las noches en que no se peleaba, y de los dias cortos para ser por poco espacio acometidos. Aunque no se habia podido reconocer los reparos por él dentro de la villa, para dar el asalto ántes del alba arrimó don Fadrique soldados encamisados á la puerta de San Juan, y á ganar algun

puesto ántes que se arremetiese (1). El maestre de campo D. Rodrigo de Toledo, segun se habia acordado, arremetió el primero, y deciocho alféreces con sus banderas y él y el capitan Lorenzo de Perea, portugués, subieron los primeros á lo alto de lo batido, y Perea corrió la cortina, y fue recebido de los enemigos con coraje y gallardo esfuerzo. Con una mina volaron cuarenta españoles de los que subian por la estrecha batería, y la hizo más difícil y la subida, impediendo el socorro á los cuarenta de la vanguardia, que peleaban valerosamente con desigual número y puesto, y cortaron con descubrir unos traveses de donde tiraban, y tirar dos pecezuelas con gran daño de los asaltadores, por medio del cuerpo de la gente que por mucho tiempo porfió para subir, y rebatieron dos veces los que subieron. Docientos valones arremetieron á la puerta de San Juan cuando los españoles, y se hallaban tan adelante, que ocuparon algunas cámaras de la torre, donde peleando sin perder pié contra gran muchedumbre de enemigos, murieron los más, y el sargento de Mos de Billi al retirarse. Los escuadrones estaban en batalla, y algunos alemanes y valones en guardia de la artillería. Los que asistian en el bosque, puestos en escuadron ayudados de alguna caballería, en tanto rompieron trecientos soldados y una compañía de caballos que traian ciento y setenta trineos con bastimentos, que metieron en la villa en tanto que se escaramuzaba. Murieron y fueron heridos en el asalto casi docientos soldados de los mejores, y el maestre de campo D. Rodrigo de Toledo de un mosquetazo en un muslo, dos picazos en las caderas y otro en el rostro, y los capitanes Perea, Rodrigo Perez, Estéban de Illanes y D. Alonso Muñoz. Considerando esta pérdida y la diminucion del exército, el aumento y ánimo de los enemigos enteros y regalados debaxo de cubierta, socorridos cada hora por su diligencia, comodidad del mar helado y por helar, porque no ceñia el campo la villa, y que no se combatia con ella, sino con un aloxamiente inexpugnable para mayor exército, puestas allí obstinadamente las fuerzas de Holanda asistidas y gobernadas del Príncipe de Orange desde Leyden, parecia conveniente el levantar el exército. El Duque no podia por entónces crecerle tanto como era menester, teniendo ocupados gran número de soldados en los presidios y en los pasos convenientes y escoltas para asegurar los vivanderos y vituallas que venian al campo, y en fuertes que se habian hecho sobre el Rhin, y en hacer seguro á los trainos en las ocho leguas que hay de la ribera de Velcht á Amstelredan, se ocupaban ocho mil hombres, y en las escoltas que traian el dinero desde Ambers á Niemeghen, por las corredurías que hacian los de Bomel y Longuestrate sobre los caminos. Finalmente, eran menester nuevas levas y tiempo en que no se helasen en campaña los soldados

(1) Año 1573, y el décimoséptimo del reinado de Don Filipe.

cuando en regiones de más benigno temple descansan, se previenen y aconsejan para guerrear en el verano. Abonaba estas razones D. Fadrique, mas decia ser la voluntad de su padre el continuar el sitio, y de los cabos y soldados de todas las naciones, encorajados y deseosos de vengarse y mantener su reputacion, tan resolutos en esto que entendia desamparatian las banderas, si el sitio se dexaba: gran valor y estima de la fama y desprecio de la muerte. Era pasado el mayor trabajo y rigor del tiempo, y caminando con minas en tanto que llegaban los valones que se levaban, que sería presto, y se reforzaban, y los alemanes con las banderas del Baron de Polviller y las cuatro de españoles del tercio de Sicilia que asistian á su padre. Todo lo encaminó el Duque, y cuatro compañías del regimiento de Mondragon y buen golpe de arcabucería del de Mos de Billi; hizo levar una coronelía de mil borgoñones altos á Enrique de Vienne, baron de Chererau; y para impedir el socorro, acabados los hielos, mandó al Conde de Bossu armar cantidad de charruas en Amstelredan, y algunas galeras con la artillería y marineros de los navíos grandes, y cerrar el paso del agua y á Herlemermer, rompiendo para entrar en él los navíos un dique, aunque lo podrian impedir los rebeldes. Para reconocer el dentro de la batería, sobre un árbol de navío se puso una garita que fue de provecho, y levantóse más la plataforma de sacos de tierra sobre el rebellin, caminóse con las minas por diferentes partes, y annque contraminaron los rebeldes en algunas, hicieron prestamente reparo en forma de media luna, de dia y de noche trabajando, cuyos cabos abrazaban la batería, y casi cien pasos con sus traveses y troneras. Porque cesaban los hielos y no valian á socorrer sino navíos, para tener avisos enviaron palomas mansas al Higo, Sasen y Leyden, criadas en la villa, porque atados boletines debaxo del ala, ó al pié ó cuello, cubiertos si llovia con hoja de lata, soltadas lo más cerca de Haerlen tuviesen avisos, manera para ello usada de várias naciones. Sirviéronles bien y á D. Fadrique, porque cogieron muchas los soldados tirando con el arcabuz, por no venir los papeles en cifra. Labraron galeras con que aseguraban la entrada de los navíos de socorro, y truxeron artillería gruesa, que no la tenian, con intento de desaloxar y desembocar con ella dos cañones que estaban ya sobre la plataforma del rebellin, y evitar el batirles el traves que tenian cubierto y jugar por cortina en la batería. Las minas volaron en favor de los cercados, y todo se dificultaba y salia mal lo que se intentaba por los cercadores.

Monsieur de Mongomeri, de los principales hugnenotes, tenía mil dellos y algunos navíos rocheleses en la isla de Vigt, y en Inglaterra y Escocia la Reina hacía levas en socorro de Holanda á instancia del embaxador del Príncipe de Orange, y esperaba vendria con buen golpe de gente Mongomeri á socorrelle, y junta con la de las islas y de Haerlen llegaria francamente á hacer levantar el sitio, presentando la batalla para

ello al exército español. La guerra era tal que no se daba la vida al prisionero para más que informarse de lo que se deseaba saber. Por esto persuadian mucho á D. Fadrique el salvar su gente á tiempo, doliéndose de los nobles, oficiales importantes y soldados que le quedaban sin consumirlos en tal empresa. En su contra decian tenía el Conde de Bossu armados navíos para quitar el agua y paso y á Herlemermer á los enemigos; y que la artillería gruesa de la villa no dañaria, porque despues que hicieron la media luna con que cerrar la batería, se habia acordado de tener allí las piezas para que esperasen por aquella parte el asalto y no fortificasen la del bosque por esto, por donde se habia de dar ya la batería. Si se retiraban á Asperandan con pérdida de reputacion, se atrasaria la reducion de Holanda y no era tiempo de ocupar la gente en otro sitio; y si la aloxaban en las aldeas, en Haerlen, que dexaban atras, podrian poner los enemigos golpe de caballería, y con la guarnicion impedir el paso á la vitualla, no pudiendo las escoltas estar sino en la campaña aloxadas ó en los cuarteles del sitio, que era en parte tener cercada la villa y ocupado poco ménos número de caballería y banderas de las que allí al presente tenian. Se debian muchas pagas á la gente, y viendo levantar el sitio podria amotinarse pidiendo sueldo tan bien merecido, sufriendo ecesivos trabajos por el frio, sin dexar las armas, como si fuera venganza de cada uno, por estar la guerra sangrienta sin perdonar vida de ninguna parte. Esperaban gente con que se ceñiria la villa; y si viniese el socorro de Inglaterra tendria tiempo D. Fadrique para aguardar bien en órden en los cuarteles ó salir á encontrarle, ó si con batería retirarse en buena ocasion. Esto no debia hacer buen soldado sin ver primero enemigo que le obligase á ello, y no se podia hallar puesto para el exército mejor que el que ocupaba; y más habiendo dicho á D. Fadrique de parte de su padre D. Bernardino de Mendoza, si era su hijo muriese sobre Haerlen, que luégo vendria él á proseguir el sitio; y si él faltase, les sucederia en él la Duquesa su madre, y para ello navegaria desde España. Los españoles, teniendo por oráculo la resolucion del Duque, perseveraban con alegre ánimo y esperanza de rendir á Haerlen.

CAPÍTULO VIII.

Los venecianos hacen paz con Selin. El Rey trata de emplear sus fuerzas, y comienzan diferencias en Génova sobre el gobierno.

Deseando el Rey Católico fruto de tantos gastos, armó ciento y cincuenta galeras para que la armada llegase á trecientas, como lo habia prometido á los venecianos, y todos habian de estar en Corfú á los quince de Abril de mil y quinientos y setenta y tres. En esta sazon hicieron paz con el turco por medio del Rey de Francia y de su embaxador en Constantinopla, por mano de Mahamet baxá y de su Bailo. El Pontífice sintió mucho la novedad, y dixo en público Consistorio eran poco religiosos los venecianos y guardadores de su palabra y fe y juramento hecho en la autoridad de la Sede Apostólica. Enviaron á aplacalle con Nicolás de Porte, su embaxador, y á referir las causas, y no le dió audiencia. Á satisfacer al Rey Católico despacharon otro Embaxador, y respondió que sin ser provocado, á peticion de Pío V mezcló sus armas con las de ambos, aunque por ocupadas en dos guerras pudiera excusarlo, pero cada uno sabía lo que le tocaba. Si juzgaron convenirles la paz, no le desplacia que la guerra comenzada por su respeto, por él mismo se dexase. Bastaba conocer el mundo, igualaba la constancia en mantenerla á la prontitud que tuvo en el tomarla. Tambien avisaron con Embaxador á D. Juan de la paz alcanzada á costa de mucho dinero, fuerte negociacion y reputacion poca, por las condiciones tan á gusto de los turcos. Al punto quitó de su capitana Real el estandarte de la Liga y puso el de España.

Donde se manifiesta cuán pocas veces se prosiguen estas ligas con el mismo ardor de ánimo con que son comenzadas. Debe por esto el que le importa más, en tanto que el gusto y vigor de todos en el principio está en su punto, procurar que las provisiones que son menester se aseguren para lo que han determinado. No es dificultoso, cuando hay resolucion de hacer una cosa, conocer lo que es necesario para ella. Mas nace de aquí que descubierto despues el gasto y dificultad, se melancolizan y comienzan á arrepentirse de proseguir la empresa, como hicieron los venecianos, por ser las cosas vestidas de otro color, cuando se piensan que cuando se miran en la execucion; de manera que son pocos los que de las deliberaciones largas y peligrosas quieran constantes ver el propuesto fin. Por esta causa las ligas no se pueden largamente sustentar, aunque el mejor órden se haya puesto y más el temor sea comun; y no

es de creer el daño que hacen debates y porfías que nacen con el tiempo entre los confederados, diferentes en autoridad siempre y en costumbres y diferencias suficientes á desunirlos, ó á que se acuda con tan poco cuidado en él, que no concurran á un tiempo conveniente todos. Y entre tantas voluntades hay varios intereses y fines, de donde nacen desórdenes, desplaceres, disidencias, y no hay jamas prontitud para proseguir los disinios cuando se muestra favorable la fortuna, ni disposicion de resistir cuando contraria; y finalmente, no son duraderas sino cuando no hay otro interes que el del servicio de Dios, como en la jornada de Godofre de Bullon para la conquista de la Tierra Santa. En las otras, como tiene más fuerza el interes que la obligacion, y el temor del perder y la esperanza de ganar juntan, como duraren durará la union, y siendo iguales en fuerzas la romperán siempre que otro pueda hacer alguna ganancia para su aumento y no la puedan hacer ellos. La emulacion la hará ménos estable que el temor, siendo éste de lo porvenir, aquélla de lo presente. Los ménos poderosos, temiendo el peligro de la indignacion de que lo es más, guardarán la confederacion.

Aluch Alí, con grande armada, llegó á la Previza en defensa de la Morea y otras provincias de Selin. Don Juan trató en el Consejo sobre el empleo de las ciento y cincuenta galeras y las naves, y tanta y tan lucida infantería. Pareció á algunos que juntas con las doce galeras del Pontífice, que no dexó la union, y las de Malta, se combatiese á Aluch Alí, aunque superior en número de bajeles, no bien armados, ni sanos, ni osados, medrosos sí y malparados de una furiosa tempestad, mostrando que el Rey Católico por sí solo podia hacer la guerra al turco, conquistar reinos, alcanzar vitorias. Juan Andrea Doria dixo era esto trabajar para venecianos. El Marqués de Santa Cruz, persuadiendo la conquista de Argel, dixo que siempre que menores fuerzas la acometieron, no desbaratadas ni deshechas del mar, la rindieron. Sabido era se perdió la armada que envió fray Francisco Ximenez, arzobispo de Toledo, hecha á manera de arrendamiento, por mal tiempo, confusion, poca prática de Diego de Vera y Juan del Rio, capitanes della. Enviando el emperador Cárlos V su armada á la venganza de la muerte de Diego de Vera y de su compañero, se perdió con tormenta, creciendo las fuerzas y nombre de Barbarroja, tirano de Argel. El Emperador mismo, hallándose en Alemania, en la venida segunda de Soliman sobre Austria, mal proveido de dineros y gento para resistille, como escribimos, tomó la de Argel, donde roto de la tormenta perdió mucha parte de la armada, salvó la mayor del exército y se retiró por tierra á Buxia valerosamente. No sería la armada española siempre deshecha por la furia del mar. Ganado Argel se entregarian Tínez y Tripol, quitando la causa de venír armadas turquescas al Mediterráneo. Estas eran las ciudades que estaban sobre los ojos del Rey,

y su conquista deseaban las provincias de España y clamaban por su recuperacion, nidos de cosarios y de las armadas enemigas albergue, que hacian con sus robos afligidas las riberas, y llenas de calamidades impedian el comercio y el paso de Italia. El pensamiento y cuidado de abatir el comun enemigo y proveer á que no creciese demasiado tocaba á todos los príncipes cristianos; mas se trataba poco de lo que tocaba á todos, y al presente se acordase de evitar los peligros y plagas de España. Al conquistar el reino de Túnez se inclinaban algunos por quitarle al tirano Aluch Alí, y restituir á Muley Hamida, y D. Juan lo consultó al Rey. En el tiempo que se aconsejaban sobre la empresa que se haria, Arab, ó el árabe Amat, gobernador de Argel, sucesor de Aluch Alí desde el año mil y quinientos y setenta y dos, pareciendo era su conquista la más importante al Rey de España, la fortificaba con cuidado. Echó por tierra un grande arrabal de casas fuera de la puerta de Babazon y ella, y la fabricó con un rebellin para su defensa y un baluarte que tocaba en el mar. Ciñó la isla del puerto de muralla baxa para tener tiradores que impidiesen el plantar la batería; hizo la torre de la Lanterna y fuentes, y todo con mucha brevedad, aunque la peste, que duró dos años, mató la mitad de los habitadores; mas era estimado y ayudado de los genízaros, siendo moro, porque los trataba y pagaba bien.

En este tiempo habia en Génova grandes inquietudes por la distribucion de los oficios, comenzada ya desde el año mil y quinientos y setenta y dos. Joaneto Lomelin, duque (no haciendo caso de las leyes), volvió su mal ánimo contra Mateo Senarraga, gran Canceller, supremo Secretario de la República, noble, sabio, elocuente, de cuya mano y firma se fiaba el ser y el crédito. El Duque con gran resolucion contra el estilo y gusto de los ciudadanos quiso firmar él con dos senadores todas las cartas, rigor dañoso, principio de grandes disensiones. Senarraga indinado, apretado del desden y ofensa de su fidelidad, procuró reformacion del abuso de que los nobles viejos astutamente tomaron la mitad de los oficios supremos, persuadiendo á los nuevos y al pueblo era necesario se distribuyesen parte por votos, parte por suertes, con que se acabarian con el tiempo los nombres odiosos de nobles viejos y nuevos, quedando el de nobles ciudadanos. Con su elocuencia é inteligencia de las leyes, autoridad y negociacion, lo consiguió. Fortaleció y acreditó más esta opinion la gran porfía y desconformidad que hubo en la eleccion del año mil y quinientos y setenta y dos entre la nobleza antigua y nueva y el pueblo, llegando hasta tomar las armas. Baltasar Rotulo pidió certificacion de su nobleza para salir en virtud della de la cárcel Real en Madrid, por deudas detenido, conforme á las leyes que á los nobles favorecen. Algunos de los antiguos, sus acreedores, contradixeron con resentimiento de sus parientes, haciendo la causa comun de la familia. Habiendo los reformadores del año mil y quinientos y vein-

tiocho declarado por ley que las rentas del tesoro de San Jorge y de otras partes se aplicasen para dotes de las hijas de los nobles viejos y otras cosas necesarias, de que no participaban los agregados, para conservacion de sus privilegios y libertades, hicieron los árboles de sus genealogías, en que se veian los sucesores como ramos salidos fuera del tronco, y procurarou de comprobar los extendidos con la autoridad judicial, porque la escuridad del tiempo no perjudicase sus decendencias. La casa Lomelina cuidó más desto, aunque rica en rentas, para que el Senado judicialmente legitimase sus pruebas. No las admitió, porque causarian los árboles grandes daños en la República. Esta negociacion de Lomelines y eleccion de ministros inquietaron los nobles viejos y nuevos, con ódio de ambas partes y disensiones que los derribaron antiguamente de la grandeza de sus más felices y poderosos tiempos.

Los pueblos de la Liguria están entre el rio Varo ó de la Magra, á la ribera, prolongo y vista del mar y pendientes del Apenino. Destos tenía el imperio Génova, con antigüedad y memoria de nombre docientos y noventa años ántes de la venida de Jesucristo al mundo, sin ciencia de orígen cierto. Cárlos Magno, emperador, la hizo Condado, y duró hasta el año mil y ciento y diez, gobernándose por cónsules. Por sus contiendas se dieron al Imperio y á la Iglesia, y su gobierno tenian señores forasteros y naturales, que llamaron Capellazos por la tiránica potestad y autoridad, y para reprimir la insolencia del pueblo, salva la libertad de su República y eleccion de todos los del Magistrado por votos de los ciudadanos nobles y populares por mitad. El príncipe Andrea Doria dexó el servicio del Rey de Francia, ofendido por haber dado el gobierno de Saona á su condestable Memoransi y no entregado unos capitanes del Emperador que prendió en batalla de mar junto á Nápoles, y entró al sueldo del César. Erasmo Doria capituló con él en España que sus Reyes fuesen protectores de Génova, ayudándola sin talla ni tributo, y negociasen sus ciudadanos en todos sus reinos; anulasen el nombre de populares y de nobles, antiguo estilo de romanos, instituyendo un Duque con ocho gobernadores, á imitacion de la tribunicia potestad, para que con templado y paternal gobierno viviesen en concordia. Entre ouras leyes establecieron que agregasen en cada un año siete de la ciudad y tres de las marinas, con informacion de costumbres, dándoles licencia para llamarse del apellido que quisiesen de las veintiocho casas antiguas, á que se reduxeron tambien extingniendo sus nombres otras cuarenta nobles antiguas, y fue el primero duque Huberto Lezario. Con esta conveniencia la ciudad se gobernó hasta el año de mil y quinientos y setenta gozando de la paz, aunque no faltaron malcontentos que procuraron su esclavitud, y no fue hurtada por la segura proteccion del Emperador y de su hijo D. Felipe II. Con ocho gobernadores del cuerpo de aquellas familias elige el Duque un Consejo,

llamado el Mayor, de cuatrocientos, que gobiernan un año, y son la Señoría. El ser Duque dura dos años, eligido por el Senado y el Consejo pequeño, sin el Duque vacante, que retirado en su casa en el primero dia de Enero vuelve á salir con oficio y hábito de Procurador perpétuo. Está en el Palacio como Príncipe absoluto con gobierno despótico, y viste dos dias en el año ducalmente; propone en Consejo y en el Senado; solamente son eligidos veintiocho nobles, uno de cada casa de las veintiocho y familias de la ecepcion de ser Duques; y juntos eligen otros veintiocho, y éstos proponen al Gran Consejo cuatro hábiles para ser Duques, ocho Gobernadores le igualan en el asiento, eligidos de dos en dos años, y no pueden deliberar en el útil público sin el Gran Consejo: elígense dos cada seis meses por el Duque, el Consejo pequeño y el Senado. El Potestad para castigar delitos es jurista forastero, y trae fiscal y juez de los maleficios, y con su ayuda se fulminan los procesos. Un teniente del Potestad atiende á lo ejecutivo en lo civil. Hay un oficial de siete personas llamadas extraordinarias, que representan casi la persona del Príncipe por estar ocupadas en el gobierno; tienen cuidado en los pleitos de dar tutores á los pupilos y repartirlos conforme á las familias á ciertos jueces. Hay otro nombrado los Cinco Supremos Sindicadores, tanto de los gobernadores como del Duque, acabados sus oficios, y los otros del Magistrado y con autoridad de castigar. Cinco letrados forasteros, llamados Ruota, por dos años juzgan las causas civiles por el derecho comun y leyes de la ciudad, y habitan en el palacio del Duque. Para la fidelidad pública en el tratar y vender hay censores, de quien son cabeza los cónsules: cuarenta capitanes del número y del cuerpo de los nobles eligidos en cada un año, dos con cada cien soldados del pueblo, hacen guardia en tiempo de sospecha, y acompañan la República cuando sale, y los rige un general de la milicia popular. El oficio y Magistrado de San Jorge es nobilísimo, conservador de la República, que sin riqueza natural, que no la da la calidad de la tierra, ha tenido agudos ingenios y grandes juicios en hallar dineros para las empresas y necesidades generales, tomando los que gobernaban de particulares, de voluntad y fuerza, á tanto por ciento, segun los tiempos, asegurado de las rentas comunes, que se llamó Compera de la sal del Capitolo de San Paolo, por el número de las de naturales y forasteros consignadas y vendidas, y algunas juridiciones. Éstas se reduxeron á la de San Georgio, y de aquí tuvo nombre este oficio, y de pequeño principio llegó al colmo en que se hallaba en este año de mil y quinientos y setenta y tres, porque alcanzó muchos privilegios de la Señoría, y primero de los pontífices y emperadores; y aunque pende de la Señoría, no le es sujeto, y juran los del gobierno de conservarlos. Para este oficio se proponen ocho personas que se llaman Procuradores, elegidos en cada un año de seis en seis meses, cuatro cada vez, del número de los acreedores de las rentas del comun, del cual se sa-

can ochenta, y destos treinta y cuatro son eligidos los ocho. Tiene el gobierno de Córcega y de otras ciudades y lugares importantes, y de allí sacan los gastos para la conservacion. El Rey Católico procuraba la de Génova por ser su protector, y para que estuviese á su devocion por la seguridad de Italia y Nápoles, Sicilia, Milan, islas de Cerdeña y Baleares, de que los genoveses tienen necesidad, y señaladamente de la vecindad de Milan. Por esta consideracion, y por los servidores que tenía dentro por beneficios recebidos de su padre y dél, con buena destreza procuraba mantenerlos en su devocion, y convenir los mal conformes por el mucho daño que se podia seguir, si en Génova se rompia la guerra. Estaba á peligro de sí misma por los bandos, y al de otros por la puerta que se abria para buscar arrimos los ménos poderosos con que meter forasteros, y perder su libertad por los enemigos ó por los amigos. El Rey nombró por su Embaxador extraordinario á D. Juan de Idiaquez, y pareció al Consejo era menester asistencia de algun Grande en tal negocio, y propuso al Rey al príncipe Vespasiano Gonzaga, al Duque de Gandía y al Marqués de los Velez: eligió éste, y excusóse, y al fin fue nombrado el de Gandía don Cárlos de Borja. Tenía su Majestad en sus Estados de Italia infantería y caballería, y como era cabeza, debia ser defensa de los vecinos ménos poderosos, porque no se le entrase forastero, pues sería siempre admitido de los malcontentos, ambiciosos ó temerosos; y los menores se le arrimarian movidos de envidia contra el árbitro, y para ganarlos y unirlos á sí no habia menester fuerza ni autoridad. Quien no gobierna bien esta parte, perderá lo adquirido. Cuando un inconveniente que se levanta en una república causado de ocasion intrínseca ó extrínseca, es tan grande que pone cuidado y temor, se ha de contemporizar con él, haciendo sus fuerzas mayores contra los que buscan nuevas maneras de adquirir honras, más que de merecerlas, causando novedades y todos los males que suceden para venir á ser grandes, ganando amigos que ayuden á su ambicion dentro y fuera poderosos, renovando las porfías y bandos antiguos de las familias nobles, y criar ó agregar otras de nuevo, no habiendo cosa más apta para que los sigan ambiciosos, y quitar la autoridad á los mayores buenos y antiguos, haciendo con la division el gobierno estragado.

En este tiempo el Duque de Anjou en Francia tenía reducida la Rochela con sitio de cuatro meses, con baterías, minas, asaltos, impedimento de socorros, casi á lo último de rendirse, en que consistia el bien de Francia, por ser importante para señorear el mar y la tierra, y porque habia dentro docientos predicantes y los mayores huguenotes que huyeron de la víspera de San Bartolomé. Fue elegido Rey de Polonia, y deseoso de ir á poseer, vendió su honor por cien mil ducados á los rocheleses, y cambiada la guerra en paz levantó el campo y se retiró á París para disponer su viaje en el fin de Mayo deste año, causa de la ruina de la patria.

Eran los enemigos en Flandres tan señores del canal de Ramua, y para los navíos del Rey estaba tan cerrado, que era menester abrirle con buen número para llevar vitualla y municiones á las plazas de la isla de Valckeren, pedidas con instancia de Monsieur de Beauvoir, almirante de Zelanda, porque le faltaban y la provision, por ser los navíos de Targoes que acompañaban los suyos para llegar á tierra firme pequeños y llevar poca cantidad. Sancho de Avila, por órden del Duque, partió de Ambers el rio abaxo con armada; mas por ser la enemiga superior y el tiempo contrario, arribó para reforzarla de más navíos, habiendo escaramuzado con los rebeldes y perdido dos bajeles que tocaron en bajíos. Volvió á salir y combatió á vista de Ulisinghen, esquivando los rebeldes el aferrar. Queriendo Sancho de Avila abordar la Almiranta, que estaba á sotaviento, embarazó el matar el fuego que se pegó á un barril de pólvora, y ella ganó con sus navíos el viento, y todos cañoneando se entretuvieron sin amarrarse sobre los bordes, matando gente en las dos armadas, y perdió Sancho de Avila algunos navíos de las municiones, porque la mayor parte de los suyos no le siguieron al abordar. Pasó adelante con poco bastimento y llegó á Valckeren con treinta y seis navíos de guerra Monsieur de Rollet, gobernador de Canfer, y con ocho compañías de su regimiento y algunos capitanes con patentes del Príncipe de Orange para levantar gente. Junto á Romeswael echó soldados en tierra sonando caxas, con las banderas tendidas para sitiar á Tolen en Brabante, teniéndola por fácil empresa por la poca guarnicion que el Rey tenía en aquella frontera marítima. Reconocido á Tolen, vinieron á la iglesia de San Pontuliet, y porque no quisieron treinta soldados y un cabo de escuadra que la guardaban rendirse, la quemaron y á ellos. Cuarenta y cinco que defendian el castillo de San Martensdijck y un sargento, le entregaron por no tener municiones ni bastimentos. Puso en él dos banderas y se embarcó, y echó los soldados en el mar. Volvieron contra la cabeza de Berghen, y comenzaron á levantar trincheas y fortificarse en el dique que va á Tolen. El capitan que presidiaba á la Cabeza, por no estar fortificada, viéndola combatir se fué á las salinas, cerca de la Cabeza, puesto de donde escaramuzaba con los enemigos en tanto que se fortificaban, con disinio de ocupar el dique cortándole, como habian dado principio. Mondragon envió á Giles de Vilain, teniente de su compañía, á trabar escaramuza con los del dique, y él con veinte arcabuceros por otra parte los acometió, y se escaramuzó todo el dia como en las otras dos, con muertos y heridos de ambas partes, hasta que se retiró y dexó en las salinas de la Cabeza al capitan Corriwilla. Solamente su compañía y la de Giles estaban en Berghen; y porque áun dellas habian ido cien soldados al sitio de Haerlen, pidió á Monsieur de San Remy, gobernador de Breda, la compañía de Claudio Bernard y los atcheros de la de hombres de armas del Duque de Ariscoth, número de cincuenta caballos. Éstos envió solamente

y la bandera, por mandado del Duque, á Ruremunda en carros para hacer mayor diligencia, mudándolos de aldea en aldea. Rollet, para islar á Tolen á pleamar porque no pudiese ser socorrida y ganarla en ocho dias, cortó el dique y cerca pusieron golpe de gente, y hicieron trincheas con que impedir el cerrar la abertura. Llegaron los archeros ad amanecer, y el coronel ordenó al capitan Giles trabára escaramuza con los más soldados que pudiese, eceto sesenta que habian de quedar con él y los archeros del Duque, y que no atacase ántes de verle junto á Tolen. Executó, y los enemigos escaramuzaron con el capitan Corriwilla en las salinas. El coronel envió con un sargento treinta arcabuceros á reconocer las trincheas, y pegóse tanto, que dexando los caballos Mondragon por inútiles en el dique, caminó con el resto de sus arcabuceros á las trincheas, y le mataron el caballo con un arcabuzazo, y cayó debaxo herido en la frente y tan mal parado de la caida y peso de las armas, que con dificultad le levantaron á tiempo que una bandera venía por otro dique á cortarle la retirada. El sargento entretuvo á los enemigos, de suerte que dió tiempo de poderse retirar el coronel, y los soldados escaramuzaron hasta la noche y tambien Corriwilla herido en la garganta. Al coronel Mondragon, trabajado de la caida, advirtió Giles estaban heridos los más de sus soldados, y los enemigos acabaron de cortar el dique, y habian desamparado la Cabeza por no perder gente, y venian sus navíos á ancorar á la del dique, cerca de un fuerte que tenian en el mismo canal de Tolen, y habian hecho cestones y traido artillería con que batir la villa, y anegaban entre Tolen y Berghen, por donde se habia de socorrer. Estaba ya cerca della por mandado del Duque el capitan Claudio Bernard, y ordenó viniese un sargento con venticinco soldados del fuerte de Ordan, los mejores arcabuceros, otros tantos de Steemberghen y veinte de Rosendael. Con docientos y setenta arcabuceros y ciento y treinta soldados de las compañías de la villa salió, y mandó que no abriesen las puerras, porque Rollet no supiese su determinacion. Á esto y á su guardia asistiese Corriwilla con todos los soldados que le quedaban, y solamente seis con algunos vecinos armados fuesen á las salinas de la Cabeza, para que se descubriesen cuando Mondragon se pegase con los enemigos y creyesen querer combatirles juntamente por aquella parte. Llevó consigo al capitan Estéban de Illanes, que se hallaba en Berghen, aunque herido de un arcabuzazo en un brazo. Caminó con gran secreto con rodeo de una legua para venir al dique, y que si vencian no tuviesen los rebeldes donde salvarse sino arrojándose al mar. Dos banderas alojadas en una aldea se recogieron al fuerte, donde habia otras cuatro, tomó algunos prisioneros y se puso á tiro de mosquete. Un sargento con cincuenta soldados trabó escaramuza con algunos enemigos que estaban en el dique, y envió con los capitanes Giles y Bernard, con la mitad de los arcabuceros que le quedaba, para que caminasen por lo más baxo dél. Retiráronse los enemigos al

fuerte, y mandó á los dos capitanes entrasen por debaxo del agua y arena para dar por traves á los rebeldes, y subió sobre el dique con los que le habian quedado á la posta del capitan Illanes y coseletes. Cerró con los enemigos y el fuerte osadamente, apellidando ¡Santiago! y le desampararon, echándose al agua con tanta priesa que de mil y docientos soldados y muchos gastadores que rompieron el dique, escaparon veinte. Murió Rollet, su cabo, y de los católicos un soldado, y fue herido un alférez: hazaña por cierto digna de toda alabanza é inmortal memoria.

CAPÍTULO IX.

El Duque de Alba pide dinero al Rey para la guerra, y prosigue el cerco de Haerlen hasta rendirla.

A dar relacion al Rey del estado de las cosas de Flandres envió el Duque de Alba á D. Bernardino de Mendoza, hermano del Conde de Coruña, capitan de caballos. Ya tenía una galera y cuatro barcas contra las de los rebeldes con que metian bastimentos y soldados. Con la artillería gruesa desaparejaron la que puso D. Fadrique en el rebellin, y salian tan de ordinario á pelear por tantas partes, que hubo dia en que se combatió en siete á un mismo tiempo, porque estaban tan aumentados que volvieron á enviar un socorro de cuatrocientos. Con docientos tentaron la disposicion de los alemanes, y despues diez compañías salieron por la puerta del Agua, y docientos franceses y valones por la Silporta, y por el lago en barcas sacaron gente en tierra, y con gran furia y determinacion acometieron, sin impedirlo espesa ruciada de los alemanes de arcabucería y el tirar algunas pecezuelas de campaña. Desamparáronlas, retirándose descompuestos con muerte de algunos; perdieron siete y nueve banderas, y las plantaron sobre la batería los rebeldes en señal de vitoria, cosa pocas veces acaecida, y que no se levantase el cerco. Los alemanes pidieron españoles para su refuerzo, y contentos con la compañía de Martin de Eraso estuvieron con buen ánimo en su cuartel. El Conde de Bossú, con treinta y seis navíos y seis de remo en forma de galeras, en que iban españoles y valones, rompió los navíos del enemigo, tomó algunos sin pérdida y señoreó el lago, con que se apretó el cerco, y con un fuerte que se levantó en buena parte retiraron los navíos rebeldes á Caage, y con otro que se hizo enfrente del Higo estaba quitado el socorro que les comenzó á entrar por lo que anegó la rotura del dique cerca de Therhet. Para ganar la agua vinieron cien navíos, y salieron de Haerlen doce en su ayuda; uno de remos se perdió y

una carabela y le tomó el Conde, y desbarató los ciento. Don Fadrique levantaba fuerte en la ribera y una trinchea desde el bosque al Higo, y recogia los socorros del Duque. Para ganar los fuertes vino la armada de Holanda crecida y ayudar á la gente que habia de poner en tierra; salieron de la villa ciento y cincuenta por la Silporta, quinientos por la del Agua, docientos por la Esquelvique, y atacaron recia escaramuza, y fueron retirados. Dos mil de su armada procuraron acometer los cuarteles y fuertes al tiempo que los de la villa saliesen, pero les fue impedido, y se embarcaron muy apriesa. Guardaban el agua con cuidado los navíos del Rey, y habia centinelas entre los fuertes, y á los pasos con que ya barcas chicas ni hombres cargados no pasaban como ántes. Para quitar las vituallas al exército, Phiff con quinientos hombres guarneció un castillo frontero de la aldea Burgeba, dos leguas de Utrecht, de adonde venian sobre el mismo rio, y la comenzó á fortificar y proveer de municiones. El proveedor general Juan Bautista de Tassis, por haber enfermado Guzbeck, gobernador de Utrecht, con dos banderas del Conde de Bossú, de su guarnicion, y la compañía de hombres de armas del Vizconde de Gante, dexando las puertas en guardia de españoles y valones, para no dar tiempo de fortificarse á los rebeldes, partió en su contra. Degolló la mayor parte, ganó la fortificacion, rindió el castillo y desembarazó el paso á los bastimentos para el campo. Cinco banderas venian con dos barcas para reforzar los de la fortificacion, y visto el suceso dellos volvieron á sus alojamientos, y Tassis á Utrecht. Ya comian á libra de pan por persona en Haerlen, y las mujeres media, y una entre tres muchachos, y D. Fadrique se mejoraba con la zapa, y alojaba muy arriba en la batería, y con balas de fuego artificial tiradas con trabucos quemaba casas pajizas. Esperaban los rebeldes navíos para reforzar su armada y acometer la del Conde de Bossú, y él previniéndolos, guarnecidos sesenta y ocho bajeles con españoles y divididos en cuatro escuadras los buscó, acometió, rompió, ganó ventiuno y los demas huyeron malparados por el valor del Conde. Embistió el fuerte del Higo luégo, y aunque le defendieron los que le guardaban, viéndose sin socorro y su armada rota, se rindieron salvas las vidas, con que perdieron sus cabezas la esperanza de socorrer la villa por agua. Procuraron darle por la tierra empantanada con hombres sueltos vestidos de lienzo, cargados de saquetes, con unas como picas que llaman saltapantanos, con arcabuces en la cinta, y fueron impedidos de los españoles armados como ellos, sirviéndose de las picas para saltapantanos.

El Rey, solícito y cuidadoso por la relacion que le hizo D. Bernardino de Mendoza de las cosas de Flandres, le despachó con gruesa provision de dinero en letras; y mandó al Comendador mayor de Castilla, gobernador de Milan, enviase apriesa por el Monsenis á Flandres venticinco banderas del tercio ordinario de españoles de aquel Estado y del de don

Lope de Figueroa que allí alojaba, llamado el de la Liga. El Duque de Alba, sabiendo que los enemigos en Leyden juntaban de todas partes golpe de gente para acometer á D. Fadrique, y que D. Lope de Acuña venía con la infantería de Milan, le ordenó adelantase mil arcabuceros desde Loraine ó Lorena; y así con desusadas jornadas, llevados del deseo de hallarse al asaltar á Haerlen, guiados del capitan D. Luis Gaytan, brevemente llegaron al campo. El Duque, viendo alojados en las aldeas cerca del camino de Utrecht para Haerlen muchos rebeldes, aunque le decian era en socorro de la villa, conoció ser para cortarle el paso de las vituallas, por haberlo intentado otras veces. Envió al capitan y sargento mayor Francisco de Valdés con algunas banderas de alemanes baxos y valones y dos compañías de las de Italia, y las demas pasaron á Haerlen á levantar dos fuertes con que asegurar el canal y cortar el paso á los rebeldes al venir á él, porque las lagunas de la campaña daban comodidad. Enviaron para cerrar el paso de Utrecht á Anstelredan con cuatro mil hombres al Conde de Batembourg, y casi tantos villanos, levantando un fuerte. La villa estaba sitiada de manera que ya no podia recibir ni áun avisos, porque en el dique de Hufort habia dos exclusas y un fuerte con docientos alemanes, y dentro de una legua la exclusa y fuerte de Asparendan con una compañía dellos y algunos españoles; siguiendo el dique y á su fin á una legua, se entraba en el cuartel de los borgoñones altos, luégo en San Lázaro, donde D. Fadrique alojaba con los tercios de españoles y alguna infantería de alemanes que asistia á las trincheas y batería. Caminando al bosque guardaba un fuerte la infantería valona de Caprés, y adelante tenian otro los mil arcabuceros que truxo D. Luis Gaitan, y otro á la entrada del dique Vasco Nuñez de Carvajal con algunas banderas de las destos arcabuceros. Seguian los cuarteles de las compañías de los tercios de San Felipe y Santiago y algunos de alemanes, y caminando por el bosque una trinchea hasta un fuerte, que llamaron la Goleta, en que estaba Mos de Belly, y adelante otro vecino al del Higo, donde en un puente de barcas que defendia en la distancia de la Goleta á San Lázaro alojaba el cuartel de los borgoñones. Desta manera se hallaba cercada una villa que pensaron tomar con el primero asalto, por haber hecho eleccion en el batilla, conforme á la comodidad y demasiada confianza de los soldados, menospreciadores de los enemigos, y de sus propias ventajas y vidas indignas de muerte; y por no querer perder dos ó tres dias en llevar la artillería donde hiciera efeto, como la disposicion de la villa mostraba, consumieron siete meses y los soldados y cabos mejores del exército, estando á voluntad de los cercados siempre el pelear, obligando á buscar las ocasiones y hacellas para hacer efeto, con demasiada osadía y riesgo en vencer dificultades. Con lo cual se acabára de recuperar toda Holanda y Zelanda, pues murieron cuatro mil de todas naciones, y entre ellos casi ochocientos españoles.

Visto por los de la villa el haberles cerrado la entrada por el agua de las vituallas y socorros, estimaron ser gran braveza y muestra de coraje para mantener el pueblo, si bien vian ya cerrarse la villa, echar algunos panes á nuestros soldados y poner las imágenes que se hallaban en algunas casas enteras, despues del rompimiento de las iglesias, sobre la batería y murallas. Indignó el campo, y más á los españoles, por el celo que ha sido Dios servido que tengan en las cosas que tocan al culto divino y conservacion de la religion católica. Del cual movido un español que se hallaba en las trincheas, viendo el haber puesto en desprecio una imágen de bulto los rebeldes en la batería, donde tiraban los españoles muchos arcabuzazos, y estar más fuera della que las demas, y en parte donde se podia tomar, arremetió corriendo la batería arriba á la imágen y la asió, y por ser grande y pesada y llover arcabuzazos sobre él, se abrazó con ella y se arrojó rodando, y la truxo á sus trincheas. A los dos de Julio batieron el Pintorior y Rabastein con tanta furia, que cayó la torre y la muralla, y el asalto impidió gran tempestad de viento. Entendido la falta que habia de comida en la villa, se suspendió el tomarla por asalto, pues comian cueros de vaca; caballos, pan de simiente de nabos y cáñamo, y los entretenia el haberles Zarazo avisado con una paloma serian en breve socorridos. Salieron buen número de soldados de la villa con gran cantidad de tablones para echarlos sobre los fosos y apoderarse del fuerte de la Goleta, con que asegurar puesto á su armada, y acometieron con tanta osadía, que no daban tiempo para llegar el socorro, aunque los soldados de Monsieur de Liques se defendian bien. Don Fadrique para divertirlos mejoró los de las trincheas guiados del capitan D. Pedro de Velasco que, la espada en alto, subió á lo eminente de la muralla, y su sargento Castellany con la bandera, para que los rebeldes creyesen el asaltarlos. Tocaron arma, y duró el pelear hasta que llegó socorro al fuerte, y quedó herido D. Pedro de Velasco en un brazo.

Pusieron bandera negra en la torre de la iglesia, última señal, y de la muerte por la hambre, y los de la armada los avisaron con palomas serian socorridos en aquella noche. Salieron encamisados á recebillos, pero en vano. Praticaron de rendirse, y sus condiciones aventajadas lo impidieron. Fueron consolados y advertidos con una paloma, de que en la segunda noche vendria la armada, y encamisáronse dos mil soldados y muchos vecinos para salir á encontrarla. Don Fadrique por dos palomas que se mataron lo entendió, y puso señalada la gente en buenos puestos para salir al camino de Menepar por donde habian de venir. A las dos horas despues de la media noche un escuadron de cien caballos de su avanguardia dió sobre doce españoles encamisados en una casa, y la defendieron, y pasó delante guiando tres mil infantes holandeses y ceelandeses, acompañados de más de otros mil ingleses, franceses, valones, flamencos, y una corneta de

herreruelos, seis piezas de campaña, y muchos carros de municiones y bastimentos. Pasado el cuartel de los alemanes dieron en el de los españoles, donde el trompeta de la caballería, creyendo estaban en salvo, para avisar á la villa tocó apriesa, y fue muerto. Al arma saltó el campo disparando contra los caballos los tercios de San Filipe y Santiago, guiados de D. Lope de Acuña. Don Fadrique mandó que las compañías de arcabuceros á caballo de Montero y Valdés cargasen los enemigos, y executaron de manera con la infantería, que con brevedad los rompieron y siguieron el alcance, en que murieron más de mil y quinientos infantes, y se tomaron catorce banderas, un estandarte, la artillería, y todos los carros con las yeguas que los tiraban, y los caballos de la avanguardia, y algunos soldados prendieron. Trataron algunas compañías de la villa de huir della, y de los lamentos de las mujeres fueron retenidos, aunque el capitan Border, escocés, se mató, porque sabian que habian de ahorcar cuantos allí se hallasen, que estuvieron en la defensa de Mons, y juraron de no servir contra el Rey Católico. Hambre los rindió á merced, y convinieron en que diesen docientos y cuarenta mil florines para la paga de los soldados, los cien mil dentro de pocos dias, la resta de ahí á tres meses. Llevaron las armas á la casa de la villa; los vecinos se recogieron en el monasterio de Syl, las mujeres en la catredal, los soldados en la de Blanquenis; los alemanes y escoceses guardaron la batería. Julian Romero, que entró por el rio, los recogió en las iglesias de Santa Catalina y Santa Ursola con guardia. Don Fadrique hizo degollar más de mil de los del sitio de Mons, y murieron alegremente con sus ministros y predicantes; y dió la vida á los alemanes que juraron de no servir más contra el Rey, y escolta para irse, y en el camino los recogieron en sus navíos los rebeldes alojados cerca de la marina.

Buen suceso, pero costoso y de gran reputacion para el Duque, y más para los enemigos que reconocieron sus fuerzas, industria, coraje, obstinacion, de que se valieron llevando la guerra á lo largo ayudados de los sectarios. Murió allí D. Lope de Acuña en el año cuarenta y cuatro de su vida, de los trabajos del viaje y del sitio, valeroso y verdaderamente grande y buen caballero en la sangre y en sus claros hechos. Era hijo de D. Juan de Acuña, nieto del Conde de Buendía, y su madre fue doña Costanza de Avellaneda, hija del señor de Valverde, que hoy son Condes de Castrillo. Tambien murió Mos de la Cresionere, teniente de general de la artillería, gran servidor del Rey, y señalado en las guerras contra Francia y contra los Países Baxos. Murieron los capitanes D. Diego de Carvajal, Lorenzo Perea y Juan de Ayala, natural de Ocaña, Estéban de Quesada, Toribio Zimbron, D. Márcos de Toledo, Lúcas de Espila, y los sargentos mayores Juan de Vargas y Londoño, y otros capitanes y soldados importantes de todas naciones. Don Fadrique ordenó lo que tocaba á la religion, expiando sacerdotes los templos, y al oficio divino restituyendo su culto. Este

sitio de Haerlen fue el más insigne, que por ventura vió aquella edad por muchas y diversas acciones, cuatro rotas del enemigo ó batallas; pues en la última murieron más de mil y quinientos infantes, perdieron catorce banderas y un estandarte, seis piezas de campaña, todos los carros de municiones y vituallas, con gran número de yeguas de Holanda, y no escapó persona de á caballo de la avanguardia. Las máquinas que se inventaron fueron notables, y las peleas y combates en la sazon más áspera del año en puesto muy riguroso, sin cesar un punto. Murieron muchos caballeros españoles en las minas, sobre los rebellines, en los asaltos con maravillosas hazañas; y lo que pocas veces se ha visto, fueron heridos todos los del Consejo, y D. Fadrique de un arcabuz, porque andaba entre los mayores peligros, y dice el mordaz Franqui, «aunque más se guardaba.» Vencieron notables dificultades, porque á los enemigos no se les podia quitar el socorro, y se combatia por los soldados del Rey con desaventaja, no bastando á forzar á los rebeldes á venir á las manos. Y fué tal su constancia y la de D. Fadrique, como se ve, y el esfuerzo del Duque, que dió aquella romana respuesta, su valor, su prudencia, su deseo de servir á su príncipe y castigar los rebeldes. Y con tibieza cuenta el Franqui, y brevemente, tan preclaros hechos inmortales, ni áun describiendo los puestos del exército, mas con alabanza y dilatada narracion las salidas de los cercados, su teson, porfia, y trueca la de algunos encuentros siempre en su favor. Mas no pudo encubrir la vitoria de los cercadores y presa de la ciudad, sin elogio, sin exclamacion, seca y forzadamente. Concluye lo que desto escribe, con llorar con endechas cuidadosas la justicia que mandó hacer D. Fadrique de los soldados que tomaron en desprecio del juramento las armas segunda vez contra el Rey, herejes quebrantadores de la pública inviolable fe de la guerra, indignos del beneficio que primero habian recebido. Dice fue el matar gente tan valerosa, que no se defendia, hecho neroniano: y describe la manera de la execucion moviendo á dolor y condenando el castigo, y llamando las manos de los executores de sayones, siendo las de los justiciados sacrílegas, violadoras de lo divino y humano, pues tan poco ántes rompieron las imágenes, derribaron los altares santos, y los templos teñidos de la sangre, áun no fria, de tantos sacerdotes ó mártires verdaderamente, armadas á traicion contra su rey y señor; y en el mismo conflicto y resistencia los honra y defiende, tiene por inocentes, y convierte su oracion contra el vitorioso exército de cristianos, executor con justa causa y razon militar del derecho de las gentes en la guerra. Todos los que padecieron eran fedifragos y perjuros, y muchos heresiarcas, y no se les hizo agravio, pues D. Fadrique, ántes que entrase la villa, dixo que no los habia de perdonar: cuanto y más que para exemplo á las tierras rebeladas que se habian de sitiar, fue necesario y áun forzoso. Debia llorar mejor la muerte de cinco mil católicos, con muchos no-

bles, fieles y valerosos, que hazañosamente fenecieron, y no las de los herejes, cuya dureza no mereció nombre de valor, sino de pertinacia y obstinacion diabólica. Da fin á su cuento, diciendo: «así pasó el sitio y rendimiento de Haerlen, ciudad principal de Holanda, bien defendida, mal socorrida y digna de mejor fortuna.» Si rompieron los españoles cuatro socorros tan pujantes, ¿cómo mal socorrida? ¡y á herejes y traidores rebeldes en causa tan fea y mala juzga dignos de mejor fortuna! y añade, «y raras veces (y quizá jamas) se debe de haber visto otra plaza en guerra entre cristianos reducida á tal extremo.» Estas son las alabanzas á su despecho, y tal la constancia de los cercadores, y áun allí disculpa con ellos á los vencidos con las palabras «bien defendida.» Y porque vió incurria en aquello en ódio de los Príncipes añade, «y esto es tanto más notable, cuanto contra su señor natural se obstinaban, que tanto puede el desden y creencia de que se defendian justamente»: y no debia decir notable sino bárbara y tirana, si no es que los herejes que se dexan quemar merecen alabanza, y que no hay pertinacia culpable. Y la palabra *Es degno*, si incluye culpa y crueldad del Rey, es injustísima; porque Haerlen jamas tuvo quexa de agravios, ni menoscabo alguno, y antepone á la verdad la persuasion del juicio, que él llama *credenza de guiestamente defendersi*, que jamas tuvieron, ni buena fe, ni se debe llamar defensa la resistencia que hace el vasallo, cuando cierra las puertas á su legítimo señor natural.

CAPÍTULO X.

El Duque de Alba prosigue la guerra contra Holanda.

El Rey Católico, para acabar la guerra de los Países Baxos brevemente, mandó al Duque de Alba acomodase las diferencias con Inglaterra, porque la Reina dexase de favorecer los rebeldes dellos. Envió á la negociacion á D. Bernardino de Mendoza, que truxo el órden y poder del Rey para ello. Señaláronse comisarios de la averiguacion de las cuentas sobre el arresto de los cuatrocientos mil ducados que se habia hecho, y convinieron en otras cosas sobre que se contendia. El Duque pidió al Rey las aprobase, y se abriese el comercio con la isla en todos sus reinos, porque ocupados é interesados en él, no fomentasen sus rebeldes, ni cosarios hiciesen presas en sus mares y flotas. El Rey lo aprobó en su daño; porque con el comercio, que les era de tanto momento, tuvieron los herejes más fuerzas con que ayudar á los Estados. El Duque vino á Utrecht á dar fin á las empresas de Holanda, importante y espaciosa provincia, y que en ám-

bito de sesenta leguas abraza ventinueve ciudades muradas, y domar sus gentes, cuyas costumbres domésticas y sencillos ingenios, ajenos de engaño y dobleces, como tenaces de lo que aprehendian, siguiendo las novedades de indoctos y viciosos, para defender su impiedad, fundada en ignorancia y division de sí mismas por las várias opiniones, quedaron obligados á no dexar las armas sediciosas, á no guardar fe, y á seguir toda fiereza. Daba el Duque priesa al apresto de la armada que en Anstelredan hacía el Conde de Bossú de doce navíos gruesos, para combatir la que le quitaba el comercio, y pasó la artillería á ella, y los marineros que sirvieron en los navíos pequeños contra Haerlen. Para ocupar á Alckmaer, villeta pequeña con foso de agua hondo y ancho, fortificada ya, siendo ántes abierta, para tener entrada en Vaterlant, llegó Noirquermes con doce banderas de los tercios de San Filipe y Santiago, españoles, nueve de alemanes, dos coronelías de valones, y alguna caballería, y tres cañones de batir, acabando de entrar buen número de soldados, y así volvió al campo. El capitan Pojet arrimó de noche en barcas gente á las murallas de la villa de San Geettruyemberghe, plaza importante, y ayudado de la inteligencia con los vecinos, y de la seguridad y ménos vigilancia de la guarnicion, escaló la villa y la señoreó muy á su salvo. Porque al mismo suceso no estuviese dispuesta Breda, el Duque metió en ella la compañía de caballos de D. Bernardino de Mendoza, y para impedir las corredurías de los rebeldes volvió Sancho de Avila con la armada á Ambers desde Valckeren. Sitiaron el castillo de Ramekin en la isla, con esperanza de entralle; porque para socorrelle no habia gente en Mildelburg y Ramua, y sus navíos no dexarian llegar á los del Rey. El Duque dió el cargo de almirante á Monsieur de Beauvoir, y reforzaba la armada para socorrer las plazas de Valckeren. La infantería española que estaba en los cuarteles mal contenta, porque no era pagada, viendo dar dineros en la villa á las compañías de los maestres de campo de lo qne se iba recogiendo del tallon de Haerlen, pareciendo faltaria para ellos, arremetieron á la batería, y entraron ayudados del tercio de D. Rodrigo de Toledo, que la guardaba igual en el deseo de la paga: apoderáronse de la tierra con motin declarado, pidiéndola, aunque sin insolencias ni violencias. El Duque sintió esta alteracion por no poder luégo proseguir sus empresas en aquel estío, escarmentado de lo que se habia padecido por estar sobre Haerlen en el invierno allí intratable, por aguas, pantanos y lagunas, y que los grandes hielos á él dañaron, y á los rebeldes fueron de gran provecho para caminar con los trineos á socorrer, y que consumiria cualquiera exército por grande que fuese. Monsieur de Beauvoir embarcó al coronel Mondragon, y algunas banderas suyas, y á vista de Ulisinghen ancorando resolvió con los capitanes de los navíos el pasar por delante á hacer el socorro, dándose la mano unos á otros combatiendo con el enemigo; pero la marea impidió la execucion. Eligió des-

pues por mejor no aventurar la armada, que se podia restaurar mal en Ambers su pérdida, y costear á Valckeren por Zuytlandt, y entrar por el canal de la Vere. Mondragon requirió al Almirante siguiese el viaje primero; porque en Ulisinghen no habia sino un cañon á la parte del mar, con que ofender; mas él siguió su derrota, y en la Poldra desembarcó infantería y vituallas, y las avió en carros á Mildelburg, donde entró el coronel Mondragon para su defensa, y la armada volvió para revolver dentro de un mes con más vitualla y municiones. El Conde de Bossú en Holanda con los alemanes baxos de su coronelía y seis compañías de españoles, y la de valones de Francisco Verdugo, para romper los navíos rebeldes que cerraban el puerto de Amstelredan, salió con sus navíos casi á la desfilada; porque el enemigo tenía con unos barcones afondados muy estrecha la boca del canal; de manera que no podia salir sino cada nave de por sí. Junta la armada cargó contra decinueve navíos gruesos, seis botes y otros bajeles pequeños, que por ir aligerados con sólo el lastre, se retiraban hácia los pambos ó bancos, para que por no tocar no fuesen seguidos. El Conde de Bossú envió á ganarles dos fuertes, que tenian sobre el dique, al capitan Corcuera en los esquifes con docientos arcabuceros españoles, cien picas y algunos alemanes. Los enemigos impedian la desembarcacion, pero en pisando el dique á su pesar arremetieron contra el un fuerte, y desamparándole y el segundo los que los defendian, se ahogaron en las lagunas muchos, y guarnecióIos de españoles el Conde y ancoró en la boca del canal, y á su vista los rebeldes; y así estuvieron quince dias esperando cómo pelear con ellos y cumplir lo que el Duque le habia mandado.

Partió el Rey Católico para tener el estío en su monesterio de San Lorenzo, donde atendia al despacho de los negocios con grande asistencia y de la Reina y de las Infantas, de manera que él escribia y firmaba, la Reina echaba polvos en lo escrito y las Infantas lo llevaban á una mesa donde Sebastian de Santoyo, ayuda de cámara de papeles, fiel, de gran secreto y favorecido de su Majestad, hacía los paquetes ó pliegos y los enviaba á los secretarios. Estaba la Reina preñada y con accidentes de parto, y para tenerle en Madrid partió á los doce de Agosto, mártes, y en la misma noche en la villa de Galapagar, del condado del Real de Manzanares, al punto de su mitad parió un Infante. Baptizóle el Nuncio del Pontífice en la parroquial, y fueron padrinos el príncipe (1) Alberto y la princesa Doña Juana, sus tios. Fue llamado Cárlos, en memoria de su abuelo el emperador D. Cárlos V, y alegró el nombre generalmente con pronósticos de grandes felicidades á esta monarquía; mas disponialo Dios al contrario de su esperanza, pues murió brevemente con ménos cuidado de su padre que el príncipe D. Cárlos, su hermano. La

(1) *Sic*: el Archiduque.

Reina, reparada del parto, fué á Madrid, y la Princesa á San Lorenzo, por alentar con lo espiritual y recreaciones del monesterio de sus achaques que le acortaban apriesa la vida.

Chapino Vitelli apaciguó el motin de los españoles con acuerdo de que se les diesen cuatro pagas y más catorce escudos á cada uno de socorro. En estas diferencias gastaron los dos meses principales para campear y sitiar, dando lugar al enemigo de fortificar las plazas que poseia en Holanda y Zeelanda, y de rehacerse de gente y de dineros. El conde Ludovico de Alemania, despues que salió de Mons ayudado de franceses y rebeldes de Flandres, de buena suma de ducados para divertir y dividir las fuerzas que el Duque tenía en Holanda contra su hermano el Príncipe de Orange, comenzó á levar infantería y caballería con que entrar por Brabante, donde saldria el Príncipe con la más gente que pudiese, dexando bien presidiadas y fortificadas las villas y castillos de Holanda y Zeelanda. Salieron los españoles de Haerlen y entraron cuatro banderas de la coronelía de Monsieur de Liques, y quedó por gobernador D. Fadrique, porque el Duque queria sitiar á Leyden, y forzosamente sería en el invierno, y con fuertes y cuerpos de guardia en las aldeas. Para tomar alojamientos, el capitan Francisco de Valdés, sargento mayor del tercio de Lombardía, con siete compañías de los tercios de San Filipe y Santiago, y algunas de alemanes y valones, ganó Alphen. Alojó en Leyderdorp, y porque los enemigos le tocaron arma, envió docientos arcabuceros con Gaspar, D. Blasco, alférez de D. Gabriel Niño, y caminó tan apriesa á caballo, que se halló sobre los rebeldes solamente con quince soldados, cuya mayor parte mató y á él prendió, y pasó executando con su caballería contra las tropas de los docientos que venian desordenadas. Seguíalos Valdés con buen número, y apeóse para recoger los cargados y desalentados, y con pérdida de ciento se retiró.

Don Fadrique, en el principio de Setiembre, habiendo enviado á cercar á Alckmaer alguna caballería con Monsieur de Goignies, caminó de noche, y la tempestad de aire, remolinos y agua fue tal que desatinando por arenales y dunas se ahogaron siete, y estuvo el campo casi en rota, metiéndose los soldados en los lugares á guarecerse y perdiendo dos alféreces sus banderas. Don Fadrique ocupó una casa para defender un canal, porque no entrase por él socorro. Gastó siete dias en alojar los tercios viejos á la parte de Vaterlant, en el camino de Haerlen, y algunas banderas de alemanes y valones por donde habia de ser la una batería, y la resta de las dos naciones, con los tercios de la Liga, á la parte de la marina y Holanda, y la caballería en Beverbrick; no tenía artillería ni municiones, y gastó un mes esperándolas, haciendo trincheas y disponiendo las baterías, tiempo en que se fortificó la villa y reparó un lienzo de muralla que cayó por ser la fortificacion nueva, y puso una batería por la puerta de la Pes-

cadería y otra por la torre Roja. Los enemigos procuraron meter socorro por el canal, y salieron de la villa por un lago en barcas artilladas á ganar la casa que le cerraba, mas con mucho daño se retiraron. La armada enemiga, recogida con las escaramuzas del Conde de Bossu en Enchusen, se reforzó de gente y navíos, y á los doce de Setiembre se puso en batalla. El Conde, procurando ganar el viento, avivaba la escaramuza, y embistió la almiranta enemiga por proa, y la vicealmirante le abordó por la diestra de la proa y otras dos naves por popa. Encendióse la pelea con la artillería, arcabucería, fuegos, piedras, superiores los enemigos en la altura de sus navíos. Casi todos los del Conde vilmente huyeron á Amstelredan, sino fue el del capitan Texeda, que aferró con otro, y pelearon hasta morir los más españoles dél y desaferrar el enemigo. Echó á fondo una nao que iba á favorecer al Conde, que peleaba valerosamente con las cuatro que le aferraron, y á todos llevaba la fuerza de la marea al dique, entre Eedam y Horn, donde todas cinco encallaron dos horas ántes del dia, sin haber cesado un punto de combatir, y al amanecer se pasaron todos los alemanes y marineros á los navíos del enemigo, aunque los herian y mataban los españoles. Reforzados los rebeldes con gente que de otros baxeles les enviaron, y advertidos de la poca que al Conde habia quedado, le embistieron de nuevo. El Conde, con trece españoles que tenía de sesenta, y algunos gentiles-hombres, combatió con tan gran valor y osadía, que se retiraron los rebeldes con mucho daño. Volvieron tercera vez á acometerle con todos los navíos, y con gran constancia y ánimo se defendió hasta el mediodia, con muerte de muchos enemigos. Pidióle el Almirante se rindiese que le haria buena guerra, pues el combatir parecia desesperacion, no valor; y comunicado con los capitanes, se le respondió enviase con quien praticar. Dado un español en rehenes de un capitan de la almiranta, se acordó debaxo de juramento que no se haria daño á la persona del Conde y los prisioneros se trocarian por otros, capitan por capitan, y soldado por soldado. Llevaron los vencedores al Conde y al capitan Corcuera á Horn, y once españoles muy mal heridos á Enchusen. Metieron al Conde en Horn, delante de los españoles atados, y hasta las mujeres los injuriaron de palabra y obra. El Conde los entretuvo y ayudó á rescatar con trueques y dineros, y los de Vaterlant no le querian dar á él por precio alguno, aunque le ofreció grande el Duque, porque le amaba y estimaba por su valor y calidad y partes de gran señor, servidor del Rey y aficionado á la nacion española, y estimó en más su pérdida que la de los navíos, con que le quedaba cerrado el paso del puerto de Amstelredan, de mucha importancia. Nombró por gobernador de Holanda á Mos de Noyrquermes por la prision del Conde. Luégo escribió al Rey estaba el enemigo superior en el mar, y era imposible ganar á Holanda quien no lo fuese, pues se podia decir con razon ser la campaña parte en el mar, por los

muchos rios, acequias, canales y lagos; y así debia aprestarse armada buena y bien pertrechada en Alemania ó en España, con que (segun el pié que tenía en Holanda) brevemente la reduciria, y luégo á Zeelandia. Si se juntaba en España, viniese á tomar puerto en la Briele, en cuyo contorno hay surgidero en el verano, y ayudando á la gente de Holanda combatirian los fuertes ó villas que importase para ganar puerto donde invernar. Saldrian pilotos prácticos del canal de Inglaterra y de aquellas costas á guiarla, y al descubrir se baxaria por el rio de Ambers, la vuelta de Ulisinghen, la que el Rey tenía, á juntarse, para que segun fuese el tiempo y las ocasiones, pasasen en Holanda ó tomasen puesto en Zeelandia, si los rebeldes no estaban tan reforzados que obligase á no desunirse, que no era de creer. El Rey luégo mandó á Pedro Melendez, adelantado de la Florida, aprestase en Santander treinta navíos, los artillase y previniese para hacer el viaje y guerra de Holanda, que proveeria dineros, comisarios y soldados, porque mandaba levar ocho mil españoles y conducirlos á Santander, y habia ordenado al Conde de Olivares asistiese al buen despacho de todo.

CAPÍTULO XI.

Don Juan de Austria conquista á Túnez.

Mandó el Rey Católico á D. Juan de Austria emplear su armada en la conquista de Túnez para sacarle de la tiranía de Aluch Alí, y que le desmantelase y la Goleta, para evitar contínuos peligros y gastos de Italia, y las tiranías de sus reyes de Túnez entre sí mismos. No partiese de Sicilia sino asegurado de que la armada del turco no pasaria del mar Jonio. Tuvo galeras y fragatas que le avisaban de sus movimientos. Aluch Alí con cincuenta galeras vino á Calabria á espiar los intentos de D. Juan, y con tanta priesa que su venida y vuelta se supo juntamente. Y como era ya la mitad del mes de Setiembre, despidió los cosarios y fué á disponer los presidios de la Morea y Arcipiélago para ir á invernar á Constantinopla, con deseo de salir en el año siguiente á expugnar la Goleta para asegurar su reino de Túnez. Dexó en Sicilia á Juan Andrea Doria con cuarenta y ocho galeras D. Juan, para que acudiese á remediar las diferencias de Génova en caso que fuese necesario usar de la fuerza. Él salió con ciento y cuatro y cuarenta y cuatro naves de gran porte, doce barcones, venticinco fragatas, ventidos falúas, con casi veinte mil infantes de las tres naciones, sin los muchos ventureros y entretenidos, buena artillería, municiones, má-

BIBLIOTECA NACIONAL

quinas y vitualla, bueyes para tirar los cañones, setecientos y cincuenta gastadores y cuatrocientos caballos ligeros. Encaminóse á Trapana á veinte de Setiembre, y por estar el mar intratable no se alargó hasta el primero de Otubre, que ancoró en la isla Fabiana, doce millas de Sicilia. No podia estar seguro allí por la gran aspereza del tiempo, y envió al capitan Petrucho Moran á reconocer y asondar un puerto antiguo, por sospecha de bajíos inútil. Halló ser capaz de la armada, entró en él con nombre de Puerto de Austria, y tomó la muestra D. Juan. Volvió á la Fabiniana y envió las naves á Túnez, y con próspero viaje llegaron y las galeras á la Goleta, y el Duque de Sesa en el dia siguiente, porque habia quedado enfermo de la gota. Puso la gente en tierra y las municiones y artillería, y caminó á Túnez, ciudad poco distante de Cartago, en un seno de la costa, que con gran circuito se junta entre el promontorio Ermea y el de Apolo, que hoy es Cabo Bono, y aquél Cabo Farina, tomando este nombre del seguro puerto. Fue pequeño lugar hasta el tiempo de los alárabes, que Mohavia pasó la poblacion de Cartago restaurada á Túnez, y su nombre dura en otro muy menor y sin gente. Tantas mudanzas hace el mundo, y tan poca seguridad vemos en los Estados. Gobernóse en forma de República hasta que Hubdabolis, sevillano, con ocasion de defendella la sujetó, y hizo á su hijo señor, y hasta Muley Hamida vinieron sucesores cegando los hijos á los padres, con poca paz interior y exterior por sus tiranías, treinta y cinco hereditarios en el que el padre nombraba. Fueron señores de Sicilia y despues tributarios de Rogerio y del Rey de Francia, hermano de San Luis, y su grandeza declinó con la tiranía de Barbaroja. Su orígen, dicen, fue de Nab Odmar, segundo halifa, primo de Mahoma. No quiso Ramadan, su gobernador, esperar el exército cristiano; huyó al Carvan desconfiado, no del número, mas de la calidad y fidelidad de la gente. Eran seis mil turcos de sueldo de Túnez y de otras naciones cuarenta mil de la milicia de las provincias. Dexaron las fuerzas y la ciudad libres, con muchas mercaderías que no pudieron llevar los moradores, ni esconder, buenas tiendas de campo y muchos aprestos de todas suertes para la guerra.

Don Juan sacó de la Goleta dos mil y quinientos soldados viejos, que hacian temblar la tierra con sus mosquetes, de la diciplina de D. Alonso Pimentel, y metió otros tantos bisoños, diciendo que los viejos, como prácticos, le servirian mejor. Dió su gobierno al Marqués de Santa Cruz y caminó á Túnez. Halló las puertas abiertas, y en la Alcazaba le dixo el Alcaide la tenía por el rey Muley Hamida. Entró en ella su Alteza, y recibió los moros que halló salvas las vidas. Visitó las murallas, miró y consideró el sitio. Olvidando el buen acuerdo del Rey, conveniendo desmantelalla (como le persuadian el Duque de Sesa y Marcelo Doria) quitando gasto y cuidado, pues para mantener á Túnez en la obediencia bastára dexar cuatro mil hombres más en la Goleta, por consejo de lisonjeros determinó de con-

servar la ciudad. Parecia á Juan de Soto, proveedor ya de la armada, y á Juan de Escobedo, que en su lugar servia de secretario á D. Juan, y lo era de la hacienda del Rey, que su Alteza podia ser Rey de Túnez, y que convenia disponerlo. Y no lo despreciaba porque es grande el reino, el más oriental de Berbería, y á su poniente está la Cesariense Mauritania, al levante Egipto, á tramontana el mar, al mediodía el Atlante mayor, hasta la punta más oriental de los que llaman Mayenes, y pasa al Estado ó provincia de Cob, que comprehende buena parte de Numidia y Libia oriental. Son sus provincias Constantina, Túnez, Cartago, Tripol y Ceb; la mayor parte está en llano, donde hay grandes pueblos de alarabes y africanos poderosos. Aunque los moros tuvieron tiempo para recoger sus haciendas, fue el saco mayor de lo que se pensó. Hallóse gran cantidad de pólvora, cuarenta y cuatro piezas de artillería buena, y parte della gruesa, mucho trigo y cebada, aceite, miel y manteca. Y no permitió D. Juan se hiciesen esclavos los vecinos, ántes procuró que los huidos se repatriasen, y se hizo, y muchos de la comarca vinieron á darle la obediencia en nombre de su Majestad. Para la perpetuidad determinó se fabricase un fuerte capaz de ocho mil personas junto al Estaño, en la parte que mira á la ciudad, y que ayudase á la Goleta, que está en la entrada del canal, que viene al Estagno ó estanque, célebre puerto de Cartago, ceñido de la tierra. Cabian grandes armadas sin sujecion á travesía de viento, con siete leguas de ámbito, y por la vejez de los años y negligencia de los que no le limpiaron está casi ciego, y por las inundaciones de los arroyos que desembocan en él y concurso de los inmundos de Túnez, porque se encalla por cualquiera parte, y así no da cabida á bajel alguno. El Emperador ganó la fortaleza, y la amplió con fortificacion á lo moderno, para que pudiese defenderse de la furia de grandes armadas. Encargó D. Juan la fábrica á Gabrio Cerbellon, con título de gobernador y capitan general con suprema autoridad. Dexó en la guarnicion al maestre de campo Andres de Salazar con ventidos compañías de españoles, y á Pagan Doria, coronel de otros tantos italianos y cien arcabuceros á caballo de la compañía de D. Juan Hurtado de Mendoza, y todos eran ocho mil hombres. La isla encomendó á D. Pedro Sanoguera. Cerbellon no rehusaba el cargo, mas decia que el fabricar el fuerte detendria la falta y carestía de materiales y maestros. Prometióle don Juan proveelle con abundancia de todo brevemente. Puso en la posesion del reino á Muley Hamete, y mandó gobernase los moros en paz y justicia, no usando las tiranías de su hermano. Para evitar guerras y venganza de injurias llevó á Italia á Muley Hamida privado del reino, de que privó á su padre. Para asegurar más á Túnez trató D. Juan de ocupar á Viserta, y vino nueva que de su voluntad se le entregaba. Mataron los turcos de guarnicion, libertaron ciento y treinta y cinco cristianos que habia en una galera. Puso D. Juan por Gobernador al moro que mató los turcos, y en

el castillo á D. Francisco de Avila con trecientos soldados. Estuvo en Túnez siete dias, y á los decisiete de Otubre partió para la Goleta, donde se detuvo hasta los venticuatro, disponiendo su seguridad. En ella dexó por general á D. Pedro Portocarrero, caballero poco diestro en defender plaza fuerte, causando (mal advertido) la ruina de todos, como adelante se dirá. Llegó á Palermo, y de allí á Nápoles á invernar, porque la gentileza de la tierra y de las damas en su conservacion agradaba á su gallarda edad.

CAPÍTULO XII.

El Duque de Alba bate y asalta á Alckmaer sin efeto, y el Comendador mayor le sucede en el Gobierno.

Don Fadrique de Toledo se atrincheaba con diligencia para batir á Alckmaer, y labraban al borde del foso en un ramal catorce soldados, y porque tiros no los retiraban, improvisamente salieron los cercados contra ellos y la desampararon. Julian Romero, viendo que los demas guardaban las trincheas con órden de no dexarlas para combatir, la espada en alto cerró con los rebeldes, y siguiéndole pocos cobró el puesto. Echaron sobre barcas un puente en el foso, y afondáronle los enemigos por estar sin guarda, y armaron otro largo y fuerte sobre barriles. Batieron casi seis horas con siete cañones los tercios viejos, y los de San Filipe y Santiago con nueve, y con otros dos desde un molino las defensas. Sortearon los capitanes destos tercios, que no tenian maestres de campo, el ser cabeza para entrar en el asalto, quitando la contienda que entre ellos habia, y cupo á D. Martin de Ayala y Vasco Nuñez de Carvajal. Éste reconoció la batería, subiendo por el puente levadizo caido con las ruinas con gran riesgo, y dixo tenía buena disposicion la subida, mostrando su valor, no la pérdida, muy á costa de la gente. Para dividir los enemigos se habia de acometer por dos partes en haciendo la señal, que eran fuegos. Trayendo Julian Romero el puente de barriles se atascó en un foso, donde en vano trabajaron los soldados para sacarle, y visto era imposible, y que los asaeteaban de arcabuzazos de las murallas, por estar descubiertos en unos prados, determinaron echar en el foso otro de barriles más ligero, ménos fuerte y ancho. Viendo el traer de los puentes los tercios de San Filipe y Santiago, sin aguardar la seña arremetieron, y en su vanguardia Vasco Nuñez llegó á lo más alto de la batería. Con ser menester casi escalas, y peleando con la pica y con la espada fue herido de un arcabuzazo y muchos con él, amontonados al pié de la batería, muy difícil de subir sobre el puente des-

cubiertos, sin poder venir á las picas, ni ayudar la batalla ni la retaguardia, embarazándose y dando en todos los enemigos juntos en esta batería, porque en la otra por defeto del puente no se combatia. Pelearon con mucho brío y atencion con todas armas y máquinas, no cediéndoles las mujeres, y así hirieron y mataron más de trecientos soldados. Mandólos retirar D. Fadrique al tiempo que D. Francisco de Bobadilla, el agua á los pechos, con otros soldados, con no poca pérdida dellos, echó el puente, y quedó herido, y los demas arremetieron á la batería, reparada por él dentro con rrerrapleno de una pica en alto, y así muy dificultosa de subir. Aquí acudieron todos los enemigos, como se retiraron de la otra batería los españoles, y pelearon con el mismo coraje, armas y máquinas más de dos horas, contra los que escalaban el terrapleno. Mas la gallarda defensa hizo retirar los asaltadores con cuatrocientos muertos y heridos, y Vasco Nuñez entre ellos, en castigo de los que por su arrogancia hizo morir el haber facilitado la subida, que no pudo ser mayor: tan justa es la guerra algunas veces contra los soberbios y contra los malos consejos, y cierto lo fue con los demas que murieron, pues sin esperar la señal (que es quebrantar las órdenes en la guerra, delito gravísimo) entraron en la batería, llevados de la vanidad poderosa en todas las ocasiones para sacrificarle inconsideradamente las vidas, que por sus claros hechos merecian ser inacabables, como en la voz de la fama, áun entre sus enemigos está su nombre. Murieron ciento y cincuenta; fueron heridos más de setecientos, que no peligraron por ser las heridas pequeñas.

Aunque el invierno entraba recio, D. Fadrique queria batir y asaltar la tierra; mas sabiendo el Duque pretendian los enemigos romper el dique del Vaterlant, y que anegaria los cuarteles y puestos de la artillería, y las lluvias y mareas tambien por ser grandísimas por la furia de los vientos en aquella sazon del año, pues ya se andaba en los cuarteles con barcas, y que trataban los enemigos de socorrer la villa con gran golpe de gente, mandó levantar el campo. A los diez de Otubre se acabó de retirar entero y con su artillería, y fué á alojar á los contornos de Egmont y Haerlen, donde padeció no poca falta de vitualla. Quedó el Baron de Checureau en el castillo de Egmont, y parte del Vaterlant con su coronelía, y la compañía de españoles del capitan Martin Flores. El sargento mayor Francisco de Valdés entró en Holanda con los tercios de San Felipe y Santiago, y dos coronelías de tudescos y otras dos de valones, y seis compañías de caballos ligeros, y una corneta de herreruelos, y quedó por cabeza del exército. Embarcó las banderas de la Liga que alojaban en Haerlen en charruas, y fue la vuelta de los fuertes del enemigo, que llamaban Gracia, y siguió su viaje hasta Leyderdorp, no léxos de Leyden, que derermrnadamente se habia de sitiar en dando lugar el tiempo. Alojó dos compañías de españoles en Leyderdorp, y la demas infantería y caba-

llería en las aldeas sobre los diques, señoreándolas y los canales, y él alojó en la Haya, puesto conveniente para enviar las órdenes á todas partes y mandar se hiciesen fuertes en algunos puestos para estrechar más el sitio de Leyden por aquella parte. Julian Romero entró al mismo tiempo con alguna infantería valona y los tercios de D. Hernando de Toledo y don Gonzalo de Bracamonte por las Dunas; rindió muchos castillos, aldeas y fuertes, y Contreras, sargento de D. Rodrigo Zapata, embistió el fuerte de Mansonduc con trece soldados, y siguiéndole otros degolló seiscientos rebeldes que le guardaban, y prendió á San Aldegonde, su principal consejero. Ganaron otros fuertes y castillos donde hizo alojamientos, porque estaba asediada Leyden y su gente amparada del rigor del invierno, sin poderlo impedir el enemigo, porque no la tenía para señorear la campaña ni combatir en ella con los católicos. Tambien podian helándose los canales, como acaece, hacer en buena ocasion algunas empresas, por ser el tiempo tratable en aquella provincia para guerrear caminando sobre los hielos y llevando las municiones en trineos.

Habia muchos meses que el Duque de Alba estaba falto de salud y el clima de Flandres era contrario para la gota, que le tenía en la cama inútil, si no era para mandar, y executaba su hijo D. Fadrique tan bien como se ha visto. Temiendo el no convalecer por su mucha edad, trabajo y temple del país, segun afirmaban los médicos, hizo instancia en que el Rey le concediese de nuevo la licencia que le habia dado para ir á España, cuando vino á los Estados el Duque de Medinaceli. Algunos persuadieron al Rey le retirase, diciendo que su rigor é instancia en cobrar el décimo dinero é insolencias de soldados rebelaron los Estados, y convenia enviar otro Gobernador que los tuviese más sujetos y templase la severidad con clemencia y supiese reducir los ánimos con mansedumbre á la sujecion de su Majestad; y así con celo de que se remediasen tan graves daños, como los que se podian temer y ya se vian, y las tierras decian que en saliendo el Duque harian las paces y volverian á la sujecion de la Iglesia romana y del Rey. Mandó por segunda vez á D. Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, gobernador del Estado de Milan, fuese á gobernar los Países Baxos sin excusarse, como hasta allí ya lo habia hecho. Debiera detener al Rey para sacar al Duque de Flandres el haber guerra tan cruel en ellos, gobernada dél con gran prudencia, venciendo estas mil dificultades y faltas de dinero, y su opinion solamente enfrenaba los enemigos, como de tan gran capitan, y su larga experiencia en las cosas de gobierno y de la milicia reduxera con el consejo y el hierro las provincias que no querian tanto hombre ni contendian sino sobre la religion. Porque si el Rey les concediera la libertad de conciencia, le amáran, obedecieran y le sirvieran; pues siempre que se trató (como se verá) de acuerdos de paz, estando muy adelante, en no dexándoles las sectas, cesaban y

volvian á las armas. Mas el Rey deseaba tanto la reducion destas provincias, que igualmente le desplacian sus daños y los de sus exércitos. Y no se debe creer le hizo retirar al Duque el deseo de su vida, bien importante para la autoridad y conservacion de su monarquía, y hacer su pericia y exacta diciplina militar los capitanes tan valerosos y grandes guerreros que tuvo el Rey, sino cierto desabrimiento que mostró en el tratarle despues y en prendelle adelante, por haberle persuadido contra razon que su imperiosa y rigurosa condicion, y la codicia de los que le asistian, le rebelaron los Países la segunda vez. Y no habiéndolos ofendido los sacerdotes y frailes que martirizaron y los templos que profanaron, es claro que su rebelion causó el procurar vivir libremente en su secta. Habiendo llegado á Milan por sucesor el Marqués de Ayamonte, partió el Comendador mayor por la vía de Saboya, Borgoña y Lorayne con dos compañías de nueva leva de caballos italianos, lanzas y arcabuceros, y llegó á Bruseles á decisiete de Noviembre, donde el Duque pocos dias ántes habia venido de Holanda, y á los ventinueve entró en el gobierno, y luégo partió el Duque y su hijo para embarcarse en Génova con cinco compañías de caballos por el mismo camino que truxo el Comendador mayor, y que abrió el Duque en el año mil y quinientos y sesenta y siete.

CAPÍTULO XIII.

Lo que sucedió en Génova despues que á ella llegó D. Juan de Idiaquez.

El Duque de Florencia tenía en Génova inteligencias y amigos como vecino y celoso de su quietud y conservacion de su Estado, y desto y de foragidos genoveses que acogia, supo sus diferencias é intenciones, y avisó al Rey Católico. El Cristianísimo las entendió, y como D. Filipe trataba por sus ministros de dar asiento en las cosas de Génova, y sospechó que alguna infantería alemana que alojaba en Lombardía era con disinio de aprovecharse de la ocasion y pasar la proteccion en señorío; escribiólo al Duque de Saboya, procurando escandalizalle representándole cuán mal estaria á su Estado, y pedíale consejo en lo que para impedillo debia hacer. Respondióle era ajeno de la cristiandad y justificacion de la Majestad Católica tal pretension y su sospecha vana, en que no entrára, si bien conociera al Rey Católico. El lo refirió á Juan de Vargas Mexía, su agente cerca de su persona, y le dió cuenta. Para tratar desto y de otras cosas, habiendo recebido instruccion y cartas de creencia D. Juan de Idiaquez, le envió el Rey desde Madrid por la posta encaminado á Turin, donde bre-

vemente arribó. Visitó al Duque de parte del Rey, y conforme á su comision trató sobre el acomodamiento de las cosas de Génova y ofreció el Duque hacer en él cuanto su Majestad queria, siempre muy agradecido al beneficio recebido en la restitucion de su Estado y en la buena asistencia que le hacía D. Filipe y favor en cuanto le tocaba. A tres de Otubre entró en Génova acompañado de D. Sancho de Padilla, embaxador ordinario del Rey en aquella República, y no pudo ir luégo á la Señoría por la ocupacion en elegir nuevo Dux y en procurar sosegar tumultos, y fue eligido Jacobo Grimaldo de Durazo, de la faccion del pueblo, anciano, bienquisto, de buena opinion y deseo del bien comun. Dióle la carta del Rey en la Señoría, y dixo á los dos colegios de gobernadores y procuradores el cuidado que daban á su Majestad, protector de aquella República, sus desavenencias por lo mucho que deseaba su quietud, y para tenella hiciesen como prudentes, segun mostró hasta allí su buen gobierno, y les ofrecia su ayuda y fuerzas para su conservacion. Estimó grandemente el Senado la visita y oferta agradecido á su amparo, con que siempre eran abrigados. El Dux hizo de poca consideracion sus diferencias y dixo las acomodarian bien, mostrando la obediencia que tenian todos á sus mandamientos. Habia pocas raíces en lo que tanto se habia extendido y publicado; aventurarian por el servicio de su Majestad Católica sus vidas y haciendas, reconociendo lo mucho que le debian, y todo lo ponian en sus reales manos. Miró el Dux largamente á D. Sancho de Padilla, que al lado de D. Juan estaba, y él dixo escribió cerca de sus diferencias templadamente, pero que no se podia negar hubo puntos ajenos del deseo de su Majestad y que le podian dar cuidado, y así lo tenía entendido y ellos. Con esta eleccion quedó Génova en sosiego en tanto que llegó la de los del Magistrado, y aunque se entendió darian satisfacion al Rey, estaban los ánimos tan encontrados, que volverian á sus contiendas las dos parcialidades, si bien en lo comun no se descubria intento de innovar el estado presente, ni lo podrian hacer sin inteligencias con Francia, que no habia. Y todos estaban resueltos de entregarse en manos del Rey Católico en toda turbacion, y querian se distribuyese el gobierno conforme á las leyes del Garibeto, establecidas en el año mil y quinientos y ventiocho. Los viejos pedian la ratificacion por escrito para asegurar su mitad de oficios, pues no lo sería dependiendo de la voluntad, y no de posesion y de la obligacion de sus émulos, que atendian á dexar entrada para excluillos del gobierno en buena ocasion, y querian se declarase; y que deshecha la union de las ventiocho familias con los nuevos se admitiesen, á imitacion de Nápoles, en ocho segios, y los cuatro tuviesen los viejos, con otras particularidades que trataban de proponer al Rey. Los nuevos decian que, aunque segun las leyes de reformacion de la República, sin ningun respeto habia distincion destos nombres, haciendo de todos un solo cuerpo, se habian de elegir por virtud

y valor los más suficientes para los magistrados justa y santamente; mas permitirian de voluntad que el gobierno se partiese sin alterarle, porque fuesen más respetados, y el decreto sería testimonio y memoria de la distincion que tanto los enconaba, y con el tiempo se mitigarian los ánimos, obrando suavemente, y olvidarian las pasiones: el obligarlos á dar más prendas causaria confusion y alteraciones. La conservacion del Estado y que los viejos tuviesen la mitad del gobierno, dependia principalmente del amparo del Rey Católico; y en segundo lugar hacerse bien quistos con los nuevos, y no del vigor de alguna ley ó decreto; porque así con mediano cuidado se conservarian sin novedad sustancial, especialmente no se atravesando inteligencias de extranjeros. Aunque los nuevos hiciesen libremente cualquiera declaracion, no habrian por eso adquirido ellos más firmeza ni tenía su Majestad causa para descuidar; pues cuando no hubiese su favor presente, los nuevos podrian romper toda ley ó forma introducida, mayormente si se valiesen de fuerzas mayores; y lo harian tanto con mayor pasion y enemistad, si por ventura fuesen atraidos á cualquiera medio con sombra de seereta fuerza, á que no osasen contradecir. Los viejos no fiaban sin alguna prenda su mitad de oficios, viendo descrecian en número, acabándose algunos de sus linajes, y los nuevos crecian por la sucesion y la agregacion anual de diez hombres, y con sus decendientes, con que vendrian por tiempo á hacer tan ecesivo número al de los viejos, que los pudiese excluir del gobierno y atropellar; cosa que deseaban prevenir y asegurar con nueva forma y claridad, como convenia al servicio del Rey y beneficio de la República, contrapesando y reprimiendo inteligencias unos de otros. Pues los nuevos alteraban, no querian alterar la particion del gobierno, sino conservalle, y justamente pedian ellos escritura desto, y el negarla prometia fraude é intento de no cumplir la palabra y de aspirar en algun tiempo los bulliciosos y ambiciosos á excluillos. Era el peligro inminente y convenia quitarle con remedio y concierto que se conociese estuvo bien á todos. Tenian la ley de su parte los nuevos para su abono y de su causa, con que habian atraido á su opinion á muchos populares bien intencionados y poco inteligentes, que sin apurar sus intenciones se cebaban solamente en la justificacion que oian dellos en querer atenerse á la ley. Si establecian con nuevo modo la mitad de los oficios, ganarian la ventaja que tenian los otros ahora, y tendrian la ley de su parte para atraer á ella muchos del pueblo, con que enflaquecerian los nuevos, para que no les pudiesen hacer agravio ni sinjusticia; y entónces el Rey tendria más razon para favorecellos, como ahora los otros en aparencia y sonido la tenian. Si contraviniesen, su Majestad, cuya justicia resplandece, los quebrantase y hiciese guardar lo establecido; pues no tomarian jamas medio de conformidad por camino ordinario. Les diese calor, ó declarando que convenia tener con claridad partido el gobierno, ó dando desto tanta intencion, que

se conociese su voluntad y se cumpliese. Estaba la eleccion de gobernadores cerca, y los nuevos pretendian que en cada uno de los dias della, los doce propuestos al Consejo grande fuesen mezclados de ambos bandos ó colores, como ellos decian; porque convenia á la union, para que no hubiese separacion particularmente y que no pareciese que los otros se desdeñaban de su compañía. Los viejos pretendian que todos doce se propusiesen de un solo color en el primero dia, y en el segundo del otro tambien á solas, movidos de ver que si se proponian mezclados, por pocos que entrasen de los nuevos, tenian en el Consejo grande la mayor parte y sacarian siempre Gobernador, con que ayudarian con dos, burlando de los viejos, en quien esta desconfianza crecia con la memoria fresca del tiro, de que se quexaban, les hicieron en la última eleccion de gobernadores. Los embaxadores los procuraban reducir y disponer bien para la eleccion y evitar la confusion de aquellos dias. Juan Andrea Doria llegó á Génova y los ayudaba, mas la porfía y ambicion, discordia é ira estaban tan adelante, que á genoveses fue su presencia de veneracion, mas de ningun reparo. El bando de los viejos se distinguia con el nombre del Portal de San Lúcas; el de los nuevos y el pueblo con el de San Pedro. Los embaxadores, cuatro dias ántes de la eleccion propusieron en señoría con eficaces razones y suavidad conveniente para vencer el atrevimiento, que crecia con la cortesía, las causas para obedecer y executar las exhortaciones del Rey Católico enderezadas á su bien, y las que tenian de poca satisfacion con que no la dar en todo, evitando el peligro y desatiento de una multitud alterada, y que la intencion del Rey se conociese tan respetada, que habia quitado la confusion. La fuerza de su verdad y autoridad inclinó los dos Colegios á buscar medio entre sí de concordia ántes del término de la eleccion. En dos dias que inquirieron y practicaron, no tomaron resolucion; y en tanto los bandos provcian para su refuerzo, armas y gente.

Los Embaxadores, con acuerdo de Juan Andrea, escribieron al Marqués de Ayamonte, gobernador del ducado de Milan, ordenase á don Juan Manrique de Lara, el tudesco, siguiese el órden que le diese Juan Andrea con sus alemanes alojados en el Tortonés, apercibiese los españoles que estaban en Alexandría y levase más gente para socorrer la Señoría, si fuere menester, contra alguna furia popular, y defender y tener soberana la libertad de la República y á devocion del Rey. El Marqués lo dispuso como se le pidió. Los gentiles-hombres viejos en favor de su patria y servicio del Rey, conocian ser inseparables dél, y los nuevos tambien decian que en caso de rompimiento pondrian su pretension en mano de los Embaxadores. Dos dias ántes de la eleccion en el Senado se conformaron los dos Colegios en que los doce propuestos al Consejo grande fuesen de sola la una parte, poniendo por esta vez en suerte la precedencia del dia primero, satisfaciendo á los viejos y á los nuevos, con que

alternándola adelante quedase en la memoria y mente, no en escrito, y se hiciese decreto (como se hizo) que suspendia el primero electo por Gobernador, su oficio y potestad dél hasta que su compañero fuese elegido, con que se aseguraba que la parte que el primero dia sacase su Gobernador, no pudiese en el siguiente impedir á la otra el suyo, por no ir contra sí mismo. Perdieron los viejos con esto la sospecha de ser alguna vez excluidos de tener Gobernador, y tenian decreto con que justificadamente ampararse. Cuatro diputados de los Colegios viesen las leyes y refiriesen al Senado lo que por la variedad de los tiempos pareciese habia menester remedio ó declaracion, con que se abria puerta para poder poco á poco añadir y declarar lo que se advirtiese era más en ayuda y confirmacion de esta conformidad. Bien que no pasando adelante quedarian con los dos primeros puntos quitadas las raíces de las diferencias, si ya maliciosamente no quisiesen levantar nuevas ocasiones para pervertirlo, y si se entendiese podria prevenir la Diputacion brevemente de remedio. Nombráronse cuatro Diputados para reveer las leyes, y por su mano se esperaba mejoría en el asiento de las cosas, con que si para esto no se diese forma, se conservase el estado presente por largo tiempo.

El Rey hizo merced al embaxador D. Sancho de Padilla de la tenencia del castillo de Milan, por muerte de D. Alvaro de Sande, y quedó D. Juan de Idiaquez con gusto de ambas parcialidades, porque le tenian por buen caballero, cristiano, prudente, tan secreto que Juan Andrea Doria se resentia de que no le podia penetrar. Era oido en el Senado con aplauso y atencion por su autoridad y elocuencia, y negociaba con destreza, valor y cortesía, encaminado á la pública quietud; comunicaba los negocios con Juan Andrea Doria y con el Príncipe de Melfi, devotos servidores del Rey, y con los gentiles-hombres viejos y nuevos que procuraban el bien comun y servicio de Dios y del Rey.

CAPÍTULO XIV.

Muerte de la princesa Doña Juana, traslacion de los cuerpos Reales á San Lorenzo, y las muchas reliquias que allí hay.

Doña Juana, infanta de Castilla, hermana del Rey y princesa de Portugal, desde Galapagar fué á San Lorenzo á divertirse con lo espiritual y temporal en el verano de aquel sitio, que es lo mejor de Europa. Sus enfermedades la apretaron de manera que á ocho de Setiembre, á las ocho y media de la tarde, pasó desta vida á mejor en el aposento Real del mones-

terio. Al despedirse de su hermano le dixo le debia grandes prendas de amor y de beneficios, y si la vida le durára siempre, la empleára en su reconocimiento. Mas ya que Dios era servido de otra cosa, con ninguna le parecia cumplia mejor con sus obligaciones que con suplicar á su Majestad se sirviese cerca de su persona de D. Cristóbal de Mora en negocios de confianza. Porque, como quien le habia criado, conocia esto, y haciéndolo su Majestad veria cumplido sólo con ello bien con lo mucho que le debia. Cubrió á todos de tristeza esta muerte y al Rey, porque el amor venció su entereza para no disimular su sentimiento. Hizo tanto efeto en la Reina su sobrina este caso, porque la tenía como á madre, que adoleció de calentura tan melancólica, que se confirmó cuartana. Lleváronla con solenísimo acompañamiento á su monesterio de Descalzas en Madrid, fundacion suya, ilustre y santa. Allí la enterraron con grande majestad, aunque inferior á sus méritos. Fue de blanco color, cabello rubio, frente espaciosa, ojos grandes, garzos, graves, airosa en el andar, hermosa, honesta, religiosa, liberal, afable, discreta, misericordiosa, favorecedora de los pobres, de generosa condicion, con partes y virtudes tan ecelentes, que en esta y en la otra vida es inmortal entre los justos, que resplandecen como el sol. Gobernó en España en las ausencias del Emperador, su padre, y de su hermano D. Filipe maravillosamente, y así de los reinos fue venerada y amada. Dexó por hijo al rey de Portugal D. Sebastian, que desde el año mil y quinientos y sesenta y siete salió de tutorías, y comenzaba con ánimo grande á disponer su muerte en la manera que brevemente verémos, falleciendo primero su madre para que no la viese. Habia ordenado su testamento en Madrid, á doce de Enero de mil y quinientos y setenta y tres. Otorgóle ante Diego de Arriaga, secretario del Rey y de su Alteza y escribano Real, y el codicilo tambien en San Lorenzo, á treinta de Agosto de aquel año. Dexó por testamentarios á fray Juan de la Vega, su confesor; á D. Cristóbal de Mora, su caballerizo mayor; á D. Rodrigo de Mendoza, su mayordomo; á Antonio Guerrero, su contralor, y á Antonio Cordero, su guardajoyas. Y de su Caballerizo mayor dixo así: «A D. Cristóbal de Mora, mi caballerizo mayor, se le hayan de dar en cada año, asimismo por todos los dias de su vida, en lugar de los docientos y setenta y dos mil y quinientos maravedis que tiene señalados por su partido en los dichos libros, setecientos y cincuenta mil maravedís, y no ménos. Y juntamente se le dexe para él y como cosa suya todo lo que está á su cargo de la caballeriza y concerniente á ella, por ser como es mi voluntad que todo lo haya y se le quede, sin que dello haya de dar cuenta ni razon, sino que se le quede todo por propio, teniendo respeto al mucho tiempo y con mucho amor y fidelidad que há que me sirve, habiéndose criado desde su niñez y tierna edad en mi servicio; y con que á mí misma me sirva despues de mi muerte en todo lo que entendiere ser de mi voluntad, para que así se

guarde y execute; y para que tenga más posibilidad con que se poder emplear en el servicio de la Católica Majestad del rey D. Filipe, mi señor y hermano, y del Serenísimo Rey de Portugal, nuestro carísimo hijo, por ser cierta que conforme á su buen ser y cristiandad, es mucho para que se sirvan dél y le hagan siempre todo favor y merced; lo cual por hacerme merced á mí así se lo suplico y pido, sirviéndose siempre dél, y honrándole y haciendo en él, pues tiene vaso para todo.» Con tan gran prevencion y santidad, y admirables razones pías y reales, ordenó su última voluntad, que dió exemplo á los más sabios y santos, y en el empleo y distribucion de su hacienda.

Vino el Rey á San Lorenzo á celebrar la Pascua del Nacimiento de Jesucristo Nuestro Señor con mucha devocion y gusto. Porque si bien las fábricas tan grandes tienen partes y miembros tales, la de San Lorenzo caminaba apriesa, y tenía levantado el lienzo que mira al mediodía, cubierto y en perfecion, y en los dos del oriente y poniente hecha buena parte, de suerte que ya habia mucho aposento, y en él habitaban el convento y el Rey y los suyos en lo que hoy es iglesia de difuntos, que don fray Bernardo de Fresneda, obispo de Cuenca, consagró, y desde el dia de San Bernabé se celebraba en ella el oficio divino. Habia hecho incorporar en la órden de San Jerónimo su nueva fundacion, y ella acetado y establecido en agradecimiento de la merced que les hacía siempre, se le dixese una misa cantada de Nuestra Señora por el Capítulo general en el segundo sábado de su celebracion por su vida, y despues della de difuntos para siempre jamas; y que le pusiesen en todos los conventos en la tabla de los bienhechores, y quedó actuado por escrito en el libro de los Actos Capitulares en memoria perpétua. Prosiguió en ilustrar su monesterio con ornamentos y vasos ricos para el culto divino, y algunas veces gustaba de verlos poner en los altares con su guardajoyas, y allí parecia bien su devocion y grandeza más poderosa que en el sólio y en los exércitos; y se podia decir dél lo que San Gregorio, que temia más á David cuando iba danzando delante del Arca del Testamento, que cuando combatia, porque en tanto que él reverenciaba á Dios, él peleaba por David. Asistia, áun en esto, con tanta reverencia, que porque una muchacha á quien criaba y favorecia subió en la peaña del altar, le dixo: «Vos ni yo no habemos de subir donde los sacerdotes.» Hubo un dia de la Pascua misa nueva, y salió con sus sobrinos los Archiduques á besar la mano al que la decia, y hizo su ofrenda, enseñándoles á reverenciar los misterios divinos y personas eclesiásticas. Oíanle algunas veces en el coro los religiosos advertimientos que les hacía en los versos de los Psalmos que venian á propósito. Gran eceleucia tuvo en conservar y aumentar la religion, enseñando á vivir como hombre Rey, cuya dignidad conocia de Dios, con quien se componia por la observancia de su ley y por la justicia con el pue-

blo para no errar, como navegante que lleva los ojos en el norte y en el agua para encaminar el bajel. No puede haber virtud, donde no hay religion, porque no se llama obra virtuosa si no la acepta Dios, no habiendo virtud que no le falte para ser perfeta el perficionarse en la justicia divina, y lo mucho de virtud que nos falta, con la perfecion que sobra en Dios, asistia en el Rey, pues siendo piloto de navío que llegaba de un polo á otro, cargado de tanto pasajero y preciosas mercaderías, como son vidas, honras, haciendas, fue tan amador de la religion, y reverenciador y bienhechor de sus sacerdotes y templos. Continuó el enriquecer este santuario con reliquias traidas de diversas provincias, donde los herejes las envilecian y menospreciaban, habidas con dádivas y negociacion de personas, que truxo más de diez años ocupadas con gran costa y trabajo recogiendo las que haber pudieron, para que no se perdiesen con otras que venian tras la fe á España presentadas de Príncipes católicos, considerando que despues de su muerte quedarian expuestas á la tiranía de los apóstatas, se las enviaban para que las colocase con la decencia que las que venian á sus piadosas manos. Anduvieron en la recogida de las reliquias con más cuidado y continuacion fray Baltasar Delgado, de la órden de San Agustin, por diligente y mañoso, enviado desde España; el doctor Cristiano Laurenberch, docto en derechos, prudente y solícito, como abogado desta causa, para que fuese conforme á razon y derecho; Gregorio Braunio, comisario apostólico, con especial facultad del Pontífice para entender en esto; Gabriel de Rey, que cuidaba del gasto, y el último Rolando Westretas, notario apostólico que daba fe y testimonio de la entrega de las reliquias que se alcanzaban y negociacion que se hacía, y su Santidad dió su Bula. Con esta compañía y tribunal anduvieron hasta que truxeron gran número á San Lorenzo.

Habiendo pedido á la Santidad de Gregorio XIII alguna reliquia deste gran mártir, quiso cumplir el deseo de su devoto; y señalando en la espalda buena parte desde la espinula á la ijada para darla, teniendo el cuerpo en la mano su Beatitud para cortar por donde señaló, súbitamente se dividió la espalda quedando mayor porcion á la parte señalada. Dixo el Pontífice: «El santo quiere ir á su España y casa, *in viam pacis*, que tiene mucha razon, y todo lo que resta enviára si no desconsolára esta Córte y alma ciudad.» Hay en San Lorenzo tambien un muslo abrasado del glorioso mártir, un pié, una canilla del brazo. En sus recebimientos mandó hacer generales procesiones, convocando los pueblos comarcanos, obligándolos á venir en cuerpo de iglesia y ayuntamiento, con danzas, representaciones de historias de los Santos, públicas leticias, nocturna luminaria, hospedando con júbilo y particular celebridad á los que están en el empíreo aposentados. Adornó las reliquias con plata, cristal, oro, lapislázuli, bronce, rubís, diamantes, con hermosa diferencia y traza en los relicarios; y porque se pudiese fácilmente saber el lugar de cada

una para gozar de verla cuando gustase, mandó hacer un libro de todas con señales particulares en sus puestos y relacion de adonde fueron traidas y de sus testimonios. Procuró los más auténticos para ellas que pudieron ser, y para las que no las tenian, sabiendo el Rey que las hubo de buena parte y persona grave y santa, cual de su madre la Emperatriz, y de sus tias, hermanas y deudos de Alemania, dió su cédula Real con relacion de cómo las habia juntado y quién se las dió, la cual es buen testimonio auténtico y verdadero, que tiene fuerza de ley en el derecho. Enseñábanlas en el dia de San Lorenzo, y pareciéndole era menor reverencia, mandó que cesase, y puso en una tabla escrito un breve de San Gregorio, doctor y Pontífice de la Iglesia, en que pondera la veneracion y respeto que se les debe tener, y con que se han de tratar las reliquias de los Santos; pues los antiguos las enseñaban pocas veces y con solenidad, confesando primero los que las habian de ver, para que fuese dignamente. Y cuando San Cárlos Magno emperador truxo algunas de Jerusalen y Constantinopla, señaló dia para mostrarlas, y mandó viniesen confesados.

Siendo uno de los principales motivos y fines desta dasa levantar sepultura á tan esclarecidos príncipes, determinó recoger en ella los cuerpos de sus difuntos esparcidos por diversas iglesias y monesterios de España. Hizo traer primero los de la serenísima reina doña Isabel y del príncipe D. Cárlos que estaban depositados en Madrid, por acompañamiento de los obispos de Salamanca y Zamora y el Duque de Escalona, la guarda de á caballo, la capilla Real. Pusiéronles sus inscripciones en las caxas, y hecha la funeral los colocaron. Mandó al obispo de Jaen y al Duque de Alcalá sacasen de la Capilla Real de Granada el cuerpo de la Emperatriz su madre, y los de la reina de Portugal y de Francia Leonor su tia, y de su mujer la princesa doña María, y de sus hermanos D. Fernando y D. Juan, y los llevasen á San Lorenzo, y en el camino se encontrasen con el del Emperador su padre, que asimismo mandó sacar del monesterio de San Justo y Pastor en la Vera de Placencia á su Obispo y al Conde de Oropesa, que tenian sus moradas muy cerca, que para todo habia despachado cédulas é instrucciones con la buena forma de executar su mandamiento. Para que á un tiempo se juntase el cuerpo de la Reina de Hungría, madama María, su tia, que estaba en el Real monesterio de Santa Clara de Tordesillas, mandó al Obispo de Salamanca y á D. Juan Fernandez Manrique, marqués de Aguilar, que le sacasen de allí, y con el de la reina doña Juana, su madre, que se habia de llevar á Granada á la Capilla Real con sus padres los señores Reyes Católicos, le truxesen á San Lorenzo, y señaló dia en que habia de llegar; porque en los tres antecedentes á él pudiesen haber hecho la funeral, y colocado los cuerpos que primero habian de venir, y estando desembarazados dellos sin detenerse pudiesen partir el Obispo de Jaen y el Duque de Alcalá, que los habian

de llevar á Granada de camino, como volviesen á sus residencias. Despachó el Rey á D. Rodrigo Manuel, capitan de su guarda española con algunas escuadras della, para que asistiesen en el palenque donde estaba el túmulo, rico y suntuoso, hecho para los recebimientos, así por ornato, grandeza y autoridad, como para que no entrasen en él sino los religiosos, señores y caballeros del acompañamiento, que fue de lo mejor de España. Porque en el monesterio hubiese la advertencia y buena disposicion que convenia, mandó que el arquitecto mayor fuese á ordenar la construcion del túmulo, y para su adorno á Hernando de Birviesca su guardajoyas, y á D. Luis Manrique su limosnero mayor, y á Sebastian de Santoyo su ayuda de cámara de papeles. El acompañamiento con que llegaron los cuerpos fue de gran majestad y autoridad de la guarda de á caballo del Rey, los ataudes cubiertos con paños de brocado, el guion delante, el cuerpo del Emperador con su corona cerrada, y el de su madre la reina doña Juana con la Real. Decíaseles misa solene en las iglesias donde en la noche asentaban las caxas, por las capillas de Sevilla, Granada y Jaen. Sin duda jamas se trasladaron otros cuerpos con tanta pompa, majestad y gasto, particularmente del Duque de Alcalá y del Obispo de Jaen, que fue magnífico. Hízose con grandeza y admirable órden el recebimiento, y con gran solenidad sus funerales por los obispos, convento y cantores, colocando cada dia su cuerpo con misa de pontifical y oracion funesta, dando principio por el del Emperador. Hízose entrega del de la reina doña Juana al Obispo de Jaen y al Duque de Alcalá, para que le llevasen á Granada, y dió fe della y de los demas cuerpos Martin de Gaztelu, secretario de obras y bosques del Rey. ¡Gran triunfo de la muerte tantos ataudes de emperadores, reyes, príncipes é infantes! El convento hizo despues su treintanario á cada persona dellos, y dixo muchas misas, y las continúan con sus aniversarios, responsos, memorias y conmemoraciones perpétuamente, y al Emperador y á la Emperatriz, y al Rey fundador en el dia de su nacimiento, y tambien á la reina doña Ana, que la mejoró en esto. Concedió jubileo á peticion del Rey el Pontífice Pío IV por breve, y revalidóle por otro Gregorio XIII, para los que oraren en el templo de San Lorenzo en el dia de Santo Matia, en que nació el Emperador, ganen cuantas veces entraren y rezaren por la intencion de su Santidad lo que por bien tuvieren, el jubileo centésimo, y le puedan aplicar por modo de sufragio por sus difuntos. Sin este truxo otros para dias solenes y viérnes de Marzo, y grandes indulgencias de que fue devotísimo.

CAPÍTULO XV.

Lo que pasaba en Flandres despues que llegó el Comendador mayor.

El Príncipe de Orange holgó con la salida del Duque de Alba de los Estados, porque á su experiencia y valor temia; pareciéndole ménos considerables para él las partes del Comendador mayor, cuyos efetos no habia probado. Entró con gran aplauso del pueblo (1), más por verse sin el temor que al Duque tenía, que por contento de su venida por ser ministro del Rey. Juntó los diputados de las provincias, mostró sus despachos y títulos de gobernador y capitan general: sinificóles cuánto el Rey deseaba su quietud y bien, que él habia de procurar, para restituirles á la antigua felicidad, obedeciendo ellos á la Iglesia romana y su señor natural, y aumentando su autoridad, y habia de ser su gobierno diferente del de el Duque; porque Su Majestad los amaba y deseaba conservar preservados de las calamidades y daños hasta allí padecidos, y restituyéndoles en cuanto se pudiese el sosiego y trato, para que no les faltase la ocupacion y antigua riqueza; pues tenía en la memoria los servicios que al Emperador y á él en tantos años y guerras le hicieron con admirable prontitud de ánimo, empleando tambien en ellas sus personas, dignas de más estimacion por esto, y obligando más á sus príncipes y señores, para que los favoreciesen en todas las ocasiones que se ofreciesen. Luégo mudó algunos ministros, ayudándose del consejo de Jerónimo de Roda, español, natural de Murcia, y refrenó la licencia de los soldados, aunque mal; porque se debian muchas pagas á los tercios viejos de españoles y á la caballería ligera. Quitó del castillo de Ambers la estátua del Duque de Alba, honró el estado eclesiástico y militar, mostróse en favor del pueblo, liberal en la concesion de las cosas de gracia, no riguroso en el castigo, afable en el trato, benigno en perdonar, procurando dar á todos general satisfacion y materia á su desestimacion y obstinacion de los rebeldes, más que á la emienda, pareciéndoles lo hacía así porque los temia, y más despues que concedió perdon general á los ausentes, queriendo volver á la obediencia de la Sede Apostólica y de su Rey natural, y se les restituirian sus haciendas, honras, oficios, patria. Menospreciáronle los holandeses superiores en armadas, juzgando no le habian menester, pues casi eran señores de lo mejor de la isla de Valckeren y de las más tierras de Holanda, y en el mar eran po-

(1) Año 1574, y el décimooctavo del reinado de don Filipe.

derosos por la abundancia de baxeles y marineros que servian al Príncipe de Orange con aficion y fidelidad voluntariamente, al contrario de lo que el Rey Católico tenía; porque buscándolos á peso de dinero se hallaban traidores, pareciéndoles era sacrificio acepto y agradable á Dios. Tenian para rendir el castillo de Rameckin, plaza importante con que impedir el socorro á Mildelburg y Ramua, que pasaban tanta necesidad que murieron muchos pobres de hambre, aunque alentada con la industria y valor del coronel Mondragon, gobernador del presidio. Tenian tierras en Frisia, en Gueldres á Bomel, en Brabante á San Geertrayn Berghen. Esperaban ayudas de Inglaterra y de Alemania, donde el Conde Ludovico se esforzaba con el favor de los protestantes, para entrar á ayudar á su hermano y divertir al Comendador mayor, porque retirando sus fuerzas á la parte de tierra, el Príncipe señorease las islas de Holanda y Zeelanda, para fortificallas bien por la disposicion del país y hacer la guerra inacabable. Los más de los ausentes en otras provincias volvieron á los Estados á cobrar sus haciendas, no la religion; parte dellos las vendieron y fueron al bando de los rebeldes, parte quedaron en la tierra á espiar los hechos, consejos y pensamientos de los católicos, y avisar dellos á los suyos: y así la experiencia mostró hizo más daño que provecho este perdon á la religion católica, y al Rey que le concedió engañado; porque los rebeldes pedian una cosa en público, pretendian otra de secreto; pedian la paz y no querian verse sujetos al Rey, para seguir la secta de Calvino y hacer la monarquía democracia. Mostráronse ofendidos de que Jerónimo Roda estuviese en el Consejo de Estado por ser español, diciendo se abrió la puerta para que extranjeros tuviesen cualesquiera oficios y dignidades, y entrando en los mayores consejos no habria cosa encubierta á los enemigos. Era insufrible á los grandes, de corazones y ánimos dañados, que el gobernador comunicase con Roda solamente las cosas de la hacienda, justicia, estado, guerra, paz, y crecia el ódio contra el Rey y contra los españoles. Aborrecíanlos por ser de contraria religion, y haber alcanzado por su medio tratando con falsa amistad oficios honrosos con gran ingratitud, pareciendo no los habian ya menester como los perseguian, y los envidiosos que por negligencia y pocas prendas no los pudieron alcanzar, y los infieles á Dios y al Rey, que deseaban pervertir la justicia, vender los oficios y hacer insultos, y no los dexaban los españoles.

No advirtiendo el gobernador que estando declarados contra el Rey y aversos á la Sede Apostólica ponia en contingencia su autoridad y en peligro la de Su Majestad, y que el perdon y liberalidad les era de más obstinacion que emienda, revalidándole y quitando las ocasiones de enojo y turbacion, concedió con gran blandura la restitucion de cualesquiera privilegios que les fuesen quebrantados, y de las escrituras de la obligacion hecha al Duque de Alba del décimo y veinteno dinero, desharia el

nuevo consejo de Revueltas, y remitiria las causas en él pendientes á los fiscales de las antiguas Audiencias de cada provincia, y serian gobernados en la forma que en tiempo del emperador Cárlos V. Como no les daba libertad de conciencia, no les satisfacia, y perdieron el temor, único remedio para reducir rebeldes herejes con el rigor y hierro introducido; y así no entendió bien la enfermedad, pues aplicó medicinas floxas en cuerpo lleno, y contrarias á lo que mostró haber menester. El Duque de Alba le instruyó bien de lo que habia de hacer del estado de los Países, de los humores, intentos y fuerzas dellos, y al revés obró de cuanto le dixo en su gobierno, habiendo aprehendido con eficacia, como el Rey y algunos que no amaban al Duque de Alba le advirtieron, y particularmente Joachino Hoppero, del Consejo de Flandres y guardasello en la Córte del Rey, eran los mejores medios la blandura y caricia, errando grandemente; pues los herejes, áun vencidos con hierro, quedan en la desobediencia y herejía. Comenzó el comercio de la una á la otra parte, y con pasaportes muchos se concertaban, y los prisioneros se rescataban, acrecentando el ánimo á los holandeses y zeelandeses, para decir y creer se habian hecho temer de un príncipe poderosísimo, y alcanzado perdon con las armas, siendo tan gravemente ofendido dellos.

En tanto los rebeldes, habiendo convertido el asedio del castillo de Rameckin en sitio, le apretaron con la zapa y minaron un torreon y entraron muy adentro, y á tal término le reduxeron, que los soldados se le rindieron, y cerraron el paso á los navíos grandes para socorrer á Mildelburg y Ramua, donde ya comian pan de linaza, y áun éste se acababa: y así murieron más de mil y quinientos de hambre en cuarenta y cuatro dias; porque habian comido el pan, legumbres, vacas, caballos, perros, gatos, cueros, y tasado las raciones, baxando desde venticuatro onzas de pan brot hasta dos. Súpolo el Príncipe de Orange, que estaba en Ulisinghen aconsejando y proveyendo en lo que se habia de hacer con las armadas de mar y tierra en el asedio de Mildelburg y Ramua, para rendirlas enteras, porque habia muchas mercaderías, con cuyo valor pagaria el exército que el Conde Ludovico juntaba en Alemania con ayuda de la Reina de Inglaterra, enemiga de la religion católica y del Rey de Francia, envidioso de la grandeza del Rey de España; pues casi toda la moneda con que pagaba las levas era francesa y la infantería, y gascona y lorainesa, y de los caballos los dos mil que levó y llevó para su guardia al ir á coronarse el Duque de Anjou en Cracovia por rey de Polonia: y así luégo sirvieron á Ludovico, como si para tal efeto se hubieran conducido solamente. Con este exército pensaban los rebeldes ocupar á Mastricht y Ambers y á Niemeghen, donde traian inteligencias y tratos, para señorear desde allí los Estados y la campaña, y en Brabante (corazon dellos) ocupar las villas que tenian flaco presidio, no dexando juntar en cuerpo las banderas

esparcidas del Comendador mayor, ni entrar de Alemania si hiciese levas en ella; con que necesariamente habia de sacar la gente que tenía en Holanda asediada, y apretada á Leyden, y recobrarian las tierras perdidas, y excusarian las corredurías y daños que hacian los católicos en el Vaterlant.

En esta provincia el Baron de Chererau, luégo que comenzaron los hielos, entró con dos mil hombres de su cargo, y degolló la guarnicion de Asendelf y la de Armenedick, y otra aldea que quemó, donde alojaban los utibuters ó ventureros por el interes del robo. Con el tercio de D. Gonzalo de Bracamonte halló en escuadron ocho compañías de los rebeldes, y trabó escaramuza con cien españoles Nuño Rengifo, sargento mayor, y huyeron hasta que reconocieron eran pocos los españoles. Luégo hicieron alto en unos prados, y enviaron con veinte soldados las seis banderas á Monhendan, y se rehicieron, y con las dos y gente de las demas cerraron con los españoles, retirándolos hasta una iglesia. El Baron de Chererau los recogió y cargó de nuevo á los holandeses con tanta furia, que degolló más de docientos, y tomó las banderas, y les ganó un fuerte, y los demas huyeron á Monhendan. Esperaban se rendirian Mildelburg y Ramua por la falta de mantenimientos, por no las haber socorrido Sancho de Avila, y estar el Comendador mayor inferior en número de navíos, marineros y artillería á los rebeldes desde el primero punto desta segunda rebelion, por los que recogió de la armada que truxo al Dnque de Medinaceli, y de la flota de Vendeja que al mismo tiempo arribó á Ulisinghen de Portugal, con cuyas fuerzas y valor de mercaderías y baxeles venturosamente comenzaron á executar sus tratados. El Príncipe de Orange, sabiendo en cuán buen estado tenía su hermano la junta del exército, para aprovecharse de las mercaderías de Mildelburg rindiéndola, apretó su asedio hasta hacer morir de hambre los de dentro. Por esto escribió á Mondragon la entregase sin tocar las mercaderías, y dexaria salir la gente salvas las vidas, y Mondragon avisó al Comendador mayor su estado, y que lo ordenase cómo se habia de perder, y respondióle fuese de manera que sacase poco fruto el enemigo. Pareció socorrer estas plazas por el Sckault y canal de Berghen, por donde entró Sancho de Avila con navíos pequeños y con los gruesos bien artillados los más que se pudiesen juntar. No se podia ir por la Honte por tener muchos y bien armados el enemigo, y haberse perdido Rameckin. Con gran secreto juntaba armada de navíos chicos el almirante Monsieur de Beauvoir y su teniente Monsieur de Glimes, porque los enemigos no se proveyesen de navíos baxos, de que estaban faltos. Favorecian los más fieles, teniéndolo por honra, el bando del de Orange, con hecho y consejo, alegrábanse de sus buenos sucesos, y menospreciando los ministros del Rey les pesaba de los favorables, por haber comenzado su gobierno con demasiada confianza de que serian fieles. Tenian con esto tantas espías en los mismos naturales que llevaban sueldo del Rey, que luégo

avisaron al de Orange de la junta de las armadas y del viaje que habian de hacer, con que se previno para impedir los disinios de los católicos. Tratóse que los navíos mayores fuesen á entretener el enemigo, para que no cargase con todas sus fuerzas sobre los menores, con que se habia de socorrer á Mildelburg. El Comendador mayor desde Anvers fué á Berghen, donde asistia por su persona al apresto de los sesenta y dos navíos de la armada, unos armados, otros cargados, y embarcacion de la gente de nueve banderas del tercio de Julian Romero y algunas de valones. Enfermó el Almirante, y con la armada salió de la cabeza el Viceaimirante gobernando la navegacion y Julian Romero la guerra. El Comendador mayor vino á ver la armada, y al hacerle salva un buen navío en que iba el capitan D. Francisco de Bobadilla se abrió y anegó, escapando algunos que sobre cubierta sacudió y echó al agua tan heridos y atormentados de las astillas y golpe del navío, que no pudieron volver á embarcarse ni D. Francisco de Bobadilla ni su alférez. Huyeron de algunos navíos todos los marineros y fueron al enemigo, y así quedaron en el puerto. Mas Julian Romero salió con el resto, y en Romerwael esperó nueva marea, y con ella comenzó á navegar, y descubrió despues de medio dia la armada de Holanda, reforzada y de mayor número y grandeza, guiada de dos filipotes navíos de gavia, y regida de Luis Binfort, almirante. Segun el órden, habia de combatir Julian Romero, y así Glimes se mejoró con la vanguardia para ello, aunque los enemigos tenian marea y viento en favor, y se metian á los bordes para embestir á tiro de arcabuz dellos, porque encalló su navío y otros, dando muchas ruciadas de artillería y arcabucería sobre las velas, y echando fuegos en el baxel de Glimes, le aferraron cuatro, y otros á los demas encallados, y se defendian gallardamente. Procuró Julian Romero socorrellos, y tocó en seco y algunos vasos suyos y de la escuadra del capitan Osorio de Angulo que hacian lo mismo. A su ventaja los cargó el enemigo sin aferrar, combatiendo con la arcabucería y artillería, de que se podian mal aprovechar Julian Romero y Osorio estando plantados, ni los otros navíos, y solamente herian á los rebeldes con la mosquetería y arcabucería al bordear. En descubriendo la armada enemiga el Comendador mayor, con algunos soldados vino brevemente á la marina sobre el dique para dar calor á la suya, y se hallaba á la vista á tiro de cañon. A este tiempo Sancho de Avila, como estaba acordado, aunque tenía marea y viento casi en contra, partió de Ambers con su armada, y en ella el coronel Alonso Lopez Gallo con algunas banderas de su corcnelía y otras del tercio de Julian Romero. Tocó á pocas millas su navío, y se perdió otro de los mejores sobre Targoes. Ancoró á vista de Ulisinghen, esperando la armada que habia de venir de Berghen, que estaba entónces á punto de perderse, porque el enemigo combatia furiosamente á Monsieur de Glimes y navíos aferrados, y se defendió como buen caballero hasta

morir, herido de dos arcabuzazos, y ser quemado su baxel, sin meter pié en él los rebeldes, y afondados otros dos. Al de Julian Romero aferraron, como estaba clavado, cuatro navíos, y á cada uno de los que tocaron dos y tres, y los maltrataban, por ser más gruesos y altos de borde, matando por esto los defensores dellos indefensamente. Abrióse combatiendo, y se afondaba el navío de Julian Romero, y echóse al agua con diez soldados que le quedaron, y subió sobre el dique, donde estaba el Comendador mayor con agua y frio con eceso. Al punto avisó con fragata el suceso á Sancho de Avila, y ordenó se retirase, y él deseando aferrar con el enemigo escaramuzó hasta que se le apartó y recogió sus navíos, sabiendo era roto el socorro que iba á Mildelburg, y él volvió á Ambers. Mandó á D. Gonzalo de Bracamonte llevase á Brabante dos mil españoles de los tercios viejos para reforzarle. Perdiéronse nueve navíos de los armados, otros de vituallas, sin los que se afondaron, murieron setecientos soldados valones y españoles, y el capitan Diego Carrillo de Acuña y tres alféreces, y se perdieron tres banderas, y salió herido de un arcabuzazo el capitan Osorio de Angulo. Los muertos y heridos de los enemigos fueron muchos, porque los católicos vendieron bien sus vidas, haciéndoles costase mucho la vitoria venturosa. Los navíos que se salvaron entraron en Berghen. Escribió á Mondragon la rota de la armada, y que con las más aventajadas condiciones que pudiese, pues no habia navíos con que socorrelle, rindiese las plazas, conservando su persona y tantos buenos soldados y capitanes. No recibió esta órden, mas porque no tenía qué comer sino para seis dias, juntos los capitanes de Ramua y eclesiásticos y burgomaestres con los de Mildelburg, dixo convenia destruir las mercaderías y las demas cosas de las villas, porque los enemigos no se aprovechasen dellas, y se embarcasen para ir á Berghen, donde podian llegar en seis horas con el tiempo y marea que tenian en su favor. Los capitanes respondieron no querian executar los soldados, porque era desesperarse, por lo que les habian escrito los rebeldes. Por esto Mondragon, dando oidos á los conciertos, pidió paso, conforme buena guerra, para avisar á su general y tomar órden de capitular, que vendria dentro de cuatro dias, dándose rehenes de una y otra parte. No lo admitieron los rebeldes, y así le fue necesario á Mondragon concertarse en esta manera en el castillo de Rameckin.

«Rendirá Mondragon á Mildelburg y Ramua, sin deshacer las fortifica»ciones, artillería, municiones, navíos, mercaderías y bienes, y saldrá con »los soldados de su coronelía que no quisieren servir al Príncipe de Oran»ge de la isla de Valckeren con sus armas, banderas, caxas, ropa, baga»jes, sin tocar á otros bienes que les pertenezcan, ni á burgeses. Entre»gará dentro de dos meses á Filipe Manrique, caballero de San Aldegonde, »el capitan Jaque Simon y Citadela, italiano, y otros tres, y no volverá al »Príncipe de Orange. Saldrán los clérigos, frailes, contadores, oficiales y

»vianderos del exército, y para todo promete habrá buen órden, y en dar»les navíos y paso seguro para Flandres, y fue este concierto firmado á »deciocho de Hebrero mil y quinientos y setenta y cuatro.»

Con esto quedaron los rebeldes señores del mar y de Ceelanda, si no es de la isla de Targoes. Vendieron las mercaderías, y enviaron buen socorro de dinero al Conde Ludovico, para que con la gente que tenía se arrimase á Mastricht, en tanto que el de Orange juntaba su gente con que acometer á Ambers, y entrar en Brabante á juntarse con él, como se habia acordado.

CAPÍTULO XVI.

El Conde Ludovico llega á los Estados, el Comendadar mayor junta fuerzas y lo que hicieron.

Gran contento y reputacion dió á los rebeldes la ocupacion de Milderburg, sin sangre, cogida entera, y por el provecho que tuvieron en la venta de las mercaderías. Pareció Ludovico cerca de Mastricht en el rigor del invierno con tres mil caballos y seis mil infantes, seguido del duque Cristóbal Palatino, general de la caballería, y Ludovico de la infantería, dexando el supremo cargo al Príncipe de Orange: venía el conde Enrique, su hermano, y otros hijos de príncipes y señores de Alemania con voz de apoderarse de Mastricht y Anvers, de donde eran llamados, para que la infantería viniese á servir en tiempo de nieve y hielos en que otros descansan en sus alojamientos. Parecia ser, no los que otras veces entraron en los Estados, sino otros más feroces y poderosos. Brabante, desproveida de gente con que poder resistir el Comendador mayor á exército, que la fama, el tiempo, la resolucion, el número no sabido hacía formidable, se atemorizó, y todos los Estados se espantaron de manera que muchas familias y mercaderes salieron á asegurarse fuera dellos. Por esto parecia conveniente el guardar las villas bien guarnecidas; mas el Comendador mayor, que no habia caido punto de ánimo, escogió mejor el mostrarse al enemigo con la poca gente que lo podia hacer, sin desamparar palmo de tierra, ni dar lugar á que los rebeldes le ocupasen por verle con poca resistencia. Encaminó á Mastricht seis compañías de caballos á cargo de don Bernardino de Mendoza, con órden de presentarse al enemigo, que brevemente le seguiria Sancho de Avila con buen golpe de arcabucería, que habia de gobernar para impedir el paso del Mosa, en tanto que juntaba

más gente con que reforzar la frontera y hacerle frente. Recogió los bastimentos en las tierras muradas; envió á levar en Alemania ocho mil caballos y un regimiento al Conde Aníbal, en los cantones de zuiceros católicos cuatro mil, y de valones cuarenta y dos banderas. Dió priesa á don Gonzalo de Bracamonte, para que con los dos mil arcabuceros que le habia ordenado truxese de Holanda á Brabante, fuese á Mastricht acompañado de las tres compañías de caballos que allá estaban á cargo de Juan Baptista del Monte. Gobernaba á Mastricht el capitan Francisco de Montes de Oca, y tenía para su defensa solas tres compañías de alemanes altos, pocas fuerzas en tan gran plaza, teniendo al enemigo ya en el arrabal de la otra parte de la ribera, y caido un gran pedazo de muralla. Puso gran diligencia en fortificarle y en defender la ciudad, y más de los de dentro, porque el no traer artillería gruesa el enemigo era indicio de que tenía trato en ella. Esperó su retaguardia y á que el rio se deshelase para pasalle, y D. Bernardino de Mendoza con la caballería le hizo recogerse, y con ella tomó lengua matando los desmandados, y retirando las barcas que habia desde Mastricht á Lieja, quitándole la comodidad de pasar el rio. Sancho de Avila fué á renococer con alguna caballería los enemigos, y de una aldea salieron con gran furia docientos y cincuenta caballos y algunos infantes sueltos. Habiéndose armado y emboscado en ella cuatro compañías de caballos, Juan de Alconeta con algunos fué á sacar los enemigos, y cargándolos llegaron á la aldea recelosamente, y así aunque la emboscada acometió, fue poco el daño que recibieron, con muerte de doce caballos y de sesenta infantes. Para evitar lo mucho que la caballería ligera los molestaba, recogieron su infantería en las aldeas cercanas á Mastricht, cubriendo los alojamientos de su caballería. Sancho de Avila, reconocido el camino de Bemelen, aldea á media legua de la ciudad, con seiscientos arcabuceros españoles y valones de encamisada y ocho compañías de caballos, en que habia cuatrocientos bien repartidos, rompió traviesas y palizadas, cuerpos de guardia que tenía en las entradas y en la iglesia de mil y docientos de nueve banderas, y degolló setecientos hombres, aunque no centinelas á caballo, como convenia, en los cuarteles desbarrigó muchos caballos de una corneta de docientos que allí alojaba, tomó una de nueve banderas y perdió cuatro valones, tres españoles, y hubo otros tantos heridos, ayudado de la noche al venir cubierto y del dia al executar, y del buen órden sin discrepar punto de lo ordenado. Tocaron arma en todos los alojamientos con fuego que hicieron sobre una cuesta á media milla de Bomelen, y Ludovico con mil caballos en tres escuadrones caló la ladera abaxo, y los católicos divididos en otros tres junto á una aldea, que armaron con la arcabucería, y comenzaron á escaramuzar con caballos desmandados, porque sus escuadrones estuvieron firmes, esperando la caballería del Palatino, y no se movió creyendo era falsa la arma como la de otros dias ántes. Para evitar estos

acometimientos el conde Ludovico, á ventiuno de Marzo tomó fuerte alojamiento en Fauquemont y Gulpen, castillos del Ducado de Limburg, donde estuvo algunos dias esperando refuerzo de Alemania y de los herejes de Francia, que juntaban gente en Lorayne, y la llegada del Príncipe de Orange, la vuelta de Niemeghen con seis mil infantes que ponia en sus banderas en la isla de Bomel, parte más segura para unirse y tomar la vanguardia á los realistas, con que se ponia con mucha facilidad en Bomel y en Brabante luégo como quisiese, donde quitarian el formar exército el Comendador mayor y el valerse de las levas, deshaciendo el comercio de Ambers, y el modo de haber dineros y municiones, y de resistir si á Ambers sitiáran. Tenian hecho trato con quince soldados franceses y alemanes de la guarnicion de Ruremunda de entrar en ella el Viérnes Santo en la noche por un pedazo de muralla caida, donde habian de ser de guardia en aquella noche, con que aseguraban el paso del Mosa.

El Comendador mayor, considerando el intento del enemigo y su peligro si penetraba á Brabante, ordenó á Sancho de Avila combatiese con Ludovico luégo. Don Gonzalo de Bracamonte llegó á Ruremunda con ventiocho banderas de españoles y las tres compañías de caballos, y dexando allí de guarnicion con los alemanes dos compañías de españoles y la de borgoñones altos del Baron de Chereraut, encomendándoles la guarda de la villa importante, con que cesó el tratar con los rebeldes, arribó á Mastricht á tres de Abril, y el coronel Mondragon con sus deciseis banderas y docientos hombres de armas. Previno Sancho de Avila en Mastricht artillería de campaña, municiones y bagajes para caminar á combatir al enemigo, y reconocióle en Fauquemont con mil y quinientos infantes, y les metió dentro de las murallas, matándoles algunos soldados y un principal cabo de la infantería. Porque alojaba el mayor número de la Real de la otra parte del Mosa, desesperando de pasar el rio y de entrar en Brabante, por ella caminó ántes de amanecer la vuelta de Niemeghen, entre el Wael y el Mosa, donde habia de llegar el Príncipe de Orange, esperando executar el trato de Ruremunda, y como se descubrió alargó el paso, y quemando á Hesse y Burk pasaron de Venlo. Sancho de Avila siguiéndolos vino el Mosa abaxo por la parte de Brabante, la vuelta de Cuyck y Grave, por donde habia de pasar el rio. Antes de llegar á Cuyck envió á Monsieur de Hierge á Niemeghen trecientos arcabuceros del tercio de Sicilia con el Baron de Chereraut y su compañía de borgoñones altos, para que guardasen el dique del Wael, por donde podian pasar los rebeldes. Recogió la corneta de Sckenk que venía de Holanda. Hecho puente sobre Grave en el Mosa, pasó la gente y bagajes, y alojó en Avés y Alset. Estaba Ludovico á una legua, y reconociéndole algunos arcabuceros de á caballo se empeñaron tan desatinadamente, que dando en un escuadron de cuatrocientos herreruelos, tomaron algunos y mataron ocho, executando la carga hasta donde estaba Sancho

de Avila, con que pudieran tener algun buen suceso. Mandó mejorar parte de la infantería por el dique, camino bueno para ella, y descubrir á los enemigos que en Mock, aldea del Cleves sobre el rio, querian alojar, y ya comenzaban los peones. Alojó Sancho de Avila en campaña y desasosegó los rebeldes con armas en barquillas por el rio, y los valones del coronel Gallo por la otra parte dél.

A catorce de Abril el campo se puso en batalla, á tiro de sacre de la trinchea de los enemigos, y las venticinco banderas de españoles en cuatro escuadrones de picas y arcabucería, siguiendo uno á otro por la estrechura del sitio, aunque fuerte, guiados del maestre de campo D. Fernando de Toledo y D. Gonzalo de Bracamonte, que tenía á su diestra el dique del rio: en unos prados que habia desde él hasta el agua el coronel Mondragon con sus deciseis banderas en un escuadron, y en todos cuatro serian cuatro mil infantes con la arcabucería valona que habia quedado en guardia de algunos pasos. Sobre la izquierda de los españoles estaban los herreruelos y caballos ligeros en cuatro escuadrones, las lanzas en tres en forma de media luna todos, por haber de estar guarnecidos con dos mangas grandes de arcabucería, con órden de ser de vanguardia cualquiera escuadron de los cuernos, donde viniese á combatir el enemigo. Pegado á la izquierda manga de la arcabucería estaba la corneta de Schenck de docientos raytres, y sobre su diestra otro de tres cornetas, que tenian ciento y setenta lanzas, y tras él otro de ciento y quince, donde asistia D. Bernardino de Mendoza por estar allí su compañía. Sobre su lado derecho seguia otro de ciento y diez, porque no han de ser demas, aunque hayan de combatir, cuatrocientos herreruelos en cuatro á cargo del comisario Antonio de Olivera, castellano de Lodi, los arcabuceros á caballo en su vanguardia en número de ciento y setenta, y todas las lanzas eran cuatrocientas. Ordenóse que de cada escuadron saliesen venticinco, para que al tiempo del cerrar embistiesen por el costado del enemigo, con que se formaba una como manguilla, aprendido del Duque de Alba. El alojamiento del conde Ludovico tenía el Mosa al mediodía, y al setentrion una montañeta alta á tiro de cañon de Mock, y entre ellos su caballería para pelear en número de mil y ochocientos en cuatro escuadrones, porque los mil y docientos con que hacian los tres mil, se volvieron en Alemania. A las espaldas tenía grande escuadron de infantería, de venticinco banderas, en número de seis mil, la mayor parte arcabucería, arrimado casi á la aldea, y daba calor á diez banderas que guardaban una alta trinchea en la frente della; y encima de la montañuela puso una manga de infantería gascona y armó una casa con arcabucería, para que se rehiciese y hiciesen pié los que fuesen rotos y desbaratados. Sancho de Avila dió por nombre á su exército San Filipe, porque habia en ambos campos gente de una nacion. Comenzó á escaramuzar para ganarles unas trincheruelas, con que poder entrar el fuerte.

Estando llamando á batalla las trompetas, llegó Monsieur de Hierge, gobernador y general del ducado de Gueldres, y el Baron de Chereraut con su compañía y los trecientos arcabuceros del tercio de Sicilia y cuatro banderas de las viejas del tercio de Lombardía, de D. Hernando de Toledo, que venian de Holanda fuera de la obediencia, y con ellos fué á la vanguardia, y tomó la manga de arcabuceros que tenía sobre la mano derecha la caballería. Y aunque dixo Hierge sería allí otro dia por la mañana el maestre de campo D. Francisco de Valdes con dos mil y quinientos españoles de los tercios de San Filipe y Santiago y tres compañías de caballos y diez banderas de alemanes, que salieron de Holanda de los fuertes, y tres compañías de caballos de las que estaban cerca de Breda, y docientos hombres de armas, Sancho de Avila se determinó á pelear como le pareció á Hierge, por ver la gente bien puesta en sitio fuerte con esperanza de vencer, y porque se sospechaba que los rebeldes tenian barcas con que pasar luégo el rio y haber en Mock otras grandes de las que traen carbon de Lieja, de suerte que en dos dias no se verian con ellos, en que podian poner su infantería en Languestrate, donde habia alguna gente del Príncipe de Orange. El capitan Montes Doca con cien arcabuceros españoles y docientos valones, por donde estaba Mondragon trabó tan recia escaramuza y bien atacada, que parecia contínua salva por hora y media sin volver pié atras por un llano desigual en sitio por ser enfrente de su trinchea, de donde les tiraban de mampuesto, mas conocíase ventaja; y así Montes Doca, valiente y arriscado, cerró y hizo desamparar la trinchea á las diez banderas, y las veinticinco las recobraron. Para volverla á ganar avivaron la escaramuza los capitanes Benavides y Lorenzana y cien valones con Pichechelo, y caminaron cien picas apartadas por el llano con Francisco de Salazar, y todos arremetieron gallardamente hecha su oracion á su usanza. Subió Montes Doca de los primeros sobre la trinchea y fue herido de dos arcabuzazos, y el alférez Benitez con quince, y no murió; y Juan Rolin, alférez de Mondragon, ganó una bandera. Viendo la infantería rebelde moverse la católica mejorando sus escuadrones huyó, pero no se movieron los realistas hasta ver lo que hacía la caballería rebelde en el combatir con la católica; porque la fuga podia ser ardid, pensaron los capitanes, de que muchos usaron, para que se salvase la infantería en que eran inferiores y seguida de la vitoriosa, y para serlo del todo desordenada, quedase superior su caballería en el número, como lo era á la católica, segun lo reconocieron distintamente desde lo alto, y baxando furiosa la rompiese para recobrar algo de lo perdido, ó en parte la jornada, si del todo venciese, ó abrir camino para ir á Bomel, ó tomar las espaldas para combatir con ventaja. Con la mejor caballería en la vanguardia baxaron furiosos y tan cerrados, que no se descubria claro, y embistieron á los arcabuceros á caballo y á los herreruelos. Recibieron la carga firmes, y disparando las primeras hileras

tomaron la vuelta de Grave tan aceleradamente que parecian vencidos, y de serlo pasó la voz. Juan Baptista del Monte, evitando el executar, resolutamente cerró con su escuadron por la frente y punta, y el capitan Pedro Antonio por el costado, siguiéndole D. Bernardino de Mendoza con el suyo, que chocó gallardamente con el cuerpo de sus escuadrones, y el teniente Juan de Alconeta con las veinticinco lanzas sobre el costado, con que divididos los enemigos en dos partes tomaron el camino de Bomel unos, otros subieron á la montañuela. Don Bernardino ordenó á Olivera no se moviese con su escuadron, que áun estaba entero, si no lo mandase Sancho de Avila, para que hiciese espaldas á los que peleaban y combatiesen cuando fuese menester, porque el enemigo se retiró á rehacerse en la montañeta para calar segunda vez y abrigar sus caballos que tenian en el llano peleando. Baxando al efeto los embistió Olivera y los puso en huida desamparando la infantería que les habia quedado, y así fue degollada caminando la montañeta arriba y executando en los demas hasta meterlos en un bosque, donde llegaron á esta execucion las tres compañías de caballos de Breda, y la prosiguieron legúa y media hasta que las lagunas los impidieron. Murieron dos mil y quinientos infantes de los rebeldes, sin muchos que se ahogaron y quedaron tendidos donde se combatió, y de la caballería quinientos de los más principales sin los heridos, y el Palatino y Ludovico y el conde Enrique, cabezas del exército. Tomaron los vencedores treinta banderas, tres estandartes, todo el bagaje, cantidad de moneda francesa. Murieron diez infantes españoles y valones, y fueron heridos otros tantos, y en la caballería veinte y pocos más heridos. Cierto, los soldados católicos se gobernaron tan advertidamente como si de cada uno de por sí dependiera la vitoria tan importante, que della salió el no acabarse de rebelar los Estados, aunque necesariamente se aventuraron en batalla trabada en campo raso peleando infantería con infantería y caballería con caballería, escuadron con escuadron. El Comendador mayor envió con la nueva al Rey á Juan Osorio de Ulloa, y dél supo cómo los españoles se amotinaron pidiendo sus treinta y cinco pagas otro dia despues de la vitoria juntos en Grave. Sancho de Avila los procuró reducir prometiéndoles toda satisfacion brevemente, significándoles la honra alcanzada, y la pérdida della con la desobediencia y de muchas empresas convenientes, cortando el hilo á los buenos sucesos para echar los rebeldes de los Estados.

CAPÍTULO XVII.

Selin resuelve el conquistar la Goleta y recuperar á Túnez, y junta armada para el efeto, y lo que en Flandres se hacía.

Selin, considerando la rota que recibió en el mar de la armada de la confederacion, y que desunida el rey Filipe ocupó á Túnez, y crecia en fuerzas y reputacion, y tenía la Goleta y el fuerte de Túnez comenzado, señalaba la estabilidad que pretendia en el señorío y la molestia que daba á Berbería era grande, resolvió el no hacer la guerra defensiva, pues tenía sus Estados ya seguros. Aluch Alí le inducia á conquistar la Goleta para recuperar y asegurar á Túnez, y facilitaba la empresa, y prometia castigar la temeridad de los capitanes del rey Filipe. El turco por sus exhortaciones y promesas determinó hacer la jornada con toda su potencia. Escribió á los Sanjacos de Tripol, de Argel y del Carvan recogiesen gran cantidad de vitualla, aparatos de guerra y número de gente, y estuviese á punto y sus personas y bagajes, para salir á unirse con su armada en llegando á la costa de Berbería á la entrada del verano. Estos aprestos azoraron los cristianos del fuerte de Túnez, y trabajaban en él con más diligencia, solicitados de Gabrio Cerbellon, cuidadoso y congoxado. Porque si bien usó de toda industria y solicitud en la fábrica por falta de materiales, como él habia pronosticado, no estaba en defensa. La culpa de la mala provision tenía el Cardenal de Granvela, virey de Nápoles, y el Regente de Sicilia, á quien D. Juan de Austria encargó la provision de las dos plazas, porque él no pudo acudir asistiendo á las cosas de Génova y á su quietud, aunque lo deseaba por su oficio, reputacion y defensa del fuerte de que fue autor, y de tantos caballeros y soldados que dexó en su guardia contra el parecer mejor de desmantelar ántes que edificar en Africa. Mas ellos, teniendo el fuerte por otra Goleta, que consumia gente, dinero, vitualla y municiones muchas con gran costa de los reinos, pusieron escaseza y negligencia, faltando á su obligacion y á la promesa de D. Juan, y á la fe á su Rey debida; y su Alteza, sabiendo la nueva de la baxada de la armada del turco contra todos los Estados y fuerzas del Rey Católico, ordenó á D. Juan de Cardona que fuese con las galeras de su cargo á Túnez y proveyese á Gabrio Cerbellon y á la Goleta de las cosas necesarias.

El Comendador mayor supo caminaban á Ambers los amotinados, y fue á conservar la bolsa del dinero comun, impidiendo su entrada en ella y las alteraciones. Mas ellos, por la distancia de la puerta de San Jorge al castillo,

en que no habia muralla, sin hacerles resistencia los de la guarnicion, se apoderaron de la villa y echaron fuera las seis banderas de Federico Perenot, señor de Champagney, gobernador della, sin ponerse en defensa por órden del Comendador mayor, y puestos los desobedientes en escuadron en la plaza del castillo, les dixo evitasen desórdenes y se asegnrasen, que procuraria contentarlos brevemente. Los españoles del castillo tambien pidieron ser pagados y echar dél á Sancho de Avila, castellano; pero diciéndoles ántes moriria por la guardia del juramento en su tenencia, expelieron por él á su teniente. Salió sn electo á dar su razon al Comendador mayor, y Francisco de Salvatierra mató al que en su lugar dexó, y despues á él entrando en el castillo con Chapino Viteli con la promesa del Capitan general, con que éstos se aquietaron. Los tercios dañaron mucho con su alteracion é impidieron la felicidad con que se caminaba, y haciendo pasar el buen tiempo para campear en vano, dando lugar á rehacerse de gente los rebeldes, de que estaban muy faltos, y á fortificar las tierras que poseian, recoger dinero de sus contribuyentes, perder el miedo que puso la vitoria de Mock, aconsejarse, recebir socorros de Inglaterra y Francia, y continuar sus tratos con las villas quietas y con los naturales del sueldo del Rey en la tierra y en el mar, enemigos no excusados y espías de los herejes, y medio para encaminar bien sus acciones y sus tratos, y mucho mejor despues que ocuparon la armada del Rey en el rio de Ambers, ancorada bien abaxo porque no la ocupasen los amotinados con sospecha de trato, pues en llegando los navíos de los rebeldes luégo se entregó sin resistencia, mostrando la traicion; porque descuido no obrára tanto que no se defendiera el Almirante con el mismo viento y marea. No le quedó navío al Rey, atrasando la guerra mucho, por mala fortuna del Comendador mayor. Avisó luégo á su Majestad de la desgracia, y pidió viniese la armada de España brevemente para su reparo y hacer las empresas importantes en Holanda.

Estos accidentes no se atribuian á la escaseza del Rey en el proveer el dinero para el gasto grandísimo que tenía en aquellos Estados con el exército y armadas y tantos y tan gruesos presidios, sino á su impotencia. Y así los pueblos de Castilla le concedieron el crecimiento de alcabalas á pagar de cinco que solia, ahora diez por ciento, tributo que no era nuevo en ella, pues en el año mil y trecientos y cuarenta y dos el rey D. Alonso el XI ó XII le hubo, aunque con dificultad, porque en las Córtes que celebró en Búrgos, queriendo ir sobre Algecira, se le concedió el pagar veinte por ciento de las mercaderías durante el cerco, y concedieron dos meajas de cada maravedí de oro de venta, porque valia veinte meajas; y doblóse despues con sus necesidades para el cerco de Gibraltar, primero en las Córtes celebradas en la villa de Alcalá de Henáres en el año mil y trecientos y cuarenta y siete, en que comenzaron las diferencias de precedencia entre Toledo y Búrgos en el asiento. Consideraron los Estados podia tomar con-

forme á ley lo que los Reyes sus pasados para útil comun, valiéndose de lo que es suyo por heredamiento para su conservacion, pues de la monarquía era la cabeza Castilla, y en su Corona estaban incorporados los que defendian su Rey, y se le habia de dar con que ampararlos por derecho della contra los infieles, causa justa de imponer nuevos tributos para conservar la dignidad y utilidad pública por su necesidad y falta de rentas, por sus empeños y los de su padre, nacidos de la defension de la Corona, las guerras en que le dexó y prosiguió, como convenia para excusar de mayores daños con que los herejes y bárbaros enemigos de Dios con malas artes y fuerzas procuraban pervertir á sus vasallos hijos de la Iglesia, alterar sus provincias, aniquilar sus rentas, robar las haciendas. No todos los pueblos con igual voluntad recibieron la imposicion, y así hubo algunos que hablaron della con desacato, especialmente en la villa de Santa María del Campo un letrado atrevidamente en público contra el Rey, alterando los ánimos, culpando con la insolencia de que usan en sus pueblos tales tiranillos su gobierno. Estando preso se dió noticia al Rey, consultando su Real Consejo, mandó fuese libre, porque debia de ser loco el que dixo mal del que ni conocia, ni habló, ni le hizo daño. Instado el Presidente en que fuese castigado en la Córte por el exemplo, le replicó: «Pues cómo dirá el pregon que dixo de mí? Suéltenle: que no hay Príncipe de quien ménos se quexen los suyos que del que les da más licencia para ello.» Grave sentencia, porque la última señal de servidumbre es quitar el quexarse. Cáense las cosas cuando no se hace estima dellas y se olvidan fácilmente; si la ira las castiga, las publica y da materia sobre que digan lo que les place, obligando al Príncipe á lo que no quiere serlo algunos jueces celosísimos, cuando se ha de saber, no conveniendo á su grandeza, se entienda sabe se le atrevieron. Es imposible el evitarlo siendo grande el número de los malcontentos de ordinario en las grandes Córtes, y enfrena con suave y secreto modo á los atrevidos y libres en hablar del gobierno. El Príncipe no crea se le atreverán por esto, porque bien se conoce cuando se mide por prudencia ó por vileza. Los ofensores, conociendo su virtud, darán gracias á Dios de haber salido bien, y borrarán con servicios la memoria de la injuria, teniéndole por magnánimo y prudente.

Importaba mucho para las empresas de Holanda y Zelandia la venida en salvamento de la armada de España, y el Rey mandó al Comendador mayor enviase á Inglaterra con particular embaxada segun la instruccion que enviaba á D. Bernardino de Mendeza, y á lo que en ella se le decia satisfizo la Reina diciendo no tenía guerra con el Rey Católico, y pasaban los ingleses sin su sabiduría y voluntad á Flandres á servir á los rebeldes, y que no rompia la liga y confederacion con la casa de Borgoña, y así concedia puertos para su armada y las vitualias y seguridad que se le pedia. Nombró comisarios para que con los del Rey en los puertos

más principales asistiesen á la armada. No deseaba su buen suceso, pero con buen acuerdo lo hizo, porque habia menester hacer gasto grande en juntar y armar navíos con que impedir su viaje á los del Rey, si se declaraba enemiga; y estábale mal, porque el Duque de Anjou, rey de Polonia, cuyo casamiento no admitió, de que él quedó con enojo y deseo de venganza, era ya Rey de Francia por muerte de su hermano el rey Cárlos IX, sin dexar sucesion en Madama Isabel de Austria, sobrina del Católico. Para que en el arribo desta armada estuviesen bien dispuestas las cosas de la guerra en Holanda, el Comendador mayor mandó que Monsieur de Liques entrase por las Dunas por la marina á la Haya, Francisco de Valdés á Leyderdorp y Alphen con veinticinco banderas de españoles, siete de valones y tantas de alemanes, y cuatro compañías de caballos ligeros. Destas entregó á D. Luis Gaitan tres de españoles y cien soldados de la de D. Juan de Vargas y dos banderas de tudescos para que ocupase los fuertes y canales que ántes mantenian hasta llegar á la Haya, donde se juntaria con él. Llegó á Leyderdorp, sitio de mucho momento para el asedio de Leyden, y habiendo tomado allí dos barcas de enemigos y dexado en su guardia al capitan Chayde con una bandera de tudescos, y en Soeterwoude á D. Juan de Vargas, tres cuartos de legua de Leyden, y tenido aviso que en la Haya no habia más de una bandera de los rebeldes, fué á ocuparla, y peleó con los que halló en escuadron en la plaza y los echó fuera valerosamente, y se apoderó del castillo con tanto placer de los naturales, que las mujeres les traian comida y municiones. Sabiendo que Liques salió de Haerlen con caballería é infantería valona á ganar el fuerte de Valkemburch, dexó treinta soldados en el castillo, y con los demas se juntó con Liques y ganaron el fuerte y prendieron muchos ingleses que se enviaron con salvoconduto á su isla para conservar la voluntad de la Reina. Francisco de Valdés desde Monfort envió á reconocer y ganar, si pudiese, el fuerte de Alphen, aldea larga y poblada en un dique sobre la ribera del Rhin, que la islan muchos canales y casi toda Holanda. Sobre el rio habia un puente de piedra muy ancho, que es la exclusa de la Gouden y Alphen, y al cabo una casa de madera tronerada, traves y guardia del fuerte, y al otro cabo un grueso y alto terrapleno guarnecido de fuerte estacada y hondo foso con gran plaza dentro. Abrigaba el fuerte la aldea, que lo estaba tambien, y la iglesia, y habia otro cuadrado cerca del dique de Latermer con grandes caballeros y ancho terrapleno. A la defensa de la exclusa y puente del Rhin estaban cinco banderas de ingleses, y en la del fuerte el capitan Confort. Valdés, aunque era grande esta fortificacion, para acometelle entregó las escalas á los soldados de los capitanes de vanguardia, y entrando por diferentes partes en el dique subieron con gallarda resolucion, pero los ingleses sobre los reparos derribaban apriesa, y herian los que en la orilla del rio escaramuzando los divertian dando lugar á los

que escalaban. Para entretener los enemigos acometidos por las espaldas, los capitanes Trancoso, Lázaro de Isla y Luis de la Palma junto á un molino pasaron el rio á nado con las armas atadas al cuello, y los ingleses los embistieron; pero con viva escaramuza los entretuvieron una hora, mejorándose siempre los españoles. Algunos alféreces, siguiendo á Francisco de Zambrana, subieron al fuerte, y los enemigos le desampararon y huyeron á Alphen, y los que combatian en el prado tan reciamente cargados y alentadamente seguidos, que entraron juntos y los echaron de los fuertes con muerte de docientos, y de ocho españoles y otros tantos valones. Valdés encomendó la guardia al capitan Luis del Villar con dos compañías de valones, y fué á la Haya. En tanto el Comendador mayor averiguó la cuenta y pagó los españoles amotinados, y juntó en Breda los diputados de las provincias para tratar de la paz con toda seguridad. Por su parte asistieron el coronel Mondragon y Julian Romero y D. Guillen de San Clemente y otro caballero de los Estados; y por la contraria otros cuatro capitanes, y el Conde de Xuazembourg, aleman, por ambas partes se interponia. Movióse el Rey á tomar este medio de gran reputacion para los rebeldes, porque el Comendador mayor, cansado en breve tiempo de muchas revueltas y de la falta de dinero, le persuadia era el más eficaz para acabar la guerra. Así tuvo por bien se les concediese cuanto quisiesen sin ninguna dilacion, con que no se hiciese perjuicio á la santa fe católica, ni á la autoridad y juridicion que de sus predecesores heredó, porque en estas dos cosas consistia todo su bien. Pedian los rebeldes que los españoles saliesen de los Estados, y que á cada uno fuese lícito creer lo que se conformase con su conciencia. Fue respondido por los del Rey, saldrian los extrantranjeros de Flandres hechas las paces, y en su cumplimiento darian rehenes si necesario fuese. Y cuanto á la libertad de religion que pedian, convenia advertir á ley que en el año de mil y quinientos y cincuenta y cinco se hizo en Alemania, guardada en ella inviolablemente, que mandaba tuviesen los vasallos la religion de su Príncipe, acomodando su conciencia con él, de que usando el Rey, superior á todos en grandeza y poder, con mucha más razon queria siguiesen los súbditos de Flandres la religion católica, en que nació y habia de morir y por su defensa guerrear hasta entónces.

CAPÍTULO XVIII.

Disponen los ministros del Rey Católico la defensa de la Goleta, y el armada de Selin viene á conquistalla.

Aluch Alí, ambicioso y codicioso, solicitó los aprestos de la armada para expugnar la Goleta y recuperar á Túnez cumpliendo con lo que prometió á Selin. Era informado del modo en la execucion con la planta y montea por un ayuda de ingeniero italiano que sirvió muchos años en la fábrica de la Goleta, y sabía praticadamente los defetos de su forma, sitio, materia, y conforme á ellos determinó el modo y puesto con que se le habian de plantar las baterías. Este ingeniero habia en España asistido mucho tiempo para que el Rey le hiciese merced por su arte y servicio, y estando en Aranjuez pobre y desamparado entre la canalla, que suele seguir las sobras de las viandas, fué echado con inominia, atadas las manos por un alguacil de Córte, y apaleado porque daba voces, quexándose de su trabajo y opresion, diciendo quién era y á lo que vino y sin remedio. Pasó el despecho á tal desesperacion, que fué á Argel siendo gobernador Aluch Alí en el año mil y quinientos y setenta, despues que conquistó el reino de Túnez, y cuando tomó las galeras de Malta navegando á Constantinopla á pedir fuerzas para ganar la Goleta le llevó en su galera, con Muley Abdel Melique infante de Fez, que habia solicitado mucho tiempo ántes al Rey Católico desde el Peñon de Velez le metiese en posesion de la corona de Fez y Marruecos, que le tocaba por la herencia de su padre, en que se habia introducido Muley Abdelá, su sobrino, contra todo derecho. Estando en libertad la mayor parte de las provincias de la Mauritania Tingitania en el año mil y quinientos y ocho despues que feneció el poder de los Benimerines, y era poco el de los Otoaces, sucesores dellos en la tiranía africana, tenian nombre el xerife Mahamet Beni Hamet el Hosceni, astuto y mágico decendiente de Muley Abdalech, último rey de Fez de los Benimerines, y sus hijos de Abdel Quibir Hamet y Mahamet. A éstos por haber visitado el sepulcro de Mahoma en la ciudad de Almedina en la Arabia desierta, tenidos por marabitos y bienaventurados de los moros, en imitacion de sus tiranos Idris, Magaroas, Almorabidas, Almohadas y Benimerines, los encaminó su padre, y al cabo de algunos años fuertes en reputacion y séguito mataron los reyes de Fez y de Marruecos, y Muley Mahamet los unió en su corona, quitando la de Fez á su hermano anterior Hamet. Para tenerle ménos descontento y en esperanza,

estableció por ley el suceder los hermanos á los hermanos en los Estados del último poseedor en su muerte, y no sus hijos ó nietos, hasta ser acabados sus tios, contra el derecho natural y de sangre y del uso de las monarquías hereditarias, porque como de bienes adquiridos por ellos dispusieron por ley. Heredó Abdelá, y contra esto hizo jurar por rey sucesor suyo á su hijo Abdelá el negro, y reinó decisiete años con prosperidad, porque el uno de sus hermanos para su seguridad huyó á los alarabes, el otro á Tremecen, donde le hizo matar, y á tierras del Rey Católico Muley Abdel, llamado de su padre Melic ó Meluc, que en arábiga suena siervo, por muy inclinado á los cristianos, agnombre con que era conocido y distinguido de los hermanos. Éste solicitó por medio de D. Diego Pimentel, conde de Benavente, virey de Valencia, al rey Filipe, sinificándole su derecho, para que le metiese en posesion de su corona, como tan poderoso, á quien está bien hacer algunas jornadas para aumento de gloria y ecelencia de su nombre, muestra de su potencia. No le respondió como deseaba, porque aunque el Rey no estuviera tan ocupado con larga y forzosa guerra en sus Países Baxos, empresas en Africa entónces se tenian por difíciles y de poco provecho en restituir reyes moros en sus Estados, pues establecidos no se acuerdan del bien ni del hechor dél, y viven odiados de los moros como amigos de los cristianos sus valedores, y suele causar su total ruina, como se vió en los reinos de Túnez, Tremecen y Tenez. Muley Melic fué con Aluch Alí á servir en el mar á Selin, y se halló en la batalla de Lepanto con él, y volvió á Constantinopla, y despues le asistió en las armadas hasta el año mil y quinientos y setenta y cuatro. Viendo en el fin dél desembarazadas las armas del turco, y libres de acometimientos de cristianos, le pidió mandase á su Virey de Argel le restituyese en su reino de Fez, y le entregaria en recompensa y servicio el puerto de Alarache, donde tener sus galeras para robar y molestar á España y sus flotas, que está del estrecho de Gibraltar quince leguas en treinta y cuatro grados de altura de polo, y es capaz de muchas galeras y navíos de docientas toneladas, el mejor puerto de Berbería, y de más comercio, en el canal del rio Lucus ó Liso segun Tolemeo, en la provincia del Lebat, y corre cuarenta leguas desde su nacimiento, y dista siete de Arcilla. He dado tan particular noticia de la pretensión deste moro, porque ocupará adelante buena parte de nuestra escritura.

Rabadan, teniente en Túnez de Aluch Alí, luégo que la desamparó en llegando la armada de D. Juan de Austria á su costa en el año mil y quinientos y setenta y tres, con los turcos y moros tunecies que le siguieron, se retiró al Carvan, donde estuvo por órden de Aluch Alí, acometido algunas veces de los africanos y cristianos de la Goleta con su daño. Los turcos y naturales de Argel, donde se crió, le deseaban por sucesor de Arab Hamat en el gobierno, porque era recto, cuerdo, afable, y para solicitar su preten-

sion enviaron en la galeota de Mami Arraez, general, á Cid Butaybó, principal morabito, ó letrado de la mezquita mayor, y para que favoreciese á Muley Moluc Xerife, hermano del rey de Fez Muley Abdalá, y tio de Muley Hamet, para que Selin le restituyese en su reino, de donde le expelió Abdalá, y retirado en Argel porque no le matase el hermano y le amparase Selin, esperó coyuntura. Envió su patente el turco, é instrucion para gobernar á Argel á Rabadan y restituir al Xerife, y Mami las envió desde Susa, lugar marítimo del reino de Túnez. Llegó por mar á cabo Bono con dos galeotas en que llevaba su familia, donde dicen el Cimbulo, y descubierto de D. Juan de Cardona que iba á la Goleta, siguió la caza siete millas, y levó remos á tiempo que si prosiguiera dos millas más tomára los bajeles en una punta en que iban derechos á embestir, despojados ya para echarse al agua Rabadan, Muley Moluc y su suegro Agi Morato, y el arraez Mami. Retuvo á D. Juan el advertir se adelantó mucho de sus galeras y unas humadas que astutamente mandó hacer Rabadan en tierra, para que recelase habia más bajeles que llamaban en su favor, y quedó burlado y llegó á la Goleta, y Rabadan á Argel venturosamente, donde hizo grandes aprestos de guerra para la jornada de Fez y socorro de la armada, cuando llegase á Túnez. Don Juan de Cardona puso en tierra la gente y municiones que traia, y lo mismo D. Bernardino de Velasco, que arribó con veinte galeras de Nápoles con bastimentos y cuatro compañías de infantería italiana á cargo de Tiberio Brancacio. Dieron buenas boyas para abrir los fosos en el fuerte de Túnez y llenar las cisternas de agua y ayudar á levantar las murallas, que áun no estaban fuera de escala, y en algunas partes no era su altura de doce piés, sin parapetos, sin estradas cubiertas, sin acabar los baluartes, y derribar del todo los muros de la ciudad que miraban al fuerte, habiendo gastado ocho meses en quitar algunos padrastros, hacer dos caballeros y los aloxamientos, cuerpos de guardia, almacenes, molinos, cisternas en que habia agua para un exército, y por falta de laborantes y materiales no pudo el Cerbellon tener acabada la obra. Don Juan de Cardona sacó de Biserta los trecientos españoles que allí quedaron á cargo del capitan Francisco de Ayala y la artillería y municiones, y los llevó á la Goleta. Habiendo gastado doce dias allí los cabos de las galeras, embarcaron su gente para volver á Italia, aunque Gabrio Cerbellon les pedia se detuviesen más para ayudalle en la obra; porque la fama acercaba la armada de Selin, y en confirmacion entró en la tierra de Túnez el gobernador de Tripol y el alcaide del Carvan con cuatro mil turcos y gran número de alárabes, para quitar la entrada de los bastimentos á la Goleta y Túnez, y dando el gasto á los panes, y por otra parte el gobernador de Bona con dos mil turcos. Juntaron grandes manadas de camellos y bestias de carga para servir y bastecer el exército. Solamente alcanzó D. Pedro Puertocarrero de D. Bernardino de Velasco el dexarle las barquetas

de las galeras y docientos hombres de remo, para que le sirviesen por el Estaño, y volvieron á Sicilia y Nápoles. A primero de Julio recibió carta Cerbellon del Cardenal de Granvela certificando la salida de la armada de Constantinopla contra aquellas plazas. Visitase la Goleta y dispusiese su defensa, y si el fuerte áun no la tenía, con su gente, artillería y municiones pasase á ella, pues con esto y su presencia por el valor conocido y larga experiencia del arte de fortificar sería inexpugnable, pues más se habia de fiar de su antigua fortificacion que de la nueva imperfeta. Principalmente porque D. Pedro Puertocarrero no habia pasado por todos los cargos militares, anteponiendo el error de los tiempos entre christianos la nobleza á la suficiencia de valerosos, fuertes, de gran consejo y pericia en la guerra, como si ella tuviese la virtud y aptitud para grandes cargos, no siendo cultivada de la experiencia, midiendo mal por la estirpe, imágenes y trofeos de los antiguos sus méritos, y no por los hechos señalados, como hacen los turcos, mirando no á lo que aquéllos fueron, sino á lo que son éstos, que han de obrar para la salud y honor de la patria. Halló el Cerbellon muchas imperfeciones en la fortificacion de la Goleta; ordenó se levantasen los parapetos, baxasen la tierra dos piés para cubrir los tiradores, hacer otros en las murallas antiguas, y para su fábrica envió desde Túnez maestranza.

En tanto que se executaba esto lentamente, la armada turquesca con docientas y treinta galeras y treinta galeotas y cuarenta bajeles de carga de todas formas, con cuarenta mil soldados de las naciones de Africa y Europa, los siete mil genízaros, salió de Constantinopla gobernada del Aluch Alí, y el exército de Sinan baxá, yerno de Selin, para que con imperio mandase á los africanos, pues sería más obedecido y respetado que Aluch Alí. A los once de Julio llegó al cabo de Cartago, y Muley Hamet, rey de Túnez, para evitar su desembarcacion juntó buena caballería é infantería á once banderas de españoles y á sus caballos, artillería, municiones, pabellones, vitualla; mas desamparado de sus moros, amigos de novedades, no pudo pelear. Cerbellon, con más obstinacion y ambicion que buen consejo, no quiso unir sus fuerzas con las de la Goleta, causando la pérdida total, anteponiendo al beneficio universal su comodidad y guardia de lo que se le encomendó, que se cobrára brevemente con la retencion de la Goleta. Determinaron sitiarla á un tiempo y el fuerte de Túnez, y así envió contra éste á Aidar, alcaide del Carvan, con toda la gente de la tierra, y cuatro mil turcos, y ocho piezas de batir, y otras para tirar á las defensas, y Sinan caminó á la Goleta á veintisiete de Julio; luégo llegó Arab Hamat, que habia salido de Argel despues que arribó Rabadan, con siete galeras bien armadas, y dentro de pocos dias Arnaut Mami con nueve, despachado de Rabadan para servir en aquel sitio, cargadas de buena gente, artillería y municiones. Al fuerte se plantaron dos baterías; en la

una asistia Aidar, en la otra el Gobernador de Tripol, y otras dos á la Goleta por la parte de Arraez, encomendada á Arab Hamat, y la de Cartago, que tomó Aluch Alí á su cargo. Plantaron cuatro cañones para defender los gastadores, que revolviendo montones de arena iban poco á poco arrimándose á la Goleta, aunque los cristianos con las salidas mataron muchos turcos. Acercábanse con trincheas de fagina de olivos, abundosa planta en aquella comarca, traida con camellos y gente de las galeras y moros con bestias, cubriéndose con montañas una detras de otra, sacas de lana y de mazorcas de carrizo marino. En siete dias, aunque fueron maltratados de los cristianos, al dia trece desembocaron en el foso. Hechas sus trincheas y plataformas comenzaron á batir con cañones gruesísimos y basiliscos las murallas y baluartes, y asimismo al fuerte de Túnez sus expugnadores.

Don Pedro Puertocarrero luégo, como arribó la armada, despachó con el aviso á D. Juan, pidiéndole que por lo que debia á su oficio y á la piedad cristiana, con brevedad socorriese aquellas plazas. Estaba en Begeben por órden del Rey, y vino luégo á Génova para ir á Nápoles. Escribió al Duque de Sesa solicitase al Cardenal de Granvela, porque, como se advertia, enviase gente de socorro á la Goleta. Respondió tenía mucho que guardar en el reino, y no le convenia dividir sus fuerzas. La causa principal era el poco gusto que tenía de acudir á D. Juan, invidioso de sus favores de Marte y Vénus, y como extranjero, y que sus hermanos conjuraron en la rebelion de Flandres. No gobiernan bien los eclesiásticos donde hay gente de guerra, de cuyo conocimiento los hace inorantes el estado. En Génova se detuvo algunos dias D. Juan, porque terrible tempestad desusada en el estío maltrató mucho su real capitana y cuantos bajeles habia en el puerto. A veintidos de Agosto llegó á Nápoles, y con flaca ayuda de gente y dineros pasó á Palermo. Don Pedro Puertocarrero pidió al Cerbellon personas expertas para gobernar y asistir á las defensas y á otras cosas, y envióle al capitan Ocio de Avendaño y dos alféreces españoles, algunos oficiales de carpintería y un ingeniero militar, y otros de fuegos, y ordenó á D. Juan Sanoguera, capitan de un fuerte que se hizo en una torrecilla que habia en medio del Estaño, que con las barquillas que tenía socorriese á la Goleta, y procurase impedir á los enemigos fabricasen por aquella parte las máquinas para ofendella. Desde trescientos pasos de distancia batian las murallas sobre bastiones, que las sobrepujaban, volviendo inútil la artillería, furiosamente de dia y de noche tirando mil balas cada dia. Hicieron gran ruina en el baluarte San Pedro, y trabajaban los turcos con todas sus fuerzas por ganar la estrada encubierta que iba á la mar, defendida gallardamente de los cercados. Porque morian algunos, que le pareció á D. Pedro Puertocarrero eran necesarios para defender las murallas, la queria desamparar con su ignoraucia, mas los capitanes prácticos le dixeron era la importancia de la defensa y la disposicion della, y

les obligaba á conservarla, y lo podian hacer dos meses, consumiendo el campo enemigo, ganando tiempo para ser socorridos, ó á lo ménos dividirian sus fuerzas, y en tanto no intentarian otra empresa. Estaba la vitoria en dilatar el cerco, hasta que el tiempo mal seguro llevase la armada á Portofarina y Biserta, con que el socorro podria entrar sin impedimento. Jamas le pudieron persuadir á esto al Puertocarrero, y aunque más requerimientos y contradiciones le hicieron, los retiró, y dexó á los turcos lo que más habian menester y más deseaban. Ignoraba que en la expugnacion de las plazas fuertes se ha de defender más la campaña que las murallas, pues con ella está todo defendido, y que no sólo una estrada encubierta, más una estacada, un trincheron, un diamante ó galerías suele hacer detener un cerco tiempo muy largo.

En este año se trataba en España con asistencia y cuidado de la institucion en la autoridad del Sumo Pontífice y Rey Católico de la órden militar de Santa María de la Espada blanca en las provincias de Castilla, Leon, Vizcaya, Navarra, Aragon, Valencia, Cataluña, Astúrias y Galicia. Habian de entrar en ella solamente cristianos viejos, limpios por riguroso exámen, y gobernarse por un inquisidor general y priores de las provincias á ellos totalmente sujetos en lo civil y criminal, exentos de la juridicion Real, militando debaxo del estandarte de su mayor en la defensa destos reinos á su costa en campaña y presidios, y su insinia era una espada blanca, como la de Santiago colorada. Parecia haria poderoso al Rey el gran número destos nuevos soldados escogidos, y á la república reformada en las costumbres y pacífica en sí misma, con que Dios sería mejor servido y la nobleza conocida. Aprobadas su regla y constituciones por el Santo Oficio de la Inquisicion, pidieron la confirmase al Rey los procuradores de las provincias, y de cuarenta y ocho casas solariegas, nobles y limpias, y de las iglesias arzobispales de Toledo, Santiago, Sevilla, Zaragoza, Valencia, Tarragona y Granada, en su aprobacion y reprobacion largamente se confirió y disputó. Pedro Venegas de Córdoba, caballero no ménos valeroso que prudente y gran celador del servicio de su Príncipe y bien comun, le dixo á boca y por escrito eran sus medios para este fin tan dificultosos y ásperos, que no se podian executar sin manifiestos peligros de sediciones, y comunes y particulares alborotos, y quien cuidaba del servicio de Dios y del Rey, y la paz y concordia cristiana en estas provincias temia que tan nueva república general, escogida con calidades y condiciones tan singulares y rigurosas en tiempo tan vidrioso, engendraria tantas más y mayores sediciones que los estatutos particulares, cuanto mayor fuerza y más perniciosa, traia un alboroto general de comunidades en un reino, que un particular cisma en una sola congregacion de diferentes facciones. Convenia no dar lugar á que tal novedad se publicase, y á que se aficionasen voluntades noveleras á los esta-

blecimientos y regla de tan nueva órden ó religion. Porque si el liquidar nuevamente en cualquiera ciudad diferencia de estados, decendencia de linajes y calidades de sangre, levantaba bandos civiles sobre el dar y tomar de las preeminencias, ¿qué sería tomándolo en general tantas comunidades? Demas del estallido que daria en España el levantar en aquella sazon estandarte general de nueva república de cristianos viejos limpios, que tan odioso estaba en estos reinos, pues con haber sido los estatutos particulares sin comparacion ménos escandalosos en su principio, fueron tan costosos de paz, conciencias, honras, haciendas, hasta ser recebidos y asentados como se hallaban, y en parte provechosos y de importancia en tiempo que la nobleza se inficionaba con sangre sospechosa, ó por las necesidades de los nobles, ó astucia de los infectos mal opinados, y de temer en nuestra santa religion, por haber sido dellos los más de los heresiarcas y herejes deste siglo presente. Mas tambien se debia advertir habia entre ellos sujetos de virtud y discrecion cristiana y letras, dignos de premio notados por el caso, ó culpa de sus progenitores, y con la nueva distincion se desesperarian. Era peligroso esto, y peligrosísimo haber en España un Inquisidor general tan poderoso y señor de la nobleza, que en sus manos hiciesen todos remision de sus haciendas, y por cédula suya, y no de otra manera, las pudiesen gozar los regulares, y que se encargase de sus viudas él, y á todos acomodase á su voluntad, obligados con pleito homenaje á servirle y seguirle en paz y guerra, en vida y muerte. Mal consejo sería criar un poderoso en estos reinos con potencia superior á la de los maestrazgos pasados de las Órdenes militares, inclusos en la Corona ya, y no por la riqueza, sino por quitar ocasion de bandos y disensiones; porque el juntarse grandes estados y dignidades eclesiásticas en poderosos convenia evitar siempre. Y más el criar uno tan de universal juridicion eclesiástica y seglar que pudiese con los caudillos más de lo que sufririan estos reinos á otro que á su Rey, por los peligros de sediciones y disensiones que se presumen. Pues si causaron alborotos los familiares del Santo Oficio, siendo muchos hombres ordinarios y serviles y menestrales, ¿qué se podía temer, siendo nobles y poderosos, tan privilegiados y favorecidos de su órden, contra los que no fuesen della? no conviniendo tuviese la Inquisicion más y mayor juridicion que para administrar como hasta allí las cosas á la santa fe católica convenientes. Tambien estando en los presidios con armas los desta órden militar, hecho pleito homenaje á su inquisidor general, si se rebelase, tendria sin trabajo tomadas las fuerzas á las fronteras. Desconvenia truxesen él y sus priores estandarte y banderas con sus devisas, banderizando las tierras y gente, dándoles ocasion de entrar en cuestiones particulares y comunes. Los nobles calificados despreciarian el hábito de la nueva religion, por haber de ser admitidos labradores y menestrales, y otros comunes populares en sangre y manera de vida, con las mismas con-

diciones y ceremonias, que de sí dañarian su igualdad. Y más que los que vivian de su trabajo; pues á los pobres habia de suplir el precio de la entrada el Inquisidor general contra los estatutos, y no teniendo la órden bienes, le dañaria sustentar pobres, y para su fundacion, conservacion y aumento. Habiendo de hacer juicio y sus priores de provincias en sus tribunales de todos los nobles limpios, quedarian á las audiencias reales los cristianos nuevos ó manchados, pues no podian ir á ellas los regulares por vía de apelacion, sino á su Inquisidor general, sospechoso juzgado, por la presuncion de ser en cosas tocantes á la fe. El Rey mandó recoger los papeles y puso perpétuo silencio á los autores, y escribió á los cabildos eclesiásticos y seglares, de donde procedió la nueva invencion, se aquietasen, pues no tenian falta de justicia y defensa; á su Majestad tocaba su conservacion, y así tratasen de vivir santamente, que en lo que tenía á su cargo satisfaria en cuanto le era posible, conforme á su obligacion y lugar en que Dios le puso.

CAPÍTULO XIX.

Lo que en Flandres pasaba en el asedio de Leyden, en Holanda.

Gobernaba á Leyden Juan Duse, señor de Nortwyck, natural de la misma villa, antiguamente castillo redondo, cerrado de agua, cuya forma y fábrica muestra su antigüedad, y despues tierra habitada de los catos y frecuentada y nombrada así de los romanos, porque aseguraban en el castillo las mercaderías que venian por el Rbin, en cuya ribera está, y así la cercaron de muro y foso y hicieron villa, que fue muy rica. Echó fuera Juan Duse los extranjeros, mujeres y niños, porque habia poca vitualla, y comenzóla á repartir con peso y medida. Súpolo Valdés en la Haya, y con nueve banderas de españoles y algunos valones para apretar más la villa, ocupó los diques del fuerte de Masencluse y su campaña, que guardaban siete banderas de los rebeldes, aunque lo era mucho. Para ganarle por fuerza acometió por el dique de la diestra D. Martin de Ayala con tres compañías de infantería española, y con otras tres por el de la siniestra D. Luis Gaitan, y con otras tantas por la parte del prado el capitan Hortensio de Armengol, y por el canal del prado el capitan Luis Carrera con dos barcas empavesadas y atroneradas con buena mosquetería. Escaramuzaron sobre el ganar una cala con D. Luis Gaitan, cebándose y alargándose tan sin órden, que haciéndolo él por retirallas, fue muerto de un arcabuzazo. Valdés dexó el asaltar el fuerte hasta el dia siguiente, y le gastó

en mejorarse y tomar puesto el escuadron, esperando para no arriesgarle á ver lo que hacía el enemigo. Huyó á la Briele en barcas de noche, y Valdés ocupó y guarneció á Masanduse, y se dispuso para combatir el de Ulaerdinguen sobre el mismo dique, cerca de la villa de Schedan. Partió de noche sin órden alguna infantería con la compañía de caballos de Aurelio Palermo á correr la tierra, y en una emboscada degollaron docientos rebeldes que salieron del fuerte de Ulaerdinguen á dar sobre algunos españoles. Ocupado el dique, que le tenía á caballero, le desampararon, y dexándole en defensa, volvió Valdés á la Haya. Priesa habia dado el Comendador mayor en pagar los amotinados en Ambers, y satisfechos los envió con Chapino Viteli y quince banderas de zuiceros de la coronelía de Walterio Rolde que habia venido á servir, y se les habia tomado la muestra junto á Liera, en Borgoña, á veintisiete de Marzo, y se les contó entero el sueldo para ayuda de costa del juntarse allí. Dábase al estado del coronel setecientos y veintidos escudos y dos tercios, y á razon de ciento y cincuenta y cinco al mes en cada compañía de trecientos soldados, teniendo entre ellos cuarenta y cinco coseletes armados, y los demas arcabuceros, y picas secas, y alabarderos, armas con que sirven; con capitulacion de que por los coseletes que faltasen de aquel número se les baxasen á dos escudos de ventaja, y por los que truxesen demas se les creciesen; y las ventajas de los capitanes que tiene cada compañía y los demas oficiales della, y otras de los demas soldados particulares á razon de cuarenta y cuatro placas de Flandres cada escudo, y así montaba la coronelía veintiun mil seiscientos y once escudos y medio. El primero mes se les pagó así y no más, por ser el sueldo superior al concierto con que sirvieron en Alemania al emperador Cárlos V y en Francia y Italia; los que más militaron fueron pagados con escudos de á cuarenta placas por acuerdo tomado con él.

Para ocupar á Worcen, villeta pequeña sobre el dique y rio de Linguen, que se junta con el Mosa, defendida de cinco banderas, aloxó el Viteli la mitad de la gente de la otra parte del rio por tomar las espaldas á los rebeldes y á la villa, y con el resto asestó cuatro cañones en el dique y batió la muralla dos horas, y comenzando á entrar huyeron los enemigos con muerte de ciento; y pasó á sitiar á Leerdan, villa sobre el mismo rio con grandes fosos y cercada de prados, por donde se podia plantar muy mal la batería sino en el dique. Batieron ocho horas con poco efeto, aunque una bala mató al Gobernador; y siete soldados españoles con zapas, cubriéndose poco á poco, se aloxaron junto á la muralla. Defendíanla cuatro compañías, y la rindieron saliendo sin banderas ni caxas, pero con sus armas y ropa; y lo mismo los de Asperen y Vest. Chapino Viteli volvió á Ambers, y el Comendador mayor trató de hacer nuevas empresas con él, y mandó á Monsieur de Hierge que pasase á Bomel con parte de su infantería y de la caballería ligera para efetuar un trato que traia en ella con algunas com-

pañías de escoceses y su coronel Batsur, que habia estado en Haerlen, con ocasion de entrar cortando los panes. De nuevo solicitó á los de Holanda para que se reduxesen con Monsieur de Champaigney, pero sin fruto, porque no se les concedió la libertad de conciencia. Los rebeldes procuraban vituallar á Leyden que hambreaba, tanto que echaron fuera los inútiles, y Francisco de Valdés hizo el fuerte de la Cruz, el de Boriscot y el de Lammen, á cuarto de legua della, paso de tres canales, y procurando los enemigos recuperalle, perdieron cuatro barcas de seis con número de gente, y mucha mayor en el salir á escaramuzar para gozar de las huertas y ganar la trinchea que unia el fuerte de la puerta de la Haya y la de Vadingue, cerca de Boshuysen, y asegurar el ganado con máquinas de navíos, y así se retiraron de manera que no salia persona. Enviaron un trompeta á Valdés pidiendo prática con el Conde de la Roeha, gobernador de Holanda; y Valdés, conociendo era para que afloxase en el asedio, porque con avisos de las palomas sabian serian brevemente socorridos, respondió que por ser él quien los tenía cercados, praticasen con él, y pidió al Comendador mayor refuerzo de españoles, y los envió con Julian Romero, y él incorporó veinticinco banderas reformadas por estar muy faltas de los tercios viejos en el suyo y el de D. Hernando de Toledo; y de los de San Filipe y Santiago se hizo en doce banderas uno para Francisco de Valdés. Fabricó para cerrar más los de Leyden dos fuertes en las bocas de los ríos, y otros dos á la parte de Schiedan y Delfs, con que los puestos del asedio eran sesenta y dos; y los rebeldes trataban de romper los diques de Roterdan para volver navegable la campaña, aunque era con gran ruina de las aldeas y frutos sembrados de gran precio, desestimado por mantener su herejía.

CAPÍTULO XX.

Don Juan procura socorrer la Goleta, y los turcos la combaten y el fuerte de Túnez hasta ganallos.

Don Juan de Austria, habiendo embarcado en la ribera de Génova para ir al socorro de la Goleta la infantería española que venía á cargo de don García de Mendoza, del hábito de San Juan, y el tercio de D. Lope de Figueroa y ocho compañías que sacó del Estado de Milan, las coronelías de Otavio y Sigismundo Gonzaga, salió de Génova á siete de Agosto y llegó brevemente á Nápoles y á Palermo á juntar allí las galeras del Rey y de los amigos para socorrer la Goleta por su persona. Allí halló á don Alonso Bazan con cuarenta galeras, y arribó Marcelo Doria con veinti-

cinco, y el Duque de Terranova habia enviado dos reforzadas con trecientos españoles escogidos, y prometió libertad á la chusma si metian el socorro; mas el contrario tiempo las volvió á Palermo. Enviólas segunda vez D. Juan sin popas ni rumbadas para no ser descubiertas de léxos con artilleros y municiones, mas las tormentas les cerraron el paso. Fue Gil de Andrade con cuatro galeras á reconocer la armada del turco, y si pudiese á entrar en la Goleta, ó meter el socorro en parte donde no se perdiese, y las borrascas le echaron á Cerdeña, teniendo á D. Juan en deciocho dias que tardó, cuidadoso de si habia caido en manos de los turcos. Quiso ir á Trapana, y fue retenido del mar y viento furioso.

Los turcos, ganada sin trabajo y sangre la estrada encubierta, esforzados con la poca resistencia de los cercados, llegaron con las trincheas al foso que mira á Cartago, y hechos nuevos bastiones procuraban llenarlos. Aluch Alí para ello echó la chusma de las galeras en tierra, y traian fagina, de que en abundancia le proveian los moros, troncos gruesos y sacas de lana, y derramaba gran suma de dinero entre los que se señalaban. Comenzaron una mina los cercados que iba á dar á la tienda de Sinan baxá, mas impidió su efeto un soldado que se pasó á los turcos avisando á Aluch Alí. No estaba ménos apretado el fuerte de Túnez con trincheas, que por dos partes levantaban los turcos, aunque los retiró siete veces el Cerbellon con muerte de mas de tres mil, y uniéronse para estar más fuertes al resistir las salidas. Puertocarrero pidió al Cerbellon socorro, y envióle setecientos soldados escogidos italianos y españoles, y otros que voluntariamente quisieron ir con D. Pedro de Cabrera, hijo del Conde de Chinchon. Llegó carta al Cerbellon con órden de que fuese á la Goleta con toda su gente, desamparando el fuerte, y para executar juntó Consejo, donde propuso si podria, echando la artillería en el Estaño, pasar en dos barcadas la gente, y D. Pedro Zanoguera dixo sería en seis, y considerando podian ser sentidos, acordó ir con cuatrocientos, pero contradixeron diciendo era perderlos á todos. Envió á Martin de Zúñiga y Diego Maldonado con docientos españoles, y á Hércules de Pisa con otros tantos italianos; y por haber ocupado Aluch Alí el paso fueron por el Estaño una milla el agua á la cinta, y entraron con maña y riesgo en la Goleta, y de la misma manera pudieran todos los del fuerte de Túnez. Los turcos metieron en el Estaño muchos esquifes, y sobre ellos levantaron trincheas de árboles para ir cubiertos á la boca del canal y cerrarle de manera que por él no pudiese de noche entrar persona ni salir. Antes D. Pedro Zanoguera con las barcas fué á Túnez para no quedar cerrado. Pareció á los turcos estaba la batería para arremeter, y de ambas partes furiosamente asaltaron á un tiempo, pero fueron rebotados por los defensores con gran mortandad de unos y otros. Don Pedro Puertocarrero, vista la pujanza de los turcos, escribió al Cerbellon le socorriese para no acabar de

perderse. Envióle, con acuerdo del Consejo, cuatrocientos y cincuenta españoles y italianos, y entraron á veintidos de Agosto en la Goleta, y el Cerbellon entrára con el resto si tomára consejo, como debia, más conveniente al Rey y á él, á quien se atribuyó la pérdida general, pues unidas las fuerzas fueran incontrastables, gobernada la guerra por su industria y valor. Este dia volvieron á batir reciamente los enemigos, y dieron á la Goleta otro asalto muy largo y gallardamente combatido de ambas partes á costa de muchas vidas. A los veintitres, con toda la fuerza del exército puesto en sus escuadrones, y la armada en cerco de la plaza, la combatió Sinan, animando su gente con promesas, y Aluch Alí con espuertas de dinero, con voces y toda suerte de esforzar soldados en las baterías. No afloxaron punto los mil cristianos que estaban en las murallas, pero tenian tan en su contra las defensas, que cediendo al ímpetu y á la multitud, al cabo de cinco horas de combate fueron vencidos y entrados, executando toda bárbara fiereza. Desde el fuerte de Túnez vieron la entrada con gran congoxa por tal pérdida y ser pronóstico de la suya.

A veinticinco de Agosto Sinan en Túnez reforzó las trincheas, y las puso sobre el borde del foso tan altas como la muralla, y batió el baluarte Cerbellon, y caminó con mina contra el Doria y la cortina del de San Juan, y defendido su campo de la artillería de los baluartes tiraban á las defensas, matando tantos cristianos, que su número se reduxo á mil no más, y éstos procuraban acabar con la artillería por no perder más gente en los asaltos, porque en los de la Goleta pereció mucha. De su pérdida avisó el Cerbellon á Sicilia, y ya se sabía por la vía de Tabarca y Cerdeña por aviso de mercaderes. Pareciendo á Sinan convenia abreviar la empresa, y que las baterías estaban en buena disposicion para arremeter, mandó volar las minas y arrimar las escalas en gran número y dar el asalto general. Pelearon seis horas con grandes ruinas de los asaltadores, y así retirados obstinadamente renovaron la batalla, y la prosiguieron por otras cinco horas, pero maltratados y heridos animosamente de los defensores, llenando las baterías y fosos de muertos, los arrojaron de la muralla. Reducidos á seiscientos, no desmayaron, pero gallardamente sobre los muros se opusieron á los turcos en otros asaltos, retirando los heridos y cansados, hasta que acometidos de veinte mil á un tiempo y por diferentes partes, en la plaza imperfeta fueron entrados y muertos con admiracion de que se hubiesen defendido en ella tanto tiempo y tan pocos. Fue traido Gabrio Cerbellon á Sinan, y llevóle delante de su caballo hasta las galeras. Don Juan Sanoguera rindió el fuerte de la isla, y con cincuenta, segun su capitulacion, en una nave francesa arribó á Trapana. Sinan, tomada la muestra á su exército, halló habian muerto treinta y tres mil hombres turcos y moros, y entre ellos muchos capitanes y personas de cuenta. Dexó en Túnez cuatro mil, y embarcada la artillería y volada con minas la Goleta, caminó á Portofarina,

donde despalmó sus galeras, y caminó á veintisiete de Setiembre vitorioso para levante, y Aluch Alí con gran reputacion. Don Pedro Puertocarrero murió ántes de llegar á Constantinopla, y Cerbellon estuvo preso hasta que se dió en cambio de Mahamet baxá, hijo de Selarraez, que fue preso en la batalla del año mil y quinientos y setenta y uno.

Mucho entristeció la pérdida de la Goleta, mas el tiempo mostró fue su mayor daño el de la gente y artillería, y el de la reputacion de don Juan, que áun en la gracia del Rey para con él hizo mal efeto. Volvió á Génova á veintinueve de Noviembre, donde se acabó la eleccion de gobernadores á veintiocho de Diciembre con mucha quietud. Mos de Vernuis, caballero francés de la órden de San Miguel, pidió con cartas del rey Enrique III se le permitiese levantar en Córcega dos mil hombres para servirse dellos contra sus rebeldes, debaxo del gobierno de Alfonso de Ornano, hijo de San Pedro Corzo. Representó D. Juan de Idiaquez los daños que podia causar en la isla leva por mano de hijo de enemigo de su república, gajero del Rey de Francia, y el disgusto que su Majestad Católica recebiria de que se comunicase tanto con franceses, y no tuvo efeto la peticion.

El Rey, temiendo que el turco, cebado en la vitoria de la Goleta, sitiase á Orán, envió á ver la defensa en que estaba á Vespasiano Gonzaga, visorey de Valencia, registrar sus obras y examinar fuertes, y ordenar su mayor perfecion y fortaleza. Fundóse por su resolucion y modelo de Juan Baptista Antoneli en lo alto del monte, que dicen la Silla, al maestre tramontana de Orán en gran aspereza el castillo de Santa Cruz, al cual se sube desde la ladera dél en decisiete vueltas de camino distancia de una milla, descubre la playa de Orán y la de Marzaelquivir. Es el homenaje de todas las plazas por la altura de sitio, que no se puede batir, sitiar ni ganar sino con grandísima dificultad, de piedra y cal fabricado, sin ofensa en su largo de levante á poniente hasta descubrir el castillo de San Gregorio, que está más baxo en la mitad del monte. Los moros con su edificio desesperaron de recobrar las plazas. Acabóse y cercóse el fuerte de San Gregorio, llamado de los moros Torre del Hacho, puesto sobre la Punta la Mona, poco ménos que la mitad de altura de todo el monte de la Silla, y servia de señalar los navíos y atalaya desde Orán, y hoy sirve de que en la playa no haya enemigos, asegurado del fuerte de la Silla. El castillo de Rezalcazar, fundado al levante de Orán en la cordillera que viene sobre el rio la rambla en medio, trecientos pasos de la puerta de Canastel, se ciñó desde la obra vieja hasta descubrir la playa de la rambla honda y caleta del Morillo. Es plaza fuerte por sitio y forma bien asentada, con malos arremetederos, muy fragosa por el levante, poniente y norte, y sobre el mar eminente quinientos pasos en alto, segura de mina por estár en piedra tosca, y bastante para hacer depósito de un exército y recuperar un reino ó conquistarle, y poner freno

para que nadie le emprenda. Fortificóse la torre de los Santos tambien, y todo con tanto gasto, que llegó á millon y medio.

CAPÍTULO XXI.

Los rebeldes de Flandres socorren á Leyden.

Los rebeldes de Flandres, para socorrer á Leyden por agua, abrieron y rompieron los diques del Mosa y del Issel en deciseis partes, y entre Roterodan y Delfshaven, por donde entró tanta agua que se anegó el país. Algunas aberturas cerraron los españoles, pero sin fruto. En la campaña anegada entró Luis de Boisot, almirante de los rebeldes, que vino de Ulisinghen á Roterodan con ciento y sesenta baxeles chatos de remo, sin quilla, por haber de navegar por lagos, fabricados allí y armados con una y dos piezas en la proa y seis más pequeñas en cada costado, en que iba buen número de soldados y marineros, vituallas y dos compañías de gastadores para abrir los diques donde fuese necesario, y hacian muy hermosa vista navegando. Para asistir á la armada, una hora ántes del dia algunas banderas de franceses ocuparon las dos partes de la abertura del dique para defender las trincheas, y así se arrimaron á él los baxeles en su ayuda. Los españoles salieron á quitarles el puesto, pero defendiéronle amparados de la artillería de los baxeles, y asimismo de la arcabucería con que tenian fortificado el dique. Anegáronse las aldeas y fuertes en que alojaban los católicos, y se retiraron de la otra parte de la Haya la vuelta de Haerlen, donde no habia llegado la inundacion. Valdés recogia los capitanes y soldados, y en lo más baxo del dique tomaba puesto para defendelle. Comenzó á fortificar otros diques, que el mar no podia sobrepujar, por donde habia de ir el enemigo á entrar en el canal maestre, en que estaba el fuerte de Lammen, al tiempo que sus navíos, ganando la tierra, vinieron á tomar un camino para venir al lago de Soetermeer, y le fortificaron con trincheas para ir por las lagunas á él. Sólo un navío pasó por debaxo del puente de Soetermeer, porque era menester desalojar los españoles que estaban en casas de la una y otra parte. Con barcas armadas con artillería y empavesadas por la proa y con redes mojadas para cubrir la gente, á deciseite de Setiembre el Almirante envió sus bergantines y navíos por diversos canales, y él con el suyo se acercó al puente á tiro de mosquete, y por todas partes le acometieron y batieron las casas y puestos con balas de artificio; pero los defensores los conservaron con dos barcas rotas de la fuerza

de la artillería que llevaban, y con pérdida de gente en el combate, y trabucadas otras embestidas de las de los españoles, se retiraron con poca esperanza de ganar el puesto por la gran resistencia que se les hacía y no haber crecido la agua lo que habian menester por el contrario tiempo, y porque levantaron una trinchea los españoles en el dlqne. Corrió el viento muy en su favor, y fueron advertidos no ser necesario pasar la armada por debaxo del puente, pues podia navegar entre Soetermeer y Belhuisen, y con ocho bergantines envió á tomar una trinchea que defendia D. Luis Pimentel, alférez del capitan Herrera, que habian levantado sus soldados. Para animarlos, sin temor de la muerte ni del enemigo paseó el dique mucho tiempo con peligro, no tocando á su valor infinitas balas; mas herido en un brazo desamparó el puesto, no su gente, que ya tenía el agua á las rodillas, hasta que Valdés en el segundo cuarto los retiró porque no pereciese, pues más no se podia en defensa del paso. Anegadas las aldeas ya en que alojaba, vino á la de Soeterwoude para defendella, si el mar no le impedia, en el canal de la Briele. Con máquina que llamaron el arca de Delf, compuesta de dos navíos que traian con un artificio de ruedas ocho hombres, y defendian cincuenta cubiertos con tablazon á prueba de mosquete, y con troneras para la artillería, defendida de su armada; siguieron tirando á los católicos que se retiraban y los navíos de remo hasta entrar en el lago de Nort, donde en batalla batieron con cuartos de cañon una trinchea y casas que defendieron bien los católicos; mas cediendo al agua las desampararon. Pasó la armada la vuelta de Leyden, avisando con la artillería de su venida. Valdés levantaba y fortificaba los diques y puente entre Leyderdorp y Leyden, mezclando con fagina la tierra para apastarla, especialmente en Lammen, que principalmente convenia guardar sobre el canal de la villa, de quince pasos de ancho y pica y media de fondo. Rompiendo el dique de Kerckuveg anegaron la campaña impelidas las aguas vivas de furioso Nort, en desusada manera y jamas vista en Holanda; de modo que la armada alcanzó dos piés y medio de agua para navegar, bastándole uno y medio. Caminó á Kerckuveg con disinio de aligerarla de gente, si no tuviese agua bastante, á media noche, á dos de Otubre, tocando arma falsa á los católicos en diversas partes para divertirlos, la almiranta y vicealmiranta en los cuernos, y en la batalla venticinco bergantines y algunos navíos con artillería y gastadores, y en la retaguardia los que llevaban municiones y vitualla asegurados de diez fragatas, que iban una de otra á tiro de arcabuz. Ganaron dos barquillas con algunos soldados que hacian la guardia, y tocando arma se comenzó á pelear, disparando su artillería sobre las trincheas con balas encadenadas, y sacos de balas de mosquete donde descubrian fuegos, y en tanto se fortificaban sobre el dique, y pusieron gente en él á la parte de Soeterwode y Granulandriele, y sembraron abrojos de hierro para impedir la arremetida á los católicos, que

los herian con la mosquetería y arcabucería hasta que desampararon el puesto. Rompieron el dique por tres partes, y caminó su armada al puente Dulac, y hallando poco fondo vino á Meirboug sin ser impedida. Avisó el Almirante con una paloma á Leyden de su cercanía, porque se apercibiesen para salir á ayudar á combatir el fuerte de Lammen, el más importante para meter el socorro. Fue á tiempo que habia de comer para seis dias, y la hambre de manera que murieron mujeres preñadas; y por esto Valdés le procuraba conservar. Pero considerando era imposible socorrelle por estar en medio la armada, mandó al capitan Borja, salva la gente, le desamparase, porque los rebeldes ya le querian batir, y lo executó en la media noche. Una centinela de Leyden vió las cuerdas encendidas salir y no volver, y avisó; pero no salieron á ocupar el fuerte hasta reconocelle, y porque cayó un lienzo de la muralla en la misma noche entre las puertas de las barcas y torre de Borgoña, de más de cincuenta pasos de distancia, dexando tan llana batería, que si la gente del Rey se entretuviera, segura y libremente pudiera arremeter y entrar. Viendo á Lamen desamparado, la armada socorrió á Leyden, logrando su industria, gasto, trabajo, librándola del asedio. Valdés ordenó que las compañías se encaminasen á la Haya siguiendo su consejo y fortuna; el coronel Alonso Lopez Gallo á Voerschoten, y el Borja á Soeterwoude. Pasando sus soldados el agua á los pechos con pérdida de algunos y de un cañon que afondó la barca que le llevaba, entró en la Haya en desórden cargados de las barcas enemigas, ayudadas del mar que trabajó las católicas hasta anegar cinco cañones que retiraba el capitan Ortiz por haber dado en seco los baxeles, aunque no las tomaron los rebeldes peleando con los católicos de ordinario con todas armas y con garfios, gozando de la confusion de la retirada con mucha sangre; porque sus barcas llenas de soldados señoreaban los prados. Con cuatro ganchos truxeron á una barca á Chacon, sargento del Borja, que defendia el puente del canal principal, y teniéndole por muerto, con su alabarda en la mano tendido, se levantó y mató tres y hizo saltar en el agua á los demas, y la metió valerosamente en la Haya. Valdés, retirada la gente de Leyderdorp, artillería, municiones, se salvó en una barquilla con pérdida de treinta españoles y algunos más de las otras naciones. La de los rebeldes fue grande, porque la mosquetería hizo en ellos buen estrago. La armada estuvo en Naeldwuyck algunos dias, donde estaban las banderas del capitan Palomino y la de Carrera. Valdés alojó la gente en los mejores puestos para sustentarla, en tanto que el capitan Pedro de Paz, que envió á dar cuenta de lo sucedido al Comendador mayor, traia órden de lo que habia de hacer y dinero con que socorrer los soldados, que por su falta padecian. Dos leguas de Naeldwyck, en la aldea Wateringen, habia cuarenta soldados con el sargento del capitan Carrera, donde con la rotura del dique de Roterodan llegaba el mar hasta Naeldwyck con fondo

para navegar, y convenia conservarla. Los enemigos cortando el paso de la Haya á Valdés y á los de las aldeas y puestos, batieron las casas de Wateringen, y la iglesia cercada de agua, y con la armada asistida del sargento solamente con un trompeta, que tocaba arma, en tanto que los soldados vadeaban un brazo de mar de un tiro de mosqnete en ancho, y con ello se retiró á Naudwyck conforme al órden de Valdés. Los rebeldes fortificaron el fuerte, y pusieron trecientos soldados en su defensa y de los diques, y Valdés por su importancia envió á recuperalle al capitan Palomino y á D. Luis Pimentel, alférez de Carrera, con los soldados de sus compañías, y sin banderas embistiendo por el dique de Naeldwick, y por el que iba á la Haya al amanecer. El capitan Armengol y D. Diego de Gauna, por el otro dique con el capitan Isla, Palomino y Pimentel, llegaron de los primeros á las trincheas del enemigo con docientos españoles á tiro de arcabuz de la iglesia, por donde habian de arremeter junto á un molino, y pasaron uno á uno todos sobre tablones largos. Los enemigos se pusieron á la defensa, y Palomino pasó por el puente con Pimentel, y murió de dos mosquetazos en la rodilla y en los pechos. La vanguardia embistió las trincheas, que era de trece soldados, que no cabian más por la estrechura, y combatieron con las espadas hasta ser ayudados de las picas, con que huyeron los rebeldes á sus navíos, seguidos de los españoles por el agua hasta no apearla. Saquearon y quemaron la aldea, volvieron á sus alojamientos.

¿A quién no admira, si lee lo que Jerónimo Franchi escribe deste socorro de Leyden, facion de poca importancia y de ninguna consecuencia, con tantas menudencias referida, que ocupa lo más de un libro? Si esta navegacion se hubiera hecho en los campos secos de España ó Francia, fuera de pasmo; pero en aquellos Países, que por esto se llaman Baxos, hurtados al agua, el restituírselos es fácil, y pronto el inundarlos. Ni la empresa se intentó con admiracion, ni se prosiguió con valor, con temeridad sí; porque el viento reforzado y propicio, que fue el certísimo artífice deste suceso, no le pudieron esperar sino de la fortuna; de manera que fue cierta la costa y dudoso el efeto, impío y no valeroso; pues hizo un millon de daño, que no se restauró, y con fin de sustentar en su error y rebelion á los asediados. Acaba de perder el crédito con hacer este caso milagro, atribuyendo á divinidad el suceso y la firmeza de los herejes pertinacísimos, como si fuesen nuevos estos monstruos en la secta de Calvino, ó no se supiese endurece esta infame supersticion diabólicamente los ánimos de sus secuaces. Por ventura el mayor castigo de los sectarios ¿no fue el no ser vencidos, porque se dificultó su conversion? Y en esto hubiera discurrido con más seguridad el Jerónimo Franchi, si juntára alguna vez lo político con lo sagrado; mas siguiendo los de ninguna religion, no se inclina á favorecer la católica. Y siendo venal guardó su pro-

mesa al Príncipe de Orange y á sus secuaces de escribir, no historia, sino defensa de sus errores y traiciones contra su Rey natural y contra Dios hechos y mantenidos, valiéndose aquel escritor de los libelos infamatorios y manifiestos que los herejes derramaron en Europa, en justificacion de su tiranía; y mostrando el desden que tenía por no le haber su Majestad Católica hecho merced por la historia que escribió con cuidado y elegancia de la union á su Corona del reino de Portugal, en que trabajó mucho Franchi, y mostró conocimiento de la materia y fundamentos naturales y adquiridos á propósito para historiar la que el tiempo y demanda de nacion ó príncipe le propusiese. Mas fue desgracia suya el empleo último de su escritura en relacion y abono de hechos tan odiosos y detestables á los pechos cristianos, y á los no mal afectos á la monarquía de España.

Pedro de Paz truxo dinero con que se socorrió á cada soldado con cuatro escudos con promesa de que presto se les pagaria enteramente. Pasados dos meses, amotinados los españoles, desampararon sus oficiales y puestos, y por Asparendan se alojaron en el arrabal de Utrech. Asaltaron la tierra, resistidos de los españoles del castillo; y en Maestrich pagados recibieron sus oficiales, y alojaron en Brabante. Los rebeldes trataron de meter gente en Ambers para ocupar la villa nueva sobre la ribera aparejada para ganar la tierra con la asistencia de su armada de noche por el rio. Previniéndolos el Comendador mayor, metió en ella á Mondragon con su coronelía y seis compañías de españoles, valiéndose de la comodidad que para esto dan los castillos, y en la plaza formó escuadron impediendo en aquel dia señalado la execucion del trato. Prosiguiéndole, metieron á la desfilada en Ambers dos mil soldados sin efeto; porque su armada por el contrario tiempo no arribó. Descubierta del todo la traicion, los rebeldes huyeron secretamente, y el Comendador mayor vino á su averiguacion; y hallando muchos culpados, castigó pocos, aconsejado y asistido mal de ministros negligentes y no executivos en caso tan atroz, que desechando las blanduras con que procedia el Comendador mayor, admitia todo eceso de rigor y castigo.

CAPÍTULO XXII.

Comienzan en Génova alteraciones nuevas, y sus efetos.

Fue la mayor causa de sediciones, mudanzas y bandos, peste de las repúblicas, la riqueza ecesiva de pocos y pobreza de muchos, que para su remedio y borrar su vergüenza con envidia y rancor por su menosprecio oprimieron y despojaron los ecelentes en honor, poder, deleites, trajes, veneracion, teniéndose igualmente por dignos, y por injusta la distribucion de la fortuna. Las pequeñas Repúblicas estos accidentes padecen, parciales fácilmente; no las grandes, porque entre los mayores y los pequeños muchos medianos los unen, y entre ricos y pobres, virtuosos y malos, que sueldan las cosas por su autoridad con los unos y cierto respeto tenido de los otros. Las de Génova, Luca, Florencia y de la Grecia antigua, de pequeño señorío, lo exemplifican, porque los extremos contrarios discordan siempre, si medio no los confedera. La ambicion de los más altivos, no consiguiendo las dignidades y oficios pretendidos, se amiga el pueblo, y opone á la nobleza siempre; así César y Mario en Roma: y en la aristocracia los gobernadores desconformes banderizan y alteran el pueblo, que luégo y con furia carga sobre ellos. En Génova eligieron gobernadores con quietud, pero alterada en el tiempo estatuido de la agregacion ordinaria de las familias, fue impedida de los atrevimientos tolerados de la señoría y mala disposicion del pueblo. Llevóle á furor á los siete de Hebrero falsa voz de que los gentilhombres viejos se armaban con forasteros en sus casas, y los nuevos hicieron lo que los otros no intentaron. Trató D. Juan de Idiaquez en la señoría de su peligro y remedio. Mandaron por bando deponer las armas, y las retuvieron inobedientes con muchos cuerpos de guardia, centinelas y desórden, y D. Juan de Idiaquez instaba en su castigo asistido del Príncipe de Melfi y de Juan Andrea Doria. Proveyeron el salir los forasteros de la ciudad, y que los naturales por un mes anduviesen desarmados, y cumplieron el bando. Don Juan habló á los gentilhombres nuevos en sustancia así:

«Si al deseo del Rey de España, mi señor, protector fidelísimo desta se»renísima República, corresponde (como es razon) el vuestro, señores y »ecelentes ciudadanos, cesará su cuidado, y mi voluntad en asistiros de su »parte será bien empleada y satisfecha. Pende de lo que se ofrece deciros »la libertad de vuestra patria, mal conforme siempre, dispuesta siempre »por esto á su ruina. Dudoso será el fruto del tratar de lo que os conviene,

»si estais todos con pasion, admitiréis algunos el consejo y el celo mio de »su estabilidad. Escarmentad en vuestra sangre, pues los mayores vuestros »y en poder y ánimos, exercitados en las guerras, llenos de armas, seño- »res de las fuerzas, queriendo sacudir el yugo fácil de vuestras propias le- »yes, se pusieron el terrible de la servidumbte. Della os sacó el empera- »dor Cárlos V. Máximo mi señor: instituistes forma de gobierno y paz »que á Génova colmó de reputacion y riqueza; no se diga que de regalo, »suntuosidad, ambicion, compañeros de la prosperidad, menorando las »alabanzas de los antepasados, si de la gloria de su valor sus hijos degene- »ran. Si con la ley del Garibeto llegastes á suma felicidad, ¿qué esperais y »quereis de su mudanza? ¿Las leyes que hicieron con prudencia y sin res- »petos los predecesores conservadoras de vuestra buena fortuna, por vana »sombra de libertad condenais? Condena vuestra poca modestia la razon, »y si alguna tuviéredes; pues cuando bien apruebe vuestra causa, no el »modo. No podeis sufrir el gobierno de los gentilhombres antiguos, ¿y lla- »mais contra vosotros todo el mundo y sus armas amenazando vuestros »ciudadanos? Consérvase Venecia (á quien veneistes en el mar en vuestros »felices tiempos) ha novecientos años con suma autoridad, libertad civil, »concordia, no sólo por la antigüedad de su señorío, disposicion de sitio »y grandes riquezas de pequeños principios, sino por estar el regimiento »ordenado tan bien y proporcionado á sí mismo, que de necesidad pro- »duce efetos admirables, y ser de gentilhombres tantos por número, de di- »versas formas y calidades, acostumbrados á tratar gobierno libre, graves »en los consejos, severos en los juicios, con increible celo y desvelo de la »conservacion de su libertad y acreeentamiento. No Hubo discordias, ni »alteraciones considerables, porque las deliberaciones grandes están en la »determinacion de pocos. Bien que sus ingenios, no siendo tan agudos »como los vuestros, son mucho más fáciles para contentarse y aquietarse. »En Alemania, aunque el nombre de los Emperadores fue reverenciado, »el verdadero señorío y riquezas verdaderas poseen las setenta ciudades »francas, señaladas y confederadas, y con la concordia invencibles defien- »den su libertad. ¿No es lo mismo en los zuiceros? Sólo arruinó la dis- »cordia el mundo. Roma, domadora y señora dél, dividida en parciali- »dades, se hizo sujeta á la tiranía de sus ciudadanos, y esclava de sus em- »peradores. Es importunísima esta envejecida enfermedad de Italia, par- »ticularmente en Génova; no en sólo una division, sino en muchas, y »los de una parte contra la parte opuesta tambien entre sí divididos en »muchas partes, y por el contrario juntos en una parte con los que si- »guen la otra, confundiéndose por las divisiones, tanto entre los nobles »como entre los populares. Estos tomaron en un tiempo tanta fuerza »y atrevimiento, diciendo: que por enfrenar la soberbia de la nobleza, »que con leyes severísimas y asperísimas los apretaron, dexáronles al-

»guna parte en el magistrado y honras, excluyéronlos de la dignidad de »Duque, concedida á los demas por toda la vida; mas por la instabilidad »de la ciudad á pocos fue permitido morir Duques. Los Adornos y Fregosos »de casas populares, levantadas á ser Capelachos, como subidos á mucha »grandeza, tuvieron largos tiempos esta suprema dignidad, favoreciendo »los gibelinos á los Adornos imperiales y los guelfos á los Fregosos amigos »de franceses, con el curso del tiempo más ilustres y poderosos, causando »guerras, muertes, opresiones al señorío. Por esto los genoveses, que dis- »curriendo los mares dexaron en provincias varios monumentos de nota- »bles vitorias en su república, bandoleros y discordes se destruyeron con »alteraciones crueles, hasta venir á ser vasallos de los Esforzas, duques de »Milan. Vuestra salud está en uniros con los nobles viejos, de quien por la »agregacion sois parte en los apellidos y fortuna, unidos á vos con vínculo »natural, con vínculo divino en Jesucristo, con vínculo civil en vuestra ciu- »dad, con vínculo de nobleza que tienen entre sí los nobles que se dan fe »en tal compañía, obligados noblemente unos á otros. Si como quereis con »el pueblo os unís, mirad cómo en el año mil y cuatrocientos y cincuenta y »seis se alzó con las dos partes del gobierno, no osando contradecir la no- »bleza ni Rocalbertino, teniente de Rabasten, gobernador de Génova por »el Rey de Francia, y cayó en el vulgo, y tan insolente que crió magis- »trado nuevo por cabeza de su furor con autoridad y nombre de Tribuno »de la plebe. Tomaron los rebeldes con violencia la Especie y otros luga- »res de la ribera de levante, acometieron y saquearon las casas de los no- »bles, forzáronlos á salir de su patria mal seguros de su tiranía, necesi- »taron al Rey de Francia á que por su persona y exército subyugase »los genoveses, llenase de castigos, tributos, presidios, ignominias, dexán- »dolos en libertad aparente de gobierno. El pueblo genovés jamas alcanzó »fuerza y licencia que no discordase el señorío y tuviese mudanza. Opri- »mió la nobleza en Roma el Senadu, el voto, las elecciones. No ser bueno »su gobierno la razon lo enseña, la experiencia lo aprueba, la autoridad de »sabios lo confirma. En tan gran multitud no se halla tal prudencia, tal »órden que por ellas los que saben hayan de ser antepuestos los buenos, »los expertos. De un juez incapaz no se espere buena sentencia, ni de un »pueblo lleno de confusion y de ignorancia eleccion ó deliberacion pru- »dente. Lo que en los gobiernos los sabios criados para ellos desde la pri- »mera barba, no divertidos en otros negocios, pueden apénas discernir, »¿creerémos que la plebe, en nada generosa, á quien os allegais sin expe- »riencia ni saber, compuesta de tanta variedad de ingenios, costumbres, »dada á sus intereses, pueda distinguir y conocer? La persuasion y crédito »demasiado de sí mismos despierta su codicia de honras, y sin dexar los »frutos honestos de la libertad aspira á grados principales, y hallarae en las »deliberaciones más importantes y más difíciles. No reina en esta ciudad la

»modestia del rendirse á los que más saben y más merecen, persuadién-
»dose que de razon en todas las cosas hayan de ser iguales. Esta codicia ex-
»tendida hará que puedan más los que ménos saben y ménos valen, con-
»tándose los pareceres, no pesándose. Esta ciudad no nace ahora ni co-
»mienza al presente, por tanto repugnando al provecho comun muchas
»veces los hábitos envejecidos, los sospechosos, debaxo de color de conser-
»vacion de la libertad, resucitan antiguas y hacen con audacia nuevas tira-
»nías. En el cuerpo desta república, lleno de malos humores, ántes se ha
»de temer desórden que esperar se reduzga á perfecion con el tiempo. Y
»así, ¿qué certidumbre se ha de tener de que la forma que al presente
»pondréis no se desordene presto con modos con alteracion pensados, con
»intenciones nuevas, con leyes mal seguras que los sabios no pueden ad-
»mitir ni resistir? Estas cosas son en todo tiempo peligrosas, y en un tal
»gobierno peligrosísimas: los que apartándose de un extremo en que se
»persuaden estuvieron con violencia detenidos, sin parar con furor pasan
»al otro extremo, despeñándose en desenfrenada licencia, que se pueda
»justamente llamar tiranía; porque el pueblo tambien es semejante á un
»tirano, cuando da al que no merece, cuando confunde los grados, las le-
»yes y la distincion de las personas. Pestífera tiranía es y más peligrosa la
»ignorancia con alguna regla, con algun término. Que no se halle entera-
»mente la libertad en el modo introducido en vuestro gobierno, no veo
»por qué se pueda decir, pues cada cosa es referida á la disposicion de los
»magistrados, no perpétuos ni elegidos de pocos, sino que aprobados de
»muchos son puestos al arbitrio de la suerte, para que no distribuyan por
»sectas ó voluntad de ciudadanos particulares los oficios públicos. La insti-
»tucion de las nuevas leyes pende del consentimiento universal: uníos to-
»dos, tomad medios, remitíos á lo que de parte de su Santidad y de la
»Majestad Católica se advierte, que os conviene; aseguraos para esto por
»los que miran por el bien general sin parcialidad, bando, interes: adver-
»tid que si vuestras diferencias ponen las armas en la mano, de tan mala
»condicion seréis vencedores como vencidos, condenando vuestros parien-
»tes, amigos, allegados, mujeres, hijos, ciudadanos á la furia de la cruel
»bestia de la guerra civil, que á nadie perdona, siendo contra vosotros mis-
»mos vuestros consejos, vuestros yerros, vuestras ofensas. Vela mi Rey la
»paz de Italia, pésale de la ocasion de perturbarla, toca á su autoridad y
»grandeza la quietud general como padre de la patria; vuestro protector es,
»podrá forzaros á que vivais en paz, y para ello tiene derecho, razon, sa-
»ber, potencia. Ruégoos de su parte os reduzgais á mirar por vos; en pe-
»ligro estais, no perdais tan buen amigo, y á quien tanto debeis le seais
»ingratos. La paz que se pretende daros llena de bienes, da claridad de en-
»tendimiento, quietud en el alma, correspondencia de amor acompañada de
»caridad, quita las enemistades, el ódio, la guerra, aumenta el Estado, trae

»honestidad, frutos, riquezas, obediencia, policía, la gracia de Dios, que »nos la dejó por herencia, y no será su heredero quien no la procuráre. »Reducíos á quietud para establecer la forma loable y permanecedera de la »república con aprobacion general y libertad perpétua; porque otras cosas »que se extienden á hacer más perfeto vuestro gobierno, conviene dexar»las para otro tiempo, por no confundir los sospechosos por la memoria de »las que llaman ellos tiranías pasadas.»

Porque dixo D. Juan los podria forzar el Rey como protector, es de advertir que su poder es grande en los casos de infidelidad, de sediciones y rebeliones, cuando en sí retienen los amparados el soberano y supremo poder, pues lícito es contravenir á los tratados de proteccion si quieren librarse ó faltar della. Habiendo los mismos genoveses acogídose al amparo del rey Luis XII de Francia, perdiendo el temor de sus enemigos, se rebelaron é hicieron confederacion con ellos. El Rey los sitió, rindió, puso presidios en la Lanterna, hízoles pagar docientos mil escudos, y dexóles el gobierno del Estado. Otra vez salieron de la proteccion del rey de Francia Cárlos VIII despues de haberlos defendido de los venecianos, y por saber ellos que no está en libertad de los amparados salir de la proteccion sin voluntad de quien los tiene en ella, habiéndole ofrecido docientos mil escudos al rey de Francia Francisco I porque los dexase libres de su proteccion, no acetó. Mas vencido y preso en Pavía de los españoles, gozando de su vitoria, asolaron la Lanterna, y salieron de la proteccion. Respondió á don Juan de Idiaquez por la nobleza nueva ó gentileshombres del Portal de San Pedro y pueblo, Bartolomé Coronado, en sustancia desta manera, por un jurista forastero:

«Cuando considero las cosas desta República y los hechos de los anti»guos vuelvo á la memoria, llamo felices los que en su gobierno le dieron »utilidad, honor, y á sí mismos inmortal y gloriosa fama. Fue ya tiempo »en que hubo esto en Génova, mas acabó con la ambicion de sus ciuda»danos, por querer eminente autoridad y poder para conservar las rique»zas, ídolo suyo, quizá con modos poco loables en várias provincias adqui»ridas, parte por ignorancia, parte por temor, parte por servil adulacion, »parte con esperanza de alcanzar los supremos oficios con la fuerza de los »poderosos, anteponiendo la codicia al respeto divino y humano, y á la li»bertad de la patria por la union á buen fin encaminada. Hoy, mísera y »afligida, sin amor de sus hijos en que aliente saludable consejo que la go»bierne, lumbre de buena fortuna que la guie, quedará vencida al fin y »con infamia de sus hijos miserablemente destruida. Las discordias del »nombre de nobles y populares quitó la reformacion del Garibeto en el »año mil y quinientos y ventiocho, é hizo un cuerpo la ciudad, mas no »sacó la raíz de los corazones de los amigos de novedades, pues reverdeee »en todos, mostrando ser dos cuerpos, el uno más principal y de superior

»autoridad en todas las cosas, en ciudad libre, donde la mayoría hacen me»recimientos cerca della, y los bienes del ánimo y de la fortuna cerca de »sí propios. A éstos se da el grado superior, no al nombre de nobles, aun»que prefieran la antigüedad, pues los hechos de los populares no le son »inferiores por ella en la guerra, ni en la paz, ni en los méritos de los ma»yores y nobleza, ni en los bienes naturales y adquiridos para el gobierno. »Desde el año de mil y ciento fue gobernada Génova de sus ciudadanos »dignos por valor y riquezas de ser Cónsules, generalmente iguales todos, »sin distincion ni nominacion de nobles. Una parte gobernaba el Estado y »los exércitos, otra atendia á las causas civiles sin atencion á familias, ni »esplendor de progenitores, con santas costumbres, vivir político, gloriosas »empresas, gobierno libre, por los intentos dirigidos al público bien. Con »armadas alcanzó la patria Estados, tesoros, reputacion, potencia, tanta »gloria que igualára á la grandeza de Venecia, á quien no fue inferior en »el mar en fuerzas ni fortuna; pues en el año mil y docientos y noventa y »cinco armó contra ella ciento y sesenta y cinco galeras con cuarenta mil »combatientes, y en el valor en el pelear fue casi siempre superior. En la »última guerra contra Pisa, que duró siete años, desde el de mil y docien»tos y ochenta y seis, armó en diversas veces seiscientos y ventisiete baxe»les, casi todos galeras, y debilitada y deshecha la dió á florentines en presa »con el fruto de sus trabajos, gastos, vitorias. En este tiempo, por evitar »contiendas sobre alcanzar el Consulado tenidas y los tratos de los ambicio»sos, convino elegir un Potestad forastero (en imitacion de los de Capua y »de los Anciatos que le pidieron á los romanos) para regir el señorío con la »compañía y consejo de ocho prudentes ciudadanos. Llamábalos la cortesía »á su usanza *gentilomini*, y por su respeto ellos entre sí y en su presencia se »llamaban nobles del gobierno los Cónsules, como ahora los de la señoría »los Magníficos, mas no en el consulado de las causas civiles. En teniendo »dos ó tres veces oficio un romano igualaba á los nobles y patricios y se»nadores, y los que no eran patricios siendo de familias consulares y gran»des, como Licinios, Crasos, Sempronios, Decios, Fulvios, Marcelos, Le»lios, Pisanos, Metelos y otras innumerables familias plebeas, á quien Li»vio y Salustio llaman nobilísimas. Las Ordenes Senatoria, Equestre y Pe»destre de cinco en cinco años renovaban los censores y añadian senadores »y caballeros nuevos plebeos y patricios, y quitaban los inútiles, y senado»res criaban de los censores, pretores, cónsules, tribunos de la plebe, su»pliendo el número de los senadores muertos en los cinco años. Las dos »partes eran de familias populares, porque todos eran del magistrado, de »donde pasaban á senadores. Los populares tenian por ventaja su tribuno »de la plebe, potestad que no se comunicaba con los patricios si no renun»ciaban el patricinio, como Clodio, que se hizo de la casa Fonteya popu»lar, y otros ántes, aunque pocos. Poniendo en que de los otros magistra-

»dos en cinco años hubiese otros cincuenta, cuya mitad eran plebeos tam»bien, de noventa ó cien adjuntos al Senado, á esta cuenta eran los setenta »y cinco de familias populares y venticinco de los patricios. Todos hacian »un cuerpo de Senado y Consejo, sin emulacion ni distincion de centurias, »y valia tanto el voto del plebeo como el del patricio; pero el pueblo te»nía el imperio de hacer leyes, determinar las guerras, elegir magistrados, »juzgar las causas importantes, y mando sobre muchas cosas para conocer, »moderar y revocar cualquiera accion del Senado y de todos los magistra»dos, si mediante la apelacion de los tribunos era llevado al pueblo ro»mano. Contra la paz, gloria, grandeza de la República genovesa armóse »la ambicion de los Dorias, Espínolas, Grimaldos y Fiescos, no pudiendo »sufrir la igualdad y el vivir arrendados con las leyes. En el año mil y do»cientos y sesenta y tres, de noche, Oberto Espínola, con gente armada, »asaltó el palacio del Potestad y le prendió con voz de ¡viva Oberto Espí»nola, señor de Génova! No salió con su tiranía; mas en el año mil y do»cientos y setenta con Oberto Doria combatió y venció al Potestad y á »los defensores de la genovesa libertad. Hiciéronse crear capitanes y go»bernadores con todo imperio y exencion de las leyes, jurarles obediencia »el pueblo y el Potestad mismo. Los Grimaldos y Fiescos, por igual tira»nía, fueron expelidos por los Dorias y Espínolas, sus contrarios. Esto puso »límite á la grandeza, y dió tal principio á tal corrupcion y enfermedad »del señorío, que le forzó á pedir gobierno forastero para que no viniese la »sujecion á esclavitud miserable. Comenzaron á reinar los vicios, discor»dias, parcialidades, traiciones, crueldades, homicidios, guerras, prisiones, »rescates por dineros, como de mano de bárbaros, destruiciones, incen»dios, ruinas y asolamiento de casas, jardines, palacios de magnífico edi»ficio. De Génova, sitiada con las armas, expelieron á los Dorias y Espí»nolas sus émulos los Grimaldos. ¡Cuántos valerosos y nobles, que amplifi»caron el Estado con la antigua virtud acabó la guerra! ¡Cuántos sabios, iu»yendo los comunes y lamentables daños, buscaron seguridad en el destierro »por ajenas tierras y culpas ajenas! Por reparar estas acerbísimas miserias se »entregó Génova al emperador Enrique IV en el año mil y trecientos y »ventiuno, y por su muerte á Roberto, rey de Nápoles, en el de mil y tre»cientos y treinta y cinco, al Rey de Francia, á los Duques de Milan. ¡Tanto »pudo dañar la ambicion y discordia infernal de las cuatro casas formida»bles á la patria que sus hijos crió, honró, dió fuerzas, para que las convir»tiesen sin piedad, sin miramiento civil, sin respeto filial contra sus ma»ternales y generosas entrañas! Esta tiranía acabó la prudencia y valor de »Simon Bocanegra. Restituyó la autoridad y libertad y el nombre de Du»que, y ser admitidos, como en los felices tiempos, todos los ciudadanos al »gobierno, llamándolos Estado popular, porque olvidasen el apellido de »nobles, odiosísimo en general por las malas obras de las cuatro casas. Pro-

»hibióles por ley el ser duques y capitanes en el mar, y el entrar en el »Gobierno, aunque despues se les concedió la tercera parte y la mitad de »oficios. Si algun ciudadano queria ser Duque ó tener los mayores cargos, »dexaba el nombre pernicioso de noble, inútil entónces, sus vanos espíri»tus y soberbia, y se llamaba popular en la administracion de la Repú»blica. De las cincuenta casas antiquísimas se hicieron populares los Cen»turioni, Pineli, Manrusi, Guaci da Franchi, Giustiniani, Fitinanti da »Fatio, Adorni da Soprani, Buroni, Longhi da la Torre y otras. La admi»nistracion de la República solamente daba nobleza, no la antigüedad ni »hazañas de los mayores en el primero tiempo con nombre de nobles, en el »segundo de populares. Así los Passani, Castiglioni, Pineli, Strata, nobles »extranjeros, ilustres con autoridad y aprobacion de sus patrias, porque vi»nieron á Génova cuando la voz popular daba la calidad y buen nombre »en la administracion de la República, se llamaron y fueron populares. No »pudo en todo este santo consejo contra la ambicion, porque muchos ciu»dadanos se juntaron con las cuatro casas, llamándose nobleza nueva, co»menzando la diferencia y distincion de nobles y populares, no Inferiores »ni en estado ni antigüedad. Recibieron en sus albergues mucha gente vil, »advenediza; muchos nobles antiguos dexaron su nombre y tomaron el de »otras familias menores en calidad por mayores en número. Esforzaron el »bando de los Adornos y Fregosos para ser participantes con los que podian »ser Duques, truxeron forasteros para nuevas guerras, y durante ellas que»darse con muchas tierras, que hoy poseen, del señorío. En el año mil y »quinientos y ventiocho se reformó Génova, y quitó la diferencia de la no»minacion de nobles y populares, y entre muchos nombres que se propu»sieron para nombrarse, por comun consentimiento tomaron todos el de no»bles, y en un dia nacieron y se llamaron, dexando la plebe sin voz ni parte »del gobierno. Quedaron vivas ventiocho familias antiguas nobles y cinco »populares antiguas (y ahora pretenden les sean inferiores) y consumieron »otras mejores que las que dexaron en ser, y aunque algunas de los nobles, »por de poco número, segun antigua costumbre: agradecidos los populares, »consintieron con sinceridad en que fuesen Duques los de las cuatro casas »reprobadas, y en la humiliacion de los Adornos y Fregosos, asistieron. »Ahora quieren ser cuerpo separado los viejos nobles, y les dan fastidio los »populares con superioridad injusta, y tienen la mitad de los oficios; pero »no los agregados, que recibieron su nombre para aumentar su séguito, »ni sus honras y comodidades. Aunque el sitio de Venecia, el humor del »pueblo, la prudencia de los señores y las leyes son propias del estado aris»tocrático, apénas há cuatrocientos años que á él se reduxeron; y en ellos »hubo las sediciones y guerras civiles boconianas, falerianas, lepolienas, »bayamontanas, y los bandos crueles de Justinianos, Scévolas, Selienos, »Bafrenos, y las muertes violentas de deciocho Duques y de gran número

»de senadores, que refieren sus historias. Aunque para mantenerse dió la »nobleza al pueblo algunos oficios pequeños, emparentó con él, tomó su »dinero prestado, obligándole á la conservacion de la República, y para »hacerle más tratable y fiel le dió larga libertad en toda suerte de place»res, y algunos ricos ciudadanos admitió por nobles é hizo que los cauda»losos, cebados en sus gustos, y los pobres en negociar y exercitar sus ar»tes mecánicas con la comodidad del asiento marítimo y fortaleza natural »sin temor, no tratasen sino de su sosiego y ganancia. Y cuando los vene»cianos comunicaron por la agregacion la última vez su nobleza á muchas »familias populares más en número que las de los nobles, las juntaron con»sigo en el gobierno de la República, sin reservarse la mitad ó parte al»guna de los oficios del magistrado, juzgando que no sería esto verdade»ramente hacer un cuerpo, ni los otros serian perfetamente nobles, que »vivian ántes como vasallos, concediendo ó quedándoles la administracion »de la República, y la más antigua nobleza de Italia fuese la merced lisa, »grande, magnífica, útil. Imiten esta prudencia, esta razon, esta justicia, »esta cortesía los genoveses para hacer iguales á sí los nobles agregados en »el gobierno, pues no pusieron en aquel cuerpo otros ciudadanos sino los »antiguos partícipes dél siempre, ántes y despues de Bocanegra; no reci»bieron, mas ellos dieron á los nobles el ser Duques, de que fueron con tan »justa causa y razon privados. El contradecir ésta es injusto, y el proveer »que sean tantos dellos como de todos los otros con mala distincion de »nombres, pues la buena ley busca la union de los ciudadanos. Siendo así »poco el número y los otros tantos más, y no creciendo como ellos en »cada un año con siete familias, y en algunas con diez, hay disparidad des»proporcionada. El modo de hacer la ley del Garibeto fue lo peor, porque »habiendo juntado al duque Juan Baptista Fornari doce consejeros por mi»tad, cuando el Conde de Fiesco intentó tiranizar, corrompiendo los no»bles á los populares, se hizo la ley, no universal, ni propuesta, hecha ni »consentida, diciendo los nobles se darian ántes á príncipe forastero que »entre ellos y los populares no se conociese diferencia. No niego que me»recen mucho los gentilhombres antiguos por las cinco hazañas gran»des de Oberto, Lamba, Pagano, Luciano Doria y la de Tomás Espí»nola, hechas desde el año mil y docientos y ochenta y dos hasta el de mil »y trecientos y setenta y nueve, y por los ciento y ventiocho hechos me»dianos y pequeños en servicio de la patria desde el año mil y ciento y de»cinueve hasta el de mil y quinientos y venticinco. Mas no son inferiores »las seis hazañas grandes de los populares Bocanegra, Simon Vignoso, ahora »de Franchi, Pedro Fregoso, Juan Fregoso, Viagio de Asereto y Octa»viano Fregoso, desde el año mil y trecientos y cuarenta y uno hasta el de »mil y cuatrocientos y setenta y cinco; y los ochenta y cinco hechos me»dianos y menores desde el año mil y ciento y decinueve hasta el de mil

»y quinientos y venticuatro. Si han de ser estimados los que honraron y »ayudaron á la República, y en poco los que la arruinaron, los populares »que la aprovecharon y nunca ofendieron tiranizando, ni pusieron en ma- »nifiesta perdicion como los nobles, ¿deben ser pospuestos ó antepuestos, »y como buenos ciudadanos loados y preferidos? Estos son los del Portal de »San Pedro, que merecen con razon las honras y oficios en Génova, de »que participaba ántes de la agregacion. Gran prudencia es huir de que »pocos tengan demasiada autoridad, ordinaria potencia, ni el dexar, con »el tenerla perpétua, entrar al punto la tiranía, en Perugi á los Baglioni; »por humillar los Risparti; en Bolonia los Bentivoli, levantados del pueblo »por ódio de la nobleza; en Sena los Petruchi, por los nobles por enfre- »nar el pueblo; en Florencia los Médicis, cabeza de los medianos y baxos »contra los grandes y poderosos. No les basta á los gentilhombres del »Portal de San Lúcas gozar de las riquezas del patrimonio de San Jorge, »renta tan grande solamente para casar sus hijas, sin gozar dellas los del de »San Pedro, sino querer la suprema autoridad y que las cargas lleven los »demas. Los romanos en el repartirlas median la autoridad y preeminencia »en la República, porque en un servicio de ciento y noventa y cuatro mil »escudos, así pagaba mil una centuria de la primera clase de ciento y ven- »tiocho hombres, como una de la cuarta de mil y docientos y treinta. »Y así, contrapesando la menor autoridad con la mayor carga, las cosas se »reducian á igualdad, de que todos quedaban contentos. Con artificio y ór- »den cada uno tenía voto en las públicas deliberaciones, y sin confusion ni »envidia era de mayor peso el de los más calificados y ricos, por el mayor »riesgo que corrian en la República: que si un patricio ó plebeo de familia »noble, consular ó triunfal era en la cuarta clase de veinte centurias, y un »nuevo en la primera de ochenta, valia su voto diez veces más que el del »patricio y el del plebeo de familia ilustre. Llevaba las cargas mayores quien »llevaba las mayores honras; en Génova quieren los provechos, el man- »do, el señorío; las cargas, los gastos solamente para el pueblo menudo.»

A esta Junta habian concurrido los más de la nobleza antigua y nueva, y lo más ecelente del pueblo, entrando unos tras otros atraidos de la voz que esparcieron los noveleros de la materia que allí se trataba, en que consistia su poder y consistencia; porque ántes que los dos oradores dixesen, con variedad se habló, dando y tomando cargos los unos á los otros, á veces con ánimo reposado, á veces alterado, como los movian las razones, porfías é intentos: y cierto para mantenerlos atentos y dóciles, ya que no benévolos, pudo la autoridad de D. Juan de Idiaquez, por la satisfacion que tenian de su buena intencion y celo, y representar la persona de tan gran Rey y á quien debian su conservacion y aumento, recogidos y admitidos á vivir y tratar en todas sus provincias, cuando los franceses los expelian, y otras naciones no los dexaban negociar, siendo la mercancía y su

seguridad favorecida del derecho, y costumbres loables de las bien gobernadas provincias. Con esto se pusieron los bandos como en tregua, aunque los nobles viejos querian conservar su mitad del gobierno, y los otros quitársele al descubierto, ambos mostrándose inclinados y obligados al Rey Católico, y á Francia el pueblo que seguia los nuevos. Daban por causa el querer entregar la tierra al Rey de España los viejos, y con su union conservarse los nuevos, poniéndole las armas en la mano, para que si tardára el socorro de España, en que tenian su confianza los viejos, quedasen burlados. Por esto el Marqués de Ayamonte estaba con buen golpe de gente pronto á la defensa de la señoría en cualquiera impensado accidente. El Pontífice trataba de enviar persona á intervenir en su pacificacion, aunque se entendia que solamente podia la autoridad del Rey Católico.

La plebe rompió tregua, que por treinta dias hicieron los deputados de ambas parcialidades, tomó las armas con furor fomentadas de Bartolomé Corona popular, que con promesas y arrojar dineros la movia á su voluntad, y proveyó los oficios de la milicia, con fama de que los viejos querian entregar la ciudad á forasteros, y de que tenía órden de la Señoría para lo que trataba y hacía. El pueblo, reconociendo sus fuerzas (cosa dañosa en república y monarquía) dixo queria negociar por sí, y por medio de sus deputados alcanzó de la Señoría la suelta de algunas gabelas, crecimiento de la paga á los texedores de sedas, trecientos agregados juntos, sin los hijos que se añadian, perdon general del yerro que pudiese haber habido en esto, y dexó las armas y el furor. Los viejos, temiéndole, salieron de la ciudad con sus familias y ropa. Dió cuidado á sus contrarios este indicio de mayores resoluciones. El pueblo insolente, dispuesto con liviana sombra á cualquiera desórden, tenía mucha mano; y así hasta los deputados que trataban de acuerdo de la parte de los viejos temiendo su prision siguieron á los que primero se ausentaron. El Embaxador pedia el cumplimiento de la palabra dada al Rey. Esta alteracion y rompimiento dió tal estallido en Roma, que el Papa nombró para enviar por su legado á Génova al Cardenal Moron, aunque lo procuró impedir el Embaxador de España. Envió Breves al Duque de Saboya y al de Florencia, para que sus fuerzas no se entremetiesen en las cosas de la República. Desplació á los viejos el Legado, y al pueblo que no queria componedores. Juntóse en barrios, y juró defender su República hasta la muerte últimamente reformada y reducida al estado y leyes del año mil y quinientos y ventiocho; y para esto y salir tirano nombró deputados y cabezas. Tenian autoridad los que animaban su ambicion, perdíanla en contradiciendo; y lo cobraba el más sedicioso, y todo estaba á su discrecion, y alcanzaba cuanto su apetito vário y mal advertido queria. De manera que se debian gracias á su insolencia por su moderacion, causada por un hombre que tenía gran crédito con el vulgo, de buen ingenio y mediana fortuna, aunque mucho ménos que otro tiempo

alcanzó, y en repartir armas y dineros. Habia gastado gran tesoro, muestra de intento particular y tiránico por tener comunicacion con Francia, por medio de Galeazo Fregoso que asistia en París, y podia con el Rey, y del conde Cipion Fregoso. Por esto D. Diego de Zúñiga con vigilancia procuraba saber lo que genoveses foragidos negociaban, y en los pasos de las fronteras habia recato y cuidado en mirar lo que por ellos pasaba. Era de temer podia éste poderoso inducir al pueblo á prender ó matar los ministros y parciales del Rey Católico con pretexto de su libertad y de falsa voz, y que hubo muchas, y desesperado de perdon de agravio, y tal se uniese con quien le ofreciese de defendelle del castigo.

Por esto es menester resistir al pueblo en el principio de su furor, castigando cualquiera demasía, para que no se alce poco á poco con todo. Porque tuvo pequeño orígen su estado popular, y su licencia y mano contra los nobles, en el antiguo tiempo no participaba del gobierno, obedecia los magistrados y las leyes. Comenzó en los teatros y fiestas públicas, donde pendia de los superiores, á alegrarse más de lo que solia, y hacer aplauso atrevidamente á lo que le daba gusto, como si con prudencia juzgára. Del sufrir esto en los juegos y burlas, dexándole dar nombre de bueno y de malo, de primero y segundo, conoció su opinion y poder, y pasó con libertad su juicio á las véras. En su favor hizo leyes en Roma el primero Publio Valerio Poplicola. Cuando Mennio Agripa reduxo el pueblo á quietud y baxó del Monte Sacro, donde se apartó malcontento del gobierno de los patricios, crearon ediles y los primeros tribunos de la plebe, de cuya tribunicia potestad temblaba Roma. Desterró en Ardea á Coriolano, dictador y vencedor, limitó con leyes el tiempo y poder de los cónsules, eligió como éstos solian los questores de sí mismo; hizo triunfar sin voluntad del Senado á los cónsules vitoriosos de los Equos, Volscos y Sabinos por muy populares, y leyes para que casase su gente con la patricia contradiciendo el Senado. Sacó igualdad con la nobleza en las honras, oficios, bienes. Crió tribunos de los militares que tocaba solamente á los capitanes generales, y dictador á Marcio Ruliano, el primero de los populares, y le dió triunfo, porque venció los Etruscos. Poco á poco se introduxo por su arbitrio y potencia en todos los cargos, honras y preeminencias de la República. Cuando ha usurpado nombre y poderío el pueblo, aunque de su multitud se espere ayuda, se teman muchos daños por su fuerza grande imitadora de las furiosas avenidas de aguas, viles temiendo, haciendo temer crueles. A los que ayer perseguia hoy ayuda, áun á quien le quiso, y á quien él quiso ofender. No se fien los poderosos en su favor y humor, ni dél se valgan, sino cuanto baste á sustentar los primeros ímpetus de la fortuna, y tomar tiempo para juntar sus fuerzas, con que no solamente se defiendan sin el pueblo, más aún puedan, siendo necesario, ponerle freno, cuando por alguno de los accidentes y pasiones á que está sujeto, piense y tiente de volverse en contra.

CAPÍTULO XXIII.

Prosiguen las cosas y sucesos de Génova.

El Duque de Saboya vino por el mar á Saona á visitar los gentilhombres viejos que andaban descarriados fuera de su ciudad por culpa suya; pues á los principios no supieron asegurarse en ella. Escribió á D. Juan de Idiaquez estuviese advertido que para conservar la autoridad del Rey en Génova tenía prontos quince mil hombres, y en breves dias llegarian para deshacer los disinios de franceses. Desplació la oferta á los sospechosos, recelando que en rotura metiendo tanta gente ocuparia á Saona que deseaba. El Rey Católico, por carta á la Señoría, mostró favoreceria solamente la libertad de la República con neutralidad de bando, y aconsejaba su quietud con graves y paternales razones, que entendidas por las copias corrientes dieron general satisfacion, y el haber nombrado para intervenir con su Embaxador en su pacificacion á D. Cárlos de Borja, duque de Gandía, señor, Grande de España, y por calidad y prudencia. Ofreció Tiberio Brancacio, coronel napolitano enviado por el Cardenal de Granvela, visorey, las fuerzas del reino en la defensa de la República, obligándola el Rey por muchas maneras para tenerla en su reverente amor, á la conservacion della necesario. Llegó el Cardenal Moron á Génova bien recebido, y para invocar el auxilio divino comenzó con procesion general, en que asistió con los ministros del Rey y con la Señoría, bien rodeados de arcabucetes y peligros. El pueblo queria llamar con su campana el gran Consejo; era de temer, porque á su número de trecientos podrian acudir cuatro mil, y salir diversos efetos del que pensaban, no faltando espíritus tiránicos. Y así los del Portal de San Pedro subrogaron en los dos Consejos y en los Magistrados personas suyas en lugar de los ausentes del Portal de San Lúcas. Llamaron algunos por edictos como á culpados, oponiéndoles cosas que no hicieron, pudiendo castigar á sí mismos con más razon por lo que ecedieron para conseguir su intento. Quedaron absolutos en el gobierno teniendo en la Señoría dos tercios de los votos, por quien pasaban todas las resoluciones: y así el Consejo grande confirmó el decreto de la concesion de los trecientos que se habian de agregar, que la Señoría dió á quince de de Marzo violentada del pueblo armado. Desconfiaba de concierto el Legado, viendo su autoridad respetada solamente en lo que conformaba con el gusto de los vitoriosos, y por los temores que le causaban los intentos de los franceses, decia valdrian más las armas del Rey Católico que las ra-

zones, porque no se perturbase el sosiego de Italia, anticipando el remedio para establecerle en la República genovesa. Tenía cuidadosos á todos el deseo de saber cómo tomaria estas cosas. Los viejos gentilhombres se prometian su favor por su devocion y por las prendas que tenian en sus Estados bastantes á asegurar que siempre que tuviesen su parte competente en el gobierno, sería el Rey obedecido y servido dellos. Hacian caudal de haber sido ofendidos debaxo de la palabra de Su Majestad; mas no lo fueron sino de la que se dió á Su Majestad, y áun en ésta se consideraba que no se despidieron los que tenian para su defensa sino jurada ya la tregua. La palabra dada al Rey no guardaron sus émulos, y entre muchos temores concebian esperanzas de favor por verse con el mando, y haberles escrito Marco Antonio Sauli desde la Córte deseaba el Rey se concertasen, y en caso que no, dexaria hacer á las partes en su arbitrio con igual inclinacion. Proponíanle tendrian forma para armar galeras y galeones con que servirle á sueldo, y mantendrian en la República su devocion, no ménos en todo que los viejos. Estos le pedian favor ó licencia para valerse de sus galeras y armas. No se excusaba el excluir uno de los bandos, y parecia que el ayudar al descubierto á los del Portal de San Lúcas causaria sospecha en los potentados de Italia deseosos siempre de que las fuerzas mayores creciesen poco. En el darles la licencia que pedian, se habia de considerar la República entera y sana, ó dividida, ó violentada. Si como entera, conservando su Embaxador y proteccion, y proveyendo la de sus Estados, el darla licencia causaria que en comenzando á usar della los declararian por rebeldes, y por consiguiente fuera de la proteccion del Rey. Si se tenía por dividida, el dar la licencia suspendiendo la asistencia de su Embaxador y las provisiones, era general declaracion á la ayuda descubierta de los antiguos, cuanto á enajenar los ánimos de los de la ciudad, muy inferiores en fuerzas para constreñirlos. En el abrigar los nuevos y su oferta, era de considerar la inconstancia y poca firmeza que dellos y del gobierno establecido se podria esperar. Tambien que habia entre los nuevos prudentes y buenos y aficionados por esto al servicio del Rey Católico, y otros agudos y dañados, de quien por general profesion se dudaba; y tanto más porque con los trecientos agregados admitidos con la sucesion se cumplia el número de gente popular y bulliciosa, sin otros que habia ántes en la agregacion, con que se podrian hacer dueños del gobierno, y ser poca parte los principales y antiguos destos para lo que quisiesen. Si no se hacía la agregacion tan numerosa, quedarian con disgusto las cabezas del pueblo que la pretendian, y darian al traves con ellos como con los antiguos. En fin, procediendo á gobierno popular absoluto, ya el pueblo queria se dixese no era amigo de españoles. Se debia mirar convenia al servicio del Rey reprimir los escandalosos, para dar asiento con justificado fin á la quietud de Génova, escala tan necesaria á sus reinos y Estados por su

seguridad y su servicio, sin querer otra prenda, sino la conformidad de la República igualada y contrapesada de manera que todos pudiesen vivir en libertad y paz. El Legado contentaba el pueblo con esperanza asombrada de concertar las diferencias por el bien público, y reputacion del Pontífice y suya empeñadas con su venida, y viendo se deshacia su fundamento pidió licencia para volver á Roma, ó cierta, ó fingida, porque pareció esperaria granjeando voluntades, como se establecia el gobierno presente, por si se arrimaban al Pontífice, temiendo las armas forasteras; porque Mos de Janfré, enviado del Duque de Saboya á dar al Rey Cristianísimo el parabien de su casamiento, dixo se practicaba en París de socorrer á Génova, si el Rey de España, como sospechaban, la queria sujetar, pues no se contravendria á la paz conforme á sus capítulos.

Para esto su Rey disponia las cosas, y acordó en su Consejo de enviar á Génova personas á ganar y entretener amigos, porque Marco Virago, milanés, le ofreció tendria traza de apoderarse de Génova. Este llevaba acostamiento ántes del Rey Católico por su correspondiente y de sus vireyes, y desdeñado porque le faltó, maquinaba en su contra. Pidió Enrique al turco enviase armada á Italia, para que oponiéndose á la del Rey pudiese más á su salvo emprender á Génova. Envió al Piemonte al marichal de Belagarde con color de pasar á Polonia, y fin de atender á la pretension de Génova hallando sazon, y ofreció la empresa á Mos de Anvila para arrancalle del gobierno de Languedoc. Llegó á Génova el Marco Virago con dos galeras sin nombre de embaxador, y en su compañía Galeazo Fregoso. Entró muy acompañado del pueblo novelero, fue aposentado donde lo habia de ser el Duque de Gandía, en la calle Nueva. Fregoso, por estar bandido de Génova no osó desembarcar, hasta que Bartolomé Corona, uno de los cinco del Consejo, y que tenía el gobierno en su mano, le dió salvoconducto. Don Juan de Idiaquez dixo á la Señoría tenian presente la prueba de su devocion al servicio del Rey de España, no admitiesen embaxador de Francia, porque se disgustaria mucho. Avisó luégo al Marqués de Ayamonte para que apercibiese la gente, y á Juan Andrea, porque con todas las galeras de su cargo viniese á Portofin, y abrigase á Génova despojada de los mayores servidores desu Rey. El Virago dió su carta de creencia bien solicitado, porque ganaba tiempo para tratar con muchos de lo que pretendia. Ofrecia el rey Enrique armas, municiones y trigo, y decia los deseaba defender, y para esto dió órden á Cárlos Virago, gobernador del marquesado de Saluzo, y á sus ministros de la Provenza, para que le ayuden sin otro mandato con cuanto les fuese necesario. El Dux le respondió con gran resolucion agradeciendo los ofrecimientos, y por no dar sospecha al Rey Católico, protector y bienhechor de su República, convenia inégo partiese, y con dos procuradores le enviaron su despacho, solicitado por el Legado y el capitan Bendineli Sauli y Cristó-

bal Fornari. Cuanto Moron trataba era disponer los bandos y á la Señoría para que diesen la Bailía libre, con que se acomodasen sus diferencias, en que variaba acariciando los populares y que mandaban, para que se le diese á él solamente, solicitado por los prelados que le ayudaban, y publicando era lo conveniente aguardar la venida del Duque de Gandía, porque con más calor de todos los ministros se tratase deste punto esencial, por ser el Rey tan obedecido en la República y de sus particulares. Los del Portal de San Lúcas comprometieron, por escrito dado al Cardenal, sus diferencias en manos del Pontífice y del Rey, y dudaban si los nuevos admitirian compromiso por no aventurar lo ganado. El embaxador don Juan de Idiaquez, alerto, procuraba se asentase esto, recelando que si en las manos del Legado se ponian, aunque poco aficionado á franceses, se contentaria con ménos de lo que al servicio del Rey Católico convenia, y podria ser en tiempo difícil para el remedio; y era sazon para ponerle, pues el turco ni Francia inquietaban, mostrando sus fuerzas el Rey porque temiesen, y no consentir cosa contra su autoridad y libertad de la República, pues se debia hacer con neutralidad de las partes en favor della, necesitada de tener curador. Y así, en llegando D. Juan de Austria, habiendo avisado al Pontífice y pedido que por la necesidad comun conviniese en lo mismo, se declarase á la República queria su Majestad se estableciese y asegurase su libertad con tal gobierno que todos sus miembros pudiesen vivir con decencia en ella. Declaracion que, siendo en consentimiento del Pontífice y habiendo tantas fuerzas para executarla, sería de más efetos que otros medios por su justificado fin de grandeza y reputacion junto con seguridad del Rey, y consistia en la celeridad y conformidad con su Beatitud. Llegaron á Génova los comisarios del Emperador, el Obispo de Aiqui y el Embaxador ordinario que tenía en Venecia, y por la tardanza del Duque de Gandía, enfermo de la gota en un puerto de Cataluña, se aventuraba mucho, porque diferian los bandos en conceder el compromiso.

Don Juan de Austria llegó á Arbenga, donde le dió cuenta D. Juan de Idiaquez del estado de Génova. Pareciéndole que su presencia y venida á ella no sería de provecho por la largueza de los negocios, no quiso entrar en la ciudad, y haberse tratado en la Señoría fuese con tres ó cuatro galeras solamente. Y así respondió á cuatro Embaxadores que le visitaron de su parte, mezcladas las parcialidades, impediendo el hablar en ello por estorbar la acedia con que debiera responder á tan mal mirada resolucion y embaxada desmesurada; y por haberse propuesto que por ser Moron cardenal decano del Sacro Colegio y Legado, le precediese en las visitas y juntas, y hablar tanto el pueblo con atrevimiento, y haber repartido artillería y guardias en el muelle y en las murallas, diciendo era para hacer salva á Don Juan, y nombrar comisarios que gobernasen la gente é hiciesen las provisiones necesarias en ambas riberas. Don Juan pasó á la Especie, y mostró

el pueblo descontento, especialmente los cortesanos, por la pérdida de la venta de sus mercaderías. Envió con D. Juan de Idiaquez á D. Luis de Córdoba, su caballerizo mayor, á visitar el Legado y la Señoría en ambos Colegios, y ellos le enviaron otros cuatro Embaxadores con refrescos para que le sirviesen en su ribera y dominio. Los deputados de los del Portal de San Lúcas, inducidos por el Legado, secretamente ofrecieron otra vez papel de compromiso; y él se mostraba tan celoso de que su Majestad no gastase, que dixo se podian despedir los alemanes é italianos no viniendo ya á Italia armada del turco. En la Especie, el Marqués de Ayamonte y Juan Andrea Doria, trataron con D. Juan de Austria del remedio de Génova, donde era de temer la instabilidad de los que gobernaban, porque los gentilhombres nuevos se ayudaban del pueblo, por quien el gobierno podia perpetuarse popular, en tanta suspension dispuesta á mil casos dentro y fuera por sediciosos y noveleros. Convenia que el Rey los mandase templar el orgullo y dominio absoluto, si no se fiaba de los modernos, y si tenía por bueno tal estado los librase de temor y recelo, asegurándoles su favor. Eligieron por gobernadores á Juan Baptista Lorizo y Francisco Morelo, gentilhombres nuevos, con que habia siete en la Señoría y dos de los antiguos, introduciendo con esto los banderizos personas de quien valerse en la eleccion del Dux por el mes de Otubre venidero, grado á que aspiraban muchos, y particularmente dos bulliciosos y poderosos que se daban la mano, con edad competente el uno, y el otro con intento de verse General de las galeras que se habian de armar, ó dar este cargo á su hermano, para que hecho el uno Dux executase el armar las galeras y pagase al otro la ayuda de su pretension. El Pontífice, receloso y dudoso (aunque amigo del intento del Rey) dixo á su Embaxador se entretenia mucho D. Juan en la ribera de Génova, y esto y la gente que se levaba y juntaba en Lombardía sin saber para qué efeto, causaba gran sospecha de que quisiese señorear á Génova, representando grandes inconvenientes en el hecho y en la ofensa que recibiria teniendo allí su Legado. El Embaxador le dixo eran los aprestos para la defensa cierta de la República, en caso que otros se entremetiesen en sus cosas. La Señoría nombró por embaxador á Francisco Tallacarne, genovés, criado en Francia con su tio, maestro del rey Enrique y presidente que habia sido del Parlamento de Provenza, que reside en Aix, de buena intencion con ambas parcialidades; y los del Portal de San Lúcas, desde el Final, donde se recogieron, á Estéfano de Mari y Baltasar Lomelin, nobles ancianos, á dar cuenta de sus cosas al Rey; á Mateo Senarega, que fue secretario de la Señoría, al Emperador, y á Luca de Fornari, jurista. El pueblo, armado y violentado, instaba en el cumplimiento de la promesa de la agregacion de los trecientos juntos; si no se hacía podria suceder gran desórden; si se hacía se cerraba la puerta á concierto, quedando el gobierno asentado en populares, y aca-

bada de excluir dél la mitad de los modernos y antiguos. Tal era el intento de los que guiaban al pueblo y aspiraban á ocupar la silla de Duque.

Mataron á tres horas de la noche, de dos arcabuzazos juntos, un hermano de Bartolomé Corona, estando en una ventana en su casa, y como tenía gran crédito y séguito en el pueblo, dixeron los escandalosos para incitarle á la venganza se hiciese en los primeros que encontrasen de los ancianos, con que corrieron mucho riesgo. El Legado y D. Juan de Idiaquez lo impidieron hasta saber la verdad, y el Corona procedió templadamente; el delincuente fue de los nuevos y amigo íntimo del muerto, y hacía autores á los antiguos y concitaba el vulgo contra ellos. Fue descolgado por la muralla por sus deudos, porque se descubrió haber sido el traidor. Con esto perdió el Corona muchos secuaces parientes y amigos del matador, recelosos dél como de enemigo declarado, deshaciéndose cuadrilla unida y perniciosa. Y como andaba Génova tan inquieta, estaban los ministros muy aventurados, de manera que habiendo hallado de noche cierta carta en una casa, el pueblo receloso quiso prender un ciudadano, porque contenia terrible conjuracion en que el Idiaquez era comprehendido. Acudieron más de quinientos al Dux y gobernadores en la media noche, gritando y pidiendo castigo en tal mal caso. Leida la carta en los dos Colegios, pareció ser de un particular que avisaba á un su amigo iba á asegurarse en una villa suya, porque viendo el pueblo armado temia grandes desmanes por sus desórdenes. Tambien acusaron otra vez á D. Juan de Idiaquez de que escondió en su posada un malhechor que procuraban prender, y habian de abrasar la casa, dixeron, si no le daba; y que siendo el Rey Católico tan neutral, no haria demostracion contra los de la ciudad en favor de los que estaban fuera della; mas cuando lo hiciese, le enviarian la cabeza de su Embaxador, pues tenian quien los amparase; y que Juan Andrea procuraba ganar puertas para entrar á degollar la gente en las iglesias, volar barrios con minas; y blasfemaban contra su autoridad y seguridad, y contra los ministros del reino de Nápoles y de Milan; aunque habiendo venido á Génova un hombre del conde Cipion de Fiesco á decir los socorreria con infantería, le prendieron con gran deseo de su castigo para retener la venida de otros á inquietar más la ciudad. Estaban las cosas en peligro de suceder desastres; aunque si el pueblo es colérico y poco executivo (propio de las repúblicas pequeñas) cuando executa es cruel; y así hay grande semejanza en todas. Porque el de Aténas fue colérico y misericordioso, adulable con delectacion y sufridor. El de Cartago cruel, vindicativo, humilde con los superiores, imperioso con los súbditos, constante en las desgracias, insolente en las vitorias. El romano al contrario, paciente en las pérdidas, constante en las vitorias, moderado en sus pasiones, aborrecedor de las lisonjas, estimador de los graves y severos.

CAPÍTULO XXIV.

Lo que en Flandres se hacía y pasaba.

Los enemigos quedaron ufanos con arrogancia, socorrida Leyden con tanto daño de la provincia, y desde Bueren corrian el ducado de Gueldres y Amstelredan, cortando los caminos de Brabante con muchos daños y presas. Era plaza no grande, pero fuerte, con muralla de cal y canto, torreones á lo antiguo, ancho foso con agua, castillo incorporado con cuatro torreones fuertes y tres fosos, y sobre el arcen del uno grande y alto trincheron, y defendíanlos cuatro compañías de soldados naturales, y se fortificaban á gran furia. El Comendador mayor, para ganar esta villa y seguir la guerra conforme al órden que tenía del Rey, aprestadas municiones y artillería, ordenó á Monsieur de Hierge, gobernador de Holanda, que las nueve banderas del tercio de D. Hernando de Toledo y otras tantas del de Valdés con algunos alemanes y valones caminase la vuelta de Utrech, Amstelredan y Haerlen, para que, teniendo los rebeldes el sitio de algunas villas en el Vaterlant, desguarneciesen las que él habia de sitiar para guarnecer las otras. Habiendo hecho alto en la aldea Beverwyck, ordenó caminase toda la infantería española sin banderas á Utrech, y la siguiesen en el dia venidero las demas naciones. Con siete mil infantes y cuatro compañías de caballos para asegurar los diques, se acuarteló sobre Bueren Hierge, conforme pedia la seguridad y comodidad para batir, y levantadas las trincheas, comenzó á nueve de Junio Luis de Blois, señor de Torlen, general. Metieron los españoles á hombro, guiados del sargento de D. Manuel Cabeza de Vaca, que labraba las trincheas, con el capitan Salazar, nadando en el foso batidos fuertemente de los enemigos, dos barcas grandes con que hacer puente para arremeter á la batería. A una misma con catorce cañones en dos camaradas disparó contra la punta de un torreon y lienzo de muralla todo el dia por no se haber rendido, requeridos los rebeldes. Aprestado el asalto al amanecer, se prosiguió el batir hasta el mediodia, hora señalada para asaltar. Por el puente entraron cien soldados, picas y alabardas, de los escogidos de las compañías de Valdés, guiados de los capitanes Manuel Cabeza de Vaca y Gaspar Ortiz, y subieron por la batería sin poder ser socorridos si los rebeldes se afirmáran, por haber roto el puente, aunque el agua á los pechos pasaron algunos con tanta presteza, que llegaron á lo alto cuando los primeros. Los rebeldes huyeron al castillo, donde se rindieron, y salieron sin caxas, armas, banderas. Ganá-

ronse venticuatro cañones grandes y menores, muchas municiones, vitualla, toda la ropa de la villa que saquearon, y quedó Bueren con buena guarnicion y la gente aloxada en las aldeas. Para así ganar la isla de Finart, asegurar las fronteras de Brabante, tener paso para otras, el coronel Mondragon, con tres compañías de españoles y mil arcabuceros de su coronelía, reconocido con secreto lo que crecia y menguaba la marea para gobernarse por ella, vadeando el brazo de mar entre la isla y tierra firme, sin temer nueve navíos que tenian en él los enemigos bien armados, habiendo de pasar forzosamente á tiro de piedra dellos, y los que guardaban las trincheas á su frente en los diques con algunos fuertes, se arrimó con su gente, y sólo con jubones, zapatos, armas y alforjuelas con pólvora y comida para dos dias, como si fuera por una pradera, entró gallardamente el primero en el agua cuando la menguante acabó; siguiéronle las naciones, y habiendo huido los navíos, llegó á la isla con pérdida de diez soldados, y la ganó y dió paso á los que se la entregaron, y poniendo guarnicion volvió á Brabante y la gente á sus presidios.

La nueva destos sucesos halló al Rey con otros varios en Madrid, donde á nueve de Julio murió D. Cárlos Lanrencio, su hijo segundo, que nació en Galapagar. Llevó su cuerpo á San Lorenzo el obispo de Sigüenza, don Juan Manuel. Hízosele un solene entierro con el oficio de alegría y de ángeles, pues fué á gozar con ellos el reino del cielo, desde donde mira riyendo lo poco que valen los de la tierra. Su entrega hizo el secretario Martin de Gaztelu al Prior y convento en once del mismo mes. En el dia siguiente nació el infante D. Diego, consuelo de la pérdida y tristeza de sus padres, que ya era el tercero nacido de la reina doña Ana; llamáronle Diego, porque se baptizó en el dia de Santiago, y por sobrenombre Félix, porque salió al mundo en la fiesta de los santos mártires Nabor y Félix, augurándole alguna gran suerte y felicidad por ser, como sucedió despues, el primero príncipe de Castilla que tuvo el nombre del patron de España. A esta alegría siguió disgusto grande, tan compañeras andan estas dos pasiones, porque adoleció gravemente el príncipe D. Hernando, y lastimaba el corazon real mucho, que le amaba tiernamente. Hiciéronse en los reinos diligencias extraordinarias con Dios, y prorogó por algun plazo, aunque breve, su deseada vida.

El Comendador mayor ordenó á Monsieur de Hierge sitiase á Oudewater, villa de quinientas casas sobre el dique en figura de ladrillo, con muralla y torreones á lo antiguo, con mucha artillería y municiones, y la mayor parte con gruesos terraplenos, fosos anchos con agua, cercada de lagunas, canales, pantanos, guarnecida de cuatro banderas de franceses, tudescos, escoceses y tres de holandeses y celandeses, en número de mil y ochocientos soldados, sin los vecinos que podian tomar las armas, gobernados por un experto capitan francés. Hizo el campo el Co-

mendador mayor á Hierge de diez mil infantes con algunas banderas de la coronelía de Cárlos Fúcar de alemanes altos, y de las de Verdugo y Gallo de valones, y cuatrocientos caballos, y quince banderas de gastadores de Lieja. Para desatinar al enemigo, porque no entendiese la empresa que se habia de hacer. El Conde de Meghen, con una parte desta gente y algunos cañones fué la vuelta de Bomel, otra parte á Woerden, y el resto á Scohoven. Hierge llegó á Oudewater con la vanguardia, y procurando ganar un fuerte que guardaba la exclusa á tiro de mosquete de la villa en medio del dique qne la rodea, hubo grande escaramuza con los de la guarnicion hasta que la desampararon, y le ganó con pérdida de ocho soldados. En su guardia aloxó la gente de Francisco de Valdés sobre el dique que iba á Scohoven, y en su correspondencia en el que iba á Monfort, y el que á Woerden desde Monfort un regimiento de alemanes, y otro de valones en el de Dorgau, á la frente de la villa deciseis banderas de españoles de los tercios viejos, y de retaguardia dellos las dos coronelías de alemanes baxos de Hierge y Meghen, y la de valones de Monsieur de Floyon; la caballería al largo de los diques, más vecina al enemigo, cubierta de infantería. El capitan francés luégo derribó casas por donde le pareció batirian para abrir plaza donde poner escuadron y golpe de infantería á la frente. Descmpedró las calles y hizo subir la piedra á la muralla para tirar, labrar abroxos de hierro, tablones con puntas de hierro, minas, vigas gruesas redondas de cincuenta piés en largo con ruedas y llenas de espigas de hierro para arrojarlas al tiempo del asalto la batería abaxo, al encuentro de los que arremetiesen, asidas con cuerdas para recobrallas. Hizo media luna á la muralla á la parte del dique de Scohoven. Socavó los cimientos de la torre de la iglesia por una parte y los apuntaló para que su ruina, batiéndola, no cayese en el foso, sino en la villa, quemando los puntales. Hizo que los vecinos, vestidos con los ornamentos de la iglesia, anduviesen por las murallas, y con las imágenes en su escarnio, para que entendiendo su delito y la indignacion que causaria en los católicos y deseo de venganza el desacato, temiendo el castigo pusiesen su salvacion solamente en pelear. Hierge, no ménos diestro y cuidadoso, arrimó las guardias á los diques más cercanos para cortar el paso; cegó con madera y fagina el rio que venía de Dargau. Hizo cada bandera dos cestones y truxo en carros haces de cáñamo y rama para alargar las trincheas, porque habia tanta falta de tierra que los del tercio de Valdés acabaron las suyas con caxas de madera. Plantaron sobre el dique de la Exclusa veinte cañones, y cinco sobre el de Monfort, siguiéndose uno á otro por no caber encamaradas, de manera que la batería miraba al cuadrado la muralla. Con dos cañones desaloxaron de la torre de la iglesia la mosquetería que tiraba á las trincheas. Requirió Hierge á los de la villa se la entregasen por un trompeta, y para ganar tiempo para fortificarse, respondieron la mantenian por

el Príncipe de Orange, le avisarian, y dentro de tres dias darian la resolucion. Todo el dia siete de Agosto continuó la batería, y un soldado del enemigo, con entereza y seguridad de ánimo, como si fuera por su plaza, paseó la muralla, reconociendo lo que convenia reparar, aunque le tiraron muchas balas, y favoreciendo la fortuna su osadía ninguna le tocó, repararon lo batido en aquella noche con tierra, fagina, leña, colchones, plumazos, pipas terraplenadas. Los españoles, á quien se dió la arremetida para el dia siguiente, tambien cegaron el foso sin perder hombre, y hicieron dos puentes de cuatro pasos de ancho, tan firmes que sufrieran pasar artillería. Batió hasta las once en el dia venidero los reparos, y D. Hernando de Toledo envió á reconocer la batería á los capitanes Francisco de Aguilar, Alvarado y Sancho Beltran de la Peña, y seis soldados subieron á lo más alto, y los rebeldes salieron á su defensa, mostrándose hasta venir á las picas y espadas, tan cerca que un español quitó una pica de la mano y otro mató con el arcabuz la centinela que estaba á la guardia, y volvieron á decir lo que vieron. Un soldado, armado de todas piezas, reconoció lo que se batió en sus defensas, paseando la muralla del un cabo al otro sin herirle bala de muchas que le tiraron. Doce españoles volvieron á reconocer la batería, y los enemigos los recibieron arrojando fuegos, piedras, máquinas, y las vigas sobre las ruedas, y la artillería las hizo inútiles. Al mediodia el ayudante de sargento mayor, soldado del capitan Armengol, vino á las trincheas del tercio de Valdés y dixo á su capitan mejorase su bandera, porque se arremeteria presto, para que se pudiese señalar su alférez. Oyólo Gregorio Ortiz, alférez de Gaspar Ortiz, y puesta la celada asió su bandera, demostracion que hizo á los otros alféreces, que eran de guarda, caminar con las suyas á porfía seguidos de sus soldados, y subieron por la batería. El Conde de Meghen, aunque no le tocaba, para animarlos arremetió con ellos. Los rebeldes, ocupados en su reparo sin temor que el asalto sería tan presto, dieron fuego á una mina, y voló solamente tres soldados de los primeros, y con los demas llegaron á las picas gallardamente. Las cuatro banderas de los tercios viejos de D. Hernando de Toledo y Julian Romero, que estaban á la guardia, siguieron á los que combatian, y á éstos los demas españoles de los cuárteles, y pelearon de ambas partes con porfía, estruendo y brío, defendiéndose los rebeldes con todas las armas y máquinas prevenidas, fuegos, pez, plomo derretido, con gran coraje por más de una hora, hasta que fueron vencidos y entrados y muertos, sin quedar en la villa veinte personas, y se quemó, sin averiguarse quién puso el fuego, y solamente se salvó la iglesia. Murieron de los españoles noventa, fueron otros tantos los heridos con el capitan Sancho Beltran de la Peña, y se enviaron á curar á Wick y otros presidios. Puso Hierge guarnicion, y para sitiar á Scohoven dispuso lo necesario.

Era villa pequeña, muy católica y fiel á su Rey, hasta rendirse en última

necesidad al enemigo por no poder ser socorrida, sobre la ribera del Rhin, y llega la marea creciente á sus muros, y navíos con ella en el puerto ó canal de la villa; y la menguante descubre por sesenta pasos el arenal. Su figura prolongada fuerte desde la parte del dique principal hasta la suya, que es tierra firme, con buenas murallas, con grandes terraplenos y torreones gruesos, con sus traveses bien acomodados y ancho foso con mucha agua, y su más flaca parte era donde batia el mar, por ser casamuro la muralla. Tenía setecientos soldados de guarnicion franceses, holandeses, ingleses, y un fuerte entre tres rios cerca de la villa. Para cubrir el intento Hlerge envió la vuelta de Woerden mil españoles y alemanes por mitad sueltos sin banderas, y la artillería á Utrech. Partió con la tercia parte de la arcabucería para Scohoven, y mandó volver á Oudewater los que iban á Weterden para incorporarse en sus banderas y seguille. Acometió el fuerte entre los rios, y desamparándole y el ganado de los prados, los rebeldes de su guardia se retiraron á la villa executados y cargados hasta sus puertas, y de la misma manera los que salieron á escaramuzar. Ocupó los diques y las casas fuera de la villa, y una abadía en el dique Crimpen, donde aloxó los españoles de los tercios viejos y algunas banderas de alemanes; y en el dique de Oudewater el tercio de Francisco de Valdés con algunos alemanes y valones, y lo restante se repartió por los prados; y porque se inundaron rompiendo los enemigos los diques, aloxaron luégo en el de Montfort, y los tercios viejos en el que venía de Rhenen. Informado de dos burgomaestres, expelidos de la villa por ser buenos católicos, que por quince dias no se acabaria de anegar la campaña de manera que obligase á levantar el sitio, hizo pasar el Rhin al capitan Borja con tres compañías de españoles á guardar un fuerte de la otra parte cercano á la villa, y poner dos cañones reforzados en él para impedir el paso de Utrech y hacer daño en la tierra. Labraron las trincheas á la orilla del dique del Rhin, porque fue advertido que batiendo por allí arruinaria la muralla en un dia por ser casamuro, y daria su ruina comodidad para el asalto, por quedar con la menguante en seco todo lo que no era foso, en que no habria dos piés de agua. Con las trincheas llegó Hierge á la casamata sobre el foso, entre el dique y el rio, por haber tierra enjuta y plaza para dos cañones. Llegó el Conde de Meghen con navíos de Utrech con que hacer puente y cerrar el Rhin, que no pudiese la villa ser socorrida por él, y darse la mano los cuarteles. Habiendo pasado los navíos arriesgadamente, tirándoles de cerca la artillería y arcabucería de la villa sin daño, se tendieron del un cabo al otro del rio, y con tablones formaron el puente, y con las entenas en triángulo hicieron puntas de tajamares para impedir el llegar al puente los bajeles que le embistiesen, y perder la furia tocando en las puntas. Monsieur de la Guardia, francés, con mar y viento en favor vino con tres pleitas á trabucar el puente, ó abrirle y socorrer la villa: las dos perdió, y con la suya pasó á la villa

tirando á los españoles, que disparando contra él al descubierto estaban en la ribera. Fue hecho gobernador, y se previno para el asalto. Truxo Monsieur de Tolen de Utrech ventiseis cañones por el agua, y con dos batió un torreon á la punta del dique, que no estaba terraplenado, con que se descubrió mucho la muralla: luégo plantó ocho en la plaza de la trinchea entre dos diques, y las deciseis piezas en dos camaradas á docientos pasos de la otra parte del rio en el arenal de la orilla, y los tres cañones de la guardia del puente á distancia de cuatrocientos por estar el rio en el medio. Con un trompeta requirió á los de la villa que se rindiesen, y volvió sin respuesta. La artillería batió con tanta furia y diligencia todo el dia, que si la marea no lo impidiera, se pudiera seguramente dar el asalto. Los rebeldes por el daño que les hacía el batir se retiraron al reducto que tenian en una punta de la villa. Reconociendo el foso de noche para dar el combate otro dia, que fue el de San Bartolomé, un francés salió á parlamentar sobre el muro para rendirse. Salieron con sus caxas y banderas, y puso Hierge guarnicion en la villa. Pasó sobre el fuerte de Crimpen, el más principal de la ribera, sobre el dique de Dargau la vuelta de Roterodan, fabricado en triángulo con tres caballeros, que los dos miraban al dique cortado y el otro al agua, puesto en la junta del Wael y Leé y el Mosa que los abrazaba á la misma punta de Crimpen, y todos tres corren á la isla de Islelmonde y entran por allí en el mar. En el fuerte más principal habia docientos hombres, y en el otro pocos ménos. Los españoles, para ganallos, por órden de Hierge cegaron las roturas de los diques; y porque los rebeldes desampararon á Crimpen, pasaron á batir el otro fuerte de la otra parte del rio, y tambien huyeron los enemigos. Hierge los guarneció y basteció bien, y levantó otro frontero de la misma isla á la punta. Meghen, con parte de las banderas de Valdés y algunos alemanes de Cárlos Fúcar, fué á sitiar á Woerden y levantar cuatro fuertes para impedir el correr el enemigo hácia Amstelredan y Utrech. Hierge llegó vitorioso de tres plazas por batería y de dos fuertes importantes, porque el Comendador mayor retiró la mayor parte de la gente á Brabante.

CAPÍTULO XXV.

Llega el Duque de Gandía á Génova, y trata de su pacificacion.

Llegó el Duque de Gandía á Génova á trece de Agosto, recebido con aplauso general por la grandeza de su nombre, casa y Rey que le enviaba, por lo mucho que fue deseada su venida. Dió en Señoría las cartas de su comision con autoridad, valor y prudencia. Vió al cardenal Moron y comisarios imperiales. Acordó su junta por el más breve remedio para fenecer las diferencias, el pedir la Bailía libre y compromiso en Su Santidad y las dos Majestades, salva siempre la libertad de la República, y no concediéndola, unidos formar leyes convenientes y hacer que las estableciesen so la pena de su indignacion, para atajar sus diferencias y los muchos temores de Italia, suspensa y aventurada con ellas, atenta y en esperanza del fin muy dudoso. Favorecia con cautela el Legado los del Portal de San Pedro, y pretendia comprometiesen sólo en él los del de San Lúcas tambien. Díxole con buen espíritu D. Juan de Idiaquez, admitió la modestia del Rey Católico por compañero al Pontífice, fácilmente para pacificar las dos parcialidades, no para el efeto de sus malos disinios; porque á su Majestad solamente tocaba por derecho y obligacion su proteccion y defensa. Moron, imperioso, respondió procedia bien, y tan sin ambicion, que si los dos bandos en solo el Duque de Gandía comprometiesen, no lo impediria. Quexóse de haber pasado sin verle el secretario Juan de Escobedo contra el órden del Rey que le escribió el Nuncio traia para comunicarle algunas cosas y respuestas de lo que él le habia escrito tocantes mucho á su servicio. Confirmaba esto la sospecha de que trataba con disimulacion y secreto de apoderarse de Génova. No trató jamas dello D. Filipe, sino de hacer en buena ocasion un fuerte en la Lanterna, como le tuvieron los franceses, para mantener la República en su devocion y obediencia y perpétua libertad, pues lo podia y debia hacer para el útil del farzado por ley de proteccion y tutoría, y de ayudar á los gentilhombres antiguos con sus fuerzas para su restitucion, y de la paz comun con neutralidad; porque los del gobierno presente inclinaron á Francia, y convenia á su Majestad hallarse en el juego ó fuego de las armas, aunque con ajena voz, cuando forzosamente usase dellas contra franceses, deseosos de mezclarse en Génova. Los del Portal de San Lúcas ofrecieron á los pacificantes, por decreto firmado, compromiso en la Santidad y Majestades; los Legados le pidieron general en la Señoría, y hizo el Duque autor á Moron porque le tocase el

desvío, y no á la autoridad de D. Filipe. Negáronle, y para conservar su opinion y reputacion el Cardenal queria acetasen la Bailía con limitaciones. Representaron en su contradicion los Ministros Reales inconvenientes innumerables y convenir la union de su junta para alcanzar lo que deseaban, y el entrar los comisarios del Emperador en ella no dañaria. Pidieron todos el poder libre, mezclando con lo dulce acedo, con vigor y mañia. Para solicitar la peticion y extinguir la prática de meter franceses, el de Gandía é Idiaquez ganaron á Bartolomé Corona con promesa de hacerle cabo por asiento de seis galeras del Rey fuera de Génova, teniendo el fin deseado; y sin él habiéndolo merecido, sus servicios le favorecerian para que se le hiciese merced.

A siete de Setiembre, dos del Colegio de Procuradores dixeron al Legado se acetaria lo pedido, y le encomendó el no comunicarlo al Duque de Gandía. Resintióse del poco comedimiento en no haber hecho con él el mismo cumplimiento y oferta, y la Señoría le satisfizo. Concedieron tan limitado el poder, que demas de la desconfianza que argüian sus condiciones y las cautelas á que abria la puerta, quedando en su mano interpretar á su modo lo que se declarase con poca autoridad de los Legados; tenía nulidad por no haber sido aprobado por el gran Consejo ni pasado las veinticuatro horas conforme á ley, desde la proposicion al decreto; y querian hiciesen tres votos sentencia, asegurados de que el Legado romano sería de su parte para ayudar ó estorbar por su antojo en lo que los otros dos votos Reales concurriesen, ganando sin dificultad los comisarios imperiales. Enviaron tambien el decreto con persona de poca autoridad, y cuando ya el pueblo tenía copias dél y no respondian á la demanda de poder libre, que la junta les propuso. Pidió la respuesta con quexa y no usó del decreto por inútil. Moron dixo convenia granjear los del Portal de San Pedro, y amonestar á los de el de San Lúcas volviesen á la ciudad, estando los de dentro señores del gobierno, armados y proveidos, porque hallándose D. Filipe lleno de necesidades y guerras, no era á propósito el camino de la fuerza, y porque llamarian á Francia si los apretasen. Respondió Gandía era buen consejo, pero sin el favor del Rey y comercio de sus Estados no se conservarian los que gobernaban. No les dió causa para llamar franceses ni otros en su ayuda, mas conocerian su ceguedad, y las fuerzas de D. Filipe, cuando la ocasion las pidiese, y ser las de los noveleros vanas. No haber usado del poder, sino provocado, procedió de su bondad y no de necesidad y falta, pues siempre que hubiese ingratitud, sin desnudar espada haria pedir misericordia á genoveses, prohibiéndoles la saca de mantenimientos y comercio de sus Estados, y suspendiendo la paga de las rentas que en ellos tienen, si en breve término no habitasen donde están situadas en sus reinos.

A ocho de Otubre dieron la respuesta pedida dos gobernadores, y di-

xeron se acetase el decreto, y fuéles respondido con autoridad y término que les causó confusion, contra el modo con que procedieron con los ministros de tan supremos príncipes. La respuesta al decreto tan desconcertado y desconveniente remitieron. Los nuevos nobles tenian el gobierno, armas y aviso de que el Rey Católico mandó á sus embaxadores amonestarlos, no forzarlos, y no le desplacia su estado, y libres y animados se endurecieron para conceder lo que por su bien se les pedia. Convenia amparar brevemente el Rey lo que más hacía á su propósito. Los del Portal de San Lúcas eran más constantes y deseosos de la quietud, más prendados servidores suyos. Era bien dar á entender á los príncipes mayores y potentados no mezclaba las armas con algunos de los bandos. El gobierno presente era de gente mudable, de poca cordura y ménos deseo de la duracion de la República. Si caminaban con más largueza los Ministros Reales, podrian franceses traer la armada del turco á Italia, y estar todos en riesgo grandísimo, y sin provecho su autoridad. A diez de Setiembre, como habian sinificado los diputados de los antiguos, salieron de la ciudad ocultos y escribieron no podia haber quexa dellos, pues fueron tanto tiempo al concierto prontos y al servicio de la Majestad Católica. Despacharon los dos Colegios otro decreto con poder libre por tres meses, y que los tres votos fuesen conformes. Porque comunicaron la minuta con el Legado y su escuridad daba lugar á interpretaciones y cautelas, le enviaron el Gandía é Idiaquez al Senado de Milan con relacion del caso, leyes de la República, puntos en que se dudaba para que, consultado, enviasen su parecer. Porque si decian no convenia, como mandó el Rey, pedirian su mejora. Fue la publicacion del decreto á doce de Setiembre, en que se fundó la República, y así el pueblo mostró su regocijo con vocería, fuegos, repique de campanas, visitas y parabienes á los Legados, mostrando le conmovieron maliciosos y escandalosos, y que deseaba quietud solamente. Quexáronse dos procuradores de parte de la Señoría al Duque y al Legado, de haber sido acometidas dos galeras suyas viniendo de Córcega con alguna gente de la isla para guardia de la ciudad de cuatro galeras del sueldo del Rey, hecha la remision en los tres príncipes, y debaxo de palabra del Pontífice eran acometidos. Dixeron los ministros responderian en su junta. Rompióse la guerra entre las dos parcialidades, y la Señoría dió título de Magistrado para ella á los cinco que hacian el oficio sin él, y atendieron á levantar gente y hacer provisiones. Algunos dias ántes, á peticion de D. Juan de Idiaquez, por órden de don Juan de Austria y del Rey, pidió á la República paso libre en su nombre para llegar á embarcarse en las galeras las coronelías de Sigismundo Gonzaga y Hector Espínola que habian de ir á correr las islas; y despues de su llegada á la ribera de Génova, salieron del sueldo del Rey, y los asentó al de los del Portal de San Lúcas Juan Andrea Doria; y en Lombardía

los tudescos en ella aloxados: fin con que se conduxeron para el amparo de los caidos, y que pareciese por esta estratagema neutral el Rey Católico. Juan Andrea con ellos se apoderó de la Especie, sitió el fuerte y hacía la guerra. Hubo en la ciudad alteracion grandísima, conmocion de pueblo, voces, quexas, amenazas al Duque y á D. Juan porque los engañaron y vendieron, asegurándolos con palabras de paz, poniendo en duda la opinion y confianza que del Rey hicieron, y le enviaron por embaxador á Juan de Escalla. No dañó el haber sentido la guerra, porque conforme á una minuta que los Legados dieron, opuestos sobre la mejora de la autoridad de sus príncipes á veinte de Setiembre, los dos Colegios hicieron decreto de poder libre y otro de aprobacion de la proteccion del Rey. Volvia impacientes los que gobernaban y al pueblo, el haber tomado Juan Andrea á Porto Veneris con nombre y banderas de la República, y escrito don Juan de Austria á la Señoría prosiguiese las práticas de concierto, y decian fuera bien valerse de Francia ó de quien los amparase, aunque la Señoría conocia no le convenir desviarse de la proteccion del Rey de España. Dolíanse de no haber pedido declaracion de su voluntad y puesto libremente en sus manos la deliberacion de sus diferencias, porque en ello consistia su bien. Bartolomé Corona y los de su séguito querian valerse para la guerra del Conde de Fiesco y Galeazzo Fregoso, y particularmente de Aurelio Fregoso, hijo de Estéfano, duque antiguamente de Génova, que servia al de Florencia, y que le pidiesen favor y municiones para su defensa, pues en los Estados del Rey no sólo se les negaban y el paso para traerlas de otras partes, pero áun á pocos alemanes que levaron para la seguridad de la ciudad. El Duque de Gandía envió el decreto de poder libre á Juan Andrea, y le pidió de parte de la junta de los Legados suspendiese las armas. Respondió lo haria, declarando que dos votos hiciesen sentencia, y para esperalla igualmente entrasen en Saona y sus castillos los de su color. Pareció imposible alcanzar lo de los dos votos, si no fuese el uno el del Legado con eminencia, y más el entregar á Saona, porque sus contrarios decian ántes perderian las vidas. Don Juan de Austria escribió por mandado del Rey al Duque de Gandía y á Idiaquez no saliesen de Génova, porque no se levantase un tirano en ella y metiese á la desfilada tantos extranjeros que la pusiese en peligro, y á los ministros de los príncipes alguna conjuracion. Pidieron quedase la resolucion en su arbitrio gobernado por la necesidad y el caso, pues no executarian sin consulta de dos y conveniencia al servicio y autoridad de su Rey. Bartolomé Corona, con el color de la pública defensa, señoreaba el pueblo y cumplia sus órdenes, porque tenía amigos los Colegios; y si en algo habia dificultad, hacía que una banda de sediciosos lo pidiese en Señoría; y como era del Magistrado de la guerra, enviaba los corzos á los presidios y suplia su número de naturales de su séguito, con que tenía soldados suyos pagados por la República para tirani-

zalla. Por sospechoso sacó del Magistrado á Cristóbal de Fornari, su opuesto, y se temia executase, como habia intentado y fue impedido del Fornari, el derribar el pueblo las casas de los del Portal de San Lúcas para empeñarle más en indignacion, y con otros desórdenes. Creíase esforzaban su espíritu tiránico tratos y promesas de franceses, y escribió Gandía al de Ayamonte estuviese prevenido y pronto con propias fuerzas para atajarles el paso; y si en Génova hubiese tiranía ó inclinacion á otra parte, evitar la opresion della y conservar la autoridad del Rey sin hacer caso de los soldos de Juan Andrea, tan aborrecidos cuanto bien vistos los del Estado. Y tanto más se debia prevenir, cuanto más aparencias habia de que en la eleccion de Dux, á los quince de Otubre, habria grandes revueltas, porque ya las tenía el pueblo alterado por la falta de la harina y por la guerra. La Señoría llamó á D. Juan de Idiaquez con desuso, y se quexó de los sucesos contrarios debaxo de palabra de seguridad y confianza que hicieron del Rey Católico, por su asistencia y negociacion con engaño, pidiendo el paso para las coronelías, con que les hacian la guerra los del Portal de San Lúcas, apoderados de la ribera del levante, ya en la del poniente, con que se atrevieron á pedir á Saona los satisficiese, aconsejase y hiciese dexar las armas. Don Juan de Idiaquez, valiéndose de su prudencia, inocencia, paciencia, valor, desahogado respondió no eran las armas de su Rey, y así poco aprovecharia que él tratase de la suspension. Estaba él mucho más agraviado y apesarado que ellos, porque el paso que pidió sinceramente fuese en su contra, y su Majestad y D. Juan de Austria sabian lo cierto. Era su consejo de no apartarse jamas de la devocion del Rey, para que todo viniese en universal bien. Trató con verdad y neutralidad, entendia no erró. Si tenian quexa dél, la envlasen á su Príncipe para que le castigase. Respondieron les era fuerza, pues su Majestad les faltaba ayudarse de potentados amigos del Rey, y no de sus sospechosos. Hubo quien le dixo estaba indinado y quexoso el pueblo, y para evitar un desastre irremediable, le importaba salir de Génova. No replicó D. Juan, porque entendido del pueblo no interpretasen los ofendia ó despreciaba, y sirviese lo uno de mayor insolencia, lo otro de igual indignacion. Al salir de la Señoría estaba gran gentío en el Palacio, y no hubo desacato sino en la cortesía, aunque pudo haber más, porque pedian la privacion de algunos del Magistrado de la guerra á instancia del Corona. Pareció el llamamiento de D. Juan extraordinario y de consideracion, y el Duque de Gandía hizo resentimiento, y dixeron habia sido por satisfacer al pueblo alborotado contra D. Juan, en tiempo que era dueño de todo. Mas la satisfacion no llegó al atrevimiento de haberle sido pedida con pretexto formado y autenticado por tres secretarios de la Señoría que se hallaron presentes por mandato, y dieron testimonio de lo que al Embaxador se le dixo. No habia en Génova cien barriles de pólvora ni harina para quince dias, y todo

con peligro caminaba á manifiesta tiranía; y así el Legado, á veintiseis de Setiembre, envió fuera la mayor parte de su casa y caballeriza la vía del Estado de Milan, y los comisarios imperiales deseaban volver á Alemania, y muchos trataban de asegurarse en tierras del Rey Católico, y mejor esperar la fortuna que viniese. Los del Portal de San Lúcas enviaron apuntamientos de lo que pedian, y los legados propusieron primero á la Señoría el de la entrega de Saona; con que el pueblo se enfureció tanto, y con falsa nueva, que extendieron los bulliciosos que procuraban rotura de que los tres príncipes querian fabricar tres castillos para sujetar á Génova, que los llamaban usurpadores de su libertad, y á sus ministros porque ayudaban á sus contrarios, y que de Francia no se les podia acudir por sus guerras civiles y trabajos presentes, y haber prendido en Sarrabal, feudo del Ducado de Milan, un embaxador que venía á tratar de sus negocios con el Marqués de Ayamonte. Concurrieron fuera de sí en la posada del Duque y de D. Juan para acometellas, amenazándolos embravecidos de manera, que fue obra de Dios no suceder desgracia memorable sin poderla evitar la Señoría. Estaba la República en gran peligro de sí misma, porque ántes sus gentes se dieran á un príncipe infiel que dexarse oprimir de sus contrarios; y los antiguos entrando por fuerza, aunque se les diese cuanto deseasen, no se conservarian sin arrimo de fuerzas mayores. Porque estando dentro y sin armas los degollaria el pueblo, pues á poco más que creciesen las ofensas, no quedarian los ánimos en términos de reconciliarse, y cuanto más sangre hubiese, tanto más imposible sería el convenirse. Del Duque de Florencia se prometia favor la Señoría, y no desconfiaba del Pontífice y de otros, que se prevenían temerosos de que se apoderase el Rey Católico della. Don Juan de Austria á instancia del Pontífice escribió á Juan Andrea suspendiese por quince dias las armas, con que en ellos la ciudad no metiese gente ni vitualla. Dexó á voluntad del de Gandía y del de Idiaquez el salir á Lombardía; pero llegó esta facultad cuando ni tenian lugar ni deseo todos los legados. Sólo era remedio del peligro el templarse el Marqués de Ayamonte en favorecer tan al descubierto á los antiguos, que batian á Novio, lugar del Genovesado, con las máquinas y gente de Milán, y Juan Andrea suspender las armas por los quince dias asignados, y que su Alteza le mandase prorogar esta tregua, no tan estrecha en término como la otra, y de Nápoles viniese ménos ruido de prevenciones. Lo contrario satisfaria la venganza, pues habia dexado á sus ministros, con dexar sus armas el Rey, expuestos al furor del pueblo gobernado de insolentes, y sin poder aprovechar en alguna cosa.

CAPÍTULO XXVI.

Hace el Rey Católico suspender las consignaciones á los hombres de negocios; nuevas causas de alteracion en Flandres, y el Comendador mayor prosigue la guerra.

La Señoría de Génova, viendo su desamparo y peligro, escribió al Rey declarase lo que dellos queria para que se hiciese. Ayudó á esta templanza el decreto general que el Consejo de la Real Hacienda hizo, sentido mucho en Génova generalmente. Los reinos suplicaron diversas veces saliese el Rey de cambios, intereses usurarios que sorbian su patrimonio, compusiese su hacienda de manera que no la acabase; y no se sabía otro remedio sino suspender las consignaciones que embarazaban sus rentas, dadas á mercaderes extranjeros y naturales á cuenta de asientos con ganancias ilícitas, así en España como fuera de ella, con que se reformarian las contrataciones hechas desde el año de mil y quinientos y sesenta hasta el presente de mil y quinientos y setenta y cinco: baxando los intereses dellas se fenecerian las cuentas, y conforme á ellas se les libraria la paga en vasallos y cosas, á precios tales que el Rey saliese de deuda y agravio, con facultad de pagar las que por razon de los asientos hicieron al mismo precio que el Rey pagaba á ellos.

No alborotó este decreto ménos en Flandres, y contristó los mercaderes y sus compañeros, y estaban á punto de romper. En Brabante, por la falta de comercio, hacian juntas secretas, y trataban tambien de salir con los de Flandres á robar por el mar, y de echar fuera de la tierra los españoles con ódio general; porque sin saberlo el Comendador mayor se les habian dado nuevas causas de indignacion. Estaban ofendidos los abades, porque para fabricar navíos se mandaron cortar, no siendo del todo necesario, algunos escogidos árboles que les servian de recreacion y provecho á los monasterios venerables por su antigüedad. Los nobles envidiaron mucho el haber hecho el Rey Conde á Cárlos de Barlaimont, y no ménos el valor y fidelidad de sus cuatro hijos por grandes méritos preferidos á sus iguales. Quexábanse de que muchos destinasen sucesor en el gobierno al Comendador mayor. Parte del pueblo por enemigos de la religion católica, parte cansados con la guerra que parecia inacabable, estaban para levantarse contra el Rey. El Comendador mayor, queriendo en el Condado de Henaut apaciguar algunas compañías de caballos ligeros amotinadas, á persuasion de algunos consejeros de Estado na-

turales de la tierra, no lo considerando bien, permitió se armasen los labradores de aquella provincia. Aprovechóse desta ocasion Filipe, conde de Lalain, gran Bailio de Henaut, para acometer los caballos amotinados; y aunque ellos acometieron, y su multitud de villanos huyó, quedaron armados, dando tnal exemplo con esto á las demas provincias para armarse secreta y públicamente en su imitacion. El Conde quedó corrido y ofendido, porque los soldados le llamaron el Condecillo, porque era de pequeña estatura, como si en la grande solamente estuviera vinculada la prudencia, valor y fuerza para ser grandes capitanes, como los hubo en ella. El Comendador mayor con gran cuidado atendia á las provisiones necesarias para conquistar algunas islas de Zeelanda, tener puerto sus armadas y las de España, y ganar la isla de Valckeren, camino breve para acabar la guerra y reduccion de los rebeldes, pues no siendo el Rey superior en el mar se podia hacer difícilmente. Para esto comenzó la conquista de la isla de Scohoven, ó Zierickzee, nombre de la villa su cabeza, aunque habia dificultades al parecer de muchos muy imposibles de vencer. Fabricó en Anvers treinta bergantines de á deciseis y deciocho bancos y buen número de barcas de remos, y aprestó algunas pleitas y pontones y artillería y gran cantidad de municiones. Bien informado de los naturales de los canales y medios para navegarlos, mandó le siguiesen el marqués Chapino Viteli, Sancho de Avila, el coronel Mondragon y Juan Osorio de Ulloa, y llegó á Tolen, y de allí al fuerte de San Annonlandt sobre el dique. Mandó reconocer el vado desde la isla de Filipislandt, á tiro de mosquete apartada, para llegar á la de Duvelandt, distancia de legua y media, y de allí á vado tambien á la de Zierickzee, que se habia de ganar, porque tenía puerto capaz de muchos navíos no muy grandes. Por su mandado los capitanes Francisco de Aguilar, Alvarado, Damian de Morales con sus compañías de españoles, y Diego Carreño, Maldonado y Pistolete con sus banderas pasaron en barcas pequeñas á Filipisland, y en la menguante caminaron por el agua y arenales della, porque se anegó en los años ántes hasta la mitad del canal mayor, donde viendo la armada enemiga cercana para defenderles el paso dispuesta por aviso de sus espías se retiraron al dique. Dixeron al Comendador mayor serían más los que en este vado se perderian, que los que le pasarian del todo. Juan Osorio de Ulloa, deseoso de emplearse en lo más peligroso, dixo se podia pasar. Encomendó el examinar el vado á Juan de Aranda, sargento del capitan Juan Daza, que se habia ofrecido para ello y prometido hierbas del dique. Con doce soldados guiados de un hombre que huyó de Zierickzee, y un criado de Monsieur de Sevosquerque y un villano de Tolen, que aseguraron se podia esguazar, por no ser sentidos de la armada dividida en dos partes, á tiro de arcabuz, una de otra, caminaron por diversas vías. El sargento y Lezcano tomaron la izquierda del dique, y D. Francisco Mar-

radas la diestra, y quedó el cabo de escuadra con los soldados y guias á tiro de arcabuz del dique. Hallándose muy cerca dél Lezcano y el sargento llegó el Marradas, y descubriéndole los enemigos tocaron arma, y hicieron alto, habiendo reconocido bien el vado con el llegar tan cerca del dique. Dixeron al Comendador mayor se podia vadear, y galardonólos. Tratóse del hecho en el Consejo, y se acordó diesen su parecer firmado los cuatro capitanes que reconocieron el esguazo la primera vez. Ellos rehusaron por no haber pasado enteramente el canal. Pareció á muchos no se arriesgase la gente con dudoso suceso, donde el vadear era más locura que deseo de acertar el hecho. El Comendador mayor y otros decian, pasaron el sargento Juan de Aranda y sus compañeros con la facilidad que afirmaban, y podria hacer lo mismo seguramente mayor número, pues enseñaba ser posible el haber vadeado el coronel Mondragon el brazo de tres leguas cuando pasó á la isla de Targoe. Resolvió el Comendador mayor el vadear el canal. Habia seis banderas de españoles que vinieron de Holanda del tercio de Julian Romero, y cinco del de Francisco de Valdés, la compañía de Isidro Pacheco, y cien soldados del castillo de Ambers, y algunas compañías de valones del Conde de Reulx, de Cristóbal de Mondragon y de Francisco Verdugo, la compañía de alemanes altos de Montes Doca, gobernador de Mastricht, y algunas banderas del conde Aníbal Altemps, y una de gastadores, en número de mil soldados de cada nacion, y cuatro compañías de caballos que hacian guarnicion en Tolen.

A ventiocho de Setiembre se dieron á cada uno de mil y quinientos que habian de vadear un par de zapatos, unas alforjas con pólvora, y queso y bizcocho para comer tres dias. Visitó los cuarteles el Comendador mayor, animando los que habian de navegar y vadear, y se mostraron agradecidos por la visita y eleccion que dellos hizo entre los demas para tal jornada. Ordenó á Sancho de Avila gobernase la armada como almirante, y Mondragon la gente della, y que habia de poner en tierra como gobernador de Zeelanda, mandando tambien los alemanes y valones, y Juan Osorio de Ulloa los españoles, de quien habia de ser guía en el vado, y llegados á la isla las tres cabezas atendiesen, como siempre, al servicio del Rey, y buen suceso de las difíciles empresas, tan conformes como de su experiencia, valor y calidad se esperaba. Al embarcarse en el dique les dixo con mediana elocuencia, y gravedad y caricia mayor, palabras dignas de soldados, que se ofrecian con increible ánimo, regocijo y determinacion á jornada de más cierto peligro, y que puestos en tierra venturosamente habian de combatir con mucho número de enemigos, que para su defensa puso el Príncipe de Orange, defendido de sus trincheas y fuertes, descansados, firmes, armados contra desnudos, cansados, y sin ningun reparo ganarle. Y tenian de vadear por medio de la armada enemiga de muchos navíos, y si hacía viento podia meter á fondo los del Rey, embestidos solamente de los gran-

des. Todos respondieron moririan ántes que volver sin ganar las islas. Embarcáronse, y los que habian de vadear quedaron como de encamisada con sombreros, jubones, zapatos, medias calzas, cual estaba Juan Osorio de Ulloa su caudillo, y los capitanes Isidro Pacheco, D. Luis de Guiralta y Monsieur de Senosquerqui, gobernador de Berghen, el sargento Juan de Aranda, y las guias que vadearon con él, y los demas oficiales. En llegando al paso del vado se vieron cometas y señales de tanta claridad, que se leian cartas como en el dia, contracursando con tan extrañas formas lucientes, que admiraba el ser contra el curso natural, vistas en muchas partes de los Estados y en diversas provincias, como testifican autores de no vulgar opinion, que con observacion y juicio, segun arte escribieron la diversidad de formas y señales, con que su admiracion y aprobacion con tal novedad mostró el cielo, ó que pidiese les fuese favorable á soldados dignos del divino auxilio, batalladores macabeos en fe y valor sus iguales en defensa de la honra de Dios, y para castigo de los transgresores de sus divinos preceptos y ministros, y tránsfugas á su enemigo por sus apostasías y ambicion tiránica, haciendo navíos tantas veces sus cuerpos, y ahora de noche esperados de muchos para hacer en ellos estrago sangriento y sacrificio detestable á su protervia y herejía, y los católicos de fidelidad á Dios y á su Rey, olvidados de la muerte que á tantos rebeldes miserables y obstinados vitoriosamente dieron, ó como si no la hubiera, se entregaron al agua que ya comenzaba á menguar y retirarse por oculta causa, de pocos sabida, al mar grande. El lodo era terrible y la agua mucha, y daba poco lugar á caminar, como era forzoso á paso largo, todos por una vereda, uno tras otro, ó de dos en dos. Llevaban las picas, espadas y arcabuces en alto para que no se mojasen, porque creció el fondo desde la rodilla hasta los pechos. Llegaron donde estaban ventiocho navíos de los rebeldes y ventiocho barcas de remo con mucha artillería y gente para impedir el paso á tiro de arcabuz, acercándolas á él cuanto pudieron, abierto como en carrera, porque la baxa mar y el lodo no les dexaba cruzar. Por medio iban los españoles cansados, sin poder valerse de las armas; la mira en el fuerte de Oosduvelandt, fin del vado y de la legua y media, dándose priesa Juan Osorio, porque acababa el refluxo. Los holandeses dispararon su artillería en sintiéndolos, y apriesa herian los cercanos con palos largos, de que pendian otros, con que se dan grandes golpes, y trillan en estas provincias el pan, y con garabatos los arrebataban para las barcas. Murió Isidro Pacheco herido de un cañon, y sobrándole el ánimo le dió á sus soldados, diciendo pasasen adelante y le dexasen. Al tiempo que la vanguardia dexó atras la armada, D. Gabriel de Peralta, que recogia la retaguardia, llegó á media noche al canal mayor, no habiendo podido hacer más diligencia, porque los soldados iban en hilera, y aunque la marea crecia demasiado, y prefiriendo el aventurar á sí y los que le seguian y la honra,

caminó hasta mezclarse con los gastadores últimos en la batalla, y llegando el agua á la garganta, sólo de docientos se salvaron dos. Procurando pasar la furia del canal echó la retaguardia donde comenzó el vado. Juan Osorio, con pérdida de algunos de las tres naciones, al venir el dia se descubrió junto al dique fin del peligro del esguazo y principio del venir á las manos con los que le aguardaban, y sin poder retirarse. Mas con la misma resolucion, entereza y valentía con que vencieron los contrastes pasados, hecha oracion, apellidando la gloriosa Vírgen Santa María por nombre, y al Apóstol su Patron, cerró Juan Osorio con el dique, seguido de quince españoles cercanos desnudos, y puso tanto miedo su determinacion, que diez banderas de escoceses, franceses é ingleses, soldados viejos, gobernados de Monsieur de Boifort, para defender la entrada de la isla bien atrincheados la desampararon, tirando sólo la primera ruciada sin daño. Murió Boifort entre su gente, que se retiró á un fuerte á media legua de Oosduvelandt y al de Vienen y á la armada. Juan Osorio, que los habia executado, volvió al dique, y unida la suya esperó á Sancho de Ávila y sus navíos en que iban D. Gabriel de Peralta y sus soldados. Sancho de Ávila y Mondragon fueron al primer fuerte buscando á Juan Osorio, y encontrándolos vitoriosos se regocijaron como si hubieran resucitado. Rindiéronse los fuertes, nombraron el uno San Miguel, por ser en su festividad el suceso.

La gente, para descansar, entró en la aldea Nieukerke, la mejor de la isla de Duvelanda. Habia en ella seis puestos fortificados. Para ganar el de Vienen y presidiar los ocupados quedó alguna gente, y con la más descansada el Moudragon, valeroso, pasó á vado un brazo de mar de un cuarto de legua hasta la isla de Zierickzee, seguido de dos mil soldados acompañado de Sancho de Ávila y Juan Osorio, que si bien no tenian obligacion como el otro por ser gobernador, vadearon con gran trabajo. Descubrieron en el fin del esguazo ochocientos rebeldes en defensa de la entrada. Cerraron con ellos los tres con cien arcabuceros, y mataron algunos, y los demas se recogieron en la villa de Zierickzee, y los de tres aldeas, y se rindieron cinco soldados del fuerte que estaba junto á la de Brouwershaven, y de allí al puerto cabian trecientos navíos, reparado de gruesos maderos en estacada, y podian embarcar desde las casas, y una exclusa ensanchaba el canal y limpiaba el puerto con la menguante. El capitan Juan de Castilla rindió y guarneció á Vienen, puesto, aunque pequeño, de provecho á la comunicacion de la isla. Para ganar el de Bomene, que segun dixo una espía, estaba sin gente, fué el capitan Francisco de Aguilar Alvarado con tres compañías, mas llegando los españoles los recibieron escaramuzando los enemigos en buen número. Volvió Aguilar sin efeto, y junto con los que ocuparon y gnaroecieron á Renen y á Burcht, por el dique de Berndan fueron hasta descubrir la buena fortifi-

cacion hecha en su cabeza, y asistia la gente detrás del dique, para que no los ofendiese la armada enemiga. Estaba el fuerte á una milla de la villa en la punta en que remataban dos diques, siendo el corriente más furioso allí, y así esta cabeza era guarnecida con estacadas gruesas y piedras grandes cortados los diques. A la parte de la muralla la menguante ponia en seco el fuerte, y á la de la villa habia trinchea con buen foso de agua, y dentro plaza para seis cañones, y una gran casa tronerada. Los capitanes Borja y Peralta caminaron con sus compañías á ganarle por órden de los caudllllos, aunque el Peralta dixo, pronosticando lo que fue, no estando reconocido lo que iban á executar, aventuraban sus vidas sin última necesidad. Juan de Castilla vadeó un brazo de mar desde la cabeza á la villa, reconocido ántes para llegar por el dique al fuerte, y cortar el paso á los enemigos. El Peralta caminó en descubierto por su dique sin parar hasta la palizada, por donde era imposible pasar sin alas, habiendo en el fuerte trecientos tiradores sin las picas, y los navíos suyos sobre el costado derecho á tiro de piedra en el mismo canal, que batian de traves la gente con artillería y mosquetería sin perder punto, y la arcabucería del fuerte vivamente con espesas ruciadas apresuradas, sin quitar del puesto los españoles, muy á su costa, porque murió Peralta y otros cuarenta como pronosticó, y fueron más de cincuenta los heridos, sin querer los demas retirarse, aunque los asaeteaban, ni poder venir á las manos con los del fuerte. Sancho de Ávila con la espada los retiró por fuerza, haciendo rostro á los rebeldes con la seguridad de ánimo que mostró siempre. Juan de Castilla no pasó con los trecientos soldados, conforme al órden que tenía, porque no le hicieron la señal concertada para ello, divertidos con el peligro del Peralta, y ayudó al mal suceso. En el dia siguiente pasó encamisada la gente que se aprestaba para embestir el fuerte, y sus defensores huyeron á la villa, y fue guarnecido. A quemar los navíos que estaban en seco envió Juan Osorio á Juan de Aranda, alférez de Juan Daza, y caminando por el dique le ordenaron los capitanes Alvarado y Armengol volviese á su puesto (aunque les protestó) y se derribase del dique; porque la armada con la creciente tenía una pica de agua, y su artillería y arcabucería para disparar contra ellos, como lo hicieron, y alargando trapo navegaron. Viendo los de Zierickzee el sitio pronto, para evitalle acordaron con el gobernador Monsieur de Wanendorp, que la armada del Canal mayor dos leguas del fuerte rompiese su dique por la cabeza Odreischer, y otro para anegar la campaña hasta llegar la agua á las murallas de Zierickzee, y con fondo navegable socorrer la villa, pues la mantendrian el tiempo que les durase la comida, ó perderian las vidas. Para avisarlo al Príncipe de Orange y á la armada, vinieron tres hombres á las tres cabezas del exército del Rey, que estaban en el fuerte con señal de hablar de paz, y les dixeron serian parte para que la armada y la villa se les entregase, remunerándolos

el Comendador mayor tan gran servicio, y para hacerle se les dexase pasar á su armada. El deseo de los tres cabezas de acabar la empresa les hizo conceder el paso, y no advertir en el engaño de la oferta mayor que nadie pudiera hacer; pues cuando rindieran la villa por evitar el saco y muertes, ¿cómo habian de entregar armada sin peligro, conservadora de su señorío y su mayor fuerza, para llevar la guerra á lo largo? Y tanta virtud en herejes obstinados, mostraba ser el trato por todas partes sospechoso, y no le conoció la confianza de su valor, dexándolos ir y volver á la villa. Y así cuán recatados deben ser los que rigen la guerra, y más con herejes astutos, sin fe, palabra, restitucion, para no dar crédito á engaño tan claro con la oferta, por grande, imposible de creer y executar, evitando los muchos daños que recibieron en el asedio, creyendo el decirles, dexaban acordado el rendirse la armada dentro de pocos dias, y volvian á concluir lo acordado con la villa; fuese uno de los tres en su compañía á asistir al negocio, y quedase uno dellos en el fuerte.

Sobre el sitiar á Zierickzee, ó á Bomene se aconsejaron; Mondragon sabía más de la isla, y queria ocupar las salinas cercanas á la villa, con que en tres dias afirmaba se ganaria sin mucho trabajo por ser montones de arena apartados del lugar solamente por un foso de agua. Cuando no batiesen luégo, quedasen mil soldados á la guardia dellas, y asistiese el resto de la gente sobre Bomene para conservar puesto de tanta importancia, y luégo unidos combatir la villa ántes que se fortificase más, y rompiesen los diques, con que convertirian el sitio en asedio, como se debia temer; pues los del trato no volvian. Juan Osorio decia ganasen á Bomene, para que el enemigo no pusiese en tierra por allí dos mil infantes de su armada, y venir por las Dunas con ellos, ó muchos más á Dreischer y Brouweshaven, y juntos con mil de la villa tomar posta para impedir el sitio, y cuando quisiesen combatir con su ventaja, por tener ellos su gente repartida en fuertes que no se podian desamparar, ni formar con el resto cuerpo para el sitio que no fuese inferior en número el suyo. Ambos pareceres eran de aprobar, y en duda el de Mondragon, que sabía más de la isla, como luégo el suceso mostró. Los de la villa rompieron una exclusa á docientos pasos della en el camino de Dreischer, y levantaron caballero sobre ella con palizada que impedia el cerrarla, y plataforma en el dique de las salinas á la cabeza á su misma distancia. Tibiamente comenzaron estas obras, y el fortificar la villa para no recibir daño con la creciente del agua con ecceso, y quitar el alojamiento y comodidades que los cercadores podian tener. A ganar á Bomene caminó el capitan Alvarado con tres compañías de españoles de vanguardia por alojar lo más cerca que pudiese del fuerte, y con escaramuza tomó puesto detrás de un dique hasta que toda la gente se alojó del uno al otro, ciñendo el fuerte y la aldea por la parte de tierra á tiro de cañon de la armada, y

sin impedimento el entrar y salir en el puerto. La aldea, puesta sobre la punta de tres diques cerraba la fortificacion, y el puerto fuera dél, con ancho y profundo foso, que llenaba la exclusa que salia á la campaña de la isla; de manera que no quedaba con la menguante sino donde habia un lienzo de muralla de distancia de novema pasos, casi en redondo, defendido de dos traveses y una palizada encima bien ordenada sin gran foso; porque las mareas le llenaban de arena y hacian seco en el refluxo. Guardábanle seiscientos soldados viejos escoceses, franceses é ingleses gobernados del capitan Ly, experto y de valor. Hasta llegar á la muralla caminó la trinchea, y se batió con doce cañones tres dias por el poco efeto que hacian, hasta que en el cuarto hubo batería para arremeter. Mostrándose Ly para tratar de rendirse con buenas condiciones y rehenes, dixeron algunos españoles: «Esos gallinas échense por las murallas sin armas, que con otra condicion no los tomarán.» Retirándose Ly con el menosprecio indinado, se acordó le hablase el capitan Aguilar, porque le conocia del sitio de Scoohoven. Ofrecióle buen partido, segun el estado en que se hallaba el fuerte, diciéndole no debia tan prático capitan hacer caso de lo que soldados imprudentes y libres decian; pues en la guerra la espada daba las leyes. En tanto Mendoza, alférez de Isidro Pacheco, difunto, reconocido por donde se podia entrar con dificultad, por ganar con sola su compañía el fuerte, arremetió sin órden, ni sin saber se parlamentaba, y brevemente fue muerto y otros treinta en castigo de su desórden. Por esto respondió Ly, se asegurarian mal de su proceder los nobles que le seguian; y así querian mostrar eran gallos, no gallinas. En el dia siguiente con la menguante le asaltaron ochocientos españoles y alemanes de vanguardia todos por el arenal, arrimándose á la muralla y palizada, y los de dentro mostrándose con el brío y coraje que prometieron, se peleó con mucho derramamiento de sangre y priesa, porque la menguante no acabase jugando la arcabucería de los rebeldes y la artillería de los traveses con salvas tan vivas y concertadas, que parecia se esperaban; y perdidos ciento y cincuenta soldados de las dos naciones, y casi trecientos heridos se retiraron. A venticinco de Otubre, para dar asalto general con todas las naciones, se dispusieron los tres cabos, y cubriendo la falta de gente, dieron armas á los mozos de los soldados y vivanderos, y órden de mostrarse por el dique á la vista de la batería, sonando las caxas á la española cuando se pelease, para que fuesen tenidos por españoles. Arremetieron ménos temerariamente que en el combate primero, guardándose de los traveses al arrimarse y subir al muro. Combatióse con tal esfuerzo, ódio, obstinacion, deseo de venganza, que los heridos en ligándose, volvian como leones á la batería, y cual si no vieran gran estrago en sus compañeros, sin inclinar la vitoria por cinco horas. Los mozos que venian por el dique arremetieron sin licencia, pero tan bien, que algunos se señalaron tanto que no sólo merecieron y se les

dieron plazas, sino ventajas. Ganaron la muralla, y admirándose Sancho de Ávila de que ninguno entraba con nota de tan gallardos soldados, Toledo, mosquetero español, embrazada una rodela saltó en medio de los enemigos, y los demás tras él movidos con su exemplo y emulacion, y mataron cuantos herejes habia en el fuerte. Murieron de los vencedores ciento, y hubo muchos heridos. Fueron sobre la villa, esperando se rindiera, no teniendo puesto en la isla, y ya las salinas estaban aseguradas, abiertas las esclusas y fortificadas, y esperar socorro por la campaña anegada, que ceñia la villa debaxo de las barcas y navíos de remo, que tenian dentro para recebille. El Comendador mayor encomendó el asedio á Mondragon como gobernador de la isla, y le reforzó de gente; retiró á Juan Osorio; á Sancho de Ávila dexó en la armada para cortar los socorros; y volvió de Tolen á Ambers, puesto á propósito para gobernar las provincias y la guerra en mar y tierra, y porque habia llamado los Estados para tratar del asiento de las cosas, y provision de dinero con que pagar los españoles, temiendo su motin en acabando la expugnacion de Zierickzee. Vinieron de los primeros á Bruseles los deputados de Brabante y de Henaut, y sucesivamente despues los del Condado de Flandres, Lila, Duay, Orchies, Namur, Gueldres, Frisia, Artuoés. Esta junta, estando los ánimos de los pueblos tan mal afectos contra el Rey y sus españoles, puso en gran trabajo y desórden los Países, y en ruina las cosas para su perdicion, gastos inmensos y guerra tan durable, fomentada y ayudada de Príncipes sectarios confines y católicos, por sus consideraciones de Estado. Escribió el Comendador mayor al Rey lo que el exército habia hecho, oido en toda Europa con envidia y admiracion. Pidió se le enviasen de Vizcaya zabras y navíos pequeños para la empresa de Zierickzee, y reconocer el viaje, y servir de guía á la armada que se aprestaba para la conquista de la isla de Walckeren, ganada Zierickzee, en cuyo asedio Mondragon asistia en puestos convenientes.

CAPÍTULO XXVII.

En Génova se trata de la composicion de los bandos, y se proponen medios para ello.

Despues del tumulto que á los cinco de Otubre hubo en Génova del pueblo contra los ministros de los tres Príncipes (de que les avisaron), viendo su autoridad y personas mal respetadas, y en peligro el gentío sin vergüenza ni temor, y podia suceder caso que á sus señores obligase á la

venganza, y para el concierto habia grandes dificultades, considerándolo madura y advertidamente, siendo Moron el movedor, acordaron salir con disimulacion de Génova á quince de Otubre. Parecióles buena y segura ocasion el haber concertado de verse con Juan Andrea Doria en la playa de San Pedro de Arenas, dos millas de Génova. Fuera del dominio genovés tendrian libertad para tratar con las dos parcialidades de su composicion, y decir libremente lo que les dictase su conciencia y ciencia, con que los traerian al yugo de la razon y justicia. La Señoría, viendo su desamparo, sinificó á los Embaxadores lo mucho que les pesó del pasado desórden y desacato popular. Escribieron al Rey Católico asegurándole de su devocion y de [no] acetar otra proteccion, aunque se les ofreciese, y última necesidad. Hecha la vista con Juan Andrea, el Legado, vário, artificioso, no del todo bien intencionado en favor de los del Portal de San Lúcas y servicio del rey Filipe, hizo el último esfuerzo para que se embarcasen el Duque de Gandía y D. Juan de Idiaquez, y uno de los comisarios cesáreos, que el otro quedó enfermo, representándoles temores con toda industria, y que volvia á la ciudad para seguirlos al cuarto dia, con razones que le forzaban á mudar la determinacion primera. Los Embaxadores, sin admitir su consejo, volvieron con él á Génova contentos de haber descubierto su intento y juicio vário por instantes, y que su asistencia allí y mano, que procuraba tener, era con disinio particular y peligro de los negocios. Porque si dentro se hallára, siendo apretada Génova con las armas, se arrimáran á la Iglesia; y haberse entendido del Obispo de Ayqui, comisario imperial, se habia praticado con el Pontífice ayudase á los del Portal de San Pedro con trecientos mil ducados prestados con ciertas condiciones; y que el mismo Obispo aconsejó al conde Félix de Lodron, teniente de D. Juan Manrique, se despidiese del sueldo de los viejos, porque los meteria en Génova de guarnicion para hacer un gran servicio al Emperador, manteniéndola en su devocion. Para esto tenía de su parte los del Portal de San Pedro, escandalizados y resentidos de lo pasado, habiendo concedido la Bailía libre contra su voluntad, pues cuando viesen ocasion procurarian su ventaja y venganza de las quexas que disimulaban esperándola. Pretendia el Legado que el Pontífice tuviese nuncio en Génova, y el Obispo de Ayqui embaxador del Emperador; mas la majestad y proteccion del Rey Católico se les oponia, cuya autoridad, aunque ménos reverenciada del pueblo, era de la nobleza acatada, porque jamas de su santa intencion y favor conforme á razon de nobles desesperaron los nuevos. La Señoría hizo instancia con los embaxadores de España, sin efeto, para que no saliesen á hacer las leyes fuera de su ciudad, y el Consejo grande confirmó la Bailía libre, y dar rehenes para la seguridad de que pasarian por lo juzgado cerca de las leyes. Los del Portal de San Lúcas remitieron á los ministros de los Príncipes sus pretensiones sin reservacion de cosa alguna y

hacer tregua por quince dias, en que se metiese vitualla en la ciudad, y se diesen y recibiesen los rehenes. En tanto el Pontífice y D. Juan de Austria hicieron la suspension de las armas por los quince dias, con prohibicion de avituallar y guarnecer la ciudad y su tierra, y con que dentro del término se habian de hacer y confirmar las leyes. El Legado estaba confuso y corrido de que por aquel medio se hubiese justificado el bando de los viejos con el Pontífice, retirándose de lo que sus Deputados concedieron á su instancia. Esta resolucion pontifical agravó mucho los de la ciudad, porque durante la tregua y por órden de Francisco de Monteacuto, su capitan á guerra, habia de meter en ella dos mil infantes florentines, y los que levaron en otras tierras donde tenian inteligencias, especialmente en el marquesado de Saluzo, segun avisó Juan de Vargas Mexía. Un particular de Pisa descargó en el fuerte nuevo de la Especie tres mil sacos de harina y menestras, y el Obispo de Groseto, de la marina de Sena, les habia ofrecido ocho mil fanegas de trigo, y todo lo habian de meter en Génova en los quince dias de la tregua. Estaban temerosos de las fuerzas del Rey por falsa voz de malignos y sospechas en que los puso el Legado por vía de condolerse de sus trabajos, aconsejándolos estuviesen armados. El intento de armarse confimó el haber concurrido tanto número de votos en la confirmacion de la Bailía libre, que el Gran Consejo dió á los ministros, que procedió de concierto general, con maña para respirar y prevenirse en tanto que se formaban las leyes y tener su eleccion en sus manos.

Fueron los embaxadores D. Juan de Idiaquez y el Obispo de Ayqui al Final por el mar á procurar la suspension de las armas con los del Portal de San Lúcas, con cláusula de avituallar y guarnecer con gente de sus presidios la ciudad, con que en la eleccion del Dux se pudiese enfrenar al pueblo alterado y disoluto con desatiento, y no se intentase novedad en el Estado como se temia, dañoso á todos. Hallaron á los del Portal de San Lúcas marchitos y quebrantados con la nueva del decreto de España contra su dinero comenzado á executar, cuya falta obró más que las razones ni autoridad de los Príncipes para conceder lo que se les pidió, justificándose mucho en los capítulos. Propusiéronse en la Señoría con la paz y la guerra, y el miedo y la pasion con ceeso los hicieron dudar en la respuesta. Eligieron por Dux en ocho horas á Próspero Fatinanti, del color de los nuevos, prudente y brioso. Trataron de fortificar con trinchea para que golpe de gente defendiese el cerro de Santa Elena, sobre la Lanterna, porque si le ocupaba el campo de los viejos batiria desde allí y señorearía el puerto. La obra comenzada pareció llevar camino de mayor fortificacion para su daño, y si se continuaba despues del partido acetado, era con ruin intento. Los ministros de los Príncipes trataban de salir de la ciudad, y el Legado para diferillo hizo que el pueblo lo impidiese hasta acabar la suspension de las armas. Mostró sentimiento de que en Roma se dixo, deseó y procuró la

salida de los ministros Reales, mas ellos le respondieron la procuró, y no salir muy al descubierto y ganar la devocion de la ciudad para la Iglesia, é hizo fuerte negociacion para ser árbitro y dueño á solas de la causa, granjeando el pueblo y su gracia y aplauso. Estaba la República tan á devocion del Rey Católico por lo que les importaba para sustentarse, que no temieron la mudára en contrario. Viendo la Señoría era cierta la partida de los ministros, considerando su mal estado si ántes no se tomase algun asiento, acetó la mayor parte de los capítulos traidos del Final; y cuanto al armarse respondieron que desarmándose sus émulos no se armarian. El Legado, para impedir la partida, hizo que los bulliciosos alborotasen el pueblo, sembrando por sus cuarteles y barrios era la República vendida y entregada de sus contrarios y de los ministros de España. Para mayor indignacion amaneció fixado en lugar público un escrito con los nombres de cincuenta y cuatro personas, que, culpando su deseo de la paz, por traidores de la patria eran amenazados de muerte en el primero tumulto que el pueblo hiciese. Salieron los Legados á Casal de San Basse, en el Monferrato, donde llegaron los rehenes, y comenzaron á tratar y hacer las leyes. Pasados algunos dias llegó á Génova un sobrino de Cárlos Virago, gobernador de Saluzo, y ofreció de parte del Rey de Francia gente y municiones para su defensa. Respondiéronle agradecida y confiadamente en la concordia que esperaban de la República. El coronel Satis tenía á sueldo dos mil franceses en Saona, y trató con Virago sobre degollar en Génova á los que impedian el pedir socorro á Francia. Fueron avisados los que intervenian por los ministros del Rey Católico, y que mirasen lo que hacía el Marqués de Malvizzi, porque le escribia el rey Enrique juntase con disimulacion buen número de gente para acudir á los del Portal de San Pedro.

CAPÍTULO XXVIII.

En Flandres ocupan los rebeldes el fuerte de Crimpen; muere el Comendador mayor.

Los rebeldes, por quitar el paso que los católicos tenian para ganar el puerto importante de la Briele, donde á sujetar á Holanda podrian venir las armadas de España, intento con que ganaron el fuerte de Crimpen, se resolvieron de cobrallo. Con muchos navíos impedieron el socorro y bastimento que le procuraron meter los españoles, de que estaba necesitado. Estuvo para este efeto D. Hernando de Toledo y la infantería quince dias

sobre los diques con tiempo asperísimo, y no pudo, y así rindió la hambre los del fuerte, y le tomó el enemigo dificultando mucho la recuperacion de Holanda. Mondragon apretaba el asedio de Zierickzee, combatiendo continamente con los enemigos y sus navíos, y en los diques donde echaban gente y vitualla para la villa, y con los baxeles que della salian á recibillos con vária fortuna. Pidió algunas galeotas y pontones para combatir los rebeldes, pero llegaron poco tiempo despues que ellos metieron en la tierra ventidos navíos con mantenimientos. Puso en el canal seis barcas chatas, y levantó un fuerte sobre el dique y plantó dos cañones, y dió principio á una estacada para cerrarle.

El Comendador mayor, alojadas cuatro compañías de españoles, que en Dunkerke desembarcaron, en algunas villas de Flandres, fué á Bruseles, habiendo ganado el jubileo santo, centésimo llamado, á esperar los deputados de las provincias, que no habian venido, para tratar del remedio de las cosas suyas. Enfermedad grave le causó su muerte tan acelerada que no pudo nombrar sucesor conforme á su facultad, si bien sinificó gobernase la guerra el conde Pedro Ernesto de Manzfelt, y la paz el Conde de Barlaymont. Mas los del Consejo de Estado tomaron el gobierno hasta tener nueva órden del Rey. Este suceso abrió camino á los rebeldes para su mejora y execucion de sus intentos, é hizo su parcialidad más fuerte y la del Rey mucho más débil, y no tanto que si subrogára luégo cual convenia á D. Juan de Austria, segun le aconsejaban bien, mucho pudiera deshacer su venida con presteza y hacer su conocido valor. Mas con el acostumbrado espacio, despues de largas deliberaciones, por consejo perjudicial é importunidad sospechosa de Joachin Hoppero, presidente ó guardasellos de Flandres, en su Córte, tomó el camino de perdicion. Afirmaba causaron las revueltas y desórdenes la soberbia y avaricia de los españoles, y que no se habian de regir aquellos Países sino por naturales (contra lo que ellos decian por de antiguo) y si les dexaba el gobierno veria muy presto paz, quietud y obediencia en sus Países. Y así contra el parecer del Duque de Alba dió el gobierno á Felipe de Croy, duque de Ariscoht, y á los Condes de Manzfelt y de Barlaymont y otros, contra buena razon de Estado, cuya resolucion de muchos ha de dar y executar uno, pues en la pluralidad hay varicdad, emulacion, intereses que desordenan el Consejo y lo ponen todo en confusion. La blandura del Comendador mayor dexó los Estados de mala y atrevida condicion, y los Príncipes comarcanos interesados en la guerra, y por su quietud, por la saca de gente de sus tierras que les podia inquietar, por la venta de sus armas, municiones y vitualla, que en ellas metia buen dinero, animaron los ánimos mal seguros para declararse contra el Rey, por razon de Estado y de religion movidos. Con que en vano procuró satisfacerles el Comendador mayor en cuanto imaginaba les sería de gusto, para que mostrándosele agradecidos no diesen asistencia con

las armas y consejo á los herejes. Echó de los Estados los ingleses rebeldes á su Reina, y fueron miserablemente á buscar acogida en otras provincias con gran pobreza y aflicion por ser buenos católicos. Deshízose el Colegio que en Duay habia, donde se leia teología, y los ingleses peregrinaron hasta que en Rems fundaron otro favorecidos de la casa de Guisa y del pontífice Gregorio XIII. El Rey escribió á las provincias de Flandres y sus gobernadores y á los cabos de sus exércitos obedeciesen al Colegio y Cuerpo del Consejo de Estado que allí tenía por su gobernador y lugarteniente general hasta tener otro mandato. Los del Consejo llamaron al Conde de Manzfelt, que estaba en el ducado de Luzeltburg, y gobernaban de manera que hallándose juntos cinco, despachaban con la autoridad que si hubiera el número lleno que le hacian.

LIBRO XI.

CONTIENE

EL FIN DE LAS DIFERENCIAS DE GÉNOVA,

PROSIGUEN LAS GUERRAS DE FLANDRES,

MUERE EL COMENDADOR MAYOR,

HÁCESE LA PAZ CON LOS REBELDES,

RENUÉVASE LA GUERRA, VA DON JUAN DE AUSTRIA Á ELLA,

JÚNTANSE EN GUADALUPE

EL REY DE CASTILLA Y EL DE PORTUGAL, Y HACE JORNADA Á ÁFRICA,

DÓNDE MUERE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Tienen fin las diferencias de los genoveses.

(Año 1575.)

En Génova los nobles del Portal de San Pedro estaban cuidadosos por haber dado libre poder para que extranjeros les diesen leyes; pues el conformarse en hacerlas ellos fuera mejor y de más reputacion. Es costumbre en las repúblicas haber encontrados pareceres, y si alguno sale fuera dellos con otro partido y medio, el abrazarle y aprobarle, no porque no sean peores á veces, mas porque los contrarios se inclinan á lo que contradice la opinion contraria, y los otros, por no desplacer ó no ser capaces, se arrojan á lo que les parece tiene ménos que disputar. Cuatrocientos años habia que los romanos comenzaron á hacer guerra, cuando enviaron fuera de la ciudad el primero pretor á Capua. Habiendo discordia en la eleccion de cabeza de su gobierno, dixo uno se pidiese un pretor en Roma, y por su exemplo hicieron lo mismo los anciatos, abriendo camino á la mejor fortuna de Roma, y á la suya peor, como lo vieron presto. Donde se ha de considerar es maravilla el estar contentos sujetos á juicio extranjero los

que áun en el propio no lo estaban. Tanto puede porfía sobre pareceres encontrados. Los legados y comisarios de los príncipes formaron las leyes, conforme á la buena gobernacion y paz de la República les pareció convenir, y á su igualdad, bien, seguridad de las partes, y las enviaron á sus mayores. Todos las aprobaron y ordenaron se executasen y dixesen á la Señoría habia de ser volviendo las cosas al estado primero, dando la mitad del gobierno á los del Portal de San Lúcas, como le poseyeron, porque lo hecho en la junta de Casal convenia á su servicio.

La República debia dar gracias al Rey Católico por el amparo y defensa de su libertad, y particularmente los gentilhombres viejos, restituidos no sólo en el gobierno y grado primero, más áun mejorado de parte de los árbitros. El obispo Odescalco, el doctor Vacana y D. Miguel de Borja pidieron que para la publicacion de las leyes despidiese la Señoría los soldados florentines y los que no fuesen alemanes ó de su dominio, y que las guarniciones jurasen fidelidad á la República, de ayudar á la justicia, asistir á la introducion de las leyes y al aquietar tumultos. Habian de nombrar los legados, como querian sus príncipes, personas por esta primera vez para los magistrados, porque sin tal fundamento serian inútiles los trabajos pasados, y los nobles viejos excluidos para siempre; pues quedando en el gobierno sus émulos, y ellos colgados de su arbitrio y cortesía, no les valdrian las buenas leyes no executándolas. Por si no bastasen las blandas y buenas razones, llevaban en forma de ley un decreto. Esto se les dixo por advertencia, para que mirasen cómo respondian, porque si rehusasen sería la primera provision echar mano á las haciendas que en las provincias de los príncipes se hallasen de los desobedientes, porque siendo menester rigor, éste era el más fuerte y natural freno, y el medio más sospechoso para el Legado y comisarios imperiales, y en que más fácilmente ellos vendrian. Esto se pidió ántes de ir los árbitros á Génova, porque en su llegada hublese seguridad para el efeto, y porque ya era público lo decretado por avisos de Roma y de otras partes.

Escribieron á D. Juan de Zúñiga, si acudiesen al Pontífice con quexas, procurase no los oyese, pues tal resolucion, donde tenian los nuevos grandes favores, haria su reduccion. Lo mismo se escribió al Conde de Monteagudo á la Córte Cesárea, para que el Emperador no diese oidos á querellas contra las leyes y los legisladores. Las admitió la Señoría á decinueve de Hebrero, y no el nombramiento de los del Magistrado por los legados, y requirieron los agentes obedeciesen, so pena de los daños que por su contumacia sucediesen, y cuando no acetasen, harian la publicacion y nombramiento en Casal, ó donde mejor les pareciese en tierra de la República. Dióles que pensar, y porque no respondian, pareció estrechar los rehenes en Casal, Milan, Roma, Nápoles y otras partes. El Rey Católico abrió el comercio de sus Estados para Génova, y envió diez mil escudos

de limosna á repartir entre sus pobres y monasterios, librados sobre las tratas de Nápoles y Sicilia, con tal satisfacion que la Señoría despidió los florentines, se allanó á recebir las leyes y personas para su Magistrado que los árbitros señalasen. Acordaron con Juan Andrea precediese comunicacion primero que se publicasen las leyes, y un comisario suyo fuese con patente de la Congregacion y otra de su bando á restituir á la Señoría las plazas ocupadas, y entregarlas á personas nombradas por el Gobierno. Y para que los alemanes pudiesen volver al servicio del Rey con ménos nota, á instancia de los nobles viejos les dió el Marqués de Ayamonte alojamiento en el Estado de Milan por quince dias, en tanto que los pagaban.

Publicaron las leyes en Casal, á diez de Marzo, solenemente en una iglesia donde se juntaron los legados. Acabada la misa, en presencia de los deputados de los de dentro y fuera de Génova, que asistian á la Congregacion, las firmaron los legados y comisarios, y otorgaron poder al doctor César Landriano para que las intimase á la Señoría, y la requiriese las acetase, publicase, guardase, con pretexto de haber quebrado el juramento, y faltado á la pública fé dada á los tres Príncipes supremos, si lo contrario hiciesen, y de los peligros de su indignacion. A veinte de Marzo las acetaron con general aplauso y contento, celebrada la misa de pontifical y con procesiones generales y razonamiento de la obligacion en que estaban, á quien los libró de tantos peligros y restituyó la paz. La vanidad del pueblo se regocijó, llevado de la opinion comun, con la salva del artillería, luminaria de tres noches y otras fiestas públicas. A los rehenes se dió libertad, á la ciudad quietud, á Italia contento, envidia á Francia, gloria á los tres Príncipes pacificadores y gracias á sus ministros.

El gran Duque de Toscana no osó al descubierto intervenir en las diferencias de Génova, por no disgustar al Rey Católico, en cuya mano estaba la última resolucion para gozar libremente y con voluntad del Imperio y por sus privilegios del título de gran Duque, Alteza y Serenísimo que le habia dado el emperador Maximiliano por larga negociacion, promesas, dádivas, favores. Teníale en cuidado el tardar el Rey Católico en responder, y hacía extraordinarias diligencias con él. El perjuicio de su derecho le detenia por los lugares que poseia en Toscana, y por la superioridad que tiene del Estado de Sena. Decia en el privilegio conferido con los electores en la Dieta de Augusta le daba título de Gran Duque de Toscana, de todas las villas y lugares que inmediatamente en aquella provincia poseia, y que no obedeciesen á otro príncipe ni señor alguno, sin perjuicio de la Majestad del Sacro Imperio y de otra alguna persona, con que parecia quedar excluido del Estado de Sena. Emendóse, diciendo no perjudicase tal concesion á los derechos de los que pretendiesen dominio en las dichas ciudades y lugares, salva siempre la superioridad de la Majestad Cesárea y del Sacro Imperio, y los derechos de cualquiera otro se-

ñor: palabras con que se denotaban los de superioridad, que el Rey Católico ó otro príncipe, podian pretender en el Estado del gran Duque.

CAPÍTULO II.

Lo que en este tiempo pasaba en Flandres.

Mucho contento dió al Príncipe de Orange el quedar por gobernador de los Países el Consejo de Estado, y que la ambicion de ser el mayor en él y de no admitir igual, hubiese entrado en el Duque de Ariscot incitado de algunos ministros. Y le escribió un amigo, que estándole los demas sujetos mirase bien cómo procedian, para que no perdiese su lugar supremo, y el tener obedientes los ministros como cabeza, por trazas de Jerónimo de Roda, que tenía mano con los soldados extranjeros. Le convenia ampararse con las fuerzas del pueblo y de los de los Países, cuya voluntad ganaria, si mostraban aborrecer los españoles favorecidos de sus émulos, empresa á que no faltaria buen suceso, ni quien ayudase ó pretendiese lo mismo, y así no diese lugar á que otro le quitase el honroso título de Libertador de la patria; ó le moviese á lo ménos el peligro de las conjuraciones de los españoles para darle la muerte y á otros, con nombre de enemigos del Rey; se ligase con el Príncipe de Orange, y casaria al Conde de Bueren, su heredero, con su hija, y á su hermano el Príncipe de Chimay con la hija del de Orange para su aumento, poder y riqueza. El Duque, inconstante por naturaleza, con intencion pervertida, favorecia con tiento los Estados deseosos de rebelarse, hasta que el Marqués de Havre, su hermano, llegó de España.

Las cartas que truxo del Rey, amorosas, suaves en las razones paternales, le debieran afirmar en su servicio, y á los Estados. Decia los amaba como á hijos, y para ser gobernados, no como en los principios de la guerra brevemente envlaria á su hermano D. Juan, de la sangre de Austria. Contentó esta oferta á los fieles, desagradó á los malos, y así el de Ariscoht unió á su hermano con los Estados, cuyos deputados, juntos en Bruxeles y por convocacion legítima sin sospecha, con secreto trataban de alcanzar libertad de ley y de Rey, y expeler para esto de sus tierras los españoles, poniéndolos en tanto ódio en ellas, que cada una tuviese por honra y última salud su expulsion, y para ser libres, el ayudar con haciendas y personas. Movieron las práticas y las armas con más fuerza por traza y comunicacion del Príncipe de Orange, que juzgaba estaba su triunfo en echar los españoles, freno de sus malinos intentos, y los eclesiásticos ofen-

didos (como diximos), el Abad de Santa Gertrude en Lobaina, y su hermano el Abad de Parco, y los abades de Villers y de Maroles con cierto pensionario de Lobaina, y otros que ya de muchos años atras se entendian con el de Orange y con algunos deputados, que disponian ántes la materia para nuevas alteraciones.

El de Orange atendia á causallas y á la guerra y socorro de Zierickzee, y con dos naos gruesas abastionadas de sacas de lana y con tiradores en buen número vino á traelle con otros muchos navíos menores y de remo. El coronel Mondragon lo entendió por un marinero, y hendió el dique por medio por más de una legua, haciendo hondo foso, y le guarneció con mucha infantería, cubierta con esto de la armada del de Orange y de la villa. El uno de los navíos grandes llegó tan cerca de tierra, que tocó, y tirando sobre el dique mató tres artilleros, y se aprovecharon los rebeldes de tres cañones, sin poner pié en él, por descubrirse las cabezas de los soldados del Rey, con quien combatieron desde los navíos, hasta que faltando la marea se retiró el grande, y el otro fué á fondo, batido de las tres piezas que los católicos cobraron, en que murió el almirante Luis de Boisot y más de ochocientos hombres. Las armadas se alargaron desesperando de socorrer á Zierickzee.

Habia muchos meses que no se pagaban los españoles, y padecian, y sus capitanes escribieron á Julian Romero hiciese instancia con los del Consejo de Estado, como la hizo, para que juntasen dinero con que pagarlos, porque si no en rindiendo á Zierickzee se amotinarian sin duda. Trataron de darles gran socorro con el dinero que el Comendador mayor procuró juntar en Flandres, con que los vitoriosos pasarian á la Isla de Walckeren ó á Holanda á rematar la guerra, y los rebeldes apretados admitirian cualesquiera condiciones de paz, si el de Orange y sus astucias no disminuyeran las fuerzas del Rey y la fidelidad de sus ministros, y contra sí mismos obráran sus encuentros, desconfianzas, ambiciones, miedos, sospechas. Sancho de Avila desde su castillo de Ambers no dexaba mandar á su albedrío al gobernador Champaigne, amigo del de Orange, temiendo alguna traicion contra sí y contra el conde Aníbal Altemps, coronel de los alemanes altos del presidio de la villa, su enemigo y fiel al Rey, y así persuadió Champaigne al de Ariscoht y á sus compañeros no convenia en tiempo de tanta falta de dinero, estando Ambers gastada con el presidio inútil de tantos años, retener la coronelía del conde Aníbal. Este decia no movia al Champaigne el celo del servicio del Rey y bien de la tierra, sino el ódio que le tenía y deseo de entregarla al de Orange, como lo procuró ántes, y porque estorbó sus intentos con mucho cuidado, y sabía su infidelidad, y sería entregada ántes de un año, si él no asistia en ella. No pedian paga sus soldados, ni la pedirian en seis meses adelante, y vivian con quietud. Pareciendo al de Ariscoht era causa que justificaria su intento de

BIBLIOTECA NACIONAL

que no hubiese dinero con que pagar los españoles para que se amotinasen y no siguiesen las empresas, y vagando con los daños que harian las tierras los tendrian por enemigos. Conforme al disinio y prática del Príncipe de Orange, se proveyó saliese el conde Aníbal de Ambers, se despidiese y pagase su coronelía con el dinero que se habia de dar á los españoles, con que injuriados no obedecerian, y debilitarian las fuerzas del Rey, y sus empresas impedirian. Los de Zierickzee en última necesidad, puesta una carta de noche sobre una varilla hendida, en que pedian condiciones para rendirse en buena guerra, salieron con sus armas y banderas en número de mil y cuatrocientos, pagando docientos mil florines para socorrer los soldados. Puso Mondragon en la villa guarnicion y gobernador, y los soldados en alojamiento asegurando la isla.

El Rey Católico hizo las exequias del emperador Maximiliano, su suegro, en San Jerónimo de Madrid con gran pompa y suntuoso aparato. A dar el pésame de su muerte y el parabien de la entrada á reinar en Austria, Hungría y Boemia, y de su coronacion por Emperador romano, segun el ceremonial y antiguo uso, envió al Almirante de Castilla, Duque de Medina de Rioseco, Vizconde de Cabrera y Conde de Modica. La grandeza de su apresto y el gasto fue de Rey, porque los dones que dió admiraron á Alemania, y al Emperador retuvieron para haberle á él de donar. Entre los que le salieron por su mandado á recebir en Praga, fue un gigante que en su escarcela llevaba un enano, tan grandes eran ambos. Hízole Rodulfo muchas honras y regalos por la nobleza de su Real sangre y la que su Majestad Cesárea tenía de su familia, por la eminencia de su oficio, ecelencia de su casa y grandeza de su ánimo, ya que no de su persona. Tuvo la embaxada tantas cosas notables, que bastára, á no ser tan conocida la grandeza del Rey y de España, á hacerlos creer por los mayores, con memorable muestra de su gran poder y valor.

En el Océano, no muy distante de Gibraltar, viendo desde un navío un gran bulto que navegaba con dos alas como de galera, le quebraron una con tiro de cañon. Entró por el Estrecho, herida la bestia marina, al Mediterráneo con la rabia y furor dando espantables bramidos, y llegó en el dia del Córpus á la playa de Valencia, donde quedó muerta. Tenía de largo ciento y cincuenta palmos la corpulencia; groseza ó ancho en contorno, ciento; en el cóncavo de los sesos de la cabeza cabian siete hombres; por la boca entraba uno á caballo. Las quijadas que hoy se ven en San Lorenzo el Real, de deciseis piés de largo, con veinte dientes por banda, algunos de á media vara, los más menudos de á palmo; los ojos como dos rodelas; las dos alas que dixe, como velas de galera; los miembros de la generacion de descomunal grandeza, por donde le dieron nombre de pez mular. Algunos curiosos dixeron era de los que llaman Lamias, por el gran tragadero ó garganta, y Carcario por la aspereza y agudeza de los dientes;

y decian se vieron de tanta grandeza, que dos carros no podian llevar los trozos, y se habian hallado hombres enteros en el vientre. Creian fue desta especie la bestia que truxo Dios para que tragase á Jonás, profeta, porque en hebreo la llamaron Leviatan, y en Jonás no se dice particularmente sino un pez grande. Cuantos monstruos refieren autores no igualan con la grandeza deste, y pienso que en muchos siglos no se vió jamas semejante; y así me pareció por cosa particular y notable advertirlo en este lugar.

Habíase en el principio deste año publicado en Italia y en Malta que el turco labraba armada y vendria á sus mares; y así las Dos Sicilias se prevenian para su guardia de mar y tierra con levas de gente, provision de municiones, reparo y mejora de las fortificaciones, procurando por la vía de Venecia, Ragusa y Grecia el saber lo cierto. El Rey envió en seis galeras trecientos mil ducados, y una gran furia del mar rompió de noche el mandracho de Villafranca de Niza, y se anegaron hechas pedazos y la gente de que se salvó poca, y el dinero en bonanza sacaron del fondo buzanos sin pérdida. El Rey juntó su armada en Mecina, y Aluch Alí, que gozando con gran nombre el triunfo de la Goleta y la gracia de Amurates con las obligaciones heredadas de Selin, descansaba advertido y receloso, para defender las tierras y mares de su señor sacó su armada de sesenta velas y navegó el Arcipiélago. Envió una galera reforzada á espiar el intento y progresos de los cristianos. Venía en ella un mozo napolitano querido del Arraez, y por esto como él obedecido. Trató á vista de Sicilia con los esclavos de poniente de alzarse con la galera, y mataron al Arraez y los turcos, y la llevaron á Nápoles sin contraste. Aluch Alí envió dos fustas á buscar su galera que tardaba en volver á Calabria, y supieron tenía el Marqués de Santa Cruz juntas las del Rey en Mecina; y habiéndose detenido algun tiempo por el Arcipiélago, determinó ir á Calabria. Por tiempos muy contrarios arribó dos veces desde la Morea, y volvió á Italia la tercera, y echó gente junto á la ciudad de Esquilaci, y saqueó algunos lugarillos, y llegando á Trevisachia, fue gallardamente resistido y retirado con daño, y caminó á Constantinopla. El Marqués de Santa Cruz, para emplear las fuerzas juntas, segun antigua regla de Milicia y Estado y sacar algun fruto del gasto, dió sobre la isla de los Querquenes, puesta delante de los Esfacos, poblada de muchas aldeas de bereberes africanos, pobres y malos y muy amigos de turcos, sujeta á veces á los Gelves, cercada de secaños con grandes corrientes que impiden el llegar baxeles á ellos, donde han sucedido á los cristianos mal regidos ó sufridos considerables desgracias. Echó el Marqués gente en tierra y captivó muchos moros, con que reforzó las galeras, y se retiró en salvamento á Nápoles y las escuadras á sus provincias.

CAPÍTULO III.

Los españoles se amotinan en Flandres y hay grandes alteraciones, y prenden los del Consejo de Estado.

Los españoles desde Zierickzee pidieron al Consejo de Estado sus pagas, y respondió se les darian habiendo dinero, y en tanto pasasen á la isla de Uberen ó de la Plata para quitarles los baxeles y dexarlos desamparados en ella, en poder de sus enemigos, donde el frio y hambre los acabase. Reconociendo este agravio y el que les hicieron en pagar los alemanes con el dinero pronto para su pagamento, y que su valor y vitorias merecian diferente premio, echaron sus oficiales dando principio los del tercio de Francisco de Valdés, y con su electo Gobernador caminaron la vuelta de Herentals, y como furiosos de la ira llegaron á Esche, cerca de Bruseles. Salió á apaciguallos el Conde de Manztfelt con tibio razonamiento, y Julian Romero ni Francisco de Montes Doca no los pudieron reducir, y tomaron por fuerza la villa de Alost, matando algunos vecinos y ahorcando un realengo, y desde allí amenazaban á Ambers, Malinas y á Bruseles con mayor ódio. Sus moradores, siempre inquietos con claras muestras de inobediencia y arrogante atrevimiento, gozando de la cubierta para su rebelion con las amenazas de los amotinados, encendidos en rabia é ira se armaron contra ellos, y los pregonaron por traidores y enemigos de los Estados por edicto consentido por los del Consejo de Estado. Para dar principio á la execucion de su furia y saña, encontrando en la calle acaso un español le mataron, y cebados entraron en las casas del Conde de Barlaimont y de Jerónimo de Roda y de otros que odiaban, á buscar más, diciendo estaban allí escondidos con muchas armas, usando todas insolencias. Embistieron en la calle á Julian Romero y Jerónimo de Roda, y escaparon su furia en Palacio algunos dias no sin peligro. Con secreto los deputados de los Estados mandaron por decretos á los de las provincias que donde y como pudiesen degollasen los españoles. Sancho de Avila, con su prudencia y conocimiento de los ánimos de los Países, entendió el fin á que se encaminaban las revueltas y novedades; pero no quiso ser el primero en romper la guerra por estar en peligro el exército del Rey por la separacion de los aloxamientos, y ellos no haber tomado las armas ántes por no estar apercebidos. Escribió se recogiesen á Ambers los barones Jorge de Frumberg, Nicolás Polviller y Cárlos Fúcar, coroneles de tudescos, y otros capitanes con toda brevedad. La caballería estaba más apartada y corria más

riesgo, y así procedia con recato y advertencia de sus oficiales en no dar ocasion para alterarse en las aldeas y villas por donde pasasen, sin valerse de las armas sino en pura defensa de sus vidas y estandartes. A Juan de Alconeta, capitan de una compañía de caballos, á la vista de Ambers cargaron tres mil flamencos con furia y torno tal, que le forzó á defenderse para salvarse y escaramuzar hasta ser socorrido desde el castillo de Ambers con gente y barcas. Mataron muchos enemigos, y un bailío que prendieron traia el decreto firmado del Consejo de Estado para degollar los españoles.

Don Hernando de Toledo dexó sus alojamientos que ocupaban sus banderas en Holanda, y pasó á Brabante y la caballería española é italiana, porque los Estados rebeldes por los muchos rios y canales no les impediesen la salida. Mucho sintieron los deputados de los Estados y algunos de los mismos Consejeros de Estado la prevencion de Sancho de Avila y el entender sus traiciones, y escribiéronle incurrió en pena de lesa Majestad, quien sin voluntad del Rey ó dellos, juntaba exército. Respondió fue con parecer de todos los coroneles y capitanes, y darian justificada razon cuando les fuese demandada. Estimó en tanto el servicio del Rey, como mostraron sus hechos y consejos. Diesen libertad á los españoles consejeros y ministros de su Majestad mal detenidos en Bruseles, para que atendiesen al gobierno que les habia encargado, porque sino las armas seguirian sus ruegos. Juntáronse con él en dia aplazado en Villebrock, entre Ambers y Bruseles, y habiendo hablado largamente del estado de las cosas, volvieron á Ambers con Julian Romero, D. Alonso de Vargas y Jerónimo de Roda y otros españoles oprimidos ántes en Bruseles.

En este tiempo supo D. Juan de Austria su eleccion para Gobernador de los Países Baxos, y cómo queria el Rey caminase luégo desde Milan por el Monsenis, porque las cosas pedian su presencia, que los despachos le enviaria brevemente y número de dinero de la plata que enviaba á beneficiar en Italia, dirigida á D. Juan de Idiaquez. Aunque deseaba salir de Lombardía, porque la peste consumia á Venecia, y entró en Mántua y Milan para solicitar y comunicar sus negocios, envió á toda diligencia á su secretario Juan de Escobedo. No desistia punto de importunar al Rey por el despacho de D. Juan y breve provision de dinero, de manera que le era molesto, porque le enviaba papeles libremente escritos y comunicaba sus negocios con Antonio Perez, de quien fiaba; y el Rey decia era terrible y se abstuviese de la diligencia extraordinaria y como interesada que ponia en las cosas de D. Juan; y Antonio Perez malignaba esta solicitud y las peticiones, y así le mandó el Rey dixese á Escobedo se moderase en el escribir, porque si lo que le escribió le dixera á boca, no sabía si pudiera contenerse para no descomponerse con él. Mas prosiguió en el tratar las demandas de D. Juan con más ahinco, priesa, cuidado y enfado de su Majestad, porque le eran odiosas las materias, y las consultaba con el Marqués

de los Velez, de su Consejo de Estado y mayordomo mayor de la Reina, ministro comunicado con amor y continuacion y muy participante entónces de los mayores secretos, y trató al Escobedo como á persona en todas las partes mal quisto. Don Juan, viendo se detenia y la alteracion de los Estados armados pedia Gobernador, los españoles áun estaban amotinados, las demas naciones malcontentas y todo en manifiesto peligro, determinó ir á solicitar su despacho, ver al Rey, saber á boca lo que habia de executar y conferir sobre ello. Escribió á Marcelo Doria previniese sus galeras, pues no habia otras en Génova para embarcarse, y á D. Juan de Idiaquez y D. Pedro de Mendoza, embaxador ordinario, porque D. Juan habia de serlo en Venecia, pidiesen á la Señoría dos ó tres que tenía, para que de todas se reforzasen dos de gente de cabo y remo y de guerra, que enviaria de Milan. Parecia arriesgaba su persona y la reputacion, porque acometido de cosarios, era forzoso huir el que triunfó tan gloriosamente del poder del turco, cuya armada andaba por los mares del Rey é Italia, que de todas las acciones ajenas hacía juicio, donde su presencia causaba gran reputacion y paz y era el freno de Francia; de su improvisa partida diria iba desconfiado del remedio de las alteraciones de Flandres, ó llamado de alguna gran necesidad de España, ó por no hallarse con fuerzas para resistir y combatir la armada del turco. Podria dañar en Flandres el verse alexar, cuando le esperaba con la resolucion del Rey y con perdon, con cuyos avisos ya Escobedo estaria despachado á su entera satisfacion. Sería posible que la tardanza por haber ido su Alteza á la Córte y los inconvenientes que della se siguiesen, despues le atribuyesen á sí mismo, y su ánimo grande enseñado á vencer trabajos y peligros no repararia en el del pasaje, debiendo considerar llevaria el dinero desde Italia mejor en letras, pues ya estaba en camino la plata que se habia de beneficiar allí. Esto significó á D. Juan el embaxador Idiaquez, que sabía no gustaba el Rey fuese á su Córte, porque pretendia ser recebido dél como Infante de Castilla, y que le hiciese merced forzosamente, pues tenía tanta necesidad de su persona, y haber escrito á Antonio Perez, secretario de Estado, tenía para tomarle edad sobrada y tener algo propio, cual merecian sus loables servicios. El Rey no queria tuviese más voluntad que la suya ni más honor y bien que él le diese, y mandó caminase luégo desde Milan á Flandres.

Al fin navegó, y desde Barcelona partió á Madrid y pasó al Escorial, donde habia ido el Rey por no recebirle en su Córte, y á pasar con su mujer é hijos el estío regaladamente en su monasterio de San Lorenzo el Real. Allí con el Duque de Alba y el Marqués de los Vélez, del Consejo de Estado, y el secretario Antonio Perez, estos dos amigos entre sí y privados del Rey, se conferia lo que se habia de hacer. Recibió á D. Juan alegremente, levantóse de la silla, y pidiéndole la mano le abrazó, y llegando á la Reina le hizo mesura, y al volver á besar la mano al príncipe

D. Hernando se atravesó por detras, y con la contera le hirió entre ceja y ceja, de manera que cayó en tierra, y tocó y le hirió el cerebro. Don Juan con el susto comenzó á dolerse y sentir el suceso con lamento, y el Rey le dixo, viendo no habia recebido daño considerable: «Basta; dad gracias á Dios de que no fue más.» Don Juan replicó: «¿Más habia de ser? Ventanas habia aquí por donde arrojarme.» El Rey con suma gravedad le dixo: «¿Pues cómo eso habeis de decir? ¿Pudiera ya ser más que una desgracia?» Su igualdad de ánimo libre, no sujeto á perturbaciones, triunfó dél mismo con juicio firme, sin venir á más ni á ménos por contento, pena, ira, que jamas se vió en él sin freno, usando con alabanza y templado imperio de su fortuna, con tal compostura que parecia nacido para reinar, y tal modestia en el responder, que no agradándole lo que hizo alguno, queriendo que no fuese así, le decia: «¿Paréceos que podria estar mejor desta manera?» No dixo jamas palabra disonante ni arrojadiza, ni fue visto ménos reverenciable con la adoracion que merecia. A las doce de la noche acabó de escribir un pliego y largo, porque escribia sin márgenes, y por echar en él Sebastian de Santoyo, su ayuda de cámara, polvos, vertió el tintero; viéndole congoxado, le dixo: «Esperaréis más», y le copió. Tal era su entereza y sujecion de la naturaleza. Fue una noche al lecho, y al tirar la cortina el Soumillier de Corps le vió descompuesto con los ayudas de cámara, porque no estaba prevenido. Atento á la reprehension áspera del Conde de Buendía, habiendo esperado dixo, enseñándolos á sufrir y á cuidar: «Si en su casa sucediera, dieran voces hartas.» En su presencia todo era composicion y quietud en su imitacion, especie de lisonja. No permitia que se truxese á la prática alguno con vituperio, diciendo no habia bueno que no pudiese ser mejor, y malo peor; y el bueno merecia premio por su virtud, y perdon el malo por la fragilidad humana á que los vivientes eran tan sujetos. El que le adulaba perdia reputacion, y admitia mejor las advertencias; que así llamaba á la censura y juicio de su gobierno conociéndose mortal, y por esto le desplacia la alabanza. Al contrario siente el mundo, pues el que no lisonjea es tenido por soberbio, por maldiciente el que advierte, ambicioso y desacatado. El que oye aduladores comienza á no ser bueno. Es difícil al príncipe el guardarse de cierta adulacion secreta que hacen algunos ministros en el manejo de las cosas importantes. Siendo parte de la adulacion principal el complacer, no debe tener á mal alguno el ser complacido, y apareciendo más el efeto que el ánimo, el príncipe á lo que ve se remite, y más donde él se fia y persuade que otro tiene la voluntad que tiene él mismo: demas de que siendo propiedad del amor el complacer, parece tener obligacion al que le complace. El verdadero por benevolencia tiene cerca el amor, la adulacion el interes. Porque se corre gran riesgo en persuadir al príncipe lo que es fuera de su apetito y deliberacion, por más seguro se dan á la adulacion y ser poco trabajo el pensar

y decir lo que ya otro pensó y dixo. No hay príncipe tan inhumano que por el mal suceso castigue al que tuvo su parecer, ántes le mira con más gusto que al que le tuvo contrario. Algunos no ponen inconveniente en que se dé al príncipe un artificioso complacimiento en lo que obró mal con alguna excusa (aunque sea fingida ó causa aparente), porque conociendo no fue, sea advertido de la conciencia y se emiende en lo venidero; y dicen que no es mentir, pues no lo dice por engañar al príncipe, sino para animarle con este consuelo. Aunque fuera lícito, ha de ser con él prudente para que no le sea ocasion de ser más fácilmente malo, viendo que á un mal efeto se da buena excusa, á que ayuda el testimonio del que la halla, y más si es bueno y sabio. Con esto no puede saber de gobierno, pues le hacen creer que el caso y no su culpa fue la causa, y no le dexan obrar porque por sí mismo no conozca la verdad. Y hallándose rodeado de mayor peligro de los amigos que de los enemigos, le es forzoso le ayude gran ventura ó se conozca engañado con su ruina. Don Filipe conocia á los hombres, y admitia los buenos y sabios, y no se podia decir dél lo que un poeta italiano de otro potentado, que motejándole un truhan de que se hacía poco caso dél, le dixo: «¿Cómo siendo tan eminente no entraba en la cámara del señor y él sí?», respondió: «Cuando le haya hallado á mi modo como al tuyo, entraré en su cámara y tú pasearás el zaguan como yo ahora.»

En Flandres el Príncipe de Orange, animado y gozoso con la alteracion de los ánimos y deseos de su libertad, para prendar los diputados con mayores delitos contra el Rey cometidos, y que teniéndole indignado acudiesen á él por consejo y socorro, escribió á los del Magistrado de Bruseles prendiesen los Consejeros del Estado, mas ellos les presentaron las cartas. Induxo á ello á la gente de guerra y baxa de la villa con los buenos diligencieros que en ella tenía. Mos de Glimes, por órden del Baron de Hesse, con buen número de soldados, rompió la puerta de la sala y prendió los Condes de Manzfelt y Barlaimont, al Presidente Viglio y á Cristóbal de Asenvile, Luis del Rio y á Juan Fonch, Juan Baptista Berti, secretario de Estado, y Urbano Scaramberg, su compañero, y lengua alemana, y los pusieron en diferentes prisiones. Enviaron una compañía á tomar los papeles de Luis del Rio de la correspondencia del Rey; mas por su aviso su hermana los escondió. Para vexarla metian una compañía de guardia en su posada. Mandaron que Antonio del Rio, señor de Cleidele, tesorero general del Rey de las confiscaciones, estuviese preso en su casa y no administrase su oficio, y embargaron el dinero. Prendieron á Juan Baptista de Tasis, ministro del Rey, y porque huyó pusieron con gran menosprecio en la cárcel pública á su mujer. Truxeron á Bruseles al Conde de Meghen y á su hermano Mos de Haultepene, y les requirieron se juntasen con los deputados, y dixeron perderian las vidas ántes que la fidelidad á su Rey na-

tural. Gran delito cometieron estos desalmados rebeldes, pues (1) los que maltratan los del Magistrado incurren en pena de lesa Majestad, donde crecen la indignidad del hecho y el castigo juntamente. Porque de los romanos fueron llamados santos; y la ley Horacia, publicada para su seguridad por el cónsul Horacio de los sacrosantos Magistrados, concuerda en estos términos; y áun el emperador Valentiniano tiene por sacrilegio no hacer honra á los Magistrados.

CAPÍTULO IV.

En Flandres hay grandes alborotos sobre la prision de los del Consejo de Estado.

(Año 1576.)

En Flandres los Abades, que habian causado la prision de los del Consejo de Estado, por la acusacion de conciencia y temor del castigo merecido, aunque no confesaron fueron autores de la traicion; primero de ser acusados dieron su disculpa sin pedírsela segun derecho, culpándose con un librillo que imprimieron con título de justificacion del embargo. Decian fueron solamente embargados los ministros del Rey, y no por su menosprecio, sino por correspondientes con los españoles y sus valedores declarados poco ántes por enemigos y traidores; por no les haber resistido como pudieran y debieran, y porque por su mandado la caballería española se acercó á Bruseles, la cual tenía otros soldados de socorro para dañar los deputados de Brabante; y así era de temer que el pueblo, estando armado y airado, procurára matarlos si se disimulára, con que se arruinára lo divino y humano, y se escogió por menor riesgo el del embargo. Pocos hubo que no entendiesen el afeite de la disculpa, y que el de Orange fue inventor de la hazaña. Con la prision de los ministros faltábales autoridad para ordenar y determinar los deputados lo que querian, por ser pequeño el número de los consejeros libres. Libertaron á Viglio Zuicheno, presidente, y á Juan Fonch, prepósito de la santa iglesia de Utrech, y á los secretarios Baptista Berti y Urbano de Scaremberg, para que con nombre y color destos gobernasen á su albedrío los deputados de Brabante y de Henaut, quitando las fuerzas y la autoridad al Consejo, porque los más dél eran de su parte,

(1) *Qui Tribuni plebis Ædilibus judicibus nocuerit, eius caput Joui sacrum esto. Familia ad ædem Cereris Liberi laboreque venum ito.*

y le dexaron con sólo el nombre y aparencia, no mandando él sino los deputados. Éstos eran mandados de zapateros, sastres, taberneros y la hez de la República; y con los más atrevidos y facinerosos se acompañaba el Baron de Hesse, y eran los instrumentos para mover las máquinas del Príncipe de Orange. Publicaron decretos en contra de los del Consejo, y tales que mostraban ser con injusticia proveidos por vulgo alborotado. Porque así lo sentia y publicaba Jerónimo de Roda, que solamente de los de su Consejo estaba libre en Ambers, y hacía oficio justamente de gobernador por estar los demas oprimidos, mandaron los deputados que ninguno reconociese el sello, ni se obedeciese á quien usurpaba el gobierno.

Renovaron por todas las provincias el primero decreto, con que les mandaron tomar las armas contra los españoles sus enemigos. Fueron presos los que tenian sueldo del Rey y los que reprobaban la prision de los del Consejo, con que dieron principio á robos, muertes y destruicion de todo lo bueno. Prendieron á Juan y á Jaques de Hamelton, hermanos, escoceses entretenidos con sueldo del Rey por ser nobles católicos y fieles á su reina María, presa en Inglaterra, y por esto sumamente aborrecidos de la reina Isabel, sectaria, y en ofrenda agradable se los enviaron. Tenian inteligencia con François, duque de Alanzon, hermano de Enrique III, pidiéndole por su embaxador, el Baron de Ainchi, viniese en su ayuda con exército y le recebirian por su gobernador, con intento de defender su traicion y de obligar al Rey y á su madre á favorecelle, para que rompiéndose por este medio la paz entre las dos Coronas hiciese la guerra en Flandres á D. Filipe, pues tendrian despues medio para echar al de Alanzon de los Países. Respondió bien, y se acordó que para tener entrada breve, segura y por la mejor parte, se ocupase el castillo de Cambrai, y con él tendrian la ciudad. Habiendo posado el Baron de Ainchi en el castillo cuando pasó á París, brevemente volvió, y fue recebido del Baron de Liques, su deudo cercano, castellano por el Rey, con mucho amor. Y faltando á la ley del hospedaje y parentesco, como tenía poca guarnicion, y de flamencos, le prendió y señoreó el castillo y avisó al Duque de Alanzon, y envió franceses con Mos de Valañi, que le mantuvieron en la manera que se dirá, abriendo puerta á los exércitos de Francia que entraron en los Estados. No quedaron satisfechos los rebeldes con la resolucion del Rey de Francia, porque no dixo claramente los tendria en su proteccion, y enviaron embaxada á la Reina de Inglaterra para que los asistiese y socorriese, y ella lo premetió y lo hizo.

Para obligar tambien al Emperador á ayudarlos, ofrecieron al archiduque Matías, su hermano tercero, el gobierno de los Países, pues á título de príncipe de la casa de Austria podia entrar y ser admitido sin nota, con que obligaria al Rey su tio á que le diese su hija, y en dote los Estados. Con esta razon legítimamente quedarian fuera de la obediencia de Espa-

ña, y el Archiduque, imitando á sus alemanes, les concederia, entre otros privilegios y condiciones favorables, su deseada libertad de conciencia y de vida, con que lo manejarian todo por su arbitrio y comodidad, sirviendo de sombra el Archiduque, en caso que el Rey Católico no le diese su hija. Pues era de creer que el Emperador se disgustaria de ver menospreciado su hermano, y así una vez introducido en los Estados se los ayudaria á defender y mantener. Procuraron retirar del servicio del Rey la infantería valona de las banderas de Mondragon, y tomaron los más de los capitanes su voz rebelde, y encerraron á su coronel.

Pareció á Sancho de Avila era el daño general, y porque el exército del Rey tuviese puesto seguro en todos trances, basteció el castillo de Ambers de manera que pudiera esperar un largo sitio. Para esto ayudaron mercaderes españoles debaxo de que se les pagaria brevemente el dinero que prestaron. Allanó los puestos de ventaja al enemigo y su artillería. Hizo un fuerte en Flandres de la otra parte del rio para asegurar el paso dél y tener pié en aquella provincia, que áun no habia hecho demostracion de rebeldía declarada, y sujetar más á Ambers, y guarnecióle con cuatrocientos españoles á cargo del maestre de campo Francisco de Valdés, porque su tercio estaba amotinado. Executó con tanta presteza cuanta la necesidad y poco remedio de las cosas requeria. Poseia el exército del Rey á Liere, Mastricht, el castillo de Utrecht, el de Valencianes, el de Ambers y Alost. Mos de Villi en Groeninghen con algunas banderas de su coronelía tenía la voz del Rey, y en el castillo de Colemburg el coronel Alonso Lopez Gallo, y Francisco Verdugo en Holanda, y los alemanes en Bolduque no seguian los rebeldes. El Duque de Ariscoht y su teniente Filipe de Lalaing armaban y juntaban su gente para impedir la union de los realistas, porque apartados serian vencidos fácilmente, y les quitaban la comunicacion, no dexando pasar á sus aloxamientos cartas y bastimentos. Julian Romero se fortificaba en Liere con trecientos españoles de su tercio. El capitan Francisco de Montes Doca, gobernador de Mastricht, no fiando de la guarnicion que tenía de alemanes del Conde de Ebestain, puso en los torreones de la puerta de Bruseles algunos españoles para asegurarla, en caso que los alemanes se alterasen, y él pasó al Burgo de la otra parte del rio, donde estaba el capitan D. Martin de Ayala con su compañía de españoles.

CAPÍTULO V.

Los de Flandres hacen la guerra á los españoles, y Julian Romero los vence.

Conforme á lo acordado en la junta de Gante, el Conde de Reulx, gobernador de Flandres por los Estados, por órden del Duque de Ariscoht juntó infantería de las guarniciones viejas de las fronteras, y con deciseis banderas de bisoños y seis de Gante, con voz de guardar la entrada á los amotinados habia tomado todos los pasos la vuelta de Alost, y aloxó el resto en Gante y Bruxas. Conociendo su disinio Sancho de Ávila, pidió con buenos terceros á los amotinados recibiesen por entónces el dinero que más pudo juntar, si bien no era todo lo que se les debia, y sus oficiales luégo; porque la gente de las provincias les cerraba la salida para vencellos allí; pero en la misma obstinacion permanecieron. Antonio Dávalos Maldonado, teniente de Mondragon en el castillo de Gante, viendo las banderas que en ella entraron, dixo al Conde de Reulx y al magistrado, no las arrimasen al castillo en deservicio del Rey. Respondieron tendria seguridad no dando entrada por él á los amotinados, entreteniéndole con engaño para sitialle en llegando cuarenta banderas que esperaban. Pasó Reulx el rio, y encaminó cinco compañías al arrabal de San Bauon, y se atrinchearon en unos molinos fuera dél, y otras venticuatro que llegaron al puesto.

Luégo que D. Alonso de Vargas salió de Bruseles, vino á Anvers á comunicar sobre el estado y remedio de las cosas del Rey; y resolvieron el juntarse, y para esto partió á buscar su compañía para venir á Alost á pedir á los amotinados se incorporasen en el exército, con que socorrer el castillo de Gante sitiado de los rebeldes y falto de gente y municiones, pero sin fruto. Pidió al presidio de tudescos, que estaban en Deremonda, paso para socorrer á Gante; mas infieles al Rey, cuyo sueldo llevaban, y amigos á los Estados, le negaron. Don Hernando de Toledo, para acudir á este socorro con las banderas de su tercio, habia caminado la vuelta de Anvers á pasar el Escault por San Bernardo encima de la villa, y llegar á Alost cuando D. Alonso de Vargas con la caballería. En Liau, donde aloxaba Jorge Machuca con su compañía de albaneses, resolvió D. Alonso el dexar el bagaje en Tilemont, y á la ligera con diez compañías de caballos ir á Alost, quedando las demas en Brabante.

Los Estados, quitándose la máscara, enviaron desde Bruseles dos mil infantes con el coronel Mos de Glimes, y ochocientos caballos de las bandas

viejas, y de los que levantaron con Mos de Bieure á degollar unas compañías de caballos que aloxaban en las aldeas á dos leguas de Lobayna, en el mismo dia en que D. Alonso de Vargas se juntó con los capitanes en Liau; y aloxaron en la bailia para dar al amanecer sobre ellas, y D. Bernardino de Mendoza lo avisó á D. Alonso. Estuvieron alerta y los caballos ensillados toda la noche, de manera que acometiendo en ella á la bandera de arcabuceros de á caballo de Antonio Dávalos, los recibió con las armas en la mano. Estando para marchar con la caballería D. Alonso, descubrió los rebeldes cerca del aldea de Visnach, entre Lobayna y Tilemont, y se le juntó la compañía de Nicolao Basta, y envió un trompeta tres veces á saber de los Estados su intento, y le manifestaron los mosquetazos que le tiraron siempre que los fué á hablar, para justificar el combatillos. Habian convidado á los vecinos y estudiantes de Lobayna, como si tuvieran por cierta la vitoria, á ver la muerte de los españoles, y vinieron muchos ventureros y gente comun, habiendo mandado cada uno cabeza de español á su dama, y otros tan fáciles en el creer, por el deseo que tenian de gozar del barato de los despojos. Los flamencos pelearon tan vilmente, que se pudo dudar con razon cuál fuese ántes, el huir ó acometer, ó si fue en un punto. Caminando contra D. Alonso de Vargas se mejoró en un puesto conveniente para la caballería, porque el de los enemigos era en el camino que va de Tilemont á Lobayna entre ribazos, hondo y fuerte para infantería, con un bosque sobre la diestra con muchos septos, donde estaba golpe de arcabucería, y la caballería en dos escuadrones sobre la siniestra en la campaña en sitio eminente. Don Alonso emboscó algunas celadas de la compañía de Basta con su teniente, para cargar de traves la arcabucería enemiga luégo que se alargase cargando. Fue forzoso combatir, y D. Alonso apeó cincuenta borgoñones arcabuceros para atacar la escaramuza, cosa que otras naciones rehusáran, y Juan Baptista del Monte tomó un arcabuz y los guió, y escaramuzó gallardamente, mostrándose valientes los borgoñones, ayudados de improviso de Julian Romero, que venía con veinticinco soldados á tratar de socorrer el castillo de Gante. Todos animados dél apretaron la arcabucería, que remolinaba para huir, aunque tenía firme y entera su caballería, pero acometida de las compañías de D. Bernardino de Mendoza, de D. Pedro de Tasis, Juan Baptista del Monte y D. Alonso de Vargas con la resta, volvió las espaldas, y la infantería sin darles tiempo para hacer rostro, mezclados en la huida. Por si se rehiciesen, siendo tantos en número (como ha sucedido) D. Bernardino hizo escuadron de cuarenta lanzas, y se continuó el alcance con gran matanza. Porque los mozos de los soldados dieron en la infantería, que habia dexado las armas para huir más ahorrada, y degollaron la mayor parte, y de los que de Bruseles y Lobayna vinieron á ver el espectáculo que decian de la muerte de los españoles. La caballería llegó matando hasta la abadía del

Parque á la puerta de Lobayna, y se recogió solamente herido un mozo con un mosquete en el pié, estando detras de los escuadrones de la caballería ántes del cerrar. Hay autor que dice fueron los muertos casi dos mil, y que por esto llamaron este suceso los Estados la desgracia de Tilemont.

Don Alonso otro dia caminó á Anvers para pasar el rio Sinne por encima de Bruseles, y vino á Alost, donde con mostrar las banderas y estandartes ganados y ser con esto la guerra rota y convenir el juntarse, nunca los amotinados quisieron, para ir á socorrer el castillo de Gante, enteramente sitiado y cinco leguas distante, donde no habia sino ciento y cincuenta españoles con las plazas muertas contados, y de quince valones de la guarnicion vieja huyeron los trece, los dos metieron en prision por sospechosos; saliendo algunos soldados á cortar leña á los jardines del castillo, los cargó la gente del Conde de Reulx, y habiéndole muerto algunos se retiraron sin pérdida. Pasó el rio la gente en Brabante, y supo que las banderas de alemanes del Conde de Ebestain, de la guarnicion de Mastricht, trataban de meterle gente de los Estados, y para remediallo caminó en diligencia. A seis leguas de la villa entendieron cómo se concertaron con los Estados, y á Montes Doca debaxo de palabra viniendo á parlamentar le prendieron. Y habiéndole pedido con cincuenta arcabuceros el capitan don Martin de Ayala dexando toda su gente apercebida, los alemanes y vecinos se pusieron en arma, y se retiró. Envió un soldado estando cerca de Mastricht D. Alonso de Vargas y D. Hernando de Toledo, á decir el término en que estaba la villa. El Toledo con toda la infantería pasó el rio en barcas, y entró en el arrabal: apeáronse algunos, y con la compañía de infantería que venía de retaguardia el Tasis se arrimó á la primera puerta de Bruseles, y hicieron agujero para entrar. Plantaron los rebeldes sobre la muralla algunas pecezuelas para impedillo, y sin efeto, porque los mosqueteros españoles desde los torreones impidieron á los artilleros. Quemada la puerta la gente toda entró combatiendo, ganando las barricadas de las entradas de las calles, y se derramó por la villa; y lo mismo D. Hernando de Toledo y D. Martin de Ayala, que habian ganado la fortificacion que levantaron contra el arrabal, entraron señoreando la villa con muerte de muchos rebeldes, heridos, ahogados en el rio huyendo, y quemados con el fuego de las casas que se emprendieron, y sacaron á Montes Doca de la prision. Los alemanes esperaron en la plaza de San Gervais la vista de los españoles, y se rindieron culpando á sus capitanes el haber tenido la voz de los Estados contra su juramento.

Apretaba el castillo de Gante el Conde de Reulx, sangrado el foso y levantadas trincheas al borde, y comenzó á batir asistido de los de la villa, que deseaban señorear los deputados, por ser cabeza del Condado de Flandres y una de las mayores de Europa, llamada por de antiguo Odvea, y de Cayo Julio César Caya, y despues Wandt por los vándalos, que con

su rey Caroco destruyeron la Galia Bélgica, y tomaron á Caya edificada por César, donde se junta el Escault con el Lisa, y así piensan que de Vandt se dixo Gandt. Consagróla César á Mercurio, y San Amando á Jesucristo. Está en la region de los Nervios bravos. En la declinacion del imperio ocupadas las Galias de bárbaros, los vándalos se fortificaron en Gante, y desde allí corrian hasta Tornay y Henaut, que poseian los romanos. Los godos contra los vándalos edificaron el castillo de Alost y el de Oudenarde, y tuvieron á Caya ó Gaya ó Vandt, hasta que los franceses, reinando Clodoveo, en el año de cuatrocientos y ochenta y nueve, la ocuparon, y Cárlos Magno mucho tiempo despues edificó una fortaleza entre el Escault y Lisa, y en contra del monte Blandino sacó fosa de agua del Escault á verter en el Lisa, más baxo de donde hoy está el monasterio de San Francisco. San Amando derribó á Mercurio, y cortó los bosques del monte Blandino entre los rios, y comenzó el monasterio de San Pedro, que fue edificado por el rey Dogoberto el Magno, hijo de Clotario, segundo rey de Francia. Y de la parte del Escault, en la region del Pago Gandense, fundaron otro monasterio de San Alovino Bavon, que foe conde de Asbania, convertido por San Amando, que hoy tiene el Obispo de Lieja. El castillo edificó el emperador Cárlos V, cuando se alteró Gante, en llano, en figura cuadrada con cuatro grandes caballeros, y á la parte de Anvers tenía el arrabal de San Bavon sobre el foso con eminencia, que descubria las estradas, por no estar en perfecion, y de la de la villa, aunque en llano, las iglesias, y algunas casas le tenian á caballero, y pasaba un rio entre ella y el castillo de ciento y cincuenta pasos de distancia. El foso era bueno, con fondo de más de un estado en la mayor parte, seco en la del arrabal. Los rebeldes en él plantaron piezas naranjeras, con que en las calles que descubrian mataron algunos soldados, que, por ser pocos, no pudieron hacer traveses con que cubrirse, y forzoso el guardar las murallas. Plantaron tambien dos cañones de la otra parte del rio en los jardines, con que derribaron una garita encima de la puerta principal á la punta del caballero, para impedir el daño que la arcabucería les hacía, y terraplenaron algunas casas y puerta de San Jorge, quitando las que el castillo tenía en aquella parte, de que se aprovechaban poco por falta de municiones. Batieron, aunque flacamente, y desembocaron en el foso frontero de una casamata del caballero alto, y caminaron con mina aguada por el foso á ella con espesas traviesas, cubiertos para llegar á zapar el muro y dar el asalto en llegando la gente que esperaban, seguros de ser acometidos, porque los amotinados no se juntaron con D. Alonso de Vargas.

CAPÍTULO VI.

El Rey Católico se aconseja sobre hacer la paz con sus rebeldes de Flandres.

Lo acaecido y hecho por los Estados de Flandres y exército del Rey, y el intento y estado de todos le escribió Sancho de Ávila, pidiendo órden de lo que se habia de hacer y al Duque de Alba, que amaba y reverenciaba como á su maestro y tan gran señor y capitan. Los deputados enviaron á dar su relacion y razon á Mos de Rasinghen y Francisco Lewasseur, señor de Morensate, secretario fidelísimo del Rey en aquellos Países. Ayudados del presidente Hoppero procuraron persuadirle no se acabaria la guerra sino con la paz en todas las provincias y expulsion de los españoles; y sobre todo en el Consejo de Estado se consultó y dispuró con varios y encontrados parceceres. Tenía el ánimo del Rey inclinado á la paz Hoppero despues que dél alcanzó el hacer aquella fineza que se ha visto, de dexarles el gobierno en su mano para su ruina. Por hacer sospechosos los caudillos de los españoles en Flandres y al Duque de Alba, cuya resolucion como de oráculo se debia executar, le calumniaron con exageracion de los daños que habia causado su gobierno civil y militar con tan demasiada justicia y rigor y derramamiento de sangre, menosprecio del pueblo, poca estimacion de los principales y de los del Consejo, que los obstinaron en la rebelion, y los atrevimientos de los españoles amotinados é insolencia en los aloxamientos alteraron las tierras, y pusieron en última desesperacion para tomar las postreras armas con que librarse de sus robos y atrocidades, permaneciendo siempre obedientes á su Rey: señal manifiesta de su buena intencion para con él y para con ellos. Si los queria tener siempre así, echase los extranjeros, cuyo aborrecimiento los tenía deseosos de venganza, y estableciese paz durable, mostrando la confianza que debia tener dellos, pues hecha para el bien universal le servirian y obedecerian con fidelidad y liberalidad. El Conde de Chinchon dixo en el Consejo consultando esta materia:

«Estos súbditos rebeldes no pretenden como otros acrecentamiento de »privilegios, sino declaracion con que eximirse de la obediencia, quitando »las justas leyes, sin las cuales no podrian vivir como católicos cristianos. »Quien lo primero les concediera, daba libelo de repudio á su Majestad y »grandeza, y quitaba la seguridad en ellos y en los más leales, que por »serlo habian de desear cada dia ser más exentos, fabricando grandes qui»meras hasta caer de su fidelidad atraidos con persuasiones y exemplos de

»sus vecinos, de malinos espíritus, que en otros tiempos perseveraron poco »en servidumbre de príncipe extraño. Era natural desear el vulgo libertad, »que no considera el bien que tiene estando sujeto; y así á los quebranta- »dores de leyes divinas y humanas convenia encaminar al yugo de verda- »dera obediencia con la justa guerra, que es misericordia, no pena ni cas- »tigo; y el remitir la injuria habia de ser no quedando damnificada la Re- »pública, la persona del Rey y su Majestad, á cuya autoridad importaba »dar leyes en los conciertos de paz y notar sus capítulos. Porque si se su- »jetase á conceder lo que le piden, aunque fuese de poca importancia, era »reconocer al enemigo con cierto respeto de hacer su voluntad. Y así no »se debian admitir condiciones de vasallos con quien se pelea, sin que se »pusiesen en sus manos sin ecepcion alguna, y recibiesen las condiciones »de paz que se les diesen: término que tuvieron los romanos valerosos con »sus enemigos; mas con súbditos rebeldes tratando como con ladrones, »decian pidiesen con humildad lo que habian menester; y si querian per- »severar, ó armados hacer paces, las concluyan con vitoria honrosa, no con »torpes condiciones. Cuyos capítulos áun se ofendia el Senado de formar, »pareciéndole era nota entrar con rebeldes por vía de contrato el que debia »mandar como superior; y en su lengua latina, por más veneracion y gra- »vedad, capitulaban. Conociendo voluntad en el Rey á su conservacion »encaminada, acometieron con ánimo feroz las empresas que se vieron. »Los herejes se endurecen con blandura, y se ablandan con aspereza, fuego, »armas; lo cual executaba el Rey con los valientes soldados que Dios le »habia dado, pero tarda provision de pagas y mercedes para ellos los hizo »inobedientes, con daño bien irreparable á las empresas felizmente comen- »zadas y proseguidas.»

El Duque de Alba, dueño de la materia por su gran capacidad y cono- cimiento della, por la experiencia é inteligencia que le dió su gobierno y la asistencia en aquellos Países con su señor el emperador Cárlos V, en sus- tancia dixo:

«Antepuse á mi comodidad y bien el servicio de Dios y de mi Rey, »siempre militando y aconsejando, y por tantos años que ya cubren mi »cabeza las postreras canas. La envidia de mis claros hechos y emulacion »de mis oficios y valor grandes no entibiaron mi celo, como la gracia »Real; porque el libre consejo verdadero y la autoridad adquirida por mis »méritos, no la adquieren como nombre ilustre y fama inmortal. No pue- »do faltar á mi inclinacion ni costumbre de verídico (dañe ó aproveche) »con que ayudé á mi Príncipe y á su Corona, y con esta espada hasta hoy »invencible; pues Dios, fiel juez de los corazones, conoce y recibirá mi »intencion sana y santa, y la adulacion mostrará con tristes sucesos haber »destruido más reinos que las armas. Trátase de aquietar con la paz los Paí- »ses Baxos, deseada de algunos, no aprobada de otros, no desagradable á su

»señor, quizá para castigo de todos. Y cierto bien advertido esto, no sé en »qué haya que dudar en creer que la guerra solamente es la salud de los »Estados de Flandres, pues la hacen ellos para librarse contra razon y con »tiranía de la obediencia y sujecion de su Rey natural; y él para sujetarlos »conforme á su derecho y título de señor legítimo, entrególes el gobierno, »fiando dellos más que se podia; pues con tal beneficio, siendo ellos súb- »ditos y vencidos, no se obligaron como era verisímil, mas hicieron lo que »ninguno pudiera creer. Porque cometiendo, no sólo crímen de lesa Ma- »jestad y rebelion, pero de singular ingratitud, las fuerzas que les fió con- »virtieron contra él y se conjuraron para alzarse con sus Estados. Para esto »(no con secreto, sino públicamente) consultaron á Guillelmo de Nassau, »juntaron armas violentadas contra su verdadero Príncipe, y á los españoles »que tanto tiempo defendieron sus iglesias, monasterios, sus casas, sus ha- »ciendas de los herejes y rebeldes, como si ellos hubieran conservado una »fe sin mácula, ó tuvieran para ello autoridad, los declararon por ene- »migos, traidores, rebeldes, dieron sus cartas firmadas para que los ma- »tase quien pudiese y á todos los que los ayudasen. Los deputados de Bra- »bante (congregacion compuesta de gente vilísima de los Estados, y de »Monsieur de Hesse y Mos de Glimes, sus capitanes) prendieron la mayor »parte del Consejo de Estado (delito grande), se juntaron contra ley y cos- »tumbre en Gante, y trataron de apoderarse de las tierras del Rey, des- »mantelar las fortalezas, echar fuera la gente de guerra, no por ódio de la »nacion, sino para facilitar la execucion de sus traiciones y hacer el go- »bierno popular. Y al punto lo hubieran encendido y arruinado todo, si el »fiel Sancho de Avila con los otros cabos del exército Real, teniendo cierta »prueba de esta intencion, no se juntáran y les hicieran rostro. Porque tam- »bien se entendió luégo acudieron, no con disimulacion sino públicamente, »al Duque de Alanzon, hermano del Rey de Francia, y á otros potenta- »dos y Príncipes herejes, ofreciéndoles el señorío de los Países y para que »les ayudasen contra su natural señor. Y porque los españoles, como ver- »daderos vasallos y defensores de su Rey y de su ley católica, embarazaban »esto, fingieron contra ellos ódio y procuraron causas con que persuadirles, »y particularmente echaron de Ambers al conde Aníbal Altemps del pre- »sidio y su coronelía fiel y valerosa, pagándola á su pesar, con fin de des- »armar la parte del Rey, y consumieron en esto el dinero señalado para »los españoles vitoriosos de Zierickzee, y por consumillos los quisieron en- »cerrar ó deportar en la isla de Uberen con impiedad. Y como el de Orange »pretendia, se amotinaron para encubrir la causa con que tomaban las ar- »mas, como lo hicieron, y se valieron de la excusa de los amotinados en »todas las faciones de guerra, y más en el sitio del castillo de Gante. In- »tervinieron en esta accion otras circunstancias de eceso y delito. A esta »culpa correspondieron los sucesos de la guerra, la jornada que perdieron

»junto á Tilemon, en Brabante, con la caballería de D. Alonso de Vargas, »la escaramuza cerca del rio Escault con los arcabuceros á caballo del ca»pitan Alconeta. Con várias esperanzas de paz procuran deposeer al Rey »de sus Estados, sacando dellos sus capitanes y soldados españoles, que es »decirle desampare la empresa por el artificio, disinio, flema, estratagema y »disimulacion de los que, viéndose oprimidos, ofrecen fingida pacificacion, »venciendo así los vasallos leales, siendo rebeldes á la grandeza del Rey, »cortando el hilo á sus vitorias, moviendo general ódio contra ellos, per»suadiéndose haber engendrado en el pecho de su Majestad poca satisfa»cion de su exército, sacrificado á Dios y á su Príncipe tantas veces, por»que su ecelente y saludable consejo, como raíz principal de los sucesos »prósperos y fundamento del Estado, no fuese como debia y convenia loa»blemente recebido. Que aunque nada se esconde á su prudencia, que trata »de condecender con ellos con varios géneros de actos benignos por sus »ocultos juicios, y porque no faltan labirintos y nuevas redes, que, ecedien»do todo género de prudencia, ofuscan ya la vista, los efetos mostraron »el poco remedio que hay, habia y se debia esperar. La paz no quitará el »temor al que el miedo de atreverse á su legítimo Príncipe poderoso no »quitó el camino para rebelarse, padeciendo fuerza su honor, considerando »que no manda tan libremente como ántes, y la República recibe notable »daño, resultando tal misericordia en destruicion y peligro, pues con estu»dio y diligencia pertinaz levantaron máquinas, viendo concurrir libertad »de ley, novedad de cosas, á que el vulgo desenfrenadamente inclina. Y »porque el malo es peor si no se castiga, se confederaron para llevar ade»lante su herejía y rebelion con su enemigo, y excluir al Rey de Flandres, »teniendo atrevimiento de gloriarse y engrandecerse, campeando sus estan»dartes y banderas por su dominio en ira de España, fomentados y favo»recidos de Príncipes sectarios para aniquilar la religion católica y las fuer»zas del Rey, en que á su parecer consiste su conservacion. ¿Qué hicieron »los más gallardos capitanes y bien diciplinados soldados para ser odiados »y perseguidos, publicados por aleves, bárbaros, tiranos, enemigos de la »patria en sus conventículos? levantando el ódio contra España en pre»mio de haber defendido la Corona, sin haber sacado más fruto que sus »trabajos y hazañas grandes en boca de sus contrarios; pues las señales de »de las heridas dan testimonio del esfuerzo y amor con que sirvieron, tan »antiguo en los españoles como la obediencia inviolable y santa. Quien »trata de paz por temor de guerra, la mete en su casa, quitando su dignidad, »el miedo á los rebeldes, convierte la admiracion en desestimacion, los bue»nos se les inclinan, los malos se esfuerzan, los Príncipes se atreven, apar»tándoles con esto del verdadero camino de la estabilidad de su grandeza, »el demasiado deseo de paz los prende en el de sus enemigos, que preten»den deshacella. Conociendo voluntad en el Rey encaminada á conserva-

»llos, acometieron las empresas que se han visto. Endurécense los herejes »con halagos, se ablandan con aspereza, fuego, hierro, muertes, desolacio»nes. Esto executó el Rey con los valientes soldados que Dios le ha dado; »pero la provision tarda de dinero para sus pagas los hizo inobedientes, »con daño irreparable á las empresas felizmente comenzadas y proseguí»das, y desgraciadamente impedidas (1). No se trata de corregir vicios de »los flamencos, sino de sacar de cautiverio tanto número de cristianos, res»tituir las vírgenes consagradas á Dios á los monasterios, los ministros y »culto á los templos, y de que no aflijan á la madre lloros, robos, muer»tes, armas, calamidades. No se trata, no, de plantar la fe un poderoso »Rey, sino de romper la furia que de todo punto la quiere desarraigar, es»tando en balanza si serán suyos ó de sus enemigos y tiranos los Estados, »legítimo y antiguo patrimonio suyo, y por consiguiente de la suma y re»putacion de su Majestad, por cuya estabilidad era poco poner el resto de »los demas reinos, cuya firmeza pende de que entiendan claramente no »podrán prevalecer contra su grandeza. Esto corre en todas las naciones y »Príncipes que están á la mira de esta guerra, donde podian, no la fuerza, »sino los ardides, cautelas de los flamencos contra los memorables hechos »de sus capitanes valerosos, y los arroyos de sangre que ha sorbido y sor»berá, si con mano remisa se camina, dando materia para que la virtud »española fuese vencida de la astucia flamenca ó de sus fuerzas y armas »por la union y conformidad de inicuos poderosos favorecidas. Finalmente, »es mi parecer que la guerra se prosiga, aunque se venda la plata de las »iglesias para ello, en cuya defensa se ha de proseguir, como espero en »Dios, felicemente.»

Esto dixo tan libre el Duque de Alba, porque el Consejero bien reputado cuando se determináre lo que no conviene, se sepa que lo contradixo; pues siempre se le da la culpa de los desastres, y no á los de menor opinion. No vale decirse no quise contradecir, porque en lo ya dispuesto era vergüenza no vencer; siendo mejor ser tenido del Príncipe por prudente que poderoso. Aunque falte al llevarse la gloria de un buen suceso porfiando, no lo haga, déxelo por el peligro, que si modestamente aconsejó y por la contradicion se refutó su consejo y siguió daño, resulta en su alabanza.

(1) Los dos períodos que anteceden están con leves alteraciones copiados, quizá por equivocacion, del final del dictámen del Conde de Chinchon.

CAPÍTULO VII.

Los españoles en Flandres se defienden de los rebeldes y amparan el señorío del Rey Católico.

Los vecinos de Ambers, amedrentados con el mal suceso de Mastrich, temian otro por los encuentros del castellano y del Gobernador. Tenía dentro doce banderas de alemanes el Conde de Ebestain; y si él no fuera traidor, la villa estuviera segura. Habia jurado fingidamente con Sancho de Avila de mantenerla por el Rey, con que no entrasen españoles en ella temidos y aborrecidos; pero correspondíase con los Estados y queria estar por ellos. El capitan Mos de Ferri, con cuatro compañías de la coronelía de Mondragon, vino á Wadenalde, entre Malinas y Ambers, para ocupar el puente sobre el Hada y fortificalle asegurando el paso, impedir la comunicacion del castillo con Liere y Mastrich, porque los Estados juntaron mucha gente para meterla en Ambers, segun tenian acordado con Champaigne y el de Ebestain, y fortificando las calles que salen al castillo, sitialle para que todo fuese de los rebeldes. Julian Romero, con quinientos arcabuceros y la compañía de Martin de Ortaez y la de lanzas de D. Bernardino de Mendoza, salió á desaloxar á Ferri. Puso á D. Bernardino sobre el camino de Malinas cerrando el paso, y tocando arma por una parte, donde acudieron los valones, y cerrando con la aldea por otra, fueron entrados y muertos, y Ferri preso. Venía Mos de Floyon (declarado ya por los rebeldes con su hermano Mos de Hierge) con cinco banderas de su regimiento á pasar entre Herentals y Liere, la vuelta de Malinas, para cerrar en Holanda los castillos de Utrech, Vienen y Cedemburg, sin esperanza de socorro.

Partió Julian Romero á la media noche de Liere con cuatrocientos arcabuceros y la compañía de D. Bernardino, y cuatro celadas dieron en la retaguardia de Floyon, y volvieron á dar aviso á Romero. El Floyon se descubrió con el dia, y caminando á tomar puesto entre unos septos, don Bernardino le entretuvo en ellos hasta que llegó la infantería, y se atacó buena escaramuza, porque la mosquetería de Floyon tiraba siempre y su arcabucería amparada de su escuadron de picas, hasta que al fin de media hora cerró Hernando de Hallez de Sandoval, alférez de D. Bernardo, con veinte celadas por donde habia más resistencia, y los rompieron, y la infantería arremetió por su parte, y degollaron la mayor de Floyon, y le prendieron y dos banderas, y lo truxeron á Liere sin haber más daño que ser

herido de muerte el capitan Ortaez y dos caballos ligeros y pocos más infantes, y de los enemigos fueron presos y muertos la mayor parte. Para mantener el puente del Hada despues de la prision de Ferri, los Estados enviaron á Monsieur de Caprés con su regimiento, y aloxó en Dufel, dos leguas de Liere. Romero, con algunos caballos y docientos arcabuceros para reconocelle y su disinio, atacó escaramuza con los soldados bisoños de D. Andrés Hurtado de Mendoza, y con ser la primera vez que se vieron con enemigos les cargaron, aunque con más furia que consideracion, y cerraron con el puente con su daño en el fin dél, que desde unas casas armadas les hicieron; y fuera mayor si los soldados viejos no ocupáran al cargar unas trincheruelas sobre el ribazo del rio y entrada del puente. Hicieron volver el rostro á los enemigos, y tornó Romero á Liere con muerte de algunos bisoños y pocos heridos; y creian era esta prevencion para sitiarla, estando al parecer asegurada Ambers con la conveniencia jurada entre el de Ebestain y el de Avila; pero el Champaigne estaba convenido con los Estados y con el Príncipe de Orange, su grande amigo.

A tres de Otubre parecieron delante de Ambers, Filipe, conde de Egmont y Mos de Caprés con cinco mil infantes en veinte banderas de los regimientos del sueldo del Rey, y el Marqués de Abre y Mos de Goignies con mil y docientos caballos de las bandas levados nuevamente, y entraron al anochecer por la puerta de Bergethout, y aloxaron en los cuarteles que ya les tenian señalados y calles que habian de guardar, entradas de la plaza del castillo. Hubiéronse como gente venida á tener banquetes y festines, y no á pelear con soldados expertos y valerosos. Por la mañana comenzaron á fortificar las calles que salian al castillo, sonando caxas y trompetas con tanto regocijo, como si vieran presente su salvacion. Alteróse el castillo y tiró para destruilla, pero impedia su efeto escura niebla, que la amparaba. Levantaron altas trincheas con sacas de lana, pipas llenas de tierra, maderos, y con fosos hondos atravesaron con reparo todas las murallas que venian sobre las calles y plazas del castillo, y las armaron con gran número de arcabucería y artillería que disparaba reciamente. Era notable el ánimo y poco miedo con que hasta las mujeres tirando el castillo trabajaban, aunque vian ser arrebatadas de las balas. Demas de la guarnicion de alemanes y gente de los Estados habia á la defensa más de catorce mil vecinos bien armados, contentos y seguros por no haber sido impedidos al fortificarse y barrear las calles. El capitan Ortiz con cincuenta soldados reconoció los reparos y los acometió, rompió un grueso cuerpo de guardia con resolucion tal, que si llevára conveniente número entrára en la villa muy adelante. Pegó fuego á unas casas y molinos terraplenados para hacer plataforma en que batir el castillo. El estruendo y rimbombo de la artillería persuadió á los de Alost el peligro, y movidos de furia el denuedo natural les puso las armas en la mano, con que esta nacion acude al servi-

cio de su Rey y ver su Majestad ofendida de traidores, tocaron caxas, y á tres horas de la noche salieron llevando Juan de Navarrete, su alférez, un guion ó estandarte con la figura de Jesucristo crucificado en la una haz, y en la otra la de su Madre Santísima, manifestando iban á vengar la Majestad divina, ofendida de la herejía depravada; y Franchi dice los llevó la esperanza de robar, como si fuera tan fácil prometerse esto pocos más de tres mil de ciudad tan populosa, fuerte y bastecida de toda municion, con veinticuatro mil combatientes, y la habitaban cien mil personas, y burla de que truxesen por guion la imágen de Jesucristo, y llama fiereza los preámbulos desta empresa. Con paso largo vinieron con el dia al rio de Malinas, encima de San Bernardo, y no hallando barcas, soldados nadando ganaron una, y cuatro despues, y en ellas y otras que envió Sancho de Avila pasaron. Fueron advertidos los capitanes flamencos en Ambers por labradores deste pasaje de diez en diez solamente; y no lo impedieron por inadvertencia ó menosprecio. Llegaron á una legua pequeña de la villa, como si fuera en dia aplazado sin saber unos de otros. Don Alonso de Vargas con la caballería y tres compañías de infantería tudesca de las de Mastrich, y Julian Romero con la gente que tenía en Liere, y juntos con los amotinados con grande contento, á cinco de Otubre, á las ocho de la mañana, entraron en el castillo donde estaban sus capitanes, y con ellos la compañía del coronel Polviller, aleman, que los Estados echaron de Dist, que todos eran dos mil y docientos españoles infantes, ochocientos alemanes y quinientos caballos. Pidióles Sancho de Avila y los demas cabezas descansasen y comiesen; pero la valentía y esfuerzo de los amotinados, queriendo lavar la mancha del motin y obstinacion inexorable, con esperanza de buen suceso, les hizo decir habia de ser la comida en el cielo ó en Ambers. Igualando á la ferocidad de palabras y semblante intrépido el valor, tomando hachones de paja y fuego sus mozos para echarle donde fuese menester, pasado el puente del castillo en la contraescarpa, hecha su oracion acostumbrada, arremetieron con sus capitanes apellidando ¡Santiago! ¡España! contra la calle de San Miguel y Abadía, reforzadas y defendidas con mucha gente de los Condes de Egmont y Caprés y Goignies; y se combatió porfiadamente. Con increible presteza asaltaron, y subió en los reparos el primero el alférez Navarrete con el estandarte, y lo fue en morir en lo alto; y ganados y presos los tres Condes rebeldes, retiraron cuatro mil soldados, viejos los más, con tener á sus espaldas los vecinos armados. Julian Romero con su gente combatió hasta ganar la calle de San Miguel, y por todas partes huyeron los flamencos, dando lugar á que fuese mayor la matanza que la pelea, hasta que llegaron á la plaza. Don Alonso de Vargas salió á la del castillo con la caballería, y se mejoró la vuelta de la calle de San Jorge, en cuyo caballero baxaron las armas cuatro banderas de alemanes en escuadron, gobernadas de su teniente del coronel Cornelio Demp,

de las que estaban de guarnicion, y dixeron no peleaban contra soldados del Rey. Entró D. Alonso asegurando las calles hasta la Meerbruge en favor de su infantería, que combatia las casas del Magistrado, de donde y de otros edificios peleando dificultaban su vitoria, con muerte y heridas de algunos españoles con el capitan Damian de Morales. Pegáronles fuego para abreviar el ganallas, y no dar lugar á rehacerse los rebeldes en otras partes fuertes por las muchas acequias y canales. Fue tanto el miedo, que vencidos se arrojaron por las ventanas, olvidando el peligro la ofensa de los españoles. Las llamas emprendieron otras ochenta casas tan ricas de mercadería y de edificio, que su daño fue muy considerable. Don Pedro de Tassis con alguna caballería executó la enemiga la vuelta del mercado de los caballos y Villanueva, donde habian acudido tantos á salvarse, que no pudiendo romper por la caballería hicieron rostro. Pero rotos huyeron tan alentadamente, que un hombre de armas se arrojó desde la muralla al foso, que tenía buena altura, y le salvó el caballo. Murieron heridos y ahogados del fuego y agua en los canales más de siete mil personas, y de los soldados vencedores catorce, y heridos veinte. Champaigne y el de Abre huyeron por la ribera al de Orange, causador de tantos males. Ahogóse el de Ebestain y Mos de Bieure y otros gentilhombres de importancia, pero Mos de Bersele, por no ser conocido, se rescató y salvó por baxa talla.

Por la perfidia del de Ebestain, temeridad, ignorancia, vileza de los flamencos y poquedad de los de Ambers, fue la más noble ciudad de Europa, de mayor trato, con fuego, con muerte, con hierro y saco castigada. A la ira y codicia de los vencedores no pusieron fin la razon ó la obediencia, sino el cansancio y hartura, no perdonando alguna cosa de las que con derecho de la vitoria y licencia militar se suelen en la guerra contra enemigos, sino el violar las mujeres, el rescatar las personas, prohibido por bando, y que los bienes no se sacasen de la villa, con que los dieron á sus dueños los soldados por poco dinero, embarazada y empalagada su miseria con la abundancia; y así el daño, segun lo que pudo ser, fue muy poco, porque Ambers es el tesoro, armería y trox de Flandres, como he dicho. Causó tanto terror á las tierras rebeldes, que si como sabian y podian los vencedores gozáran de su vitoria y la dulzura del saco no los entretuviera en juegos y banquetes, rindieran fácilmente á Malinas y Bruseles por haber sacado las guarniciones dellas los Estados para la empresa de Ambers, y reforzados con dos mil herreruelos con que estaba para entrar en Flandres á sueldo del Rey el duque Enrique de Branzuick, levados por órden del Comendador mayor, deshicieran los disignios de los rebeldes y los castigáran de manera que no se atrevieran á mover las armas y tratos para su defensa y reparo de sus cosas, con que las mejoraron brevemente, y con la suspension del exército del Rey, que pareció difícil el subyugallos sin gran costa de dinero y tiempo, tentando á la ventura por inducimiento de

los que no deseaban sus buenos sucesos, la reducion dellos con la paz. Desde el fin de Agosto, en que comenzaron á hacer la guerra hasta el dia de la publicacion de las paces, como adelante se dirá, les rompieron en siete encuentros los españoles en las facciones y recuperacion de las villas treinta mil hombres, mataron los veinte mil, ganaron sesenta banderas y estandartes, gran número de despojos sin morir sesenta españoles, justificando su causa sus vitorias.

Jerónimo Franchi impaciente, refiriendo este suceso de Ambers y en otros lugares, camina cautamente mordiendo la nacion española, y deslustrando y escureciendo su gloria encubiertamente, y dando á entender que llevado del hilo de las cosas. Mas aquí es mucho lo que añade y ofende á la verdad en suceso tan fresco, que aún viven de los que se hallaron en él. Los del Consejo del Rey, sus vasallos, acordaron el ganar á Ambers, y enviaron las fuerzas que se han visto con capitanes del mismo Consejo. Si el castillo acometieran poseido de españoles, siempre fuera la jornada alevosa y traidora, pero con alguna causa; mas en Ambers no habia español, sino alemanes y Gobernador su amigo, ni otro intento sino de extinguir el nombre Católico y autoridad Real en aquellos Estados, que poseia con justo título de legítimo principado tantos siglos atras, no irritados con injuria de su Rey, sino convinieron con ellos el Gobernador y soldados de presidio, rompiendo no sólo el homenaje hecho á su Príncipe, pero la palabra de no hacer novedad, dada poco ántes con juramento á sus ministros, y con traicion abominable señorearon la ciudad; pusieron en su defensa venticuatro mil soldados, y de cien mil que la habitaban. Franchi lo refiere de manera, que supone por lícita la rebelion, y que el crímen de lesa Majestad no es crímen, si hay fuerzas para cometelle, ántes alaba el esfuerzo con que se fortificaron contra el castillo. Sólo le da cuidado cómo deshacer la gloria desta militar hazaña á los españoles, y dice que los defensores no eran más de seis mil, contra todas las relaciones de los anales y memorias escritas por los flamencos católicos. Llama fiereza los preámbulos desta empresa; llora el incendio del palacio y de ochocientas casas, no siendo sino ochenta; dice que murieron trecientos españoles, siendo catorce y los heridos veinte. Era más seguro discurrir sobre la culpa y cobardía de los cercados, y entender permitió esta vitoria tan sin sangre Dios para castigo de la traicion y herejía y escarmiento de las edades venideras. Todos alaban el esfuerzo de los amotinados, y Franchi los maltrata con todo género de afrentas, y con exclamaciones trágicas llora el saco. Si esto nace de caridad, ó por hacer odioso el nombre español, otros lo dirán. No fueron veinte los que sacaron hacienda considerable, y si se vistieron de brocado, el dinero quedó en los vecinos, y si no, el ornato de tan poca gente en ciudad tan rica no hizo mella notable. Llama los soldados vitoriosos gente baxa, que jamas vistió sino cañamazo, bárbaros sin religion, ateistas,

y que lo que hicieron en este saco, no sólo fue inhumano para hacerse, pero irracional para decirse. En el año mil y quinientos y sesenta y seis refiere que los Estados, en su mayor parte, rompieron las imágenes santas, saquearon las iglesias y monasterios, y dieron atroces tormentos á frailes y sacerdotes, y les quitaron la vida, pervirtiendo la humana y la divina justicia, y con semblante sosegado y sin lágrimas, porque como no hagan esto los españoles, para todo halla razon y salida compuesta.

Los Estados pidieron al de Orange viniese á Gante, donde era amado, á tratar de unirse en su defensa. Unos le querian por Capitan general, como deseaba, despreciando á los demas Grandes por inexpertos para el cargo, aunque era tenido por de más prudencia en el aconsejar, que de ánimo en el campear; pero los españoles con su diciplina le habian instruido tan bien, que suplió la costumbre y la industria lo en que faltó naturaleza. Queria la mayor parte de la nobleza los asistiese el Duque de Alanzon, como habian tratado con él, porque decia Mos de Milosal, embaxador de Francia, estaba con exército para entrar por Cambray ó Henaut en los Estados, donde le habia de recebir el Conde de Lalain, su gobernador, enemigo grande de los españoles. Juntóse en Gante con ellos para hacer la confederacion y capítulos de paz, que llamaron por esto de Gante. Concediéronle con demasiada facilidad, engañados de su lisonja y artificio, buena voluntad que le tenian, necesidad en que se hallaban, más de lo que tenía ántes de la rebelion, sin respeto á Dios ni al Rey, derribando su autoridad del todo. Pidiéronle artillería para batir el castillo de Gante, y dos mil escoceses que la reina de Inglaterra levaba para socorrelle por órden del Conde de Morray y del Prior de San Andrés, sectarios, á cuya conduccion habia ido Olivier de Temple, gentilhombre de Lobaina, y Bertolens, cosario de Frisia, con otras banderas de huguenotes. Concedióle el de Orange, y para resguardo de que lo volverian les pidió el astuto calvinista la villa marítima de Nieuport en el condado de Flandres, y el castillo de la Esclusa para ser señor de su marina hasta Calés, y en poco tiempo pasar á tierra firme, ó á lo ménos tenerla franca, que en aldeas abiertas consistia, pues teniendo á Nieuport estorbaria la navegacion del rio que pasa por la villa, y quedarian defendidas Holanda y Zeelanda, y tomado el paso á las armadas de España, como pretendia, para tiranizar, segun su deseo, enteramente las islas con falsa voz de defensor. Hicieron la entrega de Nieuport, y la de la Exclusa impedieron el Obispo de Brujas y Juan de Croy, conde de Reulx, por el gran daño que recibiera la villa, quitándole el paso y navegacion de la fosa hecha á mano hasta la Exclusa, por donde vienen las mercaderías á Brujas.

Firmó la paz sin pensamiento de cumplilla, hecha solamente de su parte para inducir á que los Estados jurasen de no tomar las armas contra él jamas. Los obispos habian escrito al Pontífice no estaba tan perdida la re-

ligion católica en los Países, que si las revueltas cesasen, y conforme á los cánones visitasen sus iglesias libremente, en breve tiempo se reintegraria del todo en ellas, cesando la guerra, y sacando los españoles de Flandres, que ayudaban á su destruicion. Porque no se podia predicar el Evangelio sin seguridad y paz, y la salud donde habia heridas, muertes, derramamiento de sangre, estrépito de armas, ordenanzas y conflicto de batallas que tiene la guerra necesariamente. Era el blanco adonde se enderezaban el derecho civil y canónico, el quieto estado de la Monarquía, la guarda de los mandamientos de Dios, y que por esto los obispos tuviesen cuidado de la conservacion de la paz de los Príncipes y de sus Estados. Lo avisaban á Su Santidad para que creyese que si paz habia, floreceria la religion más que en cien años atras floreció. Escribiólo al Rey, y le pidió lo mirase y dispusiese, pues via lo que importaba, y así admitió el tratar del negocio, y dió comisiones en Flandres para ello. Insistian en hacer las paces un Legado apostólico, el Obispo y Príncipe de Lieja, dos embaxadores del Emperador, Gerardo de Gensberch, obispo, Duque de Bullon, Marqués de Franchmont, Conde de Loes y Príncipe del Sacro Imperio, y Filipe de Viel de Vuinemberg, presidente del Consejo Imperial, y Adrian del mismo gran Consejo, y en nombre de su primo Príncipe de Juliers y Cleves, deputado, y por su indisposicion y ausencia Vuermer, señor de Gimuerich Landressars, y gran Consejero suyo, y de la otra parte los vasallos del Rey, el Obispo de Arras, y Bacho Airta, arcediano de Ipre, y Frederico Perenot, señor de Champaigne, gobernador de Ambers, y Juan de San Omar, señor de Moerbohey, gobernador de la villa y castillo de Ayu, y Francisco de Halemin, señor de Luemberg, gran bailio y capitan de la villa y castillo de Oudenarde, todos deputados de los Estados capitularon así.

Pónganse en olvido las injurias y daños recebidos de ambas partes. El Ducado de Brabante y las demas provincias hacen paz con el Príncipe de Orange y sus adherentes, con promesa de ayuda y consejo hasta poner las vidas para echar dellas los españoles y extranjeros soldados; expelidos, se celebre tal junta de Estados generales, como fue en la renunciacion que hizo el emperador D. Cárlos V en su hijo D. Filipe para tratar de su sosiego y tranquilidad, y de la religion de Holanda, Zeelanda, Bomel y plazas adherentes, de la restitucion de los castillos, artillería, municiones navíos y otras cosas al Rey tomadas por el de Orange, y lo suyo en la guerra pasada, y se obedeciese lo que se decretase; los de Flandres comuniquen y traten y caminen con seguridad libremente á su voluntad; los de Orange, fuera de Holanda, Zeelanda y sus anexos, no hagan contra la paz ó religion católica, so la pena de quebrantadores de la paz; suspéndanse las prematicas antiguas y modernas hechas contra los herejes, hasta que los Estados generales otra cosa determinen, y no se ofendan los de una y

otra religion; sea el Príncipe almirante y teniente del Rey en Holanda y Zeelanda y sus adherentes, y mande como al presente libremente con los magistrados que tiene á su voluntad, hasta lo proveido por los Estados generales despues de la partida de los españoles, y entónces las tierras del gobierno del Príncipe, conforme á la patente del Rey, puestas en libertad, firmando esta paz, se restituyan á él, aseguradas á su satisfacion por él de todo daño y de la religion católica, y para que estén unidas, y sobre ellas no puedan ni sobre las demas del de Orange los despachos de cancillerías, sino se execute lo que proveyere, sin perjuicio, en lo porvenir, de lo que tocáre á las apelaciones del gran Consejo de Malinas; dése libertad á los prisioneros sin talla, si ya no la tienen hecha, y al Conde de Bosu, pagando los gastos de la prision solamente; sean restituidos en sus oficios y dignidades, bienes, acciones y títulos, aunque enajenados, el de Orange y los demas privados, y sus viudas y hijos, con revocacion de sentencias en su contra y cesacion de leyes, y valga á la viuda de Enrique de Brederodas, para lo que toca á su villa de Vianen y los demas bienes, y el Conde de Bueren goce su villa. Derríbense los trofeos de los españoles puestos en deshonor de los flamencos; cobren todos sus rentas, aunque sean confiscadas y vendidas desde el dia de San Juan pasado en adelante, y señalen los deputados de los Estados árbitros que compongan las diferencias, y satisfagan los propietarios antiguos, y juzguen los delitos contra el Rey ó la religion cometidos, y las querellas por causa de las revueltas pasadas; los eclesiásticos gocen sus bienes en las islas, aunque sus abadías y residencias estén fuera, y los que están fuera dellas hayan alimentos estando las prebendas enajenadas, ó gocen el usufruto, á eleccion de los deputados, hasta la junta de Estados generales, donde se responderá á la peticion de los de Holanda y Zeelanda, en que piden se les pague parte de lo gastado en socorrer al de Orange.

Estos capítulos firmaron los deputados y confirmaron los teólogos de Lobayna, poco escrupulosos, afirmando eran en favor de la Iglesia católica y servicio del Rey, y en todo erraron. Pues mirados reposadamente reformaron su parecer y le retrataron por un libro que hizo el doctor Micael, catedrático de prima de Teología. Porque daban los Estados libertad de conciencia, y si habian de ser católicos, ¿cómo la Junta general de los Estados habia de determinar la fe que habian de guardar despues de la salida de los españoles? Y si las provincias eran del Rey, ¿por qué habia de haber decreto para rendírselas? Toda esta junta y hechos de los Estados está lleno de gravísima culpa y delito enormísimo, aunque más el Franchi, adulterando la verdad, toma artificiosamente la proteccion de ecesos que no tienen excusa, en que de razon debió ser reprehendida la instabilidad y manifiesta traicion de los naturales. Llama esta rebelion continuada nuevos rumores, y dice procuraban justificar los españoles sus violencias y dar

color á su arrogancia, y causó la guerra su motin, y con malicia notable los calumnia. Porque los Estados ya tenian exército con general, y acometieron á D. Alonso de Vargas, y cercaron el castillo de Gante, y no eran amotinados los de su guarnicion y del presidio de Mastrich. Y así ¿cómo no merecian castigo, pues tomaron ellos las armas para tiranizar los Estados de su Rey (bien que no correspondieron los sucesos de la guerra á su intencion) y nunca las emplearon sino contra él, no contra los amotinados? habiendo sido las órdenes y declaraciones enemigas generalmente para destruir todos los españoles, y como si ya no hubieran tomado á Cambray, Ambers y otras ciudades donde no habia español, y sin cesar las armas sediciosas robado y desmantelado alcázares y templos, que no eran refugio de los amotinados. Y añade, conocian los caudillos españoles y el Avila venian los daños del motin, y si se aquietára cesáran y la indignacion, tomando á su cuenta la satisfacion de sus culpas. Y el Avila nunca conoció sino que los rebeldes querian usurpar los Países, como lo hicieron despues, y aplacaba á los amotinados para que se juntasen todos los realistas, porque eran pocos contra tantos enemigos. En que hace Franchi manifiesta violencia á la verdad, y ofende á los españoles mucho, y al Rey Católico siempre, habiendo usado para su conservacion y reduccion de los flamencos del rigor, blandura, castigo, perdon, armas, paz, y sin fruto, no por falta de consejo sino por sobra de culpa y obstinacion de los herejes. Al fin hizo aquella fineza de dexarles el gobierno, y no se obligaron (como era verisímil), mas se rebelaron con singular ingratitud, convirtiendo las fuerzas que les fió contra él, y conjuraron para quitarle todas las tierras. Para esto públicamente consultaron al de Orange, juntaron exército contra su señor, hicieron liga y capitulaciones contra la santa fe católica.

Para justificar esta desvergonzada traicion de enemigos de Dios y de todo derecho, hace Franchi juicio de los privilegios de Flandres, y trae algunos capítulos dellos, sin haberlos visto ni haberlos; y si hay algunos, ó no están en observancia, ó son concebidos diferentemente, y con tantas condiciones de parte de los vasallos, á que faltaron ellos, que no se podrian valer de algunos; y los que habia, el Rey ni sus ministros jamas tuvieron intento de violarlos, ántes mandó se les guardasen. Demas de que las decisiete provincias se poseen por decisiete títulos entre sí diversos, y no se verifican en todos los capítulos que refiere Franchi; y fue traicion contra la prescripcion no violada de su justa posesion, el rebelarlos y tiranizarlos, dexando el señorío al Rey con el nombre desnudo de Conde, como en Génova y Venecia el de Duque. Y finalmente, llama esta usurpacion amor de la patria, y á la conjuracion liga contra los españoles; y debiera el autor informarse de la verdad y referilla enteramente, ó callarla toda. La prision de los del Consejo de Estado y las causas della escribe con mucha pasion. Los

que contradicen á los rebeldes llama parciales de los españoles, y les pone en la boca razones muy flacas y débiles para que las condene cualquier letor. Mete la discordia de Ariscoth y Barlaymont para colorar la prision, como si en un Consejo de Estado no fuera lícita la libertad del voto; y como si los españoles no fueran vasallos del Rey natural de aquellos Países, infama los que templaban esta furia sediciosa. Dice que los capitanes de la gente española metieron en este fuego la mayor parte de la leña, y fueron la causa principal de los daños, callando las causas justas con que esta accion se defiende, y que era la mayor parte de parecer que les era lícito el amotinarse, y que los vasallos de los Estados tenian obligacion de sufrir sus insolencias y crueldades: palabras llenas de injuria y para irritar aquella nacion contra España. Echa gran culpa á las cartas que escribió Sancho de Avila, sin decir las causas que tuvo para hacerlo. Como si no fuera el autor de la prision del Consejo el de Orange, busca las causas que pudieron ser aparentes desta traicion. Y siendo los deputados súbditos y gobernados, y el Consejo de Estado el Magistrado mayor, que representaba al mismo Rey, envuelve en silencio este delito, ó por mejor decir, cuenta el negocio de manera que ántes le parece lícito y sin ecceso alguno lo que hicieron, y mete un placarte desvergonzadísimo y largo en su defensa, de manera que contra ella no juzga ni discurre. Tiene por lícito el llamar al Duque de Alanzon, y á la rebelion de las provincias llama liga contra la tiranía extranjera. Dice que los capitanes españoles se holgaban de que las cosas del Rey fuesen en detrimento por justificar lo que habian hecho. Condena mucho que Jerónimo de Roda exerciese el sello; y siendo conforme á derecho, dice, fue órden y permision del cielo para mayor confusion de aquellos Estados. Cuenta el acometimiento que el exército de los rebeldes hizo contra D. Alonso de Vargas, y no pondera que su gente no era amotinada, y que la invasion era iniquísima, ni que envió tres veces el trompeta para amansarlos y justificar lo que hizo, y calla muchas cosas que la califican en su favor. Porque D. Alonso en decisiete compañías de caballos tenía mil y docientos, y envió siete á Brabante, y el Romero, que le sobrevino, traia venticinco soldados, y la compañía de arcabuceros á caballo del Moyse no tenía cincuenta, y los Estados traian dos mil infantes bien armados y ochocientos caballos, sin los ventureros de Lobayna y Bruseles, habiéndose ganado la vitoria con valor, con envidia no refiere el número, ántes comunica la vitoria con la fortuna, porque le sobrevinieron el Monte, el Basta, el de Moyse y Julian Romero, y no dice que fueron sesenta infantes los que acometieron á dos mil. Este lugar, por haber descubierto desnudo y sin máscara el prejuicio y alevosía de los rebeldes, de fuerza debia caer en la nota y justas invectivas de la historia.

Mas el Franchi ensarta las relaciones con cierto silencio de sus circunstancias, reduciendo los efetos á ciertas causas políticas que él mete de su

ingenio, de manera que el Rey no sólo sale deposeido, pero culpado del caso. No cuenta enteramente la recuperacion de Mastricht, y porque no pudo negarla, ni en ella vituperar los españoles, concluye: «Y no obstante que se hubiese siempre tenido de todos por cierto que el amotinarse los soldados y el saquear las tierras fuesen cosas que no truxeron menor daño al Rey Católico que á los Países, ántes ser la principal causa de la guerra, no por eso dexó Mastricht de ser saqueada, con no ménos robo y violencia que en otras ciudades se habia hecho»; porque no haya accion de españoles que no tenga fin ó principio infame, y en éste son muchas las circunstancias de la malignidad del autor. Porque ¿cómo se puede decir que la guerra era contra los amotinados, pues los Estados tenian ya exército formado con general, y acometieron las tropas del Rey, y cercaron el castillo de Gante, como ya queda dicho atras, y los que estaban en él y en Mastricht no eran amotinados? Y así ¿por qué le parece que éstos no merecieron este castigo, si se habian rebelado y puesto en armas contra su Rey, y sacádole de su servicio los alemanes que tiraban su sueldo, y si viniendo á tratar de paz, dada la fe pública la violaron, y contra el derecho de las gentes habian aprisionado al gobernador Montes Doca y muerto soldados? Y en todo lo que dice del saco miente, que no hay autor que tal diga. Escribiendo el de Ambers largamente, hablando de una tan desvergonzada rebelion la llama *nuovi rumori*, y de la congregacion de los españoles, *si ingigna vano di giustificare i movimenti loro, e honestar la loro arroganza*. En las paces de Gante, lo primero refiere un proemio con notables convicios de los españoles, que parece que desto nunca se satisface. Lo segundo, ¿qué cosa puede ser más contra la autoridad real que paces hechas sin pedir confirmacion al Rey? Ellos, como reyes y príncipes y legisladores supremos, remiten los delitos de la rebelion; dan leyes en lo sagrado y profano, en la restitucion ó retencion de los bienes; mandan llamar los desterrados y destierran. Lo tercero, habiendo usurpado á su Majestad tantas fortalezas y ciudades, no tratan de la restitucion. Danle más que tuvo al de Orange en vez de la rebelion y herejía, y otros crímenes atroces con que tenía amancillada su vida. Son paces hechas entre sí como entre pueblos libres, ó cantones de zuiceros, sin hacer cuenta de su Rey. Y así se ve que, sin embargo destos capítulos, continuaron la guerra contra las plazas que estaban á devocion de su Majestad, prosiguiendo en la rebelion y en el crímen de lesa majestad.

Mos de Hierghes en el Ducado de Gheldres se levantó contra el Rey y juntó con los deputados, y así aliviaron la prision á su padre el Conde de Barlaimont. Truxo á su parte los presidios de Frisia, de soldados valones viejos, encontrados con sus capitanes por haber sido castigados con rigor militar, porque se inquietaron pidiendo muchas pagas que se les debian, y ser los ingenios de los valones fáciles de moverse con cualquiera novedad.

Gobernó la provincia Gaspar de Robles, baron de Billi, con mucha fama por sus vitorias y satisfacion por su expedicion prudente. Los Estados enviaron á traer á su sueldo estos soldados á Estella; y preso y atormentado del de Billi, Mos de Bresiles, bruselense, alférez un tiempo en el mismo tercio, con promesa de que se les pagaria lo que se les debia enteramente, los ganó para los rebeldes; y movidos desto y de su mudable condicion prendieron sus capitanes y gobernador en Groeninghen, y los maltrataron con todas injurias, especialmente al de Billi y capitan Hernan Lopez de Villanova. La provincia los siguió, y recibió por su gobernador á Jorge de Lalain, baron de Ville. Creció el poder de los rebeldes con estas provincias y soldados, y la coronelía de Mondragon tomó á su cargo el de Ariscoth, y la de Billi Champaigne, y quedó en la Frisia.

Metieron en Bruseles, por industria de Juan Vam Haghen, sedicioso, los dos mil escoceses herejes que les prometió el de Orange, y expelidos por los católicos acudieron á la reseña general que hacian del cuerpo de su exército los Estados entre Malinas y Liere en Santa Catalina Vaver. Esta Babilonia, con su confusion y discordia por causa de la religion, hizo alojar la coronelía de Mondragon cerca de Liere, y á su diestra los de Orange apartados, y á la siniestra los de los deputados con su general Duque de Ariscoth, y el Conde de Lalain su teniente, y su maestre de campo general Valentin de Pardiu, señor de la Mota. Los escoceses recibieran gran daño de la caballería española, cuyas correrías impedian, si los de Liege no los socorrieran con vituallas y pólvora. Tomaron los españoles la villa de Helmont en Brabante, por haber puesto en huida la compañía de caballos de Mos de Immerseel, que estaba dentro, y se salvó degollando la mayor parte della. Porque los españoles de Ambers no pudiesen pasar el Escault para entrar en Flandres, ocuparon á Crobazo, Rupelmond, Terburcht, y en Brabante á Laer, Tolhuys, Cleydale, de cuyo castillo era señor Antonio del Rio, español y servidor del Rey; y por esto sacaron, sin las riquezas que habia, muchas imágenes y pinturas hechas de famosos artífices, y una rara librería impresa y manuscripta de todas facultades, sin poder ruegos, promesas y razones con el Conde de Lalain, y órden del Consejo de Malinas, para que lo restituyese. Con la misma licencia trataban las haciendas de los que seguian al Rey, diciendo que porque no habia justicia era permitido á cada uno tomar lo que pudiese. Grande gloria alcanzaron en esto el Baron de Ville en Frisia y el de Hesse en Bruseles. Entre cuyos hechos no se cuenta por el menor que una noche con una compañía rompió en Bruseles las puertas del monasterio de San Francisco, con voz de buscar españoles, y robaron cuanto los frailes tenian para su sustento de sus limosnas. Decian en los púlpitos otros ménos buenos, podian todos matar los españoles como á enemigos de Dios y de su patria, con que hicieron tan aborrecible su nombre, que los que ni los trataron ni vie-

ron, se embravecian en oyéndole. Hicieron estos predicadores un libro sobre la justa causa y buena razon con que les hacian la guerra, para mover á todos á contribuir y tomar las armas; y así donde los habian, los mataban ó prendian. Enviaron á praticar con ocho banderas de alemanes al Conde de Lalain el salir de Valencianes, dándoles diez reales á cada uno, y se efetuó al tiempo que con Diego Orejon de Liévana, castellano del castillo, trataban de entregar la villa á los españoles con ayuda de los vecinos. Sitió el de Lalain el castillo, y viéndose Orejon batir y que no tenía para defendelle más de cien soldados con las plazas muertas, y sin esperanza de socorro, se rindió con buenas condiciones. Así de las tierras y plazas fuertes del Rey se apoderaban.

En virtud de la paz de Gante los holandeses y zeelandeses ausentes, por ser buenos católicos y fieles al Rey, eran admitidos con dificultad por el Príncipe de Orange, si no juraban fidelidad á D. Filipe, su legítimo Conde y señor, debaxo del legítimo gobierno del Príncipe de Orange, gobernador, lugarteniente y capitan general de Holanda y Zeelanda, y á los deputados destas provincias, y que guardarian las leyes, privilegios y franquezas dellas, echarian los españoles y sus compañeros, obedecerian las constituciones y premáticas pregonadas y por pregonar por órden del Príncipe de Orange y de los dichos deputados. Manifestarian á los que en público ó secreto entendiesen ir contra ellas, no harian ni aconsejarian cosa en contrario de la religion reformada introducida en aquellas provincias, ni admitirian otra en ellas hasta que por los deputados fuese permitido y ordenado, guardarian en todo la paz de Gante, y se habrian como buenos ciudadanos y vecinos, procurando tener concordia con todos. Por otra forma de juramento no se obligaban á guardar la religion reformada. Con la codicia de cobrar su hacienda pocos repararon en jurar, que los Oidores y Presidente del Consejo de Holanda juraron: y áun con esto el de Orange no restituia los bienes, diciendo estaban vendidos y consumidos, ó les daba poca parte, mostrando arrendamientos falsos hechos por muchos años: y habiendo él recebido gran parte dellos, ninguna les concedia. Burlaba á otros con asignaciones falsas, y negaba la paga caida el dia de San Juan del año pasado, y principalmente si eran católicos ó aficionados al Rey. Volvió á su dominio Haerlen apretada, con que habia, entre otras condiciones firmadas del Obispo y del de Orange, de mantener la religion católica, y tener los calvinistas una iglesia para sus predicas.

CAPÍTULO VIII.

Lo que sucedió á D. Juan de Austria desde Madrid á Flandres, y sucesos en su llegada.

Partió el Rey Católico de su monasterio de San Lorenzo con su hermano D. Juan para Madrid á ventidos de Setiembre, y la Reina á venticuatro. Con secreto y brevedad despachó á D. Juan en la manera que su instrucion mostrará. Mandó á todos los Obispos y prelados de las religiones hacer plegarias, procesiones y otras oraciones, con cierta manera de vigilias de noche y de dia, teniendo patente el Santísimo Sacramento del altar. Por la posta partió D. Juan para San Lorenzo, con voz de que volveria á la Córte para asegurar la gente y llegar á la frontera de Francia sin ser descubierto. Arribó solo al monasterio, por ser los que le seguian impedidos del viento tempestuoso, tanto que certificó el soldado valeroso, no vió ni pasó otro trance tal en mar ni en tierra. Tanto cuidado ha tenido el demonio en desacreditar aquel santo sitio, donde via exercitar tantas obras de piedad y de religion, tanta continuacion de alabanzas divinas, y se criaban tantos doctos y religiosos, y se levantaba un nuevo alcázar, de donde se le habia de hacer contínua guerra, no dexó parte ni camino para contrastarle. Encomendóse en las oraciones del convento, certificando tenía mucha devocion y fiucia en ellas, y trató con la llaneza y humanidad con que anduvo en el monasterio de Yuste, cuando áun no era conocido por hijo de tan gran monarca.

Prosiguió su viaje por Valladolid, para visitar á la viuda de Luis Mendez Quijada, que le crió, y la amaba como á madre. Allí tiñó su barba y cabello, y disfrazado con nombre y muestra de criado de Octavio Gonzaga, hermano del Príncipe de Melfi, partió con un correo, lengua y guía. Apeóse en París en un meson, y entendió de D. Diego de Zúñiga, embaxador de España, el término en que las alteraciones de los Países se hallaban. Advertido de la pérdida de Cambray, y que el Ducado de Luceltburg se mantenia único y fiel al Rey entre todas las decisiete provincias llegó á la metrópoli, y fue recebido con reverendia y amor de Monsieur de Naves, que por el Conde de Manztfelt, preso en Bruseles, gobernaba aquel Estado. Asentó su Córte allí, aunque pequeña y muy turbada, reconocido por hermano de su natural señor y su gobernador en sus Países Baxos.

Los deputados dellos al punto avisaron al de Orange desta venida con

el doctor Leonino y Cárlos de Govene, señor de Fresin, porque temian la acusacion de su conciencia, y le pidieron órden y parecer en lo que harian. Respondió que para saber lo que traia y conforme á ello admitille ó no por gobernador, y si convenia, con qué condiciones habia de ser, segun temian tratado, un Embaxador con brío y poco miramiento le preguntase en nombre de los Estados generales, ¿quién era? ¿á qué venía? ¿qué órden traia del Rey? y la mostrase, ó llegase á Bruseles, porque la viesen los del Consejo de Estado. Para llevar esta descomedida embaxada de gente al fin rebelde y sectária en el término desconveniente á Príncipe tal (sino pregunta de conjurados y traidores) enviaron á Mos de Ische, y muy contra su voluntad acetó, y reprobando la acetacion un frances fino y su amigo, le dixo estaba su remedio en dar de puñaladas á D. Juan pues venía con fraude y palabras fingidas á engañar los flamencos: diabólica resolucion y consejo de enemigo terrible de la Corona de España. Alteróse tanto Ische del mal intento, que le desechó con ásperas palabras. En la presencia de D. Juan, por su natural bondad, apénas de turbado dixo á lo que iba. Respondióle con más modestia que pedia su pregunta, encubriendo su justa indignacion: vino para hacer la paz tan deseada y gobernar los Estados; no solia fingir órdenes y poderes del Rey, cuya firma y forma allí tenía. Ische fue mal recebido en Bruseles, y tan molestado con malas palabras, preguntas impertinentes y tratado de traidor, porque loó la persona, término, prudencia de D. Juan, que enloqueció por muchos meses.

El Consejo de Estado, pedida licencia á los deputados por el Duque de Ariscoht, y con la aprobacion del Baron de Hesse, despacharon á Joan Fonch, prepósito de Utrecht y servidor del Rey, con segunda embaxada. Persuadió á D. Juan el hacer la paz, inclinado á ella fácilmente. Dióle á entender causaron los españoles todo el mal, y en su salida de los Países gozarian quietud, y ellos para su paga ayndarian. Oyó bien la advertencia, conforme al mandato que tenía del Rey, para que reduxese las provincias á la obediencia de la Iglesia romana, sin reparar en las cosas á que por la rebelion obligaba la materia de Estado y propia seguridad de todo punto, en que estaba resuelto, y de olvidar las injurias, porque se limpiasen los Países de herejías. Tambien las cabezas del exército del Rey le visitaron por embaxada, pero no se dexó ver de los capitanes, reprobando su severidad, al parecer, cuanto hicieron. Informóse de Jerónimo de Roda del estado de los negocios, y le pidió consejo con secreto, por medio de Baltasar Lopez, para no hacerse odioso ó sospechoso á los flamencos. Los despachos truxo Mos de Rasinghen, y las instruciones tan llenas de muestras de buena voluntad para con sus vasallos y de cristiana piedad, como lo muestran así:

«Mandase hacer por todas las provincias procesiones, sacrificios y ora-

»ciones por el sosiego y pública paz, y que todos sus pensamientos y ac»ciones fuesen enderezados á esto. Rigiese las provincias por las leyes y »costumbres con que en tiempo del emperador Cárlos V eran goberna»das, y con la conservacion de sus privilegios, inmunidades y franque»zas y restitucion de los quebrantados. Despachase los negocios públicos »con parecer del Consejo que tenía en Córte y con el de las provincias, á »las cuales y á sus ministros y magistrados guardase su decoro y conser»vase en su antigua autoridad. Deshiciese el Consejo de Troubles ó de las »Revueltas, y las causas pendientes en él remitiese á los Consejos provin»ciales. Administrase justicia con cuidado, premiando, honrando los bue»nos, castigando los malos. Le enviase los nombres de los que por causa »de la religion y por su obediencia y lealtad habian padecido; y avisase »los premios que se les podrian dar. Concediese amplísimo perdon á todos »por la rebelion pasada, escepto al Príncipe de Orange, como cabeza y »fautor de todos los malos. Reduxese á diciplina militar los hombres de ar»mas y presidios ordinarios de soldados, conforme al órden del emperador »Cárlos V y en ellos se sirviese de naturales y españoles igualmente, y des»pidiese poco á poco los tudescos. Procurase reducir con clemencia y per»don á los de Holanda y Zeelanda: y siendo pertinaces juntando sus fuer»zas con las de los Estados, los subyugase por armas. Dixese de su parte á »los deputados de Brabante, se determinaria brevemente lo que conviniese, »tocante á la separacion de las abadías incorporadas, como pidieron. Que»dase el modo de confiscar bienes, como en tiempo de Cárlos V y daba li»cencia para seguir su derecho en el gran Consejo de Malinas. Consultase »en el de Estado, si convenia conceder lo mismo á Duay, Lila y Orchies. »Deshacia la sentencia pronunciada, gobernando el Duque de Alba, contra »los de Utrecht, y los restituia en su primer Estado.»

El Príncipe de Orange cauteloso fortificaba las tierras que poseia, conociendo, que aunque se hiciese la paz, en que no habia de concurrir, duraria poco, y decia á los deputados consistia la libertad en la salida de los españoles, porque luégo echarian ó matarian á D. Juan, que era lo que más convenia, con que vendrian al fin de su propósito; y así estaba bien efetuar la paz. Enviaron á tratarla con D. Juan con instrucion más moderada y cortés, aunque segun la pasada en sustancia, al Abad de Maroles y á Mos de Ercques. Respondióles enviasen algunos de los Grandes con poder más amplo. Enviaron al Abad de San Gislain, al Marqués de Havre, al Baron de Ledekerke y á Adolfo Meetkerke, con quien no se concluyó el tratado; porque receló D. Juan como pedian el salir los españoles y la aprobacion de la paz de Gante, y convenia mirarlo mucho y aconsejarse. Los Estados apretaban á los españoles, y les quitaban la comunicacion con D. Juan, prendian sus correos, abrian sus cartas y las del Rey, y descifradas sabian los secretos. Apoderábanse de las tierras, como los es-

pañoles estaban impedidos con el mandato de D. Juan, cual si hubiera muerto su Príncipe sin declarar ó haber legítimo sucesor. Tanto pudo el mal consejo de Hoppero; porque si D. Juan, reforzándose de gente desde Ambers saliera á hacer la guerra, pues tenía á Mastricht, por donde meter la caballería de herreruelos del Duque de Branzuyck, y los regimientos que hubiera menester, hiciera grandes progresos en la recuperacion de los Países, pues las guarniciones no osáran rendir sus plazas, ni los valones soldados viejos servir á los Estados. Mas viendo continuaban la guerra asoldó dos mil herreruelos, recelando siempre lo que fue, y los metió en el Ducado de Luzeltburg, que pasaban de Francia despedidos de su Rey por las paces que hizo tan en contra de la autoridad de la Iglesia romana y suya.

Ocuparon los rebeldes la aldea de San Bernardo á una legua de Ambers, y el maestre de campo Valdés los rompió y la recuperó con mil y quinientos hombres y dos piezas de artillería. El Conde de Bossu por la paz de Gante salió de la prision, y por órden de los Estados, y para ocupar el castillo de Utrecht, desde la villa que estaba por ellos, poniendo piezas de batir sobre las murallas disponia el sitialle. Defendíale el castellano Francisco Hernandez de Ávila, gallardo soldado, con cien españoles con las plazas muertas. Reconociendo su alférez Contreras con algunos soldados lo que hacía la villa en su contra, fueron recebidos como enemigos por los cuerpos de guardia; y así ellos los rompieron con muerte de algunos, y sin pérdida suya se retiraron al castillo. Su artillería batió la villa, y los vecinos y la guarnicion de alemanes de Mos de Hierge comenzaron á terraplenar casas y atrinchearse para batir el castillo. Los soldados dél pasaron el foso en una barca de noche, y los acometieron y mataron muchos en los cuerpos de guardia y trincheas, y pegaron fuego á la villa. Los rebeldes por huir el peligro forzaron á ir á apagarlo á los frailes de San Francisco y Santo Domingo, porque no los tirarian los del castillo, y por vengarse dellos persuadidos á que por su consejo los españoles hacian salidas y tiraban su artillería, y les hicieron tirar la de la villa para batir desde unos jardines dos caballeros del castillo, que la miraban, y comenzaron con decisiete piezas al tiempo que llegó el mandato general que D. Juan hizo á los españoles de dexar las armas, y el de Bossu requirió con él al castellano, mas respondió, no vió jamas firma suya, y pidió tiempo para saberlo por comisario en Ambers, y si lo fuese, no se valdria de las armas. El Conde de Bossu no lo concedió, ántes batió con más furia, y Pedro Nuñez de Ávila, teniente del castellano, hizo en las trincheas gran matanza. El Conde envió por nuevo mandato á D. Juan, y continuó su batería y cegó el foso, y echó puentes para arremetelle, y los defensores asistian con el mismo coraje. Pero viendo el castellano nuevo órden traido por persona que le aseguró era de su Alteza, dixo le entregaria. El Conde

queria que se rindiese, pero respondió moririan todos ántes; y así el Conde recibió el castillo como Francisco Hernandez se le quiso entregar, para que le tuviese en nombre del Rey Católico, segun mandaba D. Juan. Salió dél con sus soldados, ropa, bagaje, armas, banderas, caxas, balas en la boca y artillería, con ocho heridos y cuatro muertos en el sitio, y con escolta y navíos vinieron á Ambers. El Conde de Bossu guarneció el castillo.

Está Utrecht en Brabante por incorporacion del emperador Cárlos V, á ventiseis de Marzo mil y quinientos y ventiocho, á su peticion despues que venció al Duque de Gheldres que los oprimia con guerra, y edificó el castillo para su seguridad, donde estaba el monasterio de San Juan en Jerusalen, y dió á Utrecht nuevos privilegios y mercedes. Es ciudad antiquísima fundada sobre el Rhin con nombre de Antonina por Antonino, emperador romano, frecuentada por el paso del rio y de Inglaterra, por los romanos. Edificaron una fortaleza y puente que llamaron Romana. Los wiltos, vencidos con los saxones y esclavos por Valentiniano, emperador, para entrar en Batavia destruyeron á Antonina y levantaron un fuerte castillo en frente della, que de su nombre llamaron Witelburg, y la tierra Wiltraicostum. Ganóle el rey Dogoberto, hijo de Clotario, y le nombró Traiectum, porque en su paso le pagaban tola ó portazgo los que pasaban con mercaderías á las islas del Océano. Edificó una iglesia de Santo Tomás apóstol, y conquistada la provincia dió la juridicion á San Wilibrordo, primero obispo de Utrecht, erigida obispal, y consagrado por Sergio, pontífice romano, y llamado Clemente. Lamberto Hortensio, como afirma Gerardo Noviomago, la llama Ultraicotum, y Amiano Marcelino Utricesium, conforme á lo vulgar. Los normandos y daneses la destruyeron, y el Obispado en dignidad pasó á Colonia; mas con la santidad de sus prelados y ayuda del rey Pipino y de San Cárlos Magno, emperador, fue restituida en lo espiritual y temporal, siendo el décimocuarto obispo Barbodo. Destruida Utrecht y la Batavia por los normandos y Colonia, Lieja y Tongeren, estuvo la silla en Deventer. Restituida pasaron grandes calamidades por los bárbaros, y mayores despues que por librarlos dellas hizo Conde de Holanda y de parte de Frisia á Teodorico I Cárlos Calvo, para que los defendiese, porque guerrearon los sucesores con los obispos largamente, y no prevalecieran contra ellos, si los bandos de Utrecht, que era como una República romana, no los enflaquecieran, porque Utrecht, rica, fuerte, populosa, ponia cincuenta mil combatientes en campo.

CAPÍTULO IX.

Descúbrese en Génova una gran conjuracion contra la República, y D. Juan de Idiaquez solicita el remedio y castigo.

Andaba D. Juan de Idiaquez siempre tan cuidadoso de la conservacion de la quietud de la República de Génova, hija de su prudencia y trabajo y de la grandeza del Rey Católico, que en viendo principios de inquietud, procuraba el remedio con industria y asistencia. Oyeron de noche en dos puestos de la ciudad apellidar ¡libertad! ¡viva el pueblo! é inquirió la causa y hecho, y supo que Bartolomé Corona y sus secuaces, para mudar de Estado, resolvieron que veinte asegurados de otros tantos fuesen de noche á Palacio disimuladamente de dos en dos, ó pocos más, armados y con pistolas, y que estando juntos los colegios para la eleccion de los oficios, entrando los conjurados en la pieza donde se junta el Senado por una puerta que tienen fuera de la principal, matasen los gobernadores y procuradores, reservando siete amigos dellos, y saldrian á levantar al pueblo, diciendo: *¡Viva pópulo! ¡Abate gabela!* Avisó luégo al Dux, y remitió (segun su costumbre) la respuesta para la junta de los colegios. Dixo que los Ministros de los Príncipes legisladores, poco práticos de sus humores, no afinaron tanto algunos puntos que no hubiese que limar en ellos. Sucedian en todas provincias insultos, y se harian las diligencias posibles para castigar el acusado delito. Advirtió del caso D. Juan al Rey y de que se diese á entender de su parte al Embaxador de la República procurase hacer castigo exemplar en los conjurados, porque así convenia á su servicio y al bien dellos. Don Juan, para esforzar esto en la Señoría, dixo con gravedad, asistiendo D. Pedro de Mendoza, embaxador ordinario, así:

«Es comun sentencia, confirmada por la razon y por la experiencia, ser »igual la virtud del conservar por la industria y arte de que se ayuda, á la »del adquirir, donde la fortuna y el caso suelen tener la mayor parte. En »vano se adquiere, si no se conserva. Adquirió esta ilustrísima Señoría, quie»tud, buenas leyes, felice estado, alegrando á Europa esto cuanto la en»tristeció el principio de las alteraciones pasadas. Cuán buena suerte fue »escapar la República sin lesion de tan grandes riesgos, muéstralo el buen »fin de aquellas miserias, los milagros casi visibles que obró Dios en bene»ficio público, la conformidad de los tres Príncipes para la comun salud, »el conservar la genovesa libertad entre las tormentas y torbellinos de los »años pasados. Para mantener el buen estado adquirido es necesaria el arte

»y la rara prudencia, que abunda en este ilustrísimo Senado. Mas porque »todas las cosas, y principalmente los Estados, se conservan bien y segura»mente por los medios con que se adquirieron, esta ilustrísima República »consiguió debaxo del favor de Dios la tranquilidad de que al presente »goza por beneficio de los tres Príncipes, por amparo particular y protec»cion de su Majestad Católica y por las nuevas leyes, es cierto que debaxo »del mismo Dios, por las mismas causas se ha de conservar, como los »Príncipes pretenden. Este cuidado, este motivo nos traen ahora al señor »Embaxador y á mí á decir á V. Exc. y señores muy ilustres, de parte de »su Majestad, llegó á su noticia, y habrá tambien llegado á la de los otros »dos Príncipes, cómo no estando áun bien enxuta la tinta de las leyes he»chas en Casal en virtud de la Bailía del gran Consejo por los tres Mo»narcas del mundo, leyes consultadas en sus Consejos, aprobadas por ellos, »siendo apénas vueltos, ántes no habiendo acabado de volver los embaxa»dores que la República envió á dar las gracias deste beneficio, se hallan »ya borradas y en parte alteradas estas nuevas leyes, y se trata á furia de »variallas y alterallas en otros diversos puntos y cabos dellos, señaladamente »en lo que toca á la justicia criminal, punto tan principal que no conviene »diminuir sino crecer la autoridad, como al presente vemos. Estas cosas »no dexan de dar causa de justo resentimiento y evidente indicio de poco »respeto á quien se debe tener grande; pues, en efeto, el variar tan fácil»mente y al cabo de tan poco tiempo estas leyes, no es otra cosa sino con»denar aquí por imprudente (en cuanto es de su parte) lo que tuvieron »por acertado los tres Príncipes, y desecharlo como cosa errada. Por lo »cual su Majestad les exhorta y amonesta, y nosotros lo hacemos por su »órden y en su nombre, tengan gran miramiento en no consentir alterar »lo que los Príncipes tomaron por único remedio para su quietud, pues no »es justo que leyes hechas con acuerdo de tan claros y desapasionados jui»cios como los de los Príncipes, aprobadas en todos sus Consejos por jus»tas y convenientes al bueno, justo y pacífico estado desta República, las »pretendan ahora emendar, ó por ventura pervertir, personas que tienen »todavía los gustos y resabios vivos de aquellas sus pasiones, que pluguiera »á Dios pudiéramos llamar pasadas. El no alterar las leyes es tan impor»tante, que no se ha de mudar una, aunque sea por otro mejor, porque »la mejoría buscada es poca, y la costumbre de mudar las leyes es tan da»ñosa, que por no mudallas, áun cuando en ellas hubiese algunas faltas y »defetos, se debrian tolerar de la manera que en el hombre se sufren im»perfeciones. Esto, porque el quitar una ley imperfeta, cuando la hubie»se, no causa tanto provecho, cuanto trae de daño el quitar la costumbre »de obedecer á las leyes; pues no es otra cosa variallas, sino quitar la cos»tumbre de obedecellas; y esto es claro, porque como las leyes no tengan »en sí otra fuerza para ser obedecidas sino la que les da la costumbre, y

»ésta consiste en la duracion del tiempo, quien la quita, quita la costum»bre, y quien la costumbre, quita las fuerzas de la misma ley. De donde »se sigue que el mudar una ley en otra, no sólo tiene respeto á aquel par»ticular, ni sólo causa nulidad en la ley que se quita, sino que causa tam»bien flaqueza é inobservancia en las demas leyes que quedan, por el hábito »que dexa introducido de variallas. Y de aquí creo que podemos venir en »conocimiento que tantas mudanzas de Estado y tantas calamidades que ha »padecido esta ciudad, causó el ser en aquellos tiempos tan fáciles en mu»dar las leyes, y con ellas el Gobierno, y con el Gobierno el Estado. Y si »las leyes imperfetas se deben tolerar, las buenas y santas ¿cuánto más se »deben conservar, perpetuar é inmortalizar? Mire V. Excel. y Señorías, es »una cosa esto de extremada importancia; porque las leyes son la vida de »la República, son el alma que anima el cuerpo della, y tales Legisladores »no ha tenido otra en el mundo como la de Génova. Callen ya los Li»curgos, los Solones, los Numas Pompilios, que esta ilustrísima República »tuvo por Legisladores los mayores príncipes de la tierra, y éstos tan ce»losos de su bien, que por hacérsele con dignidad y autoridad de la Repú»blica, no desdeñaron hacerse ellos en cierta manera ministros della misma, »formando leyes en virtud del poder que della tuvieron. Sépanse preciar y »honrar de un tan grande blason y honor, conservando lo que los Prínci»pes quieren que se conserve, no les sean desagradecidos de tanto bien como »les han hecho, ni ménos lo sean á Dios, cuya sola Providencia fue y po»dria ser parte para conformar estos Príncipes tan distantes de lugares en »un mismo tiempo, en un solo querer y parecer, todo para beneficio desta »ilustrísima República. Este solo beneficio fue el fin que entónces movió á »su Majestad; este solo beneficio es el fin que ahora le mueve á hacer este »oficio, no por ninguna mira particular suya ni por aficion que tenga á »estas leyes, por la parte que le puede caber de autor dellas, sino porque »tiene conocido que éstas conviene que se conserven para conservar la Re»pública. Esto desea tanto, que nos ha mandado exhortemos á Vuestra Se»ñoría Ilustrísima que en el caso presente de las voces con libelo y altera»cion dichas de noche, y averiguacion de la conjuracion, haga diligencia; »pues voces tan perniciosas y atrevidas apellidando *Viva Pópulo*, tira tan »derechamente contra el ser y mantenimiento deste Estado y contra el so»siego comun. Para cuya conservacion y sustento de su libertad se puede, »Vuestra Excelencia y Señorías muy ilustres, asegurar hallarán siempre en »su Majestad como verdadero protector suyo y en sus Ministros la volun»tad y obras que hasta aquí; y que en las necesidades que tuvieren de su »favor les acudirá con entrañas de verdadero padre y fuerzas de tan pode»roso príncipe como es. En cuya señal les envia estos dos saludables con»sejos: el uno, que tengan las leyes por cosa sagrada; el otro, que siempre »que vieren en su tierra principios de inquietud (como al presente parece

»que brotan) los atajen luégo en naciendo, ántes que pequeñas centellas »enciendan en su ruina fuegos mayores.»

Luégo la Señoría prendió algunos por sospechosos en la conjuracion, y al capitan Agustin Satis, principal en ella, por pesquisa, y pareció haberla descubierto uno della por un escrito que le envió; otros huyeron, y contra todos procedia la Rota criminal. Tenian el favor de Cárlos Virago, gobernador de Saluzo, y el trato hecho con él por medio del capitan Satis, como pareció por carta del Conde de Sona, y su fecha concordaba con el tiempo del descubrimiento de la conjuracion. Respondió la Señoría por dos de sus Procuradores, guardarian las leyes con el contento y estimacion con que las recibieron.

CAPÍTULO X.

Quita el reino de Fez Muley Moluc á Muley Hamet; trata de restituirle el Rey de Portugal y por esto se ve con el de Castilla.

Esperó en Argel Muley Moluc á que Rabadan baxá, virey, cumpliese lo que para su restitucion le fue mandado por Selin. Y aunque despues que murió y entró en el señorío Amurates, su hijo, pudiera excusarse pidiendo nueva órden, llevado de la ambicion y deseo de la ganancia, y de la promesa que los más principales de Fez habian hecho á Muley Moluc por sus contínuas inteligencias y tratos, porque era de buen juicio y discurso, quiso hacer en efeto la jornada. Con seis mil turcos tiradores, mil azuagos del Cuco, ochocientos espais á caballo, doce piezas de artillería y seis mil caballos alárabes y de vasallos de Argel, llegó á dos millas de Fez, donde le esperaba el rey Muley Hamet con treinta mil caballos y otros tantos peones, y entre ellos tres mil escopeteros helches y andaluces, ó moriscos de España. Estaban sobornados los más y mejores deste exército, y comenzando la batalla pasaron al contrario; y Hamet huyó á Marruecos con pocos fieles, y de allí fue tambien expelido; y Muley Moluc señoreó los dos reinos y sus anexos.

Pidió el Hamet le restituyese el Rey Católico con grandes promesas de obediencia, y no queriendo, por consejo de D. Pedro de Acuña, caballero portugués, su esclavo, que sabía el fervor con que D. Sebastian, rey de Portugal, queria hacer guerra en Africa, acudió á él, que ya desde el año de mil y quinientos y sesenta y ocho estaba fuera de tutoría, aunque gobernado mucho tiempo de su abuela la reina doña Catalina y del cardenal D. Enrique, su tio, y de los padres de la Compañía de Jesus, llamados

apóstoles en Portugal. Era mozo gallardo de persona, fuerzas y ánimo, intrépido, amigo de su parecer y gusto, inclinado á lo justo y honesto, de manera que fue tenido por su castidad, en que murió, por inhábil para la generacion por imprudencia, porque su complexion era robusta, su carne blanca y colorada, con la cute sucosa, rojo cabello y barba casi primera, ojos garzos, de más que mediana estatura, bien proporcionado y formado de miembros, aficionado y diestro en la caza y ágil para ella con admiracion, aficionado á la guerra por causas sobrenaturales, aunque criado entre mujeres, y educado más como cristiano caballero que guerreador. Siendo de poca edad en el Monasterio de San Roque, despues de comulgar, recogido en una capilla con muchas lágrimas, preguntándole su maestro la causa de verterlas, dixo pedia á Dios que á tantos príncipes concedió imperios y vitorias, por fruto dellas á él le concediese siquiera el ser su capitan. Y estando en la profesion de doña María de Meneses en el Monasterio de la Madre de Dios, dama que fue de su palacio, le dixo con razon habia de conceder el esposo á su esposa lo que le pidiese; viese su Alteza lo que queria que de su parte le rogase; le respondió que le hiciese su capitan, admirable y ecelente pensamiento en tan tierna edad. Exercitáronle sus maestros y los apóstoles en santas costumbres, no le apartando de las armas, y poniéndole celo de emplearlas contra infieles en Africa, para divertir el deseo que le encendia y traia inquieto de ir á las Indias Orientales á guerrear. Para enseñarse en tal viaje navegaba con bonanza y borrasca, nunca conociendo el temor, y para disuadille le decian imitase á sus heroicos abuelos, inmortales por sus memorables hechos en Africa. Escríbese, y por tradicion se dice por caso raro y prodigioso, precedido á su nacimiento, que en una noche vió la princesa doña Juana, su madre, estando preñada dél, en el palacio de Lisboa, entrar en su aposento gran número de figuras de moros vestidos de diversos colores: dudando en si serian las guardas de la Cámara, entraron segunda vez los moros fantásticos, y cayó con desmayo en brazos de sus damas.

En el año mil y quinientos y setenta y cuatro pasó con pocos bajeles á ver sus fronteras de Africa, y viendo escaramuzar sus hidalgos con los moros valerosa y diestramente, como suelen, estaba congoxado por no ayudallos y señalarse con su esfuerzo increible. Prometióle al rey Hamet, deposeido, á Larache con algunas cosas más, y prometió restituirle en sus reinos. Comunicó el intento con algunos hidalgos, y ellos fielmente procuraron disuadille la jornada, y él para hacella procuró el parecer y ayuda de su tio el Rey Católico. Cristóval de Tabora, su gran privado, y tan prudente que nunca le desvaneció, sobre la consulta de la empresa se le mostró irresoluto y tímido, mostrando su intencion y reverencia sin darle parecer, porque vió al Rey tan puesto en executar su empresa, que no le pareció carga para sus hombros el convencerle con razones, porque conocer

su verdad le negaba la experiencia, y era menester mayor autoridad, y sólo podria ser suficiente la del Rey, su tio, y así aprobó el envialle embaxador, y el verle. Mandóle ir á Castilla, y ántes solicitó hora en que el Rey le pudiese oir despacio, viendo lo mucho que se interesaba en la jornada para disuadirla, y lo hizo sin fruto. Pidióle licencia para visitar en Ebora, caminando cerca della para Castilla, so color de evidente cortesía, al Cardenal, su tio, retirado en su arzobispado, cansado y desabrido, porque el Rey no admitia sus consejos, y haber restituido en su gracia y oficios á Pedro de Alcazoba, por visita del Cardenal, y persecucion de Martin Gonzalez de la Cámara, su émulo, venido á gran lugar y privanza más por fortuna que por merecimientos, y caido de la gracia por usurpacion de la hacienda y de la autoridad real y destruicion de su opinion. Cristóbal de Tabora, aventurando la gracia real, rogó con instancia al Cardenal no desamparase al Rey y al reino, y tomase á su cuenta el disuadir la jornada. El Cardenal escribió al sobrino dexase pensamiento tan peligroso á Portugal, tratase de tener herederos, y luégo podria hacer la guerra como y donde le pareciese. Don Juan Mascareñas, cuya reputacion en las armas no era vulgar, y Francisco de Saá, conde que despues fue de Matusinos, respetado del Rey, por haber sido ayo de su padre, le hablaron, y cada uno en particular. Agradecióles su celo, no el consejo, pues jamas los quiso oir más.

Envió á Pedro de Alcazoba á Castilla con embaxada, y pidió al Rey, su tio, su hija mayor en casamiento, y ayuda para la jornada que trataba de hacer contra los africanos, y para ayudar un Rey, perseguido de los turcos, que le pedia remedio, y estorbar su cercanía y el venir en su poder Larache en beneficio de España. Se viesen donde señalase, porque mejor le significase sus intentos. Volvió Alcazoba sólo con la resolucion de la vista, remitiendo la de las otras cosas para ella, por tener al sobrino en su devocion y respeto, concedida contra lo que usó con los reyes de Francia, por ser tio y sobrino y amigos, sin pretensiones forzosas ni encuentros, cuyos buenos sucesos le tocaban como á tio y como á Rey, y aunque no en la misma fortuna, se ofendia con la adversa.

El xerife Muley Moluc en sus destierros pretendió valerse para la recuperacion de sus reinos de Fez y de Marruecos del Rey Católico por medio del capitan Francisco de Zúñiga y Tapia, natural de Segovia, porque trataba Muley Mahamet en la Córte de Castilla y de Portugal de ser con sus armadas restituido, envió al capitan Cabreta con carta para su Majestad Católica. Ofrecíale toda buena correspondencia en tierra y mar, confederacion, siendo de los turcos acometidos sus Estados. El Rey Católico, receloso de verlos tan cercanos, recibió bien al capitan Cabreta, y detuvo su despacho hasta la venida del capitan Francisco de Zúñiga, de Fez, donde habia ido con su órden á visitar al Rey de sí mismo, porque tenía con él estrecha amistad, y ver el estado de sus cosas y fuerza de los turcos en

aquellas provincias. Esperaba la resulta de las vistas con el Rey de Portugal para encaminar lo que más le conviniese, segun el estilo de los reyes. Aunque las vistas de los dos estaban concertadas, no aplazadas en dia señalado, y para asentar el preciso á eleccion del sobrino, deseando su tio satisfacelle en todo, envió por la posta á D. Cristóbal de Mora, su gentilhombre de la boca, porque tenía, como natural de aquel reino, noticia del modo de proceder en su Córte, y era conocido y agradable al Rey, calidad muy conveniente en las embaxadas, por haber venido á ella á visitar á don Sebastian de parte de la Princesa, su madre, con presente de caballos y vestidos, y otra vez con el dotor Almazan, médico de su Cámara, para consultar con los portugueses sobre la salud de D. Sebastian, y más cierto sobre su inhabilidad para la generacion, de que tanto se recelaba y hablaba no vulgarmente. Tambien, como escribimos, habia ido á aquel reino á la composicion con D. Enrique, cardenal, que gobernaba, de los negocios de D. Antonio, prior de Ocrato.

Estaba D. Sebastian contento, segun avisó el embaxador D. Juan de Silva, con la respuesta que truxo Pedro de Alcazoba de la acetacion del avocamiento; y sabiendo la venida de D. Cristóbal, le esperaba alborozado y resuelto en abreviar el tiempo de su partida cuanto le fuese posible. Y habiendo pasado á Lisboa D. Cristóbal, en una galera que le esperaba en Aldea Gallega, y desembarcado en la posada de D. Juan de Silva, conforme á la instruccion que se le dió, fecha á doce de Noviembre, si la hubiera comunicado enteramente con el Embaxador, en el mismo dia le mandára llegar á Palacio el Rey. Llevóle en el siguiente el Conde de Vidigueira con gran acompañamiento, y el Rey con otro lustre le esperó en público. Habiéndole dado la carta de su Majestad, y visitádole de su parte, mandó su Alteza despejar la sala, y conforme al primero punto de su instrucion encareció D. Cristóbal lo que su Majestad deseaba recebille en sus reinos con la grandeza, amor y decencia que se debia á tal Príncipe, y y pedian las grandes y muchas causas que habia para ello, notorias tanto al mundo. No apretó en el ser recebido solenemente, por no mostrar deseaba ménos la jornada su Majestad, y porque en aquella forma en el efeto acetaria el ser recebido D. Sebastian, segun su apetencia, de que ántes se habia recatado tanto. Y así añadió, que habiendo de ser el recebimiento como era razon, se dilataria forzosamente la vista por algunos dias, aunque procuraria su Majestad fuesen los ménos. Preguntó su Alteza cuándo podrian ser las vistas, siendo con la llaneza que él deseaba, y D. Cristóval le respondió cuando gustase acetar lo que su Majestad con tanto amor le ofrecia, y él traia órden de decir lo que podria hacer en este caso, por dar á su Alteza satisfacion y contento. Don Sebastian dixo besaba las manos á su Majestad por la voluntad y amor con que se ofrecia á recebille en sus reinos, que era conforme á la que le debia, y á las grandes obligaciones

que habia entre los dos. Y dado caso que estimaba en lo que era razon lo que su Majestad queria hacer con él, holgaria de que las vistas se asentasen en el modo que ántes se trató, porque así podria con más brevedad ver á su Majestad, que tanto deseaba. Respondió D. Cristóbal, si de aquello era contento, lo sería su Majestad siempre de conformarse con su Alteza en todo. Luégo, segun el punto segundo de su instrucion, encareció el gusto y amor con que D. Filipe queria hacer aquella jornada, en tiempo que tantos y tan graves negocios le tenian justamente ocupado é impedido.

Con esto en la primera audiencia se concluyó la principal parte de la comision, mostrando D. Sebastian gran satisfacion del modo que su Majestad habia usado con él, y haciendo gran favor á D. Cristóbal, y con mucho agrado en la respuesta. Visitó tambien á la reina doña Catalina, dióle la carta del Rey, y á la infanta doña María, y en el siguiente dia cuenta á su madre de los negocios, y hallóla en ellos con entero sujeto, y las reales partes dignas de veneracion que en su Alteza concurrieron. Conociendo era su comision tan conforme al humor de aquella provincia, y que por la satisfacion general convenia al servicio de su Majestad, publicó parte della á algunos de los que le visitaron, que ponian á veces su complacimiento en cosas tan menudas, que lo que estimaban en más era referilles la priesa con que el Rey le habia despachado, teniendo por gran diligencia el llegar en seis dias desde Madrid á Lisboa en posta, y creian serian las vistas universal remedio de satisfacer á D. Filipe de algunas falsas imputaciones y relaciones, que tenian por cierto haberle hecho contra la persona de su Rey. Aunque procuró D. Cristóbal darles satisfacion en este particular, no aprovechaba, ni acababan de persuadirse que en aquellas vistas no queria D. Filipe ganar honra con ellos. Luégo le dixo Pedro de Alcazoba de parte de su Alteza, que por ningun caso dexaria de seguir la jornada para el término concertado, pues á los veintidos de Diciembre sería en Guadalupe, y que el Rey gustaria que por el camino no se les diese cosa alguna por cuenta de su Majestad, que en Guadalupe lo tomarian, y áun allí parecia á D. Cristóbal que no se les diera, para ver de donde se pensaban proveer. Esto escribió luégo á veintidos de Noviembre al Rey, y el número y calidad de los que acompañarian á D. Sebastian en la jornada, y la manera de servicio y aprestos que serian menester para el hospedaje al Duque de Alba, conforme á la memoria que le habia dado. Y acordaron quitase su Majestad la gorra al Duque de Aveiro, y mandase cubrir los títuios de Portugal, que lo mismo haria su Alteza con los de Castilla. Por el luto y tristeza que habia de la muerte del emperador Maximiliano, suegro y primo de su Majestad, escribió á D. Cristóbal procurase dilatar la jornada; mas juzgando escandalizaria tal novedad á D. Sebastian y á sus ministros, no innovó, y así acabó de asentar lo que se habia de hacer de ambas partes, que es lo que se escribirá. Y habiendo visitado

en Ebora al cardenal D. Enrique, y dádole la carta del Rey, vino á Madrid, y luégo se aprestó su Majestad, y escribió á D. Juan de Silva sería á trece de Diciembre en Elbas el comendador Brizeño, porque le comunicase lo que se habia de hacer, y le envió ayuda de costa para el viaje.

El rey D. Sebastian despachó á Cristóbal de Tabora á dar el pésame al Rey y á la Reina de la muerte del Emperador, y sinificar lo mucho en que habia estimado la embaxada de D. Cristóbal, y lo que en todo lo que trató le habia satisfecho. El Rey Católico envió sus aposentadores, y para la provision al licenciado Tejada, alcalde de su Córte, que executó con maravillosa diligencia y providencia, y al comendador Brizeño, del hábito de San Juan, á Elvas, donde se vió con el embaxador D. Juan de Silva; y partió á quince de Diciembre de su monasterio de San Lorenzo, y esperó al sobrino en Guadalupe. A doce salió de Lisboa, y en la ciudad de Badajoz y otras villas principales del camino fue recebido solenemente con ceremonias y solenidades de Rey natural en todas las cosas, soltando los encarcelados, perdonando ausentes, con tan general alegría como si los pueblos conocieran venía á entregar el reino de Portugal en manos de su tio el Rey Católico. A tres cuartos de legua del monasterio de Santa María de Guadalupe, y tres pasos de su coche, le recibió y abrazó, y en tono baxo le saludó y llamó Majestad, hasta allí no usado con sus predecesores, dexando los términos que le convenian como á Rey mayor anciano. Los portugueses fueron á besarle la mano, especialmente el Duque de Aveiro y D. Juan de Silva; los castellanos á D. Sebastian, y mejoró en cortesía al Duque de Alba y al Marqués de Aguilar, hablándolos con el sombrero quitado. Llevóle á la diestra D. Filipe y le forzó á entrar en el coche por el lado donde se apeó, y dando la vuelta entró por el otro estribo. El santo convento hizo el recebimiento con la procesion; llevóle á su cámara don Filipe, y díxole descansase con tan prevenido hospedaje con grandeza y magnificencia como tan poderoso monarca. Comieron juntos en su cámara en público como en su Palacio Real, y otro dia en la de D. Sebastian; y los caballeros unos con otros alternativamente. Fue vista considerable para el más curioso cortesano y deseoso aldeano.

Aconsejáronle en la jornada de Africa, entrando en las juntas D. Cristóbal de Mora, que era el internuncio entre los dos Reyes, y disuadiéndola D. Filipe le pidió que á lo ménos no fuese á ella, fundado en el puro celo y amor que le movia. Prometióle ayuda con ciertas condiciones encaminadas á diferir la guerra y armada para la empresa de Latache, como la del turco no viniese al mar de Italia. Confirmóle la esperanza del casamiento con una de sus hijas en competente edad. Advirtióle que para la jornada conduxese quince mil extranjeros, que pagaria los cinco y daria treinta galeras, no pasando la jornada del año venidero mil y quinientos y setenta y siete en que era imposible hacerla.

La reina doña Ana envió á visitar á su primo D. Sebastian con el Duque de Pastrana, su menino, hijo del príncipe de Ebuli, Rui Gomez de Silva, de quince años, singular gentileza y lindeza, y acompañado de la Córte dió su embaxada y presente de cueros y guantes de ámbar, ropa blanca y otras cosas de regalo y curiosidad. Dióle D. Sebastian al Duque un puñal con el guarnimiento de oro y pedrería, y sacando la cuchilla dixo: «Buena es», sin reparar en lo precioso. Presentó D. Filipe á su sobrino unas armas ricas y fuertes y caballos, entre otros dones. Dió joyas á los señores portugueses, y ayudas de costa grandes á los demas criados. El no acudir D. Sebastian á lo que le pedia su tio le dió tal satisfacion, que se retiró á su cámara sin hacerle ofrecimiento en despedida, ni hablar en su partida y tiempo. Enfurecióle de modo que sin resistencia ni admitir interpretacion ni consejo se paseó la mayor parte de la noche hablando entre sí, con amenaza en las palabras y ademanes, empuñando la espada. Don Cristóbal de Mora avisó dello al rey D. Filipe, y él, como tan cortés y sabio, se alertó, y ántes del alba fué á la cámara de D. Sebastian y le dixo si era tiempo para que se fuesen los dos, y le preguntó cómo habia pasado la noche: satisfaciones con que se alentó y confortó el sobrino, y dixo haria lo que su Majestad le dixese, bien que su madrugada en todo ecedia. Salieron en el coche del monasterio como habian entrado, y en el mismo puesto donde le recibió, se despidieron, quitando la suspension de ánimos de los príncipes que decian saldria destas vistas liga contra infieles, ó que no serian de provecho, porque se vieron pocos buenos efetos dellas, y malos muchos.

El Rey Católico quedó cuidadoso y con deseo de disuadir con industria á D. Sebastian la pasada en Africa; y él para que le ayudase sin admitir consejo; porque raras veces acaece que el que se dexó llevar de alguna gran cosa, por dudosa que sea de alcanzar, quiera admitir parecer en contra y creer que no se puede haber; y aunque algunos aconsejan recatadamente dudando, son mal vistos por el ánimo que quitan. Mas cuando Dios ha permitido que se pierda alguno, tambien que yerre por su consejo peor, elegido por mejor. Solicitó en Guadalupe su despacho el capitan Cabreta y en Madrid, y viendo el xerife Mulei Abdel Melich su tardanza, envió á Diego Marin, clérigo, para que representase por su carta de creencia al Rey cuánto deseaba su amistad, como lo habia significado por cartas de Andrea Gasparo Corzo, y otras que envió al Conde de Benavente, virey de Valencia, y á D. Martin de Córdoba, capitan general de Oran, y al Maestre de Montesa. Queria particular correspondencia, y que no hubiese cosarios en su Estado en Castilla ni en Portugal. A los de Argel y de Levante se les quitarian las presas en sus puertos y se entregarian sin rescate los cautivos: no daria ayuda contra España á los turcos, y se la diese contra ellos el Rey Católico siendo necesario. Pudiese haber correduría en las fronteras de

Tanjar y Ceuta por no hacerse sospechoso á los moros, que las moderaria: si las acometiesen con exército, las pudiese socorrer España. Habia de tener dos naves en levante y poniente con dos morabitos, para que seguramente pudiesen hacer rescate de los moros con los privilegios que se dan á los cristianos. Para rescatarlos pudiese tener el Rey Católico en Fez una ó ó más personas, y la hacienda para esto fuese libre de pechos y dacios. Tuviese carta desta amistad firmada de su mano y de los morabitos de Meca, y el Rey se la diese firmada de la suya y del Pontífice. No le quedaban más de trecientos turcos en su reino, y los echaría luégo que se acabase de asentar esta paz con el Rey, y ántes para mayor satisfacion.

Marin volvió á Fez con carta de creencia é instrucion, en que decia el Rey Católico su contento en tratar de su amistad conforme á las cartas que habia recebido con los capitanes Cabreta y Francisco de Zúñiga y el padre Marin, y que su oferta debia á su voluntad, y á lo mucho que holgó que volviese á reinar por su valor y buenas partes; veria la llaneza con que le trataba y su buena correspondencia. Y estaria más firme la seguridad della y de sus tierras, si le diese en prendas y beneficio suyo á Larache, con que sus enemigos desconfiarian para inquietalle, viéndole tan obligado para darle asistencia. Y debia temer, y con razones muchas, su ambicion y tiranía, falta de fe, llevados del interés, y advertir era de poca reputacion el estar en arbitrio de los peores, más insolentes y de ménos calidad de los turcos, cuales eran los de Argel, nido de ladrones, foragidos, facinorosos, el quitar y poner reyes en los Estados de Africa, y principalmente en Berbería, su mejor provincia, y más en los antiguos y tan notables y poderosos como eran los de Marruecos y Fez. Pues en huir los daños tan inminentes y buscar la perpétua seguridad, no le juzgarian ingrato los diestros en tales materias, si aspiraba con buenas consideraciones á su conservacion.

Murió en este año á trece de Agosto en el bosque de Balsain sirviendo y asistiendo al Rey D. Pedro Fernandez de Cabrera y Bobadilla, conde de Chinchon, del Consejo de Estado y del de Aragon é Italia, y tesorero general de aquella Corona, y mayordomo de Su Majestad, y en todos sus cargos y oficios subrogó á su hijo D. Diego de Cabrera por las loables partes que en él concurrian dignas de empleallas en su servicio, y por los grandes de su padre hechos al emperador Cárlos V y á D. Filipe, que hacian inmortales los de D. Andrés de Cabrera, primero marqués de Moya, y fundador de sus mayorazgos, que vino de Aragon á servir al rey don Fernando el Católico y á la reina doña Isabel, su esclarecida mujer, en su turbada fortuna, que dicen en el privilegio le hacen mercedes, *Por cuanto por vos, despues de Dios, somos Reyes de Castilla.* Era esta familia de Cabrera en Aragon clarísima, derivada de la de Cataluña, que tuvo principio cuando Cárlos Magno emperador la conquistó de los moros; y se-

gun parece por el registro de Monsorio, dexó en ella para su defensa dos sobrinos con título y heredamientos de Vizcondes de Cabrera y Vas, titulándolos de su nombre, y asimismo otros caballeros. De todos proceden casas tan ilustres y de gran fama, más y ménos aumentadas, que hay pocas en Europa, aunque sean de reyes y emperadores y grandes príncipes y señores, que no les sean en sangre deudos, y especialmente de la de Cabrera siempre célebre y grande en autoridad y grandeza, por claros hechos en servicio de sus reyes en la conquista de Catalunia y Aragon, Castilla, Cerdeña y Sicilia; y della proceden los reyes desta Corona y la de Castilla; y tambien dellos los de la casa de Cabrera por legítimo matrimonio. Y para no tomar esta digresion de más atras, digo, siguiendo el registro de Monsorio, que en el tiempo del rey D. Pedro de Aragon, que dicen de los franceses, era Vizconde de Cabrera y Vas y Conde de Urgel, Engarao de Cabrera, y Vizconde de Ager, que heredó de su madre, y casado con Elisen de Moncada, en quien hubo cinco hijos, herederos de cinco Estados en su muerte: Pons, el primogénito del Vizcondado de Cabrera y Vas; Bernat, de la Baronia de Monchis; Esmangol, del Condado de Urgel; Alvaro, del Vizcondado de Ager, y Engarao de Calasans. Alvaro, el vizconde de Ager, heredó el condado de Urgel de su hermano Esmangol, y casó con la Condesa de Osona, y tuvieron una hija heredera de sus Estados, y porque volviesen á la Corona de Aragon, y por su gran calidad, la casó el rey D. Jaime último con su primogénito Nanfons, ó Alfonso, y reinaron muerto Jaime. Fue sucesor dellos en la Corona su hijo D. Pedro, y en el condado de Urgel y Vizcondado de Ager, Jaime, su hijo segundo de cuatro, y una hija que procrearon, y Hernando, el tercero, fue marqués de Tortosa; y Juan, el cuarto, obispo cardenal de Valencia; y la hija casó con el Rey de Cipro. El rey D. Pedro, nieto de Alvaro de Cabrera, tuvo dos hijos y dos hijas, Juan, que fue rey de Aragon, primero déste nombre, y Martin, que le sucedió en la Corona por haber fallecido sin hijos; y Leonor, que fue mujer del rey D. Juan I de Castilla, y madre del prudente y valeroso rey D. Enrique III y de don Fernando, renombrado, el infante de Antequera, porque la ganó de los moros, padre de los memorados infantes de Aragon, donde no sin particular asistencia del cielo reinó por no haber dexado hijos su tio el rey don Martin. Fue padre del Magno rey de Aragon y de Nápoles D. Alfonso y del rey D. Juan II de Aragon, por muerte de D. Alfonso, siendo rey de Navarra por casamiento; y viudo casó con doña Juana, hija de D. Fadrique Enriquez, almirante de Castilla su tio. Mosen Bernat de Cabrera conquistó á Cerdeña con la armada del rey D. Pedro, y venció á los genoveses en el mar, y ganó treinta galeras y la tierra con mucho valor, y le dió á Villafranca de Panadés con todo el Panadés. Despues vino á la conquista de Córdoba en ayuda del rey D. Fernando *el Santo*, con muchos caballe-

ros y deudos de su casa, y quedaron heredados en la ciudad, como se verá en la escritura que se llama de las Postrelas, con otros deste apellido; porque ya habia Cabreras en el reino de Leon con nombre de Ponces, derivados de D. Pons de Cabrera, hermano del Vizconde, que sirvió de mayordomo mayor al rey D. Alonso el VII, hijo de doña Urraca, y en la guerra contra su padrastro el rey D. Alonso de Aragon. Y dél proceden los Cabreras que hubo y hay en otras ciudades y villas de Castilla: y si los Ponces de Leon tambien, deslinden los escritores de genealogías que averiguan y declaran los orígenes y filiaciones por sus árboles en fólios, de las ilustres familias, como se verá presto en lo que ha escrito Alonso Lopez de Haro, natural de Guadalajara, eminente en esto y en la especulacion de la historia antigua de España, con no pequeño cuidado y certeza en el primer volúmen de las mayores familias titulares, y en el segundo de las particulares. Dióel Rey á D. Bernardo las villas de Aguilar, Montuerque y Montilla, que le trocó despues por Tiedra, Belmez y Saelices de los Gallegos; y tenía hecha aveniencia con él, que guerreando entre sí los reyes de Castilla y de Aragon, sirviese con su persona y vasallos donde se hallase cuando la guerra se comenzó, sin caer en mal caso, para inculpar su fidelidad. No apartándosele la fortuna, siendo gran privado del rey don Pedro de Aragon su primo, le privó de la vida y estados, y sin razon, pues los restituyó, y dió adelante el Condado de Osona á su hijo Mosen Bernat, Juan de Cabrera, y sirvió mucho al Rey su tio, especialmente en la conquista de Sicilia, y sitió á Palermo, y la entró en presencia del Rey. Y alterada la tierra, no le dando fuerzas para reducir los sicilianos, empeñó su Estado de Panadés, llevó armada á su costa, con que aseguró y pacificó el reino. Y dice la crónica, que de allí adelante el Rey muy bien le miró, y le heredó en lo que hoy llaman Condado de Modica, en que sucedió su hija doña Ana, vizcondesa de Cabrera, y la casó el rey D. Juan II de Aragon con su suegro el almirante de Castilla, D. Fadrique Enriquez, por su riqueza, hoy principal en esta casa, dándole cuanto en siglos pasados adquirieron los clarísimos progenitores de la condesa doña Ana. De Mosen Bernat de Cabrera, señor de la Baronia de Monehis, era quinto nieto por varon Mosen Bernat Juan de Cabrera, que vino de Catalunia á servir á su rey D. Fernando el Católico en la conquista de Granada con su primo Mosen Juaneto, de quien escriben con elogio las historias, donde fue muy señalado, y el Rey le honró. Casó en Córdoba con hija de Fernando de Cabrera el Bravo, así nombrado en aquella guerra, y fue su hijo Juan de Cabrera, que hubo en su mujer doña Aldonza de Córdoba al capitan Luis Cabrera de Córdoba, que militó muchos años, y se perdió en Coron, y estuvo esclavo en Constantinopla hasta que por su industria y buena resolucion, con otros capitanes y soldados alzó una galera, y con ella arribaron á Sicilia siendo visorey D. Ferrante Gonzaga, y él le dió una compa-

ñía de infantería, y buscando las ocasiones, murió peleando, como escribimos, en la entrada de San Quintin. Quedó su heredero Juan Cabrera de Córdoba, mi padre, habido en su mujer doña María de las Roelas Gudiel, hija de Gonzalo Ruiz de las Roelas y de doña Isabel Gudiel y Ayala, naturales de Toledo. Murió despues de haber hecho en cincuenta y cuatro años grandes, agradables, útiles servicios al rey D. Filipe II, y sus hijos Luis y Andrés, todos bien vistos y favorecidos de Su Majestad hasta su fallecimiento, siendo su fiscal en el Tribunal de Contaduría mayor de Cuentas, poco aumentado por su moderacion, habiéndole comunicado y tenido muy en su gracia, y parecido al Rey su señor tan notablemente en el rostro, estatura y proporcion de sus partes, como si fuera copia suya; bastante en otros para que los engrandeciesen los príncipes y á su familia.

En este tiempo nombró el Rey por su mayordomo á D. Pedro Lopez de Ayala, conde de Fuensalida, que despues de la muerte del Duque de Alba por más antiguo hizo el oficio de Mayordomo mayor. Fue muy estimado de las personas reales por lo ilustre de su sangre, derivada de la real de Aragon, y propagada fellzmente en la de los reyes y príncipes de Europa, que proceden del católico y esclarecido D. Fernando, á quien por su madre comunicó la suya esta generosa familia, que por largas edades ha conservado su ecelencia, con preclaros hechos reconocidos de sus reyes en la paz y en la guerra. Prosiguiólos el conde D. Pedro sirviendo desde su juventud, acompañando á D. Filipe en las jornadas de Flandres, Inglaterra, Aragon, Portugal, levantamiento de los moros de Granada, y en las guerras de San Quintin con valor y gasto grande. En la muerte del emperador Ferdinando le envió Su Majestad á Alemania á consolar á su hijo Maximiliano, sucesor en el Imperio. Hízole de su Consejo de Estado y Comendador mayor de Castilla, honrando servicios continuados por más de sesenta y cuatro años, estimándole en mucho hasta su muerte. En la suya dexó el Conde su Estado con tanto aumento de rentas y vasallos, que como ántes igualaba su casa á las de superior nobleza en España, compite ya con las de mayor fortuna. Mas la principal herencia de su posteriridad es haber sucedido en su venerable memoria. Habia ya muerto Francisco de Eraso, comendador de Moratalaz, señor de Mohernando, secretario que fue del emperador Cárlos V, y tan preciado y su favorecido, que en la renunciacion de sus reinos dixo á D. Filipe estimase en tanto como el habérselos dado, el dexarle á Francisco de Eraso para su consejero. Y así le estimó el Rey, y le dió gran parte en el expediente de sus negocios, especialmente de la Hacienda y Estado, de cuyo Consejo fue, y con mano tan templada, que acabó en la gracia de su Príncipe, y con ménos aumento de su casa que pudiera, á no ser tan reglado y fiel ministro, y su Majestad tan advertido en hacer moderadas hechuras y nunca monstruosas con indignacion de todos tres Estados.

CAPÍTULO XI.

Cómo hacía D. Filipe la distribucion de los bienes eclesiásticos y presentacion de los Obispos.

Falleció en Roma Fr. Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo, cumpliendo su penitencia, conforme á la sentencia del pontífice Gregorio XIII, y con tan gran humildad y paciencia que le admiró y á su Córte. Fue sepultado en el convento de la Minerva en el coro de los frailes, y su laude inscribieron por mandado del Pontífice desta manera:

D. O. M.

BARTHOLOMÆO CARRANZA NAVARRO
DOMINICANO, ARCHIEPISCOPO TOLETANO, HISPANIARUM PRIMATI
GENERE, VITA, DOCTRINA, CONCIONE, ATQUE ELEEMOSINIS CLARO
MAGNIS MUNERIBUS A CAROLO QUINTO
ET PHILIPPO REGE SIBI COMMISSIS EGREGIE FUNCTO
ANIMO IN PROSPERIS MODESTO, ET IN ADVERSIS ÆQUO
OBIIT ANNO MDLXXVI, DIE SECUNDA MAII.
ATHANASIO ET ANTONINO SACRO
ÆTATIS LXXII.

Pudiera haber escrito del suceso deste Prelado más, y entendiendo hubiera estampado lo que á él toca el doctor Salazar de Mendoza, canónigo de Toledo, que lo ha recogido enteramente, se lo remití. El Rey presentó para Arzobispo de Toledo al obispo de Cuenca, inquisidor general, don Gaspar de Quiroga, de setenta años de edad, noble en el nacimiento en Madrigal, de grande espíritu y valor, entero en el juicio, piadoso en el voto, áspero en reprehender y responder, justo en el proveer, limosnero, liberal y más con su Rey, hechura del emperador Cárlos V y de D. Filipe, y de su fortuna. Pues de colegial de Valladolid y vicario arzobispal en su córte de Alcalá, y excomulgado y citado con indignacion del Pontífice á parecer en Roma por no haber cumplido unas bulas apostólicas con poca reverencia y mucha contradicion, absuelto y en gracia por su industria y trabajo, le puso en el Consejo de Rota, y el rey D. Filipe le nombró Visitador de sus Ministros de Nápoles, de su Real Consejo de Justicia en España, y Obispo y Arzobispo, Inquisidor general y Presidente de Italia; y fue ecelente en todo lo que administró, y murió con menor nombre

que vivió por haber vivido más. La eleccion fue loada, como las que hizo siempre D. Filipe de obispos con gran cuidado, por saber era peligrosa para el que elige y de que ha de pedir Dios más estrecha cuenta á los Príncipes, como á los que encomendó la paz y amparo de su Iglesia. Por esto queria los que presentaba fuesen tales, que los reverenciase por su virtud y por su oficio de honor, trabajo, edificacion, gobernacion pacífica y suficiencia grande, prefiriendo la virtud al nacimiento ilustre por menor á ella. Y así en su reinado se aplicaron todos á las letras; los nobles para ser preferidos como era razon por ellas, llenando las catredales; los menores para igualarlos, pues la religion cristiana no mira á la calidad ni estado, sino á los ilustres por santidad y sabiduría. Siéndolo, preferia la nobleza y á los que dependian de sus amigos y ministros. Otras veces presentaba para obispos canónigos tan particulares y presbíteros tan apartados no sólo de tal esperanza, más pensamiento en sí mismos y en la comun opinion, que la cédula de su presentacion no admitia su recelo de ser engañados ó burlados. Eligia á quien no pedia y merecia; al que no acetó, solicitaba para que acetase.

Dió el Obispado de Cuenca á fray Miguel de Alaexos, prior de San Lorenzo el Real, de singular observancia y entereza, y dixo le bastaba ser fraile para salvarse. Replicando tres veces solicitado por tres ministros por mandado de su Príncipe para que obispase, y no rindiéndose, le mandó diese de su mano el Obispado. Suplicóle por el dotor D. Juan de Badillo, su deudo, canónigo de Palencia, y que habia sido colegial de Valladolid, y murió obispo de Cuenca. Don Alonso Velazquez, arzobispo de Santiago, por enfermedad larga le pidió diese el Arzobispado á quien tuviese más salud, y dixo gobernaria él mejor desde su lecho. Y replicó, no cumplia así con su conciencia, proveyese sucesor. No quiso, y pleiteó y venció á su Majestad. Señalóle doce mil ducados de pension, y dixo bastaban tres mil á un clérigo recogido. El Rey le rogó tomase seis mil, porque lo querla él, y no le venciese en pleito, y diese el Obispado al más benemérito. Fue promovido en él D. Juan de San Clemente, obispo de Orense, por su aprobacion y por la del arzobispo de Zaragoza, Alonso de Santos; en su muerte le sucedió D. Alonso Gregorio, obispo de Albarracin, descargando su conciencia con el abono de tan buenos prelados; y tales, como vemos, los elegia su Majestad Católica. Preferia los ancianos á los mozos, encomendando ántes el ganado al chapado pastor que al más lozano y diligente zagalejo. Algunas veces ocupaba los mozos de grandes esperanzas, porque no se le derramasen, en el gobierno de iglesias menores, disponiéndolos para las mayores, ganando y haciéndolos buenos sujetos. Así fue en el cardenal don Antonio Zapata, en D. Bernardo de Rojas, arzobispo de Toledo; en don Andrés Pacheco, obispo de Cuenca, en D. Juan de Rivera, dignísimo arzobispo de Valencia; porque la senectud venerable no es de los más

años: canas son el seso y reverenciable ancianidad la vida limpia y santa. Conforme á la capacidad de los súbditos les daba los obispados. A los de las montañas, Astúrias, Galicia y Castilla, menesterosos de dotrina, teólogos; á los de Extremadura y Andalucía, más litigiosos, las más veces canonistas y de valor, para conservar la paz de que tanto cuidaba; á los de las Indias, frailes en la mayor parte, porque acetaban mejor, y en la enseñanza de los indios hicieron mucho fruto, y salieron maravillosos prelados; aunque en España, en aquel reinado, fueron más ecelentes los de bonete; porque como los santos pontífices Pío V y Gregorio XIII no dieron regresos ni concedieron coadjutorias, valian las letras y la virtud, y premiadas en las catredales estaban ilustradas con sujetos dignos de mitras y de tiaras, y no se hacía tal gasto á esta Monarquía en esto, que desde Sixto V hasta hoy haya llegado á un millon y seiscientos mil ducados en Castilla, sin el de la corona de Aragon y de la de Portugal. Por esto el emperador Cárlos V contrastó tanto las coadjutorias, que no turbaron ni empobrecieron las iglesias, ni en el reinado de su hijo, como hoy se ven; de manera que demas de que en largos años no serán restauradas (daño lamentable), se han dado más prelacías á frailes que á canónigos, y gobernaron mejor ahora.

Queria D. Filipe en sus obispos venerable persona por la autoridad de la representacion de tan reverenciable dignidad; y porque pasando por Palencia vió que el dotor Pedro Martinez, catedrático de Teología y colegial de Alcalá, tenía más sabiduría y santidad que persona, y como del exámen desta tratan más las damas, cuando besó las manos al Rey y á sus Altezas, viéndole pequeño y arrugado el rostro pálido, dixeron con menosprecio: «¡Qué donoso Obispillo!» Entendiólo su Majestad, y como en sus obispos no se le habia de tocar, se ofendió, y no dió prelacía sino á quien vió y consideró con atencion y le habló primero que fuese despachado. Es de estilo el electo Obispo y confirmado dar las gracias con reverencia y agradecimiento al Rey que le presentó en el obispado, y cuando le promueven; y tenía tanta cuenta con esto, que reprehendió al arzobispo de Santiago, D. Francisco Blanco, porque se olvidó; y á D. Alonso Velazquez hizo volver desde Valladolid á verle.

Todo lo sabía, y nada dexaba pasar sin advertencia, como fuese de costumbre y obligacion en su dignidad. Habiéndole traido mala relacion de un obispo favorecido y abonado para serlo de D. Juan de Zúñiga, ayo y mayordomo mayor del Príncipe, le dixo ceñudo: «Buen Obispo me distes allí, no me engañaréis más.» Su habla turbó la novedad y el pesar, y purgó con larga enfermedad la culpa, que no tenía quizá, porque fue caballero de mucha bondad y verdad, y por ello elegido para maestro de la crianza de tan gran señor; y las capacidades descubre el magistrado y desvanece, y la riqueza y prosperidad suelen hacer elevar los moderados y religiosos. Oia mal quexas de los Obispos, recebidas

sin abono del que las daba, y así respondió á una carta de un canónigo: «De lo que decís contra vuestro Obispo, quedo advertido y vos lo debeis estar tambien en hablar con más moderacion de personas tales.» Traia por las catredales y sus distritos religiosos y bien intencionados, que le referian cómo vivian los prebendados, y para su correccion llegaba carta que los hacía turbar, y recobrarse y mejorarse. La observacion desto procuró con visitas, y las advertencias con reformacion; y hacía que los Prelados hiciesen las de sus cabildos. Pareció á algunos sujecion, y pleitearon en vano contra sus Obispos, siempre favorecidos del Rey, para que se guardase lo que el Santo Concilio de Trento dispuso en esto, especialmente en la catredal de Calahorra, que pretendia exencion por antigua concordia. El pleito y encuentros de los Ministros Pontificales y Reales en favor del Obispo, éstos por mandado del Rey y del Cabildo, los otros amparados del Nuncio de la Santidad de Gregorio XIII, pasó á públicos castigos y á ir el obispo D. Juan Ochoa de Salazar á Roma. El Rey le disuadió el viaje, porque acomodaria los negocios con su autoridad aquí, y en Roma con la mano de su Embaxador, y no se persuadió. Llegado á Barcelona mandó el Rey que no viniesen galeras ni fuesen á Italia hasta pasado el tiempo de navegar; y cansado de esperar volvió á su iglesia, y dixo el Rey: «Poca constancia de Prelado.» Sabido por el Pontífice, le mandó caminar luégo á Roma. Acudió al Rey, y le dixo con poco agrado: «Haced lo que os manda su Santidad.» Vacó durante su viaje el obispado de Placencia, y así por quitarle á su cabildo que le aborrecia y que cesasen escándalos y discordias, como porque era benemérito, y que el Pontífice no le desestimase por la causa á que le llamaba, y parecer no iba en la gracia del Rey, estando en Roma se le presentó promovido á Placencia, y así le honró y despachó su Santidad con satisfacion de todos y porque conoció su valor, letras, virtud y limosnas nunca en aquella Córte hasta su tiempo tales. Este obispado de Calahorra tiene decioeho mil clérigos, la mayor parte mozos y en ocio, y tan dignos de correccion que suele valer la Alcaidía de su cárcel mil y quinientos ducados, y las penas de Cámara tres y cuatro mil. Y cierto es de notar y sentir cuanto dañe para esto y saber sólo gramática, el ser los beneficios y prebendas patrimoniales; porque esperándolas por sucesion, se introduce la ignorancia y poca virtud y el número ecesivo de los que pudieran llevar las cargas de la República en el aumento de personas y milicia. Y no se debiera dar, para su reparo y atajo de tanto daño, prebenda sino á graduados de Licenciados por Salamanca ó Alcalá. El Consejo de Cámara apretó en consultar veces en buen lugar un dignidad de la mayor iglesia de España, y no le proveia el Rey; y apretado con acuerdos, respondió últimamente: «Si le hacemos Obispo, ¿cuál de sus dos hijos heredará el obispado?» Para la provision de uno mandó al Conde de Chinchon le propusiese beneméritos, y consultando algunos,

y el que le pareció más digno, favorecido con su parecer, le respondió le avisase qué se habia hecho un hijo que habia tenido su preferido siendo colegial en Salamanca. Guardó un memorial que le dió en Toledo querellándose de un canónigo ilustre una mujer, que ya no era doncella por su causa, y no la remediaba. Mandó á Sebastian de Santoyo la dotase por su cuenta en un monasterio. Consultado para Obispo, dixo era mejor para padre, y metió el memorial en la consulta. Obispó despues de su muerte, y comiendo con él un provincial de los Carmelitas Descalzos, que iba á Roma, cayó en el suelo el retrato del Rey, y levantándole un criado, dixo: «Dexalde, que nunca me dió nada ni me hizo bien.» Hablando con el Pontífice le contó su viaje y el caso, en ocasion que trataba de crear Cardenales, y estaba propuesto y favorecido para serlo; y dixo su Santidad: «Pues tan buen Rey, y que miraba tanto la presentacion de los obispados, no se le dió, no le daré yo capelo; y murió sin él y sin el nombre de benemérito.» Caso, pero, profundo en lo arcano de Dios y notable por el menosprecio de la imágen de tan buen Príncipe, que juzgó deste prebendado rectamente; mas tambien con rigor, pues debiera advertir en el exemplo de San Pedro para elegir por prelado al que pecó, y su penitencia mejoró la vida, porque el pecador por su acaecimiento y enfermedad aprendió á tener compasion, y no admiracion, de las flaquezas humanas. Más fiel, dice el capítulo *Consideramus*, se hizo San Pedro despues que lloró la pérdida de su lealtad, por tanto mayor graeia recibió que perdió, para que aprendiese en su culpa el que habia de ser cabeza de la Iglesia, juez del Universo, á tener compasion de los pecadores. Mas D. Filipe, para asegurar su conciencia, queria tuviese el obispo ciencia de la Ley de Dios, sano y fiel sentir de la escritura della, siendo grave, entero, pacífico, suave, discreto, callado, útil en el hablar, justo en el castigar, con autoridad en el reprehender y enseñar, misericordioso, irreprehensible con loable composicion, y que su riqueza fuese el vestido, y sus tesoros pusiese en los pobres; y sobre todo, no sólo continente, sino casto.

Con gran advertencia por esto miraba las consultas de su provision y de prebendas eclesiásticas, siendo en los que venian consultados. Para una canonjía de Granada se le propusieron pretendientes, y señalada la consulta advirtió Isla, oficial mayor del secretario del Patrimonio, Francisco Gonzalez de Heredia, que murió archivero de Simáncas, faltaba en ella un licenciado, Pedro de Villaviciosa, considerable, y le puso despues de las señales ó rúbricas diciendo era docto, y habia sido limosnero de D. Pedro Guerrero, arzobispo de Granada. Y dixo el Rey: «Pues le fió tal Prelado su limosna, buen sacerdote debe de ser, désele la canonjía.» Mandó por su instrucion, que envacando Prelacía, Dignidad ó Prebenda de su Patronazgo, se le consultase, poniendo en la cabeza lo que vacó, y por quién, su valor, calidad, cargas, pensiones, obligaciones, proponiendo los más dignos. Cuan-

do se hubiese de hacer promocion de Obispos, se declarase la edad, salud, tiempo de su consagracion, iglesias que tuvieron, su gobierno; en las demas personas, sus partes, nacimiento, edad, virtud, exemplo, letras, prudencia, experiencia; y los que los aprobaron, las cosas eclesiásticas que tenian que dexar, su cierto valor, á quien tocaba su provision, conforme á los memoriales y diligencias que hubiesen hecho, proponiendo tambien las personas que se ofrecian para las resultas, procurando concurrir todos los Consejeros juntos para tratar destas provisiones, por lo que importaba al servicio de Dios y suyo. De las vacantes de Obispados luégo se tenía noticia; y para saber las de las prebendas, se escribiese en cada un año (pues los hombres faltan y se mudan de una hora á otra) á los Obispos, Prelados y Capellanes mayores reales, mandando avisasen de lo que vacaba, y de las personas beneméritas, conforme dictase su conciencia, su limpieza, edad, virtud, caridad, entendimiento, letras, grados; dónde estudiaron, cómo procedieron en lo que estuvo á su cargo, y con secreto lo enviasen al Consejo y le guardasen, y de oficio de cualquiera novedad que hallasen en los que aprobaron. El Presidente, Consejo y Secretario se informasen por su parte de sacerdotes desinteresados, y de cuya cristiandad y celo se tenía entera satisfacion de los sujetos que para las prebendas y dignidades conocian. Hiciesen las diligencias que pareciesen necesarias para proponerles los más dignos, calificados, aprobados. El Secretario tuviese libro de todo lo tocante, y era del Patrimonio Real, para que por la largueza del tiempo y usurpacion no se perdiese el derecho de cosa alguna. Para fundar esta ecelencia honró la dignidad sacerdotal mucho. A un caballero que disparó un arcabucete contra un canónigo de Toledo, le hizo degollar, y al que dió un bofeton á otro. Habiendo en la ciudad de Valencia pleito por veinticuatro años sobre el dar la paz primero al Arzobispo ó al Virey, venció el Duque de Nájara. Estando el Rey en el Asseu en misa conventual llevándole la paz, mandó darla primero que á su Majestad, al Arzobispo. Exclamó el pueblo y ensalzó con vocería, dándole gracias por su gran piedad, é invocándole larga vida. Este dia hubo diferencia sobre si habia de celebrar la misa canónigo ó capellan del Rey; y mandó la dixese canónigo y capellan suyo, pues le habia. En Segovia avisó al Cabildo iria á la misa, y sobre decirla dignidad ó canónigo se contendió. Queriendo saber su voluntad y la hora en que se habia de comenzar el oficio divino, dixo: «La misa diga el canónigo semanero, y comience el cabildo á la hora que suele, sin inovar, que iré á tiempo.» Cómo se hubo en esto sinificó el Sumo Pontífice Clemente VIII en la oracion grave y ecelente que hizo en Consistorio cuando supo la muerte del Rey Católico, donde habiéndose extendido largamente en sus alabanzas, reconociendo sus grandes merecimientos, dixo:

«Ninguno supo jamas hacer mercedes con tanta igualdad y repartir lo

»que Dios le habia dado tan bien, como se pareció en las provisiones y pre»sentaciones de las iglesias y obispados, pues entendiendo cuánto impor»taba al servicio de Dios que semejantes personas tuviesen merecimientos »para ello, siempre los habia nombrado sin ningun respeto, más de lo que »merecian por sus buenas partes.»

CAPÍTULO XII.

Publícase la liga de los rebeldes en Flandres, y trátase de hacer la guerra.

Los deputados de los Estados para estar más unidos y firmes contra el Rey firmaron la Liga concertada en Gante, y la publicaron por órden del Príncipe de Orange con grande atrevimiento.

Decia: «Que los prelados, títulos, nobles, magistrados de ciudades y »villas, deputados de provincias sujetos al dominio del rey D. Filipe, su »Príncipe supremo y señor natural, viendo su comun patria en la opresion »más que bárbara y tiránica de los españoles, declarados por edicto por »traidores al Rey y enemigos suyos y á sus amigos y adherentes, eran for»zados á hacer Lliga, para con las armas, dineros, consejo y soldados so»correr los unos á los otros. Estaban en Liga con la paz de Gante, confir»mada por el Consejo de Estado, gobernador de las provincias por el Rey, »y para conseguir el intento y fin de la union se ayudasen entre sí con fide»lidad y constancia, y se quitase toda malevolencia, disension y sospecha, »y no se intentase en perjuicio de la patria, y tuviesen todos ayuda y favor »para su defensa, como procuradores generales por ellos y sus decendientes, »con buena fe, como cristianos, hombres honrados y buenos patriotas pro»metian guardar aquella Liga inviolable y perpétua, quitando el poder á »cualquiera natural de salir della, pues era hecha para la defensa de la re»ligion católica, aumento de paz y expulsion de los españoles sus ene»migos, para conservar la obediencia debida á su Majestad Real, y para la »defensa de la patria, sus privilegios, franquezas, leyes, estatutos, costum»bres, para lo cual pondrian haciendas y vidas, general y particular ayuda »á todos, y á todas las tierras molestadas de españoles. El que no cumplie»se con los artículos de la Liga, perdiese honra, nobleza, armas y apellido, »como perjuro, pérfido, enemigo, con perpétua infamia.»

Fuerte traicion con el nombre de liga mal cubierta, porque liga es contrato político y solene, jurado entre personas iguales y sospechosas para ofender y defender. Difinicion de quo salen dos conclusiones: los súbditos no pueden tratar de liga en un estado monárquico sin renunciar la protec-

cion del Príncipe, y, por consecuencia, quitar la obediencia y sujecion que deben al superior. Habiendo declaracion de pena era ley nuevamente introducida, no Real, sino contra el privilegio de la Corona, que da solamente al Rey facultad para hacer leyes. Obligando con nuevo juramento la persona y bienes dellos, falsifican la fe prometida al Rey, á quien se debe solamente ese juramento y sacramento dándole á dos personas, no pudiendo ser siervo de dos, quitando y revocando la obligacion de la Corona, por atribuirla y transferirla en la liga, usurpacion de la razon, preeminencias, autoridad y prerogativas que se reservan á un solo Rey. Y así el vasallo no puede arrimarse á persona alguna en liga por cualquiera mandato ni órden que no sea de su señor natural, sin ser declarado por rebelde á la Corona, traidor al Rey. Tal es esta especie de liga, no pudiendo haberla en Monarquía, porque se quita el sentido, prudencia, dignidad y reputacion del Príncipe.

Las capitulaciones no quisieron firmar los del Consejo de Brabante, reprobándolas, diciendo convenia diferirlo para adelante. Tuvieron en prision por medio de Juan Vanhaghen y Bloyer, insolentes favorecidos de los grandes y consejeros, á Mos de Rasinghen, hasta que juró la Liga. En la junta de los Estados la variedad de pareceres hacía poco durable la forma de República, y que sólo el Príncipe de Orange podria mantener las provincias, cuerpo sin cabeza, vário, confuso, desordenado de sí mismo, sujeto á la tiranía é inconstancia del pueblo vil. Por esto le pidieron de parte de los Estados, por carta que llevó Bloyer del Abad de Santa Gertrude y del Baron de Hesse, en Bruselas se juntase con ellos. Infiel á todos, y no fiando de algunos, respondió desde Mildelburg no podia, sin nota, desamparar á los de Holanda y Zeelanda, ni entrar en Brabante sin su manifiesto peligro de muerte por las asechanzas y traiciones. El emperador Rodulfo, para ayudar á su tio el Rey Católico en la pacificacion de aquellas provincias, envió á Gerardo de Grousbelck, obispo de Lieje, el Baron Binenberg y el dotor Gailio y el Duque de Juliers y Cleves, amigo del Rey, sus embaxadores tambien, porque siendo confin de los Países le convenia el buen asiento dellos para quedar en la obediencia del Señor, pues tiranizados tendria poca seguridad. Los deputados de los Estados habian pedido á D. Juan y alcanzado el llegar á Lobaina ó á Malinas, para negociar con más comodidad de todos, y habia de partir á primero dia del año de mil y quinientos y setenta y siete, dándose rehenes y eligiendo capitan y guarda de tal número de gente, como le pareciese convenir á su seguridad; y hecho para ella los Estados juramento, vino á Marcha en Famine, y á instancia del Obispo de Liege á Hoey. Pidió al Consejo de Estado parecer, y por larga carta le dixeron:

«No mirase á las revueltas de las provincias, sino á sus causas, nacidas de »la crueldad del Duque de Alba en los castigos, imposicion de tributos in-

»tolerables del décimo y veinteno dinero, y su manera inhumana de guer»rear saqueando y asolando las tierras contra derecho de guerra, y la diso»luta multitud de soldados, más para destruirlas que ampararlas, más inso»lentes con los motines por el descuido en pagarlos. Enderezando el hierro »para gobernar las provincias, como conquistadas con perpétua servidum»bre, indignados los naturales y exasperados con las amenazas y malos »tratamientos de los extranjeros, tomaron las armas forzados, y los depu»tados por su comision levaron gente para defenderse como pudiesen. »Descontentó al Rey, y les mandó dexar la guerra que para su defensa co»menzaron los de Brabante, y los deputados no pudieron hacer que la de»xasen, porque los españoles se acercaron á Bruseles, y no haberles que»dado otro remedio para conservar alguna forma de autoridad en el go»bierno; y conformándose con el tiempo la voluntad de los Estados gene»rales, ahora les convenia hacer lo mismo. Suplicaban á su Alteza contem»porizase con ellos, desistiese de las armas, gobernase aquella nave de la »República, metida en tantas olas de peligros, con industria y maña. Si »guerrease, no lo habria con algunos pocos nobles, como los gobernadores »pasados, sino con todos los Estados juntos, resueltos de morir ántes que su»frir á los españoles. Se persuadiese habia de pelear con la hidra, como »Hércules, que de una cabeza cortada le saldrian otras dos de la herida, y »con todos los príncipes vecinos de su liga con el mismo ódio que ellos á »los españoles, con que sería la guerra peligrosa, de mucho gasto, perpé»tua; la vitoria dudosa, cierta la destruicion de las provincias por la mul»titud de pagas de los soldados, desórdenes, agravios, insultos, robos, »muertes en guerra civil, y quedarian inútiles para el Rey. Si muriese en »tanto, cada uno de los príncipes comarcanos procuraria tomar su pedazo. »Porque el Duque de Cleves pretende tener título sobre Gheldres, el de »Nevers sobre Brabante, el de Saxonia sobre Frisia, y otros le pretenderian »sobre otras, y así, despues de ganada una plaza por armas, naceria de una »guerra otra mucho peor. Era mejor conservar los Estados unidos, que te»ner guerra entre padres y hijos, entre vecinos y amigos, entre amos y »criados, entre los vasallos y su Rey natural. Holanda y Zeelanda no se »podian sujetar por armas, y las demas provincias, viéndose apretadas, to»marian nuevo señor que se doliese dellas, ó introducirian el gobierno de »Zuiceros, como desaban los que aborrecian al Rey por los daños y agra»vios pasados. Convenia curar estas dolencias con medios desusados sola»mente, porque entendiesen los naturales resultaron los daños por el mal »gobierno de los ministros. No se pudo escoger otro más á propósito que »su Alteza para la empresa, por no ser reputado dellos por natural de los »Países, y los allanaria el sacar los soldados forasteros, pues tenía facultad »para ello del Rey, y aprobar la paz de Gante, y admitido al gobierno »desbarataria los disignios de mudar la forma de la República. Si tenía

»causa de diferir la salida de los españoles, la sinificase á los deputados de »los Estados, para que con ayuda y consejo dellos se dispusiese su Alteza, »y asegurarse de la buena voluntad y fidelidad que todos le tenian. No te»miese engaños ó asechanzas, y aprobase la paz de Gante, aprobada por »insignes teólogos, porque no contenia cosa contra la religion católica ni »autoridad real. Si en algo estaba diminuida, era más de sabio piloto con»servar en tormenta el navío, con pérdida de algunas mercaderías, que de»xarle anegar. Con la paz de Gante se diminuyeron las fuerzas del de »Orange, porque en ella se mandaba que la religion que se hubiese de »guardar se determinase por votos de las provincias, y sin duda las quince »aprobarian la romana, con que sería forzoso á Holanda y Zeelanda el ad»mitirla, y así decian su engaño, y temor de que su Alteza se reconciliase »con los deputados de los Estados, y que se determinase el hecho de su re»ligion, y para impedirlo, alterando el pueblo con nuevas de desconfianza. »Suplicaban á su Alteza se aprovechase de la ocasion presente, y previniese »los intentos de los malos, y lo que era digno de la grandeza de su ánimo »se fiase de los deputados de los Estados para que se fiasen dél, con que »cesarian todas las dificultades, y se atajarian los disinios de los mal inten»cionados. Si lo hacía, el de Orange y sus compañeros de voluntad se redu»cirian, y cuando no quisiesen guardar la paz de Gante, con mayor faci»lidad que los años pasados los sujetarian, porque los Estados genorales »ayudarian á su Alteza, y porque entre ellos mismos nacerian disensiones, »y así podria el Rey cobrar á Holanda y Zeelanda.»

Estas bien ordenadas razones del Consejo de Estado inclinaron á don Juan al efeto de la paz, mas no le quitaron el recelo de lo que despues avino; porque las causas de las revueltas que alegaban eran más acomodadas al tiempo y á su temor que á la verdad, y más por estar el Consejo de Estado en Bruseles, lugar no seguro y con poca libertad para escribir otra cosa, y defendiar su causa, como quien se juntó con los deputados, y dieron á los españoles por enemigos; y así no podian contradecir sin nota de liviandad y peligro de la vida. Conoció alcanzaria mejores condiciones de paz, y más justas que las de Gante, con la mano fuerte y temida de los españoles; pues habiendo de estar arrepentidos los rebeldes y dexar las armas mostrando que no pedian la paz estando en baxa fortuna por redimir su vexacion, sino para hacer restitucion de su obediencia y tierras á su señor natural, conociendo entre demandas y respuestas demasiada voluntad de pacificarse con ellos su Rey, teniéndola por flaqueza, trataban fingidamente, reservando la execucion de su dañado intento para cuando los españoles estuviesen fuera de sus tierras y poseyesen sus castillos. Esto se debia esperar, pues no quedaba á su Príncipe reservada la autoridad con mano firme y freno tal que pudiese estar seguro de nueva rebelion. Porque si no se despojára de sus armas, poco importára despues el estar arre-

pentidos, pues con su fuerza los mantuviera en firme quietud. Si acetaba la paz de Gante, era contra su grandeza, por ser hecha sin su autoridad, ántes contra ella: habiendo de dar leyes, las tomaba de sus vasallos, abriendo el camino á nuevas dificultades y tiranías, perdiendo lo trabajado, gastado, triunfado, poseido. No podia ser buena paz teniendo las armas en la mano y queriendo se despojase de las suyas, no debiendo tratar sino de guerra. Porque viéndole con fuerza y presteza armado, el temor hiciera mejor la paz sin ceder de su derecho punto, conforme á las reglas antiguas, que decian no se fiase de los que olvidando las leyes divinas y humanas se le rebelaron, siendo éste el primer punto en que consistia la conservacion de su grandeza y el más competente á la Majestad superior, pues ántes es de esencia del concierto, dando á conocer su valor, que los rebeldes quiten las armas, instrumentos del peligro, y el poder al malo que jamas le convirtió en bien; porque éste no juzga el centro del corazon, sino las aparencias, ni puede decir es el Príncipe animoso, constante, prudente, clemente, severo, si en sus actos no lo ve. ¿Qué se podia esperar del sacar de una provincia rebelada tantos valerosos capitanes y soldados invencibles por ódio de los vencidos y su calumnia? Errára el Senado romano calumniando á Scipion de la poca diciplina de su exército en Sicilia, si le removiera ántes de averiguar su causa, y no ilustrára su República con tantas vitorias. Era la paz contra la costumbre justa de verdadera milicia, con cláusulas y modos tan nuevos y poco usados de la grandeza de tanta Majestad ofendida y de sus antecesores, que habia de haber evidente utilidad y clara, como conviene hacerse en cualquiera novedad, por ser peligroso apartarse de lo usado por bueno para hacer paz contra su grande autoridad con detrimento suyo, de la Iglesia Católica y de su libertad.

CAPÍTULO XIII.

Con varios temores y variedades D. Juan de Austria y los Estados hacen la paz.

(Año 1577.)

Don Juan de Austria tenía gran deseo de hacer la paz, como le mandaba el Rey, por injustas condiciones que pidiesen los Estados, conservando la religion católica que peligraba; mas por la arrogancia y liviandad de los comisarios volvió á Marcha para hacer la guerra. Los embaxadores del

Emperador y muchos eclesiásticos le pidieron se dexase aconsejar, y le dieron aprobacion nueva de teólogos de Lobayna de la paz de Gante, conforme se la pidió. Declararon y firmaron cuatro obispos, doce abades, catorce teólogos eminentes en oficios y dignidades, y nueve doctores y catedráticos, y cinco juristas de Lobayna, no perjudicar á la religion católica. Tambien dixeron los embaxadores del Emperador que, habida consideracion, segun el tiempo presente no diminuia la paz de Gante la autoridad real, pues lo establecido ordenó el Consejo de Estado, gobernador por el Rey. Los deputados de los Estados pidieron consejo al Príncipe de Orange cerca de las condiciones con que les convendria admitir al gobierno al señor D. Juan de Austria. A cuatro de Enero respondió largamente en francés con escrúpulos y razones aparentes, porque no le impediese para hacer odioso al Rey la paz, y deshacer su dominio, y hecha fuese con tales condiciones, que la autoridad del verdadero señor quedase sujeta á los deputados, á quien fácilmente pensaba mandar. En sustancia dixo:

«No escribia ofendido con deseo de alargar la guerra, sino de que el »gobierno de Flandres fuera ahora como el antiguo por los tres brazos de »los Estados generales, sujetos con debida obediencia á su legítimo señor, »interrumpido y depravado ya de la ambicion y avaricia de los gobernado»res y persuasion del Rey, que tenía la junta de los Estados en perjuicio »de su autoridad y por el medio para rebelarse, siendo el único de quitar »las alteraciones con desagravio de las provincias. Pues se hallaban juntos »cobrasen su preeminencia, poder y lugar heredado y confirmado con an»tiguos y honrados privilegios, y pusiesen fin á las miserias causadas de la »tiranía de los españoles, pues con la paz de Gante se restituyó la tranqui»lidad á toda la tierra. No se dexase engañar la facilidad de los flamencos »con las palabras dulces de D. Juan de Austria, venido con industria y »consejo sagaz por Gobernador dellos y ayuda de los que favorecen los »españoles, á deshacer la junta de los Estados y gobernar como la Du»quesa de Parma con el Consejo, y regirse con el de otros en secreto, y »con absoluto gobierno extinguir la autoridad de los deputados. Con vigi»lancia deshiciesen las traiciones de los españoles, y sin que estuviesen fuera »de los Países, y su cerviz de su yugo, no resolviesen cosa alguna con don »Juan. No le dexasen tener por soldados los naturales, porque no se des»hiciese su concordia, y conforme á sus privilegios, y con su traslado le »enviasen memorial de las quexas que tenian contra los españoles, y para »que entablase el gobierno, segun ellos, y el mandato del Rey y promesa »suya, con protesta clara y rigurosa, porque temiese y obedeciese de que »tomarian armas justas. No se le concediesen los soldados, pues los queria »para tener fuerza con que gobernar á su albedrío y hacer recebir las leyes »que él quisiese al pueblo desarmado, porque no trataba con llaneza quien »se armaba, y no se fiaba de los deputados y queria que fiasen dél, habien-

»do sido engañados tantas veces de los españoles. Antes que le jurasen, él »jurase los privilegios. Y para evitar la servidumbre y saco de los extran»jeros en lo porvenir, desmantelasen del todo los castillos. Porque el haber »echado los presidios dellos sintió mucho D. Juan, y el Rey injuriado, »cual con la peticion que se presentó á la Duquesa de Parma, tendria ya »ordenado otro tal castigo como á los otros, pues de los reyes no habia que »fiar, por más perdon y olvido que prometiesen de cosas pasadas, porque »conservaban las ofensas; y si les impide el tiempo el tomar venganza, las »disimulan hasta tener ocasion de tomarla; pues áun corrian sangre las »muertes de los Condes de Egmont y de Horne, y de tantos nobles y »plebeos, habiendo dado palabra de perdonarlos. Procuraba alcanzar los »Estados, que no podia por fuerza, con industria y sagacidad, y tenía mu»cho dolor el Rey, acostumbrado á mandar á su gusto y con libertad, de »ver menospreciados sus mandamientos y haber sido vencido de sus vasa»llos en el público teatro del mundo; y para cobrar el dominio perdido »maquinaba, y no le faltarian medios para ello; pues no faltaron engaños »á los príncipes y lazos con que apretar las voluntades de los súbditos, y »con prometer el sacar los extranjeros de Flandres falsamente como otras »veces. Los Estados que ofendieron á Príncipe tan poderoso, y que perdido »el miedo dieron en los extremos de morir ó vencer, con constancia espe»rasen los ímpetus de la fortuna que los amenaza, que no les sería difícil »resistirla, si unánimes por leyes divinas y humanas, defendiesen su liber»tad y vida. Sacase D. Juan los españoles, guardase los privilegios antiguos, »pudiesen añadir y quitar los deputados, los consejeros de Estado y Ha»cienda, y los presidios que les pareciese, y juntarse dos ó más veces en el »año los Estados generales á tratar del gobierno de la República, corregir »su forma, publicar lo que juzgasen convenir, y lo demas que apuntó án»tes, y entrase en el gobierno; advirtiendo, por último, que jamas los fla»mencos darian crédito á las promesas del Rey y de D. Juan.»

Los deputados de los Estados, recelosos y ambiciosos con la carta que les envió el Príncipe de Orange, considerando pudieran, conforme á lo que les advertia, haber mejorado mucho las condiciones en el edicto perpétuo, confiados en el gran deseo de D. Juan de verse en el gobierno, por vía de requesta para adquirir más señorío y mando y quitársele á él, le dixeron en Lobayna echase de su compañía los extranjeros, «porque no se valiese »de su consejo, mostrande áun habia causas de desconfianzas»; y se sirviese de los que le propusiesen los deputados, «para saber por este medio sus »hechos y pensamientos, y tener lugar de prevenirse para conservar su »poder y fuerzas en todo.» Permitiese á los deputados y congregados en Bruseles el estar juntos el tiempo que les pareciese, y mandase convocar junta general de las provincias y executar sus decretos, «para que su Alteza »no alcanzase toda la autoridad que le era debida.» Retuviesen los soldados

y sus oficiales hasta y despues de la salida de los forasteros, ó lo que fuese su voluntad, «fortaleciéndose contra él.» Confirmase lo que pareciese convenir á los deputados para allegar dinero con que pagar lo que debian; y para esto consintiese la junta de los deputados en cada provincia, como les conviniese, sin consentimiento del Gobernador della, «con que adquirian »facultad de imponer tributos y sisas, y todo era propio de su Majestad y »de su Gobernador general, y la potestad de los deputados poca ó ninguna »para esto sin él.» Aprobase la Liga que los Estados tenian hecha, y el Consejo de Estado la confirmase por decreto. Declarase por forma de interpretacion del capítulo quinto del edicto perpétuo, que en su virtud á cualquiera de los Estados se le restituya luégo el privilegio, costumbre ó libertad de que estuviese despojado, «abriendo puerta para inventar y fingir »ellos nuevos privilegios.» Don Juan dixo lo veria, y con acuerdo respondería. En Famine solicitado de los Comisarios imperiales y religiosos, y Embaxadores, aunque receloso, habiendo de sacar los españoles de Flandres por los malos sucesos que causaron las salidas pasadas, cumpliendo la voluntad del Rey, se resolvió en efetuar el tratado de la paz, y capituló:

«Olvídense las ofensas, confírmese la paz de Gante y se guarde, y »mande el Rey hacer la junta de los Estados generales. Salgan los espa»ñoles por tierra, y los demas soldados extranjeros dentro de cuarenta dias; »los tudescos en estando pagados por los Estados; y sean castigados de sus »delitos, ó en Flandres ó en España, y no entren más en Flandres foraste»ros soldados, sino para hacer la guerra fuera. Queden las plazas fuertes y »villas con la artillería y municiones en mano de los naturales de las pro»vincias calificados y aprobados por esta primera vez por los deputados »de los Estados generales. Líbrense los presos de ambas partes, y Filipe, »conde de Bueren, sea enviado á Flandres luégo que el Príncipe de Oran»ge hubiere satisfecho á todo lo que en la Junta de los Estados generales »se determináre, y hasta ella queden suspensos los pleitos y controversias »de oficios y magistrados, para que las difinan los que nombraren el Rey »y sus Gobernadores. Guárdense los antiguos privilegios de los Estados, y »entren en sus Consejos solamente dos naturales. Los Estados generales »prometen guardar y amparar en todas las provincias la santa fe católica y »la debida obediencia á su Majestad, sin jamas contravenir á esto, y re»nuncian las Ligas hechas desde el principio de las revueltas con foras»teros, y despedirán los soldados dellos extranjeros y mandados levantar, »y saldrán de los Estados sin que otros entren. Los Estados paguen á los »Embaxadores del Emperador y del Duque de Juliers trecientos mil flo»rines, de á cuarenta gruesos de Flandres cada uno, de los seiscientos mil »que á su Majestad prometieron, para que los entreguen al señor D. Juan, »para sacar los forasteros de las villas y castillos, ecepto los tudescos, que »han de quedar hasta ser pagados. En saliendo los extranjeros, el señor don

»Juan de Austria, mostrando los recaudos de su Majestad, sea recebido »por Gobernador y Capitan general, con el juramento solene y ceremo- »nias acostumbradas, y los Estados le darán toda obediencia con lo mismo, »quedando en su fuerza y vigor la paz de Gante; y júrenla por mandado »del Rey, en virtud de los privilegios, los Gobernadores generales y de las »provincias, Presidentes, Consejeros, Magistrados, Jueces, ántes de entrar »en los cargos. Confirme el Rey todas las rentas, pensiones, obligaciones »que los Estados generales cargaron en favor de los que con dinero los »ayudaron en las revueltas pasadas, y particularmente de la Reina de In- »glaterra.»

Llámase esta paz Edicto perpétuo, su fecha en decisiete de Febrero, mil y quinientos y setenta y siete; y pregonóse en todas partes, no con tanta demostracion de alegría como la paz de Gante; y así el Baron de Hesse, gobernador de Bruseles, y los de su séguito, no asistieron en Santa Gudula al dar las gracias. La carta del Príncipe de Orange escrita á los Estados que le consultaron, con escrúpulos y razones aparentes para impedir el hacer la paz, tuvieron despues de su publicacion con desgracia del Rey. Porque si llegára ántes pidieran los flamencos condiciones que D. Juan no concediera, y la guerra comenzára en provecho de su Majestad, que despues hizo con desiguales fuerzas y reputacion. Con la paz referida, los deputados de Holanda y el Príncipe de Orange se indignaron por no haber admitido sus advertencias, y para mostrar su desabrimiento escribieron á los deputados de los Estados, en decinueve de Febrero, en sustancia:

«Estaban sentidos de que degenerasen del valor de sus pasados no al- »canzando nuevos privilegios en juntas de Córtes (segun su costumbre) »mas cediendo de los antiguos, pues por el Edicto perpétuo se les quitaba »el poder juntar los Estados generales. Se diferia la libertad del Conde de »Bueren, llevado á España contra todas leyes y privilegios de Flandres, y »lo concertado en la paz de Gante, cuya promesa de guardarla parecia se »tomaba por cumplimiento, al modo que la Duquesa de Parma hizo otras »que no cumplió, con daño de la República. Perdieron honra no recupe- »rable jamas, daban tesoro á los que gravemente los injuriaron, se concer- »taron con los que declararon por traidores y rebeldes, y les dexaban llevar »con feo sufrimiento dineros, mercancía, joyas, hacienda. Habian hecho »poca estimacion de la Reina de Inglaterra y del Duque de Alanzon, á »quien tanto se debia. No miraron bien por la seguridad de los de Ho- »landa y Zeelanda, cuyos Deputados dixeron claramente en la junta de »Gante no vendrian en la paz que se hiciese con el señor D. Juan. No se »hacía mencion en el Edicto perpétuo del Príncipe, ni de los bienes que »le estaban en Borgoña confiscados, ni de que se derribasen los castillos »que señoreaban las ciudades, y convenia se declarase por las amenazas »que habia hecho D. Juan, partiendo de Hoey para Marcha, indicio de

»disimular con los Estados por algun tiempo para castigarlos desapercibidos, »pues en el Edicto añadió que por sola primera vez pudiesen los Deputa»dos intervenir en el nombramiento de los gobernadores de las plazas. No »debieran concluir tan apriesa la paz, y aunque habia justas querellas no »reprobaban lo hecho, porque no se difiriese la salida de los españoles y de »sus compañeros. Prometian de guardar la paz de Gante inviolable y el »Edicto perpétuo en parte. Enviasen por escrito firmado que si los espa»ñoles no saliesen para el dia señalado de Flandres y los demas foraste»ros, no tratarian más con D. Juan sino de echarlos con las armas y no »tenerle por gobernador, ni á otro alguno, si primero no quitase lo que »contrariase á sus privilegios, leyes, franquezas, paz de Gante, y que en su »virtud no satisficiese á los agravios de los naturales y los restituyese en la »posesion de todos sus bienes.»

El artificio desta carta aumentaba la desconfianza en los flamencos, daba ocasion de salirse afuera de lo concertado cuando quisiesen, y para encaminar la traicion de matar á D. Juan en saliendo los españoles y tiranizar, y porque los forasteros saliesen no reparaban en condiciones, no habiendo de cumplirlas, aspirando á rebelion perfeta, mudando con la usurpacion de los Estados de señor verdadero. Pidieron á D. Juan con instancia se acercase; y aunque avisado de cuán poco podia fiar, porque perdiesen el miedo, fué á Namur con los Deputados, y dixo confirmaria el Rey brevemente el Edicto perpétuo que le envió ya. A peticion de los Estados despidió los soldados de su guarda y recibió otros, y por su capitan al Duque de Ariscoth, debaxo de juramento que hicieron él y los Deputados, en presencia del Obispo de Liege y Embaxadores imperiales, de no intentar contra la seguridad de D. Juan de Austria y de su casa, ni en perjuicio del Duque, su familia y soldados.

A cuatro de Marzo, en Lobayna, fue recebido y festeado con gran demostracion de alegría. Pagando el Duque el buen ánimo que parecia tener para el servicio del Rey, confirmó el nombramiento que los Deputados hicieron en él de la alcaidía del castillo de Ambers, más por su fuerza y poder que de grado, porque le pretendian el Marqués de Havre, el Conde de Egmont y el Baron de Hesse, aceptos al pueblo. Habia gran número de pretendientes á las demas tenencias y gobiernos de las provincias, y remunerando los Deputados lo que sirvió en la guerra y padeció en su larga prision el Conde de Bossu, se le dió el gobierno de Frisia, que tenía el Baron de Vile desde que se le quitaron y prendieron á Gaspar de Robles, baron de Billi, fidelísimo y valeroso caballero. Era favorecido el Baron de Vile del Príncipe de Orange, del Conde Lalain y de sus amigos, porque sería mejor vecino un mozo insuficiente, de experiencia poca, para echarle por esto de la provincia, que el Conde, de madura edad y valor conocido, y no fácil de engañar, y por las injurias recebidas estando

preso en Holanda sería su enemigo. Por esto, aunque diversas veces le fue mandado al Baron de Vile dexar el gobierno, le retuvo contra las leyes y voluntad de D. Juan de Austria, por engaño y disimulacion de los deputados á peticion del Príncipe de Orange. Habia dado su Alteza dos mil ducados de renta á Monsicur de Hesse, cabeza de la rebelion, rentas, pensiones y otras mercedes á algunos de los más culpados. Recibiólos con amor y como si nunca pasáran las alteraciones y rebeliones. Hizo banquetes, juegos, cazas y fiestas con prudencia, faltando industriosamente á la gravedad de su persona, con alguna igualdad para ganar y asegurar los mal seguros y vidriosos. Loaban su valor, afable condicion, buen juicio, prontitud en responder, liberalidad; y para no hablar á esta nacion por intérprete, aprendió la lengua francesa. Persuadíanse los fieles y buenos católicos sería sur gobierno loable y agradable; mas por la natural liviandad y servidumbre deste pueblo dependiente de los herejes, fue inútil á la esperanza y dañoso al Rey. Alcanzaron dos gobiernos no vistos en Brabante, el Baron de Hesse en Bruseles, y Mos de Beersele en Mastrich.

CAPÍTULO XIV.

Lo que en este tiempo pasaba en Italia.

El órden muestra, concedido un privilegio, derecho ó merced á alguno, lo que éste querrá despues, para evitar el conceder lo primero por no conceder adelante lo segundo. Concedióse el título de Gran Duque al de Florencia, y pretendia ya en la Córte cesárea con fuerte negociacion de dinero y muestra de su derecho, el título de Vicario imperial en Italia, y la reintegracion en los derechos antiguos de la República florentina, sin perjuicio de la prescripcion de tiempo. Génova sinificó al Rey Católico sería en notable perjuicio de su República por lo que tocaba á Sarcerna, que poseian, y fue primero de Florencia. A la República de Luca tambien daba esta pretension cuidado, y acudió á ampararse del Rey Católico y de los embaxadores que en Génova tenía, en sazon que llegó de la Córte cesárea el Marqués de Almazan, recien heredado, donde fue embaxador, y les dixo habia hecho en su favor grandes oficios por mandado del Rey, y se aquietasen, que se proseguirian hasta asegurar el negocio; y lo mismo hacía el Almirante de Castilla, como se lo habia prometido, y los proseguiria don Juan de Borja, sucesor en la embaxada. Génova envió un gentilhombre al Emperador para impedir la concesion y declaracion que pedia el Duque de Florencia, y sin título de Embaxador para excusar competencias, por

haber dado en aquella Córte asiento en la capilla al de Florencia tras el de Venecia; y tambien para procurar que miéntras se determinaba la causa del Marqués del Final estuviese en depósito el castillo. Moviéronse á esto porque el regente Filiodon, por órden del Marqués de Ayamonte, partió de Milan para resolver con el Rey en España lo que cerca del Final le convenia. Aunque la peste afligia y consumia á Milan miserablemente, se vió con D. Juan de Idiaquez y D. Pedro de Mendoza en Génova, y trataron de lo mucho que el Final convenia para la salida y entrada en el Estado de Milan por la marina. La Señoría envió con dos procuradores á visitar los tres ministros y á representar el cuidado que le daba el salir aquel marquesado de la casa del Carreto. Llegó tambien á Génova el Conovio, que estuvo con el Cardenal Moron en la formacion de las nuevas leyes, que iba por nuncio en España y colector, y trató de que fuese admitido nuncio apostólico en Génova. Escribió al Pontífice habia muchos en ella que lo deseaban, y que así le podia meter disimuladamente con la ocasion de enviar á hacer negociacion cerca del castigo de los conjurados, ó color y voz de visitar los eclesiásticos. Luégo escribieron los embaxadores á D. Juan de Zúñiga impediese la venida de este Nuncio, porque convenia mucho al servicio del Rey, pues se dividiria la Señoría y no la podrian tener unida, como era menester, en la devocion de su Majestad. Amaneció fixado otro libelo en la plaza principal, amenazando é infamando al Dux, y á muchos gentilhombres de gran autoridad en la República de matarlos, destruir y extinguir sus familias y memorias, saquear y asolar sus casas, talar sus masarias, arruinar sus lugares, desahacer su tiranía, tomar venganzas con todas hostilidades de los agravios generales. En Sestre fue salteado Marron, criado del embaxador D. Pedro de Mendoza, que llevaba con otros docientos mil escudos á Flandres, y muerto atrozmente, y le quitaron los despachos. Acudieron los Embaxadores á la Señoría con la quexa y peticion del castigo del delito, y para que respondiesen por su autoridad, concluyendo el negocio de los conjurados con gran exemplo, y á los que se habian desmandado ante todo el Senado contra el Dux con palabras atrevidas. Y viendo que en nada proveyeron y que el Rey les mandaba los exhortasen á su quietud, y tocaba á ella mucho el castigo de los delitos contra su autoridad cometidos, D. Juan de Idiaquez, con prudencia, les dixo así:

«Era cuidadoso el amor, y así el Rey Católico celaba el bien de aquella »República y les exhortaba á que en naciendo principios de su inquietud »los atajasen con fuerte mano. Se desmandaron algunos en aquel ilustrí»simo Senado con eceso de atrevimiento, y convenia con el castigo resti»tuir la paz alterada en la República, y á su armonía el concierto de su »cuerpo político y compuesto, pues cuando los miembros inferiores se atre»ven contra los superiores y contra el supremo Magistrado, no podian no

»seguirse por tal desconcierto inconvenientes dañosísimos á la dignidad y »estabilidad de la ilustrísima Señoría, perdido el respeto tan debido, porque »por esta division animados los atrevidos, con nuevos bríos esforzarian sus »malos intentos contra la libertad comun. Pocos dias há que puso esto en »riesgo esta República, y el mundo lo sabe, su Majestad lo entiende, el »señor Embaxador lo conoce, y vuestra excelencia y señorías lo han expe»rimentado. Dios los libró y puso en seguridad, consérvense, y los que vis»ten esas ropas despójense de sus pasiones y aficiones, y miren la causa pú»blica, háganse respetar, acatar, temer, miren por su autoridad. Este nom»bre de conjuracion en una república es terrible y de mala naturaleza, y »debe castigarse con toda celeridad y crueldad, y para ello con extraordi»narias diligencias averiguarse la verdad. Con esto quedará la República »asegurada, temida, venerada y de todas las naciones estimada por justi»ciera y sábia. El república bueno, como quiere ser igual en autoridad á »los mayores, sea en el merecimiento superior, y no le faltarán honras, ni »amigos, y por el estimar la patria amor, y honor por virtuoso; y los más »si tienen lo uno, faltan en lo otro. Unos desean la buena providencia en »el bien público por cualquiera que sea suficiente; otros la utilidad y au»mento por su mano, siendo injustos en quitar el exercicio á otros para »que vengan á ser eminentes en los cargos de la República: cosa abomi»nable, como lo era en las comunidades, singularidad nacida de raíz de pes»tífera ambicion. Dello vienen despues las envidias, malquerencias, ódios, »diabólicas pretensiones contra la libertad, y en los Consejos donde se ha»llan no se contradicen á las propuestas sino á las personas. La reputacion »de una bien ordenada República se conserva con neutralidad, con no en»trar en liga con algun Príncipe sino con su protector, estar en amistad »con todos y tenerlos en esperanza, con huir toda ocasion de padecer daño »ó injuria de cualquiera cosa ó manera que sea, con entretener capitanes »de valor y experiencia, con hacer buena la milicia del batallon de su pro»vincia y no dexar la del mar, con el conservar la fe y el amor de sus pue»blos, con dar honras á los nobles y á los demas comodidades, y á todos »seguridad y justicia. Habiendo conjurado el pueblo de Capua para matar »al Senado, el prudente Calvinio, tribuno, consintió para ser parte en ata»jar la conjuracion. Advirtió á los senadores deste intento, y los cerró en »parte donde pudiesen huir de tan gran peligro. Pidió con elegancia al »pueblo señalase los que les habian de suceder antes de matar á los sena»dores. Pretendieron la dignidad oficiales baxos en lo más ínfimo, y ofen»didos los de más autoridad les resistieron con palabras tan descompuestas, »que se levantó entre los conjurados tan gran contienda y confusion, que »la envidia, que todo lo perturba y descompone, en esta ocasion fue ins»trumento do quietud, y pudo componerlos para juzgar serles mejor el go»bierno de sus enemigos los senadores, que verse preferidos los unos á los

»otros con debates y porfías. Negocio que se ha llevado con más impa-»ciencia cuanto es mayor la vecindad y trato, y los premios son de más »consideracion.»

Juan Andrea Doria hizo tan vivos oficios, que la Señoría dió nueva y mayor facultad á los jueces criminales para fenecer la causa, consultando la sentencia con los señores.

CAPÍTULO XV.

Salen de Flandres los españoles, y entréganse á los flamencos los castillos, y no se aquietan.

En Flandres llegado el término en que los españoles habian de salir de las provincias, Sancho de Avila, castellano de Ambers, á veinte de Marzo recibió carta del Rey, en que le mandaba entregase la plaza á quien don Juan de Austria señalase, aunque no le presentasen el contraseño para entregarla, le alzaba el pleito homenaje y juramento. No quiso Sancho de Avila hallarse presente, anteviendo los desastrados sucesos que la salida de los españoles causaria su amor y celo fiel, y porque habia de partir de vanguardia con los demas cabezas y soldados que salian de Ambers, ordenó á Martin del Hoyo, su teniente, entregase la plaza. El Duque de Ariscoth vino para recebirla acompañado con los Embaxadores del Imperio y de muchos gentilhombres de los Países Baxos, y de Juan de Escobedo, secretario, y de la infantería valona que habia de entrar de guarnicion, conforme al órden de los deputados. Mandó Martin del Hoyo tomar las armas á todos los soldados, levantó los puentes y cerró las puertas, y se entretuvo hasta la hora en que llegaba el punto en que se habia de hacer la entrega, cumpliendo, como lo pedia la razon de guerra, en el mantenerla todo el tiempo que le obligó la lealtad dél guardarla, sin perderle en el faltar á la obediencia al instante que señalaba el real mandamiento. Hizo baxar el puente pequeño, y el Duque y su acompañamiento entró por el del foso. Juan de Escobedo, para tomar el pleito homenaje en la manera que suelen jurar los alcaides, poniendo entre sus manos las del Duque, y descubierta la cabeza, juró mantendria el castillo por el Rey, y no le entregaria, sino á quien mandase. El teniente le entregó las llaves, y baxó los puentes, abrió las puertas, entró la guarnicion valona, salió la española, unióse con la del tercio de Francisco de Valdés para ir con la caballería á Mastricht, donde se habian de juntar á disponer su viaje á Italia. Fue tan buena nueva para las provincias mal afectas esta entrega tan deseada, que

no se contentando mucho con ella, teniéndola por tan demasiado de buena que les parecia imposible, vinieron á ver su gente en el castillo. Sólo desplació la eleccion hecha en el Duque de Ariscoth al Marqués de Havre, al Conde de Egmont, al Baron de Hesse, que la pretendieron. La infantería y caballería española con sus cabezas llegaron á Mastricht, donde esperaron por algunos dias su paga, difícil de hacer por el poco dinero con que se negociaba, despues que se publicó el decreto en España contra los hombres de negocios, y porque la plata del Rey que beneficiaba en Génova D. Juan de Idiaquez no se habia remitido, como se le ordenó, para Flandres, por no haberse acabado de vender. Don Juan y los deputados de los Estados enviaron al doctor Leonino al Príncipe de Orange, y porque respondió no podia determinar en cosa alguna en ausencia de los deputados de Holanda y Zeelanda, les dió segunda embaxada estando juntos en Dordrecht. Pedian contribuyesen para pagar los escoceses, ingleses y franceses que el de Orange les habia dado, y diese libre el paso del Eschault, y del tributo que impuso con voz de salvoconducto, y el de el Mosa, que impedian sus navíos para acabar, con el libre comercio, de alcanzar las provincias la deseada quietud y paz, que guardaba y guardaria don Juan, como hasta allí lo hacía, de que les daria cuenta el Duque de Ariscoth, y de la aprobacion de la paz de Gante. Y así se juntasen con él con seguridad de rehenes, ó para abreviar resoluciones el Príncipe se avocase con D. Juan en lugar señalado á su satisfacion, con que se le restituiria al Conde de Bueren, y su hacienda confiscada, y se le responderia y satisfaria á las quexas que desde Mildelburg escribió á los deputados de los Estados. Respondió á cinco de Abril correspondiesen las obras á las palabras de D. Juan, aguardaria al de Ariscoth en Santa Geertruberghen para tratar lo que se pretendia; mas difirieron esta junta hasta la salida de los españoles con la mala intencion que los sucesos mostráran.

A los españoles que esperaban en Mastricht su paga persuadió el secretario Escobedo y á los hombres de negocios les diesen letras para Italia, y por este servicio se les pagarian, sin duda, algunas partidas de deudas viejas. Ellos lo acetaron y los españoles, y disponiendo su partida entregaron al Conde de Egmont, á Monsiur de Floyon, de Capres, de Gunni y otros particulares, y ellos á Mondragon y á su mujer, á Gaspar de Robles, al Gobernador de Zuphent, al capitan Ioseph de Talavera, y otros presos en sus casas en paz y seguridad. Hechas sus cuentas, porque nació discordia entre D. Alonso de Vargas, Sancho de Avila, Julian Romero y Francisco de Valdés, sobre quien habia de mandar ó obedecer, nombró D. Juan por gobernador de la gente al Conde de Manztfelt. Salieron los españoles de Flandres al fin de diez años, que entraron á hacer y continuar una guerra tan sangrienta, con muchedumbre de hazañas, sitios, asedios de villas, batallas en tierra en que perdieron los rebeldes, sino en

la del Conde de Aremberghe, y ganaron en las de mar ellos, sino en la que el Conde de Bossu ganó en el Haerlemetmet, mostrando los holandeses cuánta industria y destreza tenian en el exercicio del mar. A pocas partes podrian ir donde no tuviesen puestos trofeos y memorias de sus maravillosos hechos en Oriente y Occidente, vistos de otros con envidia, con ódio, con espanto. Quexábanse de no haber podido ver á D. Juan, pues con esto confirmaba el quererlos sacar como culpados con agravio de su razon y virtud. Lamentaban los casados en Flandres, y que en sus presidios, como naturales, vivian con hijos, y ellos ya viejos, estropeados de heridas y merecedores de descanso, de que se les convertia en trabajo de pobreza camino, lleva de sus pocas fortunas; los más pronosticaron con verdad por el conocimiento del ingenio ya depravado, y mala intencion de los flamencos, volverian en breve á defender la fe católica, la autoridad real y á los buenos y fieles y su Gobernador.

En tanto el Marqués de Havre y Mos de Mondulcet, francés que asistia á los negocios de su Rey, avisaron á D. Juan, que por persuasion del Príncipe de Orange y órden del Duque de Alanzon, el Conde de Lalain con otros deputados de los Estados conjuraron para prendelle por mano de Bonivet y Bellan Grevile, franceses, con escuadras de soldados que estaban cerca. Octavio Gonzaga dió quexa de la traicion y caso á los deputados de los Estados, nombrando solamente los franceses, porque más fácilmente los prendiesen, y declarasen los cómplices y autores, y por los muchos indicios que habia tan manifiestos contra ellos, que el Abad de Santa Gertrude, aunque amigo del de Orange, fue de parecer y otros que á tormentos hiciesen confesar el delito tan grave para castigalle. Mas como tocaba á muchos de los deputados, y los franceses al Duque de Alanzon, á quien recelaban ofender, porque pretendia ocupar los Estados, y le impedia el Edicto perpétuo, y entrar por gobernador D. Juan, y así le importaba su prision ó muerte, libraron los malhechores, y D. Juan disimuló gobernado de la necesidad. Ofrecióle un titulado el señorear los Estados si queria, y su indignacion por el toque de su fidelidad se alargó á herirle con una daga. El Duque de Ariscoht, el Marqués de Havre y Roberto de Melun, vizconde de Gante, le pedian pasase á Bruseles para ganar las voluntades, y entrar presto en el gobierno; mas el fiel y prudente Conde de Barlaimont, conociendo podian más con aquel pueblo revuelto y de perversa condicion, movido por facinorosos, solamente los malos para no dexarse obligar con los beneficios y presencia de D. Juan de Austria, le dixo ni era seguro ni honroso, si primero no fuese jurado y admitido en el gobierno. Siguiendo el parecer contrario envió el Marqués de Havre á tomar juramento al Baron de Hesse, gobernador de Bruseles, por él y por los soldados, y á los burgomaestres, esclavines y magistrado, y á los

Gildas, de que no harian contra D. Juan y los suyos cosa que no fuese para recebirle y asistirle con todo buen tratamiento.

Solamente con la guarda del Duque de Ariscoth en primero de Mayo por la tarde llegó á vista de Bruseles, bien acompañado, y en esperanza de mejor recebimiento que le esperaba, con gusto de los buenos, temor y pesar de los malos, acusados de su conciencia, de pueblo armado mostrando su poder. Una hora ántes Cornelio Straten, caudillo tan atrevido de sediciosos, que sin su intervencion no se cometió delito, en la puerta, con ánimo alterado, dixo á la guarda no dexasen entrar á quien con traicion les traian la muerte. No hablaba sin fundamento, que la brevedad del tiempo no dexaba declarar, y para su bien cerrasen las puertas á D. Juan. El vulgo vano y sospechoso en creer echó el rastillo de hierro, y cerrára la entrada, á no ser retenido de algunos del Magistrado con reprehension, por haberse alterado y creido á quien perturbó la malicia y embriaguez, y dixo era para el bien universal la venida de D. Juan, y sería increible el de Bruseles. Estas alteraciones movia Filipe de Mornix, señor de Aldegonde, astuto, y en todo lo malo cuidadosísimo, y para ello de consejo y ánimo, introductor en Holanda y Zeelanda de la herejía de Juan Calvino, su amigo y maestro desde su juventud, y ministro astutísimo del de Orange, ayudado de Mos de Theron Gascon, enemigo del sosiego de los católicos y del Rey, por no le haber ahorcado estando preso por un gran monton de delitos el Comendador mayor, y seguia en su secta y tratos traidores al de Orange para prender á D. Juan, y para esto habian ganado al Baron de Hesse, al Conde de Lalain y á otros sediciosos. Fue recebido D. Juan por los deputados en Bruseles y festeado, y habiendo jurado en cuatro de Mayo, por manera no usada con otros gobernadores, cumpliria el Edicto perpétuo y le haria guardar, fue admitido en el gobierno. Envió luégo á París al Conde de Fauckemberghe para congratularse deste suceso con el rey Enrique III, cosa que jamas se persuadió ántes, porque sabía lo que tenian maquinado en su contra el de Orange y los deputados, y esperaba por momentos el aviso de su prision.

CAPÍTULO XVI.

Comienza D. Juan de Austria á gobernar los Estados, y sus efetos.

Comenzó á gobernar D. Juan los Estados con prudencia y cuidado en el cumplimiento de sus promesas, con el parecer de los Consejos colaterales y provinciales; y cuando la necesidad lo requeria, los consultaba, y á

los deputados de los Países. Dió seis mil florines de renta al Baron de Hesse, el gobierno de Artuoés al Vizconde de Gante, y confirmó á su hermano el de Tornay. Respondió advertida y cautamente á la requesta que le dieron en Lobaina, se valdria solamente del Consejo de los naturales en el gobierno; le placeria la junta de los Estados, si resolviese brevemente lo necesario, para evitar molestias y gastos, y los llamaria presto. Consentia los soldados, con que se conservase la autoridad Real y la quietud de los Países; remediasen la presente necesidad de dinero, sin las congregaciones no usadas en las provincias, sino alguna vez con noticia y licencia del gobernador general, para evitar disensiones antiguas sobre el echar las cargas mayores unas á otras: y con esto no los desampararia con su autoridad y consejo. Le agradaba en la liga la defensa de la religion católica, conservacion de sus privilegios; y si alguna provincia ó villa los perdió, ó alguna costumbre ó libertad, breve y agradablemente procuraria fuese restituida. La respuesta á los deputados pareció libre, cauta y muy aconsejada, y determinaron para su mejora dar mayores fuerzas á su Liga. Pidieron por el señor de Grobendoncq y el doctor Leonino de los holandeses y zeelandeses entrasen en ella, y respondieron contrariaba á su religion reformada. El de Orange, alegre y más poderoso con la salida de los españoles, que tanto aconsejó, solicitó, deseó; asentó el prender á D. Juan, y tiranizar los Estados con la Reina de Inglaterra calvinista, con el Rey de Denamarck martinista, con el Duque de Saxonia y Casimiro protestantes, por medio de Folmaro Roosecrans, embaxador de Denamarck. Escribió al Duque de Alanzon su intento, y la disposicion de las provincias en su execucion; estuviese prevenido para entrar en ayuda de los Estados luégo que prendiesen á D. Juan, y para gobernarlos. Esto le proponia, porque la forma de la confederacion le fortificase, no para que en los Países tuviese mano ni parte, aspirando á tiranizarlos, animado con las ayudas prometidas de los príncipes sectarios, y el desconcierto en que tenía los flamencos, reduccion de la mayor parte de los deputados y consejeros, por medio de Aldegonde y Theron, y de los embaxadores de Inglaterra, Francia, Alemania, herejes y enemigos del Rey Católico, que procuraban la prision de D. Juan, porque firmase la libertad de conciencia. Para valerse de los bienes eclesiásticos y hacer la guerra, pregonó edicto en nombre del Rey (como usaba para dar cubierta á sus traiciones) del todo contrario á la liga y á la paz de Gante. Mandó por él á los jueces magistrados, oficiales, mayordomos y tesoreros de las iglesias, y á todos los de Holanda y Zeelanda manifestasen dentro de un mes por inventario á las personas para ello nombradas, todas las rentas y títulos pertenecientes á los curas, sacristanes, dignidades, beneficios, memorias, prebendas, y á las iglesias, so pena de pagar el doblo de lo que encubriesen, y lo manifestado se aplicase para el sustento de los ministros de la secta calvinista y alimentos de pobres. Vendió la propiedad

de todas las rentas eclesiásticas sin dar satisfacion á los interesados, y más si eran católicos. Al monasterio de Cartuxos que estaba junto á Sinte Geertruberghen, le saquearon y derribaron sus soldados, y con los materiales edificó un palacio. Valióse de los que hubo de las iglesias y muchos monasterios que derribó en Holanda, especialmente de la órden del Seráfico San Francisco, que aborrecia. Fundió de las campanas artillería, y la del Rey, que habia de restituirle por la paz de Gante, en otros calibos, para que no se conociese por las armas, y armó las plazas fuertes con ochenta cañones. Persuadia por los de su parcialidad á los pueblos era por la paz de Gante permitida la libertad de conciencia á las provincias; envió predicadores de la secta de Calvino, y si los Obispos ó Magistrado los impedian, los amenazaba, y decia haria conocer dellos como de quebrantadores de la paz. Solicitó la ciudad de Utrecht para que le siguiese; no permitió pregonar el Edicto perpétuo; retenia los soldados viejos, y los acrecentaba en número y armas; fortificaba las villas y fuertes más importantes. Decian sus amigos por sus trazas, D. Juan y los deputados no concluirian cosa que les importase, ni los Estados generales se juntarian. Por cumplir su deseo de ver en algunas cartas lo que escribia D. Juan de Austria al Rey y su respuesta, para manifestar á los deputados, si fuesen en su contra, é irritarlos más, Theron escribió á los huguenotes de su Gascuña prendiesen en el paso de Bordeos los correos, y remitiesen al Príncipe de Orange sus despachos; porque demas del servicio señalado que á su religion harian, les sería bien pagado y agradecido. Salteado un correo, enviaron sus pliegos al Príncipe, y leyó las cartas que D. Juan enviaba al Rey y á Antonio Perez con relacion verdadera de los malos sucesos de los Países, y el temor de otros peores. No habia amenaza ni muestra de mala voluntad para con ellos, y como los ánimos perversos y rebeldes interpretan las acciones y dichos del que temen ó aborrecen, las truxeron á mala sinificacion: y el capítulo de la carta decia así:

«De lo que toca á la reduccion y quietud destos Estados no puedo ase»gurar á V. M. cosa cierta, ni que de la paz hecha se haya de sacar el fruto »que se esperaba; porque el Príncipe de Orange continúa el fortificar á »gran furia en Holanda y Zeelanda. La Reina de Inglaterra le incita y hace »gran fuerza á no pasar por lo capitulado, y para ello le ofrece su poder. »La mayor parte de los Estados está á su devocion, los unos por querer, »los otros por ser engañados destos, y aquí entra casi todo el pueblo. A los »que desean gozar de la merced que V. M. les hace, que son los ménos, »les parece que en acetarla hacen todo lo que les toca, y están con tal áni»mo, que no harán demostracion señalada: y cuando bien se quisiesen se»ñalar, habrá una gran confusion y cisma entre todos para el dia que sa»lieren los españoles, los unos porque yo sea admitido al gobierno, y los »otros por estorbarlo, y porque (como tengo dicho) los primeros no tie-

»nen brío. Y si sucediese que los otros echasen mano de mí, perderian de »todo punto el ánimo, y no habria ninguno que se osase menear. Voy pen»sando de ponerme en algun lugar más seguro que éste, de donde pueda »acudir á los negocios, porque estando en salvo, todavía creo que habrán »muchos que se declararán por V. M., si ya no me engañan sus palabras y »demostraciones; y en esto se va pensando. Ahora no me ha quedado ni »queda otro oficio por hacer para ganar voluntades y dar á entender á los »Estados lo que les conviene; pero veo que hasta ahora es todo predicar en »desierto. Iré continuando lo mismo, y de lo que sucediere advertiré »á V. M.; y suplico cuanto lo demanda su mismo servicio, que se cumpla »luégo esto, pues no tiene este cuerpo otro remedio que el cortar lo da»ñado dél, lo cual se ha de hacer ahora, haciendo la provision de dineros »que suplico de nuevo, porque si falta, no quedará cosa en pié; y áun en»tre tanto es bien menester que Dios ayude á lo presente.»

Para levantar los naturales escribió Aldegonde una invectiva insolente y desvergonzada contra el Rey, y contra D. Juan un libelo infamatorio abominable, el cual no refiero por ser indecente para decirse, y terrible para perpetuarle. Hallábanse los deputados con deuda de setecientos mil florines, y para su paga enviaron al de Goignies y á Cárlos de Gistele al Artuoés á pedir contribucion, y á Mos de Sanemher y al doctor Leonino á Gheldres, y otros comisarios á las demas provincias, con órden de no declarar la deuda enteramente, porque no cayesen de ánimo. Don Juan determinó enviar á España al secretario Escobedo á pedir al Rey algun dinero, y hacer relacion del estado de los Países. Procuró el de Orange traer á sí á su prisionero Luis del Rio, del Consejo de Estado, y él como fiel á Dios y á su Rey, ganó á un su gran privado, y por su medio era avisado D. Juan, ántes y despues de haber salido de la prision, de cuanto se maquinaba contra él. Fue advertido de la alteracion que causaban en Bruseles Aldegonde y Theron, para que se guardase de sus traiciones con que trataban de prenderle ó de matarle, pidió á los deputados su expulsion, ó que no los admitiesen en sus juntas. Con la comunicacion y esperanzas que les daban de su libertad de conciencia y de señor, aunque eran calvinistas declarados, los recebian en su mesa, y áun los eclesiásticos sin reparar en la excomunion del derecho en que incurrian, por menosprecio ó inadvertencia. Y así á diecinueve de Mayo, fiesta célebre en Bruseles, convidaron á D. Juan en la casa del Magistrado á comer los deputados y la mayor nobleza. Interrumpió el festin el acometimiento, con fácil causa, que algunos revoltosos hicieron contra los ochenta mosqueteros que á D. Juan en lugar de los alabarderos le dió el Duque de Ariscoht por concesion de los deputados. Y aunque hirieron muchos y les quitaron los mosquetes sin defenderse, conforme al órden que tenian de don Juan, disimuló y volvió con pocos á su palacio, y los despidió luégo.

Dixo á los deputados castigasen este delito, mas por descuido ó poca voluntad ó mucho atrevimiento no se hizo, abriendo camino á mayores insolencias. En las casas del Conde de Lalain y del Baron de Hesse hacian conciliábulos con Aldegonde y Theron, y de allí salian novedades para alterar el pueblo contra el Rey y contra D. Juan. Quexáronse por memorial, de que el Edicto perpétuo no se obedecia, pues habia muchos forasteros de secreto, con quien D. Juan se juntaba á Consejo; y el Amman de la villa, oficio más preeminente della, prendió y salvó algunos en un navío, que entraron con el secretario Escobedo, y debia ser castigado y mandado saliesen los forasteros y sospechosos al pueblo. Por ser sus favorecedores fuesen privados de sus oficios algunos cuyos nombres le presentaban. Buscase y prendiese los forasteros como habia ofrecido Nicolás Cochat en beneficio de la patria. Recebia estas peticiones con alegre semblante y ánimo triste, porque cuanto más se alexaban los españoles, tanto crecian más los atrevidos desacatos y libertad insolente de los flamencos para con él, y se hallaba más desamparado y sin fuerzas para su defensa y de la autoridad real, violada cada hora, y se empeoraban los ánimos libres sin el freno de los españoles, que los afirmaba en la obediencia.

Conociendo era el autor de tantas desórdenes el de Orange, con acuerdo de los deputados le envió D. Juan al Duque de Ariscoht, acompañado de Mos de Hierges y Mos de Villelval, Alfonso Meeckercke y el dotor Gailio, embaxador del Emperador. Quexáronse de que no cumplia la paz de Gante, ni se publicaba el Edicto perpétuo en las islas, ni se abstenia de la guerra, ni de dar causas de desconfianza con esto; impedia la junta de los Estados generales, conveniendo al bien de las tierras. Este tirano, fuerte con el favor de los príncipes cercanos y de los Estados, entendiendo se aumentaba el poder del Rey con el Edicto perpétuo contra la paz de Gante, y las provincias encontradas se podrian reconciliar, y lo que tenía usurpado habia de restituir, absoluto desestimador y nada temeroso, aunque tímido de naturaleza, respondió por escrito: quitaria las desconfianzas la guarda de la paz de Gante, violada en mucho por D. Juan y por los deputados, y el Edicto perpétuo, por ser en su contra, no firmarian él ni los de su séguito, sino con ciertas condiciones. Los deputados no cumplieron el hacer restituir los privilegios, los tudescos áun estaban en Flandres, la hacienda que tenía en Borgoña y Luzeltburg y en otras provincias sin restituir y su hijo el Conde de Bueren, ni concederle el gobierno tan cumplido como lo referia su patente del Rey, miéntras no se le entregaba á Utrecht con las villas de Hoesilen y Tolen. Mostró el Consejo de Estado el ódio que le tenian en lo que escribieron á los de Utrecht, para que no se incorporasen. Dexaron en el albedrío de D. Juan el juntar los Estados generales y los deputados de las provincias particulares contra sus privilegios, y con séguito de españoles le admitieron al gobierno sin su consen-

timiento y de los de su parcialidad, y hacía consejo con Octavio Gonzaga y Juan Baptista de Tasis y Escobedo, y privaban con él. No dexaron volver á Flandres á muchos de la religion reformada contra la paz de Gante. Tardaron los recebidores de las confiscaciones en restituir los bienes dellas. Con la Liga jurada se introduxo, á sabiendas ó con ignorancia, una forma de Inquisicion de más rigor que la de España, en la cual no se hacía informacion sin sospecha, y en virtud de la Liga se escudriñaban las conciencias de cada uno contra la paz de Gante y todas las leyes de hermandad, y otras muchas quexas diria á su tiempo. Dixo muy arrogante y soberbio, discurriendo en todos los negocios, no estaria por lo que determinase cerca de la religion la junta de los Estados generales, ni dexaria la secta de Calvino, ni se haria la junta; y cuando fuese, no determinaria en las cosas de la fe, ni las islas echarian sus predicantes por recebir los católicos. Se hallaba con poder para acometer á España y resistir á todo el mundo; y si las quince provincias se le juntasen, ¿qué fuerzas tendria el Rey para contrastalle? Pues los flamencos unánimes se defenderian de los príncipes extranjeros y vecinos, instituyendo una República como zuicera, para cuyo efeto les vino del cielo la paz de Gante y la salida de los españoles. El daño de haber admitido á D. Juan restauraria su prision, con que de grado ó por fuerza haria cuanto ellos quisiesen.

Don Juan, viendo que por su escrito se eximia del Edicto perpétuo con sus razones mal fundadas, propuso á los deputados el juntar sus fuerzas con las del Rey para forzalle á cumplir la paz de Gante, como lo habia prometido. Mas ellos, reducidos á la voluntad del de Orange por la solicitud y mano de Aldegonde y de Theron, respondieron perderian ántes algo de la religion católica y de la autoridad y libertad del Rey, que hacer guerra al de Orange ni á sus consortes. Esta respuesta hizo persuadir á D. Juan se entendian con él, y que no harian ni aconsejarian bien jamas; y aunque esperando algo en el tiempo, estaba congojado y temeroso de algun mal suceso que mostrase fue errado consejo el haber creido los embustes y falsas razones de los flamencos, aseguradas de los eclesiásticos y embaxadores. El Baron de Hesse y el Conde de Lalain, Aldegonde y Theron y otros, en la plaza del Sablon, de Bruseles, en casa de un Grande, concertaron con más de quinientos vecinos de prender una noche á D. Juan y de matar á los extranjeros y naturales que estaban bien con su Alteza; y detuvo por entónces el poco apercebimiento para negocio tan grande la osadía y pronta execucion que suele tener la diestra conjuracion. Vino á noticia del Vizconde de Gante, leal á D. Juan, agradecido á los beneficios recebidos; y rompiendo el reposo una noche descubrió el trato, y cómo le habia sabido, y le dixo mataria á los conjurados si queria.

En este tiempo por los deputados de los Estados se fenecian las cuentas en Malinas de los tudescos, para conforme al Edicto perpétuo sacarlos de

Flandres, aunque se ofrecian muchas dificultades á los Comisarios, por no querer pasarles todo lo que pretendian, ni los soldados soltar escudo; y pareciendo las allanaria la presencia de D. Juan, le pidieron fuese á Malinas con los Embaxadores del Emperador. Para salir del peligro de la conjuracion partió brevemente con menor acompañamiento de nobles que debiera, y no sin riesgo, porque con ocasion de impedirle la salida querian levantar un alboroto para executar la traicion de prendelle. Puso todo su esfuerzo en concertar el pagamento y sus diferencias, y sin efeto, porque los Comisarios, faltos de dinero, trataban con demasiado rigor á los tudescos; y así por entónces quedaron en los Países.

CAPÍTULO XVII.

Los españoles de Flandres llegan á Italia, y recélase Génova de su cercanía.

Los españoles de Flandres llegaron al Estado de Milan, donde los aguardaba el Marqués de Ayamonte, porque estuviesen cercanos á la ribera de Génova y embarcacion. Conforme al órden del Rey los aloxó en las Langas, montañas estériles de la Liguria, librándolos de la comunicacion de Milan apestada, y no se consumiesen miserablemente soldados más valerosos que bien pagados; y no para castigallos, como inadvertidamente escriben autores. Allí con el cansancio del largo camino, disgusto y descomodidad murieron algunos viejos y pobres. El Conde de Manztfelt, acabada su comision, volvió á Flandres. Las pólizas de setenta mil escudos que la gente traia para su pagamento acetaban mal los mercaderes, y sin ser primero pagada no querian embarcarse. Julian Romero y Sancho de Avila y Jerónimo de Roda, auditor general, con patentes de los conservadores de la sanidad de Génova se avocaron con los Embaxadores del Rey en ella, y éstos hicieron que las pólizas se acetasen, asegurándolas con el primer dinero que les viniese á disposicion de D. Juan de Austria, y dieron alguno de presente. Don Alonso de Leiva llegó á la ribera con decisiete galeras con que corrió las islas Baleares. Truxo de Cabo de Alguer, en Cerdeña, una de tres de Malta, que iban desde España, y con gran fortuna se apartaron, y los cosarios de Argel tomaron la San Pablo con algunos caballeros, y buen número de pasajeros en la isla de San Pedro en el primero dia de Abril; y con otra que aportó á Génova partió su General para el reino de Nápoles. Viendo la Señoría en su ribera cuarenta galeras, y en sus confines tanta infantería y caballería española, creció la guardia y la del castillo de Saona, y pidió á los Embaxadores no se hiciese

la embarcacion en Baya, sino en el Final, y que á la ida y vuelta no echasen gente en el puerto. Incitólos más el escribirles de Roma y Florencia mirasen por sí, y apercebir el Gran Duque el batallon, y era tan peligroso el estado, que para suceder un desastre no faltaba sino quien acometiese. Estaban los genoveses tan ciegos y apasionados, temiendo las fuerzas del Rey Católico que los aseguraban, que trataron de armar el pueblo sin acordarse que otra vez por este camino tuvieron mudanza de gobierno; y el tiempo era más peligroso, porque la conjuracion y prision de los autores tenía los humores revueltos, y habia trato en Francia de los foragidos, y muchos alborotaban la tierra con insultos, sembrando y resucitando los perniciosos bandos de Adornos y Fregosos. Dió licencia la Señoría, á peticion de Alonso de Ornano, hijo de San Pedro Corzo, para levantar quinientos corzos en sazon que armaban ocho galeras en Francia con voz de llevar á Constantinopla un Embaxador para tentar de camino en Génova novedades con mil y docientos infantes de su conduta. Hacía temer más el haber salido de Génova Bartolomé Corona y otros de la conjuracion por la indignacion y el crédito con el pueblo con que salian, y de manera que una galera francesa en que venía el Marichal de Res daba cuidado, porque con pocos franceses y corzos que trujese, entendiéndose con los de dentro, podrian una noche desordenar y poner en confusion la ciudad. Los Embaxadores advirtieron de todo á la Señoría, y lo confirmaron con el aviso que por otras vías tenian y el recelo, y de quién le debian tener y no del Rey Católico, condenando su desconfianza, y atribuyendo su culpa á la simpleza del vulgo en no haberse mostrado tan confidentes como estaban agradecidos por los beneficios recebidos de su Majestad. Las galeras pasaron á la Especie para estar más seguras y acomodadas, y no dar lugar á las desórdenes que pudieran suceder si llegára la gente ántes que ellas á la embarcacion.

Estaba en este tiempo el Rey en San Lorenzo el Real viendo crecer su fábrica con su calor, aliento y vista, en que parecia que la daba sér y aumento. En el primer dia de Pascua de Espíritu Santo recibió el capelo el príncipe Alberto, su sobrino, hijo del emperador Maximiliano, enviado por el Pontífice Gregorio XIII con el conde de Pepuli, Aníbal, su deudo, y de la Cámara Apostólica, y Breve dirigido al obispo Patavino, su nuncio y legado, diciendo era á instancia del Rey Católico, y por la grandeza de sangre y virtudes de su Alteza. Tomóle juramento de que, por el ensalzamiento y provecho de la santa fe católica y defension de la libertad eclesiástica sufriria la muerte corporal, dándole su gracia el que vive y reina, etc. Truxo la rosa de oro fino, sutilmente vaciado, á la Reina, que bendice el sumo Pontífice algunos años en la cuarta Dominica *Lætare* de Cuaresma, llamada de la Rosa por esto, como un arbolico con su pié y tronco de altura de una tercia poco más, que parecia rosal de

un pié más que rosa. Antes de bendecirla consulta los Cardenales para ver á quién será bien se envie dignamente de las señoras principales de la Iglesia católica. Recibióla en la grada alta del altar mayor hincada de rodillas, y leyó el secretario Mateo Vazquez de Lecca el Breve de su Santidad que le entregó el conde Aníbal, y decia: «Recibe esta Rosa de nuestras manos, »que aunque inméritos, tenemos lugar de Dios en la tierra. Por ella se »significa el gozo de una y otra Jerusalen, que es la Iglesia militante »y triunfante. Por ella tambien se muestra á todos los fieles cristianos »la misma hermosísima flor, Cristo, que es gozo y corona de todos »los Santos. Recíbela, ¡oh amantísima hija!, que eres noble y poderosa »en este siglo, y de gran virtud adornada, para que seas más ennoblecida »de todas las virtudes de Jesucristo, como rosa plantada sobre las riberas »de aguas abundantes, la cual graciosamente por su gran clemencia tenga »por bien concederte el que es trino y uno», etc. Dióla su Majestad al ministro para que la pusiese entre las reliquias de la casa como dón espiritual y místico. En esta casa no faltaban al fundador desabrimientos por el poco gusto que su habitacion daba á los religiosos fundadores de diversos monasterios traidos. Y así se consultó el poner en tres partes del edificio (y casi estuvo resuelto) tres conventos de las tres Ordenes militares de Castilla, con que habria perpétua alabanza, y sus caballeros en alteraciones acaecientes ampararian su casa de profesion. Mas el Rey mostró su constancia en las cosas deliberadas, conservando la religion de San Jerónimo en ella, asistiendo á la perseverancia de los habitadores y en su abono, y no se engañó, porque en el estado que la gozó, pudo dar gracias á Dios de la buena eleccion que hizo y de la conservacion de tan santa congregacion. No le dió menor cuidado el fuego que en domingo en la noche, veintiuno de Julio, víspera de la Madalena, abrasó la torre del Poniente, donde estaban las campanas de prestado, causado de una centella que de un rayo despedida dió en la aguja del chapitel junto á la bola, y baxó con el aire á emprender el cuerpo dél, de manera que puso en peligro el resto de la casa. El Rey asistió al reparo y el Duque de Alba y otros caballeros, y al fin le tuvo. Pronosticó Micon, judiciario catalan, el suceso, y acreditábale ser el año de mil y quinientos y setenta y siete septenario y prodigioso, porque por sus once sietes estaba de atras temido, y caer el fuego en Julio sétimo mes, y á veintiun dias dél, que son tres sietes, y en el sétimo de la luna, y habiendo entrado el sol en el sétimo grado del signo de Leon. Y cierto él fue notable por la gran carestía de pan que causó su esterilidad. Y así los astrónomos tienen por notable este número, si bien conocen no hay cosa que necesite, y que no acaban las humanas infelizmente por fatal destino, sino por castigo de los pecados de los hombres, que todo lo ha dispuesto la sabiduría admirable de Dios. Mas la observacion los llevó á notar los sucesos de mutaciones de Estados que hubo en este número de siete. Por-

que setenta y un septenarios, que hacen cuatrocientos y noventa y seis años, pasaron desde César Augusto á Augústulo, último de los emperadores romanos, muerto por Odovacro, rey de los hérulos; y desde que Arbace, gobernador de los medos, se hizo su rey, hasta el postrero expelido por Alexandro Magno; y desde Saul á Sedechías, rey último de los hebreos, llevado captivo á Babilonia; y desde Zorobabel, que de allí libertó los judíos, hasta el año en que Herodes Idumeo fue nombrado rey por el Senado; y desde Caron, primero rey de Macedonia, hasta el último año de Alexandro Magno, último rey. Recibió tambien la gran cruz de San Juan el príncipe Vincislao, hermano del nuevo Cardenal, y hizo profesion en el mismo dia con los tres votos esenciales y regla de San Agustin, en manos de D. Antonio de Toledo, hermano del Conde de Alba de Aliste, por Breve del Pontífice, y le dió el Rey el priorato de la misma Orden, vaco por muerte de D. Antonio de Toledo, y la futura sucesion del de Castilla. De manera que de aquella casa fueron, Alberto, cardenal, y Vincislao, gran prior, favorecidos del Rey y amados como hijos. Visitaba su fábrica muchas veces, porque no sé si fue más alegre y admirable su vista cuando la edificaba, que ya perfeta. Eran muchas, diversas y altísimas las máquinas que levantaban el edificio, de grúas, cabrillas, contrapesos, agujas, con que crecia con aumento espantoso, porque los maestros, oficiales y peonaje parecian que trabajaban en amigable contencion y porfía para dar remate y perfecion á sus partidas, más que para su ganancia, pretendiendo ser cada uno el primero en ayudar al otro con acordado bullicio, variedad de gentes, lenguas, voces, sin encontrarse, embarazarse en la priesa y diligencia extraña en la confusa muchedumbre, concertada en tal avenencia en mandar, obedecer, obrar, como si fueran todos uno, ó sólo el que lo hacía todo. Era maravillosa la providencia, presteza, puntualidad, abundancia de la provision de la infinidad de materiales para tantas diferencias de obras primas y gruesas, que si se derramáran cubrieran una gran campaña y admirára la grandeza de cada cosa, y en monton afirmára la vista ser bastante para fundar una ciudad. Los sacadores y desbastadores de piedras llenaban los campos partiendo riscos notables en trozos de tal tamaño, que muchas con dificultad carreteaban cuarenta y cincuenta pares de bueyes encuartados, cuya multitud, y de mulas y machos era grandísima, y de consideracion su puntualidad en el servicio y horas asignadas. El cáñamo y esparto que se labraba en Madrid y Toledo en cuerdas, guindaletas, maromas, hondas, cables, espuertas, era otra parte grande de fábrica en ésta. Los laborantes y proveedores repartidos por Europa y América no era la menor. En la sierra de Bernardos sacaban pizarra, en el Burgo de Osma y Espeja, jaspes colorados; en la ribera de Genil, junto á Granada, los verdes; en Aracena y otras partes los negros, sanguíneos y de otros varios y hermosos colores: en Filabres mármol blanco; en Estremoz

y en las Navas de buena leche, pardo y gateado. En Toledo se labraban figuras de mármol; en Milan de bronce y en Madrid, para el retablo y entierros, y las basas y capiteles, y la preciosa custodia y relicario: en Aragon las rejas principales de bronce; en Guadalajara, Avila y Vizcaya, de hierro: en Flandres candeleros de bronce, grandes, medianos y menores, y de extrañas hechuras. En los pinares de Cuenca, Balsain, Quexigal y las Navas siempre resonaban los golpes de las segures con que derribaban y labraban pinos altísimos, y con el ruido de las sierras que los hendian. En las Indias se cortaba el ébano, cedro, acana, caoba, guayacan, gramadillo: en los montes de Toledo y Cuenca, cornicabra; en los Pirineos el box; en la Alcarria los nogales. En Florencia se texian brocados riquísimos; se labraba en Milan el oro, cristal y lapislázuli; en Granada los damascos y terciopelos; en Italia, Flandres y España, pinturas. En lo que no se via en la fábrica estaban los pintores ecelentes del ólio y fresco, estofadores, escritores, iluminadores de libros y gran copia de diestros bordadores y rostreros, que su aguja imitando sobrepujaba en la labor de los ornamentos para el culto divino á lo más principal de la pintura. Unos vaciaban grandes planchas de plomo, otros le mezclaban con el estaño, cobre y metal, y hacian campanas, troclas y poleas y garruchas; otros hacian órganos. El número de la gente que trabajó por esta division no se pudo saber como en el templo de Salomon, porque áun en los monasterios de monjas labraban gran número de preciosos paños de muchas diferencias y hermosura, corporales, palias, fruteros, sábanas de altares, sobrepellices, albas, amitos. Obrábanse á un tiempo juntas tantas cosas, que aunque estuve en la fábrica muchos años, no las comprehendo, y vencido en su relacion lo remito á otros escritores, como San Juan Evangelista lo que vió en la Transfiguracion, pareciéndole imposible el referillo por su admiracion.

La perfecion que tiene en todo San Lorenzo y su ecelencia, se debe al ingenio é industria del Rey, que si executaban los artífices y acomodaban segun su intento, su elecion y primores, en cuyo ánimo, aunque tan grande, admira el haber cabido tal empresa, por la grandeza, menesteres de dinero y tanto tiempo, que parece imposible le diese principio, acabase y gozase como fue. Mas como era obra para Dios, esto hizo, y otras cosas mayores podia su fe. Imitó curiosa y exactamente D. Filipe en esta su fábrica lo que muestra la descripcion que hace la sabiduría de la Santa Jerusalen, procurando se hallase tanta armonía, concierto y correspondencia, no sólo en que una puerta fingida con pintura la tuviese con otra cierta, sino que un clavo, si ser podia, no ecediese á otro. Porque crió Dios, arquitecto perfetísimo, todas las criaturas en justo peso y medida, y consta la hermosura sensible de conveniencia, concordia y proporcion de las partes con el todo, y dellas entre sí, haciendo inferir es hermoso el mundo, y creer tienen sus cosas tan cierta y determinada magnitud, que si desta máquina se quitase

una estrella ó parte, ó se añadiese, se deformaria el compuesto y belleza, porque se hizo con acuerdo en el número y peso que acordó el fabricador, y en la proporcion que tenía en su divina traza en que estaba. La medida pone modo en las cosas, el número especie y el peso estabilidad, porque las perficiona Dios dispuestas en justo peso, medida y número. Por esto los dió á Noé para fabricar la nave ó arca ántes del Diluvio; y á Moisés mostró en el monte el modelo del Tabernáculo y de todas las cosas que le pertenecian, declarando la grandeza, número, peso, proporcion y correspondencia que habia de tener. Lo mismo vió Salomon en la traza que su padre le habia dado para el edificio del templo. El Universo tiene un cierto y determinado número en sí y en sus partes; region ínfima de los cuerpos que se mueven y corrompen, en que hay cuaternio de elementos, y media de los que no se corrompen y se mueven, en que hay septenio de planetas; y la suprema en que hay unidad de Dios. Y así el tener los príncipes curiosa advertencia en que sus edificios tengan toda perfecion, es imitar á Dios, como lo procuró D. Filipe. Y no es la causa la señora Vénus, como dixo aquel Momo Biberio en su libelo á su muerte, porque le faltase por su atrevimiento la alabanza que no faltó á mortal en ella, habiéndole sobrado á su vida en todas las naciones. Era naturalmente inclinado á edificar, y con la buena traza y forma de sus edificios la dió generalmente para todos los del reino, gozándose en pasar las cosas de no ser á ser, que es sombra de creacion imitando á Dios. El de San Lorenzo aumentó su reputacion en toda la redondez de la tierra, como la de Salomon su templo, mayor cerca de los extraños, que alababan su piedad, religion y prudencia, en que de razon congruente eceden los reyes á los demas hombres, pues entre tantos fueron escogidos de Dios para ser gobernadores dellos.

Fundó la iglesia del apóstol San Bernabé en la villa del Escorial, que en su tanto es admirable, por muchas causas piadosas, que son para otros escritos, y por razon de estar allí sepultados tantos criados suyos, nobles y honrados, que le sirvieron hasta morir, tantos grandes artífices de todas naciones, tantos vasallos que allí trabajando acabaron en su oficio, á quien era justo dar honrada sepultura, pues la casa de San Lorenzo y esta de San Bernabé eran y son de difuntos. Hizo el cuarto de dormitorio y sacristía del monasterio de San Felipe de Madrid, por donde se llamó el Real, que tiene tres escudos de sus armas á la parte de la calle de su Oriente, y un claustro en el monasterio de Nuestra Señora de Esperanza, de la Orden de San Francisco, sito junto á la villa de Ocaña, y un cuarto para su habitacion, y el claustro del monasterio de Nuestra Señora de Atocha y la capilla Real suya, con su retablo. Hizo el edificio por donde sube el agua al alcázar de Toledo, y puso muy adelante su obra; casi hizo de nuevo el de Segovia con grandeza y belleza, en que gastó mucho. Edificó allí la casa de la Moneda con su ingenio para batirla por el movimiento del agua, tan artifi-

cioso que en un dia labran treinta mil ducados de moneda de plata, de preciosa estampa, con bien poca gente. Hizo estanque del Pantano de Alicante, con que se riega mucha tierra estéril ántes por falta de agua pluvial y fluvial. El Caz de Tajo, para el mismo efeto, en la vega de Colmenar de Oreja. En ribera del mismo rio, en Aranjuez, el cuarto de la casa que comenzó con la capilla y casas de oficios; que si se acaba será de las más gallardas que hay en Europa. Puso el Pardo en la perfecion que tenía, y le adjuntó las cuatro torres, galerías y foso con jardines, imitando á una casa de campo, de que gozó siendo Rey en Inglaterra, y las casas de oficios. Aumentó el Alcázar de Madrid para su ordinaria habitacion sobre lo que en él dexó fabricado el Emperador; perficionóle con pinturas y jardines de recreacion á la vista, buen olor y salud provechosos, con que se quitó el mal aire que de los fosos le hacía daño para ella. No le acabó, aunque tuvo hecha la traza y tanteo del gasto, diciendo á su arquitecto mayor: «Dexemos algo que haga el Príncipe.» Hizo las Caballerizas y puso la Armería de las Personas Reales encima della, con piezas otras para su guadarnés de consideracion. Prosignió con el intento de su padre en el adorno y ampliacion de Madrid, dando asiento á su Córte en él; fin del rey D. Cárlos en acomodar el Pardo y guardar su caza, y del trocar por Colmenar de Oreja á Aranjuez á D. Bernardino de Cárdenas, y de anexar las encomiendas de Alpajés, la Estrella y Hontígola. Fabricó un puente sobre el rio Guadarrama, de piedra y buena arquitectura, porque perecian algunas personas en su vado en el invierno. Compró el heredamiento de Origuela, donde está la mina de azufre que se descubrió, y se comenzó á beneficiar para la labor de la pólvora. En Pamplona hizo el ingenio de agua para labralla, que mueven los mazos de los morteros las ruedas, obra útil á la milicia de aquel reino. Fortificó á Fuenterrabía y hizo el castillo de Frexelin desde el fundamento. Levantó desde los cimientos la importante cidadela para la defensa y seguridad del reino, y el baluarte que llaman de Santa Engracia en la Taconera, capaz de jugar en él cuarenta cañones gruesos. En Jaca hizo otra fortificacion, con otros fuertes menores en el camino de Francia. Gastó mucho en la de Rosas; dió principio á la de Peñíscola en Valencia; fundó las torres grandes de la boca del puerto de los Alfaques de Tortosa; otra en la entrada que el rio Ebro hace en el mar, con buena artillería para impedir el hacer aguadas las fustas de cosarios, llamada la Ampolla. Hizo una muy buena en la boca del rio Júcar, en Cullera, para el mismo efeto contra los piratas, y todas las torres tambien que hay desde Colibre hasta Ayamonte para el aviso en toda la costa, con que se tiene brevemente de la arribada de enemigos en ella. Cercó los reinos de Nápoles y Sicilia de otras tales para el mismo efeto, que le hacen admirable. Comenzó la fortificacion de Cartagena y el muelle de Málaga, y le dexó muy adelante; y en Gibraltar acabó el Mandracho para las ga-

leras de la guardia del Estrecho, é impedir el ancorar en aquel paraje naos enemigas. Hizo el castillo nuevo de Setubal en Portugal, y aumentó el de Othonviejo; fortificó el de San Gian en la entrada que hace en el mar de poniente, cercándole del agua y añadiéndole cortinas y baluartes. Fundó el fuerte de Cabezaseca en el corriente del Tajo para asegurar del todo la entrada. Reparó, acomodó y coronó de artillería el castillo casi natural de Lisboa, puesto en un monte en el medio y eminencia de la ciudad. Hizo el baluarte del Palacio de la ribera del Tajo en su orilla, el fuerte de Peniche, el de San Anton, y el Morro en la Coruña, y otros, para la seguridad del puerto y de la tierra; y en Africa las fábricas que habemos escrito, con gasto de millon y medio. En el Estado de Milan hizo reparar las ruinas de las plazas fuertes de las guerras; y en Flandres mucho más, donde acabó á Filipe, villa sobrescrita de su nombre, mudándola de un sitio á otro más fuerte, como su padre hizo á Edin, llamándole por esto Edinfert. Fabricó el castillo de Ambers, que costó un millon, y le reedificó despues que le recuperó el Duque de Parma; en Valencianes otros, y en Malinas y en Frexelingas, con que estaban asegurados los Estados si fuera guardado con más vigilancia para que el enemigo no le ocupára. En Toscana fortificó á Orbitelo, Telamon, Puerto Hércules y Gaeta. En Tierra de Labor, llave del reino de Nápoles, reparó á Civitela del Tronto, y el castillo y fuerte de Brindez, y el de la Isla hizo de nuevo con ecesivo gasto: en Otranto, cortinas y baluartes con buena artillería para su defensa. En Nápoles se acabó la fortificacion del castillo de San Telmo, se hizo un baluarte junto á Castel del Obo, á la parte de la mar, que llaman del Duque de Alcalá. Junto á Castelnovo fabricó las Atarazanas, que contienen sesenta arcadas ó naves para fabricar y varar galeras, que á tres por cada nave, caben ciento y noventa galeras, con otras seis para galeazas, galeones y navíos de guerra. Y habiendo dado aviso que para su prosecucion era menester desmantelar un templo que allí estaba de Santa Lucía, fundado por una nieta del emperador Constantino, segun lo referia una piedra que en la puerta estaba, que yo leí, mandó su Majestad que arruinándole con protesta hecha primero por auto á la santa fe, se le fabricase otro mejor. Y abriendo los cimientos del viejo templo y derribando un pedazo de muralla antigua de la ciudad, fueron halladas monedas, más de ciento y cincuenta de oro, de las de Santa Elena, mujer del emperador Constantino, abuela de la fundadora. Fabricáronse en el Atarazanal magacenes para la guardia y conservacion de las municiones de las armadas, capaces de grandes cantidades, y piezas donde forjan máquinas y armas y artillería. Allanó y enlosó caminos en el reino incaminables en el invierno por los fangos ó barrizales, poniendo oficiales para su fábrica y reparos, que hoy se llaman sobrestantes de estrada. En su tiempo se comenzó á haeer fundicion de artillería en Nápoles, Sicilia y en España. En Palermo hizo el muelle, fortificó el castillo,

y en Cerdeña á Caller. Fundó un castillo en la Isla Tercera, excusando con esto el tener ocupado un tercio de españoles. Fortificó la Habana con dos fuertes ántes de entrar, donde surgen las naos, y con el fuerte llamado de San Cristóbal, en que se amarran, y el Morro; truxo el agua desde muy léxos, y tajó la isla por la marina, que está inacesible. En Santo Domingo hizo una fortaleza con artillería y un Morro en una punta á la salida, para tomar la derrota de Cartagena; en Puerto-Rico la fortaleza y castillo dentro del puerto, junto á la ciudad; ántes en la boca otros dos fuertes, el uno escondido en un manglar y el otro en la punta de afuera. En la Margarita y rio de la Hacha hizo fuertes, y en Santa Marta; y en Cartagena uno fuerte en el primero surgidero, á la mano izquierda, con veinte piezas; otro frontero en la punta al de las carabelas y galeras, y el que llaman Gesemaní. En San Filipe de Puertovelo el castillo que fabricó D. Francisco de Valverde, con otro fuerte y las casas Reales. En el rio de Chagre otro fuerte, las casas Reales de Panamá, otros fuertes en Paita y Guayaquil, y la fortaleza del puerto de Callao de Lima, aunque no muy grande, con mucha y buena artillería. Y hay tantas fortificaciones hechas en las Indias por su Majestad, que parece imposible el referirlas; así como las casas de las Audiencias para la administracion de justicia, seminarios y universidades, hospitales y otras obras, parte con sus rentas y parte favorecidas con su autoridad; y cuantos monasterios hay é iglesias, que son tantes que sólo un fraile de San Agustin edificó cuarenta por su órden, y tan grandes, que los de Santo Domingo y San Francisco tienen á docientos frailes. Y como fuese para estas obras, ayudaba con gran prontitud. Dió al convento de San Jerónimo de Guisando siete mil ducados para proseguir el edificio de su iglesia, y los gastaron inútilmente; otros tantos á San Benito el Real de Valladolid, que lucieron más; dos mil ducados á fray Márcos de Villalba para ayuda al edificio de San Bernardo de Salamanca; mil al monasterio de Santo Domingo de Mérida; cuatro mil para reedificar la iglesia de San Juan de la Penitencia de Alcalá de Henáres, aunque era dotacion del cardenal fray Francisco Ximenez, porque estaba en aquel monasterio su colegio de las hijas de sus criados. Dió á la iglesia mayor de Valladolid, para que se edificase, el privilegio de la impresion de las que llaman Cartillas para enseñar á los niños, que vale, quitadas las costas, ochocientos ducados de renta en cada un año. Dió cuatro mil ducados á los carmelitas descalzos de Madrid para la fábrica de su monasterio; á los clérigos menores un protomedicato de Nápoles, que vendieron en casi deciocho mil ducados, y no hay memoria de su empleo. Dió al hospital de Anton Martin en veces para su fundacion más de tres mil ducados, y siete mil en que se vendió una escribanía del Perú al monasterio de San Gerónimo de Madrid para hacer la reja de la iglesia. Dió la reja de la capilla mayor del monasterio de Santo Domingo de Santa Cruz de Segovia, que es muy buena; y habiéndola

visto, diciendo cómo no la doraban, y respondiendo que porque les pedian ochocientos ducados, replicó los engañaban, que para darle oro y azul les sobraria parte de trecientos ducados, y así se verificó habiéndoselos dado. Fundó en las casas confiscadas de Antonio Perez el colegio de Santa Isabel, y favoreció con dádiva considerable el de Loreto para recogimiento y enseñanza de las muchachas. Ayudó con buena cantidad para el edificio del Albergue de los pobres, que hoy es hospital general con nombre de la Anunciacion, que así lo dice la piedra, *Iussu et ope Filippi Secundi, etc.*, y para fundar el monasterio de los Mínimos de Madrid. Fundó el de San Pablo, de frailes descalzos de San Francisco, en Arévalo. En su muerte mandó fundar otro de San Agustin en Huesca de Aragon, en las casas en que nació San Lorenzo. Dió á Nuestra Señora de Guadalupe diversas cantidades en preseas, especialmente un escritorio de acero embutido de oro, con un crucifixo de oro, para custodia del Santísimo Sacramento, que vale ocho mil ducados, y veinte mil para hacer el retablo mandó en su muerte, y en vida dió otros tantos para Nuestra Señora de Monserrate. Erigió en Indias muchos obispados, y la iglesia de Valladolid y la de Búrgos en arzobispado, aumentó las prebendas á la de Granada.

Sigue la materia.

Al amparo de su fe y caridad venian los Obispos de Armenia, Irlanda, Inglaterra, Grecia y de todo el mundo. Él los recogia, acariciaba, remediaba sus necesidades, honraba sus personas. De la misma liberalidad usó con seglares que sabía eran buenos católicos desterrados por buscar á Dios, huidos de su tierra madre, donde le dexaban con apostasía. No conocian Príncipe en la Iglesia á quien acudir sino al rey D. Filipe, padre de la misericordia, que con amor se ocupaba en recoger y consolar las ovejas del rebaño de Cristo que venian desconsoladas, arrojadas de la mayor parte del setentrion, haciéndoles limosnas cuantiosas, dándoles entretenimientos en diferentes vireinatos de sus Estados y en los exércitos de Flandres aventajados á los soldados, como verdadero padre y amparo de los hijos de Cristo. Recibió á los religiosos ingleses con buena voluntad, y los favoreció para la fundacion de sus seminarios, donde crian nuevas plantas para que vayan á dar precioso fruto de dotrina en otras partes. Sábese en la plaza del mundo la instancia que han hecho herejes para que estos seminarios se deshiciesen y acabasen, pareciéndoles que, aunque toca á la oposicion que hacen á sus sectas, se fortifican de ánimo y mala voluntad contra ellos, temiendo más su entrada en la isla por el peligro de la determinacion que éstos llevan de morir y matar como ellos piensan si pudiesen á la Reina, que la predica-

cion con que su herejía era conservada, proveyendo ellos en esto con su consejo y poder. Mas su Majestad, por servicio de su religion católica, con la experiencia y esperanza de que hay y habrá destos muchos mártires, los ayudó y favoreció, mandando que se mirase por ellos en sus reinos con cuidado, de que no poco se sirve Dios, pues procuran con integridad debida su santo servicio; siendo como son el fuego de los sacrificios del templo de Jerusalen, que dexaron guardado los sacerdotes en el pozo cuando fue llevado el pueblo hebreo captivo á Babilonia, que despues de su transmigracion le hallaron vivo, aunque hecho barro, con que luégo hicieron su ofrenda. En la captividad de la gente inglesa por la herejía hecha desordenada Babilonia, llena de confusion, cuando Dios sea servido de sacarlos della, hallarán en el fuego de su caridad del amor de su señor de la verdadera dotrina en el barro destos sus escogidos, para prueba de que como el otro fue el mismo fuego, esta es la misma dotrina verdadera y católica que dexaron por su apostasía encerrada en estos fieles ministros de Dios. Comenzado han á florecer con mártires, dando principio Enrique Valpolo y Ebdracio Yorque, bienaventurados. No hay duda sino que su Majestad mereció mucho con Dios con tan santa obra y buen acoginiento desta afligida nacion. Que si Abdias se gloriaba delante del profeta Elías por haber guardado cien siervos de Dios, perseguidos de Jezabel para darles la muerte, escondidos en cuevas, sustentados con pan y agua, ¿qué podia el religioso Príncipe decir, que no sólo ciento, mas cientos, sustentó en casas grandes (no en cuevas) con viandas saludables, como á semilla de Jacob, esparcidos hijos de Israel en la captividad de Babilonia? Hecho que ninguna edad, siglo, memoria, posteridad podrá olvidar jamas. Pues el carro de Lucio Alvinio fue venerado con honrosas ceremonias, porque en tiempo de una necesidad recogió en él su dueño los sacerdotes y vírgenes vestales con las reliquias de los vanos templos. No ménos amparó los religiosos ingleses que salieron huyendo de la persecucion de Isabel, y primoro por la de Enrique VIII, partieularmente de los monasterios de Betleen, de cartuxos, y del de Sion, de monjas, fundados en el año de mil y cuatrocientos y deciseis por el rey Enrique VI, ántes que pasase en Francia á ser coronado, que con alabanza perpétua estaban situados junto á un su palacio llamado Richemond, ribera del rio Támesis, dos leguas de Lóndres, frontero el uno del otro en correspondencia. El de monjas era de Santa Brígida, de la sangre Real de Escocia, que murió en el año de mil y trecientos y setenta y tres, aprobada y canonizada órden por Bonifacio IX. Pasaron primero á Flandres, guiadas de soror Catalina Palmera, y restituyólas el cardenal Polo, reinando nuestro D. Filipe y María. Y muerta esta Reina, al cabo de peregrinaciones várias, salieron de la isla y se mudaron en Flandres, y de allí á Bretaña; y al fin de catorce años de morada, con muchas persecuciones, vinieron por último á Lisboa á descansar seguramente de-

baxo del amparo de los decendientes de la casa Real, que en Inglaterra se llama de Lencastro. Su Majestad se gozó mucho, dando primero gracias á Dios que le traia sus ovejas amadas perseguidas para que las amparase y alimentase, como lo hizo con el monasterio de cartuxos, que ha perseverado en Flandres, sustentado con sus limosnas y de los poderosos buenos católicos de aquellos Países Baxos. Y para que conste como en lo más apartado de la comunicacion de los hombres habia personas que con obligaciones le encomendaban á Dios continuamente, refiere, como aquí diré, Juan Ceberio, presbítero, natural de Canaria, en un capítulo de un libro que escribió del viaje que hizo á visitar la ciudad santa y tierra de Jerusalen, en esta manera: «El Abad me dixo que en el desierto del monte Líbano tenía un ermitaño de santa vida, de su hábito y nacion maronita, que habia estado en España yendo á Santiago de Galicia en romería, el cual decia que el Rey era muy católico y caritativo, y todos sus vasallos, por lo cual hacía particular oracion por él y ellos. Rogáronme que subiera al desierto á visitarle, porque ya por su edad cansada no podia venir al convento. En viéndome abrazóme estrechamente, y en lengua castellana me preguntó por el rey D. Filipe, nuestro señor; y diciéndole que vivia, las lágrimas le baxaron por las venerables canas, rogándome que si volviese á España le dixese que un ermitaño maronita se le encomendaba, y que en sus oraciones no se olvidaba de su Majestad, suplicando á Dios le diese salud y gracia para serville, por hallarse obligado á un beneficio recibido en Madrid, yendo en romería pobre y enfermo á Santiago de Galicia, mandando su Majestad darle limosna tan larga, que con ella se curó y volvió al monte Líbano, su patria, sobradamente, donde tomó el hábito con su medio.» De manera que en todo el mundo se publicaba la piedad deste poderoso cuanto misericordioso príncipe. Refiere asimismo que habia dado un terno negro en Jerusalen, en el convento del Santo Sepulcro, para celebrar los oficios divinos, y muchas limosnas ordinarias con particular devocion y reverencia de aquellos santos lugares, donde se obró nuestra redencion. Demas de que para conservacion del monasterio de San Francisco daba en cada un año buena cantidad de dineros, con que refiere el mismo autor, y es cierto, que se sustentaba la amistad y buen tratamiento de los turcos de la guardia, teniéndoles siempre viandas para que comiesen, con que obligados miraban por la custodia de los frailes como cosa propia. Cuando venía algun peregrino de la Tierra Santa, le oia con agrado la relacion de su viaje; y conociendo esta devocion y gusto, le truxeron los curiosos y religiosísimos padres de la Compañía del Nombre de Jesus, la planta y montea desta santa tierra y ciudad de Jerusalen, las aldeas y villas y lugares particulares que se citan en el Evangelio, en madera de relieve, pintada con buen arte, primor y propiedad, y un libro de su explicacion. Todo lo puso en la librería de San Lorenzo el Real. Adornó los

bosques que mira este edificio, que son un jardin natural, regado de muchas fuentes, y de huertas con frutales, hasta su tiempo nunca gozados, traidos de várias provincias para hacer este admirable compuesto. Hasta peces hizo traer de Flandres, carpas, tencas, burgetes y gambaros de Milan, y recoger de diversas regiones de ambas Indias, de Alemania, Arabia y Grecia virtuales y medicinales plantas de inestimable valor por sus efetos. Envió médicos y herbolarios, y entre ellos al licenciado Juan Fernandez, docto y curioso, con pintores para que le truxesen los dibuxos y pinturas de cuantas diferencias de yerbas habia, árboles ortenses y montanos, de las aves, culebras, sabandijas de generacion y putrefaccion conocidas, animales bravos, mansos, terrestres, marinos, mónstruos, y de cosas admirables en naturaleza, y ordinarias en aquellas regiones. De todo se hicieron retratos y copias, y se pusieron en libros curiosos y preciosos, que hoy conserva la librería de San Lorenzo, donde áun están las mismas yerbas sobrepuestas en hojas de libros. Y de los borradores y rasguños, ó por mejor decir originales, en que se pintaron en los campos se adornaron lienzos de pintura, que están en la galería y aposento de su Majestad en San Lorenzo. No le ecedió en esta parte Alexandro Magno, por cuyo mandado escribió los libros de la naturaleza de los animales su maestro Aristóteles. Ni fue menor el número de los que hizo traer orientales y meridionales, reinocerontes, elefantes, adives, leones, onzas, leopardos, camellos, de que hay cria y servicio en Aranjuez, avestruces, zaidas, martinetes, airones. En todo tuvo ecelencia, y de todo noticia con tal generalidad, que entrando en el batan de San Lorenzo puso en el pico de la lengua un poco de greda, y dixo «buena». Sus Altezas, deseando saber por qué lo decia, respondió: «La greda, como ésta, que se pega en la lengua es buena y de provecho.» Era como el águila que se levanta con su vuelo hasta hacer encuentro con lo más alto, y allí tiene lo mejor sobre todas las aves, y con la fuerza de su vista ve las sabandixas que andan en la tierra y en el agua, sirviéndose D. Filipe destas cosas menores para desenfado y alivio de las mayores en la grave carga dellas. Y así dicen Santo Tomás, Aristóteles y Biantes, que la prudencia que deciende á considerar las cosas singulares de cada individuo es propia de reyes y gobernadores, como la vista para los demas sentidos. Fue tan curioso, que envejeciéndole más las enfermedades, forzándole al uso de las medicinas simples y compuestas, mandó hacer en San Lorenzo distilatorios de capacidad grandísima y extremadas y várias figuras, con tal ecelencia que solamente un príncipe tan curioso y poderoso las pudiera hacer, y truxo á Vincencio Forte y otros extranjeros artífices para sacar las quintas esencias, que llaman sustancia sutil y húmido radical intrínseco y simple, difundido en las partes elementadas, que largo tiempo mantiene las cosas en su sér, ordenada de la naturaleza para conservar los individuos. Aunque si el alimento se hace de los muertos, y la

materia del oro y perlas no vivió, no sé de qué efeto sea. Criáronse y habilitaron con su amparo, y perficionaron y florecieron los artífices en gran número con su comunicacion, porque de poner una cosa de sí propios á como él la acomodaba, iba el parecer bien ó mal. Favoreció los artistas, y premió los eminentes; entraba en sus obradores, y hablaba en lo que les tocaba con ellos; y más á Juanelo, milanés, geómetra y astrólogo tan eminente, que, venciendo los imposibles de la naturaleza, subió contra su curso el agua hasta el Alcázar de Toledo, y hizo que los movimientos de los cielos y contracursos de los planetas se gozasen en sus reloxes, admirable maravilla. En materia de piedras preciosas fue Jacome de Trezo, milanés, único en su conocimiento y labor, y Pompeo Leoni, milanés, y Juan Baptista Monegro, toledano, estimados porque hacian estatuas, que enviaban al que las miraba muda voz, ciega vista, sangre fria, aquél de bronce, de marmor éste; y Juan Baptista de Toledo, arquitecto inmortal por la traza en planta y montea de San Lorenzo el Real, y su dicípulo Juan de Herrera, que aunque le comenzó algo tarde á pollr el estudio y arte, salió con la continuacion tan perfeto, que igualó á los antiguos, y ecedió á los modernos. Jamas crecieron en Roma ni florecieron las artes de todas suertes como en el imperio de Augusto, por la virtud del Emperador y grandeza de su señorío. Con las ciencias y los estudios debaxo del amparo de un gran Monarca los pueblos se rehacen, pulen, exercitan; los superiores para saber mandar, los inferiores para obedecer, con que la República se conserva en paz y serenidad.

CAPÍTULO XVIII.

El Rey de Portugal dispone el hacer jornada contra el de Marruecos.

Don Sebastian, rey de Portugal, que por natural ferocidad, ó permision divina, tenía la jornada que deseaba hacer en Africa por justa, no daba oidos á los que la disuadian á su parecer, justamente endurecido á los ruegos de la reina doña Catalina, su abuela, y del cardenal D. Enrique, su tio, consejos de sus más fieles, y advertencias del Rey Católico. Con diligencia y asistencia, aunque con poco efeto, se prevenia, y sus ministros, más ambiciosos que inteligentes en la administracion de la Real hacienda, buscaban por su poca facultad dineros por todas vías. Pidiéronlos á los señores por donativo ó empréstido, y dieron pocos. A los eclesiásticos la tercera parte de sus rentas, y se compusieron en ciento y cincuenta mil ducados, y los hebreos en docientos y veinticinco mil, con que por sus deli-

tos contra la fe no fuesen sus bienes confiscados por cierto tiempo. Impusieron con novedad alcabala sobre la sal. Hicieron corriente la moneda castellana, ántes prohibido, y crecieron su valor la nona parte, tenido por prodigio de los discursistas. Juntó lo concedido y procedido de las rentas Reales de imposicion de á veinte por ciento, y era poco para el gasto de la deseada guerra. Lo que las naos de la India, prósperas entónces en navegacion y porte, truxeron, no aprovechaba por no se haber vendido la especería y mercadería del Rey. Sinificó al Pontífice su deseo, y por ser la armada contra infieles le concedió las tercias y la Bula de la Cruzada, y la primera vez en Portugal. Por esto los ministros, más nobles y amantes del Rey que inteligentes en el manejo de su hacienda, temian el imposible de proveer lo necesario, el enojo de D. Sebastian por ello, el peligro de la jornada. Alentábalos el creer que el Rey Católico no ayudaria por aquel año con lo prometido, ó por no poner al sobrino en riesgo, ó no poder, volviendo forzosamente sus fuerzas enteras contra los Estados de Flandres fedifragos, rebeldes, falsos en la intencion, como en las promesas y obras. A los hidalgos de más calidad, virtud y capaeidad juntó, y propuso desde la puerta de la sala su intento con razonamiento dilatado, más de pretendiente que de príncipe que habia menester consejo. Acabó diciendo no le pedia, si no se declaraba, y sin oir á alguno se fué. Por cartas le procuraron reducir D. Duarte de Castelblanco, su embaxador en Castilla, el Conde de Tentugal, y á boca D. Alvaro de Silva, conde de Portalegre, su mayordomo mayor, señor de mucha autoridad y prudencia, mas permaneció en su obstinacion. Vino de Fez D. Antonio de Acuña, que habia peleado de la parte del xerife Muley Hamet, siendo su cautivo; é informando al Rey por su mandado de las cosas de Africa, número y modo de pelear de los moros, respondió le habian parecido muchos; y siendo caballero que en la India acabó empresas de las más notables que allá hubo, consultó públicamente sus médicos para saber si podria un hombre tener ménos valor y juicio con la edad, queriendo atribuir su buen consejo, celo y verdadera relacion á desatino. Habia el Rey Católico enviado en Africa al capitan Francisco de Aldana á reconocer las marinas y sus fortalezas, y enterarse de lo que más cumplia al rey D. Sebastian; y hecha relacion en Madrid se le envió, teniendo por cierto que por ella desistiria de la empresa, ó no iria en persona á ella. Hízola más dificultosa que pensaba, mas resuelto en hacerla le reduxo á seguirle é instruirle en el modo con que se debia gobernar.

En este tiempo las insolencias de los turcos en Fez deshacian la obligacion en que pusieron á Moley Moluc con su introducion en el reino, y no los despedia; porque en España se trataba de restituir en él á Muley Hamet por el rey D. Sebastian, con ayuda de D. Filipe, y aunque le parecia eran de temer los turcos, tambien los cristianos. El Rey Católico

deseaba que los echase de sí, porque siendo de su naturaleza feroces, infieles y desestimadores de los moros podian esforzar tiranía con que señoreasen los reinos con gran daño de la corona de España. Esta prática comenzó por medio del príncipe Vespasiano Gonzaga, virey de Valencia, y envió á Andrea Gasparo Corzo, de nacion italiano, amigo de Muley Moluc desde que estuvo en Argel, donde el Corzo mercadeaba, y por otros caminos se intentó lo mismo, con inteligencia, con alcaides. Tomó D. Francisco de Vargas Manrique una nave que iba á Larache cargada de armas para Muley Moluc, y el Rey mandó la dexase libre, porque le queria hacer amistad. Al asiento della daba orejas Moluc, que aborrecia los turcos, y era prudente, y envió á decir á D. Filipe otra vez con el Corzo mirase lo que de sus Estados queria, porque le sería amigo y confederado, conforme á la memoria de los capítulos que se habian propuesto. Desta oferta avisó á D. Sebastian, diciendo no desconvenia tener el moro por amigo ó en esperanza, pidiéndole se declarase más, porque las prácticas no suspendian las armas, y dellas podria nacer algun buen efeto dando de grado lo que le podria quitar la fuerza. Don Sebastian pidió á su tio no tratase de acuerdo con el moro.

Viendo estar ya en el estío, y que no tenía aprestos, armada, gente ni dinero para llevar la empresa al efeto, le dixo su embaxador D. Juan de Silva le proveerla de soldados y navíos, pagando las dos tercias partes del gasto dellos, segun lo acordado. Sabiendo dudaba del cumplimiento de su oferta mandó se hiciese de nuevo á su embaxador de cincuenta galeras y cinco mil infantes, cuando fuese imposible hacer la empresa, porque no queria arriesgar sus fuerzas sin que se juntasen con todas las que habia de tener el Rey de Portugal. Detenia tambien al de Castilla el haber comenzado á tratar de suspension de armas con él los baxaes de la Puerta de Amurates por vía del Bailo de Venecia y del conde Juan de Margliani, italiano, con deseo de meter sus armas en Persia, y convenia para esto dexar seguras la Grecia, sus islas y mar de Asia y Egipto, y así el turco no queria desordenar el trato, enviando armada contra Africa su tributaria, y contra Muley Moluc su hechura. Don Filipe procuró meter en la tregua por tres años á D. Sebastian, y fue inexorable, diciendo se llenaria de turcos Fez, con notable daño de España, pues tendria la guerra, de que preservaria á Italia más fuerte y armada. Lo remediaria no entrar en la tregua él, y ayudarle secretamente contra el Moluc. Con su ayuda, ó sin ella, estaba resuelto de pasar sus armas en Africa, como llevado de fuerza superior, para mudanza jamas esperada, aunque temida entónces de Portugal. Desplacia esta resolucion precipitosa á D. Filipe, y porque, sin ayudarle, era peligrosa la jornada, la disuadió al sobrino por sus cartas y del Duque de Alba, y por último por embaxada que llevó el Duque de Medinaceli, dándole con mucho amor consejos de pa-

dre y amigo deseoso de su bien. Muley Mahamet le inflamaba solícito para que su exército pasase á Berbería ántes que el enemigo se armase, y no él, porque le ayudarian mejor los moros de su devocion, y con ménos nota abandonarian á Moluc, sin sospecha de venir á manos de españoles. Albacarin, alcaide de Arcilla, la entregó por su ruego al Gobernador de Tanjar, y sin duda habria próspero suceso. Pareció particular determinacion de Dios el hacerse esta jornada, ó para castigo ó provecho de los pueblos, que de tiempo en tiempo, con voluntad de infinita sabiduría, muda fatalmente los imperios y señoríos, y las monarquías tienen sus años críticos en que desfallecen. Culpas merecen castigos, y éstos mudanzas, y la de Portugal se juzgó encaminaba á su perdicion, pues de cuantas cosas para desordenar esta jornada se hicieron, no impidieron su execucion, cayendo todo tan á punto, como si la mano de Dios conduxera los portugueses á los limitados términos de su monarquía con escondidos fines de su alto juicio, que ninguno podia alcanzar, porque suele castigar al que más quiere.

CAPÍTULO XIX.

Los conjurados de Flandres procuran prender á D. Juan de Austria, y él se retira al castillo de Namur, y pierde el de Ambers y el de Utrecht.

Los conjurados de prender á D. Juan de Austria en Bruseles traian por señal entre sí las gorras abaxadas al derredor, y en banquetes trataron sobre la muerte que se habia de dar á los Juanistas: así llamaban á los más leales al Rey. Juntáronse con el Embaxador de Inglaterra, y con rabia de que D. Juan se ausentó, y porque en ninguna parte mejor podrian hacer la prision que en Bruseles en la procesion general anual, en trece de Julio, del Santísimo Sacramento del milagro, en que iban los gobernadores generales por costumbre. Ignorando los del Magistrado la conjuracion, pidieron por consejo de los autores della á su Alteza viniese á la solenidad de la fiesta. Excusóse, advertido de su tratado, y que la gente de guerra de los Estados ganaba tierra, y Mos de Champaigne aloxó su coronelía cerca de Ambers con esperanza de entrar en ella por el castillo y echar fuera los tudescos, y para hacerlo con más seguridad esperaba la armada del Príncipe de Orange. Sobornó al capitan Ponto de Noyeles, señor de Bourse, por medio de Lideckercke y Rouck, recebidor de Brabante, para que favoreciese los deputados por la retirada de D. Juan á Namur, por lo que se murmuraba por las cartas salteadas en Francia, y porque se

decia que Mos de Trelon queria meter en el castillo soldados de Cornelio Van Empt, y echar los que estaban dentro; y tenian comisarios de los deputados en Ambers veinte mil florines, y se darian á los del castillo, si con alguna hazaña señalada se declarasen por los Estados. Ganó Bourse tres compañías, mas no la cuarta del capitan Mos de Morvile, que despues que se halló en el prendimiento del Consejo de Estado sirvió fielmente al Rey; y así trazaban cómo echarla fuera para efetuar su traicion. No asistia en el castillo de Ambers el Duque de Ariscoht por sus ocupaciones del Consejo de Estado, y el Príncipe do Chimay, su hijo, le mantenia por su poca experiencia y edad gobernado de monsieur de Villerbal. Partió con embaxada al de Orange, y sucedióle Luis de Blois, señor de Trelon, leal y buen caballero. Escribióle D. Juan y á Mos de Filome y á los demas capitanes del castillo, temiesen las traiciones de Champaigne, y por si executaba ordenó á los Barones de Fransberg y de Fucquer, coroneles, se asistiesen y guardasen con vigilancia las plazas que tenian á su cargo, para que de los flamencos y del Príncipe de Orange no fuesen engañados, que intentaban cosas nuevas cada hora contra el Rey. Mandó á los soldados de Mos de Hierge, del Conde de Meghen, de Cornelio Van Empt marchasen con diligencia para Ambers, mas por estorbos tardaron algunos, y los de Van Empt, encontrando la coronelía de Champaygne, volvieron á Namur á pedir sus pagas á D. Juan, y sin ellas á Alemania. Fue mayor la diligencia de los Estados en cerrar la comunicacion y coger las cartas de Su Alteza, que el secreto con que se encaminaban. Descifradas las enseñaban y comentaban, y con otras las imprimieron para mostrar la justificacion de la nueva guerra. Al fin fue avisado Trelon, y con razonamiento agradable induxo á los capitanes y soldados á jurar defenderian y tendrian la fuerza por el Rey de España y por su hermano; con que se aseguró Trelon más de lo que debiera.

El Duque de Ariscoth dixo á D. Juan las conjuraciones que se hacian contra él y su familia para prenderlos por consejo del Príncipe de Orange, y convenia pasar á parte más segura, porque no habia fidelidad ya. Querian que firmase la libertad de conciencia y otras cosas, y si no lo hiciese matalle. Quisiera retirarse á Luzeltburg, mas tenian los rebeldes tomados los pasos. Dixo iba á Namur á hospedar á madama Margarita, hermana del Rey cristianísimo, princesa de Bearne, que pasaba por allí á beber la agua de la fuente de Haspa en Lieja. Los conjurados, para que los de Namur no le recibiesen, temiendo no pasase á Luzeltburg á juntar gente con que vengarse, y si entrase le prendiesen, escribieron al Magistrado queria juntar allí y matar los titulados de Flandres para introducir tiranía peor que la pasada. Procuraron en vano que los de Borgoña entregasen algunos castillos á los de su opinion, para cerrar él la vereda á los exércitos que de Italia viniesen. En venticuatro de Julio entró en

Namur con la Princesa D. Juan, con la mayor parte del Consejo de Estado y el de Hacienda, el Duque de Ariscoht, el Marqués de Havre, el Conde de Reulx, los hijos de monsieur de Barlaimont, gobernador del ducado de Namur, Mos de Hierges y el de Floyon, y otros caballeros. El Príncipe de Orange, por medio de Aldegonde y de Teron, concertó con los Condes de Egmont y de Lalain y Baron de Hesse de prender á D. Juan, y de que le eligiesen á él por gobernador general de los Estados, para quitar al Rey su autoridad é introducir la libertad de vida y de fe, y para la seguridad de la patria y de sus deputados; porque cerca de Massiers, en Francia, por órden de D. Juan, el Duque de Guisa juntaba gran número de gente para entrar en Flandres, y el Baron de Billi levaba soldados con que sujetarlos. El tratado comenzó en Bruseles, y se acabó en el castillo de Fenilie, en Henaut. Para su efeto persuadieron á los deputados, que en partiendo la Princesa apretasen á D. Juan en que volviese á Bruseles ó á Malinas, para prenderle en el camino. El Conde de Lalain le pedia le avisase con mucho secreto el dia de su partida para tratar en el camino cosas importantes. Respondiéle en el márgen de la carta viniese á Namur á verle, si los negocios eran de la importancia que decia; mas el traidor no vino, y fue el principal movedor de la rebelion que se siguió. Enviaron los deputados al Arcediano de Ipre y á Bruisio, para persuadir á Su Alteza el no creer rumores falsos ya, más volviese como Príncipe magnánimo á la Córte á gobernarlos, pero no quiso; porque era advertido de sus traiciones por cartas del privado del de Orange, y de que guardase su vida en Namur, por lo que á los del Magistrado escribieron los conjurados, y estar los soldados despedidos por la paz hecha, con nombre de patriotas los Condes de Egmont, Hesse y Bersele, y los señalaban con medallas, cuya inscripcion era contra juanistas. Destos habia muchos de secreto, y desconocidos por los mesines, con voz de que pretendian pagas debidas, persuadidos se daria gran premio por los deputados al que á D. Juan matase, de que pendia la prosperidad antigua de las provincias, que ántes obedecerian al turco ó ingleses que á los españoles. Dixo al Arcediano de Ipre y á Bruisio, no creyesen levaba gente en Francia ni en Flandres contra ellos, castigasen los inventores de las desconfianzas nuevas entre los Estados y Su Alteza. Envió con ellos á Grobbendoncq y carta para los deputados, en que les decia en sustancia:

«No volveria á Bruseles hasta que se castigase y enfrenase la desórden »del pueblo, ni permitiria se hiciese guardia, sino á su persona y al Ma»gistrado, ni que la de los vecinos fuese con caxas y rumor militar, y los »oficiales se nombrasen por el Magistrado, á quien obedeciesen en nombre »del Rey, y él diese noticia al gobernador general ántes de su nombra»miento. Se pregonase ninguno abriese cartas ajenas, ó prendiese ó inno»vase sino el Magistrado. Fuese lícito advertille lo que se hacía en daño de

»la República. Si alguno con malicia denunciase falsamente de otro, fuese »castigado para escarmiento; y no se permitiese á los oficiales de la guar»dia por sospecha ó por manifiesto delito castigar por su autoridad sino el »Magistrado. Las cofradías ó gildas juradas, y los oficiales que llaman Am»bachen, jurasen de obedecer á los superiores y al Magistrado de la villa, »y de no usurpar lo que por justicia no les toca, ni hacer fuerza ni inju»ria, ántes darian favor para que se hiciese justicia, y resistirian á los que »pretendiesen lo contrario. Se mandase por público pregon que los que hi»ciesen libelos infamatorios, ó esparciesen rumores falsos, con que los bue»nos se ofendian y era turbado el buen gobierno, no dando autor dellos »se castigasen para el público exemplo. Porque sus privilegios no recibie»sen detrimento, los deputados echasen de su junta los forasteros, que por »antigua costumbre no podian hablar en ella. Enviasen los nombres de los »que cada provincia habia de nombrar por deputados dellas, para que le »constase los que hubiesen de hallarse en la junta de los Estados.»

Respondieron los deputados:

«No podian por su poca libertad acetar sus condiciones sin consen»timiento del pueblo de Bruseles, procurarian haberle y del Baron de »Hesse y de sus secuaces; y por las desconfianzas dellos y de D. Juan, se »podia tomar muy mal la resolucion conveniente, y por el desconcierto del »tiempo que corria.»

Enviaron al señor de Capres á persuadille volviese en todo caso á Bruseles, porque alteraba mucho su ausencia, la aquietaria su presencia, y holgarian los deputados de verle, que estaban sin cabeza, con órden que si no quisiese apretase con los soldados que habia en Namur, y le prebdiese á todo trance. Llegó á Namur de vuelta de París el Conde de Fauckemberghe, y afirmó á su Alteza vino cuidadoso, porque en aquella Córte se tenía por muy cierta su prision. Conociendo dependia en Flandres de su libertad la conservacion de la fe católica y autoridad del Rey, se aconsejó con el Conde de Barlaimont y sus dos hijos, y pareció no debia desamparar á Namur grande y fuerte, paso y llave para entrar en los Estados por fuerza si conviniese, y de gran utilidad y provecho por los muchos bastimentos que por el rio Mosa, sobre quien estaba, venian de Francia, y para sitialla eran menester dos exércitos; y tomado el castillo con industria no tendria que temer. Convinieron en el modo, y executaron en el siguiente dia, sin avisar al Consejo de Estado, ni á los deputados de quien no fiaba. Fingió ir á caza, y pasando por la puerta del socorro del castillo, pidió á Mos de Ives, castellano, le dexase entrar para mirar desde lo alto la campaña. Como las cosas no estaban en rotura, mandó abrir la puerta á los pocos soldados y viejos, cansados de larga guerra, de la guarnicion, entró y los que le seguian con los arcabucetes en la mano, y dixo á mos de Ivés, no temiese, porque se apoderaba del castillo por el Rey, cuyo era,

para librarse de la conjuracion hecha contra él, y sería el dia primero de su libre y verdadero gobierno en los Estados. Encargóle las llaves, y ordenó al Duque de Ariscoth pusiese en la ciudad en salvo su familia. Mos de Capres huyó á Hoey, y los más soldados que vinieron á prender á don Juan le siguieron con tanta priesa, que apénas recogieron su ropa, diciendo no tenian ya que hacer allí, pues se les habia escapado su Alteza. Declaró luégo su intento y las causas que le movieron, y los que le asistian, la licencia que les daba para dexarle, y el Abad de Maroles, su limosnero mayor, astuto y poco fiel, y no al de Orange, con algunos se ausentó. Aprobaron el hecho los que sabian las razones que para ello tenía. Otros dixeron se fió mucho al principio de los flamencos debilitando al Rey, y no debia ya desconfiar del todo dellos, para mover la guerra civil. Mas estaba Flandres tan desordenada cuando vino, que no pudo escoger, sino forzado y de las órdenes del Rey, y habia ya de caer en manos aleves, ó ser muerto. Los juicios son diversos, ó por el deseo ó por inorar las causas.

Es Namur villa grande entre dos cerros eminentes, al levante el rio Mosa con largo puente, y el Sambla que baña el pié de la montaña del castillo, y entra en el Mosa. Es obispado de Lieja de los pueblos Condrotz ó Condrusos, belgas, de quien es cabeza Hoje, y son parte de la selva Ardeña, entre Luzeltburg y el Mosa. Sobre el monte del castillo, escriben, estuvo el ídolo Namo, y cesando sus respuestas con la predicacion del Evangelio de Jesucristo, edificada al pié del monte Namur, tomó nombre del Dios Namo ya mudo. Sobre su posesion hubo grandes guerras entre los Príncipes de Flandres, Luzeltburg y Lobayna, y vino á poder de Baldovino, conde de Henaut, con vitoria contra Valerano, conde de Luzeltburg. Pasados muchos años la reina doña Blanca, madre de San Luis, rey de Francia, compró á Namur de Baldovino II, emperador de Constantinopla, y le dió á la emperatriz Marta, de Grecia, por su gran virtud, hija de Juan Brena, rey de Jerusalen, y mujer del emperador Baldovino. Despojóla Enrique, conde de Luzeltburg, abuelo del emperador Enrique VII. Volvió á los Condes de Flandres por casamiento que hizo el conde Enrique de Luzeltburg, de su hija Isabel, heredera, con el conde de Flandres Guido Dampetra. Está con los Países unidos en D. Filipe, duque de Borgoña, el Bueno, padre del valiente Charles, bisabuelo de D. Filipe II, de quien escribimos ahora.

BIBLIOTECA NACIONAL

CAPÍTULO XX.

Los rebeldes se aconsejan sobre la guerra, y responden á la carta de D. Juan.

Pudieron los deputados de los Estados, y el brazo militar y eclesiástico, que los seguian casi todos, y universalmente el popular con poco trabajo echar á D. Juan del castillo de Namur, estando sin gente y prevencion para esperar cerco, y los ciudadanos inclinados á sus naturales, y en muchas semanas no tuvieron presidio. Con señalado descuido dexaron á los tudescos acercarse á Su Alteza, que aunque fiaba poco dellos por no estar pagados, con esperanza de serlo se le arrimaron. Habia en sus ánimos alterada variedad, poca resolucion, desconfianza de sus fuerzas para comenzar la guerra al descubierto; y así el de Orange los induxo, porque le estaba mejor apoderarse, ocupada Ambers, de las villas de Brabante vecinas á Holanda que presidiaban los tudescos, y unidos los Estados echar á D. Juan dellos con la gente de los sitios, que luégo pudieran ganar á Namur y á Luzeltburg, y fuera necesario y áun forzoso á los tudescos, el rendir las villas de Brabante quedando sin socorro totalmente. A la carta que Rhasinghen dió á los deputados de parte de D. Juan le respondieron con acuerdo:

«Dió causa de nueva guerra su retirada en el castillo de Namur; no creyese relaciones falsas, avisase de los autores de las conjuraciones para que »se enterasen dellas, y los castigasen, y quedase su Alteza satisfecho de su »fidelidad, y ellos de la pena que por su disgusto tuvieron. No era decente »permitirle más guarda que la ordinaria de los Gobernadores generales, y »tendrian por bien que su Alteza tuviese trecientos arcabuceros aceptos á »los deputados, y fuese capitan el Conde de Bossu, Montigni, Gruninghen, Villerval ó Noyeles, y nombrase por su teniente y cabos de escuadra los que eligiesen ellos, y jurasen todos defenderian á su Alteza, guardarian la paz de Gante, el Edicto perpétuo, no permitirian cosa en perjuicio de su Alteza y de los deputados. Proveyese los oficios y dignidades »á él pertenecientes, conforme á los privilegios y conciertos, y su interpretacion y de los artículos de la paz tocase sin contradiccion al pueblo. Por »antigua costumbre en la junta de los Estados habia tres brazos con número incierto de deputados, más ó ménos como pedia la ocasion; y así »no podian enviar catálogo de los que asistirian en la junta. Se guardase el »Edicto perpétuo, y poudrian en escrito los puntos que ambas partes tenian »por cumplir; y si el Príncipe de Orange y los que le seguian requeridos

»no satisfacian á los conciertos, se juntarian con su Alteza para forzallos. »Le rogaban viniese á Bruseles, saliesen los tudescos de Flandres para evi»tar el daño de la religion católica y quitar el impedimento de la Junta »general. Constaba por las cartas de Escobedo cogidas en Francia tenía su »Alteza cerca de sí sospechosos forasteros mal intencionados contra los fla»mencos, y se aconsejaba con ellos, perturbando la paz, aumentando la »desconfianza y disension: los expeliese y formase su casa de la nobleza »flamenca.»

Los tudescos de Ambers, confiados en el juramento que entre sí hicieron de guardarla fielmente, con inadvertencia de inconsiderados y comunes, queriendo atemorizar los vecinos, dixeron habia Liga entre sus oficiales y Mos de Trelon en daño de la ciudad. Alteró esta amenaza los soldados del castillo, que ya estaban inquietos por inducimiento secretamente del capitan Ponto de Noyeles, señor de Bourse, sobornado de Liedeckercke y Rouck, recebidor de Brabante, como atras diximos. Para que afloxase Mos de Trelon en su gran cuidado de la guarda del castillo, Ponto de Noyoles le mostró carta de los deputados en que le rogaron entregasen la plaza, y le dixo moriria ántes que en tal fealdad cayese, y lo avisase al señor D. Juan. Mejoró en su opinion á Noyeles y Trelon, y templó algo el rigor y sospecha con que el castillo aseguraba. Noyeles en la misma noche prometió en la ciudad entregarle, si Liedeckercke y Rouck le daban setenta mil florines. Convenidos, previno la entrega para el dia que la compañía de Morville saliese de guardia, que la habia de mudar la suya solamente. Al mismo punto tomaron las armas y acometieron á Morville las tres compañías juntas: defendióse gran rato, y si no estuvieran repartidos los soldados della en cuerpos de guardia, fuera dudosa la vitoria. Con muerte de tres veces más de los conjurados, los de Morvillé fueron echados del castillo, y el de Trelon enviado preso á Bruseles; y Bourse, apoderado dél, sacó artillería y junto con los vecinos de Ambers que se armaron, retiró á la villa nueva cercana al rio los tudescos del presidio del Rey, amedrentados del suceso y batidos de la armada del de Orange, que avisado de la expulsion de Trelon, acudió luégo á la defensa de Bourse, y Mos de Champaigne, con su coronelía, fué á Breda y á Berghenopzoon.

El de Orange, no estimando la sentencia que se dió en Malinas en su contra sobre meter en su gobierno á Utrecht, envió á Pablo Buisio, astuto abogado de Holanda, á la ciudad á inducir la gente baxa y necesitada á rebelarse contra el juramento poco ántes hecho de fidelidad al Rey, para guardalla. Sobornados los soldados y vecinos, derribaron parte de la muralla del castillo, y forzaron á los deputados de la provincia, juntos en el cabildo de la iglesia mayor, á darles licencia para pasar las municiones del castillo á la ciudad. Entregaron al Príncipe de Orange el gobierno de la provincia, y mandó derribar el castillo del Emperador. La ocupacion del

de Ambers por trato dió gran contento, ánimo y fuerza á los rebeldes, y caida á las cosas del Rey. Escribieron los deputados al Duque de Ariscoth y al Marqués de Havre, su hermano, se acordasen de su Liga. Porque el señor D. Juan lo sabía, no contemporizaba con ellos como solia, y trataba con otros del Consejo los negocios de más peso, fiando ya ménos dellos. Y así olvidados del juramento y ley de caballeros agradecidos y fieles como hasta allí se habian mostrado en todos trances, enviando con secreto algunos de los suyos, como quien iba á pasear puesto el sol, huyeron. Luégo D. Juan de Austria encaminó en su alcance á Octavio Gonzaga con pocos más de veinte caballos de los criados para hacer que volviesen, porque cuantos dél se apartaban, tantos enemigos tenía más; mas por la escuridad, ignorancia de los caminos y ocupacion de sus pasos por la gente de los Estados que alojaba en Peruves, no los pudo alcanzar. La Marquesa de Havre, de pecho varonil y rara virtud lorenesa, ántes que supiese esta partida, constándole la falta de dinero en que estaba D. Juan, le envió todas sus joyas de gran valor; mas agradeciendo la voluntad y engrandeciendo la liberalidad no las acetó, y ella se retiró á Lorena, su patria. Los caballeros flamencos y borgoñones que con su Alteza quedaron, viendo su aprieto, con generosa prontitud le presentaron sus vaxillas de plata, cadenas, medallas y dinero. El Conde de Barlaimont y sus cuatro hijos, señalándose como en fidelidad y valor en liberalidad, socorrieron con doce mil florines generosamente los soldados y compraron municiones, esperando sitio de los rebeldes, con más ánimo, aprieto y peligro que aparejo para defenderse; porque los deputados levaban gente en Brabante con grande ánimo para este sitio; y sin temor del Rey, con esperanza de buen suceso, determinaron hacer la guerra al descubierto. Sobre la montaña que predomina el castillo se labró un fuerte, y guarneció con tres compañías de tudescos de la coronelía del difunto Conde de Ebestain; y con este intento poco ántes las habia traido al servicio del Rey. En el castillo habia la familia de su Alteza, y los nobles y señalados en virtud, religion y lealtad, que fueron el Conde Reulx, el de Fauckemberghe, el de Meghen, Mos de Hierges, el de Floyon, el de Aultepene, el de Baulx, el de Rhossignol y su hermano Mos de Meerle, el Baron de Liques, Mos de Ruisbrouck, de Varsule, de Gominaoert, de Thebes, Jnan Baptista de Tassis con su hermano Leonardo de Tassis, Juan de Mol y los tres hermanos Haller, con otros treinta. El Conde de Barlaimont ganó con dádivas y promesas los presidios de las dos importantes y fuertes villas de Carlomont y Mariemburg, y obedecieron á D. Juan. Filipe-villa entre las dos estuvo por los Estados, porque Mos de Capres metió nuevo presidio; y por no haber seiscientos escudos que dar al de la villa de Bobines, la ocuparon los Estados. Estaban los deputados en gran necesidad de dinero, y la tenian de dos millones de florines, y para suplilla los iban sacando de mercaderes y aba-

des de su séguito. Mas Juan Damp, Juan le Roy, abad de Sinte Vinoexberghen, no admitió su peticion, aunque le dieron la abadía de Niove. Parecíales justificaban su causa con tener en su parte muchos eclesiásticos, y le escribieron viniese á Bruseles, porque les importaba su consejo; mas él entró en Francia y envió la carta á D. Juan de Austria, sinificándole haria lo que estaba obligado un buen abad y vasallo de su Rey. A Mos de Champaigne mandaron los deputados echar por fuerza ó engaño los tudescos de Brabante. Cercó á Berghen Opzoon, donde estaba el coronel Fucquer, su enemigo, con necesidad de vitualla, y prometió á sus soldados las pagas que se les debian, con que le rindiesen la villa y entregasen su coronel. Y fáciles en creer naturalmente executaron, y con afrenta burlados dignamente como traidores sin paga, salieron y entró el capitan Cadet, y Champaigne encomendó con juramento la guardia al Magistrado. Envió al Fucquer preso á Bruseles á la casa llamada del Pan, donde estaba Trelon en prision diferente. Estos tudescos fueron á Namur á pedir sus pagas, y los de Frumsberg, y alojaron en contorno de Namur; y aunque cada dia se amotinaban pidiendo dineros, eran de impedimento para acercarse la gente de los Estados á la ciudad. Rindió á Steemberghen, saliendo por falta de municiones el capitan Vechter, de la coronelía de Fucquer, en forma de guerra y no de vencido. Habiendo llegado socorro del Príncipe de Orange, cercaron los Estados á Breda y á Bolduque, y el Conde de Egmont se apoderó de Liere, echó en prision al escotete de la villa Guillelmo Van Brant, señor de Bauven, porque dixo la mantenia por el Rey, y á los vecinos que le guardaban fidelidad. Con el Baron de Hesse metió guarnicion en el castillo de Vilvorde y prendió á Van Oss, alcaide él y amman de Bruseles, porque se detuvo en entregarle. Pidieron los deputados por cartas á las cuatro compañías de valones que servian á D. Juan fielmente en el presidio de Namur, le desamparasen, y el Conde de Bossu, y Mos de Capres al capitan Mouten, Pedro Boisi, y á otros sus oficiales con grandes promesas, llamándolos para la libertad de la patria y cumplimiento de la Liga, y las cartas dieron á su Alteza, bien que algunos pasaron á los Estados. Mos de Santa Aldegonde y Theron, agentes del de Orange, incitaban cada dia al pueblo y á los deputados de los Estados, dando mal sentido á todos los hechos de D. Juan, y con mucha malicia encubrian las cartas que les escribia, quitándolas á los portadores para que no entendiesen la verdad ni su voluntad sincera, y Mos de Ainchi hizo prender un correo junto á Cambray y quitarle las cartas del Rey que venian para D. Juan. Por esto se quexaba de no saber su voluntad, ni la de los flamencos, y estaba irresoluto en lo que le aconsejaban que hiciese conforme al estado de las cosas de los Países y del Rey. Persuadíanle concediese cuanto le pidiesen ántes que renovar la guerra, pues parecia ser el intento de su Majestad, porque en la costa de Génova tenía las galeras

para llevar á España los españoles que salieron de los Países, y en muchos meses no le habia enviado real, ni áun carta. Otros le advertian innovaron los deputados en muchas cosas que no habian llegado á su noticia, y convenia que la tuviese y aguardar su resolucion, para no conceder sin su expreso mandato cosa contra su autoridad. Sabian que deseaba la paz, que le conservase á Flandres, y no que se le quitase. No habia entendido le ocuparon los deputados sus castillos, y los mandaron derribar, y juntaron exército contra su Gobernador general, y estar á tanto peligro la religion católica, las conjuraciones que se habian hecho contra su Alteza, y otras muchas ofensas, cuando amára su Majestad la paz y mandára hacer la guerra. Y así cometerian gran error en entregar las plazas que poseia, como pretendian los flamencos; porque si el Rey mandaba retenerlas se recuperarian muy mal, y no era razon qne manteniéndolas por él su Gobernador general, le diesen leyes. Habian dado el gobierno de Gheldres al Baron de Hesse, el de Flandres al de Ariscoth, el de Bruseles al Conde de Bossu. Los deputados metieron su exército en Gemblours, á tres leguas de Namur, y era su general el Conde de Lalain, y de la artillería Valentin de Pardiu, señor de la Motta, y maestre de campo general Mos de Goignies, soldado experto y muy picado, porque le prendieron los españoles en el saco de Ambers. Sacaron del castillo los deputados las tres compañías de la traicion, y las alojaron cercanas al rio Sambre para impedir su navegacion, con que entraban municiones en la ciudad de Namur. Simon Mamier, señor de Moussey, capitan de arcabuceros de á caballo borgoñones, mató en los arrabales de Gemblours algunos soldados de los Estados, y llevó preso el teniente y otros dos á Namur. Reprehendióle ásperamente don Juan, y soltó los presos; escribió á los Estados y á Goignies fue sin órden suya el hecho, porque su intento no era dar principio á la guerra. Para abrigar su exército con la caballería, enviaron al Vizconde de Gante con la de su cargo á Mos de Geignies. Alojó con doeientos caballos y parte de la infantería cerca de Boisiere y de Gollenices, y dos compañías en la abadía de Florer para apretar á Namur, conforme al órden de los Estados. Y así, aunque D. Juan le escribió retirase de los puestos que tomó los soldados y no hiciese guerra hasta qne los deputados respondiesen á sus cartas, no obedeció. Para que no admitiesen en el Ducado de Luzeltburg á don Juan, procuraron traer á su parte las villas, representando las grandes quexas dél, y pidiéndoles se uniesen con las demas provincias para el bien general. Mas ellos, constantes en la fidelidad que á Dios y al Rey mantuvieron, enviaron las cartas á su Alteza. Amenazáronlos con el hierro y con el fuego de la guerra, y pusieron en sus confines la coronelía del Duque de Ariscoth, pero no entraron por los malos pasos de la tierra, y porque venian los tudescos en ayuda de D. Juan. Los aprestos y principios de la guerra no impedian las práticas del concierto por medio de los Embaxado-

res del Emperador. Desplacia esto mucho á los vecinos de Bruseles, y con insolencia intolerable cada dia injuriaban los deputados, y les pedian que no se tratase de acuerdo con D. Juan, sino que se llamase al Príncipe de Orange para que fuese su gobernador, incitados de nobles y plebeos, ayudados del de Nassau, porque juzgaban convenirles la guerra para satisfacer á su codicia. Eran de contraria opinion algunos de los deputados, mas viendo contrastaban en vano con los otros, cesó su porfía para que cesase el riesgo de su persona. Tanto podia la parcialidad del de Orange en la villa, que porque los Embaxadores del Emperador trataban de concordia y no quisieron entregar las cartas que de su Alteza habian recebido, Cornelio Vanstraten, con otros de su bando facinorosos, los trató mal de palabra, y con la obra los ofendiera á no ser retenido de algunos nobles. Quexáronse á los deputados del quebrantamiento de su inmunidad por ley natural y de las gentes, inviolable y santa áun entre los bárbaros. Y habiendo mandado prender al Cornelio, con insigne y desvergonzado atrevimiento, acompañado de los consortes, en la sala de los deputados afrentó al caballero comisario de su prision, y por fuerza le sacó de la junta, llamándole traidor juanista, sin que nadie le osase contradecir. Los Embaxadores salieron de Bruseles como de pueblo tirano, fiero, sin Dios, ley, Rey, gobierno, juicio y concordia civil y falto de toda policía y humanidad. Levino Torrentino, arcediano de Brabante doctísimo, y Vernero de Guinnich, embaxadores del Duque de Juliers y del Obispo de Lieja, con más accepcion, aunque con poco efeto, continuaron el trato de la paz, porque los deputados, á persuasion del de Orange, no concluian cosa; y trataba por medio de sus agentes y salariados Lus Hebers, que le rogasen viniese á ser su gobernador pedido y rogado. Tal era la soberbia deste tirano y su persuasion de que le habian menester los rebeldes para su defensa y gobierno, y oponerse á D. Juan, y privar de los Países á su legítimo Príncipe natural. Y él debiera ser ménos retenido de la eminencia de su poder y majestad para hacer dar la muerte á tan injurioso y perjudicial delincuente, cuando le fuera de provecho, y no á los herejes apoderados de las islas y sus amigos, y discordes ya con él temiendo los queria subyugar usurpando el título de Conde, al tiempo que le mató el Xaurigui español, segun adelante escribirémos, pues quedaron señores y absolutos, como se han astutamente conservado.

CAPÍTULO XXI.

Manda el Rey Católico volver á Flandres los españoles que salieron dél y estaban en Italia.

De ventiseis de Julio recebia el Marqués de Ayamonte en Milan, y don Juan de Idiaquez en Génova, cartas de D. Juan de Austria, fechas en el castillo de Namur, con aviso de no haber los flamencos cumplido con lo capitulado y jurado; ocupaban las tierras, desmantelaban los castillos, le cercaban, despues de muchas injurias y asechanzas, para prendelle ó matalle. Convenia no embarcar la infantería y caballería que salió de los Estados, sino pagalla y beneficialla, porque con buen ánimo y satisfacion volviese luégo á ellos, en recibiendo el mandamiento que para ello brevemente enviaria el Rey. El Marqués de Ayamonte llamó los Maestres de Campo para tomar órden y resolucion en su vuelta á Flandres; porque si bien para los soldados era alegre nueva volver á servir y vengarse de los flamencos, de su Majestad Católica, de D. Juan de Austria, salir de la duda de lo que habia de ser dellos, por el cumplimiento de su pronóstico de que presto los llamaria quien los enviaba, con disgusto y mala satisfacion, ponian dificultades, pedian ayuda de pagas, como hicieron para embarcarse. La mayor era la conveniencia entre los Maestres de Campo sobre cuál habia de mandar, aunque se creia de su buen celo y bondad, que en necesidad tan apretada cesarian las competencias y pundonores para hacer el servicio de Dios y de su Rey, y por la seguridad de su hermano. Los genoveses holgaron con la nueva rebelion de Flandres, para evitar el imaginado peligro de tantas galeras y gente de guerra, porque los que se valen de la proteccion de los que estiman por poderosos, son los que con más impaciencia llevan los buenos y malos sucesos de los protectores y los confederados. Pues la liga y amistad dura hasta conseguir lo que pretenden, teniendo por fundamento sólo el huir del mal que esperan, ó alcanzar el bien que desean, consumir y apurar la sustancia y hacienda del que los ampara, representando quimeras y sucesos faltos de razon que todos paran en enflaquecer las fuerzas, de quien no conoce el cuchillo de su perdicion, y en cortar el nervio de su poder, que consiste en conservar y retener el dinero, sin consentir que sin ocasion y necesidad forzosa se saque de su reino. Porque la envidia cuando sea poderosa de criar y sustentar enemigos, no lo sea de que lleven al cabo con felicidad la execucion de sus malos intentos, ni la necesidad obligue á un príncipe á valerse del socorro de

cambios y recambios, polilla que asoló caudal de grandes señoríos y repúblicas poderosas, y pasó á Génova. Con cuya posesion contenta, puesta en esperanza de aumentarle, teniendo en la mano los mismos medios para ello, ha estado como sujeta á su protector.

En Flandres los deputados de los Países escribieron á D. Juan de Austria:

»Desistirian de las armas cuando las dexase y hubiesen salido los tudes»cos de Flandres, y en tanto sus soldados estarian debaxo del juramento »hecho á su Alteza y á ellos; pero los oficiales no le irian á dar la obedien»cia, ni los gobernadores de villas nuevamente instituidos dexarian sus car»gos hasta que los alemanes estuviesen fuera de los Estados. Injustamente »pedia que Aldegonde y Teron saliesen de Bruseles y contra la paz de »Gante. No podian ir á Lobaina los deputados con seguridad, por la tur»bacion de las cosas, si su Alteza no venía allí solamente con su guardia »ordinaria. No era maravilla en tiempo de tantas desconfianzas saltcar las »cartas del Rey, por las cuales tomaron las armas los de Bruseles, y no las »dexarian. Persuadirian al Príncipe de Orange guardase las condiciones de »la paz; obedecerian á su Alteza dando seguridad de no mandarles cosa »contra sus privilegios y costumbres. El castillo de Ambers no se debia ni »podia restituir en el Estado en que se prendió á Mos de Trelon, delin»cuente contra la patria y juramento hecho, y merecia la pena que los Es»tados le diesen.»

Don Juan les respondió: «Satisfizo á los artículos del Edicto perpétuo, »olvidando cosas pasadas, aprobando la paz de Gante, dándola confirmada »del Rey, sacando de Flandres los españoles, entregando las villas y casti»llos á las personas que los Estados escogieron, confirmándoles sus gobier»nos, librando los prisioneros, restituyendo los privilegios, no encargando »negocio de Flandres sino á sus naturales. Procuró despedir los tudescos y »juntar los deputados de las decisiete provincias, y no se efetuó por culpa »de los deputados de los Estados, pues áun no habian pagado los tudesces, »y con largas los defraudaban; ni pidió la junta el de Orange. Le era per»mitido servirse en su casa de extranjeros; pues no los ocupó en negocio »que tocase á los Países. No negaba escribió al Rey dándole cuenta de lo »que se ofrecia ni haber tenido cortespondencia con los coroneles de tu»descos, porque cada dia creciendo el atrevimiento de la tierra y disimula»cion de sus deputados, procuró el amparo de su persona y de la parte del »Rey. Añadió las conspiraciones contra él hechas, sus agravios recebidos, »disimulados, perdonados. Enviasen con quien tratar de restaurar la Repú»blica, que daria pasaporte para venir, y si no ellos le diesen á los que él »enviase, y en tanto desistiria de las armas de su defensa.»

A todos los gobernadores de las provincias, consejos dellas, prelados eclesiásticos, magistrado, por escrito representó «las calamidades de la »guerra, y por su oficio amonestando no la ocasionasen, y por la grandeza

»del peligro rogando atendiesen á la salud, vida, sosiego y paz de los súb»ditos. A los deputados era tiempo de darle obediencia, y dexasen la des»confianza, y no les fuese disculpa á lo que pedia. Le fue forzoso el reti»rarse á Namur; y aunque le hacian obras de enemigos, no perdió el amor »que les tenía y deseo de guardar el Edicto perpétuo, y le llevase al Rey »en nombre suyo y dellos quien le enterase del estado de las cosas de Flan»dres, y le pidiese otro gobernador general, y en tanto no se hiciese guerra »ni leva de gente, se despidiese la que habia, y lo jurasen; y él estaria en »Namur con la guarda de su persona solamente, ó donde quisiesen, que »desde allí gobernaria á Flandres, sirviéndose sólo de los Consejos colate»rales. Le enviasen el modo que se podia tener para componer las dife»rencias.»

El Rey escribió á su sobrino Alexandro Farnese, príncipe de Parma, que habia comenzado á mostrar valor en la guerra de mar contra Selin en la armada de la Liga, fuese á Flandres á ayudar á D. Juan en la reducion de los Estados. Habia en ellos asistido con su madre madama Margarita cuando los gobernó, y allí casó con hermana de la Duquesa de Barganza; conocia las provincias, humores de sus habitadores, y á él conocian, con que sería mejor visto que D. Juan de los flamencos encontrados con su Alteza, y por el gusto que recebirian en ver salir de los Estados al que deseaban prender ó matar, y ahora expeler con las armas. Y en caso que muriese, como era contingente y se podia temer, no quedarian sin gobernador como en la muerte del Comendador mayor, volviendo á poner en última ruina los Países. Cobró con sus cartas tanto ánimo la pertinacia de los Estados, que privaron al Rey casi del todo de las provincias, y no trataban de conciertos, sino de dar leyes, sembrando nueva que el Rey le habia mandado partir de Flandres, y que, quisiese ó no, recebiria las condiciones que ellos le diesen, ó les haria guerra contra el órden que tenía del Rey que la aborrecia, y queria se guardase el Edicto perpétuo; y con esto quedarian libres de culpa, y con lo demas alcanzarian reputacion y honra. Hallábase falto de ministros, y escribió al Consejo privado y de Hacienda y al tesorero de la artillería viniesen cerca de su persona á exercer sus oficios, y no sólo no obedecieron, mas en desprecio de su mandamiento Jaques Rengout y Mos de Oyembrugge, comisarios de Hacienda, por el ódio que tenian á los españoles, truxeron preso á Bruseles á Antonio del Rio, tesorero general de confiscaciones, que por mandado de su Alteza estaba en su castillo de Cleydale componiendo las cosas de su oficio para seguille, y contra la autoridad del Rey, á quien estaba sujeto inmediatamente, le tomaron cuentas, le vendieron á Cleydale y Estovers á pregones á Gilis Hosman, hereje. Escribieron á D. Juan de Austria dexase con brevedad las plazas que tenía comprehendidas en la liga de los flamencos, porque era vergüenza de los deputados el retenerlas; partiese para Luzelt-

burg y gobernase desde allí hasta que el Rey le enviase sucesor; ordenase á los tudescos entregasen á Bolduque y á Breda.

El Príncipe de Orange, procurando ocasion para romper la guerra, mandó en Holanda y Zeelanda no se pregonase el Edicto perpétuo; metió presidio en Haerlen contra su capitulacion, y públicamente quiso que en la iglesia de la Madalena predicasen la secta de Calvino, y lo mismo en Schoonhoven y en otras villas. A la de Amstelredan, fidelísima y muy católica, apretó mucho con la armada que la cercaba. Pregonó edictos en perjuicio del Consejo de Holanda, retirado en Utrecht y de todos los católicos. Solicitaba á Mos de Aldegonde y el de Teron para que insistiesen en que le llamasen los Estados por capitan general y gobernador, y á los deputados en que apretasen á Breda y á Bolduque, plazas importantes, porque hasta tenerlas en su poder no pasaria en Brabante. Don Juan envió á socorrellas once compañías de tudescos de los regimientos de Fransberg y Fucquer, é hicieron alto cerca de Lieja, recelando el pasar adelante sin caballería. Estaba en Breda Fransberg con algunas compañías de infantería, y habia resistido valerosamente á dos asaltos; pero los soldados, sobornados con dinero, le entregaron y el castillo al de Orange, cuya era la villa confiscada. Apretaron á Bolduque, plaza fuerte y con presidio bastante, por el de Orange el Conde de Ollac, y Mos de Champaigne por los Estados; mas como no la podia socorrer D. Juan por su mandado, y porque padecian hambre, y no se perdiesen tan buenos soldados y leales, que lo habian sido del Conde de Ebestain, con buenas condiciones la rindieron, y con que se les pagasen dos pagas luégo y cuatro despues, la una en paños. Fueron á sitiar á Ruremunda, en el país do Gheldres, sobre el rio Roer, que estaba aserliada, y la defendia el Baron de Polviller, coronel de los tudescos, que hicieron alto en Lieja. Ellos caminaron en socorro della, y en el país de Juliers salió al encuentro el regimiento de valones de Champaigne á siete compañías de Fronsberg, y recebido con buen esfuerzo, le rompieron los tudescos, no valiendo la arcabucería sola contra las picas, con pérdida de cuatro capitanes y más de docientos soldados y de algunas banderas, y murieron parte de los tudescos; y ellos pasaron por las picas con crueldad los prisioneros. Fueron á Namur á pedir á D. Juan el sueldo, y los de Champaigne á su exército amotinado en Gemblours, por no le haber pagado los deputados, por la falta de dinero comun á ellos y á D. Juan. Llegáronle cuatrocientos españoles que se juntaron en Francia de los que salieron primero de los presidios, y metiólos en Namur y en el castillo para que los guardasen con las tres compañías de tudescos y las tres de valones, y una de arcabuceros á caballo de Mos de Moussey. Esperaba buen número de franceses y loreneses, y el conde Joachimo de Mandeschet levantaba un regimiento de luzeltburgenses, y Enrique de Vienen, baron de Chereraut, dos mil borgoñones.

CAPÍTULO XXII.

Viene el Príncipe de Orange á Bruseles, y D. Juan escribe á los Estados, y ellos tratan de su estabilidad.

Pudieron tanto con los deputados Mos de Teron y Aldegonde, que enviaron por Embaxadores los abades de Santa Gertrude y de Maroles, sus amigos del de Orange, para que le truxesen á Bruseles. Fue recebido con general contento, acompañado de gran número de arcabuceros para su guardia sin contradicion, fiando de todo punto dél los deputados, no fiando dellos él, trayéndoles con el ódio encubierto su perdicion. En este tiempo, en la junta dellos, se leyó una carta de D. Juan, traida por Gaspar Schors, señor de Grobbendoncq, y decia:

«No cederia á otro en guardar los mandamientos del Rey, ni en el amor »que les tenía á ellos, y así les perdonaba lo que delinquieron contra el »Edicto perpétuo, y entregaria el castillo y ciudad de Namur al de Bar»laymont, su gobernador, con su autoridad entera. Despidiesen ambas par»tes los soldados nuevamente levados; se diese libertad á Trelon y Fuc»quer, Antonio del Rio y los demas presos de cualquiera condicion; resti»tuyesen las haciendas vendidas á los ministros fieles al Rey, sus dignida»des, oficios y derechos para que los gozasen, y él entregaria las plazas que »guarneció, y en pagando los tudescos los despediria, conforme al Edicto »perpétuo, y luégo licenciasen los valones, sino á los de los presidios ordi»narios. Mandaria á los gobernadores de provincias no admitiesen soldados »forasteros, y ellos hiciesen lo mismo, se cumpliesen los artículos de la »paz, y los vecinos de las tierras que presidiaban los tudescos, en saliendo »dellas, jurasen de no recebir presidio sin órden de su Alteza y consenti»miento de los deputados, y de defender la religion católica y autoridad »del Rey. Y guardándose á los magistrados el acato debido, y dexando los »aldeanos las armas y la Liga, él estaria en Luzeltburg en tanto que su »Majestad le enviaba sucesor.»

El Príncipe de Orange aumentó las desconfianzas maliciosamente desestimando los ofrecimientos; quiso que se pidiesen otras cosas por forma de declaracion, aceptando las que D. Juan ofrecia, y le enviaron los deputados al Obispo de Brujas con Grobbendoncq, con la respuesta:

«Acetaban lo concedido, con que las villas de Campania mudasen ca»pitanes y presidio, y ellos retuviesen sus regimientos y mil caballos aloja»dos á su voluntad, y los presos quedasen en poder del Obispo de Lieja, y

»los derechos de los bienes confiscados á sus dueños para pedirlos por jus-»ticia, y á los que se quitaron dignidades y cargos por seguir á su Alteza. »Gobernase desde Luzeltburg los Países con parecer del Consejo de Estado, »residiendo donde los deputados quisieren, y determinando por los más »votos, y sin pluralidad dellos fuese de ningun valor lo proveido, y por ser »pequeño su número nombrasen los deputados algunos con igual facultad »á los otros en el votar. Entregase su Alteza al Conde de Bueren dentro de »dos meses, y la Reina de Inglaterra fuese comprehendida en el Edicto »perpétuo.»

En tanto en España, el Rey, entendido lo que su autoridad Real habia perdido en Flandres y perdia la religion católica, y que beneficios y nuevas concesiones de privilegios obstinaron más los flamencos, dixo á Hopero le engañó grandemente, pues cuanto le aseguró de los Estados le salia al contrario; estaba resuelto de castigallos y restituir su justicia y el divino culto á Dios, gravemente ofendido con las apostasías. Escribió al Marqués de Ayamonte que luégo diese órden en aviar la infantería y caballería á los Estados de Flandres, dándoles entera satisfacion de pagas y comodidades. Al Virey de Nápoles y al de Sicilia que aprestasen los tercios de españoles de su cargo, porque en las galeras pasasen á Génova y á Milan para encaminallos á Flandres. Quexóse gravemente al Emperador por su carta que le dió el nuevo embaxador D. Juan de Borja, y le pidió diese prohibitorio para salir alemanes á sueldo de los Estados de Flandres. Escribió á los electores su razon, porque movidos della no los favoreciesen. El Emperador trató de juntar Dieta en Francfort para convenir en ella al Rey su tio con sus vasallos, y le avisó de su resolucion, para que enviase quien asistiese por su parte á tratar de su negocio declarando su intento, porque cuanto pudiese haria para pacificarle con sus vasallos. Escribió á D. Juan el Rey Católico:

«Estaba satisfecho de su prudencia en haber ocupado á Namur, y por »las conjuraciones contra él hechas y rompimiento del Edicto perpétuo, »mandó que volviesen á Flandres los españoles que dél salieron y la ca-»ballería, y enviaria los tercios viejos de Italia y dineros para que defendie-»sen la religion católica y su autoridad Real, y apremiar los flamencos á »obedecer. Enviase Embaxador á Inglaterra que de su parte dixese á la »Reina no se metiese en la guerra de sus vasallos, pues no le tocaba; ni los »socorriese en público ni en secreto, y mirase que su paciencia y sufri-»miento no duraria para siempre, pues tenía muy en la memoria las cosas »pasadas contra él hechas, y que no le faltarian fuerzas para tomar venganza. »Mantenia la paz que guardaron ambas partes, y quebrándola quedaba la »otra desobligada á cumplilla. Ponia en sus manos la paz ó la guerra.»

Don Juan de Austria respondió al Obispo de Bruxas:

«No querian los deputados concertarse, pues cada dia pedian cosas nue-»vas, ni observar el Edicto perpétuo, y que en lugar de guardar la reli-

»gion católica y de obedecer al Rey, introducian el gobierno popular y li»bertad de conciencia, sirviendo sólo su Majestad de protector, sin tener »mando sobre ellos; y esta era la causa de pedir nueva forma de Consejo y »haber traido á Bruseles al de Orange sin licencia del Rey ni suya, y ad»mitídole al Consejo de Estado y á la junta de los deputados, y desman»telado las antiquísimas fortalezas de Lile y Bethune, que les servian más »de ornato que de espanto, y cometido otras cosas indignísimas que ya no »se podian disimular. Estaba resuelto de escribirlo al Rey, y en tanto que »le venía órden retirarse á Luzeltburg y de allí gobernaria los Estados, por»que con menosprecio de su persona y de su oficio, el exército dellos á su »vista hacía cada dia en Namur cosas de enemigo. Si le querian dar obe»diencia como á lugarteniente y gobernador general del Rey, cumplirian »lo que debian y corresponderian con los beneficios recebidos, y donde no, »se persuadiesen que su Majestad sabía usar de rigor como de clemencia.»

Escucharon los Embaxadores con muestra de arrogancia, y respondieron:

«Estando su Alteza con tal resolucion, ellos no serian causadores de la »sangrienta guerra por venir, pero toda la culpa se le cargaria y no incur»riese en hecho tan feo. No bastaria el poder del Rey para sujetar á Flan»dres, porque su fortaleza estando unida era invencible. Por lo que á ellos »tocaba no harian guerra al Rey, pero contra la tiranía que su Alteza por »consejo de algunos sus domésticos queria introducir; tomarian las armas »por fuerza para defenderse á sí y á su patria. Los castillos derribaron para »que no quedase rastro de la tiranía pasada. Corriera peligro la religion »católica de perderse, si con llamar al Príncipe de Orange no se restaurára, »que la tomó debaxo de su amparo.»

Riyeron mucho los que asistian á su Alteza cuando el Obispo de Brujas dixo lo último de su respuesta, porque el de Orange, hereje de tres sectas diferentes, con pregon publicado por defensor perpétuo de los calvinistas, jurado enemigo de los católicos, trasformado en nuevo hombre invisiblemente en instante se hubiese declarado su defensor. Otro dia despues templaron la arrogancia los Embaxadores con las cartas del Rey, entendiendo cuán mal tomó su temeridad y porfía, de manera que mostraron en el aspecto y palabras tristeza y turbacion, porque no con D. Juan sino con un Rey poderoso, señor suyo, guerrearian, y pidiendo demasiado perderian lo concedido; y tan confusos volvieron, que doliéndose un ministro con el de Orange desto, diciendo que ya se acabó el tratar de paces, aunque le fue nueva alegre, con indignacion respondió fuera insigne paz perder la vida él, mostrando que su prosperidad no consistia en el bien público, sino en la guerra, que á esto le truxo la desesperacion del perdon de su pena no merecido.

En España era obispo de Osma D. Francisco Tello de Sandoval, que lo fue despues de Placencia, y la ciudad de Soria pretendia con el poder del

reino, por el voto que tiene en Córtes, que su ciudad se erigiese en obispado desmembrando la de Osma; y dió muchas razones y tales, que obligaron al Rey á tener por bien el praticar sobre ello, y escribió al Obispo pidiéndole parecer desde Madrid. Y obedeciendo á su Majestad respondió con larga relacion de la confidencia y miembros, calidades y rentas del obispado, y concluyendo con que de ninguna manera convenia dividirle, ni dexar de guardar á Osma su preeminencia por su antigüedad y estar allí la iglesia fundada y ampliada. Murió D. Diego de Covarrubias á ventisiete de Setiembre, mil y quinientos y setenta y siete, y el sesenta y seis de su edad, y fue sepultado en el trascoro de su iglesia; y sucedióle en la presidencia D. Antonio de Pazos, natural de Pontevedra, canónigo de Tuy, del colegio de los españoles en Bolonia, inquisidor en Sevilla y Toledo, y obispo de Pati en Sicília, y abad de Parco, y dióle el obispado de Avila tambien, y fue promovido al de Córdoba en el año mil y quinientos y setenta y ocho.

CAPÍTULO XXIII.

Los rebeldes tratan de traer para su defensor al Archiduque Matías unos, otros al Duque de Alanzon.

El Duque de Ariscoth, luégo que llegó á Bruseles de la retirada fea de Namur, hecho gobernador de Flandres por los deputados, asistia en Gante, su cabeza, con los cuatro miembros del condado, á la provision de sus negocios. Tenía ódio antiguo al de Orange, procedido de competencias entre ellos, hasta este tiempo disimulado, sobre preeminencias, pundonores, poder, autoridad, séguito, pretensiones de oficios, grandeza y favores de su Príncipe; mas descubrióle decir los del bando de Orange no habia que temer al de Ariscoth, por tener más liviandad que valor. Por esto, y porque temia la astucia del Príncipe, y que para alcanzar la tiranía á que mañosa aunque ocultamente aspiraba, mataria los nobles, pues introducia el gobierno popular, determinó con Mos de Rhasinghen y de Sueneghen y de Goingnies, de restaurar la religion católica y la autoridad Real, y que truxesen por gobernador de los Países al Archiduque Matías, hermano del emperador Rodulfo II, de la casa de Austria, y nacido en Alemania, sobrino del Rey Católico, y así condenarian ménos el ser sin su consentimiento los contrarios y príncipes confines. No convenia llamar al Duque de Alanzon, como el Conde de Lalain queria y los de la parcialidad del de Orange, por ser insufrible la inquietud de los franceses, poca fe y mé-

nos seguridad de sus violencias usadas en Sicilia y en Nápoles, cuando las poseian. El de Orange queria ganar fuerzas por este camino, más contra su junta que contra el Rey. El de Francia no favorecia al de Alanzon al descubierto, por no meter la guerra en su casa estando encontrado con la casa de Guisa, y todos los de la de Lorena amigos del Rey Católico, y asistidos dél con buena correspondencia necesaria y antigua, ni se atrevia al gran poder de España, por no romper la paz ni mostrarse ingrato á los beneficios que della recibió su corona reinando sus hermanos Francisco y Cárlos. Era engaño el decir el de Orange casaria la Reina de Inglaterra con el Duque de Alanzon, porque á él y á Enrique su hermano despreció, como aborrecia la casa de Valoes, y se inclinó á la de Austria; y así el Embaxador de Inglaterra le habia dicho no le desplaceria el casar con don Juan de Austria, si los Estados le hacian su Gobernador perpétuo, y cuando fuese su Señor; concediendo lo que los pueblos querian en lo espiritual y temporal, no les estaba mal á todos la eleccion ni el casamiento, y don Juan vendria en ello por reinar, cuyo deseo allanó la más alta fidelidad. Y cuando casase con el Archiduque Matías, no desconvenia generalmente; pues como el Rey Católico no los sujetase, era bueno cualquiera partido. El de Orange deseaba y procuraba con secreto y sagacidad ganar votos para que le diesen el gobierno, y por esto el de Arischot y sus compañeros ocultamente enviaron á Viena por el Archiduque un caballero del mismo parecer, y luégo lo supieron D. Juan de Austria y el de Orange. Viendo éste cuán pocos de la nobleza lo querian por superior y la diversidad de los ánimos de los de Bruseles, su poca fortificacion, recelando de su seguridad y temiendo naturalmente, con más astucia que valor conservado, mostrando no estimar lo que se hacía por él, y que le habian menester más estando las cosas en rotura, y para descubrir la fuerza del amor que le tenian y fiar dellos más ó ménos, hizo que Carlota de Vandoma, su mujer, abadesa de un monasterio, con quien en vida de la segunda estuvo amancebado con sacrilegio, viniese á Ambers, de quien fiaba más, para que con esta ocasion le diesen los de Bruseles licencia de partir della. Hicieron los de Ambers gran recebimiento á esta princesa monja, y con muchas fiestas solenizaron el suntuoso hospedaje en la abadía de San Miguel aposentada, donde públicamente era predicada la secta de Calvino, y ella visitada con veneracion, y recibiendo favor grande de las mayores señoras, le era más acepta la más dadivosa y enemiga de los católicos.

Don Juan, para impedir la negociacion que en Inglaterra, Alemania y Francia hacian los rebeldes, envió embaxadores. Despachó á la que mandó hacer el Rey con la Reina á Monsieur de Gatte, gentilhombre de su Cámara, porque dió buena cuenta de otra á la misma, para impedir el efeto de la del Marqués de Havre, y ella satisfizo con obras secretas á ésta y con palabras corteses á la otra. La de Alemania encomendó á Daniel Prins, y tor-

ciendo el camino vino á Bruseles, y envió su Alteza otro gentilhombre, y escribió á D. Juan de Borja, que estaba en la Córte del Emperador y á él mismo, cómo el Duque de Arischot llamaba al Archiduque Matías para meterle en Flandres, cosa que disgustaria mucho al Rey, y que debia remediar su Majestad Cesárea, para satisfacerle como buen sobrino y cuñado, y no desunir con lo contrario la casa de Austria, de cuya union pendia su total conservacion, y mostrarse agradecido á su tio y buen amigo, y la esperanza, que era buena, de suegro, esforzarle á señalarse en esta ocasion. Luégo despachó á diversas partes para que le buscasen, y escribió á los electores del Imperio le detuviesen si pasase por sus Estados, y le enviasen á Viena, porque juraba solenemente que sin su noticia era su determinacion. Habia partido á tres de Otubre de aquella ciudad á media noche con tres criados, llevado de la ambicion y codicia del señorío, y por Viterberghen, Colonia y Niemeghen llegó á Mastricht, donde estuvo algunos dias, en que negoció el de Orange, fácil y amigo de novedades, no viniese á Bruseles luégo, temiendo que la mayor parte de la nobleza se le juntaria en diminucion de su poder, y el pueblo de Bruseles se dividiria por medio de los que entendian su ambicion y engaños. Hizo que el Conde de Lalain, gobernador de Henaut, asistiese en Mons, asegurando la provincia y entrada del Duque de Alanzon, pero no le quisieron recebir; y para hacerles contribuir en el dinero que por vía de empréstido, á razon de cuatrocientos mil florines cada mes, para la guarda pedian los deputados á las provincias con executiones para cada cabeza y ventas de bienes, con tanta satisfacion que las llamaban contribuciones voluntarias, los que por tan odioso tuvieron el décimo dinero que les pidió el Rey. Algunos dixeron era mejor concertarse con D. Juan, que el hacer la guerra de mala consecuencia, mucho peligro, dudosa, incierta, por hallarse los Estados tan apurados. Los deputados de Artuoes vinieron á Bruseles los últimos y forzados, porque no querian contribuir para rebelarse sin causa, no habiendo sido molestados con presidios ni tributos; mas al fin escurecieron como rebeldes los grandes servicios hechos en las guerras de Francia. Para hacer segura de hurto á Ambers y establecer con fundamento el gobierno popular, hizo desmantelar la parte del castillo que mira á la ciudad con gente asalariada de dia y de noche con la voluntaria, para que no fuese conocida, en la cual habia muchas mujeres principales, y con la escuridad cometian grandes pecados, no retenidas de padres, maridos, amos, por no mostrar poco celo en tan buena obra, hasta que el magistrado prohibió el trabajar de noche. Crió el de Orange nuevo magistrado de cuatro maestros de fortificacion, doce de policía, con la autoridad que los deciocho hombres buenos del Magistrado antiguo de Bruseles, los más herejes, y de sus mañas inorantes. A su imitacion en Gante y en otras villas formaron nuevas maneras de gobierno, sacadas de las antiguas rebeliones de Flandres, ó nue-

vos magistrados de Holanda. Para hacer odioso al pueblo de Gante el de Arischot, hizo el de Orange que le pidiesen restitucion con mucha instancia de los privilegios que por su rebelion les quitó el emperador Cárlos V. Desplacióles esta peticion, y la negaron, pero casi forzados la concedieron. Ellos, conociendo eran trazas del de Orange para alborotar el pueblo é impedir el admitir al Archiduque Matías, le truxeron á Liere; hízoles mostrar el Nasau una carta de Jacobo Van Hesel para el Conde de Reulx, fingida del de Aldegonde, en que le decia que los del bando de Arischot querian echar al de Orange y admitir á D. Juan. Indignáronse de manera los de Gante, que en la junta de los deputados prendieron al Duque de Arischot, Obispos de Brujas é Ipre, Rasinghen, Moboron, Sueveghen, Doignies y otros; y en estampa por un libro, por ódio que tenian al de Orange, introducian nuevo gobernador en Flandres. No guardaban la Liga, causaban disensiones entre los brabanzones y flamencos, y haber dicho Mos de Rasinghen, gobernador de Duay, á sus deputados no contribuyesen lo que les repartieron. Duay, agraviada del librillo que los de Gante imprimieron, dixeron que se recogiese, porque si en la Junta hubo votos diversos era lícito votar con libertad, y contra razon el tenerlos en la impresion, y conveniente el sacarlos della. Á instancia de muchos salió el Duque de Arischot, con palabra de no entrometerse en el gobierno, y estar á derecho en lo que fue acusado; vino á Bruseles corrido, desautorizado, el que no resistió la prision del Consejo de Estado como pudo, quitando el atrevimiento á los pueblos y caudillos inquietos. Humillado Arischot, el de Orange quedó ufano, poderoso, sin temor interno ni externo, porque los Estados tenian mucho dinero y gente para la guerra, y socorro de escoceses y franceses, el exército aloxado á vista de Namur.

Escribió el Rey á D. Juan:

«Se guardase la paz de Gante y el Edicto perpétuo enteramente sin di»minucion de la religion católica y obediencia debida á su Majestad, tan»tas veces por los deputados de los Estados jurada, y en lo que se le habia »contravenido se restaurase, para que se le restituyese la autoridad que de »sus pasados heredó, y con la paz de Gante se confirmó; dexasen las ar»mas que los deputados sin órden suya tomaron; echasen de sus juntas al »Príncipe de Orange con sus consortes declarados enemigos suyos y de la »fe católica, que no querian guardar el Edicto perpétuo, y contra la paz de »Gante usurparon gobiernos de provincias, villas, castillos, coronelías, »compañías de soldados y otros cargos y oficios, y los habian de dexar y »los aldeanos las armas, el de Orange el molestar á Amstelredan, dar li»bertad á los presos, pagar á los tudescos, volver los deputados á sus pro»vincias para aguardar la órden de la Junta general de los Estados que »mandaria convocar; habian de obedecer á sus magistrados, y no pedir á »su Gobernador general cosa contra la fe católica, ni su autoridad, y así

»les sería clemente, buen príncipe, mandaria volver á Italia los españoles »y forasteros que caminaban á Flandres.»

Envió la copia desta carta á los deputados D. Juan, y les pidió cumpliesen lo que el Rey queria justamente, y ellos prendieron á un portero del Consejo de Estado que la truxo, y respondieron dió su Alteza causa para la guerra, y con razon los deputados no se fiaban dél, ni creian que el Rey hubiese escrito ni mandado lo que decia, ni les constaba ser esa la voluntad Real, ni podia ser que con tanta brevedad hubiese respondido á las cartas de su Alteza, y porque contradecia á lo que otras veces les habia sinificado. El Rey, ántes que llegase la última carta de D. Juan, como atras referí, se movió á veinticinco de Setiembre á escribir ésta, por relaciones que tenía de lo sucedido en Flandres, y porque ántes que la gente de Italia llegase, mirasen lo que les convenia, mandó á D. Juan que luégo se la enviase. Mas ellos, para encubrir su rebelion, dixeron lo referido, y para elegir un protector de Flandres y entregarle el gobierno general se disponian. Creyeron poco despues era la carta del Rey, porque el Baron de Seles y el seeretario Demtieres lo avisaron á los deputados, y que les convenia satisfacer á su Majestad y al mundo de los cargos que se les hacian. Imprimieron un librillo con título *Breve narracion de las justas causas por las cuales los Estados de Flandres forzados se han puesto en defensa contra el Sr. D. Juan.* Publicado, le enviaron al Rey con larga carta de veinticuatro de Otubre y quexas contra el mismo.

Decian: «Daba más crédito á chismeros que á ellos, habiendo dado »hasta entónces claras muestras de su lealtad y de la buena voluntad que »le tenian, sustentando innumerables soldados que el Duque de Alba y el »Comendador mayor tuvieron para la destruicion de los Estados. No es»tarian ya más sujetos á españoles, ni tenidos por siervos y vasallos con»quistados, siendo ellos más antiguos de la casa de Austria que los espa»ñoles. Gozaban los moros de Granada de sus leyes, privilegios, fran»quezas; pedian á su Majestad los gobernase como sus antepasados; no les »enviase españoles ni italianos, cuyo ingenio y humor era en todo contra»rio al suyo, y así intolerable su gobierno, y para librarse dél pasarian peli»gros, muertes, pedirian socorro á todos los mortales. Con gran dolor vian »las calamidades por venir, y la causa dellas era el Sr. D. Juan; pues no »pretendieron contravenir á la religion católica, ni á la debida obediencia »á su Majestad. No se habia deshecho la Junta de los Estados, porque »trataba de la defensa contra el Sr. D. Juan; le mandase desarmar, enviase »otro Gobernador legítimo de la casa de Austria.»

Querian confirmase el Gobierno en Matías. Enviaron á España é Italia ciertos testimonios de vicarios de iglesias y cónsules de hombres de negocios, para persuadir no se hacía cosa en Flandres en perjuicio de la religion católica, prevencion y diligencia sospechosa. Los herejes toma-

ban fuerzas cada dia, y por injuriar á los católicos en particular en Ambers, cometian mil delitos con desvergüenzas en las iglesias, y afrentaban á los sacerdotes y religiosos. Escribieron á D. Juan recorriese la memoria, y hallaria las veces que contravino á su palabra, y no se maravillase estando el Rey tan léxos, si el pueblo desesperado se acogió al amparo de príncipes comarcanos, y en particular al Archiduque Matías de la Real sangre, y no para contrariar á la fe católica ó al Rey, como lo habian sinificado. Le requerian depusiese las armas, saliese de los Países, único remedio para aplacar las revueltas y restituir la paz, que debia moverle, no su enojo; y no lo haciendo, le protestaban y tomaban á Dios por testigo, sería causador de los males venideros y de cualquiera mudanza que hubiese, y Dios, el Rey y toda la cristiandad dignamente le castigarian por haber preferido su pasion al aumento de la religion y utilidad de aquellas provincias. ¿Qué fidelidad blasonaban á Dios y al Rey si en la primera rebelion del año mil y quinientos y sesenta y seis predicaron la herejía en quince provincias y procuraron introducir el gobierno popular como al presente? ¿Y en la del año de mil y quinientos y setenta y dos? Y para echar á su máquina fuertes cimientos prendieron el Consejo de Estado, que fue como prender á su Rey, hicieron la liga entre sí contra derecho, paz de Gante, autoridad de su príncipe. ¿Y qué aumento de religion habia en tiempo que en las islas, Ambers, Bruseles, se profesaba la herejía no tolerada mas amparada de eclesiásticos? Por muerte de los abades de San Vas, en la ciudad de Arras, los deputados nombraron sin intervencion del Sumo Pontífice ni del Rey á Juan Sorrasino, prior de la abadía de San Vas, mas no fue admitido de todos los monjes á la posesion; y en la de San Bertin el abad de Maroles, aunque los ofrecieron suma de dinero, dando por razon contra sí mismos, que introducian el gobierno de anarquía, y mejor se gobiernan los bienes comunes por uno que por muchos. Pusieron sin contradicion administradores en las abadías de Tongerloe, Affinghen, Eberboede y San Bernardo; y esta tiranía especial decian era el aumento de la religion. ¿Qué fidelidad tenian al Rey, si á D. Juan, que representaba su persona, en viéndole desarmado, para salir con su pretension, le procuraron prender y hacer jurar la libertad de conciencia y las demas condiciones, para diminuir la autoridad de D. Filipe? Mas su Alteza, con su prudencia y ánimo previno el daño que le amenazaba la conjuracion contra él hecha á la religion, al poderío real; y no queriendo disimular cosas injustas ni los tratos que traian con el de Orange en daño de la santa fe y de su Majestad, los frustró con retirarse necesariamente á Namur con despecho de los conjurados y rebeldes. Para mostrar las mentiras que decian en el librillo, que derramaron éstos de las causas de su levantamiento, hizo responder con otro, y le envió en España, en Francia, Italia, Inglaterra, Alemania, al Emperador con el Marqués de Barambon y el

dotor Houst, oidor del ducado de Luzeltburg, y al Duque de Baviera, sinificándoles lo que habia pasado y pidiendo no permitiese salir de Alemania soldados en favor de los rebeldes de Flandres. Mandase volver al Archiduque y escribiese á la ciudad de Bisanzon, en Borgoña, sujeta al Imperio, fue sin su licencia la partida del archiduque Matías de su Córte, y que no le obedeciesen. El librillo contenia las principales cosas acaecidas desde su llegada, ántes y despues de ser admitido al gobierno, en las que el de Orange y sus secuaces contravinieron á la paz de Gante, las conspiraciones contra él hechas con los conciertos y empresas de los deputados con el de Orange, y respondia al librillo contra su Alteza hecho. Ocultaron éste para encubrir sus marañas cuanto pudieron al pueblo, mas divulgóse; y para que no pareciese eran convecinos, imprimieron otro en su contra, y el primero añadido y quitado tanto, que más parecia nuevo que el mismo, calidad de todas las mentiras, que al referirlas de palabra ó por escrito, siempre tienen contrariedad.

CAPÍTULO XXIV.

Queda sin recelo Italia con la partida de los españoles, y el modo con que conservó en ella su autoridad el Rey Católico.

En este tiempo la infantería y caballería pagada caminó en número de seis mil para Flandres á cargo de Julian Romero, y cerca de Cremona cayó súbitamente muerto del caballo. Dió gran tristeza, poque harian gran falta el valor y experiencia del que de soldado llegó á Maestre de Campo, mereciendo sus hechos y conocimiento de la guerra los grados para ascender al último en que murió, y ser Capitan general en grandes empresas. Con la partida desta gente de Lombardía, los genoveses y florentines salieron de cuidado y temor. Creyeron era conservador general de todos el Rey Católico, y no ménos que á sus Estados alcanzaba su providencia, velando la paz que dió cuando entró á reinar, estableciéndola su autoridad, buena intencion, paternal gobierno, con gran trabajo por la disposicion para novedades escandalosas y ordinarias. Region señoreada de muchos príncipes, en parte es sujeta á comunes molestias, discordias, rompimientos de guerras; porque tienen sus príncipes pretensiones no siempre bien fundadas, y algunas veces vanas; temen las asechanzas, la diminucion ó declinacion de su grandeza y poder, llenos de sospechas recelan, envidian la gloria, honra y fuerzas de los confines, porque los ofende concesion de títulos, privilegios, favores, ayudas, la impiden ó la procuran. Entre Sa-

boya y Mantua habia diferencias por el Monferrato; entre Génova y Saboya por la celosía de Saona, pretension del Final que deseaban, y por la compra de Honella que el Duque hizo, con que azoró mucho la Señoría; entre Ferrara y Luca por los términos y señorío de Graño; entre Florencia y Génova por lo mismo, y de la pretension de Córcega con Pisa; entre Florencia y Ferrara por disgustos pasados y presentes sobre el título de Gran Duque y Alteza, y la procedencia y celos de los favores de Alemania, España y Francia, donde tenian deudo, amistad, pretensiones y proteccion. Porque si bien el de Ferrara era hijo de madama Renata, hermana de la Duquesa de Bretaña, y su yerno el Duque de Guisa por celos del aplauso con que preferia al de Florencia aquella córte á instancia de la Reina madre, y por haber pedido al rey Enrique III le pagase millon y medio de escudos que prestó á su padre para la guerra de Italia y Flandres, desdeñado buscó el arrimo del Rey Católico, seguro y de más efeto, y viendo que las diferencias con el Pontífice sobre las salinas de Ferrara iban muy adelante, y entre el Duque y los venecianos sobre el condado de Trechenta en distrito de la abadía de Castelpolesino. El Rey Católico componia sus diferencias, árbitro y moderador sin perjuicio y con destreza y secreto, venerado y amado. El gobernarse de manera que esto no se turbe há menester prudencia, no excusándose resentimientos que traen los accidentes y el celo y recelo, porque se pierde en un punto lo que dió largo tiempo. No se resentia sino por causas importantes, echando la culpa al proceder de algun ministro, para que se procurase la enmienda con disimulacion, sin declarar su intento. Dió favor al trato y comercio. Donde la ocasion no pedia gallardas demostraciones, era cauto y tan moderado, que ninguno podia tomar ánimo para buscar nuevas adherencias, quitando los inconvenientes y contemporizando con algunos por la conservacion de la paz y de la fama. No consentia ocasiones peligrosas en los poderosos, poniendo fuerte y atentada mano en los principios, deshaciendo los daños que amenazaban adelante, pues de su menosprecio nacieron las mayores guerras. En esto se entendia con el sumo Pontífice y con el Emperador. Perdiéronse muchas provincias en levante y en otras regiones por no saber el vecino mayor templar con la prudencia el poder cerca del menor con mal juicio. Si los menores no pueden ser sujetados súbitamente, no se han de ofender ni poner por el mayor en sospecha y necesidad de buscar ayuda del que le puede defender. Aunque conozca ser la defensa su ruina, no le parece mala por vengarse, si quitan el estado y poder al que fue causa de que buscase tan dañoso arrimo, abriendo camino á la buena fortuna de los poderosos. El que tiene vecinos menores en fuerzas, procure conservarlos bien satisfechos como D. Filipe, asegurados de su buen ánimo, con que á tiempo no sólo corresponderán como amigos, más áun como súbditos. Si por hallarse poderoso quiere vencer cualquiera pequeña contienda con

las armas, será odiado y sospechoso; procediendo con benignidad en su proteccion, en sus divisiones y temiendo molestias de fuera, le llamarán por árbitro y protector. Tenga cuidado y mire el aumento de los vecinos, porque no crezcan tanto que le den cuidado. El impedirlo por industria y sin violencia es difícil; suele ser por herencia ó conquista, y al establecido y crecido en fuerzas no es seguro mostrársele contrario. Tan poco á poco suele crecerlos la prudencia y fortuna, que se echa de ver cuando no se puede sin peligro remediar, y como la casa de Austria, que ya no tiene igual. Y así con ser Italia tan amiga de libertad y parecelle la conserva, con que sus potentados sean iguales en fuerzas, porque la mayor no prevalezca y sujete las demas, pudiendo temer esto de las armas del Rey Católico, como quien le reconocia, por arbitro jamas temió. Sicilia, Nápoles y Milan daban camino abierto; mas la prudencia de D. Filipe los aseguró tanto, que si les vinieron ocasiones para intentar siquiera de arrojar de sí al poderoso, como lo acostumbran todas las naciones, y ésta más, por lo que ecede en las conslderaciones de las reglas de Estado, que tanto sirven á las potencias menores, jamas dieron señales dello; ántes bien, fiados en la equidad y prudencia del Rey, pusieron sus diferencias en sus manos para que, como justo medianero, las compusiese. Caso notable, porque el ver á un príncipe poderoso no inclina tanto á amalle que no cause la grandeza en unos tristeza, en otros envidia, y en muchos deseo de verle empeorado ó caido, para ser más poderosos ó libres, ó crecer en su ruina.

CAPÍTULO XXV.

Los flamencos piden ayuda al Rey de Francia, y prosigue la guerra.

Puso en la mejor guardia que pudo D. Juan el castillo y ciudad de Namur, y á dos de Otubre partió para Luzeltburg y gastó en Famine algunos dias. Los soldados rebeldes, con emboscada entre el Mosa y el Sambre, mataron algunos del castillo de Namur, é hirieron á muchos. Su Alteza desde Marcha envió á París á Maximiliano de Longeval, señor de Baulx, caballero de mucha virtud y lealtad, á enterar de las cosas de los Países al rey Enrique III y persuadille el juntar sus fuerzas con las del Rey Católico para extirpar las herejías que á todos los príncipes cristianos amenazaban, y en consideracion del deudo y beneficios que le habia hecho y á su hermano el rey Cárlos IX, y el daño que le tocaria si los rebeldes de Flandres se hiciesen más poderosos; mandase que ninguno de sus vasallos, so pena de muerte, los socorriese. Los flamencos tambien por Mos de Villerval y

Baron de Aubigni, y poco despues por Mos de Monsat y el de Teron, pidieron ayuda al Rey Cristianísimo y á su hermano el Duque de Alanzon, y le enviaron presente y promesa del señorío de los Estados. El Rey no los admitió miéntras los embaxadores de D. Juan le asistieron, y el de Alanzon les respondió á 25 de Otubre tomó á su cargo su proteccion, y no permitiria su opresion poniendo su hacienda y persona en la defensa dellos. Se habia mandado á los gobernadores de las fronteras no dexasen pasar gente y municiones para D. Juan de Austria. No recebia su presente su costumbre de dar y no recebir, y no el menosprecio. Llevó esta carta Mos de Theron á Flandres. Los deputados de Henaut soñaron que Mos de Baulx tenía órden de D. Juan de ofrecer al Duque de Alanzon por el Rey Católico en casamiento la infanta doña Isabel, su sobrina, y á Flandres por dote, y lo avisaron á los Estados. Ellos lo propusieron en su junta, y dixeron que pues no se podia efetuar sin su consentimiento el contrato, dixesen sus embaxadores al Rey de Francia lo consentirian, con que prometiese de amparar las provincias, porque el de España no se vengase dellos en estando quietos. Con esta promesa solicitasen la breve conclusion del matrimonio, único camino para reconciliarse con el Rey Católico y asegurarse las provincias. Con el desengaño mostraron cuán fáciles son en creer los flamencos más lo que les dicen, que lo que ven; y disculpábalos el demasiado deseo de verse fuera del temor, que á las armas y á las leyes del Rey Católico tenía la acusacion de su conciencia. Tratóse en la congregacion de los rebeldes el apercebir los hombres de armas de las Bandas; y el de Orange, enemigo de la nobleza, de que hay mucha parte en ellas, fiando más del pueblo que tenía embaucado, dixo se les debia mucho sueldo, y viéndose juntos le pedirian con motin que diese la vitoria á los españoles. Convenia más traer de Alemania cinco ó seis mil reitres; con ellos se fortalecia y la secta de Calvino, y enriquecia sus parientes. Mos de Goignies, general del exército, por escrito respondió entendiendo este fin.

«Era la mejor guarda el dueño para su casa que pelearia por la vida, »honra, hacienda, y los mercenarios por el sueldo, que llevarian á su tierra »con los despojos, y el flamenco no, y serviria tan bien. No consentirian »ser pospuestos en nobleza y lealtad para conservar la deciplina, y menos»preciada serviria á D. Juan, que sabía tener cuenta con los nobles. Y los »extranjeros sectarios inficionarian las tierras con la herejía, injuriarian los »eclesiásticos y no los podrian echar si conviniese.»

El de Orange quiso se enviase por reitres y que se armasen algunas compañías de caballos flamencos. Los deputados ordenaron al capitan Bentrincq y á otros prendiesen á Mos de Hierges, pero en vano; y á Mos de Melrroy que persuadiese á Mos de Varrissou, castellano de Sanson, sobre el Mosa, admitiese algunos soldados; porque habiéndole tratado ántes el Vizconde de Gante de la entrega del castillo, y pedido él la libertad de un

hijo prisionero de Mos de Lumay, estaba inclinado á ello. Mas ahora respondió tenía suficiente defensa y haria en lo demas lo que convenia á buen vasallo, y se valdria habiendo necesidad del socorro ofrecido. Mos de Goignies envió segunda vez á Melrroy con Mos de Froymont para sobornar los soldados de la plaza, porque la entregasen y á su castellano; pero fue tarde, pues Mos de Floyon, á su ruego, con cincuenta soldados más, le aseguró. La guarnicion de Bobines, cerca de Dinant, acometió los tudescos del Rey, mató y prendió algunos.

Por esto Mos de Hierges avisó á las compañías doblasen la guardia alertos, mas por temeridad ó confianza no lo hicieron; y el presidio de Filipe-Vile una madrugada tomó desapercibidas en Gibet dos compañías de luzeltburgeses, y degolló los más soldados y los capitanes y un alférez. Estaba cerca el castillo de Espontin, y porque los vitoriosos no le entrasen, le reforzó con españoles y tudescos. El Baron de Chererau entró en Namur con su regimiento de borgoñones, y los Estados mandaron retirar á Mos de Goignies de Templou á Gemblours, y no obedeció por no perder reputacion, y porque brevemente le llegaria la infantería vieja del Artuoés; y dixo atendiesen á la guerra con entero cuidado; porque ellos con gran conato altercaban sobre el proveer las abadías vacantes, y administradores de algunas, pretendiendo ser incorporadas en los obispados, contra una Bula del Pontífice Sixto IV que el Abad de San Miguel decia tener. El Príncipe de Orange, pareciendo le tocaba, favorecia con instancia á algunos pretensores reprobables con razon para prelados por tal aprobacion.

En Luzeltburg recibió D. Juan carta de los Estados, en que le atribuian la causa de la guerra, y tachaban al Rey claramente de tirano. Decian pondrian Gobernador á su eleccion, y no criado en España, y para su amparo pedirian ayuda á todos los príncipes. Los sectarios estaban prontos, porque recebian en los Países sus herejías públicamente y sus predicantes. Trataban de nombrar al de Orange por absoluto Gobernador de Brabante; y los tres miembros de Bruseles, con algunos oficiales de los Gildas, por peticion le aprobaron, atento que por no haberle se perdieron los Estados; y dixeron le habian rogado acetase, por confiar de su prudencia bastaria á restaurar la provincia, y así le confirmasen por su Ruvert ó Protector, elegido por el privilegio concedido en el último capítulo del tratado que llamaban «La alegre entrada», de que usaron dos veces sus mayores en casos de necesidad. Dos elegidos antiguamente sucedieron en el señorío por el derecho que tenian, y sin él parecia al de Orange podia ser Duque por las fuerzas que alcanzaba en las provincias y favor de los príncipes comarcanos. Los deputados persuadieron á los de Frisia el juntarse con los demas Estados, y no les era permitido por ley antigua, porque no contribuyesen como los otros; pero venció la importunacion. Por tenerla más á su devocion, el de Orange quitó el gobierno al Baron de Vile para darle á alguno de su san-

gre; procuró que los de Gheldres recibiesen por gobernador al conde Juan de Nassau. En su Cabildo hubo pareceres en su favor; otros querian introducir el estado popular; otros la proteccion del Rey de Francia, temiendo los engaños del de Orange; otros no hacer mudanza, porque estando tan cerca D. Juan podria socorrer los inclinados al Rey Católico, y esperar á lo que hacía el tiempo. No era posible que por mucho, habiendo tantas cabezas, estuviesen conformes los deputados por sus diversas pretensiones y falta de dinero, pues por atraer el de los reinos comarcanos para suplilla crecieron el valor: pernicioso medio en lo venidero cuando le baxasen, porque no podrian el precio de las mercaderías. El de Orange, siempre cuidando de su provecho, hizo que los deciocho del nuevo Magistrado de Bruseles diesen por arbitrio convenia recuperar á Namur, y para esto con la armería de Malinas armar y dezmar á toda Flandres, y tomar muestra general á la gente, gastadores, carruaje, artillería, y para destruir los de Luzeltburg y Borgoña poner presidios en Malinas, Lobaina, Tilemont y otras tierras. En dia señalado se pusiese el Magistrado antiguo y se crease nuevo, nombrando para ellos los más enemigos de los españoles, y que tan sólo atendiesen á hacer justicia; y para lo demas en cada lugar se formase un nuevo consejo de los vecinos del que proveyesen en la guerra, guardia y defensa de las plazas. Todos los lugares asoldasen cierto número de soldados con que darse socorro. Se nombrasen de cada provincia dos nobles y dos letrados de los aficionados á la patria para formar tres Consejos colaterales al Gobernador general, por tres años ó más, á albedrío de los deputados de los Estados. Echasen de la junta los sospechosos y que tiraban sueldo ó pension del Rey, y los eclesiásticos amigos de la Inquisicion de España, y en su lugar se subrogasen buenos y leales, y jurasen harian lo que entendiesen ser de provecho á la patria, so pena de la vida y perdimiento de bienes. Se removiesen de sus oficios los que militaron con el Duque de Alba y Comendador mayor, y tenian rentas del Rey. Se procurase socorro del duque Casimiro, de la Reina de Inglaterra, y rogar al Emperador, Reyes y Príncipes de Alemania y Francia que no dexasen salir sus vasallos á servir á D. Juan; y el librillo contra el impreso de la justificacion de los deputados se imprimiese y distribuyese por todo el mundo para moverle á socorrellos contra el perjuro D. Juan y Rey tirano, defensor de la Inquisicion de España. Abrasaba ésta sus ánimos, formidable por sus apostasías, y sus voces de indignacion eran contra quien no les dexaba sus herejías, porque permitidas le fueran aún como esclavos. No podia tan buen católico y estadista dividir por religion sus Estados, ni dexar manchar los buenos y de castigar los malos.

El presidio de Namur hacía contínuas salidas y escaramuzas con mayor daño siempre de los enemigos; y ellos, indignados, á dos españoles muertos sacaron los ojos, cortaron los labios, narices y manos, y los en-

viaron á Bruseles. Mos de Sambalmont, coronel de loreneses del Rey, ganó el castillo de Fumay, sobre el Mosa, y degolló la guarnicion. Para vengarse los rebeldes con silencio pasaron el rio, y rompieran á los loreneses y luzeltburgeses del Conde de Manderchet, porque estaban descuidados, si Mos de Hierges, que iba con el Conde de Meghen á reconocer á Bovines para sitialle, no descubriera los enemigos y avisára las coronelías. Sus soldados cargaron y retiraron los enemigos, temerosos de que no los acometiesen los presidios de Namur y Mariemburg. La Reina de Inglaterra, viendo tan prevenido á D. Juan para hacer la guerra, le pidió, por su embaxador Mos de Leiton, breve tregua con los rebeldes, mas no le satisfizo sino con las cortesías.

CAPÍTULO XXVI.

El Rey dispone las cosas de su hacienda, y pide á los señores den razon de la posesion de sus mayorazgos.

En España el Rey asistia á la provision de dinero para la guerra de Flandres, volviendo áun arrepentido á sus contratos ó asientos con extranjeros, tomando ya medio general cerca del decreto, de manera que fue como siempre él decretado y damnificado, y los asentistas satisfechos mañosa y costosamente, próvidos, cautos y atentos á sus ganancias. La paga fue la venta del señorío de los lugares del arzobispado de Toledo y juros en la Real Hacienda. Ayudaba al Rey muy bien el fruto de la nueva imposicion de la alcabala de diez por ciento y del excusado, y lo que procedia de arbitrios destruidores del Estado, y de las rentas del estanco ó reservas reales de los naipes, azogue, soliman, salinas, y éstas por ser de las cosas del fisco notadas en el capítulo de las que le tocan en el uso de los feudos. A monasterios y á algunos particulares que se quitó el uso y útil de que tenian posesion, y algunos merced de los señores Reyes, se dió satisfacion en su mismo derecho. Restituyó tambien, aunque con largo pleito, el fisco á sí los diezmos del mar que gozaron años los Duques de Frias. Viendo al Rey en necesidad los émulos de los titulados, le solicitaban para que les quitase lo que no tenian con justo derecho. Decian que poniendo á sus Reyes en necesidades y sirviéndoles por sus intereses, árbitros contra la soberanía real, se apropiaron vasallos, alcabalas, rentas, causa de imponer tantos tributos sobre los menores; y que no sin causa la Reina Católica doña Isabel su bisabuela, y su padre Cárlos V, en descargo de su conciencia y satisfacion de su Real Corona, dixeron que todas las gracias y mercedes que habian

hecho de cosas tocantes al Patrimonio Real fuesen en sí ningunas y de ningun valor y efeto, y afirmaron no haber procedido de su libre voluntad, y daban por ninguna la tolerancia, permision y disimulacion que tuvieron y trascurso de tiempo. Mirase que su padre le advirtió corrigiese potencia que prendió al rey D. Juan II en Medina y Portillo, de donde le sacaron sus pueblos; depuso en Avila al rey D. Enrique IV; metió en Castilla al de Portugal para que no reinase doña Isabel su hermana, y que sólo afligieron sus desobediencias. Pidióles generalmente la razon de lo que poseian, y azorándose suspendió la demanda; y solamente hubo en juicio algunas de sus vasallos, que malcontentos por sus demasías, querian reducirse á la Corona Real. Guardóles sus preeminencias y privilegios, señalándose en honrar los Grandes. Con el aumento de las rentas respiraba el Rey, y apartaba los gastos supérfluos, áun pequeños, reduciendo el de su despensa á diez mil ducados cada mes con extraordinario, y sacó fruto de cuanto pudo, y no distribuyó sino cuando convenia; y hizo cuenta ordinaria de la entrada y salida de todo por ministros hábiles, expertos, fieles, las más veces. Mas como no igualaba el dispendio al ingreso, y tomó mano en mermar el principal, no se pudó desempeñar jamas; porque donde no bastó lo más, ni lo ménos despues bastó, teniendo abierto el camino de la desórden la necesidad inevitable, siendo casi imposible el cerrarle, haciendo asientos nuevos para anticipar el valerse de sus rentas. Y el desempeño pendia de larga paz, que jamas ni áun breve pudo alcanzar hasta su muerte, creciendo las guerras honrosas y forzosas, los gastos, los tributos, las cargas pecuniarias y personales, y las quexas y amargura en sus vasallos fidelísimos, y descreciendo el amor, no la veneracion y reverencia. Gastó muchos tesoros este Príncipe en defensa de la fe católica y de su monarquía, no en juegos, banquetes, profanidades de emperadores romanos; y así poco se mandará restituir de lo que dió y repartió en juicio y prudencia.

Diciéndole Morata, loco gracioso, por qué no daba á tantos como le pedian y se quexaban, respondió: «Si á todos los que piden diese, presto pediria yo.» Y dixo bien, porque el que no sabe negar, no sabe reinar; el que da á todos, dará más á los que no merecen, número infinito, como Calígula, Neron, Domiciano, Cómodo, Galieno, Filipe Bardano, Micael Babo, Maximiliano, emperador, y Constantino, que en su vejez fue llamado pupilo, porque empobreció con lo mucho que habia dado. Grave respuesta de rey, porque ninguna cosa consume tanto á sí misma como la liberalidad, pues miéntras más se usa, se pierde el poderla más usar. Dió con advertencia, gracia, agradecimiento; y cuando mozo con magnificencia, ornamento de la liberalidad, regla general en la casa de Austria, aumentando algunos, venciendo á las dádivas el amor, con que sustentaba los ministros á su lado contra la emulacion y envidia que muerde á los más

llegados al Príncipe. A los medianos daba poco á poco, porque no sobrepujase á su caudal la merced, dexándolos en esperanza de recebir más por lo que más tenian merecido, y sirviesen en tanto con mayor cuidado. Adquiere la gracia y amor de los súbditos, engendra ménos envidias, enséñalos á que no se den priesa. Con espera suave templaba la importunidad demasiada que hacía la real mano tarda y ménos benigna; y porque no pareciese daba por librarse de importunos, sino por ser justo remunerador. Ni entre los merecedores dió á los que primero pedian, porque podria ser que los segundos lo mereciesen mejor; que el pedir y el merecer no es lo mismo. Daba ántes á los que conocia y á los suyos que á otros, haciendo la gracia cortés y justa. Los que apartan á los príncipes de que premien con este rigor, les quitan lo que les hace Reyes, parte más digna dellos. Pues si el castigar remite por ser odioso á los ministros, el premiar ha de quedar para el oficio de rey, y no lo ha de dexar á otro, porque no dexe de serlo; y así la distribucion hacía por sí mismo, porque la dádiva se le agradeciese y reconociese dél como causa y al ministro como á medio, porque su privanza era de ecelencia, no de igualdad ó dignidad. Pudieron con él en el expediente, y á su instancia le tuvieron muchos bueno, mas atendia al gobierno y oia á todos con tanta atencion que los conocia, y á él se agradecia y reconocia la merced. Hacen los hombres de mejor gana lo que se deriva de su voluntad que de obligacion. Los que no dan por sí mismos, gustan solamente el principio de la beneficencia ó liberalidad, sin que les queden más obligados los que reciben que á su diligencia y de los medianeros. Se debilita la razon cuando los príncipes lo hacen todo por mano de ministros, y parece á los súbditos son tenidos en poco, que los aprieta más que la sinjusticia; porque el menosprecio es más intolerable que la injuria simple; y cuando ven que se dispensa por su medio, se contentan, aunque no lleven lo que pretenden. Ni por la fuerza de obligacion y agradecimiento procedia con injusticia y ménos prudencia: mediase con su facultad y méritos del que habia de recebir. Aunque á Camargo, maestro de sus ministriles, dió en veces más de cincuenta mil ducados, porque el amor, que tanto vale y puede, suplió buena parte del merecimiento; y así dió á algunos pocas veces con medianos servicios, aunque su benevolencia fue comun á todos. Mucho hizo en el remedio de hijas de criados, ministros, capitanes, dándoles rentas, salarios, oficios, recompensas á los ancianos para que viviesen para sí y muriesen bien; y á viudas para su remedio, porque su beneficencia no quedase por la muerte defraudada. El príncipe que desta virtud usa mucho, parece más digno de imperio, pues se ve tiene sujetos que merecen se use con ellos grandeza en el premiar sus méritos. Es de importancia para dar ánimo á los nobles y de alto espíritu el ver sus fatigas con mercedes reconocidas; y para merecerlas mayores se meten por los hierros ásperos, trabajos notables, peli-

gros, triunfando en el espanto y crueldad de la muerte con el premio que en la memoria y en la historia escrita queda impreso, hecho á sus hijos, que da esperanzas y alienta. Y así los romanos ponian estatuas á los héroes de su República y premiaban su virtud en la posteridad.

Daba los repartimientos de las Indias á los sucesores de sus conquistadores, para que gozasen el provecho y honra suya, ó á los que sirvieron en aquellas regiones, animando á otros y premiando la virtud. Pero fue solamente á D. Beltran de Castro de la casa de Lemos, por la vitoria que alcanzó en el mar del Sur contra unos piratas ingleses. Daba estas encomiendas por una vida no más, reteniendo con que premiar, y en esperanza á otros, como los Emperadores romanos y griegos á sus capitanes, con un repartimiento llamado beneficio, y los encomenderos beneficiarios. Y Alexandro Severo lo extendió á los hijos y nietos de los que militarbn, con tal que militasen; y Constantino las perpetuó con imprudencia. El turco, en conquistando una provincia, hace la mayor parte de sus campos encomiendas para los que llama zamollanes, caballería, fuerza mayor de su poderío, de qne gozan por la vida no más. Perpetnando las mercedes deshereda el Príncipe á sí y á los suyos, y quita el servicio, que no teniendo con que premiar, no le servirán. Los premios han de estar prontos para todos, si quiere ser servido, y la República defendida. Daba por esto encomiendas y títulos á extranjeros, y entretenimientos, rentas, manteniéndolos en su devocion; y hasta donde extendia la autoridad dilataba las mercedes. La grandeza y la majestad no nace de conocer á muchos, sino de ser conocido de muchos. Poca sería la gloria del ayudar á otros, si no pasase de los que se conocen. Aun en tierra de bárbaros hizo buenos efetos su dádiva, conciliando y ganando las voluntades. El oro que Filipe, rey de Macedonia, repartia en las ciudades libres de Grecia, más la hizo sujeta que sus armas. El emperador Adriano, poderoso y sabio, compraba la paz con dádivas, mamenia los confmes en su amistad con dones, y gloriábase de haber hecho más efeto con el ocio por esto que con el hierro. Cuando se puede satisfacer á la obligacion de los servicios son agradables, si no dan aborrecimiento tanto mayor cuanto lo es el que obliga, teniendo su mala satisfacion. Exemplo son no vulgar Gonzalo Hernandez de Córdoba, gran capitan, con su rey D. Hernando el V y Hernan Dálvarez de Toledo con D. Felipe II.

El Príncipe, al que le aumentó y defendió el Estado, remunere, honre, crezca, para que crezca la fe y buen servicio. No hubiera tantos triunfos y vitorias, si los valerosos receláran mala acogida y premio de sus trabajos y constancia. Aunque no pueda usar liberalidad con todos, es amado de todos, cuando se hace más estima de la satisfacion que de la propia comodidad, teniendo cada uno por cierto le alcanzará cuando le hubiere menester. Esta prontitud agrada al pueblo, que en lo sensible se ceba,

pues cada uno puede hacerse capaz de recebir merced. El mismo rigor guardó en la distribucion de las dignidades, honras y oficios, frenando la envidia, porque ni en los ánimos medianos, ni en los generosos hubiese resentimiento: el vencedor contento, el vencido satisfecho, de que se guardó justicia. La distribucion, instrumento importante para el arte del reinar, si no es justa en el repartir las honras y proporcionar las cargas, es en la paz injusto el Príncipe, y en la guerra imprudente con su peligro y ofensa. La escaseza del útil ofende á la gente baxa; mas el inconsiderado distribuir de las honras llevan tan mal los ánimos grandes, que el dar un grado al favor y no al merecimiento apartó los beneméritos tanto, que no hicieron caso de la propia calamidad, por más que estuviese envuelta con la de su Príncipe, sólo por retirarle de la inconsiderada eleccion y distribucion injusta. Produce en la guerra malísimos efetos donde más fue necesaria la fe, y deseado el amor en los ministros. Cuando la necesidad hacía negar alguna cosa, asegurando al poderoso de su buena voluntad, don Filipe le mandaba ofrecer otra, porque conociese hacía caso dél, y deseaba hacerle merced, con que se contentaba á veces tanto el ánimo gallardo como si le diera lo que pidió. Tanto vencen las palabras corteses. Daba á la sangre vertida ántes que á la heredada, y por esto tomó el hábito de Santiago Julian Romero, sin informacion de sus calidades, aunque las tenía. Hacía mercedes de las encomiendas á los que militaron, á los hijos segundos de los señores que le sirvieron, porque lo continuasen con más ánimo y comodidad, y á los que le servian en su casa y cámara, que merecian remuneracion por los servicios de sus pasados; á los de su Consejo de Estado y Guerra más beneméritos, porque más militan con su consejo proveyendo, examinando y ordenando lo que los capitanes han de executar, que estos mismos que executan y mueven las armas con peligro.

LIBRO XII.

PROSIGUE LA GUERRA EN FLANDRES,

PIÉRDESE EL REY DE PORTUGAL EN ÁFRICA,

MUERE DON JUAN DE AUSTRIA,

TRÁTASE DE LA SUCESION DE PORTUGAL.

CAPÍTULO PRIMERO.

Compite con el Archiduque Matías el Duque de Alanzon sobre señorear á Flandres, y los naturales hacen nueva liga en su defensa.

Pesaba mucho á la Reina de Inglaterra de que los flamencos tratasen de meter en Flandres por su gobernador al duque de Alanzon, François de Valoes, y los amenazó con su desamparo, y temieron. Pero el Príncipe de Orange se inclinó al Archiduque Matías, á quien la Reina con gusto favorecia, y haberse tratado fuese su lugarteniente, para guardar para sí con astucia y maña el poder y autoridad en el mando; y porque estando humillado el Duque de Ariscoht ya no reclaba, y la gloria y provecho de haber traido á Matías alcanzaba con esto, aunque su venida sin consentimiento de los deputados atribuian á sí mismos inconsideradamente. El de Orange, infiel á todos, acudiendo al gusto de la Reina, hacía mal oficio con ella de secreto contra el de Alanzon, y le procuraba agradar en público y á Matías. Alanzon no habia perdido del todo la esperanza de señorear á Flandres, favorecido en parte de la nobleza. Y demas de los antiguos beneficios que hizo á los deputados por su intercesion, el Rey de Francia oyó á los Embaxadores que le enviaron despues de haber esperado largo tiempo. Avisó dello con carta de trece de Noviembre á los deputados con monsieur de Alferay, gentilhombre de su casa, y asegurándolos

de su buena voluntad y de darles el socorro que hubiesen menester; persuadíales que en todas ocasiones se valiesen y fiasen del Príncipe de Orange y del Conde de Lalain, y diesen crédito á lo que de su parte les dixese Alferay y Mos de Mondulzet, á quien enviaria en breve á Bruselas. Con estas diligencias esperaba el de Alanzon preferir al Archiduque, y los deputados recebian particular gusto con esta solicitud, porque les parecia que sabiéndola el Rey Católico, recelando le recibiesen por señor sin su voluntad, sacaria de Flandres á D. Juan, y admitiria en el gobierno al Archiduque Matías.

Resueltos en admitille le hicieron jurar treinta y una condiciones, instituyendo el gobierno popular á la traza que Julio César escribe de los antiguos flamencos, que el pueblo tenía el mismo mando sobre el Rey que él sobre el pueblo, y el Archiduque les serviria de estatua. No se trataba de la religion, ni de la autoridad del Rey, se adjudicaban ántes la que directamente le tocaba, así los deputados dexando todavía mayor al pueblo con que mandase á ellos y ellos al Rey, sin que sin permision del pueblo no se pudiese constituir en lo tocante al bien comun, diciendo que así lo ordenaban los privilegios y antiguas costumbres de Flandres. Destos no solamente pretendian serles restituidos los que se les hubiesen quebrado, pero los que en tiempos pasados algunos Príncipes suyos por graves ofensas y rebeliones les quitaron, qne del todo era contrario á la paz de Gante. Por último, daban lugar al pueblo para mudar cada vez que quisiesen de señor. No se contentaron con hacer jurar á Matías estas intolerables injustas condiciones en Liere, donde privadamente estaba tratado como muchacho y poco poderoso entre rebeldes y sectarios; pero nombraron por su lugarteniente al de Orange, dexando al Archiduque sólo el título y nombre de gobernador, usurpando el tirano para sí todo el poder y autoridad. Antes que le admitiesen al gobierno en sombra, le hicieron jurar otros muy más favorables y diferentes capítulos de los primeros por traza del astuto Nassau.

Formaron liga nueva entre sí los católicos y los herejes, porque la que se juró en Gante no le agradaba. Llamábanse en ella vasallos del Rey, y decian establecieron la paz de Gante, y se confederaron para hacerla duradera y segura la religion católica. Mas algunos mal intencionados contra su patria y voluntad del pueblo, y juramento de resistir al comun enemigo y sus parciales, decian contravenia á la religion católica, á la obediencia debida al Rey y á la paz de Gante. Y porque los que en virtud della no podian ser apremiados á seguir la Iglesia romana, tomaron desconfianzas y no quisieron confederarse; ahora, desengañados los unos y los otros, uniendo sus ánimos, intentos, fuerzas y poder para salir de la servidumbre de forasteros, se obligaron unos á otros con juramento los católicos y sectarios de no injuriarse ni ofenderse, sino ayudarse para restituir su liber-

tad y privilegios, y se recebian en salvaguardia y amparo unos á otros, y esto se cumpliese, porque cada uno en sus exercicios de su religion siguiese su conciencia, y tuviese toda seguridad. Juraron recebian al Archiduque Matías de Austria por gobernador y capitan general de Flandres por forma de ínterin, y como á tal le obedecerian en conformidad de las condiciones que por los deputados se le propusieron, hasta que por el Rey y ellos se ordenase otra cosa. Hizo su entrada el Archiduque en Bruseles con gran pompa y alegría como gobernador general, y entre muchas fiestas le representaron comedias en flamenco, y en algunas comparaban al Archiduque á David, y á D. Juan á Goliat, y con divinas alabanzas loaban al de Orange. Los deputados formaban un Consejo de Estado, y los que hoy nombraban quitaban mañana.

Los españoles, pasando por Lorena y Borgoña, llegaron á Luzelrburg, y sus capitanes por la posta vinieron á ver á D. Juan con gran prontitud y alegría todos para servir á su Rey, puesto en olvido el disgusto recebido con su desfavorecida enviada, por ser natural á los españoles sufrir y aumentar el amor con su Príncipe cuando más se podian desabrir y desdeñar. Mucho se reforzó con esto la parte de su Alteza, y para acrecentarla en número, porque algunos de Luzeltburg y Namur servian á los rebeldes, mandó pregonar á veinte de Noviembre, recebiria en su gracia los que dentro de quince dias volviesen al servicio del Rey. Muchos vinieron, y listaron dellos los que parecieron leales y aptos para la guerra. El de Orange, desconfiando y sospechando por esto, para enterarse de los que le querian mal, publicó le habian muerto con un pistolete á traicion, pronosticando con esta prueba lo que despues en efeto le quitó la vida, hecha para conocer por los indicios de contento sus enemigos y hacerlos matar, y los de su bando tenian lista de los aficionados al Rey, y que aborrecian los hechos de los deputados.

Apretada la villa de Amstelreñan en Holanda cristianísima y fidelísima, falta de trigo, municiones, ánimo, socorro, trató de rendirse al exército que la apretaba por el Príncipe de Orange. Hechas las condiciones, dixo que sin consentimiento de los deputados de Holanda no podia firmar, disponiendo una traicion con que los queria destruir. Entraba su gente sin armas en la villa por la comunicacion, y en la noche en ella emboscó con acuerdo de los deputados cuatro compañías de infantería con el osado capitan Ruichaver, y órden que, ganada la villa, matasen al Magistrado y eclesiásticos y la saqueasen, que en socorro suyo vendrian embarcados más de mil y quinientos hombres de Haerlen, Enchuisen y Hornen. Ruichaver envió á dormir en el lugar doce soldados, y habiendo en la puerta tomado las armas, á poca distancia encontraron con otros de la emboscada, que venian para la villa á executar lo concertado. Fingiendo de juego de manos el venir á palabras, los vecinos de la guardia, entendiendo era de

véras, acudieron para despartirlos y fueron degollados, y se apoderaron sus enemigos de la puerta, y poniendo fuego á una casa avisaron á Ruichaver. Vino tan presto, que ántes que los de dentro conociesen su daño se apoderó de unos falconetes cercanos á la puerta, y entró por las calles su gente, matando hasta la plaza fortificada con trincherones, estacadas y barricadas y alguna artillería, y con tres escuadras de los vecinos entónces solamente guardada. Viéndose acometidos de improviso, huyeron á la casa de Tiendas públicas, y tocando á rebato la campana, los más vecinos con dos capitanes arremetieron con tanta furia para los enemigos, que les ganaron el primero trincheon, aunque bien defendido, y los otros dos, y con muerte de algunos los rebeldes se retiraron á la puerta por donde entraron; porque cobrando ánimo los vecinos, ayudados del esfuerzo del capitan Volfardo y de su teniente, desde las ventanas los herian y tiraban con arcabuces, y apechugando con ellos con tanta desesperacion, que las mujeres solas con los cuchillos de mesa, que de ordinario traen allí, mataron muchos, y plantaron y dispararon una culebrina, y batieron un torreon de la puerta, donde estaban los rebeldes esperando los navíos del socorro, detenidos del viento contrario. Llegando en el torreon á tomar un soldado pólvora de un barril con la cuerda le tocó, y le voló y los más de sus compañeros. Otros estando sin esperanza de ayuda, no queriendo los de la villa tomarlos á partido, se salvaron, con pérdida de sus banderas y muerte de más de cuatrocientos soldados viejos del Orange y de los capitanes Ruichaver y Hellinck y cincuenta de los vecinos. Los presos confesaron fue el acometimiento por mandado del de Orange y de los deputados, aunque él lo negaba. Terraplenaron dos puertas de tres de la villa, reforzaron su guardia, escribieron la vitoria á D. Juan, prometieron fidelidad al Rey hasta morir, y por tanta fe socorriese con mantenimientos y algun dinero á su mucha necesidad. Deseábalo D. Juan, pero estaban cerrados los caminos por los rebeldes, y así por concierto se juntaron con los demas de Holanda.

Los herejes expelidos de Amstelredan volvieron á ella, metieron la secta calvinista, y con insolencias forzaron á los más honrados á huir. Don Juan hizo dellos una compañía, y les dió por capitan á Andrés Sterck, señor de Bouequoy, hijo del Amman de Ambers. Los obispos de Ipre y Brujas, presos en Gante, y los deputados del condado de Flandres pidieron á los vecinos su libertad, y respondieron no se la podian dar sin órden de los deputados de los Estados, y éstos que fueron presos sin su intervencion y no les tocaba la soltura. Para cerrar el camino de Colonia á D. Juan, y estar sin recato el que guardaba el castillo de Cerpen, puesto entre la ciudad y Dueren, le ocuparon, y corrian los ducados de Juliers, Brabante, Limburg y Luceltburg. El Magistrado nuevo de Bruseles alteraba más el pueblo cada dia, para que por sus muchas ofensas desesperase de perdon,

Publicaron edicto de confiscacion de haciendas de los que seguian á don Juan, como rebeldes á la patria, y así matasen al que pudiesen; prohibia el darles ayuda, con pena de la vida, y perdimiento de bienes. Porque desde que ocupó á Namur no era Gobernador, sino enemigo y quebrantador de su juramento. Mandaba que los ausentes volviesen á sus dignidades y oficios; donde no, serian privados dellos.

Á esta sazon llegaron á D. Juan Francisco, duque de Leuvemburg, y ofreció de servir al Rey con tres mil caballos herreruelos, y Alexandro Farnese, duque de Parma, por la posta, dexando para mayor presteza su casa, por cumplir el mandato del Rey y deseo de señalarse en su servicio y defensa de la religion católica.

En este tiempo pareció en el Zodiaco, á nueve de Noviembre, á las cinco de la tarde, sobre la cabeza del Sagitario, un cometa el más lucido y grande que se vió en siglos ántes, con aspecto amenazador, de color de finísima plata algo encendida, la cauda de color sanguino, de forma rara, los rayos torcidos en arco, y tiraban derecho para los cuernos del Capricornio; caminaba por el equinocial y *línea meridional* que atraviesa el polo del Zodiaco, y pasando adelante, dexando las alas de Antinos y pico del Águila, llegaba por entre la cauda del Delfin y narices del Caballito, hasta el pecho de Pegaso. En deciocho del mismo mes salió de la cabeza del cometa cabellera como cola en forma de una ala tendida. Mayor maravilla acaeció á tres de Diciembre, porque en un punto fue vista partirse en tres rayos como lanzas de fuego, y tirarlas la vuelta de Italia, el Estrecho de Gibraltar y la parte del Occidente, y siguiendo el primer móvil, despareció á deciocho de Enero de mil y quinientos y setenta y ocho, y sus efetos duraron hasta el año mil y quinientos y noventa. Mostró las guerras que hubo en Flandres, la mudanza del reino de Portugal, y sobre su nacimiento y figura se hicieron juicios, que andan impresos en tratados de cometas de varios autores.

Don Juan desde Luceltburg despachó á D. Alonso de Sotomayor, capitan de caballos, de buen juicio y conocimiento de los negocios entre Francia y España. Mostróse en París, como proveedor de algunas cosas para su compañía, y dió las cartas de D. Juan á Monsieur de Urres y Juan de Vargas Mexía, en respuesta de las que le enviaron, y de los de la casa de Guisa. Con ellos tenía D. Juan correspondencia encaminada por su hermano, con grandes tratos sobre la libertad de la Reina de Escocia, presa en Inglaterra en un castillo por la tiranía é infidelidad de su reina Isabel, si bien para su seguridad y desanimar á los católicos, que esperaban por su medio y libertad mejorar su fortuna. Para esto trataban de ser ayudados de los de Guisa, tios de la Reina, con las fuerzas del Rey Católico, encaminadas en su beneficio desde España y Flandres, y casarla con el Duque de Sufolch, que tenía séguito en la isla, pues la guerra era justa, como en

amparo é introducion de la verdadera señora de Inglaterra, conforme á derecho. Para obligar más á D. Filipe trataron los de Guisa con él por medio del Conde de Mantzfelt, su amigo, de casar á D. Juan con la reina presa, y que ayudase con tanto esfuerzo, que los coronase y estableciese, asegurando á Flandres, y aquietando á Francia.

Dió al de Guisa D. Alonso un pliego del Conde en público, y más recatado en buen lugar y tiempo le dixo era D. Alonso de Sotomayor, y llevaba cartas de creencia de D. Juan para él y su hermano el Duque de Umaine. Decia su Alteza, que habiendo entendido su cristiano celo, y el valor y fidelidad con que servian á su Rey, procurando la conservacion de la religion católica, paz y union de Francia y España, necesaria para su bien y prosperidad, deseó en extremo tener conocimiento y amistad con caballeros de tan principales y señaladas partes, y lo acrecentó despues que el de Umaine fué á la armada de la Liga, claro valor de su persona y bondad. Habian ido de dia en dia señalándose más en el servicio de Dios y de su Rey contra sus rebeldes, y mostrado la aficion que tenian al Católico, y así aumentando el deseo de su comunicacion y union contra los enemigos de ambos Reyes, se habia declarado por su amigo y servidor. Sabía el de Guisa, cómo su Rey, habiendo el Conde de Mantzfelt levado gente francesa y pedido licencia para sacalla de Francia, lo prohibió por bando público, y habla ordenado á Monsieur de Urrus le dixese era satisfecho de que se hiciese su voluntad, y despues le habia escrito por medio del Embaxador de la Reina de Escocia le placia al Rey de la ida de la gente en el País Baxo. Así lo sinificó tambien el de Guisa al Conde de Manztfelt por carta de creencia, en que le pedia la entretuviese por su crédito, y ser parte de las fuerzas con que servia á su Rey. Deseó satisfacelle, y temió la reprehension del suyo, si el Cristianísimo se le quexaba de haber recebido la gente, porque deseaba su satisfacion. La admitió por el gran crédito que tenía D. Juan del de Guisa, y de su cristiandad y verdad, bondad y nobleza, y ser la primera ocasion de complacelle y conservar su autoridad y reputacion, y porque siendo su hechura, guardarian fidelidad.

Para satisfacer á D. Filipe pidió declaracion del Rey Cristianísimo, cómo fue con su permision y consentimiento la ida de los franceses, asegurando sobre su palabra el secreto. Se correspondian en defender la religion y obediencia de sus príncipes para vincular la amistad verdadera, y se preciaba de tenerlos por amigos, teniendo las glorias y las ofensas por unas, y deseaba estrechar esto mucho, y para la comunicacion que hubiese y manera secreta de encaminar las cartas, le pedia que, pues en diez años crecieron los herejes en Francia, de manera que ya les igualaban en oficios y beneficios, estuviesen firmes en su union y liga para no ser inferiores y ratificalla, y darse la mano con él en causa comun, pues no se podia en Francia y Flandres recebir daño, que no les tocase á sus católicos. Le

habló el Conde de Mantzfelt sobre el casamiento de la Reina de Escocia, presa, y era conveniente el entretener la prática con su parecer y fundamento, esperando la mejoría de las cosas del Rey, su hermano, en sus Países, para volver todas las fuerzas de mar y tierra en favor de su libertad y restitucion, sobre que se aconsejaba y prevenia el Rey su hermano, porque en la execucion de los tratados y tratos no hubiese contradicion ni contraste.

Puso el de Orange por Gobernador en Lobaina, á pesar de sus moradores, á Maxlmiliano de Corterau, señor de Glabbecke, nombrado por los Estados, y quiso que los de la Universidad jurasen al Rey como Duque de Brabante, y al Archiduque Matías de Austria como su lugarteniente y capitan general de los Estados de Flandres, y al Príncipe de Orange como particular gobernador del Ducado de Brabante y teniente general del Archiduque, y á Maximiliano por gobernador de Lobaina por su Majestad, y cumplirian sus órdenes con toda fidelidad, poniendo sus vidas y haciendas para su defensa y guardia, y resistirian á los que estaban declarados por enemigos de la patria. Los cinco miembros de la Universidad unánimes respondieron no les tocaba el recebirle por Gobernador, sino al Magistrado, y no podian jurar por ser cuerpo eclesiástico y contra costumbre, y los Gildas no quisieron tampoco. Sintió esto tanto, que les metió de presidio dos compañías de escoceses sin resistencia, ayudado de los dos hermanos de Temple, y los linajes de Cocx, Vertrick y Deuim, sediciosos, y los vecinos quedaron mal indignados. Viendo que en Bruseles no podia ya por ajena mano lo que queria alcanzar por la multitud de los asalariados, que llamaban Lus Hebbers sin cabeza, y porque estaba ya de muchos entendida su traza con su ofensa, inventó nueva forma de Magistrado que gobernase la villa, é impidiese los disignios de sus contrarios, de deciocho personas escogidas de los más sediciosos y fieles á él, y con mano para cualquiera empresa, y fue llamado Gocmannen, que sinifica en flamenco hombres buenos. Eran sus principales Van Straeten Gabaut, Huivel, Sertoels Van Deinden, á quien ni la vergüenza retenia de hacer cosas feas, ni el miedo de acometer las peligrosas, ni la razon les refrenaba sus cóleras. El oficio destos era abrir las cartas que venian para los deputados y vecinos de Bruseles, escudriñar los hechos, palabras, casas y escondrijos de los sospechosos, que así llamaban á los aficionados al Rey, y en fin, mirar lo que convenia á la conservacion de la villa. Con esto quedó oprimida de todo punto la gente principal, dando el mando á la ruin y más humilde; y estableció por sí una cubierta tiranía, porque por mano destos alcanzaba lo que intentaba con intervencion de sus asalariados Lus Hebbers, que levantando alborotos hacian consentir á los deputados lo que pretendian. Con esto vivian los buenos en tanto temor, que no osaban hablar ni callar, porque los argüian de sediciosos hablando, y de sospechosos callando, y con

todas sus mañas no se tenía el de Orange por seguro en Bruseles: tanto puede la mala conciencia.

CAPÍTULO II.

Los rebeldes hacen la guerra contra Don Juan.

(Año 1578.)

En el principio del año de mil y quinientos y setenta y ocho se acercó Mos de Hierges, que habia ido á socorrer en Ruremunda al coronel Polviller, porque la tenía apretada el Conde de Hollac con la gente de los rebeldes, y á la parte que mira á Mastricht habia levantado altas trincheas con traveses y hondo foso, para que no le fuese forzoso el retirarse. El Conde envió atambor á la ciudad á pedir al Baron de Polviller la rindiese. Para alterar la tierra, entendiendo no tener socorro, mandó al atambor que dixese á los soldados rompieron los deputados á D. Juan, degollaron la mayor parte de los españoles, los que escaparon huyeron para Italia, muricron todos los flamencos realistas. Los soldados fáciles en creer comenzaron á conmoverse y hacer corrillos. Polviller, sagaz, advirtiendo fortificaban con gran priesa las trincheas los rebeldes, conoció la falsa nueva y el socorro, y mandó al uso de la tierra brindar largo al atambor, y embriago descubrió lo que pasaba. Mandó guardar con cuidado las salidas de la ciudad para que los rebeldes no pudiesen entender su determinacion; echó de golpe infantería sobre su alojamiento, y peleando gallardamente sobrevino la vanguardia de Mos de Hierges, y los acometieron. Cayeron de ánimo los rebeldes, desampararon el alojamiento y se retiraron á un fuerte, que poco ántes hicieron, pegado á la ciudad, y áun no seguros pasaron el Mosa. Mos de Hierges halló en el fuerte alguna artillería y municiones y gran cantidad de trigo, con que socorrió la necesidad de los cercados. Volvió á juntarse con el exército del Rey.

El de Orange repartió en las villas los soldados herejes de quien fiaba, para quedar apoderado dellas y disponer á su albedrío de los católicos, si fuese roto el exército de los Estados, aunque tenía casi dos mil caballos y doce mil infantes, sin gran número que habia en los presidios. En el de D. Juan estaban veinte mil infantes y dos mil caballos, y porque habia de pasar el Mosa convenia encubrir por donde tenía las compañías alojadas hasta cerca de Massiers. Cinco del coronel Fucquer y siete de Fransberg pedian sus pagas con tanta continuacion, que se tardó mucho tiempo por falta de dinero en apaciguarlos.

El Conde de Bossu y Mos de la Motta escribieron desde Bruseles á Mos de Goignies y á Montigni, si D. Juan pasaba el rio cerca de Namur, se alojasen la vuelta de Mastrich para hacerle rostro, y si de Carlo Monte, se pusiesen sobre el Sambre en defensa de las villas de Henaut. Mas porque entendieron pasaria por Namur, y con la infantería valona y un tercio de franceses, el conde Cárlos de Manztfelt, hijo del conde Pedro Ernesto, cerca de Massiers, recelando iba á cercar á Bovines, y porque se les morian muchos soldados por la contagion del aire causada del largo alojamiento de Templou, y de lo que en el invierno padecieron, caminaron de noche para llegar á Bourges al amanecer. En la vanguardia iban los regimientos de Lumay y Montigni, arcabuceros de á caballo de Mos de Villers y Mos de Fresnoy, los hombres de armas del Conde de Lalain y del Vizconde de Gante, á sus lados Mos de Goignies con su compañía de caballos ligeros, la de Mos de Voysin y quinientos arcabuceros escoceses, tres compañías de franceses, cinco de los regimientos del Conde de Egmont y de Mos de Champaigne, con órden de estar al alba en Barlacovin. La batalla partió á las ocho de la mañana, y consistia en un tercio de tudescos de infantería valona, de los reytres de Gruninghen, hombres de armas del Baron de Ville y Mos de Goignies. La artillería pasó con su bagaje por los puentes de Chentin y de Rennesi. La retaguardia hacian los tercios de escoceses, á cargo de Mos de Heuri.

Estando D. Juan, en decinueve de Enero, de partida para Namur, le puso en cuidado la disension por ódio antiguo entre los soldados y vecinos del presidio de Thionvile, y por haber dicho algunos los querian echar de la villa, y acusado á los vecinos della dos soldados ante D. Juan; mas averiguada la falsedad se aquietaron, y en dos dias llegó á Famine. En tanto en Bruseles se aconsejaban con pareceres diversos sobre hacer la guerra. Los más aprobaron el no pelear con D. Juan y el entretenelle repartiendo tres compañías en la abadía de Floref, de la coronelía de Mos de Lumay, con cincuenta arcabuceros de á caballo; en Gemblours otros tantos con siete banderas del mismo coronel; en Indoigne la coronelía de Champaigne con cincuenta caballos; en Luve tres compañías de franceses; en Dieste dos de valones; en Malinas dos de escoceses; en Liera otra destos, y se alojasen cerca de Tilemont trece compañías del Conde de Bossu, tantas de escoceses, las coronelías del Conde de Egmont y Montigni, cuatrocientros reytres de Mos de Gruninghen, otros tantos arcabuceros á caballo valones, cien caballos ligeros de Goignies y cuatro compañías de hombres de armas socorriesen las tierras que sitiase D. Juan. Decian los deputados no se podia defender Bovines sin arriesgar el exército arrimado á ella, y otros que la defenderian las cuatro compañías viejas de su presidio, y en desamparalla se perdia su reputacion y se dexaba á los enemigos libre la navegacion del Mosa desde Massiers á Namur. Por la diferencia de pare-

ceres enviaron por el de Mos de Goignies y coroneles de su exército á Mos de la Garde. Ellos resolvieron el arrimar el exército á Gemblours, porque no pudiesen ser forzados á dar batalla, y resistir desde allí los acometimientos de los españoles, y hacer para esto la villa depósito de municiones, vitualla, armas y aparejos de guerra; y enviaron delante seis cañones con intento de levantar su campo con reputacion y ostentacion de su poder. Don Juan, ántes de llegar á las manos con los enemigos, los convidó primero con la paz con edicto impreso. Decia:

«Jamas el Rey ni él quisieron reducir á servidumbre los Estados de Flan»dres, ni destruirlos, ántes su bien y conservacion, y al presente, y su in»tencion era que los rebeldes obedeciesen á su Rey y guardasen y ampa»rasen la religion católica en que todos nacieron, se criaron y tuvieron »cuando le juraron Príncipe y señor, que algunos herejes y sediciosos por »todas vías intentaban de extirpar. Si cumplian estas dos cosas, les guarda»ria inviolablemente sus privilegios, fueros, costumbres, leyes, franquezas, »restituiria la forma de gobierno del emperador Cárlos V, y lo ratificaria »el Rey. Recibiria en gracia las provincias, ciudades, villas, castillos, al»deas, monasterios, abadías, colegios que desde luégo le obedeciesen como »á Gobernador general de Flandres. Les perdonaba en nombre de su Ma»jestad y ponia en olvido su yerro, los gobernaria con amor, dexaria gozar »los bienes y dignidades que tenian ántes de la rebelion. Era infamia que »los soldados que sirvieron al Rey, acrecentó, honró, llevasen sueldo de un »rebelde, autor de cosas nuevas y mónstruo que mandaba con soberbio se»ñorío, y les sería más honrado servir al Rey ó retirarse á sus casas. Despi»diesen los presidios, que las tierras que se reduxesen serian amparadas y »favorecidas, y á los que ayudasen á los rebeldes haria la guerra y á los »que se hallasen armados y á los que no obedeciesen este edicto.»

Publicado en Luzeltburg y Namur, llegó D. Juan á esta ciudad, de la cual distaba legua y media el exército de los rebeldes, con bosques, cuestas, valles y llanuras para la caballería. Cerca de su alojamiento y de Esmines habia un bosque acomodado para emboscadas, y descubria mucha tierra, y ocupados dos caminos que venian á él quitaban el paso. La compañía de Mucio Pagano, de arcabuceros de á caballo, espiando los enemigos, truxo prisioneros, de quien supo D. Juan el intento que tenian de mudar el exército á Gemblours y hacerle plaza de armas.

A treinta de Enero partió su Alteza con el Príncipe de Parma, y prevenidos los puestos necesarios con arcabucería, fué á reconocer el sitio del exército de los rebeldes y los caminos de Gemblours para cargallos en levándose. En este dia llegaron cerca de Namur por su órden las compañías de caballos ligeros de D. Bernardino de Mendoza, D. Hernando de Toledo, D. Alonso de Vargas, Juan Baptista del Monte, Nicolao Basta, conde Curcio Martinengo, y de Aurelio Palermo; las de arcabuceros de á ca-

ballo de Antonio Olivera, Juan de Alconeta, Antonio Dávalos, y la de la guardia de su Alteza, que gobernaba García de Aldana, y la de borgoñones de Mos de Moussey, y mil infantes arcabuceros españoles con docientas picas. Toda la demas gente alojaba á dos, á tres y á cuatro leguas del Mosa y cerca de Marcha. Mandó al Baron de Cheureau y al capitan Alonso de Acosta que al alba del dia siguiente emboscasen cerca de Bouges ciento y cincuenta picas tudescas, trecientos arcabuceros borgoñones, otros tantos valones, ciento y veinte españoles de la compañía del capitan Trancoso, y la demas infantería quedaria con él puesta en escuadron para hacer así espaldas á la caballería con que Octavio Gonzaga, su general, pasaria á picar á los rebeldes.

Ellos, en el último de Enero, pegando fuego á las barracas ó cabañas de paja cubiertas, dieron señales de leva y marcharon en buen órden, llevando en su retaguardia dos escuadrones de tres compañías de franceses, trece de escoceses, y á las espaldas la caballería en órden para resistir acometida y amparar su infantería. Don Juan, executando lo proveido, hizo marchar á Octavio Gonzaga con la caballería, y le dixo anduviese con mucho tiento, pues cualquiera desgracia haría notable daño en este principio. Él dividió la caballería en tres tropas, y siguió al enemigo y descubrióle en una llanura en escuadron, y el Baron de Cheureau con la infantería tambien, y con la otra le seguia D. Juan, procurando ganar las cuestas para que le viesen los rebeldes y cobrasen temor, y descubrir mejor la campaña y dar el órden conveniente. Envió á Cristóbal de Mondragon para que asistiese á Octavio Gonzaga, y le dixese que si se trababa con la retaguardia enemiga se acordase de lo que le advirtió para no dexarse llevar de su ánimo. En este exército de D. Juan no habia diez mil, y el de los enemigos tenía más de veinte mil. Entre el bosque y los rebeldes estaba una costezuela ya ocupada, y subiéndola con resolucion los soldados del Rey, la desampararon; y ganada, escaramuzando entraron en lo ancho de la campaña. Don Juan envió órden al Baron de Cheureau que sacase la infantería del capitan Trancoso con algunos borgoñones, y desde la mano izquierda de la caballería cargase los rebeldes. El Príncipe de Parma, permitiéndolo su Alteza, con gran valor la lanza en puño, con los primeros caballos llegó á un arroyo de altas riberas, reteniendo algun tanto el ardor de la caballellería, mas no el ánimo con que le pasaron en un punto. Con tan gran porfía picaron tan adentro en la retaguardia de los rebeldes, que no se podia excusar el venir á batalla, ni los capitanes retener los soldados. Don Juan de Austria, arrimado al bosque, mandó al Baron de Cheureau acometer por el lado con los borgoñones, valones y tudescos. Avisáronle Gonzaga, Mondragon y Verdugo el orgullo y ánimo de los soldados, y no podian excusar el combatir, viendo que los enemigos á paso largo se retiraban para huir. Respondió anduviesen sin temeridad y con pié de plomo, y

si se hallaban superiores usasen de la ocasion. Envió al Baron de Villi á reconocerlo, y viendo querian ocupar un puesto los rebeldes de donde podian dañar, les previno muy á tiempo ocupándole Octavio Gonzaga con su caballería bien apiñada. Cerró con los enemigos, y tomando éstos la carga, desbarataron la retaguardia de su infantería, donde estaban los escoceses y franceses (como escribí) y siguiendo el alcance con presteza, no se pudieron rehacer, y la batalla, que constaba de valones y alemanes baxos, fue rompida fácil y brevemente. Con la vanguardia de los valones, que habia ya llegado á Gemblours, salváronse los más principales de los rebeldes. Alcanzóla D. Juan, y haciendo rostro arrimada á la villa, acometidos por la mano derecha de dos compañías de infantería española guiada del capitan Gaspar Ortiz, y por la izquierda de otras de valones amparados de alguna caballería ligera, volvieron las espaldas, y parte entró en Gemblours, parte huyó á Bruseles. Octavio Gonzaga iba gozando bien de la vitoria, matando en el alcance y prendiendo, hasta que le retuvo la noche, más de siete mil, y de los españoles murieron dos y quedaron heridos cinco.

Fue vitoria jamas alcanzada de otro tan breve y poco costosamente. A seiscientos escoceses presos dió libertad D. Juan, mostrando su clemencia con los rendidos, y juraron de no servir contra el Rey Católico en un año. Mos de Goignies, maestre de campo general, fue traido ante su Alteza, y pidiéndole la mano vitoriosa para besarla, le dixo castigaba Dios así á los que le menospreciaban y se rebelaban contra su Rey, y favorecia su causa, segun mostraba el suceso desta batalla, y mandóle llevar al castillo de Namur. Ganáronse cuatro estandartes de hombres de armas, casi todas las banderas de la infantería. Envió D. Juan la nueva de la felice vitoria al Rey con Mos de Villi. Los enemigos, en Bruseles y Lobaine, sintieron este suceso gravemente, y culpaban unos á otros como es usado en sucesos tales, y más al Conde de Lalain, Vizconde de Gante, Mos de la Motta y otros ausentes entónces del exército, y muchos al de Orange y á su astucia, la arrogancia de los vencidos, por no haber mudado alojamiento con silencio y conveniente paso de noche, y primero pudieran estar amparados de Gemblours que fueran alcanzados inesperadamente, pues los movimientos súbitos desordenan los ánimos y los más ordenados, principalmente en los rebeldes, porque la culpa llena de miedo; y así la guarnicion del castillo de Selles le desamparó.

Cercó luégo D. Juan á Gemblours, y respondiendo á un atambor que les requirió se rindiesen, que no tenian que ver con españoles, hizo traer de Namur cuatro cañones, y luégo se entregaron dexándolos ir libremente, con que los vasallos del Rey jurasen de no tomar las armas en su contra en un año, y reteniendo doce prisioneros que fueron llevados á Namur, y entre ellos dos dos hermanos Mos de Bailevil y de Heuri. Pudiera usar de más rigor por no haberse rendido luégo; pero no queria hacer la guerra

más rigurosa por irritar ménos los flamencos, y mostrar defendia la autoridad de la Iglesia romana y de la Majestad católica, y reducia á su reconocimiento los que inducidos y engañados por los herejes astutos quitaron la obediencia á su señor natural, y siguieron al de Orange engañador, que los despeñaba en peligros, muertes, robos, desventuras, calamidades, confusiones, para sujetarlos en hallando pronta ocasion en que los meteria brevemente, si no se recelaban de sus mañas y traiciones contra la patria y contra su legítimo Príncipe, que estaba con los brazos abiertos para recebillos en su gracia. Y esto fue causa de su mayor dureza y obstinacion, persuadidos que siempre que le reconociesen y obedeciesen, los admitiria y perdonaria con clemencia, como habia hecho tantas veces, aunque ellos se aprovecharon mal de su buen ánimo inclinado más á conservallos que á destruillos. Hizo llevar los soldados forasteros al país de Lieja, los vasallos del Rey á Henaut; pero todos en breve se juntaron con los rebeldes sin hacer caso del juramento. En Gemblours ganó D. Juan gran cantidad de trigo, municiones, armas, seis piezas de artillería. Con la mayor parte de la caballería envió á Octavio Gonzaga, y con él á Mos de Rossignol su mayordomo, y á Luis del Rio del Consejo, á rendir á Lobaina.

Rendido Indoingne, castillo sobre el rio Gias, los vecinos de Lobaina se resolvieron de echar los escoceses; pero huyeron de noche con los de la parcialidad del de Orange y los dos Rodoffs y otros mal intencionados contra el Rey Católico. Luégo admitieron con ciertas condiciones al Gonzaga con la caballería, y D. Juan puso por gobernador á Mos de Ruisbrouck, y le dió para su guarda una compañía de caballos ligeros, dos de infantería tudesca y ouatro de luzeltburgeses y dos de borgoñones.

No tenía presidio Malinas, y Luis de Rey, fiando en la obligacion en que le estaba por muchos beneficios recebidos, dixo al Gonzaga convenia ir á ella luégo, porque por su medio le recebirian. Mas por estar la caballería cansada lo difirieron para otro dia, y en tanto con cartas de D. Juan previnieron al Magistrado. Mas pudo tanto el bando del Príncipe de Orange que metieron su guarnicion: tanto daña la dilacion en los negocios tan importantes. Cinco compañías de infantería que tenía Mos de Carondelet de presidio en Tilemont, sin aguardar cierto dinero, que por la parte del Rey se les habia prometido, la desampararon. Las villas de Diest, Sichen y Ariscoth, no se quisieron rendir.

Tenian cercada á Bovines el Conde de Manztfelt y Mos de Hierges y derribado un gran lienzo de muralla, y viendo los que la defendian que no les venía socorro, la rindieron, con que la villa no fuese saqueada, y saliesen todos con sus armas, y no sirviesen más contra su Majestad Católica. No lo cumplieron los capitanes, y los que salieron teniéndose por desobligados del juramento entraron en Filipevilla. Fué el Duque de Parma sobre Ariscoth, y D. Juan se mostró en Vilvorde, para que los rebeldes

no enviasen socorro, y no la acometió creyendo estaba bien en defensa, aunque se rindió Ariscoth, errando mucho, porque por la parte de la muralla y foso por donde salió de su prision Jerónimo del Rio, hijo del señor de Cleidale, pudiera sin dificultad ser entrada.

Queria D. Juan ganar á Diest, y en tanto sitiaron á Sichen razonablemente fuerte, con bastante presidio, terrapleno ancho y alto, buen foso, muchos aparatos de esperar, batería y asalto. Batida la muralla y pareciendo se podia entrar, arremetieron los españoles animosamente; pero los defensores se mostrarbn tan bien que mataron buen número de soldados, y los capitanes D. Pedro Enriquez, el Barajaz y Momo italiano, é hirieron muchos, y entre ellos á D. Jerónimo de Ayanzo en una pierna, gigante casi en persona como en las fuerzas y espíritu marcial. Ganaron la villa y el castillo, y la saquearon, ahorcaron el Escotete della, oficio más preeminente, mataron y ahogaron en el rio Demeer los más soldados. Temiendo suceso tal las villas de Diest, Leve, Hannent y Landen, se rindieron, y entró en ellas presidio de borgoñones, y quedó por su drosarte ó gobernador Juan de Mol.

En Hever mandó pregonar D. Juan y en toda Brabante que los ausentes de las villas que habia ganado, y los que estaban con los rebeldes, viniesen á servir al Rey dentro de diez dias, que los recebiria en gracia y restituiria las haciendas, so pena de rebeldes y perdimiento de bienes. Mandó que los deudores no pagasen á los ausentes. Nombró por comisario general de confiscaciones á Martin Antonio del Rio, señor de Arselaer, y á Gosbino Barzon, oidores de Brabante, y á Conrado Boschuse. Los abades de Parc, de Eberborde y de Heilighen fueron al país de Lieja, el de Ville Ulierbeecke pasó á Flandres, y los de Villiers y santa Gertrude con el de Orange á Ambers.

Era de notar lo que se conmovia el comun de Flandres, en particular en Bruseles y Ambers, con cada mal suceso, echando la culpa á los nobles, acordándose siempre de la rota de Gemblours, tachando los del exército de traidores públicamente, en especial á Mos de la Motta y Mos de Lumay, y malcontentos trataban de servir á D. Juan, y lo deseaba, porque eran importames para la guerra, el Motta, esperto y prudente, el Lumay temerario para executar cualquiera resolucion y hecho difícil. En la ciudad de Arras habia revuelta, y el pueblo trataba mal la nobleza, y cometió la guardia, desconfiando della, á capitanes vecinos, y se juntaban cada semana á Consejo para tratar de su seguridad, introduciendo el gobierno popular. Prendieron los más principales de la ciudad, y lo mismo hicieran del Obispo, si con otros no se salvára en Francia, pagando la pena que merecia el que siendo abad de San Gislain procuró con muchas véras la conclusion de la paz de Gante, y favoreció á los deputados contra don Juan. Imprimieron un librillo en Ambers los rebeldes, en que daban con-

trario sentido al edicto que hizo publicar ántes de romper la guerra, persuadiendo al pueblo queria engañarle, y decian muchos males de su Alteza, mostrando los habia engañado, é introducian la secta donatiana antigua y condenada por San Agustin y censuras de la Iglesia romana. Respondióles Lonceo Beliolano admirablemente y con vergüenza de los herejes.

CAPÍTULO III.

Nacimiento del infante D. Filipe, muerte de Escobedo, secretario, y cómo se hubo el Rey con los demas.

A catorce de Marzo el Rey Católico fue á tener la Semana Santa en su monasterio de San Lorenzo con la Reina, Infantas y Archiduques. Exercitábanse en oir los Oficios Divinos, visitar las reliquias y otras estaciones devotas. En el Juéves de la Cena, segun la costumbre, celebró el mandato con mucha devocion y lágrimas, postrado ante los pobres, y la Reina no se excusó de hacer lo mismo por estar en ocho meses preñada del infante D. Filipe, que hoy con el número de tercero deste nombre en suerte felice reina. De manera que ántes que naciese comenzó á exercitar actos de religion y piedad, sinificando sería como es religiosísimo y celosísimo del servicio de Dios, habiendo comenzado en él por la santidad, en que (como verémos) acabó su padre.

Aquí le llegó nueva de la muerte violenta del secretario Juan de Escobedo; y no le pesó, aunque le inquietó por los avisos que tenía de Flandres, de que inducia á D. Juan el casar con la Reina de Inglaterra, ya que se dificultaba con la de Escocia por la guerra de los Países. Antonio Perez le habia dicho, segun confesó en el tormento, y parece en el proceso de su causa, escribió el Embaxador de Roma habia estado en aquella Córte Escobedo con monseñor Ormaneto, para que le ayudase á persuadir á su Santidad interviniese, segun la peticion de D. Juan, con toda su autoridad suprema con el Rey Católico, para que aprobase el casar con la Reina de Inglaterra. Vino á París, donde estuvo con el embaxador Francisco de Vargas, y llegó á Madrid. Y segun el tiempo en que partió de Flandres, pareció imposible haber hecho aquel viaje Escobedo. Antonio Perez no probó esto por las cartas que dixo habia tenido, ni por testigos, porque en aquel tiempo habian muerto los dos Embaxadores.

Viendo el Príncipe de Orange andaba muy viva, aunque secretamente, la prática de casar á D. Juan con la Reina de Escocia, y sacarla para esto

del captiverio con las armas del Rey Católico, y que la fortuna de D. Juan conocida en haberse librado de las asechanzas y malos tratos tenidos para prendelle los flamencos, y la vitoria que alcanzó junto á Genblours, era de temer, determinó de asegurarse del peligro que le amenazaba todo. Parecíale consistia la importancia de su buen suceso en desacreditar y hacer sospechoso á D. Juan con el Rey con traza incontrastable, y tan poderosa y de recelo que para perderle su Majestad el menor remedio sería sacarle de Flandres. Para su efeto echó fama casaba la Reina de Inglaterra con D. Juan por su mano, y que él y sus amigos le hacian señor de los Países Baxos, con que aseguraba la exaltacion de su nueva religion, y creciese los privilegios, prerogativas y esenciones en el gobierno y administracion de la justicia. Escribiólo á la Reina de Inglaterra, ó fuese para disponer el trato, esperando le dexaria D. Juan apoderarse de la Holanda, y sacar los Estados del poder del rey D. Filipe, mostrando cuanto en ello y con los Príncipes convecinos tenía, ó por no faltar á lo más horrible de sus engaños y astutos consejos. Hay quien apruebe que á la Reina plació la negociacion, y que se trataba con secreto de su casamiento con D. Juan, y que le escribió y envió regalos; y finalmente, que los despachos que dicen duplicados, vinieron á manos del Príncipe de Orange, y los llevaron á don Juan, y otros por espías dobles á las de Juan de Vargas Mexía en París, y los envió al Rey; y cuidadoso procuró el remedio del inminente peligro de la pérdida de sus Países, y mucho más despues que el Nuncio de su Santidad por su mandado le exhortó al encaminar el matrimonio, pareciéndole que D. Juan ganaria á la Reina, y se la amigaria de modo que restituyese la religion católica en Inglaterra, ó á lo ménos permitiese la libertad de conciencia, con que se podria alcanzar el obedecelle, y la restauracion de la Iglesia romana en aquella isla.

Antonio Perez tenía ódio á Escobedo por habérsele opuesto al curso de algunos empleos amorosos que aborrecia, y le reprehendia por las causas que los dos secretarios sabian, y esto aceleró la ruina dellos. Convidó á cenar Antonio á Escobedo y dióle veneno, y no haciendo efeto, Juan Diaz, su mayordomo, por su mandado hizo que se le echase en la vianda un mozo de su cocina en la de Escobedo. No comió en su posada en aquel dia, y el tósigo tocó á su mujer y fue remediada, y creyendo le habia echado una esclava, murió en la horca inocente. Determinó el matalle á hierro, y en una noche le executaron Juan Diaz y dos catalanes, y el alférez Antonio Enriquez, y García de Arce, señor de la casa de Guitar y Arce, con una cédula que le dió con firma del Rey de las que se dan en blanco á los embaxadores y vireyes para la brevedad de algun negocio, que perderia su execucion enviando por mandato al Rey. Recogió los matadores Antonio Perez, y los aseguró hasta que hubiese campo seguro para aviallos, porque los ministros de justicia procedian con rigor, solicitud y

maña en la averiguacion y prision de los matadores, por lo mucho que alborotó la Córte el sangriento suceso. Y porque Mateo Vazquez de Leca, secretario favorecido del Rey, y Agustin Alvarez de Toledo, de su Consejo, y Pedro Nuñez, su hermano, enemigos de Antonio Perez, y el hijo del difunto hacian instancia con el presidente D. Antonio Pazos, y decian públicamente le hizo matar Antonio Perez, émulo suyo, éstos consultaron á Pedro de la Hera, astrólogo de no vulgar opinion, y dixo le mandó dar la muerte un grande amigo suyo, y que se halló en su funeral. Antonio Perez era íntimo del judiciario Hera; y porque no extendiese el juicio de la cuestion, estando enfermo le dió en una medicina para su curacion, por preciosa, con que murió brevemente.

Estaba el Rey enfadado y ofendido de Escobedo, ambicioso y libre en pedir y advertir fuera de lo que le tocaba, entremetido, presumido y de sí demasiadamente satisfecho. Esto tenía principio ántes que fuese á servir en la armada y en Italia á D. Juan de Austria, esforzado con el favor que le hacía el príncipe Rui Gomez de Silva, y por haber hablado al Rey contra el cardenal Espinosa, y respondido: «Eso no es de la hacienda», motejándole de libre, y de que no le tocaba advertir lo que decia; y así no desplació al Rey su muerte violenta. Dolió mucho al secretario Mateo Vazquez, émulo de Antonio Perez, por celo de la privanza con el Rey, pareciendo se le queria igualar, quien poco habia de pequeños principios, aunque loables, de la remision de los memoriales, traido é introducido en este exercicio por Sebastian de Santoyo, despues de la muerte del cardenal Espinosa, de quien fue secretario; creció con el favor y poder con las ausencias del Rey viniendo á sus manos todas las consultas, y enviándolas despachadas á sus tribunales, de manera que parecia el archisecretario.

Antonio Perez estaba en gran privanza, ayudado del Marqués de los Velez, y usaba mal del favor, derramado, no virtuoso, demasiadamente suntuoso y curioso, en el vestir rico y odorífero, y pomposo en su casa, y superior trataba con los demas Secretarios, fiando en la necesidad que juzgaba tenía dél el Rey por su experiencia y participacion de secretos, y por la mucha mano que le habia dado y él tomado de los negocios. Al fin tenía fama y nombre por aparencias semejantes á virtudes. Favorecia á muchos, usaba liberalidad con los amigos, cortés y apacible áun con los no conocidos en las conversaciones y cuando se ocupaba con ellos. Tenía los dotes casuales de naturaleza, gentilhombre de cuerpo, buen rostro, como á varon convenia, mas estaba muy léxos de poseer gravedad de costumbres ó templanza en los deleites y pasatiempos, dado al regalo y magnificencia, y algunas veces á vicios y superfluidad, metiendo grandes y vivos aborrecimientos, aunque era aprobado de muchos, que en tanta dulzura de deleites querian el supremo imperio, no demasiado estrecho ni muy riguroso. Vacó el oficio de Secretario de Italia por muerte del comendador Diego

de Vargas, y pidióle Antonio Perez para juntarle al de Estado. Conviniendo reformar abusos del oficio, por medio del Cardenal Quiroga y del Marqués de los Velez se consultó el dársele sin limitacion. Don Diego Fernandez de Cabrera y Bobadilla, conde de Chinchon, que asistia en el Consejo de Italia como Tesorero general de la corona de Aragon, conociendo la altivez y arrogancia de Antonio Perez, aparejadas á grandes disgustos con el Consejo, y con la mucha autoridad de su oficio de Secretario de Italia, aconsejó al Rey se le diese instrucion, para que el Presidente y el Secretario hiciesen con distincion lo que les tocaba, y el Rey lo tuvo por bien. Antonio Perez no quiso limitado el oficio, y dióse á Gabriel de Zayas, su compañero, Secretario de Estado. Persuadido fue traza de Mateo Vazquez, que se mostraba con declarada oposicion en su contra, procuró componerlos el presidente Pazos, y no pudiendo, afirmándose sus émulos y reforzándose para prevalecer contra él y humillarle, habiendo dicho que mató á Escobedo y descubrió secretos de su oficio, añadia y quitaba en las cartas descifradas, pidieron visita general de los Secretarios para comprehendelle en ella y averiguar contra él, y cometióse á D. Tomás de Salazar, del Consejo de Inquisicion y Comisario general de la Cruzada.

No parezca esta narracion de cosas menudas, que en la segunda parte desta *Historia*, teniendo orígen deste lugar, le tendrán bien grande y parte notable en los sucesos mayores que se escribirán con toda fidelidad, dignos de consideracion, bastantes á inquietar reinos y causar en ellos turbaciones y muertes. Servia este oficio de Secretario de Italia Gaitan de Vargas por muerte de su tio; y habiendo hecho merced á un hijo de Cutinario, napolitano, regente de Italia, de nobleza de don solamente, pareció en el privilegio despues, de Segio de Nido tambien. Replicando por esto los nobles deste Segio de Nápoles, se juzgó puesto en el pergamino del privilegio sobreraido, y que no lo verificaba la cortapisa, porque se habia cortado segun el antiguo estilo de Cancellería. El Regente y el Secretario murieron en sus posadas presos, y mandó el Rey no cortar las cortapisas de los privilegios, y guardar sus decretos y consultas en todos los tribunales para resguardo y seguridad de su conciencia, haciendo confianza dellos para mayor justificacion y satisfacion de sus obras. El faltar á la fidelidad ó legalidad no esperaba perdon; por esto se detenia examinando los despachos, porque sospechar y no creer, ni confiar el Rey, eran nervios de su prudencia. Conociendo era mentira lo que le decia el mayor ministro consultándole, con tanta severidad le dixo: «¿Pues así mentís?», que le mató. Porque le mintió uno de su cámara y favorecido, murió fuera della y de su gracia. Decia que el ministro que no le decia verdad era perjuro, y más cuanto estaba en mayor dignidad y cercanía á su persona. Érales exemplo su hábito tan de verídico por inclinacion, pues por accidente no le podia faltar, por no tener que desear de los bienes de fortuna respeto de los de-

mas hombres. Por falta de verdad peligraron muchas alturas, y así holgaba D. Filipe le dixesen con libertad decente sus consulentes y criados lo que á la pública utilidad ó particular tocaba en buena oportunidad y con necesidad, sin respeto al favor, amor, temor, poder, sin impedirle empacho, reverencia, complacimiento, porque pertenece á la caridad este acto, y á la nobleza y voluntad de obrar bien, espíritu y vida della, que le distribuye Dios entre sus gracias, mirando á la seguridad de la persona y conciencia, que daba buena accepcion con este Rey; y así la examinaban y ajustaban, y las materias de que habian de tratar cuando iban á negociar, como si á confesar fueran, porque traia por la Córte y por su casa quien inquiria y le avisaba de todo.

Don Cristóbal de Mora, de su Cámara y privanza, faltó á un Consejo de Estado, y entrando á negociar en la mañana siguiente, cuando le traia las piernas por su poca salud, sabiendo que no podia ser otro, preguntó con despego quién era, y diciendo D. Cristóbal, lo repitió el Rey dos veces y volvió el cuerpo á otro lado. Preguntándole D. Cristóbal qué habia hecho, le arguyó de no haber estado en el Consejo, porque no le podia decir con verdad lo que en él hubo. Para que se la dixesen los ministros con suavidad, les dexaba decir con libertad, vigor y alegría, alabando lo bueno, no culpando lo que no le parecia, mirando á su pensamiento; porque el ministro dice lo que le parece, y no siempre lo mejor. Fue en el despachar nunca cansado con reparticion del tiempo, y áun usurpaba al descanso algunas horas, siendo tanto el trabajo que daba la asistencia perpétua del gobierno y despacho, con tantos accidentes que padece y á que está sujeto un Imperio tan desproporcionado como éste, que templaba bien el gusto de su posesion y grandeza. De camino llevaba su bolsa de papeles, con que se entretenia poniendo el mayor gusto en esta mayor ocupacion. Continuólo hasta que le hicieron traer el compás más á espacio los caminos forzosos y la edad trabajosa y enferma. Con lo que decretaba por sí mismo en dos horas ocupaba todos sus Tribunales y Secretarios, bien atento al despacho de las cosas de Estado y Hacienda viendo lo escrito, apuntando la distincion, y más en las cartas de Príncipes, donde queria el estilo tan observante del decoro debido á su grandeza sin quitar de la cortesía, que sin adulacion se loaba mucho.

Volvió una carta á un Secretario porque tenía mala ortografía, y á otro porque estaba mal apuntada y hacía el sentido equívoco; otra á otro, diciendo: «Nó dice la cédula lo que la cortapisa.» Firmando unas cartas para los obispos de Cerdeña, dixo: «Aquí falta la del Obispo de Bosa; hágase.» Llevándole á firmar otra con título de Provincial de una religion, dixo: «No hay sino General en ella; vuélvase á hacer.» Firmando una venta para un D. Fulano de un lugar de beetría, dixo: «Vuélvase á hacer sin el don, porque no puede haberle en lugar de beetría.» En el traspaso de un oficio

de uno de Toledo en su hijo, borró el don y escribió: «No le tenga, pues no le tiene su padre.» Pidiendo facultad un clérigo para que heredase una hija suya setecientos ducados de renta suyos, dixo: «Bastan ciento para hija de clérigo.» Firmando la nómina de pagamento de los Consejos, la examinó y la volvió, diciendo que un cirujano de la casa de Castilla habia muerto ántes del tercio. Dando priesa al Presidente de Hacienda para que le enviase una cuenta, y diciendo que por ella podia venir errada, respondió: «No importa, como venga cierta.»

No sólo miraba la sustancia y conveniencia de lo que se despachaba, mas el primor de la letra; y así le hubo en su reinado admirable. Con tan gran secreto negociaba y vivia, y le hacía guardar á sus ministros por el medio mejor para la administracion de las cosas, que los traia suspensos, y á los enemigos indeterminables, sospechosos, haciendo de cada movimiento discursos que le daban reputacion, no pudiendo ser prevenido ni sus disignios interrumpidos. Cuando un príncipe guarda secreto, voluntariamente le hacen saber todas las cosas que le pueden dañar, con que no pocas veces salva la persona y el Estado; porque es loable virtud que hace conocer los sabios, quietud del alma, fortaleza y seguridad del cuerpo. Las obras de D. Filipe por esto ponian en admiracion, conceto y fama, que la grandeza que el mundo via y consideraba guiaba la prudencia, engendrando amor y temor en los súbditos y príncipes. Todo lo sabía, porque todos le decian lo que sabian, fiando en la seguridad de que les guardaria secreto. Los ministros que le imitaban eran más partícipes del gobierno. A un Presidente de Órdenes, porque reveló á la reina doña Ana lo que dispuso el Rey en el testamento que en la ciudad de Badajoz otorgó en una peligrosa enfermedad, quitó la vida la reprehension áspera que le dió. Grande autoridad da el secreto á los juicios y motivos del gobernador. Si á todos se comunicáran las causas de proveer, juzgar, castigar, pedir y dar, se escandalizáran ó las condenáran, con resulta de menosprecio, viendo á veces en los flacos fundamentos y resoluciones cuán diferente se juzga dellos.

Tenía por esto tanto cuidado con los papeles en su mesa, que advertia áun el órden con que los dexaba. Negociando con el secretario Mateo Vazquez, desde otra pieza vió apénas que un ayuda de cámara los hojeaba buscando una consulta de un negocio suyo, y dixo: «Decid á aquél que no le mando cortar la cabeza por los servicios de su tio Sebastian de Santoyo, que me le dió.»

Procedia en todo con gran órden por la claridad que trae su loable composicion, muestra de sabiduría, facilidad en la memoria y despacho, y en el pensamiento pone lo que sin él no habria venido, pasando de un extremo á otro, de grado en grado, dando fácilmente á conocer (aunque la voluntad sea libre) lo que se podria querer con lo que se quiso primero. Usando desto distribuyó los negocios por sus Secretarios con diversas ma-

terias, y favoreció la suficiencia dellos y virtud examinada, para que fuesen dignos por ellas de comunicarle por escrito y á boca, entrando en su acatamiento á consultar y negociar por sí mismos, dándoles mano en el expediente, de manera que pendia dellos éste y de sus consejos; y así eran Secretarios de Majestad de Príncipe grande. Estaba el secretario Antonio de Heraso malsano, y queria despachar el Rey con él, y envióle á decir que viniese y muy abrigado, porque el frio no le hiciese daño. El entrar á negociar así, estragaron las ausencias largas de la Córte, y las enfermedades.

Dexaba los papeles en la muerte del Secretario á su oficial mayor, y aprobado en el curso de los negocios y del tiempo, se los daba en propiedad. Dió entretenimientos y sueldos, aunque limitados, á los oficiales de capacidad, criando con esto ministros para adelante, animados con la noticia que procuraba tenér de los hábiles, honrándolos y haciéndoles merced para su espera; no siendo para con él suficiente secretario sino el que se habia criado en los papeles, teniendo las Secretarías por Seminario. Y para saber los ministros que dellas salieron, y en qué sirvieron, mandó á Juan Vazquez de Salazar, secretario de la Cámara y el más anciano, le hiciese una relacion de todos los que fueron, desde los secretarios de su bisabuelo el señor rey D. Hernando V, Almazan y Comalonga, hasta aquel dia; y envióle una como historia dellos, más copiosa que curiosa.

Volvió desde San Lorenzo el Rey á Madrid, donde á catorce de Abril, fiesta de los santos mártires Tribucio, Valeriano y Máximo, á las dos horas despues de media noche nació el infante D. Filipe en el Alcázar, y fue baptizado en su capilla en el dia de San Filipe y Santiago, y fueron sus padrinos el Archiduque Cardenal y la infanta doña Isabel. A los quince de Mayo volvieron los Reyes á San Lorenzo.

Habia partido de Argel Morato Arraez, cosario, en el mes de Enero con ocho galeotas suyas y de sus amigos, y en Porto Farin, distante trece leguas de Túnez, se entretuvo dos meses. Navegó despues á Sicilia y corrió la Calabria, y hallándose una mañana sobre Policastro descubrió dos galeras, en que desde Sicilia iba á Nápoles el Duque de Terranova, propias para ir á Alemania á la Dieta que el Emperador mandó juntar en que tomar medio y remedio en la reduccion de los Estados de Flandres á la obediencia de su legítimo señor. Siguió las dos galeras Morato con tan gran diligencia, que seis galeotas cargaron sobre la galera San Angel, que en descubriéndolas se hizo á la mar, y la prendieron con poca dificultad. Morato, con su Capitana y Patrona, siguió la del Duque, y viéndose acometido embistió en la isla de Capri, treinta millas distantes de Nápoles, donde se salvó con toda la gente del pasaje. La galera, chusma y mucha hacienda, dinero y plata labrada ganó Morato, por la mala fortuna que en la mar tuvo siempre el Duque, notable en pérdida de galeras suyas y de naves en que iba su ropa, en los viajes que hizo en el Mediterráneo.

CAPÍTULO IV.

Lo que pasaba en este tiempo en Flandres.

Aunque la guerra andaba trabada en Flandres, el Rey no olvidaba el tratar de la paz, y envió al Baron de Seles para el concierto; mas como no les dexaban en libertad de gobierno y de conciencia, no acetaban bien partido los rebeldes. Don Juan de Borja hacía instancia con el emperador Rodulfo II para que interpusiese la autoridad del Imperio en convenir á los flamencos con el Rey, y en tanto que se juntaba en Colonia con los Electores y Embaxadores de ambas partes, tentó el ánimo de los rebeldes por medio de Otthero, conde de Suartzemburg. Sinificóles el cuidado que tenía de su bien, ofreciéndoles cuanto podia para restituirles la paz, persuadiéndoles la conservacion de la religion católica, y dar la obediencia debida á su señor natural. Respondieron estaban prontos para estas dos cosas, y tan ofendidos del Rey y de D. Juan, que desesperados tomaron las armas justas y forzosas para apartar su presente daño. En prueba del amor que decia tenerles y de la merced que les ofrecia, enterase á su Majestad de la verdad de lo pasado, y le moviesen á lástima tantas calamidades que en tan largo tiempo padecieron, y á dar córte en el atajarlas, por el servicio de Dios y bien de los deputados de los Estados, que sobre todo deseaban la paz; con que los obligaria á reconocer el beneficio, hasta la muerte, de su bien y libertad con gratitud perpétua. Acudiese á su hermano Matías; y á ellos como miembros del Sacro Imperio, unidos á él con ñudo indisoluble, tomase en su proteccion, y por el oficio que tenía de Dios para difinir las controversias de la cristiandad en tan justa causa; y los deputados de los Estados por sus iniquísimos adversarios por fuerza y calunias no quedasen oprimidos.

Llegó de Italia D. Lope de Figueroa con cuatro mil españoles, con gran alegría del exército del Rey, por su aumento y la venida de tan buen capitan. Batian y sitiaban en tanto á Nivele el conde Cárlos de Mansfelt con los franceses, y el de Meghen con tudescos, y defendíanla gallardamente algunas compañías de valones y otra de caballos, y presentóseles D. Juan. Y aunque no tenian batería suficiente para arremeter, pidieron el asalto los franceses, y á su importunacion y para descubrir el ánimo de los cercados, se les concedió. Era la subida de la batería difícil, y malo el órden con que la embistieron, y mucho el valor de los cercados; y así al cabo de una hora de combate con cien muertos y trecientos heridos, rota su furia, se retira-

ron. Dos dias despues deste suceso los cercados, sin esperanza de socorro, dixeron á D. Juan por carta resistieron con esfuerzo el asalto contra franceses, enemigos de la casa de Borgoña, y con inorancia de quien los tenía cercados, estaban aparejados para rendirle la villa. Della salieron con las espadas solamente y juramento de no servir contra el Rey, y menospreciándole entraron en Felipevilla. Don Juan concedió á los franceses el saco de las armas, y ellos alargándole á la ropa de los vecinos, envió para retenerlos tres compañías de españoles, y ocupando los más importantes puestos, los sacaron de la villa. Habiendo dexado los rebeldes los mosquetes y arcabuces cargados en la casa de Consistorio amontonados, por descuido de un frances se encendió un frasco de pólvora, con que se dispararon y mataron y quemaron más de docientos de su nacion. Malcontentos de no haberles permitido enteramente el saco, pidieron licencia, y D. Juan se la dió, y libró su paga en París conforme su remate de cuenta con mucho gusto, porque habia deseado deshacerse dellos por sus insolencias y blasfemias. Llevaron tras sí la mayor parte de los loreneses, y despidió don Juan el resto.

En el condado de Henaut rindió á Bins, Beaumont, Reulx, Soigni, Brene, Mabouse y el castillo de Haure y á Chimay, desamparada de sus moradores, retirados en el castillo con Mos de Dennetiers, bien bastecido y de ánimo para defenderse; pero faltó á tres compañías que tenía rindiéndose, y con sólo las espadas salieron, y la una quedó en el exército, y las dos pasaron con Dennetiers al de los enemigos. Los caballos ligeros que los aseguraban los robaron; pero D. Juan hizo la satisfacion del daño delante de Dennetiers, y le pidió dixese al de Arischot á quién servia, le recebiria en gracia y daria el lugar que tenía si volviese al servicio del Rey.

En esta sazon llegó en posta con licencia del Rey desde España D. Pedro de Toledo, duque de Fernandina, prosiguiendo el valor con que sirvió su padre y abuelo á la corona, y tambien D. Alonso Martinez de Leiva, señor desta casa, desde Nápoles con una compañía que allí juntó y llevó con gran costa de capitanes reformados, caballeros y soldados valerosos, de que era alférez su tio D. Diego Hurtado de Mendoza, el sargento don Sancho de Leiva, su hermano, y los cabos de las escuadras capitanes.

Mos de la Motte, ofendido de los rebeldes por su desestimacion y mal tratamiento y de los católicos, y haber mandado el de Orange á Escotete le matase, trató de pasar al servicio del Rey y echar fuera de Gravelinghe, de quien era Gobernador, á los vecinos y soldados amigos del enemigo. Turbóle esta reduccion temiendo que en su imitacion otros gobernadores se reduxesen al servicio del Rey. Tambien Mos de Lumay trataba de serville cuando le cogió la muerte, para que pagase los daños que hizo inmensos con la presa de la Briele en Holanda, y las crueldades bárbaras que usó con clérigos y frailes.

Llegó de España el Baron de Billi, y alegró á D. Juan, triste y pensativo con exceso por la muerte de Juan de Escobedo, porque el Rey le escribió «estuvo remiso ántes en hacer la guerra á los rebeldes para darles »tiempo de reducirse; y pues su clemencia les daba ánimo para ofenderle »más, queria amparar su autoridad con las armas; y para que él lo pudiese »hacer en su nombre, le enviaba novecientos mil escudos, y adelante le »proveeria de docientos mil en cada mes, con que sustentase exército de »treinta mil infantes, seis mil y quinientos caballos y treinta piezas de ar»tillería; y cuando fuese menester, le creciese en mayor número á su al»bedrío. Satisficiese á los leales sus pérdidas con los bienes confiscados; pu»blicase el edicto que le enviaba, en que despues de referir las ofensas he»chas contra Dios y contra él, mandaba á sus vasallos todos y deputados de »los Estados y de cada provincia obedeciesen á D. Juan, su lugarteniente, »y gobernador, y capitan general, y no á otro, so pena de crímen de lesa »Majestad. Deshiciesen la junta los deputados y volviesen á sus provincias, »porque de su poder absoluto la declaraba por ninguna y la de las provin»cias, hasta ser por él ó su lugarteniente legítimamente convocada, aniqui»lando sus decretos y conciertos, y en especial para imponer tributos y sa»car sisas de sus vasallos; y les concedía poder para no obedecer y resistir »sus cargas. No usasen de sus oficios los del Consejo de Estado y Hacienda, »no asistiendo á su gobernador general como les tocaba; y en defeto desto »los privaba y á todos los ministros y oficiales de Estado, justicia, gracia, »hacienda, dominio á los del exército y al general de la artillería; y conde»naba en lo usurpado del Patrimonio Real á que lo pagasen los que los to»maron y los que se lo dieran sin su licencia, etc.»

Sintieron los rebeldes la publicacion deste edicto por la declaracion que el Rey hacía de su ánimo y voluntad y resolucion de seguir la guerra, y por el abono que esto daba á D. Juan en Flandres y en las provincias vecinas, donde habian divulgado era cuanto hacía contra la voluntad del Rey, que no los queria oprimir, como su gobernador hacía, justificando el ódio que le tenian y las armas con que le ofendian. Y tanto más les pesó por haber publicado ellos otro edicto poco ántes en nombre del Rey, en que mandaban que, so pena de la vida y perdimiento de bienes, ninguno tratase con los enemigos, y de serlo de la patria, ni los ayudase con armas y dineros, encaminase cartas ó les diese favor, y de los que en contrario hiciesen, fuese avisado el Archiduque Matías; y para apartar los súbditos de su obediencia, ninguno hablase ni predicase contra el Príncipe de Orange y los deputados, ni en provecho de D. Juan de Austria ó de los españoles. Mandaban que las justicias y magistrados tomasen juramento á eclesiásticos y seglares, guardarian y defenderian la paz de Gante por su Majestad aprobada; serian fieles al Archiduque, su sobrino y cuñado, como á su gobernador general, y pondrian vidas y haciendas en su ayuda y defensa para

con más presteza vencer á D. Juan y á sus consortes, y echarlos de Flandres como contrarios á la patria. Declaraban por enemigos los que rehusasen ó difiriesen el hacer este juramento, mandando proceder contra ellos como contra pertinaces, etc.

Para reprimir las atrevidas salidas que la guarnicion de las diez compañías de Filipevilla hacía para impedir la navegacion del Mosa y dañar los lugares del Rey, envió D. Juan al Conde de Meghen con infantería española y tudesca, y vino á sitialla algunos dias despues. Reconoció el sitio y la muralla por su persona, y se acuarteló bien y le plantó la batería por donde le pareció haria más efeto la artillería. Estaba en llano espacioso algun tanto levantado, fortificada en pentágono con cinco baluartes, muralla alta y ancho terrapleno y foso. Desembocó en él brevemente con las trincheas, y amparada la gente con mantas de tablones gruesos, cubiertas de cueros para defendella de las muchas invenciones de fuego que en las murallas habia, y comenzó á picarlas. Estaba al mediodía en las trincheas el capitan Trancoso y su gente con poco recato, y acometiendo los cercados mataron dos de los que zapaban, y hirieron siete. Trancoso corrió al arma y mató al cabo de los de la surtida que le habia herido, y los soldados los retiraron con muerte de algunos. Era su Alteza general, soldado, ingeniero, durmiendo en las trincheas y poniéndose á los mayores peligros. Cuando más apretaba el sitio, algunas compañías de franceses y las más de los que despidió D. Juan, entraron en Flandres á socorrer la villa metiéndole gente, ó desmembrando el exército. Habíanles prometido los Estados de entregarles en rehenes para su seguridad, pidiéndoles favor para socorrer á Filipevilla, algunas plazas en la frontera de Francia. Don Juan envió á encontrar esta gente, ántes que se juntase con más número que esperaba, á Otavio Gonzaga con infantería y caballería, y degolló de dos compañías, cerca del castillo de Barlaimont, docientos soldados y prendió cincuenta, y los demas se salvaron en el castillo. Los presos dixeron habia otras dos cerca de Quesnoy, dos junto á Landresi y dos de Enmeries y dos de Cambresi, y todas volvieron á Francia con más priesa que entraron.

En Filipevilla Mos de Florines, su gobernador, y el capitan Haumei y tres de las ocho compañías que la defendian se querian rendir, y las otras cinco no, porque temian el castigo que merecia el quebrantamiento de su juramento hecho de no servir contra el Rey, cuando entregaron á Bovines y Nivele. Oyó las voces de la disension la centinela de D. Juan, y les dixo sabía le podian resistir poco tiempo, era roto el socorro de Francia; se rindiesen luégo para sacar buenas condiciones. Cobraron tanto miedo con este aviso, que salieron con sus espadas solamente otro dia por concierto; y las tres compañías quedaron á servir al Rey, y las cinco volvieron á los Estados.

El Conde de Hollach, para mostrar que él tambien hacía, batió dos aldeas fortificadas y con poco presidio, entre Malinas y Lobayna, y las rindió. Deste presidio para vengarse luégo fué parte á Bruseles, y á su vista prendieron mucho ganado que pacia debaxo de la muralla, con tanto alboroto y miedo de los cindadanos, que pareció á los del Rey si fueran más en número pudieran á escala vista ganarla.

Don Juan, porque los rebeldes no tenian exército formado, entregó una parte del suyo al Príncipe de Parma, con que ganase el ducado de Limburg, y con otra Octavio Gonzaga entró en los confines de Brabante y Henaut, y la caballería truxo gran presa de caballos y ganado, y la infantería ocupó la iglesia de Nuestra Señora de Halsemberg, en sitio alto y áspero, para fortificalla, y que su presidio corriese la campaña de Bruseles, Ninove y la fertilísima de Gaesbeuck, y hiciese contribuir las aldeas, y pocos dias despues la desamparó. Venian cerca de Eyndhoven dos compañías de reitres á servir á los Estados, y por mandado de D. Juan los acometieron y rompieron D. Alonso de Sotomayor y Juan Baptista del Monte con sus compañías de caballos.

El Príncipe de Parma entre tanto entró en el país Ultra el Mosa y cercó á Limburg, y batida la entró, y los vecinos y soldados retirados en el castillo se rindieron, y le presidió y basteció su campo con el mucho trigo que tenía la villa. Cercó el castillo de Dalen; y habiéndole batido reciamente sin efeto, le arremetió y ganó á escala vista el Baron de Chererau con sus borgoñones. Dexó el Príncipe por gobernador del país Ultra el Mosa al coronel Mondragon; y estando en el castillo de Limburg se encendió la pólvora y voló la torre en que se guardaba, con estruendo y muerte de dos personas. La fama del caso aumentada y el hecho crecido por los rebeldes alharaquientos, invencioneros y mentirosos, verdaderamente dicípulos del más astuto que valiente Príncipe de Orange, para sacar dineros para la guerra y hacerles olvidar la pérdida de Limburg y la rota de los franceses cerca de Chimay, le extendieron por librillo impreso refiriendo mató el estrago al Príncipe de Parma, á Mondragon y á los más principales del exército del Rey.

Estaba D. Juan tan caido de ánimo y fuerzas, que trataba de retirarse de Flandres. Para sacar dineros con que sustentar el exército, encargó al caballero Cigoña que señalase en las aldeas de Brabante lo que habia de contribuir para librarse de correrías y daños de soldados. Este órden conveniente á la licencia de la guerra civil pervirtió y la buena diciplina, y á imitacion de los rebeldes, no se abstenian los del Rey de molestar los aldeanos que defendian. Para reparar la ruina destos, escribió el Gobernador de Lobayna á los de Bruseles y Malinas, pues era en su provecho, se guardase lo proveido por D. Juan, y respondió el de Malinas lo haria por lo que le tocaba, y no en obedecer á su Alteza, á quien no reconocia du-

rante la guerra. Formó su Consejo secreto de hombres de bien y sabios, y el de Finances, y eligió ministros leales y buenos católicos. Dió por ninguno el Consejo y Cancellería de Brabante, que residia en Bruseles, y señalóle por asiento y córte á Lobayna, y nombró por canceller á Desiderio Sestich, y en el segundo lugar á Martin Antonio del Rio, para que Sestich administrase la justicia de los feudos y feudatarios del Rey en Lobayna.

CAPÍTULO V.

La persecucion de los eclesiásticos y de los católicos de Flandres por los herejes.

Del juramento que los rebeldes tiranos con violencia procuraban que hiciesen los eclesiásticos, se quexaron á los deputados católicos, especialmente los de la Compañía de Jesus de Ambers, porque para oprimir los valerosos en no jurar y burlar de los que jurasen, inventó el Príncipe de Orange el mandarlo por edicto, persuadiendo por vía de conveniencia lo que trazaba para su venganza contra los católicos. Particularmente la encaminaba contra los de la Compañía de Jesus, que aborrecia sumamente por su observancia de religion y dotrina empleada en defensa de la Iglesia católica, y porque pocos meses ántes dixo por escrito al Magistrado era impío y para grandes males hacer que jurasen los eclesiásticos en manos de soldados contra los cánones y ley divina, y sufririan graves tormentos ántes que entremeterse contra su instituto en negocios seglares. Advirtieron á los canónigos de la catedral no recibiese daño por la muerte de su Obispo la Iglesia, y con todo el clero le asistiesen con presto remedio, pues si no tenian constancia en no jurar, ¿cómo la tendrian los seglares católicos? Por mandado de los deputados de los Estados requeridos que jurasen los de la Compañía de Jesus, no fueron convencidos con amenazas ni halagos. Dixéronles despues el abad de Maroles, Mos de Villerval y Mos de Froymont serian expelidos de la ciudad si no le daban seguridad, y respondieron se la daban sus estatutos, pues les prohibian intentar cosa contra el sosiego y bien del pueblo, y debian resistir al que pedia cosa injusta con autoridad y verdad ántes que obedecerle con ofensa de Dios, y la presente podria redundar algun dia en daño dellos. Los comisarios les prometieron de tratar de su negocio en la primera junta de los deputados. Los herejes, enfurecidos, con nueva guardia los oprimieron y cerraron la puerta de la iglesia, procurando los católicos que se abriese, pues conforme la paz de Gante no se les debia prohibir el uso de su religion. Abriólas un bur-

gomaestre católico, y celebraron misa; mas á las doce los acometieron los herejes, y por fuerza los sacaron del monasterio y los embarcaron para Malinas con escolta, llevando el Santísimo Sacramento en caxa de plata sin tomarla ni ofenderlos, sino con amenazas y blasfemias los marineros, y los soldados dentro de Malinas. A peticion de los católicos, el archiduque Matías mandó á su magistrado luégo que los pusiese en salvo en Lobayna.

Los esclavines de Enbers, ó regidores, con un secretario y algunos coroneles, pidieron al padre Montio, guardian del convento de San Francisco de Ambers, jurase y sus religiosos conforme al edicto; mas no quiso, diciendo pecaria mortalmente, como ellos en tomalle, y con excomunion. Indignados enviaron ciento y cincuenta soldados para que dixesen al Guardian jurase ó saliese de la ciudad. Él respondió no podia sin licencia de su superior; viniese el Abad de Maroles á tratar desto con él. Dixo le agradaba cuanto contenia el edicto, y prometia de no entregar la ciudad ni ser contra los deputados. En fin, sólo diez frailes juraron engañados por haberles dicho que los demas habian jurado, y éstos retuvieron, y á los otros expelieron y con el guardian embarcaron para Malinas, y de allí con escolta pasaron á Lobayna, acompañados gran parte del camino de cuatrocientos caballos del Rey, y con gran contento fueron recebidos. Luégo los herejes de Ambers ocuparon su casa y profanaron la iglesia, predicaron la secta en muchas partes de la ciudad, oprimieron los católicos, injuriaron los sacerdotes y pidieron algunas iglesias para el uso de su religion. En Gante echaron los religiosos y clérigos y admitieron calvinistas, arruinaron los templos y monasterios, y los que dexaron dieron á los herejes. Contaminaron con la falsa dotrina á Brujas, Cortray, Oudenarde y otras, donde á porfía la recebian. Desmantelaron en la abadía de San Bernardo, que estaba entre Brujas y Bruseles, los maravillosos edificios y su templo suntuoso, porque Damjaques del Rio, abad, no la quiso desamparar ni seguir la parcialidad del de Orange, como le pidió muchas veces, y porque seguian los de su parentela á D. Juan y á su Rey fielmente servian. Retiróse con algunos monjes á Colonia hasta poder pasar con seguridad á la parte del Rey. Porque rehusaron de jurar el edicto los ingleses del seminario de Duay, desterrados de Inglaterra, los echaron della.

Hacía oficio de cura en Cortrech, aldea, un fraile de San Agustin, y conociendo su peligro no desamparó sus feligreses. Los soldados de Bruseles le sacaron una noche de su casa, le estiraron con cuerdas en una escalera, y le mataron á cuchilladas.

Los calvinistas en Bruseles y Liere ocuparon las iglesias, y en Holanda, en Amstelredan, en el dia del Córpus arrebataron el Santísimo Sacramento al sacerdote en la procesion, y matando é hiriendo los católicos, los echaron de la ciudad con los frailes de San Francisco y rompieron las imágenes de los santos. En el mismo dia en Haerlen entraron en la catedral,

contra el concierto que tenian hecho, atropellaron los que iban en la procesion, al sacerdote que llevaba el Cuerpo de Jesucristo, los niños y doncellas que por antigua costumbre iban delante esparciendo flores, encarcelaron al Obispo, por justo juicio de Dios castigado, porque intervino en el acuerdo hecho con el de Orange. Los católicos de Malinas resistian bien á los herejes para que no saqueasen los templos, y escondieron la preciosa caxa de plata, por hechura y valor de cien mil florines, en que estaba el cuerpo de San Rumodo, patron de la ciudad, porque la deseaban presentar al de Orange los herejes. El clero no rehusó el jurar conforme el edicto.

Eran muchos los católicos y aficionados del Rey, y escribian á sus amigos que estaban con D. Juan enviase parte de su exército, porque le darian entrada, y por contentarlos, aunque con esperanza poca de buen suceso, envió á Mos de Rosignol, y en una noche escura, desde Lobayna, llevó consigo á D. Alonso de Sotomayor con cuatrocientos infantes y seiscientos caballos. Erró la guia con la escuridad el camino, de manera que al mediodia, en que llegaron, sabian de su viaje los de Malinas, y tenian cerradas las puertas y puesta en emboscada la mayor parte del presidio, cubierta de un trincheron la infantería, junto á un camino estrecho. Rosignol, para mantener en su buen ánimo á los católicos, envió una carta de D. Juan al Magistrado, en que les perdonaba los yerros pasados y prometia grandes mercedes si se reducian á la obediencia del Rey. Mas la flaqueza de los católicos no echó, como pudo, los de la parcialidad del de Orange, favorecidos del socorro y del tener fuera el presidio. La caballería del Rey llegó á la entrada del camino estrecho, y descubriendo unos reitres, cerraron con ellos, no se recelando de la emboscada, diez caballos ligeros con tanta presteza, que aunque dispararon los della, hirieron solamente á dos, y los reitres tomaron la carga. Siguiera á buen tiempo la demas caballería si un teniente no la retuviera temiendo la celada, y así los caballos que embistieron fueron muertos y heridos.

Habiendo los franceses partido de Flandres tan malcontentos, que se llamaron así por haber sido encaminados por el Duque de Guisa, á veinte de Marzo envió D. Juan á D. Alonso de Sotomayor á visitarle y decir procuró la satisfacion de aquella gente y su buen tratamiento, y la esterilidad del país gastado del enemigo no habia dado mucha comodidad. Ellos desearon servir prontamente, mas sus desórdenes grandes, irremediables, alteraban la provincia, hasta profanar los templos y sacramentos, sufriendo con esperanza de su remedio procurada con advertencia y reprehensiones. Ellos se despidieron, y en prueba de lo mucho que procuró satisfacellos, enviaba la cierta relacion de lo sucedido desde que entraron en Flandres hasta su vuelta. Pedia al Duque y á su hermano el de Umaine, procurasen con el Rey que el Duque de Alanzon con su hermano no favoreciese los Estados, evitando las causas de romper la paz las dos coronas. Sentian

gravemente los Estados el reducirse Grabelinghen, y habia por su importancia ordenado se hiciesen nuevos oficios con Mos de la Mota en conformidad de los pasados, y acudir á su socorro con todo lo que le era posible. Escribiese Guisa á Monsieur de Gordani, gobernador de Cales, favoreciese la negociacion segun habia comenzado, y como tan católico y honrado caballero, que ya le habia escrito las gracias; y le pidiesen encaminase el recebir y llevar las cartas de D. Bernardino de Mendoza, embaxador en Inglaterra, porque habia gran dificultad. Mirase el Duque cómo le escribia y á quien encomendaba los billetes, porque el último vino cerrado sobre abierto. A Juan de Vargas Mexía escribió dixese á los Reyes, madre é hijo, se habian cogido tres cartas del Duque de Alanzon, y su respuesta de los que se llaman Estados, y significase la buena voluntad del Católico, y que la turbaban y asombraban, no impidiendo los tratos que traia el Duque con ellos en ofensa de Dios y de D. Filipe, y de la paz entre las dos coronas; y advirtiese al de Alanzon, dándole su carta, causaba el rompimiento, y debia oponérsele su hermano, pues le podia tocar tanta parte de la ofensa del Rey Católico cuantas prendas metiese en favor del Duque; cumpliese con el deseo de la paz y satisfacion propia; era la causa fea, injusta, indigna de ser favorecida de príncipe cristiano, y ménos dél, por ser quien era y estimarle en tanto el Rey Católico; y así sería en notable detrimento de su honor y autoridad, y debia cerrar la puerta á los rebeldes, reprehendiendo y reprobando su error, que se fundaba sobre la palabra que se dió al archiduque Matías y juramento que le hicieron con que no podia tener de lo que le ofreciesen más seguridad que lo que ellos juzgaren les puede estar bien el traerle por escudo de su rebelion y tiranía, como lo mostraba el exemplo de Matías. Era su intento meter el mundo en revuelta para estar más libres de las fuerzas del Rey y salir con su intencion de quitarle la monarquía. Y así ¿cómo se acomodarian á estar en el dominio absoluto de los franceses, sus enemigos, pues no se acomodaban con la blandura y clemencia de su Majestad, y con tan colmados favores y mercedes? Y no ha de consentir se le meta otro en los Estados contra su voluntad, que ha de defender y ofender á los que pretendieren invadirlos. Habló con Juan de Vargas Mexía y Monsieur de Bause, por cuyo parecer se negociaba.

Fué D. Alonso á Flandres á dar calor á la reducion de Grabelinghen con Mos de la Mota, su gobernador, que se trataba por medio de Monsieur de Gordani, solicitado de Alonso de Curiel, hombre de negocios en aquella parte, y á darle gracias por haber encaminado bien los despachos del embaxador de Inglaterra y ofrecerle la amistad de D. Juan, y la satisfacion con agradecimiento que le habia ofrecido por cartas que le dió Curiel de su Alteza, como merecia tan católico y honrado caballero. Avisóle Mos de la Mota de su resolucion en rendir á Grabelinghen al Rey, y fué

á alegrarse con él por ella; loó su prudencia y valor y hecho, como se habia esperado de tan gran capitan, fiel á Dios y al Rey, mostrando que el haberse apartado de serlo fue por señalarse más en el servicio de ambos con hecho tan loable y obligatorio á D. Filipe, para que le haga mucha merced, que le prometia D. Juan con gran gusto, reconociendo tambien lo mucho que instó con los rebeldes para que no le prendiesen. A Mos de Goni no se habia hecho mal tratamiento en el castillo de Namur, donde estaba sin prisiones, y la estrecheza con que tenian los Estados á Mos de Turlon y Cárlos Fucar, y que haciendo lo que tocaba á Goni en el servicio del Rey, usaria con él de toda benignidad. A Janpaine deseó sacar de la prision, y que le dieran ocasion de mostrar en lo que estimaba al Cardenal de Granvela, su hermano, y viniendo á la obediencia sería bien recebido y asegurado, no sólo con perdon y olvido de lo pasado, sino con voluntad de honralle y favorecelle, porque jamas se inclinó á la venganza. Procurase desengañar á sus amigos acordándose de sus obligaciones y cuán errados andaban en fiarse de un hereje como el Príncipe de Orange, rebelde, tirano. Si querian ven en qué estimaba éste la nobleza, notasen el caso que habia hecho de Mos de Goni y los demas prisioneros, pues tratando de trocarlos por Turlon y Fucar, ha cerrado la puerta á la prática y dicho por modo de burla daria frailes en trueque, no los traidores á la patria, porque procuraba extirpar della la nobleza como la religion. El perdon y absolucion que pedia el Mota se le enviaba, y el mismo se daria á todos los que viniesen á reducirse, y se le enviaria el Rey tan amplo como quisiesen. No se podia persuadir que el de Alanzon acetase empresa tan difícil como el de señorear á Flandres y acometer á Grabelinghen, y aunque le habria Curiel proveido de bastimentos avisase lo que más sería menester. Fue importante el haberse apoderado de los dos fuertes cercanos á ella, y convenia tenerlos en toda seguridad y defensa, y así recogiese como le parecia cuatrocientos soldados debaxo de buenos capitanes que fuesen de su compañía vieja, que la promesa de su paga se cumpliria y el ofrecimiento de los cuatro escudos más á cada uno, y habia de ser para ayuda de costa, no sueldo, por la consecuencia con las demas naciones. Continuase el trato con las villas de las marinas con las cartas de creencia que le enviaba para ellas y sus soldados y Magistrado de Grabelinghen. Habia dificultad en enviar los ocho ó diez mil infantes españoles y alemanes á cargo de Mos de Hierges, por la largueza del camino y sus impedimentos, atravesando por tierras del enemigo, en que habia tantos rios y dificultosos pasos. Envió á D. Alonso para que, como tan buen soldado y prático en el país, le truxese informacion cerca dello, discurriendo con el Mota sobre el punto, para que dixese la vereda que podia llevar la gente y qué aloxamientos, dónde habia de salir, qué se habia de emprender, qué provisiones serian menester para alcanzar lo que se intentase. Si se habia de

dividir el exército, ó si convenia que dexando á Namur guarnecido acudiese su Alteza allá con todo. En la entrada del de Alanzon por aquella parte, cómo se habia de gobernar para atajar los pasos, y con qué forma sustentaria el exército para acordar y proveer lo que convendria executar; pues desde luégo podria comenzar á juntar cuerpo de gente sobre el regimiento que habia de levantar, y lo que algunos caballeros con Monsieur de Liques y otros podrian recoger, enviase á espiar al enemigo fieles; le socorreria en cualquiera evento para no verse en aprieto, y para esto se le proveyese de gente. Era importante Mos de Hierges allí; advirtiese si el Conde de Rus, acreditado en el pueblo de Flandres, Iria por él, y que el Conde de Foquemberghe le asistiese, y á qué parte podria acudir el Conde de la Rocha para tratar de la reducion con los del Artuoés, á quienes era acepto. Avisase de los españoles espías del de Orange. Le señalaba los trecientos escudos al mes que pedia, y quisiera darle la encomienda, mas solicitaria al Rey para ello; que por un caballo le enviaria dos, avisando por dónde podrian ir con seguridad. Habia mandado al contador Pedro de Arcauti entregar ocho mil escudos de oro en París á D. Alonso de Sotomayor, para que Mota distribuyese los dos mil á su satisfacion entre la burgesía de Grabelinghe para granjeallos. Fué al Duque de Lorena y al de Guisa D. Alonso para saber los movimientos de armas que sonaban de todas partes, y advertirles que hecho señor dellas el de Alanzon, podria revolver contra su hermano y contra ellos y sus más fieles, si no se apercebian para su remedio y prevencion, pudiendo acreditarse de manera que los pusiese en trabajo, pues se debia temer gobernándose por hombres tan inquietos y sediciosos, y siendo tan declarado enemigo del Duque de Guisa, convenia temer y asegurarse de lo que haria prevaleciendo contra el Rey. Le ofrecia todo socorro en cualquiera evento, porque como defendian una misma causa, importaba tener la mira á la seguridad y conservacion suya, y prevenir para que no los cogiesen descuidados los enemigos. Le avisase cómo se habia de gobernar en aquella guerra, y el modo de corresponderse; le aviase sus caballos, que habian de llegar desde España á Nantes; tuviese su hermano el Duque de Umaine correspondencia con el Gobernador de Borgoña, y supiese se hacía en Mozon junta de gente contra el condado, parte que en su gobierno caia. Agradeció al Duque de Lorena el paso que ofrecia á la gente que venía de Italia, y el órden que habia dado sobre las levas que se hacian en su Estado; le era verdadero amigo y pariente, y lo mostraria en las obras socorriéndole en todas ocasiones; le asistiese con vitualla y municiones que le faltaban, de que se mostraria muy agradecido el Rey Católico.

CAPÍTULO VI.

El Rey de Fez escribe al de Portugal pidiendo la paz; no la admite, y pasa en África.

Hallábase la religion católica de la isla de Irlanda oprimida de la Reina calvinista de Inglaterra, y los habitadores, buscando su remedio, enviaron al Pontífice al Conde de Desmontd y Juan Aneel sus cabezas, pidiendo su ayuda para arrojar los sectarios de la isla. Solicitó Gregorio XIII al rey Filipe para que favoreciese aquellos cristianos, y prometió de secreto pagar la gente que su Santidad enviase á la empresa, por no irritar más la Reina de Inglaterra, para favorecer sus rebeldes de Flandres, como hasta allí lo habia hecho por su razon, y ahora lo haria por diversion con mayores fuerzas. Embarcó en Civitavieja en una nave gruesa seiscientos italianos del Estado de la Iglesia el marqués Tomas Esternult, inglés, y arribó á Lisboa á tiempo que D. Sebastian tenía ya aloxados los tres mil alemanes de la coronelía de Martin de Borgoña Monsieur de Tamberg, y tenía la armada con que habia de pasar en Africa junta. Muley Moluc, aconsejado de Reduan, su gran privado, y de Andrea Gasparo Corzo, que por el Rey Católico habia vuelto á Fez, habiendo por sus amigos rogado á D. Sebastian no pasase en Africa, sino que tomase concierto con él, viendo que no le habia respondido, le escribió últimamente:

«Rey, Dios sea loado por lo que hace, como á quien se le debe todo. »No sé qué sea la causa, rey D. Sebastian, que te ha movido á querer »conmigo guerra tan injusta, que á Dios no le place. Pues cuando para »tí quisieras tomarme el Estado que él me dió, y no para ese perro, te »diera ménos culpa, y no te excusára della por no tener agravios rece»bidos de mí ó de los mios por mi querer, como de ese perro que favo»reces, de quien no te debes fiar, como en el cerco de Mazagan y en la »prision de Ruidiaz de Caravallo, tu capitan de Tanjar, y otros muchos »que te podria decir. Y sabe Dios el amor con que te digo que yerras en »venir en persona á quitarme mis reinos para dar á otro moro, que todos »tienen en cuenta de negro, como es, y que te mete en la cabeza lo que »él ya no puede, ni podrá en cuanto viviere, porque yo le tengo de hacer »esclavo, y tú ni todo tu poder le ha de valer. Y para que sepas, Rey, »cuánta razon tengo, me quiero humillar á tí, y si me lo atribuyeres á co»bardía y miedo, será de tu perdicion. Y lo que promete ese de darte los »lugares marítimos con trece leguas de juridicion para el provecho de tu

»gente, no te lo puede dar, pues yo soy el señor de todo para en cuanto »la vida me durare. Mas yo te lo quiero dar con más verdad que ese perro »desleal, que siempre lo fue á los suyos, y así, ¿cómo no lo será á los cris»tianos? Y con esto juntamente tendré paz contigo por toda mi vida. Y »entrégame tu bandera, que te juro por la ley que sigo, que por mis pro»pias manos la vaya á poner en las pomas de oro más altas que están en »mi ciudad de Marruecos. Todo esto haré por excusar tu perdicion, la »cual tengo por cierta. Y estoy bien certificado, que de la suerte que tengo »estos reinos, quisiera tener á Castilla y Francia. Asaz de mal es que hayas »de meter todo tu resto en favor de un moro contra otro moro, sin inte»resar cosa alguna. Mira, señor, lo que haces, y no te metas donde no »puedas salir, porque esto es mio, y lo será con verdad, y ese perro me »desapoderó y desterró de lo mio; y como vendido de perros me retiré á »Argel, donde me casé y hoy en dia tengo la mujer, y el casamiento que »me dieron fué el favor del turco, que me apoderó de lo mio. Viendo tú, »señor, mis causas, juzgarás lo mismo, y yo quisiera, habiéndolo tú por »bien, lo pusieras en la mesa de la conciencia y descargos, donde entiendo »no se quitará lo suyo á su dueño para que se determine, y quiero que tú »seas juez, que Dios quiere la verdad. Tu intencion es injusta: mira cuán»tos hombres son menester para echar un morador de los mios de su casa, »y cuántas ventajas tiene en su tierra á otro extranjero. Toma lo que te »ofrezco, y si no el tiempo te amoneste y aconseje, y entre mí y tí Dios »sea testigo, el cual es el que ha de guardar al que con verdad anda. Tú »vienes á buscarme sin razon, quieres conmigo guerra injusta, lo que á »Dios no place, ni es servido, y esto costará más vidas de las que tú pien»sas. Eres mozo y no experimentado; caballeros tienes con quien te acon»sejes, ya que no quieras mi consejo, y Dios entre tí y mí sea testigo, etc.»

Punto no movió á D. Sebastian esta carta, y así no respondió jamas por escrito ni de palabra á Muley Moluc, de que se quexaba él gravemente de D. Sebastian, y él lo hizo por no dar lugar á conciertos ni práticas de paz. Tenía nueve mil portugueses, tres mil alemanes, dos mil castellanos á cargo de D. Alonso de Aguilar, aunque no estaban todos en Lisboa; seiscientos italianos, quinientos ventureros portugueses nobles, ilustres y señores, y todo el campo junto no llegaba á decisiete mil combatientes. Acompañaban al Rey el prior de Ocrato D. Antonio, hijo del infante don Luis, aunque desabrido por encuentros que tenía con Cristóbal de Tabora, privado del Rey, el duque de Barcelos, D. Teodosio, hijo dél Duque de Barganza con muchos vasallos y criados, aunque de poca edad, en nombre de su padre enfermo, el Duque de Aveiro con muchos súbditos, criados y fidalgos, con grande gasto de su hacienda en la compra de caballos, armas, vestidos, para ir como se debia con su Rey lustrosamente vestidos, que anima en la guerra á los soldados, y da temor á los enemigos, aunque

tambien los incita el mucho despojo, ofreciéndose ántes á esto que á cualquiera descrédito de su obediencia y lealtad.

Fué á Ebora el Rey á pedir al cardenal Enrique, su tio, gobernase el reino en su ausencia, y mal satisfecho dél se excusó con su vejez cansada y enferma. La mayor parte de los portugueses era de menestrales, cabreros, labradores, listados por fuerza y rigor de malos comisarios, que dexaban por baxo cohecho en ocio los práticos con infidelidad, culpa gravísima digna de castigo cruel. Con tan mal diciplinada milicia nunca jornada se emprendió, porque los miserables marchaban con mil suspiros, puestos los ojos en sus familias desamparadas, que sustentaba su trabajo y esperanza de coger los frutos de sus campos sembrados con sudor; y así no merecian nombre de portugueses, pues mostró su nobleza gran valor en difíciles empresas, matando y muriendo valientes y fieles con tal amor, que áun en la India remota no tuvo ausentes sus reyes, y así para el cerco de Mazagan fue necesario mandar á los Grandes y Señores que no se embarcasen, y quitarles los hijos y á los nobles, porque se embarcaban sin saber á donde iban.

Partió de Lisboa la armada, de que era general D. Diego de Sousa (porque D. Luis de Ataide, primero nombrado, fué por Virey á la India), á veinticuatro de Junio, entre esperanza y temor de buenos sucesos y peligros, y los clarines, trompetas, atambores y bélicos instrumentos resonaban la despedida del contento, y el postrer vale del Rey. Porque si bien la prudencia y el amor que le tenian no se aseguraba del recelo de algun mal suceso, la natural ferocidad con que en las empresas de Africa y de la India esta nacion hizo hazañas tales, que siempre parecen más verdaderas que verisímiles, áun á los que las vieron, y á la posteridad parecerán fabulosas, los llevaba con aliento y valor á procurar una gloriosa vitoria, fiando de *sí*, del tiempo y de la mudanza de los africanos. Tomó puerto en el Algarve para embarcar en Lagos la coronelía de Francisco de Tabora, levada en aquellas partes. En Cádiz le festeó el Duque de Medina, y se detuvo ocho dias esperando alguna gente castellana, con no poco daño para el efeto á que iba. Allí recibió nueva carta de Muley Moluc pidiendo lo que ántes, más no le dió respuesta. La armada arribó frontero de Tanjar, y el Rey con cuatro galeras despues. Ordenó algunas cosas necesarias, y á D. Diego de Sousa que le esperase en Arcilla, y á Muley Xeque, hijo de Mahamet, corriese la costa hasta Mazagan para dar calor á los que quisiesen tomar su voz, y le acompañase Martin Correa de Silva gobernando los portugueses, y ambos volvieron á Arcilla en las galeras, y el Xerife por tierra con algunos moros de á pie y de á caballo. Desembarcó allí el exército, y aloxó dentro y fuera de Arcilla con intento de ir á sitiar á Larache.

Consultó el Rey sus práticos sobre el camino mejor que para esto se

podia tomar. Pareció á unos conveniente el ir por el mar y desembarcar cerca, si no habia mucha resistencia en la marina, pues no parecia armada que inquietase, y era error á lugar marítimo acometer tan á lo largo por la tierra, teniendo por suyo el mar, con breve camino por él. A esto se decia estaba la fortaleza sobre el banco de arena en la entrada de la barra, de manera que no podia entrar bajel sin gran riesgo por los baxíos y por la artillería, y la costa era brava, y la podian los moros defender con trincheas, de los que habian de salir del mar desordenados y en pequeñas escuadras, el agua á los pechos, con peligro de venir una tormenta, y arrojar la armada en la mitad de la desembarcacion, y aunque se desembarcase el campo, mal podria la artillería y municiones por la braveza del mar, que allí desemboca y bate furioso del estrecho de Gibraltar cercano. Poco más abaxo de Larache habia ensenada con una casa llamada Castillo de Genoveses, mas era pequeña y trincheada y fortalecida con la gente que allí tenía Hamet, hermano de Muley Moluc. A otros parecia mejor el marchar por tierra las cuatro leguas que hay desde Arcilla á Larache, llevando el carruaje por amparo á la parte de tierra, y la armada á la vista por el mar, y en tanto que el exército, la gente podria pasar en las barcas de los navíos el rio. Respondíase en contra por dónde habian de llevar los barcos, pues no podian entrar por la barra adentro, y las cuatro leguas de Arcilla á elia eran de ásperas montañas del Atlante menor. Otros aprobaban el marchar por tierra hasta poder pasar el rio Lucus con todo el exército, y tomando la ciudad de Alcázar, dexar en su guardia al Xerife y baxar á ocupar á Larache. Respondian se corria mucho riesgo por la falta de mantenimientos y de los asaltos que los moros podian haoer de aoche y de dia, y era forzoso dar una batalla, en que no solamente se aventurase el honor de Portugal, más toda su nobleza, valor, sustancia y la vida del Rey, en que consistia el remedio de todos.

Mandó que el campo marchase por tierra al vado del rio Lucus de Larache para ir á sitiarle, porque habia ménos inconvenientes y era más acertado consejo, si con brevedad y diligencia se executára la resolucion, que debiera venir ya hecha de Portugal. Porque Alcázar estaba tan desamparada, por haber Mahamet llevado la gente de guerra á la marina, que Gibre, judío, vino á pedir á D. Sebastian salvaguardia para su familia. Y estando en este tiempo Muley Moluc en Marruecos, cien leguas distante, partiendo luégo el Rey ocupára á Alcázar, y dexára allí al Xerife con sus moros y algunos cristianos de guarnicion, y haciéndose señor de la ensenada de genoveses desembarcára artillería y municiones á su salvo, trincheándose de la parte de tierra. Mas el detenerse en Arcilla deciocho dias perdió la jornada, y obrando más como valeroso que experto, dando lugar á Muley Moluc á juntar sus gentes y llegar á Alcázar, habiéndolas traido de Sus, Terudante, Tedula, Fez, Marruecos, Mequinez, en que

Reduan Elche, renegado portugués, trabajó mucho y asistiendo y aconsejando al Rey. Habia cuarenta mil de á caballo y más de treinta mil de á pié bien armados y de nacion andaluces, cuyo capitan era Doguali, turcos, azuagos y moros, con cuarenta piezas de artillería; y de quince mil escopeteros de á caballo era capitan Hamete Latava, y de los Elches Uchaali Arragoces y capitan de la guarda, y Alí Muza, el Gorri y Ozain. Luégo que Muley Moluc supo la partida de la armada portuguesa de Lisboa, caminó á Marruecos con Reduan Elche, renegado portugués, á juntar la gente que de ordinario pagaba, que habia prevenido para su defensa, porque si bien pedia la paz, era sagaz y aparejaba la guerra intrépido y animoso. Y aunque no habia señalado plaza de armas hasta ver donde los portugueses se encaminaban, avió las naciones la vía del mar para desde allí encaminallos donde llamase la ocasion. Con la caballería se adelantó su hermano Muley Mahamet para defender á Larache; y habiendo sabido la desembarcacion del exército portugués se hacía en Arcilla, y que el hijo del Xerife iba desde allí por la marina corriendo y levantando la tierra, envió á su sobrino Muley Dan con dos mil caballos y algunos peones en su contra hácia cabo de Alguer. Estos, pasando el rio de la Mahamora, dieron vista á Arcilla, y viéndolos el Rey para salir en persona á pelear con ellos puso en la vanguardia á D. Duarte de Meneses, maestre de campo general, con quinientas lanzas, donde iban los principales señores de Portugal y el Duque de Barcelos junto al Rey armado lucidamente, mostrando en tan poca edad y supliendo el valor sus pocos años con maravilla la virtud de sus ascendientes, conocida por sus grandes hechos en Africa y en Portugal. Retirándose los moros se adelantaron los que los seguian casi tres leguas con el Rey, de manera que el escuadron de los ventureros para darle calor y seguridad, siendo retirados y cargados, se adelantó casi una legua matando algunos y peleando á satisfacion del Rey la caballería, pero con desórden y temeridad grande y perjudicial.

Entró el Rey en el real, y los fidalgos con prudencia y reverencia le hicieron algunos recuerdos, tácita reprehension más que consejo, honrado, lícito y fiel atrevimiento temiendo alguna desgracia, y para evitalla trataron de juntarse muchos nobles, y pedirle no entrase por la tierra, porque su osadía no les diese algun triste suceso, pues de cualquiera los habia de culpar el reino, diciendo debieran perder la gracia, la cortesía, la reverencia y la obediencia para que no se perdiera el Rey y su Corona. Por esto escribió Cristóbal de Tabora á Miguel de Moura, los encomendase á Dios, que se hallaban en el más infelice estado de la vida, pues el Rey no admitia consejo. Muley Moluc junto á Alcázar esperaba la gente de Tituan y Mechinez, disponia el ir á buscarle los portugueses, aunque le parecia les sería mejor estar en la ribera del Lucus, y resolvió ántes que entrasen por la tierra presentárseles, porque no hiciesen empresa alguna picándolos y

repelándolos para ponerlos en menester de muchas cosas sin venir á batalla sin gran necesidad y ventaja, como conviene en guerras defensivas; y si entrasen muy adentro, no impedirlo y cortarlos despues la retirada del mar, para que no se valiesen de las municiones y vitualla, y alcanzar vitoria sin combatir, y fiando en la mucha gente y en la falta de mantenimiento que los portugueses tenian y tendrian necesariamente. Luis de Silva no aprobó el caminar por tierra, porque los moros eran muchos y se perderian: lo mismo le dixo el Xerife, y que no fuese tan deseoso de guerras, porque los moros no sospechasen era la jornada más conquista que socorro, y para que á él pasasen bastaba desembarcar en tierra sin marchar por ella. Esto decia, porque venciendo el Rey no se hiciese señor de todo, mas no le respondió, ó por entender el temor cauteloso del Xerife, ó porque su disinio era de vencer con peligro haciendo la gnerra descubiertamente, ántes que sustentarse con esperanzas de socorro á su parecer vergonzosas, perdiendo el tiempo y la reputacion, de que le daba no pequeño indicio no viendo pasar moro al Xerife, despues que desembarcó en Arcilla, de cuantos éste le habia prometido. El cual, viendo la resolucion del Rey, y que no admitia sus consejos, por su menosprecio quedó tan corrido, que nunca se sospechó tendría buen ánimo cuando, si el Rey vencia, se viese con poder para cumplir lo prometido.

En el dia deciocho, despues de la desembarcacion, marchó el campo en la mejor forma que le fue posible con veinticuatro cañones y buen órden á veintinueve de Julio, y llegó á dos leguas de Arcilla encaminado á Alcazarquivir; y se hizo el aloxamiento por órden de los capitanes Juan de Gama y Alexandre, y de Felipe Tercio ingeniero, y fray Estéban, religioso del Cármen, que habia sido gran soldado. Aquí le suplicaron los más prácticos á D. Sebastian el arrimarse al mar, exagerando el peligro, la pequeña ganancia, falta de vituallas y de la experiencia en los soldados; mas no fue de provecho. El rey Moluc partió de Marruecos para Alcázar siguiendo la gente de su exército que avió delante, y llegó á Tremesenal. El alcaide Doguali, deseoso de reinar, le atosigó, y aunque sospechó hallándose malo la traicion, castigó algunos alcaides y no á él, por estar muy poderoso en el exército, teniendo de alcaides y soldados el mayor número de su parte; y Muley Hamet, hermano del rey, estaba dél tan abatido, que era dellos despreciado de modo, que se habia atrevido á darle una bofetada Reduan Elche, portugués, sin reprendelle el Rey. Con pronóstico de su muerte á la media noche serena se levantó estruendo de atambores grande, y parecieron escuadrones en derredor de gente armada visiblemente con tal grita, que se puso en arma el campo temeroso y sobresaltado, y huyeron muchos dél pensando eran acometidos de los cristianos. Mas Moluc, como se vió enfermo llamó al hermano, y para que entendiesen los alcaides era otro tiempo, hizo que entrase en el exército con pompa y acom-

pañamiento y recebimiento con salva, como si fuera el rey, dixo le hacía general de toda la caballería, no fuese más cobarde, porque con su mano le degollaría. Esto hizo para acreditarle porque le sucedia en el reino, viéndose acabar, aunque los médicos le curaban con cuidado. En el aloxamiento del Rey llegó el capitan Francisco de Aldana, enviado de D. Filipe, y dió á D. Sebastian una carta del Duque de Alba.

CAPÍTULO VII.

Entrada de D. Sebastian contra el Xerife.

El Duque de Alba, sabiendo estaba de partida el Rey para la jornada de África, le escribió desta manera:

«Nuestro Señor dé á vuestra Majestad tan buen suceso en la jornada y vuelta á sus reinos como vuestra Majestad desea y sus criados y servidores deseamos. Todavía me parece que con determinada voluntad quiso vuestra Majestad pasar en África sin darme dello aviso: plega á Dios suceda como desea su Majestad, que las cosas no muy consideradas suelen tener varios efetos. Vuestra Majestad advierta que lleva el enemigo consigo, y que África es tierra llana y no buena para puesto; y así se tendrá cuenta con mejorarse de sitio reforzando siempre la retaguardia con gente prática y diestra; la vanguardia con gente honrada y escogida, la batalla con manga suelta de arcabucería, la artillería en lugar fuerte y bien asentada, el acometer con cordura, el esperar con ánimo y esfuerzo: y donde vuestra Majestad está, excusado será este aviso donde tanto hay. Ahí envio una celada que fue del Emperador mi señor, que sea en gloria. Nuestro Señor Dios dé á vuestra Majestad el próspero suceso que todos deseamos. De Madrid, veinte de Junio de mil y quinientos y setenta y ocho.»

El Xerife dixo en el aloxamiento á los alcaides y soldados públicamente que los que con buen ánimo no le seguian, pasasen al enemigo, porque como á gente forzada les daba libre licencia, y le harian placer y servicio; pareciéndole era mejor que el rebelarse cuando se pelease; porque sabía que algunos no eran fieles con él, y para darles más comodidad de irse envió de los sospechosos tres mil caballos á reconocer el exército cristiano, no dexarle esparcir, tocarle arma, inquietalle. Mas esta intencion no conocida obró en éstos contrario efeto, atribuyendo el mandato á confianza y de su fidelidad. Fueron pocos los que á los cristianos pasaron, los otros con buen órden inquietaron el campo portugués, matando los desmandados en el quinto aloxamiento en lugar alto cerca de una laguna. Discurriendo por su campo en una litera de manos dixo:

«Vuestro valor, soldados, y la justicia de la causa que os puso en la mano »las armas, no permiten que yo gaste en animaros muchas palabras. Sois »los que conmigo peleando habeis acabado dificultosas empresas: los ene»migos mirais, y son los portugueses que vencieron muchas veces vuestros »padres, y vosotros vencistes. No os espanten los italianos y tudescos, de »más aparencia que fuerza, pocos en número y de poca experiencia; y »yo que otras veces con ellos he peleado, os los daré vencidos brevemente. »Si la razon vence, nuestra es la vitoria. Sin injuriar á otros en nuestra casa »vivimos contentos con nuestra suerte sin procurar los ajenos bienes. Pisa »nuestra tierra gente naturalmente nuestra enemiga, en ley diversa, á qui»tarme mi reino y á despojaros de vuestra tierra, hacienda, libertad, vida. »No creais puede en ella tanto la piedad de restituir á Mahamet en esta »corona extranjero, contrario á su ley, conocido dellos ni por amistad ni »beneficio, que se ponen por él en peligro de la muerte. El deseo de la ri»queza vuestra, de la sangre y de señorear las tierras truxo al Rey de Por»tugal, no fiado en sus propias fuerzas, mas esperando engañaros con la »apariencia de piedad del pérfido Mahamet, el cual debia vivir contento »debaxo de mi imperio segun nuestras leyes, que por usurparme el reino »procura con la destruicion de su sangre, la ruina de la patria, vuestro es»trago y esclavitud. Mas ya habeis conocido el engaño, resta mostrar vues»tro valor y mejoralle en la justa empresa, prohibiendo la injuria de las »familias, la servidumbre, guardando la vida, ganando honra y venciendo »ó muriendo, en cualquiera manera se gana el cielo.»

Porque iba acercándose á Alcázar D. Sebastian, caminó al vado del rio Lucus, á donde enderezaba. Viendo el enemigo delante el Rey, y que para pasar el rio habia de pelear, su mucho fondo para perder la artillería, en el Consejo resolvieron se pasase otro dia por mejor vado; se diese la batalla sobre el ganar el paso si el enemigo le impidiese. A los que no quisieran venir tan adelante parecia volver atras ó ir á Larache; los expertos que la entrada contradixeron y el presentarse al enemigo, aprobaban la batalla, porque el no darla luégo y retirarse no podia ser sin notable daño: el afirmarse en sitio no permitia la poca vitualla, y prosiguiendo el camino comenzado se vendria á combatir, y era mejor encontrar al enemigo valerosamente que animarle retirándose ó torciendo el camino. Al Xerife aprovechára este parecer, si esperára vencer, más que ganar el Rey á Larache, porque en sola una vitoria consistia su restitucion; mas viendo tan superior á su enemigo, y que no habian venido moros á su tienda señalada en lo primero del aloxamiento con una bandera verde, aconsejó á don Sebastian, que ya oia con más paciencia las advertencias, que deteniéndose bien atrincheados apartasen el daño, y esperasen alguna novedad en el campo enemigo, superior al portugués en muchas partes.

Aquella tarde envió el Moluc á Soliman, su caballerizo mayor, renegado

cordobés, con buen número de caballos á reconocer si los portugueses estaban prontos y en ordenanza para combatir. Viendo que pasando el rio volvian atras para tener el agua en medio de ambos exércitos, imaginando que se retiraban, los moros querian dar la carga; mas el Moluc, sagaz, que pretendia defenderse con reputaeion, dixo que los dexasen volver sin daño. Habíale dicho Tabá, cabo de los renegados, que tres mil moros arcabuceros no tenian balas ni pólvora, y por bando publicó que el arcabucero que no tuviese otro dia cincuenta balas y dos libras de pólvora, sería ahorcado. Llamó los capitanes, y por asegurarse de su fidelidad ó quitarles el poder serle traidores los conjurados, trocó los capitanes á las compañías y mudó todos los hombres principales de sus lugares. Puso tal guarda en el aloxamiento, que no pudo pasar moro al Muley Mahamet. Mostró una carta fingida del Rey de Portugal, en que decia, entre otras muchas cosas que inventó para su satisfacion, no deseaba tanto vencer los moros por su honor é interes, cuanto por quemar vivos todos los renegados de Berbería. Esto fue parte para que, de tanto número como habia dellos, pasasen al rey don Sebastian solamente los alcaides Mami y Raposo. Baxó el exército del pequeño monte donde estaba aloxado al espacioso campo de Alcázar en tres escuadrones, con tan poco intervalo entre uno y otro, que parecian uno; en la vanguardia los ventureros, con mucha parte de la artillería delante, capitaneados de Pedro de Mezquita y Juan de Acuña y de Alvar Perez de Tabora en lugar de Cristóbal su hermano, y era alférez Francisco Ferreira Valdivielso, y sargento Pedro Lopez y Juan Alvarez de Acebedo, que como más prático daba las órdenes. Estaba el escuadron guarnecido de arcabuceros africanos de las fronteras, á su diestra el de los tudescos, amparado de los arcabuceros italianos con su capitan Hércules, y en la siniestra los castellanos con D. Antonio de Aguilar y guarnecido de su misma arcabucería, asistida del capitan Luis de Godoy. En el escuadron del medio iba la gente de los coroneles D. Miguel de Noroña y Vasco de Silveira, guarnecido de sí mismo; en la retaguardia los tercios de Diego Lopez de Sequeira y de Francisco de Tabora con trecientos mosqueteros, y de una banda y otra repartida la caballería. A la mano derecha de los ventureros se puso D. Jorge de Lencastre, duque de Aveiro, con su batallon de caballos, en que iban muchos fidalgos y señores, demas de sus criados y súbditos. De la misma banda eran D. Duarte de Meneses con los fronteros de Tánjar y Ceuta, y el Xerife con su pequeña compañía un poco más adelante, y en la izquierda el estandarte real con muchos fidalgos y señores. El Duque de Barcelos y el prior D. Antonio no tenian lugar en el campo, y andaban acompañados de sus criados y vasallos. El carruaje iba al lado derecho entre los caballeros y la infantería, con lugar no muy bastante en medio para poderse recoger en cualquiera retirada la gente de á caballo. Conocióse despues fue yerro el no haber formado el campo más largo, y

de manera que le quedára lugar á la caballería para poderse recoger. El tercio de los gastadores iba junto al bagaje.

Este sitio, que prevenidamente el campo ocupó, era á propósito entre dos rios bastante á hacer buena parte de defensa. Don Duarte de Meneses, que con larga experiencia sabía la manera de pelear de los moros, y que de noche valen poco y fácilmente se asombran de cualquiera movimiento de armas, aconsejó al Rey le enviase á dar una encamisada con la gente de las fronteras, y muchos fidalgos que ofrecian el desordenar totalmente el campo enemigo. Mostrarian con este acometimiento osadía y determinacion, y con la desórden del sobresalto se acogerian los temerosos y los malcontentos, y pasarian al Xerife sus amigos, ó á lo ménos turbado y perdido el órden en que el Moluc los tenía, apartasen el campo. El Rey no admitió la oferta, porque los queria vencer él todos sin dar parte de la vitoria á otro ni á la industria, sino á la fuerza. Algunos no aprobaban la encamisada, porque siendo tan poca la caballería, era daño grande cualquiera pequeño, y tal le podian hacer á los enemigos. Mas el Rey erró en no dar la trasnochada, porque los acometimientos inesperados y de noche turban los más animosos y diestros, y turbáran los moros poco exercitados, y los malcontentos huyeran.

Esta noche se pasó sin accidente, previniéndose los moros y los cristianos para la batalla. Acercaba á la muerte la enfermedad á Muley Moluc, y sentíalo más por no poder executar en aquella guerra lo que habia pensado. Conocia que por la falta de mantenimientos el exército cristiano sería perdido y preso, cercándole sin perder un soldado, no aventurando en una sangrienta batalla el Rey contra la buena razon de guerra de la defensa; mas no se podia esto hacer acabándosele la vida, y despues della por la poca prudencia y valor de su hermano todo se turbaria, los moros huirian, ó volverian contra él ó favorecerian á Muley Mahamet. Y aunque pudiera suplir su ausencia su hijo, estaba en Argel, y primero que viniese sería perdido el reino. Combatido deste pensamiento, viéndose con tanta gente, el enemigo cercano como la muerte, para pelear dispuso el campo. La infantería, que era toda arcabuceros, en media luna, en su primero lugar los andaluces, en el segundo los renegados, en lo último los africanos; porque la una nacion enemiga de la otra la empujase adelante, sin dexarla volver pié atras. En cada cuerno puso un escuadron de diez mil caballos cada uno, y como en retaguardia repartida en igual distancia toda la demas caballería en pequeños escuadrones, cercando el exército enemigo, juntando los cuernos del suyo para combatirlo por todas partes. Y era tanta la gente, que estando á tiro de cañon apartados, le incluian sobradamente engrosándose cada hora con tan infinito número que á robar venía, que ocupaba seis leguas su alojamiento.

Venido el dia cuatro de Agosto, fiesta del glorioso patriarca Santo Do-

mingo de Guzman, viendo cubierta la campaña Tamita de moros, el Xerife dixo al Rey no pelease, sino se fortificase por frente y donde no le amparaban los rios, aunque pequeños; porque demas de haber nuevas que Muley Moluc estaba casi muerto, el sitio era bonísimo contra su mucha caballería, y si era acometido en sus reparos, tenía la vitoria cierta. A estas razones bien fundadas se oponia la falta de vitualla, por no haberla traido más de para cinco dias, con que no se podia vencer al enemigo con tardanza, estando en el remedio el peligro; pues conociendo la falta, con tantos caballos los podia cercar y vencer con hambre; y así la dilacion era más de temer que de procurar. El Rey por esto mandó caminar el exército en la forma en que estaba la vía de Larache; porque si el enemigo le dexase pasar, podia llegar á ella muy fácilmente aquel dia, y asegurando las playas desembarcar los mantenimientos necesarios y sitiar la fortaleza, trincheándose de la parte de tierra. Y cuando el moro se opusiese para combatir, era ménos de temer cualquier peligro honroso que el sabido daño de la tardanza, por la poca comida que tenía el campo; bien que pudiera esperar un dia, comiéndose los bueyes. El Xerife dixo, que pues la razon por falta padecia fuerza, no debia el Rey ofrecer la batalla dexando aquel lugar, sino con pocas horas del dia; porque si era vencido, tuviese tiempo y lugar para salvar su persona, en cuya vida estaba no solamente el remedio de tantos, mas el suyo en particular. Y habiendo algun buen suceso, recibiendo los moros cualquiera pequeño daño, se pasarian á él de noche más fácilmente. No era este consejo para despreciar, aunque para no seguille era inconveniente que dándose la batalla á la tarde, con cualquiera daño que los portugueses quintados recibiesen, en la noche huirian á Arcilla, y en el dia los retendria el miedo de los superiores. Aprobaban el parecer del Xerife las cabezas del exército, anteponiendo á todo la salvacion del Rey y el capitan Francisco de Aldana; mas D. Sebastian, siguiendo su primera resolucion, mandó marchar el exército en la manera referida.

El Rey comenzó á discurrir por el campo, dando órden á todas las cosas, haciendo oficio de Sargento mayor con tanta vigilancia y cuidado, que llegando á la bandera Real, y viendo una hilera de cinco caballeros solamente, siendo las demas de seis, dixo: «Aquí falta uno»; y respondió Gomez Freire de Andrade, que en el medio della estaba con dos hijos de cada parte: «Pues cómo, señor, un padre con cuatro hijos de una misma bondad, todos en vuestro servicio, ¿no suplirán la falta de un hombre?» Y el Rey le dixo tenía mucha razon. Despues de haber andado entre las hileras de los ventureros, llamando á los capitanes y fidalgos, amigos y señores, dixo:

«Bien sé, amados y leales vasallos, que vuestro valor no há menester »recuerdos de pasados y famosos hechos vuestros y de vuestros padres; y

»así digo solamente el contento que debeis tener con tan buena ocasion, »pues hoy comenzais á abrir las puertas á aquella santa y justa empresa de »todo el mundo encomendada y deseada de mis predecesores. Bien sabeis »los males que recibe la cristiandad en cada hora desta infiel tierra, casi »doméstica enemiga; y bien se dexan ver los daños que se ofrecen al pre»sente con la gente con que Muley Moluc ha venido contra nuestro exérci»to, favorecido del turco, y amigo de nuevo obligado á este comun enemigo. »Y si tanto mal en su principio no se ataja, en lo más apartado de España »nadie vivirá seguro, y en vuestras patrias trocada la feliz suerte (lo que »Dios no quiera) os será necesario ganar las encomiendas. Bien creo que »sabeis, y todo el mundo sabe, que el celo de la santa fe católica, la nece»saria prevencion al fiel pueblo, la misericordia que se debe á los afligidos, »me obligáran á seguir esta empresa, sin aspirar á otra cosa. Y así espero en »Dios ayudará mi intencion, y estoy seguro que todos pelearéis, procu»rando el efeto dello. No será necesario, oh vasallos fieles, deciros por quién »haceis la guerra, la gente que venceréis, la ley que profesais, con cuyo »presupuesto no os puede suceder sino felicemente; pues de cualquier ma»nera los guerreros de Cristo, cuando tienen fe bastante, son señores del »campo, y ántes de la vitoria triunfan, y principalmente ahora que no hay »que temer sino que desear; pues, en fin, ese largo campo que veis col»mado de tantos enemigos, cuyo infinito número promete más su confu»sion que vuestro daño, sabed que está lleno de aquellos propios moros, á »cuyo pesar, sustentando tantos lugares en su propia tierra, haceis esclavos, »y cuya multitud no solamente venceis á cada paso, siendo tan pocos, mas »con razon en muchos años vos podeis llamar su vencimiento. Y pues esto »os es tan cierto, os encomiendo el órden, que los ánimos bien sé que es »menester moderallos.»

Mandó el Rey luégo tocar al Ave-María, última señal de la batalla, y fue levantado un Crucifixo en alto por el padre Alexandre, de la Compañía de Jesus, á cuya vista se postró toda la gente que á pié estaba.

CAPÍTULO VIII.

Batalla de D. Sebastian y el Xerife.

Muley Moluc estaba tan á lo último de la vida, que animaba su multitud con mostrarse, sin hablarles con la oracion que Franchi de su ingenio finge, porque murió en comenzando la batalla. Dispararon sus cañones, y

una bala mató algunos portugueses en el escuadron de los ventureros, y entre ellos fueron Gregorio Sernache de Noroña y Juan Brandao de Almada, que para arremeter estaban prontos y con buen ánimo, como mostraba la serenidad de su semblante, aunque vian para cada uno ocho moros, segun lo mostraron brevemente, peleando cual buenos soldados. Luégo como se disparó su artillería, los moros de á caballo comenzaron á remolinar, mostrando los muchos muertos el daño que recibieron. Sobre ellos pasó el escuadron de los ventureros, aunque habia caido muerto su capitan Pedro de Mezquita de un balazo, con mal principio y pronóstico, como es morir la cabeza comenzando á combatir. Luégo se movieron los escuadrones breves de los ventureros y de los tudescos, italianos y castellanos hácia la mano derecha, y el Rey fué al de la caballería de la siniestra, donde estaban los más expertos. Dixo á D. Luis de Meneses su alférez mayor no se moviesen sin su órden, y en la siniestra lo mismo al escuadron en que asistia el Duque de Aveiro; y desta manera andaba por todo el campo haciendo casi todos los oficios. Por esto no ordenó, y por andar más suelto y desocupado, caballeros para su guarda, errando grandemente; porque con cuatrocientos escogidos se librára de la muerte y se salvára en todo tiempo; mas faltó en esto, como en otras cosas, por su desgracia.

Los moros, conociendo flaqueza en la retaguardia, pelearon primero en ella para divertir al Rey; y viéndolo, como tan deseoso de emplear su persona, mandó á D. Jorge Tello, que llevaba su guion, y á Cristóbal de Tabora, dar calor á la gente de Diego Lopez de Sequeira y Francisco de Tabora. Matáronle luégo un caballo, peleando la gente por bien grande espacio con valor. En tanto los ventureros y los italianos, castellanos y tudescos, disparada su arcabucería con mucho ímpetu y osadía caminaron, derribando y matando con furor muchos moros de á pié arcabuceros, porque no tenian picas que los amparasen, con que los de á caballo cercanos comenzaron á huir, y con ellos Muley Hamet, general de la caballería, y se metió en Alcázar. Muley Moluc, para los retener con morir delante y tornar á la batalla, con el alfanje desnudo levantado contra los cristianos subió á caballo, sobrepujando el ánimo á las fuerzas, y cayó dél, y fue secretamente metido en su litera por Manzorico Elche, donde falleció. Éste tuvo su muerte secreta cautamente, dando las órdenes en su nombre que más convenientes le parecian, conforme al estado de la batalla. Pasó la voz de que era muerto Muley Moluc, y la vitoria alcanzaban los cristianos, y los alárabes atentos robaron la ropa del Rey muerto y huyeron tan adentro, que algunos moros llegaron á Fez, y otros más adelante. Eran tantos, que en la retaguardia ganaban lo que en la vanguardia perdian, y acometieron los demas por todas partes.

Entónces el Duque de Aveiro y los fidalgos de la compañía de la ban-

dera Real, viendo no parecia el Rey y cuán de efeto fuera su pelea, culpaban su olvido y su paciencia. Los ventureros llegaron á ganar la artillería enemiga, y tan cerca de la litera donde Muley Moluc estaba muerto, que de cinco pendones verdes que junto á ella tenía, tomaron los dos. Pedro Lopez, capitan que sargenteaba infelicemente, retuvo su vitoria poniéndoseles delante, y pararon como inexpertos y se retiraron en desórden perdiendo la batalla; porque si cortáran como pudieran la cabeza á Muley Moluc y la mostráran á su exército, desengañados se pasára la mayor parte al Xerife. Naceu en una batalla la vitoria y la pérdida de pequeñas causas. Los ventureros retirados, perdido el furor primero, helada la sangre de las heridas y confusos, dieron ánimo para que los moros de á pié volviesen á pelear, y la caballería los ayudase contra los desordenados. El Duque de Aveiro, forzado de la necesidad de combatir y de voces de los que le asistian, animándolos valerosamente invocando á Santiago, no pudiendo quitar á la tierra la lanza que asió por una grieta, arrancó la espada con triste augurio de su muerte, y se lanzó y su estandarte entre los moros con tan demasiada furia, que algunos de su escuadron no le pudieron seguir tan presto. Don Duarte de Meneses, que algun tanto estaba apartado de la misma banda con los fronteros, y el Xerife que cerca dél se hallaba con su poca gente, se movieron á la par y se mezclaron con los moros, y los que acompañaban el estandarte Real; porque no pareciendo el Rey, no pudieron aguardar más, y matando muchos, pusieron otros en huida, resucitando la vitoria otra vez. Mas era poco el número de dos mil contra cuarenta mil de á caballo, y el infinito de los alárabes y ventureros. Avisado el Rey ganaban la artillería, se lanzó entre los moros con muchos fidalgos y caballeros con tanto valor, que los retiró y siguió, y en diferentes partes aunque desordenadamente hizo acometidas con daño de los enemigos.

Murieron D. Enrique de Meneses y D. Simeon, de cinco hermanos que juntos entraron en la batalla, y el Simeon con una bandera ganada, sobre un monton de muertos, incitando á los vivos á su imitacion con el exemplo, don Juan de Silveira, hijo del Conde de Sortela, heredero de su casa y del valor de sus mayores, D. Manuel de Meneses, obispo de Coimbra, tan buen prelado como soldado, Aires de Silva, obispo de Oporto, don Alonso de Portugal, conde de Vimioso, y su hijo D. Manuel, D. Vasco Coutiño y D. Luis, conde de Redondo, Alonso de Silva, D. Diego de Castelblanco, Jorge de Silva, Sebastian de Sá, D. Vasco de Gama, conde de Abidigueira, D. Martin de Castelblanco, D. Diego de Meneses y don Francisco y D. Luis, hijos de Alexo, ayo del Rey, D. Juan Lobo, don Alvaro y D. Enrique de Meneses, D. Diego Lopez de Lima, Lope de Sousa, Juan Coresma, Sancho de Faria, Manoel de Sousa, Simon de Veiga, D. Francisco de Moura, D. Jaime, hijo del Duque de Barganza, con diferente fortuna que tuvieron sus abuelos en aquella tierra, D. Ro-

drigo de Melo, hijo del Marqués de Ferreira, D. Pedro y D. Lorenzo de Noroña, hijos del Conde de Liñares, y Jerónimo y Manuel Tellez, hijos de Fernan Tellez.

Dieron los más gruesos escuadrones de los moros por tantas partes sobre los portugueses, que los más quedaron muertos en el campo. El Duque de Aveiro, no pudiendo con tan poca gente sufrir el peso de la inmensa multitud, se retiró forzado de los enemigos por una parte del escuadron de los tudescos, y le desordenó. Preguntando por el Rey con la poca gente que le quedaba y con otra que persuadió que le siguiese, entró en el conflicto otra vez, donde perdió la vida. El Xerife, acosado de los enemigos, embistió sin órden por el cuerpo de la batalla, de modo que ya todo era confusion y desventura. Los ventureros mal ordenados, miraban cómo los arcabuceros de á caballo los batian y huian sin poder usar de sus armas contra ellos. Murió el capitan Alexandre defendido mucho tiempo con grande esfuerzo, cargado de los moros con ódio mortal que le tenian, y Alvaro Perez de Tabora, y el marqués Tomás, coronel de los italianos, y muchos dellos y de los castellanos con su maestre de campo D. Alonso de Aguilar, y los más soldados de las fronteras de Africa, que todos con extraño valor pelearon. Cargaron infinitos arcabuceros de á caballo, que regia Amete Lattaba Elche, genovés, sobre los ventureros, y los mataron casi todos.

La gente de Vasco de Silveira y D. Miguel de Noroña, de ménos valor, sin experiencia, pelearon floxamente, amontonados, sin osar salir al campo á dar ayuda á sus compañeros, por más que sus capitanes y coroneles los animasen y forzasen. Díxose los mandó el Rey estar firmes hasta que se les mandase arremeter, como cuerpo de la batalla; mas en tal tiempo era esto acto más de cobardía que de obediencia. Amete Lattaba, con su arcabucería suelta y diestra, discurria dando remate á la perdicion de los portugueses.

El Rey en todas partes peleaba por su persona, como si en el valor de su brazo estuviera el remedio de todos. Habia ganado dos banderas, le habian muerto otro caballo y andaba en uno que le dió Jorge de Alburquerque con Cristóbal de Tabora, siempre á su lado. Certificado de la pérdida general, quiso tentar la última fortuna; mas desdeñando la dilatada vida, que presuponia nuevas esperanzas, y con los más fidalgos y caballeros que se pudieron juntar, acometió los moros con tanta furia, que á costa de muchas vidas le daban camino, no osando esperar el desesperado encuentro. Mas forzado de la multitud de enemigos, herido en el rostro y feneciendo los más de los combatientes que le ayudaban, se retiró cansado, sangriento y polvoroso. Murió Juan Caravallo y Pedro, su hijo, Gomez Freire y Nuño, su hijo, Antonio de Sousa, único hijo de Diego Lopez, gobernador de la casa. Viendo D. Fernando Mascareñas llegaban algunos moros al Rey, se lanzó contra ellos, peleando y matando muchos hasta que cayó

muerto delante dél, y Gonzalo Nuñez Barreto, habiendo vengado bien su muerte, y D. Juan Pereira y Luis de Alcazoba, Manuel Coaresma y don Gonzalo Chacon, hermano del Conde de la Puebla, y Francisco de Aldana, Tomé de Silva, Juan Mendez de Oliveira, Cristóbal de Alcazoba, D. Pedro de Acuña, D. Nuño Manuel, Cristóbal de Brito, Andrés Gonzalez, alcaide mayor de Cintra, Alonso Perez Pantoja, D. Sancho de Noroña, D. Juan y D. Luis de Castro, hijos de D. Alvaro de Castro, Lionel de Lima, D. Matías de Noroña, D. Gaspar Teive, D. Rodrigo de Castro y D. Rodrigo, su sobrino, y D. Diego de Castro, D. García de Meneses y su hijo D. Duarte, y D. Gonzalo de Castelblanco, D. Manuel de la Cerda, D. Juan Manuel y D. Francisco, su hijo, D. Juan Enriquez, don Pedro de Meneses y D. Duarte, maestre de campo general, D. Alonso, conde de Mira, D. Fadrique Manuel, D. Antonio de Almada, Nuño Furtado de Mendoza, D. Luis de Silva, D. Luis de Almeida, D. Alvaro Coutiño, Jorge de Silva, D. Manuel Rolin, Francisco Dominguez, Rui de Figueredo, Mateo de Brito y otros. Los vivos sin órden pelearon donde podian, y los tudescos, acometidos de los alárabes, murieron casi todos. En la retaguardia era ya muerto Francisco de Tabora con otros muchos, y los demas llenos de temor buscaban solamente remedio para la vida; porque Amete Lattaba hacía irreparables daños con la escopetería, que en muchas partes rompió el campo donde se peleaba más por vender bien las vidas que por esperanza de salud; y á las cuatro de la tarde se conoció era la vitoria de los moros, habiendo comenzado la pelea á las once, siendo los cristianos por tantas partes combatidos sin socorro y tan inferiores en número que fue maravilla poder sustentar tanto tiempo el peso de la infinita multitud.

Los mal reparados escuadrones se comenzaron á confundir desordenadamente, y cada uno procuraba en la última miseria estar de la banda de dentro, cayendo unos sobre otros se metian debaxo de las carretas, buscando como suelen los rendidos y desbaratados donde esconder la vida, y huyendo salvarla en los caballos que andaban sin dueño, porque no hay mayor flaqueza que no saberla defender y reservarla para mejor uso cuando no es necesario perdella. El Rey en este tiempo certificado de tal desventura, despues de haberle muerto otro caballo, acompañado de algunos ñdalgos, habiendo peleado valerosa y alentadamente, procurando salvallo á costa de sus vidas, fue cercado de gran número de alárabes. Un fidalgo, puesto un lienzo en la punta de la espada, les dixo como estaba allí el Rey, y respondieron que dexasen las armas. Sintiólo de manera, que sin esperar razon ni peticion, se abalanzó contra ellos, con última desesperacion, acompañado de los que le seguian, procurando alcanzar peleando salvacion, donde dicen que cayó muerto del caballo, y nadie lo afirmó de vista, porque era infamia donde su Rey quedaba muerto, quedar caballero vivo que pudiese referir la pérdida.

Murieron D. Jorge de Lencastre, D. Antonio da Costa, D. Alvaro de Castro, D. Jorge de Faro, Juan de Mendoza, Luis Alvarez de Tabora, Cristóbal de Tabora, D. Antonio de Noroña, D. Juan Mascareñas, Luis del Castillo, el desembargador Antonio Velho, Tinoco, oidor del campo, y el compañero Francisco Casado de Caravalho, furrier mayor del campo, y Pedro Alvarez, su hermano. El Xerife, queriendo pasar el rio Mucasin, se ahogó por la llena marea que el rio Lucus le comunicaba, y sus moros murieron, sino los que encubriéndose comenzaron á captivar, y en la noche salvaron á sí y á los captivos en Arcilla, y algunos caballeros de los pocos que quedaron de las fronteras hechos un cuerpo con harto peligro en Tanjar, y otros despues de acabado todo, con tan várias y tristes suertes como se puede imaginar, unos muertos, otros captivos. Fue preso el Duque de Barcelos de dos alárabes, y un azuago se le quitó; y porque no le llevase, hirió al Duque en la cabeza, aunque recibió el azuago el golpe en la escopeta. Quedó en su poder, y preguntado quién era, respondió: «Hijo de un mercader.» Captivó á D. Antonio, prior de Ocrato, un alárabe de Talemazude, aduar, y desnudóle de sus vestidos, y dióle otros viles, y recogióse con él, porque los más poderosos quitaban la presa á los más flacos, y áun los mataban primero. Pocos fueron los que aspirando á mejor fortuna con viril ánimo se salvaron para aprovechar á su patria, pues á su Rey muerto ya no podian; porque para escapar la vida se habian de meter por las armas y por la muerte de que estaban cercados desde el principio de la batalla, que no perdonaba á cosa viva. Murieron de los moros de sueldo deciocho mil, vistos y examinados despues por los libros de matrícula en Fez, y de los cristianos ocho mil.

En esta misma tarde fue traido de Alcázar y levantado por rey Muley Hamet, por órden de los alcaides Gorri Cahia, Soliman, Lattaba y Dogali. Buscado el cuerpo del Xerife, le hizo desollar y traer por las ciudades. Avisado cómo el Duque de Barcelos estaba en poder del azuago, le mandó llevar á su tienda y lo recibió y trató con grande honor. Pasando Sebastian de Resende, mozo de cámara del rey D. Sebastian por entre los cuerpos muertos, vió el de su malogrado Príncipe; y habiendo dado cuenta dello los fidalgos al Xerife, se truxo sobre un caballo á la tienda Real. Visto por los captivos, con entrañable amor y reverencia le fueron á besar los piés, siendo dellos reconocido con dificultad por ocupar la vista las lágrimas que justamente derramaban sobre el cuerpo de un Rey desnudo y captivo, poco ántes gallardo, señor, valiente, y tanto que hizo tan maravillosas pruebas de su esfuerzo y ánimo invencible, que si le acompañára la prudencia, que no admitia su ferocidad de ánimo, conociendo ser su dignidad para mandar más que para pelear, fuera uno de los celebrados príncipes del mundo. Mas quedó por ricos despojos de la muerte, espejo de la miserable vida y presuncion humana, disforme con dos heridas en la

cabeza y debaxo del brazo derecho, un Rey amado, venerado, amparo y consolacion de tantos, debaxo del incomprehensible gobierno de la providencia divina; y los que le miraban, con infinitos suspiros daban crédito al miserable suceso y testimonio de ser el cuerpo del rey D. Sebastian. Peleó en este dia la nobleza igualando la virtud al ánimo y á la magnanimidad, y en tan pequeño espacio mostró cuantos procesos de infinito valor tuvieron en el mundo. Mas cedió á la innumerable multitud, aventurando con gran lealtad sus vidas viendo presente la muerte, y pródigos de su sangre sacrificaron tambien sus hijos, muriendo con sus padres heroicamente, estremeciéndose la tierra para recebir los cuerpos, y abriéndose el cielo como arrebatando los gloriosos espíritus; pues los niños y viejos, para notable exemplo, supliendo la falta de la naturaleza, dándoles manos para servir á su Rey y ley, buscaban memoria inmortal en la vida y sobrenatural premio en la pérdida della; y los varones, variando con sucesos lamentables, despues que por largo espacio ilustraron con hechos maravillosos la empresa á desprecio del vivir, matando muchos bárbaros, no pretendiendo la vitoria tan imposible de alcanzar, que viendo la poca mella que matando hacian en la africana multitud, perdian la confianza y la paciencia, sin poder hallar algun modo de remedio contra ella. Todo lo cercaba, salteaba, discurria sin dexar lugar en que nadie pudiese estar ocioso, perdiendo en alguna manera su precio el valor; pues viéndose tan pocos y contra tantos enemigos, se podia pensar era el pelear tan como buenos, más por la forzosa defensa que por natural esfuerzo, dando testimonio de los limitados términos de la fortuna, juzgando su celo y osadía por desatino honroso. Grande fue la desventura; pero si la muerte del Rey no la engrandeciera, con cuya vida se acabó todo el remedio y consuelo de Portugal, no era mucho perder una jornada; pues tomára satisfacion viviendo con discurso maduro y experto con gente no ménos ilustre y fuerte, de que siempre fue habitada la Lusitania, y en nuestros tiempos dignamente celebrada; porque con la buena institucion y la virtud de algunos de sus reyes, no solamente se opuso á todos los reinos de España, pero mantuvo la guerra contra los más poderosos y ricos muchos años.

CAPÍTULO IX.

En San Lorenzo supo el Rey Católico la muerte del de Portugal, y lo que dispuso despues.

Con el nacimiento del infante D. Filipe habian tornado, con mucha razon regocijados en pronóstico de su mayor fortuna, el Rey Católico y la Reina y las demas personas Reales á quince de Mayo á San Lorenzo para gozar de su verano agradable. En ventiuno del mismo mes cumplió el Rey cincuenta y un años, y conforme á la costumbre ofreció en la misa tantas coronas y una más, como quien daba señal y hacía reconocimiento y vasallaje al Rey de los Reyes y de la vida, y ganó un jubileo plenísimo concedido al dia de su nacimiento. Celebró la fiesta anual del Santísimo Sacramento, y llevó en la procesion una vara del pálio, otra el príncipe D. Fernando y la primera vez. Pasada la fiesta partió para Segovia y de allí al monasterio de Santa María de Parraces, donde para los deciocho de Junio estaban aprestadas las compañías de hombres de armas y caballos ligeros, llamadas las guardas de Castilla, y pudieran decir mejor su fidelidad por su veedor D. Diego de Sandoval, caballero de mucho valor y prudencia, como lo mostró en los cargos que tuvo. Pasaron su muestra, y la festearon con justa, estafermo, sortija y otras acciones de caballería junto al lugar de San Salvador de Muñico, más nombrado por su fuente medicinal que por su vecindad, dos leguas distante de Parraces. Parece que prevenia estas compañías para algun gran efeto, y no habiendo en España alteracion que diese cuidado, ni otra novedad de guerra sino la del rey Don Sebastian contra los moros, no dió que pensar á la necesidad sino á la curiosidad; mas brevemente se sirvió dellas, como escribirémos.

Con mucha alegría de los Príncipes é Infantas volvió á San Lorenzo á ventiuno de Junio, y á ventinueve el nuncio de Su Santidad, Filipe Sega, obispo de la Ripa Transina, ordenó de grados al príncipe Alberto, cardenal, y el lúnes y mártes siguientes de Epístola y Evangelio. Hízole enseñar luégo la teología por Sebastian Perez, que habia sido catredático en Salamanca, colegial de San Salvador de Oviedo, natural de Montilla, villa en la campaña de Córdoba, del marquesado de Priego. Partieron para Madrid las personas Reales á los ocho de Julio, y el Rey tornó solo para la fiesta de San Lorenzo á diez de Agosto. Vínole allí la triste nueva de la muerte de su sobrino D. Sebastian, rey de Portugal, con la gran pérdida de gente y de nobleza de aquel reino. No pudo disimular la tristeza y el

sentimiento grave, aunque estaba prevenido para este golpe, entendiendo que una jornada tan inconsiderada no podia tener más feliz suceso. Retiróse á su oratorio, envió á mandar al Prior que velasen los religiosos estando patente el Santísimo Sacramento.

Partió luégo para Madrid sin ver la casa ni la fábrica como solia, saliendo por una puerta de los jardines poco acompañado, que todo argüia en él mucha tristeza. Mandó en Madrid al Duque de Alba dispusiese lo necesario para celebrar las exequias, y respondió le fuera mejor ir á hacellas á Belen de Portugal. Es un monasterio de la órden de San Jerónimo, de magnífico edificio y extremado sitio en la ribera de Tejo, una legua apartado de la metrópoli Lisboa. Mas el Rey sabiamente le respondió: «El tiempo os mostrará cuán errados fuéramos.» Y con razon, porque entrando con exército contra el Cardenal su tio, que juraron brevemente y como ascondidas, el reino todo se habia de emplear en su defensa, nombrando general para la guerra ó al Duque de Barganza ó á D. Antonio, prior de Ocrato, que (como verémos) vino venturosamente de captiverio, interesados en la sucesion, y se hallárau en ser, y con exército en la muerte del Rey Cardenal que luégo vino, con que mejoráran su partido, como lo hizo en Francia despues Enrique de Borbon, por hallarse cuando mató el fraile al rey Enrique III, con el exército que le aclamó Rey y le dió fuerzas para venir á serlo. Muerto el Cardenal, quedando sin cabeza y divididos los ánimos, con esperanzas, promesas y dones, y con la razon del conocido derecho de D. Filipe á la sucesion del reino, dispuso mejor el tiempo previniéndose con sufrimiento, esperando la ocasion para obrar con prudencia; porque sabía nacia fuera dél, y era menester esperar á que viniese con prevencion y espera por toda la vida de un hombre, con no haber viejo como el Cardenal que no pueda vivir dos años ó más. Los que se alaban de que saben hacer venir las ocasiones, muestran no saber qué sean, pues cuando por vía de ingenio se pueda hacer, es arte y no es ocasion; aunque se mezcla con lo que se puede, es no ménos diferente y de diversa razon. Y así há menester el Príncipe tomarla á tiempo, dexando tantas veces la anticipacion como la dilacion. Los de agudos ingenios, impacientes, se pierden en lo primero, porque apénas vino la sombra, cuando se mueven á cogerla; los tardos lo fueron en lo segundo, pues siendo la ocasion de su naturaleza veloz, no son capaces en tan breve tiempo de conocerla, y conocida tomarla. Conviene tener entendimiento para antever y paciencia para esperar lo que se vió, como hizo D. Filipe en esta sucesion de Portugal. Si las cosas fuesen hechas solamente de la fortuna y de la voluntad, habria poco trabajo en el gobernarlas, guiados del caso y del arbitrio nuestro enteramente; mas porque es necesario hacer un lleno de la fortuna, de la arte y de la voluntad, conviene tener paciencia y juicio en juntarlas, pues acompañadas redoblan las fuerzas; pudiendo valernos del

arte y del arbitrio cuando quisiéramos, y no de la fortuna, porque es menester considerarla, esperarla y complacella, advirtiendo en no querer jamas lo que se conoce, niega obstinadamente, ni por el contrario dexarla cuando la promete.

Despues que los moros en el campo de Alcazarquivir acabaron de recoger los despojos y captivos, huyeron algunos y salváronse pocos por la custodia vigilante que tenian en los caminos. Llegaron á Arcilla en la misma noche tres ó cuatro hombres, y no los queriendo abrir, para evitar su peligro en la dilacion, dixeron venía allí el rey D. Sebastian. Abrieron luégo las puertas, y viniendo á recebille el autor del engaño y de grandes daños despues se embozó fingiendo los otros tenerle gran respeto, para escapar desta manera de la furia del pueblo, pues no le podian contentar con la verdad. La fama, haciendo su oficio, llevó la nueva á la armada, y Diego de Fonseca, corregidor de la Córte, entró en la casa y conoció el embozado ser un fidalgo, cuyo nombre no se supo, y reprehendióle y á sus compañeros; y respondieron habian dicho no ser el Rey, sino venir de donde estaba. Confirmóse la opinion de ser el Rey en el mar y en la tierra, porque precediendo tan claros indicios y siendo la nueva tan favorable, por más que Diego de Fonseca desengañaba los soldados y vecinos, ninguno le creia, principalmente porque el fidalgo se embarcó escondido con temor del pueblo. Fue error grande no castigalle para ser conocido no ser el Rey, y evitar que nunca se tuviese por cierta su muerte, porque nacieron despues desto alteraciones y desventuras grandes, como adelante escribirémos.

En el dia despues de la batalla acordaron los fidalgos captivos de rescatarse todos juntos, y el Xerife lo tuvo por bien, y que se pusiese en guardia del cuerpo del Rey alguno dellos para su autoridad y conocimiento; y Melchior de Amaral, en Alcázar, en las casas de Abraen Sufiane, alcaide, en un ataud le puso en la galería donde estuvo hasta que se llevó despues á Ceuta. El mismo Amaral, con licencia del Xerife, fué á Arcilla á traer de la armada algun dinero que darle á cuenta del rescate para el concierto y buen tratamiento de los captivos. En Arcilla estaba enfermo fray Juan de Silva, dominicano, amado del Rey por su nobleza, virtud y letras, y diciéndole Amaral cómo era muerto y le sepultó por sus manos, volviendo el rostro á la pared pasó desta vida á mejor del dolor y representacion de los males que se habian de padecer ahogado y de la honrada tristeza su agradecido espíritu arrebatado, como si muriera con su Rey en la batalla, mostrando que le tenía solamente en cuanto no sabía dónde lo habia de ir á buscar. Amaral, cumpliendo con la fe prometida, no cediendo á los que celebra la antigüedad por haber tornado á su captiverio, guardándola inviolable, volvió al Xerife, y estimó en mucho su venida y su persona.

En llegando el Rey á Madrid escribió al Marqués de Santa Cruz fuese

con sus galeras á favorecer las plazas fuertes de Portugal en Berbería, si el moro las acometia ufano con la vitoria habida del exército del rey D. Sebastian, como le aconsejaban los alcaides, empleando sus fuerzas, pues fácilmente las ganaria por estar desguarnecidas, y la gente que las defendia ántes muerta en la batalla, y la que habia quedado en ellas espantada y atónita con la muerte de su Rey y de tanta nobleza. Habia el capitan Francisco de Zúñiga ido á ver á Muley Moluc, con salvo-conducto suyo y órden del Rey Católico, porque por la amistad que en Argel profesaron le era aceto; y así le envió derecho á Larache para que en Fez visitase al nuevo Rey, y conforme á su instrucion, despachada del secretario de la guerra, Delgado, le ofreciese su amistad; le dixese habian de señorear su reino los turcos, como el de Argel y otras partes donde metieron el pié, y para impedillo y que tomiesen, era buena la amistad del Rey Católico, con que no podia temer á todo el mundo, y reinaria seguro sabiendo tenía su favor y brazo. Si le pidiese que él lo tratase, se dexase persuadir y le preguntase los capítulos con que haria la confederacion, induciéndole á que diese á Larache para tener entrada á socorrelle, pues se podria ocupar de noche estando la guardia descuidada y poca, porque los moros no se indignasen. Supiese cómo pasó la batalla, los que murieron y captivaron dónde estaban; y si pensaban los moros enviar algunos al turco, donde se hallaba D. Juan de Silva, embaxador del Rey Católico, tratase de su rescate, avisase del precio; y si D. Antonio, prior de Ocrato, era muerto ó vivo, y le visitase y al Duque de Aveiro y al de Barcelos y á su ayo, y dónde estaba Luis de Silva, D. Francisco de Portugal, D. Duarte de Meneses y Cristóbal de Tabora, y les ofreciese su favor. Si murió ó cativó Tomás Estucley, marqués de Leuvister, inglés, y el coronel de los alemanes, Mos de Tanberg. Y para avisar con secreto de todo se le dió cifra particular. Determinó enviar sin título de embaxador tambien á Lisboa á D. Cristóbal de Mora, portugués, para visitar al cardenal D. Enrique y decirle enviaria para esto otra persona presto, y tentar los ánimos de los portugueses, porque como natural é inteligente lo podria hacer con facilidad y secreto.

Consultó con los mayores letrados de su Consejo, Córte y claustros de las Universidades la razon de su herencia del reino de Portugal, y todos escribieron maravillosamente lo que adelante se verá. Y el que mejor escribió en este derecho fue el licenciado Alonso Ramirez de Prado, y con tanto gusto y satisfacion de su Majestad, que le mandó estuviese para que le hablase en Elbas á seis de Abril, mil y quinientos y ochenta y uno, donde habia de llegar. Llevó lo que tenía escrito en lengua castellana, porque más fácilmente lo pudiesen entender áun los que no eran de su profesion; y habiéndolo aprobado el Rey, ordenó lo traduxese en la latina porque fuese más comunicable á todas las naciones. Favorecióle de manera, que viéndole desde su ventana, dixo á Santoyo: *Veis allí mi letrado.* Hízole

de su Consejo de Navarra; y por no ausentalle, ántes que tomase la posesion le nombró fiscal de su Real Hacienda y Contaduría mayor della, y el Rey D. Filipe III, nuestro señor, le promovió al Supremo de Justicia, con retencion del de Hacienda, y le prefirieron en estimacion á muchos sus grandes partes y letras; mas la inconstancia de las cosas humanas le dexó por exemplo de fortuna á la posteridad.

CAPÍTULO X.

Prosigue la guerra en Flandres, y los franceses le acometen.

Fue notable en Flandres el mes de Julio con las muertes del Conde de Barlaymont de vejez y su hijo el Conde de Meghen, en la flor de su vida, con gran pérdida del Rey, por el valor y lealtad con que sirvieron y ser en coyuntura que sus personas hicieron falta. No sintió ménos D. Juan la muerte de Luis del Rio, de cuyo consejo se valia en las cosas de la justicia y policía, y se aliviaba con su industria de trabajo y cuidado, y con la facilidad con que executaba y ánimo desinteresado. La peste que afligió á Brabante y Licja mató gran número de gente, y más en las villas que en el exército católico, y en los vecinos y soldados de los presidios. Los exércitos no vinieron á las manos, porque los rebeldes aguardaban de Francia socorro grande con el Duque de Alanzon, y de Alemania con el Duque Casimiro, que estaban en los confines para entrar en los Estados. Don Juan, porque no saqueasen el condado de Borgoña ó ducado de Luzeltburg, ó no le impidiesen la vitualla que dellos le venía, asistió en Namur. Mandó que en el ducado de Luzeltburg estuviesen alerta el coronel Verdugo con sus valones, y el Conde de Mandeschet con la caballería, y el conde Aníbal Altemps con su regimiento de tudescos, y con el nuevo socorro de españoles que venía de Italia amparasen á Borgoña. Rebatieron los franceses que acometieron ambas provincias con tanto valor que tornaron á Francia.

Mos de Vievile, gobernador de Masiers, en nombre del Rey Cristianísimo, prometió á D. Juan su amistad, y le certificó habia mandado por bando público que ningun francés sirviese á los rebeldes ó les diese armas y municiones, so pena de muerte, y por escrito á las gobernadores de las fronteras que no dexasen pasar á Flandres sino á hombres de negocios con pasaportes Reales. Dixo no se recelase del Duque de Alanzon, porque de su compañía el Rey quitó los que le alteraban y aconsejaban mal. Era ambicioso, temerario y poco obediente á su hermano, y recelaba D. Juan de Austria algun trato dél, desvanecido con el título de protector de Flandres

que sus deputados le dieron, y vanas promesas de los nobles; y así reforzó las villas que poseia el Rey con nuevos presidios. El exército de los rebeldes marchó con buen órden, y temiendo, pidieron para su refuerzo á los feudatarios viniesen á servir conforme á su obligacion, y caminaron para recebir los tudescos y reitres del duque Casimiro la vuelta de Grave, y juntos alojaron entre Malinas y Liera, cercanos á la aldea de Santa Catalina Vavet, donde estuvieron ántes, y se fortificaron sabiendo la venida para ellos del exército católico. Por esto D. Juan metió bastantes guarniciones en las villas comarcanas por asegurallas, y tomó puesto para socorrer las acometidas, entreteniendo con reputacion la guerra hasta que de Borgoña llegasen las catorce compañías de españoles y seis de caballos ligeros italianos y el regimiento de tudescos del Conde Altemps, y de Alemania otros tres mil reitres, mil que levó el Baron de Polviller, y mil y quinientos Francisco, duque de Saxonia, y los Barones de Villi y de Vils cada seiscientos.

El Príncipe de Orange, en su provecho y admiracion de los flamencos, á Mos de Champaigne puso en la cárcel pública de Gante y saqueó su casa en Bruseles, temiendo su reduccion al servicio del Rey, porque con mucha libertad reprobaba sus hechos y decia no queria más ser con el público enemigo de la religion católica. Lo más cierto era por disminuir la nobleza, para tiranizar sin impedimento los Estados; y así con maña quiso prender tambien al Baron de Hesse y á Mos de Glimes, y avisados se salvaron. Alteráronse muchos por esto y las sacas terribles de dinero que hacía, y la persecucion de los católicos en Bruseles y Ambers y en el exército; y por gozar de la ocasion D. Juan vino con el suyo contra él, y determinó combatir la infantería, porque la caballería alojaba de por sí. Con una parte del exército mandó á Octavio Gonzaga que se metiese á mano izquierda entre Liere y Malinas y el campo de los rebeldes para quitarles el socorro; con otra envió al Príncipe de Parma á la diestra á cerrar con la caballería de los rebeldes, si socorriese su infantería, y contra ésta partió con los escuadrones que miraban á ella y á la caballería, para que no la pudiese valer. Estaba bien atrincheada, pero asaltada gallardamente de los españoles, subieron sobre el terrapleno del reparo primero, y los rebeldes, echados dél y de la aldea Rymenant, se retiraron á un fuerte más principal, bien guarnecido de artillería, con que mataron algunos asaltadores, para pelear desde allí con buena determinacion y ventaja. Los españoles querian en todo trance romperlos, y subieron algunas picas en lo alto de la trinchea y los seguian los demas. Don Juan, considerando no podian alcanzar vitoria sin peligro y pérdida, por la fortaleza del puesto que daba ventaja á los enemigos, aunque su gente peleaba tan animosa y ganosamente, que estaba empeñada en muchas partes la suelta, envió caballos á su amparo y recogida, y retiróse á su alojamiento satisfecho de haber co-

nocido el poco ánimo de los rebeldes en no venir á batalla, ni pelear sino escoceses é ingleses, haberles ganado á Reymenant, encerrádolos en lo último de sus defensas con temor conocido y valor de sus soldados, y degolládoles dos mil.

El Emperador procuraba el acuerdo de la paz por medio de su embaxador Mos de Beaupair con Adolpho Matkercke, Bucho Ayti y el doctor Leonino por los Estados y Mos de Vaulx, Juan Baptista de Tassis, el prepósito Juan Foncq y Francisco Levasseur, señor de Moriensate. Entendiendo gustarian los rebeldes de la tregua, se la ofrecieron; mas querian ya la paz con las condiciones á su modo, diciendo no les convenia su exército grande gastar el tiempo y el dinero sin provecho. Habiéndoles concedido más que pensaban, se desvergonzaron en pedir contra la autoridad de la religion católica y del Rey algunas cosas, y así la junta se disolvió no concediéndoselas.

Con pequeño acompañamiento pareció en Henaut el Duque de Alanzon, con admiracion de los más de los deputados de los Estados, de que hubiese llegado el ódio á tanta desesperacion, que algunos dellos quisiesen someterse á franceses, perpétuos enemigos suyos, ántes que fiarse de la palabra de su legítimo señor. Mas persuadidos de las trazas del de Orange para tener en sospecha al Rey de que procuraban mudar de señor, y así les concediese cuanto le pedian, y viendo que entraron gran número de franceses en su socorro guiados de Mos de Bossi y Mos de Feruach y de otros caballeros, amigos y privados del Duque, se concertaron con él en que defendiese los Estados á su costa y le entregarian algunas villas para su seguridad, y le darian nombre de su protector. No quedaba con esto satisfecho el de Alanzon, y á persuasion del de Orange, sin saberse qué le movió, le prometieron que si el Rey Católico en término de tres meses no acetase las condiciones de paz que le ofrecian, le quitarian la obediencia y harian al Duque el reconocimiento con las ceremonias debidas al señorío de los Estados de Flandres, dicen algunos escritores. Mas es cierto que aunque se rebeláran no quisieran dexar el nombre de su señor; y pareciéndole que si la rebelion venía á ser perfeta, él trazaria cómo expeler al de Alanzon, y apartados del todo los ánimos de su Rey, se haría señor de los Países y alcanzaria el mismo nombre. Los franceses asaltaron á Mabeuser y el castillo de Havre, para mostrar á los Estados su importancia; mas D. Juan los socorrió desde Jausi, donde para este efeto pasó su exército, y con pérdida de muchos franceses los retiró.

Para vengarse los rebeldes de lo que fueron ofendidos en Reymenant, trataron con algunos amigos que tenian en Ariscoth, que se la entregasen. Éstos embriagaron los alemanes que guardaban un molino de agua en el rio Demer, paso para la villa, de una compañía que estaba de presidio, y dormidos, de noche metieron los rebeldes en ella, y los soldados

pocos para resistir con la escuridad se salvaron, y los herejes la saquearon y profanaron las cosas sagradas; prendieron los principales del clero y del pueblo, y con disolucion violaron el vejinaje.

Para reforzar su exército D. Juan, por lo mucho que el de los herejes estaba aumentado, sacó el presidio de algunas tierras y encargó su guarda á los vecinos. Porque tentaban las voluntades dellos los rebeldes y estaba en peligro Diest, habiéndoles respondido eran leales al Rey, envió para su conservacion caballería á guardarla, y volvió con el Magistrado que á pedir esto caminaba. El duque Casimiro no queria obedecer al Conde de Bossu, capitan general de los Estados, ni al de Orange, ni éste al Archiduque; y la discordia y poca diciplina y desórden de los soldados, hacía daño áun á sus amigos, robando, destruyendo iglesias y los más hermosos edificios, y prendieron y saquearon el navío que va desde Bruseles á Ambers, quemaron lugares del Duque de Ariscoth, y hacian insultos insufribles á vista de Ambers. El archiduque Matías, á su peticion, salió al remedio, y pasando los rebeldes áun á sí mismos de la inobediencia á la fuerza, evitando su peligro, se retiró corrido á la ciudad. Enfadado del mal proceder de los calvinistas y de sufrir las locuras del pueblo, y de que el imperio del de Orange le tenía inútil, y por la liviandad de los deputados entendia le preferiria el Duque de Alanzon, por evitar mayores calamidades que nacerian de su resistencia y amparo de su autoridad, y que la Reina de Inglaterra para sacar los franceses, hereditarios enemigos de Flandres, trataba de la paz con deseo de efetuarla, deseaba volver á Alemania y no presidir á la más insolente y desordenada nacion. Los embaxadores de Inglaterra, Mos de Cobbe, almirante, y Mos de Valsinghen, grandes herejes, de quien ella fiaba más, habiendo hablado con los deputados sobre el acuerdo, trataron dél con D. Juan sin efeto; pero procuraron conforme al órden que tenian, penetrar los consejos y notar el número de la gente y acciones de este Príncipe. Fue avisado desde París que por órden destos le habia de matar, por gran suma de dinero y la libertad que le dieron, Mos de Racleff, bastardo de un conde inglés, homicidiario cruel, y con otro compañero; y para tener comodidad su traicion iban á servirle en el exército, y decian brevemente-se haria notable al mundo Racleff por su valor y arrevimiento. El preboste general, avisado de D. Juan, los prendió al entrar en palacio, y declararon la verdad.

Aunque el exército de los rebeldes era grandísimo, por ser en la mayor parte de inexpertos, no se atrevian á dar batalla, y porqne D. Juan daba el gasto á la campaña de Brabante. Fue Casimiro con la mayor parte de su gente á tentar el ánimo de los de Lobaina, y si conviniese, sitiarla, reconociendo los cuarteles que debia eligir, y por dónde la podia ganar, desde la montaña Rocsselberg. Salió el Baron de Chererau con la guarnicion, y le cargó tan bien, que dexando muertos trecientos le hizo volver sin re-

putacion á su alojamiento. Habia en Lobaina, temiendo su acometimiento, diez compañías de infantería borgoñona, dos de españoles, seis de tudescos, una de holandeses, tres de caballos, cuatro de walones, y aunque se habian quexado de tan gran carga, la aprobaron con el suceso, y agradecieron su defensa á D. Juan. Estaba en Sausi con falta de agua, y llevó el campo á Bouges y á Gendray, una legua de Namur, donde se fortificó por traza y medio de Gabrio Cerbellon con buena seguridad y comodidad, por ser el sitio fuerte y tener las espaldas al rio Mosa por gozar de la navegacion, para avituallar el exército, entreteniéndose en tanto que se marchitaba el furor de la gente nueva del de los enemigos, ó causaba su discordia la separacion, como la habia en los ánimos, y á él venía el socorro que aguardaba. Habiéndose disputado largamente en el Consejo sobre el retener ó dexar á Tilemont apestada, llena de trigo y fiel al Rey, se notificó á los vecinos que dentro de tercero dia salvasen sus haciendas, porque no las saquease el enemigo. No lo hicieron ellos, y éstos sí, tratándolos con crueldad, y los monasterios y vejinaje con violencia y deshonestidad, y la desampararon. El Baron de Chererau, con el presidio de Lobaina, mató docientos, y los demas huyeron, y les quitó la ropa, y como era de apestados, metió contagio en el pueblo y presidio y la muerte que los consumia. De los exércitos ociosos la gente se daba al robo de amigos y enemigos, saltear los lugares, caminos y quitar el dinero á sus huéspedes con extraordinarias maneras de tormentos. En Lobaina fue la maldad intolerable, y así muchos peregrinaron. Amábala D. Juan, y no podia como deseaba remediarla, porque en sacando los borgoñones, mayor fuerza del presidio, la ponia en contingencia de perderla.

Habian cercado los rebeldes holandeses, gheldreses y frisiones á Deventer, en el país de Overissel, y defendíanla bien algunas compañías de la coronelía de Polviller, y apretábanla los enemigos para entregarla con Campen y Zunol al duque Casimiro, en resguardo de la paga de su gente. En tanto los de su exército cercaron á Nivele, y por no poderla socorrer D. Juan sin dar batalla, y para ello no tener iguales fuerzas, mandó á los que la defendian rendirla con razonables condiciones. En poseyéndola, ahorcaron algunos del presidio naturales de Flandres contra la capitulacion jurada, diciendo que á los traidores y enemigos de la patria no se debia guardar palabra. Estaba su exército apestado, y el de los católicos enfermó de mal de cámaras, consumiéndose de sí mismos. Condolíase tanto don Juan de los enfermos, que se quedaba en la retaguardia, recogiendo los que no podian seguir el campo. Visitaba los heridos, ensalzaba en público los hechos ilustres, y mirando las heridas, con la esperanza de premio á unos y con la gloria y honra á otros y á todos con la dulzura de sus palabras y con el cuidado que mostraba dellos, los granjeaba y confirmaba en su devocion y en el deseo de asistir en las empresas. Buscaba carros en que

llevarlos, y consolándolos los preguntaba la causa de su enfermedad, y los visitaba en sus barracas, acompañando el Santísimo Sacramento, mandando al padre Orantes, su confesor, de la órden de San Francisco, que en los hospitales no faltase cosa alguna, ni muriese alguno sin los Sacramentos, aunque fuese de los apestados, que estaban en hospital aparte. Recebia con piadosísimas entrañas los más pobres y desechados, dándoles por su mano limosnas; de manera que llegaban cada mes á docientos escudos, y por la de su limosnero á docientos y cincuenta, en que consumia lo más de su sueldo.

En tres meses que estuvo en campaña reformó el exército de manera que la nacion española parecia convento de religiosos. Confesaba dos veces en el mes para tener limpia su conciencia. Procuró quitar los pecados públicos, proveer de predicadores y confesores; no consentia frailes ni clérigos perdidos fuera de su regla y hábito decente, ni alojar en lugares sagrados sin precisa necesidad, ni haber cuerpos de guardia, sino para defender la entrada al enemigo. Reconocia de Dios los buenos sucesos, porque no se salvará el Príncipe con su poder, ni el gigante con sus fuerzas y grandeza de cuerpo, y el dón que por su gracia le habia dado en el subido vigor y ánimo; pues como la gracia perficiona la naturaleza, la habilidad natural es más conveniente á las obras segun la divina voluntad, de quien es instrumento la naturaleza.

CAPÍTULO XI.

Muere D. Juan de Austria y envia el Rey Católico á D. Alonso de Sotomayor á Francia, y el estado que tenía.

Viendo el Rey Católico cuán poco podian con la Reina de Inglaterra amenazas y ofertas, para que no favoreciese los rebeldes de Flandres, trató de meter la guerra en su casa por Escocia, con voz de hacer venganza de las opresiones hechas con tiranía á su reina María Estuart, cercana parienta de la casa de Guisa, favoreciendo á los Príncipes della para la execucion de su deseo. Para esto D. Juan de Austria estaba de acuerdo con ellos, y dar medio en evitar las salidas de franceses en favor de los flamencos, poniéndolos en tanta disension, que su Rey, que procedia cautelosamente en las cosas de Italia y Flandres, volviese todo su cuidado á su conservacion. Habia D. Juan enviado á darle aviso de lo que trató con el Duque de Guisa y del estado de la guerra y pedir dineros y gente, porque los enemigos le estaban superiores en el número, con D. Alonso de Soto-

mayor, capitan de caballos. El Rey no se habia descuidado en dar priesa á los Vireyes de Italia, para que enviasen los tercios de españoles della y caballería italiana y española, y la esperaba, como he dicho, con deseo y necesidad.

Don Juan enfermó de tabardillo; y aunque los médicos le daban esperanzas de vida, conociendo su muerte se dispuso para ella con los Sacramentos y comunicacion de su confesor, conforme lo que otras veces le habia declarado, como si esperára sería tan presto su fallecimiento. Pidió le dixese á su Majestad no tenía hacienda propia, y de la que habia le tocaba la disposicion; le suplicaba si alguna derramó, se sirviese de perdonársela y de pagar sus deudas y satisfacer sus criados. Le tenía en cuidado su alma que á Dios encomendaba con las oraciones piadosas, y si bien al cuerpo hacía poco el lugar donde habia de reposar hasta la resurreccion de los muertos, le suplicaba que mirando lo que le pidió el Emperador su padre y la voluntad con que le procuró servir, le hiciese merced que sus huesos fuesen junto á los de su Majestad Cesárea, con que sus servicios quedarian bien pagados. Nombró por sucesor en tanto que su Majestad le nombraba, en presencia de las cabezas del exército y consejeros de Estado, á su sobrino Alexandro Farnese, príncipe de Parma, en el gobierno de Flandres y del exército, ante Mos de Moriensarte, secretario de Estado, y se imprimió en Lobaina el nombramiento. En el primero dia de Otubre pasó desta vida á mejor con gran serenidad á los treinta y tres años de su edad, corta pero gloriosa, desapropiado de sus bienes. Para balsamalle le abrieron, y hallaron la parte del corazon seca, y todo lo interior y lo exterior denegrido y como tostado, que se deshacia con el toque, y lo demas de color pálido de natural difunto. Esto hizo sospechar á su familia habia sido venenado; y como el tabardillo es tan corrosivo y maligno, suele dexar los cadáveres en esta aparencia. Acompañó el cuerpo con muchas lágrimas su exército, que le reverenciaba como á su capitan, y le amaba como á su amigo y compañero, llevado en hombros de coroneles y maestres de campo desde el fuerte de Bouges hasta la catredal de Namur, donde fue depositado.

Era nacido en la alta Alemania, de madre noble, que falleció en España en Arroyo de Molinos, cuatro leguas de Madrid, y criado en Villagarcía por Luis Mendez Quijada y su mujer, que llamó sus padres hasta la muerte de ambos. Mostróse verdadero retrato del valor de su familia, cuyo ánimo heróico y claros hechos en tan pocos años escurecian los que por su edad espantaban á los antiguos de sus Cipiones y de sus Fabios. Pues solamente la vitoria que alcanzó de los turcos, comunes enemigos, me diera extendida materia para hacer detenidas sus alabanzas, si confiára tanto de mi ingenio y pluma cuanto de la aficion que tengo á su esclarecido y serenísimo nombre. Porque fue espíritu de su exército, y la fama

de que merecia cargo tan supremo, vivo exemplo que movia á imitarle y fiarse dél por su fortuna, fuerza superior, grande en las fuerzas humanas y mayor en la guerra y principal en las batallas, en que siempre se aventura tanto. Heroicas virtudes ilustraron su vida: tuvo liberalidad, gravedad en las acciones y palabras, fe en las promesas, fidelidad en el servicio con discrecion y esfuerzo, celo de la religion católica, reverencia á las cosas y personas sagradas, secreto y presteza en executar, crédito y autoridad áun con los enemigos; de manera que su nombre y reputacion diminuia su ánimo y osadía, venciendo con clemencia y gobernando con benignidad, y madureza en proveer, fortaleza en próspero y adverso, pericia militar, que aumentaba en él la experiencia de la campaña, y consejos para saber elegir sus ventajas, medir las fuerzas, acomodar la providencia á los casos y deliberaciones segun la variedad de los acidentes, representar composicion con afabilidad para tener, como tenía, obediente la diversidad de las naciones, variedad de costumbres, desproporcion de ánimos en los exércitos compuestos de diversas lenguas. Condicion sumamente deseada en el general, y tan admirable en Aníbal, el Gran Capitan y el Duque de Alba, que fue el mayor fundamento de su grandeza.

Con la nueva triste se retiró el Rey Católico en el monasterio de San Jerónimo de Madrid, y despachó á D. Alonso de Sotomayor con la confirmacion del nombramiento y título de capitan general y gobernador de los Países Baxos en el Príncipe de Parma, por ser de la casa de Austria, y casi criado en ellos, animoso, y estimado de algunos por más arriscado de lo que se requeria en él, que tenía tan gran cargo, que era el fundamento del Estado, reputacion de su Príncipe y seguridad de cuanto poseia. Llevó órden de visitar en Francia los de la casa de Lorena de su parte, y decirles supo la muerte de su hermano estándole despachando, y sintió mucho más el suceso, porque faltó el medio para llevar adelante su amistad y buena correspondencia y lo demas comenzado á praticar en tanto servicio de Dios. Deseaba saber la causa con que tomó las armas alguna gente suya, y su intencion y ánimo para asistirles, y á todo lo que á ellos y á sus cosas tocase con la seguridad de amigo y buena comunicacion por el Duque de Parma, que tuvo su hermano con ellos, y ellos con él, de que les daba muy particulares gracias por la voluntad con que le acudieron siempre en sus ocurrencias. Porque despues del servicio de Dios, en que se habia de poner la mira principalmente, y de su Rey, por la particular hermandad que tenía con él, si por el mal estado y confusion de los franceses no se pudiese hacer en esto el efeto y servicio que conviniese, no se dexase en peligro la religion, ni los negocios dellos, pues les acudiria para todo con obligacion principal, y no cesasen las práticas tan en bien general comenzadas en Inglaterra y Escocia por medio de D. Juan, en beneficio de la religion y de la Reina de Escocia y suyo; y le avisasen del

estado de todo, para que entendido se tratase mejor lo que más conviniese y sería bien hacer en ello.

Don Alonso de Sotomayor cumplió su comision, y parecia por lo que le dixo el Duque de Guisa y él entendió de los franceses católicos, se quexaban de su rey Enrique III porque empuñando el cetro mostró ser más para executar que mandar, perdiendo con el poder el valor. Decian tenía buena persona, bien formada, exercitada en todo lo que le era digno, entendia los negocios, pronto en las respuestas, sagaz en resolver, afable en oir y con los embaxadores, dado á placeres, pródigo, amigo de lisonjeros, por quien encaminando su ruina no oyó verdad. Devoto se maceraba y rezaba con sus intrínsecos, comunicaba los capuchinos, comulgaba dos veces en cada semana, y concedió libertad á los herejes de predicar y executar sus reglas y dogmas y los mayores gobiernos. Con esto perdió el amor de los súbditos y de los señores más fieles, con el olvido reducidos á desden y ódio contra él, haciéndolos atrevidos á cosas peligrosas y difíciles, que alguna vez salen bien, si á la audacia y ambicion se junta autoridad y ealidad singular. El anteponer los ministros nuevos á los antiguos causaba resentimiento, que disolvian el reino, volviendo Enrique todo el favor y gracia á dos ministros, parte esencial en las deliberaciones importantes, pareciendo en esto á los Príncipes de la Sangre y Peres les eran gravemente sujetos; y al gallardo nombre de libertad fuerza no doma, tiempo no consume, ni merecimiento le contrapesa. Abrieron puerta para que los poderosos resueltos entrasen con los modos que suelen, mediante la emulacion de los Príncipes de la Sangre, y á las esperanzas de los súbditos, pasando por mano de los favorecidos todas sus fortunas, reconociendo della lo que debian de la bondad y eleccion de su Rey. Olvidando los Grandes, los estrechaba á dar cuenta de sus administraciones, y ninguno tenía parte en la de los Estados, ni exercitaba su oficio enteramente sino dependiente, despojados del título de sus dignidades, ó del uso de sus cargos, no quedándoles sino el nombre. Crecia en los privados la vanidad, soberbia, menosprecio de los nobles, abatimiento de los émulos, afliccion de los inferiores, la impaciencia en escuchar al que no les hablaba á su gusto, el querer saliesen dellos todas las resoluciones, sin sufrir ni áun el ser advertidos con caridad. Teníaseles reverencia fingida, mortal envidia, ódio secreto, deseo del castigo que suele darles el tiempo ó el desengaño del Príncipe. Usado es en su mudanza subir los particulares á mejor lugar que los poderosos de la Córte pasada, y que ya eran Grandes; porque los amigos ántes de la grandeza suelen ser buenos para recebirlos en los mayores negocios, y por ecelentes ministros y amigos, el que viene al reino.

Era el uno de los favorecidos del Rey Cristianísimo Anná de Joyosa, y tan bien visto dél, que le hizo Duque, Almirante, su cuñado, casándole con hermana del Conde de Vaudemont, tercero de la casa de Lorena, y

de hermana del Conde de Egmont, degollado. Tenía valor, ánimo y persona gallarda para la guerra; hacía bien y gusto, pero como nuevo, envidiado y emulado de la nobleza era calumniado. Conservóse en la gracia difícil á los parientes de los Reyes, y fácil si usa de toda reverencia y obediencia con ellos, si llegándose á sus deseos de léxos los sirve y loa, si no interesando en su gobierno, no fuere curioso en entender los secretos, no tomando mano en el Estado, en la Córte, en los ministros, recelando que si es pariente no compañero.

Mucho más privó Juan Ludovico de Nogaret, noble gascon, señor de la Baleta, pues le creció á Duque de Epernon, general de la infantería francesa, gobernador de Provenza, Metz, Boloña, Angulema y otras ciudades, con que estaba rico, y tan engrandecido que con su voluntad media el poder, y el que dél hablaba mal, moria con hierro ó destierro. Juntaba tesoro, y le ostentaba en menosprecio de la nobleza careciente dél, no considerando nace la alabanza en los bienes de fortuna del sufrir la pobreza con paciencia, ganar riqueza con inocencia y gozarla con modestia. Pendia dél todo el peso de los negocios, sin dexar parte ni tiempo, por su buen entendimiento, ánimo cauteloso, ambicioso, atrevido, codicioso, absoluto, dado á placeres y vida libre. No se apartaba jamas del Rey, y le sacaba de la Córte para que no le hablasen los ministros ni la Reina su madre, y porque más se echa de ver la privanza así por los que le siguen. Aborrecíale la ciudad de París, los del bando católico, los Peres y Señores de la Sangre, tanto que le quitaron del lado del Rey con poco gusto suyo á peticion del reino; porque desunia el Consejo de Estado y Guerra, donde, por tener su amistad los consejeros pretendientes, siempre hacian liga con él, perdiendo la sinceridad y libertad del voto como bandoleros; desordenaban la justicia, y temian los del Magistrado su poder ecesivo. Y si bien la ley cuanto así tenía siempre un rostro y lengua, como los executores pretendian crecer, pendian con debilidad de los qne hacian tomar las formas que los poderosos querian, y por sus negocios y de sus allegados volvian la justicia por los cabellos donde gustaban ó interesaban con detrimento del Estado y quexas grandes del Príncipe. Y así convenia huir, no hablar ánn con rázon, ó vivir en soledad; pues hacian ocasiones para su venganza y cisma en París, oprimiendo los gallardos, empobreciendo los ricos, abatiendo los que podian, y les importaba oponerles junta de pueblo, discrecion de sabios, osadía, riqueza y poder de muchos.

Quexábanse tambien los nobles católicos de que debilitaron los dos privados las fuerzas de su Príncipe, desacreditaron sus armas, le induxeron á placer y ocio con título de conservar su vida, habiéndola tenido más larga los que más trabajaron en el gobierno, apropiándose el de Enrique tanto, que parecia cero que daba valor como á los números á sus decretos. Crecieron en tanto las herejías y seguidores dellas, sin oir á sus fieles y

antiguos capitanes, acudiendo á sus particulares disinios, teniendo fuerza para impedir las resoluciones de mover las armas, ó dexar su execucion á lo largo despues de movidas, ó en mano de sus dependientes, ó atravesándose á los progresos para impedir la grandeza al que las movia ó podia ser su émulo, ó le apartaban léxos con oficio, mudando sin razon ni sazon á los que los tenian y á los gobernadores de provincias y plazas fuertes con recompensa de dineros contra su voluntad, condenando al Rey Cristianísimo en costas; y no contradecian á la fuerza y poder, aunque, conforme á sus leyes, no se les podian quitar las tenencias sino con justa causa. Se hallaban cerca de los efetos de sus malos intentos, pues trataban con los protestantes, introduciéndose y asegurándose para derribar la religion católica. Ni debian fiarse del Rey cuya voluntad tenian en su mano y metido y encadenado en la red de los artificios, que tienen necesariamente los favorecidos, pues sin ellos fuera imposible tener firme ni segura la voltaria naturaleza de los príncipes, llena de apetitos y fácil en hartarse y cansarse, y no hacía caso de los caballeros de valor, báculo, remedio y salud de la corona de Francia. Imprimieron en su ánimo tal concepto, que solamente eran los buenos, sabios, fieles, suficientes para su servicio ellos, porque son tenidos fácilmente por mejores de los príncipes los que á su gusto y deseo más se allegan con lo que hablan. Tenian tan enfrenados los ojos del Rey, que no podia ver sino las partes y humores de más conformidad y correspondencia con sus más secretas naturales inclinaciones, acomodándose tanto á la condicion de su señor, que parecian de un temperamento y calidades, haciéndole parecer y creer eran sólo sus cosas y acciones bonísimas, su consejo el competente, cubriendo en público su grandeza con fingida humildad para engañar, escondiendo su poder con disimulada cortesía, haciendo con todo esto mostrarse el Estado de Francia desnudo de consejo, fuerzas y reputacion, sus columnas.

Fueron estos ministros los granos de la granada, que ocultamente crecen tanto cada uno en su cabida que la abren por medio, manifestando su ruina. Buena causa dieron al reino de Francia para velar su conservacion y de la religion católica, haciendo junta de armas para su restauracion y seguridad de los buenos y fieles, á quien habian procurado algunos oprimir y destruir por medio de las conspiraciones secretas, como si la seguridad del Estado dependiese de la destruicion de los leales y verdaderos vasallos, que tantas veces pusieron su vida por conservalla, no quedando para su salvacion sino las armas loables cuanto necesarias, de que no usáran, si la ruina de la religion católica y de su Estado no se hubieran inseparablemente juntado; por cuya conservacion jamas temerian el peligro, juzgando no poder elegir más honrada sepultura, como en morir por tan justa y santa empresa.

Nobilitas	*Princeps*	*Dux*	*Rex*	*Regina*	*Senatus*
Dira	*Offensus*	*Atrox*	*Mollis*	*Auara*	*Leuis*
Plebem	*Vindictam*	*Regnum*	*Æra*	*Tributa*	*Fauorem*
Vexat,	*Agit*,	*Quærit*,	*Dissipat*,	*Auget*,	*Amat*.

Estos versos curiosos salieron en Francia en significacion de su Estado, y léese tambien desde arriba para abaxo y desde abaxo para arriba cada oracion.

CAPÍTULO XII.

El Rey Católico envia á Portugal á Don Cristóbal de Mora, y lo que avisó del estado de aquel reino.

El Rey Católico desde Madrid habia despachado á D. Cristóbal de Mora con instruccion, fecha á deciocho de Agosto, para saber en Portugal el estado de las cosas y las de Africa, visitar los gobernadores por la ausencia del rey D. Sebastian, á las Duquesas de Barganza sobre el suceso de su hijo, á la de Aveiro del de su marido. Halló la Córte lastimada y con razon de su gran pérdida, el cardenal D. Enrique coronado con tanta priesa que pareció temer estorbo del cielo ó de la tierra, grandes rumores sobre su venida, deseo de saber lo que traia en comision, esforzado el tratar del futuro sucesor del nuevo Rey, viejo, enfermo, poco hábil para el reino y casamiento de que se hablaba en público, tan naturalmente tímido que pensaba era cualquiera poderoso para oprimille y quitalle el señorío. El pueblo recatado tenía por ardid en tal coyuntura su venida á explorar los ánimos y voluntades de los tristes, dudosos en lo que habian de parar, no arrostrando los más ser de Castilla, peligro de que no estaban seguros sin la certidumbre del derecho de la Duquesa de Barganza, y entender que si le tenía D. Filipe, no habia fuerzas para resistille y que no se dexaria agraviar. El descuido cuidadoso y blandura persuadian era amigo D. Cristóbal y verdadero portugués, no explorador, y penetraba las intenciones para que el Rey Católico encaminase su consejo y negocio entre gente recatada en los primeros dias; mas del ser tan emparentado y de su inteligencia y ayuda de sus deudos se valió para entender lo más intrínseco.

Á ocho de Setiembre dió la carta de D. Filipe al rey Cardenal, y alabó el haber acetado la corona para el buen gobierno de los súbditos. Díxole enviaba su Majestad Católica á llorar con los portugueses sus trabajos, y á ofrecelles, si D. Sebastian era cautivo, cuanto podia y valia para su liber-

tad y rescate de los esclavos en África. Ninguno podia representarlo mejor que un portugués, con tanta obligacion de sentir la presente calamidad. El Rey, mostrando satisfacerse de su venida con larga alabanza, luégo declaró en el Consejo de Estado á lo que venía para despenallos. Estaba escrupuloso y dudoso cerca de la sucesion, mas inclinado á la Duquesa de Barganza, y pesóle al Mora, porque era porfiado más que osado, tan amigo de que se conformasen con él los pareceres que tomaba, que solian decir tenía una conciencia para lo que queria y otra para lo que no queria. Y era de considerar que en la execucion de los castigos decian: «justicia que se manda hacer», sin nombrar al Rey, temiendo él con escrúpulo el hacerla en su nombre, siendo sacerdote y arzobispo, y no el ser Rey, cuyo principal oficio era hacer justicia. Y el mismo escrúpulo, decian los letrados, podia tener de reinar, habiendo parientes de los reyes hábiles y con justo derecho, principalmente estando tan viejo, perdido el oir, todos los dientes, la mayor parte de la vista, y que lo poco que viviria sería gobernado, no rey, en que tendrian mucha mano el Duque y Duquesa de Barganza, en cuyo palacio posaba, por aficion derivada de lo mucho que amó al infante D. Duarte, su hermano, y tanto que perdió con su muerte en dos años las fuerzas y los sentidos, y se envejeció notablemente; y así cuando se coronó hizo ir á caballo al Duque en el lugar de Condestable, yendo á su usanza los demas señores á pié en tal acto. Esforzaba esto el haber dado á D. Teutonio de Alencastro, tio del Duque, su arzobispado de Ebora y otros beneficios, y D. Manuel de Portugal, comendador mayor de Christus, su primo hermano, era todo su consejo y gobierno, por donde ya nombrado para ir con embaxada á Roma, iba á la de Castilla más breve, por no apartarse punto de ayudar á la pretension de los Duques, de que hiciese jurar princesa doña Catalina, sin dar tiempo á que el rey D. Filipe fuese avisado. Y le fuera de inconveniente junto con su derecho, por ser diferente entrar pacíficamente en un reino ó con encuentro ó contradiciones, y á desposeer para poseer. Entendian muchos nobles cuánto más honor y ventaja sería tener al Rey Católico por señor que al Duque, más el pueblo menudo y los que no lo consideraban, decian se darian ántes á ingleses, y habian nombrado por embaxador para ellos á Antonio del Castillo, jurista archivero del reino. Convenía prevenir y declararse luégo con el Cardenal, para que hiciese jurar Príncipe sucesor suyo á D. Filipe, en defeto de no tener hijos; con que no osaria fuese el juramento en la Duquesa, como deseaba, pareciendo dexaria con esto el reino libre de Castilla. Aunque estaba el Duque tan malquisto, que muchos moririan ántes que jurarle por su descortesía, poco valor y sustancia, esto era de temer, habiendo dicho Pedro de Alcazoba Carneiro se celebrarian Córtes en el primero dia de Noviembre venidero, y porque hacía el Cardenal estudiar el derecho de su sobrina á letrados de su Consejo. Aunque

la gente estaba perdida sin maravedí, no habia sino cuatro viejos caducos temblando de miedo de Castilla, y no le faltaban aficionados y que sabian la razon de su derecho. Tenía la convocacion de las Córtes alborotada la tierra para hacer fuerza muy gallarda en que declarase sucesor el Cardenal, esperando sería doña Catalina, y si D. Filipe, dudarian en jutalle, porque no adquiriese derecho su hijo, que le habria dado si le sobreviviese el rey D. Enrique.

En este tiempo en Africa el capitan Francisco de Zúñiga fue bien recebido del Rey de Marruecos, y con gusto oyó lo que le propuso de parte de D. Filipe, y le significó haria confederacion y amistad con él, y en cuanto pudiese le daria satisfacion. Queria donarle el cuerpo del rey don Sebastian y á su embaxador D. Juan de Silva y al Duque de Barcelos, y facilitar el rescate de los fidalgos portugueses, y en su tratamiento se les daria buena comodidad. Avisólo al Rey Católico el capitan Zúñiga, y como de los portugueses no habia querido admitir precio para rescatar al Duque, diciendo no le tenía tal señor, y que se enojó porque le ofrecieron cuarenta mil escudos por él, porque pensaba sacar docientos mil.

En San Jerónimo de Madrid, en el dia del evangelista San Lúcas, deciocho de Otubre, sábado, á las once y media de la mañana, falleció el príncipe D. Fernando al primero septenario de sus años, áun no cumplido, lastimando sus padres que le amaban tiernamente, porque del rostro del abuelo y padre y nombre feliz del rebisabuelo se habian prometido grandes esperanzas de felicidad para esta monarquía. Mandó el Rey al dotor Simáncas, Obispo de Zamora y al Almirante de Castilla, al Conde de Fuensalida, su mayordomo, y á D. Luis Manrique, su limosnero, que le llevasen á San Lorenzo. Llegaron á veinte do Otubre; hízose el recebimiento debido y el oficio de la Iglesia fue de ángel, que no mueren los que tuvieron tan dichosa suerte. Mostrando D. Filipe su exemplar paciencia, escribió á sus reinos y Estados el suceso y dolor, porque allende del ser hijo mayor y tan amado Príncipe heredero, su buena y mansa inclinacion y grandes muestras de virtud eran amables. Recibió el golpe haciendo gracias á Dios por haberle colocado en estado de inocencia en su reino, cumpliéndose su santa voluntad. Mandó que no hiciesen en general ni en particular demostraciones de tristeza y lutos, sino procesiones para suplicar á Nuestro Señor conservase la familia Real y aplacase su ira por los pecados de su pueblo y suyos, y volviese los ojos de misericordia á los trabajos que su Iglesia tenía. Siguióse á esta muerte la del archiduque Wincislao, gran prior de San Juan, en quince años de su breve vida, mozo gallardo y de costumbres reales. Cortó la muerte estas flores para que no se fie en grandeza de linaje ni en edad tan floreciente. Mandó el Rey á D. Rodrigo de Castro, obispo de Cuenca, y á D. Juan de Ayala, ayo y mayordomo mayor de los Archiduques, le llevasen á San Lorenzo el Real á sepultar.

Habia salido de cautiverio D. Antonio, prior de Ocrato, venturosamente, porque preguntándole un alárabe que le prendió qué sinificaba la señal blanca que traia en el pecho, respondió cautamente era de obligacion de ciertos cacís de cristianos y suya por la Iglesia, de que se sustentaba. Dióle crédito el alárabe, y le oyó con gusto decir comia de renta de la Iglesia. Estaba en el mismo aduar de Tolemazude el fidalgo Gaspar de Gran, y por su órden y de Abrahan Gibre, judío, se concertó su rescate en dos mil cruzados, que aseguró, porque á D. Antonio no le faltaron jamas, persuadiendo al moro que si hasta el mes de Enero aquel cacís no estaba en su iglesia, el Pontífice la proveeria en otro, y él quedaria sin facultad de poderse rescatar; y así el mismo moro le truxo á Arcilla. La nueva de ser vivo y libre dió que pensar en Portugal, porque si estaba legitimado (como querian los hebreos) tenía buen derecho, aunque esto habia menester buenos recaudos con muchas circunstancias. Admiraba la duda siendo legitimado del rey D. Juan III (como se ha escrito) sólo para tener bienes de la Iglesia; porque nunca su padre quiso precediese en la herencia de los demas á D. Duarte, y por esto no heredó su patrimonio, teniendo el Infante cédula del Rey para dexarle á cualquiera hijo legítimo que tuviese. Se decia le ayudaban para su rescate los judíos, y procurarian que reinase por el deudo cercano que muchos con él tenian por su madre: mácula que se ponia al Infante en haberlo sido de su hijo.

El Rey de Castilla se aconsejó sobre la sucesion de Portugal, y algunos culpaban el haber dexado coronarse en él á su tio, sin perturbarle la posesion pacífica que habia tomado, más para tratar en tanto que vivia los portugueses de su remedio de no venir en poder de príncipe que no hubiese nacido en el reino, que gusto que tenian de que reinase por su poco valor, mucho deseo de vengarse, cortedad en el premiar, indiscrecion en el honrar, imposibilidad en el despachar por su vejez y enfermedades. Despues de largos consejos, pareceres y controversias, convinieron en alargar la junta de Córtes para proponerlas en Almerin á primero de Diciembre. Parecia artificio para diferir la declaracion de sucesor, por si muriese don Filipe en tanto, y resolver primero el casarse Enrique, en que instarian los brazos del reino, aunque desconfiaban de su senectud, debilidad, falta de salud; si bien un médico de su cámara afirmaba tendria hijos, y que se haria la prueba muy presto. Proponian para novia la hija del Duque de Barganza, de trece ó catorce años, de marido de setenta y cinco, temblándole las manos y la cabeza; y Alcazoba á madama Isabel, viuda del rey de Francia Cárlos IX, que residia en casa de su padre el Emperador, y que se pidiese al rey D. Filipe, su tio, la truxese y la dispensacion; y con aprobacion tal estarian en el mundo desculpados del feo hecho. Apretaba en esto la ciudad de Lisboa y los de Barganza por fineza y adulacion al Cardenal; mas D. Cristóbal escribió al Rey Católico no casaria por falta de

heredero, sino porque él no lo fuese, y era bien contradecir la dispensacion, no el casamiento por no hacerse sospechoso y odioso á su tio y al reino. Se eligiese un Grande, cuyo valor y prudencia guiase con autoridad y respeto el negocio, reconociese y dirigiese los humores tan diferentes de aquella provincia, y áun las palabras trnxese ordenadas para darlas en escrito, porque con más distincion y claridad pudiesen ver los Consejos la verdad y llaneza en que fundaba su derecho su Majestad Católica. Mas podia diferirse su venida por no ahogar á D. Enrique, muerto de viejo y de miedo, y tuviesen mayor noticia del estado de las cosas penetrando más cada dia, y esperar á lo que decia y hacía el Comendador mayor de Christus en su embaxada á Castilla, para inquirir lo que se pensaba hacer en ella y decian el Rey y sus ministros, y su eleccion salió de los de Barganza. Importaba, si hablase en la sucesion, darle á entender con palabras prevenidas no dexaria el Rey en duda cosas tan claras, sino prevendria y atajaria daños de los súbditos, ó se estudiase bien su derecho para que el que viniese en su lugar le pudiese alegar, pues la comision del Grande habia de ser por ahora consolar de la muerte del rey D. Sebastian y dar el parabien al cardenal Enrique de la sucesion y lisonjearle. Mas porque las vidas son breves y convenia al bien de aquel reino y servicio de Dios remediar lo de adelante, se le habia de pedir declarase sucesor á D. Filipe, mezclando blandura y hierro sin escandalizallos, ni mostrar que los desestimaban, instando siempre en que era solo el heredero legítimo, para venir despues en caso de duda á los medios que ofreciesen, proponiendo en tanto su provecho á los particulares, y comodidades y honras á la nobleza; y para ello hacía falta D. Juan de Silva y convenía viniese en su lugar embaxador, ó á él se diese el título, porque el de Portugal habia escrito desde Madrid á D. Enrique desconvenia el detenerse más allí por la prática que tenía de la gente y tierra, y se hallarian muy embarazados viendo el lugar que le habian dado, y el título competente y necesario tardaba, donde habia tanta desconfianza. Pues su Majestad podia mucho en Africa, procurase la libertad de los captivos, ó que fuese en baxo precio el rescate, cosa agradable y obligatoria al reino, y en Madrid le besasen la mano, aunque se resintiese D. Enrique, pues se debia poco á su devocion. Mas aunque tocaba esto á su grandeza, en las materias de Estado no se tenía á veces tanto respeto á la piedad; pues como se podia esperar, reconoceria la nobleza captiva el beneficio y temor que en su patria fuese tan portuguesa como la que habia en ella. Le parecia se armase desde aquel punto y comenzase la gente de armas á arrimarse á aquellas fronteras. Le habló Pedro de Alcazoba, y aunque le entendió era para descubrir su intento, tambien le pareció encaminaba su negocio, porque le dixo hizo mirar ántes de su partida para ordenar su testamento el rey D. Sebastian el derecho del sucesor; y porque era importante y le habia declarado y sabía, dixo era de Castilla,

se holgára pareciera lo escrito, pues no sería en favor del Cardenal por lo que le aborrecia. Llevó el testamento, y no sabía del registro ordenado por el licenciado Paulo Alfonso y el doctor Barbosa, de su Consejo.

Era D. Filipe heredero de los bienes de la princesa doña Juana, su hermana, y de los que heredó su hijo de su abuela y tia la infanta María, en que no podia suceder clérigo conforme á la ley mental de Portugal. Mas se anteponian las muchas deudas del sobrino, y con la causa de su averiguacion y liquidacion se veria lo que dexó declarado cerca de la sucesion, y la intencion del Cardenal en haber puesto en prision á Pedro de Alcazoba Carneiro, porque habló con D. Cristóbal y habia escrito avisos al Rey de Castilla; y agradóle la ocasion para descomponelle y castigalle, porque le desamaba satisfaciendo su vengativo espíritu. Y así no fue restituido en sus oficios y opinion, hasta que despues de su muerte entró á reinar don Filipe que le dió lo que su tio le habia quitado. Le aconsejaban dilatase las Córtes cuanto permitiesen los negocios y las impediese su Majestad Católica, aunque era difícil, por ser necesario el tratar lo que habia de ser de todos; y no podia perjudicarle porque no tenía estado para precipitarse nombrando sucesor. Y el declarar el derecho de Castilla habia de ser despues que el Grande hubiese hablado á D. Enrique y sabido su intento por su respuesta, y de las demostraciones se podria entender con qué ánimo queria las Córtes y lo que pensaba tratar en ellas, advirtiendo cuanto al servicio de su Majestad convenia.

Mandó el Rey Católico á los ministros que tenía en Roma, París y Lóndres, atendiesen con vigilancia á los portugueses que llegaban á aquellas Córtes, y con quién trataban, para saber lo que negociaban y qué pretendian; y que entendidos sus disinios, se les opusiesen con gran secreto para deshacer su negociacion. Porque recelaba que la Reina de Inglaterra y la de Francia harian todo lo que pudiesen en favor de los portugueses y contra él, porque no sucediese al Cardonal, su tio, en aquella corona por razon y justicia y por las armas; y para esto mezclarian las suyas con las de Portugal, como habian hecho en Flandres tan sin atender á la paz jurada y guardada por tantos años por sus predecesores y en su beneficio, pues jamas la perturbó, habiéndole irritado muchas veces con mala intencion cuando él los ayudaba á castigar y sujetar sus rebeldes, para subyugallos y amparar la religion católica. Y tanto más prometerian su ayuda y la darian en efeto por dividir sus fuerzas, para que prevaleciesen las que el Duque de Alanzon procurabu meter en Flandres en favor de los rebeldes de aquellos Países, ó por mejor advertir, para señoreallos con voz de tomarlos en proteccion contra todo derecho, razon y cortesía, no habiéndole dado causa ni á su madre y hermano para señalarse en diminucion de su autoridad y Estados patrimoniales, pretendiendo privarle de su señorío y hacienda heredada como su legítimo señor por tan justos títulos como era

notorio. Y porque, como en Francia se aumentaron los herejes y sus familias por no haber frailes ni monjas dellas y todos se casaban, abundaba de gente ociosa, supérflua, infrutuosa, codiciosa, que podria causar inquietudes, y más siendo tan inclinada á la guerra para ganar con que vivir, les estaba bien hacer saca della para Portugal, juntando sus franceses con los portugueses en oposicion de su Majestad Católica.

Francisco de Vargas Mexía le avisó pedian los portugueses doce mil infantes, y que se armasen navíos en los puertos de Normandía para conducirlos á Lisboa. Trataban los Reyes de enviar por embaxador al rey don Enrique á Monsieur de Beabois, gentilhombre de la Cámara ordinario, y parecia fuese por el mar por la facilidad del viaje, y porque el Rey Católico, pasando por sus Estados de Castilla, no entendiese lo que iba á negociar en aquel reino. Conferíase en la Córte sobre el suspender el declarar el Rey su pretension á la Corona, y decian, en tanto que no se declaraba se hacian buenas diligencias, se descuidaban los recatados y los pretendientes, y ántes de las Córtes no se podia hacer daño al derecho del Rey; no tendria fuerza conveniente el oficio quo se habia de hacer para disuadir al Cardenal el casarse, juntándole la declaracion de lo que pretendia, pareciendo era aquello por esto, y daria más priesa á concluir su casamiento. Importaba hallarse prevenidos, para si recebia mal la proposicion y tratase de oponérsele; mas en el invierno ya inminente se podrian hacer mal las provisiones, la gente de armas ordinaria se desharia meneándola en tal tiempo; las galeras, principal fuerza, no navegaban. No habiendo prevencion, se respondiese con diferente consideracion. Contra el diferir la proposicion se decia podria morir en tanto el Cardenal y con declaracion de sucesor en perjuicio de D. Filipe, introduciéndose por ella alguno en el reino, caso en que aprovecharian las prevenciones de armas; y declarado el Rey se descubririan muchos señores de su devocion y séguito. Y pues estaba en España D. Antonio, le dixese claramente D. Cristóbal (haciendo confianza dél) le ayudaria su Majestad si tenía justicia; y teniéndola tan clara el Rey, la asistiese, pues le podria acomodar en los prioratos de Castilla y Leon y gobierno de Portugal, y reducido se difiriese la declaracion del derecho, pues con la parte que tenía y la que se ganase se excusaria el daño del declararse luégo, y en tanto se harian las armadas para la execucion en todas partes; y aunque de la edad del Cardenal se podria esperar poco fruto en el matrimonio, se temiese parto supuesto ó adulterino, y era forzoso contradecir la dispensacion. Y cuando se viniera á la resolucion, se dixese claro al rey D. Enrique, quien de derecho lo habia de ser ántes que él, pues no estaba muy en su favor el ser sacerdote; y si se habia de reñir despues sobre cuyos eran los hijos, era más decente luégo, sobre que no pueden heredar aunque sean suyos; y por lo ménos serviria esta contienda (si bien áspera y terrible) de dilatar por algun tiempo la dispensacion, que

era lo más necesario, pareciendo imposible el durar un año el Cardenal, pues muchos de sus médicos decian y todos que se hacía ético. Se dudaba si el Grande, pues vendria ántes de las Córtes, trataria del derecho ó ya propuestas, porque entendido las podrian alargar, y era mejor que se supiese quién habia de ayudar á comradecir porque se confirmasen aquéllos ó se ganasen éstos con su poder.

Don Cristóbal dió carta del Rey á D. Antonio, y leyó la suya y le dixo, habló hasta aquel punto como ministro de su Majestad, y como amigo ahora y servidor le pedia se conformase con su voluntad. Turbado respondió agradecia la merced, y era negocio de mucha consideracion y tenía justicia al parecer de letrados y podia D. Filipe ayudalle; reconocia su obligacion, y prometia, siendo el derecho suyo, de no besar la mano á otro Rey; mas era obligado á sí mismo, y la materia tan delicada que áun no se la fiaba en vida del Cardenal, y sin su licencia no osaria tratar de su derecho ni resolverse en alguna otra cosa; le asegurase de su buen ánimo y llaneza con que trataba; queria primero ver dónde llegaba su lanza aconsejado y asistido, juzgando sería en todo tiempo admitido de D. Filipe, y que no atenderia á esta causa con véras, ocupado y divertido con las rebeliones de Flandres. A la respuesta del Rey dió sobrescrito, no como solia, y no le castigó por su mano D. Cristóbal por no alborotar las cosas y hacerlas públicas, y porque á tanta grandeza nada podia todar. Don Antonio se valia poco de su entendimiento, porque los nobles burlaban de su pretension; el pueblo, de quien fiaba, no habia gana de tomar las armas por su beneficio.

El Embaxador de España con gran instancia solicitaba al Pontífice para que negase la dispensacion al Rey de Portugal Cardenal, y se persuadiese era su verdadero sucesor despues de sus dias el rey D. Filipe su sobrino. El Pontífice le dixo no queria dar sentencia ántes de saber la razon deste derecho, ni de pedir el Rey la dispensacion, aunque la pidió su reino; y Moron no aprobaba el darla por el escrúpulo y daño que hicieron al Pontificado opiniones tales. Gregorio con gran secreto cometió á los cuatro Cardenales de la Congregacion sobre las jurisdiciones el estudiar si podia dar la dispensacion al Rey Cardenal y á D. Antonio, y mandó se recelasen del Comendador mayor. Habia diferentes opiniones, mas no en que la pudiese dar el Pontífice. El Embaxador de Portugal le solicitaba tanto, que los Cardenales de la Comision se persuadian tenía algun hijo el Cardenal y queria legitimalle casándose con su madre; porque no podian creer que en setenta y cinco años de edad, con tan poca salud, tuviese esperanza de tener sucesion; ni era creible, pues inclinaba á casar con la serenísima Isabel, reina que fue de Francia; y un sobrino del Embaxador iba á Alemania, y se sospechaba que á tratar del matrimonio; y aunque era de poca autoridad, por el secreto sería para saber primero las voluntades ántes que

se enviase Embaxador; y con esto los ministros de los dos Príncipes andaban recelosos unos de otros.

CAPÍTULO XIII.

Comienza el Príncipe de Parma su gobierno en Flandres.

Es gran fortuna ser un hombre notable más en un tiempo que en otro. El valeroso en el de Príncipe gallardo y prudente como Alexandro Farnese en el de su tio D. Filipe, será estimado cual debe la virtud y empleado en negocios, cargos y empresas grandes, donde pueda ganar fama inmortal, haciendo las ocasiones de su empleo conocer su natural esfuerzo y prudencia, quedando obligado al que le dió materia en que señalarse. Si alcanza el reinado del que tiene ménos cuenta con los sabios y de gran espíritu y premia los agradables, si ha de servir, disponga en ánimo para sufrir con poca autoridad; y si recibiere honor y merced, no lo atribuya al reconocimiento sino al caso, si ya no le há menester el señor, que suple al amor la necesidad. El que ha de llegar á gran fortuna, se ocupe desde mozo en negocios grandes, para que ella le tope y engrandezca; que no hace al ocioso, porque no le conoce. Recibió el Príncipe de Parma la facultad del Rey para gobernar los Estados y los exércitos; y con alegre ánimo benévolo fue de los ministros y soldados saludado y obedecido. Algunos decian, nunca dieron los Reyes bien aconsejados á sus hermanos ni á los de su sangre el grado de su lugarteniente general, sino á grandes capitanes, como hacía Augusto César, pues áun no los metian en sus Consejos ó por desconfianza ó por tenerlos en tal libertad que no pueda ser diminuida por la grandeza de los príncipes la autoridad, y evitar celos y ambicion inevitable en los de una misma sangre. Mas como era de la casa de Austria el Príncipe de Parma, y le habia de ayudar su madre Margarita, cumplia con lo acordado con los Países, y era á propósito para regirlos; y porque conocia los humores y calidad de los flamencos y ministros del Rey, como habia estado con su madre tantos años en aquella administracion. Por esto no juntaba los del Consejo de Estado sino para negociar por cumplimiento, y los negocios consultaba con Richardote, con que se malquistó y erró quitando la mano y autoridad á los ministros, y más en la distribucion de la justicia, gobierno y policía de los Estados, y correspondencias con los vecinos y aliados á ellos, dexando la deliberacion para el Príncipe como juzgáre convenir, sin atarse á lo que le dixesen los consejeros, teniéndolos la rienda para que le reconozcan.

Richardote, presidente, era de sustancia y buen entendimiento para diversas materias y prático en todas, con trazas, medios, artificio, saber fingir, disimular y encaminar cualquiera negocio interesable, ministro de servicio y útil pudiéndole enfrenar, porque sabía con quién podia alargarse ó no. Privó con el de Parma tanto por ser bueno y capaz para los negocios de Estado y Guerra, que le hizo insolente y mal visto. Era ayudado de Manincurt y del Abad de San Vaz, de ánimo manso, gran político, bien admitido y estimado, con profesion de humilde ambicioso, inclinado á la paz, poco amigo de extranjeros, y se esforzaba en parecer agradecido al Rey, no muy afecto á Mos de Asambile, tambien del Consejo de Estado, agudo ministro, de gran noticia de todas materias de las cosas de Inglaterra y Alemania, adquirida con embaxadas de negocios de gran peso, fiel al Rey, poco devoto de españoles y de sus deudos mucho. El Duque de Ariscoth habia sido calvinista, y por serlo su mujer estaba con los rebeldes; y tenía entendimiento agudo y veloz, inclinado á novedades, tan ambicioso de mandar que para tener grandes cargos hiciera cualquiera traicion, granjeador de las voluntades de los paisanos, exagerando para esto él los daños que recebian, mostrando dolerse gravemente dellos; sabía fingir, pero no tanto que bastase á disimular sus ruines intenciones.

Los Países estaban entre sí en gran discordia por la diversidad de religion y de intereses de las provincias y de los particulares que procuraban emplear sus fuerzas para sacar fruto de tanto gasto. Los franceses, deseosos de su entrada en Flandres, perdido el miedo con la muerte de D. Juan, se arrimaron á Bins, pequeña villa, mal reparada, defendida de D. Diego de Gauna, su gobernador, con cinco compañías de diversas naciones, y se acuartelaron y atrinchearon en su cerco. Mosiur de Sombuers, lugarteniente del Duque de Alanzon, les requirió por un trompeta se rindiesen con buenas condiciones, mas respondieron defendian villa de su legítimo señor, y no podian no morir como buenos en custodia della. Sombuers la batió dos dias con deciocho cañones y con dos culebrinas las defensas, y abrieron portillo para arremeter. Los naturales, antiguos enemigos de franceses y la guarnicion valiente, conjurados de morir en su defensa, recibieron en la batería denodadamente los asaltadores, y con buen coraje los rebatieron y metieron con fuerza en sus aloxamientos. Batieron por otra parte con esperanza de mejor fortuna dos dias, y con más comodidad acometieron furiosamente por la segunda batería, y con porfiada batalla detenidos de los defensores con vitoria los dexaron, habiendo perdido en éste y el asalto pasado muchos soldados y capitanes. Leváronse con estratagema, y en los de dentro siguiendo el descuido á su vitoria y revolviendo impensadamente los franceses, reparados de más gente y máquinas, comenzaron á batir con mayor furia. Viendo los cercados falta de vitualla y de socorro, salieron algunos capitanes á parlamentar sobre el rendirse, y

los franceses en tanto entraron por las baterías mal seguras en Bins, y la saquearon y mataron los que se defendieron, y los demas enviaron desbalijados. Robaron la iglesia rica, las caxas de plata en que estaban tres cuerpos santos de mártires, y hasta las campanas. Corrieron la campaña de Filipevilla, y salieron en su contra dos compañías de españoles de arcabuceros á caballo y lanzas, y chocaron con otras dos y las vencieron, matando y prendiendo sus estandartes.

Como rabioso cuerpo se deshacian los Estados entre sí, y los de Gante, igualando su tiranía á su herejía, despues que destruyeron las iglesias del Condado de Flandres, acometieron á destruir las del Artuoés y Henaut. Habiéndoseles opuesto los naturales y muértoles mucha gente, revolvieron cruelmente sobre Ipre, y entrándola por traicion de algunos della, saquearon y derribaron los templos y monasterios. Los nobles católicos y eclesiásticos les pidieron por sus Embaxadores su reduccion, mas aprisionáronlos tiranamente y los mataron, porque con gran constancia confesaron eran católicos, diciendo cumplian la voluntad del Príncipe de Orange, su señor. Cargaron veinte mil sobre Menî, Gorgia y Lanue en el Artuoés, y en ellas hicieron abominables daños en las cosas sagradas, encruelecidos especialmente contra los monasterios del glorioso San Francisco y de Cartuxos, aborrecidos y perseguidos de los herejes ingleses, franceses y flamencos. Viéndolos fortificados junto á Menî, y que amenazaban con su destruicion á los que no se rindiesen, el Conde de Egmont, Mos de Montigny y el de Capres juntaron sus regimientos en amparo de la religion católica, y con alguna caballería del Artuoés formaron exército, que llevaba en las banderas la imágen de Jesus crucificado y la de su Madre Santísima y por bandas su rosario, y por esto fueron llamados los del *Pater noster*. Cargaron los sectarios junto á Menî con tan recia y bien atacada escaramuza, que pasára á batalla si la noche no impidiera su curso y el acabarlos, pues con muerte de cuatro mil huyeron secretamente, y siguiéndolos recuperando lo que tenian ocupado, los echaron á su Condado de Flandres. Éstos, para su defensa, llamaron al duque Casimiro.

Estaban afligidas sumamente las provincias y en confusion de sectas se confundian, siguiendo el error inexcusable de indoctos y viciosos de no dexar las armas sediciosas por defender con malicia la impiedad y tiranía, con inorancia de seguir todos un camino espiritual, dividida la familia y las almas, dudando lo uno y lo otro, haciendo imposible el tener verdadera paz semejantes mónstruos en la diversidad del sentir de Dios, pues no puede ser bien sino en religion uniforme, y cuando alcanzan la quietud; es su fundamento no el amor, el ocio es solamente. Mónstruos se han de llamar los que, siendo inclinados á la mansedumbre naturalmente, la herejía los hizo fieras, enemigos del género humano, engañosos, inquietos, despreciadores del mismo Dios. Consumíalos la peste, alcanzando

su azote á los católicos, de manera que Lobaina quedó casi miserablemente despoblada. Viendo la turbacion de las provincias de los franceses hartos de robos la mayor parte volvió á su tierra, y los demas fueron á Gante.

El Rey Católico en España se aconsejaba para la sucesion del reino de Portugal, y algunos culpaban el haber dexado coronarse en él á su tio el Cardenal, sin perturbarle la posesion pacífica que habia tomado, más por tratar en tanto que vivia los portugueses de su remedio para no venir en poder de príncipe que no hubiese nacido en el reino, que gusto que tenian de que los gobernase, porque conocian su poco valor, y mucho deseo de vengarse, cortedad en el premiar, indiscrecion en el honrar, imposibilidad en el despachar por su vejez y enfermedades (1). Pues si le sobrevivia el Cardenal, perderian sus hijos del Rey el derecho de sucesion inmediata, que por su padre reinando en Portugal tendrian.

Eligió para embaxador á D. Pedro Giron, duque de Osuna y conde de Urueña, marqués de Peñafiel, Grande por grado, linaje y riqueza de Estado en Castilla, autoridad personal y virtud y por entendimiento; pues yo, que mucho tiempo le asistí en el despacho en España y Nápoles vireinando, puedo con razon y admiracion decir que ninguno en Europa pudo ser elegido más conveniente para tan gran expedicion, porque puramente legó, escribió, habló, negoció, discurrió, resolvió con elegancia y prudencia. Su orígen fue de Portugal, y en él casó su hermana doña Madalena Giron con el Duque de Aveiro, causa para ser más acepto en él y en Castilla antepuesto á las agudezas de D. Juan de Silva, preso en Africa, pues contra su deseo de tener Rey compadre sólo pudiera la divina gracia, ó el rendirlos por su desgracia la fuerza y grande entónces.

El capitan Francisco de Zúñiga, ayudado de fray Roque del Espíritu Santo, de la órden de la Merced, y de Andrea Gasparo Corzo, que proseguia despues de la muerte del rey Muley Moluc en la asistencia de la Córte y privanza del Rey sucesor, alcanzó hiciese presente á D. Filipe del cuerpo de su sobrino el rey D. Sebastian, y de la persona de D. Juan de Silva, embaxador del Rey Católico, ordinario en Portugal. Envió con ellos á Andrea Gasparo y al capitan Francisco de Zúñiga y á fray Roque del Espíritu Santo, á Luis César, D. Duarte de Castelblanco, D. Miguel de Noroña y otros portugueses. A cuatro de Diciembre de mil y quinientos y setenta y ocho hizo Andrea Gasparo la entrega en Ceuta al obispo D. Manuel de Ciabra y á D. Dionisio Pereira, capitan general della, y á D. Rodrigo de Meneses, certificando que el rey Muley Mahamet servia al Rey Católico sin interés alguno, y con la misma liberalidad y voluntad diera al rey D. Sebastian, si estuviera vivo, como lo habia afirmado con juramento que en su ley hizo.

(1) Con leves variantes es repeticion este párrafo de parte del segundo de la página 501.

La Reina de Inglaterra estaba cuidadosa de la pretension del Rey Católico á la corona de Portugal y de saber por la via de Francia tenía justicia indubitable, y temia que con tal aumento quisiese tomar satisfacion de las ofensas que le hacía, favoreciendo sus rebeldes de Flandres y los cosarios que robaban en sus costas y mares. Y así le avisó D. Bernardino de Mendoza, su embaxador en Inglaterra, el de la Reina representaba al Rey de Francia cuán en su daño sería la union de aquella corona á la de Castilla, y trataba de enviar un gentilhombre á Portugal, con ocasion de visitar al Rey, á disuadille el admitir por su sucesor á D. Filipe, pues le asistiria para esto con todas sus fuerzas y á los que tratasen de impedirlo. Detúvose la partida del gentilhombre, porque el Embaxador de Portugal dixo á la Reina y al Conde de Lecester y á Walsinghen no partiese hasta la venida del sucesor, que aguardaba cada dia, para que le guiase y metiese al rey Cardenal porque fuese de más efeto su embaxada, ayudando el Grialdez desde Francia, para donde estaba nombrado, y el que habia de venir á Lóndres no era afecto á las cosas del Rey Católico. Porque cuando Estuclei vino con los navíos de Italia instó grandemente con D. Francisco de Portugal, veedor de la facenda, cuñado suyo, y con Miguel de Moura sus íntimos, procurasen escribiese D. Sebastian á la reina doña Isabel, asegurándola que no sólo no le ayudaria, pero le impediria. Preguntó la Reina quién sería Rey de Portugal despues de la muerte del Cardenal, y respondió no era muy coronista, mas creia tenía su Rey buen derecho. Enviaba á Forbujar á Berbería con ocasion de rescatar diez ó doce navíos ingleses que tomaron cosarios, para que tratase con el nuevo Rey de Fez conservase la amistad y comercio en la manera que lo hizo su hermano, que de su isla sería provcido de pólvora, armas y otras municiones y de puertos seguros, como los habian ya ofrecido sus ingleses, que hacian una nueva compañía para tratar en Berbería.

Los portugueses, para encaminar su intento, dixeron al Rey, que por estar viejo y enfermo declarase el sucesor legítimo. Despues de muchos consejos, pareceres y controversias convinieron en dexarlo para otro tiempo, pues en tanto podia morir el rey D. Filipe, cuyo derecho les parecia fuerte, aunque al Cardenal y á ellos el de la Duquesa de Barganza doña Catalina. Podria casar Enrique y tener hijos herederos, y para esto pidiese el reino dispensacion al Sumo Pontífice, pues no la negaria para tanto bien, por ser presbítero Cardenal. Por estas y otras razones, cuidadoso, solicitado y molestado, determinó para declarar sucesor citar los pretendientes, nombrar cinco gobernadores en el interregno, y cinco jueces que sentenciasen la causa; mas espirando la Real juridicion con la vida quedaban inhábiles, y tal nombramiento era reinar á un muerto. Era error grande el citar, porque se quitaba la libertad de dar el reino á quien le reconociese de su mano, evitando la turbacion que podrian con guerras civiles causar

los mal contentos. No fue menester junta de Córtes para declararle, y no lo sería para declarar á otro príncipe sucesor. Sería mala declaracion por gobernadores, cuerpo sin cabeza (despues de su muerte), por la diversidad de opiniones, intereses, inclinaciones, parcialidades, desobediencia del pueblo, poca estimacion de los grandes. Avisó al Rey desta resolucion don Cristóbal de Mora, y su Majestad á D. Juan de Zúñiga, su embaxador en Roma, para que lo contradixese, por ser inhábil naturalmente el Cardenal Rey para la generacion, viejo, débil, enfermo, y temerse parto sobrepuesto ó adulterino, ú otro engaño semejante.

El Comendador mayor de Castilla instaba con su Santidad para que no concediese dispensacion tan perjudicial á su autoridad y á la cristiandad, por ser de mal exemplo y consecuencia, habiendo los sacerdotes alemanes hecho tanta instancia con Pio IV para que dispensase con ellos en poder matrimoniar, y no quiso por justas causas y razones que le representó el Rey Católico. Respondió no tenía resolucion en aquel caso, por ser la súplica del Embaxador de Portugal por su reino, no por su Rey, aunque le habia escrito su entrada á reinar. Tenía exemplo en D. Ramiro, rey de Aragon, fraile y sacerdote (bien que por fuerza) y casado, y que muerta la Reina con sucesores volvió al monasterio, y el pontífice Inocencio VIII dispensó con un francés sacerdote particular. El Zúñiga replicó, hicieron cosas los Pontífices predecesores, fiados en la bondad de los tiempos, que no hicieran en el presente, por el escándalo y júbilo de los herejes, y más viendo un Cardenal Arzobispo sacerdote casado, y á D. Antonio, su sobrino, diácono y profeso en la religion de San Juan. Se perdió Inglaterra por la dispensacion de la Infanta de Castilla para casar con el hermano de su marido Reyes de Inglaterra, siendo más justa y más honesta. Gregorio en contra replicó, aclarase el Rey Católico su derecho, pues si no le tenía, no le importaba se dispensase.

El Embaxador le dixo: cuando no le tuviera, como defensor de la sacra Silla y tan devoto hijo de su Santidad, hiciera este oficio, porque la novedad no escandalizase; mas la sucesion de Portugal le pertenecia justa y derechamente, por estar en grado más propinco, respeto del rey D. Enrique, su tio, y ser varon legítimo y mayor de dias que todos los que concurrian en un mismo grado, en el cual no se podia admitir al Duque de Saboya, por ser menor que su Majestad, y su madre que la Emperatriz madre de D. Filipe, ni D. Antonio, porque si bien fuera legítimo era tambien menor, ni la Duquesa de Barganza por ser hebrea, ni Rainucio Farnés, hijo del Príncipe de Parma, porque estaba un grado más remoto.

Mandó el Pontífice á Gregorio Brabo, oidor de Rota, estudiase este derecho, y él le estudió, y le pidió para ello las obras de Acosta de la sucesion de Portugal. Iba Frumento por nuncio á este reino y Antonio Sauli, inteligente y de entendimiento, y bien afecto al Rey Católico, que lo habia

sido en Nápoles, á negocios particulares, y con tal secreto que la instrucion escribió el Cardenal de Coma de su mano. Decian era despachado para condolerse de la muerte de D. Sebastian, y dar el parabien al Rey Cardenal de su entrada á reinar; mas lo oculto era á representarle los escrúpulos, en que le ponia el pedirle dispensacion para casarse, y se decia fuera mejor se la negára, mas segun el ánimo del Pontífice se aprobó esto. Ordenó al Sauli no entrase en la Córte de D. Filipe, y le importaba verle por la esperanza que tenía de quedar en ella por Nuncio.

CAPÍTULO XIV.

Embaxada del Rey Católico al de Portugal sobre su casamiento.

(Año 1579.)

Para disuadir el Rey Católico al cardenal D. Enrique, rey de Portugal, el casarse, como trataba, envió á fray Hernando del Castillo, dominicano grave y docto. Habida audiencia le dixo y dió en escrito así:

«Habiendo recebido el rey D. Filipe el aviso de su Majestad de la in»tencion que tenía de casarse por cumplir con las obligaciones del Estado »Real y con las peticiones y deseo de los fidalgos y leales vasallos de su »reino, pidiendo sobre este artículo su Real parecer y consejo, y habiéndolo »su Majestad Católica pensado y considerado mucho, como la calidad del »negocio y el amor, deudo y obligacion que á vuestra Majestad tiene lo »requieren, le parece que en ninguna manera debe intentar cosa semejante, »ni ponerla en prática, por muchas y muy graves consideraciones que hay »para ello.

»La novedad del caso: que pues nunca en el discurso del Nuevo Tes»tamento se ha visto ni oido que ningun Obispo, despues de serlo, se case, »no es justo que vuestra Majestad comience en tal materia la novedad que »tanto ha de dar que decir á todo el mundo, y más siendo vuestra Majes»tad Rey católico y valeroso y decendiente de reyes, que en las ceremo»nias, costumbres y tradiciones de la Iglesia Católica y en la observancia »dellas se han señalado siempre con admirables exemplos; y siendo vuestra »Majestad particularmente el que en el estado en que Dios le puso de mi»nistro de su Iglesia, ha procedido con tanta satisfacion y aprobacion de »todos tantos años, que escandalizaria mucho si al cabo dellos le viésemos »casado, y en otro estado, hábito, traje y figura de la que siempre han »visto á vuestra Majestad en el altar.

»Que cosa tan nueva y nunca oida ni vista no puede en ninguna ma»nera dexar de ponerse en duda y en opiniones, si el Pontífice puede ó no »puede hacerla, pues que es mayor el estado de perfecion que vuestra Ma»jestad tiene por ser Obispo, que no el de los frailes, de quien la más sana »y segura parte de los teólogos con Santo Tomas dicen que no puede dis»pensar el Pontífice, aunque sea por la conversion universal de un reino. »Y siendo así que se puede poner en duda, es de creer que se pondrá y »andará el nombre de vuestra Majestad en lenguas por todas las universi»dades del mundo, no con poca ofensa de la reputacion de su Real persona. »Y desta duda se conseguirá necesariamente otra sobre si los hijos serán ó »no serán legítimos: que es dexar al reino con nuevas disensiones, guerras »y enemistades. Y como vuestra Majestad sabe, ménos razon ni ocasion »habia para dudar de la dispensacion que el Pontífice dió en Inglaterra en »tiempo del rey Enrique, y por antojársele al Rey y á muy poquitos que »no la habia podido dar, se puso en el mundo el fuego que hasta ahora »dura, con tanta pérdida de la cristiandad.

»Que ya que en otros tiempos pudiera tolerarse esta novedad, no pueda »ser en estos sin gravísima irrision de la fe. Los herejes tomáran de aquí »ocasion para reir y burlar del rigor que la santa Iglesia Romana pone en la »continencia de los clérigos, obispos y frailes. Que si un tan gran Príncipe »como vuestra Majestad es clérigo y Obispo, Cardenal, Inquisidor general »de tantos años, y á cabo de haber hecho mil actos pontificales y castigado »herejes y viciosos, le viesen ahora casar públicamente, no podria ser sino »moverlos á risa y escarnio de las leyes y establecimientos que los católicos »defendemos por inviolables. Especialmente, que saben todos ellos que el »emperador, mi señor, Cárlos V, de gloriosa memoria, pidió en su nombre »y junto con los Estados y príncipes de Alemania al pontífice Paulo III dis»pensacion, para que algunos obispos, clérigos y frailes que de hecho es»taban casados, permaneciesen en el matrimonio, ofreciendo por esto la »conversion de aquellos Estados ó facilitándola, y el Pontífice no se atrevió »á dispensar con fraile ni Obispo, sino con clérigos simples seculares, y con »tanto recato y con tantas salvas como vuestra Majestad puede ver en la Bula.

»Que las ofensas de Dios que se podian seguir en las guerras, desase»siegos y diferencias sobre la sucesion (á las cuales parece á vuestra Ma»jestad que se provee en casarse) no se evitan, ni se excusan, ni hay espe»ranza que se evitarán ni excusarán por esta vía, ántes se renuevan y acre»cientan; así porque aunque á Dios no se le puedan poner leyes, pero en »las de naturaleza lo más cierto y llano es que vuestra Majestad no tendrá »hijos en edad cansada y gastada con enfermedades, con flaqueza de com»plexion y con otros trabajos repugnantes á esto; como tambien porque »ya que Dios quiera dar á vuestra Majestad hijos, tan natural cosa es ser »hembras como varones y mucho más, y siendo hembras quedaban otros

»mayores trabajos y dificultades por otras vías; y tambien porque ahora »sea varon, ahora hembra, no se excusan las dudas y dificultades que los »interesados querrán poner, ó si es ó no es cierto y legítimo lo que na»ciere. Que pues no perdonaron lenguas al emperador Frederico, ni á otros »Reyes de que vuestra Majestad tiene noticia, siendo de ménos edad y con »ménos aparencias, no perdonarán á vuestra Majestad todo aquello que »bastáre para fundar derecho de guerra, y en lugar de evitar discordias será »sembrarlas para que nazcan. Y tambien porque no habiendo vuestra Ma»jestad de esperar milagros (que sería tentar á Dios) lo que naciere ha de »quedar por criar y en poder de tutores muchos años, y todos estos es dexar »vuestra Majestad á Portugal sin Rey en era tan peligrosa y llena de tan»tos enemigos moros y herejes, porque en tiempo de tutorías todo está sin »dueño. Y aunque los portugueses son tan leales vasallos á su Rey y señor, »vuestra Majestad ha de considerar lo que suele ser entre hombres, y esto »es que ni todos los súbditos son concordes y unánimes en obedecer á los »Gobernadores, ni los Gobernadores son ángeles para no tener discordias »entre sí; y cualquiera cosa destas es destruicion del reino y abrir puerta á »que los enemigos le molesten y trabajen. Y siendo hembra lo que naciere, »se doblan los daños en la forma que á vuestra Majestad he referido. Y »pues esto suele ser y puede ser y ha sido en los otros reinos, más obliga»cion tiene vuestra Majestad á prevenirlo que á casarse, que en efeto es »buscar nuevos inconvenientes.

»Que la tentacion y ocasion en que vuestra Majestad pondria á muchos »obispos y cardenales para hacer otro tanto, es grandísima y eficacísima »con este exemplo. Porque en la casa de Austria hay dos cardenales, y en »Francia y en Florencia, y en otras casas de Príncipes hay otros, que vien»do á vuestra Majestad que en tal edad, y sobre tantos años de sacerdote y »obispo, con tanta incertidumbre de tener hijos se resuelve en casarse, lo »mismo querrán intentar ellos, y por los mismos fines y consideraciones, y »con mayor razon y con mayores aparencias, y en mejor sazon y edad, y »serán movidos, instigados y aconsejados á ello, teniendo por escudo á »vuestra Majestad, y el Pontífice no les podria negar la dispensacion, ha»biéndola ya dado una vez cuando no es tanto menester: lo cual ya vues»tra Majestad puede considerar en cuánto detrimento sería de su Real »conciencia.

»Que no todo lo que en rigor y derecho se puede hacer es bien que se »haga, ni cumple que se haga; ántes sería pecado gravísimo hacerse, como »vuestra Majestad sabe por muchos exemplos. El Pontífice y el Concilio po»drian dispensar en que los clérigos se casen, y en la comunion *sub utraque* »*specie*, y en algunos grados del matrimonio, y el abstinencia de la carne en »muchos dias y tiempos del año, y en otras infinitas cosas que jamas las hará, »ni las querrá hacer, ni es bien que las haga, y se consentirán primero abrasar

»los reinos que hacerlo ni consentirlo, por sólo los inconvenientes que dello »se seguirian, y por el exemplo, por las ocasiones, por las consecuencias; y »así, vuestra Majestad sabe la instancia que en el Concilio se hizo sobre »muchas cosas destas; que la Iglesia puede, si quiere, mandar y mudar al »revés, y nunca consintió el Espíritu Santo que se hiciesen, aunque se atra»viese la conversion de todo el mundo. Por lo cual, aunque en este nego»cio de vuestra Majestad el Pontífice pudiese sin contradicion ni duda de »nadie dispensar, no conviene que lo haga, ni que vuestra Majestad lo in»tente, por tener tantos inconvenientes de escándalo, de exemplo, de con»secuencia y de novedad, que para en los tiempos que alcanzamos es bas»tante causa para huir muchas leguas.

»Y porque así en estas como en las otras razones que he dicho y daré »por escrito, como vuestra Majestad lo manda, no pretende el Rey mi »señor sino lo que á su parecer conviene al bien, honor, reputacion, vida y »alma de vuestra Majestad, sin haber en ello otra cosa más, y desear res»ponder á lo que vuestra Majestad le pregunta, y los papeles no hablan »más que una vez y no responden, suplico á vuestra Majestad que cuando »en todo ó en parte se dudáre de lo que aquí escribo, sea servido man»darme llamar para que en todo yo pueda decir y declarar la santa inten»cion del Rey mi señor en este particular.»

Sintió tanto esta advertencia D. Enrique, que si bien disimuló y con palabras suaves trataba de las cosas del Rey su sobrino, pasó el desabrimiento á ódio secreto hasta su muerte. Don Duarte de Castelblanco, poco aficionado á Castilla, dixo al Cardenal, en llegando de Africa, se casase, y á los Padres de la Compañía (de quien era grande amigo) que se le diese mujer aunque fuese preñada. Y así habia de ser para tener hijos, porque de otra manera iba desconfiando la gente de su vejez, enfermedad, flaqueza; mas el novio no desconfiaba de poder casar. Respondió á fray Hernando del Castillo el Rey, que si no casaba le apretaban porque declarase heredero, y qué le parecia desto á D. Filipe; y difirió la respuesta hasta consultalla con prudencia disimulando, pues se le olvidaria lo que preguntó, y no convenia juntar la declaracion del heredero con disuadirle el casarse.

La ciudad de Lisboa, sabido lo que la embaxada de fray Hernando contenia, dixo al Rey debia tener entendido con qué cuidado y vigilancia estaba todo su pueblo, pidiendo á Dios Nuestro Señor conservase largos años la vida de su Alteza, pues della pendia todo su remedio; porque siendo muchos podria siempre mudar las cosas que al presente les daban grandes cuidados. Estaba tan viva la llaga de los trabajos que tenía padecidos aquel reino, que por ser tan lastimosos no se repetian, bastaba ser tales que su memoria no les faltaria en cuanto el mundo durase. Y dado caso que los podian atribuir á sus pecados, tambien al descuido de los que la República gobernaron, acumulando uno á otro, mas con voz viva y acatamiento de-

bido clamaban á su Rey santo y desinteresado. ¿Pediríanle que se casase? No les cabia en el entendimiento, pues no eran jueces de su conciencia ni de su disposicion. Les cabia estas dos cosas, darian lugar en que no se compadecia dilacion de un dia para otro para hacerlas, y que si esto no podia ser, que con la misma instancia mandase á todos los que pretendian la sucesion de aquella Corona viniesen á alegar en término conveniente, porque sabiendo era natural el sucesor, descansase el pueblo de las aflicciones que padecia, y no lo siendo, parecia justo saberlo el pueblo con tiempo para tomar consejo de lo que en ello debia hacer. Porque permitiendo sus pecados que llevase Nuestro Señor á su Alteza para sí en el estado en que se hallaban entónces, ¿qué sería dellos? pues estaba claro que los pretensores procurarian hacerse lugar con sus paniaguados, sin que los pueblos supiesen determinar á qué parte se debian allegar. Considerase, pues, la opresion que receberian los vasallos, así de robos como de muertes y deshonras de mujeres y hijas que haria la gente desmandada, y las malas costumbres, y todo se evitaria sabiendo todos quién habia de suceder en el reino. No decian jurase Príncipe, porque podia bien en aquella sazon tener derecho á quien Nuestro Señor Dios llevase primero que á su Alteza; mas siendo lo contrario, se supiese claramente quién le sucedia, pues en aquello consistia la quietud del reino; y si en ello habia algun peligro (lo que sus juicios no alcanzaban) debia permitir y tener por bien que los pueblos lo hiciesen, principalmente el de aquella ciudad, de quien pendia todo Portugal. El Espíritu Santo, guiador de los Reyes, inspirase en el santo celo de su Alteza, para que por tales méritos se aplacase aquella ira que contra ellos corria por sus pecados; y asimismo permitiese que se aplacasen tambien ellos con su emienda, y á su Alteza conservase la salud que todo su pueblo le deseaba. Fray Hernando del Castillo, apretando más la negociacion, á ventiocho de Enero habló al Rey Cardenal en audiencia aplazada segunda vez, y lo que le dixo y dió por escrito, fue desta manera:

«Considerando lo que de parte del Rey mi señor dixe en el otro me»morial, suplico á vuestra Majestad sea servido de advertir que en este ne»gocio no se puede tomar resolucion, si no es teniéndola de que es precisa »y forzosa la necesidad que á vuestra Majestad obliga á ello, porque no es »de creer que puesto en sola voluntad y libertad querrá vuestra Majestad »tomar ahora estado que tantos tiempos há tiene aborrecido, y el que pu»diera haber tomado muchos años atras, cuando no fuera hacer novedad y »se esperára servicio de Dios siendo lego. Pero no se dexa entender que »haya ni pueda haber tal obligacion; porque estando como está en pié el »consejo del Evangelio (dado no sólo á las personas particulares, pero á »Reyes y Príncipes) de no casarse y seguir el estado de perfecion, no puede »haber precepto que contra este consejo obligue, sino es cuando el mundo »todo se acabase en un diluvio, ó de otra suerte (que así parece que lo

»sienten los doctores católicos) en concordia, como puede vuestra Majes»tad ver, si fuere servido. Y cuando para remedio de algun reino fuese »medio necesario casarse, no habla esta obligacion con quien tiene otras »mayores y primeras como vuestra Majestad las tiene por el voto de cas»tidad y estado de perfecion. Lo cual expresamente dixo, hablando de los »frailes, el glorioso Santo Tomás, á quien y á cuyo parecer es más acer»tado allegarse que á ninguno de los que hoy viven.

«Lea vuestra Majestad la copia de los santos Reyes y Emperadores, que »en tiempos más apretados y con mayor necesidad de herederos dexaron »sus reinos y Estados á los transversales, é hicieron voto de castidad y en»traron en religion con grande aprobacion de la Iglesia Romana, y profesa»ron algunos en manos del mismo Romano Sumo Pontífice. Y si alguno »dellos tuviera obligacion á casarse, de creer es que, siendo tales como eran »y tan santos, cumplieran primero con su conciencia. Mas nadie puso este »escrúpulo al rey D. Alfonso el Casto, que nunca llegó á mujer suya ni »ajena; ni á Ceolulfo, rey de Nortumbría (á quien Beda dedicó su histo»ria), que despues de haber gobernado ocho años su reino, no sólo no »quiso casarse, mas ántes renunció el Estado en Egberto, su tio, y se hizo »monje; ni tampoco al mismo Egberto, que despues de algunos años si»guió las pisadas de su sobrino, y renunció el reino en Osoulfo, su pariente; »ni á Carlo Magno, rey de Alemania, santísimo varon que dexó el reino á »su hermano Pipino, y el pontífice Zacarías le ordenó sacerdote, y despues »se entró en el monasterio con alabanza de todo el mundo, siendo gran Rey »y de mucho y muy gran gobierno, y teniendo muchos años de salud y »vida para gobernar, como se parece en lo que despues vivió y los admira»bles exemplos de santidad que dió en el monasterio de Monte Casino; ni »tampoco el pontífice Constantino I puso este escrúpulo á Chencedo, rey »de la Mercia, que siendo mozo y habiendo ya gobernado cinco años santa»mente, dexó el mundo y renunció el reino en un pariente suyo, y de ma»nos del Pontífice y en la flor de su edad y en la plaza del mundo, Roma, »tomó el hábito de San Benito y la profesion, como cuentan Beda, Poli»doro y Surio. Ni ménos se ha puesto este escrúpulo á otros Reyes y Prín»cipes que en mayores ocasiones y en mejor edad, y sin tener hijos, ni nie»tos, ni sobrinos han seguido el consejo del Evangelio sin probar á casarse; »no es razon, ni pareceria bien que vuestra Majestad fuese el primero que »se siente obligado á casamientos, siendo no lego ni seglar como estos Prín»cipes, sino eclesiástico, sacerdote, obispo y cardenal.

»Que si vuestra Majestad, en el estado de obispo que tiene, quisiera ser »monje, no podia, ni el Pontífice dispensára sino con las causas que el de»recho señala, que son muy pocas y muy precisas; y esto es por la gran »baxa de estado de perfecion y magisterio en ella á estado menor y de prin»cipiantes, cual es el de los frailes, aunque sean cartuxos, comparado con el

»de los obispos. ¿Qué será tomar estado contrario al que vuestra Majestad »tiene, y contrario á la perfecion evangélica que tiene prometido á Dios?

»Que para intentar un negocio no basta tener el hombre buen fin ni santa »intencion, si no va reglada con las leyes de prudencia y discrecion cris- »tiana, y una dellas es estar asegurado y cierto, que lo que se hace y desea »es virtud y servicio de Dios, y que los medios no sean inciertos ni dudo- »sos, porque no es lícito por conservacion de un reino, ni de todo el mundo, »ni por la fe hacer un pecado venial, ni ménos hacer cosa que traiga en sí »inconvenientes y ocasiones de pecados mortales; porque pasaria de propó- »sito á pecar mortalmente; y no toma Dios por excusa ni disculpa la buena »intencion, ni decir no lo pensé. Y es así, que vuestra Majestad está cierto »que es Obispo y sacerdote y que tiene hecho voto de castidad y obli- »gacion á guardarla, y no lo puede estar de que tiene obligacion á casarse; »porque si algunos dixeren á vuestra Majestad que sí, serán infinitos los »que sientan que no hay otra obligacion que sola voluntad; y desto no »puede dudarse, ni para persuadir lo contrario basta nadie. Porque si en »los libros de católicos ni de paganos, ni en las escuelas de teología nunca »hombre dixo que quien tiene voto solene de castidad tenga obligacion de »casarse, ni tampoco hay quien escriba que los Reyes tienen tales obliga- »ciones, como es notorio, no puede vuestra Majestad excusarse con Dios »de culpa, llevando por necesidad y obligacion lo que es voluntad, porque »á Dios no podemos engañarle.

»Que ponerse vuestra Majestad en peligro de su salud y vida, que es tan »cierto y tan de temer, por cosa tan incierta y tan voluntaria como tener »hijos, no parece conforme á la cristiandad y exemplo que vuestra Majes- »tad ha dado siempre en el mundo; y el Rey mi señor por entender que »ha de ser notable daño y evidente peligro de la salud de vuestra Majes- »tad casarse, lo siente mucho, teniendo delante de los ojos el deudo, la »amistad y las obligaciones que hay para desear (como desea) á vuestra »Majestad muchos y muy largos años de vida, como la suya propia, sin »haber en ello más que la limpia y llana voluntad y amor que siempre se »ha conocido y entendido á las cosas de vuestra Majestad, con cuya salud y »fuerzas será Dios más servido que con perdellas ó aventurallas por cosa »tan dudosa y tan puesta en aventura, como el suceso del matrimonio. Y »vuestra Majestad no es justo que mire á lo que nunca ha sido, ó ha sido »raras veces, sino á lo que suele acontecer de ordinario, que es morirse los »hombres, que entrados en edad y teniendo flaqueza en la salud y com- »plexion, se casan. Y en vuestra Majestad es más evidente el peligro por »haber entrado en el gobierno del reino con tantos cuidados y trabajos, »que en ménos años y con más salud bastarian á acabarlo todo en pocos »dias.»

Érale molesta á D. Enrique esta prática, y deseando despachar á fray

Hernando, se juntaron en el Consejo de Estado el Arzobispo de Lisboa, D. Juan Mascareñas, Francisco de Sá y Miguel de Moura, y en la celda del confesor sacaron en limpio lo que acordaron, hasta que concertaron la respuesta que le dieron y órden de partirse luégo, que fue desta forma escrita:

«El Rey nuestro señor tiene en la estima que es razon aquellos acuer»dos, y los recibe con el amor con que tiene por cierto que el serenísimo »Rey su sobrino los hace y como es de creer, concurriendo tantas y tan »grandes razones y obligaciones recíprocas entre los dos.

»Que tambien tiene por cierto, que ponderando el serenísimo Rey su »sobrino con la consideracion, que en todas las cosas tiene, las eviden»tes y forzosas causas, porque su Alteza tiene tomado determinacion en »casarse, y la grande obligacion de condecender en esta parte á lo que los »Grandes, los Prelados, los Nobles y pueblos de sus reinos le piden con »grandísima instancia, no solamente le parecerá bien esta resolucion, mas »si su Alteza no la hubiera tomado, le persuadiera á ella con mayor efica»cia de la que ahora lo hace con su Alteza el oficio que de su parte le re»firió el padre fray Hernando.

»Porque supuesto el estado en que ahora de presente está la sucesion »destos reinos, y las dudas (que llevando Dios para sí á su Alteza sin de»xar decendientes) se podrian mover, y los muy grandes inconvenientes »desto, de que se seguirian muchos pecados y ofensas de Nuestro Señor, »que su Alteza es obligado atajar, procurando la conservacion y perpetua»cion de la Corona destos reinos, no solamente tiene su Alteza obligacion »á casar, más aún sería grande culpa delante de Dios y del mundo dila»tarlo, concurriendo la autoridad y dispensacion del Padre Santo, que como »Vicario de Cristo acá en la tierra tiene poder y obligacion para en los ta»les casos dispensar, pues se trata del bien comun, que conforme á razon »natural y divina siempre se ha de preferir al particular. Y cuanto á lo que »dice y acuerda ser novedad en la Iglesia de Dios, y no haberse visto ni »oido que en el Testamento Nuevo hubiese casado algun Obispo despues »de ser consagrado, etc., se responde: que nunca tal caso (en el cual hu»biese tales y tan grandes obligaciones) aconteceria, y que á nuevos casos »nuevos remedios convienen y son necesarios, y para ellos dexó Dios su »Vicario en la tierra. Y ser novedad, no relieva á su Alteza de la obliga»cion que tiene al bien comun y á la quietud y sosiego de sus reinos, »cuanto más que en historias auténticas se lee en casos de sucesiones de »reinos, que por evitarse muchos males se dispensó con Obispos para po»der casar y dexar sucesores en el reino, como se puede leer en las Coróni»cas de Hungría.

»Y cuanto á lo que se dice, que por ser cosa nueva y nunca vista ni »oida, no poder dexar de ponerse en duda y opiniones, si el Pontífice

»puede dispensar en este caso, pues el estado de los Obispos es de mayor »perfeccion que el de los frailes, etc., se responde: que más nueva cosa »será (y muy peligrosa opinion en tales tiempos) ponerse en duda entre »los doctos, pues es conclusion tan cierta y recebida de todos los teólogos »y juristas, póder su Santidad dispensar en el voto de la continencia anexo »á cualquier de las órdenes sacras en que el mismo Santo Tomás y los »que le siguen no dudaron, porque el voto de la continencia no es esen- »cial en las órdenes sacras, ni al estado de los Obispos, mas anexo á ellas »por constitucion de la Iglesia, y por tanto se puede dispensar en él. Y »puesto que conforme á la opinion de Santo Tomás en los religiosos sea »esencial de la religion, y por eso no se pueda en él dispensar, con todo »la más comun y recebida opinion de teólogos y juristas afirma poder su »Santidad dispensar en el voto de la continencia ó castidad de los religio- »sos, y deste poder usó siempre la Sede Apostólica, así en estos reinos »(adonde dispensó con el rey D. Juan el I, siendo profeso de la órden de »Avis, que es la misma de San Benito) como en otros, en los cuales en- »tendió que habia causas bastantes, las cuales no eran tan urgentes como »las que su Alteza tiene. Y lo que se apunta del estado del Obispo ser más »perfeto que el del religioso, y que en esto puede haber duda, no la debe »haber, porque para efeto de se poder y deber dispensar donde hay tan »justas causas, no impide ser el estado más perfeto, porque basta el voto »de castidad no ser esencial al estado del Obispo, como no es al de los sa- »cerdotes, pues de otra manera se seguiria que los Obispos y sacerdotes »que no tienen voto de castidad (como son los griegos) dexarian por esto »de ser verdaderos Obispos y sacerdotes, que es contra lo que comunmente »es recebido.

»Al tercer apuntamiento ó acuerdo, en que se dice que sería ocasion de »que los herejes se riesen del rigor que la Iglesia Romana pone en la con- »tinencia de los Obispos, clérigos, y frailes, etc., se responde: que mu- »cho mayor ocasion tomarian para sus yerros, si viesen que en caso adonde »hay razones tan urgentes y obligaciones tan evidentes y necesarias, su »Santidad no dispensase, porque ó pensarian que no puede (lo cual es »contra todos los doctores), ó que pudiendo y no dispensando daba causa á »tantos males. Y no dispensar el pontífice Paulo III con los Obispos y »frailes que estaban casados en Alemania, cierto es que lo haria por en- »tender que no convenia al bien universal de la Iglesia, y por pretender por »ella confirmacion de sus yerros, y alcanzar otras cosas de nuevo contra »las costumbres recebidas en la Iglesia.

»A lo cuarto que dice, que no se previene con su Alteza casar á los in- »convenientes de guerras y peligros que se temen, etc., se responde que »su Alteza entiende que este es el más propio y mejor medio para evi- »tarse, como se vió por experiencia cuando semejantes casos acontecieron.

»Y cuanto á la duda de haber hijos ó no, pende de la voluntad de Nues»tro Señor, que en muy mayores edades da muchas veces hijos. Y lo que »se apunta de Federico II está sabido que la duda procedió de Costanza su »madre ser al tiempo que casó de cincuenta años. Y cuanto á quedar el »reino en tutorías, cuando así fuese, no es inconveniente considerable en »respeto de los que hay en el reino quedar sin sucesor dependiente.

»A lo quinto de la tentacion y ocasion que dice se dará á los otros Obis»pos de pedir semejantes dispensaciones, etc., se responde: que en los que »se apuntan no hay las mismas causas; y cuando las hubiese en alguno (lo »que tan raramente acontece) lo mismo se debia hacer, porque en todo »caso, en el cual la dispensacion es necesaria para mayor bien comun, no »solamente es lícita, más loada, segun San Bernardo escribe á Eugenio.

»Y cuanto á lo último, que no todo lo que se puede hacer en rigor es »bien que se haga, se responde: que en este caso, no solamente se puede »hacer, ántes es conveniente y bien que se haga por las razones arriba di»chas, por las cuales su Alteza no solamente no ofende á Dios, más me»rece en se someter al Santo Padre y usar de su dispensacion, haciendo »sacrificio de sí por el bien público, que tanto es mayor en la persona de »su Alteza cuanto es más notoria á todo el mundo la castidad y pureza »que siempre guardó. Y cuanto á lo que se alega que en el Concilio Tri»dentino no se dispensó con los clérigos que se casasen, ni con la comu»nion *sub utraque specie*, etc., es muy diferente caso quitar las costumbres »generales y santas y recebidas en la Iglesia, ó dispensar con una persona »particular, habiendo causas para eso, y porque se entendia que lo pedian »los herejes para confirmacion de sus yerros, y pedir otras cosas que no »convenian, como queda dicho.»

CAPÍTULO XV.

Los pretendientes á la sucesion de Portugal y sus derechos.

Era el cardenal D. Enrique hijo tercero del rey D. Manuel, catorceno en el número en Portugal, hijo de D. Hernando último; y siendo Duque de Viseo, heredado el reino casó con la infanta de Castilla doña Isabel en primero matrimonio, y murió sin sucesion, y en segundo con María su hermana, asimismo hija de los Reyes Católicos D. Hernando y doña Isabel. En ella tuvo á Juan y Enrique, reyes de Portugal, Alonso cardenal del título de San Blas, Hernando, Luis y Eduardo infantes, y á doña Isabel

mujer del emperador Cárlos V, madre del rey D. Filipe de quien hablamos, y Beatriz, que fue casada con el Duque de Saboya. Don Juan III casó con doña Catalina de Austria, hija de D. Filipe, conde de Flandres y de doña Juana su mujer, reina de Castilla y de Aragon, segunda hija de los Reyes Católicos, y tuvieron al príncipe D. Juan, padre del rey D. Sebastian, que murió sin sucesion. El infante D. Luis, segundo hijo de don Manuel, que fue prior de Ocrato, tuvo á D. Antonio, bastardo, prior de Ocrato, y constaba serlo por su testamento, y así era inhábil de suceder en el reino. Don Alonso murió sin hijos viviendo su padre, y Odoardo ó Duarte, quintogénito, con Isabel, hermana del Duque de Barganza, y hubieron á doña María hija mayor, que casó con el duque de Parma Alexandro Farnese, de quien quedó Rainucio su hijo único, que posee el Ducado, mas ya era muerta la madre cuando murió D. Sebastian, y vivia su hermana menor Catalina, duquesa de Barganza, madre del duque D. Teodosio, Duarte, Filipe, María y Serafina.

Conforme á esta relacion, con el Rey D. Filipe solamente concurrian Rainucio y Catalina, su tia. Habiéndose de mirar y considerar la disposicion del tiempo con el de la muerte de Enrique, se halla en lugar de su primogénito, y estando determinado por derecho que despues de la muerte suceda, se debia entender de aquel que en ella se hallaba para suceder varon primogénito del último poseedor, á cuya persona se debia mirar en cualquiera sucesion, no al instituidor del feudo. Y así cuando alguna cosa por ley y estatuto compete á muchos, con condicion que uno dellos ha de ser preferido á los demas, no se admite á los posteriores de la línea segunda, si no faltan los primeros en grado, donde todas las líneas está determinado que son llamadas igualmente en la sucesion, para que el más próximo dellas suceda, cuando muchos son llamados con indefinito y colectivo nombre de familia, generacion de sobrinos y parientes, hijos, posteros, decendientes y los semejantes en este género; porque se entienda se ha de poner el más cercano en el primero lugar, y muerto, el que se le sigue, y los demas con el mismo órden de allí adelante. Aunque algunos juristas perusinos, bolonienses y paduanos decian que la línea masculina habia de ser preferida á la femenina, segun la proximidad de la persona que últimamente alcanzó el reino; mas á la propinquindad de la línea del que le poseyó, Rainucio no era masculina de Odoardo, pues decendia de mujer; y aunque era nieto del infante D. Duarte ó Eduardo, se le negaban las razones de primogenitura en que se fundaban sutilmente. Y áun concedido, no obstaba por no entender los doctores que favorecian aquel derecho, no vale sino le tuvo la misma persona de quien se quiere tomar. Se trataba de la sucesion de Enrique, en que eran transversales Rainucio y Catalina; y así no podian llamarse hijos, y por tanto sucesores; pues la disposicion, cuyo efeto se difiere para valer en otro tiempo, se considera segun el en

que se difiere. Y como Duarte murió tantos años ántes que Enrique, su hermano, sucediese en el reino, ni pensase suceder (á cuya persona se ha de mirar), no puede tener derecho ni esperanza considerable que se derivase á sus decendientes. Y así poco caso se hacía de cuanto alegaban de primogenitura, líneas imaginarias y transmisibles, diciendo eran sutilezas de poca importancia, probando que de la representacion no se podia ayudar Rainucio, por ser fuera del grado en que las leyes la conceden. El hijo representa á su padre, como si se tratase de la sucesion del abuelo ú de otro ascendiente, entre transversales de la sucesion del tio, hermano del padre ú de la madre, ú de otros transversales, y no representaba la persona de sus padres, como está expresado en el derecho. Y habiendo sido Enrique último poseedor de parte de padre de Rainucio, y Odoardo, su abuelo, fuese hermano de Enrique, es forzoso por derecho afirmar que no le representaba Rainucio. La razon de líneas de primogénitos se ha de guardar hasta los hijos del hermano, no más, y las representaciones que inventó Justiniano no se traian en juicio de reinos.

Contra la Duquesa de Barganza, Catalina, se decia: comenzó este reino de la condesa Teresa, y sucedian en él no sólo varones decendientes de varones contra las mujeres primogénitas de varones, mas éstos decendientes de hembras. Pues cuando alguna disposicion traia orígen dellas, los varones de la primogénita decendiente excluyen á los varones ó hembras del segundogénito varon decendientes, aunque solamente de los varones se hiciese mencion en la tal disposicion y no de las hembras, y por esto á la causa original se ha de atender, segun derecho; de manera que aunque el reino por su naturaleza tuviera de costumbre venir al primogénito varon, y luégo á los primogénitos varones decendientes de varones, si truxere orígen de hembra, por la misma manera y derecho á los varones decendientes de hembras pasa la sucesion. Porque el sobrino de la hembra primogénita decendiente, en aquel caso en que la primogénita traia su orígen de hembra, como raíz se considera siempre con sus decendientes. Y el nieto en la sucesion del abuelo sucede en el lugar de su padre muerto ántes dél, no por persona dél, por derecho que pasó en él como le representó, sino por su propia persona y derecho propio como nieto. Y si Catalina fuera hija de D. Manuel y estuviera en el mismo grado que la Emperatriz, ésta como primogénita era mayor y expeliera á Catalina; y así la nieta no habia de ser de mejor condicion que si fuera hija segun derecho. Y dado caso que estuvieran en igual grado en la administracion de reinos, supuesto que son indivisibles, el varon debe preceder á la mujer por ser oficio público y dignidad en que no son admitidas las hembras cuando es por nombramiento. Y habiéndose instituido para la pública utilidad de los reinos, se ha de mirar al que mejor los puede defender y conservar en paz y justicia para dársele en encomienda, por tener más fuerzas y esfuerzo,

consejo, eleccion mejor para andar en la guerra y con sus pueblos entremetido, que fue negado á las hembras.

Habiendo sido Portugal de los progenitores de D. Filipe, como parte del reino de Leon, no se hacía agravio en ser preferido para que volviese al tronco antiguo de donde salió. Claramente resolvieron los doctores, que todos los nietos de D. Manuel debian preceder á los otros, y á éstos el que fuese mayor de edad, varon legítimo, como era D. Filipe.

Contra madama Catalina de Médicis, reina que fue de Francia, mujer del rey Enrique II, se decia era su pretension improbable y prescripta, segun el fundamento de sus acciones, pues los sucesores del Conde de Boloña (si acaso los habia) jamas hablaron como tales; y no era creible que despues que esta pretension se juntó á la Corona de aquel poderoso reino, no la hubiesen movido sus príncipes. Pero la Matilde, condesa de Boloña, de quien ella decia ser sucesora, no dexó hijos, como constaba de su testamento, que estaba en el archivo público de Portugal, en que no hace mencion de dexarlos ni haberlos tenido el rey D. Alonso, su marido, que sucedió al rey D. Sancho Capelo, que vino desde Boloña de Picardía, dexando á la Condesa, su mujer, para gobernar el reino de Portugal por la incapacidad de su hermano. Especulando su antigüedad, se engañó el historiador que refiere que el Infante sepultado en la iglesia de San Domingos de Lisboa era su hijo. Siéndolo no contradecia, pues no dice que hubo hijos; ántes escribe que murió muy niño. Tambien se probaba no haber tenido Matilde hijos por una súplica auténtica hallada en el mismo archivo, en que los prelados del reino piden al pontífice Urbano V, muerta Matilde, alzase el entredicho puesto á su instancia en el reino, y aprobase el matrimonio de Beatriz, hija bastarda del rey D. Alonso X de Castilla, á quien (como he dicho) dió el Algarbe en dote, segunda mujer de don Alonso, y que legitimase los hijos quitando este impedimento para suceder en la Corona. Si tuviera hijos legítimos de Matilde, no se pidiera al Pontífice les antepusiese los bastardos de Beatriz, como en Francia era notorio, pues poco tiempo ántes, en un libro de la genealogía de la casa de Médicis y de la de Boloña, continuada hasta la reina madre Catalina, mostraron no dexó Matilde hijos del rey D. Alonso, su marido, como de Filipe, hijo de Filipe Augusto, rey de Francia, á Juana, á quien sobrevivió la madre, por donde la sucedió Roberto, hijo de Alis, hermana de Matilde, de quien tomaban la genealogía de la Reina madre, mas sobrina y no hija de Matilde. Si esta razon de la Reina madre valiera, los reyes de Portugal eran ilegítimos herederos injustos, como decendientes de bastardo. Los pueblos de Portugal decian les tocaba elegir acabada la línea masculina de sus reyes; mas no tenian mayor privilegio para ello que los demas reinos de España de sucesion en cuanto vive decendiente legítimo de la familia Real. Y en Portugal ménos, procediendo de donacion de los reyes

de Castilla y conquistas de sus propios reyes; y no habiendo dado el reino los pueblos á los primeros reyes, no podian elegir ni hacer en lo que no tuvieron ni dieron derecho.

CAPÍTULO XVI.

Envia el Rey Católico á Portugal con embaxada al Duque de Osuna.

El Rey Católico despachó al Duque de Osuna con instrucion al Rey de Portugal, en que le decia se habia condolido grandemente de la muerte de D. Sebastian y pérdida de su exército por la carta que llevó D. Cristóbal de Mora, que residia en su Córte con cargo de sus negocios por la ausencia de su embaxador D. Juan de Silva, captivo en Africa. Requeria el caso mayor y más particular demostracion, y enviaba á hacerla en su nombre al Duque. Quisiera ántes se hubiera hecho este oficio tan debido á la calidad del caso y estima de su Real persona, si las muertes y trabajos dentro y fuera de su casa tan grandes no detuvieran. No llegaria el encarecimiento de la pena de la muerte de su sobrino, y lo que della se habia seguido, á lo que se dexa considerar, por eceder la pérdida grande á todo lo que se podia decir. Aunque le habia de dar á él consuelo y consejo el Cardenal con su cristiandad y prudencia, le acordaba que pues todos hicieron lo que les tocaba en disuadir la jornada por todas vías, permitió la desgracia Dios por sus juicios inexcrutables, y debian conformarse con su voluntad y moderar el sentimiento. Le daba el parabien de verle en tal estado y dignidad, y procuraria contentarle en cuanto le fuese posible.

El Duque partió para Lisboa desde Madrid mucho despues en Hebrero del año siguiente, porque así lo acordó el Rey. Recibióle en el camino don Cristóbal de Mora, y le informó del estado de las cosas y ánimo del Cardenal y del reino. Satisfizo á esta embaxada de honor el Duque con gran autoridad y aplauso del Rey y de la Córte, y espléndidamente aposentado y regalado pasó á Setubal para volver despues á la negociacion á consolar á su hermana la Duquesa de Aveiro, que entre dudosas esperanzas de la pérdida de su marido, atormentada y entretenida, atendia al infeliz desengaño de su muerte.

El Comendador mayor de Castilla, embaxador de Roma, escribió á ventisiete de Enero, le dixo el Pontífice persuadia por comision que habia dado á Antonio Sauli al Rey de Portugal, que no tratase de la dispensacion que pedia para casarse; pero que no le habia podido sacar prenda de que se la negaria resolutamente, si replicase D. Enrique, por tener á

todos en esperanza contraria, y más á su devocion; le aseguraban los Cardenales con quien trató el negocio, no la concederia y le parecia mejor término excusarse por aquel camino que dar la negativa absoluta; pues hasta el volver á Roma el Sauli no habia peligro en la concesion; dilataria el protestar á su Santidad y el decirle usaria el Rey, su señor, del derecho que tenía al reino, sin esperar la muerte de D. Enrique, con todos los inconvenientes que podrian resultar con el casamiento. Hacía el Pontífice estudiar el derecho desta sucesion muy de propósito, porque pretendia haber caido el reino á la Sede Apostólica por falta de varones, y cuando ménos le tocaba el juicio de la causa por no haber della competente juez.

En tanto el rey Enrique, por auto dado en Lisboa á once de Hebrero, citó los que parecian más próximos á la sucesion del reino despues de su muerte, para quedar justificado en todo el mundo, como si los pretendientes fueran iguales en derecho y les pudiera obligar por serlo á que lo fueran las notificaciones. El Rey Católico, porque desconvenia á su autoridad y justicia responder, mandó á Gabriel de Zayas, secretario de Estado, diese simple certificacion de la citacion á Hernando de Silva, embaxador de Portugal. Por esto el Duque de Barganza escribió á D. Rodrigo de Alencastro iba bien encaminada su pretension, y no quedaron tan destrozados los de aquel reino, que siendo menester se podrian juntar cincuenta mil hombres armados naturales que pelearian por su patria. Contaba en su tierra la gente y artillería; hacía apercebimientos, era ménos descortes, más tratable con todos; cohechaba los que podia, porque los más honrados no eran sus amigos, ni del Rey que le favorecia, quexosos de su cortedad, temerosos de sus venganzas y rancores de pecador, aunque tan religioso.

El Rey Católico ordenó al Duque de Osuna viniese á Lisboa para asistir á la procura de que la sucesion se declarase por él. Habiendo visitado al Cardenal escribió al Rey fue recebido con poco gusto y mucho deseo de su vuelta á Castilla, porque su tio favorecia á la Duquesa de Barganza con manifiestas señales que daban ánimo y satisfacion al Duque, su marido, de que si Enrique habia de ser juez, y D. Filipe le admitia, con esta voz tendria la sentencia sin duda en contra. Convenia armarse luégo, como si la tuviera ya, para no dexarse agraviar con la fuerza contra la fuerza y contra la sinjusticia.

Don Filipe para aconsejarse formó una Junta del cardenal Quiroga, de su confesor fray Diego de Chaves, y de fray Hernando del Castillo, de los Presidentes de su Consejo Supremo de Justicia y del de Ordenes, de los Marqueses de Aguilar y Almazan, del Consejo de Estado, y de los licenciados Molina, Francisco Hernandez de Liévana, Fuenmayor, Rodrigo Vazquez de Arce y Juan Tomas, de su Real Consejo, y metió en ella á D. Juan de Silva, embaxador ordinario en Portugal, que habia llegado de Africa y pretendia volver á su oficio. Mas el de Osuna, cuyo pa-

recer abrazaba el Rey, aprobó el no remover á D. Cristóbal de Mora, y como era amigo de tratar sus negocios por los ménos, para retener á don Juan de Silva y valerse de su consejo y advertencias, le metió en la gran Junta, autorizándole al parecer, pero quitándole materia en que señalar su prudencia y mejorar sus cosas.

Quexóse D. Filipe del Cardenal, su tio, por la notificacion, porque siempre esperó le nombrára por sucesor legítimo suyo enterado de su justicia, sin dar lugar á juicios. El Duque de Osuna con gravedad y claridad dixo, que siendo su justicia tan notoria y sabida en el mundo y por él, la mezclaba con la de los que llamaba pretensores, no le igualando en derecho y accion á la herencia de Portugal, por ser varon y mayor de dias. Lo declarase desde luégo así por descargo de su conciencia, por lo que debia á la razon y justicia, y le merecia el amor con que le acudió en todas ocasiones y le procuró complacer y servir, y ser hijo de la Emperatriz, hermana suya, de tan grandes méritos, decendiente por tantas partes de los reyes, sus predecesores, y por ser conveniente al beneficio, paz y prosperidad de aquellos reinos, que principalmente se habia de mirar y prevenir por el servicio de Dios. No gustó el rey D. Enrique del resentimiento de su sobrino, porque, como viejo y enfermo, y con superiores cuidados á sus fuerzas, cualquiera accidente le destemplaba el espíritu y en la salud el cuerpo. Y así aunque respondió con blandura en las palabras, y como deseaba al Rey Católico mucho bien, no pudo encubrir su ánimo, que estaba en el error del vulgo, á quien era no sólo áspero, pero terrible esperar la sucesion del Rey de Castilla. Para que tuviese el Duque de Osuna letrado con quien comunicar lo jurídico del negocio y ordenar los escritos, pidió á D. Filipe le enviase al licenciado Guardiola, fiscal de su Real Consejo, por el conocimiento que habia tenido con él siendo su abogado. Era docto, mas con falta de estilo, por la ignorancia que de los negocios de Estado y expedientes de embaxadas tenía, como los de su profesion, detenidos en su contínuo estudio hasta ser fuera dél exercitados.

Apretaba el Duque al rey Enrique para que respondiese á lo que se le dixo y dió en escrito, y quitar á los mal intencionados el tiempo de prevenirse, si el Rey habia de romper, porque trataban franceses é ingleses los ayudasen con gente y armas, y prometieron su ayuda. Se debia considerar en el trato de aquel punto lo que convenia hacer en tal caso, pues se recelaba en razon de Estado y de toda prudencia del dilatar el Cardenal Rey en dar su declaracion, querian, ayudados de extranjeros, poner en peligro el derecho de D. Filipe, y tomar lugar con la dilacion para armarse y fortificarse con daño de sus reinos y de la religion, entrando naciones tan dañadas con la herejía en Portugal: caso de tanta consideracion, que cuando no se aventurára en ello el derecho del reino, bastaba para que atajára tan-

to daño en cualquiera forma el Rey el tener encomendados la conservacion y religion en ellos. No convenia dexar correr el negocio por razones y consideraciones ordinarias para los de dentro y de fuera, sino mostrar su providencia y poder.

Por esto determinó juntar cuarenta mil soldados (que han dado los reinos mucho más que los letrados) para deshacer los que se le opusiesen con ódio y furor. Ordenó al Marqués de Mondéjar, virey de Nápoles, y al de Sicilia aprestar las galeras y tercios de españoles, y que levasen de Nápoles dos coronelías Cárlos Spinelo y D. Cárlos Carrafa, prior de Hungría, y diesen guiático ó salvaguardia, purgando las provincias á los foragidos que se listasen en ellos para militar, asoldasen navíos y previniesen municiones. Mandó levar en Toscana y Umbría cuatro mil infantes, y habiendo acordado de nombrar por general de la gente italiana en mar y tierra á Jacobo Boncompaño, hijo del Pontífice, lo fue D. Pedro de Médicis, hermano de Francisco, gran Duque de Toscana. Levó seis mil alemanes el Conde de Lodron, coronel, para que los truxese por Milan á embarcarlos en Génova. Eligió en España setenta y dos capitanes para levar en ella catorce mil infantes de sueldo en tres tercios recogidos.

Tratábase de la eleccion de cabeza capaz para manejar tan grave máquina, y volvian todos los ojos al Duque de Alba, preso en el castillo de Uceda, sin respeto á su grandeza, canas, autoridad, servicios; porque estando en Tordesillas en prision su primogénito D. Fadrique de Toledo, marqués de Coria, por el casamiento de una dama del Palacio Real, que decia haberle prometido, rompió la guardia y pleito homenaje por consejo de su padre, y fué á desposarse en Alba, para que el matrimonio de presente anulase el de futuro con doña María de Toledo, su prima, hija de don García de Toledo, marqués de Villafranca, aunque volvió á Tordesillas luégo. Fué considerable la prision del Duque por su edad respetable, notables servicios hechos á esta corona y á la Iglesia, entereza del Rey en no sacarle della, por necesidad que tenía de su persona y consejo, y más rompiéndose la guerra, ni para la execucion de la justicia, disimulando punto en ella tocante á su reputacion. Pidieron al Rey su libertad grandes Príncipes y los reinos de Castilla congregados en Córtes, y respondiéndoles generalmente no salió el Duque de la prision. Escribióle el Sumo Pontífice procedia de su recta intencion y causa grande, y le pedia que el Duque alcanzase libertad, como lo deseaba por su propia obligacion, por los servicios que hizo á la Sacra Silla, militando largo tiempo contra infieles y heréticos, y porque en la guerra que gobernó contra Paulo IV obligó á él y á sus sucesores, guardando como amigo á Roma, cuando como enemigo estuvo en su contra. Decian unos le prendió por satisfacer á los flamencos, quexosos y enemigos dél, para que en la Junta que en Colonia trataba de la paz estuviesen más dóciles. Otros, cansaba al Rey

la demasiada suficiencia del Duque y autoridad, como á la nobleza toda, y la repeticion de sus servicios y obligaciones que le tenía; causa porque, enfadado Alexandro Macedonio mató á Cratero, el emperador Tiberio á Silio, el rey Antioco á Hermeo, y que los monarcas mayores, en vez de ser agradecidos remuneradores, son ingratos y perseguidores, como se vió en el rey D. Hernando el Católico con el Gran Capitan, que habiendo de premiar sus servicios y vitorias, que le dieron el nombre de Magno, pasó á Nápoles, y le despojó poco á poco de los cargos y autoridad, y los dexó en sí, le tomó estrecha cuenta de los gastos de la guerra, y al fin desfavorecido pero lleno de triunfos, lealtad y gloria, vino á pasar lo último de su vida en el monasterio que en Granada suntuosamente para su sepulcro del más digno edificó.

Don Filipe siempre con los Grandes de su reino guardó su autoridad soberana, aplicando la fortaleza á lo fuerte, la benignidad á la popular sumision, opuesto á la ambicion de la potencia sospechosa por el grado y riqueza hereditaria y perpétua. Entraron á hablarle una vez el Duque de Alba y el Marqués de Coria, su hijo, y el prior D. Antonio de Toledo, su caballerizo mayor, y cerraron la puerta del aposento en que el Rey estaba despachando. Parecióle demasiada prevencion, y con aspecto alterado les dixo: «¿Es fuerza?» y pasó á otra sala tan desabrido, que en muchos dias ni los habló, ni ánn miró. Para haberse, como debia, con la nobleza, y segun sus grados, calidad y servicios hechos á la Corona tratarlos, procuró saber su linaje, costumbres y hechos, y mandó hacer un compendio historial secretamente de los principios de sus familias, casas, aumento, declinacion, quién les dió títulos, en qué reinado obtuvieron lo que poseen, por qué servicios, cuáles eran consumidos, unidos ó suprimidos en otros. Honrólos, y sirvióse de los Grandes en vireinatos y legacías supremas y en cargos, que solamente ellos podian hacer, donde la ecelencia de sus personas y riqueza de sus casas honraban y lucian. Dióles facultades para empeñar sus rentas, debilitándolos y haciéndolos menores, sin entender su daño, que lloran los decendientes por esto; y porque su dinero cebó el apetito de algunos en la ociosidad ordinaria, y no consumido él sino ella, la buscaron en su favor, acortando la estimacion, crédito, salud, vida, personas, efeminadas con el uso de la generacion temprana, supliendo la malicia á la edad, y la virtud previviendo á Dios. Grandes comunmente son llamados en España los que manda cubrir el Rey la cabeza, sentar en actos públicos, y la Reina se levanta del estrado á recebillos y á sus mujeres, les ha mandado dar almohada, por la más señalada honra, en que se asienten: ceremonias que van y vienen con los tiempos y voluntades de los príncipes, pero firmes en doce casas de grande autoridad. Despues creció el favor la riqueza por medio de los Reyes, y se han acrecentado muchas.

CAPÍTULO XVII.

En Castilla se aconseja el Rey sobre la sucesion de Portugal y no admitir el juicio del Cardenal D. Enrique.

Apretaba el Duque de Osuna al Rey de Portugal para que respondiese por escrito á la representacion que por el Rey Católico le hizo de las quexas de lo que tenía por agravio. Respondió por Miguel de Moura, su secretario, era juez de la causa de la sucesion, y no habia de juzgar por puntillos de letrados, sino lo que fuese justo y viese por los libros delante, y se haria el juicio conviniendo á todos, y enviando el Rey Católico ante él á tratar de su justicia haciendo sus pedimentos, y se aconsejaria con las personas más eminentes de su reino. Conocíasele natural inclinacion á la sobrina doña Catalina, en cuyo favor escribian los catredáticos de la Universidad de Coimbra. Echó de su Córte á Pedro de Alcazoba Carneiro, porque como tan inteligente le comunicaban muchos diversos en la intencion, sospechando negociaba por el Rey de Castilla. Habian los predicadores en su contra dicho muchas cosas, para inducir al pueblo á no admitille por sucesor; y habiendo pedido el Duque al Rey lo castigase ó prohibiese, con la tolerancia y disimulacion lo aprobó con gran desplacer de D. Filipe, porque era el pueblo tan liviano, que se entretenia en publicar lo que deseaba, y muchos decian moririan ántes que jurar al Duque de Barganza.

Para informar al Rey de todo, vino por su mandado y parecer del Duque D. Cristóbal de Mora á Madrid, con gran contento de los parciales de D. Antonio, y esperanza de que no habia de ser más enviado á la negociacion, en que se mostraba poco portugués y muy castellano. A veinticinco de Mayo se trataron en la junta cinco puntos importantes en Madrid. La resolucion fue que los licenciados Molina y Rodrigo Vazquez, con título de Embaxadores, fuesen á Portugal á sembrar la justicia del Rey á la sucesion dél, y procurasen con el Cardenal que la guardase, nombrándole por sucesor para despues de su muerte, y no haciéndolo, pusiese el Rey Católico la causa en estado que justamente usase de la fuerza que Dios le dió. Don Enrique se valia del beneficio del tiempo, pues siendo sólo legítimamente opositores el Rey Católico y la Duquesa de Barganza, citó á los demas inferiores en el derecho notoriamente. Era el rey Enrique juez competente de la causa, y aunque D. Filipe no le quisiese ni conocer por tal, no dexaria de serlo; porque siendo suya la juridicion, como

era, no habia de estar en facultad de las partes quitársela; pues si el que era juez competente de una causa la juzgaba, presumia la ley ser conforme á verdad y justicia la sentencia que pronunciase. Por más que se entendiese lo contrario, era tan fuerte la presuncion que la ley hace por la sentencia, que no admitia probanza alguna en su contra; de que se seguia que si D. Enrique nombrase otro sucesor que al Rey Católico, ó señalase jueces que le nombrasen, cuanta justicia tenía no bastaria para que por ello se le pudiese mover justa guerra; con que quedaria sin la sucesion, y sin podella con justicia ocupar por su autoridad Real y fuerza. Deste peligro se podia salir recusando al Rey Cardenal por las causas que se sabian y podian juntar, y ser notoriamente inclinado á la Duquesa de Barganza, con ódio declarado contra la nacion castellana. Mas dudábase si el Rey, no reconociente superior, podia ser recusado; y se decia sería de poco provecho cuando lo pudiese ser, si él mismo habia de ser juez de la recusacion, como parecia á algunos de la junta, aunque á otros no, y que esto causaria indignacion al Rey como á los demas jueces, y más á quien estaba aficionado y no tenía tan igual el peso como era razon. Traia la recusacion probanzas y otros embarazos, con que no estaria en su facultad ganar por el derecho justa causa de guerra al tiempo que conviniese, y en cualquiera el estar apercebido sería costoso. Tambien se podia hacer parte á D. Enrique en esta causa, que no siendo súbdito suyo D. Filipe, le hacía incapaz de juzgalla, deduciendo en juicio los derechos presentes que hay, por donde debe suceder al rey D. Sebastian, que eran muy probables, aunque no tan ciertos como el que habia para ser sucesor del Cardenal, que era indubitable, y debia ayudarse dellos contra los que llama D. Enrique pretensores, y contra razon se agraviaria dello, presuponiendo que no era para inquietalle el juntar D. Filipe en su causa cuanto la favorecia y ayudaba, pues todos los litigantes juntaban las razones que tenian para su pretension, que aunque fuesen iguales, se ayudan unas á otras para más justificalla. Haciendo parte al Rey Cardenal, y por consiguiente incapaz de hacer juicio, cualquiera auto que hiciese como juez sería manifiesto agravio, y mayor si en forma de juicio, ó sin ella, nombrase otro sucesor que á D. Filipe, legítimo y derecho solamente; y así le habia de nombrar como se le pedia extrajudicialmente, ó delegando la causa, ó haciendo cualquiera auto como juez (que sin duda se harian muchos), daria justa causa á la fuerza; y era verisímil sería cuando le tratase dello, pues para sí debia de abstenerse desta causa como propia, por lo que se ha dicho, no habia probanzas ni otras largas que aguardar. Y por muchas vías se podian hacer pedimentos permitiendo la declinatoria, á las cuales cualquiera cosa que el Cardenal proveyese, como no fuese inhibirse del conocimiento de la causa, se mostraria juez della, segun afirmaban lo queria ser, y por consiguiente daria materia de justa guerra. Convenia saber el tiempo en que el Rey

tendria sus huestes aprestadas y prontas para ir con intencion de que, no pudiendo sacar el nombramiento que se pretendia, se usase de dilaciones, que las abria justísimas para todo el que fuese menester, sin que los pudiese excusar el Cardenal y no hacer agravio; y era de creer holgaria con ellas, por ser lo que mejor le estaba á su particular, si á él atendia. Y cuando las fuerzas estuviesen á punto, por último se deduxesen los derechos presentes del Rey Católico, que hacian incapaz al rey D. Enrique, y se presentasen pedimientos, en cuya respuesta, ó se inhibiese y dexase de ser juez como pretendia, ó demostrando lo contrario, como era verisímil, lo haria de materia de justa guerra. Se tomase el tiempo que más conviniese, y con la informacion que se habia de enviar al Pontífice se pusiesen los derechos presentes, y en la que se enviase á Portugal, porque no dixesen despues era nueva invencion para quitar la juridicion al rey Enrique, á quien pertenecia, y no porque en ello se hiciese fundamento de justicia á lo principal.

Volvió D. Cristóbal de Moura á Portugal con la llave dorada de gentilhombre de la cámara del Rey, título de su Consejo y Embaxador ordinario, y órden de preceder en las juntas á Molina y Rodrigo Vazquez. Muchos hijos de Grandes y de señores grandes en Castilla mostraron resentimiento por haber dado el Rey la llave de su cámara á un extranjero, decian, caballero particular, y no á ellos que la pidieron con instancia y larga negociacion, y fuera justo se la concediera por la nobleza y méritos de su sangre, heredada y derramada en su servicio, premiando su virtud y ecelencia, y confirmando la benevolencia y reconocimiento más obligados por esto en sus familias. Mas no fue contra razon el honralle su Majestad Católica, principalmente por las consideraciones de Estado, para inducir á algunos de la nobleza de Portugal á creer los habia de honrar y hacer, como príncipe tan poderoso y aficionado á su nacion, mercedes de mucho honor, y como á sus personas á sus familias. Tambien D. Cristóbal de Moura ascendió de gentilhombre de la boca y que lo habia sido del príncipe don Cárlos, á serlo de la cámara, segun el uso tan preciso de su Majestad y medio tan forzoso para esto, que solamente dispensó con dos que no habian sido de la boca, y el uno era Grande. Demas de que cumplia con lo que le habia prometido á la Princesa su hermana. La calificacion de D. Cristóbal de Moura por estos oficios y el de caballerizo mayor de la princesa doña Juana que tuvo, no le hacía incapaz de la llave dorada, ni los de sus ascendientes, naturales de Portugal y de Castilla, nobles con mucha antigüedad y muy ilustres.

Era decendiente de D. Pedro Ruiz, caballero de gran valor y dado á las armas, que en tiempo del rey D. Alonso Enriquez conquistó de los moros la villa de Moura, situada entre Castilla y Portugal, que dexó de consentimiento de sus Reyes á la Órden de San Juan. Fue su hijo D. Frey Martin Ruiz, maestre de Calatrava, conquistador de los castillos de Alcobin y

Susana, que con voluntad del rey D. Fernando el Santo se incorporaron en la Órden de Calatrava, electo en la era mil y docientos y setenta y tres, año mil y docientos y treinta y ocho, padre de D. Vasco Martinez Serrano, primer señor de la villa de Moura y fundador del mayorazgo y apellido de su casa, segun certifica la escritura de su institucion, otorgada por él y por doña Teresa Salvadores, su mujer, hija de Pedro Salvadores y hermana de D. Alonso Perez, prior de San Juan en Portugal. A Moura le dió la reina doña Beatriz (que era de su dote), mujer que habia sido del rey de Portugal D. Alonso III, hija del rey de Castilla D. Alonso el Sabio y de doña Mayor Guillen de Guzman, acatando los muchos y grandes servicios que le habia hecho D. Vasco en la conquista del Algarve y otras partes, y haber sido ganada Moura de los moros por su abuelo don Pedro Ruiz, y por los servicios del Maestre su padre, y por el gran deudo de sangre que tenía con él, y por se lo haber pedido el maestre de Santiago D. Pedro Martinez, hermano de D. Vasco, que son palabras de la donacion fecha en Sevilla á ocho de Enero (1), era mil y trecientos y ventiuno, año mil y docientos y ochenta y cuatro; y en la misma ciudad, era mil y trecientos y dos, habia sido otorgada la escritura de la fundacion del mayorazgo de D. Vasco á dos de Otubre, y nombra por testigos en ella al Adelantado de Castilla D. Pedro de Guzman, hijo de D. Guillen Perez de Guzman y hermano de doña Mayor de Guzman, madre de la reina doña Beatriz, que donó á Moura, y tambien á sus dos hijos D. Alvaro Perez de Guzman, de quien decienden los Condes de Orgaz por hembra, y á D. Alonso Perez de Guzman, fundador de la casa de Medina Sidonia (2). Fue hijo de D. Vasco Martinez Serrano D. Gonzalo Vazquez de Moura, caballero de grandes prendas, y por esto muy querido y estimado del rey D. Deonis, y casó con doña María Yañez de Yola, hermana de Alonso Clérigo, familia ilustre de la ciudad de Ebora, decendiente de los caballeros primeros conquistadores y pobladores della. Y tuvieron á Gonzalo Vazquez de Moura, guarda mayor del rey D. Alonso el IV, y su Embaxador (3) al rey D. Alonso XI de Castilla, y con ellos se halló en la memorable batalla del Salado, con muchos vasallos deudos y criados. Instituyó el mayorazgo de Marmelar en la era mil trecientos y ochenta y cuatro, y casó con doña Ines Alvarez (4) de Sequeira, que decendia de don Anjuor de Estrada y de la nobilísima estirpe de Froyaces; y fue su hijo Alvaro Gonzalez de Moura, señor desta villa y de su castillo, y de Portel

(1) El privilegio de merced desta donacion parece registrado en la Torre de Tombo de Lisboa, Archivo de aquella Corona, en el primero libro de donaciones, mercedes y foraes de villas y lugares del rey D. Alonso III, conde de Boloña, á fojas 144.

(2) *Linajes del conde D. Pedro*, tít. LIX.

(3) *Crónica antigua del rey D. Alonso el IV*, cap. XLVI y XLVII, y Duarte Nuñez, fojas 157.

(4) *Conde D. Pedro*, tít. XXXIV.

y de San Berisimo, y alcaide mayor de la ciudad de Ebora, y merino mayor de las tierras entre el Tejo y Guadiana. Señalóse con valor en todas las guerras de su tiempo, y en socorro de D. Pedro, rey de Castilla (1), contra el de Aragon salió de Moura con mucha gente en compañía del maestre Gonzalo Hernandez de Carballo. Fue de los nombrados para jurar las capitulaciones del casamiento de la infanta doña Beatriz, hija del rey don Fernando de Portugal, con el rey D. Juan I de Castilla. Siguió su estandarte, y tuvo por él los castillos de Melgozo y Monzon (2), y el de Moura, que desde entónces por esto salió de su casa. Casó con Urraca Fernandez, señora de Asambuja, como heredera y decendiente de Chil de Rolin, caballero flamenco de los conquistadores de Lisboa con el rey D. Alonso Enriquez, y poblador de Azambuja y señor della por donacion del rey don Sancho el I de Portugal, hecha en el mes de Enero de la era de mil docientos y treinta y ocho. Fueron sus hijos Beatriz Gonzalez de Moura, aya de la reina doña Filipa, mujer del rey D. Juan I de Portugal, y Pedro Ruiz de Moura, señor de Azambuja y de su mayorazgo y del Marmelar; y casó con Teresa de Novais, hija de Ruy Pereira el Bravo, alcaide mayor de Santaren, tio del condestable D. Nuño Alvarez Pereira, que fundó la casa de Barganza y dotóla en la villa de Montargil, y dexaron á su hijo Fernando de Moura en todos sus mayorazgos. Fue muy valido del infante D. Pedro, regente de Portugal, y le acompañó hasta morir en la batalla de Alferroubeira. Casó con doña María Guillen Garcés, señora catalana, camarera de la infanta doña Isabel, mujer deste infante D. Pedro. Quedó heredero de sus mayorazgos D. Rolin de Moura, del Consejo del rey D. Alonso V, con quien se halló en la conquista de Arcilla en Africa, y en la batalla de Toro. Casó con doña Beatriz Caldeira, hija de Alonso Caldeira, y fue su hijo D. Juan de Moura, cazador mayor del rey don Manuel, y de su Consejo. Acompañóle en la guerra de Africa, donde murió en la jornada de la Mahamora. Casó con doña Isabel de Atouguia, hija de Luis de Atouguia, señor de las tierras de Arranados, que sirvió mucho al rey D. Manuel. Decendia de Guillermo de Corni, caballero francés, capitan famoso en la toma de Lisboa, y primer poblador de la villa de Atouguia, solar de sus decendientes. Fue su hijo D. Luis de Moura, caballerizo mayor del infante D. Duarte, hijo del rey D. Manuel, y alcaide mayor de Castelrodrigo; y casó con doña Beatriz de Tabora, hija de Cristóbal de Tabora, mayordomo mayor del infante D. Fernando, hijo del rey D. Manuel. Y decendia el Tabora (3) por varonía del rey D. Ramiro el II

(1) *Crónica antigua del rey D. Pedro de Portugal*, cap. XXXIV.

(2) *Crónica del rey D. Juan I*, 2.ª parte, cap. LXI, y otros de la 1.ª y 2.ª parte.

(3) *Crónica del Cister*, de fray Bernardo de Brito, cap. XII, fól. 144, y el *Foral de San Juan de Pesquera*, dado por el rey D. Fernando el Magno de Leon, que está en la Torre de Tombo, registrado en el libro de los Forales viejo, confirmado por el rey D. Alonso Enriquez.

de Leon, por su hijo D. Alboazar Ramirez. Dellos era hijo D. Cristóbal de Moura, á quien el rey D. Filipe hizo gentilhombre de su cámara, y despues, por sus muchos y agradables servicios, comendador mayor de Alcántara y conde de Castelrodrigo, de su Consejo de Estado, y en su finamiento su testamentario y camarero mayor del rey D. Filipe III, nuestro señor, de quien era Soumilier de corps, y su Majestad le hizo Grande de Castilla, y dos veces Virey y Capitan general de Portugal, y le dió el título de Marqués de Castelrodrigo y el de Conde de Lumiares y la Encomienda mayor de Alcántara, de que le habia hecho merced su padre á D. Manuel de Moura, su hijo sucesor, y de doña Margarita Cortereal, hija de Bazquianes Cortereal, señora de las capitanías de Angra en la isla Tercera, y de la de San Jorge, y del mayorazgo de los Cortereales, que hoy es de la cámara de vuestra Alteza.

Destas mercedes y otras le hicieron capaz no sólo la gracia de su señor, difícil de obtener en aquellos sus mayores años, sino muchos servicios, como verémos en lo restante desta historia, y su moderacion, que á su Majestad agradaba tanto, que le conservó siempre bien visto dél hasta su dia último. Conforme á esta relacion de calidad y servicios de tan claros progenitores y á las conveniencias del Rey en las materias presentes, parece no ecedió sino proveyó como su prudencia y buen juicio le disponian siempre, en dar la llave de su cámara á D. Cristóbal de Mora. Sobre preceder á los del Consejo, que iban á Portugal con título de Embaxadores como siempre, se disputaba. Pocas veces los Reyes de Castilla los tenian de asiento, que hoy llaman ordinarios, en las Córtes de otros, sino por costumbre antigua cuando se ofrecia causa y negocio importante, enviaban un caballero y un jurista del Consejo por Embaxadores á la negociacion. Y aunque tenian igual título, y se les escribia y respondian juntos en carta, que llaman comun, precedia el caballero al jurista su acompañado, porque representaba con más decencia y propiedad la persona del Príncipe el de su hábito y profesion que el que suplia el defeto de letrado del principal Embaxador, más en figura de abogado que de juez, que era su oficio, si bien los Emperadores y los derechos les dan gran autoridad, y con razon, porque son asesores de los Reyes en el acto supremo de su oficio, que es juzgar. Envió el rey católico D. Fernando al de Francia, Cárlos VIII, á Juan de Silva, alférez mayor de Castilla, y al doctor Arias, del Consejo y dean de Sevilla, grave persona, á pedir el condado de Rosellon y Cerdania, y convino llevarle, porque se intrincó la materia resistiendo é insistiendo en la restitucion hasta echar mano á los protestos; pero el caballero precedió; y Pedro Correa al desembargador del Consejo del rey D. Juan III de Portugal, embaxadores que envió al efeto de su casamiento con la reina doña Catalina, y precedió áun en desposarse con el poder de su Rey con su Alteza, y en llevarla á su costa servida y regalada hasta que la entregó á su marido.

Don Cristóbal visitó al rey D. Enrique, y le dixo mandó su Majestad Católica le dixese tenía mucho sentimiento de que siendo su justicia tan clara, sabida, conocida por todo el mundo, y lo debia ser por el serenísimo Rey mejor que se le podia decir, la quisiese mezclar con la de otros que llama pretendientes, no habiendo alguno de los que vivian entónces que tuviese tal accion y derecho como su Majestad Católica á la sucesion de aquellos reinos por tantas y tan claras razones, y particularmente por ser varon y mayor de dias, como se le habia dicho y era notorio. Por tanto, el Rey su señor pedia y le rogaba afectuosamente tuviese por bien de declararlo luégo, como era obligado por descargo de su conciencia y por lo que debia á la razon y justicia, cuyo protector siempre habia sido, y por lo que le merecia el amor y gran voluntad con que su Majestad en todas las ocasiones acudia siempre á sus cosas, procurando complacelle y serville en ellas, y ser hijo de la Emperatriz su hermana, que tanto le quiso, y decendiente por tantas partes de los serenísimos Reyes, sus predecesores, de esclarecida memoria. Y á esto se debia juntar lo que convenia á la conservacion, paz, comun sosiego y prosperidad de aquellos reinos, que era lo que principalmente debian ambos procurar y prevenir, y porque pendia dello tanto el servicio de Dios y la seguridad y acrecentamiento de la religion católica, de que habia sido el Cardenal siempre tan celoso; que todo obligaba á que se hiciese con su Majestad Católica lo que con el rey D. Manuel, su padre, los católicos reyes D. Fernando y doña Isabel, cuando por muerte del príncipe D. Juan, su hijo, le llamaron y hicieron jurar en Toledo Príncipe heredero de los reinos de Castilla, y en Zaragoza por los de la Corona de Aragon, con mucho gusto y contentamiento, aunque no era tan natural de los reinos de Castilla como su Majestad Católica de Portugal, ni su justicia ménos clara que la suya. Tras aquélla se dexaba bien entender el útil y comodidades que tendrian los portugueses en ser su señor D. Filipe, y el amor con que los habia de tratar, favorecer y hacer merced, teniendo como tenía la mucha naturáleza de portugueses, de que tanto se preciaba. Y si bien le pertenecia la herencia y sucesion, todavía el venirle por mano del serenísimo Rey, y con su voluntad y buena gracia, sería causa de estimallo en mucho más y reconocerlo en todo tiempo. Y habiendo resuelto enviar las personas de su Consejo para que le declaren cuán bien fundada tenía su pretension y su derecho justamente, y su razon y obligacion en conciencia á no perdelle, quiso le tratase particular y familiarmente lo que sobre esto se le ofrecia ántes de su llegada á supliear á su Majestad le declare por sucesor de su reino, pues en su justicia nadie ponia duda recta y desapasionadamente, ni dificultad, en que cumpliria con su conciencia y con lo que toca al servicio de Dios y bien de la cristiandad y beneficio de muchos particulares y principales, holgaria de hacer en aquello todo lo que á su Majestad le pareciese y fuese justo. Se debian con-

siderar asimismo los muchos inconvenientes y daños grandes que vendrian á recebir los vasallos de ambos reinos, no sólo en la quietud de sus haciendas y casas, pero en la India y Africa, donde rompiéndose la guerra, los enemigos de la religion cristiana podrian hacer grandes efetos en su destruicion. Mirase la resolucion que habia de tomar con su mayor satisfacion y autoridad conforme á sus obligaciones, que su Majestad Católica esperaba de su gran cristiandad y prudencia sería como se le habia pedido y convenia á su conciencia, obligando á reconocelle como á tio, y procurar y desear su descanso, larga vida y prosperidad. Confiaba lo haria por el amor grande que el serenísimo Rey le tenía y le debia por lo que le amaba y reverenciaba, y ninguno tendria en su real ánimo mejor lugar, pues otro no se le podria merecer mejor ni con más servicios, y tocaba á la reputacion, descanso y grandeza de ambos.

Esto se dixo á boca al Cardenal, y se le dió por escrito. Su Majestad mandó responder que hablando con su misma claridad, sinceridad y llaneza, y por el amor y deudo que entre los dos habia, sentia mucho no se satisfáciese su Majestad Católica de lo que él tenía en aquello ordenado y hecho, porque cuanto más justicia tuviese, se la guardaria enteramente. Y debia tener por bien de que por ella se determinase, y así le convenia se tratase desde luégo dello, para que él pudiese mostrar en todo su proceder el respeto y amor que le tenía, conforme á lo que habia ordenado y asentado con parecer de las personas de quien le debia tomar en aquella materia de tanta calidad é importancia. Y despues de haber cumplido con su conciencia, debia entender su sobrino le habia de complacer y servir conforme al particular amor que le tenía y tuvo, por sus mismas razones apuntadas y por otras muchas. Y el caso del juramento que los Reyes Católicos pudieron hacer al rey D. Manuel, su padre, diferia mucho del presente.

CAPÍTULO XVIII.

Hace el Rey trasladar los cuerpos Reales en Sevilla á la nueva capilla de su catredal.

Los cuidados de las cosas mayores no se apropiaban tanto á D. Filipe, que los de piedad y prudencia familiar no tuviesen buena parte. Cuando falleció en Sevilla el rey D. Fernando el Santo en el año mil y docientos y cincuenta y uno, á treinta de Mayo, fue depositado su cuerpo en la mezquita mayor que á Dios consagró, y la espada y pendon con que ganó de

los moros la ciudad, y las reliquias de San Leandro, su arzobispo, y dos imágenes de Nuestra Señora Santa María que traia consigo D. Fernando siempre, y colocado todo en una nave donde hoy está la capilla de las Doncellas, en el cuerpo de la iglesia Mayor nueva. En la misma parte fueron sepultados su mujer doña Beatriz y sus hijos el rey D. Alonso el Sabio, D. Pedro, don Fadrique, maestre de Santiago, D. Luis y D. Manuel, y su segunda mujer doña Juana, y sus hijos D. Hernando y doña Leonor, y D. Alonso, señor de Molina, hermano del rey D. Fernando, y despues doña María de Padilla, mujer del rey D. Pedro el Justiciero. Allí permanecieron por largo tiempo hasta que fueron trasladados á otra nueva capilla, que sirve hoy de librería de la iglesia nueva, y despues á otra donde estaba la vieja, junto á gradas, partes que de la mezquita quedaron en el claustro.

Acabada la capilla que hoy se llama de los Reyes en este año, D. Filipe, jamas olvidado de la honra que se debia á la buena memoria de los señores Reyes sus progenitores, dispuso la traslacion de sus cuerpos por su instruccion y Real cédula dirigida á D. Francisco de Rojas y Sandoval, arzobispo, y á su Cabildo, Audiencia Real, Asistente y ciudad. Señaló el dia de la traslacion, las calles por donde habia de pasar, la precedencia de los cuerpos, especialmente que el de la reina doña María de Padilla fuese á la gotera del pálio. Juntóse el Arzobispo con las cabezas de los Cabildos y Audiencias en la misma capilla á trece deste mes de Junio, y algunos titulados y caballeros de las Ordenes militares, capellanes y guardas de la Real capilla, y hechos sus autos ante escribano, solenemente descubrieron los cuerpos. El santo Rey tenía un anillo con una piedra azul en la diestra, la espada ceñida, espuelas calzadas; y la reina doña Leonor una ajorca de oro, tejillo negro con algunas perlas; y el rey D. Alonso, demas de la espada, cetro, corona é insignias como de emperador, zapatos á lo antiguo con lazos de plata, la frente y cabeza grande en demasía, y la barba poco más crecida que un clérigo. Cerradas las caxas, forradas en terciopelo bordado de castillos y leones y coronas de plata y oro, con mucha decencia y autoridad las pusieron sobre el túmulo suntuoso, entre los dos coros levantado, y la imágen de Nuestra Señora de los Reyes, en su trono portátil ó andas, en la capilla mayor; y la otra, que es de hueso, en el altar con el cuerpo de San Leandro.

En el dia siguiente, fiesta de la Santísima Trinidad, se vieron las calles como para la procesion del dia del Santísimo Sacramento, adornadas con variedad de riqueza, arcos triunfales y curiosas invenciones de los grandes ingenios y sabios de Sevilla. En la procesion fué el Arzobispo de pontifical vestido, con las dignidades y clerecía de su iglesia y parroquias en gran número, las religiones por su antigüedad, el Santo Oficio de la Inquisicion, los colegiales del Maestro Rodrigo, la Universidad, Cabildo seglar, Jurados, Regente, Audiencia, ministros de justicia, que son muchos, el pendon de la

ciudad, los oficiales de la Contratacion, y venticinco cofradías con muchas hachas, estandarte é insínias; maceros, hombres de armas, docientos soldados lucidos y bien armados. Esto junto con la diversidad de instrumentos y voces de música, mostraba la ecelencia y grandeza de Sevilla, en toda Europa señalada por ella. El cuerpo de San Leandro y las imágenes y reliquias iban en hombros de sacerdotes, y el santo Rey de títulos, debaxo del palio que llevaban los veinticuatros; y el cuerpo de D. Fadrique caballeros con mantos, rodeado de sus freiles; la espada del Rey el asistente D. Hernando de Torres y Portugal, conde del Villar, y el Real guion cuadrete D. Juan de Sandoval, sobrino del Arzobispo y hermano de D. Francisco de Sandoval, marqués de Denia.

Cierto fue insigne el acto y solene el dia con grandeza y maravillosa providencia dispuesto. Celebrada la funeral en el dia quince de Junio, colocaron en sus sepulcros los cuerpos reales, y el pendon y espada en la capilla dellos. Cumplió Sevilla bien el deseo de su Rey, en que sus progenitores serenísimos fuesen venerados, y célebre su memoria felice y santa, y holgó con la relacion que le envió, y dió las gracias al Arzobispo y ciudad, que mereció su demostracion de obediencia, amor y grandeza. Dotó aniversario perpétuo en el dia de la Translacion, y asisten los dos cabildos, Audiencia y asistente á él; y en el de San Clemente se saca en procesion la espada del santo rey D. Fernando.

Habia mandado con instancia al cardenal Perenot de Granvela venir á España á servir de presidente del Consejo de Italia, y llegó á Génova al tiempo que D. Juan de Idiaquez á Sarrabal para ir por embaxador á Francia en lugar de Juan de Vargas Mexía, y recibió órden del Rey por carta de veinte de Mayo, de partirse sin venir á España como tenía intento, para dar cuenta á su Majestad del estado de las cosas de su embaxada de Venecia y visitar su casa en San Sebastian. El secretario Antonio Pérez poco su amigo, sospechoso del favor del Rey y de la visita que se le hacía, y por lo que él entendia, pronosticando lo que fue, procuró que don Juan no viniese á Madrid por medio del embaxador de Génova D. Pedro de Mendoza y de Juan Andrea Doria, diciendo convenia luégo reforzar aquella embaxada con su prudencia y valor, importantes en París para inducir al Rey á no ayudar á sus rebeldes de Flandres ni al Duque de Alanzon su hermano para ello, ni declararse en favor de los que en Portugal intentasen contra el Rey Católico, impidiéndole la sucesion en aquella Corona. Fue el Cardenal grande amigo de Alonso de Idiaquez, padre de D. Juan, cuando reinando el emperador Cárlos V eran de su Consejo de Estado, y aseguróle tendria D. Filipe por bien el verle.

Embarcáronse en venticuatro galeras que traian los españoles soldados viejos de Nápoles para reforzar con ellos las de España, que el Rey queria arrimar á Portugal á dar favor á sus amigos y á los que por él se de-

clarasen. Llegaron á Madrid á veintiocho de Julio, y el Rey desde el Escorial. Y en la misma tarde el alcalde de Córte Alvaro García de Toledo llevó preso á su casa al secretario Antonio Perez, donde estuvo, y por enfermedad le volvió á su posada con buena guarda, y licencia para ir á misa, sin haber novedad en su oficio de secretario, despachándose en él y por él como ántes de la prision. Mucho se habló sobre ella, por ser cuando estaba Antonio Perez en lo más alto de su fortuna, favor y buena opinion de su Rey y reino, que tal es la inconstancia de todo. Hizo el caso más considerable el haberle visitado el padre fray Diego de Chaves, confesor de su Majestad, y se creyó por esto no habia en su gracia destemplanza; y el suceso fue gran fuerza de emulacion y calumnia, si bien la sospecha de que hizo matar á Escobedo abonó en parte la prision. A otros pareció tenía fundamentos mayores, remitiendo su verificacion á la revelacion del tiempo, de secretos y causas.

Atribuian algunos aficionados á Antonio Perez su caida al parecer de que la voluntad de los Príncipes anda sobre los quicios de sus varios antojos, combatida siempre y requestada de muchos celosos unos de otros, y deseosos de fixarla para su autoridad y provecho. Mas no consideraban es la semejanza en las virtudes igualdad de vida, que por todas partes cuadra con la razon y la privanza amistad entre buenos; y en dexando de serlo el privado del Rey falta ó quiebra. El pasar Neron de buen emperador á malo hizo morir á sus favorecidos Buro y Séneca, y á Aman privado del rey Asuero. El conversar con buenos es cierta imitacion de virtud, que nace de que la conversacion no puede ser sin alguna conformidad en las acciones; y porque de buenos no salen sino las buenas, necesariamente su familiaridad exercita la virtud, sin la cual no puede estar mucho tiempo el malo donde se hacen obras contrarias á las suyas. La figura ó el nombre no hacen amigo ó enemigo, mas su bueno ó malo; y el amigo no difiere del enemigo sino en las costumbres y hechos; y siendo bueno el extraño parece familiar, y extraño éste, cuando es malo. Enfada á algunos Príncipes cualquiera error de sus domésticos y ministros, y los dexan, sin advertir que los hombres tienen defetos, y quitándolos por alguno hallarán en otros más y porque cuando son aptos á corregirse, es mayor virtud sanarlos que quitarlos, si los vicios no manchan el honor y la dignidad.

Esta prision admiró tambien, porque jamas D. Filipe mudó la voluntad con el castigo de algunos, derribados de la natural mudanza de las cosas humanas sujetas á descuidos, inadvertencias ó aventuras de que no se sale bien. Conocia con su prudencia el término y modo de vivir y proceder del ministro, humor, estado; y cuando degeneraba, secándose con él, ó mostrándosele tibio, le hacía recobrarse con industria, diligencia, asistencia, trabajo. Tenía cierto término y raya de donde no habia de pasar el

privado jamas; y en llegando á ella parecia caer, porque tanto vuelve un favorecido atras, cuanto no va adelante; y cuanto hirió con más furia esta pelota de viento en la roca de la gracia deste Príncipe, con tanta más retrocedia furiosa. Parece á algunos suele ser causa desta caida el conocer el Príncipe al favorecido superior en el entendimiento, y que por esto dice el texto sagrado: delante del Rey no quieras parecer sabio, y á tu prudencia pon tasa, porque en la mucha sabiduría hay mucha indignacion, que sólo parezca que él sabe se ha de entender. Y aunque la indignacion en la mucha sabiduría (dicen algunos) es porque el sabio se indigna de los hechos y preguntas de necios infinitos, por soberbia que da la sabiduría, Trismegisto dice: los que tienen conocimiento universal de las cosas no son agradables al pueblo, ni éste por su ignorancia á los sabios. En la cámara de los príncipes á veces dañan los estudios, memoria, ingenio, elocuencia, capacidad, porque en la opinion cerca del gran señor tiene su parte la fortuna. Por la eminencia que en sabiduría tuvo D. Filipe sobre sus ministros, estuvieron seguros de caida de la gracia, y admirados los del Magistrado de sus advertencias, dudas, decretos, órdenes, resoluciones; y así ecedia á un secretario lego inoficioso en el conocimiento de las causas, medios, consistencia y fines de los negocios, y juzgaba bien en ellos, y eligia lo mejor cumpliendo con su oficio, pues tenía para obrar diestros y ecelentes en el ministerio y cargo en quedos puso.

En primero de Junio en Lisboa, en las casas que fueron de Martin Alfonso de Sousa junto al monasterio de San Francisco, en que estaba el rey D. Enrique cardenal, propuso á los tres Estados juntos Miguel de Moura, del Consejo de Estado y su secretario:

«Ser la causa de su llamamiento el deseo de la pública paz, en caso que »su Alteza no dexase decendientes, ó en su vida no tomase resolucion en »el que habia de ser. Y pues el derecho de la sucesion estaba puesto en »justicia, y las partes que pretendian tener derecho eran ya requeridos, y »corria la causa por sus términos ordinarios y jurídicos, para el sosiego co»mun convenia que los tres Estados jurasen solenemente de no reconocer »por rey ni príncipe de aquellos reinos y señoríos de Portugal, ni obede»cerian á persona alguna como á tal, sino al que por justicia fuese deter»minado pertenecer la sucesion dellos, en caso que sin decendientes falle»ciese; ni tomarian voz ni bando por persona alguna, so pena de traidores »y de su castigo en el cuerpo, en la honra y en la hacienda, lo juraron »así, y de que si alguno con las armas ó inquietando la República qui»siese haber la dicha sucesion, no le obedecerian, ántes le resistirian con »todas sus fuerzas y poder; de obedecer á los gobernadores y defensores »de los reinos, que por su Alteza fuesen electos y declarados y los jueces »que escogieso el Cardenal. No determinando en su vida cumplirian, y »harian cumplir la sentencia enteramente, y dello se hizo auto público.

»Despues juró lo mismo la ciudad de Lisboa en cuatro del mismo mes, y »el Duque de Barganza por sí y por su mujer, y á los trece D. Antonio, »y todos ante Miguel de Moura.»

Andrea Gasparo Corzo vino á Madrid con carta del Rey de Fez, fecha á catorce de Marzo, para tratar de la paz por el xerife Muley Mahamet con D. Filipe, y decir entregó el cuerpo del rey D. Sebastian, y al Embaxador de Castilla y al Duque de Barcelos entregaria, como se lo habia pedido el capitan Francisco de Zúñiga y el puerto de Alarache con buenas condiciones, porque estaba satisfecho del ánimo de su Majestad que las guardaria. El Rey despachó á Andrea Gasparo con promesas de que brevemente enviaria á efetuar lo que se habia comenzado á poner en prática por su hermano Muley Moluc, y el Corzo dexó en Madrid á la solicitud desto á Diego Marin, presbítero, beneficiado de Bedar y Setenia, en el reino de Granada, que servia al Rey de Fez de lengua y agente mandadero al de Castilla. Eligió su Majestad para el efeto á Pedro Venegas de Córdoba, valeroso soldado, inteligente de las cosas de Berbería, y que por sus hechos señalados siendo alcaide de Melilla tenía gran nombre entre los moros, como fama entre los cristianos. Salió de Madrid guiado del beneficiado Marin, con instrucion y carta para el Rey de Fez, su fecha en Toledo á ocho de Junio, y á treinta de Julio se la dió, y decia así:

«Al rey Muley Hamet xerife, D. Filipe, por la gracia de Dios, rey de »España, etc. A vos el nombrado y alabado entre los moros Muley Hamet, »rey de Marruecos y de Fez, como aquel á quien todo bien y honra de»seamos, salud y acrecentamiento de buenos deseos. Habiendo holgado de »entender por relacion de Andrea Gasparo Corzo que deseais llevar ade»lante la prática de paz y amistad que con nos procuraba tener el rey Mo»luc, vuestro hermano, he mandado á Pedro Venegas de Córdova, mi »criado, que os lo declare por medio de Diego Marin, que por mi órden »va en su compañía. Y así os rogamos, que dando entera fe y crédito á lo »que ambos ó cada uno dellos os dixere, propusiere y pidiere de nuestra »parte sobre este negocio, vengais en ello de manera que se trate y con»cluya tan á satisfacion de ambos, como esperamos que se hará, pues no »dudamos conoceréis que el efeto dello ha de ser en mucho beneficio de »vuestras cosas, y causa de que tengamos con vos correspondencia de bue»na amistad, que plega á Dios que así sea, y os guarde y prospere nom»brado y alabado Rey entre los moros en lo que más os conviniere.»

En la instrucion era la intencion del Rey que la paz y alianza fuese dando á Alarache, segun lo habia propuesto Moluc, y no de otra manera, y en su correspondencia se le concediesen otras cosas convenientes al bien y seguridad de los súbditos de ambos. Por el mes de Junio salió de Madrid Pedro Venegas con Diego Marin, y llegaron á Fez. Habiendo el Xerife consultado el negocio con Marin y Cidi Mahamet, con Soliman, ca-

pitan de Almiahaca del dicho rey, que es general de su exército, respondió, habiendo primero dado palabra y respuestas aficionadas, que más por amistad que por otro respeto se contentaba de dar á Alarache para que le sustentase por propio D. Filipe, y que la paz se asentase por veinte años, y asegurasen las costas de ambos, para que los súbditos no se hiciesen daño, y si lo hiciesen, fuesen castigados. Le ayudase su Majestad á defenderlas con sus galeras acometiéndolas algun príncipe de su ley, y á él en la tierra ó en rebelion de sus Estados pidiéndole ayuda, y no la dará á príncipe cristiano contra él ni contra ellos; y á sus vasallos se habia de dar acogida en sus puertos, aportando á ellos con borrasca ó con otra necesidad, y hacer buen tratamiento, dándoles por su dinero bastimentos, y lo que fuese menester. Cuando sus bajeles topasen los de su Majestad no les habian de abatir su estandarte ni banderas, sino que habian de ir arboladas, ni quitarian la entrada de los navíos del comercio de sus Estados, y se les habia de dar la plaza de Mazagan en cambio de Alarache, pues estaba fuera de la navegacion de turcos.

Concedidas estas condiciones por el Venegas, le pidió al Xerife casi otras tales. Cargando en sacarle de la amistad del turco, propuso no pudiese casar con hija ó parienta dél, ni tratar de treguas ni paz sin consentimiento de D. Filipe. Los cosarios no pudiesen prender en sus puertos los cristianos, si no eran sus vasallos ó moros, y siéndolo, mandaria prendellos, restituiria las haciendas y á los que fuesen de contraria ley á los cristianos. Mas le convenia que no supiesen sus moros daba á Alarache, y así se tuviese en secreto. Actuóse por escritura otorgada en lengua castellana por el Venegas y Marin, y el Xerife en lengua arábiga, y otra de la entrega de Alarache, secreta, escrita en castellano de mano de Marin en una hoja de papel de la marca grande, y la firmó y selló con Real sello de oro, y quedó en poder de Venegas, y en el del Rey la suya dellos.

CAPÍTULO XIX.

Solicitan los Embaxadores del Rey de Castilla al de Portugal para que le nombre sucesor, y junta exército, y el Pontífice procura que le disuelva.

En Portugal los Embaxadores del Rey Católico, comenzando el Duque de Osuna el razonamiento conforme al órden de su Rey, informaron á don Enrique breve y doctamente de la justicia de su señor, y le dieron en escrito la informacion de su derecho. Porque algunos venian en conocimiento dél, y otros se recataban dello, juzgando por la fuerte negacion la

flaqueza de la justicia, la industria y útil traza y diestra, ofreció á cada Estado todas las comodidades que le faltaban, porque sólo un interés grueso que les compitiese en el entendimiento y en la voluntad con el ódio, sería medio para que pasasen por la union del reino con el de Castilla; porque considerados los inconvenientes y dificultades de la guerra, aunque parecia fácil, se veria se compraba barato, cuando no quedára á D. Filipe sino el supremo señorío en Portugal. Declarándole el Rey y jurándole el reino por legítimo sucesor de aquella corona, conservaria la casa Real con todos sus oficios, guardando sus fueros y estilos como los reyes pasados y el presente, y admitiria en la de Borgoña los portugueses como los castellanos sin diferencia, y en servicio de la Reina las damas, y las casaria como á las de Castilla. Honraria y haria merced al Duque de Barganza y á D. Antonio, prior de Ocrato, como á persona de su sangre, aunque su pretension á la corona era de poco fundamento. Porque la administracion de tantos reinos le impedia el residir siempre en aquél, como merecia su fidelidad y amor de los naturales, cuando hiciese ausencia, enviaria el Príncipe á asistirle, para que conociese y estimase tan buenos vasallos, y cuando ambos no pudiesen, dispondria el gobierno á su satisfacion. Revocaria la ley mental en cuanto restringia la sucesion de los mayorazgos á sólo hijo varon, permitiendo que sucediesen hijas y parientes más propincuos, como en Castilla; calificaria las juridiciones á todos los señores de vasallos conforme á la costumbre de Castilla, si con razon se pudiese hacer. Proveeria los oficios de gobierno y justicia en naturales, y en el que llaman del despacho para consultar, y los ministros necesarios á la buena expedicion de negocios estando ausente de Portugal. Proveeria á los eclesiásticos en las dignidades y beneficios de Castilla, y no impetraria gracia para agraviarlos, y favoreceria con mercedes y limosnas los monasterios, como por su religion acostumbró. Y aunque en daño de su hacienda, abriria los puertos secos en el uno y otro reino, para que se aumentase el comercio sin pagar derechos, y el de veinte por ciento baxaria á diez en el alfandiga de Lisboa. Daria docientos mil ducados para rescatar los fidalgos de Africa, y cien mil para la redencion de los pobres á disposicion de la misericordia de Lisboa. Con esto se justificaba el Rey con Dios y con el mundo, en caso que no admitiendo de ganar su ira sobre ellos; y habiéndole, cayese el reino con sangre, ó con dineros, esto era mejor, si acetaban la oferta, y aunque se perdiese un pedazo de juridicion y renta. Y porque el rey Enrique estaba tan acabado, si dexase nombrado sucesor por disposicion entre vivos ó de última voluntad, y el reino le quisiese admitir ó nombrar, no habiendo hecho nombramiento el Cardenal, se le opusiesen por buenos medios, y no valiendo á ello con los protestos en forma y á algunos particulares.

Para dar favor á los que por D. Filipe se declarasen, ó quisiesen decla-

rar, impedidos ántes del miedo, proveyó que el Marqués de Santa Cruz con las galeras los amparase, dando por causa de haber llegado tan adelante el querer que asistiesen á los gobernadores en lo que ordenasen contra la gente popular suelta y desmandada en tiempo tan revuelto. Y si habia Rey intruso y no gobernadores, empezar la jornada ganando las defensas de la entrada del puerto de San Gian, Belen y Cascais para las armadas que habian de proseguir la guerra. Sabiendo el rey D. Enrique de tantos apprestos, dixo á D. Cristóbal de Moura con encarecimiento le dolia mucho, y respondió debia más de las armas que aprestaba D. Antonio, y de que en toda parte en Portugal se formase milicia y se repartiesen armas y municiones. Aunque D. Filipe tuviera junto y cercano un grande exército, no era culpable, por estar las casas de Lisboa llenas de armados, y decir los demas lugares habian de alzar por Rey á D. Antonio, si su Majestad faltaba sin respeto de gobernadores ni justicias, y algunos á la Duquesa de Barganza. Y aunque la intencion del Rey Católico no era de derramar sangre de portugueses, sino de partir con ellos la de sus venas, no le convenia estar tan descuidado que pensasen poderle hacer agravio. Tenía muchas partes donde acudir con sus efetos, y caso que fuesen sus armadas para emplearlas en aquel reino, era por haberle escrito que el pueblo prometió á D. Antonio de levantarle por Rey en muriendo D. Enrique, y para resistir á éstos se apercebia, no para oprimir los vasallos. Estaba en su mano atajar las sospechas y nublados y el dexar su reino próspero y rico, y la cristiandad tan reforzada como se podia entender, y declarando á don Filipe por sucesor, haria por ello cuanto el reino podia desear, y le encargaba la conciencia. Respondió con más inclinacion y gusto á las cosas del Rey Católico que ántes, y sacisfacion de su ánimo y seguridad, deseaba acomodar el negocio.

Miguel de Moura y Francisco de Sá descubrieron la intencion del Cardenal tratar de medios, con otro lenguaje de todos y otro humor. Díxoles el Embaxador dexaria D. Filipe en mano del Rey, su tio, el asentar las mercedes que habia de hacer al reino y algunos particulares con la mayor autoridad suya, para que de su mano las reconociesen, y él la sucesion. Aprobaron esto, mas instaban todavía en que esperase buena sentencia, y respondióles sería tal juzgando él solo; mas habiendo de seguir consejo y parecer de otros naturales, se recataba con mucha razon D. Filipe deste juicio; y pues su justicia era tan clara, se valiesen de la buena fortuna que se les presentaba con los medios propuestos. Replicaron era llegado el plazo de la sentencia, y las partes presentes la esperaban, y no cumplia el Rey con su conciencia si no la pronunciaba.

Escribió el Pontífice á su Nuncio de Castilla dixese al Rey corria la voz de que su preparacion de tantas gentes y armas en Europa eran contra Portugal, con grande ofensa de Dios y poca satisfacion de la cristiandad.

Si bien no era su intencion quitar á otro lo que le diese el derecho, no justificaba su causa en el cielo y en la tierra por sola declaracion de sus letrados propios; y por esto y por otros accidentes y no sinceros consejos, convenia á su prudencia y bondad no borrar el buen nombre que tenía de no codicioso de lo ajeno, ántes dador de lo propio, queriendo facilitar con la fuerza lo que habia de ser con la gracia de Dios favorable y celo justo, y despues con su gran poder y favor de sus amigos, que no sería de poco momento. Y porque podria decir con razon, no le estaba bien someterse á juicio de portugueses, poco amigos de castellanos, y él sentia lo mismo, encargaria al Rey de Portugal pusiese el juicio en manos de no sospechosos para esperar sentencia justa y no ofuscada con intereses y pasiones. Mereceria mucho consiguiendo su intento por justicia y con su Santidad, entendiendo vino forzado al remedio de las armas. No era éste seguro ahora por la obstinacion de portugueses y la prontitud de otros príncipes en su favor, con daño de aquellos pueblos, por la mala dotrina que la mezcla de sus gentes les podria pegar. No le movia sino el cargo que tenía de mirar por la paz y quietud general y el amor á las cosas de tan buen Rey. Podria conquistar con estas armas á Argel, temeroso dellas por las pocas que tenía para defenderse, y cuando esto quisiese, enviaria Nuncio Legado á Portugal, segun lo que mejor le pareciese.

Envió lo que en escrito le dió el Nuncio al Duque de Osuna; y confiriéndolo en su junta de Embaxadores, respondió: que siendo buena ya la intencion y amistad del rey Enrique, no era á propósito tratar de compromiso, mayormente no le habiendo querido atar las manos con el derecho presente. Se debia responder con agradecimiento y generalidad, excusando toda manera de prenda. Y que ultra de la dificultad ó imposibilidad de hallarse personas á quien se pudiese fiar tan gran causa, peligrosa y celosa, la obligacion del compromiso no caia sino sobre causa dudosa, y la difinicion de la duda ser cuando los abogados no se conforman ni resuelven por várias y encontradas razones; mas aquí todos desapasionados concurrian de manera que la causa no era dudosa. En la junta de Castilla resolvieron el dilatar la respuesta al Pontífice, porque militaban en el ánimo del Rey diversas cosas. Conocia era de mucha edad y sus herederos niños, y sus émulos temerosos del aumento de su poder con la corona de Portugal, y le podrian divertir con las armas; y así el medio del concierto le era más agradable. Parecíale el Pontífice sospechoso y que no estaba bien en que juntase á Portugal con sus reinos, y no se aseguraba de su voluntad ni queria perjudicar á su derecho comprometiendo en su mano, ni darle tanta autoridad y juridicion con este exemplo, que pudiese juzgar en la sucesion de los reinos. Y mandóle responder era su derecho tan claro, que se le guardaria el rey Enrique; mas en caso de necesidad de interposicion alguna, se valdria del buen celo y obras de su Santidad.

El señor de Beaubois fue recebido en Portugal honorablemente del Rey, del Duque de Barganza y del Prior, y despachado con gran satisfacion, volvió por mar á Francia y desembarcó en Nántes. Cuanto trató supo don Filipe, porque el Obispo de Comenges, hermano bastardo de Mos Lansac, lo refirió al Embaxador de España. Los portugueses echaron lembranzas en París, y las dieron á los Consejeros de Estado, y trataban muy al descubierto de pedir socorros declarando su intencion y poder, para inclinar y mover á su defensa aquella nacion, y le ofrecian el Brasil y algunas islas más cercanas y otras conquistas, como no tocasen en la India. Y decia Beaubois tomaria con sólo cuatro mil hombres á Lisboa; y aunque era Maestre de Campo de las compañías francesas de la guarda de su Rey, juzgaba mal. Su embaxador fue disfrazado á las dos de la tarde con gran secreto sólo con un criado á hablar al secretario de Estado, Villarroel, y se detuvo muchas horas en la prática.

Eduardo Weton, embaxador de Inglaterra, llegó á Portugal, visitó al Rey, al Prior, al de Barganza, y ofreció cuanto su Reina podia en su favor. Volvió por Castilla, y habló al Rey, y le dió carta de su ama, y pareció de cortesía y visita, y fue brevemente despedido. Llevó consigo á Antonio del Castillo y Antonio Fogasa, portugueses; y D. Filipe lo avisó á D. Bernardino de Mendoza y cómo se habia de haber con ellos. Tambien pasó por Madrid para Portugal el Conde de Monfort, gentilhombre de la boca del Emperador, á visitar al nuevo Rey; y el Prior de Mecina de parte del gran Maestre de San Juan. El Sauli, enviado por el Pontífice á Portugal, volvió con resolucion de que el Rey enviaria tres personas á pedir la dispensacion, porque el temor de que D. Filipe les queria hacer guerra movia á los portugueses. Y el Embaxador de España decia al Pontífice aceleraria esto y el dar la dispensacion, porque procuraria luégo su Rey entrar á tomar la posesion de su reino como le convenia. Temió Gregorio, y en la prorogacion del subsidio se detenia; porque si en aquel año se armaba contra Portugal Castilla, no le concederia y revocaria todas las gracias. El Embaxador le replicó las debia conceder ántes cuando no se hubieran concedido, siendo la guerra tan justa, por ser el derecho de D. Filipe tan claro. Se mejorase de intencion para con tal Príncipe, coluna de la Iglesia, pues no sabía cuándo le habria menester, y le querria tener á su devocion, como estaba pronto en servicio y defensa de la Sacra Silla.

CAPÍTULO XX.

Lo que negoció con el Rey de Marruecos Pedro Venegas de Córdoba, enviado por el Rey Católico.

Iba Muley Mahamet, nuevo Rey de Fez, estableciendo su reino, aconsejado y ayudado de Reduan Elche, portugués, y de Amubenseleme, en cuya mano estaba el gobierno. Los alcaides Cahia, Gorri y Guali, mal satisfechos por esto y por la poca merced que les hacía, presumiendo debia reconocer dellos la Corona, desestimándole conjuraron con otros de matalle en el camino de Marruecos, donde queria asentar su Córte como sus predecesores. Entendió el trato Muley Mahamet, y pensaba en cualquiera trance valerse de los fidalgos de Portugal captivos, de cuyo valor y lealtad fiaba mucho; y así los trataba con más comodidad de sus personas y mejores esperanzas en el precio de su rescate. Hizo secretamente llamar y matar los alcaides, y pacificado y temido entró en Marruecos.

A ocho de Julio llegó á ella por el Rey Católico Pedro Venegas de Córdoba, y dióle su carta y presente de gran valor. Satisfecho de la buena voluntad de tan gran Rey, estimó en mucho su visita y presente, y en más al Duque de Barcelos, viendo le llamaba sobrino, y encomendó su regalo el Rey y buen tratamiento de los fidalgos captivos. Aprobó su Consejo el dársele graciosamente al Rey Católico, y prometiólo á Pedro Venegas y no á D. Francisco de Acosta, que por el Rey de Portugal vino, aunque les hizo el Xerife desusadas cortesías en su recebimiento por ser los primeros que allí entraron con nombre de Embaxadores. Muley Hamet [partió] hasta Marruecos bien acompañado, y con escolta llevó al Duque, aposentóle bien y le visitó dos veces haciéndole todo regalo y honra como merecia el ser sobrino de tan gran Rey, y su edad y condicion verdaderamente Real. El concierto de los fidalgos puso muy adelante Pedro Venegas, mas Muley Mahamet queria que le entregase á Muley Nazar, su sobrino, hijo del Xerife, causa de tanta desventura á Portugal, que se huyó de la batalla y estaba en Arcilla. Los fidalgos le respondieron no podian hacer ni prometer lo que no estaba en su mano. Instó más en esta entrega el Rey despues que seis mil azuagos de su milicia tumultuaron en Fez pidiendo sus pagas, y con muchos captivos unidos iban á levantar por Rey y traer de Arcilla á Muley Nazar. Mas fueron retenidos de las promesas y autoridad de Reduan Elche, y despues muertos con secreto mandato del Rey (para asegurarse desta nacion) en una hora todos los que habia della en sus pro-

vincias. Estaba otro sobrino, hijo de su hermano, en Argel con sus parientes, y para que le retuviese el Rey le granjeaba con dones y promesas de estar en la devocion del turco siempre; pero temiéndose dél y de sus tiranos ministros, satisfacia con liberalidad y muestra de buena voluntad al rey D. Filipe.

Pudo tanto la negociacion y prudencia de Pedro Venegas con el Xerife, que le concedió la libertad del Duque de Barcelos graciosamente; y para certificarse el Embaxador de Portugal le habló, y él cautamente le dixo intercedió con Muley Mahamet para que se hubiese bien con el Duque de Barganza en el rescate de su hijo, y si le presentase á su Rey dudaria en recebille sin órden suyo, bien que en esto no acertó del todo. El Embaxador le rogó mirase el peligro dél en tan tierna edad si quedase captivo, y le recibiese de cualquiera suerte. El Venegas publicó la dádiva para que el Rey no se arrepintiese por la codicia, y fué á dar en público la nueva del estar ya libre el Duque, admirando á los portugueses tanta liberalidad del moro. Procuró la libertad todos estos caballeros, y húbola solamente don Enrique de Portugal, hijo de Conde de Vimioso, heredado, y debia tambien la vida al Rey Católico, porque el moro le habia mandado matar ó morir en prision por causas secretas; y así mostrábase muy obligado, como dixo, al Venegas, y muy quexoso del Cardenal por haber tratado poco de su rescate. El Venegas, considerando podrian los portugueses con desatino llevar huyendo al Duque á Mazagan, con riesgo de prendellos ó matallos, le aseguró en su casa; y porque traian confuso al Xerife con el trato de entregarle los Infantes, y tan indeterminable que le dixo Reduan su gran privado y como lugarteniente de los reinos, estuvo incierto desta entrega hasta aquel dia. No bastó su privanza para que en el siguiente no le cortase la cabeza su señor (tan á peligro está) y al alcaide Caban, y tenía presos para hacer otro tanto á Mahamet Lataba, alcaide de Calé, y al alcaide Alí, francés.

Los portugueses, menorando la negociacion del Venegas, decian presentaba tambien á su Rey al Duque el Xerife; y desengañados de poderlo persuadir, añadian era terrible caso ponerle en poder de su enemigo. Y el Rey le refirió se le quexaron de haber hecho más por el de Castilla que por el de Portugal, y le solicitaron para que revocase la dádiva y les diese al Duque por cualquiera rescate, y confederase con su reino y le ayudase contra Castilla, ofreciéndole grandes partidos, de que infirió estaba el derecho de Portugal entre D. Filipe y el Duque, y respondió con algun cumplimiento burlando del portugués. Desto deducia el Venegas no habia ido á otro efeto el Embaxador. Estaba en Arcilla Muley Nazar y el Xeque en Portugal, y pedia el Xerife se los entregasen, porque uno de sus mágicos afirmaba reinaria el Nazar; y aunque le respondió era contra su religion, andaba viva la prática; y porque ya se contentaba con que los lleva-

sen á la India. Para perder el miedo que tenía de Muley Rabut, pretensor del reino, huido de la prision, y que desde las montañas le amenazaba, queria tener muy á su devocion al Rey Católico, y así haria cuanto gustase. Por esto le escribió el Venegas se negociase que los Infantes pasasen á Castilla para estar seguros.

Habia dias que disponian los portugueses el enviar á Lisboa á tratar destas materias á D. Duarte de Meneses, aunque publicaba á otra, y se dilató su partida, y recelaba el Venegas le entretuviese el Xerife hasta que volviese de Portugal el Meneses, bien que le habia dicho le despacharia muy presto, porque le declaró la negociacion del Meneses y su trato con el Cardenal Rey, y le satisfizo jurando por toda su ley pedia solamente á sus sobrinos y lo escribiese á D. Filipe. Solicitaba el salir de África, porque si los entregaban los portugueses haria cuanto le pidiesen; y dixo le despachase porque su venida fue á efetuar la confirmacion de los capítulos de la paz, y era llegada la de Castilla, y el pedir al Duque era accesorio, y con la dilacion ponia duda en su buen despacho.

En este tiempo vino carta del Pontífice á su Nuncio, y consultada en el Consejo, el Rey la envió á sus embaxadores en Portugal, y respondieron: creian el fin de su Santidad no era de pretender juridicion en la causa de la sucesion de aquella Corona, sino de interponerse como medianero, y conforme á su oficio pastoral, por la paz comun y bien de la Cristiandad. Mas se advertia dió muestras de no desear obtuviese aquellos reinos su Majestad, habiendo cometido la causa de la legitimidad de D. Antonio al Rey Cardenal, y él sentenciádola justa y jurídicamente; y por nuevo Breve la advocó á sí; y no habiendo visto los méritos della, daba por ninguna cualquiera sentencia, pronunciada en ello contra todos los autos que hubiesen precedido: cosa rara, nueva y exorbitante, y en agravio del Rey, y más habiendo venido el Breve por el correo de Francia y tambien aquella carta, siendo la Reina madre pretensora. Por esto al presente, estando su Majestad más prevenido de fuerza y armas que los demas, se podria temer se hubiese hecho á instancia de la misma Reina ú de otros, que, viendo conseguir al Rey su derecho, le querian dilatar y entretener hasta ser apercebidos con igual ó mayor poder.

Respondió á su Santidad, segun lo que le consultaron, estimando y agradeciendo el oficio, y advirtiéndole fue enterado de su justicia por los letrados de su Consejo y de abogados de sus reinos y de los de otros, especialmente de Portugal, y todos juzgaban su derecho por notorio; de manera que cuanto á esto tenía la entera satisfacion que la grandeza del negocio requeria; y juntamente enviaba una informacion y con declaracion de los derechos presentes que tenía por muerte de D. Sebastian con exclusion del Rey Cardenal, y su execucion suspendió por excusar las armas en cuanto podia haber otro remedio. Sus prevenciones hizo con parecer de su

Consejo y de grandes letrados, teólogos y juristas, para usar dellas solamente en caso que se pudiese hacer con mucha justificacion y cristiandad, y que faltando todos los otros medios justos que habia pretendido siempre y pretendia, y no en otra manera para impedir los disinios y movimientos ilícitos que de alguno sospechaba; estuviese cierto su Beatitud habia sido aquello hasta allí y adelante sería, porque era conveniente á su Majestad como al mayor de los príncipes cristianos, y justificar sus acciones con todo el mundo, y mucho más con su Santidad.

El Rey, con el aviso de Pedro Venegas de lo que negociaba en Marruecos, escribió al Xerife agradeciendo la libertad del Duque de Barcelos y pidiéndole su breve despedida, y al Venegas lo procurase; y si presto no podia ponerse con el Duque en Ceuta, viniese á Mazagan, diciendo á los que le acompañasen lo hacía por acortar el camino y acabar de poner al Duque en salvamento, asegurándole y á los demas; y era conveniente, porque no sucediese disturbio en su libertad; y entregando el Duque á los suyos, avisase al Marqués de Santa Cruz enviase galeras en que le pasasen á España, y al Duque los portugueses llevasen á sus padres, pues habia cumplido con lo que le tocaba en ponérsele en libertad.

Por carta de ocho de Agosto de Pedro Venegas supo la promesa de entregarle al Duque de Barcelos graciosamente. Dió aviso á sus Embaxadores de Portugal para que lo dixesen al rey D. Enrique, y cuánto contento le daba la libertad del Duque por el peligro que corria en cualquiera revolucion de aquella parte de Africa de venir en poder de turcos, ó por otro accidente de los que pudieran acaecer. Y así habia mandado traerle á Tituan, y que las galeras fuesen á pasarle en España, y de oficio lo dixesen al Duque y Duquesa sus padres, y que desta suerte les pagaba el injusto impedimento que le ponian para conseguir su derecho, y cuánto mejor les estaria recebir otras mercedes de su mano que pleitear en su contra, y porque al fin por todas vías esperaba de vencerlos. Porque pareciese que estimaba el presente, queria ver al Duque de Barcelos primero que sus padres, conveniente al bien de los demas captivos. Holgó D. Enrique con esta nueva, y solicitado de los ministros de D. Filipe, y algo más satisfecho de su justicia, prometió despachar el negocio de la sucesion brevemente, y encargó el secreto, porque las asperezas pasadas, decia Francisco de Sá, fueron para descuidar la gente, y que pensase entregaba á Castilla el reino la fuerza de su justicia y no su voluntad. Podíase creer de su condicion esto, y que por ella daria la sucesion á su sobrino con el ménos gusto que pudiese; y lo afirmaban el Obispo de Leira Piñeiro y el Arzobispo de Lisboa, más devoto ya del Rey Católico con la promesa de capelo; y los que se iban desengañando y mejorando de ánimo, acudian al Duque de Osuna á pedir mercedes, y eran muchos; con que la parte del Rey Católico se esforzaba con lo más de la nobleza y algunos populares inteligentes, interesados

y cuerdos. Don Enrique deseaba contentar sus pueblos y á doña Catalina su sobrina, y como padre procuraba su bien, y para conseguille en la causa presente tomaba medios de conciertos con los Embaxadores de Castilla. Pedia que, pues no le daban el infante D. Filipe para sucesor suyo, casase el príncipe D. Diego, su hermano, con una hija del Duque de Barganza, en satisfacion de la duda de la justicia que podia haber en esto.

El Duque de Osuna decia á D. Filipe convenia probar primero cuantos medios se imaginasen ántes que venir á éste, que si la necesidad no le hacía bueno, era imposible serlo de sí mismo; porque no pudiera dar más por haber el reino sin tener justicia, descándolo por sola negociacion, que á su hijo mayor para yerno del Duque de Barganza, teniendo tanta justicia y gente de su parte y el exército á punto, con que si el Rey su tio muriese, habria el reino fácilmente. Y así no se hallaba de manera que se pudiese decir que como quiera se ganase, sino que habia de ser por medios que siempre pareciesen bien y los aprobase todo el mundo, como serian los que no pasasen de interes de hacienda. Bastaria casar al Duque sus hijos en Italia, y al hijo segundo con algun patrimonio, y hacelle merced á su padre para desempeñarse, pues su justicia era poca, y muerto el Rey Cardenal sería ninguna, ni viviendo le podria valer más de lo que el Rey Católico quisiese. Los reinos ajenos solian adquirirse por casamiento de Reyes, y para suceder en los que Dios queria que fuesen propios, no era justo usar de aquel medio, habiendo otros bastantes para ello. Se debia mandar á Pedro Venegas no truxese por ahora al Duque de Barcelos, porque convenia que no pareciese en Portugal, y deteniéndole en Castilla, dirian que por tenerle preso le sacó el Rey Católico de captivo, manera de venganza de sus padres y medio para hacelles perder su justicia, y parecia flaqueza del Rey. Era el pueblo tal, que aunque se le hiciese todo regalo, dirian estaba en mazmorra con hierros. No pudiéndole detener en Africa, se usase de liberalidad con los Duques en enviársele luégo, obligándolos á serville, y que si no lo hiciesen, quedasen por ingratos.

La peste desterraba lo más principal de Lisboa y el temor de las revueltas muriendo D. Enrique sin declarar sucesor, y á muchos mal satisfechos de no haber sido nombrados por gobernadores, y por no obedecer á sus iguales. Pegó la peste en esta ciudad la mercancía de tierras apestadas en Flandres y en Inglaterra, de cuya comunicacion por su interes y mal gobierno no se abstenia, y el remedio era ninguno, la disposicion para aumentarla mucha, por el mal aire y mantenerse la mayor parte del pescado ó viandas de la tierra bastas y malas. Este mal afligia; pero en lo que se discurria cerca de la pretension del Rey de Castilla, por muerte de ventidos herederos á él en derecho precedientes, parecia queria Dios unir estas coronas para mayor fuerza de su Iglesia y castigo de sus enemigos. No podria Portugal resistir al poder de tan gran monarca por sus pocas

fuerzas; y cuando las tuvieran para llevar la guerra á lo largo, sería con mayor daño; porque los Reyes de la India, viendo los portugueses della sin poder tener socorro, recuperarian sus tierras y puertos, y los moros en Africa, y los franceses é ingleses acometerian las islas, toda la corona se desmembraria, no sólo en su daño, pero de toda la cristiandad. Serian mejores amigos los castellanos que los franceses, que los robaban cruelmente en el mar, y los otros guardaron los capítulos de la última paz inviolablemente, y metidos atrevidamente en Portugal podrian tiranizar, y expelidos pretender su Rey derecho sobre él, como sobre Milan y las dos Sicilias, y seguir guerra larga; y para evitar tantos daños y quedar en paz, debieran unirse á Castilla, cuando no tuviera la justicia publicada y admitida. Loaban la resolucion del rey Enrique, y la del pedirle que, pues D. Filipe era el más anciano y varon de sus parientes, le hiciese jurar por sucesor, con la capitulacion con que fue admitido el rey D. Manuel, como lo habia ofrecido por público instrumento su Majestad, haciendo de grado (para que se lo agradeciese) lo que podria hacer por fuerza con guerra que llenaria la patria de muertes, estragos, robos, incendios.

Otros no aprobaban la union, por razon de paz, del beneficio de la cristiandad y de sus fuerzas, pues la razon los uniria y haria fuertes Macabeos para imitarlos en vencer pocos á muchos, como acaeció raras veces. Aprobaban la legitimidad de D. Antonio, mostrando apasionado en su probanza al rey Enrique, y el derecho de la Duquesa de Barganza querian precediese al del Rey Católico, el cual, desconfiando de su razon, le aplicaba las armas, ménos de temer en España que en los otros Estados, segun mostró la guerra de Granada, y por no dar su esterilidad comodidad para mantener grandes exércitos. Y porque al compas de su pérdida ó vitoria andarian en las otras provincias, y siendo viejo y sus hijos niños, pondria, si muriese, en trabajo la sucesion con esta guerra. Don Filipe respondió al Duque de Osuna que si no habia otra cosa en que reparar sino en que casase el Príncipe con una de las hijas del Duque de Barganza, se concediese, quedando á eleccion de su Majestad la que habia de ser, y en su falta á voluntad del Príncipe en competente edad; porque tanto más le parecia bien esto, cuanto no habia ahora alguno á propósito deste casamiento, ni áun con aparencia de nacer tan presto.

En tanto, Breve de Roma en favor de D. Antonio anulaba la sentencia del rey D. Enrique, en que justamente le declaraba por ilegítimo, y avocando el Pontífice á sí la causa. Resintióse D. Enrique con el Duque de Osuna desto con tales palabras, que dixo era agravio notorio el que su Santidad le hacía como á Rey justo, como á Cardenal benemérito de la Sede Apostólica y religioso Príncipe, dañoso al Rey Católico y á la quietud de la cristiandad. Resolvió tenerle en oculto y replicar al Pontífice, dándole las razones de su quexa y motivos contra el negocio. Pidió al Rey Católico

volviese por su honor, habiendo revocado el Breve de negociacion de hebreos para revolver el reino y el mundo en favor de un particular, desasosegando á D. Filipe, á quien Dios y las leyes dieron tan claro derecho; no se entendiese le avisó él, sino el Duque, porque le desplaceria y dañaria mucho entender en Roma comunicó á su Majestad Católica tan presto su agravio. Admiró mucho al Duque lo que el rey Enrique le dixo, en caso tan nuevo y para espantar; procuró consolalle, como era bien menester, porque con su enfermedad y vejez estaba niño en el sentimiento y regalo.

Pedro Venegas era celoso del servicio de Dios y de su Príncipe, y supo cómo en Fez, por la ausencia del Xerife, no guardaban sus ministros las órdenes que tenía dadas cerca del tratamiento de los captivos en la observancia de su santa ley y término en el captiverio. Para quexarse al Rey, habida audiencia á ventiseis de Setiembre, le dixo por el intérprete Marin: estaba en su Córte, no sólo para tratar los negocios de su Príncipe, sino del amparo de los miserables captivos cristianos, oprimidos y maltratados en Fez y en Marruecos con mucha impiedad y calumnia, quitándoles hasta el exercicio de la fe católica en su capilla, y el celebrar el culto divino que tuvieron siempre, segun la permision de otras naciones de diversa ley, sin procurar atraerlos á la suya por fuerza, como procuraban ahora los moros, especialmente á los muchachos de tierna edad, simples, sin saber tener voluntad, y contra ella los circuncidaban y ponian con violencia en hábito berberí, no queriendo ser sino cristianos. Le suplicaba los dexasen en libertad para que, sin temor de la muerte y opresion, pudiesen ellos decir la ley que determinaban seguir, y ésta y no otra tuviesen, aunque fuesen captivos. Pues su religion cristiana recibia solamente los que de buen grado querian seguirla y la pedian, y á ninguno apremiaban, ni ménos á los moros y turcos prisioneros; y él habia tenido ganados por su brazo en Melilla muchos, y los dexó vivir libremente en la secta de Mahoma. Y estos malos tratamientos se habian extendido hasta romper las imágenes de su sagena ó capilla y no dexarles decir misa, contra lo usado en aquella corona y en Constantinopla y en Argel. Y áun allí Rabadan, virey, entrando curiosamente á ver el monumento de los cristianos en su capilla en la Semana Santa, llamada así dellos, le hizo acatamiento y reverencia, diciendo que tambien aquel era lugar santo, aunque las ceremonias fuesen diferentes de las de su Profeta, pues estaba allí Jesucristo. Era la misa el sacrificio que más agradaba á Dios, y así mandase que la dixesen los sacerdotes para tenerle propicio. Y pues á los judíos, nacion inmunda, perversa y apocada, y de trocados y diversos ritos, en sinagogas públicas en todas las provincias donde se amparaban, se los dexaban guardar, ¿con cuánta más razon y título justo se debia favorecer á los cristianos y más en su reinado? Pues con tan claro entendimiento sabria considerar causa tan digna de ser favorecida, pues Jesucristo ni su Madre Santísima María no eran desecha-

dos ni contradichos de su Profeta en su Alcorán, que guardaba su Alteza y tenía por ley, si no admitidos, estimados y nombrados por santos, espíritu y resuello de Dios, aunque no en tanto grado como los cristianos los confesaban y creian. Bastaba conocer era obra de Dios inmortal, admitida en lo que su Alteza creia, para que se sirviese y tuviese por bien de que á los cristianes captivos en todos sus reinos y señoríos se les consintiese y permitiese el exercer el claro conocimiento que á esto tenian y debian. Hacía su oficio debido y justo á católico cristiano que nació y era, en suplicalle no mandase ni permitiese lo contrario, por quien era su Alteza y el buen gobierno que tenía, y el amparo que debia hacer á todo género de personas que viniesen á su poder, para que Dios le prosperase y ensalzase, y en su secta guardase muchos años para el bien de sus reinos.

Respondió el Rey por el intérprete: haria lo que le pedia; y cuando se les rompieron las imágenes en Marruecos habia sido por demasías que los portugueses hicieron en procesiones y fiestas, celebradas con mucha música, de que se alborotaron los naturales. Y queria que ningun muchacho cristiano tornasen moro por fuerza, y el Venegas supiese y señalase los que ya lo eran, y se entendiese dellos su ánimo para que fuese cristiano el que lo quisiese. Mas advertia que el que de su voluntad era moro, si dixese ser cristiano, su ley mandaba muriese por ello. Pedro Venegas replicó: no sería justa tal sentencia en el menor de edad, que no debia tener otro arbitrio sino el de sus padres, ni ménos ser recebido en ninguna ley, mayormente para negar y trocar aquello en que Dios le hizo nacer y enseñar. Por tanto, si algunos muchachos habia menores, su Alteza les admitiese la que ahora mostrasen y dixesen creer; y los que en mayor edad renegaron, quedasen á la disposicion de su Alteza. Si su ley condenaba á semejante rigor contra ellos, le suplicaba usase de equidad en todo como Rey.

El moro mostró estar algo suspenso, y respondió: le parecia bien que la capacidad de las edades los salvasen ó condenasen; mas porque él no lo entendia como era menester para determinar y resolver materias de religion, remitia el negocio al Mofiti de las mezquitas, que es cabeza de su secta, para que lo viese con Pedro Venegas y el beneficiado Diego Marin, intérprete de la lengua, y los muchachos, conforme á los ritos, declarasen sus intenciones en esto. El Venegas advirtió con prudencia era gran peligro ponerlos en tales pruebas, si preguntados respondiesen querian ser cristianos, y convenia quitarlos luégo del poder de moros, rescatándolos; porque si quedaban entre ellos serian muy maltratados; y viendo que los que primero pasaron la reseña no eran recogidos, no osarian los demas declarar bien su voluntad por el temor, y el número era mucho. Suspendió el negocio y suplicó á su Rey que por España se pidiese á prelados y ricos-hombres para tan justo y santo efeto en la manera que su Majestad mandase.

CAPÍTULO XXI.

Cómo se hubo el Rey con los del Magistrado, y lo mucho que los estimó y honró.

En este tiempo procedió con desacato un forastero contra uno de los del Consejo de Justicia en la calle sobre encontralle su caballo, y excusóse con que le tenía por abogado en el hábito. Templó la indignacion del Rey, y previniendo en lo venidero les hizo vestir la garnacha, tenida desde aquel punto por señal de autoridad, veneracion, ecelencia, y no sólo para diferenciarse. Y cuando se la vistiesen la primera vez, pues no podia caer bien una ropa nueva sobre una vieja, les dixese la razon: Dios te desnude el antiguo hombre, y te vista el nuevo en justicia y santidad de verdad. No advirtió en mandar bendecirla y dársela en el templo dos consejeros como ropa del órden senatorio, diciendo: «Vestíme la justicia como vestidura, y cuando la guardáre en el juicio, pondré corona en mi cabeza, que le dará Dios de honor y gloria prometida.»

Estimó en tanto este tribunal supremo, que habiendo provcido en algunas cosas no conforme al gusto del Rey, y apretándole para que se emendase, respondia: «No puede ser, porque lo acordó así el Consejo»: por tan sagrado le tuvo, y le puso en tanto colmo de poder y autoridad. Para conservallos los honró con hábitos de las Ordenes militares, encomiendas, mercedes por la Iglesia; creció los salarios dos quintos, y en las Cancillerías, Contaduría mayor y otros tribunales, ayudando á las buenas costumbres, no visitar, no recebir dones, no vestir ni gastar suntuosamente, no profesar estrecheza de amistades, sino sus letras legales, comedimiento secreto, verdad, vida llana, ciencia, constancia, prudencia. Audacia y codicia hacian con él mortales sus consejeros. Afinaba su bondad con las visitas por el ministro con quien mejor se entendia, que alcanzaban desde Sicilia á Chile, para que velasen y orasen y no entrasen en tentacion; pues no sabian el dia ni la hora de su llamada á juicio, con tan estrecha cuenta, que ni áun publicacion de testigos habia sin otras circunstancias, que facilitan los negocios y defensiones del derecho natural, haciendo juicio durísimo de los que presiden y de los que juzgan á otros, siendo los poderosos poderosamente castigados. Parecia iba con piés de lana, y aunque tarde, llegaba sin ser sentido, y con los rayos mataba unos juzgados, otros reprehendidos, otros enviados á morir á su casa, haciendo temblar así al más arraigado. Su castigo á pocos mataba, y á muchos espantaba; furia de rayo y bramido de leon, con que tropellados y espantados algunos temian todos.

Primero enviaba sus inspiraciones, remitiéndoles memoriales de quexas, ó la voz de su confesor ó ministros. Cuando era cumplido el número de sus pecados, padecian la pena que merecian por ellos en el infierno de su desgracia y castigo.

Con grave espera no se movia, ni hacía caso de cualesquiera papeles que le daban émulos, envidiosos y malos por ódio ó pasion, sino pot informaciones con recato. Por delacion de ecesos, ni despreciaba ni desfavorecia al ministro en tanto que se certificaba, por no desautorizar los demas, la justicia y dar mano al atrevimiento. La primera provision contra ellos era el quitarlos. Todos pasaron por el toque y filo de las visitas y su prueba general, sino el Real Consejo y de Cámara, remedio y conservacion de España, principio, causa y orígen de los demas tribunales, primer móvil, á cuyo compás andan y se mueven; aunque en el reinado de don Enrique III tuvo sus tempestades, altos y baxos. Mas deseoso D. Filipe de saber su fineza y fondo de su perfecion, le visitó de secreto por su persona, no fiando el hecho sino de sí mismo, juez y secretario, que ordenó y escribió la visita de su mano. El Emperador su padre la cometió, y en dándosela, echóla en el fuego: por tan soberano y recto tuvieron este tribunal. Tenian en su mano el gobierno civil y universal de justicia y cosas públicas y la execucion de las leyes, y no hacian error que no importase. Si en el principio de su determinacion parecia iba poco en resolverse más de una manera que de otra, como se tenía por ley cuando se executaba el yerro poco advertido en su orígen, maravillaba.

Conforme á la naturaleza de sus consejeros y caudal, los cargaba de negocios, juntas, consultas, haciéndolos más suficientes, tan arrendados que no les daba lugar para tratar sino de lo que les pertenecia y eran preguntados, si ya no tocaba al bien público, en que cada uno es parte para advertir al superior, y así mejor el ministro obligado con juramento, cuando lo pide la necesidad y la razon persuade, aunque sea con peligro suyo. Los jueces deste magistrado medio entre los grandes y los pequeños, sin agravio de los unos y de los otros, sacaba por la mayor parte de los colegios de las Universidades de Salamanca y Valladolid, seminario de sus tribunales, siempre más de la que era hijo el Presidente que consultaba, que podia en esto algunas veces. Por ascensos á su Consejo Real y Cámara llegaban expertos, maduros, oráculos, derecho con ánima, quinta esencia, espíritu, pura virtud, perfecion gloriosa por canas y años digna de veneracion, por la razon política prestantísima.

Para saber cómo se habian en letras y costumbres los colegiales tuvo religiosos y prelados de gran satisfacion que le avisaban de los más dignos. Conocí en este ministerio al padre fray Márcos de Villalba, abad del monasterio y colegio de Salamanca, de su Órden de San Bernardo; hízole abad de Fitero en Navarra, y dixo que porque siempre le habia dicho verdad,

aunque lo merecia por su virtud y letras. Sabía los noímbres de los pretendientes, sus partes y calidades, como si los conociera, segun se vió en muchas consultas, y áun en las elecciones de jueces para los oficios temporales. Hechos largo tiempo por las peticiones de los pretendientes y relacion y consulta del Presidente de Castilla, y áun despues que intervino en esto su Consejo de Cámara con él, hizo decreto para que no se eligiesen los que no fuesen á su casa, queriendo tener informacion por obispos y corregidores de los más beneméritos, para evitar los gastos con que en la Córte se consumian por la dilacion de las provisiones y asistir en los patios del Palacio con quexas y confusion su multitud, haciendo parecer el despacho más tardo. Pues de los mejores se han de elegir los mejores, habia de ser por informaciones secretas y diligentes; que si por derecho natural es obligado el Príncipe al bien comun, éste es uno de los mayores y más importantes. Porque el poder del Príncipe, que tiene en sí el fundamento del Estado, es limitado naturalmente en el obrar, dilatando la suprema autoridad á todas partes, porque no hubiese alguna que no participase de tanto bien, habiendo de tener brazos que alcanzasen donde su juridicion, hay jueces intérpretes de las leyes, pues fueran de ningun provecho sin su administracion. Eran tales ellas, que no sólo enfrenaban el arbitrio de sus executores, más correspondian con la ley de Dios y de naturaleza para el bien vivir, fin de las civiles, y no sólo honestas pero necesarias, fuente de la libertad y justicia, fianza con seguridad universal cierta que hacen los Príncipes á los pueblos de los preceptos públicos para alcanzar la paz interior, deliberacion que manda lo honesto, y lo contrario prohibe por fuerza lícita, bien usada; porque si no sería sinjusticia, repugnante á la razon, que produce discordias y violencias, por la que hacen al espíritu, solicitadas del interes y honor.

Leyes hizo su Majestad Católica loables, mas ninguna más que la promulgada para la reformacion y reduccion á términos razonables de las cortesías en las cartas, para que no viniesen á usurpar los divinos la ambicion y adulacion grosera y desatinadamente. Y para que imitasen su templanza de que usó, llamándose en las provisiones solamente D. Filipe, etc., sin el nombre de magnífico, triunfador, emperador, de que usaron sus predecesores los reyes Alfonsos VI y VII, mandó que en las peticiones, subscripciones y refrendatas de secretarios, dixesen solamente señor, de que usamos comunmente; aunque los calumniadores de Roma con agudeza y gracia algunas veces, imputaron á soberbia el llamarse sólo el señor y el Altísimo, y guardaron el uso antiguo. Tuvo las leyes tan libres de los poderosos y privados, que pretenden superioridad sobre ellas, que no tuvieron ánimo para ofender la execucion, haciendo á los pueblos más prontos á obedecellas, pues tenian fuerza para prender y comprehender. Y así don Filipe para hacer buena elecion de ministros, presuponia estaba enferma

la República, y por cualquiera error dispuesta á recebir grandes daños, y buscaba suficientes y de valor, no siendo éste ménos necesario y la suficiencia en la paz que en la guerrra.

La paz de su naturaleza vária dexa caer el Estado insensiblemente en tan grandes desórdenes (que descubre el tiempo) que no puede despues industria y mucho espíritu remediar. La diversidad de humores la hace de fines, ésta de Repúblicas, éstas de ordenes, éstas de leyes, que conservan el Estado, haciendo obedecerlas los jueces. Comete delito el que los elige malos. Es el bueno ángel de la República, vive la ley en su boca, dispone su efeto como aproveche ó ménos dañe. Estaban los reinos superabundantes de leyes, libros, letrados, habia necesidad de proveer los oficios en doctos y celosos cristianos de buena naturaleza y conciencia, justos en las sentencias, verdaderos, honestos, abstinentes en el recebir, prontos en oir.

Considerando que lo que se trataba en la Cámara era de importancia y gravedad, para que se acordase sobre ello por diversas personas de satisfacion, quiso que el Presidente del Real Consejo con voto presidiese al ver todos los negocios de importancia y gracia de su Patronazgo Real de la Iglesia en Castilla y Navarra, islas de Canaria, y á la provision y nombramiento de personas para el juzgado de sus Tribunales, Cancellerías y oficios de justicia, y asistiesen los secretarios, supliendo el más antiguo por las ausencias, volviendo los papeles al propietario con lo decretado por no confundir los negocios; ordenando las consultas con parecer de la Cámara para excusar la dilacion del pedir, anteponiendo los de más importancia, y los de más priesa, sin saberlo las partes, porque cesasen importunidades que ocupaban al Rey; necesario medio para el buen fin de los negocios, quietud universal y autoridad del Príncipe.

Para la provision de los oficios de justicia consultaban los Presidentes de los otros Tribunales y Cancellerías, Regentes y otras personas, que por más antiguas presidian, escribiendo cartas el Rey, para que informasen ellos y otras personas calificadas de satisfacion de la verdad, para tener entera y cierta noticia de las más suficientes que se habian de proponer; teniendo consideracion en las plazas de asiento á lo que resultó de las visitas y residencias. Para las Cancellerías de Valladolid y Granada no se proponian naturales de aquel distrito sino al contrario; y en las Audiencias de Sevilla, Galicia, y en los corregimientos y otros oficios de justicia, porque solian pretenderlos personas no graduadas en las Universidades clásicas con pocas letras y entendimiento, con importunidad y favor, aunque tuviese mucha calidad, y encargaba el Rey no se engañasen. Se les mandaba ir á sus casas, porque sus ausencias eran peligrosas en las costumbres y gastos, aunque fuesen colegiales, hasta desterrar los inobedientes, diciéndoles se tendria memoria de los que lo mereciesen mejor en ausencia. Decia que el

sacar de los colegios para las Cancellerías los que no habian pasado por otras Audiencias y oficios, era de inconveniente, despues que dos sentencias conformes quitaban la posesion, y más para alcaldes de Córte; porque conocen de las vidas y de las honras de cualquiera calidad y acabándose las causas con su determinacion y sentencia, y debian ser de gran ciencia, buena conciencia y experiencia en materia de gobierno y de negocios criminales, con aprobada relacion. Se promoviesen para premiallos como mereciesen, moviéndolos á obrar bien, y para desarraigallos de las amistades que cobraban en los lugares donde estaban largo tiempo. Para que los que viniesen al Consejo supremo tuviesen noticia más universal y experiencia, los mudaba apriesa. Mandó que en las consultas se tuviese atencion á lo uno y á lo otro, y que no se le propusiesen cuñados ni primos hermanos, ni otros deudos propinquos para un Tribunal, excusando la parcialidad de inconveniente grande, ni dos colegiales de un colegio, ni dos naturales de un pueblo. Lo que se acordó no se alteraba sino por los que lo vieron primero si no eran muertos, y á los ausentes y ocupados en otro ministerio se les consultaba con el último acuerdo el primero, y por quién y los motivos. No se habian de corresponder los de la Cámara con pretendientes, ni visitarlos, ni comunicar con sus agentes, ni con los negociantes, excusando la envidia y murmuracion, ni tampoco servirse de quien llevaba salario ni entretenimiento de pretendiente.

CAPÍTULO XXII.

Lo que pasaba en la guerra de Flandres en este tiempo.

Tomada la ciudad de Mastricht tan importante con vitoria muy costosa y sangrienta para los católicos y herejes, el Príncipe de Parma se entretuvo en reparar las murallas, limpiarla de los muertos y máquinas de su defensa, poblarla, fortalecerla y presidialla para salir seguro de su conservacion á las empresas que la misma disposicion de la guerra le representaban más necesarias. Las principales tierras de Flandres, temiendo padecer tal fuerza y ruina, siendo sitiadas por la poca gente que tenian los Estados para socorrellas, por falta de dinero y sobra de confusion en aconsejarse, por la division entre el archiduque Matías y el Príncipe de Orange, teniéndole por tibio, de poco consejo y resolucion como muchacho; viendo algunas villas que por la malicia del de Orange no se acetaban de los Estados los capítulos que en la junta de Colonia propuso el Duque de Terronova, embaxador del Rey Católico, porque á los herejes no se concedia libertad de conciencia, trataban de su comodidad y seguridad...

Los de Bolduque para la suya quisieron meter otros muchos, y los católicos contradiciendo pelearon con ellos y los vencieron, y limpiaron de sectarios la ciudad, con esperanza de componerse con el Rey con buenas condiciones. Malinas, por las mismas razones, trató con el señor de Liques, gobernador de Lobaina, de recebir presidio del Rey Católico. El Príncipe de Parma, por estar muy cerca de Ambers y Bruseles, mandó le metiese venticinco compañías de infantería de diversas naciones y doce de caballería. Caminó apriesa, y en Villabruc supo, á decisiete de Setiembre, cómo los rebeldes en Vilvord y Bruseles se juntaban para dar sobre los católicos de noche, y envió por la vereda que podian traer su compañía de caballos y la de Jorge Mezuca albanés. El enemigo, con ochocientos caballos y cuatro mil infantes, por diverso camino cayó al alba sobre la compañía de caballos de D. Rodrigo Zapata, con que á lo largo hacía la guardia su teniente Contreras de Gamarra, y desbaratada entró por el alojamiento tocando arma, mezclada con los enemigos. Sin resistencia saquearon y prendieron á discrecion, y la mayor parte de las banderas. Los católicos, desbaratados y desbalijados, se esparcieron para salvarse, y los capitanes Francisco Dávalos y Zambrana con Mos de Liques y alguna gente no bastante para su defensa ni ofensa, se retiraron á unas trincheas.

El teniente García de Olivera recogió hasta docientos caballos, y representó á sus cabos la afrentosa pérdida, el poder recuperar su reputacion, ropa y compañeros, por el desórden y seguridad con que los vitoriosos sin temor estarian ocupados en el saco del alojamiento y despojo de sus captivos; volviesen contra ellos, que sería el primero en arremeter, aunque no traia más armas de su defensa que la gola. Aprobada la determinacion, tomó Olivera la vanguardia con su compañía de arcabuceros á caballo y cincuenta lanzas, y ordenó á D. Pedro de Mendoza, teniente de D. Pedro de Toledo, duque de Fernandina, que le siguiese con los demas, y caminó. Descubrió buen número de caballos y de infantería enemiga, que tocó arma afirmada, oyendo el estruendo de las trompetas de los católicos, que mostraba ser gran golpe de caballería. García de Olivera dixo á sus compañeros estaban tan empeñados, que sólo habia pelear ó morir, al tiempo que los enemigos, desestimándolos como vencidos, con mucha furia fueron sobre ellos. Olivera les dió lado, y su arcabucería tan en buen puesto y tiempo con esto disparó y de tan cerca, que derribó muchos brevemente y abrió el escuadron, y con las cincuenta lanzas acometió con furia el medio, y la arcabucería con los estoques desbarrigando caballos, y le desbarataron, y el otro medio huyó á su infantería con tal desatiento que la rompió. Atemorizó la que saqueaba el cargarla Olivera, gritando ¡vitoria! ayudado de Mos de Liques y de los capitanes y gente que estaba en la trinchea recogidos. Con gran tropel y confusion huyeron á los bosques, donde cayeron en manos de muchos católicos de los que habian desbara-

tado. En el alcance y acometida mataron gran número de enemigos, y prendieron setecientos caballos, y llevaron mil y quinientos prisioneros; cobraron la ropa, banderas, estandartes, y ganaron las de los enemigos. Faltaron de los católicos cincuenta solamente.

Mucho loaron la resolucion y valor de García de Olivera, y por restaurador de la honra y gente de su Majestad, premió su valor el Príncipe de Parma con una compañía de caballos arcabuceros, y palabras que su vitoria y persona grandemente calificaban y animaban la milicia; y á D. Pedro de Mendoza y á Martin Dávalos de Padilla, teniente de Zambrana, y á Gonzalez, teniente de D. Juan de Rohles, y al teniente de Mos de Liques, y el alférez de Jorge Crecior albanés. No prosiguió sus empresas, porque enfermó en Mastricht, y esperó el fin de la junta de Colonia y su conclusion cerca del asunto de la paz, la cual fue sin efeto, porque los flamencos no quisieron dexar su herejía, ni D. Filipe dexarlos en ella. Y escribieron á sus comisarios, si no pudiesen conseguir lo que deseaban, renunciarian la obediencia del Rey Católico y se pondrian en el dominio del Duque de Alanzon, que casaba con la Reina de Inglaterra, y enviaron cartas que sobre ello trataban. Sintió tanto el Emperador la rebeldía destos, que les mandó decir, jamas procuraria sino su destruicion con los Príncipes alemanes que interpusieron su autoridad, y miéntras no expeliesen al Príncipe de Orange no tendrian quietud, cuyas mañas y engaños los apartaban de todo bien.

Por esto los comisarios de los Estados determinaron de declararse por el Rey su señor con los malcontentos. Capitularon con él, juntamente con las provincias de Artuoés, Henaut, Luzeltburg y Namur, con las ciudades de Lobaina, Malinas, Liera, Bolduc, Brujas y otras católicas de las demas provincias, el Conde de Egmont, el Duque de Ariscoth, el Príncipe de Simay y el de Lalain, el Marqués de Havre y el de Rentin, el de Manztfelt, los señores de Montigni y el de Caprés con otros muchos señores, fidelidad inviolable y el Edicto perpétuo, con que el Rey sacase las naciones extranjeras, y ellos sacarian los ingleses y escoceses, y las plazas fuertes guardasen naturales, jurando de mantenerlas fielmente por su Rey y señor, como bienes suyos. Guardarian y defenderian la santa fe católica y obediencia de la Iglesia romana; volverian á su fuerza y vigor los placartes y prematicas del emperador Cárlos V, de gloriosa memoria, condenando á muerte y confiscacion de bienes á los herejes que se hallasen en las provincias. Harian la guerra al Príncipe de Orange con deciocho mil hombres en la campaña á su costa; y si más fuesen menester, pagaria la mitad dellos el Rey, y les ayudaria con alguna suma de dinero en cada mes para la guerra, y fuese capitan general el Príncipe de Parma por seis meses, y en tanto el Rey proveyese alguno de la casa de Austria por su gobernador; y en todo lo demas se remitian á las paces publicadas en los años precedentes.

Los Estados sintieron mucho la reducion de los malcontentos, y el apretarlos por todas partes el Príncipe de Parma, y el caminar sus cosas con poca prosperidad por culpa del Príncipe de Orange, que atendia más á su comodidad que al bien y seguridad general. Él decia gobernaba el Archiduque y letrados, tibios y sin prática; y el Emperador no les asistia en favor de su hermano, como creyeron lo hiciera cuando le llamaron para gobernallos, ántes los amenazó con indignacion, porque no admitieron los capítulos de su fuerza, no de su paz; le hiciesen Gobernador general, que brevemente mejoraria la presente fortuna. Hecha convocacion de las provincias en Ambers, resolvieron que gobernasen cinco soldados en los Consejos y no letrados, levasen caballería é infantería alemana, repartiesen cantidad de dinero en las tierras de su séguito, metieron nuevo presidio en Bruseles, en Lira y Vilrobad. Confirmaron la Liga de Utrecht, Holanda, Zeelanda, Frisia, Gheldres, Ambers, y Gante en contrario de la de los malcontentos, perseguian los católicos, procuraron expelerlos de las villas, sobre lo cual hubo grandes combates y derramamiento de sangre. Arrasaron la campaña en contorno de Ambers y las casas de placer, apercibiéndose por si fuesen sitiados con gran ruina y lástima. Alivió algun tanto su pena el haber ganado para ellos á Groninghen el Conde de Rhinemburg. Mas los católicos trataron de secreto de volver al servicio de su Majestad, y el Conde, movido de la memoria de la fidelidad de sus pasados y de la solicitud del Conde de Lalaing, su primo, gobernador de Henaut, esperaba ocasion para reducirse. Mos de Lanué tomó á Vervic y Vastene y Carnevé, y desbarató cinco cornetas de los malcontentos; y éstos concertaron de juntarse en Valencianes para tratar de la prosecucion de la guerra y cumplimiento de los capítulos de la nueva paz.

Estaba ya en Nápoles gobernando el Comendador mayor de Castilla, y los negocios del Rey Católico en Roma hacía el abad Brizeño, y le comunicaba en su expedicion. Habíanse quexado á su Santidad de la concesion del nuevo Breve dado en favor de D. Antonio, diciendo estaba el Rey Cardenal ofendido por la anulacion de la sentencia dada contra la legitimidad del Prior de Ocrato, y al Rey Católico por querer con esto poner en duda la sucesion que por derecho le tocaba en el reino de Portugal. Le revocase y no diese lugar á grandes escándalos y á que D. Filipe se recelase de su voluntad, porque estaba satisfecho de su justicia, y de ninguno dexaria perturbarla, y la causa de D. Antonio pasada en cosa juzgada por juez competente en virtud de Breve de su Santidad, y por Cardenal; y no pretendia ya revocase la razon, sino la pasion. Respondió el Comendador mayor á ventitres de Diciembre al Rey: no dió el segundo Breve el Pontífice por respeto de D. Enrique, ni de D. Filipe, ni de franceses, aunque por su vía llegó el despacho á Portugal, sino porque le pareció justo no conociese el Cardenal de aquella causa. Le propuso la autoridad

larga que dió en el primero Breve, y el Cardenal de Coma la necesidad del remedio, de que era testimonio no haberse corrido de poner en el segundo fue engañado en el primero. Hizo ántes que partiese su esfuerzo para la revocacion, y que la sentencia del Rey Cardenal quedase en su fuerza; y pues la podian confirmar el Nuncio y el Arzobispo de Lisboa, jueces delegados conforme al segundo Breve, siendo el negocio tan claro, no habia que temer ni quexarse más, pues se excusaria la ida de D. Antonio á Roma, y la dilacion que causaria y dañaria en la muerte del rey Enrique y grandes gastos del exército.

Previniendo á todo D. Filipe disponia las cosas de sus Estados, dinero, casa y caballeriza para ir á Badajoz, y mandó á D. Hernando de Silva, conde de Cifuentes, alférez mayor de Castilla por antiguo privilegio de sus Reyes, se previniese para llevar el estandarte Real, y sobre ello variamente se disputaba. Aprobaban unos el parecer en esto del Duque de Osuna y el advertimiento que hacian portugueses, porque la salida de Madrid daria gran calor á la buena conclusion de lo que se pretendia, entendiéndose por ella tomaba con véras la empresa, con que los que seguian su parte se animarian, y los contrarios enflaquecerian, y sabiendo las fuerzas que tenía juntas para tomar con ellas lo que le daba el derecho. A otros parecia que sin sentencia ó declaracion del Rey no se moviese ni metiese su autoridad tan empeñada, que le fuese necesario por su reputacion en todo caso salir con su intento; y parecia poco agradecimiento á la voluntad del rey Enrique, que miraba ya con prudencia y buen deseo la causa del Rey, el acercarse á Portugal sin su aprobacion, con que los mal intencionados le darian á entender no hacía caso dél, y que le iba á quitar el reino por fuerza; que en un hombre de su edad, escrupuloso y falto de salud, harian grande impresion para perder la buena inclinacion que tenía á las cosas del Rey su sobrino. Los portugueses era cierto que ántes de jurarle procurarian vender cuanto más caro pudiesen á su Majestad el negocio y asentar sus cosas como prudentes, y hasta ver lo que pedian no debia moverse.

Don Antonio envió á tratar de concierto con el Rey por el doctor Pedro Nuñez da Costa, y pedia ser gobernador por su vida de Portugal y docientos mil ducados de renta de las que fueron de los infantes D. Luis, doña María, D. Duarte, y del Maestrazgo de Santiago, y tierras y rentas de la reina doña Catalina, vacas por no haber Príncipes en el reino, y eran de la Corona Real, y que de los cien mil dispusiese despues de sus dias; y si el Rey quisiese, proveyese el Virey de la India, Gobernador del Brasil, Veedores de la Hacienda, Capitan general de Africa, lo aprobaria; con que reinaria solamente D. Antonio. Favorecíale el Obispo de la Guardia, ambicioso y poco amigo y estimador del Cardenal, porque procesado dél por su mala vida, le hizo ir á Roma á dar cuenta de sí al Pontífice; y por

darle pena y disgusto ayudaba á D. Antonio, declarado contra el Rey de Castilla, conjurado con su hermano D. Manuel de Portugal y D. Francisco su sobrino, conde de Bimioso, contra la voluntad de su padre don Alonso. Y aunque se le pidió viniese á tratarlo en persona á Madrid, y el Rey se alargaria mucho con él y tuvo cometido el disponer esto á Diego Botello, que le gobernaba, no vino á efeto; porque con el nuevo Breve animado, atendia á la sucesion del reino, y ganaba el pueblo, dudoso ántes con la declaracion de su ilegitimidad.

Habia pedido el Xerife al Embaxador de Portugal escribiese á su Rey le entregase á Arcilla, y que soltaria por ello ciento y diez mil ducados que se le restaban debiendo de los cuatrocientos mil por que fueron rescatados los ochenta fidalgos. A los portugueses parecia bien el dar á Arcilla, por el poco dinero que habia para pagar los rescates, y evitar la costa del presidio sin provecho, por no poderse hacer guerra desde allí á los moros sin mucha gente de á caballo, que no podia sustentar Portugal. No se debia hacer cuento de la mar, porque demas que el rio es pequeño y poco capaz de recoger muchas embarcaciones, los navíos que entraban en él eran de poco porte, y con un arrecife peligroso en la entrada, y pocos los vientos buenos para ella, con que se perdieron muchos navíos; y si fuese cercada, sería el socorrella dificultoso. En Castilla respondieron al Rey Cardenal era esto así, mas el sitio daria mucha comodidad en la campaña para sustentar gruesa guarnicion, estando en poder de los moros, para molestar á Tánger y ayudar á Tituan para fatigar á Ceuta, dándose la mano con la guarnicion de Alcazarquivir, que de ordinario era muy gruesa para correr la costa, y avisar de cualquiera invasion de cristianos, y más estando vitoriosos como al presente.

CAPÍTULO XXIII.

La navegacion y robos que hizo Francisco Draque en las Indias.

No hay quien ignore que de turcos, moros y sectarios, tres enemigos poderosos y descubiertos que tiene la monarquía de España, los últimos procuraban molestarla y deshacerla. Los primeros caian léxos, y como tenian tanto en que guerrear en otras partes, no hacian sentir á los españoles sus armas con daño ni cuidado. Los segundos, más cercanos, viéndolos armados y fuertes á su puerta, no salian sino provocados. Los terceros, franceses, ingleses y rebeldes de Flandres, con todo lo más fuerte del Setentrion, fomentaban la guerra en Flandres y la querian meter en Portugal;

acometian á robar las costas para traer los españoles léxos de su casa, y los que trataban (cuando ménos) de conquistar las Indias, y á esto encaminaban las idas y venidas á ellas, las inteligencias que procuraban tener con las provincias con atacamientos de sus armadas en todos los mares. Y así Isabel, reina de Inglaterra, viendo apercebia el Rey Católico sus armas y á sus émulos y trazar ligas, y enderezar sus disinios á los reinos de Portugal y Países Baxos, para hacer al seguro alguna diversion, armó bien de gente, artillería y municiones cuatro navíos, y encargólos á Francisco Draque, cosario, que hizo viajes y robos en las Indias de poniente.

Partió de Plemua, buscando el Estrecho de Magallanes, para ealar al mar del Sur y robar en él, cogiendo descuidados los españoles y mal prevenidos de navíos para su ofensa. Tocó en las islas de Cabo Verde y robó un navío portugués, y sirvióse de su piloto prático en la costa del Brasil. Pasó al rio de la Plata, y en la bahía de San Julian se entretuvo algunos dias con varios sucesos, asaltado de gigantes de más de tres varas de altura con sus arcos gruesos y flechas. Favorecido de nortes llegó á la boca del Estrecho con tormentas trabajado, y penetró y pasó al mar del Sur; pero su almiranta no le siguió y volvió á Inglaterra. Francisco Draque, en diferentes puertos, tomó tres navíos, y en el del Callao de Lima algunos, y cerca de la punta de San Francisco con mucha plata, y fué la vuelta de Nueva España, y en Acapulco tomó un navío y en él á D. Francisco de Zárate; y finalmente pareció despues en las Malucas. El robo del cosario despertó al Virey del Perú D. Francisco de Toledo, hermano del Conde de Oropesa, y el temor de la armada que discurrió por las costas de Chile y África, y les obligó á tomar las armas, temiendo que Draque levantase fortificaciones en seguridad del paso para el trato de la especería y pedrería.

Habia peleado con el cosario dos veces Pedro Sarmiento de Gamboa, diestro y osado en las navegaciones más peligrosas, y para oponérsele y cerrar el paso por el Estrecho y facilitar su descubrimiento por el mar del Sur, perdiendo la desconfianza que se tenía imposible por las inumerables bocas y canales que deslumbran y impiden el llegar á él, en que muchos se perdieron con tormentas, ó volvieron deshechos enviados á descubrir desde el Perú y España, partió del Callao, y con atencion, destreza y consulta de los pilotos y suya, sin dexar las cartas y astrolabios y sondas de la mano, puso en escrito las derrotas, rumbos, vientos, fondos, puertos, senos, islas, promontorios, golfos, alturas, peligros, y con distinta variacion dando señas visibles de la entrada del Estrecho. Pisó tierras incógnitas, y desde montes altísimos descubrió diversos y grandes canales y un arcipiélago de ochenta y cinco islas grandes y menores, y el canal ancho, extendido, con abierta salida al mar del Sur, cercana al Estrecho en cincuenta grados, y llamó la isla de donde descubrió, bahía de Nuestra Señora del Rosario, y á las islas y tierras de conocido nombre le conservó. Tomaron

posesion della plantando una cruz y diciendo misa á ventidos de Noviembre mil y quinientos y setenta y nueve, en nombre de D. Filipe II, rey de España, en virtud de la bula que el pontífice Alexandro VI dió en Roma á cuatro de Mayo mil y cuatrocientos y noventa y tres á los Reyes Católicos, y cabia en los ciento y ochenta grados de longitud por los límites de la línea que tiró por ambos polos, como Vicario de Dios. El Almirante no siguió á Sarmiento por desaveniencias y temores, y volvió al mar del Sur y á Chile, en cuyo viaje hubo varios acaecimientos, que escribirá el coronista á quien toca. Discurrió Sarmiento con una fragata por la costa fértil, habitable, aunque inculta, donde hubo casos dignos de poner en escrito, segun mostró larga relacion que hizo Sarmiento deste viaje, y en muchas partes plantó cruces. Llegó á la isla, que llamó de Santa Inés, y entró en el puerto, y pidiendo á los indios que se acercasen, y granjeados con rescates conocieron en el contento y señas comunicaron con gente de Europa, porque mostraron habian pasado por la parte del sudueste dos navíos, como los de Sarmiento, de gente con barbas, vestidos y armados de su misma manera; y este fue el primer rastro que hallaron de las naves inglesas de Francisco Draque. Desde el puerto de la Candelaria quisieran los españoles volver al Perú, diciendo á Sarmiento era suficiente gloria haber llegado donde jamas otro; mas prosiguió su viaje hasta cincuenta y tres grados y dos tercios en la punta que llaman de San Isidro, donde descubrió muchos indios, y por un canal llegó á la punta de Santa Ana en cincuenta y tres grados y medio, y tomó la posesion, y vió otra isla enfrente, y al rio que entra en el mar por la punta que llamó de San Juan, y al estrecho que divide estas islas llamó de la Madre de Dios, que es el de Magallanes, y juzgó convenia hacer en dos cabos dos fuertes para defender la entrada, pues quitado ya el horror se podia poner en altura cierta y arrumbarse y con derrota segura llegar al Estrecho.

A la fama de la grandeza y riqueza de D. Filipe acudieron á su Córte artífices, y de engaños, mostrando su ingenio, y favorecidos de la ignorancia y vanidad, para ganar entrada con el Rey y exercitar sus deseos para su ganancia. Envióle desde Valencia el Duque de Nájara, virey, á Pachete, morisco, gran herbolario, para que le curase de la gota, y sabiendo estuvo preso por el Santo Oficio, porque se valia de un familiar para traer las yerbas, aunque segun las incurables enfermedades que venció, le daban esperanza de su salud, no la quiso por tan malos medios. No fue menor el número de chímicos que hizo su experiencia, acreditados de Juan de Herrera, arquitecto mayor, con gasto de mucho dinero en sus conversiones, y con su engaño y desengaño solamente se vió quejado ó fijado el Mercurio en plata finísima, reducido con tan poca ganancia, que no quedó en el uso. Hubo un Pierola, de nacion navarro, medio soldado, que se llamaba y le llamaba la vana credulidad profeta, cuando ménos que

preciándose de espíritu profético, ó por los discursos ó por la experiencia, vino á ser respetado, y él hinchado con tal estimacion se atrevia á decir sucesos venideros, sin señalar tiempo ni personas, adivinacion sin riesgo de ser convencida. Comunicáronle personas graves, y por haberlo hecho el maestro fray Luis de Leon, fraile agustino, fue del dotor Arias Montano reprehendido. Hacia caractéres y figuras lineadas, ajuntando lugares de escritura, interpretados con latin tosco y torpe, y dixo á los codiciosos vanamente de maravillas algunos acaecimientos. Habiendo cobrado buena reputacion con dexarse ver de los ménos, procuraron sus abonadores le oyese el Rey. Pareciéndole debia temer la jornada y vista con Príncipe tan sabio y religioso, como los malos toman soberbia y arrogancia, dada del padre della y de la mentira que los guia y gobierna, trató del modo, queriendo que el Rey le mandase que le viese. Su Majestad para desmentir los noveleros y justificarle primero que oirle, escribió al cardenal Quiroga, inquisidor general, averiguase la verdad deste profeta, y se hizo hasta castigalle como á falso y delincuente. Hablóse variamente sobre su aprobacion, áun en los púlpitos, abonándole hasta que especulando el término, tiempo y sabiduría, se conoció no ser profeta.

Los que pretenden decir las cosas ántes que sean, por arte ó naturaleza, ó discurren conjeturando, segun la consideracion de las causas y señales, infiriendo lo que será por lo que es ó fue, que es conjeturar, como si viesen las cosas, que es profetizar. Las conjeturas están acompañadas de la verdadera prudencia consultora y proveedora, y otras no son vanas, segun las causas y señales por que discurren los médicos, agricultores, marineros, capitanes, senadores, estribando en la razon natural ó experiencia de lo contingente. La profecía ó conoce cuando dice lo por venir, ó lo sabía sin haberlo advertido; y no puede ser que cuando testifica, adquiriese tal conocimiento, porque no lo aprendió mediante noticia de las causas ó señales, que no precedieron á alguna corporal pasion, ó discurriendo por otros principios conocidos, que no sería profetizar sino conjeturar, y así no alcanza esta ciencia tanto por la presencia del objeto del entendimiento. Y es imposible tener en su ánimo conocimiento de lo que adivina por su poder limitado, y repugna que lo que depende de alguna causa natural ó necesaria pueda ser conocido por la potencia corta y determinada del entendimiento; con que la adivinacion no es natural, porque si hubiese tal facultad sería de todas las cosas universalmente por impresion de las imágenes y noticia de todas las que serán. Y porque las que fueron y son, en algun tiempo no fueron y pertenecen á la potencia de adivinar, habian de estar necesariamente en el alma del que tiene tal potencia, y necesario en su edad estuviesen todas las especies y figuras de todas las cosas presentes, pasadas y por venir, imposible á poder tan limitado entenderlas sin sabiduría infinita, como el que no tiene virtud infinita no puede hacer todas

las cosas. En las Indias, ayudado de una mujercilla, como otros herejes y embaidores, se hizo un eclesiástico de gran opinion Anticristo, y hacía cosas tan fuera de lo que puede la naturaleza, que alcanzó dudoso nombre en si lo era; mas averiguado su embuste, fue severamente castigado, desengañando todas las provincias.

CAPÍTULO XXIV.

Prosiguen en Portugal los Embaxadores de Castilla el tratar por su justicia y concierto jurasen sucesor á Don Filipe, y muere el rey Don Enrique.

(Año 1580.)

Para tratar de la composicion con el rey D. Enrique, envió D. Filipe nuevo poder al Duque de Osuna y á sus Embaxadores, y con Miguel de Moura, secretario del Rey, y Francisco de Sá, de su Consejo y Secreto, trataron de las condiciones. Añadieron éstos cláusulas difíciles para asegurarse de lo que pedian, viendo la liberalidad en lo que les ofreció primero D. Filipe, que en este punto dañó, y hacía fuerza el Duque de Osuna en la contradicion. Concedia los privilegios y mercedes que el rey D. Manuel, abuelo de su Majestad, dió al reino cuando entró á reinar, y el casar el príncipe D. Diego con una de las hijas del Duque de Barganza; pero no el Duque de Barcelos con la infanta doña Isabel, por la consideracion de la sucesion de tantos reinos y querer su padre casarla por esto en Alemania. Don Enrique quiso jurase las concordias con los Reyes el reino, y las aprobase en Córtes, pues de voluntad ó por fuerza lo habian de hacer, y no creyesen los entregaba sin su consentimiento inclinado á Castilla sino á la justicia, porque en firmando el concierto habian de jurar por sucesor en aquella corona al Rey Católico, su sobrino.

Pudiera capitular sin los pueblos para no aventurar el negocio á la resolucion de tanta variedad de intenciones, pero el temor de disgustallos le retuvo. Para el efeto desto llamó los tres Estados en Almerin, donde estaba viejo, enfermo, débil, inútil, congoxado con la carga de cuidados y despacho, mas con entereza de juicio y lengua. Era para ayudarle asistido ya de los cinco gobernadores, aunque fueron nombrados para despues de su muerte. Comunicóles su intento al bien general encaminado, y ellos, viéndole casi muerto, aunque los tres conocian mejor la razon del Rey Católico y se le inclinaban por esto, para que de su mano reconociese la Corona y deseosos de tener el mando y señorío, dixeron: con su declara-

cion ó sin ella, no le podia suceder sino el rey D. Filipe por su justicia y poder; mas no convenia declarallo, porque el reino más á su ventaja tratase de partido. Disuadieron por esto la declaracion, y porque temian se alterasen los pueblos en su daño, pareciéndole persuadieron al Rey el disponerlo así. Grande instancia hicieron los Embaxadores castellanos con ruegos y protestos para que D. Enrique sin Córtes declarase por sucesor á D. Filipe, pues podia y debia por composicion buena para el bien y quietud de sus vasallos y seguridad de su conciencia. Temian que si las Córtes primeras de algunos fueron tenidas por conjuracion contra D. Filipe, no lo fuesen éstas mucho más, por estar acabándose D. Enrique, y con esto los procuradores de las ciudades más libres, advertidos, azorados, aconsejados de los ministros de los pretensores, negociacion de D. Antonio, del Duque de Barganza y del de Osuna, que ganando voluntades con dones y promesas y manifestacion de la justicia de su Príncipe, largamente comunicaba con lo más y mejor del reino.

Los parciales de D. Antonio esperaban alzarle por Rey en las Córtes, y algunos decian lo hubieran hecho si tuvieran fuerza para defendello. Persuadíase lo mismo el Duque de Barganza, y por esto aconsejaba el de Osuna, que hasta que se apartasen los brazos de las Córtes no entrase en Portugal el Duque de Barcelos, porque un tumulto popular, grita y furia de gente comun no le aclamase rey en daño de los demas pretendientes; y convenia le detuviese el Duque de Medina Sidonia en San Lúcar cuando llegase allí, hasta que el exército hubiese entrado en Portugal. Decia á don Enrique no impedia la declaracion de sucesor el Breve Pontifical que vino cerca de la legitimidad de D. Antonio, por su pretension notoriamente injusta, y porque si bien el Pontífice era juez de las legitimidades, habiendo pronunciado su Majestad en virtud del *motu propio* de su Santidad tan jurídicamente, y siendo el caso tan claro, y teniendo por cierto fue postreramente mal informado, no parecia bastante causa la nueva peticion de don Antonio y el nuevo Breve para impedir el curso del negocio de la sucesion, por los graves inconvenientes y daños que se podian seguir. Y aunque D. Antonio no fuera legítimo, le habia de suyo preferido D. Filipe como mayor de edad, y por otras razones que hacian manifiestamente por su parte.

Antes de proponer las Córtes envió D. Enrique á Villaviciosa un Padre de la Compañía para que dixese á la Duquesa de Barganza, que viendo tocaba la herencia del reino á D. Filipe su sobrino y estaba cercana la sentencia, la avisaba para que se concertase con él como mejor le conviniese. Quedó la Duquesa sin espíritu, y tan confusa cuanto estaba ántes llena de esperanza de ser por D. Enrique nombrada sucesora, como lo habia mostrado en su entrada á reinar, y pidió término para responder. Dixo le habian sido ofrecidos ántes muchos partidos por el Rey Católico en bien de

sus hijos y Estado, y quexábase de D. Enrique. El rey Filipe hasta este punto no trató de conciertos con ella, sino con D. Antonio, temiendo una aclamacion de pueblo ligero ó furioso por él, como la del Maestre de Avis D. Juan el I. Envió á Castilla á D. Rodrigo de Alencastro á dar sutisfacion al Rey de lo que dixo con poca reverencia y temor de su poder el Duque de Barganza; y respondióle para evitar la comunicacion, mal satisfecho del ánimo del Duque, no sabía lo que se le escribia. Don Enrique para advertir bien á la Duquesa le envió al dotor Paulo Alfonso, y su protervia le hizo sospechoso y la merced que recibió despues.

El Rey para facilitar su pretension hizo elegir en Lisboa ius procuradores de las Córtes á su modo, y no pudo en todas las ciudades, particularmente en Coimbra casi declarada por D. Antonio con tumulto popular y de la Universidad, con escandalo y con menosprecio de su Rey y del castigo con que los amenazó. En una silla fue traido á la proposicion de las Córtes á siete de Enero, y en ella oró con elegancia Piñeiro, obispo de Leira. El estado eclesiástico y militar se inclinaron á la justicia y negociacion para que se capitulase con el Rey Católico; mas el popular por voz de Febo Moniz, procurador de Lisboa, mostró queria elegir Rey y tocarle. Don Enrique, por el Obispo de Leira, internuncio, les dixo confiriesen con quietud y sin pasion lo que habian de pedir para capitular con el Rey Católico, sucesor forzoso por su justicia y fuerza, y no creyesen le podian elegir. Moniz replicó, fue capaz el reino para alzarle por Rey á él, y lo sería para alzar á otro portugués; le nombrase su Alteza como queria á un castellano, que todos lo aprobarian. Fuele respondido convenia componerse y para ello nombrar comisarios, y dentro de dos dias alegasen lo que les importaba cerca del poder elegir rey como pretendian. Llenáronse vanamente de esperanza. Tenía D. Enrique alguna gente de guerra para la guardia de las Córtes poca y portuguesa, que podia dañar, y D. Filipe para refrenar la insolencia de los malcontentos ofreció la que tenía cercana á las fronteras. Agradeciólo y no acetó por no escandalizar más los pueblos.

Mandó el Rey Católico al Duque de Osuna que en la muerte del Cardenal, si los gobernadores no fuesen obedecidos del pueblo, aunque no se atreveria á más que hacer salir del reino sus Embaxadores, procurase por vía de su hermana la Duquesa de Aveiro disponer el castillo de Setubal donde recogerse y tener el puerto para su armada. Por aquietar el brazo popular le presentó los poderes originales que dieron los más de aquellos pueblos mismos para recebir por su rey á D. Juan el I de Castilla, y viesen cómo ya entónces vinieron en juntarse á ella de su voluntad; y era razon el hacer lo mismo ahora, y no se exasperasen tanto de que se procurase habiendo tanta justicia.

El rey D. Enrique falleció á treinta y uno de Enero comenzando y feneciendo con un eclipsi de luna en el mismo punto en que nació á las once

y media de la noche, acabando la línea masculina de los Reyes de Portugal en Enrique, habiendo comenzado en otro hermano de Reinaldo I, duque de Borgoña. Fue llorado y amado de pocos, temido de los religiosos por su riguroso reformador; y su falta se sintió por no haber declarado sucesor en el reino. Solamente dixo en su testamento otorgado ocho meses ántes, le sucediese el que los jueces conforme á justicia declarasen por su heredero. Fue pequeño de cuerpo, de menudas faciones el rostro, de mediano ingenio, con alguna inteligencia de ciencias, tenido por casto, ambicioso de mandar en ambas juridiciones, exercitado en la menor edad del Rey su sobrino, celoso de la religion católica y del castigo de los hebreos y eclesiásticos. Fue arzobispo, cardenal, gobernador del reino, inquisidor mayor, legado apostólico y Rey; mas su incapacidad descubrió el ser gobernado de ministros, que le inducian y persuadian, y guardaba tenaz en la memoria las injurias, y por esto decian no habia recurso humano de sus mandatos contra su voluntad de hombre, autoridad de Pontífice y execucion de Rey. Tuvo virtudes de sacerdote y defetos de Príncipe, iguales en el número.

Luégo cinco deputados atendieron á proveer en el reino con título de sus gobernadores, temerosos de tumulto popular en Santaren, donde estaban los procuradores de Córtes, y en Lisboa por los muchos aficionados que tenía en ella D. Antonio. Por esto trataron de disolver los Córtes recelando algun mal suceso, queriéndoles preceder en juridicion, autoridad y poder, y más en la causa de la sucesion de Rey. Diximos cuánto dañó la junta de los deputados de Flandres en la muerte del Comendador mayor, y ahora no dañó poco la de Portugal á sí y al Rey Católico en esta parte mal afortunado. Para tener quieto, obediente y reverente el brazo popular, le habló en nombre de los gobernadores Martin Gonzalez de la Cámara, eclesiástico, y de autoridad, por la mucha mano que tuvo un tiempo en el gobierno del reino. Febo Moniz, arrogante, ayudado de tantos pueblos que deseaban Rey portugués, aunque en la mayor parte gente comun, dixo eran en favor del Rey Católico tres de los cinco gobernadores contra la libertad general, y no debian consentir los sospechosos ni obedecerlos, sino elegir otros conforme á la voluntad de las Córtes. Replicó Martin Gonzalez no convenia alterar en cosa alguna, aumentando los peligros y los trabajos; mirasen el proceder de los gobernadores, y si no fuese el conveniente, lo remediasen, pues siempre lo podrian hacer. Escribiéronles pasasen á Santaren para unirse y asegurarse todos; despidiesen los soldados excusando gasto y escándalo; pidiesen al Rey Católico estuviese á justicia con los demas pretendientes de la sucesion, sin hacer violencia; guarneciesen las fortalezas de mar y tierra, y en las provincias pusiesen hombres de autoridad para guiar y forzarlas á su defensa, y socorrer las partes débiles; diesen cuenta al Pontífice y al Emperador de su oficio,

pidiendo escribiesen al Rey de Castilla despidiese el exército, y esperase la sentencia en la sucesion de Portugal. Enviaron á Coimbra á Juan Noguera á informarse sobre el derecho que tenian para elegir rey; y la infidelidad de los consultados le justificó por escrito.

Don Antonio envió agentes por el reino á decir la muerte del Cardenal, y cómo esperaba le alzarian por su defensor como al Maestre de Avis hicieron. Desde un jardin en Lisboa escribió al magistrado de la Cámara y á muchos de los más principales fuesen á tratar con él de lo que se debia hacer para recebille por su rey. El magistrado, ofendido del atrevimiento y de su desestimacion, respondió partiese de allí, porque sólo á los gobernadores reconocian. Engañóse D. Antonio en fiar tanto del pueblo, porque los nobles le despreciaron, los hebreos no le vieron aunque interesados con él, por falta de ánimo y sobra de amor á su dinero, temiendo condenarle, visitándole sin licencia de los gobernadores; deseaban que reinase para cobrar gran suma de moneda que les debia. Para excusar y dar color á su venida escribió á las Córtes, vino á la funeral del Rey su tio, creyendo le traian al sepulcro de sus predecesores. Vendria á Santaren pronto á obedecer á los elegidos para remedio del reino, y á esperar declaracion en la sucesion de la Corona. Presentó el Breve del Pontífice de la suspension de la sentencia del Rey cerca de su ilegitimidad. Escribió á los gobernadores del Brasil, San Tomé, Islas de Azores, Cabo Verde y capitanes de Africa la muerte de D. Enrique, pidiendo le obedeciesen por sucesor. Llegó la nueva á Marruecos, y algunos fidalgos cautivos pidieron al Xerife ayuda de caballería para dar fuerza al reino en su defensa; mas la diferencia de ley, poca obligacion de amistad, ningun respeto de Estado le detuvieron, aunque le desplacia la union de Portugal á Castilla, y por no irritar á vecino tan poderoso, con quien estaba en correspondencia, y no fiar su gente de portugueses ofendidos con su sangre vertida en el campo de Alcázar, la muerte de su rey y cautiverio de tantos. Enviaron al Emperador los portugueses á Elisco de Portugal, y al Rey de Francia y al Pontífice á Francisco Barreto, para mostrar el agravio que les hacía D. Filipe en querer ocupar el reino por fuerza de armas.

CAPÍTULO XXV.

Solicitan á los Gobernadores de Portugal los Embaxadores de Castilla, para que declaren por rey á D. Filipe.

El Duque de Osuna escribió al Rey Católico la muerte del cardenal don Enrique y lo sucedido despues, el estado de las cosas, la poca inclinacion á su Majestad del pueblo, la pretension de D. Antonio y del Duque de Barganza. Fernando de Silva, embaxador ordinario de Portugal, á diez de Hebrero de parte de los Gobernadores él dió el pésame y cuenta de su autoridad y comision en sana paz y obediencia general, y le pidió esperase dellos sentencia justa en el pleito de la sucesion. Don Filipe no quiso por el fallecimiento del Rey su tio cesase la honra que se le daba ántes á Fernando de Silva, porque los gobernadores le llamaban del Consejo del rey D. Enrique y su Embaxador. Comenzó á nombrarse Rey de España, que á Portugal comprehende, por no usar del título hasta su tiempo y no azorar más los portugueses. Puso las cartas en la Junta grande, y se trató lo que se debia responder. Consultados los claustros de las Universidades y religiones con acuerdo, dixo era su derecho tan notorio y cierto que no tenía más obligacion que haberlo representado extrajudicialmente al rey D. Enrique, hacer capaz á su Consejo y al reino de la verdad, para que le declarase por sucesor, y no lo hizo; y lo proseguia justificando su derecho. Este punto quedó indubitable, habiéndose seguido luégo la muerte de D. Enrique, con que no quedaba juez competente. No el Pontífice, por ser la materia puramente temporal y no concurrir en ella las circunstancias que le dan juridicion sobre cosas temporales. No al Emperador, por no reconocerle los reinos de Castilla y Portugal. No á los jueces que nombró D. Enrique, que no pudo elegir para despues de su muerte, y eran la parte material y la misma cosa sobre que se litigaba; porque no podia ser juez de aquel que despues de su vida le sucedia, pues con ella espiraba el oficio de administrar justicia, habiendo pasado en su legítimo sucesor toda la juridicion y autoridad que él tenía. No el reino, habiendo herederos, y porque se inhabilitó haciéndose parte pretendiendo poder elegir Príncipe; y porque cuando se elige el primero Rey con pacto de obedecelle y á sus sucesores, quedan sujetos á aquel en quien transfieren su potestad, sin restarles alguna juridicion para poder juzgar al Rey ni al verdadero sucesor, pues en la primera eleccion quedaron tambien elegidos todos los verdaderos sucesores. De donde siendo cosa cierta ser el verdadero sucesor, se si-

gue no tener la república de Portugal juridicion para juzgar al que verdaderamente succde; y tanta certeza tenía de no ser sujeto á tribunal de aquella República, cuanta de ser el verdadero sucesor. Y ultra de la dificultad ó imposibilidad de hallarse personas á quien se pudiese fiar tan gran causa peligrosa y celosa, la obligacion del compromiso caia sobre causa dudosa, y la difinicion de la duda ser cuando los abogados no se conformaban, ni resolvian por várias y encontradas razones; mas allí todos á una concurrian de manera que la causa no era dudosa, y así ni obligado el Rey en conciencia á sujetarse á tribunal jurídico ni arbitrario, pues de sí tenía la autoridad propia para adjudicarse los reinos de Portugal y tomar la posesion dellos, y justificada su causa así, poder asegurarse con las armas sin meter en peligro evidente la sucesion á él debida, por ser, como se habia dicho, la persona suya suprema, soberana, exenta y libre de todo juicio coercitivo, y él obligado á justificar su derecho con Dios y declararlo al Rey y al reino, como lo habia hecho.

En tanto el capitan Cuevas desembarcó en Gibraltar al Duque de Barcelos y setenta fidalgos, conducido por Pedro Venegas de los Rios por órden de su tio Pedro Venegas de Córdoba, que en Marruecos asistia á su comision. En San Lúcar le hospedó altamente el Duque de Medina Sidonia, y le entretuvo en fiestas y caza, regalado y acariciado conforme al órden que tenía del Rey. Por su mandado dió aviso desta llegada á la Duquesa de Barganza, y con alteracion de ánimo y voz dixo le quisiera ver más en poder del turco, porque le rescatára con dinero, y del Rey de Castilla no. Por esto mandó al Duque de Medina Sidonia le despachase servido y acompañado hasta la raya de Portugal, y escribiese á sus padres le detuvo por la muerte del Rey Cardenal, asegurando su persona, y le habia mandado se le enviase luégo.

Don Cristóbal de Mora diversas veces trató con D. Antonio de su conveniencia con el Rey Católico, y ahora admitia concierto, despues que en Lisboa no fue recebido como esperó. Ofrecióle docientos mil ducados en dinero para la paga de sus deudas, y cien mil de renta de por vida para quitar la ocasion de casarse, y título de Duque pero no de Coimbra, de donde le pidió de Príncipe, y esto con tal que el Duque de Barganza se concertase, que para no enflaquecer D. Filipe su justicia, esperaba que pidiese concierto. Los Embaxadores de Castilla mal seguros consultaron el salir de Portugal, y les dixo D. Filipe se tendria por manifiesta rotura, y no se debia hacer sino faltando del todo la esperanza, pues asistian de su parte para traer los Procuradores del reino á la razon y evitar la guerra por medios pacíficos, y habia de ser cuando entrase su exército, para cuya junta y prevenciones no se habia perdido punto por mar y tierra. Procurasen disolver las Córtes, ó que los Procuradores no tuviesen más amplos poderes de los que el Rey les dexó, y que se reduxesen á su servicio. Para ele-

gir Capitan general le proponian al Marqués de Mondéxar, y pareciéle, como á muchos, era el más á propósito el Duque de Alba, preso en el castillo de Uceda. Mandóle decir si se hallaria con salud para gobernar la guerra y exército, y respondió nunca reparó en ella para serville. Vino á Alcalá de Henáres á veinticinco de Hebrero, y esperó en Barajas que le llamase el Rey para besalle la mano, tratar del modo de emplear las fuerzas y hallarse en el juramento del príncipe D. Diego, para el cual llamó los tres Estados del reino.

Fue celebrado á primero de Marzo, fiesta del Angel de la Guarda, en la capilla de Palacio de Madrid á los cuatro años, siete meses y decinueve dias de su vida, y juráronle las infantas sus hermanas Isabel y Catalina. La Reina á veintiuno del mismo parió á la infanta doña María, y en la misma capilla fue baptizada por el Nuncio de su Santidad, siendo padrinos el archiduque cardenal Alberto y la infanta doña Isabel. El Duque de Alba, sin ver al Rey, pasó á Lerena, plaza de armas del exército, diciendo que encadenado le enviaba á sujetar reinos. Dió su eleccion general contento y nombre grande á la empresa, porque demas de seguirse su libertad, deseada universalmente, no estimaban el valor del exército sin capitan á su modo y satisfacion, y con su persona juzgaban bueno á cualquiera. El Rey dió gran priesa al despacho de los negocios de su monarquía para volver todo su cuidado y consejo á la guerra, en que estaba empeñada su razon, sus armas, su reputacion. Escribió á los Prelados y ciudades y Grandes partia para su exército á dar calor á las cosas de su entrada en Portugal.

Habiendo apercebido D. Diego de Córdoba (que servia el oficio de caballerizo mayor) las armas y tiendas de su persona, y venido D. Hernando de Silva, conde de Cifuentes, con el estandarte Real, sinificando á sus reinos le siguiesen, partió á cuatro de Marzo para Guadalupe, donde celebró la Pascua de la Resurreccion de Jesucristo nuestro Señor. Allí llegó por su mandado el licenciado Guardiola para informarle de los sucesos de Portugal. Tambien Gaspar del Casal, obispo de Coimbra, y Manuel Melo, de parte del reino le pidieron no entrase con el exército en él, pues estaba resuelto determinar la causa de la sucesion brevemente, y no se podia esperar de los jueces sino buena sentencia. Respondió á lo que el Rey mandó decir al embaxador Hernando de Silva, que en cuanto no era declarado por sentencia del Rey ó sucesor en Portugal, la misma juridicion y poder quedó al reino que tenía el Rey difunto, que representaban los tres Estados; porque nunca los pueblos de tal manera transfirieron en el principio de sí la juridicion en los reyes, que en este caso y en otros semejantes no la puedan tornar á exercitar, usando della en lo que fuese necesario para la conservacion de su justicia. Por lo cual estaba determinado en el derecho que cuando muchos contienden sobre el de la sucesion de algun reino, los

tres Estados del mismo que le representaban eran jueces legítimos y competentes. Y con aquella determinacion se conformaron los tres Estados del reino de Aragon por muerte del rey D. Martin, y los de Navarra por la del rey Cárlos de Francia, que tambien lo era de Navarra, determinando la duda de la sucesion de aquellos reinos como jueces legítimos y competentes, segun constaba claramente de las historias dellos; y la soberanía y el no reconocer superior era cuanto á los súbditos y en las cosas dellos. Porque cuando en una causa concurren partes que no eran súbditos, el Rey soberano es actor, como su Majestad en aquel caso representaba, entónces habia lugar la regla de derecho natural, de que manó la civil, que disponia que persona alguna no sea juez en su propia causa. Conforme á esto, el rey Duarte de Inglaterra, no reconociente superior pretendiendo la sucesion del reino de Navarra, mandó pedir su justicia delante de los tres Estados dél, mayormente que el derecho que su Majestad pretendia en la sucesion de Portugal era solamente como sobrino del rey D. Enrique; pretension en que concurrian otros pretendientes en igual grado de parentesco, que no teniendo juez quedarian frustrados de poder alcanzar justicia, y del mismo derecho de sucesion que pretendian, no teniendo juez competente delante de quien pedilla. Y sería causa muy contraria á toda buena razon y órden de justicia, principalmente teniendo ya deducido su derecho delante del rey D. Enrique, y estando el hecho para determinarse en final, y ellos ahora aparejados para pedir su justicia por ante los jueces que les están dados, á quien juraron de obedecer, y les obliga por ser de cosa lícita como era entregarse un reino á quien por justicia fuere juzgado por los Gobernadores, que juraron representar el oficio de Rey, que tenía la misma obligacion si fuera vivo. Con esto aseguraria su conciencia su Majestad Católica y quitaria escándalo, causa de guerras y mal exemplo, siendo el conservador de la cristiandad. A lo que decian que no se debia en esta causa valer de su eminencia de Rey de Castilla, pues pretendia como sobrino de Enrique, respondia que esta division imaginaria no se podia hacer en su persona de Rey; porque de tal manera estaba conjunta con su dignidad, que no se agraviaria la persona que la dignidad quedase sin ofensa. Y pues el Príncipe justamente movia guerra á otro reino por los agravios hechos á hermanos, amigos y confederados, tanto más era razon moverla por tomarse el reino que justamente le pertenecia por su propia autoridad, y no se diria fuerza, mas defensa justa natural de lo que le tocaba, y digno castigo de rebeldes, y así como guerra recuperativa justa. Les habia escrito algunas veces era su razon clara, como lo mostró al rey Enrique y al reino, de ser su legítimo sucesor, y en tanta notoriedad no habia menester más declaraciones. Siendo el que daba leyes á otros, no convenia le juzgasen personas casi privadas. Procurasen fuese recebido dellos con la debida obediencia, como habia requerido á la Cámara de Lisboa y de las cinco

principales ciudades, y cumpliendo lo que les prometió, les haria mercedes. De otra manera serian causa de los daños que suele traer la guerra con pesar suyo, porque los tenía en lugar de hijos. Mas no permitia su dignidad fuesen sus vivas razones tenidas en tan poca estima, que otros osasen injustamente poner en litigio un reino que heredaba por todas leyes divinas y humanas. Por sus Embaxadores mostró su benignidad para con los portugueses, queriendo entrar en el reino con favorables condiciones y aventajadas para ellos, y prometia de nuevo guardarlas infaliblemente, como lo significó en las cartas que les dió de su parte el Duque de Osuna con la lista dellas, deseando reducir sus vasallos con dulzura y suavidad.

El Consejo de Estado escribió á los Gobernadores en conformidad de lo referido, y añadió: que en cuanto á los acuerdos no recebia el reino don Filipe de la mano dellos, sino de la de Dios y de su derecho, y así los vocablos de capitulaciones y conciertos no eran propios ni convenientes, porque tenian la mira á la conservacion de sus leyes y privilegios, sino se debian llamar obligaciones que tenía su Majestad, sin poderlas excusar ni dexar de cumplir como Rey justo de Portugal. Y si se referian á lo que de nuevo les habia de conceder, mucho ménos merecian este nombre, sino de liberalidad, grandeza y gracia, á que por su voluntad y amor queria obligarse con toda la firmeza que pidiesen ántes que entrase en el reino, que despues ordenaria lo que le pareciese más conveniente á su servicio y al beneficio universal de la Corona, ó por las Córtes ó por otro modo, buscando siempre la mayor comodidad para los naturales del reino. Se dolia de que fuesen maltratados los que le reconocian, y procediesen con la cautela con que le rogaban esperase, para prevenirse en su contra, y que llegasen las ayudas que pidieron á otras provincias. Contra la malicia y mañas del Prior de Ocrato entraria con poderosa mano, y no hacer la guerra mas á procurar que no recibiesen daño, sino los ingratos y proterbos en no darle la posesion de su reino, heredado tan justamente.

CAPÍTULO XXVI.

Previénense contra D. Filipe los portugueses tibiamente, y los ministros tratan de componerse con D. Antonio.

Tres de los cinco Gobernadores de Portugal no tenian intento de defenderse ni impedir la entrada á D. Filipe, y para satisfacer al pueblo armaron galeones, truxeron armas, listaron la gente de milicia, enviaron á los

cabildos personas nobles, de los ménos bien afectos al Rey Católico, á juntar los soldados y gobernallos, para tomar sin su impedimento la resolucion que convenia. Por esto Luis César, proveedor mayor, llevaba los aprestos con excusas á lo largo; solamente en el canal del Tejo reparaban las torres y castillos que guardaban la entrada en el mar. Hicieron trincheas en la marina y plataformas para la artillería. Don Manuel de Portugal, en el secano de arena de Cabeza-seca, procuraba levantar un fuerte para guardar por la siniestra la carrera de Alcasoba, porque la de la diestra asegura el castillo de San Gian; mas era el fundamento como sobre arena. Vino con acuerdo á proveer las cosas de la guerra D. Juan Tello, uno de los cinco Gobernadores, á peticion de D. Miguel de Portugal, y para haber dinero vendia las joyas del Patrimonio Real. Don Cristóbal de Mora protestó á los compradores las cobraria el Rey Católico heredero y ya señor dellas como bienes de la Corona, y así no hubo quien las osase comprar. Los más patriotas, para animar la plebe, se valian, con nuevo y peligroso exemplo, de los sermones de religiosos y de sus amonestaciones en la confesion, mostrando serian más honrados los más prontos, sirviendo los anunciadores del Evangelio á las cosas profanas, y de tratar de la guerra los ministros de paz entre Dios y los hombres, y se armaron muchos con destruicion de las costumbres y recogimiento que les hizo tener con riguroso gobierno el rey D. Enrique, gran reformador de sus abusos.

Todo andaba como cuerpo sin cabeza, reino sin Rey, alma que le anima, con la confusion y division de los Gobernadores y pérdida de su reputacion. A los ministros de justicia faltaba la autoridad, osando cada uno decir y hacer á su antojo. Por mandado de D. Antonio mató de una cuchillada Antonio Xuarez, su criado, al dotor Hernando de Pina Vereador, porque en la Cámara favorecia al Rey Católico, y fue preso y con grande alboroto, brega y contienda entre los del Magistrado, el pueblo y los frailes, que le favorecian, y al fin le justiciaron.

Los Gobernadores, vista la respuesta que en Guadalupe les dió el Rey, replicaron, y habida audiencia en Mérida á cinco de Mayo, juéves, á las cuatro horas y media de la tarde, el Obispo de Coimbra, Manuel Melo y Fernando de Silva, embaxadores, dixo el Obispo les ordenaron los Gobernadores suplicasen otra vez á su Majestad tuviese por bien de venir en que el negocio de la sucesion se determinase como era razon por justicia; y para ello y para que entendiese á lo que estaban obligados, le habian ya dicho algunas razones y las repetian de nuevo, porque juraron de entregar el reino á quien por jurídica sentencia competiese. No habia cosa obligatoria á mudar lo determinado, y se les respondió por escrito, por quitarles ocasion de trastrocar las palabras y decir en algun tiempo no las entendieron bien: entendió se contentáran con la respuesta que se les dió en Guadalupe tan justificada que no admitia réplica, y lo que de nuevo se le habia

propuesto, y no alterando la sustancia dello lo confirmaba, pedia y exhortaba á los Gobernadores hiciesen lo que tan justamente se les habia pedido, como eran obligados, y entendiesen los inconvenientes que traeria la dilacion, y partiesen cuando les pluguiese. Mandó al Duque de Osuna les dixese lo mismo y viniese á Badajoz, donde entraria á veintiuno de Mayo, y el Duque de Alba y el exército poco despues. Y no se maravillasen desta venida, pues tenía aviso de Roma, París, Lóndres, Venecia, les pedian allí socorro los portugueses, y ofrecieron el Brasil á la Reina madre de Francia porque los ayudase. Convenia concertarse con su Majestad Católica, que les haria merced en general y en particular, teniendo seguridad de que la sentencia sería en su favor, pues su justicia era indubitable.

Don Cristóbal de Mora, viendo la inquietud y desobediencia de D. Antonio, le dixo se acordase cómo llamado del señor Rey Cardenal vino á Lisboa á trece de Junio de mil y quinientos y setenta y nueve, y desde el monasterio de San Francisco al Real Palacio á jurar de obedecer á los Gobernadores y jueces que nombrase en la causa de la sucesion, y estar por lo que sentenciasen, y que si bien tuvo respeto á su tio, le habia escrito á él queria verse con el Duque de Osuna para tratar de composicion con el Rey Católico, y lo mismo con Antonio de Brito, y estaban á tiempo, y no perdiese la ocasion. Nombró D. Enrique Gobernadores ancianos, honrados y calificados, y debia obedecellos sopena de perjuro. Don Filipe habia ofrecido por vía de tentativa grandes mercedes y favores al reino, como le jurasen por sucesor de D. Enrique luégo, y los procuradores pedian para jurar Príncipe al infante D. Filipe, confesando ya su derecho. Y respondió no podian él y su tio cargar su conciencia, perjudicando en tanto la sucesion á D. Diego su hijo mayor, y dexando causa á los hermanos y á los reinos de destruirse con las guerras. Desto conoció más claramente la aprobacion de su derecho, y que no le querian por señor, y solicitó á sus vireyes, embaxadores, agentes en la conducta de la gente y máquinas de la guerra, para aplicarlas á su justicia contra la fuerza de voluntades y armas que se le opusiesen. No permitiria le despojasen á él verdadero señor, atreviéndose á su grandeza y poder, como á otros reyes menores, violando sus razones y oponiéndose á sus exércitos. Se resolvió en acercarse á Portugal á dar calor á sus cosas, por haberle escrito lo alteraban rumores y práticas movidas por D. Antonio y sus valedores, con esperanza de que tomarian su voz y las armas en su ayuda los pueblos, como hicieron en la del Maestre de Avis contra el rey D. Juan I de Castilla. En esto no venía la nobleza, ni muchos plebeyos.

Los que bien sentian con prudencia y deseo de la pública quietud y bien general decian que, dexada aparte la justicia y voluntad de Dios, con discurso discreto en las honras y provechos del reino, no era falta de reputacion la obediencia que les venía de legítima sucesion; pues los Es-

tados de Castilla cuando los heredaba el rey D. Manuel por su mujer Isabel, en muerte de D. Juan, su hermano, príncipe de Castilla y de Aragon, hijo de los Reyes Católicos, los juraron sucesores, siendo reinos tan poderosos para defenderse, si quisieran; y cuando los heredó despues el Archiduque de Austria D. Filipe por su mujer la reina doña Juana, le recibieron amigablemente. Ningun portugués noble y valeroso se arrimó á la Corona de Castilla que no haya sido acariciado, honrado y engrandecido, de manera que procedian de Portugal, como se via, trece casas, y algunas más principales della. Recibieron los flamencos largas mercedes del Rey, gobernados por sus naturales, sin que españoles tuviesen cargo alguno ántes de su rebelion. Habiendo concurrido en ella muchos ilustres y poderosos contra la Iglesia romana y contra su Rey natural, para poder reducillos en aquella empresa gastó gran tesoro, y más por lo que tocaba al bien de la Iglesia de Dios que por otro respeto. Y con tener en oposicion á Francia, Alemania, Inglaterra, no le podian quitar aquellos Estados de las manos, y concediendo la libertad de conciencia fuera señor absoluto y sacára muchas rentas, y no lo hacia por su bondad, anteponiendo el servicio de Dios á otras consideraciones. Pues se habia resuelto y escrito á las ciudades del reino la certeza de su derecho, y en catorce años nunca cesaron sus armas en Flandres, no desistiria de la pretension de Portugal confin y sin ayudas, y el Rey con tanta justicia y armadas, que no podria resistir al poder de tan grande monarquía. Estuvo suspenso D. Antonio, y resolvióse en esperar lo que disponia la fortuna, sin admitir partido, pareciéndole no se le negaria, áun en el último trance, su Majestad Católica.

CAPÍTULO XXVII.

Ocupa el Duque de Alanzon á Cambray; quéxase el Embaxador de España de que la Reina de Inglaterra favorezca sus rebeldes; el Emperador dispone el hacer la paz con ellos y su Rey en la junta de Colonia.

Viendo el Príncipe de Parma en Flandres que la ciudad de Mastricht era como puerta de los Países para entrar y salir en Alemania, determinó conquistarla, aunque Mos de Lanue, lugarteniente del Príncipe de Orange que la gobernaba, la tenía en buena defensa. Trató primero de que los valones de la guarnicion la entregasen por dinero, y entendido por Lanue los echó fuera; y reforzó la tierra con franceses, ingleses y escoceses. Cesó la furia de la peste y por ella el exército enemigo, ménos poderoso por

la falta de gente y de dinero, el de Parma envió parte del suyo con Mondragon á tomar unas casas fuertes cerca del Mosa, y arrimarse á Mastricht para asedialla poco á poco. Advertido por Lanue, comenzó á prevenir la tierra como para sufrir recio sitio, sin esperanza de grueso socorro, por la confusion y falta de dinero con que se hallaban los Estados consumidos con las intolerables imposiciones, y haber despedido veinte banderas de valones sin pagallos, y con motin se fortificaron en una aldea de la tierra de Gante. El Duque de Alanzon, como los deputados no le daban caudal, ni venía de Inglaterra para juntar exército en defensa de la provincia de Flandres, sacar fruto de los gastos y tener puerta segura para entrar sin impedimento, siempre que fuese menester, á socorrella por dineros, le entregó el señor de Anisi á Cambray, que tenía el gobierno della, y la cidadela por los Estados, como lugarteniente de Mos de Liques, y juró de mantenerla en nombre del Duque con los valones que dentro estaban. Esto pareció muy mal á los malcontentos, y lo sintieron mucho los eclesiásticos y católicos, y pidieron al de Parma los amparase, aunque tarde, y prometió de ponerlos en libertad en conquistando á Mastricht.

Los de Artuoés y Henaut pedian á los Estados se guardase la paz de Gante, y conforme á ella la religion católica, mas los de Gante, Islas, Gheldres y parte de Frisia querian la libertad de conciencia. Los de Gante, cansados de lo mucho que gastaron, y medrosos de pagar los daños de sus hostilidades, se concertaron con los vecinos católicos para unirlos á sí, y les dieron cinco templos. Algunos caballeros trataban de reducirse al servicio del Rey viendo la tema de los Estados, y que al fin siendo tan poderoso los venceria. Olivera cargó al amanecer en Mol á cinco banderas de alemanes descuidadas con su compañía de arcabuceros á caballo y cincuenta lanzas, y degolló la mayor parte, y ganó las cuatro banderas. El exército enemigo llegó á Bolduque, y el católico aloxó en Endoven, y el Conde de Bosu se mostró al de Parma con toda la caballería guiada de Casimiro para rompelle. Brevemente salió de su aloxamiento, y envió á Olivera á reconocerle con los caballos que de presto pudiese juntar. Hallándose en una gran campaña á vista de seis escuadrones, superiores en la mitad por número á su caballería, esperó con buen denuedo, y avisó al de Parma, y con Octavio Gonzaga á largo paso llegaron á darle calor al tiempo que peleaba arriesgado, y duró casi media hora el combate, hasta que los enemigos huyeron en viendo al de Parma, y los siguieron matando muchos, y dos escuadrones que se afirmaron y acometieron al Gonzaga rotos volvieron el rostro y en el alcance perecieran, si la nieve que caia no los amparára, reteniendo el ímpetu vitorioso de los católicos.

Casimiro por esto y la mala conformidad de los Estados pidió paso por el Mosa al Príncipe, y se le dió contradiciendo muchos, diciéndoles guerreaba solamente con los flamencos, y no queria desagradar á la Junta de

Colonia, que trataba apriesa de la paz y reducion dellos. Pasó con treinta y tres compañías, habiendo jurado de no servir contra el Rey en un año, y su persona á Inglaterra, para que su Reina le pagase el sueldo de su gente, que metió en Flandres debaxo de su real palabra, y tratar de cómo se habia de prosegnir la guerra. Volvió con poco dinero y ménos satisfacion en todo. Procuraron los de Granvelinghe prendelle con barcas armadas, mas el tiempo borrascoso y nebloso se le encubrió. Quexóse gravemente D. Bernardino de Mendoza, embaxador de España, á la Reina de su mal proceder en las cosas del Rey Católico, y satisfacia tan mal que envió otro Embaxador á Portugal á visitar al Rey, y ofreció lo que podia para la seguridad de aquel reino, y á D. Antonio truxo presente. Tentó el ocupar á Duinkerck el señor de la Mota, y porque de improviso no pudo, dexó en el sitio al capitan Tomas Mausert, y el de Orange metió socorro con Mos de Lanue, y hizo gran daño en los católicos, permitiéndolo el Tomás, y corrieron hasta las puertas de Gravelinghe. Su Majestad, cuidadoso de la sucesion de Portugal y la reducion de Flandres, la procuraba para volver todas sus fuerzas á lo más cercano, y escribió al Archiduque Matías lo procurase. Deseaban la paz los flamencos, y la propusieron al de Parma, y porque no la admitia, al Emperador suplicaron por la suspension de las armas, miéntras la Junta no se disolviese; mas el de Parma cuidadoso y cauto proseguia la guerra.

El Rey, cumpliendo con lo que D. Juan de Austria le habia pedido, mandó á D. Gabriel Niño, maestre de campo de Flandres, que traxese el cuerpo en secreto hasta el Monasterio y Vicaría de Nuestra Señora de Parraces. Halló prevenido á D. Sancho de Busto de Villegas, natural de Ocaña y Obispo de Avila, para traerle á San Lorenzo. Llegaron á veinticuatro de Mayo con harto acompañamiento. Hízose la funeral y entrega con la solenidad que á las personas reales, mandándolo así el Rey al Prior por su carta. Los Monteros de Espinosa pusieron el cuerpo en el lugar que en vida deseaba, y mereciólo un hijo que tanto pareció en lo poco que vivió á tan glorioso padre.

Las provincias de Artuoés y Henaut católicas, trataron de reducirse á la obediencia del Rey, y se acordaron tambien Lila, Duay y Orchies. A cuatro dél habian entrado los legados de los Estados con el Duque de Arischot, comisario, con poder hecho en Ambers, dado en nombre de Matías y de los deputados, y nombrando todos los de las tierras, sino Artuoés y Henaut, de cuya conveniencia y desunion se quexaron, pidiendo que no se dividiesen, sino que hubiesen de estar por lo que las demas provincias, contra lo que procuraba el Rey, segun habia escrito al de Parma, advirtiéndole negociaria más fácilmente y mejor con cada tierra de por sí en su reducion que juntos los Estados. Luégo que llegó el Duque de Terranova á Praga, el Emperador nombró comisarios por sus letras impe-

riales, fechas á catorce de Hebrero, con relacion de las diferencias entre el Rey y sus vasallos, y las causas justas que habia para pacificallos. Señaló la presentacion para la Dominica *Lætare*, veintinueve de Marzo, y no pudieron entrar en Colonia hasta los primeros de Abril. A los siete de Mayo presentó el de Terranova su poder, fecho en Madrid, á treinta de Agosto de mil y quinientos y setenta y ocho, escrito en pergamino en lengua latina, con su Real sello como es de costumbre pendiente, refrendado de Gabriel de Zayas. El Nuncio de su Santidad, Juan Baptista Castaño, arzobispo de Rosano, oró gravemente, dando la causa de su venida. Eran comisarios de los Estados el Duque de Ariscot, el Abad de San Gertruden y el de San Bernardo y Mos de Meeckerck y el tesorero Esquez, y del Emperador en Colonia el Duque de Juliers, y los actos se hacian en la junta de los electores; donde, habiendo presentado las partes los capítulos de concordia, la admitieron en todos los Estados sino el negarles la libertad de conciencia.

Corria el Conde de Egmont la campaña contra los Países, y hacía muchas presas, y de hecho entró en Bruseles, y por no tener socorro salió della. El Príncipe de Parma envió á España á D. Alonso de Sotomayor á informar al Rey Católico del estado de las cosas de los Países Baxos. Representó conforme á la instruccion de su comision el buen deseo que tenía el Príncipe de acertar á servir á su Majestad. El Duque de Terranova y D. Juan de Burja le habian pedido suspendiese las armas en tanto que se concluia la paz con los Estados, y no podia venir en ella no procediendo de la Junta de los deputados mas de los comisarios, y no constaba de la comision dellos, sino de cierta respuesta que dieron al Conde de Xuacenburg; y los Estados que se llamaban generales no habian podido hacer remision desunidos de las provincias valonas, y lo avisó al de Terranova para que lo dixese al Emperador, y procediendo de la Junta de los deputados se haria como habia mandado su Majestad. Proseguia en la expugnacion de Mastricht, porque el exército no se podia sustentar sin la ribera del Mosa y comodidad de Alemania, porque si bien se habian ganado tierras, estaba el país consumido del enemigo. Deseaba la paz, mas como de sus condiciones pendia la seguridad de la religion católica y obediencia del Rey, convenia encaminalla con ventaja, y para esto proveer la guerra de dinero con gran cuidado, con que perderian la esperanza los Estados de salir con su intento; y porque le parecia casi imposible reducirse por fuerza, deseaba con buena intencion la paz. Pero como de sus condiciones era dependiente la conservacion de la religion y autoridad de su Majestad, era necesario enderezar las cosas á la mayor ventaja. Por esto convenia esforzar gallardamente la guerra de presente, por hallarse desarmados los rebeldes, perdido el crédito con los soldados, apurados de dinero y adeudados, sin forma para sacarle, el de Orange en muy diferente opinion de la que ha-

bia tenido por lo pasado, caido su crédito y autoridad, porque los que no eran de su secta conocian el fin que llevaba de tiranizar. Y si el Rey, señor de la campaña, disponia el serlo más en lo venidero superior en fuerzas, de suerte que conociesen no los habia de dexar respirar, vendrian á lo justo y razonable y les quitaria el ánimo, y á los confines mal intencionados; pues visto el esfuerzo que hicieron en el año ántes, y el poco fruto que sacaron, verian lo que podian esperar adelante, habiendo empeorado tanto cuanto mejorado su Majestad. Mas si con la esperanza de la paz aflojaba en la guerra y les daba tiempo para rehacerse, crecerian las dificultades y no conocerian proceder las mercedes y favores que les ofrecia de su gran bondad y clemencia sino de necesidad, como decian al pueblo los herejes y sus secuaces, y la inclinacion á la paz. Era forzoso llegar al desengaño de la negociacion del Emperador brevemente, porque no tuviesen tiempo para juntar nuevas fuerzas los rebeldes, como procuraba el de Orange, en tanto que duraba la suspension de armas y ligar con las islas á Gheldres, Frisia y Utrecht. Acabada la empresa de Mastricht despediria la caballería herrerruela, pues bastaba la ligera para señorear la campaña; y si fuese conveniente, se valdria de los tres mil reitres del Duque de Branzuich, que estaban en Warighele, y se iria excusando el gasto sino es para gozar la campaña y quitar al enemigo el valerse de las contribuciones, ni pudiese hacer cuerpo de exército. De las provincias del Artuoés y de las que se querian reducir, era el fin la paz de Gante, y se tomase resolucion para capitular con las valonas que praticaban, y de la salida de los españoles que habia de ser en la reducion y paz general. Y aunque habia capítulos corregibles, se emendarian con el tiempo, destreza, maña, blandura, aunque fuese cediendo en algo, porque por otro camino se rodearia mucho, pues en el presente no estaban asegurados de las sospechas y recelos en que los habia metido el Príncipe de Orange.

Mondragon llegó con la vanguardia del exército del Rey al Burgo de Mastricht, y pasó el de Parma con el resto. Mandó que Octavio Gonzaga con la caballería, y el maestre de campo Francisco de Valdés con alguna parte de la infantería, fuesen la vuelta de Ambers. En el Burgaraut hallaron dos mil escoceses fortificados y los degollaron, y pusieron á Ambers en gran miedo y confusion, y volvieron á Mastricht. Con esta fue sitiada y entrada tres veces, sujeta por su importancia al rigor de las armas. Es ciudad grande y antiquísima, y como algunos piensan, poblacion de los tungros, imperial y nobilísima; la mitad de los Condes de Flandres, la otra del Obispo de Lieja. Los latinos la dicen *Traiectum superius*; en aleman Trest por Trajest; los superiores Mastricht, que es *Traiectum Mosæ*, á diferencia de Utrecht, que es el *Traiectum inferius Rheni*. Esto fue causa que errasen algunos escritores italianos, que no haciendo esta diferencia, cuentan los obispos destas dos ciudades por una. Y no poco me maravillo

de Beato Renano, que dice que Mastricht algun tiempo fue llamada Wiltenburgian, pues tuvo este nombre Utrecht. Tiene un puente famoso de diez arcos sobre el Mosa, que edificaron los ciudadanos del marmor de Namur, de que hace mencion Tácito. Toda la ribera del Mosa es apacible y de gran recreacion, mas en ninguna parte tanto como entre Lieja y Mastricht, y así edificaron en ella palacios de recreacion Cárlos Magno y Pipino, reyes de Francia. Fueron convertidos los de Mastricht á la fe de Jesucristo por San Servacio, primero de los obispos traiectenses, que vivió por dispensacion divina trecientos y setenta y tres años, y administró el obispado ciento y setenta y seis; admirable en santidad y milagros, como refiere Placencio, y que sanó de una grave enfermedad á Poro, conde de Lobayna, y le dió la mitad de la ciudad, que áun poseen los obispos de Lieja, y la otra los señores de Flandres como Duques de Brabante. El último obispo fue San Lamberto, que padeció martirio con Pedro y Andaleto, hermanos, y otros, por Dodon, hermano de Alpayde, madre de Cárlos Martel, en el año setecientos; y ella fundó un monasterio en la aldea Orp, donde murió, y dió su condado de Turve á San Huberto, dicípulo de Lamberto, que fue primero Obispo de Lieja en el año setecientos y diez por el pontífice Sergio.

Tenía el de Orange grande esperanza que Mos de Lanue breton, defenderia á Mastricht, tenido de los franceses por inteligente en la guerra cuando defendió la Rochela siendo su gobernador; y lo cierto es que fue capitan que sólo atendió á turbar la cristiandad y guerrear contra ella con suma impiedad. Conociendo no podia ser socorrido Mastricht, dexó dentro ocho mil soldados con buenas cabezas, y fué á Ambers. Estos hicieron gran esfuerzo en no dexar acercar al Príncipe ni al Mondragon á la muralla con escaramuzas, emboscadas, destruicion de las casas que les podian servir de aloxamiento. El de Parma, viendo que la empresa por la grandeza de la ciudad defendida de mucha gente, prática de sitios, no ménos era difícil y trabajosa que importante y necesaria, dispuesto de todas partes el cerco, bien acuartelado el exército, ocupados todos los pasos y estancias á propósito para apretar la tierra é impedir el socorro, y hechas dos puentes de barcas para la comunicacion del exército, le plantó cuarenta y ocho cañones el señor de Hierges, general de la artillería, y comenzó una horrible batería por la parte de San Anton, de San Pedro y del Burgo. Asistian al Príncipe Octavio Gonzaga y D. Pedro de Toledo y el conde Cárlos de Manzfelt, maestre de campo general, Antonio de Olivera, comisario general de la caballería, los maestres de campo D. Fernando de Toledo, Valdés y Figueroa. Con gran valor se reparaba lo batido por la industria de Sebastian, ingeniero francés y buen soldado, y por la solicitud de Manzano, español, que servia al Príncipe de Orange y gobernaba una compañía, ayudados de los burgueses y villanos que se metieron en Mastricht

con sus haciendas. Para abreviar el sitio el de Parma metió su gente en el primero asalto, y se comenzó riguroso combate, porque los defensores eran muchos y los gastadores para hacer reparos, y las mujeres les asistian y ayudaban en todo, ecediéndose en el trabajo y ánimo á sí mismas, repartidas en tres compañías. El estrago de los asaltadores fue tal, que movido de compasion y confusion el Príncipe, los retiró con ecesivo número de muertos y heridos, especialmente de los primeros en subir en la batería y ganar lo alto; mas impedidos de otra muralla de hombres y reparos de tierra y madera, les dexaron la vitoria y aumento de ánimo, y esperanza de defenderse. Por la parte de San Servas mudó la batería el Príncipe, y comenzó á minar y levantar bastiones, y plantar en ellos artillería contra las defensas en igual altura, descubriendo lo más eminente de las murallas; llenó el foso de fagina y disponia el segundo asalto, animado de la gente valerosa y tan diestra en el tirar, que mató más de dos mil de los cercados, heridos en la cabeza, apuntados en descubriendo el rostro. Mataron los de dentro al general de la artillería y otros soldados de cuenta en estas facciones. Ganaron la muralla palmo á palmo, más un reparo fortísimo de puntas de vigas, que no pudiendo ser batida bien la hacía impenetrable, y un contrafoso lleno de pólvora, clavos y pedazos de hierro. Puesta la caballería á punto, mil y quinientos de la vanguardia guiados de valerosos capitanes, arremetieron furiosamente hasta ponerse sobre la mina. Los cercados pegaron fuego y á la arcabucería y artillería que guardaba el reparo, é hicieron gran matanza en los asaltadores porfiando en entrar y los enemigos en defender con sangriento y porfiado combate, hasta que vencidos de las máquinas y obstinada fuerza, se retiraron dexando en las baterías y fosos muerta la mayor parte de los mil y quinientos de la vanguardia. El Príncipe y D. Pedro de Toledo los asistian y animaban con gran riesgo, ordenando y executando los maestres de campo y coroneles valerosa y diestramente. Ifízose un paso por el foso desde las trincheas á la muralla, por donde llevaron y plantaron trece gruesos cañones para batir la media luna y las casas de la ciudad. Batieron el reparo con poco efeto, y los enemigos hacian acometidas para ganar ó clavar la artillería con muerte de ambas partes. Para quitarles la vitualla se hizo estacada en el rio, mas grande avenida de aguas la rompió, con daño de algunas compañías que la guardaban. El Príncipe de Orange juzgó por conveniente socorrer tan valerosa gente por todos los medios posibles. Echaron nuevo tallon sobre todas las personas y haciendas para juntar dinero y gente, y nombraron por general para hacer el socorro al Conde de Lalaing, y pidieron ayuda á Francia, Inglaterra y Alemania.

Morian en Mastricht de pestilencia, padecian falta de municiones por las muchas que consumieron las máquinas, y algunos trataban de rendirse contra la voluntad de Manzano y de Sebastian. En el dia de San Pedro,

habiendo hecho una mina el Príncipe y queriendo apercebirse para volalla, un español metió la cabeza por un portillo, y viendo que no habia guardia, hizo señas, y entendido arremetieron y entraron la villa; y aunque estaban las calles barreadas, ganándolas una por una con gran trabajo, mataron seis mil hombres y todas las mujeres que peleaban, y saqueaton la tierra y ganaron con que enriquecerse bien en fruto de la vitoria. Muy cruel pareció por tantos muertos, habiendo despeñado de las torres de las iglesias muchos soldados, en venganza de que mataron cuarenta y cinco capitanes y sargentos mayores, sin alféreces y oficiales de todas naciones, y á Fabio Farnese, sobrino del Príncipe de Parma, el conde Guido San Jorge, el marqués Malaspina y el conde Pietro Mondoglio. Murieron tantos soldados que de los españoles fueron mil, comprando la vitoria tan costosamente que sabiendo el suceso el Rey y las atrocidades que se habian hecho en la ciudad, con sentimiento escribió al Príncipe si las tierras de aquella manera se habian de asolar, era mejor no ganallas. Y cierto que mereció bien el castigo Mastricht, y que la crueldad que usaron en ella los vencedores fue digna de su maldad y conveniente para amedrentar las provincias, porque el amor que las tenía el Rey fue buena parte de la ruina de ambos.

El Conde de Portalegre, recelando alguna voz popular de Rey en favor de D. Antonio, dixo á D. Filipe era de parecer se concertase con él, dándole los maestrazgos de Portugal. Escribiólo á D. Cristóbal de Mora, y que le avisase lo que sentia en ello y se podria hacer. Respondió á ventiocho de Mayo sería terrible resolucion por no merecerlo D. Antonio y porque en Portugal habia poco que dar y con que premiar, y á donde la sustancia de las cosas consistia, sólo en su aparencia se podia inferir en lo que estimaria un caballero una encomienda, si le habia de costar besar la mano á D. Antonio por ello; demas de engrandecer tanto un hombre que en la misma tierra poco ántes quiso ser señor, y lo que se aventuraba de autoridad dando mucho á quien no sólo merecia poco por no tener derecho sino grave castigo, por haber deservido tan públicamente al Rey. Y dado esto á tan incapaz sujeto, ¿con qué se recompensaria á los Duques de Barganza? Habia procedido en sus negocios D. Antonio erradamente y sin fundamento, con poco asiento y grande variedad, sin haber hecho accion de cuerdo; y venido á su importancia, daño ó provecho, es de entender fundó desde el principio su locura en el favor del pueblo, desconfiado de su justicia y de poder engañar gente de más entendimiento y caudal. Con el tiempo no halló lo que pensaba, porque cuando el Rey Cardenal le publicó por no natural de aquellos reinos, los pueblos confederados ni sus amigos no se levantaron, ántes le desampararon muchos del todo y sus criados. Muerto el Cardenal habia acudido á Lisboa, donde tenía raíces, y pretendió ser levantado, y trataron de prendelle, y en Santaren no quisieron los pueblos se hallase en su congregacion ni los veinte procuradores

que allí quedaron disueltas las Córtes, con tener á Febus Moniz, su privado, que le ayudó. La gente, segun esto, no estaba tan engañada como daba á entender, y que le escriben y llaman las Cámaras, y se ligan con él, y los gobernadores le quieren alzar por defensor, y si le desfavorecian era para disimular con los demas pretendientes. Le ofrecian ayuda muchas Coronas; le sobraban dineros cuando comia de limosna, prestándole los hebreos á dos y á cuatro mil maravedís cada dia. Usaba de embaimientos y embustes; eran sus criados zapateros y horneros del lugar donde estaba, que recibia por fidalgos, y en otros fueros honrados, y no habia oficio ni beneficio que no tuviese dado, ni en la casa Real; y los que los recebian burlaban de la dádiva. La causa de su legitimidad estaba en sumo descrédito, y las esperanzas de Inglaterra y Francia muy floxas. No le aborrecian, mas le dexaban por la falta del sujeto y su imposibilidad en sustentalle, porque no concurrian en él las calidades para tan grave empresa convenientes; y así no habia qué temer ni qué esperar dél. Y si D. Filipe metia su exército en Portugal con que resistir, si no habia otro secreto ó misterio, y si se ganaba con la dádiva, sería sólo su persona, y perder los que le habian de seguir, sabiendo trataba con su Majestad de partido. Era razonable se tuviese respeto á quien era y á evitar la guerra, porque desesperado emprenderia cualquiera cosa de maldad á que su entendimiento era muy aplicado; y no le faltaria pueblo menudo en ello, y más si se concertaba con el de Barganza y no convenia desengañalle del todo en el trato de su concierto. La mayor importancia estaba en el entrar ya el exército y llegar la armada y galeras á los Cachopos, ganar á Setubal, puerto seguro, y á Cascaes, cuyo señor haria lo que su Majestad mandase, como habia ofrecido, y luégo emprender á Lisboa, enferma por la peste, para no dexar sosegar los pueblos, ni coger sus panes, ni salir á encontrar sus armadas, porque no entrasen en el Tejo, ni los navíos que viniesen de socorro, ni los de las islas, en quo tenian librado su remedio y la defensa hasta que de fuera los asistiesen.

El Rey hizo protesto á los gobernadores de los daños que les viniesen y al reino, por no recebirle por Rey, pues les constaba de su derecho, y movióles poco, teniéndolo por amenaza. Tambien recibieron otro de la Reina de Francia, que truxo un lacayo del Obispo de Comenges, y le acetaron en el Consejo de Estado y pusieron con los demas autos, aunque burlaron de la embaxada y Embaxador. Sólo Martin Gonzalez da Cámara hizo grandes encarecimientos sobre le que se debia respetar lo que mandaban franceses, y D. Antonio y el de Barganza traian el lacayo sobre su cabeza, porque les dió cartas del Príncipe de Bearne y Duque de Alanzon y del Obispo que le despachó llenas de muchos ofrecimientos de armas y gente, y publicólo D. Antonio por todo el reino, con que se alborotó, y más haber escrito Fernando de Silva.

Avisó á D. Filipe el Duque de Alba habia poca gente y falta de vitualla y dinero, y así se entretuviese en pasar adelante. Despacharon á Francisco Barreto á Inglaterra, Francia, Alemania, pidiendo ayudas los Gobernadores, donde habian hecho trato con mercaderes de que les truxesen armas y municiones. Escribieron cartas á las Cámaras, para que se armasen; y algunos firmaron lo que no vieron ni querian; mas dixeron los disculpaba el satisfacer al reino en tiempo que Castilla se armaba, y que viesen sus débiles fuerzas contra ella para desengañarse de su poca defensa. Mas fue darles ocasion de precipitarse; porque viéndose juntos y con algun poder, siendo tan grande el engaño y opinion concebida de su poder y valor vanamente, y tan poca la estimacion de los otros reinos, se debia temer que por donde los pensaron poner en razon, los echasen á perder. Sólo suspendia conocer su pobreza general y poca gana de la guerra; mas todo lo encaminaban á defender y estorbar la justa posesion á D. Filipe, pues ofrecieron privilegios y favores á los que se apercibiesen para tan santa guerra, que por tal decian la podian tener sus predicadores, y que el que muriese en ella iria derecho al cielo, y no los castigaba por miedo el Arzobispo de Lisboa. Enviaron espías á saber el número del exército y á reducir al cómitre Contreras, que D. Cristóbal de Mora envió al Marqués de Santa Cruz, y al capitan Alexandre buen soldado. Martin Gonzalez da Cámara apretaba en el Consejo de Estado para que se levantasen quince mil infantes; y hecha la cuenta de la costa del sueldo cada mes, le dixeron buscase el dinero para su paga. Francisco de Sá tenía por locos los que no admitian á D. Filipe; algunos de sus compañeros querian se diese la sentencia; D. Antonio diferia el concierto, diciendo queria probar primero la fortuna, porque áun en el dia ántes de la batalla le haria el Rey buenos partidos, aunque los gobernadores le habian mandado salir diez leguas fuera de la Córte. Hicieron del Cónsejo, que llamaron de la Defensa, á D. Diego de Sousa, Martin Gonzalez y uno de los gobernadores, y D. Duarte de Castelblanco se les encaxó á fuerza de brazos en la Junta.

Dixo D. Cristóbal á los Gobernadores, estaba en su mano hacer á don Filipe pacífico señor de Portugal, pues la Cámara de Lisboa habia afirmado á Rodrigo Vazquez vendria en ello, y la ciudad lo amaria viéndolos conformes en este acuerdo con Lisboa; y siendo su autoridad tanta, se debia y podia tener por cierto que las más ciudades convendrian en lo mismo, pues se sabía que todos en comun deseaban la paz, y entendian la justicia del Rey. El Duque de Barganza los persuadia declarasen estaba el derecho de la sucesion entre su mujer y el Rey Católico, y que le perdiese el que le tomase por armas: cautela para que entrando el exército de Castilla le alzasen por Rey, pues quedaba libre y en el derecho entero. Concertábase con D. Antonio por esto y sin efeto, porque le contradixo la legitimidad, y negociaba con el Embaxador de Saboya, y pedia le ayudase

para levantar veinte mil hombres, y casaria una hija con Amadeo bastardo de Saboya, y le daria un Estado en Portugal en dote, y al Duque trecientos mil ducados en una joya. Pidió doña Catalina á los Gobernadores, no habiendo admitido la peticion de su marido, le nombrasen por capitan general para la defensa y quietud del reino; y D. Filipe les mandó decir, parecia no le tenian por su legítimo señor contra su justicia, y lo que entendieron del Cardenal, entretuviesen el responder á la Duquesa hasta que su exército entrase para su seguridad, y si le elegian, los tendria por declarados contra su Rey; porque sería declarar al Duque por tal, con el nombre ya que no con el efeto, y á ellos les quedaria ninguna autoridad, pues se avocaria toda la Real el de Barganza, y los demas pretensores se quexarian, de que las fiasen dél con entera ruina del pueblo. Se entregasen luego á su Majestad mediante los conciertos con el rey D. Enrique de las gracias y de las mercedes.

Los pueblos pidieron más prendas para el cumplimiento de lo que se les concedia que la palabra: y decíales D. Cristóbal de Mora era la mayor de los Reyes y más fuerte, y si no se les cumplia, les quedaba mejor derecho para rehusar la servidumbre; y temiendo que acetarian los partidos, D. Juan Tello y Martin Gonzalez, casi enemigos de D. Filipe, no querian Córtes; y D. Manuel de Portugal envió por mar con gran secreto á Francisco Barreto, veedor que fue de D. Sebastian, al Pontífice, á quien pedia en carta enviase un Cardenal legado á detener al Rey de Castilla, para que no entrase en Portugal ántes de oir sentencia. En el Consejo de Estado se propuso por los enemigos de D. Filipe, si sería bien ayudarse de moros y herejes para resistirle, porque la honra de Portugal consistia en la defensa de su libertad. Habian repartido por el reino más de tres mil arcabuces traidos entre trigo de Francia con cada dos libras de pólvora, y en Lisboa habia trecientos quintales. Repugnaron los amigos mucho, aunque no tan resistentes como convenia á veces, y resolvieron se tratase de paz con el Xerife luégo, y se le pidiese enviase guarnicion muy reforzada á Larache y á las partes que podian dar temor al Rey Católico de que pasaria á España, si le viese ocupado; pero fueron de contrario parecer los cuatro de los gobernadores. Apercebíanse para la defensa, mas podian poco; y así la entrada era fácil á D. Filipe. El Duque de Barganza les pedia licencia para enviar cartas á las Cámaras, como envió D. Filipe; y por contentar á su mujer aventuraba lo que tenía y podia aventurar, estando tan desvalido que ni plebeyo ni noble se acordaba de su razon. Pidió tambien se le diese título de Condestable, afirmando se le prometió el rey Enrique, y remitieron la provision para el que le sucediese. Dixéronle Francisco de Sá y el procurador de Lisboa se compusiese con D. Filipe, porque ninguno le queria por Rey. Levaba gente en su Estado, y porque no tenía con qué pagalla, sino á costa de los Gobernadores que habian sólo

diez mil ducados, contradecia D. Duarte de Castelblanco, veedor de la Hacienda; y así mandaron se listasen sin sueldo los que quisiesen salir á la defensa del reino. Propusieron el reforzar su guardia con una compañía de peones y otra de caballos, que antiguamente solia haber, que se llamaba de los Ginetes, y guardada la costumbre de atras era su capitan D. Diego Mascarcñas; mas faltaba dinero para levar y pagar las dos compañías, y se trató de pedirlos prestados por todo el reino, prática escandalosa y peligrosa publicacion de imposibilidad. Don Cristóbal de Mora les ofreció haria venir para esto mil caballos del Rey Católico, y se lo escribió luégo, aunque algunos no admitian la oferta. Los de Barganza sacaron su ropa de Villaviciosa, y no se declaraban mucho en la resistencia á D. Filipe, por no perder sus Estados, ni la quexa de que no se les guardaba justicia.

Don Antonio envió á pedir con Diego Botello á D. Juan Mascareñas le aconsejase en lo que debia hacer en el estado presente, y le respondió se concertase con el rey Filipe, cuyo habia de ser el reino, porque tenía derecho y fuerza, y cerca de executalla, y en él sería el mayor golpe, por lo que contra el Rey habia cometido en aquella Corona; y replicó no se podria en razon hasta ver si el reino se defendia, y pensaba tentar la fortuna en las Córtes á que daba priesa, porque le dixo un matemático sería rey aunque por breve tiempo. Habiendo llamado á Córtes los Gobernadores y duplicado el mandato de que no estuviese diez leguas de Santaren, respondió habia de estar conforme al Breve de su Santidad, donde se trataba su causa de legitimidad. Della no se hacía caso, porque revolviendo papeles del rey D. Enrique se halló una informacion que hizo el infante don Luis al pontífice Julio III pidiéndole dispensase en la falta que tenía de nacimiento su hijo Antonio, para poder tomar órdenes sacros hasta las de misa inclusive; y dice tenía un hijo que hubo, siendo soltero en la soltera Violante Gomez. Tambien se halló en poder de Bartolomé Froys, secretario de Estado, una carta original del rey D. Juan para el rey Enrique de Inglaterra, que llevaba Lorenzo Pirez de Tabora para tratar de casar el infante D. Luis con la princesa María su hija, mujer que fue despues de D. Filipe, de quien escribimos. Don Cristóbal de Mora dixo á los Gobernadores de parte del Rey le recibiesen y declarasen luégo por su señor natural, conforme á su derecho; donde no, los tendria por sus rebeldes. Puestos en confusion respondieron los impedia el peligro y violencia de los pretensores, del pueblo, de algunos nobles, de las armas del Rey, y habian padecido mucho; deseaban les tomase el reino, que no le podian dar por bien. El Rey les mandó decir fiaba poco de su voluntad, pues en el tiempo que trataban de que viniese á juicio, escribieron á los pueblos, pidiendo saliesen á defender que no entrasen en el reino, y mandaron se predicase en los templos y lugares públicos, con que justificaban lo que hiciese con la fuerza. Y cuando daban á entender llamaban á Córtes para

tratar de conciertos, decian no podian entregar el reino sin sentencia, obligados por juramento contra la opinion de teólogos; y queriendo contemporizar con todos, lo perderian todo. No los apretó más en esto, porque desesperando de hallar misericordia en él, no se arrimasen á otro para su amparo.

Don Juan Tello fué á fortilicar á Lisboa, y aprestar armada para buscar las naves de la India, y que descargasen en la Tercera; buscaba dineros, repartia armas. Mostróles D. Cristóbal carta del Duque de Alba, en que le avisaba tuviese paciencia, pues sería brevemente con él en amparo de los pueblos y servidores de su Rey. No daban los Gobernadores disculpa considerable, quizá por no saber pintar la miseria del estado presente, el poco respeto que se les tenía, la division de la tierra, la falta de cabezas, que ni habia juicio ni gobierno, y en todo se procedia con barbarismo y confusion, y estaba para cometerse cualquiera delito.

Los agentes de Saboya y Parma habian hablado en las materias sueltamente, y el Obispo de Parma ofreció gente y trecientos mil ducados á los Gobernadores, y no se acordaban que sus amos no tuvieron qué comer sino lo que el Rey les daba. Y no faltaban prudentes que le advertian no tuviese en Flandres al Príncipe en aquella sazon; y el de Saboya publicaba perdia D. Filipe el derecho si rompia la guerra y el de su señor quedaba entero. Los Embaxadores castellanos sollcitaban con protestos los Gobernadores, y ellos respondian era costumbre de pretensores quexarse, aunque los jueces hiciesen bien su oficio, y que estando reputados por amigos del Rey en comun, convenia que el protesto, que habia de ser tan público, mostrase que no lo eran sino iguales á todos, porque importaba para la conservacion de su autoridad, reputacion, obediencia y de sus mandatos en el reino, conociendo procedian con libertad y razon; y que así debia hacer el Rey. Y se les replicó convenia admitirle por sucesor por su justicia, y por lo que habian entendido del Cardenal, segun lo declaró. Tenía poder con que obligaba á sus vasallos precisamente: lo cual solo y de por sí bastaba, y que ellos como Gobernadores y cabeza del reino por su oficio y dignidad eran obligados, no sólo á jurar al Rey, sino á meterle con las armas en el reino. Los Embaxadores decian, que debiendo encaminar al pueblo y darle noticia del crédito que tenian de la notoria justicia de su Majestad y de la voluntad que cerca desto tuvo D. Enrique, y de la obligacion que todos reconocian de obedecelle y decir cuán bien les estaba la sucesion suya y á la cristiandad y al beneficio público, en contra desto habian escrito á los lugares, que conforme al testamento del Rey no debian dar la posesion del reino sino á quien por sentencia fuese declarado por sucesor. Podian reformar esto sin notoria contradicion, con escribir dexaron el camino de sentencia judicial en esta causa, pareciéndoles más llano para que no tuviesen que decir, ni quexa alguna los pretensores con

el Rey; mas cesando por ser impraticable, no habia otro expediente sino el que el señor rey D. Enrique habia tomado en dar el reino á D. Filipe, conviniendo en otorgar por vía de contrato las gracias y capítulos que habia pedido y ahora otorgaba más acrecentados, y debian no impedir tanto bien usando el Rey de la fuerza y derecho.

CAPÍTULO XXVIII.

Sucesos en Portugal; diferencias en Milan con el Arzobispo, y reseña que hace el Rey Católico de su exército en Badajoz.

Los Gobernadores portugueses, temiendo la peste y sitio caloroso de Almerin, trataron de ir á lugar de mejor aire y más fuerte para defenderse de la plebe concitada de D. Antonio, y con presidio aún no tenian seguridad. Apretábalos el Duque de Barganza, no los dexaban respirar los embaxadores de D. Filipe para que le declarasen por su Rey. Deseaban cumplir con todos; temian la furia del pueblo, porque si declaraban por su Majestad los apedrearian, y no querian arriesgarse, perdida ya la esperanza de recebir y reconocer de su mano el reino, y siéndoles contrario no lo podian hacer, aunque quisieran. Trabajaban mucho, no proveian cosa de provecho; pedian los pueblos armas para defenderse, ó licencia para rendirse. A cada uno parecia fácil la defensa de su casa, y ninguno salia á la campaña. Solamente los de la familia de Portugal, declarados contra el Rey Católico con obstinacion, y sin esperanza de perdon, se armaban siquiera para alcanzar buenas condiciones en su reduccion. Los embaxadores de Portugal en Roma hicieron con su Santidad tanta instancia, mostrando su razon y el agravio que les hacía el Rey Católico en querer forzallos á recebille por Rey con las armas, y no por sentencia, que determinó enviarle por legado al cardenal Riario con Breve y facultad para impedir el tomar la posesion D. Filipe, y pasar á Portugal á favorecer sus cosas, y ofrecer juez en nombre del Pontífice á los pretensores á la Corona. Avisado por su Embaxador resolvió D. Filipe no oille, cuando viniese, hasta haber señoreado á Lisboa, y porque era tenido por de poco entendimiento y amigo del Duque de Barganza y su correspondiente. Llegó la nueva á Portugal desta legacía y pretendientes muchos que tuvo, teniéndola por de provecho. El Pontífice, deseando acabar el negocio con paz y quietud, entendia (aunque mal) estaba D. Filipe obligado á juicio de los portugueses, y evitándolo, querria por esto el de extranjeros, y se lo remitiria para que determinase la causa. Para impedir la venida del Car-

denal hizo mucha falta en la embaxada el comendador mayor D. Juan de Zúñiga, que ya vireinaba en Nápoles en sucesion del Marqués de Mondéjar.

En Milan continuaban las diferencias cerca de la juridicion, comenzadas en el pontificado de Pio IV, y proseguidas en el de Pio V, como se escribió en el año mil y quinientos y setenta y uno, y en el de mil y quinientos y setenta y tres. En el de Gregorio XIII tuvieron principio de quitar al Cardenal el Gobernador la fortaleza de Arona, afirmando que, siendo llave del Estado en aquella parte, no se debia fiar de los ministros arzobispales. Era en aquel tiempo Nuncio en España Monseñor Ormaneto, obispo de Padua, y procuró conservar al cardenal Borromeo en la buena opinion y gracia del Rey, porque le era obediente y devoto, reconociendo lo mucho que la casa Borromeo debia á la Corona de España. En el año mil y quinientos y setenta y nueve envió el Gobernador do Milan á seguir la causa á Roma y procurar la determinacion, y el Rey tenía en ella para esto y para defender la juridicion de Nápoles al Marqués de Alcañices, desde el año mil y quinientos y setenta y ocho, en que le envió con amplas instruciones por su Embaxador extraordinario. Viendo el Arzobispo los contrastes que tenía con el Gobernador interin D. Sancho de Guevara, castellano de Milan, por muerte del Marqués de Ayamonte, y que parecian heredados con el Gobierno, y sabiendo, como le dixo el Marqués de Alcañices de parte del Rey Católico, era su intencion que sus vasallos en todo lo que le tocaba obedeciesen al Arzobispo, y aunque le habia informado bien por sus nuncios apostólicos con buen efeto, no habian alcanzado en todo su intento, porque pasaban las cosas por personas guiadas de prudencia humana, determinó de enviar con su embaxada y en su nombre á D. Cárlos Bascape, de la congregacion de los clérigos regulares de San Pablo, obispo ya de Novara, conociendo su valor y sabiduría. Dióle informaciones, y en presente para el Rey, conforme á su piedad, un medio cuerpo de los Santos Inocentes, que degolló Heródes en muy curioso relicario, y envióle con el cardenal Riario, que iba á España á su legacía.

Estaban en el Puerto de Santa María las galeras con sus generales, y el Marqués de Santa Cruz, cabo de todas, esperaba órden para navegar la vuelta de Setubal, donde el exército le habia de ganar el Puerto, y unidos acometer la barra de Lisboa, tomando á Cascais y San Gian, y entrando por el Tejo batir los navíos armados, y asaltar á Lisboa por los reparos de la mar, y el exército por el puente de Alcántara para dar libertad á la ciudad. Tenía ya la gente junta el Duque de Alba, y quiso ver su muestra el Rey en la dehesa espaciosa de Cantillana, y á trece de Junio en una eminente ramada estuvo acompañado de la Reina y de las Infantas y Archiduque Cardenal, su sobrino. Y habiendo dispuesto con buen órden el exército por medio de Sancho de Avila, maestre de campo general, en

forma de batalla, lucido por armas y vestidos, por divisas, colores y bordados, que hacian florido el campo verde, y tal lustre el sol, que heria en los arneses, que nunca hizo tan vistoso lienzo pintor en Flandres. El Duque se mostró el primero tan alentado, que parecia huyó la enfermedad, que le tenía en el dia ántes en el lecho, con el sonido de los clarines y estruendo de los atambores, dando nuevo calor y vigor á la sangre fria por el tiempo, aunque el espíritu era gallardo. Holgó mucho de verle el Rey vestido de azul y blanco, colores de sus armas, y le mandó subir donde estaba, porque la necesidad hace mirar mejor y estimar los que los príncipes han menester más.

Pasaron doce compañías de hombres de armas de las guardas de Castilla, en que habia setecientos y cincuenta y tres soldados, con noventa y tres de los continos, que D. Alvaro de Luna instituyó para guarda de la persona Real, y ciento y cincuenta y ocho caballos ligeros, y trecientos y cincuenta arcabuceros de á caballo en cinco compañías, y en cuatro trecientos y ventisiete jinetes guarda de la costa de Granada, diestros y buenos soldados, y toda la caballería bien armada y vestida y en buenos caballos llegó á número de mil y cuatrocientos y siete. Encomendó su gobierno el Duque á su hijo D. Fernando, gran prior de Castilla, como en Flandres. Pasaron en doce banderas de españoles del tercio de Nápoles mil y ochocientos y cuarenta y cuatro, guiados de su maestre de campo don Pedro Gonzalez de Mendoza, prior de Hibernia, hijo del Marqués de Mondéjar. Don Pedro de Sotomayor, gobernando siete compañías de su tercio de Lombardía, pasó mil y trecientos y treinta soldados, y D. Luis Enriquez en trece banderas dos mil y trecientos y cinco; don Gabriel Niño en once, mil y novecientos y cuarenta; Antonio Moreno en trece, dos mil y quinientos y cuarenta; y Pedro de Ayala, natural de Ocaña, tres mil y quinientos, y quedó en guardia de la persona Real. Don Pedro de Médicis, general de los italianos, pasó, y tras él Próspero Colona su coronel con mil y novecientos y cuarenta toscanos en trece compañías, y Cárlos Spinelo, napolitano, con mil y docientos y sesenta en quince banderas, y D. Cárlos Carrafa, prior de Hungría, con mil napolitanos, y el Conde de Lodron con tres mil y quinientos alemanes, que su mayor número diminuyó el haber casi un año que se conduxeron. El tercio de Argote y el de Molina iban en las galeras. Los ventureros fueron muchos. Pasó D. Francés de Alava, general de la artillería, con venticinco cañones de batir y de campaña, y con seiscientos carros de mulas, dos mil y trecientos de bueyes, trecientas y trece acémilas de carga, mil y trecientos gastadores, y quinientos y veinte carros con municiones, y muchos gentilhombres y oficiales.

CAPÍTULO XXIX.

El Rey se aconseja sobre el entrar en Portugal con el exército.

En Badajoz sobre el entrar el Rey con el exército váriamente se disputó. Decian unos era la tierra y clima muy para enfermar el Rey, porque en todo el reino morian de peste, aunque el aire no parecia corrupto, y así no convenia meter en este peligro la vida de un gran Monarca, coluna de la Iglesia y de tantos reinos. Se debilitó así el exército, que en calidad y cantidad era muy diferente de lo que se habia mandado prevenir por varios accidentes, faltando muchos soldados en cada nacion, de manera que la infantería era deciocho mil soldados, y los de Flandres no llegarian tan presto, y así el Rey no podia hacer la jornada en persona. Y porque no teniendo tanta gente que pudiese dexar della en los presidios para asegurar de mano en mano la entrada de las vituallas, que habian de pasar desde Castilla á Setubal, no podian sin gran descomodidad y peligro, y si toda iba en el campo, harian nueva y monstruosa forma de exército, porque no bastaria la caballería á cubrir el carruaje, y la conduta por el Océano era poco cierta, por ser dispuesto á terribles mudanzas y ordinarias tempestades. Y si bien el Duque se contentaba con el número de soldados que habia, y confiaba en su destreza y experiencia con que era superior á los enemigos, no siendo ellos tan práticos, que le hubiesen de perturbar por las espaldas para entretenerle y divertirlo, obligándole, si lo sabian hacer, á volver atras, impidiéndole el pasar el Tejo por aquel verano, lo cual fuera meter en duda la jornada por los rumores que verisímilmente con el tiempo se verian; de más del riesgo de juntar la armada con el exército á tiempo limitado, y con veinte dias de dilacion, quedaba con mucho gasto prolongado el efeto por un año; concluian, que por ninguna razon de Estado y guerra convenia que el Rey arriesgase su persona, porque la industria ni fortuna no son bastantes fiadores de la seguridad de los príncipes, que no debian fundar sus deliberaciones en la debilidad de otros más en su propia fuerza, porque metiendo su persona en peligro, metia todo el Estado; pues muriendo en la guerra ó siendo prisioneros algunos, le perdieron, como acaeció á Sifax y á Perseo, rey de Macedonia. Y cuando las deliberaciones tenian de una parte tanto de difíciles, que tocaban á lo imposible, no habia que disputar de la conveniencia, sino obede-

cer á la necesidad. Era grande la importancia de la empresa, mirando el valor del reino; mas considerando que en contra de su persona se ponia la de D. Antonio rebelde, que áun no merecia nombre de tirano, y que al igual del Duque de Alba y de tantos señores de España y de Italia entraba el Conde de Bimioso, mozo inexperto, y los otros sus seguidores, y que contra el valor de las tres naciones venía la gente colecticia de los pueblos y los esclavos de Etiopía, se veria fácilmente la grande indignidad que sería hallarse el Rey en aquella jornada. Entre tanto en la ciudad de Elvas estaria en el reino para atraerle á su voluntad con los medios que se proponian.

En este parecer vino el Rey, y quedó en Badajoz para salir á su tiempo, desengañando á los que decian que fuese á otra parte más léxos de los enemigos, y respondiendo que no lo haria, aunque aventurase la vida. Habia de esperar allí el entrar en Portugal, ó haria su entrada luégo, pues la esforzaban razones. Su presencia animaria su gente y daria reputacion á sus cosas, llevando para sí más fuerzas; tomando partidos con el hecho, que no se atreven á tomar los capitanes, ó por no tener facultad ó por dudar del fin de la empresa no las emprenden muchas veces, perdiendo ocasiones de obrar bien, causa porque decia Demóstenes á los atenienses que Filipe, rey de Macedonia, tenía gran ventaja contra ellos, y las monarquías á las repúblicas. Tambien sabía D. Filipe vencer los enemigos por sí mismo, como por sus capitanes; la empresa era cerca de sus Estados sobre un reino importante, rico, confin dellos, cabeza de otros ricos, dispuestos para ampliarse, la esperanza de la vitoria ser cierta por la parte de la justicia, de la fuerza y del adversario; la dificultad por mano de ministros ser grande, y más en aquel caso, por no haber de entrar el Rey á ganar ciudades sino voluntades, sin hacer oficio de conquistador sino de Príncipe legítimo, que entraba con poder ordinario á reprimir las ordinarias alteraciones de los reinos nuevamente alcanzados, como lo protestó á los Gobernadores y Estados de Portugal. Y semejantes oficios, en sí tan importantes, no se podian cometer sino á la persona del Príncipe primogénito; y que si para los otros hijos y sobrinos sería impropia comision, tanto más para un Capitan general de nacion castellano, imperioso y grave con eceso de su naturaleza.

Los Gobernadores, porque les daba el vulgo la culpa de todas las cosas, tarde y mal executadas, y de la resistencia débil, querian salir (como diximos) de Aimerin, y en Setubal asegurarse del tumulto del pueblo que D. Antonio concitaba contra ellos. Retenfalos el dexarle en Santaren con los procuradores en tiempo que D. Filipe comenzaba á usar de las armas, y podria con su favor disponer con voz de defensa su tiranía. Y no sabiendo tomar medio ni dar remedio á los negocios, dañaban con la irresolucion más al Rey Católico como amigos, que pudieran como enemigos;

porque esperando le entregasen el reino, habia poco á poco metido las armas. El Duque de Barganza no dexaba respirar á los confusos é irresolutos, ciegos en tomar camino conveniente. Deseaban cumplir con todos y temian la furia popular; trabajaban mucho, nada proveian. Pedíanles armas los lugares y licencia para defenderse, y respondian con generalidad sin efeto. Ellos prometian más y hacian poco, teniendo por fácil la defensa. Estaban resueltos en su ánimo en dar el reino á D. Filipe para que le reconociese de su mano, y no sabian executarlo. Don Cristóbal dixo al de Barganza iba errado, excusase la ruina de su casa y el peligro de perder su Estado, que aún tenía medio en el deseo de su bien; se admiraba tratase con D. Antonio de concierto, y lo evitase por no faltar á su fidelidad debida á su Majestad y á su autoridad y reputacion; pues el concertarse con él fuera liga y conjuracion; daria el Rey benigna audiencia á lo que se le propusiese de su parte, y les haria merced y favor, no alargándose en los medios á demandas desmedidas, y ántes de entrar más adelante le reconociese y jurase por su señor natural.

Los gobernadores, por haber muerto en Almerin Juan Gonzalez da Cámara de peste, fueron á Setubal con los embaxadores castellanos, el Duque de Barganza y los que los seguian, y llenos de miedo y vergüenza pusieron guarda á las puertas. No ménos estaban confusos los de la casa de Portugal declarados contra el Rey, porque obstinados en su opinion, concitaban la ira de su Majestad sin provecho; y si bien confiaban con eceso de la defensa, temian los protestos con que pedia la posesion D. Filipe con amenaza á los que se la defendiesen. Pesaba á algunos de no haber admitido los partidos de los embaxadores; porque en el principio obstinados, en el medio confiados en sí mismos, y ahora sin esperanza de perdon, no se reducian esperando que cuanto más el Rey entrase en el reino, conoceria su poder y se compondrian con más ventaja; y así le reconoceria de su mano mejor que de la de los Gobernadores. Don Diego de Meneses, que disponia la defensa por la parte de Estremoz, pedia se juntase exército de cuarenta mil hombres para resistir á los castellanos; y D. Duarte de Meneses escribió desde el Algarbe nadie queria pelear ni en Ebora, y toda la provincia estaba así y más dispuesta para coger sus panes.

En este tiempo ya habia días que tenian rodeado el reino muchos señores de Castilla, Galicia, Extremadura y Andalucía con gente de guerra de sus Estados para impedir la entrada y salida á cualquiera portugués ó extranjero, comenzando por Galicia D. Pedro de Castro, conde de Lemos, y D. Gaspar de Fonseca, conde de Monterrey; contra la comarca que llaman de Allá de los Montes, D. Juan Pimentel, conde de Benavente, y don Diego Enriquez de Toledo, conde de Alba de Aliste, desde Zamora contra Miranda de Duero; en Extremadura, por Alburquerque, villa frontera, D. Beltran de la Cueva, duque, su señor, y D. Hernando Enriquez, mar-

qués de Villanueva del Rio; contra la Vera de Portugal D. Juan Pacheco, marqués de Cerralbo; en el Algarbe D. Francisco de Zúñiga, duque de Béjar, por su marquesado de Gibraleon, y D. Alonso de Guzman, duque de Medinasidonia. Y aunque la gente no era bien ordenada por ser colecticia, entretenia para que los portugueses de aquellas comarcas no pudiesen ir á juntarse en cuerpo de exército con los rebeldes, y divertia los ánimos y las armas.

El Duque de Alba partió con las huestes para Elvas, primera ciudad frontera de Portugal, y envió á tratar de su rendimiento á D. Pedro de Velasco, corregidor de Badajoz, su vecino, y tenía amigos en la tierra, y les hizo su protesto, y los naturales comenzaron á tratar de medios. Sabido por D. Diego de Meneses en Estremoz, vino á los gobernadores á pedir gente y dineros, y respondieron espantados no tenian más que los veinte mil ducados que le habian dado. Llegó al punto aviso del requirimiento que hizo el Corregidor de Badajoz á Elvas por cartas que enviaron el Obispo, el Corregidor y Antonio Melo, y que del pueblo las dos partes estaban por el Rey, y casi entera la nobleza. Con esto se revolvió la tierra, y los Gobernadores llamaron luégo á Consejo general por la mañana, sin dexar muchacho ni viejo; y así fue mucho para reir. Todo era quexas de parte de los consejeros contra el Rey de no haber querido esperar sus Córtes. Resolvióse que D. Diego volviese luégo por la posta á la defensa, y se valiese de los veinte mil ducados que le envió D. Juan Tello; hiciese llevar la artillería que estaba en Ebora en carros. Y aunque burlaba de salir con la empresa, volvió por lo que le habian baldonado la venida, y les protestó de retirarse si luégo no le socorrian. El correo de Elvas dixo no tenía el Rey diez mil hombres, le diesen á él tres mil, que los desbarataria: locuras para acabar de perderlo todo.

Estaban los Gobernadores amedrentados, y como merecian, y sólo atendian á la guarda de sus personas; y para esto fortificaban á Setubal, y mandaron al Duque de Barganza que no entrase allí con gente. Hízoles su protesto D. Cristóbal, y respondieron satisfaciendo con que todo el mundo iba contra ellos, y que eran tan del Rey, que dexarian el gobierno luégo; y D. Cristóbal les dixo era lo que les convenia irse á su señór, que llamaba los oficiales de la Corona so pena de perder sus oficios. Escribióle importaba venir su Majestad en el exército, ó tan cerca dél que pudiesen salir á besarle la mano; se rendirian los portugueses de mala gana, segun su humor, y de buena si entendiesen los habia de ver y recebir. La Duquesa de Barganza pedia á los gobernadores nombrasen al Duque por capitan general de la defensa, y querian hacello Francisco de Sá y Diego Lopez de Sousa, porque luégo romperia con D. Antonio, pues no sufriria la superioridad del Duque; quitarian á éste de sobre ellos; quedarian con libertad para encaminar los negocios mejor, y veria la imposibilidad de la defensa

por la pobreza general, y esto le pondria en razon; mas no lo harian sin aproballo el Rey, cosa bien en su perjuicio, mas excusada con su poca capacidad, mucho miedo, deseo de seguridad y poca milicia. Don Cristóbal instaba en que declarasen á D. Antonio por rebelde y á D. Filipe por Rey, pues tan cerca de Santaren se hallaba.

LIBRO XIII.

CONTIENE LA TIRANÍA DEL PRIOR DE OCRATO EN PORTUGAL, LA GUERRA QUE LE HIZO EL REY CATÓLICO, PROSIGUE LA DE FLANDRES, ES CORONADO EN PORTUGAL, VENCE Á DON ANTONIO Y Á LOS FRANCESES EN EL OCÉANO, VUELVE GLORIOSO Á CASTILLA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Don Antonio toma la voz de Rey de Portugal, pónese en confusion, huyen los Gobernadores, hace la guerra el Duque de Alba.

(Año 1580.)

En tanto que se aconsejaba el Rey Católico sobre su entrada y de su exército en Portugal, el Prior de Ocrato solicitaba sus amigos para que le aclamase el pueblo, que se le inclinaba como al Maestre de Avis, Rey por esto D. Juan I, y el de buena memoria allí, esperando si le igualaba en esta suerte, igualarle en toda su fortuna. En Santaren, por consejo del Obispo de la Guardia y del Conde de Bimioso, convocó por bando los pueblos comarcanos en la ermita de los Apóstoles para zanjar la fortificacion necesaria á la seguridad de los cuatro monasterios de aquel sitio, porque ocuparia la villa el exército castellano, pasando el Tejo por el vado, y á Lisboa. A deciocho de Junio le dixo en la ermita D. Pedro Coutiño, alcaide de Santaren, le desplacia su acompañamiento sospechoso, y respondióle vino á dar ayuda á los que de su voluntad concurrieron. Baracho, zapatero, alzando la espada en alto con un lenzuelo atado, dixo: «¡Real, Real por D. Antonio, rey de Portugal!», y el gentío repitió con aclamacion lo

mismo, y salvó al zapatero acometido del Coutiño. Fué á oir misa en el monasterio de Santo Domingo, acompañado del comun y de algunos caballeros á pié y desbonetados, segun cuando son coronados sus legítimos reyes y con las mismas ceremonias y saludado y recebido de los frailes. En la Cámara de la villa que desampararon los vereadores, le tomó juramento el Obispo de guardarles sus privilegios. Derramó por las ventanas moneda, y dió libertad á los presos. En su posada por escrito mandó venir á él los caballeros á executar sus órdenes, y á las ciudades enviar sus procuradores, apercebir gente de á pié y de á caballo pata la comun defensa, y crió oficiales mayores y menores de su casa Real, y era servido y acatado como si en el efeto lo fuera. Coutiño refirió el suceso á los que gobernaban y á la Cámara de Lisboa. Los de la ciudad de Oporto, con el mandato general de los Gobernadores de que se armasen, vinieron á buscar las armas en esta coyuntura. Dióles artillería y arcabuces, y en Oporto fueron mal recebidos de los del bando de D. Pantaleon de Sá, neutrales, por no hacerse sospechoso á D. Filipe, diciendo se habia de executar lo que mandasen los Gobernadores, no lo que D. Antonio, y así eran dignos de castigo los portadores. Sus contrarios alegaban convenirles tomar las armas áun de los enemigos, y en concordia las depositaron en el castillo de la Fiera, cercano.

Partió luégo D. Antonio para Lisboa, contra el parecer de algunos, con dos mil peones y ciento y cincuenta de á caballo. Los Gobernadores escribieron á D. Juan Tello, á la Cámara y á D. Pedro de Acuña, capitan mayor della, no le dexasen entrar, y si porfiase, le resistiesen hasta prendelle. El Tello no quiso salir de Belen; el Acuña, oponerse á D. Antonio sin él; la Cámara dixo no tenía fuerzas, y con esto fue descubierto el trato del severo gobernador que tanto clamaba por la justicia.

Don Cristóbal de Moura instaba grandemente con los gobernadores jurasen á D. Filipe por su Rey, importante medio para deshacer y desacreditar el tirano. Respondieron habian oido muchas injurias del de Barganza, porque no declaraban perdió el derecho y D. Filipe por haber tomado las armas, si bien les pareció habia perdido el juicio. Junto á Sacaben, dos leguas de Lisboa, hablando Francisco de Almeida con D. Antonio, fue muerto de un balazo dirigido al Prior. Arribó á Lisboa con Diego de Sousa y Francisco de Meneses á ventitres de Junio despues de mediodia con cien infantes y tantos de á caballo entró, y saludado Rey y de los capitanes de la milicia, no de los nobles, que por la peste, division de ánimos y alteracion de los pueblos habia pocos. Un vereador le visitó, los demas se ausentaron, y los dos Mesteres y su procurador fueron á Setubal. De parte de los gobernadores, confusos y medrosos, dixo al Moura D. Duarte de Castelblanco, escribiese al Rey los socorriese con dos ó tres mil caballos y la armada, para cuyo recebimiento mandaron luégo cesar la fortificacion de la boca del puerto, y en la torre metieron á Ambrosio de Aguiar Cou-

tiño, pariente de D. Cristóbal. Estaban corridos por no haber sabido disponer las cosas, y tan recelosos que no se fiaban de sí mismos ni de su poca gente y mal aliñada. Duplicó su peticion el Moura al Rey para socorrer con la caballería unos Gobernadores viejos, sin consejo, con mucho miedo, escarmecidos del Duque de Barganza porque no mataban á D. Antonio, rebelde, á D. Juan Tello y D. Pedro de Acuña, que le metieron en Lisboa, y á los demas que le seguian, aunque mozos y de poca importancia.

Don Antonio se aposentó en el Palacio Real de la ribera; echó los oficiales de D. Enrique, metió los suyos, tomó las armas de la armería, joyas del patrimonio, batió moneda, quitó á mercaderes mucho dinero. En las casas de la Cámara ó Consistorio el doctor Fonseca Nobrega con parlamento le hizo llamar rey, y con el estandarte en mano le mostró gritando «¡Real, Real por D. Antonio!» y juró los privilegios del reino. Escribió como rey otra vez á las ciudades y villas; envióles ofrecimientos en cartas falsas de los Gobernadores, porque le obedeciesen como á rey declarado por ellos, y apercibió gente para ir en su contra y señorear á Setubal. Llegaron allí D. Juan Tello á saber lo que se trataba y avisarle, y el Moura dixo á los Gobernadores no le admitiesen como á traidor, y asegurasen las puertas, porque decia el pueblo que en llegando D. Antonio se le entregarian, conociendo su poca resolucion y valor; pues el Rey los socorreria brevemente y la conjuracion fomentaban el Conde de Bimioso y otros fidalgos de la tierra. Resolvieron huir al Algarbe, no teniéndose por seguros en ménos apartamiento. Don Cristóbal les representó los daños que su ausencia causaria, y no los retuvo. Díxoles dexasen declarado á lo ménos por Rey á don Filipe y ofrecieron de hacerlo en apartándose; y replicó era mejor para esto el acercarse más al Rey. Determinaron ir á Montemoronovo, y lo avisaron al gobernador Ruy de Matos. Sabido por los soldados, con motin apellidando á D. Antonio y ser degollados los Gobernadores, fueron con alboroto combatidas muchas casas, y medrosos y débiles se arrojaron por una ventana de la de D. Cristóbal, donde se habian asegurado y se embarcaron de noche. Don Cristóbal, aunque arriesgadamente, salió en el dia siguiente á vista de todo el pueblo alborotado, mas con valor y dificultad llegó á Montemor, y no le queriendo admitir pasó á Royolos, lugar del Duque de Barganza.

A ventisiete de Junio D. Juan Tello, el Arzobispo y Martin Gonzalez, Luis de Silva y el Conde de Bimioso, dieron á los Gobernadores ausentes por traidores á la patria y enviaron en su seguimiento. Los de la ciudad de Elvas, habiendo llegado allí D. Diego de Meneses á proveer en su defensa y vuelto atras sin efeto, estaban indeterminables, y querian algunos defenderse y otros entregarse al Rey; porque fray Vicencio de Fonseca, dominicano, de la familia noble de los Pasanos y de séguito, inclinados á D. Filipe, habia persuadido con sermones el reconocelle por se-

ñor, no á la faccion contraria, ni al alcaide Melo, ni D. Pedro de Velasco le reduxo, mas la division y fuerza de los vecinos le mató en la iglesia, porque llegaron sciscientos de á caballo á ocupar los pozos y el acueducto grande y costoso de la ciudad. Dieron la obediencia á su Majestad y las villas de Campoamor, Olivenza y Portalegre. En el castillo de Villaviciosa, del Estado de Barganza, estaba un castellano, y dixo al capitan Cisneros dexaria una puerta abierta, para que entrasen. Sancho de Avila con seiscientos de á caballo y tantos peones en las ancas executó, y la escala que llevó era corta; más ligada con otra que la buena suerte les dió en el foso, ocuparon el castillo ántes que la guarnicion lo sintiese dormida y sin velas, teniendo un exército Real tan vecino.

El Duque de Alba metió en Elvas para defender al Rey á D. Pedro Manrique con dos compañías de caballos y el tercio de Pedro de Ayala natural de Ocaña, de adonde hubo en esta jornada dos Maestres de Campo con Arnalte, cinco capitanes, dos sargentos mayores y doce alféreces, y muchos soldados, porque los cria muy grandes y buenos ingenios, si bien los más dellos acabaron en flor. Llegó en tres alojamientos á Estremoz, y requirió á la Cámara por D. Alvaro de Luna se rindiese, y á D. Juan de Acevedo, almirante de Portugal, que mantenia el castillo por los gobernadores. Don Cristóbal de Mora con buenas razones le reduxo, y le pervirtió un fraile, fiando más de la fortaleza y de la suya que ambas prometian; pues viendo plantada la batería huyó, y traido al Duque no le cortó la cabeza, sino le metió en Villaviciosa por su poca edad y experiencia y porque se lo pidió D. Cristóbal, y escribió al Rey tuviese misericordia dél por esto, aunque importaba para dar exemplo á los demas alcaides. Porque el exército venía falto de práticos de la tierra, queria le asistiese el Moura, y avisó al Rey, y mandó llegase á informarle de su comision. Llevó la declaracion que le enviaron los Gobernadores por sentencia de ser D. Filipe rey de Castilla verdadero y legítimo señor, y Rey de Portugal, dada cuando estaban sin autoridad y reputacion, y valian las armas y la razon, no su intempestiva y caduca pronunciacion. El Duque de Barganza desde Setubal vino á Portel, lugar suyo, y viendo la justicia en las armas escribió al Rey: esperó con quietud los términos jurídicos, y tomando acuerdo con él cederia el derecho de su mujer, y así mandase su Majestad no dañasen sus tierras sus soldados; eran sus vasallos la tercera parte del reino, buenos para la defensa y ofensa; trató de concierto don Antonio con él, y los gobernadores le ofrecieron harian que dexase el nombre de Rey, para que todos se compusiesen con su Majestad. Respondió le induxeron sus parientes á buscar socorros extranjeros de émulos y enemigos de España, como parecia por sus cartas. Se holgó se librase del motin de Setubal; y el haber rehusado concertarse con él causó los grandes inconvenientes en que se hallaban. Se gozára los hubiera antevisto, y no

experimentado con tanta inquietud y falta de reputacion, de que le pesaba por el deudo y amor que tenía con doña Catalina. Le agradaba el rendirle su derecho, mas no le habia menester, pues sabía el mundo ser mayor el suyo. Se valiera de su concierto y liberalidad en la recompensa, para evitar el meter la guerra en Portugal contra sus vasallos, que sentia mucho, mas perdió tanto bien su tardanza, pues el exército estaba en el reino.

Pasó luégo á Montemoronovo sin perturbarle armas ni fuego de las Charnecas encendidas que dañáran mucho si lo fueran para atajarle y retenerle como pudieran, y á la armada que estaba en el Algarbe, y sin mostrarse D. Diego de Meneses en algun puesto, excusándose con que le engañaron los Gobernadores. Y dexando á Evora, ciudad pestilente, entónces en la obediencia por D. Enrique Enriquez, alojó el campo en las huertas de Setubal, donde el Duque dixo á los capitanes guardasen rigurosamente las reglas militares, pues ya estaban cercanos al enemigo: Requirió por un trompeta se rindiesen y abriesen las puertas y le diesen la posesion los de la villa en nombre de su Rey natural, y los dexaria en toda libertad y gozo de sus bienes. Por voto de Diego Botello y Francisco Mascareñas entró el Duque y los soldados salieron, y el Botello huyendo fue aprisionado. La torre del puerto, tenida por muy fuerte por la aspereza del sitio y amparo de tres galeones y gruesa artillería, mantenia Mendo de la Mota, alcaide, y no queriendo rendirla requerido, comenzada á batir por Próspero Colona, los galeones se rindieron, y luégo el Mendo salvas vida y hacienda. Al Duque desplació el partido por haberse dexado batir.

Para el socorro de Setubal embarcó el Conde de Bimioso mozos y viejos, arrebatados no de ferocidad sino de la novedad, y ver discurrir por Lisboa frailes á caballo con espadas desnudas, animando al pueblo para salir á la defensa. Complaciéndose D. Antonio en ver tanta prontitud, supo estaba Setubal perdido del todo, y admiróle su poca resistencia, habiéndola proveido á su parecer con toda diligencia y advertencia militar de soldados, capitanes, armas, municiones. Comenzó á temer molestado de pensamientos, aunque en obras y palabras no lo mostró; si bien le pesaba de no haber tomado solamente nombre de defensor, para no estar inhábil de tomar acuerdo con D. Filipe, y por ser abandonado casi de todo el reino, y más de los nobles que habian ido á reconocer á su Majestad Católica, y otros se ausentaron para gobernarse por lo que disponia la fortuna, y algunos le seguian por estarle presentes; juzgaba poco duradero su Estado, aunque sus íntimos le llenaban de vanas esperanzas.

El de Alba se aconsejaba sobre la entrada de Lisboa por el rio ó Santaren. El ir á Cascais era más breve y difícil, por estar fortificado y con artillería y soldados donde se habian de desembarcar, y sin gran riesgo no arribarian las galeras á hacer la desembarcacion. Y anteponiéndole la brevedad y bien informado de D. Antonio de Castro, señor de Cascais, de

los puestos, resolvió el pasar allá contra el mayor número de los consejeros. Fingió para engañar al enemigo encaminar el exército á Santaren, donde pareció á muchos debian ir, y la dificultad de pasar en barcas el Tejo y caminar luégo once leguas en la canícula retenia. Embarcada en las galeras casi toda la infantería llegó á Cascais, en cuya defensa estaba D. Diego de Meneses. Mostraron ir á la playa de San Antonio fortificada, y recelando esta acometida el Meneses acudió en su amparo. Las galeras disparando la artillería contra él volvieron á la marina vieja desembarazada, y desembarcaron arcabuceros para tomar un puesto dificultoso, aunque el viento contrariaba, desestimando la poca experiencia de los enemigos. Tenía esta playa delante un collado de subida riscosa, y detras á D. Diego con la gente, y en lo alto algunas piezas de artillería de campaña, y ganada los mosqueteros trabucaron los portugueses, y estuvieron sin huir ni ofender espantados. Y llegando el escuadron á lo ménos áspero, heridos de las balas, en desórden, los retiró el Meneses á Cascais, de donde les dixo volverian á la escaramuza más bien ordenados. Creyéronle por estimarle por mayor capitan que era en el efeto, aunque por cobarde en esta ocasion los que más entendian de la milicia, y los amigos de D. Antonio por desleal, por no haber querido combatir en la playa y estar de acuerdo con los castellanos. El decia era su gente colecticia, sin experiencia y temerosa, y apretada se le amotinaria, y por esto la retiró. El Duque, más fácilmente que pensó, pudo señorear la campaña, y tan favorable principio le haria victorioso en todo. Atemorizó esta desembarcacion liberal al Prior, á Lisboa sin muros considerables cinco leguas del enemigo, porque ganados San Gian y Belen la combatiria.

Don Antonio, más con temeridad hija del miedo en los cobardes que tiento, para salir á la defensa tocando á rebato juntó en la plaza del palacio gran gentío á pié, á caballo, con armas y sin ellas, y cerca de Belen resfriado el orgullo volvió tanta parte á la ciudad que no le seguian sino mil peones y quinientos jinetes y mal en órden. Algunos querian pasar á combatir con los castellanos; mas abrasándolos el sol y queriendo comer no hubo un pan entre ellos, y vencida de la hambre su furia volvieron atras llenos de confusion. Las galeras acabaron de traer y echar en tierra el resto del exército y máquinas, municiones y bagajes, y el Duque se atendó en torno del castillo, en que estaba el Meneses tan sin perturbaciones como si no le combatiera; porque la fidelidad que guardaba al Prior le daba presuncion de seguridad ó ceguedad torpe para no temer ni ofender. Requiriendo á los del castillo un trompeta se rindiesen, contra toda su inmunidad por derecho de guerra, le tiraron, diciendo determinaron morir en la defensa. La artillería abrió la muralla con su gran ruina, y resolvieron rendirse levantando bandera, y el que la arboló fue muerto, y otros que le sucedieron heridos de las balas, y abrieron la puerta; entraron

los soldados, truxeron al Duque al Meneses, mandóle cortar la cabeza para atemorizar con esto á los de las demas fortalezas. Don Antonio estaba congoxado porque los ausentes no le obedecian, y los cercanos fingian tenerle amor, y por el acometimiento del Duque dudosos, apretados le entregarian; sospechando por esto trataba de rendir la armada D. Jorge de Meneses, le puso en el castillo. Si tuviera desapasionados consejeros se concertára con el Rey, mas fueron conservándole este nombre en su daño y en su contra los de la casa de Portugal y el Obispo de la Guarda, que arrogante queria defenderse y que prevaleciese su parecer, de que no era tan poderoso D. Filipe, ni sus soldados castellanos tan de importancia, y los extranjeros eran pocos; no habian podido venir los socorros despues que llegó á Francia el aviso de ser alzado por rey el Prior con Pedro Dora, cónsul de la nacion francesa para solicitar al Barreto y conducir dos mil infantes, y sin él podia defenderse Portugal de Castilla. Esto dicho con eficacia y conforme al deseo de reinar, desvanecieron á D. Antonio, y le hicieron prevenirse ménos bien para resistir, y que se perdiese por estos iguales en autoridad y diversos en los pareceres en admitir concierto con su Majestad, porque gozaban del gobierno del reino y de los oficios principales con respeto de D. Antonio tratados por la aficion que le mostraban, y obstinados del temor de la vida y dulzura del señorío.

El Duque, deseoso de vencer sin sangre conforme á lo que le encomendó su Príncipe, les daba lugar de conocer su daño y reducirse al servicio de su verdadero Rey, juzgando sin temor no consentian sus fuerzas en más ó en ménos tiempo. Requirió al alcaide de San Gian se le rindiese, y temiendo el trompeta ser arcabuceado como en Cascais, no llegó á requerir. El Duque plantó la batería, los galeones batian el exército, mas contrabatidos se retiraron á la playa de Santa Catalina. Pareciendo á don Antonio pendia la vitoria del suceso deste combate, porque no habia otra fortaleza en el reino que resistir pudiese batería, y perdida, lo sería la mayor esperanza, miraba desde la eminencia de Alcántara la expugnacion sin temor, porque podia enviar socorro por el mar sin contraste; y si entraba el invierno en su ayuda, se retiraria el enemigo, y podria ser socorrido, y tener sus cosas remedio y mejora, con que se mantendria Lisboa en su obediencia, que afligida con daños que hicieron los desmandados castellanos, si no vencian, no le admitiria y se concertaria con D. Filipe excusando su ruina. Pensaba en el último trance dexarla saquear; porque jamas por las hostilidades se reconciliase con los soldados del Rey, y con este temor le fuese más obediente que por el respeto. Don Diego de Carcamo, su camarero, ofreció al Rey su reduccion, y envióle al Duque para que dispusiese el hacerla, y la carta en que le pedia no estaba hecha por falta de medianeros, y pues aún era tiempo los enviase para el efeto y darle la obediencia en su nombre. No fue la remision loable, porque no venceria

el Duque con gloria concertándose, y porque imperioso en las cortesías y desestimador lo dispondria mal en los ánimos gallardos. Escribióle se alegró con la resolucion que habia tomado su señoría de servir á su Majestad, y le haria merced y á Lisboa como era razon, dándole la obediencia. Indinóse por llamarle señoría solamente, y le pareció no queria acuerdo el de Alba, y respondióle vencerian ó moririan los que le seguian, si eran conformes. El Duque, ó arrepentido de la poca cortesía, ó temiendo el disgusto del Rey tantas veces enfadado por su imperioso comunicar, dixo al Carcamo enviase persona para concluir el concierto, que él enviaria otro. Don Antonio respondió con desden, eran los reyes reyes y los capitanes capitanes, y las vitorias daba Dios. Prosiguió la batería de San Gian, y los defensores aunque por el mar podian ser socorridos y alentados por la tierra, teniendo su exército tan cercano, el alcaide Tristan de Vaz, diciendo se defendia porque no se le pidió se rindiese, excusándose con que no habia visto el trompeta, y confirmándole las mercedes que le habia ofrecido el Prior, entregó la plaza. Requirió tambien á Pedro Baba le rindiese el fuerte de Cabezaseca, y viendo entregado á San Gian le desamparó, y entraron las galeras en el puerto.

Creció el temor en la ciudad de ser saqueada, y los principales se inclinaban á obedecer á D. Filipe y obtener privilegios y mercedes; y se ofrecieran al Duque, si la presencia de D. Antonio no los retuviera. Díxole el magistrado estaba el enemigo cercano, vitorioso, poderoso, y no querian meter en duda el salvar á Lisboa, ni gobernarse de modo que siendo tan débil viniese á ser presa de los soldados, se dispusiese á defendella, y si no, la ciudad buscaria su salvamento. Respondióles, llegó el tiempo en que les era forzoso ayudarle con gente pagada á su costa para que pudiese mejor vencer, junta con la que habia armada, mas excusando al magistrado su pobreza, prometió de oponerse al Duque en la campaña. Dexando pasar el cuarto dia de Agosto, infeliz por la pérdida en África, metió en monasterios sus joyas y dineros, echó bando que todos los alistados para la guerra y los de la ciudad, sin ecepcion de persona, marchasen la vuelta de Belen, y se executó forzando á salir á la campaña muchos de los oficiales mecánicos y villanos, inespertos en el manejo de las armas, con que llegó el número casi á doce mil. Queria que tímidos y osados, armados y desarmados corriesen su misma fortuna, creyendo con ignorancia haria pelear y ponerse á la muerte quien no queria y la huia, concediéndoles larga licencia de obrar mal, poniendo en mayor peligro de los naturales la ciudad que de los extranjeros.

Llegó D. Antonio á Belen dudoso y con mal consejo, esperando á tomalle mejor con el tiempo, á encontrar al Duque en el camino con ventaja de sitio, y ánimo de morir ó vencer; si bien en la ocasion ni lo uno ni lo otro supo hacer. No estaba su gente acampada, sino en casas y pór-

ticos del monasterio, sin forma ni seguridad de aloxamiento, sin maestre de campo que la ordenase y corrigiese, aloxase, dispusiese diestramente para la pelea. Frailes eran capitanes de los negros y vil canalla, que traian en la siniestra cruces, en la diestra las armas, dexando sus conventos en bandos, los ménos inclinados á D. Filipe, pocos neutrales y los más querian reinase D. Antonio, y por favorecer su causa no hicieron pocas desórdenes, ni muchos clérigos enfurecidos sólo con el antiguo ódio contra los castellanos, que mudado hábito salieron con los demas á pelear contra ellos, blasonando podian solos vencer un mundo. En esta manera estuvo tres dias el Prior en Belen miéntras se le acercaba el Duque, y en el cuarto pareció haber huido muchos á la ciudad y reparo de sus casas. Retiróse á la eminencia de la puente de Alcántara, fuerte con riberas altas del corriente, y estar cerca de Lisboa para mantenerla fiel. Don Filipe, sabiendo cuán cercano á ella estaba su exército vitorioso, templaba el gusto el celo de que no recibiese daño la ciudad, ni se irritase su gente, queriéndola conservar amiga y entera. Para esto publicó en escrito sabía que muchos engañados y forzados siguieron al tirano; y porque no fuesen castigados los inculpables como los facinerosos, perdonaba los que dexasen la voz del Prior y siguiesen la suya dentro del término señalado por el de Alba, eceptándole y á los causadores de la rebelion de Santaren y Setubal, y haria merced á los que le obedeciesen. Aunque se valieron pocos del perdon fue bien acordado para mostrar su buena intencion y prudencia y astucia militar, porque desamparasen á D. Antonio.

Llegaron en tanto cuatro naves de la India muy ricas á la isla Tercera, y temiendo su pérdida si eran acometidas de las galeras, deseaba el capitan la vitoria de uno de los dos exércitos ántes que arribase á Lisboa. Escribió á D. Antonio su peligro y casi asedio; y los que procuraban el buen suceso de las naves le aconsejaban se concertase con el Rey dando buen fin á las cosas, buena entrada á las naves y buena salvacion á la ciudad. No admitió este parecer saludable á tantos, pervertido por los de la casa de Portugal, y pidió al magistrado le socorriese con gente, y no cuidaron de ello; y él temiendo que por su mala satisfacion y temor se rebelase y la armada, hizo estar en ella y en las puertas muchos frailes para que las guardasen con los soldados, confiando más dellos que de los capitanes.

El Duque de Alba en aloxamiento fuerte por naturaleza pedregoso, y con los reparos delante y la artillería, y aunque no podia combatir en él la caballería, no se movió, pareciéndole tenía desde allí asediado el reino, y especialmente con las galeras, juzgando por esto se rendirian sin dilacion el Prior y Lisboa. Procuraban la vitoria no arriesgando, y trataba de reducir el alcaide de la torre de Belen y capitanes de los galeones, y así estuvo ocho dias á la vista de D. Antonio con pocas escaramuzas. Envió á Sancho de Avila con ciento y cincuenta caballos y algunos infantes á re-

conocer la tierra, y cómo batiria la torre; y encontró trecientos de á caballo y quinientos peones portugueses, que sin órden los acometieron, y no atacó la escaramuza el Avila, porque iba sólo á ver, y volvió á su aloxamiento. En el dia siguiente tiradas algunas balas á la torre la rindió el alcaide, y los galeones se retiraron á Lisboa, y la armada del Rey entró en el puerto de Belen. Sólo dividia los exércitos el corriente de Alcántara, y porque al Duque pareció estaba seguro D. Antonio sin salir á la campaña, determinó acometelle allí, y reconoció el sitio naturalmente fuerte, poco ayudado de la industria, en collados altos y ásperos que hacian acomodado aunque desigual terreno para aloxar. El enemigo asistia en lo más alto, fortificada la frente con mal compuestas trincheas y mucha artillería, y su gente en escuadron, sin aparencia de arrojarse á la campaña, tirando sus cañones, y escaramuzando algunos con poca gallardía; y volvió el Duque donde aloxaba, y discurria sobre lo que debia proveer para vencer al tirano.

CAPÍTULO II.

El Duque de Alba combate y vence á Don Antonio.

El Duque, habiendo considerado lo que debia proveer para combatir á D. Antonio en el aloxamiento, mandó que al salir del cuarto de la modorra se tocase arma por todas partes gallardeando, para tener los enemigos inquietos y en escuadron, como en el dia precedente, y que batiese don Francés de Alava desde las colinas eminentes continuadamente su plaza de armas, defensas y puestos, donde les convenia asistir para defender el puente acometido. Metió en su armada mil arcabuceros españoles é italianos por mitad, para que acometiese con ella el Marqués de Santa Cruz la enemiga, cuando viese la señal que daria. Dixo á las cabezas del exército venceria, si guardaban sus órdenes, y sin obedecer era difícil. Le encargó mucho el Rey el preservar á Lisboa del saco, y deseaba tanto cumplir su mandamiento, que dexaria de vencer porque no le padeciese, y así venciendo habian de ser sus defensores, para que no fuese robada en notable deservicio de su Majestad.

Antes del alba, dexando en guarda de los Reales algunos de todas naciones, repartió el exército en dos partes de la infantería y una de la caballería, que marchaban casi al lado unos de otros, y él en batalla con número de seis mil peones españoles y algunos picas alemanes, en seis escuadroncetes, conforme á la disposicion del sitio. A la diestra puso los ita-

lianos con sus coroneles y el resto de los alemanes y algunos pocos españoles, y todos serian seis mil en tres escuadrones, junto el uno del otro, guiados de Próspero Colona; en la siniestra la caballería, asistida del prior D. Fernando; en primero lugar los arcabuceros á caballo, en el segundo los jinetes, en el tercero los caballos ligeros, en el cuarto los hombres de armas. El Marqués de Santa Cruz puso en filo sesenta y dos galeras y veinticinco navíos á tiro de mosquete, al costado siniestro, como ala del exército de aquella vanda, en correspondencia de la caballería del siniestro.

Don Antonio, persuadido sería el efeto deste dia como el del pasado, queriendo poner sus portugueses, no enseñados á órdenes y trabajos de la guerra, en escuadrones, ni estaban dóciles, ni obedientes, ni cabales, por haber ido los más á descansar á sus casas, y huido muchos. Pidió al Obispo de la Guarda le enviase gente, y tocó á rebato, y la sacaba de sus retraimientos y lechos por fuerza, y algunos le siguieron. Mandó el Duque disparar la artillería y asaltar el puente al Próspero y ocupar lo más del sitio que pudiese, y á Sancho de Avila que pasando el corriente por la más baxa ribera y fácil de subir, con dos mil arcabuceros que sacó de la batalla, acometiese con mayores ventajas al enemigo por el costado, hasta retiralle á sus reparos, y el Prior, aunque tenía largo rodeo, embistiese, y si no saliesen los portugueses provocados de su aloxamiento, los asaltasen á un tiempo en todas partes, que los socorreria con la batalla cuando y donde conviniese. Sentado en una silla, desde la eminencia miraba los combatientes de ambas partes, y dió la señal para que arremetiesen los suyos. El Próspero se arrimó al puente primero que el Prior y el Avila llegasen á sus arremetederos, por el largo y áspero camino que tenian.

En el primero acometimiento los portugueses de más opinion resistieron el ímpetu de los italianos, deseosos de ganar honra, y defendieron el paso estrecho y guardado por traves de muchos arcabuceros fortificados en casas atroneradas y cercadas de agua de un molino, combatiendo con gran ventaja, con que el puente, ya perdido, recobraron. El Próspero hizo pasar sobre la presa buen número de arcabuceros, y con muerte de algunos ganaron la casa y mataron sus ocupadores. Faltando su ayuda á los defensores del puente, le perdieron, y le pasaron los italianos socorridos con algunos coseletes alemanes por el Conde de Lodron. Pararon, sosteniendo furiosa carga de los enemigos, animados de D. Antonio, que no sabía era de la otra parte de lo más fuerte del exército embestido, y deshecho su furor huyeron. Viendo el Duque cumplia Sancho de Avila su órden, juzgó habia vencido, y arribando por la otra banda con los arcabuceros y el Prior con la caballería, no hallaron resistencia. Aunque perdido el puente se les opuso D. Antonio, mas sus soldados llenos de miedo le desampararon.

Dió la señal á la armada el de Alba para que acometiese la contraria, y

como indefensa, quedó presa. Don Antonio conoció su perdicion, y con Diego Botello y D. Manuel de Portugal sin órden ni resistencia se lanzó en la ciudad, donde al entrar del arrabal fue herido en la cabeza de un soldado de á caballo, y por muy poco que hubiera caminado más la caballería, quedára en prislon por algunos ventureros. Siguióle su gente desbaratada, y los más, arrojadas las armas, se encubrian en sus casas, y los forasteros se guarecian en las iglesias con temor grandísimo. En la huida murieron muchos miserables, y fueran más si no los defendiera de la furia de los vencedores el Prior, que corrió en amparo de la ciudad viendo su gran peligro, huido su Rey, vencido su exército; y la esperanza de su salvacion tenía el Magistrado en la guarda que vian en el Prior, en don Pedro de Toledo y D. Pedro de Granada y otros caballeros, que concurrieron á cumplir el deseo y órden del Rey y de su General, que recibió la obediencia de la Cámara con las condiciones de las otras ciudades reducidas.

Esparciéronse los soldados por los arrabales, tan grandes como muchas ciudades, saqueando y los contornos, y no se les pudo impedir, quedando sin resistencia libre lo interior, con que muchos inocentes perdieron, sin extorsion grande, su mejor haber y caudal, llevado á las quintas ó granjas á preservar de la peste, como si fuera á darlo á los soldados. Los de las galeras dañaron mucho, porque saquearon las riberas y las naves en que habia mercaderías, y los de la tierra escondieron en ellas los robos, y de mayor volúmen y embarazo, sin venderlos por esto, como suelen, á los naturales por poco precio. Robaron unos jinetes de la costa el jaez precioso de diamantes, ornamento y mayorazgo de Portugal, de valor inestimable por su pedrería de gran bondad y tamaño, y en largo tiempo juntada en la India, y acabada su perfecion, segun yo ví en algunas piezas dél, que se cobraron con dificultad, y despues padecieron grandes trabajos y prisiones algunos por haber comprado y ocultado muchos diamantes. La casa de la India guardó del saco D. Alonso Martinez de Leiva, general de las galeras de Sicilia, enviado con escuadras de soldados en su defensa. Los monasterios no fueron ofendidos estando en el burgo todos, sino el de los Apóstoles, que de noche los que le guardaban sacaron muchos bienes que hallaban escondidos. Murieron mil portugueses, y de los vencedores ciento, y el Duque se arrimó á Lisboa para asistir en su amparo. Don Antonio, curada su herida en Sacaben, dos leguas de Lisboa, caminó á Santaren con poca compañía, y el Magistrado no le dexaba entrar: que tales mudanzas hace la fortuna en los ánimos y desemejanza; mas con promesa de salir luégo, entró, y en el dia siguiente caminó á Coimbra, y Santaren envió á dar la obediencia á D. Filipe.

Quedó el de Alba con la gloria de conquistador y defensor, pero incierto si estaba en Lisboa el Prior, porquo los portugueses para darle tiem-

po de salvarse, esparcian falsas relaciones, porque si le prendiera, fuera cumplida la vitoria, pues no quedára suspenso el reino con la esperanza de rehacerse y tentar cosas nuevas, y era culpado de no haber hecho mayor diligencia en saber su derrota para seguille y prendelle y acabar la guerra. La venida de las naves de la India á Cascais, dos dias despues desta rota por la buena fortuna de D. Filipe, sin saber lo que en el reino habia pasado, dió general contento por lo que al Rey y á los particulares tocaba, y las conduxeron al descargadero.

En este tiempo vino la enfermedad del catarro, tan malina que no hacía menor daño que solia la peste, mal de que pocos escaparon y murieron muchos, por ser tan agudo y peligroso que si bien los derribaba y pasaba presto, la mortandad fue grandísima; y con ser tan notable y famoso por ella este año de mil y quinientos y ochenta, y al parecer malicia del aire repentinamente corrompido, no le habian visto los astrólogos en su revolucion, y solamente Joseph Melecio en sus efemérides, dixo por mayor: *Humanum genus molestabitur ægritudinibus pectoris et catharralibus humoribus.* Y para como ellos suelen conocer y encarecer las cosas, antevió algo, y lo dixo con templanza y generalidad.

La nueva de la vitoria dió al Rey un mercader castellano, que pasando el rio cuando huyó D. Antonio, llegó á Badajoz, y la esparció brevemente por la Córte con mucho contento y loa del Duque en la manera que la fuerza de la verdad la suele sacar, áun de los enemigos. Mas su tardanza en avisar para la confirmacion resfrió el placer, pero doblóse con el traer D. Fernando de Toledo, hermano del Marqués de Velada, despachado por el Duque, larga relacion del suceso y causas y razones que le movieron á combatir en sitio tan aventajado para el enemigo, y fue aprobado universalmente, aunque les pareció á los del Consejo arriesgó mucho en hacer la entrada por Cascais.

Mas como están confines la risa y el llanto, le causó muy grande tan mortal enfermedad que afligió al Rey, que reduxo á débil esperanza su importante vida; porque faltando se quitaba el defensor de la cristiandad, y se juzgaba habria grandes alteraciones. Porque en los Países Baxos se hallaban las cosas en baxa fortuna para España, los humores de Francia mal dispuestos, y Portugal no asegurado viviendo D. Antonio y muchos malcontentos, y lo estaria ménos quedando en poder de pupilos pequeños de años, y así eran varios los pareceres de lo que se debia hacer, todo confuso, todo lleno de temor. El de Alba queria que luégo, en muriendo el Rey, entrase la Reina con el Príncipe en Portugal, y con el juralle las armas se mantendria quieto con los demas Estados de España. Procuró para esto establecer las cosas en tanto, quitando de la Cámara los antonianos, y restituyendo los expelidos. Díxoles jurasen al punto á su Majestad, y apellidasen por las calles su nombre con la ceremonia acostumbrada, y lo

aprobaron, y pidieron licencia para solenizar el acto con fiestas, y que se les concediesen sus privilegios, y respondió se les darian aún mayores, y las fiestas harian cuando entrase el Rey su señor. Á once de Setiembre en la casa del Duque se hizo el juramento en forma, y en el dia siguiente salió el Magistrado, y con el Real estandarte por la ciudad y los instrumentos de música y vocería aclamaron el nombre de D. Filipe, pero con poco concurso del pueblo, muchos suspiros, como solian risas en el nombramiento de sus reyes, si bien algunos el dolor y alegría con adulacion mezclaban.

La rigurosa enfermedad de su Majestad curó la ciencia y ventura de su gran médico Valles, y le sacó á la vida con experiencia peligrosa y terrible al parecer de sus compañeros, purgándole en conjuncion de luna, diciéndoles se haria tan quedito, que no lo pudiese saber, y extrayendo á fuera el humor ó veneno con ventosas sajadas por las correspondencias del corazon en la espalda y pecho, que le acortaba el vivir. ¡De cuán poco errar ó acertar pende la medicina, y della la vida de los príncipes, tan deseada y estimada para el bien general! Ordenó su testamento ante su secretario Mateo Vazquez de Lecca, y no dexó á la Reina por Gobernadora de la Monarquía, y se quexó gravemente, atribuyéndolo á poco amor y estimacion. Y aunque su Majestad tuvo á sus mujeres solamente, en la que les concede el dar sucesores, les prefirió en amor y respeto á la esclarecida doña Ana por sus grandes méritos y su felicidad en dexar á esta Corona hijos que la gobernasen é hiciesen inmortal. Hacía el Rey cargo gravísimo al secretario Vazquez de la revelacion de tan gran secreto, y su inocencia apretada y favorecida de la fuerza de la verdad, supo inquirir y pudo averiguar (como no hay cosa secreta, segun lo referido) habia sido el delator D. Antonio de Padilla, presidente de Órdenes, que llevó su Majestad por gran letrado y sabio ministro para aquella expedicion. Convirtió contra él la justa indignacion, y la reprehension y amenaza le pusieron brevemente en el sepulcro.

Llegó en la convalecencia á su Córte el Legado de su Santidad, y acompañado del Duque de Osuna y del Conde de Chinchon, con secreto se presentó á su Majestad de noche. Viendo las mudanzas de las cosas de Portugal, y la prosecucion de D. Filipe en executar sus armas para la pacífica posesion de Portugal, no pasó como quisiera á Lisboa, é hizo despues su entrada de Legado, aunque privadamente, desde un monasterio, y su venida de ningun provecho para el Pontífice, para el Rey, para los portugueses.

Estuvo el exército aloxado entre Alcántara y la ciudad, y despues en los burgos, y quisiera el Duque enviar los extranjeros y las galeras, mas no pudo no estando la guerra acabada, porque D. Antonio se hacía obedecer en algunas tierras, y le seguian cuatro mil noveleros por natural in-

clinacion, y forzados y amenazados no querian perder sus bienes, y apretaba la ciudad de Coimbra para que no reconociese á D. Filipe, ni enviase á Lisboa, como trataba, á darle la obediencia. Acometió á Aveiro, y resistido, batió el muro con la artillería y armas, que los de Oporto depositaron por sus controversias en el castillo de la Fiera. Asaltóla sin provecho, mas sus aficionados le metieron en ella por haber tardado el socorro que de Oporto traia D. Pantaleon de Sá. Aprisionó á muchos, saqueó casas, mató personas, destruyó haciendas, y sus rústicos soldados tomaron tal arrogancia armados de azadones, picos y palos, que amenazaban á Lisboa para librar el reino de los tiranos. Ayudó esta presuncion loca el haber publicado el Prior habia muerto D. Filipe, y se enlutó en testimonio. Por esto era reprehendido el de Alba de no haber enviado en su contra la caballería, mas no pudo desmembrar el exército asegurando la ciudad metrópoli, Córte, sér, fuerza y consejo de Portugal, y le calumniaban en Badajoz porque no pretendió al tirano, empleados el Duque y sus soldados en la guardia sólo de una ciudad. Sus amigos, aunque pocos, le disculpaban, con que el lugar, el tiempo, el asegurar la vitoria no dexan á veces al General executar lo que desea; y no convenia enviar las cabezas de su exército insolente con el vencimiento, porque robára del todo á Lisboa, y más sacando mucha gente, pues la poca no fuera segura. La caballería no pudo cerrar el camino al enemigo, ni era prudente resolucion hacer al tímido esado, por necesidad de su defensa para salvar la vida ó no quedar preso. No habia sido poca ventura librar lo interior de Lisboa de los vencedores en sus confines y á sus puertas, ya que saquearon el arrabal; pues poco habria interesado el Duque por su ánimo generoso y libre de toda codicia, y su grandeza, fidelidad y experieneia en la edad postrera, no permitirian lo que no fuese justo, y era tan ajeno de su condicion. Y calumniarle de haber alargado la guerra, no haciendo toda la diligencia que debia para prender á D. Antonio, era usado en las repúblicas, no en las monarquías.

Para ganar los ánimos parecia conveniente entrase luégo el Rey, pues estaba resuelto en perdonar injurias, restituir los que más le ofendieron, conservar los amigos; mas la peste y su enfermedad lo impidieron. Los alcaides y presidios de Africa no le dieron la obediencia requeridos, y cuidaba de que harian las islas de los Azores lo mismo, y para moverlos con la nueva de la vitoria, envió un portugués de confianza con su carta y del Magistrado de Lisboa. Despachó á buscar á D. Antonio á Sancho de Avila con cuatro mil infantes y cuatrocientos caballos, y le reforzó con otros mil y quinientos, conducidos de D. Diego de Córdoba. Llegó á Coimbra, y su regimiento entregó las llaves, y D. Manuel de Sousa Pacheco, comisario general del exército, entró á recebir el juramento de fidelidad y obediencia que hicieron á su Majestad Católica. En Aveiro supo D. Antonio

esta venida, y dudaba en oponerse ó embarcarse para ir á Francia; mas el ofrecerle Oporto, ciudad importante por el sitio, de recebille, le llevó á ella, siendo aleve; pues habia dado la obediencia al Duque por sus Embaxadores, en nombre de su Rey, cuando estaba sobre Cascais. Los del bando de D. Pantaleon de Sá por no obedecelle huyeron á Galicia, y de allí á Lisboa. Fue alegremente recebido el Prior, debaxo de palio, con general concurso del pueblo, y estuvo allí diez dias saqueando las casas de los realistas, quitando dineros á mercaderes, y la hacienda envió á Francia. Pidió al pueblo diez mil ducados en servicio ó empréstido, y porque Sancho de Avila era cercano, despachó al Obispo de la Guarda á Viana y Ponte de Lima á juntar más gente para impedir el pasar el rio Duero. Al Avila representaron en Aveiro sus cuitas, robos y peligro, los consoló, sacó de la cárcel los que D. Antonio aprisionó, dió la obediencia el Magistrado, y caminó á Oporto. La dificultad del paso del Duero, rapidísimo entre ásperos montes y precipitosas rocas sin vado, le tenía cuidadoso. Traia barcas, y con ellas pensó ganar otras, mas no las descubria escondidas por temor y bando de D. Antonio. Los de Marasellos, indignados por haberles quemado las moradas por inobedientes, dieron algunas, con que ocuparon otras.

El capitan Serrano, gallardo de persona y bizarro de ánimo, desnudo, fingiendo fue robado, pidió socorro á unos barqueros de la otra ribera, y dándosele, ganaron los soldados emboscados las barcas, y con treinta y cinco que tenía determinó el Avila pasar, aunque parecia temeridad, por no poder arribar sino á Piedrasalada, puerto ordinario, fortificado por esto y guarnecido, y haber infantería cerca dél, y no ser posible pasar la caballería, que no se habia de dexar. El Avila, por falta de vitualla y de experiencia del enemigo, segun mostraron los efetos militares presentes, y que se juntaba socorro para el Prior, y convenia prevenirles, determinó el barquear en todas maneras, valléndose de la industria, ánimo y fuerza. Arrimóse á la ribera, donde tenian un fuerte los portugueses, y envió á D. Pedro de Sotomayor con algunos caballos á reconocerle, y los defensores, dada una recia carga, huyeron á Oporto. Halló á una legua pequeña del aloxamiento desembarcadero en Avintes, con no pocas dificultades en baxar al agua y subir á la ribera de la otra banda. Refirió al exército dudoso el riesgo en pasar por tan peligrosa parte por el sitio, y estar los enemigos armados y fortificados, y ponia en duda la vitoria, y no igualándoles en el número; mas la buena resolucion haria mejor el peligro. Las ondas estaban quietas, no eran inaccesibles las riberas, mas sí las fortificaciones débiles, y la resistencia poca, como en Cascais y Alcántara, donde en puesto fortísimo tantos portugueses de mejor opinion y armados, rotos y confusos huyeron. El vencer las dificultades al servicio de su Rey y honor de sí mismos convenia, que no habiéndolas fuera poca la gloria, y así la

merecerian mayor y las mercedes. Batió el desembarcadero para desocuparle, dexó en guarda del Real españoles y tudescos, ordenó caminase de noche la tercera parte de los peones y caballos con él, porque aserrando la otra ribera, daria por el costado á los enemigos la carga, y en tanto don Rodrigo Zapata se embarcase en Piedrasalada en el resto de las barcas, y cada cual tuviese ligados algunos caballos, mostrando navegar por allí, para que los enemigos á esto atentos no advirtiesen en su pasaje, engañando así los inexpertos. Executó el Avila, y halló tan flaca resistencia, que salió fácilmente á tierra y atacó la escaramuza, y con muerte de algunos huyeron los demas. Don Antonio, admirando el suceso á él increible ántes, diciendo á sus secuaces podia poco sin fuerzas y fortuna contra enemigo poderoso y venturoso, fué con sus íntimos á Viana.

Inorantes los de Oporto deste suceso, asistian á su defensa y del paso de D. Rodrigo Zapata, y acometidos del Avila se esparcieron seguidos de la caballería, y el dia llovioso y la variedad de caminos los salvaron. Reconociendo puesto para batir la ciudad llamaron al Avila desde la muralla con bandera blanca para rendirse. Envió la caballería por dos veredas contra D. Antonio, y él llegó á recebir la obediencia que le dió el Magistrado en nombre de su Rey á la puerta, y la mandó cerrar, porque los soldados no saqueasen, como algunos comenzaron entrando mezclados con los naturales, y para que no prosiguiesen los demas fue bien menester su guarda y autoridad. Pidió el cabo de la caballería á los de Viana le entregasen á D. Antonio, porque si no serian saqueados, y entregándole salvarian la vida y bienes, y le buscaron. Estaba para navegar á Francia, y viéndose en tierra poco fiel y tan desarmado, con el Obispo y el Conde sus secuaces se embarcó temiendo ménos la fortuna del agua que de la tierra; mas por grueso mar no pudo hacerse á la vela, y puesto en la barca para huir tantos peligros y lo más precioso que tenía, salió apriesa con gran riesgo de anegarse á la parte del rio Miño, contraria á Viana. Sabido por los soldados apresuraron el partir á buscalle sin efeto.

Murió la reina doña Ana en tanto, miércoles á veintiseis de Otubre, en treinta y un años ménos seis dias de su breve vida; y señaló el suceso un cometa no grande, aparecido en el occidente. Mandó el Rey al Obispo de Badajoz y al de Córdoba y al Duque de Osuna que truxesen el cuerpo á San Lorenzo, y la Condesa de Paredes, su camarera mayor y la de Barajas y su marido D. Francisco Zapata de Cisneros, mayordomo mayor que habia sido de su Majestad, proveido ya por Presidente de Ordenes, y llevó las Infantas y al Príncipe á Madrid. Avisó al cardenal Quiroga el Rey estuviese para el recebimiento en el monasterio, y esperó en Talavera, en cuya plaza recibieron en suntuoso túmulo el cuerpo, y de allí lo llevaron á la iglesia, donde vestido de pontifical hizo el recebimiento y oficio funeral con la capilla de Toledo, y acompañó el cuerpo hasta San Lorenzo.

Dixo la misa y predicó García de Loaisa, arcediano de Guadalajara, que despues fue Arzobispo de Toledo, y se hizo la entrega al prior y convento conforme á la instruccion del Rey, y prosiguieron su treintanario.

En tanto vino á Lisboa el dotor Villafañe, del Consejo Real de Castilla, con simple comision como visitador del exército, y acariciado del Duque y admitido á los consejos, encubrió la sospecha que le molestaba, de que sus émulos querian diminuir la gloria de su buen suceso tantas veces y de tantos combatida, blanco donde sólo encaminaban la pujanza de sus tiros la envidia, emulacion y malevolencia. Las cabezas del exército más impacientes y libres se quexaban del caso pareciendo venía á averiguar sus ecesos para castigallos, cuando esperaban premio de su vitoria, porque el Duque tenía en esto la mayor parte, y en lo civil D. Filipe comunicando los negocios con él y executando sus órdenes fielmente: y así, pues contra los rebeldes era el exército, sería contra ellos la venida del dotor, cosa desusada y poco digna de su valor y méritos, é insufrible el ser acusados de cortesanos ociosos y ocupados por la mayor parte en el cumplimiento de sus apetitos, léxos siempre de los peligros de las armas, ya que no de las calumnias, envidias y pretensiones ambiciosas. Y áun contra los buenos efetos de Sancho de Avila en Oporto habia venido Tedaldi, oidor de Galicia, á inquirir delitos de soldados vencedores. Con licencia militar murmuraban de que atendia el Rey á su castigo, cuando premiaba los Embaxadores largamente, pues habia dado al Duque de Osuna el supremo cargo de Visorey de Nápoles remunerando su buen servicio en la negociacion de aquel reino, y á Luis de Molina promovido al Consejo de Cámara. Con esta visita en aparencia quiso satisfacer su Majestad á los portugueses que se lamentaban del saco de los soldados; y así la instruccion de Villafañe era secreta, y su condicion mostró el no haber procedido contra persona alguna. La blandura del Rey y del Duque con que pretendian reducir á los portugueses á más amigable trato, los hizo arrogantes, sin acomodarse á la amistad y doméstica comunicacion de los soldados, hechos odiosos en la guarda de las puertas de Lisboa y escrutinio de los que entraban y salian. Por esto los quitó dellas y los metió en el castillo antiguo que fortificó y reparó en uno de los collados de la ciudad, y la artillería y municiones, con que templaron algun tanto la malenconía los portugueses, y cesaron debates, encuentros y pequeñas batallas que tenian con los castellanos.

No habia en Portugal tierra que no obedeciese á D. Filipe con la huida de D. Antonio, y en Africa y de la India no hubo tiempo para saber su estado, despues que por tierra se envió el aviso de la muerte del Rey don Enrique, y de cómo D. Filipe era su legítimo sucesor. La isla Tercera, de las siete de Azores, no le obedecia como la de San Miguel, y su gente supersticiosa y vana no creyendo era muerto D. Sebastian, cuando envió don

Antonio á decir le obedeciesen, estuvo tan dudosa que enviaron á Estéban de Silveira y fray Melchor, de la órden de San Francisco, á saber la verdad á Lisboa. Arribaron cuando fue desbaratado D. Antonio en la puente de Alcántara, y le siguieron, y en Oporto le dieron la obediencia. En la Tercera refirieron, que si bien fue vencido el Prior, volvia con treinta mil soldados á tomar venganza de los castellanos. Mantuvieron la isla por él solicitados con sus cartas con tanta veneracion recebidas, que metieron á su portador el conde Antonio Escalmo francés en procesion debaxo de palio en Angra hasta la iglesia de la Misericordia, y predicó fray Melchor, acomodando su intencion á la voluntad de Dios, y en la misa fray Viago Lámello rogó en la oracion por D. Antonio y D. Sebastian: con tanto desatino se procedia. Un oficial hecho adivino les hizo creer vendria don Sebastian para diez de Marzo del año venidero; y habiendo parecido en el mismo dia un navío á su vista, los alteró de manera diciendo á voces el oficial venía allí su Rey, que á la playa corrieron á recebille, teniendo por más bienaventurado al que primero le besase la mano. Siguió el navío otra derrota, y decian habia desembarcado y entrado en San Francisco el Rey, Cristóbal de Tabora y el Xerife. Pudiéndose averiguar fácilmente la verdad, no lo consintieron, asegurando el engaño los frailes contra la santidad de su profesion, vida y cordura, fingiendo tenian huéspedes de importancia, y pedian con gran secreto camas de seda y vasos de plata para el servicio real. Mandaron hacer vestidos, cerraban las puertas desusadamente, afirmaban en sus sermones tendrian no sólo uno, más dos Reyes naturales; y algunos oyendo rogar en la misa por D. Sebastian y D. Antonio, creian estar en el monasterio; y los ayudaba Cipriano de Figueredo amigo del Conde de Bimioso, y su criado, que se habia hecho caboza de los rebeldes.

No obstante esto, parecia la guerra acabada, porque tenía el Rey muchas armas en España, y los españoles de Flandres venian á reforzallas, se hacian nuevas levas en Europa. El Pontífice pedia al Rey las emplease en favor de los católicos de Inglaterra, y le ayudaria con los tesoros de la Iglesia, pues armando contra la isla tendría en freno á Francia, para que no socorriese los flamencos y portugueses. Mas el Rey licenció los italianos, y metió los castellanos y alemanes en aloxamientos para asegurar el reino y conquistar la Tercera, juzgándolo por muy importante por ser escala de ambas Indias. Envió á ella con cartas de perdon y promesa de mercedes á Ambrosio de Aguiar. Querian obedecer pocos, cuyo caudal era llevar su trigo á vender á Lisboa; y muchos deseaban se cerrase el comercio para tenerlo en baxo precio, y decian, incitados de los delincuentes eceptados en el perdon, metiesen al Aguiar en la ciudad y le castigasen, ó enviasen despedido sin respuesta. Conjuraron en misa solene de morir por D. Antonio, y fomentaban esta rebelion franceses mercaderes, que por ser

bien acogidos y tratados aseguraban serian amparados con todas las fuerzas de su Rey para su defensa. Y aunque lo decian acaso, no se engañaron, como adelante escribirémos.

CAPÍTULO III.

Lo que pasaba en este tiempo en Flandres.

El Príncipe de Parma publicó en Flandres unas cartas que el de Orange enviaba al Duque de Alançon pidiéndole viniese á gozar de la buena fortuna que la ocasion le ofrecia para señorear los Países. Por el mal nombre en que le ponia semejante llamamiento, y haber ofrecido veinticinco mil escudos á quien le matase, esparció invectiva impresa contra el Rey Católico, culpando su proceder con gran ponderacion y el valor de los Estados; fue admitida y despues quemada en público por ellos. Considerando eran mudables los Países, y clamaban resentidos amargamente por los grandes gastos de la guerra con poco fruto y las imposiciones para supli-llos, atenuaban los pueblos, y podrian con algun eficaz impulso arrepentidos ó inducimiento, reducirse á la obediencia de su Rey, más poderoso ya con la Corona de Portugal para proseguir la guerra hasta subyugallos. Apretaba al Duque de Alançon con embaxadas á que viniese ya á los Países y solicitaban sus agentes al Rey Cristianísimo, á su madre, á la Reina de Inglaterra, para que le ayudasen á ocupar provincias que le llamaban con deseo de serville. No era su intento las señorease, sino empeñarle de manera que el rey Cárlos metiese en su amparo todas sus fuerzas, con que rompiéndose la paz con D. Filipe, tuviese las suyas embarazadas con Francia y Portugal, para haber lugar de llevar al fin deseado sus tramas, engaños y traiciones, esperando mejor suceso que el de la traida del archiduque Matías, pues el Emperador no le habia asistido sino ayudado al Rey Católico en lo que pudo.

Los bien intencionados le representaban, disuadiendo la jornada, lo que hacian con Matías y el mucho gasto y molestia con dudosa esperanza de buen suceso, pues le echarian ó traerian á otros pueblos tan instables y de poca fe. Pidió al Parlamento de París suplicase al Rey acudiese á su hermano para lograr sus empleos, y que no diese fruto á D. Filipe la Corona de Portugal. Puso tanta diligencia, que los Embaxadores de los Estados capitularon de jurar por su señor al Duque, conforme á lo dispuesto en ellos, y en el último apuntamiento decian se miraria lo que se habia de hacer con Matías. Fue advertido desto, y convocados en Ambers los Es-

tados, les dixo le llamaron y vino con buen deseo de ocuparse en su beneficio, procuró darles satisfacion y no pudo en todo por la inconstancia de la fortuna. No se apartasen de la casa de Austria para entregarse á sus mayores enemigos; mirasen lo que debian hacer con un hijo de un Emperador que truxeron de su casa rogado, y no rogando. Respondieron solamente, cumplirian lo asentado con su Alteza. Avisaron al de Alançon desta quexa y de su respuesta, y vista su determinacion le ayudó el Rey de secreto. Por esto se acabó el asiento de la paz con sus rebeldes huguenotes, solicitados del Duque para desembarazar de la guerra á Francia, y atraer á sí la gente de los dos exércitos, prometiéndoles con la entrada en Flandres vitorias, riquezas, comodidades, gustos; y así comenzaron á juntar soldados Mos de Balañi y Mos de la Xatra, coroneles, y los encaminaban á los confines de Cambray, porque el Príncipe de Parma queria sitialla para quitarles tan buena entrada en los Países. Desembarazándose para esto hizo cortar la cabeza á Mos de Hesse, gran sedicioso convencido de traidor, y mayor cuando fue gobernador de bruseleses. Cobró á Breda, lugar del de Orange, por medio de Mos de Altapena, habiendo poco ántes salido della el conde Mauricio, y envió para restaurar allí la religion católica á los Padres de la Compañía de Jesus.

Fueron los de Gante á poner sitio á Alost, y caminando á socorrella Mos de Montiñi y Juan Baptista del Monte con buen número de caballos y peones degollaron docientos de los Estados, y quedó libre la tierra. Los de Groninghen guerreaban con los de su país, que gobernaba el Conde de Rinanburg por el Príncipe de Orange, no fiando del de Bossu temiendo su valor y quexa por no le haber casado con su hija, como le habia prometido. Pareciendo á los naturales eran favorecidos dellos los del país, resolvieron reconciliarse con el Rey, y fueron admitidos del de Parma graciosamente. Para reducir al de Rinanburg envió á su hermana Cornelia de Lalain y á su marido señor de Monseau, y volvió á la obediencia y reconcilióse con la villa, porque ántes le hacía guerra y tenía como sitiada. Entró en ella, concertó con los leales al Rey tomasen, á la hora que señalase, las armas, y executando oprimieron los contrarios y echaron de Groninghen la mayor parte, que sospechando el trato habian pedido socorro á sus amigos, y estaba tan cerca que si el Conde tardára bien pocas horas, se trocára la suerte. Los vecinos eran soberbios, y se tenian por tan libres que habiendo jurado al Rey por su señor, decian era su protector solamente, y dándole por esto doce mil florines al año no le debian más tributo ni obediencia. Los Estados la sitiaron con muchos fuertes para recuperalla, y el Conde pedia socorro, y el de Parma encomendó el llevalle á Mos de Billi con su regimiento de alemanes, que poco ántes habia levantado. Excusóse y el coronel Martin Schencks, que poco ántes vino al servicio del Rey con el regimiento del de Billi, y el de Gheldres, caballos

ligeros y hombres de armas llegó cerca de Cobordem, y pasó á Hardemberg con poca obediencia del regimiento del de Billi. El Conde de Holac, dexando los fuertes guarnecidos, superior en el número de gente acometió el socorro, fue vencido y socorrida la tierra. Queriendo los naturales gobernase absolutamente, no obedecian ni estimaban al de Rinanburg, y pidió al de Parma enviase caballería y arcabucería valona, para que mezclada con las piezas de alemanes de los tres regimientos de Frisia, obedeciesen más fácilmente. Nombró por sucesor del de Rinanburg, para aquietar el país, á Mos de Billi, por haber tenido aquel gobierno, y no acetó; y porque murió el Conde, acordó le sucediese el coronel Verdugo, que despues de la salida de los españoles de Flandres estaba retirado en Tionvile. Mandó levantase dos mil valones arcabuceros, y dióle cuarenta mil escudos para la paga de la gente de Groninghen.

En tanto Juan Baptista de Tasis, teniente de Mos de Billi, entró en Frisia con el exército forzado de los de la villa contra toda razon de guerra, y le rompieron los enemigos, y siguiendo la vitoria llegaron hasta las puertas della, y se aloxaron en su abadía. Estando en Carpon Verdugo, levantaba junto á Colonia una corneta de raitres Mos de Buy por el Duque de Alanzon. Hubo desaveniencia con el capitan della, Adan Filinghen, por haber hallado en la paga algunos escudos falsos. Por medio del comisario Camargo concertó por cuatrocientos escudos de acompañar los valones de Verdugo hasta Frisia, y promesa de solicitar al de Parma para que le recibiese á sueldo, y se le dió, y sirvió con satisfacion Filinghen. Costeando el Rhin vino á juntarse con los arcabuceros, y caminó el exército á deshacer en la abadía al enemigo, como le pidieron de parte de la villa el consejero Jeorge Ventendorp y el capitan Finchiburg, del Consejo della. El enemigo desamparó el puesto y huyó por un puente que tenía hecho en el Niecoleph. Envió Verdugo el regimiento de valones contra el fuerte de Reiden, puesto frontero á Enden, el rio en medio, y acometido huyeron los enemigos al fuerte grande, y plantada á éste la batería, en tanto que parlamentaba para rendirse, los soldados entraron, tomaron cuatro banderas, mataron los que no se echaron en el mar, donde los recogian sus barcas. Ocupado tambien el de Camps, entró en la villa Verdugo á poner obediente el regimiento de Billi para campear. Dióle algunos escudos de socorro, y dexando ir el de Gheldres voluntario y en poca obediencia y las dos compañías de hombres de armas del Conde de Lalain y de Montigni y la de arcabuceros á caballo de Mos de Vallon, retuvo tres de lanzas, una de arcabuceros á caballo, dos de reitres de Schencks, la corneta de Adan Filinghen, y campeó y aloxó en la abadía Grotabert.

CAPÍTULO IV.

Lo que pasaba en Flandres, Francia, Isla Tercera y Portugal; y viaje de la Emperatriz á España.

(Año 1581.)

Despues que llegó á Flandres Madama de Parma, fue visitada en Namur de su hijo y de los principales de los Países, y con el Duque de Aris-cot tuvo largo razonamiento informándose del estado y cosas dellos, que trató por treinta años. Afirmóle que viéndolos en casi total desesperacion de buen suceso, y no sabiendo cómo pudiesen ya reconciliarse con su Príncipe ni mejorar los negocios de su patria, cansado de trabajar y agravado de su edad, queria retirarse á vida privada, pues ya ni al Rey, su señor, ni á la patria útilmente podia servir, dexando en esto á Cárlos, su hijo, mozo robusto, para sufrir los accidentes de aquella intestina guerra en servicio de su Majestad. Estuvo algunos dias con su Alteza, y pasó á Colonia; y habiendo muerto el cardenal arzobispo Gerardo Croesbech, volvió á Namur. Margarita, que habia dexado con poco gusto á Italia y la quietud que gozaba en el Aguila sólo por la grandeza de su hijo único, se entretenia con destreza en tomar el peso de tan grave y molesto gobierno, esperando ocasion para transmontar á Italia. La variedad de los sucesos dispuso el ánimo del Rey para que su Alteza cumpliese el deseo, y dió con satisfacion de las provincias el cargo de la paz y guerra al Príncipe con ampla facultad, y tornó su madre al Abruzzo.

El de Orange estaba cuidadoso y pensativo, temiendo el suceso de los fastidiosos é intrincados negocios, fundados sobre la instable voluntad del vulgo. No podia sin enfado sufrir que todo su ingenio y arte habia siempre de emplear en guiar los extraños humores y terribles antojos de texedores, traperos, cerveceros y otros mecánicos, que hacian el mayor cuerpo; mas la ambicion y dulzura del mandar, junta con el ecesivo deseo de venganza y seguridad, menoraban los disgustos que en otro fueran odiosa desesperacion. Solicitaba el traer al de Alanzon á los Estados con tales fuerzas que pudiese abatir el adversario, y esperaba con su presencia tener tanta autoridad, que todo dependiese, como ántes, de su arbitrio. Aunque lo habia guiado su astucia y artificio, tenía difícil salida tardando la resolucion contra su deseo; porque si bien era la plebe pronta más á tomar nuevo partido, que en el que habia tomado constante, hallaba cada hora

mayor dificultad que se le representó en el principio. Porque los que vivieron de su labor mecánica y crianza, forzados tantos años á dexar su exercicio y á seguir las armas y contribuir en los pagamentos públicos lo que sustentaba sus familias, volvian al reposo y dexaban en peligro el país, y se podia ya mantener difícilmente con el freno suave de la libertad de vida y de conciencia introducidas por las sectas, con que fueron miserablemente cebados y engañados. Mas sobrepujó el ódio que tenian á la nacion española al heredado contra los franceses por las calamidades y miserables ruinas que dellos recibieron sus padres. Pospusieron la revereneia que debian á la casa de Austria, por no decir al Rey Católico y al archiduque Matías que á pesar de sus hermanos, sacaron de la Córte del Emperador persuadida y empeñada la inocencia de su poca edad de los astutos intentos de los rebeldes de su imperial casa, y vino con riesgo ántes á servirlos que señorearlos, y la amistad y como naturaleza y buena correspondencia que mantuvieron con los príncipes y ciudades francas de Alemania. Olvidaron lo que en favor de la casa de Borgoña padecieron con terribles efetos de estragos, incendios, muertes, rapiñas, desolaciones en las guerras con los franceses, y deliberaron elegir por nuevo Duque de Brabante y Conde de Flandres al de Alanzon en el fin de Agosto. Y para solicitalle á venir con tanto poder para tomar la posesion y amparo de los nuevos súbditos no conocidos, que los defendiese de sus enemigos, enviaron al señor de Aldegonde, Mercurio del de Orange siempre, al dotor Essel y á Mos de Lanbenburg, Jacobo Tayardo, Cornelio Coron y otros. Propusieron al pueblo para mantenerle en obediencia grandes esperanzas de buenos sucesos. El archiduque Matías, mirando su precipitosa resolucion, lleno de justa indignacion, con la benignidad á tan gran Príncipe competente, y que más atendia á su magnanimidad que á la injuria de personas viles mal consideradas, hizo el segundo resentimiento con ellos que requeria el tiempo y la causa, reprehendiendo solamente el entregarse á sus mayores enemigos.

La emperatriz doña María, hermana del Rey Católico, viuda del emperador Maximiliano, sabida la nueva de la muerte de su hija la reina doña Ana, y que sus nietos y sobrinos quedaban muy niños, en gobierno de ayos y de tutores, si muriera el Rey, y deseando salir de Alemania por no ver tantos trabajos como la Iglesia Católica con su gran detrimento padecia en ella, y que daria fin á sus dias en España con más quietud y seguridad de cuerpo y espíritu en buena vejez, porque el justo bien envejece, escribió al Rey, su hermano, dispusiese el viaje y cumplimiento de su buen deseo. Aprobado su intento, la proveyó de dineros y gobierno en escrito y mandó al Gobernador de Milan, en los confines del Estado la recibiese y llevase hasta Génova servida y regalada; y á Juan Andrea Doria que la conduxese á Barcelona en las galeras de Italia, y el tercio de D. Lope de

Figueroa que vino de Flandres á servir en Portugal. Ordenó al obispo de Cuenca, D. Rodrigo de Castro, se dispusiese para ir á su recebimiento y á traella á Lisboa, porque si la quietud de aquel reino permitia gobierno suave y puramente de paz, se le entregaria, y asistida del archiduque Alberto fácilmente mantendria tan buenos vasallos en justicia y comun sosiego. Executaron todos, y arribó á Barcelona su Majestad Cesárea con salud y contento, agradecida al acomodado y regalado pasaje que le habia hecho Juan Andrea con el Real gasto, curiosidad y prudencia de que ántes y despues en otros en gran servicio desta Corona usó.

La infantería llegó á Portugal á tiempo que estaba el Rey cuidadoso de la rebelion de la isla Tercera y la vexacion que hacian á los que tenian su voz, especialmente á los apóstoles ó jesuitas cerrados en su monasterio, y que les daban de comer tres veces en la semana. Y cansados de estar como presos, abriendo la puerta y sacando el Santísimo Sacramento, procuraron su libertad; y concurriendo los ministros de justicia, los denostaron con muy feas palabras y ásperas amenazas. Ellos decian, si delinquieron los castigasen, si no, los dexasen ir libremente á Portugal. No movió su obstinacion el ruego justo de los afligidos inocentes ni la vista del Santísimo Sacramento, reverenciada muchas veces de los herejes, que oprimian los religiosos, y bastante á deshacer su furor y detener las espadas; y no lo fue á estos isleños insolentes y rebeldes. Tapiáronlos en el monasterio perseguidos de los frailes que militando ellos no podian sufrir se inclinasen á los castellanos. Y porque el vicario del obispo no se les conformaba, le carceraron y eligieron otro, formando nueva iglesia ó cisma en la católica, porque el obispo D. Juan de Castilla, huyendo las tiranías, fué á la isla de San Miguel, tambien de su obispado.

Deseaba el Rey castigar estos rebelados facinorosos, y se prevenia con cuidado, y más con el aviso de la baxada de la armada del turco en poniente, y de los aprestos que en Francia se hacian de armas solicitadas por el Conde de Bimioso, que á ella arribó por tierra, despues que huyó D. Antonio de Viana. Y tanto más le molestaba el armamento de franceses, cuanto entendia era por órden de su Rey, porque su hermano el Duque de Alanzon sin ella no tuviera tanta autoridad, caudal, séquito y fuerzas, por lo mal que á él mismo estaba, y que le favoreciese la Reina, su madre, para que le siguiese tanta nobleza, pues temeroso le hizo venenar despues por una dama suya, y murió desangrado. Esto le representaba el Embaxador de España, y que siendo tercero hijo, de ánimo grande, inquieto y no sin esperanza de venir á la Corona, pues no tenía hijos el Rey ni mucha salud, y tan ambicioso que trataba de usurpar los Estados ajenos y procuraba tambien los suyos, inducido por los mal satisfechos del Rey ó deseosos de cosas nuevas, que siempre allí hubo muchos dispuestos para alterar la cristiandad, y no le convenia fuese gran señor. El Duque, considerando

esto, lo que le decian los más sabios y leales, atribuia á su mal ánimo contra él y querer quitarle la gloria á que aspiraba, sospecha que traia su orígen desde que fue llevado Enrique por rey á Polonia por la negociacion de su madre y hermano, porque no le dieron los cargos que dexó, aborreciendo su grandeza. Parecíale que ya que por lo pasado no le habia concedido el Rey Católico á su hija en casamiento dotada en los Países Baxos, señorcándolos con segura posesion, sí lo haria, justificando su introducion al presente contra derecho en ellos.

El Príncipe de Orange, por estar sus fuerzas débiles y en la duracion y haberlas menester grandes para defenderlos del poder de D. Filipe, crecido tanto con el aumento de la corona de Portugal, siéndole forzoso pedir ayuda, juzgó que ninguno la podia dar mejor que Francia, haciendo como una invencible union con ella de los Países y con Inglaterra que los reforzaba con gente, dinero y consejo, con que conseguiria su intento principal de sacarlos de la casa de Austria totalmente. Y tanto confiaban algunos de su astucia diabólica y maña, que echaria de los Estados, cuando le conviniese, al de Alanzon, sirviéndole sólo de instrumento para conseguir el fin de sus malos intentos y alevosías. Esto le proponian al Duque sus más fieles y con el exemplo del archiduque Matías confirmado. Los efetos desta liga adelantaba el de Orange á favorecer á Portugal tambien, inquieto sufriendo mal ver superiores á los castellanos, y al mostrarse gruesa la armada francesa se alterarian. Por esto D. Filipe tenía distribuido su exército en todo el reino y por sustentalle mejor; y todos los émulos y enemigos desta Corona praticaban gozase con sobresalto y poco fruto D. Filipe el nuevo aumento. Por la instancia que hacía con el rey Enrique Juan Baptista de Tasis, sucesor en la embaxada de España á Francisco de Vargas Mexia, difunto, en que no permitiese salir sus franceses en favor de los flamencos, lo prohibió por bando más riguroso so pena de la vida, que obedecido, executado y tolerado, parecia por sus razones de Estado.

Habia el Príncipe de Parma deseado recuperar á Cambray y Tornay, cumpliendo la peticion de las provincias reducidas, mas deteníale su fortaleza y poco número de su exército, crecido en algo, y llegó á Cambray; y no pudiendo ceñilla, fabricó en su asedio tres fuertes á la parte de Francia, y el exército acuarteló á la de Valencianes y Dovay, campeando siempre para quitar el socorro de Flandres y Picardía. El de Alanzon escribió al de Orange sería brevemente en campaña para socorrer la ciudad, y avisado el Príncipe de Parma asistia vigilante y prudente al asedio continuado cinco meses, acuartelado industriosamente para la seguridad de su exército y comodidad de apretar la tierra, impedir los socorros y las surtidas, señoreando la campaña y sus entradas. Los defensores hicieron algunas salidas; y con pequeñas batallas retirados, quedó siempre el de Parma superior. Envió el de Orange dos mil peones y quinientos caballos á socorrellos, y

llegando al cuarto del alba, fueron los rebeldes puestos en huida, y cargados de la caballería murieron trecientos. Juntáronse algunas guarniciones francesas de las plazas cercanas, y concertaron que los cercados saliesen repentinamente á dar en los cuarteles para divertir los cercadores y traer á su combate la mayor fuerza, porque en tanto romperian con su natural furia los cuerpos de guardia de su vereda, se arrimarian para que, amparados de la artillería y tiradores, pudiesen entrar fácilmente con las municiones y bastimentos. El de Parma fue advertido por sus espías, y visitó los cuarteles, reforzó los puestos más arriesgados, mandó que la caballería se recogiese cercana á los fuertes, donde pudiese acudir brevemente contra los enemigos que llegasen. Con esta prevencion esperados y resistidos, no fue de efeto su venida, y perdieron algunos peones y los bagajes, y se retiraron apriesa, aunque no en desórden, quedando los de Cambray afligidos y con poca esperanza de socorro.

Es ciudad grande en la ribera del Escault, con magníficos edificios públicos y particulares, por frecuencia de pueblo y fortaleza de sitio, por naturaleza y arte. Mostrólo sitiada de Ludovico Babaro, emperador, y de Odoardo III, rey de Inglaterra, en las guerras con el rey de Francia Filipe VI, de Waloes, en que padeció grandes trabajos y no menores en las de Borgoña y Francia. Fue imperial, antigua en fundacion, y llamada Cambray, dicen, de Cambro, rey de los cimbros y tungros. Contenïase antiguamente en el Condado de Henaut, y fue apartada dél por los emperadores de Alemania, y hecha imperial con juridicion y castellanía. Llámase en latin *Cameratium*, en francés de *Cambroy*, *Cambray*, que es más cierto que de Cambro, como dixeron los romanos de Amiens Ambianos. Fue la primera ciudad que el rey Clodion Copilato conquistó, y despues della á Tornay, en la Galia Bélgica, en el año de cuatrocientos y cuarenta. El fortísimo conde de Flandres, Balduino Pío, la ocupó en la guerra que él y Gotifredo, duque de Lorena, tuvieron con el emperador Enrique III. Dióla en tenencia y administracion Enrique V, emperador de Alemania, á Roberto Hierosolimitano, conde de Flandres, á cuyos sucesores fue confirmada de Federico, emperador, en el año de mil y sesenta y cuatro. Ha sido molestada de franceses, y ocupada por violencia algun tiempo; y en el reinado de su Luis XI, el sagaz, maltratada, expelió los franceses, y se puso en proteccion del emperador Maximiliano I, y como casó con María, su señora, condesa de Borgoña y Flandres, siendo rey de romanos, era en su compañía su legítimo señor. Cárlos V, su nieto, para aseguralla fabricó una cidadela que se defendia y ofendia gallardamente.

Escribió el de Orange al de Alanzon el aprieto en que tenía á Cambray con el asedio para rendirse al de Parma, entrase ya en los Estados con la ocasion de socorrella á ocupar lugares en Brabante, y presidiallos. Si tardaba, los débiles y temerosos del poder de D. Filipe con el aumento de

Portugal, advertidos de que le debian obediencia y confianza, de que les sería mejor dueño que un francés, se reducirian. Estaba la materia dispuesta, y con su presencia y los ministros calvinistas se perficionaria lo que restaba hasta ser jurado, metiendo la religion á su gusto, sin temor de inhabilitarse para la corona de Francia, pues nunca en Roma se cerraba la puerta á la absolucion. Y para que su fuerza tuviese más autoridad, y diese al pueblo mayor esperanza su venida, enviase muchas cartas del Rey su hermano, aunque fuesen fingidas, en que ofreciese al pueblo su favor, y le sinificase iba con su voluntad á asistirles el Duque. Si dudaba en la breve execucion de lo que tanto le importaba, se retiraria á las islas, y los Países de tierra firme desamparados (pues Matías, por su poca edad y poder, no los podia gobernar) serian subyugados del Rey Católico. Enviase la respuesta por el mar, porque llegase á sus manos, que por la tierra no podria por estar tomados los pasos.

Para dar más calor á la entrada en Flandres del Duque, como en Estados libres, dispuso la mayor y más terrible de sus traiciones. Hizo renunciar á los pueblos con solene juramento la fidelidad y vasallaje que debian al Rey Católico. No lo aprobaron todos, y porque predicaron contra ello algunos, fueron desterrados. Amotivaron esta perfeta rebelion, diciendo contra verdad era D. Filipe tirano, y no habia de ser obedecido; les quebrantó sus privilegios, los oprimia con las armas, so color de religion, queriendo hacerlos de conquista para señoreallos, teniendo sólo su voluntad por ley en el gobierno, y á todas las acciones daban siniestras interpretaciones; y desamparados, decian por espacio de veinte años buscaban nuevo Príncipe poderoso que los defendiese y administrase justicia, desesperados de reconciliarse con el Rey. El hacer el juramento no le fue muy fácil, porque no le admitian los que tenian el gobierno, considerando los habia reducido su ambicion y astucia á tanta novedad y estrecheza, que hubiesen de dexar sus antiguos señores, de quien recibieron tantos beneficios públicos y particulares, y que por conservarlos perpétuamente derramaron tanta sangre y riqueza contra los franceses, que llamaba al gobierno el causador de tales daños para someterse á nacion por centenares de años naturalmente enemiga, sólo con la esperanza de satisfacer á los apetitos y avaros disinios de algunos. Y afirman sus escritores que á Ralda, consejero de Frisia, viendo jurar esta provincia, apretó tanto el pesar del sentimiento, que murió repentinamente. Hecho el juramento, segun le ordenó por escrito el de Orange, se publicó, y rompieron los sellos de D. Filipe, y quitaron sus armas de los lugares públicos, prohibieron el uso de su nombre, mandaron que sus ministros de paz y guerra no exercitasen sus oficios, sino en nombre de los Estados. Con esto engañó al pueblo simple el tirano perseguidor de la Iglesia romana y traidor á su Rey, que juró y obedeció por su legítimo señor.

Para mostrarse agradecido á los Estados y pronto en su beneficio el de Alanzon, encaminó sus huestes á Cambray, á cargo de Mos de Biron y Mos de la Xatra, de grande experiencia, para librarla del apretado asedio con que estaba en término de rendirse. Viéndolos cercanos el de Parma á deciseis de Agosto, y que no tenía bastantes fuerzas para resistir, se retiró de la otra parte del Escault. El Vizconde de Turena, Gascon, le reconoció con cien caballos, y encontrados de otros tantos fueron rotos, y él preso, aunque le socorrieron otros seiscientos ya tarde. Contenia el exército francés deciocho mil infantes y cuatro mil de caballo, en que venía la mayor nobleza del reino huguenota y católica, y trece títulos y barones. Retiróse á los Estados, bien reforzada la retaguardia, el de Parma. El de Alanzon, avituallado Cambray, entró en ella aclamado verdadero protector, y la presidió. Halláronse en este socorro las compañías de á caballo de la guarda del Rey, por donde se entendió iba todo encaminado y favorecido por él.

A no pequeño peligro se sujeta el que toma la proteccion de pueblos que obedecian á otro Príncipe, y en no menor están los que de la sujecion de su señor se quitan, por dexarse en el amparo de otro sin causa esencial y justísima, porque brevemente pasa la proteccion en señorío, como presto lo verán los flamencos. Cercó á Cambresi, que defendió Worden brabantino con trecientos valones honradamente, mas viendo la batería y la poca esperanza de socorro, salió con armas y banderas. Aconsejó el de Orange al de Alanzon se valiese del favor de la vitoria y pasase á Flandres, que para abrirle el paso tendria el poder de los Estados, y los franceses que conducia Bellagarda y los escoceses de Stuart. Excusábase con que los venturéros y gente pagada del Rey, su hermano, querian volver á Francia, y lo restante era poco número para romper por fuerza la entrada. Enviaria su gente por el mar á Dunkerke desde Cales, mas dexándola á esta parte pasó á Inglaterra á ver la vieja Reina, con quien deseaba casar el Duque.

CAPÍTULO V.

El Rey Católico entra en Portugal, y tiene Córtes en Tomar, y pasa á Lisboa.

Pedia el Duque de Alba al Rey entrase en Portugal para que le conociesen sus vasallos, recibiesen merced sus servidores, y los que le ofendieron el perdon que pedia y deseaba el reino. Los Grandes y señores de Castilla le suplicaron tuviese por bien le acompañasen en esta jornada para

ornamento de su Córte y servicio de su persona, pues era razon que siguiesen á su Rey y señor, que tanto querian y veneraban, por lo que ellos debian hacer hasta volvelle felizmente á Castilla, y su Majestad tenerlos presentes en todos acaecimientos. Agradeció sumamente esta fidelidad castellana innata, y el amor con que desde el nacer al morir reverenciaron sus Reyes, y no admitió la oferta por desembarazarse, para que cerca de su persona tuviesen lugar los portugueses en su reino. Llevó los del Consejo de Estado y los de su casa, cámara, caballeriza y capilla y al licenciado Tejada, alcalde de su Córte, para que les hiciese justicia. Habia muerto D. Pedro Manuel, capitan de su guarda de españoles, y agradado y satisfecho de la persona de D. Pedro de Velasco, de sus servicios hechos en Flandres y por los presentes en la reduccion de las villas cercanas á Badajoz y lo mucho que trabajó en su gobierno y provision como su corregidor, y finalmente por los méritos de la casa ilustrísima de Velasco, le hizo sucesor de D. Pedro Manuel y despues de su consejo de guerra.

Fue recebido en la ciudad de Elvas D. Filipe debaxo de pálio, y diéronle en la puerta della las llaves, pidiendo su orador favoreciese la ciudad primera en obedecelle y recebille por su Rey, cumpliendo su gran deseo de verle y de servirle. Habia despachado convocatorias para celebrar Córtes á los portugueses en el insigne y observante convento de frailes de la Orden de Cristo, fundacion en la villa de Tomar de los señores Reyes, en un cerro, con magníficos edificios y grandes rentas, y caminó á asistir á los tres brazos en la provision de las cosas desordenadas del tiempo y trabajos de aquel fidelísimo reino. En Villalobin, lugar del Duque de Barganza, visitó á su prima Caterina y á sus hijas hermosas y de reales partes, y dignas de mejor fortuna, haciéndoles las debidas honras y cortesías con que sabía señalarse con personas tales, estimando en mucho su prima y sus cosas, como se vió adelante casando sus hijos en Castilla tan grandemente, templando el calor y esparciendo el humo que la Real sangre causa en su esfera. Entró en Tomar debaxo de pálio, y con su oracion le ofreció obediencia, fidelidad y servicio el Magistrado, y subió por difícil estrada á posar en el convento.

(1) En la grande y espaciosa entrada del claustro y de la iglesia se dispuso el teatro y trono real adornado ricamente, y en un bufete debaxo del

(1) El autor refiere con notables variantes este acto solemne, haciéndolo en los ejemplares impresos en mejor papel (*a*) con más extension; y más sucintamente en los otros. Hase adoptado para el texto la primera version, y la segunda se transcribe á continuacion:

«A diez y seis de Abril, domingo por la tarde, en la grande y espaciosa entrada del claustro y de la iglesia estuvo dispuesto el Trono Real, adornado ricamente, y el brazo eclesiástico sentado por su precedencia, y el militar, ó de nobleza, á la siniestra, y los procuradores de las ciudades y villas que tienen voto en lás Córtes arrimados á los bancos en pié, como suelen en tales actos, comenzando

(*a*) Véase la nota puesta en la Introduccion, tomo I.

doser presidia el sello de Portugal sobre almohada de brocado, representando la dignidad y autoridad Real, en tanto que habia Rey jurado, guardando su estilo antiguo en tales coronaciones. Juntos los brazos á celebrar el solene acto, de mucha alegría para el Rey, entraron los reyes de armas y Juan de Melo portero mayor con sus inferiores, D. Diego de Córdoba, primer caballerizo de su Majestad, D. Fadrique de Toledo, el Conde de Chinchon y el de Portalegre, mayordomo mayor de la Casa Real en aquel reino, el Conde de Alcautin, el Marqués de Villarreal, el Duque de Barcelos, que tomó silla rasa á la gotera del doser como persona Real, Jorge de Meneses, alférez mayor con el pendon ligado, el Duque de Barganza con el estoque al hombro, confirmado Condestable. El Rey entró vestido con sotana y gramalla de brocado carmesí con larga falda, que llevaba el Conde de Matusinos, empuñado el cetro y con la corona parecia al Rey David, rojo, hermoso á la vista y venerable en la majestad que re-

desde los de Lisboa. Entraron delante del Rey los maceros y reyes de armas, y D. Diego de Córdoba, primer caballerizo de su Majestad, D. Fadrique de Toledo, el Conde de Chinchon y el de Portalegre, mayordomo mayor de la casa Real de aquel reino, y el Marqués de Villarreal, el Duque de Barcelos y Jorge de Meneses, alférez mayor con el pendon ligado, el Duque de Barganza con el estoque al hombro confirmado Condestable. El Rey se mostró vestido con sotana y gramalla de brocado carmesí, y la falda llevó D. Francisco de Sá, conde de Matusinos, camarero mayor, y detras seguian el Sommillier de Corps con los Gentilhombres de la Cámara de Castilla. El Duque de Barcelos tomó silla rasa con almohada dos gradas más abaxo de la tarima del estrado del Rey al lado diestro, y en el siniestro, en el suelo, el primero de los titulados ocupó otra el Marqués de Villarreal. Sentado en el trono D. Filipe arboló el cetro Real, y D. Antonio Piñeiro, del Consejo de Estado, obispo de Leira, con elegancia y gravedad propuso las causas de la celebracion de aquel solene acto, y las esperanzas de buena fortuna de Portugal con la entrada á reinar de su Majestad Católica. El dotor Damian Daguiar, uno de los procuradores de Lisboa, le respondió con razonamiento no ménos loable, significando el contento general y deseo de servir á su Majestad con la gran fidelidad que á sus predecesores, esperando honras, bienes y mercedes de su grandeza. Puso el repostero mayor delante del Rey un sitial, y el capellan mayor un misal sobrél, y presentes los tres arzobispos de Braga, Lisboa y Ebora, arrodillados, y Miguel de Moura, que servia de escribano da puridade, juró ahinojado su Majestad de guardar los fueros y costumbres, privilegios y libertades concedidas por sus predecesores, y luégo el brazo eclesiástico y el militar comenzando el Duque de Barganza, y el popular despues de obedecerle por su Rey y señor natural, serville y defendelle en cuanto les fuese posible. Desplegó el pendon ligado el Alférez mayor, y habiendo pedido atencion un rey de armas, dixo en alta voz: «Real, Real, Real, por D. Filipe, rey de Portugal», y cantando los frailes y la capilla *Te Deum laudamus* se acabó el acto solene del juramento de su Majestad.

»A veinte de Abril se comenzaron las Córtes, juéves por la tarde, en el capítulo de los caballeros, y entró su Majestad acompañado y vestido como para el juramento y con el cetro en mano. Púsole delante el repostero mayor un sitial, y el escribano da puridade los sellos da puridade, y junto á ellos se asentó. El Camarero mayor estuvo detras del Rey, y el Guardamayor en el estrado grande en la siniestra y el Copero mayor, y en la diestra en su correspondencia el Mayordomo mayor y el Merino mayor, y todos en pié; y los Duques de Barganza y de Barcelos en sillas rasas dos gradas debaxo de la tarima; el Marqués de Villarreal en otra el primero de los titulados, y los demas oficiales del reino y los tres brazos segun su costumbre. El obispo Piñeiro en la punta del estrado grande propuso las Córtes con razonamiento conveniente, y le respondió el dotor Damian Daguiar en nombre de todos tres estados, y su compañero D. Rodrigo de Meneses, procurador de Lisboa, dió á su Majestad algunos capítulos de las Córtes, y volvió á su aposento, y todo lo actuó el escribano da puridade.»

presentaba. Detras venía el soumiller de Corps con los gentilhombres de la Cámara de Castilla. El maestro D. Antonio Piñeyro, del Consejo de Estado y obispo de Leira, oró con elegancia proponiendo las causas de la celebracion de aquel acto y las esperanzas de buena fortuna con la entrada á reinar de su Majestad Católica. Juró el Rey en forma de guardar los fueros y costumbres, privilegios y libertades concedidas por sus predecesores, y luégo juraron los tres Brazos de obedecelle por su Rey y señor natural, serville y defendelle en cuanto les fuese posible, y desplegó el pendon el Alférez mayor diciendo: «¡Real, Real, por D. Filipe, rey de Portugal!»

Propusiéronse las Córtes dando peticiones al Rey los procuradores de Lisboa, y cantando el *Te Deum laudamus* los frailes y la Capilla Real, fueron en procesion á la iglesia, y dicha la oracion, su Majestad en la sacristía puso á los piés de un Cristo el cetro, la corona y la gramalla, y dixo como tan religioso, humillándose á Dios, Rey eterno de los Reyes y de los reinos:

«*Domine, non est exaltatum cor meum, neque elati sunt oculi mei; neque ambulavi in magnis neque in mirabilibus super me.*»

Concedió perdon general, exceptando á D. Antonio, al Obispo de la Guarda, al Conde de Bimioso, á los frailes y clérigos que profanaron el hábito santo y tomaron las armas en favor de D. Antonio. El haber exceptados disgustó el reino, que esperaba no se procediera contra los ausentes con tanto rigor como se hizo, llamándolos con pregones luégo. Cometió el consultar las mercedes á ocho consejeros, y porque la resolucion dilataba la pluralidad de pareceres, y las súplicas con causa y sin ella, las remitió solamente al maestro Piñeiro y á D. Cristóbal de Moura, nombrado de su Consejo de Portugal y veedor da facenda. Hizo merced á Francisco de Sá del título de conde de Matusinos, á D. Fernando de Noroña de Liñares, como á su padre. Restituyó á Pedro de Alcaçoba en sus oficios, contra la sentencia del Rey Cardenal. Prometió que las Córtes no se harian fuera de Portugal, sería el Visorey portugués, no siéndolo persona Real, proveeria los oficios mayores y menores en naturales, y todos los de mar y tierra, obispados, dignidades y prebendas eclesiásticas, encomiendas, oficios de las Órdenes. Conservaria los de la Casa Real. No se alteraria el uso de los tratos de la India por los portugueses. No impetraria Bula para imponerles subsidio y excusado. No daria vasallos sino á ellos, ni los vacos á sí mismo sino á los parientes de los difuntos portugueses y castellanos que vivian en Portugal y hubiesen servido á sus Reyes. Quedarian siempre en el estado que tenian las Ordenes militares. Vencerian sus moradias los fidalgos en cumpliendo doce años, y los Reyes tomarian docientos criados naturales en cada uno, que asimismo venciesen sus moradias, y los que no tuviesen fuero de fidalgos, servirian en las armadas del reino. Cuando el Rey viniere á Portugal, no se tomasen casas de aposento, segun el uso de Cas-

tilla. Estando fuera dél, traeria en su Córte una persona eclesiástica, un veedor da facenda, un secretario, un canceller mayor y dos desembargadores do pazo, y se llamarian éstos Consejo de Portugal, para que con ellos y por ellos se despachen todos los negocios del mismo reino en su lengua. Habria dos escribanos de la Hacienda y dos de la Cámara, naturales como los consejeros, y vendrian con su Majestad al reino. Los oficios del gobierno y administracion de la justicia se darian á portugueses y los de la Hacienda, y en ausencia del Rey se proveerian en Portugal; y fuera dél no iria causa civil ni criminal en grado de apelacion. Se conservaria la Capilla Real como estaba al presente en Lisboa, para que sirva á los Vireyes. Habria mayordomos, gentilhombres de cámara y damas portuguesas en la casa Real de Castilla, y las casarian, y se les haria merced. Se abririan los puertos secos de Castilla para el aumento del comercio. Se darian ciento y cincuenta mil cruzados para rescatar captivos fidalgos y comunes, y tantos para instituir y acrecentar depósitos en los lugares necesarios á disposicion de la Cámara de Lisboa, y treinta mil para remediar la peste, distribuyéndose por órden del Arzobispo de Lisboa. En la provision de armadas de la India y defensa del reino y conservacion de las fronteras de África, tomaria con el reino el asiento que convenga, aunque fuese con ayuda de los otros Estados. Por el amor que les tenía quisiera estarles presente siempre, y por el gobierno de los otros reinos no podia: estaria lo más que le fuese posible en el suyo. La fecha deste privilegio fue despues en Lisboa á quince de Noviembre, y el escrito en tres hojas de pergamino, que signó Miguel de Moura.

A ventitres de Abril, dia de San Jorge, en la misma sala de las Córtes juraron al príncipe D. Diego y á su Majestad en su nombre los tres Estados del reino, habiendo orado el doctor Damian de Aguiar, del Consejo y procurador de Lisboa, proponiendo el acto y ofreciendo la debida antigua obediencia y lealtad firme, conforme á la obligacion de tan nobles y buenos vasallos. El Pontífice, viendo vitorioso á D. Filipe, retirado su legado, le dió á entender estaba contento, y su intencion fue sólo de evitar la guerra entre cristianos. Le concedia facultad para conocer de las causas de los rebeldes eclesiásticos, y el Rey nombró por su juez al Obispo de Viseo.

En el mes de Mayo Aluch Alí, general del turco, vino con setenta galeras de fanal á Argel, con intento de conquistar el reino de Fez por la mala correspondencia que su Rey tenía con los turcos. Mandó aprestar los genízaros para vengarse dellos en la jornada por la injuria que le hicieron siendo visorey en Argel, queriéndole matar y haciéndole salir vilmente huyendo. Ellos respondieron no se embarcarian sin órden de su señor para hacer guerra á Príncipe de su ley, y que no les hacía mal. En un mes truxeron de Constantinopla órden para que luégo, so pena de la vida,

Aluch Alí volviese á la Morea con la armada, y obedeció, sacando de cuidado los Vireyes de Catalunia y Valencia, que le habian escrito era contra la tregua traer armada en aquellos mares; y él habia respondido venía á visitar los Estados de su señor y no á ofender, y así hacía lo que podia sin ofensa de la suspension de las armas.

El Rey pasó á la ciudad de Santaren, llamado Scalabicastro antiguamente, y fue recebido con pálio, y en su entrada tembló la tierra, y no de temor por el delito de haber dado allí nombre de rey á D. Antonio, sino de tener en sí grandeza tanta. Pasó en las galeras á Almada, y hablendo esperado el apercebimiento de Lisboa para recebille, arribó al puente de su ribera con detenida salva de las galeras, galeones, naves y del castillo de San Juan. Desembarcó, y en el puente Ambrosio de Aguiar le presentó las llaves de Lisboa, en señal de entrega, y ofreció cuanto poseia y su buena voluntad de serville. Caminó llevando el caballo asido de la almartaga del freno D. Antonio de Castro, conde ya de Cascais. En la entrada de la ciudad en un arco suntuoso se le presentó el doctor Pina, gran letrado, y dixo: «Poderoso y soberano señor, esta ciudad nobilísima y tan populosa, que merece por su ecelencia ella sola tener tan gran Rey, sabio, justiciero, digno al fin de la Corona de Portugal, ofrece de nuevo vasallaje á vuestra Majestad y suplica á Dios omnipotente le ensalce y guarde muchos y felicísimos años, que por su alto juicio le ha traido á suceder en esta monarquía. Espera será con paz y amor de su prudente mano gobernada; y si hubiera estado en su poderío el recebir á vuestra Majestad por su Príncipe, há muchos dias que habitára el Palacio Real, morada de sus progenitores esclarecidos; mas oprimida de la fuerza y tiranía de los mal advertidos y temerarios, no pudo executar lo que tanto deseaba. Perdone vuestra Majestad, como tan magnánimo y clemente, los que le desirvieron; porque se lo suplica la ciudad primera en derramar noble sangre por mantener su nombre, de su vereador más señalado y respetado por sus méritos. Quisiera señalarse mucho en celebrar este deseado recebimiento, si la fuerza igualára á su grande y generoso ánimo y deseo de hacer demostracion insigne; mas la pérdida de África, peste, guerra y otras calamidades, la tienen ménos poderosa que le era forzoso para hacer menores las memorias de los triunfos de la cabeza del mundo, Roma, con que á sus hijos beneméritos inmortalizó. Sea vuestra Majestad muy bien venido, y haga prósperamente su entrada en esta hoy felicísima metrópoli y córte suya, mostrando ser, no sólo benigno Rey, sino padre que nos ha de amparar y colmar de favores su gracia, y de mercedes su liberalidad, de manera que parezcamos no vasallos sino hijos, y confirmando sus privilegios á Lisboa darle otros en testimonio fiel á los siglos venideros de sus grandes merecimientos.» Su Majestad respondió agradablemente: Preciaba y amaba ciudad tan obediente, y prometia hacerle mercedes, cumpliendo en cuanto

hubiese razon sus peticiones. Dió gracias á Dios en la catredal de su venida á metrópoli tan populosa y noble de la monarquía lusitana, que estaba adornada con arcos triunfales de más aparencia que gasto, y muchas y hermosas damas. Pasando por la Rua Nova le dixo con harto donaire y gracia una bien gallarda señora agradada de ver á su Majestad: *¡Oh Rey mal empleado en castellanos!*, que á su parecer quisiera ella fuera sólo de los portugueses. Y cierto que se mostró tanto dellos, que se vistió á su modo, y hasta la barba traia redonda como la usaban entónces, igualándose y ganando las voluntades. Y así fue este dia el más solene y de más contento, gloria y triunfo que tuvo, por el júbilo de la gente, por la grandeza del aparato del recebimiento y porque conseguia lo que tanto habia procurado, que no hay más para un deseo, quedando con reputacion esclarecido en todo el orbe. Despues llegó á Lisboa la Emperatriz, que no poco aumentó su contentamiento y el de la Córte.

Para reducir la isla Tercera y recebir y guiar las naves de la India habia su Majestad enviado á D. Pedro de Valdés con navíos y gente, y órden de dar las cartas que llevaba para el Magistrado, y no intentar en mar y tierra sin que primero arribase D. Lope de Figueroa, que partiria en su seguimiento con la infantería de su tercio, para que junta con la que tenía el Valdés se conquistase, como pudiera sin dificultad la isla, no queriendo dar la obediencia á su Majestad, segun se les pedia y mandaba en sus cartas. En tanto que navegaba D. Lope, los soldados y marineros de Valdés salian á tierra en la isla y hablaban seguramente con los que guardaban unas piezas de hierro. Para atraer muchos que tenian la voz del Rey y estaban huidos en la montaña, y con su ayuda acometer la ciudad de Angra ó tomar puesto tan fuerte que no se le pudiesen ganar, determinó de emprendello, aunque con gran riesgo y peligro conocido por la poca gente que tenía y ser contra el órden de su Majestad, tentando la fortuna, y ántes que llegase el Figueroa, á quien habia de obedecer, alcanzar la gloria de la conquista. En el dia de Santa Ana casi todos los soldados desembarcó entre la playa y Angra, donde solian llegar los marineros, y los que guardaban la artillería huyeron. Comenzaron á hacer reparo los de Valdés para alguna seguridad de los que obedecian al Rey, si viniesen á juntarse con ellos. Tocaron arma en la ciudad, y acudia gente á escaramuzar para impedir la fortificacion; y mal indignado el Gobernador por los que volvian heridos y amedrentados, con dos mil hombres vino á combatir con los castellanos. Temiendo el arrimarse, por consejo de un fraile agustino echaron gran número de vacas delante, y cubiertos con su polvoreda y amparados de los balazos que les tiraban con su cuerpo, empujadas con palos, voces y punzarlas con las espadas, llegaron á trabarse con los castellanos. Éstos, viendo su ecesivo número, su cansancio y falta de municiones, baxaron á embarcarse, y acometidos furiosamente de los enemigos amparados de las

vacas, pelearon una hora; mas cediendo á la multitud, se retiraron. Siguiéronlos hasta el agua, donde los esperaban barcas para salvarse, y no osaban orillar por las balas que volaban y por la alteracion de las ondas más furiosas que cuando desembarcaron. Don Pedro no disparó su artillería contra los asaltadores, que fuera de gran provecho, haciendo con el mayor disparate ó desastre otros no menores. Murieron cuatrocientos y quedaron algunos heridos; y encruelecciéndose contra los cadáveres insensibles, los despedazaban carniceramente y llevaban los miembros con vituperio del nombre castellano, y el Gobernador en carros las armas, y arrastrando las banderas del Rey entró en Angra celebrando todos su vitoria. Tal suceso hizo la expugnacion desta isla sanguinosa y considerable, y á los matadores desesperados de alcanzar perdon de D. Filipe y temer que acometidos de su gran poder serian miserablemente castigados, pues no dexaria su atrevimiento sin venganza, enviando pujante armada para conquistallos.

Las naves de la India llegaron á vista de la isla sin descubrirlas el Valdés para entregar las cartas del Rey al general Manuel de Melo, porque caido de ánimo con el triste suceso, no tomó puesto donde lo pudiese hacer, multiplicando los yerros, si la suerte de D. Filipe no los deshiciera en parte. Los de la isla habian enviado navío á encontrar las naves y darles noticia de los acaecimientos suyos, pidiendo les arribasen á tierra para tomar refrescos y ser mejor informados y aconsejados de lo que debian hacer. Preguntados del Melo del término de las cosas y variando los hizo de poca fe, y á los de las naves dudosos, divisos en pareceres y creencia de la verdad, y en querer se esperase en aquel paraje á saber los sucesos de Portugal. Los que tenian poco que perder querian que fuesen á la isla, y los que mucho á Lisboa á entregarse al poseedor, y enderezaron su viaje á ella, mal grado del General, tenido por sospechoso porque hablaba en secreto con los de la isla, pareciendo conciliaba las relaciones con aleve intento. Encontró luégo las naves D. Lope de Figueroa, y admirando el descuido de Valdés, las proveyó de agua y de otros refrescos, y entraron en Lisboa recebidas inesperadamente, y así con mayor contento del Rey; porque si D. Antonio se valiera de su riqueza, tuviera fuerzas y ánimo para juntar armada, con que poner en compromiso de la fortuna áun lo que pacíficamente D. Filipe poseia en aquella Corona. El Melo, con honroso acogimiento recebido de su Majestad y promesa de hacerle considerables mercedes, refirió estaban los portugueses de la India en su obediencia. Porque aunque era muerto el virey Luis de Ataide, conde de Atouguia, el que le sucedió en el gobierno, recebidas las cartas de su Majestad Católica, juntó los principales, y sin decirles la causa ni darles lugar de aconsejarse y desunirse, les dixo lo que pasaba en Portugal y cómo D. Filipe era el verdadero y legítimo señor dél y dellos, y así que luégo jurasen tenerle por tal Rey y de obedecelle, y lo hicieron, y desde una ventana mostró el pen-

don Real levantado por D. Filipe, rey de Portugal. Quedaron atónitos los que hicieron el acto, y no pudiendo reproballe, se quietaron y cada uno exercitó su cargo en nombre del que juraron. Fue gran suerte de D. Filipe esta resolucion, porque si llegára el Melo, grande amigo de D. Antonio, ántes con las naves, ó le hiciera jurar ó pusiera en duda el suceso que tan prósperamente se habia tenido.

Arribó á la Tercera D. Lope de Figueroa; entendió el mal suceso de Valdés, y reconociendo estar fortificado donde podia desembarcar, y el sitio áspero y dificultoso de entrar y haber pasado la sazon en que se puede ancorar en aquel paraje, se encaminó á Lisboa. Primero requirió á los de Angra se reduxesen á la obediencia del Rey Católico, su verdadero señor, esperando no sólo perdon de su clemencia, pero mercedes. Y midiendo sus delitos con la vara de la justicia, de temerosos arrogantes respondieron dixese dónde queria desembarcar, que le dispondrian el paso. Volvió al Rey con Valdés, y luégo le mandó meter en el castillo y con razon; pues cuanto se le encomendó hizo al contrario, no guardando las órdenes á costa de tantas vidas, y obligando á tantos gastos, como adelante escribirémos, y dió ánimo y puesto á los enemigos para hacer la guerra, ayudados de los franceses y amigos de D. Antonio, y ser incapaces de perdon los de la isla con su rota, y causado el no expugnarla junto con D. Lope, como pudiera sin dificultad.

Viendo el Príncipe de Parma en Flandres la aficion de los Estados, por no los haber visitado el de Alanzon, y su exército deshecho, determinó recuperar á Tornay, donde no asistia el Príncipe de Espinoy, su gobernador, y el presidio tenía á cargo Mos de Etreel. Es ciudad populosa, conjunta al condado de Flandres, con pretension de particular señorío, con muchos castillos á la parte de Francia, con ánimo siempre de gozar la neutralidad, casi libre. En las guerras largas entre franceses, ingleses y flamencos, fue diversas veces arruinada por esto. Es fuerte en el sitio, no por la muralla, mas por la defensa de rebellines y del Escault que la cerca, y llena los fosos en gran parte. Tiene cerca dél un castillo muy bueno, fabricado por el rey Enrique VIII de Inglaterra, que vendió con la ciudad á los franceses. Recuperada por el Emperador en el año mil y quinientos y cuarenta y nueve, habia crecido su poblacion y riqueza; y siguiendo los más vecinos á los herejes, continuó las miserias presentes con las antiguas. El Príncipe se atendó en contorno en el primero dia de Otubre, y con toda solicitud y buena traza se atrincheró en quince dias, y le plantó treinta cañones, y batió reciamente en tres camaradas el gran rebellin de la puerta de San Martin, la plataforma que mira á Valencianes y el caballero que asegura la cortina larga. Fué arrimándose al foso, y no sin daño; porque si bien no habia gruesa guarnicion, con ayuda de los naturales herejes, quitadas las armas á los católicos, hacía honrada defensa combatiendo con re-

solucion. Reconocida mal la batería, se le dió asalto sin efeto y con pérdida de muchos soldados y capitanes principales muertos y heridos, y en ellos Mos de Glajon, el Conde de Buevé, Mos de Bovis, y herido el de Billi con otras personas de cuenta. Metió socorro el coronel Beston, escocés, rompiendo por el cuartel de los tudescos y una compañía de caballos del Príncipe de Simay, pero viendo reforzado el exército del cercador con estandartes y banderas que le llegaron de las nuevas levas, y que esperaba mayor número de Italia con el consentimiento de las provincias valonas, que enviaron á pedir al Rey por el abad de San Vedasto volviesen los extranjeros á Flandres, dudaban de su defensa.

Habia el Príncipe de Parma despachado en el año ántes á España á Francisco Guillamas Blazquez, de los nobles de Avila, que hoy es maestro de la Cámara de su Majestad y tesorero de sus Altezas, uno de sus secretarios, y que habia servido en el despacho del señor D. Juan de Austria desde el año mil y quinientos y setenta y uno, á solicitar la provision de dinero para la guerra y hacer relacion á D. Filipe de su Estado y de los Países. Y habiendo su negociacion, por su inteligencia y prudencia, satisfecho bien en su comision, le ordenó representase á su Majestad el conocimiento de los católicos reducidos á su obediencia, pues le pedian enviase los españoles á su defensa; porque despues que salieron de sus provincias andaba la guerra floxa y con ménos sucesos en su favor que pudiera. Su Majestad, admirando la desemejanza de sus voluntades en tan breve tiempo y su peticion fuera de toda esperanza, dixo tres veces: «¿Qué, me piden vuelva los españoles á Flandres?» Como si dixera, no eran malos; pues cuando valian la verdadera razon y religion, les era conveniepte su natural esfuerzo y diciplina militar para conservar á los que los imputaron de traidores, crueles y destruidores de su patria. Mandó á sus Vireyes de Italia aprestasen los tercios ordinarios de españoles y algunas coronelías de italianos que el Príncipe de Parma, llevado del amor natural, deseaba introducir en el exéreito de Flandres para que mereciesen y se señalasen en este tiempo los que fueron tan ricos de triunfos y trofeos en otras edades, desengañados ya de la mudanza de los siglos y de la fortuna, por no decir del valor invencible y antigua virtud.

Filipa Restina, princesa de Espinoy, deseaba que se rindiesen al Rey los de Tornay por ser católica y tener en sus exércitos sus deudos los cargos mayores; mas por cumplir con su marido visitaba los cuerpos de guardia, animaba á la defensa, daba esperanza de socorro, hacía oficio de capitan diligente, disponia las rondas y reconocia donde tenian daño las baterías. Mas los sitiados, porque faltaba el socorro y la vitualla, y sobraba el temor de ser entrados y saqueados con sangriento estrago en el primero asalto, segun su estado, capitularon con el Príncipe: fuesen recebidos en gracia del Rey, perdonada su ofensa, y los habitadores le jurasen fidelidad

y de vivir católicamente. Los que quisiesen, pudiesen ir donde gustasen; y estando en las tierras neutrales, vender sus bienes ó gozar las rentas, llevar el mueble en término de un año, y los soldados saliesen con armas, banderas, su ropa, y les diese el Magistrado para su paga treinta mil florines, y ningun vecino partiese de Tornay sin contribuir en su repartimiento. La Princesa fuese con todo su haber donde por bien tuviese, asegurados todos en el camino del exército.

En el dia de San Andrés entró el Príncipe con solene pompa y armada compañía de los principales de su campo; y el clero, Magistrado y pueblo católico con gran alegría juraron la obediencia al Rey y de serville. Y pocos dias despues el obispo Maximiliano Marilion, arcediano de Malinas y vicario general del Cardenal de Granvela, entró á favorecer la religion católica y hacer su oficio pastoral. Siendo ya entrado el invierno, metió el Príncipe la gente en los alojamientos de la parte de Francia; despidió la caballería alemana que asoldó el Eschenck, descargándose de pagamentos; y porque los señores valones sirvieron con valor y fidelidad, premiándole, incitando á seguirle otros, les dió títulos, dignidades, cargos, rentas y otras mercedes, especialmente al Marqués de Ruboys y Mos de Caprés y el hijo del Conde de Bossu y el Conde de Bucuoi y otros, y porque naturalmente era liberal, y con la milicia menuda liberalísimo, y en las más importantes acciones de la guerra pródigo, despendiendo sin término y beneficiando generosamente los beneméritos sin limitacion.

En tanto en Frisia pasaba la guerra entre el coronel Verdugo y Noriz, inglés, aumentado su exército con gente de Brabante y de otras partes, y prometia pelear y vencer al español. Andaban en disension sus soldados por las desórdenes de los ingleses, quemando caserías y aldeas, en venganza de algunos que los villanos mataron. Los de Groninghen pidieron á Verdugo entrase en la Frisia á deshacer el enemigo, y le solicitaron por el consejero Wetendorp y el burgomaestre. Él con prudencia, midiendo sus fuerzas, se consideraba inferior al enemigo en el número de gente y mal pagada, sin medio para haber vituallas y llevarlas; y respondió tuviesen paciencia que forzaria á salir de Frisia á Noriz mal de su grado, ó á venir á batalla. Tenía sitio muy fuerte y no era razon perderse fuera de toda razon de guerra, y convenia tratarlo con los que habian de aventurar sus vidas y honras con él, que á ellos en la casa de la villa se les daria poco de cualquiera mal suceso. Pidiéronle por el Wetendorp se adelantase hasta Northurno, y consultado con los capitanes por no mostrar flaqueza, le reconoció y envió por el exército, y quedó la compañía del Tasis en la abadía, pareciéndole no habia perdido aún el miedo de la rota. Hallóse muy engañado de los de la villa, porque no le proveyeron de bastimentos para forzarle á pelear y tener más grato al enemigo si vencia. Atrincheó las avenidas y cuerpos de guardia, y se dispuso segun la que tenía para aco-

meter y ser acometido; mas la falta de la comida tenía gran parte fuera del alojamiento buscándola, y fue así cuando Noriz le acometió. Viéndole sin bagaje conoció Verdugo venía á pelear de hecho, y metió en la plaza de armas sus soldados en forma de batalla, contra la opinion del enemigo, que juzgó no saliera del villaje, sino que en él se defendiera. Metió en el medio del escuadron los alemanes, los valones en los costados y los caballos estando el enemigo en batalla. Por ser la campaña llena de fosos y poder sólo por un camino ancho llegar la caballería enemiga á acometer el cuerno izquierdo, puso á trecientos pasos un capitan con docientos mosqueteros valones y arcabuceros, con órden de postrarse pecho en tierra y esperar el acometimiento de la caballería enemiga, que no podia embestir, ni su infantería sin romper sus escuadrones por los fosos, y avisó á su gente que no se moviesen hasta que él avisase, porque en esto consistia la vitoria, pues el primero de los exércitos que se moviese sería perdido, porque se habia de desordenar. Dexó docientos arcabuceros junto á la compañía de caballos de Mos de Vilers, y la suya algo apartada de los escuadrones cerca de una casa, y fronero della habia hecho explauadas, para que habiéndolas pasado alguna gente del Noriz acometiese con los primeros, que no los podrian socorrer los que los seguian. Trabó escaramuza por tres partes, y en tanto adelantaron los enemigos cinco piezas de campaña, y batieron con poco efeto.

La pelea, sobre ganar ó perder una montañeta, por Verdugo fue refrescada tres veces, provocándolos á mover sus escuadrones, en que consistia la vitoria. Noriz mandó á los ingleses cerrar con las dos compañías de caballos, y la infantería apartada de sus escuadrones, tomando su camino á salir por las explanadas. Alonso Mendo, alférez de la compañía de lanzas de Verdugo, y el capitan Vilers, al pasar los enemigos contra el órden, sin sufrir que pasasen los últimos, acometiendo fueron rotos, y la infantería pegada á ellos á su mano derecha, y la caballería del cuerno diestro del enemigo pasó adelante por el camino ancho, donde los mosqueteros y arcabuceros se levantaron, y disparando á treinta pasos derribaron muchos. Porque los ingleses rompieron los del cuerno derecho, mandó Verdugo acometiesen los escuadrones contra los del enemigo que venian desordenados, y él cerró por el mismo camino con dos compañías de caballos del capitan Tomás Erate albanés y del Baron de Bievers contra la caballería que venía cargando medio desbaratada por las ruciadas de los mosqueteros, y volvió las espaldas en fuga, dando ánimo á la infantería Verdugo, que á la mano diestra cargaba, y quitándole al enemigo. Los ingleses que primero cerraron, siguieron la vitoria hasta el cuartel; y viendo rotos sus escuadrones, queriendo salvarse, hallaron tomado el paso de la retirada por la infantería, que los deshizo y mató gran número. Verdugo seguia la caballería, que por el camino cargó primero, con intento de tomar el dique

que iba á Niezijl, y hacer rostro á la inglesa que habia llegado á su cuartel; mas ocupadas las compañías en matar los que rompió la infantería, se halló sólo en el dique, por donde pasaron los más principales con sus capitanes, y estuvo preso dos veces, maltratado, sin socorro, sino del miedo que llevaban, que libró á Verdugo. Perdieron todas las banderas, y sólo una salvó uno de á caballo; murieron tres mil, y entre ellos venticuatro capitanes y dos tenientes de coroneles fueron presos; perdieron la artillería, y Noriz fue herido en una mano, y estropeado la traia de hierro, y segun pareció por relacion fueron heridos muchos, y los del fuerte le desampararon por no ser cortados de la caballería que habia pasado á nado, y volvió á entrar en él la guarnicion del enemigo.

Porque venía la noche recogió la gente Verdugo, y mandó volviese cada uno á su escuadron, y en la plaza de armas arrodillados dieron gracias á Dios por la vitoria que habia dado á D. Filipe con poca pérdida. Enfermó, y porque no podia seguir al enemigo, mandó pasase el puente de Emmerik al teniente Tasis y le siguiese. Estando fuera del alojamiento se amotinaron los alemanes, pidiendo la paga del mes de la batalla, sin poderlos reducir; y porque llovia mucho y haber menester aquella nacion, disimuló con el capitan Clodro nuevamente venido á servir, causador del motin, y pedirlo el capitan Locheman. Avisó luégo al de Parma del buen suceso con el capitan Pedrosa, y le suplicó le asistiese para echar al enemigo de la provincia, ó enviase á Mos de Billi, pues se tenía por su gobernador. Queriendo sitiar el fuerte de Niezijl, no pudo por lo mal que se disponia la soldadesca con el tiempo invernizo y tan llovioso, que á Verdugo convino alojalla en Northorno, y fué á Groninghen á representar al magistrado la necesidad de bastimentos y descontento del exército por su poca paga. Por esto le alojó en el país de la Tuwent, donde á cada soldado dieron cinco placas cada dia para comer por contribucion primera en Frisia. Casi cuatrocientos caballos de la rota del enemigo se alojaron en el burgo de Keppel contra la voluntad del señor; y de su resentimiento avisado Verdugo, porque pretendian ampararse en la villeta, le pidió diese el castillo de Bronckorst, paso del rio Isel, y concedido partió con buena tropa de gente para su guarnicion.

Halló la caballería en el burgo de Keppel y reconoció que por la parte del jardin del palacio del señor habia sólo una palizada por fortificacion, y por otras fosos de agua grandes con terrapleno. En la puerta de Emmerik puso al Tasis con algunas compañías de su regimiento y la de arcabuceros de Villers y la suya de lanzas, para que acometiesen oyendo la señal; y en la otra tomó puesto con algunos infantes y caballos alemanes gobernados por Mos de Rinavelt á costa del país de la Tuvent. Fue la señal de arremeter el disparar dos piezas de campaña, haciendo gran ruido el Tasis y Verdugo por sus postas. Los enemigos tenian ya cargados sus carros

para partir, y en tocando arma comenzaron á huir por el puesto de Tasis. Cerró con ellos, y el Rinavelt entró rompiendo la estacada, y Verdugo por su posta; y así pocos rebeldes se salvaron. Ganáronse muchos y buenos caballos con su estandarte; y sólo de los asaltadores quedó herido el Tasis de una bala en el carrillo. Porque la gnarnicion de la villeta y castillo de Weert del Conde de Colenburg, en el país de Munster, hacía daño, le ocupó Verdugo, y socorrió á Bronckorst, que batian los enemigos. Algunos que escaparon de la batalla y otros nobles qne habian llegado de Flandres por gallardía escaramuzaban con los de Keppel, y Mendo cerró con ellos, y rotos se ampararon en una casa, donde ayudado de la infantería los degolló.

CAPÍTULO VI.

Huida de Don Antonio á Francia; mercedes que el Rey Católico hizo en Portugal, y su gobierno en él.

(Año 1582.)

Despues que D. Antonio huyó venturosamente de Viana, habia estado en Portugal tan secreto que jamas fue descubierto, favorecido de la suerte, industria y amor de los portugueses, porque no viniese á poder del Rey, aunque el tallon hiciera mucho efeto para no serle infieles en otra nacion. Las diligencias de su Majestad y del Duque en prendelle fueron grandes, y floxas cuando más era menester, persuadidos le reduciria D. Jerónimo de Mendoza, como lo habia ofrecido, confiando en que fue su amigo siempre y procuraba su vida, si bien el Prior, aunque era esto verdad, excusó el abocarse con él, y le entretenia con tal astucia que jamas supo de cierto donde verle podria. Decian entraba y salia por el rio en Lisboa, y mandó el Rey al capitan Francisco de Zúñiga le espiase y prendiese con barcas armadas, y aunque con destreza y cautela y mucho cuidado cumplió su comision, quedó inútil, porque valía en su baxa fortuna mucho para con él la fe de los portugueses. Desde Setubal pasó á Francia y á Inglaterra, y solicitaba los Reyes para que le ayudasen contra D. Filipe con grandes promesas y sumisiones, acompañadas de buenas joyas y dinero que llevó, y le alentaban con esperanza de su amparo con armada gruesa, y lo executaron, como adelante se dirá.

Los portugueses estaban descontentos con el nuevo Rey juzgando pocas las mercedes, mayores que jamas vieron, y porque tenian presidios por

la gravedad y detencion (á su parecer) de los ministros en el negociar por haber de volver á Castilla y dexarles Gobernador, pues la Emperatriz que se persuadieron lo fuera, habia ya salido del reino. El perdon tenian por tan limitado, que más los irritó que aseguró, y cada noche se justiciaban frailes y clérigos seguidores de D. Antonio, alborotadores del pueblo, y que militaron contra su instituto por el Comisario apostólico, echándolos en el fondo del rio con sacos y contrapesos. Pidieron los nobles muchas cosas por vía de privilegios que no alcanzaban, y no culpaban al Rey, que en él conocian para con ellos voluntad y beneficencia, sino á los favorecidos y poderosos en el gobierno. Y era su quexa injusta, porque el Piñeiro y el Mora hicieron la distribucion liberalmente y con mucha liberalidad y prudencia, de las rentas, oficios, encomiendas, y no fue de servicio al Rey ni de agradecimiento, con haber dado cuanto la corona en Portugal tenía desempeñado, de manera que para las milicias de mar y tierra de su conservacion se llevaron de Castilla por muchos años en cada uno á Lisboa seiscientos mil ducados; por donde parecia á los castellanos y portugueses no les fue de provecho la union de las dos Coronas. Los que siguieron la voz del Rey se quexaban de que no se les cumplian enteramente las promesas de los Embaxadores castellanos de honras y dinero, y los que sin ellas habian sido leales servidores. Los premios era imposible igualar, de de suerte que una de las partes no quedase mal satisfecha. Estas obligaciones quiso en todas maneras cumplir el Rey, y no lo pudo hacer, porque respeto á las desmedidas peticiones no le bastáran todas las rentas del reino; por esto no se ganó el amor destos vasallos enteramente. Los más fieles se desdeñaron igualados con los ménos, aunque hubo pocos neutrales, y estimaban en mucho sus méritos, y los antonianos estaban descontentos, envidiosos por el bien que recebian los demas. La gente que no esperaba premio, se enriquecia con el gran concurso de la Córte, mas no purgaba el ódio antiguo á los castellanos su dinero y comunicacion.

La Duquesa de Barganza pidió al Rey casase al príncipe D. Diego con su hija mayor; las tierras y juridiciones, patronazgos, provision de oficios y sisas que tuvo la reina doña Catalina, mujer del rey D. Juan III, con facultad de poderlas donar entre vivos, ó despues de su muerte, á sus hijos, y la villa de Guimaranes con sus términos, rentas y sisas, provision de oficios y patronazgos, la ciudad de Beja, villas de Sempa y Moura con venticinco mil cruzados de renta, y título de Duque para el hijo segundo; las tierras, rentas, tenzas, juridiciones que tuvo el Sr. D. Duarte, con título de Duque, para el hijo tercero: todo en juro de heredad y fuera de ley mental, con juridicion civil y criminal, como la mayor y mejor de Castilla, y lo mismo se entendiese de todas las tierras de su casa, y en los realengos de Sacaven para siempre, y que se revocase el título, como á las Reinas é Infantas, del segundo oficio de las ordenaciones, y no fuesen

obligados sus decendientes á confirmar sus privilegios y donaciones, ni los proveedores, ni otras justicias reales tuviesen juridicion en sus tierras por ninguna vía. Al Duque de Barcelos se le diesen los maestrazgos de Santiago y Avís, y la provision perpétua de las encomiendas de las Ordenes de Avís y de Cristo y de su patronazgo con facultad de armar caballeros y dar hábitos sin confirmacion del Maestre, y el cargo perpétuo de Condestable; se le desempeñasen cuatro cuentos que tenian vendidos sobre las décimas del pescado de Lisboa y de los realengos de Sacaven, y no pudiesen para la Corona ser tomadas en ningun tiempo; se cobrase en Lisboa para el Duque la décima de los bacallaos y atunes, sin embargo de la sentencia que se dió contra él, y de la demanda que pendia sobre los atunes entre el Procurador de la Corona y el Duque; las rentas de la casa de la sisa del pescado de Lisboa de juro, y las de las tierras de la casa de Barganza, en que tiene un cuento quinientas y venticinco mil rees de juro; facultad para traer de la India en cada un año para siempre cien quintales de clavo, ciento de canela, trecientos de pimienta, libres de derechos. En todas las tierras referidas pudiesen enviar á cobrar sus rentas y deudas, como las Reales, y se les confirmase la donacion de juro para no pagar Cancellería, y confirmacion general de todas las mercedes concedidas al Duque y á sus antepasados, y lo mismo el de que proveyese una capitanía de las naos del viaje para la India, y gozase de los beneficios y preeminencias que los de las otras naos. A la Duquesa doña Caterina y al Duque se les diese título de Infantes, y fuesen tratados ellos y sus hijos y todos los Duques de Barganza y sucesores para siempre, como lo fue D. Duarte, y se les llamase Ecelencia, tenidos por Grandes, aunque no hubiesen heredado, y se les mejorasen las armas, como las del infante D. Luis. No fuesen obligados á ir á Córtes, sino cuando los mismos Reyes las celebrasen dentro del reino, y en ellas tuviesen lugar de Infantes, ni ménos á servir en la guerra sino en el reino y en su defensa, ni en otra cosa fuera dél, y no se pudiesen poner presidios en sus tierras; se les restituyese á Villaviciosa, y lo que en ella se habia tomado.

El Rey, para justificar su respuesta, propuso esta larga peticion de peticiones en el Consejo de Estado, y habiendo los ministros dél considerado y juzgado lo que contenia y las razones, para satisfacion respondieron y votaron así: Don Duarte de Castelblanco, casase bien el Rey los hijos é hijas del Duque en Castilla con Grandes, y se les diese títulos y hacienda en otros sus reinos; se determinase luégo sobre la justicia que pretende á lo de Guimarains; se le diese título de Condestable, como le tenía al presente, y para sus herederos de Barganza; se le desempeñasen los cuatro cuentos de juro empeñados; se le consignasen en parte cierta ocho mil ducados en cada un año para hacer el desempeño á docientos mil rees en cada uno; se le sacasen de la ley mental los realengos y sisa del pescado de Lis-

boa, y se le confirmasen los privilegios de los Reyes pasados de lo que poseia, y tuviesen título de execucion los sucesores; se le restituyese á Villaviciosa, y lo que le fue tomado en ella, y la grandeza de su Majestad podria hacerle más mercedes en lo que pedia la Duquesa Caterina. Don Diego de Sousa, dixo: Casase el Duque de Barcelos con la Infanta; se le diese tratamiento de Infante, y á Guimarains á D. Duarte con el título que quisiese su Majestad, pues fue de su casa, y el cargo de Condestable, ayuda para su desempeño, pues en servicio de la Corona para la jornada de Africa se causó. El Arzobispo de Lisboa votó: Se debian mirar despacio los puntos de lo que se pedia, para poder resolverse mejor, y de presente se le diese renta en juros solamente. Don Juan Gomez de Silva no sabía en qué fundaba su pretension doña Caterina, sino en la sangre que tenía del Rey. Cuanto al casar su hija con el Príncipe parecia ser tan niño, que habria tiempo para mirarlo cuando se hubiese de efetuar el casamiento. Bien era verdad estaba el mundo tan falto de Princesas, que cuando su Alteza hubiese de casar con hija de su vasallo, siempre se debrian admitir las portuguesas, por haber dado á la cristiandad valerosos y provechosos Príncipes, que entónces estaba logrando. Enajenar, como se pedia, villas y ciudades principales de la Corona debia ser con gran consideracion, y mayor para darlas á tan gran casa, bien que fuese tan benemérita y adquirida con tantos servicios. Antes se le debia conceder reparticion en ella para sus hijos con los títulos que se pedian, pues el aumento de Estados muchos fue siempre sospechoso á los Reyes. Teniendo respeto á esto, toda la merced que su Majestad hiciese á la Duquesa Caterina sería obra de su grandeza y liberalidad, y bien empleada en ella. El Obispo de Viseo, capellan mayor de su Majestad, dixo: Era poco considerada la peticion de la Duquesa, y el concederla perjudicial al derecho de su Majestad en aquella Corona, y dar que pensar contra él en los reinos poco devotos, y en Portugal mucho; y así nada se debia hacer con la Duquesa, ni con sus hijos, porque importaba que no creciesen más en poder, vasallos, ni autoridad, y tomar exemplo en cómo habian tratado á los hijos del Duque de Barganza el rey D. Juan I y III, porque á ninguno dieron título, preeminencia, ni prelacía en Portugal. Si algo se les diese, fuese en Aragon ó Castilla, donde su Majestad y sus decendientes tuviesen arrendada esta casa para cualquiera accidente que traen los tiempos; porque en Portugal ántes se le debia dar facultad para dividir sus Estados entre sus hijos, conveniente al bien de la Corona; y si algo se les habia ofrecido ántes de estar el Rey en posesion de Portugal fue por evitar guerras y daños, no por su derecho.

Finalmente, conforme al parecer del Conde de Portalegre, se les respondió: No habia que tratar en las peticiones de Badajoz primera y segunda, porque se fundaban en el derecho que pretendia tener á la Corona,

y acabado, por sola grandeza de su Majestad se le podian dar en dineros para su desempeño, juros y comodidades y dotes para sus hijas y títulos y algunos vasallos para sus hijos, lo que vino á montar en el efeto setecientos cincuenta mil ducados, y en esta materia no se habló jamas. Daba órden suavemente en la buena disposicion y asiento de todas las cosas de aquellos Estados, haciendo tantos favores, mercedes y beneficios y cariñoso acogimiento, que pareció unió todos los demas reinos á Portugal. Pasaron graciosos hechos y dichos de los naturales acostumbrados á la afabilidad y término paternal con que eran admitidos de sus Reyes en la comunicacion y negociacion, como sus hijos, no vasallos verdaderamente, nunca hallando la puerta de su Príncipe ni de sus ministros cerrada, accion loable y deseable, que para la Majestad de D. Filipe fueron por la novedad de grande gusto, porque le ponia en todas las cosas de aquella Corona, metiéndola en su devocion, ajustado á la imitacion de sus antecesores, que atrae las voluntades en los reinos nuevamente poseidos con la beneficencia, de que fueron grandes maestros Ciro y Julio César.

La vuelta de D. Lope de Figueroa desde la isla Tercera dió á los rebeldes arrogancia, persuadidos tenía mucha gente, y no habia osado sacarla á tierra, estimándose por insuperables. Enviaron la nueva de sus buenos sucesos á D. Antonio á Francia, y agradeció por cartas su voluntad constante para con él y esfuerzo contra sus enemigos, y envióles artillería, arcabuces y pólvora, con promesa de reforzarlos con buen número de banderas, y mandó confiscasen los bienes de los que obedecian á D. Filipe y se los enviasen, y así las mercaderías que tomaron en unos navíos que venian de las Indias le remitieron con buena guarda. Temiendo ser acometidos de pujante armada, procuraron saber por un Antonio Alvarez si estaba el Prior previniendo bajeles para su defensa; envióle con la Cruz de Santiago señalado y órden de asegurallos, con que tenía grandes aprestos para hacer la guerra en el mar y en la tierra, si bien era sólo verdad trataba le ayudasen los Reyes de Francia y de Inglaterra.

Habia diferencias entre el pueblo indómito y presuntuoso y el gobernador Figueredo; y hecho sospechoso á D. Antonio de que trataba de rendirse al Rey Católico, envió á Manuel de Silva por sucesor con título de Conde de Torresvedras, y fue recebido con gran contento y reverencia del pueblo. No estaba su Majestad resuelto en hacer la expugnacion desta isla en aquel año por encontrados pareceres: unos decian convenia hacerla luégo, pues cuanto más se dilatase, sería más difícil, porque los franceses é ingleses aprestaban navíos en ayuda de D. Antonio; y si la presidiaban y fortificaban, sería costosa la empresa, perdia reputacion tan gran poder en resistirle unos inexpertos y desatinados rebeldes y pocos, haciéndose considerables y más obstinados, fiando en el sitio de malos surgideros, rodeado de riscos inaccesibles y mar tan bravo, que no daba lugar para ancorar

bajeles cerca sino en el estío, y con la esperanza de ser favorecidos de los setentrionales. Era escala de las navegaciones de la una y otra India, donde entrando extranjeros dañarian mucho, tardando en ir á su ocupacion, saliendo con sus armadas á encontrar las de las Indias, que llegaban allí por el largo viaje cansadas y de poca defensa. Otros confesaban su importancia y fortaleza, mas decian consistia la seguridad de la jornada en la dilacion, porque la isla no se haria más fuerte ni defendida que al presente, siéndolo naturalmente, y el gran presidio no podia durar mucho en ella, pues se cansarian los isleños de las insolencias de franceses y de que sin el comercio de España empobrecerian, de modo que reconociesen su error. Las naves de la India no se detenian en aquel paraje sino á tomar agua, de que podian ser proveidas en la isla de San Miguel. Estas razones tenian suspenso al Rey, y disponia los aprestos para la empresa con presteza, gobernada por los avisos de Francia y de Inglaterra, de los que hacian don Antonio y sus valedores, armando navíos; y juntando soldados y algunos cosarios, amenazaban las islas de la Madera y de San Miguel para robarlas. Envió al Marqués de Santa Cruz á juntar y armar en Cádiz el mayor número de bajeles que pudiese y algunas galeras, y en Vizcaya tenía el almirante Juan Martinez de Recalde aptas á navegar deciocho naves, y conforme al órden del Rey queria llevarlas á la Andalucía. En Lisboa su Majestad solicitaba sus ministros para que pusiesen en órden la escuadra y capitana con que desde allí habia de partir el Marqués, nombrado ya General de la armada. La peste detenia el armamento de las naves en el Andalucía con sumo desplacer del Rey; y los ministros, asistidos del Duque de Medina Sidonia, executaban segun la disposicion del tiempo.

CAPÍTULO VII.

Sucesos en Flandres y Frisia.

El Duque de Alanzon partió de Inglaterra para Flandres acompañado de Cárlos Habat, almirante, el Conde de Lecestre y otros muchos sectarios con buena armada. Recibióle en Ulisinghen el de Orange y el Príncipe de Espinoy bien acompañados, y desde Mildelburg pasaron á Liló y Ambers, donde fueron con gran pompa saludados en la ribera cerca del castillo de las órdenes de Brabante y del Magistrado de la ciudad; y con veinte mil soldados ocuparon la ribera y coronaron un cadahalso, adornado suntuosamente para celebrar el juramento del Duque de Alanzon, sentado y asistiéndole en pié los demas. Hizo una oracion elegante en lengua latina

el dotor Hessel, cuyo principal intento fue significar el general contento de su venida tan deseada y pretendida á ser defensor de la patria, expeliendo al Rey de España por ingrato. Dióles brevemente las gracias el de Alanzon por todo, y prometió exercitar su cargo como mejor pudiese y con todas las fuerzas del rey Cárlos, su hermano, y de la Reina de Inglaterra, en cuyo nombre venian tan grandes caballeros en seguridad de su promesa á honrar aquella solenidad. Leyó un secretario las capitulaciones en lengua brabantina, con que acetaba el cargo de protector; juró de executarle conforme á ellas en manos del Canceller de Brabante, y el de Orange le puso el bonete y ropa ducal forrada en armiños, segun el uso antiguo. Luégo juraron los tres brazos de los Países rebeldes de tenerle por tal Duque de Brabante y Marqués del Sacro Imperio, y le aclamó el pueblo diciendo: «¡Viva el Duque de Alanzon!» y él juró sus privilegios en manos de Mos de Estrade, aman de Ambers, y derramaron algunas monedas con la efigie del Duque en la una parte, y en la otra un sol nascente que ahuyentaba las nubes, con mote *Fouet et discutit*. A caballo con el mismo acompañamiento llegó á la puerta Cesárea, cercana al castillo, y debaxo de palio, puesto en un carro triunfal, una ninfa significando á Ambers le presentó una llave della, acompañada de las Virtudes morales y de dos armados, defensa y ofensa. En diversos puestos habia arcos con inscripciones elógicas al que entraba. Apeóse en el palacio Real, rutilante como la ciudad esplendente con luminaria noturna y fuegos artificiales. Continuaron las fiestas y convites magníficos por tres dias, y delante de la catredal se reiteró el juramento, y partieron los ingleses para su isla.

Pocos dias despues mostró el pueblo su inconstancia y deseo de novedades, aborreciendo y amando casi á un tiempo, arrepentido de lo hecho, viendo las ayudas de Inglaterra y de Francia en esperanza resfriada y en palabras sólo para engañarle. Alteróle más el pedir el Duque señalasen cuatro templos para los católicos, persuadido que lo tocante á religion quedaria siempre á su disposicion y arbitrio; y así le concedió solamente el de San Miguel para su persona, donde concurriendo algunos de la ciudad, se enfurecieron los calvinistas, de modo que las diferencias llegaron á las amenazas con las armas; y para que cesasen en agrado del Protector, concedieron libertad de conciencia en el uso de la religion católica y de las sectas igualmente.

Verdugo en Frisia procuraba la conservacion del exército que hambreaba en la Tuvent, porque no podia el país pagar la contribucion. Por esto el Tasis pasó á fabricar un fuerte junto á Lochen para conquistarla, y á su tiempo impedir el coger sus trigos. Juntóse con el Baron de Anholt, ya coronel del regimiento del Conde de Rinanburg; y hallando la villa desproveida, se le arrimaron para sitialla del todo. El Baron partió á dar cuenta á Verdugo de lo hecho y pedirle asistiese á su gente, por si el enemigo so-

corria la tierra. Y aunque habia sido la empresa sin su órden, en ayuda de sus cercadores se les presentó en dos dias, dexando atras alguna infantería. Reconociendo las trincheas halló la parte más necesaria sin ellas. Descubrió los escuadrones de los rebeldes que marchaban al socorro, y tomó por plaza de armas una montañuela delante de la villa cercana al camino que tenía para ser socorrida. Trabada escaramuza, batiendo los escuadrones del enemigo con algunas piezas de campaña, conoció gran dificultad y que llegó su infantería al sitio, y resolvió que su caballería tomase algunos sacos de trigo y los echasen de arremetida al borde del foso. Para impedirlo Verdugo puso en un camino hondo, pegado á la montañuela, parte de la caballería para batirlos de través. Movióse la del enemigo, superior en el número, mostrando escaramuzar, y hicieron lo resuelto con poco daño. Verdugo ordenó á su caballería cerrase luégo, y movióse tarde, reconociéndose inferior, y él no podia embestir sin romper sus escuadrones, teniendo los suyos enteros el enemigo y delante una trinchea natural, donde estaba su artillería y del lado toda su caballería. Contentándose con el poco socorro que habia metido, comenzó á retirarse, y Verdugo quiso pelear, aunque ya era tarde, con más comodidad y razon de guerra por haber dexado los rebeldes el fuerte puesto que tenian. Comunicándolo con las cabezas del exército, no lo aprobaron ni él hallaba algunos con tal voluntad de pelear, que no mostrasen temor. Retirado el enemigo, se atrincheó, levantó un fuerte y otros en torno de la villa, y los dió en guarda á los regimientos y capitanes.

Avisó al de Parma halló aquella gente empeñada y sin órden, y no la podia desamparar ni ménos dexar en sitio estando en tal punto; se le pedia [bastimentos] y refuerzo, porque dexaban los soldados las banderas para ir á buscar la comida: tanta era su necesidad. Y aunque no andaba léxos el Conde de Manztfelt con buen número de gente, ni le mandó el de Parma venir ni le respondió. Consumido el trigo del socorro, el de Orange determinó descercar Lochen, porque su pérdida amenazaba á Zuphen y Deventer, y se rendirian al Rey si no la socorrian. Vino el Conde de Holac con buen número de banderas y estandartes, muchos nobles y coroneles, y los tres hermanos Condes de Berghen, que servian á los rebeldes, los condes Guillelmo y Filipe de Nasao, otro hermano del Conde de Holac, los coroneles Smit Iselstein, Lalayne y Hesnoy, franceses, y algunos cañones para batir los fuertes. Plantó su campo y se atrincheró á las espaldas del rio Borck, que pasa por la muralla de la villa, y ocupó un camino ancho que iba á ella, donde Tasis habia hecho un fuerte de arena con foso seco. Comenzóle á batir, y Verdugo, que se habia asegurado en la montañeta, viéndose inferior para pelear de poder á poder, socorria con gente sin impedimento por sus trincheras. Porque la artillería de los rebeldes pasaba el fuerte, Camiga, capitan del regimiento del Baron de Billi, como valeroso soldado se reparó

tan bien que la artillería no le hacía daño. El de Holac, reconocida la batería pór algunos capitanes franceses, y hallando los fosos llenos de gente, y que si arremetia perderia mucha y por el socorro que desde la eminencia enviaria seguramente Verdugo, suspendió el dar el asalto.

Los de la villa, viendo que los que guardaban un fuerte junto á un molino, que tenía á cargo el Baron de Anholt, habian salido á ver combatir los otros, á la desesperada acometieron y le ganaron, y degollaron los descuidados de ser acometidos, habiendo dado el Baron de Anholt mala cuenta de lo que tenía á su cargo; y avisaron al Conde, y caminó á meter por allí el socorro en la villa, y executó á su gusto. Verdugo, juzgándose habia de pelear, sacó la gente de los fuertes y la puso en un cuerpo, porque el de Holac queria ocupar á Borchelo, en país de Munster, y quitar las vituallas á los realistas, forzando á levantarse con desórden y acometellos. Escaramuzaban contínuamente gallardeando, porque señoreaban la campaña, y vinieron al aloxamiento, y le defendia el Camiga valerosamente. Verdugo, dexando en la montañeta en un fuertezuelo al capitan Decheman con su compañía y algunas de su coronelía, se arrimó al aloxamiento; y no pudiendo meter la frente del escuadron al enemigo, le fue forzoso dar el costado, y por tener poca caballería la arrimó á su infantería, esperando firme la contraria, que ya venía cargando con furia, y chocó con ella; y peleando de ambas partes obstinadamente, hubo muchos hombres y caballos derribados. No conociéndose ventaja, sacó del escuadron de la infantería algunas hileras de alabardas, picas, espadones para que desbarrigasen caballos, ordenando á los demas que no se moviesen, porque el resto del exército del de Holac caminaba, y al capitan del fuerte de la montañuela que cargase y diese de través en la caballería rebelde. Hicieron tanto daño en ella, que huyó por donde tenía Verdugo los escuadrones, y caian en los fosos que los soldados abrieron para cubrirse de la artillería de Lochen. Lo restante de su campo, viendo este suceso de su caballería, hizo alto, cuando el conde Federico y otros caballeros acometieron á Camiga. Las picas resistieron el encuentro con gran daño de los asaltadores; y Verdugo socorrió y los rompió y siguió hasta la puerta de la villa, y luégo á otros que tomaron la siniestra, y Mendo fué en su alcance pasando el rio. La infantería recuperó sus fuertes y saqueó el bagaje del de Holac, de mucho valor por la nobleza que su campo traia, y ganó algunas piezas de campaña. El Conde, viendo rota su gente, pidió á los tres hermanos Condes de Berghen quedasen en la villa, que vendria poderoso brevemente á socorrellos, y la defendiesen con la mucha caballería é infantería francesa que habia dentro.

Verdugo envió al Príncipe de Parma las banderas y estandartes ganados con el capitan Frias, y supplcó le diese asistencia para acabar sitio que tanta sangre habia costado. Hubo quien calumnió sus hechos, y así ni se le envió gente ni dinero. Para proseguir el cerco y prevenirse contra el socorro

grueso que juntaba el de Orange, buscó pólvora dexando empeñadas por la paga della su mujer é hijas, en Linghen, al Drosarte. El conde Cárlos de Manzfelt y el de Hoostrate vinieron á darle ayuda con caballería é infantería sin órden, sólo de gallardía. El de Orange reforzó al Conde de Holac con todo el poder que de Francia truxo el de Alanzon para salvar sus sobrinos los Condes de Berghen, y luégo con dos mil gascones que llegaron por mar bien armados á cargo de Mos de Burey y mil y quinientos raitres conducidos nuevamente. El conde Cárlos se aloxó por donde venía el enemigo para cerrar del todo la villa. Reforzó Verdugo con más gente los fuertes, especialmente el del molino, asistido del Baron de Anholt, donde herido de un arcabuzazo, murió.

El conde Cárlos, refutando el pedirle Verdugo se juntasen para ser cuerpo más fuerte, quiso pelear en su posta. Juzgando Verdugo se perderia el Conde por el gran poder del enemigo y luégo el exército, y que no podia juntarse con él, porque el cuartel y los fuertes quedarian perdidos y mal seguro el camino de las vituallas, le pidió se uniese, y lo concedió cuando ya la avanguardia del de Holac cargaba su retroguardia. Puso Verdugo al Tasis con dos mil y quinientos hombres junto al fuerte de Camiga, y valerosamente mantuvo la escaramuza. Los de la villa batian el fuerte del molino, para que el de Holac le ganase y los socorriese. Los franceses se movieron para el asalto con gran furia, y con la misma volvieron resistidos gallardamente. Verdugo y el conde Cárlos y Mos de Altapena de noche entraron en el fuerte de Camiga para dar asistencia al Tasis, si fuese con gran porfía acometido. Puso en un jardin á Decheman y otros capitanes de su regimiento, y prendieron algunos franceses que iban á entrar en la villa con Mos de Burey, que se les escapó, y sacó della los Condes de Berghen.

De los prisioneros se supo cuán poderoso estaba el de Holac, y viéndose los realistas tan inferiores, y que lo serian más estando tan repartidos en los fuertes, y no tenian dinero con que poder comprar vituallas, para dar batalla hicieron los escuadrones ántes del dia en su plaza de armas asegurando más el aloxamiento y tener mejor sitio para pelear. Al venir el sol comenzaron con todas las trompetas á llamar al enemigo al combate; y él se arrimó con todo el exército á la tierra, y entre ella y los realistas habia poca plaza de armas para meterle en órden. Verdugo, sin mudar el que tenian sus escuadrones, vuelto el rostro á los rebeldes, se retiró á otra montañeta más adelante en el camino de Grol, dándoles lugar para ponerse en batalla. No se movieron, y resolvió retirarse, y para esto envió los heridos é inútiles delante con alguna guarda, y recogido lo que habia en el aloxamiento le puso fuego. Tomó el conde Cárlos la avanguardia con su regimiento y la artillería ganada en la batalla, y tras él marcharon otros dos regimientos de alemanes; y Verdugo hizo del suyo dos mangas, y ampa-

radas de la caballería caminaron, y de los del Conde los acometieron algunos sin daño. Verdugo, considerando estaba poco obediente la compañía del presidio de Grol, para asegurarla hizo aloxar en ella por amistad al conde Cárlos; y viendo pasar la caballería del enemigo salió á tocarles arma para que no se desmandasen á buscar vitualla. Mataron muchos, y de los gascones murió gran número de enfermedad miserablemente, causada de las malas aguas del país, que bebian por no beber cerveza, no acostumbrados á ella, en el aloxamiento de Aenmerick.

CAPÍTULO VIII.

Lo que hicieron las armadas de España y Francia.

Gobernaba la isla de San Miguel Ambrosio de Aguiar, y sabiendo el Rey la infestaban cosarios, envió desde el Andalucía para reforzarla en cuatro navíos dos compañías de infantería á cargo de D. Lorenzo de Noguera, noble de Baeza y por valor y experiencia militar. Con mal tiempo entró en el Tejo, y su Majestad mandó meter las compañías en dos mejores bajeles y navegaron á San Miguel. Habiendo dexado órden el Marqués á Recalde en Cádiz para que conduxese la armada á aquella isla, donde arribaria él con la que sacaria de Lisboa, llegó á ella con cuidado y diligencia. Dió mucha priesa al armamento de treinta naves que esperaban su venida, y embarcó en ellas mil y trecientos españoles del tercio de la Liga á cargo de D. Lope de Figueroa, maestre de campo general en aquella jornada, y á D. Francisco de Bobadilla con dos mil, y á D. Cristóbal de Eraso con mil y quinientos, y en tres urcas quinientos alemanes. Embarcóse en el galeon San Martin, Real capitana, D. Pedro de Toledo, que buscando las mayores ocasiones en que hacer más conocido su natural valor y juntarle á los claros hechos de sus progenitores, les daba nuevo lustre y memoria con los suyos. Siguieron al Marqués muchos caballeros ventureros y entretenidos, con grandes esperanzas de señalarse vitoriosamente con el gobierno y fortuna de tan bien reputado capitan general. A diez de Julio se hizo á la vela, y en alargándose tres naves se derrotaron trabajadas de recio temporal, y buscándolas se entretuvo bordeando hasta que al tercero dia alargó trapo sin ellas.

Los franceses partieron de Nantes con sesenta velas bien pertrechadas y armadas de gente, asistida de Filipe Estrozi y el Conde de Brisac, el de Vimioso, el Obispo de la Guarda, que seguian en esta jornada á D. Antonio, y muchos barones y nobles de Francia, y arribaron á la isla de San

Miguel, donde con su aparencia hubo confusion y miedo. Era muerto Ambrosio de Aguiar, y el que le sucedió en el gobierno, infiel queria dar franco el puerto á D. Antonio, mas D. Lorenzo de Noguera con su infantería escaramuzando impedia la desembarcacion. Peijoto, que le habia conducido, barrenó algunos navíos sacando las municiones y artillería, y con acuerdo de los portugueses y castellanos embarcado en otro fué á dar cuenta al Rey de la arribada del enemigo, para que enviase brevemente su armada á combatille y librar las islas de Azores tan importantes; si bien dixeron algunos portugueses vino huyendo. El pueblo de Villafranca subió á la montaña para salvarse, y dos mil quinientos franceses guiados del capitan Asparros, de gran opinion, se derramaron por la tierra á robar, y para su defensa ocuparon una ladera. Don Lorenzo de Noguera salió con quinientos contra ellos, y alcanzados se peleó con valor y porfía hasta morir Asparros y el Noguera poco despues, habiendo combatido los dos capitanes como diestros y animosos. Sucedió á Noguera D. Juan de Castillo, y pidiéndole D. Antonio, que desembarcó, se rindiese, le respondió disparando muchas balas en su contra, y le sitió el Prior aunque floxamente al tiempo que se mostró un navío en que venía el capitan Priego, de los tres derrotados de la armada de Lisboa. Echó diez soldados en tierra para tomar lengua, y llegaron al castillo con la nueva del socorro. Hicieron los cercados surtida contra los franceses, y conociendo de tanta resolucion estaba cercano el Marqués, D. Antonio se levó y llevó su armada á Punta Delgada, ó de Garza.

A ventitres de Julio descubrió la isla, y envió dos patajes á saber por quién se mantenia, y al mediodía vió salir al mar la armada enemiga, y en la noche despachó Castillo dos soldados para darle aviso de lo sucedido; y en su respuesta refirieron cuán pronto tenía el socorro. Escaso viento movia las armadas, orceando la de España repartida, llevando el Marqués la vanguardia y D. Cristóbal de Eraso la retroguardia, el siniestro lado el maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, el diestro D. Lope de Figueroa, y á éstos seguian los demas navíos procurando ganar el viento que tenía en su favor el enemigo. Conservándole, escaramuzó con la artillería dos horas y se retiró con dos navíos afondados y otros muy destrozados. Para ponerse á sobreviento, el Marqués ordenó á sus capitanes diesen bordo hácia la tierra de noche, donde iria sin luz en el fanal para encubrirse.

En el dia siguiente, fiesta del Apóstol Santiago, queriendo embestir, le retuvo haber hecho alguna quiebra el árbol mayor de la nave de Eraso, y no osaba hacerle fuerza porque no cayese. Las armadas volteando se entretuvieron, hasta que en el dia de Santa Ana el Prior, Estrozi, Brisac y Mos de Beamonte, maestre de campo general, y el conde de Bimioso, que venian en la capitana, determinaron pelear, recelando creciese de número de bajeles el Marqués, pues segun los portugueses avisaron, no era posible

estar allí todos los que se habian aprestado en Lisboa y Andalucía. Quedó Estrozi en la capitana, y á la almiranta pasó el de Bimioso y el Brisac, y su armada favorecida del viento se dispuso bien para combatir, habiéndola ellos repartido, señalando los bajeles con que habia cada uno de aferrar. En la española caminaba delante la urca donde iba D. Francisco de Bobadilla, y la seguia el galeon capitana que remolcaba la nave de Eraso, y cercano el de San Mateo, como escudo de los que navegaban detras.

Este galeon fue el primero acometido de la capitana y almiranta francesas y de otras naves, y ceñido le arrojaron muchos fuegos artificiales y balas, y se comenzó cruelísima batalla, no cediendo los españoles al mayor número de bajeles, ni los franceses á ellos animados gallardamente, aunque eran batidos de gruesa artillería y diestra arcabucería con gran daño, de manera que destrozadas se apartaron algunas naves, quedando en la batalla la capitana y almiranta francesas. Reforzadas de gente fresca de los otros navíos con barcas, apretaron furiosamente á D. Lope, que atendia á matar el fuego que abrasaba en diversas partes apriesa el galeon, y ayudado de su gran valor y de soldados de larga experiencia en combatir y militar, remediaba con ánimo insuperable todos los daños. Oquendo le socorrió con la capitana de Vizcaya por el siniestro lado disparando sus cañones contra la almiranta francesa, y los capitanes Chacon y Barrang hacian dar recias cargas y sin cesar á la infantería, y vivamente la de la nave de D. Pedro de Tasis, veedor de la armada, animada del capitan Rosado. La urca San Pedro acometió por donde estaba el Bobadilla, y fue embestida de un fuerte navío, que recebido con muy gruesos cañones se alargó. Don Cristóbal de Eraso con los de su galeon impedia que los franceses llegasen á socorrer su capitana y almiranta, apretadas del Figueroa, y hasta que murió de un balazo y rodeado de muchas naves que le combatian, y el capitan Villaviciosa entrando á socorrelle. El Guevara peleaba con tres navíos, y la Misericordia llegó en favor de D. Lope y la Buenaventura, y batieron la almiranta, abriendo grandes portillos por donde entraba el agua, con muerte de muchos soldados, y tambien socorrieron á San Mateo Miguel Menesa y el capitan Acacio Hiera, natural de Avila, con sus navíos, y aferraron los franceses. Don Cristóbal de Paz y el de Cardona se trabaron en batalla con un gran navío que pretendia dar ayuda á su capitana, le vencieron, entraron y remolcaron. La urca Avestruz escaramuzaba impediendo el dar socorro á Estrozi, que trabado con D. Lope en sangriento conflicto se mantenia invencible, reforzado con trecientos soldados que le metió un navío, con cuyo combate se desaferró, mas cayó en manos del Marqués, que le dió recia carga de cañones y mosquetes, y lo aferró. Antes no habia mirado solamente, sino entrado y salido discurriendo entre los enemigos, evitando el socorrer á su general, haciéndoles gran daño la artillería.

Don Antonio á este tiempo se embarcó en un pataje y navegó á la Tercera, no pudiendo sufrir la furia y la duda de la batalla; porque sóla es para el ánimo valeroso el combatir por razon de Estado, en que no se procede como en las cosas privadas, donde está en el arbitrio el huir el peligro, no el vencer ó morir, quedando señor ó sujeto cayendo en el último despeñadero. Los tímidos no son capaces de generosas resoluciones, y en compañía de valientes hombres, áun no ven el daño, cuando débiles procuran apartarse dél, impediendo el salir con la empresa. La gente del galeon San Martin peleaba esforzada del Marqués bizarramente y de don Pedro de Toledo, puesto en los mayores riesgos. No se vió jamas batalla tan brava, porfiada, combatida, porque si bien la armada española tenía buenos navíos y gente valerosa, la de D. Antonio era en más de la mitad mayor en el número de bajeles, y acometió viento en popa, ocupándose todos, lo que no podian los del Marqués. Don Juan de Vivero abordó al Estrozi, y peleóse con muchas muertes y derramamiento de sangre, hasta que fue preso y su estandarte, y traido al Marqués murió luégo. Huyó el Brisac, y quedó prisionero el de Bimioso, tan mal herido que murió al tercero dia. La almiranta embistió en la isla, y la capitana quedó presa, y los demas navíos huyeron. Las cuatro naves que se derrotaron, volviendo á Lisboa, de noche encontraron á Recalde, y no conociéndose pelearon, hasta que el dia les mostró su engaño. Refirieron era perdida la otra armada, y el Recalde, prudente y animoso, lo tuvo por imposible, y juzgó que si lo era, quedaron los enemigos tales, que los venceria, si los hallaba, y alargó trapo en su busca y de la isla de San Miguel.

El Marqués, por el contrario, viendo no habia podido llegar á ella, y aferrada, inquiriendo en los sucesos, halló habian muerto tres mil franceses y sido presos ochenta caballeros, y muchos heridos, y de los españoles trecientos, y heridos quinientos. Condenó á muerte los prisioneros, porque eran piratas quebrantadores de la paz entre Francia y España, siguiendo á un rebelde, perturbando el comercio público como cosarios, y viniendo á robar las flotas de las Indias é Islas. Respondian no eran piratas sino de buena guerra, por estar en secreta y abierta su Rey y el Católico, ocupados del Duque de Alanzon los Estados de Flandres, y con patentes del Cristianismo los asoldaron y armaron tantos y tan bien pertrechados navíos, que de otra manera no pudieran sin alteracion del mismo Rey; y que si bien se comunicaban por Embaxadores los dos Príncipes y disimulaban muchas cosas y ofensas, eran ficciones de señores, y por esto no dexaba de haber pública guerra, aunque D. Enrique, confiando en que su armada sería superior, para entretener y divertir á D. Filipe le habia pedido castigase los que prendiése della. El Marqués decia, aunque los hubiesen enviado sus Reyes habian de morir, por indignacion que tenía el suyo contra la nacion francesa, pues con nombre de amistad,

paz y parentesco, escribiéndose cartas de amor, doliéndose de sus males y alegrándose de sus bienes, no sólo ayudaban á sus rebeldes, mas le quitaban los Estados, y contra él enviaban tan poderosa armada; y si bien los Príncipes disimulaban y fingian, no parecia á lo ménos que con nueva especie de disimulacion querian hacer los franceses la guerra.

Don Francisco de Bobadilla salió á tierra con cuatro compañías, y en un cadahalso hizo degollar los franceses nobles y ahorcar otros. El Marqués fue recebido en Villafranca alegremente; con procesion dió gracias á Dios por la vitoria que habia dado á su Rey; hizo curar los heridos, reparar los navíos, provellos de agua, y puso de presidio dos mil soldados del tercio de Agustin Iñiguez, y su provision encomendó al contador Pedro Coco Calderon. De sesenta naves de la armada vencida sólo arribaron á Francia deciocho, nueve se perdieron, y las demas se esparcieron.

Don Antonio fue recebido en la Tercera con pompa y contentamiento, como su Rey, y sintió mucho la rota de su armada y muerte de los amigos y franceses, por relacion de los bajeles que arribaban á repararse de las roturas de la artillería, curar los heridos, proveerse de agua y bastimentos. Parecíale fuerte la isla, mas temia que el Marqués, siguiendo la vitoria, le acometiese, y los suyos caidos de ánimo con la pérdida no sabian hacer resistencia.

El Marqués de Santa Cruz envió el aviso al Rey con su secretario Morales, y aunque ya se habia entendido la vitoria, no se tenía por cierta en tanto que no venía carta suya. Alegró á los leales, confirmó los vacilantes en la fidelidad, apesaró los inclinados á D. Antonio, y en toda España é Italia solenizaron la nueva con fiestas espirituales y cortesanas.

Con la arribada en Francia del Conde de Brisac, esparció la fama la rota de la armada y muerte y prision de tantos en la batalla, y causó en la Córte y en todo el reino gran dolor y tal furia, que todos se ofrecian á la venganza, amenazando á Flandres y á España. Y no dolió poco en los Países al Duque de Alanzon, porque enflaquecia sus fuerzas la pérdida de su gente y reputacion en las armas y en la pública fe violada por el rey Enrique, concitando la indignacion de D. Filipe, para que mediante las ligas que adelante escribirémos, hechas con los católicos de Francia en conservacion de su religion, fuese molestado y traido á pérdida miserable del reino y de la vida.

Sucedió al de Alanzon un gran desastre, si bien pudo ser mayor á no guiar la suerte el consejo y el hierro, en duracion del mayor enemigo de la Iglesia romana, cual fue hasta su muerte violenta el Príncipe de Orange. Deseábanla los católicos naturales y extranjeros, y algunos codiciosos de gozar del tallon del Rey; y así Gaspar de Añastro, que residia en Ambers, quisiera obtener el nombre de libertador de los Países con memorable hazaña. Entendió su deseo Juan de Jáurigui, natural de Bilbao, mozo

animoso y de celo muy cristiano, y resuelto á la execucion hizo disponer y asegurar sus cosas y personas al Añastro y á sus amigos, y con ocasion de dar un memorial al de Orange, en hábito y lengua de francés, le disparó una pistola tan sin medida cargada, que reventó; y en fin, por el tiro le hirió, entrando la bala en la barba y saliendo por la mexilla á la oreja, dos dientes quebrantados; y los presentes mataron al Jáurigui. El pueblo alborotado, persuadido fue por mandado del de Alanzon, se enfureció contra él de manera que pedia á voces que le matasen y á todos los franceses. Derribaron sus armas, cerraron las puertas de la tierra y ocuparon las murallas, porque ya habia caido mucho de su opinion y estimacion, con que le magnificaron en su entrada á gobernar, y creyeron pretendia el absoluto señorío con la muerte del Príncipe. El de Alanzon, desarmado con el temor amarillo, se lamentaba del suceso y atribucion de la maldad á su intento y traza, y remitia la certificacion de su inocencia á la determinacion del herido, que no pudiendo hablar, no podia tampoco darla; y así el tímido Duque estaba en gran peligro de matarle la furia popular, y el de Orange por la mucha sangre que de la herida salia, sin bastar medicina á restañarla.

El Príncipe de Parma, entendido el hecho, escribió á algunas ciudades persuadiéndoles su reduccion á la obediencia de su verdadero señor, pues ya era muerto el tirano. Por esto les envió cartas el de Orange diciendo, no sólo tenía seguridad de vida, sino cierta esperanza de tener presto salud. Su mujer Carlota de Borbon, con la nueva del suceso de su marido atemorizada, enfermó y murió con gran dolor de los calvinistas, de quien era amiga y proteotora. Libre de peligro el de Orange, hizo jurar á cada uno en particular de ser fiel á la patria y al Duque como á Príncipe y señor, por tal tenido y legítimamente elegido, y en cuanto pudiese le ayudaria, salvos sus privilegios contra el Rey de España y de sus coligados, enemigos de su Alteza y de los Países Baxos. De allí adelante se tituló Duque de Brabante, que no hizo ántes por desconformidad de los del gobierno y el suceso del de Orange.

Las cosas de la guerra de ambas partes iban débiles, porque esperaban mayores fuerzas para salir en campaña y á empresas importantes. El Marqués de Santa Cruz, reparada su armada, esperó en la isla del Cuervo las flotas de Indias, y con ellas entró en el Tejo triunfante. Don Antonio se hallaba falto de dinero, y procuraba sacarle de los mezquinos isleños con rigurosos mandatos, especialmente de los que parecian afectos al rey don Filipe, que se retiraron á la montaña; y así muchos escondieron sus bienes en ella, asegurándolos de las rapantes manos de los soldados y ministros del tirano, que pedia prestada moneda, y si no la daban alegremente, enviaba á saquearles las casas y hacerles mil oprobrios, extendiendo su insolencia contra la honestidad de las matronas y pureza de las doncellas, con

no poco escándalo y desórden de sus gentes llevados de su exemplo. Los frailes y clérigos eran los más insolentes, como si fueran dexados de la mano de Dios para perder el juicio, el hábito, la religion, gobernando las cosas de la Iglesia de manera que los ménos se dolian gravemente. Estaba irresoluto en resolver lo que más le convenia hacer para su remedio. El volver á los franceses no tenía por seguro, habiendo muerto tantos por su causa, pues no sería bien visto, sino puesto en peligro de los particulares. El quedar en la Tercera no podia con tanta gente de guerra como tenía, faltándole con que pagalla y con que sustentarse á sí mismo. Determinó ir á Francia y primero robar las islas de Canaria y de la Madera para satisfacer los soldados. Mandó embarcar con ellos todos los que tenía por sospechosos, hasta los jesuitas y á los inhábiles con amenazas, para que se rescatasen con dinero, como hicieron muchos, segun su posibilidad. Dexó á Manuel de Silva por gobernador con quinientos franceses á cargo de Baptista, florentino, y de Cárlos, francés, sus capitanes. Llegó á San Miguel, y no atreviéndose á saltar en tierra porque los españoles no le maltratasen, le arrebató gran tempestad y se esparcieron los navíos, y algunos franceses é ingleses le desampararon.

En Portugal se decia quedaban acabadas las fuerzas del Prior y de sus secuaces desengañados de su flaqueza; mas el Rey prevenia gruesa armada para señorear el Océano, traer en salvamento sus flotas y expugnar la isla Tercera; y así arribaron dos galeazas que en Nápoles hizo construir y armar el Comendador mayor de Castilla, á cargo del capitan Juan Ruiz de Velasco, que tenian cien piezas de artillería, y habia puestas en astillero otras dos, y con gran fratería las fabricaba el cabo maestro Pedro, veneciano, bien que hizo templar la mucha priesa el saber llegaria brevemente por visorey el Duque de Osuna, el cual se despidió y besó la mano al Rey en Elvas, y fué á su Estado del Andalucía, donde casó á su hija doña Ana Giron, gallarda y hermosa y de muy loables costumbres, con el Marqués de Tarifa, hijo del Duque de Alcalá. Y habiendo enviado parte de su casa, recámara y caballeriza en un galeon, partió de Osuna á disponer su Estado de Castilla para hacer con brevedad su viaje, y al pasar por Madrid hizo que el Rey mandase llevar preso al castillo de Turuégano á D. Juan, su hijo, marqués de Peñafiel, porque hirió un alcalde mayor de Osuna, queriendo no perdonar á su primogénito, tan imitador y semejante quiso ser en el hacer justicia, como en guardar su autoridad, digna siempre de veneracion del Rey, su señor. La grandeza de casa que llevó fue de Rey, y el aparato de plata, recámara y guardaropa.

En Nuestra Señora de Monserrat confesó y comulgó como tan católico cristiano, y hizo considerable ofrenda para que la Madre de Dios le diese próspero viaje. En Barcelona le hospedó con gran cortesía y magnificencia D. Cárlos de Aragon, duque de Terranova, que gobernaba á Catalunia

despues que acabó su comision en la junta de Colonia. Tuvo órden del Rey Juan Andrea Doria, que se hallaba en España con la escuadra de su sueldo, de dexarle galeras para su pasaje, y porque le escribió «Muy ilustre y señoría», no sabiendo habia heredado el principado de Melfi, le dexó su patrona, sutil para una caza mejor que para dar aposento á tan gran señor, y cuatro galeras de particulares tan mal armadas que el de Terranova las reforzó con los condenados á servir al remo, por si no le enviaba el Comendador mayor las de Nápoles, que le envió á pedir; y él despachó con don Juan Urries, teniente de D. Juan de Cardona, general de la escuadra, con el primero tercio que hizo de italianos, dexando las coronelías el maestre de campo Alexandro Caracholo. Encontrólas el Duque en isla de Eres, y acompañado dellas entró en Génova, donde Juan Andrea le aposentó regalada y espléndidamente con la grandeza de ánimo y liberalidad de que usaba siempre en tales ocasiones, y le dió su capitana para que mejor acomodado acabase el viaje. Aquí el quinto dia del mes de Otubre se nombró quinto décimo, y en España tambien, en esta manera.

CAPÍTULO IX.

Reformacion del año con el calendario Gregoriano, sus razones y causas.

El Nuncio del pontífice Gregorio XIII, en el mes de Setiembre, dió al Rey Católico en Lisboa letras (1) de su Santidad, en que mandaba quitar diez dias al mes de Otubre siguiente, llamando al quinto quintodécimo, porque así lo habia con los de su Consejo acordado, reformando el calendario antiguo y estableciendo otro nuevo más ajustado. Prosiguióse en la cuenta del tiempo y celebracion de las fiestas como si no se hubiera hecho la alteracion en los diez dias quitados, por estar más libres de festividades de santos y ceremonias sagradas que otros del año, y en las partes remotas á Italia, en el año siguiente de mil y quinientos y ochenta y tres. Su Majestad Católica, con la obediencia con que siempre se señaló en servicio de la Iglesia romana y consulta de sus Consejeros, despachó su Real provision en diversos tribunales para diferentes provincias, y usó del nuevo calendario Gregoriano, y para que se baxase lo que por aquellos dias tocaba ménos á los que habian de haber salarios, réditos de juros y censos. Todo se asentó con gran conformidad y quietud de los católicos, pasando así la cuenta del año corriente.

(1) *Inter gravissimas pastoralis officii nostri curas, ea postrema non est, etc.*

Pudiera cumplir con lo que pide mi historia en alguna manera con lo referido, pero escribiendo la razon de los hechos y manifestando los fundamentos más esenciales para la dotrina de mi Príncipe, no parecerá eceso en el asunto ni digresion poco necesaria en la narracion, y para satisfacer al más curioso y escrupuloso despues que los herejes de Francia, con la calumnia de enemigos cautelosos y astutos, por no parecer obedientes al romano Pontífice, escribieron en contra deste calendario. Los preceptos ceremoniales de la Ley escrita quedaron derogados con la de gracia y con los demas; y la Iglesia Católica desde su principio (no con necesidad dellos, sino con motivos de imitacion) ha querido observar en la celebracion de su Pascua (cuya figura fue la mosaica del Cordero) el rito antiguo de los hebreos en la eleccion del tiempo señalado en el cap. XII del *Exodo*, repetido en el XXIII del *Levítico*, y en el IX y XXVIII de los *Números*. Mandábase en ellos celebrar la Pascua del Cordero en el catorceno dia del primero mes del año, que entre los hebreos era el lunar, llamado Nisan, cuyo plenilunio se hacía en el dia del equinocio vernal, ó inmediatamente despues dél, segun consta de los ciclos antiguos de sus neomenias, y se colige de lo que refiere Josefo (1). De tal suerte guarda la Iglesia esta correspondencia en el mes, que ha procurado apartarse siempre del dia por no concurrir en él con los judíos, como querian en la primitiva Iglesia los herejes quartadecimanos.

Juzgólo por tan importante, que uno de los casos á que principalmente se congregó el Concilio Niceno, imperando Constantino Magno, fue á decidir el tiempo para la celebracion de la Pascua, porque las opiniones en esto entre la Iglesia latina y la oriental habian turbado la paz de los fieles. Y así escribe el cardenal César Baronio en el tomo II, año ciento y sesenta y siete, el primero del Pontificado de Aniceto, que San Policarpo, obispo de Esmirna, vino á tratar á Roma por las iglesias de Asia del modo que se habia de tener en la celebracion de la Pascua del Cordero, por la diferencia que habia con la occidental.

Tambien refiere en el tomo III, año quinientos y cuarenta y ocho, habia en España, en la Lusitania, en la ciudad de Oseel, fuentes milagrosas en los templos, que en el tiempo de la celebracion de la Pascua del Cordero manaban hasta colmarse sin reverter gota, y en ellas baptizaban á los creyentes en el Sábado Santo; y celebrado el Sacramento, se retiraban las aguas y no surgian hasta el año siguiente por el mismo tiempo; y así cuando las viau manar celebraban su Pascua asegurados de que era el verdadero tiempo della. Y que por estas fuentes se gobernaba tambien la iglesia de Francia, escribe Gregorio Turonense, *De gloria militum*, cap. XXIV y XXV, y dellas hace mencion Vaseo en el año quinientos y sesenta y nueve

(1) Josepho en el lib. I de sus *Antigüedades*, cap. IV, lib. III, cap. X.

de su *Crónica*, siguiendo á Sigisberto abad y á Roberto Gaghino. Y el mismo Baronio refiere en el tomo III y año citado, que el rey Teodogisio de España, pareciéndole ser invencion de los cristianos, hizo cerrar y sellar con su sello y del Obispo las puertas de los templos donde estaban estas fuentes baptismales, y puso guardas en torno dellos para averiguar si era fraude y que alguno echaba el agua. Hizo lo mismo tres años consecutivos, y en el tercero mandó cavar el sitio de las fuentes docientos y quince piés en fondo y en diámetro quince, y se certificó no habia engaño de parte de los cristianos; y Dios, indignado por su incredulidad, le castigó con la muerte en el último de la prueba, segun refiere Gregorio Turonense en el lugar citado.

Determinóse en el Concilio fuese uniforme en ambas esta celebracion, y se colocase en la Dominica inmediata á la catorcena luna del primero mes del año, segun la costumbre de la Iglesia romana, dimanada de la tradicion de los apóstoles, decreto de San Pío y Víctor, pontífices y mártires, y del Concilio Cesariense celebrado en Palestina; y así lo decretado en el Niceno, que se confirmó despues en el Antiochense, Calcedonense y en otros, no fue nueva institucion, sino confirmacion y aprobacion de lo que hasta allí siguió la Iglesia, y fixó los términos de la Pascua desde veintidos de Marzo hasta veinticinco de Abril inclusive.

Para la execucion deste decreto se encomendó á Eusebio Cesariense y á los alexandrinos de Egipto el hacer las tablas y ciclos necesarios, y Beda dice dispuso Eusebio el del áureo número. En admitir el calendario que se formó entónces hubo diferencias entre la Iglesia latina y la oriental, y cesaron en el imperio de Justiniano, porque el abad Dionisio hizo el que la Iglesia usó hasta la presente reformacion, y las tablas del ciclo solar para saber las dominicas, y lo abrazó uniformemente, y los años por el cómputo de Dionisio tomaron nombre de dionisianos.

Este calendario, al parecer cierto y perpétuo en su principio, descubrió el tiempo no lo era sino muy temporal, defetuoso, sujeto á los yerros que mostró la experiencia. Advirtiéronlo en los tratados que estamparon cuidadosamente sobre la reformacion del calendario el venerable Beda, Isacio Argirio, Campano, Juan de Sacrobosco, los cardenales Nicolao Cuseno, Pedro de Aliaco y Juan de Monteregio, insigne astrónomo, y en el tiempo del Concilio Lateranense, que se celebró en el pontificado de Leon X, Paulo Mildelburgense, Obispo forosemproniense, Juan Estophlirino, Alberto Pighio y despues Lúcas Gaurico, obispo civitatense. En el Concilio de Trento se trató de la reformacion del calendario, y se encomendó á la Sede Apostólica la forma y breve execucion. Para elegir el modo conveniente hizo el pontífice Gregorio XIII junta en Roma de muchos doctos y graves, que por diez años confirieron en razon dello, hasta que Antonio de Lillo entregó á su Santidad un libro escrito de Luis de Lillo

Hipsicronio, su hermano, discurso feliz sobre esta correccion y forma perpétua, y la más fácil que se habia ofrecido para la reformacion del calendario antiguo; y así este Pontífice en el año mil y quinientos y setenta y siete envió sumario del Liliano á todos los Príncipes de la cristiandad para que le hiciesen examinar en las academias de sus Estados, y no hallaron que oponerle por la gran exaccion con que estaba especulado, para emienda de lo pasado y prevencion de lo venidero, con toda la precision que advierten los ciclos, y por esto fue aprobado con alabanza. Habíase del calendario antiguo seguido el yerro de que la Pascua no se celebraba en algunos años en el primero mes, sino en el segundo, y el de concurrir muchas veces con los judíos, celebrándola en la catorcena luna y el tercero, y que si bien no se descubria al presente tanto, con el discurso del tiempo vendria á ser el mayor, era que todas las fiestas movibles y fixas se iban dislocando de las estaciones del año en que la Iglesia las locó. Así lo estaban los fastos de los romanos en el gobierno ó dictadura perpétua de Julio César, por el poco cuidado tenido en la observacion del tiempo por intercalacion de los años, segun advierte Suetonio Tranquilo (1), y áun ántes, como escribe Macrobio (2), las fiestas que solian celebrarse en el invierno, se venian á celebrar en el estío, y al contrario. Desta manera, por discurso de tiempo tambien, vendria la Iglesia á celebrar la Pascua y las demas fiestas, circulando por todos los meses, hasta volver á su antiguo sitio del equinocio vernal.

Originároнse tales desórdenes en la cantidad del año seguido hasta los tiempos de la reformacion, sin el resguardo con que al presente le tenemos y se dirá adelante, introducido por Julio César con acuerdo de Sosígenes, astrónomo, segun refiere Plinio (3), y con intervencion de Marco Flaco, escriba, dice Macrobio (4), y con número de trecientos y sesenta y cinco dias y seis horas, algo mayor del natural, ó trópico ó vertente, no en cantidad, que en pocos años pudiese causar error sensible en lo civil sino muchos, como lo experimentamos. Porque desde los tiempos del Concilio Niceno hasta los nuestros, sumaron los cesos destos años diez dias, por los cuales se habia anticipado el equinocio, retirándose desde veintiuno de Marzo, donde se hacía en el tiempo del Concilio referido, hasta los once del mismo mes; y desde los de Julio César se anticipó desde veinticinco de Marzo, donde le colocó, hasta veintiuno en que le fixó el Con-

(1) Suet. Tranquil. *In vita Iulii Cæs. Conversus hinc ad ordinandum Reipub. statum fastos correxit iam pridem vitio Pontificum per intercalandi licentiam adeo turbatos, ut neque messium feriæ æstati, neque vindemiarum autumno competerent.*

(2) Macrob., lib. I. Satur., cap. XII. *ibi: Nonnumquam usuveniebat, ut frigus anni æstivis mensibus, et contra calor hyemalibus proveniret.*

(3) Plinio en su *Natural Historia*, lib. XVIII, cap. XXV.

(4) Macrob., lib. I. Sat., cap. XVI.

cilio; y esto se ha de entender á poco más ó ménos. La otra causa destos daños fue el ciclo decenovenal hallado por Methon, ateniense, y denominado áureo número, para encarecer sus utilidades, ó porque antiguamente se escribió en algunas ciudades con letras de oro. Este ciclo, aunque se acerca á la verdad, no es preciso, porque se supone en él que de diecinueve en diecinueve años se vuelven á hacer los novilunios y plenilunios en los mismos dias del mes; y rigurosamente no es así, porque este período decenovenal es mayor del verdadero. Qué sea la cantidad del eceso, es más que dificultoso de averiguar, por la variedad que tienen las tablas astronómicas en el movimiento de la luna, siguiendo las prutérnicas, elegidas del restituidor del calendario. Y Clavio dice en la explicacion dél, viene á ser este eceso una hora y veintisiete minutos y treinta y siete segundos y algunos tercios; y un dia entero en trecientos y doce años. Y por no haber prevenido esto el calendario antiguo, desde los tiempos del Concilio Niceno se hallaban en los nuestros las conjunciones retardadas por cuatro dias; de forma que cuando señalaba el novilunio, era ya el cuarto día de luna, y necesario para excusar este yerro retirarse por cinco dias inclusive.

Fueron estos yerros reparados así. En la anticipacion de los equinocios, que emanó como diximos de la magnitud del año Juliano, dixeron unos se dexase el equinocio en los once de Marzo, donde á la sazon se hallaba, y se conservase adelante en este mismo dia, con que se evitaria la subtraccion de dias que se hizo despues con tanta novedad. Otros querian se locase en veinticinco de Marzo por celebrarse en este dia la Encarnacion del Verbo Eterno, y ser de opinion que su misterio se obró en el equinocio vernal; y esto se ejecutára quitando catorce dias por una vez al año que se eligiera. Otros fueron de parecer se restituyese al dia antiguo veintiuno de Marzo, y por mejor le siguió nuestro pontífice Gregorio XIII por ser el que se habia fixado para el equinocio en el Concilio Niceno, y no apartarse de los términos pascuales señalados por él; y porque alterando este dia se perdia el uso de todos los misales, breviarios y demas libros del rezo que tenía la Iglesia, parte de su tesoro. Habiendo, pues, de subir el equinocio desde once de Marzo hasta ventiuno, era necesario hacer subtraccion de diez dias, y hubo quien para facilitarlo más propuso se repartiese en cuatrocientos años, haciendo comunes los diez bisextiles que en ellos se comprehenden; y por el peligro á que esta reformacion quedára dilatada tanto tiempo, aunque parecia el medio suave, no se eligió, y resolvió el Pontífice el quitarlos de una vez. Con esto se remedió el yerro causado de la procesion de los equinocios, y previniendo adelante que no se reincidiese en él.

Entre las cuantidades que señalaron al año los mayores astrónomos, eligieron la de las Tablas de nuestro rey D. Alonso, que es de trecientos y sesenta y cinco dias, cinco horas, cuarenta y nueve minutos y deciseis se-

gundos, media entre las de los insignes Ptolemeo y Copérnico, que alargaron los cuarenta y nueve minutos á cincuenta y cinco, y las de Albategni, que los baxó á cuarenta y dos; y porque más corresponde á la verdad en estos tiempos, segun las observaciones modernas, como se verá en las de Ticho Brahe, gran astrónomo destos siglos. Valiéndose, pues, deste año hallaron se anticipaba el equinocio tres dias en cuatrocientos y dos años; para conservarle en un mismo lugar determinaron se intercalasen, en cada período de cuatrocientos años, tres dias en los tres primeros centésimos, en cada año centésimo el suyo, dando principio á esta intercalacion desde el año mil y ciento; y viene á ser muy fácil, porque todos los centésimos son bisextiles, y con dexarlos comunes queda hecha, y el cuatro centésimo inmutado.

De mayor novedad fue la de Julio César cuando hizo su reformacion, porque para darle principio dió á un año cuatrocientos y cuarenta y tres dias, siendo el mayor de los intercalares que habian tenido los romanos de trecientos y setenta y siete, como refiere Macrobio (1). Las tablas desta reformacion hizo el autor del calendario para cinco mil años; y Clavio la extendió á trecientos mil, en que mostró tener buenas esperanzas de la duracion del mundo y no ménos en dar preceptos para lo que se debia observar en cada período de cuatrocientos y ochenta y un mil y cuatrocientos y treinta y seis años. Quien previno tanto, pudiera advertir que los dos años que faltan á cada período de cuatrocientos para la anticipacion de tres dias, segun la magnitud del año que eligió, en espacio de ventiseis mil novecientos y treinta y cuatro años causáran un dia de yerro; porque las ecuaciones que á este tiempo preciso correspondian, las habian hecho anticipadamente en docientos y sesenta y ocho mil años. Pero este escrúpulo no es considerable por la gran distancia de tiempo, y porque la cuantidad del año Alfonsiano, que se supone cierta, no tiene precisa certidumbre. Demas de que, segun la opinion de grandes astrónomos, se alterára recibiendo aumento y diminucion entre los términos de Ptolemeo y Albategni, que se han referido, y no se puede asentar cosa tan precisa que no necesite de observaciones de siglos venideros; y conforme á lo que en ellas se halláre, se ajustará lo que en las tablas del resguardo de los equinocios fuere ménos preciso. Estímase mucho en ellas el estar dispuestas de modo que se pueden acomodar á cualquiera magnitud de año por el mismo estilo de la intercalacion centésima con el más ó ménos que pareciere conveniente: suprema ecelencia deste calendario, y con que satisface á la mayor parte de las objeciones que se le han opuesto. Prevenida la anticipacion de los equinocios, restaba otra no menor dificultad en los movimientos de la luna y correccion de los cielos.

(1) Saturn., lib. I, cap. XVI.

Algunos quisieron excusarla quitando las fiestas movibles y dando á la Pascua de Resurreccion dia fixo, como le tiene la de la Natividad, para extirpar de una vez las diferencias que, se puede temer, como en los siglos pasados se ofrezcan en los venideros, pues por leves que parezcan, en materia sagrada suelen ocasionar graves inconvenientes, dividiendo en la religion el gobierno. Demas de que sirviéndose la Iglesia de tablas perpétuas, no puede conseguir con puntualidad lo que en esta celebridad pretende. Este arbitrio no fue recibido, porque se oponia poco piadoso á la costumbre sagrada, que la Iglesia con motivos superiores ha guardado desde sus principios con tanta aprobacion de pontífices, concilios y santos; y executada, fuera posible que en vez de evitar escándalos, los causára, que siempre las novedades les están sujetas, y fuera ésta muy grande. Otros propusieron no se hiciesen tablas perpétuas, sino temporales de cien en cien años, ó en otros períodos, quedando á cargo de los Pontífices encomendar el hacerlas á sus tiempos á los astrónomos de satisfacion. Con esto formáran cada dia calendario y se pusieran en obligacion de satisfacer á tantos, como por el vário sentir ó por otras causas, se opondrian á cada computacion. Al fin se resolvieron en hacer calendario perpétuo, siguiendo en él los medios movimientos, porque en los verdaderos hay más diferencia en las tablas, y por muchos inconvenientes que se consideraron.

Para corregir la luna repudiaron las tablas antiguas del áureo número, por no poderse conservar por ellas sus movimientos en el lugar conveniente, por la intercalacion centésima y de las ecuaciones que se han de hacer á los novilunios á tiempos señalados, porque los áureos números dan siempre los novilunios y plenilunios en un mismo dia; y por la causa escrita unas veces se han de anticipar y otras posponerse, y en lugar dellas se hicieron las de epactas con sus ecuaciones de la precision y puntualidad que parece admite la perpetuidad que se pretendió y el uso de los ciclos. Las de las ecuaciones y las de la intercalacion centésima para los equinocios están juntas; y en suma contienen, que al fin de cada período de trecientos años se hace ecuacion de la luna, anticipando las conjunciones por un dia. Y porque esta ecuacion, á que se da principio en las tablas desde el año de quinientos y cincuenta, no se debe hacer hasta trecientos y doce años y medio, y estos doce y medio en dos mil y cuatrocientos años cumplen un dia; al fin deste período de tres mil y cuatrocientos años, se omiten las ecuaciones y se difiere para el centésimo siguiente, con que se conservan siempre en su lugar las lunaciones. Verdad es que pasados ocho mil y docientos años será necesario hacer otras tablas, por lo que advierte Clavio.

Esta reformacion, admitida de los católicos generalmente, no lo fue de los herejes setentrionales por no mostrarse (como diximos) obedientes al Pontífice romano; y á los orientales prohibió el recebille el Turco, y al Patriarca de Constantinopla hizo ahorcar, porque instaba en obedecelle, con-

forme al aviso del Bailo de Venecia. Muchos se opusieron al nuevo calendario invidiando la gloria del autor, ó intentando desacreditar la resolucion del Pontífice y turbar la Iglesia con diferentes opiniones, ó por sentir váriamente como hombres, con alguna disculpa, por ser la materia tan dificultosa, que cuando Julio César trató de su reformacion, dice Plinio (1), que en los volúmenes escritos por diversas personas apénas convenia uno con otro. Principalmente (entre muchos) se opusieron escribiendo libros enteros contra nuestra reformacion Georgio Germano, Josefo Scaligero, Miguel Mesthilino y Francisco Veta, francés. Éste, para engañar con aparencia de verdad, imprimió en París un libro con título *Fundatio Kalendarij verè Gregoriani ad Ecclesiasticos Doctores exhibita Pontifici Maximi Clementi VIII. Anno Christi M. DC Jubilei*, y por apéndice añadió otro calendario que llamó Gregoriano á la forma del legítimo. Con este espurio quiso excluir el recebido de la Iglesia, y que se admitiese el suyo; y para darle más color y autoridad, puso entre los proemios dél las letras que Gregorio XIII envió en el año mil y quinientos y cincuenta y siete á los Príncipes católicos. Contiene muchos errores, como se verá en el libro que escribió Clavio contra él. Lo que por mayor oponen á nuestro calendario es la locacion del equinocio en ventiuno de Marzo, la disposicion de las epactas, que la Pascua no se celebra en todos los años en el primero mes, la intercalacion de las tablas astronómicas en que se fundó, y otras cosas deste modo. A todas satisface cumplidamente Clavio en aquel libro.

La mayor defensa es que la Iglesia no quiso hacer calendario temporal, como propusieron algunos (aunque se reconoce fuera más preciso) sino perpétuo, para eximirse de una vez desta ocupacion; y habiéndose de atender á la perpetuidad y valerse de ciclos, no puede haber rigurosa precision. Este tuvo toda la que parece posible, y por lo ménos ninguno se propuso de ménos inconvenientes; y cuando tal vez se yerre un dia, no es considerable. Por último se advierte, para quitar á muchos el cuidado que les dió, ver que despues de la correccion se ha celebrado la Pascua en el dia del plenilunio á ventidos de Marzo en el año mil y quinientos y noventa y ocho, dia en que se hizo la oposicion media y la verdadera; y que en el año de mil y seiscientos y nueve sucedió lo mismo á decinueve de Abril, con que atrevidamente han condenado esta reformacion. Adviértase, pues, que la Iglesia no evita para esta festividad el dia del plenilunio, que segun los medios movimientos se hace á las deciocho horas y ventidos minutos del dia quince, sino la catorcena luna solamente, segun ha constado bien de lo que enseña Clavio (2), que junta muchos lugares de santos y computistas, y pone tabla de ciento y setenta y cinco años, en

(1) Plin, lib. 18, cap. III.
(2) Clavio, cap. 1, núm. 6, § *Sed ut magis.*

que despues del Concilio Niceno se celebró la Pascua en el plenilunio, sin que en esto se haya reparado en la Iglesia, sino sólo en el concurso en la catorcena luna.

CAPÍTULO X.

El Príncipe de Parma en Flandres sitia y gana á Oudenarden.

En Flandres el Príncipe de Parma esperaba con gran deseo la venida de los españoles é italianos para campear gallardamente y sitiar las principales ciudades. En tanto quiso ganar á Oudenarden, y prevenido de cuanto era necesario, fingió ir á cercar á Menin, para que el enemigo se ocupase en su refuerzo, y quedase Oudenarden sin él, sacando lo principal de la guarnicion para engrosar la de Menin, que fue rompida en el camino. En tanto el Conde de Manzfelt, su lugarteniente, tomó puesto con parte del exército estando en Tornay su general siete leguas distante por algunas ocurrencias de la guerra, y robó los ganados y bastimentos de las aldeas, sin que lo pudiesen retirar en la tierra, con sumo desplacer y dolor suyo. No cayó de ánimo por esto Federico Borchio, su gobernador por los Estados, y con cuatrocientos soldados que tenía, guiados del capitan Bernobilio hizo diversas salidas contra el enemigo que se atrincheraba.

Oudenarden, ciudad donde nació madama Margarita, madre del Príncipe, es populosa y de comercio y fuerte sobre el Escault, casi en el medio entre Gante y Tornay, y lo fuera más, si un montecillo que tiene al levante, no le fuera ruin padrastro, que da comodidad al enemigo para batirla y ofenderla: que aunque las tierras no se ganen con derribar las casas, matan los defensores, y no dexan comodidad de ampararse libremente, ni atender á su defensa. Esta ventaja, conocida del Príncipe de Parma, luégo que llegó á su exército, plantó en la eminencia algunos cañones con que ofendia los vecinos de la villa contínuamente. Repartió el sitio en tres cuarteles, y él alojó junto al monte con dos regimientos de alemanes que regia él mismo, por sus coroneles Mos de Matusano y Echenberg, ambos valerosos y expertos caballeros. Frontero dellos y junto al rio estaba Montigny con sus valones, y hácia Gante otros dos regimientos dellos y de alemanes, y poco distante el Marqués de Bubays con la caballería impidiendo el socorro por esta parte más acomodada para traerle y meterle el enemigo; y así el Marqués guardaba la campaña muy atento y vigilante, como receloso más de la astucia que de la fuerza; porque el de Alançon no habia traido los grandes exércitos de Francia y de Alemania, que pro-

metió á sus amigos en su entrada en los Países, y apénas juntó cuatro mil escoceses é ingleses el coronel Ceton y Noriz traidos de Frisia, y dos mil raytres con el príncipe de Chimay, Cárlos de Croy, que pocos meses ántes se juntó con los rebeldes. Fue largo y lento este sitio, porque esperando gastadores de Bohemia, tardaron mucho, y los soldados supliendo su falta se fatigaban contínuamente, peleando con los que hacian salidas de la tierra y con los corredores del cercano campo de los rebeldes, trabajar en las trincheras para asegurar los cuarteles, porque cada hora crecia la fama del gran número de gente que habia de entrar en favor del de Alançon. Esto no lo creia el Príncipe, porque era avisado de Francia de sus apréstos y dificultades, que nacian de la tarda junta del exército grande, y de que no lo siendo entrase en los Países; pero cautamente procedia queriendo parecer más prudente que bien afortunado, y ambas cosas tenía.

Llegaron los gastadores y más soldados al sitio, y comenzó á plantar la batería con gran trabajo por la inundacion de la campaña que hizo el rio, habiendo el coronel Borchio sacádole, rompiendo las riberas para tener mejor cerrada la tierra. Tomó y fortificó á Gaveren en el camino de Gante para cerrar aquella venida al enemigo, que atrincherado y débil estaba cerca, sin hacer cosa de importancia sino atender á cortar el camino á las vituallas que se llevaban de Tornay, y meter las suyas en la villa y sin provecho; mas el presidio se defendia honradamente con pesar del Farnese, que sin perder punto ni consejo solicitaba las baterías en que tenía treinta y tres piezas que hacian diversos efetos. Habia ganado el puente del rio que le aprovechó mucho para abreviar la empresa ántes que juntase exército el de Alançon. Batieron un rebellin, y al dar el asalto eran cortos los puentes que habian de echar en el foso ancho y lleno de agua, y reparándose en tanto que se hacian mayores los cercados, fue necesario batir otra vez el rebellin de la puerta de Gante, y de manera que dió comodidad para asaltarle y ganarle, y alojarse algunos soldados en él. Comenzaron una mina para penetrar la muralla cercana á la puerta, y era faccion muy detenida y peligrosa, por lo que de noche y de dia tiraban los sitiados, y sus acometidas ordinarias con gran determinacion y riesgo de ambas partes.

Acabada la mina y dispuesto el asalto, se amotinaron los alemanes, pidiendo lo que se les debia de sus pagas; y así forzado le difirió, cuando algunos valones habian arremetido arriesgadamente, y se retiraron con su daño. Teutó con la zapa el ganar la muralla el Príncipe, y se mejoró de puesto, y plantó artillería con que batió las defensas y retiradas que habian hecho bien anchas y con fosos, cortadas y terraplenadas algunas casas. Los cercados, viendo los enemigos sobre la muralla alojados, y que no tenian esperanza de ser socorridos, baxaron á tratar de acuerdo, y se concluyó con que los soldados saliesen con armas y banderas, y en tres meses no

habian de servir á los Estados; los naturales restaurasen la religion católica, y reedificasen los templos arruinados ó mal reparados, y pagasen setenta mil florines en tres meses, y quedasen por buenos súbditos de su Majestad, y habian de vivir católicamente; y no queriendo, dentro de un año vendiesen sus bienes y fuesen á habitar fuera de los Estados del Rey. Los alemanes ya estaban en quietud y obedecian, castigados los autores del motin, para que no quedase á los demas exemplo de semejante dañosa importunidad.

Entró en Oudenarden, y dexando en ella parte de la gente del Conde de Manzfelt, marchó contra el enemigo con toda la caballería y seis mil infantes escogidos para forzarle á combatir, llegando ántes que supiese su pérdida de Oudenarden. Estaba reforzado con mil y quinientos raytres que le truxo el Conde de Manzfelt, hijo de Alberto, y algunas banderas francesas, y bien atrincherado debaxo de Berghende San Winoc. Adelantó dos compañías de caballos para que los cargasen, alargándose de las murallas, mas los raytres que salieron á escaramuzar, se apartaron poco de la defensa de su artillería. Los católicos, abalanzándose, fueron presos Balanzon y algunos caballeros, y descubierto el Príncipe volvió á Oudenarden.

Restaurada algun tanto la gente, reforzó con parte los presidios cercanos. El de Altapena corria la campaña del enemigo hasta las puertas de Ambers con gran quexa de los pueblos contra los que gobernaban con injuria maldicientes y malcontentos. Decian recibieron nuevo señor con imaginadas esperanzas de librarse de la tiranía de los españoles, se hallaban engañados en esto, y agravados más que jamas de los pagamentos, y el enemigo tan poderoso que tomaba las tierras, ó robaba la campaña, hasta no osar mostrarse sobre los muros, esperando en vano ayudas de los prometidos exércitos y reposo á sus fatigas miserables.

El de Alançon con poco dominio, falto de dinero, gobernado por voluntad de otro, no pudiendo hacer ménos, remitia al beneficio del tiempo su remedio faltándole su hermano tanto en las promesas, y no ménos la Reina de Inglaterra, pretendiendo reducir á tal extremo los Países Baxos, que consumidos y cansados de la guerra para mantener su rebelion, se arrojasen en sus brazos libremente y sin tantas condiciones, reservas y privilegios, con que siempre querian quedar señores y libres como en señoría, segun la experiencia claramente mostraba. De aquí nació la gran dificultad para enviarle exército como habian menester sus amigos al de Alanzon; y Enrique, consumido de la guerra su erario, y los súbditos cargados de insoportables tributos para la paga de sus deudas, deseaba gozar y que gozasen del reposo que tenian no alterado de los domésticos enemigos; y así no aprobaba el entrar en nueva guerra, para despojar de sus Estados al que le habia como amigo ayudado á conservar su reino. Demas de que tal espolio era vituperado del Pontífice, del Emperador y

de todos los Príncipes católicos, y el continuar no podia ser sin gran infamia y peligro de tener brevemente revuelto su reino. Porque los católicos, no estando bien satisfechos de su gobierno y viendo favorecidos y en su Consejo los que favorecian los huguenotes, le amenazaban con el resentimiento, y con el hierro y nueva guerra de que se descubrian señales cada dia, teniendo osadía no sólo de dar peticiones y advertimientos en esto, sin nombre de autores, mas de esparcir carteles injuriosos y hablar siempre mal de la vida de su Rey y de su gobierno. Puesto en estos cuidados y fatigado de la indignacion y deseo de venganza, ó no aprobaba ó refutaba las demandas del Duque su hermano, y lo que le solicitaban sus favorecedores en su ayuda. De aquí nació que muy tarde y en pequeño número pudo Mos de Biton hacer junta del exército, con que habia de socorrer á Flandres.

El Duque, guiado del de Orange, atendia al gobierno, y partió de Ambers en barcas á Ulisinghen para ir seguramente á Bruxas á ser reconocido por nuevo Conde de Flandres, y fue recebido con pompa y alegría. Allí se juntaron los procuradores de los Estados, se trató del modo de proseguir la guerra y pagar los soldados, porque se quexaban las tierras y en particular los de Brabante de que todo el peso ó la mayor parte se les cargaba, y como difícil de sustentar convenia se compartiese. Esta propuesta gastó los dias en discursos, sin concluir cosa de momento, porque los pueblos confesaban fueron engañados, si bien el de Orange, como arquitecto de aquella máquina, la conservaba contra el ser la materia frágil de muy débil fundamento en que se apoyaba. Descubrióse conjuracion sin saber los autores ni medios della, para matar al de Alançon, al de Orange y otros grandes, que suelen fingir los tiranos amenazados para dar color á sus disinios, teniendo en secreto la verdad y apareciendo solamente el rumor, escándalo é inquietud del vulgo fácil en creer, que sólo puede escribir el historiador por cierto. Decian ser los conjurados Nicolás Salsedo, Ugotto Vallon y Francisco Baza, italiano, huido de Francia por monedero falso, y que los ministros del Rey Católico les habian ofrecido gran suma de escudos porque executasen estas muertes; y el de Orange dixo su recelo á Lamoral, hermano del Conde de Egmont, y avisó á los del trato, en especial al Salsedo, que le comunicaba más que á sus compañeros. Dió gran sospecha de ser fingido del de Orange el no justiciar públicamente al Baza italiano y el enviar el Salsedo á Francia y huir el Vallon. El Lamoral estuvo en prision, porque avisó al Salsedo, y despues pasó con el de Alanzon á Francia, averiguado que no supo cosa alguna del trato.

El de Parma en tanto estaba en Tornay, y dividió el exército debaxo de cabezas diferentes, para que diesen contínua molestia á los enemigos, en tanto que se reforzaba con la gente que esperaba de Italia y de Alemania. El Duque de Alanzon y el de Orange en Gante hicieron solene entrada,

y buscaban dinero para la guerra, por cuya falta tenian por inútil su venida, y en Bruseles tumultuaba el presidio, aquietado despues con forzar á los vecinos á contribuir para su pagamento. Los de Bolduc se lamentaban por lo mismo, y suplicában al de Parma acometiese la villa, que le ayudarian á tomarla, y estaba tan alterada la guarnicion, que muchos ingleses pedian los asoldase. Porque los franceses se arrimaban á las fronteras de Flandres para entrar por la marina y queria combatirlos, no sitiaba tierra por no levarse para este efeto; mas no dexó de ocupar á Liera por el de Altapena y medio del coronel Semple, escocés, que cansado de servir á los rebeldes, con estratagema dispuso la entrega maravillosamente, y fue saqueada y los vecinos forzados á pagar cierta suma de florines á los soldados, para que cesasen del robo y del fuego. Dolió más esta pérdida á los Estados que la de Tornay y Oudenarden, porque era el puesto cómodo para molestar mucho al país y conquistar otras tierras importantes, y lo mostraban los rumores populares, y en Ambers no se tenian por seguros, y ménos el territorio.

El de Alanzon alojaba cinco mil soldados en la campaña en una aldea junto á Gante bien atrincherada; y el Farnese, aumentado con los italianos y españoles que le llegaron de Italia, determinó degollarlos. Partió con dos mil caballos y seis mil infantes, y acercándose á los enemigos, que hicieron muestra de salir á combatir, sólo pudo atacar recia escaramuza con muerte de muchos de ambas partes, que acabó con el dia, atentos á su vista desde la muralla el de Alanzon y el de Orange; y retirándose los franceses debaxo ilella, cargaba la retroguardia el Farnese, que defendia Mos de Sanseval, de manera que degollára gran parte, si de la ciudad no saliera Mos de Rocheport en su ayuda con algunos capitanes y soldados viejos, que hicieron volver el rostro á la caballería é infantería que traia Noriz en la vanguardia, y fortificar un molino y jugar mucho la artillería de la muralla, con que fue retenido el ímpetu de los católicos.

El Farnese, retirados los suyos y puestos en escuadrones, esperó á vista del de Alanzon gran rato, si venian á pelear con él; y porque entraba la noche y los enemigos no parecian, se retiró á su alojamiento, y se aconsejó sobre lo que debia emprender con el exército poderoso de número de sesenta mil de generosas y marciales naciones, ilustres por claros hechos, antiguos y frescos. Tenía las seis coronelías de alemanes de los Condes de Arenberghe, Barlaymont, Manztfelt, D. Juan Manrique, Mos de Floyon y el baron Roberto Sinbergo; nueve de valones, del Montiñy Esment, Gabriel Liques, Octavio Mantfelt, Manderschele, Filipe Liques, Mos de Bours, del Baron de Aubigny y Manucio, y otros de alemanes con Verdugo en la Frisia, y los que gobernaba Altapena y Mos de la Mota; dos tercios de españoles de Cristóbal de Mondragon y Pedro de Paz; dos de italianos de Camilo del Monte y Mario Cardoino; treinta y siete compa-

ñías de caballos italianos y españoles, y doce de flamencos; y aunque deste número gran parte guarnecia las tierras y castillos, era el exército formidable. Llevóle el Príncipe al Artuoés, y del Cambresi echó los franceses, y trecientos rindieron el castillo y le presidió, y otros que tomó disponiendo la campaña para expugnar á Cambray, é impedir los intentos y entradas del exército que formaba el de Biron en Francia para favorecer al de Alanzon. El fue á ser jurado en Ruremunda, y dexó en el gobierno de Gante al de Espinoy, y la gente de guerra entre Malinas y Liera, ganado el puente de Ruffel una milla della, para tener libre el paso del Nethe y traer vitualla de Malinas y asegurar el país, y con las correrías estrechar á Lira, Breda y Bolduc. Los realistas por esto levantaron un fuerte entre Lira y Herentals, con que se aseguraron y molestaron los rebeldes. Con la ausencia del de Parma cobró ánimo el exército del de Alanzon, y Mos de San Luca, el Temple y Sanseval, tomaron el castillo de Gaesbech y á Niemeghen, habiendo procurado socorrella el conde Cárlos de Manzfelt. Volvió el exército de D. Filipe á Brabante, y acometió á Nienove, del Condado de Alost, sobre el rio Denter situada, y la rindieron seiscientos franceses. Tomó á Licheri junto á Bruseles, y recobró á Gaesbech, con disinio de apretarla en aquel invierno, cortando las presas del rio y la navegacion de Ambers con algunos fuertes. No pudo executarlo, porque las aguas inundaron la campaña de manera, que por dolencia del exército, de que murieron los italianos y españoles, y carestía de bastimentos, convino asegurarle en buen alojamiento, y él puso la Córte en Tornay. El de Alanzon retiró el suyo, y se aseguró en Ambers, donde por bando prohibió la comunicacion con los católicos, y el hacer rescate de los prisioneros, por indignacion de los Estados, por no haber querido trocar por Mos de Lanua al de Egmont.

Llegó ya el exército francés á Duinkerke en el fin de Noviembre, compuesto de tres mil zuiceros y dos mil peones y ochocientos caballos franceses, á cargo del Príncipe Delfino, hijo del Duque de Monpensier, el marichal de Biron y Mos de Anguien y el Lavalle y otros, y fueron alojados en Duinkerke, Dismonda, Termonda, en el país de Vas. Las cabezas en Ambers trataron del modo de emplearle, y de que los Estados por la eleccion del de Alanzon quedasen unidos á la Corona de Francia muriendo sin hijos: peticion odiosa á ellos y al de Orange odiosísima, porque le bastaba enajenarlos de su Príncipe poderoso, sin traer otro que por la cercanía los podria sujetar del todo; y así en las capitulaciones con el Duque estaba esto eceptado particularmente.

En tanto en Colonia por el casamiento de Gerardo Groesberg, su arzobispo, amenazó guerra peligrosa á los Países Baxos sus confines; porque los capitulares se le oponian, y él queria ser casado y Arzobispo, y eran fomentados y ayudados de los católicos éstos, y de los herejes el Gerardo.

Envió al Conde de Arenberghe, no sólo á la Dieta de Augusta, donde se trataba de estas diferencias, á representar de parte de su Rey cuánto convenia la conservacion de la Iglesia romana, más tambien á ofrecer al capítulo de Colonia las fuerzas de su Majestad en amparo suyo. Respondieron á la oferta con agradecimiento, y mostrando que la composicion de aquellas contiendas no estaba sin esperanza de buen suceso, mas importaria que para deshacer disinios de los que intentasen contra la religion, se arrimase á sus límites un exército. Mandó al de Arenberghe por esto el Príncipe no pasase adelante, porque habia de gobernar cuatro mil valones y alemanes y mil caballos que le llevaria el comisario general Jorge Basti. En torno de Nays alojados esperaron el evento de los encontrados Arzobispo y su capítulo, con gran temor el Groesberg, y ánimo los canónigos sus contrarios.

Verdugo no perdia tiempo en servir á su Príncipe, y así tomó por escalada en una noche escura y lloviosa la villa de Estenvick importante; porque ántes que la ganase el enemigo con su comodidad, le habia hecho grandes daños su gobernador Coquela, teniente coronel de Mos de la Mota, con mucho valor y buen gobierno. Habiendo los soldados del Baron de Anholt tomado dos de la guarnicion de Zuphent, y no queriendo rescatarlos su capitan, ofrecieron á Verdugo su entrega, y refirieron el modo. Certificado por el capitan Thesilinghe, que á reconocer la villa envió, suspendió la execucion, porque Mos de Nienocort, del país de Groninghen, que servia á los Estados, les prometió echar de Frisia á Verdugo. El para asegurar las entradas por donde con navíos podia ser acometido, envió al Tasis con parte de su regimiento y de otros. Los de Groninghen usando de su autoridad absoluta le remitieron luégo, y envióle á la entrepresa. Para mayor seguridad los de Zuphent, aunque tenía muros altos, hicieron delante del foso antiguo otra fortificacion de tierra con sus baluartes, y el uno junto á un molino, y tenía cuerpo de guardia en que podian estar venticinco ó treinta por hilera, y entre la primera y segunda puerta otra que daba entrada á este baluarte; y fiando en la primera no metia la guarnicion soldados en la nueva fortificacion, ni cerraban aquella puerta, ni los ponian en aquel cuerpo de guardia, porque tenian sólo una compañía de peones con los vecinos. Arrimaron los de Verdugo escala por defuera al baluarte, como no tenía foso, y se metieron en el cuerpo de guardia treinta escogidos del Tasis, habiendo dexado la caballería en un bosque, y con los demas entró en unos fosos cerca de la puerta, por donde la batió y tomó D. Fadrique de Toledo en el año mil y quinientos y setenta y dos. Los de la villa con el sol salieron á abrir la puerta, y parte de los del Tasis los acometieron, y parte á los que guardaban la segunda, y mataron el que iba á echar el rastrillo, y puesta guarda en él se apoderaron de la entrada; y Tasis embistiendo los que habian salido á reconocer, huyeron á la

campaña, y pasó á dar ayuda á los que peleaban con los de la segunda puerta, y los rompieron y entraron hasta la antigua, donde con los vecinos hicieron alguna resistencia, y con la caballería que vino llegaron á la plaza, y señorearon la villa. Habíale ordenado Verdugo á Tasis que hiciese entrando de la otra parte del rio una trinchera y pusiese guarda en ella, porque el enemigo no se amparase en aquel puesto, y ocupado en el saco no lo hizo, y el conde Hernan de Berghen le ocupó y levantó fuerte, que por ganarle y mantenerle costó mucho trabajo y sangre. Donde se verifica que en la guerra lo que se ha de hacer no se debe dexar para otra sazon ni áun hora. Quedó por Gobernador con guarnicion bastante, y envió el resto de la gente que truxo á Verdugo.

CAPÍTULO XI.

Descubrimiento del Nuevo México en la Nueva España, y lo acaecido en él.

En el año mil y quinientos y ventisiete salió á decisiete de Junio del puerto de San Lúcar de Barrameda, Pánfilo de Narvaez, uno de los que descubrieron y ganaron con Fernan Cortés, español de inmortal memoria, primero Marqués del Valle, la Nueva España para esta felicísima Corona, con cinco naves y sciscientos hombres, por gobernador y conquistador de las provincias que se continúan por Tierra Firme desde el rio de las Palmas hasta el cabo de la Florida. Llegando á la isla de Santo Domingo, donde estuvo cuarenta dias, los ciento y cuarenta se le apartaron en desobediencia persuadidos por los isleños á morar con ellos. Reforzado en Santiago de Cuba de gente, armas y caballos para tomar bastimentos desde el puerto de Santa Cruz envió dos naves, donde por fiero temporal en mar y tierra, de que suele haber allí muchos, perecieron. Narvaez llegó á ver el suceso portentoso; y recogida la gente que habia quedado, pasó á la Florida y echó en tierra trecientos hombres con tres clérigos y dos frailes, y cuarenta caballos para descubrir, y los navíos por la costa. Padecieron tantos trabajos, que sólo quedaron cuatro de los trecientos, peleando y hambreando con notable miseria. Y en el año 1540, habiendo hecho milagros sólo con la señal de la cruz maravillosos, resucitando muertos y sanando enfermos, como apóstoles, salieron los cuatro por Nuevo México á la provincia de Quliacan, en el nuevo reino de Galicia, que gobernaba Nuño de Guzman, como salvajes, los cueros cual conchas, y negros y vellosos, los cabellos y barba largos, y brutos, admirando al Gobernador, y más la narracion de sus peregrinaciones y trabajos inumerables, y los envió á Mé-

xico á D. Antonio de Mendoza, virey de Nueva España. Refirieron lo que vieron y padecieron en la region que hoy llaman Nuevo México, de donde decian los indios mexicanos vinieron á poblar sus progenitores, y partió á certificarse deste descubrimiento Fr. Márcos de Niza, franciscano, en el año 1542. Fué y vino, confirmando en parte la relacion de los salvajes. Fernan Cortés, deseando hacer entrada para descubrir y poblar y ocuparse en servicio de Dios y de su Rey, vino por contradiciones del Virey á España á tomar el órden del Emperador con que hacer la empresa, donde murió.

El Visorey envió en el año 1544 á Francisco Vazquez Coronado con buen número de peones y caballos, y dió la vuelta brevemente; pero no fray Márcos de Niza, que le guiaba, porque en la conversion de los indios entró tan adelante, que fue martirizado, como se verá despues. Hasta el año 1581 no intentaron más los de Nueva España hacer aquella conquista, á que dió principio D. Lorenzo Xuarez de Mendoza, conde de Coruña, visorey; envió á ella á Francisco Vazquez Chamuscado con soldados y frailes de San Francisco, que por no querer retirarse como los seglares, prosiguiendo en predicar á los bárbaros, los martirizaron.

En este presente año entraron á descubrir sin órden, Espejo y despues Castaño, y el capitan Francisco de Leiva Bonilla, á quien el capitan don Pedro de Cazorla, adalid valiente y valeroso soldado, que á la sazon era teniente de gobernador y capitan general, siguió cien leguas, y con grande riesgo de su persona le notificó no entrase en la Nueva México so pena de traidor. Era tan grande el deseo que el Rey tenía que se hiciese esta jornada, que con celo cristiano hubo muchos caballeros pretensores que ofrecieron sus vidas y haciendas; y entre los que más cercanos estuvieron para ella fue D. Pedro Ponce de Leon, conde de Bailén, D. Pedro de Granada Venegas, caballero de la Orden de Alcántara, decendiente en el mayorazgo por línea recta de varon de los antiguos Reyes de Granada y Aragon, señor de Campotejar y Jayena. Por acuerdo de su Majestad, informado del Virey, fue cometida á D. Juan de Oñate con título de Adelantado della, caballero noble vizcaíno, poblador y fundador de las minas de San Luis Zichu y Charcas, decendiente de la casa y solar de Narriahondo, derivada del ilustre caballero D. Lope Diaz de Haro, ganador de la ciudad de Baeza en el año de 1217, á cuyos decendientes dexó este apellido de Baeza, que hoy conservan muchos mayorazgos en Baeza y Vizcaya. Era hijo de Cristóbal de Oñate, conquistador y gobernador de la Nueva Galicia, casado con doña Isabel Cortés Motezuma, nieta de Fernan Cortés, marqués del Valle, y bisnieta del gran Motezuma, rey de la mayor parte de la Nueva España, hija de Joanes de Tolosa, caballero vizcaíno, fundador de la ciudad de Nuestra Señora de Zacatecas y de las minas y villas de Llerena, San Martin y Avino; á cuyas venas de plata

agradecido D. Filipe, dió por armas ó devisa á la dicha ciudad su Real nombre en círculo de la imágen de Nuestra Señora, puesta sobre el cerro de la Bufa con el sol y luna á los lados, y al pié los retratos de Joanes de Tolosa y Cristóbal de Oñate, su suegro y padre, y la de Baltasar Temiño y Diego de Ibarra, del hábito de Santiago, y cuñado de D. Luis de Velasco, marqués de Salinas, que fue Presidente del Consejo de las Indias, para dexar á los siglos venideros memoria de tan buenos y útiles caballeros, y de la estimacion que hacía del valor y virtud de su Majestad Católica.

Ayudaron con mucho caudal para ir á la conquista á su costa sus hermanos D. Fernando, D. Cristóbal, D. Alonso de Oñate (á quien su Majestad encargó los despachos ofreciéndole grandes mercedes en el buen suceso desta conquista) y Juan Guerra de Reja y Baltasar Bañuelos Temiño, Vicente y Cristóbal Zaldivar, capitanes generales de la Nueva Galicia, y Juan de Zaldivar, hijo del que fué por explorador de aquesta entrada, y los maestres de campo D. Juan y Vicente de Zaldivar, cuyo noble solar está en Vizcaya, de nombre por su valor en aquella provincia bien conocido y estimado, y Antonio de Ordaz Villagomez, señor de Calpa y Chilapa, todos cercanos parientes del Adelantado. Llegaron á las postreras poblaciones fines del nuevo reino de Vizcaya, donde es tradicion de los indios que saliendo del Nuevo México los que poblaron el antiguo, puso el demonio en figura de vieja el notable mojon de más de ochocientos quintales de hierro al parecer, con que parte volvieron á su tierra madre y parte pasaron á poblar la Nueva España. Y para su division de términos y paz fueron divididos con aquel mojon asentado en un desierto, no sin admiracion, en altura de polo de ventisiete grados y medio, tan lustroso como si fuera de plata de copella. Entró el Adelantado por él con ochenta carros, muchas especies de ganados y semillas y lucidos soldados, solteros y casados, con sus familias á su costa; marchó con grandes trabajos por no saber las derrotas que convenia tomar.

Al fin de siete meses llegaron á la provincia que buscaban, confusos y afligidos por no saber la lengua. Estando en una poblacion dixo al Adelantado uno de tres indios que se le arrimaron: «Juéves, Viérnes, Sábado, Domingo», y no hablando más, fue preso; y apremiándolo, añadió «Tomás, Cristóbal», señalando á dos lugares distantes dos jornadas, sin saber decir otra cosa. Salió buscando los que baptizados parecian en el nombre; y en Puarai vieron en pintura retratados los frailes que entraron con Chamuscado, que mostraba los mataron á palos y á pedradas; y hallaron en otra poblacion los indios Tomás y Cristóbal, que eran de los que vinieron con Castaño, que voluntariamente, cuando fue aprisionado, quedaron en aquella tierra. Sabian la lengua mexicana y algo de la castellana, y la que usaban los bárbaros allí, y por su medio manifestó su intento el Adelantado á los naturales.

Eran buenas las poblaciones, de casas de á seis, siete altos con ventanas y corredores por de fuera, y sus vecinos dados á la crianza y labranza, hilar y texer algodon para vestirse, guerreros, de buenos rostros, prestos, revueltos, alentados, de entera salud, pintores, nadadores, pescadores, sin leyes ni reyes, solamente los que más sabian componian sus diferencias sin castigo de delito, idólatras, diferentes en lenguas, y la tierra cria casi cuanto de caza, pesca, monte, flores y frutas hay en Castilla; y lo que no habia della, tienen ya despues que tratan con los españoles. Decian los naturales verian adelante tan grandes poblaciones, que era menester tres dias para pasar una calle, y una luna, que cuentan ellos por un mes, para dar la vuelta á un lugar.

El Adelantado hizo asiento en un pueblo bien trazado, y nombróle San Juan de los Caballeros; y los indios aposentaron los huéspedes en sus moradas amigablemente. Distaba de México quinientas leguas, en altura de treinta y tres grados, donde el dia mayor del año es de catorce horas y media, cuando llega el sol al principio de Cancro, por cuyo cenit pasa de ordinario la imágen de Andromeda y la de Perseo, cuya constelacion influye siempre la calidad de Vénus y Mercurio. En longitud ocupa su distrito, segun el meridiano fixo más moderno, docientos y setenta grados justos en la templada zona y cuarto clima, docientas leguas por la parte que el mar del norte y golfo mexicano miran al sueste, y otras tantas si por el sudueste miramos la California y mar de perlas, y dista de la zona helada quinientas leguas largas, y en círculo, si contamos debaxo del paralelo, treinta y siete grados levantados. Abraza toda esta region casi cinco mil leguas españolas, cuyas tierras no sabemos que hayan sido de cristianos descubiertas. Comunícanse amigablemente los españoles y los indios, por ser defendidos de los nuestros de los indios vaqueros que gozan los valles de Cibola, con quien tienen perpétua guerra. Llegó á la poblacion un indio llamado Jusepe, que venía huyendo de los que entraron con Bonilla, y dixo le habia muerto Antonio de Umaña por encuentros, y quedaba por cabo de los demas en la ribera de un rio, que tenía de ancho una legua, distante de allí docientas, y que habia tardado en pasar un pueblo en el camino que truxo dia y medio, y él se escapó porque ahorcó algunos. En este ínterin cuatro soldados se huyeron del campo, llevando muchas mulas y caballos. Enviólos á prender al capitan Gaspar de Villagra, bien conocido por la lanza y por la pluma escribiendo é imprimiendo esta jornada, sirviendo en ella con una compañía de capitanes, digna reputacion de su valor.

El maestre de campo Vicente de Zaldivar, que al presente es patron y fundador de la Compañía de Jesus de Zacatecas, con cincuenta salió á descubrir los llanos de Cibola, y vió que abonaba su nombre planicie, que por espacio de ochocientas leguas, segun los naturales afirmaban, no se descubria eminencia considerable; y más admiró el cubrirla inumerables

vacas del tamaño de las de España, con la corcoba de camellos, cueros negros, buena carne, manteca y sebo extremado, con barbas como de cabrones y muy ligeras. Gozan indios aquellas llanuras llamados Vaqueros, robustos, belicosos, que habitan como los alárabes en Berbería en pabellones de cueros de vaca, con tal adobo que los defienden cómodamente de las inclemencias del tiempo. Traginan con recuas de muchos perros cargados á tres y cuatro arrobas. Susténtanse del ganado con pan que hacen del sebo, y de pescado muy crecido de ríos tan abundantes que en una hora con un anzuelo sacaba un soldado cuatro arrobas. Hay venados muchos, que los españoles llamaron por su grandeza caballos cervales con aspas muy largas, gruesas y gajosas.

En tanto el Adelantado se ocupaba en traer al conocimiento del Evangelio la provincia de los Tiguas, Teguas y Emes. Salió á descubrir el mar del Sur por la California, y paró á cuarenta leguas en los pueblos de Zuni, para enviar á descubrir una salina, y tal de que tenía noticia que refirieron sus descubridores, si como era el pan de sal se pudiera sacar entero, tuviera una legua de diámetro, y una pica de grueso. Tuvo allí aviso de haber muerto los indios de la fuerza de Acoma al maestre de campo don Juan de Zaldivar, su sobrino, con dos capitanes y once soldados, y envió á su castigo con nombre de lugarteniente á Vicente de Zaldivar, y órden de hacerles guerra, sino satisfacian por el delito. No lo hicieron, y peleó con ellos sólo con ochenta soldados, con tan gallardo esfuerzo que mató muchos, y prendió mil y quinientos, quemó la fuerza, truxo cautivos seiscientos, con que se atemorizó la tierra mucho, y más con los tiros de pólvora, que los herian sin saber cómo. Lo sucedido avisó al Visorey con el capitan Gaspar Villagra y el comisario de San Francisco, y llevaron ochenta doncellas presas en Acoma, y permanecieron monjas en México.

Miéntras esperaba ser reforzado de gente el Adelantado para entrar en las mayores provincias, se baptizaron más de nueve mil indios, y envió á descubrir el mar del Sur al maestre de campo Vicente de Zaldivar dos veces, y por malísimos caminos y encuentros con los naturales, volvió destrozado desde el rio del Tizon, andadas docientas leguas, cercano al mar que buscaba, y llamado así, porque sus habitadores le traen en la mano para dar calor al estómago flaco, porque no comian sino raíces, y poder nutrirse. Halló los indios que llamaron Cruzados, hermosos de rostro y ojos, de buena estatura, agradables en el trato, con cruces en la mitad de la cabeza asidas con trenzas de sus cabellos, y en torno de una cruz pintada de azul vieron más de quinientos sentados, inclinadas las cabezas orando con gran silencio, los arcos sin cuerdas, los carcaxes arrimados á los ranchos, y apeándose adoraron la cruz los españoles con gran contento de los indios, y no pudieron saber el principio que tuvo allí aquella adoracion. Llegó el socorro de México, y no viendo algunos oro ni plata en

el Nuevo se afligieron y amotinaron para volverse, mas castigó el Adelantado el vil atrevimiento de desamparar las banderas del Rey.

Entró por su oriente á las provincias de Quivira, y habiendo echado bando que sopena de la vida ninguno saliese del presidio que dexaba, y prohibido á su teniente el dar licencia para salir dél, marchó con fray Francisco de Velasco, provincial de aquella tierra, y su hijo D. Cristóbal de Oñate (que en su tierna edad dió grandes esperanzas de su persona, por lo que en su ánimo y prudencia se vió en esta conquista, donde acompañó á su padre con título de Teniente de Gobernador y Capitan general, de que dió buena y justificada residencia), y su maestre de campo, Vicente de Zaldivar, docientas leguas por tierras de fertilísimos pastos, muy buenas aguas, árboles frutales y vacas innumerables, uvas silvestres, pescado mucho y muy crecido, que mataban en los rios á lanzadas, viñas de más de quince leguas de largo. Viendo grandes poblaciones los soldados, temerosos pidieron al Adelantado no pasase adelante, siendo tan pocos contra gentes inumerables. Aprobólo, y cargaron tantos indios sobre ellos, que les fue difícil la salida. Y habiendo gastado en esto cuatro meses, llegó á su Real destrozado y con muchos heridos, y hallóle desamparado de los que en él dexó en guarda, y envió á detenellos, y en tanto descubrió con treinta hombres el mar del Sur, por la parte de la California, y dió por nombre á un muy buen puerto la Conversion de San Pablo, que no es para ánimos tan grandes el ocio, sino el empleo de su valor. Fueron tales los trabajos que sufrió por ocho meses en esta entrada, que no sólo comieron los caballos por la esterilidad de la tierra, mas cargaron tantas nieves, que atados á las colas los sacaban arrastrando por encima de los montes della, y al fin volvió á su Real, y fundó una villa sólo con españoles.

El Virey envió un comisario á detener los huidos que iban á México, y castigar las cabezas, y executando al contrario el comisario hizo proceso contra el Adelantado, tomando por testigos á los mismos foragidos, cuyo mal proceder le causó tantos pleitos y disgustos, despues de tan inmensos trabajos y gastos, y calumnió la emulacion sus proezas de manera, que cerró la puerta á sus justos y debidos premios merecidos, efeto de la envidia, que siempre vemos acomete lo más ecelente y de mayor estimacion. Esfuerza esta verdad la calificacion prudente que tuvieron de los ecesos que le imputaron los foragidos y otros, los claustros de las universidades mayores de España y varones doctísimos y capitanes de gran nombre en Europa, aprobando el hecho y juzgándole digno de premio; para confusion y mala opinion de los calumniadores, volvió á México, envió á presentar esto á su Rey en España, y el Visorey proveyó otro Gobernador para conservar lo adquirido solamente, causando lástima y nota cesar el traer provincias tan extendidas y fértiles y de tantos idólatras habitadas, á la luz del Evangelio y obediencia del sumo Pontífice romano.

CAPÍTULO XII.

El Rey Católico trata de volver á Castilla, y dispone el gobierno de Portugal.

El Rey deseaba salir de Portugal y volver á Madrid para atender á la provision de dinero y gente para la guerra de Flandres, y á disponer su negociacion en Francia, porque su Rey, que trataba cautelosamente con él, volviese todas sus fuerzas y consejo á su conservacion, y los católicos malcontentos de lo poco que en beneficio de la religion católica hacía y del aumento de los herejes, y mano y cargos que en el reino tenian, le pedirian su ayuda para su remedio; y mezcladas sus armas con las francesas, amparar la Iglesia romana, defender sus amigos y ocupar á Enrique dentro de su casa para que dexase en sosiego las ajenas. Encaminaba el proveer de dinero al Príncipe de Parma por la vía de Italia, y para esto habia enviado á ella á Lastur, hombre de negocios, solícito, mañoso, y por medio de los secretarios de su hacienda se correspondia. Y así respondió á una consulta que le envió Antonio de Eraso, lo que se sigue, para que se vea cuán atento estaba al manejo de su hacienda, y cuán inteligente de su consistencia, beneficio, dispendio y satisfacion dél:

«He visto esta carta para Lastur, y está bien lo que decís, aunque apun»taré aquí algo, por si os pareciere que se le declare más, porque no pue»da dudar en nada. Y así miraréis si será bien decille que los ciento y »cincuenta mil escudos que pagó en Barcelona de aquel asiento, fueron por »cuenta de lo del año pasado, y que así desde entónces ha de entrar la »cuenta deste año, comenzando con los trecientos mil escudos, que fueron, »como se dice, por los meses de Enero y Hebrero. Y aunque proveyendo »los novecientos mil para los seis meses que se dice en la carta, hasta fin »de Agosto le habian de quedar otros ciento y cincuenta mil escudos, y »que destos están gastados setenta y cuatro mil en las partidas que se dice »en la carta, y así le han de sobrar setenta y cuatro mil, como decís. Y es »bien decirle, que si hubiese enviado algun dinero más al Príncipe de Par»ma despues de los trecientos mil escudos, que ha de ser á cuenta de los »novecientos mil de los seis meses hasta fin de Agosto, y que el aprove»chamiento que se sacáre, conforme á lo que se le escribe por la hacienda, »habrá más que el millon y medio que se le dice. Y todavía se le acuerde »le sobra lo del otro medio millon, como se le dice en las otras cartas. »Tambien me parece á mí que al partir de Madrid con el último medio

»millon se le dió algun dinero para el gasto del camino, demas de los diez »mil escudos de Sevilla. Porque no lo afirmo, ni se me acuerda muy bien, »podréislo saber, que si así es, tanto ménos habrá gastado con el dinero, y »tanto más tendrá. Y en lo que decís que os dixe, que creia serian me»nester tomar en Italia cincuenta mil escudos, es así; pero fueron por lo »que pensaba que se habia de tomar para las galeras y otras cosas, y así »entran en los setenta y cuatro mil escudos que se han tomado, con que »entiendo quedaron libres los setecientos y sesenta y un mil escudos, y es»tos bien se podrán quedar en Italia con voz de que son más cantidad que »el otro millon, que bien es que piensen que hay en ella más número. Y »ved con D. Juan Idiaquez cómo podrán quedar allí los setenta y seis mil »escudos, con que sea de manera que no se puedan gastar sino en lo que »de acá se acordáre precisamente. He visto la relacion del Presidente del »dinero, en que hay casi ciento y sesenta y ocho mil ducados, y el tercio »postrero deste año de nuestras casas monta cuarenta y un mil y tantos du»cados, que no se me acuerda cuántos más son, y el ordinario deste mes, »descontado lo que se ha dado para trigo y cebada, no llega á veintiseis »mil ducados, que ha poco que lo ví cuando lo firmé, de manera que todo »debe ser sesenta y siete mil ducados, y no cerca de ochenta mil, como »dice el Presidente en su papel, y parece que todos se engañan en trece »mil ducados, y estoy espantado de que no sepa estas cosas tan puntual»mente como yo, con tratarlas más veces. De manera, que juntos con los »cien mil que se han de remitir á Italia, hace todo ciento y sesenta y siete »mil ducados, que son poco más de mil ducados que los que hay ahora en »las arcas.»

No ménos le tenía cuidadoso el encuentro de su Consejo Real de Castilla con el Nuncio, por haber mandado al Obispo de Calahorra *visitase* sus capitulares, y ellos defenderse con antigua concordia con sus prelados, por la cual no lo podian ser, y se amparaban del Nuncio, y estaba la causa en los términos que muestra esta su Real carta ordenada para el cardenal Granvela, presidente del Consejo de Italia, por Gabriel de Zayas, secretario de Estado:

«A los veinticuatro del pasado (como se ha entendido) amanecieron fi»xados tres cedulones en las puertas de la catedral de Calahorra, y otros »tres del mismo tenor en la de Logroño, despachados y firmados por el »Nuncio. El uno contenia la Bula de la Cena; otro era contra el Obispo, »declarando su obispado por vaco y condenándole en privacion dél y con»fiscacion de sus bienes, y que se acuda con los frutos del obispado á la »Cámara apostólica; el tercero era sobre el Corregidor de Logroño, y un »juez de comision y otros ministros, declarando haber incurrido en la Bula »de la Cena, que para este efeto hizo fixar; porque en virtud de mis pro»visiones, emanadas de mi Consejo, habia hecho embargar y secuestrar las

»temporalidades de algunos capitulares y otros eclesiásticos, no teniendo »ellos más culpa que haber cumplido y executado lo que por mis cédulas »y provisiones Reales les fue mandado, y pudiéndolo hacer conforme á la »costumbre inmemorial en que están los Reyes, mis antecesores. Y en lo »tocante á la persona del Obispo, no habiendo contra él más culpa que »haber cumplido cédulas mias, en que se le manda visitar su iglesia, sin »embargo de las concordias que el Cabildo alegaba; que cuando esto fuera »delito se debiera mirar para no usar de tanto rigor; que el celo del Obis»po es bueno y santo, y en execucion del Santo Concilio de Trento y de »mis mandamientos, y conforme á lo mismo que usó su antecesor en el »año de mil y quinientos y cincuenta y tres, que hizo visita de su Cabildo, »y la executó, no obstante que tambien lo resistieron entónces, y se quisie»ron defender con la misma concordia; y siendo por ellos sacados del reino »se allanaron para adelante, y obligaron por escritura pública de no usar »más de la dicha concordia, sin que nada desto en aquel tiempo hubiese »desplacido á la Sede Apostólica. Tengo por mucha desórden lo que el »Nuncio ha hecho en estas cosas, y mayor perjuicio de nuestro Estado »Real, y tanto más por haberme escrito que tenía órden para executar »parte de lo dicho, y haberlo executado sin aguardar respuesta mia, que en »tan breve tiempo no podia enviar por las contínuas ocupaciones que aquí »tengo, y ser necesario informarme primero. Y con todo eso le habia res»pondido y avisado de mi parecer con el ordinario pasado. Cuando veamos »lo que á aquello responde el Nuncio, tomaré resolucion en el negocio »principal, y entre tanto me ha parecido avisaros de lo que ha pasado, para »que juntándoos vos y él, ó llamándole, le podais decir el sentimiento que »tengo así de lo hecho, como del modo y forma que en ello se ha tenido. »Lo cual me da materia de justa quexa, de que me abstengo, por conocer »el buen término que en lo de hasta aquí ha tenido y usado, contentán»dome con que lo uno y lo otro se lo deis bien á entender, y que en lo de »adelante se entienda solamente á componello todo, especialmente el ne»gocio principal, como más convenga al servicio de Dios nuestro Señor. »De Lisboa, etc.»

De mano propia:

«Estas cosas el Nuncio y el colector van apretando de manera, que creo »que han de resultar dello grandes inconvenientes. Y es fuerte cosa que »por ver que yo solo soy el que respeto á la Sede Apostólica, y con suma »veneracion mis reinos, y procuro hagan lo mismo los ajenos, en lugar de »agradecérmelo como debian, se aprovechan dello para quererme usurpar »la autoridad que es tan necesaria y conveniente para el servicio de Dios »y para el buen gobierno de lo que él me ha encomendado; y es bien al »revés desto lo que usan con los que hacen lo contrario que yo. Y así po»dria ser que me forzasen á tomar nuevo camino, no apartándome de lo

»que debo. Y sé muy bien, que no debo sufrir que estas cosas pasen tan ade»lante; y yo os certifico que me traen muy cansado, y cerca de acabárseme »la paciencia, por mucha que tengo; y si á esto se llega, podria ser que á »todos pesase dello, pues entónces no dexa esto considerar todo lo que se »suele otras veces. Y veo que si los Estados Baxos fueran de otro, hubie»ran hecho maravillas, porque no se perdiera la religion en ellos, y por »ser mios creo que pasan porque se pierda, porque los pierda yo. Otras »muchas cosas quisiera y pudiera decir á este tono, pero es media noche y »estoy muy cansado, y estos negocios me hacen que esté aún más; y para »vos que tan bien lo entendeis todo, basta lo dicho, y por esto no puedo »ahora ni he podido estos dias responder á algunos papeles que tengo vues»tros como quisiera. — Yo el Rey.»

Este resentimiento mostró ser contra el Nuncio enteramente, porque prosiguiendo los encuentros con el supremo Consejo de Justicia, y no queriendo templar su proceder absoluto, escrupuloso y ménos ajustado á la cortesía pública, conservacion de la paz y autoridad Real, le mandó llamar y dixo que pues estaban en su Consejo, y sin él ni ellas no podia gobernar, y no habia querido ajustarse á lo que era razon, para que ayudado de todos cumpliese con lo que le tocaba, ántes sus contradiciones pasaban á tema y desestimacion de sus tribunales y suya, que se fuese con Dios. Y así en un coche de su caballeriza le llevó D. Diego de Córdoba á Alcalá, y su ropa y criados aviaron el mismo dia los Alcaldes de Córte; y escribió á Gregorio XIII le enviase quien le ayudase á llevar la carga de tan gran monarquía, pues haciéndolo así le conservaria y daria el lugar que siempre habian tenido en su voluntad y acogimiento otros Nuncios; que en esto imitaba lo que algunos Príncipes habian hecho y hacian en gracia de los Sumos Pontífices, padres verdaderos y amadores de la paz de los pueblos, y de los señores dellos. Envióle despues otro que administró su oficio con satisfacion de ambas potestades.

No quiero dexar de hacer mencion de Juan del Castillo, flamenco de nacion, oficial mayor de Gabriel de Zayas, secretario de Estado, preso y gravemente amenazado con severo castigo por correspondiente con el Príncipe de Orange. El rumor que causó esta prision y acusacion por ser Castillo en su oficio considerable, no sólo esparció la nueva por España sino en Flandres y en Italia, donde algunos de sus escritores, por lo que sueñan los de la *Gaceta de Roma*, le nombran justiciado con atroz é infame muerte. Y averiguada su inocencia y la malicia de algun prelado de su nacion, que le hizo prender por su pasion particular y encuentros, su Majestad por quitársele de delante le envió á Nápoles con entretenimiento al Duque de Osuna recomendado, y muerto el prelado le truxo á ser su contador de resultas, y envióle despues á tomar las cuentas de Flandres, donde murió sirviendo loablemente por su fidelidad, mucha inteligencia y expe-

riencia del manejo de papeles de todas especies y materias, y conocimiento de las lenguas.

El príncipe D. Diego enfermó, y falleció á veintiuno de Noviembre, domingo, fiesta de la Presentacion de Nuestra Señora en el templo, y de la suya podemos decir en el cielo en compañía de los ángeles en edad tan tierna. Llevó su cuerpo á San Lorenzo D. Juan Manuel, obispo de Sigüenza, y el Almirante de Castilla; y con la solenidad que en los demas entierros Reales se habia hecho, le pusieron en compañía de dos jurados Príncipes de España, para que se vea el engaño de la vida y las grandes fuerzas de la muerte.

(1) Con este aviso resolvió su Majestad su partida á Castilla, y para jurar príncipe al infante D. Filipe juntó los Estados de Portugal en el Palacio de la Ribera, y á treinta de Enero de mil y quinientos y ochenta y tres se celebró el juramento, habiendo dicho el orador, que en tan grande sentimiento como fue para todos los vasallos de su Majestad el fallecimiento del príncipe D. Diego su hijo, que nuestro Señor quiso llevar para sí, no podia haber otro consuelo sino el querer su Majestad por hacerles merced, en nombre del muy alto y ecelente príncipe D. Filipe su hijo y su señor, recebir el santo y deseado juramento de su fidelidad, que en sus Reales manos hacian con demostraciones ciertas y claras de gran contentamiento y verdadera lealtad, con que le juran por su señor verdadero y natural Príncipe y sucesor de su Majestad en aquellos reinos y señoríos de Portugal. Y tanto con mayor voluntad celebraban este acto, cuanto era su conocimiento del amor con que su Majestad los gobernaba, defendia, aseguraba, procediendo en todo como deseaba, y ellos confiaban y tenian por cierto y esperaban, ordenando siempre las cosas de su Real obligacion al servicio de Dios, aumento de la cristiandad, bien de sus pueblos y satisfacion de todos sus vasallos. El Rey les agradeció este amor y el juicio que hacian de su ánimo para con ellos; y que viendo sus grandes obligaciones en que Dios le puso de proveer en todo lo que tocaba á sus reinos, que fue servido de encomendarle, en que debia generalmente cumplir, consideró cuán necesario era hacer alguna breve ausencia de aquella Corona para la de Castilla, así por respeto de las Córtes que habia mucho tiempo que suspendia y diferia, como por otras razones, que puesto que eran precisas y casi forzaban, no le persuadieran, si las cosas de aquellos reinos no tuvieran tan buen estado; que sentia más su ausencia por los efetos que en él hacía el mucho amor que les tenía, que por parecerle que en aquel breve tiempo les podia hacer falta notable; mayormente estando resuelto de tornar, placiendo á Dios, con la mayor brevedad que fuese posible. Holgára mucho que el Príncipe su hijo fuera ya de edad para de-

(1) Año 1583.

xarle en su gobierno, y mostrar en ello á sus vasallos y naturales de aquellos reinos el amor y voluntad que ellos merecian les tuviese su Majestad; mas no pudiendo esto ser por entónces, hacía por ellos cuanto podia, entregando su gobierno al Cardenal su sobrino, que tenía tambien por hijo, no solamente por serlo de la Emperatriz su hermana y haberle criado cerca de sí, más por sus raras virtudes y mucha prudencia, juzgando por muy cierto que por la experiencia que ya tenía de los negocios de aquella Corona en el tiempo que habia que le ayudaba en ellos, y deseo que en él conocian del bien della, gobernaria y regiria muy á su contento y satisfacion de todos sus vasallos, cumpliendo enteramente en ello con la obligacion de su Majestad. Escribiólo así á todas las Cámaras y señores de Portugal, diciendo les avisaba por ser la materia de tanta calidad é importancia.

Murió en este tiempo el Duque de Alba, y en su enfermedad le visitó el Rey, y oyó dél advertencias dignas del juicio y autoridad de ambos; y ocupó su lugar D. Cárlos de Borja, duque de Gandía. Tambien habia fallecido Sancho de Avila, maestre de campo general, de no menor virtud y experiencia militar que fortuna, con que por muchos años sirvió á su Rey y le dió importantes vitorias, honrando la ciudad de Avila su madre, y de tantos esclarecidos por las armas en gloria y beneficio de la Corona, como de muchos hace mencion el maestro Gil Gonzalez Dávila, su compatriota, cronista de su Majestad, en el *Teatro Eclesiástico*, que estampó en lo historial del obispado de Avila, escrito con buen juicio, piedad cristiana y trabajo excesivo en sacar de lo recóndito de los archivos de Castilla lo que bastó para que su volúmen saliese loable, pagando á su patria y á la mia por decendencia de abuelos maternos, su obligacion de amor, alabanza y veneracion.

Habia hecho su Majestad traer de Africa en las galeras de Sicilia el cuerpo del rey D. Sebastian á fray Manuel de Ziabra, obispo de Ceuta y despues del Algarbe, y desde Almerin le mandó llevar al monasterio de Belen, sepulcro de los más Reyes de Portugal, á darle en él solenemente sepultura, y de diversas partes del reino veinte cuerpos de sus parientes, hijos y nietos del rey D. Manuel, que muriendo parece le fueron cediendo el reino. Celebró por tres dias exequias con gran aparato con todas las religiones en nombre de D. Enrique solamente, y su ataud puso en el lado del Evangelio junto al altar, y en el de la Epístola á D. Sebastian.

CAPÍTULO XIII.

El Duque de Alanzon quiere apoderarse de Ambers, y es expelido.

Los rebeldes en Flandres, viendo que las ofertas del Duque de Alanzon y esperanzas de ser amparados del rey Enrique con grandes fuerzas eran vanas, reduxeron su autoridad y gobierno á ser de apariencia, como el del archiduque Matías, y sólo podia y disponia en la paz y guerra el de Orange, segun le advirtieron, sería al fin, sus amigos fieles; y no fiase dél tanto como queria, su persona y el honor de Francia, y seguridad de su nobleza. Las islas de Holanda y Zeelanda solamente reconocian al de Orange, y en las provincias de que le dieron título de señor estaba su autoridad ducal tan atada con los antiguos privilegios y nuevas condiciones con que le recibieron, que tenía ménos parte que los Consejeros y que los otros que debaxo de nombre de los Estados lo disponian todo por su arbitrio, haciendo al de Alanzon áun apénas executor de lo ordenado. Esta indignidad y otras más graves y vituperios que le habia hecho el pueblo menudo, burlando dél en las plazas por cada pérdida de tierra que se hacía, atribuyéndola á su poco valor y no haber traido la gente que prometió, y que por los prósperos sucesos del de Parma empeoraban cada hora sus cosas, sufrió esperando tiempo con paciencia, en que cobrar su reputacion y vengar sus injurias, con la llegada de su gente de Francia para valerse della y de los consejos de sus capitanes, y establecer de véras su gobierno.

Consultado su intento y el modo de executarle, resolvieron el apoderarse de Ambers, de que pendia el buen suceso, y de cuantas plazas pudiesen, con el color de presidiallas en dia señalado secretamente, para que no les fuese posible proveer en contra los Estados, ni impedir sus disinios. Aprobaron el acuerdo el Conde de Rochepot, el Aquilano, Fervaques y otros capitanes; no Mos de Biron, hombre de gran juicio y experiencia, porque en Ambers era el pueblo de gran número y armígero por las guerras de tantos años, unido siempre en defensa de religion y de la patria y de la fortuna de todos, y sospechoso de ver cerca exército grande, y más de franceses, y sin él no se podia tentar en su contra. Echaron fama querian juntar sus huestes para quitar las villas ocupadas al de Parma, y así todas á demediado Enero estuviesen á la muralla de Ambers á dar la muestra y tomar la paga, que para ella habian recebido dél los Estados setenta mil florines. A los decisiete del mes se apoderasen los capitanes de

los presidios franceses de Dunkerke, Dixmunda, Deremonda, Vilvord, Berghen, y no pudieron de Bruxas, Alost, Nieuport y Ostende.

Llegaron al burgo de Ambers cuatro mil zuiceros, y todos los franceses que no se emplearon en la ocupacion de aquellas tierras; y dentro de la ciudad, de más del gran número que habia de nobles franceses y de caballería, como para su guarda entraron diestramente, otros muchos de los más animosos, y pocos sabian el disinio. No pudo hacerse esta junta con tanta cautela, que los que gobernaban siempre recelosos de su libertad, no sospechasen el intento de los franceses, y al vulgo parecia sobraban ya en los burgos y en la ciudad. Quexándose dello el Burgomaestre, y el de Orange al de Alanzon, él se excusó, y con semblante alegre mostró admirarse de su sospecha; y prometió que en el dia siguiente saldrian de duda, porque habia en él de partir de Ambers y el exército. El pueblo, que pretendia más seguridad, barreó las calles con las cadenas, cerró las puertas, y estaba bien atento y próvido al suceso. Pidieron los capitanes franceses á los del gobierno dexasen libres las calles, para que pudiese salir á su viaje el Duque, y así fue ordenado; y en el dia decisiete el de Alanzon con el Delfino, Lavalle y otros principales, subieron á caballo en la Abadía de San Miguel donde posaba, y enviaron casi docientos á la puerta de Rildorp ó de Santiago.

Hallaron la guardia de los ciudadanos bien á punto con su capitan Adriano Vietendel, mas no en tanto número que pudiesen hacer gran defensa, principalmente con la estratagema de que se usó para apresurar la fuerza. Estando el Duque esperando á caballo, un gentilhombre francés comenzó á gritar por haberle dado una coz en la pierna un caballo, y los ciudadanos, creyendo se quexaba su capitan, se alteraron; y los franceses comenzaron á herir y matar, y ganaron la puerta; y entrando muchos que habian salido y de los prevenidos fingiendo iban á encontrar al Duque, acudieron á la puerta Cesárea, y se apoderaron della sin dificultad. El Duque entró luégo, que salió á llamar los que esperaban fuera este punto. Mas aunque ganaron las dos puertas y la cortina del medio y la artillería que asestaron contra la ciudad, los burgeses con tanto ánimo y union las acometieron, y tal fue el pavor de los acometidos, que jamas creyeron hallar esta resistencia (demas de que la mayor parte no sabía el trato, ni tenía órden para lo que habia de executar, cosa dañosa en cualquiera accion militar, y en las entrepresas muy perniciosa, donde un mínimo error, porque siempre se comienzan con desaventaja, causa la ruina de todo el hecho) y en suma, con tal obstinacion fue defendida de los unos la patria con todo lo que de bien poseian, y con tanta priesa se resfrió el súbito furor de los otros, que se consideró despues con maravilla, cómo fue posible que teniendo los franceses la entrada abierta para recebir contínuamente socorros de gente, fortificados en la defensa de las puertas, y la

artillería ya comenzada á disparar, quedasen en pocas horas vencidos, deshechos y muertos en la mayor parte del furor del desordenado vulgo. Combatian los unos armados de la desesperacion, los otros espantados del no temido, ni prevenido, ni considerado accidente; donde se cuenta que fue bastante un hornero saliendo fuera de una estufa, desnudo con la pala, á combatir y rendir un caballero. En esta confusion luégo comenzando á huir, ántes que á matar ó defenderse los franceses, causaron otro inconveniente importantísimo, que apresuradamente retirándose algunos hácia la puerta de Santiago, hubo tan grande confusion que unos sobre otros caian amontonándose.

Otro accidente no considerado causó la rota dellos, que siendo tan pequeño su número respeto de las fuerzas de tan gran ciudad, se dividieron corriendo quién por una, quién por otra parte, llevados más del deseo de saquear que de militar y del buen consejo. La puerta ya era llena de muertos y de casi muertos y presos de tal suerte, que no habia camino donde los miserables que huian una manera de muerte, no fuesen llevados del temor á otra, porque saltando de los muros al foso eran miserablemente sumergidos, siéndoles de impedimento las armas, la poca experiencia del saltar, y el herirlos sus enemigos los desanimaba. Y los que habian quedado fuera y de aparte los vian caer, decian eran los ciudadanos, y animaban los zuiceros para que embistiesen. Estuvieron gran rato con el engaño de que la ciudad quedaba por ellos, é impediéronles mucho para entrar en ella las hacinas de cuerpos y el rastillo que habian echado los burgeses: con tan poco aviso intentaron una empresa de tanta importancia y tal consecuencia los franceses. Dos mil que fueron presos, los salvó la piedad de los ciudadanos, y destos murieron ochenta, y entre ellos trecientos de la nobleza y el Conde de Anguien y su hijo y el Conde de Castelroxo, hijo del Mariscal de Biron, el señor de San Serbal, gobernador de Wilborden, el hijo de Miranbeo y otros, el Gobernador de Alost por los Estados, Mos de Tiano de la familia Meroda, que le hicieron saltar por la muralla, y le hirieron con una bala en la cabeza, teniéndole por favorecedor de los franceses.

Con gran trabajo se salvó Justino de la muerte, hijo natural del de Orange primero, porque no quiso acompañar al de Alanzon cuando salió de la puerta, debiéndolo hacer por comedimiento, y despues porque en tanto tumulto y estrépito de armas acudió tarde, excusándose con que aloxado en el castillo no habia oido tan presto el ruido; mas él procuró mucho no se hiciese daño á los presos ni se saquease la casa del de Alanzon, y se mostró, no sin consejo y voluntad de su padre, en dichos y hechos muy favorecedor de los intentos del Duque. Aseguróse en el castillo de Berchen, cercano á Ambers, y con dos ciudadanos escribió al Magistrado excusando lo sucedido, con que no le cumplian las promesas que le hicieron

y haber usado de poca cortesía con él y mal término con su gente. Pedia le perdonasen y se asegurasen era su voluntad muy en beneficio dellos y de las provincias unidas. No respondieron, mas á instancia del de Orange le enviaron vitualla, y ántes, porque le fatigaba la hambre, fué á la abadía de San Alberto para pasar el Escault y llegar á Dermonda, y no pudo porque el Noriz habia tomado el paso y los de Malinas inundado la campaña, y así con muerte de muchos de los suyos y gran peligro de la vida se salvó. Escribió á diversas ciudades y sus gobernadores en aquella provincia con grandes quexas de los malos tratamientos que le habian hecho los de Ambers, y ofrecia gallardas defensas de los Países. Por esto los del Magistrado publicaron una relacion del caso.

El Príncipe de Parma, viendo su mal contento, desórden y casi desesperacion, en tanto que estaban irresolutos en lo que habian de hacer y de mal ánimo con los franceses, y poco sincero con el de Orange, procuraba atraerlos á tomar buena deliberacion, reduciéndose á la obediencia de su verdadero señor. Para esto fueron á Halla, cerca de Ambers, el Marqués de Rubais, Montiñi y Mos de Rasinghen, y escribieron á los deputados de los Estados y á los particulares y á los principales del Magistrado de aquella ciudad, y cuanto era posible hicieron, usando de toda industria para hacerles conocer la presente y futura miseria, la clemencia del Rey Católico, el bien que sacarian del reconciliarse con su Majestad, que se le ofrecian muy benigno y propicio. Escribióles lo mismo el de Parma y el de Berghen, que estaba en Lieja; y aunque el de Orange y sus secuaces procuraron que no se publicasen estas cartas ni se admitiesen personas para tratar de la paz, de manera que parecia estar más sin esperanza del público reposo, poco á poco obraron mucho, porque los más se indignaron y endurecieron tanto contra los franceses, que sin fruto procuró su reconciliacion el de Orange, la Reina de Inglaterra y el Rey Cristianísimo. Mostrando lo sucedido al de Alanzon, se publicaron por los católicos del campo del Rey estos versos, cuyas dicciones empiezan en F, que por su admirable composicion los quise introducir en la Historia.

Flebile Fecisti Facinus, Felixque; Fuisses,
Fœdifragos Fugiens, Fœdigrafosque Fugans.
Flere Facis Flandros, Fastum, Fera Francia, Fœdus
Frangendo Fugiens, Fas Fugiendo Facis.
Flos Fueras Florum, Fœx Fies Francia Fœcis,
Fœdigrafum Francum Fama Fuisse Feret.
Festivum Facies Feritate Franciæ Finem,
Flandrorum Frustra Funera Fœda Facis.

CAPÍTULO XIV.

El Rey Católico parte de Lisboa, y llega por Guadalupe y San Lorenzo á Madrid.

El Rey Católico procuraba volver á Madrid, centro suyo, desde donde tiraba con admirable providencia y rectitud las líneas del gobierno á la circunferencia de su amplísima Corona. Reformó con nuevas leyes la forma de hacer justicia; concedió el poder vestir seda libremente, por los predecesores nunca permitido; dexó por Gobernador al cardenal Alberto en su ausencia, que pareció cuanto al hábito no habia muerto el rey Enrique; acompañóle con los consejeros Jorge de Almeida, arzobispo de Lisboa, Pedro de Alcazoba y Miguel de Moura, que fue secretario del reino y era escribano da puridade, cargo que tuvieron los más principales, y no se habia proveido desde el rey D. Juan III; hizo jurar al Archiduque en presencia del Consejo de Estado y del Magistrado de la Cámara de Lisboa, de que gobernaria con justicia y le restituiria el reino cuando volviese. Mandó al Marqués de Santa Cruz solicitase los aprestos de la armada para que saliese á buen tiempo á la expugnacion de la Tercera, y encomendó al Cardenal el proveer y hacer en esto cuanto era necesario, pues sabía la importancia de la isla y cuanto á su reputacion tocaba, demas de su recuperacion, el castigar los franceses que la fortificaban y guarnecian.

Partió de Lisboa á los once del mes de Hebrero, y vino por Badajoz al monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, donde hizo las gracias debidas á tan alta y singular Patrona, de las muchas mercedes que por su intercesion habia recebido de su Hijo, Señor universal del cielo y tierra. Entró en su casa de San Lorenzo á veinticuatro de Marzo, víspera de la Anunciacion de Nuestra Señora; salió á saludarle un vistoso número de maestros, oficiales y peones de su fábrica en buena ordenanza con los instrumentos de que usaban en ella, que era muy de ver tantas diferencias. En llegando al pórtico principal, vino el convento en procesion á recebille; y adorado el *Lignum Crucis*, cantando *Te Deum laudamus*, llegó hasta las gradas del altar mayor; oyó desde su oratorio misa y vísperas de la fiesta, y en el dia anduvo en la procesion, estuvo en la misa y sermon, y á las vísperas subió al coro con sus religiosos; y celebradas las honras de la reina doña Ana, comenzó á ver su casa. Admiróle hallarla en tanto crecimiento, cerrada la cúpula del cimborio de la iglesia, despojado su dentro de la madera de andamios, grúas, cimbras, tablados y vigas tan gruesas y

tan espesas, que ponia admiracion; y era de ver la trabazon y fuerza de tanto enmaderamiento, necesario todo para la seguridad de tan gran máquina y peso, y con tanta priesa proseguida. Consideró estaba guardada su traza conforme al modelo, donde se ven los yerros, para emendarse ántes de ser executados, y se perficiona con mayor certeza lo que no estaba tan cabal, en imitacion de los pintores. Y aunque es notable su grandeza, mucho más lo es haberse acabado en seis años, que fue extremada diligencia considerada su construccion. Tambien halló ya perfeto el pórtico principal, que es otra ecelente fábrica, y el claustro grande del aposento Real y todo lo que le forma y da comodidades.

A ventisiete de Marzo partió para Madrid, que le esperaba con alborozo, dilatándose el tiempo al deseo de verle con celo de amor apropiado y del aumento, por lo mucho que á su parecer le habia gozado su nuevo reino de Portugal, digno siempre de su presencia y gracia. Fue el recebimiento muy solene, y extraordinaria la general alegría de su entrada, llevando á su siniestra al cardenal Granvela; y glorioso le recibió su Real palacio, llenándose de majestad y veneracion con su asistencia, habiendo con el consejo y fuerzas aumentado la monarquía con la nobilísima y poderosa Corona lusitana, cumpliendo con la máxima última del arte del reinar, que es la forma de ampliar el Imperio.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

	Páginas.
Libro ix. — Contiene la prosecucion y fin de la guerra de Granada; el casamiento del Rey Católico con la infanta doña Ana, hija del Emperador; la confederacion entre S. S. y la Maj. C. y la república de Venecia, y sus efectos.	5
Capítulo primero. — El Rey Católico envia por capitan general á su hermano D. Juan de Austria á la guerra de Granada desde Aranjuez.	5
Cap. II. — Aben Humeya da encamisada al Marqués de los Velez en Berja, y es vencido.	11
Cap. III. — El Comendador mayor combate el Peñon de Fixliana..	14
Cap. IV. — Refuerza D. Juan el campo del Marqués de los Velez, envia gente á asegurar á Tablate, y rompen los moros parte della..	17
Cap. V. — (Falta en la edicion antigua).	
Cap. VI. — Los moros desbaratan á D. Antonio Enriquez; ocupan el castillo de Seron; D. Juan refuerza á Oria y Velez, y Aben Humeya trata de ocupar á Almería, y el Abaqui va por gente y armas á Argel..	21
Cap. VII. — Juzgan mal del Marqués de los Velez, y llama el Rey al de Mondexar. Va el de los Velez á allanar el rio de Boloduy.	24
Cap. VIII. — Abenaboo sitia á Orgiba, y va á socorrella el Duque de Sesa, y se retira con pérdida.	30
Cap. IX. — Levántase Galera, lugar fuerte, y socorre el de los Velez á Oria. . . .	35
Cap. X. — Prosigue la guerra de Francia, y los huguenotes son vencidos..	38
Cap. XI. — Parte D. Juan para sitiar á Galera; váse á su casa el Marqués de los Velez, y prosigue la guerra..	42
Cap. XII. — El Duque de Sesa sale de Granada contra la Alpujarra..	47
Cap. XIII. — Don Juan combate á Seron y á Tixola..	53
Cap. XIV. — Recebimiento que la ciudad de Sevilla hizo al Rey.	56
Cap. XV. — Efetúase el casamiento del Rey Católico con la infanta doña Ana su sobrina, su viaje, y lo que pasaba en Inglaterra en este tiempo, y en la guerra de Cipro.	58
Cap. XVI. — Trátase de la reducion de los moros de Granada, y sin efeto.. . . .	64
Cap. XVII. — Abenaboo falta á lo capitulado, sigue la guerra; y lo que sucedió á las armadas en levante.	67
Cap. XVIII. — El Pontífice junta los comisarios para el efeto de la Liga, y se disputa sobre su conveniencia..	74
Cap. XIX. — Viaje y casamiento de la Reina, y fin de la guerra de Granada. . .	80
Cap. XX. — Dificultades en hacer y concluir la Liga entre el Pontífice, el Rey Católico y los venecianos, y sus condiciones. .	86
Cap. XXI. — Sucesos de la armada del turco y sitio de Famagusta.	92
Cap. XXII. — Viaje de Alexandrino, cardenal legado, y su efeto.	97
Cap. XXIII. — Don Juan llega á Mecina y dispone su partida para levante, y lo que en tanto hacía la armada turquesca. . .	100
Cap. XXIV. — Sucesos de las dos armadas, y disposicion para la batalla..	106

Páginas.

Cap. XXV. — Batalla con los turcos y victoria de los cristianos. 111
Cap. XXVI. — Lo que hizo la armada despues que venció la turquesca. 118
Cap. XXVII. — Lo mucho que sintió Selin la pérdida de su armada, y lo que hizo para su remedio. 123
Cap. XXVIII. — Previénense los confederados para salir con la armada. Altéranse los Estados de Flandres, y los efetos de todos. 131
LIBRO X. — Contiene lo que hizo la armada de la Liga hasta que asentaron la paz los venecianos con el turco; la segunda rebelion y guerra en Flandres y efetos de la de Francia contra los huguenotes; presa de Túnez por la armada del Rey Católico; diferencia y bandos de Génova sobre el gobierno de sí misma.. 135
Capítulo primero. — El Pontífice procura el buen empleo de la armada de la Liga, y comienza nueva guerra en Flandres. . . 135
Cap. II. — Los de Valkeren hacen entrada en Flandres; rebélase Holanda, y D. Fadrique de Toledo rompe y prende á Genlis. 142
Cap. III. — Lo que Marco Antonio hizo con la armada en levante; la muerte del Almirante de Francia y sus secuaces. . . 148
Cap. IV. — El Príncipe de Orange hace entrada en los Estados, el Duque de Alba combate á Mons, y le entra y á Malinas.. 157
Cap. V. — Lo que la armada de la Liga hizo hasta volver á Italia. 165
Cap. VI. — El Rey Católico hace imprimir la Biblia Régia en Flandres.. 172
Cap. VII. — El Duque de Alba mete exército para recuperar á Holanda, y sus efetos. 175
Cap. VIII. — Los venecianos hacen paz con Selin; el Rey trata de emplear sus fuerzas, y comienzan diferencias en Génova sobre el gobierno. 182
Cap. IX. — El Duque de Alba pide dinero al Rey para la guerra, y prosigue el cerco de Haerlen hasta rendirla. 190
Cap. X. — El Duque de Alba prosigue la guerra contra Holanda. 196
Cap. XI. — Don Juan de Austria conquista á Túnez.. 201
Cap. XII. — El Duque de Alba bate y asalta á Alckmaer sin efeto, y el Comendador mayor le sucede en el gobierno. . . 204
Cap. XIII. — Lo que sucedió en Génova despues que á ella llegó D. Juan de Idiaquez. 207
Cap. XIV. — Muerte de la princesa doña Juana; traslacion de los cuerpos Reales á San Lorenzo, y las muchas reliquias que allí hay.. 211
Cap. XV. — Lo que pasaba en Flandres despues que llegó el Comendador mayor.. 217
Cap. XVI. — El Conde Ludovico llega á los Estados; el Comendador mayor junta fuerzas, y lo que hicieron. 223
Cap. XVII. — Selin resuelve el conquistar la Goleta y recuperar á Túnez, y junta armada para el efeto, y lo que en Flandres se hacía.. 229
Cap. XVIII. — Disponen los ministros del Rey Católico la defensa de la Goleta; y la armada de Selin viene á conquistalla. . 234
Cap. XIX. — Lo que en Flandres pasaba en el asedio de Leiden, en Holanda. . . 241
Cap. XX. — Don Juan procura socorrer la Goleta, y los turcos la combaten y el fuerte de Túnez hasta ganallos. 243
Cap. XXI. — Los rebeldes de Flandres socorren á Leiden. 247
Cap. XXII. — Comienzan en Génova alteraciones nuevas, y sus efetos. 252
Cap. XXIII. — Prosiguen las cosas y sucesos de Génova.. 264
Cap. XXIV. — Lo que en Flandres se hacía y pasaba.. 270
Cap. XXV. — Llega el Duque de Gandía á Génova, y trata de su pacificacion. . . 276
Cap. XXVI. — Hace el Rey Católico suspender las consignaciones á los hombres de negocios, nuevas causas de alteracion de Flandres, y el Comendador mayor prosigue la guerra.. 282
Cap. XXVII. — En Génova se trata de la composicion de los bandos, y se proponen medios para ello.. 290
Cap. XXVIII. — En Flandres ocupan los rebeldes el fuerte de Crimpen; muere el Comendador mayor. 293
LIBRO XI. — Contiene el fin de las diferencias de Génova; prosiguen las guerras de Flandres; muere el Comendador mayor; hácese la paz con los rebeldes; renuévase la guerra; va D. Juan de Austria á ella; júntanse en Guadalupe el Rey de Castilla y el de Portugal y hace jornada á Africa, donde muere. 297
Capítulo primero. — Tienen fin las diferencias de los genoveses. 297
Cap. II. — Lo que en este tiempo pasaba en Flandres.. 300
Cap. III. — Los españoles se amotinan en

Páginas.

Flandres, y hay grandes alteraciones, y prenden los del Consejo de Estado. . . 304
Cap. IV. — En Flandres hay grandes alborotos sobre la prision del Consejo de Estado. 309
Cap. V. — Los de Flandres hacen la guerra á los españoles, y Julian Romero los vence. 312
Cap. VI. — El Rey Católico se aconseja sobre hacer la paz con sus rebeldes de Flandres. 316
Cap. VII. — Los españoles en Flandres se defienden de los rebeldes, y amparan el señorío del Rey Católico.. 321
Cap. VIII. — Lo que sucedió á D. Juan de Austria desde Madrid á Flandres, y sucesos en su llegada. 334
Cap. IX. — Descúbrese en Génova una gran conjuracion contra la República, y don Juan de Idiaquez solicita el remedio y castigo. 339
Cap. X. — Quita el reino de Fez Muley Moluc á Muley Hamet; trata de restituirle el Rey de Portugal, y por esto se ve con el de Castilla. 342
Cap. XI. — Cómo hacía D. Filipe la distribucion de los bienes eclesiásticos, y presentacion de Obispos. 353
Cap. XII. — Publícase la Liga de los rebeldes en Flandres, y trátase de hacer la guerra. 359
Cap. XIII. — Con varios temores y variedades D. Juan de Austria y los Estados hacen la paz. 363
Cap. XIV. — Lo que en este tiempo pasaba en Italia.. 369
Cap. XV. — Salen de Flandres los españoles y entréganse á los flamencos los castillos, y no se aquietan. 372
Cap. XVI. — Comienza D. Juan de Austria á gobernar los Estados, y sus efetos. . . 375
Cap. XVII. — Los españoles de Flandres llegan á Italia, y recélase Génova de su cercanía.. 381
Cap. XVIII. — El Rey de Portugal dispone el hacer jornada contra el Rey de Marruecos. 394
Cap. XIX. — Los conjurados de Flandres procuran prender á D. Juan de Austria, y él se retira al castillo de Namur, y pierde el de Ambers y el de Utrech. 397
Cap. XX. — Los rebeldes de Flandres se aconsejan sobre la guerra, y responden á la carta de D. Juan. 402
Cap. XXI. — Manda el Rey Católico volver á Flandres los españoles que salieron dél y estaban en Italia. 408
Cap. XXII. — Viene el Príncipe de Orange á Bruselas, y D. Juan escribe á los Estados, y ellos tratan de su estabilidad.. . 412
Cap. XXIII. — Los rebeldes tratan de traer para su defensor al archiduque Matías unos, otros al Duque de Alanzon. . . . 415
Cap. XXIV. — Queda sin recelo Italia con la partida de los españoles, y el modo con que conservó en ella su autoridad el Rey Católico.. 421
Cap. XXV. — Los flamencos piden ayuda al Rey de Francia, y prosigue la guerra. . 423
Cap. XXVI. — El Rey dispone las cosas de su Hacienda, y pide á los señores den razon de la posesion de sus mayorazgos.. . 427
LIBRO XII. — Prosigue la guerra en Flandres; piérdese el Rey de Portugal en Africa; muere D. Juan de Austria; trátase de la sucesion de Portugal.. 433
Capítulo primero. — Compite con el Archiduque Matías el Duque de Alanzon sobre señorear á Flandres, y los naturales hacen nueva liga en su defensa.. 433
Cap. II. — Los rebeldes hacen la guerra contra D. Juan.. 440
Cap. III. — Nacimiento del infante D. Filipe, muerte de Escobedo secretario, y cómo se hubo el Rey con los demas. . . 447
Cap. IV. — Lo que pasaba en este tiempo en Flandres.. 454
Cap. V. — La persecucion de los eclesiásticos y de los católicos de Flandres por los herejes. 459
Cap. VI. — El Rey de Fez escribe al de Portugal pidiendo la paz; no la admite y pasa en Africa.. 465
Cap. VII. — Entrada de D. Sebastian contra el Xerife. 471
Cap. VIII. — Batalla de D. Sebastian y el Xerife. 476
Cap. IX. — En San Lorenzo supo el Rey Católico la muerte del de Portugal, y lo que dispuso despues. 483
Cap. X. — Prosigue la guerra en Flandres y los franceses le acometen. 487
Cap. XI. — Muere D. Juan de Austria, y envia el Rey Católico á D. Alonso de Sotomayor á Francia, y el estado que tenía.. 492
Cap. XII. — El Rey Católico envia á Portugal á D. Cristóbal de Mora, y lo que avisó del estado de aquel reino.. . . . 498

Páginas.

Cap. XIII. — Comienza el Príncipe de Parma su gobierno en Flandres.. 506
Cap. XIV. — Embaxada del Rey Católico al de Portugal sobre su casamiento. . . 512
Cap. XV. — Los pretendientes á la sucesion de Portugal, y sus derechos.. 521
Cap. XVI. — Envia el Rey Católico á Portugal con embaxada al Duque de Osuna.. 525
Cap. XVII. — En Castilla se aconseja el Rey sobre la sucesion de Portugal y no admitir el juicio del Cardenal D. Enrique.. 530
Cap. XVIII. — Hace el Rey trasladar los cuerpos Reales en Sevilla á la nueva capilla de su catredal. 537
Cap. XIX. — Solicitan los Embaxadores del Rey de Castilla al de Portugal para que le nombre sucesor y junta exército, y el Pontífice procura que le disuelva. . . . 543
Cap. XX. — Lo que negoció con el Rey de Marruecos Pedro Venegas de Córdoba por el Rey Católico. 548
Cap. XXI. — Cómo se hubo el Rey con los del Magistrado, y lo mucho que los estimó y honró.. 556
Cap. XXII. — Lo que pasaba en la guerra de Flandres en este tiempo.. 560
Cap. XXIII. — La navegacion y robos que hizo Francisco Draque en las Indias. . . 565
Cap. XXIV. — Prosiguen en Portugal los Embaxadores de Castilla el tratar por su justicia y concierto juranen sucesor á don Filipe, y muere el Rey D. Enrique. . . 569
Cap. XXV. — Solicitan á los Gobernadores de Portugal los Embaxadores de Castilla para que declaren por Rey á D. Filipe. 574
Cap. XXVI. — Previénense contra D. Filipe los portugueses tíbiamente, y los ministros tratan de componerse con D. Antonio.. 578
Cap. XXVII. — Ocupa el Duque de Alanzon á Cambray; quéxase el Embaxador de España de que la Reina de Inglaterra favorezca á sus rebeldes; el Emperador dispone el hacer la paz con ellos y su Rey en la junta de Colonia. 581

Páginas.

Cap. XXVIII. — Sucesos en Portugal, diferencias en Milan con el Arzobispo, y reseña que hace el Rey Católico de su exército en Badajoz. 594
Cap. XXIX. — El Rey se aconseja sobre el entrar en Portugal con el exército.. . . 597
LIBRO XIII. — Contiene la tiranía del Prior de Ocrato en Portugal; la guerra que le hizo el Rey Católico; prosigue la de Flandres; es coronado en Portugal; vence á D. Antonio y á los franceses en el Océano; vuelve glorioso á Castilla. 603
Capítulo primero. — Don Antonio toma la voz de Rey de Portugal, pónese en confusion, huyen los Gobernadores, hace la guerra el Duque de Alba. 603
Cap. II. — El Duque de Alba combate y vence á D. Antonio. 612
Cap. III. — Lo que pasaba en este tiempo en Flandres.. 622
Cap. IV. — Lo que pasaba en Flandres, Francia, isla Tercera y Portugal, y viaje de la Emperatriz á España. 625
Cap. V. — El Rey Católico entra en Portugal, y tiene Córtes en Tomar, y pasa á Lisboa. 631
Cap. VI. — Huida de D. Antonio á Francia; mercedes que el Rey Católico hizo en Portugal, y su gobierno. 644
Cap. VII. — Sucesos en Flandres y Frisia. . 649
Cap. VIII. — Lo que hicieron las armadas de España y Francia. 654
Cap. IX. — Reformacion del Calendario gregoriano, sus razones y causas. 661
Cap. X. — El Príncipe de Parma en Flandres sitia y gana á Oudenarden.. . . . 669
Cap. XI. — Descubrimiento del nuevo México en la Nueva España, y lo acaecido en él.. 676
Cap. XII. — El Rey Católico trata de volver á Castilla, y dispone el gobierno de Portugal.. 682
Cap. XIII. — El Duque de Alanzon quiere apoderarse de Ambers, y es expelido.. . 688
Cap. XIV. — El Rey Católico parte de Lisboa y llega por Guadalupe y San Lorenzo á Madrid. 692

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.